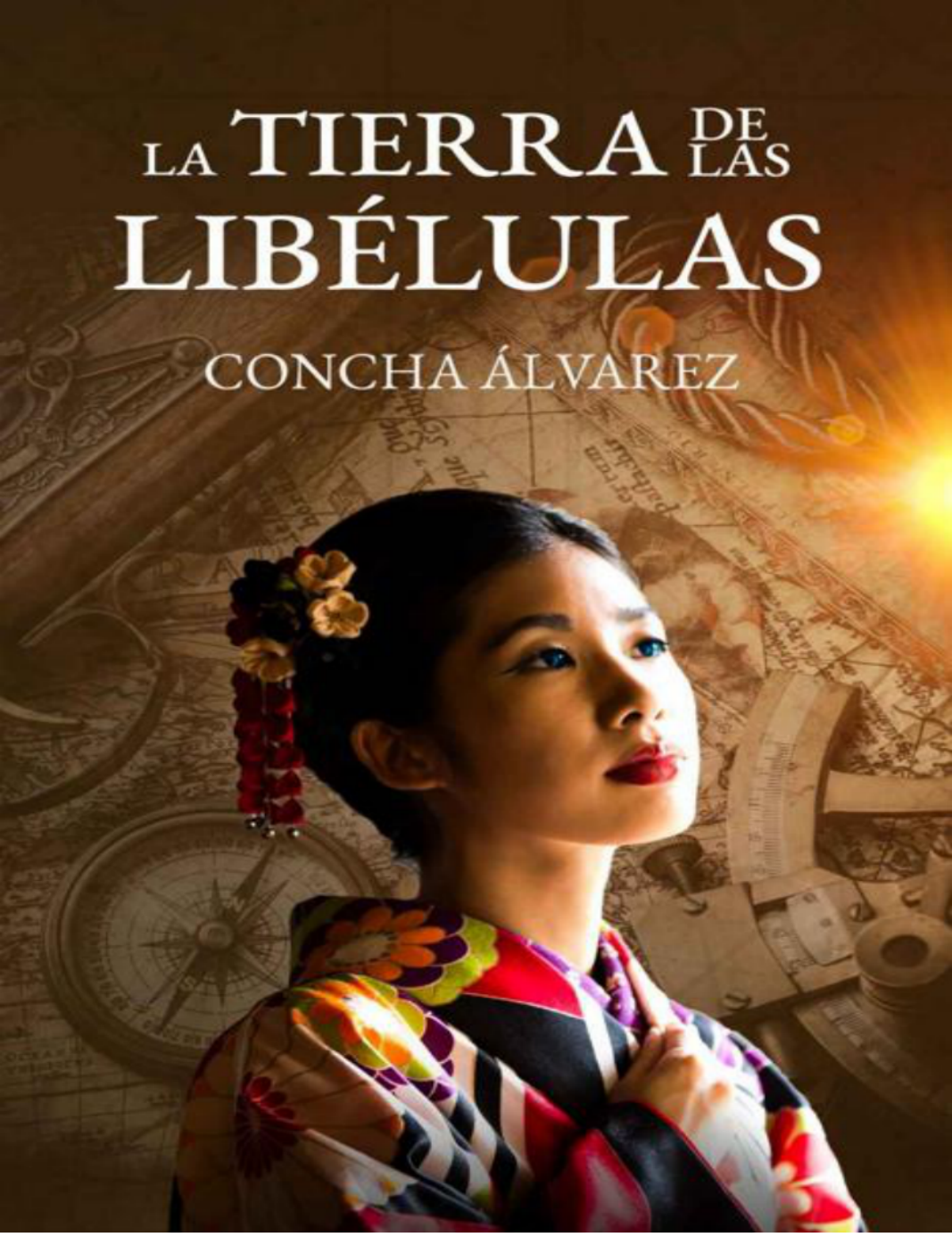
LA TIERRA DE LAS LIBÉLULAS

CONCHA ÁLVAREZ



LA TIERRA DE LAS LIBÉLULAS

CONCHA ÁLVAREZ

Copyright © 2023
Todos los derechos reservados.

Servicios de corrección editorial: Nadia Adorna Sanabria (Instagram y Twitter: @literaceas).

ISBN:

DEDICATORIA

Para mi familia y amigos, con todo mi cariño.

PREFACIO

Doscientos años después de que Ryô viera el mar reflejado en la mirada de Inés, nacía en el clan Kawaokura una criatura con los ojos de agua. Mientras Miyako, que así se llamaba la niña, observaba el mundo por primera vez; en la vieja Europa, un joven, apenas un muchacho, pronto acompañaría a su padre a una guerra por la disputa de un trono.

PRIMERA PARTE

1

Sangre inocente

Internado de religiosos de Jaén, 22 de diciembre de 1839

Diego extendió la mano mientras su mirada se cruzaba con la del padre Severino. Sabía qué vendría después y, durante un instante, la tentación de echarse atrás para defenderse con la verdad pesó más que el miedo al castigo. No era el culpable de romperle el brazo al meapilas de Gandía, pero no serviría de nada abanderar su inocencia. Su mirada se desvió al almanaque que colgaba de la pared del aula, solo quedaban dos días para regresar a Baeza. Debía aguantar. No sería el primero al que el padre castigaba negándole volver a casa durante las vacaciones de Navidad.

—¿No tiene nada que decir, señor Quesada? —preguntó el padre Severino.

Diego había crecido ese año, empequeñeciendo la figura enjuta del sacerdote. De nuevo miró al cura y guardó silencio. Tenía la inteligencia suficiente para no defenderse ni rebelarse. Otros habrían lloriqueado para obtener su clemencia, pero él no lo haría.

—No, padre.

El resto de la clase guardó silencio y dejaron de respirar para que ningún ruido los delatara y llamase la atención del sacerdote.

—Los jóvenes como usted siempre terminan causando problemas. Entonces, señor Quesada, ¿reconoce su culpa?

—Así es, padre —mintió, y su mirada se dirigió al mentiroso de Gandía.

—Bien… por lo tanto…

—Acepto el castigo conveniente para redimirla.

El religioso tomó la regla y se entregó con pasión al deber de corregir su carácter.

DOS DÍAS MÁS tarde, Diego atravesaba en un coche de caminos los campos de olivos que separaban Baeza de la capital. Los cascos levantaban una nube de polvo que hacía estornudar a los pasajeros. Nada más bajarse del carruaje sintió que era libre; también el intenso dolor de sus posaderas. En su hogar todos esperaban a que su hermano Antonio, el alumno ejemplar, regresase para celebrar la llegada del Año Nuevo. En esos días la casa era un hervidero de actividad y eso le

permitía escabullirse y hacer lo que le viniese en gana. Además, le entregaría la carta de don Severino a su madre el día antes de regresar al internado. Quería pasar las fiestas sin escuchar las quejas de su madre, las burlas de su hermano o la mirada indescifrable de su padre cuando se enterasen de la falta de la que lo acusaban de manera injusta.

Unos días después, cuando la familia se cansó de visitarlo, quedó con su amigo Sebastián en la plaza de Santa María, junto a la catedral. Esta vez, el muy atolondrado tardaba demasiado en aparecer. Harto de esperar, se acercó a su casa y le dijeron que se había ido a montar con su padre. El muy lerdo había olvidado que debían encontrarse esa tarde. Golpeó con la punta del pie una china y volvió a casa. A esa hora, Maruja le preparaba la merienda. Aún lo llamaba señorito Diego, aunque le había pedido multitud de veces que no lo hiciera.

Entró por la puerta de atrás, por la del patio, y le extrañó que Maruja no regase las plantas o que la muchacha que la ayudaba, la Tomasina, tampoco barriera la puerta. Ni siquiera oyó a su madre parlotear con su tía, quien acudía a merendar a la par que contaba los chismes y desventuras de los vecinos. Lo más turbador de todo era que Maruja no había dejado ningún plato con la rebanada de pan y aceite en la mesa de la cocina. Eso no había ocurrido nunca desde que podía recordar.

El motivo por el que le entusiasmaban las vacaciones era que así escapaba del internado y de la autoridad férrea del padre Severino, porque desde hacía un tiempo se fijaba en todo lo que hacía o decía.

Su vida parecía totalmente escrita desde su nacimiento, ya que con la edad de seis años, su madre consideró que debía asistir a las clases de los seminaristas en un ilustre colegio de Jaén. La distancia que separaba Baeza de la capital imposibilitaba que durmiera en casa. Odiaba las clases de religión y, cada vez que podía, hacía novillos; circunstancia que sus posaderas habían pagado con creces en más de una ocasión. El recuerdo del último castigo le hizo tocarse el trasero como si reviviera de nuevo el escozor y el sufrimiento que la regla de don Severino le infligió con devoción.

Al entrar en el comedor, lo primero que advirtió fue el silencio, un silencio pesado y doloroso. Su madre mordía un pañuelo, mientras que su tía Juana sostenía su otra mano. Su tía lo contempló con los ojos enrojecidos por las lágrimas, abrió la boca con la intención de pronunciar un par de palabras, pero enseguida escondió el rostro entre el encaje del pañuelo. Su atención se desvió a la figura de su padre. Ajeno a todo aquel despliegue de lágrimas y padecimiento, su padre observaba la calle a través de la ventana en una postura militar y engañosamente sereno; sin embargo, sus hombros se notaban hundidos, como si un peso excesivo recayese sobre ellos. En el otro

extremo de la habitación, Maruja consolaba entre sus rollizos brazos a su hermana.

—Padre…

Don Juan se giró y sus ojos brillaron fijos en él. Lo miró como si fuera la primera vez que lo veía.

—Tu hermano ha muerto —dijo con un tono bronco en la voz.

—No es posible…

Diego se mantuvo firme como hacía cuando los maestros en el internado lo culpaban de alguna fechoría que no había cometido ni admitiría como propia. Con su hermano coincidía en Navidades y Semana Santa. Mientras a Antonio lo enviaron a un colegio militar, él pasaba los días orando y estudiando la Biblia. La voz de su padre lo devolvió de nuevo a la situación tan trágica en la que se hallaba, pero bajó el rostro entristecido ante la noticia de su muerte. Ahora se lamentaba de haberlo envidiado por ser el elegido de su padre. Jamás le gastaría una broma, nunca más le mostraría su espada y no le contaría sus hazañas con ciertas muchachas que, siempre decía, no eran demasiado beatas.

—¿Cómo ha sido? —se atrevió a preguntar, conteniendo las lágrimas.

—Un absurdo accidente… Un caballo se desbocó y lo lanzó contra el suelo. Murió en el acto. Mañana lo traerán a casa y será el entierro —anunció, y esta vez su voz se quebró.

Maruja le acercó a Diego una bandeja con un tazón de leche y unas galletas, pero él negó con la cabeza la oferta tierna de aquella mujer sencilla que no había engendrado hijos. Maruja confiaba en que su vocación fuera cierta y rezaba todas las noches para que Dios lo escogiese como miembro de su Iglesia. Más de una vez le había dicho que quería presumir de servir a un sacerdote.

—Gracias, Maruja, pero no tengo hambre.

—¡Qué desgracia, señorito! ¡Qué desgracia! —repitió mientras se retiraba del cuarto a paso lento con la bandeja.

Cerca de la madrugada, Diego bajó al comedor. Durante toda la noche su padre no se había apartado de la ventana, como si esperase que de pronto su hijo atravesara la Puerta de Jaén y se detuviera bajo el arco de Villalar para después encaminarse a su hogar con una sonrisa colgada en la cara. Él vigilaba hora tras hora ese regreso que solo iba a ocurrir en su imaginación. No había bebido ni comido nada desde el día anterior y había jurado que no lo haría hasta que entregase a su hijo a la tierra que lo vio nacer.

En el otro lado del cuarto, su tía dormía con la boca abierta. Diego observó cómo un fino hilillo de baba le bajaba por el cuello. Su aspecto no era precisamente el de una gran dama, como le gustaba alardear delante de sus amistades. Después, sus ojos se fijaron en su

madre, tuvo la impresión de que en esas horas había envejecido y su rostro mostraba unas líneas fruncidas en la frente que aparentaban dureza. Sabía que debía darle consuelo, pero siempre había sentido predilección por su hijo mayor o, al menos, eso es lo que creía hasta que tres noches más tarde, después del funeral y el entierro de su hermano, todos ellos se encontraron de nuevo en aquella habitación. Solo que esta vez, el luto lo invadía todo, desde las ropas de sus padres hasta las cortinas y manteles. Un ligero olor a incienso y a flores se esparcía en el interior como si estuviesen aún en la iglesia. Su mirada se desvió a su padre y notó una sutil diferencia en él. Un brillo en los ojos que le restaba el sufrimiento que había padecido esos días por la pérdida de Antonio.

—Me marcho, Isabel —reveló su padre sin más preámbulos, y dejó sobre la mesa de café la copa de aguardiente que había bebido de un trago.

Doña Isabel miró a su marido con desprecio. Diego nunca había visto a su madre dirigirle una mirada tan amarga.

—¡Huye! ¡Vete! —le recriminó con la voz aguda y los puños apretados.

Sus palabras resonaron en el cuarto como el quejido de un animal herido.

—Debo hacerlo, es mi deber y no puedo negarme a…

—¡Cobarde! —lo interrumpió su madre sorprendiendo a Diego.

—¡Basta! —exclamó su padre—. No desobedeceré las órdenes del general Cabrera.

—Qué oportuno —le reprochó doña Isabel.

Diego deseaba también abandonar esa casa, huir del dolor y la tristeza que había subyugado cada rincón de sus vidas. Volver al internado se le hacía insoportable, someterse a los rezos y a los días de ayunos y estudios bíblicos lo atormentaban. Nadie creería jamás que soñaba con convertirse en militar como su hermano y su padre; pero sobre todo, soñaba con el mar. Había visitado Cádiz una vez en compañía de su tía y el mar lo había conquistado como una amante traicionera; así le contó un viejo marino que le había sucedido a él.

—¡Padre, lléveme con usted!

Sus palabras habían surgido sin querer. Su madre lo miró como si hubiese enloquecido, pero su padre exhibió en la mirada el orgullo por su valentía.

—¡Diego! ¡No digas sandeces! En tres semanas volverás al seminario. El padre Severino te guiará en tu camino al sacerdocio.

—No quiero volver.

Esta vez, su madre se puso en pie y lo abofeteó. La furia inundó por completo a Diego, sin embargo, agachó la cabeza y no pronunció una palabra. Obediente, se dio la vuelta y se encaminó a la puerta

para salir del cuarto. Fue entonces cuando escuchó la voz ronca de su padre decir:

—Te vienes conmigo.

Su madre se revolvió como si le hubiese mordido una víbora y se encaró a su padre con los ojos centelleantes de rabia.

—¿También quieres quitarme a este hijo?

—Madre…

Ella profirió maldiciones y juramentos que convencieron a Diego de que desvariaba.

—Ninguno podéis imaginar el dolor que siento —aseguró ella, sentándose de nuevo. Luego miró a su esposo y dijo—: Un dolor tan lacerante como lo sería si me derramasen aceite hirviendo en el corazón. Ese mismo oro líquido que mis antepasados arrancaron a la tierra con sudor, esfuerzo y trabajo.

2

Ojos de agua

Castillo del clan Kawaokura, Nagoya (Japón), 10 de septiembre de 1829
(Noveno mes del duodécimo año de la era Bunsei)

Los gritos fueron el preludio de una larga noche que se teñiría de sangre y de muerte. Las doncellas que asistían a la mujer del daimio[1] Kawaokura se miraron con preocupación. Un incendio en la ciudad impedía que el médico llegase al castillo y había obligado a la dama Akane a dar a luz rodeada de sus sirvientas.

No era la primera vez que las llamas consumían las casas de los habitantes de Nagoya. Unos años antes, el sogún[2] ordenó que se construyesen con tejados de pizarra y no de paja para evitar tales tragedias. Además, estableció una serie de normas para sus moradores, de obligado cumplimiento, con la idea de reducir los incendios. Algunas tan innovadoras como formar una brigada antiincendios. En la ciudad se la conocía con el nombre de *Hikeshi*.

—¡Empujad! —le pidió la señora Himura.

Las cuerdas con las que se habían atado las muñecas de la señora se tensaron por la presión que ejercía cada vez que la atormentaba una contracción. Se encontraban en la sala preparada para los partos, donde existía una viga a la que las habían enrollado y fijado con el fin de que se sujetara la parturienta. El sudor frío había empapado la frente y el cuello de la joven dama, mientras que sus labios exangües temblaban por el esfuerzo. Una sirvienta se apresuró a humedecérselos con un paño de lino. Akane tan solo llevaba un ligero kimono de verano que le facilitaría el arduo proceso de dar a luz a su hijo.

—¡Señora Himura…! —gritó la muchacha sin apenas fuerzas.

—¡Un poco más! ¡No puede dormirse ahora! ¡Debe aguantar por el bien de su hijo!

Akane asintió sin entender las palabras de la señora Himura. La cabellera negra caía sobre su rostro pálido y mortecino. Entonces, las cuerdas resonaron con una nueva contracción que arqueó su espalda a la par que emitía un grito torturado. Un líquido espeso se deslizó por los muslos de la muchacha junto con la cabeza del recién nacido. En la habitación, el incienso no disimulaba el olor dulzón de la sangre que se había esparcido con rapidez a los pies de la dama Kawaokura. Una penosa desesperación se reflejó en el rostro de la señora Himura.

—¡Que traigan al médico! —gritó a una de las criadas más jóvenes cuyo semblante se veía pálido.

—Señora Himura, ha sido convocado en la ciudad para asistir a los heridos del incendio.

—¡Por todos los dioses! ¡Haz que lo traigan ahora mismo!

La muchacha realizó una servicial reverencia y se apresuró a salir de la habitación.

EN EL CUARTO contiguo, el daimio escuchaba el sufrimiento de su esposa y aguardaba con una máscara de imperturbable serenidad; aunque en su interior sentía como propio el padecimiento de su querida Akane. No era la primera mujer que moría en un parto, tampoco sería la única que diera a luz a un niño muerto. Ambas opciones le atravesaban el corazón con el mismo dolor y tristeza.

No había dado tiempo a que la hermana de Akane llegase al castillo. Lamentaba que solo la acompañasen las sirvientas, pero el parto se había adelantado dos semanas. Además, el incendio que asolaba Nagoya lo había complicado todo hasta el punto de que las calles se habían apoderado de una agitación imposible de controlar. Había enviado a varios vasallos en busca del médico, pero había sido imposible dar con él entre la multitud de heridos y muertos. Tampoco habían dado con un curandero o cualquiera capaz de atender a una parturienta. La ciudad se había blindado, las órdenes dictadas por el sogún al respecto eran muy claras. Todo el mundo debía ayudar a apagar el incendio o se propagaría y causaría numerosas muertes. La situación era caótica y sus samuráis habían regresado con las manos vacías.

De nuevo, un grito rasgó el aire, un grito de dolor que jamás había escuchado en un campo de batalla ni a ningún hombre. Después, el silencio se oyó como la antesala de un terrible suceso hasta que los llantos agudos y fuertes de un niño invadieron a todos de una alegría orgullosa.

Una sirvienta abrió la puerta *shōji*[3], se hizo a un lado y dejó pasar a la señora Himura. Con el pelo alborotado y las mejillas enrojecidas por el esfuerzo, la mujer mostraba una sonrisa que lo tranquilizó. De inmediato se inclinó antes de hablar:

—Ha sido una niña.

El daimio sintió la misma alegría que si hubiese sido un niño, pero se mostró más comedido a la hora de festejar la buena nueva. No serviría *sake* a sus vasallos más leales como hubiese hecho de nacer un varón.

—¿Y Akane?

La señora Himura retiró la mirada y bajó la cabeza sin saber qué decir.

En ese momento la puerta se abrió y Jiro, el samurái de mayor rango, se arrodilló ante él, avergonzado por no poder cumplir la orden de su daimio de encontrar al médico.

—Señor, le hemos fallado —dijo—. Merecemos la muerte.

—No castigaré a ninguno de mis hombres cuando ni yo mismo he podido ayudar a mi esposa.

Entristecido, el daimio Kawaokura se adentró en el cuarto con el miedo de verla desaparecer ante sus ojos.

La palidez de Akane exhibía una felicidad que le sería arrebatada muy pronto. La Muerte rondaba a su esposa como una polilla insistente lo haría con la luz de un farol. Se arrodilló a su lado y tomó su mano. La sintió tan débil y frágil que temió hacerle daño.

—Conoce a tu hija… —le dijo ella.

Una sirvienta le dio un bulto envuelto en un paño de seda. Una niña dormida se mordía el puño. Su pequeña cara sonrosada se adueñó por completo de su corazón; sin embargo, en el momento en que abrió los ojos, el asombro se dibujó en su semblante. El descendiente de la condesa de Carrión y el daimio Kawaokura Ryô miró desconcertado el rostro de su hija.

—¡Tiene ojos de agua!

—¿Será bendecida por los dioses? —preguntó su esposa con un hilo de voz.

Durante el embarazo, Akane había rezado a todas las deidades que conocía para que su hijo no nacido no heredase el color de los ojos de la condesa extranjera y, por lo visto, ninguno había escuchado sus plegarias.

Kawaokura no fue capaz de ser sincero con Akane en su lecho de muerte. El problema no era que hubiese nacido con los ojos de agua, sino con *sanpaku*[4]. A los niños que nacían con esa particularidad se les vaticinaba una vida desafortunada y podrían sufrir una muerte trágica y dolorosa. No le contaría a su esposa nada de ese destino que haría todo lo inimaginable por cambiar.

—Lo será —mintió.

Después, Akane esbozó una sonrisa y abandonó la tierra de los vivos mientras su hija despertaba, contemplaba el mundo y lloraba con fuerza.

3

edo

Castillo del clan Kawaokura, Nagoya (Japón), 5 de julio de 1836
(Séptimo mes del sexto año de la era Tenpō)

Durante siete años, Miyako había acompañado a su padre a Edo, la capital y sede del sogunato Tokugawa, cuando debía permanecer en la ciudad, como establecían las órdenes del sogún para todos los daimios. Su padre y, el resto de daimios, samuráis leales al sogún, vivían en edificios llamados *yashikis* dentro de las murallas del castillo de Edo. Todos ellos se encargaban de costear el mantenimiento de los mismos. Cada uno se había adaptado a los gustos de sus habitantes. En el caso de la familia Kawaokura la austeridad era una de sus normas a excepción del portalón de entrada, enorme, rojo y dorado. Varias salas se separaban por puertas correderas que permitían convertir la casa en una más amplia si el daimio recibía visitas. Miyako ocupaba una habitación anexa a la suya donde solo había un futón y una mesa baja en la que practicaba caligrafía. Un jardín con un olivo, procedente de Nagoya, ocupaba el centro del patio rodeado de arena blanca. Aparte de esos pocos lujos, el resto de la casa del clan Kawaokura podía compararse con la de cualquier criado del sogún.

La vida en Edo era emocionante para ella. Siempre había algún festival en la ciudad que visitaba junto con su padre cuando los asuntos políticos se lo permitían. A veces, incluso entraban en alguna casa de té donde probaban las especialidades de Edo: sopas de pescado o el *tôfu*, al que era tan aficionada.

No era el único descendiente que acompañaba a su progenitor, durante esos seis meses obligatorios en los que debía residir en Edo, para cumplir con la política establecida por el sogún, pero sí el único del género femenino. Eso le había granjeado más de un enfrentamiento con los vástagos de otros daimios, pero su mirada siempre había evitado que ninguno se sobrepasase con ella. A Miyako le daba igual que la excluyeran de sus juegos. A ella le interesaba más lo que podía ofrecerle Edo que la amistad de unos niños que la llamaban mestiza. Ni siquiera en Nagoya tenía amigos de su edad. La mayoría la temían por el color de sus ojos.

En su cuarto del castillo de Nagoya, una habitación cuya extensión correspondía a veinte tatamis, Miyako observaba a dos grillos

enjaulados a la espera de marchar a Edo. En esta ocasión, las criadas se retrasaban. Cada vez que partía, preparaban los baúles y recibían órdenes de su padre. Si bien esa mañana todavía ninguna había aparecido en su habitación, salvo la señora Himura, y tan solo para colocar sus kimonos en los colgadores de la pared.

—¿Qué hace, señora Himura?

—Mi querida señorita, su padre ha ordenado que deshagamos su equipaje.

—¡Hablaré con mi padre!

La señora Himura no se molestó en retenerla y continuó colocando los kimonos en su lugar.

Miyako atravesó varias salas y un jardín de arena blanca hasta llegar a los aposentos del daimio. Cuando abrió la puerta *shôji*, en vez de encontrar a su padre leyendo algún documento de interés, mientras bebía un té de crisantemo, halló a una mujer sentada frente al señor de Kawaokura. La invitada se giró y la miró de arriba abajo con perplejidad. Vestía un kimono de colores llamativos que ajustaba a su cintura con un *obi*[5] dorado. Sus excesivos adornos en el cabello exhibían un gusto abigarrado. Además, la largura de sus mangas era excesiva, más propio de una muchacha casadera que de una mujer madura.

—Es la misma imagen de Akane, salvo por…

La extraña dejó de hablar cuando Miyako la miró de nuevo.

—Lo sé —respondió el daimio observando a su hija con ternura—. Miyako, muestra el respeto debido a tu tía Reiko.

Durante un instante, la ingenuidad infantil dominó la desconfianza que había sentido al ver a la mujer.

—¿Mi tía?

El daimio asintió. Miyako se inclinó respetuosamente delante de la hermana de su madre, consciente del escrutinio al que la sometía. Observó por el rabillo del ojo a esa mujer delgada, con el rostro enjuto y una mirada penetrante y crítica.

—Tu tía se quedará aquí mientras cumplo con mi obligación con el sogún en Edo.

—Pero yo siempre le he acompañado…

—No es lugar para una niña —intervino su tía acallando la protesta de Miyako.

—Tu tía tiene razón. Hasta ahora he desatendido tu educación como una joven dama samurái.

Miyako miró a su padre con desesperación.

—No te preocupes, sabré llevarla por el camino que Akane hubiese querido para ella al igual que si fuese mi hija —afirmó Reiko.

—Te lo agradezco.

Reiko asintió, sin ocultar su satisfacción. En ese momento, Miyako

comprendió que nada de lo que dijese convencería a su padre de lo contrario. Prefirió no enfadar a su tía, así que guardó silencio, aunque en su interior se sentía herida por el abandono de su padre.

En los seis meses que Kawaokura permanecía en Edo, Miyako se convertía en una invitada en su propio hogar. Cuando su padre regresaba, su tía actuaba como si fuera su verdadera madre. La servidumbre guardaba silencio para no disgustarla, pero era una mujer mezquina y caprichosa que la trataba como a una apestada. Se limitaba a verla a primera hora para ordenarle sus deberes, que siempre la obligaban a permanecer durante parte del día encerrada en su cuarto. Después, se comportaba como si fuese la señora de la casa. Además, su prima debía ser tratada por la servidumbre como la descendiente directa del daimio. La señora Himura veía lo que sucedía con resignación e intentaba contentarla con un dulce, un grillo o un paseo al lago.

Durante dos años, Miyako aguantó la presencia de su tía sin quejarse a su padre ni una sola vez. Hasta que un día, la sorprendió abriendo los armarios donde se guardaban las pertenencias de su madre.

—¡No toques los kimonos de mi madre! —gritó.

Reiko se volvió desconcertada por la furia que contenían esas pocas palabras y la cólera que reflejaba el semblante de su sobrina.

—¡Maldita niña! ¿Quién te has creído que eres? ¡Solo eres una mestiza! ¡No me extraña que mi hermana muriese al darte a luz!

La acusación arañó el corazón de Miyako como las zarpas de un animal salvaje. El dolor le robó el color del rostro, en cambio, la tonalidad de sus ojos se tornó oscura y penetrante como si emergiera de las profundidades del mar.

—¡Sal de aquí si no quieres que te saque yo misma! —gritó Miyako.

Reiko la abofeteó con tanta fuerza que la lanzó al suelo. Miyako se tocó la cara. No era el dolor físico lo que la mortificaba, sino ver cómo su tía pretendía ocupar el puesto de su madre.

—¡Si vuelvo a oírte, te encerraré en tu cuarto hasta que venga tu padre! —la amenazó.

—Mi padre no creerá nada de lo que le digas.

—Te aseguro que creerá que su hija se ha comportado con desobediencia. Seguro que puedo convencer a la señora Himura para que respalde mis palabras.

Reiko sabía cuánto estimaba a la señora Himura, también que no permitiría que le hiciese daño. Algunas criadas habían sido despedidas, mientras que otras recibían palizas por no servirla según sus reglas. Su tía había extendido su reino de miedo en su hogar, nadie se le opondría, ni siquiera la señora Himura. Pero Miyako no

dejaría que su tía la echase de su lado. Era la única que aún le mostraba afecto.

Con las manos en la cintura y en una actitud beligerante, Reiko miró a su sobrina. Miyako se puso en pie y, sin decir una palabra, salió del cuarto. Todos pensaron que se había encerrado en su habitación, por eso su tía no se molestó en ponerle vigilancia. Pero a la hora de la cena, la señora Himura no fue capaz de encontrarla por ninguna parte.

4

Una aventura peligrosa

Ciudad de Nagoya (Japón), 5 de agosto de 1838
(Octavo mes del octavo año de la era Tenpō)

Unas horas antes, a la *hora del Gallo*[6], Miyako se escabulló del castillo por la puerta que usaban los sirvientes, la menos vigilada. Antes, registró los cuartos de las criadas y robó un kimono de una de ellas y unas sandalias sencillas, y se cubrió la cabeza con un sombrero con velo de gasa. Con aquella apariencia se asemejaba a una criada de rango menor que debía realizar un recado. Con el cuerpo encogido para disimular las enseñanzas de andar erguida se encaminó a la puerta. A los guardias no les extrañó que una criada saliera a esas horas, así que la dejaron pasar sin hacer ninguna pregunta.

Miyako ignoraba hacia dónde dirigirse, pero sus pies continuaron sin detenerse, alejándola de su hogar. Antes de emprender el camino que conducía a la ciudad, se dio la vuelta y echó un último vistazo a las murallas del castillo Kawaokura. Durante doscientos años apenas habían cambiado. La enorme torre de homenaje se alzaba sobre el resto de la fortaleza y las piedras mostraban que los años habían pasado por ellas, pero mantenían el carácter defensivo y sobrio de antaño.

Pero cuanto más se alejaba, más aliviaba el dolor de su corazón. Nunca había visitado la ciudad sin compañía de su padre, así que la aventura aplacó su rabia. El ruido de la ciudad flotaba en el aire igual que el olor a estiércol, sudor y tierra que debido al calor parecían más intensos y mareantes. Se concentró en ver los puestos de los comerciantes que a esas horas se apresuraban a cerrar. Se detuvo en uno que vendía abanicos y, en otro, cacharros de cocina que jamás había visto. Observó impresionada cómo las calles se vaciaban, aunque parecía que un par de ellas empezaban a brillar con el ocaso. Emprendió el mismo destino que muchos de los ciudadanos: el barrio del placer, donde las mujeres caminaban con kimonos de colores. Se escuchaba música y los vendedores ambulantes ofrecían a gritos sus mercancías. Miyako se quitó el sombrero con el que cubría su rostro. Tenía hambre y se detuvo delante de un vendedor de dulces de *manjū*[7]. Su estómago protestó al oler el rico aroma de las castañas que habían usado para rellenarlos, pero al escapar no había pensado

en el dinero.

Miyako continuó andando mientras que observaba los edificios, la mayoría de dos plantas, como habían encendido farolillos rojos para indicar a los visitantes que abrían sus puertas. Varias muchachas tras una reja hablaban con hombres que negociaban con ellas. Las chicas reían mientras que ellos intentaban tocarlas a través de los barrotes, convirtiéndolas en hermosas aves de vistosos plumajes encerradas en sus jaulas.

En medio del gentío, que atestaba las calles, alguien la empujó con fuerza. Trastabilló un paso, a punto estuvo de perder el equilibrio y caer al suelo. Se volvió furiosa para enfrentarse a su atacante, pero quedó sorprendida al ver que era un muchacho de su misma edad. Le faltaban los dos dientes delanteros y su pelo era una maraña sucia y enredada. Vestía un kimono ajado, sin mangas, cubierto de manchas de arriba abajo, y llevaba unas sandalias de paja.

—Si quieres estar aquí, debes pagar.

—Nadie paga por pasear por las calles.

Miyako no conocía demasiado bien cómo se regía el mundo ajeno al castillo, pero sí que no se pagaba por pisar las calles de ningún pueblo o ciudad, ni siquiera en Edo.

—Aquí sí se paga.

—¿A quién?

—A mí —dijo él, ufano.

—No tengo dinero.

—Pues pagarás de otra manera…

Entonces, el pilluelo advirtió el color de sus ojos y su rostro se tornó lívido.

—¡Eres un fantasma!

Asustado, quiso atacarla con el palo que sujetaba. Ella esquivó el golpe, aunque la alcanzó de refilón. Antes de que volviera a intentarlo, Miyako corrió en dirección contraria. Una de las veces que miró atrás comprobó que no estaba solo, varios niños seguían a quien parecía el líder del grupo.

Desconocía las calles y dónde conducía cada una de ellas. Después de entrar y salir de algunas en las que encontró borrachos que gritaban pidiendo más *sake*; samuráis de mirada orgullosa y con ganas de pelea y vendedores ambulantes con caras cansadas, se metió en un callejón en el que había dos puertas traseras que pertenecían a diferentes edificios. Cuando descubrió su error, ya era demasiado tarde. Pero no se rendiría sin luchar. Miró a su alrededor para buscar algo con lo que defenderse, hasta que dio con un palo que agarró con valentía. No era una *naginata*[8], pero apostaría un kimono de seda a que esos niños jamás se habían enfrentado a una guerrera que manejaba la *naginata* con cierta habilidad, según decía su maestro. El

problema era que la superaban en número y le dolía la cabeza, tenía un buen chichón.

—¡Bruja! —gritó el jefe de la banda infantil al encontrarla en el callejón.

—¡No soy una bruja!

—Eso lo veremos ahora.

Dos de sus atacantes le lanzaron piedras y la derribaron al suelo. Esos granujas se habían criado en las calles y no se enfrentarían a ella de manera honorable. Cerró los ojos y se hizo un ovillo, aguardando una paliza aún mayor, cuando la voz de un muchacho silenció los gritos de sus agresores.

—¡Fuera, si no queréis que os parta en dos!

Los integrantes de la banda se miraron unos a otros sin saber qué hacer, hasta que el muchacho que sujetaba una katana alzó el arma. Su sencilla ropa y espada no pertenecían a un samurái, pero prefirieron retirarse antes que sufrir un corte del arma que empuñaba.

—Ya puedes levantarte —escuchó decir Miyako.

Obedeció la orden, juntó las manos y se inclinó agradecida. Luego, dijo:

—Muchas gracias.

El muchacho era espigado, tenía unas facciones delicadas que se habían transformado por un instante en una máscara diabólica al enfrentarse a esos rufianes.

—No deberías andar por estos callejones, son peligrosos… —dijo, pero enmudeció al ver el color de sus ojos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Miyako.

Sabía qué ocurría en el momento en el que advertían su extraña condición.

—Ibuki, soy…—Los gritos provenientes del callejón alertaron a los dos jóvenes, así que el muchacho le ordenó—: Mantente tras mi espalda.

—Prefiero ayudarte —dijo ella y cogió de nuevo el palo.

Cuando la escasa luz les permitió ver de quién se trataba, Miyako supo enseguida que su tía no la perdonaría y temió por la seguridad del joven, que tan generosamente la había salvado.

—¡Vete! —le pidió ella.

—¡No puedo dejarte!

—¡Vete o te harán daño!

—Parecen soldados…

—Por favor, haz lo que te pido.

El muchacho fijó la mirada en sus ojos una última vez y entró por una de las puertas del callejón.

5

La guerra

Morella (Castellón), 26 de mayo de 1840

El humo le impedía ver nada más allá de sus narices. Los gritos de los soldados eran lo único que escuchaba, además de su agitada respiración. Echó el cuerpo a tierra y apuntó con el arma hacia el lugar donde se encontraba el bando contrario. De repente, el viento aclaró la masa de densas nubes de humo y le mostró un cielo claro y luminoso. Durante un instante, imaginó que se hallaba tumbado entre olivos, mientras oía el cantar de los pájaros; sin embargo, la ilusión se mantuvo tan solo unos segundos hasta que alguien gritó a los que aún podían luchar que emprendieran de nuevo la batalla. El resto del ejército, al menos lo que quedaba de batallón, recuperó un poco de su inicial valentía y acometieron el combate. Tan pronto como los mandos comprendieron que la batalla sería una derrota entregaron a Diego un arma con la que disparar.

Hasta el alba, Morella había sufrido sin tregua ni descanso un terrible bombardeo, con la mala suerte de que uno de los proyectiles cayó sobre el almacén de municiones. La destrucción del polvorín había decidido que la batalla que afrontaron con tanta esperanza se encaminara al fracaso. La única solución posible para los carlistas era huir antes de que las tropas de los liberales[9] lo descubriesen, aunque la suerte esa noche no estuvo con ellos y muchos murieron acribillados a quemarropa por sus propios compañeros. La situación se convirtió en un infierno. Poco pudieron avanzar y, ante el miedo a la muerte, se aventuraron a regresar al pueblo. La oscuridad, la confusión y el temor de los que aún permanecían en la plaza provocaron muchas más muertes, ya que se creyó que la gran masa de hombres que regresaba era el enemigo, y los miembros de su propio ejército se mataron entre sí.

Tres días duró ese castigo. Al cuarto, rodeado de cadáveres, Diego recordó cómo siguió a su padre sin cuestionar por qué participaba en aquella contienda que estaba abocada a la derrota desde el primer día. Por una fracción de segundo, se preguntó si, al igual que él, había sobrevivido o, por el contrario, había padecido una muerte tan aterradora y agónica como la de los hombres que yacían a su alrededor.

Tenía la garganta seca y el miedo a morir, por primera vez, oprimió su estómago. Buscó entre los combatientes la figura de su padre. Su imponente tamaño le había granjeado el respeto de los hombres que servían bajo su mando, aunque apenas distinguía a nadie entre el pandemonio de sonidos, voces exánimes y quejidos.

De pronto, uno de los miñones[10] del general Cabrera lo empujó con violencia, y Diego, sorprendido, vaciló sin comprender el motivo. Su cara inexpresiva y atemorizada lo miró como si aguardase a que le dijera lo que debía hacer, cuando él también andaba perdido. Quiso hablarle, pero un disparo atravesó el aire y reventó el pecho del miñón que le recordaba a su hermano mayor. En ese instante, dejó de oír el rugido de la batalla. Tenía el rostro manchado con la sangre del joven que un minuto antes se había detenido junto a él. Antes de que aquella bala acabase con su vida, vio en su mirada inquisitiva el terror a morir. Un temblor recorrió a Diego de los pies a la cabeza. Se sentía tan perdido que fue incapaz de moverse; tampoco supo si era de día o de noche, ni qué hacía allí, ni lo que había sucedido. En ese momento, verdaderamente, los vio: todos esos cuerpos jóvenes, ensangrentados, mutilados y muertos. Podía ser uno de ellos, pero, por ahora, Dios había querido librarlo de ese destino.

A su alrededor, no dejaba de resonar la artillería liberal. Las explosiones y las llamas devoraban las casas que aún se mantenían en pie. El olor a carne quemada y a pólvora le provocó arcadas. Sorteando los cadáveres hasta el lugar en el que las fuerzas carlistas habían instalado uno de los cañones, anduvo cobijado tras las barricadas que habían construido todos esos jóvenes que ahora entregaban su sangre a la tierra. Allí fue la última vez que vio a su padre. Se restregó los ojos y lo divisó a lo lejos, blandía el arma y organizaba a las precarias tropas. El capitán también lo vio y en una zancada se aproximó a su lado. Gritó un par de órdenes que Diego no oyó y, ante su inmovilidad, lo empujó contra el suelo para protegerlo de los disparos del ataque enemigo. Mientras las tropas carlistas resistían el envite de los liberales, Diego solo evocaba su vida en aquella tierra de olivos a la que amaba y temía no ver de nuevo.

Plaza de Morella (Castellón), 23 de mayo de 1840

Tres días antes

Diego contemplaba fijamente al Tigre del Maestrazgo, como llamaban al general Ramón Cabrera, escuchar a sus subalternos.

Admiraba al general que, al igual que él, no estaba elegido para tomar las armas, ya que su vida se había orientado a la Iglesia.

Una semana antes todos pensaban que la simpatía de los habitantes de la zona, el resguardo que suponía la plaza y las murallas que rodeaban al pueblo hacía de ese lugar un magnífico sitio para enfrentarse a las tropas liberales. Pese a la situación en la que se hallaban, sabían de buena mano que el general Espartero iba detrás de las tropas de Cabrera. Su padre permanecía en silencio, concentrado en el contenido de los informes que exponían el resto de capitanes. Diego se encontraba en la reunión porque servía el vino y la comida a todos ellos. Además, era de confianza, habida cuenta que era el hijo de don Juan de Quesada.

—Protegeremos las puertas a toda costa, no será muy difícil —ordenó el general.

Su padre asintió despacio, nada convencido, y se dio por concluida la reunión.

—Diego —lo llamó al comprobar que no había oídos atentos alrededor—. No te separes de mí. A pesar de lo que haya dicho el general no creo que sea una tarea fácil. No subestimes jamás al enemigo.

Cuánta razón tenía su padre. El veintiséis de mayo empezaron los bombardeos al pueblo. Pronto el general Cabrera comprendió que nada podría hacer contra el ejército enemigo. Su suerte, como la del resto de sus hombres, se decidió en el momento en el que se ordenó defender aquel emplazamiento a costa de tantas vidas.

En el fragor de la batalla, su padre lo arrastró lejos de la barricada.

—¡Escúchame bien! ¡Debemos marcharnos! El general Cabrera ha dado orden de retirada.

Diego asintió a lo que le decía sin escucharlo en realidad. Su voz era un eco lejano entre el ensordecedor estruendo de gritos, relinchos de caballos y ruido de pólvora.

—¡Diego, vuelve en ti, por Dios! —le gritó.

Lo agarró de la solapa de la chaqueta y tiró de él abriéndose paso, pistola en mano, entre la multitud de habitantes y soldados que huían del pueblo con la desesperación de no ser masacrados por el fuego enemigo. A esas alturas, había extraviado el gorro rojo que caracterizaba a los carlistas. Su padre le arrancó de la chaqueta toda insignia que lo destacaba como uno de los miembros de ese ejército.

—Si somos apresados, confío en Dios para que te proteja y nuestros enemigos piensen que podías pertenecer de igual manera a uno u otro bando.

Tras varios días de avanzar sin apenas dormir y alejándose de los caminos más transitados, llegaron a un pueblo donde los carlistas contaban con simpatizantes que los ayudaron a viajar hasta Valencia

y, de allí, a Baeza.

6

Una propuesta inapropiada

Baeza (Jaén), 15 de julio de 1840

Diego caminaba ajeno a las miradas de sus convecinos, pero su cuerpo estaba en tensión, vigilante para no ser sorprendido. Todos en el pueblo conocían que había participado en una guerra. Muchas fueron las críticas que recibió su padre por privarlo de la educación y seguridad del internado y del seminario. También por alejarlo de su madre, cuando su hijo era el único consuelo en esos momentos tan duros.

Sebastián se acercó a él tras atravesar la plaza de Santa María y se aproximó a la fuente que emulaba los arcos romanos, donde lo esperaba.

—¡Sebastián! ¡Cuánto me alegro de verte!

Diego abrazó a su amigo con fuerza.

—Yo también… aunque te veo distinto —dijo, cuando se separaron. Luego sin mirarlo a los ojos añadió—: ¿Cómo fue?

Diego debía contestar con sinceridad. No podía negar que la guerra lo había llenado de expectación y de temor en partes iguales. Su padre le explicó que tener miedo no era ser cobarde. El miedo hacía que los hombres fueran prudentes, y un hombre prudente tenía el doble de posibilidad de sobrevivir a una batalla que un enardecido combatiente.

—El mismo Infierno, Sebas. Aunque iría de nuevo, si pudiera —confesó.

—Me hubiera gustado estar allí.

Diego asintió con la cabeza mientras emprendían la marcha hacia el Café Central.

—Tengo hambre —dijo Sebas.

—Me muero por comer un *ochío*[11] .

—Después de luchar en una batalla no puedes morir por un bollo —le dijo burlón.

En el café, ambos amigos se sentaron en una mesa y cuando el camarero se retiró, Sebastián le preguntó:

—¿Es verdad que vas a casarte?

Diego casi se atragantó al entender el alcance de la pregunta, incapaz de comprender por qué a Sebas se le ocurría una idea tan

peregrina.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tu madre y tu tía se han encargado de que desde Baeza a Linares todo el mundo sepa que te casas con Luisa Navarrete de Olivares.

Diego, en un primer instante, creyó no haberlo escuchado bien, pero su amigo lo miraba fijamente a la espera de que confirmase o no la pregunta que acababa de hacerle.

—Mi madre y mi tía…

Sebastián no apaciguó sus dudas porque Diego no le dio tiempo a contestar, porque se puso en pie y salió aprisa del café.

Cuando Diego regresó a casa, Tomasina barría la entrada. La chica le hizo una reverencia cuando lo vio aparecer, aunque esta vez no le dedicó unas palabras amables, como solía hacer cada vez que la veía en la puerta. Diego atravesó la cocina en dos zancadas y tropezó con Maruja.

—Señorito Diego, he preparado unas rosquillas de anís…

—¡Deja de llamarme señorito Diego! —gritó.

El rostro de Maruja perdió el color ante el trato que le dispensaba. Se escabulló en silencio con el plato de rosquillas. Al verla marchar con los ojos entristecidos, Diego pensó que se disculparía más tarde con ella, esa buena mujer no merecía su enojo. Abrió la puerta del salón de golpe. En el interior, se encontraba su madre, acompañada de su tía. Ambas mujeres levantaron el rostro de su bastidor de costura al ver la manera brusca en que su hijo y sobrino irrumpía en la habitación.

—¡Madre! ¿Qué has hecho?

Su tía lo miró sin comprender, pero su madre sabía bien a qué se refería.

—Si no tomas los hábitos, formarás una familia. No discutiré contigo la conveniencia o no de un matrimonio como el que he concertado con la familia Navarrete. Esa muchacha es la que te conviene. ¿O preferirías volver al internado? Por la edad que tienes el año próximo deberías empezar el seminario. El padre Severino te aguarda con los brazos abiertos.

Diego apretó los puños. Su madre ignoraba que ya no era aquel niño inocente incapaz de tomar una decisión. El joven que tenía delante ya era un hombre, cumpliría muy pronto dieciséis años.

Su madre tornó a su labor y desdeñó su enojo.

—¿Padre está de acuerdo?

—Lo estará —admitió con determinación.

Baeza (Jaén), 3 de agosto de 1840

Justo antes de las ocho de la tarde, el ajetreo en la cocina era intenso. Maruja, con su uniforme recién planchado, dictaba órdenes en tono autoritario al resto de los criados. Doña Isabel había contratado a dos muchachas más.

—Señora Maruja, ¿ha visto al señorito Diego? —preguntó Tomasina al verlo entrar en la cocina.

—¡Niña, no seas atolondrada! —Luego, Maruja se acercó a él y le dijo—: Señorito Diego, está como un pincel esta noche —y añadió—: Tomasina ha hecho un buen trabajo planchándole los pantalones, el frac y el chaleco blanco de cutí. Parece todo un hombre.

—Gracias, Maruja —respondió Diego, y dirigiéndose a Tomasina le pidió—: ¿Puedes llevarme un café al salón pequeño? No quiero molestar a Maruja, ya tiene bastante.

La muchacha se apresuró a obedecer y realizó una leve reverencia.

Diego salió de la cocina y se encaminó al cuarto. Necesitaba una bebida más fuerte que un café, pero no se atrevió a beber una copa por miedo a que su madre notara en su aliento el alcohol. Mientras fumaba, observó por la ventana el carruaje que se había aproximado a su hogar, de él bajó al completo la familia Navarrete. En ese instante, Tomasina entraba en el cuarto con el café y, del mismo modo que había llegado, se marchó en silencio.

Diego apagó el cigarrillo y se lo tomó de un sorbo. El líquido espeso y amargo le aclaró las ideas lo suficiente para saber que nada de lo que dijera o hiciera esa noche impediría que su madre lo arrastrase a un matrimonio que no había escogido y que se negaba a aceptar. Imaginó que su rechazo le traería a la señorita Navarrete despiadadas habladurías en el pueblo, pero a pesar de lo que hubiese decidido su madre, pondría fin a esa situación. Se dirigió a la puerta, esbozó una sonrisa fingida y se preparó para comenzar el espectáculo.

Dos horas después, había terminado de cenar sin cruzar una palabra con la joven que se suponía se convertiría en su esposa. Luisa Navarrete poseía una tez olivácea que contrastaba con su cabello rubio y sus ojos oscuros de mirada inquisitiva. Resultaría más atractiva sin el recogido del cabello pasado de moda, según le susurró su hermana durante la cena. Luisa apenas probó los platos que Maruja le sirvió, algo que estaba seguro desagradaría a la cocinera, pero de nuevo su hermana con cierta malicia le murmuró que, posiblemente, su madre le había advertido que no comiera demasiado en su presencia. A pesar de no ser una beldad, Diego detectó en ella a una mujer culta, al intervenir con inteligencia y un gran sentido común en la conversación entre su padre y el señor Navarrete. Su participación llegó a su fin debido a las miradas reprobatorias de su madre. Entonces, la muchacha se refugió en un silencio meditativo.

Tras la cena, se celebraba un recital en casa de la condesa de

Vilches. La anciana dama prefería Baeza a Madrid, donde pasaba temporadas en el pueblo y organizaba veladas musicales. Asistirían a un recital de un joven violinista que, según su tía, era toda una promesa. Él habría elegido pasear y fumar un cigarrillo, costumbre que había adoptado tras regresar de Castellón; pero acudió como los demás a la casa de la condesa o su madre lo habría arrastrado de una oreja hasta allí.

La casa de la dama era el palacete de Jabalquinto. Sentía que había viajado en el tiempo cada vez que se encontraba ante su puerta decorada con clavos de piña, junto con una fachada enmarcada por dos grandes pilastras coronadas con dos capiteles de mocárabes. La dueña del palacete ayudaba a crear dicha imagen. La condesa los acogió con su habitual cortesía, ataviada con una mantilla de elaborado encaje y enjoyada de los pies a la cabeza.

—Es un placer verla de nuevo —dijo su madre.

Mantenía el luto por su hijo Antonio, aunque según le había dicho en más de una ocasión antes de la cena, era conveniente y, sobre todo, necesario, presentarse en aquella reunión por miedo a que echara a perder sus planes con la familia Navarrete.

—Me alegra recibirla a usted y a toda su familia después de su desgracia —contestó la condesa.

Acompañaron a la dama al salón, donde dos músicos aguardaban para iniciar su representación. Había varios invitados más, entre ellos: el alcalde, el sacerdote y creyó reconocer al médico. Su padre se acercó a saludarlos, tras unas palabras tomaron asiento. Por supuesto, todo se había dispuesto para que Luisa se sentase junto a él.

—¿Le gusta la música? —le preguntó Diego.

—¿Y a usted?

La chica lo miró un instante fijamente antes de responder.

—Es un aburrimiento —afirmó, arrancándole una leve sonrisa por su descaro.

—He de decirle que comparto su opinión.

—¿Le importaría salir conmigo un momento? —le preguntó la joven.

Su amigo Sebas le había prevenido de que nunca estuviera a solas para que la chica no lo acusase de un proceder indebido.

—No deberíamos…

—No nos moveremos de la puerta del salón —lo interrumpió—. Nadie podrá reprocharle que se haya aprovechado de mi inocencia.

Los dos jóvenes se retiraron discretamente de la sala y se dirigieron a la puerta. Allí dos criados custodiaban la entrada, así que tal y como había dicho la señorita Navarrete, nadie le achacaría un comportamiento inapropiado.

—No tenemos mucho tiempo antes de que manden a su hermana

como carabina —le susurró la señorita Navarrete para evitar que la escuchasen los criados. Luego, antes de que pudiera pronunciar una palabra, añadió—: No deseo casarme, y creo que usted tampoco.

—Así es, pero…

—No se preocupe por mi reputación ni por nuestras familias. Sé la manera de conseguir la libertad, solo necesito que usted me ayude.

—¿Cómo podría?

—Ayudándome a fugarme a Madrid.

—¿Se ha vuelto loca?

—Si lo piensa con frialdad, el demente será usted si continúa con esta farsa. Mañana nos encontraremos en la iglesia El Salvador en misa de siete. No falte —dijo, y a Diego sus palabras le sonaron más a una orden que a una petición. Y añadió—: Mis padres deben visitar una finca en Córdoba y mis hermanos no se despertarán hasta bien entrada la mañana. En cuanto a los sirvientes, mi madre les ordena tantas tareas que siempre están ocupados. A María, la criada encargada de vigilarme, ya la sobornaré de alguna manera, sé que le gusta uno de mis vestidos.

DE MADRUGADA, DIEGO no dejaba de pensar en la propuesta de la señorita Navarrete. Temía participar en un acontecimiento que destrozase su vida. No anhelaba casarse, pero ayudarla a escapar de su hogar no era un acto honorable. Por otro lado, ya sentía un peso insoportable sobre los hombros cada día que pasaba en Baeza. Se ahogaba entre aquellas paredes a las que había amado con devoción antes de la muerte de su hermano. En su viaje a Castellón había descubierto un mundo muy diferente, un mundo excepcionalmente agreste y salvaje, pero un mundo que deseaba conocer. Diego se vistió deprisa, encendió un cigarrillo y se encaminó al lugar en el que había quedado con la señorita Navarrete cuando las luces del alba iluminaban las calles, y las criadas se apresuraban a portar los cestos de ropa sucia a la zona de la lavandería, a la par que en la cocina de Maruja olía a chocolate recién hecho.

A la hora señalada, Luisa lo esperaba en la iglesia. A la misa de las siete acudían los jornaleros, la mayoría ni siquiera del pueblo, y algunas criadas, las más viejas, así que pocos se fijaron en la pareja que se había sentado en el último banco con ropas tan discretas como ellos, según le había sugerido Luisa el día de la cena. Diego no pudo menos que maravillarse, como siempre hacía, al contemplar el altar de numerosas filigranas doradas.

—¡Has venido! —exclamó ella con cierto recelo en la voz, tuteándolo.

—¿Acaso lo dudabas? —contestó molesto, también tuteándola—:

Te he dado mi palabra de que te apoyaría en esta locura.

—Debe ser hoy mismo.

—¿Por qué las prisas? —inquirió alarmado.

—Mi madre me vigila día y noche, incluso obliga a mi criada a que duerma en mi habitación —respondió, pero ante su desconcierto, añadió—: No te preocupes, lo tengo todo previsto. Solo necesito una excusa para salir de casa sin que sospechen lo que tramo.

En ese momento, un feligrés carraspeó para advertirles que guardaran silencio. El párroco apareció y comenzó con la misa. Diego tuvo que callar al comprender que no podían volver a llamar la atención. Cuando terminó la eucaristía, Luisa se arrodilló y prosiguió con sus rezos, mientras que él se dirigió al atril donde los parroquianos encendían velas. Se entretuvo mirándolas hasta que advirtió que de nuevo estaban solos en la iglesia.

—La condesa celebra otra de sus veladas, solo tienes que llevarme a su casa.

—No creo que tu familia…

—No te preocupes por mi familia. Sé cómo conseguir que un dolor de tripas les impida acudir a última hora a casa de la condesa de Vilches.

Diego la miró con asombro y quizás con cierto temor por lo que acababa de confesarle. Luisa le devolvió la mirada como si fuera un niño pequeño al que tuviese que explicarle muy despacio una lección.

—No te alarmes, solo les provocaré un ligero malestar, no voy a matarlos.

—No bromees con esas cosas en la casa de Dios.

—Discúlpame, pero estoy desesperada.

—De todos modos, tus padres no te permitirán ir sin una carabina y…

—Debes convencer a tu hermana.

—¿Mi hermana?

Diego se levantó de un salto, y ella lo retuvo del brazo cuando iba a marcharse.

—Es la única manera.

—No dejaré que involucres en tus locuras a mi hermana.

Luisa fijó su mirada entristecida en él, provocando su compasión, y volvió a sentarse.

—Solo ha de acompañarme al excusado, donde la encerraré. Cuando uno de los criados la ayude a salir, ya estaré de camino a Despeñaperros.

—No estoy seguro…

—Por favor, si no me caso contigo, mi padre me obligará a casarme con otro menos comprensivo y más viejo —terminó por revelarle con una evidente rabia contenida—. Quiero ser libre, ¿y tú?

—preguntó llena de desazón.

Diego no respondió, pero en su interior una voz clamaba con tanto ímpetu como la de Luisa. También él necesitaba huir de aquel pueblo que se convertiría en una cárcel para alguien con alma de marino.

—Si acepto, y no digo que haya aceptado, me gustaría saber cómo y dónde vas a vivir. Me sentiría sumamente responsable si te sucediese alguna desgracia en tu alocada aventura.

—Una amiga lo ha organizado todo para que me reúna con ella en París. Un amigo suyo regresa a Inglaterra y le ha pedido que me lleve hasta Madrid. El inglés pasará mañana por Baeza, solo tendré esta oportunidad —le dijo desolada—. Nadie más podrá ayudarme.

—¿La conoces bien?

Una sonrisa breve, pero auténtica, apareció en el rostro de la muchacha, convirtiéndola en una mujer muy diferente a la que Diego había descubierto hasta ese momento. Una mujer mucho más mundana y cosmopolita que la chica de provincias que aparentaba con su ropa anticuada y su peinado pasado de moda.

—Es una mujer maravillosa. Se llama Flora Tristán.

—¿La escritora que lucha por la emancipación de la mujer?

—Me sorprende que la conozcas.

—No eres la única que lee periódicos franceses —dijo, algo herido porque lo considerarse un patán. Luego le preguntó—: ¿Cómo la conociste?

—Me he carteado con ella desde hace un par de meses. Gracias a una visita que realicé a Madrid, por un problema de salud de mi madre. Durante su convalecencia asistí a una reunión de mujeres lectoras para conocer el trabajo de Flora Tristán. Allí, encontré a la mentora que estaba buscando. Conseguí sus señas y le escribí esa misma noche. Después una invitación de la condesa de Vilches me proporcionó la oportunidad de compartir mis ideas con Flora y tomar conciencia de que solo yo quiero tomar las riendas de mi vida.

Diego supuso que la escritora gala y de ascendencia peruana descubrió en las palabras de la joven andaluza a una mujer valiente y decidida.

Luisa se persignó y, antes de marcharse de la iglesia, preguntó a Diego con un hilo de voz:

—¿Lo harás?

Durante un instante infinito sus miradas se encontraron y el silencio se convirtió en un eco insoportable para ambos. En su mirada, Diego vislumbró que tenía mucho que perder en aquella aventura destinada al desastre, pero él también. Sus ojos se desviaron al altar donde antes había visto al sacerdote impartir la eucaristía. En ese momento, comprendió que eso era lo que le esperaba en un futuro inmediato y el miedo lo invadió por completo. Un miedo mucho más

terrible que el que sintió en el campo de batalla.

—¿A qué hora te recojo?

—Gracias —contestó Luisa.

En esa única palabra, Diego de Quesada supo que había ganado a una amiga para toda la vida.

A LA HORA señalada, se presentó ante la puerta de la familia Navarrete en compañía de su hermana. Le había costado convencerla, pero al final consintió acompañarlo a cambio de una remesa completa de revistas parisinas. Una criada le abrió la puerta con el gesto descompuesto.

—¡Señorito, lo siento! ¡Toda la familia está indispuesta menos la señorita Luisa!

Diego ignoraba qué hacer, no podría seguir con el plan si no le permitían ofrecer sus buenos deseos de recuperación a los padres de Luisa. Entonces, la madre de la joven apareció y, al ver la decepción en el rostro de los visitantes, decidió que su hija podía unirse a los hermanos e ir a la casa de la condesa.

Luisa besó a su madre, consciente de que era la última vez que vería a su familia. Cuando se enterasen de su fuga, la repudiarían y no la aceptarían de nuevo por la vergüenza que sufrirían tras su marcha. De todos modos, Diego envidió su entereza y determinación. Al contemplar su cara era obvio que resplandecía al imaginar que muy pronto saborearía la libertad.

En el palacio de Jabalquinto, nada salió como habían previsto, aun así, consiguieron escabullirse de la vigilancia de su hermana, de los ojos atentos de la condesa y de la presencia de los criados.

Al día siguiente, todo el pueblo de Baeza conocía la huida de la señorita Luisa Navarrete y compadecían a Diego de Quesada por el abandono de su novia.

—¡Dios bendito! —exclamó su tía, que consolaba a su madre—. ¿Quién hubiera dicho que esa muchacha tenía amoríos?

Por supuesto, todos daban por hecho que Luisa había huido con un hombre. Ella le pidió que encubriese su secreto. Su familia no la buscaría si pensaba que se había fugado con un hombre, en cambio, moverían cielo y tierra para encontrarla si descubrían que se escondía en casa de su amiga. Así que guardó silencio como se esperaba de un novio al que habían plantado de aquella manera. Su padre lo observaba con atención. Entonces, le pidió:

—¿Me acompañas al despacho?

—Tía, madre… —dijo Diego, y lo siguió.

Su padre cerró la puerta tras su espalda y luego se sentó delante de

la mesa abarrotada de libros y dos cuadernos contables. Lo miró fijamente antes de hablar:

—Ahora, quiero que me cuentes la verdad.

Diego sonrió, pero cuando acabó de relatar la historia de Luisa y por qué la había ayudado a escapar de esa vida, se cuadró con determinación ante su padre.

—Mañana partiré a San Fernando. Me he inscrito en la escuela naval —anunció con voz firme.

Su padre asintió, abrió un cajón del escritorio del que extrajo un estuche pequeño de terciopelo.

—Ahora esto es tuyo —le dijo, entregándoselo.

Diego lo abrió y su mirada se cruzó con la de su padre. Se trataba de un grueso anillo de oro con sello azul, con una curiosa figura labrada de un árbol y un león. Había pertenecido por generaciones a la familia Quesada y siempre lo heredaba el primogénito cuando se convertía en soldado.

—No puedo aceptarlo… era de mi hermano.

—Te pertenece. Solo espero que lo portes con honorabilidad.

Diego asintió con la cabeza, no dijo nada más, no hacía falta.

7

El nacimiento de un rōnin

Casa de Kawasida Ibuki, Nagoya (Japón), 5 de agosto de 1837
(Octavo mes del séptimo año de la era Tenpō)

Un año antes de conocer Ibuki a Miyako

Kawasida Ibuki permanecía a las puertas de la casa del señor Kanada. Arrodillado y con los puños apretados sobre los muslos, se veía tan rígido como el acero de una buena espada.

Su padre era un samurái de rango menor que había jurado lealtad a la casa Kanada. Ibuki jamás creería como cierto el delito del que se lo acusaba: robar el arroz del almacén del daimio Kawaokura. Su padre era el responsable de la vigilancia de tan preciado cargamento y había desaparecido ante sus ojos, algo imposible de creer si el robo no se hubiese perpetrado desde dentro. Ibuki resistía a la intemperie bajo la tormenta que había empezado como una llovizna fina, pero era el único modo que tenía de demostrar que continuaba creyendo en la inocencia de su padre.

Uno de los samuráis, también al servicio de Kanada, vasallo y recaudador de los impuestos de los campesinos del daimio Kawaokura, atravesó la puerta de madera de la entrada principal. El samurái, cubierto con un *kasa*[12], masticaba una ramita de bambú y se acuclilló a su lado. Ibuki podía sentir su aliento en la frente.

—¡Muchacho! Vuelve a casa con tu madre.

Ibuki lo miró con rabia, pero guardó silencio. Su padre lo había instruido en el camino del *bushido*[13], además de en otras virtudes tan necesarias como la paciencia. Apretó el puño de la katana, una espada muy inferior a la que portaba el samurái, de un famoso maestro forjador de espadas. El compañero de su padre era un hombre robusto, con la frente rapada y peinado a la antigua moda de los samuráis. Su kimono de vistosos colores parecía más adecuado para un *mendigo de río*[14] que para un guerrero. Aunque su padre le había dicho que no debía fiarse de las apariencias.

—Veo que no entiendes cuál es tu lugar en esta vida —dijo el samurái.

El vasallo de Kanada se puso en pie, escupió en el suelo y colocó la

mano en la empuñadura de su katana. Con una imprevista patada, arrojó a Ibuki al barro. Entonces, el muchacho supo que la paciencia no haría entender a ese bastardo que no se retiraría hasta que supiera la sentencia con la que condenarían injustamente a su padre. Se limpió el barro de los ojos y se preparó para combatir contra un contrincante que le ganaba en experiencia y en edad.

—No peleo con niños.

Ibuki desenfundó la katana de su padre. La había cogido antes de que se viera en la obligación de partirla en dos para que nadie la empuñase de nuevo. No permitiría que eso sucediese mientras él pudiera blandirla.

—Siempre hay una primera vez.

—Eres osado, muchacho —dijo el samurái, y añadió—: Conozco a tu padre. Es un samurái digno y, al igual que tú, no creo una palabra de la acusación que se cierne sobre él. Tan solo cumplo órdenes de mi señor Kanada y las obedezco sin cuestionarlas. Eso hace un buen samurái. Aún estás a tiempo —le advirtió Fukuda, que así se llamaba.

Ajeno a su discurso, Ibuki se lanzó en un ataque que lo llevó a la derrota. Aún tenía mucho que aprender, pero había dejado de ser un muchacho que creía en el *bushido*. La compasión del samurái le salvó la vida, aunque acabó con el cuerpo dolorido. La lluvia limpiaba su cara y ocultaba las lágrimas que recorrían sus mejillas. Cualquiera habría dicho que se avergonzaba de la derrota, pero en realidad, lamentaba no poseer la fuerza necesaria para defender a su padre.

AL MEDIODÍA, TRAS la vergonzosa humillación que Ibuki sufrió a manos de Fukuda, se vio en la obligación de regresar a su casa donde un sirviente de Kanada se presentó para comunicarles el destino de su familia. La sentencia se pronunció con el peor de los desenlaces.

Su hogar solo contaba con una sala que hacía de comedor y por la noche se convertía en dormitorio. En una esquina, una pequeña cocina calentaba la habitación en invierno. Nadie que viera dónde vivían creería que su padre había robado y ganado dinero con ello.

Al ver a los tres samuráis que se adentraron en su casa, su madre apenas se sostuvo en pie, e Ibuki tuvo que ayudarla a sentarse para que escuchase la sentencia. Un samurái desplegó un rollo de papel y leyó con voz clara:

—Se condena al samurái Kawasida Haruo a muerte. A sus descendientes se les retira los derechos de samurái. Su hijo y su mujer pagarán la deuda de Kawasida Haruo con su trabajo en el barrio del placer, según orden del daimio Kawaokura.

Él podía soportar cualquier castigo, pero su madre no contaba con la fortaleza suficiente para aguantarlo. El día en el que ejecutaron a su

padre, se cortó el cuello con uno de sus puñales. A Ibuki ni siquiera le permitieron asistir a su entierro, tampoco al de su padre. Hasta ese día, desconocía qué era estar solo ni tampoco el dolor.

Por orden del señor Kanada lo llevaron al patio donde habían colocado un poste de madera. Dos hombres lo ataron fuertemente y rompieron sus ropas, dejando su espalda desnuda. Cuando uno de ellos agarró el hierro candente con el que lo marcarían, no se resistió y demostró de la madera que estaba hecho.

—Sería un buen guerrero —intervino Fukuda que había peleado con él.

—No quiero hijos de ladrones entre mis vasallos —afirmó Kanada —. Temo que alguna vez quiera vengarse. Prefiero alejarlo de mi casa y de mi presencia.

—Adelante —dijo Fukuda a sus hombres.

El olor a carne quemada de su espalda impregnó el aire cuando le tatuaron el signo que lo identificaba como hijo de un ladrón.

Ibuki se mordió los labios y reprimió el grito que intentaba brotar de su garganta; no les daría la satisfacción de oírle quejarse. La marca de los ladrones la llevaría siempre consigo, también el odio que sentía por Kanada y el clan Kawaokura.

Dos hombres soltaron sus ligaduras y lo subieron a un carro que condujeron hasta el barrio del placer de Nagoya, donde lo vendieron a un burdel llamado *El dragón dorado*. El dueño le encargó a Toshio, un *rōnin* que a veces hacía de protector de la casa que lo tomase a su cargo.

—Parece diestro en las armas, aplacará a muchos indeseables. Sobre todo, porque tú puedes marcharte cuando quieras, pero él permanecerá bajo mi custodia durante ocho años, la pena a la que lo han condenado.

—¿Y si escapa? —preguntó el *rōnin*.

—Mira sus ojos, son los de un chico listo, no lo hará —dijo el dueño del burdel, alzando su mentón con una vara de madera—. Sabe que si lo hace, le darán alcance y el castigo esta vez sería la muerte.

Un año más tarde, horas antes de que Ibuki conociera a Miyako.

Toshio era el *rōnin* encargado de proteger a las mujeres del burdel *El dragón dorado*. El nombre era lo suficientemente pomposo como para embaucar a los incautos, pero en verdad era un antro que recibía a la clientela que ninguna otra casa de placer aceptaba. Se trataba de una construcción de dos plantas, con un pequeño mirador enrejado donde las chicas se exponían a los clientes. Esas mismas chicas

dormían, extenuadas, por trabajar durante toda la noche, y si no lo hacían, Toshio las convencía por el medio que fuera menester. Ibuki miraba para otro lado cuando el *rōnin* se aprovechaba de ellas o las maltrataba de cualquier otra manera. Debía guardar silencio, si no quería dormir en la calle o que lo enviaran a otro lugar a cumplir la pena a la que había sido condenado. Ese día, Toshio padecía un talante más colérico que en otras ocasiones.

—Tráeme a Ena —le pidió.

Ena era una aldeana que su padre había vendido por unas míseras monedas. Se negaba a trabajar y el dueño le había pegado un par de veces para que entrase en razón, pero lo único que había logrado era que llorase aún más.

Ibuki asintió y se encaminó al cuarto de las chicas donde todas permanecían encerradas hasta que las reclamaba un cliente. Era un cuartucho con varios futones ajados y de las paredes colgaban algunos kimonos de colores que habían tenido demasiadas dueñas. El olor en la habitación a aceites e incienso siempre provocaba en él una necesidad imperiosa de marcharse. No era estúpido y sabía que cualquiera de ellas le daría placer a escondidas del dueño. También que si era sorprendido, ambos lo pagarían caro.

—Ibuki, ¿no deseas pasarlo bien? —preguntó Mariposa.

La muchacha no había escogido ese nombre. El día que llegó al burdel en compañía de Toshio, entre sus escasas pertenencias se encontró un par de mariposas y el dueño del burdel consideró que el apodo era el apropiado para su nueva adquisición.

—Nunca contigo —aseguró Ibuki con frialdad.

—Tienes un duro corazón —le recriminó Cisne.

Esta vez el nombre sí lo había escogido su propietaria. La muchacha poseía una piel tan blanca como el plumaje de tan majestuosa ave. Era la más solicitada en el burdel, aunque muchos desconocían que era pérfida y calculadora. Capaz de traicionar a su propia madre por unas monedas.

—Y tú me despellejarías vivo si pudieras.

Cisne esbozó una sonrisa falsa y se recostó de nuevo.

—¿Dónde está Ena?

La muchacha se encontraba en un rincón y alzó el brazo con timidez.

—Vamos, Toshio quiere verte.

El silencio se hizo en la habitación. A pesar de las rencillas, celos y disputas que existieran entre ellas, ninguna deseaba a sus compañeras pasar una noche en compañía de Toshio.

Mariposa le agarró el brazo antes de que se marchara.

—No lo permitas, la destrozará.

Ibuki se zafó de su agarre con brusquedad. Cada noche se decía lo

mismo para acallar su conciencia: Nada de lo que ocurría en el burdel era asunto suyo. A veces, como en esa ocasión, ni siquiera esas palabras eran suficientes para apaciguar la ira que sentía en su interior y los fantasmas del pasado.

Acompañó a Ena hasta el cuarto de Toshio. La chica permaneció en la puerta y, durante un instante, lo miró con los ojos agrandados por el miedo. Ibuki ignoró su petición de auxilio y se fue del cuarto. Solo necesitaba pelearse con alguno de los borrachos que no querían pagar para desfogar el rencor que sentía hacia Toshio. En la entrada encontró al dueño, que discutía con un cliente.

—Saca estos barriles vacíos al callejón, yo me encargaré de este problema —le ordenó.

Al día siguiente, los llevaría a la tienda de licores para rellenarlos. Ibuki obedeció en silencio. Atravesó la cortina de cuentas que separaba el local del exterior cuando escuchó los gritos de una muchacha, quizás una niña. Soltó los barriles y escudriñó la penumbra en la que estaba sumido el callejón. Entonces la vio, empuñaba un palo y cinco rufianes la habían rodeado. La chica parecía dispuesta a defenderse, pero dos de ellos le lanzaron piedras. La muchacha cayó al suelo, y ellos se aventuraron a rematar el ataque. Ibuki se apresuró a tomar una de las espadas que los clientes debían dejar en la entrada del burdel, como parte de las normas establecidas en el barrio del placer. De nuevo, aprisa, se dirigió al callejón. La visión de la niña indefensa le recordó las palabras de su padre y el camino del *bushido* del que se había alejado hacía tanto tiempo.

8

El espíritu de un zorro

Castillo de Kawaokura, Nagoya (Japón), 5 de agosto de 1838
(Octavo mes del octavo año de la era Tenpō)

EN EL CASTILLO de Kawaokura, su tía sostenía una vara de bambú.

—Señora Himura, agarre a la niña —ordenó—. Le aseguro que esta vez aprenderá a obedecerme.

La mujer se arrodilló ante su señora, pero desobedeció la orden y agachó la cabeza.

—¡Cómo te atreves! —gritó Reiko.

Se aproximó a la señora Himura dispuesta a pegarle con la vara, pero Miyako se interpuso entre las dos. Con la cara amoratada, la ropa manchada de barro y el cabello enredado debía parecer una demente o, peor aún, una poseída de *kitsune-tsuki*[15]. Su tía creía en las viejas historias de posesiones por zorros. Demonios que entraban en el cuerpo de una persona, a través del espacio que existía entre la carne y las uñas.

—¡Si tocas a alguna de mis sirvientas, me escaparé! Seguro que mi padre no es tan comprensivo si se entera de que no eres capaz de cuidar de su hija.

Reiko bajó la vara con rabia y cierto temor.

—El color de tus ojos… ha cambiado…

Miyako contempló con satisfacción cómo su extraña herencia causaba terror a su tía, así que sin medir las consecuencias de sus palabras, dijo:

—Deberías temerme.

Reiko retrocedió un paso, asustada aún más por su sobrina.

—No eres tú la que habla, sino un ser demoniaco. ¡Vete a tu habitación! —gritó fuera de sí.

La señora Himura le tendió la mano y ella la siguió afuera. Cuando cerraron la puerta corredera escucharon como su tía gritaba con fuerza su nombre.

—Ella se lo hará pagar.

—Lo sé, señora Himura.

DOS DÍAS MÁS tarde, la señora Himura desapareció del castillo y nadie supo decir dónde estaba. Dispuesta a enfrentarse a su tía, Miyako se encaminó a la habitación de su madre. Reiko se había instalado en ella como si fuera la cosa más natural. Se trataba de uno de los mayores cuartos, con tatamis nuevos y bordados de seda, puertas *shōji* con hermosos dibujos y armarios lacados en dorados con figuras de libélulas, que tanto gustaban a su madre. Un biombo lacado en negro con cisnes dorados evocaba un paisaje fascinante. Varios kimonos de la mejor seda de China colgaban de las paredes. Sus colores y bordados competirían con los que usaban las damas imperiales. En un joyero con numerosos cajones pequeños, forrados de seda roja, se guardaba las joyas de corales y piedras preciosas de su madre.

Furiosa, abrió la puerta corredera y entró sin ser anunciada por la sirvienta que intentó detenerla, a la que Miyako empujó con brusquedad. La criada se arrodilló ante las dos mujeres del clan Kawaokura a la espera de ser castigada, pero la hija del daimio le ordenó con un gesto de la mano que se marchase.

Cuando la sirvienta cerró la puerta, otra permaneció en el interior. Reiko se giró, vestida y adornada con las ropas y alhajas de su hermana.

—Nunca ocuparás el lugar de mi madre.

Reiko, al escuchar las palabras de su sobrina, dejó con cuidado el peine de plata sobre la mesa baja en la que había dispuesto diferentes adornos para el cabello.

—No te interpongas en mi camino —dijo con la voz tan fría como la expresión de su rostro.

Miyako guardó silencio mientras que pensaba que su tía había ido demasiado lejos. No necesitaba hablar para intimidarla. Fijó su extraña mirada en ella, y Reiko retrocedió un paso, como si estuviese ante la presencia de un *oni*[16].

—¡Por todos los dioses, retiradla de mi vista! Un espíritu maligno se ha apoderado de mi sobrina —dijo, y gritó a su criada—: Necesitamos realizar un exorcismo. Busca a uno de los monjes de la secta Nichiren[17] para que venga mañana al castillo.

Al oír los gritos de Reiko, dos criadas entraron en el cuarto, sujetaron de los brazos a Miyako y la sacaron de la habitación.

DURANTE LARGAS NOCHES, Miyako soportó ayunos, rezos y exorcismos que la dejaron postrada en el futón. Se sentía triste por la ausencia de la señora Himura. Había perdido toda esperanza de volver a ver a su sirvienta y a su padre. Pero los días pasaron hasta que,

finalmente, su padre regresó de Edo.

—Está en un estado lamentable. ¿Qué le ocurre? —preguntó el daimio a Reiko a la vez que tomaba de la mano a su hija.

—Tiene un *oni* y un zorro dentro —dijo a modo de defensa.

—¡Te has vuelto loca! —exclamó—. Soy un hombre tolerante, pero ver a mi hija en este estado es más de lo que puedo soportar. Ni en miles de años te perdonaré que la hayas tratado de esta manera.

—Padre… —dijo Miyako, aunque estaba tan cansada que apenas escuchaba sus palabras.

Su padre le acarició la frente antes de decir:

—Lamento que sobrelleves una carga tan terrible como heredar los ojos de la condesa de Carrión. La mayoría no entiende ni tolera tu herencia, pero no permitiré que personas como tu tía te vuelvan a lastimar.

Ella asintió débilmente con la cabeza. Su padre la arropó con cuidado y se giró para enfrentarse a su cuñada.

—Quiero que te marches hoy mismo —le ordenó.

Reiko miró al daimio como si no hubiese entendido bien sus palabras.

—He hecho todo lo posible para que la hija de mi hermana se liberase del ser maligno que la convierte en un demonio.

—¡Casi la has matado de hambre!

—He hecho lo que debía —dijo Reiko en un susurro. Luego, alzó la voz—: Eres un hombre injusto por pagarme de este modo la preocupación que he sentido por la familia Kawaokura. —Se dirigió a la puerta corredera, pero antes de salir del cuarto dijo—: ¡Te arrepentirás! ¡Los dioses te castigarán a ti y a ella!

La hermana de Akane se marchó ese mismo día y nunca más volvieron a verla. Al invierno siguiente unas fiebres la condujeron a la tumba, aunque ella siempre mantuvo hasta su último aliento que se debía a las malignas artes del ser que había poseído a su sobrina.

Miyako necesitó tres semanas para recuperarse de las experiencias vividas. Gracias a una sirvienta que confesó dónde se encontraba la señora Himura, su padre consiguió llevarla de nuevo a su lado. La habían encerrado en uno de los monasterios del culto budista Nichiren y era vigilada por los monjes para que no escapase. Al fin, Miyako despertaba de la pesadilla en la que había permanecido durante dos años.

—Demos un paseo por el jardín —le sugirió su padre.

Durante un rato ambos guardaron silencio, después, ella se detuvo ante el lago y miró a su padre a los ojos antes de hablar.

—Padre, me gustaría recompensar al muchacho que me ayudó el día que me escapé del castillo.

—Aún no puedo creer que pusieras tu vida en peligro de tal modo.

—Ibuki me salvó.

—¿Así se llama ese valiente?

Ella asintió mientras lanzaba caracoles a las carpas, que se apresuraban a comerlos.

—Sí, trabajaba en una de las casas del barrio del placer.

—En recompensa por su valentía y amabilidad, entrará a nuestro servicio.

9

Dos amigos

San Fernando (Cádiz), 6 de septiembre de 1840

Un mes más tarde de la huida de Luisa Navarrete

El sol caía sobre Diego justo cuando se plantó ante la entrada de la escuela Naval de San Fernando. Respiró hondo y leyó el nombre grabado en la puerta de piedra, con forma de arco, coronada con dos garitas a ambos lados. En el interior, dos guardias impedían el paso a cualquiera que se acercase a la entrada. Entregó a uno de ellos la documentación que certificaba su buena salud a la vez que acreditaba la limpieza de su sangre.

—Espere un momento —dijo el centinela, y se marchó.

En los últimos años habían dejado de requerir a sus alumnos que pertenecieran a la aristocracia, pero todos sabían bien que a pesar de dicha licencia, aún no había entre el alumnado un estudiante sin ascendencia noble. Era la segunda vez que visitaba la escuela, la primera fue un par de meses antes para realizar los exámenes de acceso, entre los que destacó en matemáticas y dibujo, francés e inglés. Hacía una semana que le habían comunicado que había aprobado y que debía incorporarse como aspirante, así se referían a los recién llegados.

El soldado de la puerta regresó y le permitió pasar. Diego miró el plano que le habían enviado junto con la carta de admisión, en el que le indicaban dónde se encontraban los dormitorios. Su carta especificaba con claridad que allí un guardiamarina de segunda se encargaría de aleccionarle sobre qué hacer y a qué lugar ir a continuación.

Diego se apresuró a cumplir la orden que le habían dado. Era uno de los alumnos de mayor edad, ya que lo normal era ingresar en la escuela con once años. Eso no lo desanimó, pero se sintió fuera de lugar al observar a los pequeños estudiantes. Una vez en el dormitorio, una sala de tamaño considerable en la que varias literas se habían dispuesto en filas de dos, Diego escuchó las palabras del guardiamarina encargado de dar la bienvenida a los alumnos a las habitaciones. Después, su mirada se fijó en un muchacho de su misma edad, de pelo rojizo y aspecto espigado que lo miraba con una sonrisa cómplice. La atención de Diego regresó al guardiamarina que le

entregó a cada uno de ellos un uniforme, el conocido «catorce». Se llamaba así porque la marinera azul se abrochaba con catorce botones dorados de ancla y corona que cerraban cruzados al frente. La marinera alcanzaba las rodillas. Algunos de los alumnos más bajos se veían ridículos con el uniforme y provocaron la hilaridad de varios compañeros. Además, le proporcionaron unas botas de piel enterizas y grasa de caballo para que cada uno de ellos las limpiase por las noches. Cuando todos estaban vestidos con los uniformes, el guardiamarina de segunda ordenó que formasen una fila de a dos y les pidió a voz en grito que se encaminasen a la sala de estudio. Allí los profesores los recibieron con un discurso patriótico que pronto aburrió a los aspirantes más jóvenes. Algunos bostezaron y otros parecían incómodos con la marinera, más diseñada para las temperaturas frías que para las cálidas de Cádiz.

Tras la perorata, los condujeron al comedor donde les sirvieron la cena, frugal e insulsa, pero al menos Diego inició conversación con el chico de pelo rojo.

—Soy Fernando Narváez —dijo, tendiéndole la mano, que Diego apretó con fuerza.

—Un placer conocerte, soy Diego de Quesada. Por tu acento diría que no eres andaluz.

—Soy de Madrid, la ciudad más bonita del mundo —dijo el madrileño con añoranza—. Daría parte de mi fortuna por volver.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Diego con curiosidad.

—Por culpa de las mujeres, amigo mío —respondió Fernando.

Diego había reconocido el apellido de su compañero. Era el sobrino de Ramón María Narváez, presidente del consejo de ministros del gobierno de Isabel II.

Fernando continuó hablando con fastidio de lo acontecido en Madrid y qué lo había llevado hasta Cádiz.

—Ya ves, soy un romántico. La costurera de mi tío, con el que vivo desde que mis padres murieron, era una muchacha preciosa y yo, bueno, lo pasamos bien hasta que mi tío lo descubrió. «No está la nación para líos de faldas», me dijo como si no supiera todo Madrid que la reina anda de amoríos con Fernando Muñoz —contó en su defensa, bajando la voz para que sus compañeros de mesa no escuchasen sus palabras. Tras retirar el plato de comida que apenas había probado, añadió—: La otra opción era viajar a Filipinas.

A Diego se le iluminó el rostro al imaginar la posibilidad de pisar esas islas sobre las que tanto había leído y deseaba visitar.

LOS PRIMEROS DÍAS se sucedieron sin grandes cambios, monótonos y agotadores para Fernando y excitantes para Diego.

Varios meses después festejaron que habían aprobado el examen y ascendido a guardiamarinas de segunda. Más tarde, se convirtieron en guardiamarinas de primera.

De eso habían pasado ya dos años. Después de las navidades, se embarcarían en la corbeta Isabel II; sin embargo, tras las vacaciones del último año en la escuela, aún disponían de dos semanas antes de incorporarse y Fernando invitó a su amigo a Madrid.

Diego escribió una carta a su padre, contándole el cambio de planes. Su progenitor le respondió que era mejor de ese modo. Su madre había prohibido celebrar la Navidad. Después de haber transcurrido cinco años desde la muerte de su hermano, seguía perdida en la oscuridad que le provocaba el dolor. Lo peor era que cuando Diego regresaba a casa, nadie podía escapar de la tristeza que lo invadía todo como la mala hierba un jardín. Lamentaba no pasar esas fiestas con su padre, pero sintió cierto alivio ante la posibilidad de pasar ese año las Navidades en casa de Fernando. Este se había marchado unos días antes por petición de su tío.

Recogió sus pertenencias, que guardó en un pequeño baúl de mano, encendió un cigarrillo y abandonó la escuela. Una vez que llegó a Madrid, alquiló un coche de caballos en la Puerta del Sol que lo llevó al domicilio del tío de Fernando. Vivía en una mansión cercana al palacio real, de gusto afrancesado. El exterior era de piedra, con frisos y un enorme portalón. Tenía tres pisos de altura. En la planta baja estaban los servicios, las caballerizas y otras dependencias menores. En la planta principal residían la familia y los invitados, además de la sala donde se celebraban las fiestas y cenas. Estas estancias estaban rodeadas por los gabinetes y despachos. La tercera planta la ocupaba la servidumbre.

Diego aguardó en una sala pequeña de paredes recubiertas con papel dorado y rojo; también presentaba adornos de oropel que le recordaron a la iglesia de El Salvador y su encuentro con Luisa. Se había carteado con ella durante su estancia en la escuela, aunque su amiga siempre firmaba sus cartas con el seudónimo de Arturo Segovia, escritor español y residente en París.

Cuando abrieron la puerta, Fernando atravesó el cuarto y se acercó a Diego para darle un fuerte abrazo.

—Espero que hayas tenido un buen viaje.

Nada más apartarse de Diego, pidió a un criado que trajera un par de copas de brandy.

—¿No es un poco pronto? —preguntó Diego con prudencia.

Su amigo se dejó caer con indolencia en un sillón estilo Tudor y cruzó las piernas. Los años lo habían transformado. El muchacho espigado se había convertido en un joven alto y con porte, como diría su madre. Se había dejado un bigote fino y delgado que le otorgaba

cierta madurez, pero su pelo rojo siempre le hacía parecer más joven de lo que era en realidad.

—Para mí es la hora de comenzar.

Pese a sus maneras superficiales era de noble corazón, generoso como ninguno y justo, en realidad, era una buena persona. Diego ignoraba por qué ocultaba sus actitudes tras esa imagen de crápula, que acrecentaba al vestir de forma extravagante, más proclive a modas de salón que a militares. Ese día exhibía un chaleco de seda negro ribeteado con un bordado plateado. El conjunto lo acompañaba de unos botines de charol, tan brillantes que lo deslumbraron. Su cuidado cabello y barba, además del perfume que olía desde donde se había sentado, hacía de su amigo un auténtico *currutaco*[18].

—Me gustaría presentar mis saludos a tu tío —dijo Diego con cierta cautela.

Sabía que Fernando no estimaba en demasía a Narváez. Administraba su hacienda y, dado que lo había obligado a entrar en la marina, sentía cierta inquina por su destacado tío.

—No será posible, tenemos la casa para nosotros solos. Mi tío ha tenido que marchar a palacio por un asunto de estado —contestó Fernando, con una ironía velada.

El criado les entregó las copas de brandy, y Fernando tomó el periódico que había llevado con él y dejado sobre el sillón.

—Te aseguro que hay cosas más estimulantes que hacer que saludar a mi tío. En el periódico anuncian la colección de fieras que enseña Mr. Charles en el jardín del Turco.

—¿Fieras?

—Amigo mío, sabía que eso te interesaría.

La tarde la pasaron jugando a las cartas. A eso de las nueve, después de una cena copiosa y más de una copa de coñac, ambos se dirigieron al jardín del Turco. Divisaron el palacio de Alcañices y Diego pudo comprobar que había vivido tiempos mejores.

La noche era agradable y, al igual que ellos, algunos paseantes se dirigían a los jardines para asistir al espectáculo de Mr. Charles. Varias jaulas colocadas a derecha y a izquierda se habían situado para que los visitantes observaran a las bestias.

Diego contempló con atención a cuatro jóvenes leones, dos hembras y dos machos. Un hombre a pecho descubierto, vestido con unos pantalones ajustados y unas lustrosas botas altas, esgrimía un látigo con el que mantenía contenidas a las fieras. Cada vez que restallaba el látigo, el público emitía un sonoro grito, y algunas damas incluso llegaron a tener un desvaído.

Entre las asistentes se encontraban dos muchachas que, por sus ropas y maneras, parecían sirvientas de una casa pudiente.

—¿Ves a esas dos gatitas? —le preguntó Fernando.

Diego miró hacia donde señalaba su amigo. Una de las muchachas era verdaderamente hermosa.

—¿Te has fijado en la del pelo castaño? —volvió a preguntar Fernando.

—Es muy bella.

—Podríamos invitarlas a un chocolate.

—No creo que…

—¡Vamos! ¡Es hora de divertirnos!

Fernando se acercó a las chicas, pero a pesar de sus halagos, no aceptaron su invitación. Diego lo observaba conteniendo la sonrisa. Imaginó que las muchachas estaban acostumbradas a que señoritos de la clase de Fernando intentasen llevárselas a la cama y, por supuesto, eran lo suficientemente listas para no dejarse engañar por un joven con buenos modales, pero que en el fondo solo se interesaba por ellas para divertirse.

Fernando se giró, Diego lo miró y el madrileño alzó los hombros en señal de fracaso. Después de su fallida conquista, continuaron visitando las jaulas.

—¿Has tenido suficiente? —le preguntó Fernando, sacando un cigarrillo con cara de aburrimiento. Ofreció otro a Diego, que aceptó gustoso.

—Aún podemos…

—Diego, querido amigo, creo que no resisto ver un bicho más. Necesito comer algo y beber, además de dejar de oler a boñiga.

El viento había cambiado de dirección y traía el olor de los excrementos de los animales con más intensidad. Diego aceptó la sugerencia con una inclinación de cabeza.

Los jóvenes detuvieron un coche de caballos. Fernando le ordenó al cochero que los llevara al teatro del Circo el Tasao, en la Plaza del Rey. Cuando bajaron del carruaje se encaminaron a la fila donde varias damas con vistosos vestidos y caballeros elegantemente ataviados aguardaban su turno para ocupar sus asientos. Al menos tendría cabida para más de mil espectadores. Un enorme escenario cubierto con unos cortinajes rojos al estilo inglés permanecía cerrado a la espera de que los artistas iniciaran su representación.

—Tienes suerte, amigo mío —dijo Fernando con la voz excitada. Al ver su rostro de incomprensión, aclaró sus palabras—: Durante este mes actúa la señorita Albini, una cantante excepcional, que cada día muestra mayores virtudes que cualquier otra cuando interpreta las partituras del célebre Donizetti. Incluso la ha visitado la reina.

—¿Con el luto le está permitido venir al teatro? —preguntó Diego, que había leído en los periódicos que la reina lamentaba la muerte del monarca neerlandés.

Fernando lo miró con condescendencia.

—Acudió vestida de riguroso luto por la muerte del rey de los Países Bajos. Ni que fuera uno de sus amantes —dijo su amigo en voz baja.

—¿Por qué has dicho que hemos tenido suerte esta noche? —preguntó Diego.

Su mirada se concentró en una mujer morena, con un escote pronunciado, que acompañaba a un hombre barrigudo que le doblaba la edad.

—Porque actúa La Fuoco.

—¿Quién es?

—¡Pero en qué mundo vives, amigo mío!

Él no vivía en el mismo que Fernando, él estaba más interesado en asuntos políticos y del Nuevo Mundo. En cambio, su amigo solo pensaba en la farándula y en divertirse.

—¿Vas a ilustrarme con tus conocimientos? —preguntó con indudable fastidio.

—Se llama Sofía Fuoco.

—¿Es cantante?

—No, es la mejor bailarina que ha visto español —afirmó Fernando con cierta devoción—. Ha triunfado en todas las ciudades europeas y ahora comprobarás que levanta pasiones en España.

—La última vez me hablaste de una bailarina llamada Guy-Stéphan.

—A esa mujer le falta salero —argumentó Fernando para justificar su cambio de gustos.

—No eres hombre que altere sus preferencias fácilmente —le recordó con una nota burlesca en la voz.

—Tienes razón, pero es la amante de mi tío y quiero estar de buenas con él.

Fernando se atusó el bigote, corto y delgado, que perfilaba su labio superior, y guardó silencio al ver que las cortinas del teatro se abrían para comenzar la actuación de la Fuoco. Al final de la noche, Diego no tenía duda de qué partido tomar, la muchacha lo había conquistado con sus bailes y contoneos. Tras la función bebieron en varias tascas y algo achispados por el vino se dirigieron abrazados por la camaradería que los había unido en la Escuela Naval hacia la calle de Ceres.

—¿Dónde vamos? —preguntó Diego con la cabeza embotada, pero agradecido de que el aire fresco de la madrugada lo despejase de la borrachera.

—A la calle del amor —contestó su amigo con una sonrisa.

—¿A estas horas?

—Todas las horas son buenas para el amor —respondió Fernando, y golpeó su espalda de forma amistosa—. Debes conocer a La Minuto, es todo fuego —le aseguró, tocándose de manera descarada la

entrepierna.

—No creo que sea una buena idea…

—¡Por Dios, Diego! Deja de comportarte como un cura.

—Nunca lo fui —contestó con cierto resquemor.

—A veces lo pareces.

Entre bromas llegaron al burdel. A esas horas, los clientes ya se divertían en la intimidad de los dormitorios de las chicas. Fernando llamó a la puerta, no tardaron mucho en abrir. Una anciana les permitió entrar a un pasillo largo y estrecho que conducía al salón. Dos lámparas de gas iluminaban el cuarto, un artilugio moderno y caro.

—Señor Narváez, no esperábamos su visita esta noche —dijo la dueña del burdel.

Fernando se sentó en uno de los sillones rojos de terciopelo que había distribuidos en el salón. Unas enormes cortinas de color púrpura colgaban hasta el suelo rodeadas de dos cordones dorados. El olor acre del sexo y del humo del tabaco se entremezclaban en el salón y formaban una fina capa de suciedad que no se veía, pero que cualquiera podía apreciar en el interior de la habitación. Muchos defendían los burdeles como una institución necesaria para aliviar las frustraciones del hombre y, de esa manera, salvaguardar la seguridad de las mujeres respetables.

Enseguida una criada sirvió un coñac a cada uno. Diego encendió un cigarrillo y guardó silencio. De pronto, una de las puertas de las habitaciones se abrió, por ella salió una muchacha apenas vestida, seguida por un corpulento caballero de amplio bigote. El hombre sostenía una botella de champán y la chica una copa. El juego consistía en rellenarla cada vez que la atrapaba. Corretearon por el salón hasta que él la capturó y se la echó sobre los hombros. Entre risas volvieron a la habitación. La dueña cerró la puerta y regresó con Diego y Fernando.

—Señor Narváez, Lola siempre ha sido una mujer juguetona.

—Es cierto.

En ese momento, otra mujer entró en el cuarto. Era menuda, de piel blanca y ojos rasgados. Llevaba el pelo suelto, largo hasta la cintura, y era de color negro. Diego se fijó en la muchacha de inmediato.

—¿Quién es? —preguntó.

—Es Azucena.

—¿De dónde es?

—Es una mestiza. La trajeron los padres jesuitas. Parece que la niña no tenía tendencias muy cristianas, pero le aseguro que en esta casa cumple con sus obligaciones como la que más.

—¿Y La Minuto? —preguntó Fernando.

—En su habitación y sola.

—¡Doña Manolita, es usted un sol!

Fernando se encaminó al cuarto que conocía tan bien y abandonó a Diego a su suerte.

—Señor… —dijo la dueña.

—Señor Quesada.

En la esquina de la habitación, Azucena le tendió la mano, y él fue incapaz de resistir la tentación. Siguió a la chica hasta su cuarto. En él solo había una cama de cabecero de hierro y un armario en el que la joven había colgado diferentes batas de colores.

—¿Cómo se llama? —preguntó ella, con la voz tan suave que Diego dudó si había hablado en realidad.

—Diego.

—Diego —dijo ella, acariciando su pecho—. ¿Qué le gustaría hacer?

Él sujetó su muñeca. La notó delgada y frágil. Azucena era como una figurita de marfil. Al mirarla bien, se apreciaba una pátina ajada, un poso de amargura que escondía en su interior el alma de prostituta.

—¿De dónde eres?

Azucena alzó la ceja, se retiró de su lado y se subió a la cama de hierro de una altura considerable. Sus piernas colgaban como las de una niña y se balanceaban de igual manera en la cama que parecía más la que se encontraría en la habitación de un noble que en la de un burdel, por muy elitista que este fuera.

—Hablar le costará lo mismo que disfrutar.

—Pagaré.

La chica asintió y apoyó el codo en el colchón, al hacerlo la bata se deslizó sobre su hombro. Diego vio un pecho menudo, blanco, de pezón grande y oscuro.

—Soy de Hong Kong.

—¿Cómo acabaste aquí?

—¡Ven! —le pidió, tuteándolo por primera vez, golpeando la cama con la palma de la mano.

Él aceptó la invitación y se sentó a su lado. Ella se puso de rodillas tras su espalda y le quitó la chaqueta. Acarició su pecho con suavidad y le desanudó el corbatín.

—Primero fui la amante de un inglés —dijo, y le abrió la camisa para tocar con sus pequeñas manos su pecho. Después continuó con su historia—: Me hice mayor y el inglés quería niña no mujer.

Azucena lo empujó y se colocó a horcajadas sobre él. Diego veía cómo sus pechos sobresalían de la bata, también el pubis completamente carente de vello, algo que lo sorprendió y excitó.

—¿Qué ocurrió después?

—Me vendió a un padre cristiano.

—Eso no puede ser… —dijo él, pero acalló su protesta cuando Azucena se desprendió de la bata.

En su cadera habían tatuado el dibujo de un dragón. Sus feroces fauces y los colores eran tan atrayentes que Diego alargó la mano para tocarlos.

—¿Te gusta?

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque al inglés se le ponía dura cuando me veía —dijo ella—. ¿Y a ti?

Diego ignoró sus palabras y observó los ojos rasgados de Azucena, que parecían mirar su interior.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Desde que estoy aquí nadie me ha preguntado por mi antiguo nombre.

Ella acercó su rostro al de él, y lo besó. Diego sintió la sedosidad de sus labios y cómo la excitación se apoderaba de él. Antes de perderse en las caricias compradas de aquella mujer, quería saber su verdadero nombre, necesitaba entender por qué alguien como ella había acabado en un lugar como ese.

—Tu nombre… —insistió con la voz ronca, mientras las manos de marfil nadaban en el interior de su pantalón.

—Maylin.

—¿Qué significa? —preguntó, antes de que su cuerpo y su mente se entregasen a la lujuria y a la pasión de esas manos.

—Acaso importa —dijo, y añadió—: Jade hermoso.

Diego desconocía si mentía o, por el contrario, le decía la verdad, pero le pareció hermoso.

10

El anhelo de un sueño

Madrid, 15 de diciembre de 1842

Diego desayunaba en compañía de su amigo cuando de repente apareció su tío. Los dos se levantaron y realizaron un saludo militar. Narváez era un hombre de piel morena, de pelo rizado, con bigote y cejas encanecidas. Por su aspecto desaliñado parecía que había trabajado toda la noche. Se sentó en el lugar principal de la mesa, arrojó los guantes, colocó el sombrero con desgana a un lado y pidió un café al criado.

—Te esperaba en un par de días —dijo Fernando, y al ver el rostro cansado de su tío añadió—: ¿Una mala noche?

—Supongo que no tan entretenida como la tuya.

—Asistimos a la representación de su querida amiga.

—Señor Quesada —dijo Narváez, ignorando a su sobrino.

—Señor, agradezco la invitación a su hogar. Es todo un honor.

Narváez asintió con un gesto cansado mientras movía la mano en el aire, dando a entender que aquello carecía de importancia.

—El día antes de Nochevieja daré una cena —les anunció, se puso en pie sin haber probado el desayuno y se encaminó con pasos enérgicos a la puerta. Antes de salir, se volvió y dijo a Fernando—: Te quiero sobrio. No me decepciones —amenazó a su sobrino. Luego se giró hacia Diego y añadió—: Por supuesto, usted también está invitado.

Fernando lanzó una mirada gélida a su tío y apretó la mandíbula sin pronunciar una palabra, como hacía con las órdenes que recibía de los profesores de la escuela. En cambio, Diego asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa de agradecimiento.

Cuando se quedaron a solas, Diego dejó la servilleta en la mesa. Aguardó a que Fernando entablase su animada conversación; pero él lo castigó con un inesperado mutismo, así que se vio en la obligación de romper el silencio impuesto.

—¿Por qué es tan importante esa cena?

—Nos visitará el general Mastrago.

—¿El héroe de Filipinas?

—Sí, amigo mío —respondió Fernando.

EL DÍA DE la cena, Diego estaba emocionado ante la idea de conocer al general Mastrago. En casa de Narváez, los preparativos habían comenzado dos días antes. El ajetreo y los quehaceres de la servidumbre habían desquiciado a Fernando. Él, acostumbrado a Maruja, apenas había reparado en ellos. Delante del espejo se ajustó el frac, a continuación comprobó que sus patillas, anchas y bien cortadas, le conferían la madurez que le restaban aún sus pocos años de marino. Había pensado vestir el traje de gala de guardiamarina, pero Fernando lo obligó a desistir de la idea, ya que debía estrenar los fracs que había encargado al mejor sastre de Madrid. A la hora indicada, los invitados se presentaron en la mansión. Caballeros cubiertos con capas, sombreros altos y bastones. Damas vestidas al estilo francés, enjoyadas, que adornaban sus cabezas con largas plumas. Sus trajes de gasas, sedas y volantes otorgaron a la sala un dispar mundo multicolor como si se viera a través de un caleidoscopio. Tras la cena, accedieron al salón de baile, una orquesta amenizaba la velada. Fernando bailaba una pieza tras otra con las muchachas más bellas de la fiesta. En un momento en que ninguna dama requirió su atención, se acercó a Diego, que se mostraba por completo ajeno a la belleza de las mujeres que lo rodeaban.

—¿Quieres que te presente a Mastrago?

—Está hablando con tu tío —dijo Diego, preocupado de cometer una indiscreción.

—Sé que no dormirás si no lo conoces.

Diego lo siguió mientras esquivaba a los bailarines. Llegaron a otra sala, más pequeña, en la que los caballeros bebían coñac, fumaban habanos y discutían asuntos políticos o de finanzas. En ese instante, Mastrago, un militar corpulento, con los mofletes sonrosados y unas cejas espesas que aprisionaban sus ojos, dijo a Narváez:

—Supongo que leyó El Español y la noticia que hablaba sobre Estados Unidos.

Narváez asintió con gravedad.

—Espero que el periódico estuviera equivocado.

—Ni mucho menos, amigo mío —ratificó el general—. Le aseguro que la noticia es muy cierta. El señor de la Barca, cónsul en Washington y vicecónsul en Nueva York, ha pedido explicaciones sobre la organización de hombres y los almacenes de armas que se rumorea se han destinado a la invasión de Cuba.

—Imagino que el gobierno estadounidense no ha dicho ni una palabra y niega cualquier intervención al respecto —intervino otro de los invitados, un caballero que sujetaba un habano entre las manos, que participaba en la conversación del grupo de tres hombres.

Tanto Fernando como Diego se mantuvieron a una corta distancia al comprender que no era el momento de interrumpir.

—Mejor volvamos al baile —le susurró Fernando.

—Vuelve tú.

—No entiendo cómo prefieres oír a estos vejestorios a bailar con las bellezas del salón —dijo resignado, y regresó a la pista de baile.

Cuando se quedó solo, Diego se concentró de nuevo en las palabras del general.

—Todos saben que la rebelión irlandesa fue un desastre y las tropas fueron licenciadas. Ahora todos esos hombres necesitan ganar dinero y entran en Canadá. Ya sabemos que los canadienses son leales a la corona inglesa y no se aliarían con gente como los americanos ni irlandeses. Pero después, todos esos hombres afirman a las autoridades canadienses que solo son pioneros y Canadá les concede el paso hasta Estados Unidos. Una vez allí, recorren el territorio americano sin oposición y llegan hasta México—afirmó Mastrago.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el noble que había encendido el habano.

—Es verdad que esos bandoleros irlandeses han abandonado su propósito de atacar y robar a los extranjeros en Estados Unidos y Canadá, pero todos esos hombres armados se adentran en México y son violentos. Su destino es Ciudad del Paso. Los asesinatos se han multiplicado. Pese a las quejas emitidas al ministro estadounidense de que impidan dejarles atravesar su nación, estos se lavan las manos como Pilatos —respondió Mastrago.

—México tomará medidas drásticas —dijo el caballero del puro.

—Sí, por supuesto, además cuentan con el beneplácito de Estados Unidos en esa cuestión. A nadie le importa el destino de todos esos irlandeses, y menos aún, a una nación que nada tiene que ver con ellos.

—Entonces, ¿por qué su cara de preocupación? —intervino esta vez Narváez.

—Temo que esos mercenarios irlandeses sean contratados por los ricos terratenientes de Cuba. Llevan años soñando con emanciparse del gobierno español. Se murmura que muchos plantadores y varios oficiales del ejército se han unido en una conspiración y han contratado a todos estos irlandeses para formar un ejército. Y le aseguro que son hombres valientes dispuestos a morir y a matar si la recompensa es sustanciosa.

—¿Tiene pruebas de esa afirmación? —inquirió de nuevo Narváez con cierto nerviosismo al general.

Diego supuso cuáles eran las preocupaciones del tío de Fernando: ya tenía bastante con aplacar los motines callejeros y levantamientos militares en España como para ocuparse también de una rebelión en las islas.

—No, pero sé de buena tinta que se han hecho reclamos de esos

aventureros irlandeses para que vayan a Cuba y provoquen esa insurrección. Incluso se concede una paga de siete dólares y una gratificación de mil dólares a fin de año.

—¿Cómo es posible que no nos opongamos a este atentado contra la madre patria? —preguntó el caballero.

Después apagó su puro en el cenicero con tanta agresividad que apenas pudo reconocerse que hubiera sido un habano.

—Porque lo camuflan con el reclutamiento de hombres para realizar una expedición a California —respondió Mastrago.

—Por ahora no podemos hacer ni siquiera una protesta —aseguró Narváez.

—Solo vigilar nuestras costas. Y para eso requerimos de hombres valientes y fieles —afirmó el general.

Narváez advirtió entonces la presencia de Diego y le hizo una seña con la mano para que se acercase.

—Diego, deje que le presente al general Mastrago.

—Se presenta el guardiamarina de primera Quesada, a sus órdenes —dijo él, y se cuadró ante los tres caballeros.

—Relájese, muchacho —ordenó el general. Diego obedeció la orden, pero colocó tras la espalda sus manos en una postura firme—. Hombres como este joven precisamos en Cuba.

—Me encantaría ir voluntario —se atrevió a decir.

—Quizás algún día le tome la palabra, ahora, disfrutemos de la fiesta —respondió Mastrago.

Todos se dirigieron al salón. En una esquina, Diego creyó reconocer a Luisa, algo improbable, ya que se encontraba en París. Sorteó de nuevo a los invitados, y vio a su amigo bailar con una muchacha de busto generoso que, con seguridad, provocaría el deseo en Fernando.

—¿Luisa? —preguntó Diego, con vacilación al alcanzar a la chica, seguro de que solo era una joven con cierto parecido con su amiga.

La muchacha se giró para mirarlo y en su semblante se vislumbró una expresión de felicidad. Tomó las manos de él entre las suyas y lo apartó del grupo con el que hablaba, sin importarle que su comportamiento ocasionase maliciosos comentarios. Había cambiado tanto que a Diego le costó reconocerla. El vestido que había escogido acentuaba sus encantos y ocultaba aquellos que no quería exhibir.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó ella con los ojos repletos de dicha.

—Paso unos días con mi amigo, es el sobrino de Narváez. ¿Y tú?

—Mi amiga enfermó… —dijo tristemente—. Permanecí a su lado hasta que murió de tifus, pero incluso en su último aliento defendió los derechos de las mujeres. Tenía tanto que enseñarme y que mostrar al mundo… —afirmó con una sonrisa de dolor—. Después regresé con

la condesa de Vilches. Se ha convertido en mi protectora, ocultando a mi familia mi presencia en España. La condesa me abrió las puertas de su casa cuando se enteró de que Flora había muerto —terminó por decir conteniendo las lágrimas.

—Siento escuchar tan triste noticia —dijo Diego. Apretó sus manos y añadió—: Pero me alegra mucho verte de nuevo, aunque hables como un político.

Luisa sonrió con una ironía limpia.

—Por ahora solo intento no disgustar a todos estos caballeros que no escuchan ninguna de mis peticiones.

—¿Dónde está la condesa de Vilches? —preguntó él con suspicacia.

Luisa sonrió otra vez, en esta ocasión su rostro mostró un ápice de malevolencia.

—¿Crees que una mujer requiere de acompañante? Solo he necesitado un vestido nuevo, actuar como una dama en apuros por olvidar mi invitación y utilizar el apellido de la condesa de Vilches. ¿Me delatarás?

—Sabes bien que no —dijo. Tomaron unas copas que uno de los criados les había acercado en una bandeja. Cuando el sirviente se retiró, Diego le preguntó—: ¿Por qué estás aquí?

—Debo convencer a uno de ellos para que influya en el resto del gobierno y los convenza de que concedan el derecho al voto a las mujeres.

—Te deseo suerte con tu imposible tarea.

—En Nueva York se han hecho progresos y en Francia también.

—Esto es España, mujer.

Luisa iba a defender sus ideas con una pasión que tanto sus ojos como su rostro habían evidenciado, cuando Fernando se acercó a la pareja.

—Diego, preséntame a este ángel que ha logrado que participes en la fiesta.

—Fernando, te presento a una amiga muy querida, la señorita Luisa Navarrete.

—Es todo un placer —respondió Fernando, tomando la mano de la joven para besarla.

—Fernando, compórtate. Luisa cree que eres un libertino y que tienes más amantes que dedos en las manos.

Las mejillas de Luisa enrojecieron. Imaginó que Fernando creía que por la vergüenza, pero Diego la conocía bien y sabía que era a causa de la rabia.

—Le aseguro que solo son habladurías infundadas y malintencionadas.

—También que es partidario al igual que su tío de impedir el avance de las mujeres en la sociedad.

—Una mujer no debe llenarse la cabeza de ideas políticas. Son demasiado valiosas y delicadas…

Diego aguantaba la risa. Fernando estaba a punto de ver el verdadero carácter del ángel que era Luisa. Solo esperaba que saliera indemne de la batalla.

—Comprendo, es mejor mantener una doble moral que nos subyugue para quedarnos en casa, criar a nuestros hijos, mientras que nuestros maridos dirigen todos los estamentos de la sociedad y sustentan a escondidas a sus amantes.

Fernando miró a Diego en busca de ayuda, pero él lo ignoró, a sabiendas de que jamás habría esperado las palabras de Luisa. Sin saber qué argumentar, Fernando le preguntó:

—¿Me concedería un baile?

Luisa sonrió con inocencia antes de responder.

—¿Y usted me conseguiría una audiencia con su tío?

Los ojos de Luisa se clavaron en los de él. Fernando esbozó una sonrisa tras recuperarse de la confusión que le habían provocado sus palabras.

—Eso, querida mía, no será posible.

—De igual manera, nuestro baile tampoco lo será —contestó ella sin dejar de sonreír.

Diego asistía al encuentro de sus dos amigos con cierta diversión. Fernando jamás había sufrido una negativa por parte de una mujer en un baile, menos aún, de una con un comportamiento tan inapropiado que se suponía tenía Luisa para los refinados gustos de su compañero.

—Diego, ya sabes que me hospedo con la condesa de Vilches —dicho esto, Luisa se marchó y dejó a Fernando sin palabras por una vez en su vida.

—¿Me ha rechazado? —preguntó confundido, aún no recobrado de la impresión.

—Así es, amigo mío.

Diego golpeó con fuerza la espalda de Fernando mientras aguantaba la risa.

11

El profesor de inglés

Castillo de Kawaokura, Nagoya (Japón), 30 de diciembre de 1842
(Duodécimo mes del decimotercer año de la era Tenpō)

Moriyana se inclinó respetuosamente ante el señor Kawaokura Nagahiro y su hija. El profesor samurái tenía unos mofletes orondos que le conferían una expresión bondadosa; además, poseía unos ojos adormilados, pero escrutadores. Se hallaba en uno de los jardines interiores de estilo *naka-niwa*[19]. El samurái había recorrido un largo camino hasta el castillo de Kawaokura que se alzaba sobre una montaña. El río actuaba como foso natural en el lado este del castillo, mientras que en el oeste existía una planicie de lodo que había supuesto durante años una defensa consustancial.

Después de presentar sus respetos al vasallo de confianza del daimio lo condujeron hasta una habitación austera, aunque cubierta con tatamis de excelente calidad que exhalaban un ligero olor a hierba húmeda.

Padre e hija lo observaban con atención mientras el daimio le indicaba con un gesto que se sentase sobre un cojín de seda azul.

—Señor Moriyana —dijo el daimio—, he tenido conocimiento de que habla el idioma de los extranjeros.

—Mi señor Kawaokura, es cierto. Hablo inglés y holandés. Gracias a la generosidad del sogún, un naúfrago *gaijin*[20] permaneció en nuestra tierra a cambio de enseñarnos su idioma[21].

El marqués, como se conocía al señor Kawaokura siguiendo la costumbre occidental de títulos, asintió complacido.

—Me gustaría solicitar sus servicios.

—Será un honor convertirme en vuestro *sensei*[22].

Kawaokura miró a su hija con una leve sonrisa antes de continuar:

—No es a mí a quien quiero que enseñe, sino a mi hija Miyako. —Moriyana disimuló su sorpresa. Ante el silencio del samurái, Kawaokura se apresuró a decir—: Espero que no sea un problema para usted el enseñar a una mujer. Deseo que mi hija hable la lengua de los extranjeros. Necesitamos comprender su ciencia. Solo lo conseguiremos si somos capaces de leer sus libros.

—Conozco sus ideas —dijo el *sensei* y guardó silencio.

El daimio asintió sin responder. Era un secreto a voces que sus

modernas ideas le habían ocasionado más de un problema con el *bakufu*[23].

—¿Acepta?

—Nunca he enseñado nada a ninguna mujer, pero quizás sea el momento de comprobar si son alumnas aplicadas —dijo Moriyana.

Miyako se puso en pie, inclinó el torso de manera respetuosa antes de decir:

—*Sensei*, os prometo estudiar con ahínco todas vuestras lecciones.

Miyako alzó el rostro y fijó la mirada en su futuro *sensei.* Entonces el antiguo samurái dijo:

—Es impresionante… Es como contemplar el mar desde esta habitación.

ESA MISMA NOCHE, Miyako se escabulló del castillo y se encaminó al barrio del placer de Nagoya. A pesar de que su padre había dejado de buscar a Ibuki, ella no había desistido. Quería encontrarle.

Las calles de Nagoya no habían cambiado desde la última vez que las pisó. Esta vez guardaba bajo su *kaku obi*[24] un puñal. Había entrado a hurtadillas en los aposentos de su padre y tomado el más pequeño de sus *tantō*[25]. Si de nuevo se metía en problemas, estaría preparada para defenderse.

Caminó despacio, observando con admiración las luces de los farolillos que iluminaban las casas de té y burdeles, escuchó música, voces, risas y aplausos. En esta ocasión no se dejaría sorprender con tanta facilidad por ningún rufián. Pronto advirtió que Iko, el hijo de uno de los samuráis al servicio de su padre, la seguía vigilante a cualquier peligro que la acechara.

Miyako rodeó una calle y se ocultó tras una esquina. Aguardó paciente, segura de que el muchacho la buscaría. Cuando se acercó, ella sacó su *tantō* y lo amenazó. Hubiera esperado cualquier acción por su parte, menos responder a su ataque defendiéndose. De pronto, se vio lanzada al suelo, con Iko sentado sobre su estómago.

—¡Señorita Miyako! —exclamó azorado, levantándose de inmediato y arrodillándose a sus pies—. Pensé que se trataba de alguien que quería matarme.

Ella se levantó y se sacudió las ropas. Se sentía herida en su orgullo. Entonces supo que debía ser más aplicada en las enseñanzas de su maestro si quería ganar a un oponente de la valía de Iko.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con la voz autoritaria.

—Mi padre me encomendó su vigilancia —confesó incapaz de mentir.

—Vuelve al castillo —le ordenó, dispuesta a regresar a las calles de

Nagoya.

—No puedo, señorita —afirmó el chico, poniéndose en pie—. La acompañaré allí donde vaya.

—Es una orden —dijo.

—Lamento… —respondió el chico, después guardó silencio y se enfrentó directamente a ella, mirándola a los ojos—. Cumplo las órdenes del samurái comandante del daimio Kawaokura, señorita.

Miyako apretó los puños. Sabía bien que nada ni nadie harían cambiar de opinión a Iko. Se giró y emprendió la marcha, indiferente al muchacho que la seguía. Gracias a las ropas de hombre con las que se había vestido, y el sombrero que cubría parte de su cara y tapaba sus extraños ojos, pasó inadvertida entre los paseantes. A nadie parecía interesarle dos jóvenes que visitaban el barrio del placer.

Cuando Miyako se detuvo delante del burdel donde había conocido a Ibuki, Iko le susurró al oído:

—No debería detenerse delante de esta casa.

Ella se giró con rapidez y fulminó con la mirada a ese entrometido. Iko bajó la vista y se retiró un paso, intimidado.

El vigilante que custodiaba la entrada y salida de los clientes, un hombre de baja estatura y gruesos brazos, les impidió el paso.

—Jóvenes amos —dijo—, aguardad un momento.

Se adentró en la casa y regresó, un instante después, en compañía de un hombre, quien por sus ropas parecía ser el dueño del burdel.

—Bienvenidos a mi casa.

—Gracias —dijo Miyako.

Avanzó un paso y, esta vez, el dueño se interpuso en su camino.

—Debo asegurarme de que cuentan con la experiencia suficiente para disfrutar de los placeres que puede brindarles mi casa.

Ella miró a Iko, no había contado con un inconveniente de ese tipo. Pese a las palabras del dueño referidas a la experiencia, en realidad, quería saber si disponían de dinero. Llevaba algo de monedas, pero no estaba segura de que fueran suficientes para hablar con una de las mujeres del burdel.

—Claro que tenemos experiencia y el suficiente dinero —respondió Iko.

—No pretendía ofenderles, jóvenes amos —dijo el dueño.

—Si no somos bienvenidos en vuestra casa, iremos a otra —dijo, colocando el brazo sobre sus hombros para alejarla de allí.

—¡Esperad… esperad! —se apresuró a decir el dueño—. ¡Entren, jóvenes amos!

Fueron conducidos a un cuarto que olía a incienso. Una sirvienta entró portando una bandeja con dos cuencos y una jarra de *sake*. La dejó en el suelo y tras hacer una inclinación se retiró aprisa. Después, una joven que atrajo de inmediato la atención de Iko, por la mirada

bobalicona que se apreciaba en su rostro, entró en la habitación y se arrodilló junto a la bandeja y sirvió en los cuencos el licor sagrado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Miyako.

La joven sonreía, pero cuando advirtió el color de sus ojos dejó de hacerlo.

—Vuestros ojos…

—¿Conocéis a un muchacho llamado Ibuki?

No tenía tiempo para apaciguar el temor de la joven, debía averiguar cuanto antes lo que supiera sobre el muchacho.

—Sí…

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

—No…

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Iko.

—Ena —respondió, y añadió—: ¿Para qué lo buscáis?

—Quisiera agradecerle su amabilidad —intervino Miyako—. Me salvó de unos rufianes.

—No puedo ayudarlos —dijo, y procedió a quitarse el *obi* ante la vergüenza de Iko.

—¡Detente! —exclamó el muchacho.

—¿Le he ofendido, he obrado mal? —preguntó la joven con los ojos inundados de lágrimas.

—No, claro que no —respondió Miyako.

—Si no cumplo con mi trabajo, él me castigará.

—¿Quién?

—El dueño —dijo y como si se perdiera en sus recuerdos comentó —: Ibuki me salvó de otro demonio y pagó muy caro enfrentarse a él.

—¿Qué sucedió? —preguntó Miyako con interés.

—Lo golpearon tanto que estuvo varios días en un futón, creíamos que jamás despertaría. Después, huyó de aquí. Si alguna vez lo encuentran…

La puerta se abrió y Ena guardó silencio. El dueño había entrado para asegurarse de que la joven cumplía con sus deberes.

—¿Ena es de su agrado?

—Sí, es una muchacha encantadora —dijo Iko.

Miyako alzó una ceja y lo miró sorprendida. Sospechaba que no era la primera vez que el joven visitaba un burdel, pero eso no era asunto suyo.

—Quisiera saber dónde se encuentra su sirviente Ibuki —dijo Miyako sin levantar la cabeza para que no advirtiera su mirada.

—¿Qué ha hecho ese gandul, ahora?

—Nada, solo quiero acabar un asunto que empezamos.

—¿Le ha robado? —preguntó—. Es mejor que evite encontrarse con él, lo buscan por asesinato.

—¿Asesinato?

Miyako iba a preguntar algo más, cuando uno de los paneles se rasgó y un grupo de hombres enzarzados en una pelea se adentraron en la habitación que ocupaban los jóvenes. El dueño se apresuró a salir pidiendo que el vigilante de la puerta pusiese paz, sin embargo, los clientes estaban los suficientemente bebidos como para no atender a razones. Al ver a Ena, uno de ellos la tomó con brusquedad entre sus brazos y la chica gritó asustada. Iko se apresuró a socorrerla y Miyako aventuró que el asunto terminaría mal, sin embargo, no podía abandonar a su suerte al joven samurái. Extrajo de su cintura el arma que había ocultado al vigilante del burdel y se enfrentó a aquellos hombres.

Iko no parecía preocupado, así que hizo un gesto con la mano a su oponente para que se acercase. Cuando iba a enfrentarse a él, un grupo de samuráis, encargados de la seguridad del barrio del placer, se adentró en el cuarto, portando katanas y con una actitud amenazante. Todos los presentes sabían bien qué suponía enfrentarse a los hombres del *bakufu*, aunque estos fueran de un rango inferior como los vigilantes de las calles del placer.

—Nosotros no hemos hecho nada… —protestó Iko.

—Eso cuéntaselo al magistrado.

Varios de los samuráis los empujaron y los condujeron custodiados como vulgares ladrones hasta que abandonaron la puerta de entrada. Después se encaminaron hasta la zona donde se hallaban las casas de los funcionarios en Nagoya. Miyako había visto la de Edo, dentro del castillo, y aquello solo era una burda imitación de la capital.

—Será mejor que no diga una palabra y permanezca mirando el suelo —le advirtió Iko.

No era estúpida. Quizás el magistrado hubiera visitado alguna vez a su padre y reconociese en el joven al que se acusaba de alteración del orden a la hija del daimio Kawaokura. Pensó en su padre, en la deshonra que eso supondría. No solo había abandonado el castillo sin su consentimiento, sino que además había sido arrestada.

El magistrado exhibió el rostro adormilado. Estaba claro que había sido despertado de su sueño, así que no contarían con su indulgencia.

A todos se les obligó a arrodillarse ante él, quien subido sobre una tarima de madera, observaba a cada uno de ellos.

—Vosotros dos —dijo, señalando a Iko y a ella—. Decidme, ¿cómo dos jóvenes se han mezclado con estos hombres? Por vuestras ropas y juventud puedo adivinar que no frecuentáis sus mismas compañías.

Ella no levantó el rostro, permaneció con la cabeza gacha. Esperaba que su actitud sumisa y arrepentida impidiera que nadie viera sus ojos.

—Señor magistrado —escuchó decir a Iko—, mi amigo y yo disfrutábamos de un momento de compañía femenina y *sake* en el

local en que sus hombres nos han encontrado. Ignoramos el motivo de la pelea en la que nos hemos visto obligados a participar.

—¿Cómo te llamas?

—Yamanaka Iko, señor.

El magistrado guardó silencio. Miyako supo que había reconocido el apellido de su compañero.

—¿Y vuestro compañero?

—Es…

Ella alzó el rostro y se enfrentó directamente al magistrado. Como era de esperar la reconoció de inmediato. En la cara del magistrado el desconcierto dio paso a la sorpresa y a la perplejidad.

—¡Guardias! ¡Haced que esos seis hombres pasen la noche en prisión! —dijo, apuntando con el dedo a los clientes que habían iniciado la pelea. Luego los señaló a ellos y ordenó—: Vosotros dos, espero una explicación y quiero la verdad.

Entre quejas, súplicas y algún que otro golpe de vara de madera consiguieron sacar de la sala a los clientes del burdel. Cuando se quedaron a solas con el magistrado, Miyako miró fijamente al hombre.

—Magistrado Tanazuki, debo disculparme por mi comportamiento.

—No advierto mucho arrepentimiento en sus palabras —afirmó el magistrado.

—No volverá a suceder.

—De eso estoy seguro, pero debo informar a su padre de lo ocurrido esta noche. —Luego su mirada se dirigió a Iko—. En cuanto a ti, dudo que tu padre te haya instruido para meter en problemas a la hija de su señor. Deberías haberle prohibido entrar en el burdel. Si alguna vez quieres ser un buen samurái al servicio del clan Kawaokura, como lo es tu padre, no puedes permitir que los deseos de una joven se impongan sobre la seguridad de la misma. ¿Lo has entendido?

El bochorno cubría las mejillas de Iko. Al verlo tan humillado, Miyako se sintió aún más culpable. Su comportamiento supondría graves consecuencias para Iko.

—Magistrado Tanazuki, Iko no tiene la culpa de…

—Señorita Miyako —la interrumpió—, ya ha hecho bastante por esta noche.

El magistrado esbozó una sonrisa al ver cómo guardaba silencio.

—Sí, solo quería… —dijo, pero acalló sus palabras avergonzada.

—Ahora, esperad los dos aquí —dijo el magistrado—. Debo enviar un mensaje al daimio.

Los ojos de Miyako exhibían una súplica que Tanazuki ignoró por completo.

ALGO MÁS TARDE, los dos jóvenes se enfrentaban al daimio Kawaokura y a Yamanaka Jiro, el padre de Iko.

El magistrado los había conducido hasta una sala alejada de miradas indiscretas. Con las luces del alba empezaba también el ajetreo de funcionarios que comenzaban con sus labores.

Cuando el silencio casi resultaba insoportable dentro de aquella habitación, Miyako escuchó el ruido de unos pasos inconfundibles: los de su padre. Alzó el rostro y sus miradas se cruzaron. Leyó en la de él la vergüenza y la incomprensión. Mientras que en la del padre de Iko solo había desprecio y furia.

Su padre se sentó sobre un cojín, en cambio, Jiro permaneció tras su espalda como correspondía a un samurái de su condición.

—Miyako, tu comportamiento e irreflexivo proceder me ha acarreado la desagradable cuestión de imponer un severo castigo a tu osadía.

—Así sea, padre —dijo con la cabeza gacha. Después fijó la mirada en él y afirmó—: Iko solo cumplía mis órdenes. No es culpable de lo acontecido.

—No es a mí a quien corresponde su castigo, sino a su padre —sentenció el daimio.

En ese momento la puerta corredera se abrió. Una joven de la misma edad que ella se arrodilló y aguardó a que le dijeran qué hacer.

—Aoi, acompaña a la hija del daimio a tus aposentos. Préstale uno de tus kimonos —le ordenó el magistrado.

—Por supuesto, padre —dijo la joven, y aguardó a que Miyako se pusiese en pie.

—Solo quería encontrar a Ibuki —confesó ella en un intento de apaciguar el enfado de su padre.

—Quizás tu tía tuviera razón en algo: debería haber controlado más tu educación y no dejar que pensaras que podías actuar como un muchacho —dijo él, y sus palabras lastimaron el corazón de su hija.

Miyako controló las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. Siguió a Aoi hasta su cuarto y dejó que las sirvientas de la hija del magistrado la convirtieran de nuevo en una dama perteneciente al clan Kawaokura.

12

La prisión de Eva

Madrid, 1 de enero de 1843

Dos días más tarde, Fernando sorprendió a Diego leyendo el periódico en la biblioteca.

—Lee la página cuatro —le pidió.

Diego obedeció, incapaz de comprender del todo qué leía, pero cuando entendió su alcance, la cólera, unida a un vago temor sobre la suerte de Luisa, paralizaron sus emociones durante un instante.

—¡No puede ser! ¡Maldita sea! —exclamó al fin.

Diego apagó el cigarrillo en el cenicero con brusquedad a la vez que lanzaba el periódico al suelo.

Una parte de él lamentaba no haber sido capaz de prever los problemas en los que se metería Luisa. Se apresuró a tomar su abrigo y salió de la casa sin saber muy bien cómo actuaría a partir de entonces. Ni siquiera esperó a Fernando, pero este ya había imaginado qué haría y llevaba puesta la capa. En la calle, alzó el brazo y detuvo a uno de los coches de caballos.

—¿Dónde crees que la han podido llevar? —le preguntó Diego.

—Supongo que a la que llaman "Prisión de Eva". Allí llevan a las prostitutas, ladronas y mujeres de mala vida. Ella no es ninguna de esas cosas, pero se la acusa de alterar el orden público.

De inmediato, Fernando indicó al cochero la dirección.

—Es un barrio peligroso… para dos caballeros.

—Eso no es de su incumbencia —afirmó Diego de malhumor.

—Esto le aliviará el disgusto de ir a esos andurriales —aseguró Fernando ofreciéndole el doble del precio acordado.

Cuando llegaron, dos soldados le dieron el alto y se miraron intercambiando miradas de soslayo y complicidad. Entonces Fernando depositó en sus manos unas monedas que reblandecieron sus suspicacias.

El edificio que llamaban "Prisión de Eva" se asemejaba más a un convento que a una cárcel. Uno de los soldados se adentró en el interior de un pasillo y se perdió de vista. Al rato, apareció acompañado de una monja.

—Caballeros, soy sor Águeda —se presentó y, con las manos cruzadas en un gesto beato, dijo—: La paz del señor sea con ustedes.

Sor Águeda era una mujer enjuta y con el rostro repleto de arrugas.

Su edad era incierta, pero se movía con agilidad y sus nervudas manos mostraban que no temía al trabajo duro.

—Así sea, madre —se apresuró a decir Diego.

—Me han comunicado que desean ver a una de las reclusas.

—Madre, soy Diego de Quesada, amigo de la señorita Navarrete y debe haber un error. La señorita Navarrete no es una mujer…

—Perdida —terminó la frase la monja.

—Tampoco insinúo que el resto de presas…

—Será mejor que vayamos a un lugar más adecuado para hablar —sugirió la mujer, mirando al soldado.

El hombre regresó a su puesto, y los dos amigos la siguieron hasta una habitación de gruesas paredes de piedra. Una mesa en la que solo había una hoja de papel y un tintero abarcaba casi todo el espacio. En la pared, la figura de un cristo crucificado destacaba sobre la escasez de adornos. Con un gesto de la mano, sor Águeda les indicó que se sentaran en las dos sillas de enea que estaban destinadas a los invitados.

—Como le he dicho antes, creo que se ha cometido un error. Puedo demostrarle que la señorita Navarrete no es una mujer de la vida ni tampoco una vagabunda.

—Lo sé, señor de Quesada —dijo la monja con satisfacción—. Es mucho peor que todo eso.

Diego miró a Fernando con sorpresa, pero esta vez su amigo, acostumbrado a tratar con mujeres más que él, decidió intervenir y limar la animadversión que parecía desplegar la religiosa.

—Mi querida sor Águeda, ¿por qué la señorita Navarrete ha sido enviada a su institución por unos actos que ignoramos y considera reprochables?

—Ha convocado una reunión en la que ha convencido a una docena de almas cándidas de que se subleven contra sus esposos y padres, e incluso contra Dios.

—No creo que la señorita…

—Señor de Quesada, le aseguro que es cierto —insistió sor Águeda.

—¿Qué es lo que dijo? —preguntó Fernando con interés.

—Ha atentado contra el ángel del hogar.

—A veces la señorita Navarrete es impulsiva. Al igual que usted, también pienso que la mentalidad femenina no está dotada de la misma razón que la masculina —afirmó Fernando.

Sor Águeda sonrió persuadida por sus palabras darwinianas.

—Nosotras enseñamos que existe una diferencia entre hombres y mujeres. Por supuesto debemos procurar que estas almas perdidas encuentren el camino de los valores morales que han olvidado y comprendan que Dios les ha otorgado el mayor don, la maternidad, dentro del seno del matrimonio católico.

Diego podía imaginar cómo Luisa sufriría en aquel centro por sus ideales.

—Hermana, entiendo que deba instruir convenientemente a la señorita Navarrete, pero su familia se ha hecho eco de la noticia de su arresto. Nos han enviado un mensaje urgente para que visitemos a nuestra amiga. Me gustaría informar a mi tío Ramón Narváez de que la señorita está en la mejor institución de Madrid y no en una prisión en la que las internas sufren carencias —mintió.

La monja palideció. Fue obvio que no quería que Narváez metiera las narices en sus asuntos. De pronto, sor Águeda crispó el rostro, y a continuación forzó una sonrisa y se puso en pie.

—Si son tan amables de seguirme.

Atravesaron varias galerías, a veces escucharon llantos, incluso gritos. Los dos amigos se miraron entre sí sin pronunciar una palabra.

—¿Dónde la han encerrado? —preguntó Fernando.

—En la nave de las prostitutas —respondió sin detenerse—. Le hemos proporcionado un uniforme como al resto.

La monja avanzaba a pasos rápidos y seguros. Cuando llegaron al pabellón de las mujeres de la vida, encontraron una escena dantesca. Muchas se arrimaron a los barrotes, la mayoría miraban con desprecio y odio a sor Águeda; en cambio, otras se retiraron a la oscuridad de sus celdas, asustadas, al ver a la monja. A todas les habían cortado el cabello, y vestían la misma ropa ajada.

Sor Águeda se detuvo ante una reja. El olor del hacinamiento que padecían esas mujeres desagradó a Fernando. El sobrino del político más importante de Madrid se tapó la nariz con el dorso de la mano.

—¡Señorita Navarrete! —gritó la monja.

Luisa salió de la oscuridad. Le habían cortado el cabello y, por el golpe que presentaba en la mejilla derecha, se había resistido con ferocidad. Se adelantó al resto de reclusas y miró fijamente a la monja con desprecio. Cuando llegó a su lado, escupió a la religiosa a los pies.

—Usted no sabe qué es ser monja y, menos aún, la caridad cristiana.

—¡Luisa! —la interrumpió Diego.

Le preocupaba que sor Águeda tomase más represalias de las que ya había adoptado. Se interpuso entre ella y la religiosa. No consentiría que nadie volviese a maltratar a su amiga.

—Ven cómo hay que corregir sus modales.

De todos modos, abrió la reja y la dejó salir. Fernando se quitó la capa y se la puso sobre los hombros. Su amiga intentaba mantener la compostura y no derrumbarse ante aquella monja que en tres noches había conseguido casi doblegarla. Pero Diego podía ver cómo temblaba. Fernando también, y le ofreció el brazo que ella aceptó sin oposición.

—Informaré a mi tío de la situación de la prisión. No merece dirigir una institución como esta —aseguró Fernando.

—¡No puede llevársela!

Diego jamás había visto a su amigo tan enfurecido, podía notar cómo sus ojos estaban cargados de odio.

—Le prometo que si no permite que la señorita Navarrete se marche con nosotros, no quedará una piedra en este lugar sin que se pose la mano de mi tío —la amenazó.

Fernando la ayudó a caminar y salieron de aquel infierno. Ambos la acompañaron a casa de la condesa de Vilches. La mujer había abandonado Madrid, pero había ordenado a sus criados que atendieran a Luisa en su ausencia como si fuera un miembro de la familia.

Durante dos días y dos noches, Luisa guardó cama. Fernando y Diego se turnaban para velarla. El médico que la había visitado aseguró que la habían golpeado y estaba deshidratada. Pero era una muchacha fuerte y no tardaría en recuperarse de tan amarga experiencia.

Al tercer día, Luisa desayunó en la cama y al quinto apareció en el salón para desayunar. Llevaba puesto un sencillo vestido de seda gris y se había cubierto la cabeza con un pañuelo a lo turco de color bermellón, otorgándole un aspecto exótico y cosmopolita que por la mirada que Diego vio en los ojos de su amigo parecía agradarle en demasía. Prefirió no inquirir en el hecho de que ella no se fijaría en un hombre como su compañero de armas.

Un criado se apresuró a servir café a la joven, lo tomó sin decir una palabra, mientras sus dos acompañantes la miraban con satisfacción.

—¡Cuánto lo necesitaba! —exclamó, y enseguida añadió—: Muchas gracias por sacarme de allí.

Diego cerró el periódico, llevaba días retrasando esa conversación.

—Estás jugando con fuego.

—¿De verdad lo crees? —preguntó ella, y bebió una segunda taza de café.

—¡Luisa! ¡Sabes bien qué hubiera pasado!

—Lo sé bien… —dijo—. Nunca podré olvidar los latigazos que sor Águeda me dio con una toalla húmeda para no dejar rastro de una actuación tan caritativa. Sin embargo, pasaría eso y mucho más por defender nuestros derechos —afirmó la joven, aunque él advirtió en su mirada temor.

—¡No digas sandeces! Debes olvidar tu obsesión por el sufragio femenino y la igualdad de derechos.

La amistad que los unía era inquebrantable, pero sabía que había traspasado una línea dolorosa para Luisa. Ella no permitiría que le

dijese que debía renunciar a sus ideales. Como era de esperar, se puso en pie de un salto y golpeó la mesa con enojo.

—Entonces, ¿crees que los hombres y las mujeres no somos seres semejantes?

—Gracias a Dios, ¡no! —intervino Fernando.

Diego lamentó la intervención de su amigo, ya que había añadido más leña al fuego. Sus palabras solo querían aligerar la tensión que se había creado en la mesa, pero recibió una mirada lacerante de Luisa, así que levantó las manos en señal de paz.

—No podemos votar ni participar en la creación de las leyes…

—Señorita Navarrete, le aseguro que las sesiones del parlamento son de lo más aburridas.

Esta vez, Luisa frunció la boca en un mohín despectivo e ignoró al sobrino de Narváez.

—Luisa, sabes bien que te considero como a un igual, pero yendo contra esas leyes solo tú serás la perjudicada. ¿Qué bien puedes hacer a las mujeres si estás en la cárcel?

—La mayoría de las mujeres que estaban conmigo en la celda —dijo más calmada— habían perdido la custodia de sus hijos y todas ellas eran analfabetas.

—Solo te digo que luches sin arriesgar tu vida.

Luisa iba a contestar cuando un criado interrumpió la conversación, portaba una carta que le entregó a Diego. En el instante en que el criado abandonó el cuarto, Fernando preguntó:

—¿De quién es?

—Del general Mastrago.

—¿Qué desea de ti?

—De los dos. Quiere vernos en casa de tu tío esta tarde, es una orden.

Tras comunicar el contenido de la carta, el ambiente se relajó un poco. Luisa se retiró a su habitación a descansar, y Fernando se marchó para hablar con Narváez. Le confesó a Diego que pensaba que la invitación de Mastrago hacia su persona había sido requerida por su amado tío. Entretanto, Diego no dejaba de pensar qué querría el general de él.

Al mediodía almorzó con Luisa. Se veía decaída, pero conversaron sobre Baeza, de los olivos y de sus familias, y eso animó a ambos.

—Sería mejor que te alejaras de Madrid por unos meses —dijo Diego.

—¿Por qué debo huir?

—No es una huida, es por tu bien. No me fío de sor Águeda, esa

mujer…

—… es el mismo demonio.

—Además de eso, Fernando me ha dicho que tiene amistades influyentes.

—Yo también —dijo con ironía.

—Luisa… ni Fernando ni yo somos gente prominente y no digamos la condesa. Solo es un apellido de abolengo que representa a todo lo rancio que tú no defiendes.

—No es de caballeros utilizar mis argumentos para derrotarme.

—Ni de damas sufragistas dejarse derrotar de una manera tan absurda.

Luisa tomó una fruta confitada y después de comérsela lo miró con ternura.

—Gracias.

Esa única palabra le mostró el temor y el horror que había vivido esos días en la prisión.

—Somos amigos.

—Lo somos —reconoció ella con cariño—. Sé que tienes razón y regresaré a París. ¿Tú qué vas a hacer? ¿Volverás a la escuela?

—Primero debo averiguar qué quiere el general de mí.

—Sea lo que sea, prométeme que me escribirás contándome qué haces y dónde estás.

—Prometido, Arturo Segovia —dijo Diego haciendo un guiño a su identidad masculina.

ESA MISMA TARDE, los dos guardiamarinas de primera permanecían firmes en el despacho de Narváez. El político y el general entraron y se posicionaron delante de ellos.

—Supongo que se preguntarán por qué los he hecho llamar.

—Señor, no hemos pensado nada, solo obedecemos sus órdenes —respondió Diego como haría un buen soldado.

—Yo sí he pensado en qué podrían querer un general y mi ilustre tío de mí y he llegado a la conclusión de que nada que me beneficie —dijo Fernando, fijando la mirada en su tío.

—Muchachos, descansen —ordenó Mastrago esbozando una sonrisa—. Sé que pronto deben regresar a la Escuela Naval y embarcar. Imagino que se presentarán para ascender a alférez.

—Así es —contestó Diego en nombre de los dos.

—¿Qué me dirían si dado su historial y capacidad fueran ascendidos a capitán sin realizar ningún examen?

—¿Por qué lo haría? —preguntó Fernando.

—Veo que se parece más a su tío de lo que imagina, muchacho.

—Algunas enseñanzas han sido útiles.

—Comprendo su desconfianza, pero solo quiero jóvenes con ganas de defender el honor de su patria. Últimamente hemos tenido numerosos ataques piratas de Joló[26]. Muchas han sido las bajas, de modo que necesitamos sangre nueva en las islas. Creo que ustedes dos serían buenos instructores para las tropas nativas.

—¿Instructores?

A Diego le sorprendió la responsabilidad que ese puesto le concedería, y se emocionó al pensar que viajaría a Filipinas.

—Así es, ¿no se consideran lo suficientemente preparados para esa labor? —preguntó el general. Y añadió—: No es lo que opinan sus profesores en Cádiz.

—No… —respondió Fernando, mientras que Diego a la misma vez decía—: Sí, mi general.

Los dos amigos se miraron a los ojos y Diego leyó en los de Fernando su oposición. Desde que se conocían aquella era la primera vez en que discordaban, pero no fueron ellos los que tomaron la decisión de partir, sino Narváez.

—Irán los dos. Todo está dispuesto. Tienen diez días para poner en orden sus asuntos. Diego, lamento que no le dé tiempo a despedirse de su familia, pero enviaremos un correo especial a su padre contándole sobre su marcha.

Diego asintió con la cabeza incapaz de creer del todo lo que estaba a punto de suceder. Su amigo quiso intervenir, pero su tío lo acalló de inmediato.

—Tus acreedores han venido a verme —dichas palabras enrojecieron a Fernando hasta la médula—. No pienso pagarles. Te sugiero que un océano solucione tus problemas. Por experiencia te aseguro que es mejor un viaje a Filipinas que la prisión.

Fernando realizó un saludo militar ante Mastrago y abandonó el cuarto dando un portazo. Diego miró a los dos hombres que habían decidido su destino. Uno había enviado a la guerra a cientos de soldados; en cambio, el otro había firmado decenas de sentencias condenatorias. Ambos cruzaron sus miradas un instante y supo, sin lugar a dudas, que algo tramaban y que muy pronto ese hecho influiría en sus vidas.

Salió de la habitación, pero antes de marcharse no pudo evitar escuchar una conversación entre los dos hombres.

—Ramón, no puedes dejarnos ahora.

—Estoy cansado, amigo mío, de esta cochina política y de la reina.

—Necesitamos a alguien que mantenga al ejército. Si otro ocupase tu puesto, todo se desmoronaría.

—A veces tengo ganas de acabar con todo… —aseguró Narváez con la voz apesadumbrada.

—Lo sé, y rezo todas las noches para que Dios te guie por el buen camino.

—Gracias, pero a veces pienso que Dios me ha repudiado.

Cuando un criado apareció en el pasillo, Diego tuvo que huir.

AL DÍA SIGUIENTE, Diego entró en el cuarto de Fernando, extrañado de que no apareciera a desayunar.

—Sabes que mi tío tiene una enorme cicatriz en el cuello, ¿verdad? —dijo Fernando al verlo en su habitación.

Varias botellas se encontraban vacías alrededor de la cama. Su amigo tenía la camisa desabrochada y se había manchado los pantalones con el *brandy*. Vestía la misma ropa desde el día anterior.

—Todos saben que es debido a una reyerta con unos gitanos cuando salvaba a una dama de…

Fernando lo interrumpió con una risotada y se puso en pie, tambaleándose llegó hasta él y posó la mano sobre su hombro.

—¡Mentira! —exclamó, y en voz baja, como si no estuvieran solos y las paredes oyeran sus palabras, le susurró—: Eso es lo que quiere que crea todo el mundo, pero yo sé la verdad… yo, yo sé la verdad…

—Deberías dormir y mañana verás las cosas con más claridad —le aconsejó.

—Es un avaro y un mentiroso…

—Por favor, Fernando —le pidió Diego, pero este ignoró sus palabras.

—Además, es un cobarde… cuando lo hicieron prisionero intentó suicidarse con un cuchillo, pero uno de los vigilantes le impidió que se matase. Solo porque no soportaba estar encarcelado por los franceses sin conocer cuándo sería libre.

—No sé qué haría yo si…

—Siempre está diciendo que abandona todo: la política, la guerra y a mí.

—¿A qué te refieres?

—Prometió a mi madre que me cuidaría. Dejarme en manos de mis acreedores es cruel, ¿no te parece?

Diego prefirió no responder. Su amigo jugaba grandes cantidades de dinero sin importarle las consecuencias ni las pérdidas, y gastaba sumas en mujeres que él ni siquiera podría soñar tener entre sus brazos. A pesar de todo, comprendía en parte a Narváez al actuar de aquella manera con su sobrino.

—¿Y nuestra amiga común? ¿Está bien la intrépida señorita Navarrete? —preguntó Fernando, y él agradeció el cambio de conversación.

—Desea volver a París.

Fernando se apresuró a ir a la palancana y metió la cabeza en el agua fría, después de un instante se secó el rostro y repitió el mismo acto varias veces.

—Quiero despedirme de ella —dijo después, algo más sobrio.

—Fernando, Luisa no es una de tus posibles amantes ni tampoco es una mujer a la que puedas conquistar.

Su amigo asintió, pero no contestó a sus palabras. Sonrió en silencio y tomó su capa.

—¿Le gustan las flores o los bombones?

—No lo sé, pero seguro que un buen libro sobre la emancipación de la mujer hará que el camino hacia su corazón te resulte más fácil.

Fernando emitió una carcajada.

—Tienes razón… —dijo pensativo—. Todavía dispongo de cuatro días antes de que nos separemos para siempre.

13

una competición con arco

Castillo de Kawaokura (Nagoya), 1 de enero de 1843
(Primer mes del decimotercer año de la era Tenpō)

Miyako aguardaba en su habitación a la espera de que su padre la llamase a su presencia. La señora Himura se había sentado en el *kotatsu*[27] y tapado con un futón mientras servía el té que ella ni siquiera probó; sentía cómo la culpa pesaba en su conciencia, también el deseo de defenderse. Si tan solo fuera un varón, su padre se habría tomado su conducta como una simple aventura. Todavía recordaba con escozor sus duras palabras.

En ese instante la puerta se abrió y una de sus criadas se postró antes de decir:

—Mi señor quiere verla en sus aposentos.

Miró a la señora Himura, quien esbozó una leve sonrisa para infundirle valor. Después se giró, irguió la espalda y siguió a la criada. Algunos sirvientes cuchicheaban a su paso. Todos en el castillo conocían su falta, también que castigarían con severidad a Iko por su insensatez.

Al llegar, Jiro custodiaba los aposentos del daimio. Realizó una inclinación y le abrió la puerta. Ella quiso preguntarle por su hijo, pero comprendió que eso empeoraría las cosas aún más para el joven samurái, así que guardó silencio.

Al entrar vio a su padre sentado frente a una mesa *zen*[28]. Le preocupó que no se cubriera con un futón, su salud se había resentido poco a poco en los últimos años. El médico le había pedido que se cuidase y él había ignorado sus recomendaciones.

—Padre… —dijo, arrodillándose.

—Hija, sírveme el té.

Ella se alegró de escuchar esas pocas palabras. Durante el día ese era el momento que más aguardaba. Era el instante en que conversaban sobre asuntos políticos y económicos del *bakufu* y de las necesidades y mejoras a efectuar en sus tierras.

Cuando terminó de hacerlo, le ofreció la taza y su padre le indicó con un gesto que se sentase frente a él. Ella agachó la cabeza y colocó las manos en su regazo.

—¿Por qué has desobedecido mis órdenes?

Alzó el rostro y lo miró fijamente antes de responder.

—Debo recompensar la valentía de Ibuki.

—Ese muchacho ha desaparecido de Nagoya. Además se le acusa de asesinato.

—Lo sé… —dijo resignada, sin olvidar su rostro amable.

—Has puesto en peligro tu vida y la de Iko.

—Él obedeció mis órdenes. No es culpable de…

—Ese muchacho es un futuro samurái al servicio de la casa Kawaokura. Si no es capaz de obedecer la orden de uno de sus superiores, aunque este sea su padre, carece del honor y las cualidades necesarias para pertenecer a nuestro clan. —Ante su silencio, continuó hablando—: Jiro se encargará de su castigo como yo dispondré el tuyo. A partir de hoy visitarás todos los días el templo, rezarás y reflexionarás sobre tu comportamiento y espero que Buda sea mejor guía que tu propio padre.

La pena no era ejemplar, ni suponía un gran sacrificio, pero sus palabras demostraban que su actitud lo había decepcionado y eso sí erosionaba el amor que ambos se profesaban. Miyako tocó con la frente el suelo en señal de máximo respeto y se retiró sin darse la vuelta, como uno más de los sirvientes del daimio.

Cuando entró en su cuarto, la señora Himura se abalanzó hacia ella.

—¿Y bien?

—Solo debemos visitar el templo todos los días.

—¡Gracias a los dioses! Podría haber sido mucho peor.

Miyako intentó que no viera la tristeza en su mirada mientras cogía su sombrilla para cumplir con el primer día de penitencia.

EL TEMPLO OSU Kannon aún mostraba los estragos causados por el fuego unos años antes. Los monjes continuaban trabajando en los arreglos y, afortunadamente, la puerta principal y la figura de la diosa Kannon[29] sobrevivieron a las llamas.

Miyako había visitado más de una vez el templo para poder leer algunos de los libros que su biblioteca guardaba celosamente. Eran verdaderas obras de arte que los monjes habían protegido con su vida.

A esa hora del día pocos eran los visitantes y los monjes que se ocupaban de su cuidado. En sus puertas, algunos comerciantes vendían a los feligreses comida, incienso y mantras. Los samuráis que custodiaban a Miyako procuraron que nadie se le acercase.

Tras realizar los rezos, plegarias y disculpas a la diosa regresaron al castillo. En vez de ir a su cuarto, se encaminó a uno de los jardines de arena blanca. Las ondas que su cuidador había impreso apenas

tranquilizaban su espíritu. Allí la encontró su profesor de inglés.

—*Sensei*, agradecería que hoy no habláramos en el idioma de los extranjeros.

—Entiendo —dijo el samurái sin añadir nada más.

—¿Cómo conseguiré que mi padre me perdone? —preguntó más para ella que para ser escuchada.

—*Haga todo lo que pueda, lo demás déjeselo al destino*.

—Un buen proverbio, *sensei;* sin embargo, *es posible soportar el arroz y el té fríos, pero las miradas y las palabras frías son insoportables*.

Su profesor iba a contestar cuando los gritos y abucheos interrumpieron la conversación.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Miyako a uno de los criados con el que se cruzaron en el camino hacia dónde provenía el alboroto.

—Es el samurái Yamanaka.

—¿Qué sucede con él? —preguntó su *sensei*.

—Está castigando a su hijo por no cumplir las órdenes dadas —dijo fijando la vista en ella.

Miyako quiso responder, si bien su *sensei* se lo impidió al decir:

—*La honestidad excesiva raya la estupidez.* —Miyako asintió al oír la máxima de Moriyana y guardó silencio—. Será mejor que averigüemos qué está sucediendo.

—Será lo mejor.

Ambos se encaminaron al patio donde Jiro empuñaba un *bokken*[30] mientras Iko esgrimía su katana.

—Un samurái que sigue el camino del *bushido* cumple su obligación —dijo y golpeó a Iko en las costillas.

El muchacho emitió un gemido, sin embargo, continuó de pie.

—¡Vamos! —gritó Jiro, abalanzándose sobre él.

La pericia del samurái era muy superior a la de su hijo. A pesar de que intentó herirlo con su katana, la maestría de Jiro se impuso sobre la inexperiencia de Iko. El muchacho esquivó varios golpes de su padre, pero al final recibió dos que resultaron brutales. El primero le arrebató la katana de la mano y el segundo lo obligó a arrodillarse.

Iko apretaba los dientes y el sudor descendía por sus sienes. Su pecho agitado evidenciaba que el cansancio y quizás alguna costilla magullada le impedían respirar con normalidad.

—¡Debo detener esto! —exclamó ella.

—Si hace algo así —respondió el maestro, agarrándola del brazo—, su amigo Iko jamás se lo perdonará. Recuerde: *se aprende poco con la victoria, en cambio mucho con la derrota*. Ese chico debe aprender la lección.

—¿Conoce algún proverbio en el que se diga que un padre ha de matar a un hijo para castigarlo?

Su *sensei* disintió, pero cuando se disponía a zanjar aquel asunto,

Jiro golpeó a su hijo con tanta fuerza que el muchacho se estrelló contra el suelo y no volvió a levantarse.

Miyako se acercó aprisa hasta él y se aseguró de que respiraba. Su mirada se fijó en la de Jiro. El samurái agachó la cabeza como correspondía ante un miembro de la familia del clan Kawaokura, pero Miyako vio en sus ojos solo odio y resentimiento.

—Dama Kawaokura… —dijo el muchacho al reconocerla. Con dificultad se sentó en el suelo y añadió—: Debo seguir con el entrenamiento.

—Lo que he presenciado hoy no es un entrenamiento, es…

—Tengo que mejorar, aún no soy digno de portar estas armas —la interrumpió.

Iko se puso en pie y, agarrándose el costado, se dirigió a dónde estaba su arco. Lo tomó entre las manos junto con una flecha. Elevó el brazo y lo dobló ligeramente tirando de la cuerda. Ese simple movimiento debía dolerle lo bastante para que apretase los dientes. Ella asistía impotente a su sufrimiento, también comprendió que, tal y como le había dicho su profesor, no podía avergonzarlo. Los soldados y criados que habían sido testigos de su derrota todavía observaban el comportamiento del hijo de Jiro.

—Señorita Kawaokura —dijo Moriyana—, será mejor que volvamos a nuestras clases.

—¡No! —exclamó sorprendiendo a su profesor—. Debo ayudar a Iko.

—Pero no lo hará hasta que termine su entrenamiento —le advirtió Moriyana—, lo entiende, ¿verdad?

—*No se disparan flechas a una cara sonriente*.

Su profesor asintió con la cabeza, después aguardaron en silencio hasta que Iko acabó con su entrenamiento.

—Señora Himura, traiga todo lo necesario para curarlo —le ordenó Miyako.

La anciana había permanecido a una corta distancia de ella durante todo el tiempo que había conversado con su *sensei*.

—No creo que sea conveniente…

—Me da igual si lo es o no.

—Señora Himura, yo permaneceré todo el tiempo a su lado —afirmó Moriyana y sus palabras la convencieron.

Algo más tarde, la señora Himura, junto con dos criadas más, regresó al patio. Abrieron una silla de tijera donde el futuro samurái de la casa Kawaokura se sentó. Moriyana, acostumbrado a participar en contiendas, estudió con ojo crítico las heridas del muchacho.

—Señorita Kawaokura, sobrevivirá.

—No es nada… —dijo Iko.

No pudo continuar hablando, presa del dolor, cuando la mano de

Miyako le tocó la espalda. Su piel se había tornado de una tonalidad morada.

Después de lavar, aplicar el ungüento y vendar las heridas, las mujeres se retiraron del patio. Al menos eso creían los dos samuráis. Ocultas tras una de las puertas correderas que daban al patio la anciana doncella dijo:

—No debería espiar…

—Señora Himura, no espío, me preocupo por Iko.

Desde la distancia en la que se encontraba, escuchó cómo el *sensei* le decía al samurái:

—No es necesario hacerse el valiente, se han ido.

Miyako vio cómo su antiguo amigo asentía y las lágrimas brotaban de sus ojos.

—Iko… —dijo ella.

—Señorita Kawaokura, a ningún hombre, por muy joven que sea, le gusta que una mujer sea testigo de su dolor y su derrota —afirmó la anciana.

Las palabras de la señora Himura fueron tan reveladoras que solo pudo asentir, si bien se juró que redimiría de alguna manera el daño que le había causado a Iko.

UNA MAÑANA EN que el cielo parcialmente nublado y húmedo envolvía Nagoya, Miyako se presentó en el patio de entrenamiento ante Jiro e Iko, acompañada de la señora Himura y de Moriyana. Su *sensei* se sentó en el suelo, sabedor de qué sucedería a continuación. La señora Himura se retorcía las manos preocupada por lo que ella pensaba hacer.

—Su padre no le ha dado permiso para estar aquí. Deberíamos estar en el santuario rezando y reflexionando —recordó la anciana a Miyako.

—He meditado lo suficiente como para entender que debo prepararme para ser una *onna-bugeisha* como mis antepasadas.

—Creo que sería mejor que siga con sus lecciones. Profesor Moriyana, ¿no tendría que enseñarle el idioma de esos extranjeros a mi señora?

Moriyana alzó los hombros y explicó en inglés lo que pensaba sobre sus palabras.

—¿Qué ha dicho? —preguntó la señora Himura a Miyako con desconfianza.

—*Tarde o temprano la disciplina vencerá a la inteligencia* —mintió Miyako.

—Está claro que no me hará caso, espero que comprenda que si su

padre se entera de esto, y le aseguro que lo sabrá, esta vez no se librará visitando el templo.

Miyako sabía que la señora Himura tenía razón, también que quería ser una verdadera dama Kawaokura. Nunca sería un daimio. Su condición de mujer le impedía serlo, pero había leído la vida de Tomoe Gozen, excelente arquera y espadachina. Una guerrera que valía por cien. Participó en la Batalla de Kurikara y se enfrentó a los Tokugawa cuando su esposo fue acusado de conspiración. No pretendía convertirse en otra Tomoe Gozen, pero sí le gustaría ser una digna descendiente de Kawaokura Ryô y enorgullecer a su padre.

El resto de samuráis la miraron preguntándose por qué se hallaba en el patio de entrenamiento. Se había vestido con ropa de hombre y portaba un *jakama*[31] y ningún *kanzashi*[32] adornaba su cabello, tan solo se lo había recogido al estilo masculino. Una coleta enrollada que había sujetado en la parte superior de la cabeza. Si no fuera por el color de sus ojos, que la identificaban como la hija del daimio, habría pasado por un atractivo muchacho imberbe que comenzaba su aprendizaje con las armas.

—Señor Yamanaka, quiero que me adiestre en el uso del arco.

Jiro la miró con los labios fruncidos. En respuesta, ella inclinó la cabeza antes de insistir de nuevo con su petición.

—Me gustaría que fuera mi *sensei* —solicitó en un tono más humilde.

—Mi señor no me ha informado al respecto.

—Tengo la autorización de mi padre —mintió.

Era mucho lo que arriesgaba y por la mirada que le dedicó Jiro este también imaginaba que el castigo sería doloroso.

—Entonces, mi señora, escoja uno de los arcos —después gritó—: ¡Poned una diana de paja!

Dos criados se apresuraron a cumplir con la orden de Yamanaka. Ella tomó uno de los arcos y aguardó a que el samurái le diera instrucciones.

—Debe saber que no se trata de fuerza física, sino de fuerza mental. Calme la mente y apacigüe su espíritu. Luego todo dependerá de su primer tiro.

Yamanaka le tomó su mano diestra y le ató un trozo de tela en la muñeca. Después le entregó una flecha.

—¿Cómo debo disparar?

—Doble con suavidad el brazo. Note la tensión de la cuerda, el vibrar de su necesidad de ser liberada. Cuando sienta en los dedos la voz de la cuerda pidiéndole que la suelte, observe la diana y recorra el *camino del arco largo*.

Mientras sostenía el arco, Miyako descubrió que su peso era ligero, además del agradable tacto de la madera pulida, que le recordaba la

figura de una mujer. Había visto arqueros lanzar en anteriores ocasiones, así que alzó el brazo a la altura de su frente, lo flexionó tal y como le había indicado Jiro, al hacerlo notó la pluma suave de ave que acarició su mejilla y el olor a bambú con la que la habían fabricado. El silencio invadió el patio, sentía los ojos de todos los presentes sobre ella cuando realizó su primer lanzamiento de flecha.

—¡Otra! —gritó.

Durante toda la tarde intentó acertar a la diana sin conseguirlo. Los samuráis incluso parecían apostar sobre cuánto más resistiría. Le dolía el brazo, dos dedos le sangraban y el resto estaban agarrotados por el frío. A pesar de ello no se rendiría ni se marcharía del patio de entrenamiento hasta que diese al menos una vez en la diana. Su mirada se cruzó con Jiro, mientras el vaho de su propia respiración calentaba su rostro enrojecido. Las nubes habían dado paso a una lluvia fina que la había empapado por completo. Le castañeaban los dientes, pero procuró no mostrar su debilidad. El agua espantó a los últimos testigos de su vergüenza como arquera. Solo Jiro, Iko, la señora Himura y Moriyana permanecieron en el patio resguardados bajo los aleros del tejado.

Moriyana se acercó a ella y posó una mano sobre su hombro. En inglés para que nadie entendiese sus palabras le dijo:

—Debería retirarse por hoy. Ya ha demostrado su valía.

—No he dado en el blanco ni una sola vez.

—*Incluso los monos se caen de los árboles.*

En respuesta, Miyako esbozó una sonrisa. El sudor le cubría el rostro y varias gotas de sangre de sus dedos cayeron al suelo. Se diluyeron en un charco formado por el agua.

—*Sensei*, mañana regresaré a la misma hora —dijo dirigiéndose a Jiro.

MIYAKO AGUARDABA A que su padre hablase, estaba segura de que Jiro lo había informado de su conducta en el patio de entrenamiento.

—Padre, me gustaría practicar con el arco —dijo nada más entrar en sus aposentos privados.

El daimio, con las manos tras la espalda, contemplaba el jardín al que daban sus habitaciones. Un manto estéril que en primavera se llenaría por completo de vida. En pleno invierno solo la escarcha se atrevía a invadirlo.

—¿Han cambiado tus aficiones?

—¡No! Aún adoro los libros, aprender nuevos idiomas, conocer otros mundos…

—Ven aquí —le dijo interrumpiéndola. Ella obedeció y su padre levantó el brazo mostrándole el yermo paisaje—. ¿Qué ves?

—Nada, padre.

—Mira con atención —le pidió.

Miró la extensión del jardín, una capa marrón de tierra apenas cubierta por zonas heladas. Un pino, centenario, ocupaba el centro. Se erguía como un solitario centinela sobre el resto de elementos que lo componían. Un ligero olor a resina de pino llegó hasta ella.

—El pino…

—Observa y cultiva tus sentidos más allá de lo evidente —le aconsejó—: Nuestros enemigos son muchos. A veces solo muestran la cara más amable, como ese pino, pero en realidad nosotros debemos ver mucho más. Ser como la flor que se esconde tras su corteza, vigilante, a la espera de saber cómo actuar para resistir al duro invierno que se avecina.

Escrutó hacia donde su padre señalaba. Oculta, casi imperceptible, una flor amarilla y pequeña, que contra todo pronóstico había brotado en esa estación. Astutamente, se había protegido del frío tras el tronco del árbol.

—Entiendo, padre.

—Creo que aún eres muy joven para entender —afirmó y continuó con sus palabras—: El mundo es cruel con gente como nosotros. Crees que desconozco tu valía, y no es así. No estaría más orgulloso de ti si fueras un hombre; pero eres mujer. Las mujeres tienen una obligación con su clan. Conviértete en una *onna- bugeisha*, sé que serás una de las mejores, pero llegado el momento cumplirás con tu deber, ¿lo has comprendido, Miyako?

—Sí, padre —dijo apesadumbrada.

Jamás la considerarían un verdadero miembro de la familia Kawaokura con los derechos de un hombre del clan.

MIYAKO SE ENCONTRABA en el patio de entrenamiento cuando varios samuráis llegaron comentando que pronto se celebraría un concurso de arquería. El premio era un arma de fuego extranjera. No una antigualla como las que se podían comprar en el mercado negro, sino un auténtico fúsil.

—¿Cuándo será? —preguntó a Iko.

El muchacho la miró con asombro desconfiado. Se acercó a ella y le habló en voz baja para que nadie escuchase sus palabras.

—Espero que no cometa la locura de presentarse.

—¿Por qué no?

—Porque solo se permite competir a los varones de cualquier

familia.

—Entiendo…

—Señorita Kawaokura, no puede…

—Céntrate en la diana si quieres ganar ese torneo —le aconsejó ella.

Durante semanas Miyako entrenó horas interminables, a veces apenas sentía el brazo y notaba un hormigueo lacerante en los dedos; aun así, continuó preparándose para la prueba. Su condición de mujer le impedía hacerlo, algo que no supondría un verdadero inconveniente. Vestida de hombre se asemejaba a un chico sin madurar, pero sus ojos… Toda la ciudad conocía la herencia que había dejado la condesa extranjera a las mujeres del clan Kawaokura.

—Deberíamos ir al santuario, hace días que no cumple con su castigo —dijo la señora Himura interrumpiendo sus lanzamientos.

—De acuerdo —afirmó Miyako y entregó su arco a Iko.

Necesitaba pensar en la manera de conseguir inscribirse en la competición. Quizás en el templo se le ocurriese la idea. Durante un buen rato, rezó, pensó, ideó e imaginó la forma de esquivar la vigilancia de su padre y de Jiro, sin ningún resultado de obtener la victoria. Entonces la llegada de un monje *Komusô,* un monje mendicante de la secta Fuke, le concedió la respuesta que tanto esperaba. Cubría por completo su cabeza con el característico sombrero *tengai* de paja. De ese modo ocultaba su identidad, y sobre todo, algo que interesaba a Miyako, el rostro y la mirada de quien lo portaba.

—Señora Himura, creo que me quedaré toda la tarde rezando y reflexionando sobre las palabras de mi padre.

—Veo que Buda parece guiarla por el buen sendero.

—No se preocupe, deje a dos de los samuráis conmigo.

La mujer aceptó su propuesta y regresó al castillo. Cuando Miyako estuvo segura de que la señora Himura había recorrido un largo camino, se dirigió a los dos hombres que la vigilaban.

—Quiero conversar en privado con el monje mendicante.

—Mi señora, nuestras órdenes son no perderla de vista.

—Son de mi padre o de la señora Himura.

Los dos samuráis se miraron uno a otro y el que había hablado por primera vez dijo:

—La señora Himura nos ordenó…

—Si mi padre se entera de que dos de sus samuráis temen más las órdenes de una criada que las de su propia hija, ¿qué puede pensar?

El samurái que guardaba silencio hasta ese momento intervino:

—Señora, le traeré al monje.

Ella volvió a arrodillarse ante la imagen de la diosa Kannon. Después de rezar unas oraciones que dedicó a su madre, sintió la

presencia del monje a su lado. Él también se había postrado ante la diosa.

—Señora, ¿qué desea de mí?

A Miyako le pareció la voz de un joven, aunque sin ver su rostro ignoraba si en verdad hablaba con un hombre de avanzada edad.

—Necesito su ayuda, le aseguro que será debidamente recompensado por ello.

—Siempre que no incumpla los preceptos de Buda ni sus enseñanzas no veo por qué no puedo ayudarla.

—Solo deseo que me deje sus ropas durante un par de días.

—Debo saber cuál es el motivo. Ni siquiera mis ropas pueden comportarse de forma contraria al camino señalado por Buda.

—Quiero participar en un concurso de arquería.

—¿Por qué debe ocultarse?

—Solo aceptan varones.

—Podría vestirse como uno de ellos.

—Lo haría sino fuera porque todos me reconocerían como la hija del daimio Kawaokura.

Tras decir esas palabras, fijó la mirada en el hombre sin rostro. Durante un instante, el silencio tan solo fue interrumpido por los mantras que se escuchaban a lo lejos en boca de alguno de los monjes.

—Buda os ha concedido poseer un trozo de mar. Es afortunada.

—No pensaría de igual manera si tuviera que soportar las burlas, el miedo y el desprecio de la gente.

—¿Por qué quiere presentarse?

—Porque quiero que mi padre se sienta orgulloso de mí.

El monje de nuevo guardó silencio. Ella pensó que la evaluaba con dureza, aunque no podía estar segura, ya que no veía su cara.

—De acuerdo.

—Le pagaré generosamente su ayuda.

—Con ese dinero mejore la vida de quien la rodea.

—No sé cómo…

—Llegado el momento, la diosa o Buda le dirá cómo hacerlo.

EL DÍA DE LA competición, Miyako tuvo que despistar la vigilancia de la señora Himura alegando que trabajaría todo el día en uno de sus libros. Le ordenó que no la molestara ni para comer. Su petición no extrañó en absoluto a la mujer, ya que solía estar enfaenada todo el día cuando traducía alguno de esos libros extranjeros.

Salió a escondidas por el jardín que daba a sus aposentos. Iko la ayudó a escabullirse de la guardia, vestida con *montsuki*[33], junto con un *obi* masculino, portaba sobre los hombros un *o-kuwara*[34]. Jamás

había usado un kimono tan corto, pero gracias a que llevaba unas cubiertas sobre las piernas no se sentía tan expuesta a las miradas. Su atuendo se complementaba con unos *tabis* altos y unas sandalias *Waraji*[35].

—¿Cómo piensa disparar el arco con esas cubiertas de manos[36]?

—Eso aún no lo sé, pero creo que en esta ocasión, los monjes mendicantes harán una excepción.

—Vamos o llegaremos tarde —se apresuró a decirle Iko.

El lugar elegido eran unos terrenos baldíos. Los daimios de distintas regiones habían llegado, junto con su hombre escogido; por supuesto, la mayoría eran samuráis, aunque Miyako también advirtió la presencia de algún que otro cazador entre los arqueros.

—Tenemos que apuntarnos.

Asintió y siguió a Iko hasta el encargado de inscribir a los participantes.

—Su nombre.

—Un monje mendicante carece de identidad —dijo Iko—. Además ha guardado voto de silencio.

—Debo escribir un nombre o no puede competir —insistió. Su mirada se dirigió a ella—. Monje, mueva la cabeza si le parece bien el nombre de *Koe Nashi* [37].

Ella asintió y el escribiente lo anotó con una caligrafía clara y hasta rimbombante.

Los participantes se instalaron a varios metros de las dianas de paja. Se trataba de aumentar la dificultad y así ir eliminándolos hasta que quedase un ganador.

Quince hombres se prepararon para lanzar sus flechas. La primera prueba consistía en acertar en la diana a una distancia de trece *ken*[38].

Miyako se concentró en el blanco, escuchó el mutismo de los asistentes, su respiración agitada, no solo temía fallar, temía que la descubriesen. Su padre también asistía a la competición. Lo había visto sentado junto al padre de Iko. El muchacho representaba a la casa Kawaokura.

El sol de invierno la cegó, además su visibilidad se veía mermada por el sombrero que le cubría el rostro. Aun así, cerró los ojos un instante, en el momento en que los abrió, disparó. Aguantó la respiración, pero el encargado de verificar los tiros, alzó el brazo con un banderín azul. De inmediato miró a Iko, él también había conseguido el blanco.

La siguiente prueba consistía en ubicar la diana a unos veintidos *ken* de distancia sobre diana de dos *chi*[39]. Solo diez hombres habían superado la primera prueba. De nuevo los participantes se prepararon para iniciar otra ronda de lanzamientos.

Confió en que su flecha alcanzara su destino. Durante su

entrenamiento había dado a blancos más difíciles, ahora no estaba tan segura de lograrlo. Miró al lugar en el que se hallaba su padre, se había vestido con un kimono en el que se habían bordado los *kamon*[40] de su familia. Por el rabillo del ojo, Miyako vio cómo un samurái susurraba unas palabras a Jiro y la señalaba. El temor a que la descubrieran la hizo vacilar y lanzó la flecha que tras un recorrido abocado al fracaso consiguió acertar al borde de la diana.

El encargado de comprobar el tiro llamó a su superior. Un samurái que había dirigido la competición desde hacía varios años. Ambos hablaron un instante y después el más joven agitó un banderín azul.

Tras los vítores de los asistentes que se posicionaban a favor de sus favoritos y las maldiciones de algunos de los que habían fallado, se procedió a retirar la diana casi veintiséis *ken* de distancia. Solo cinco hombres habían salido vencedores del anterior ejercicio, entre ellos se encontraba Iko.

Miyako se dispuso a elevar el brazo, pero sintió una mano sobre su hombro.

—Señorita Kawaokura.

Bajó el arco, reconoció enseguida la voz de Jiro, también la satisfacción que escondían esas dos palabras.

Iko quiso intervenir, pero su padre lo acalló con una mirada lacerante.

—No quiero avergonzar a mi padre.

—Eso ya no está en mis manos. Uno de los hombres del daimio Kanabemoto la ha descubierto.

—¿Cómo…?

—Han visto al monje sin sus ropas y se ha preguntado quién es en realidad el hombre que ocupa su lugar. Y ahora desean comprobarlo. Mucho es el dinero que se juega en esta competición y algunos de ellos —dijo, mirando hacia donde se encontraban los daimios— quieren el premio.

—Mi padre…

—Mi señor también desea saber quién se oculta bajo los hábitos de un monje.

Asintió y siguió a Jiro hasta el lugar en el que su padre, junto con otros daimios, conversaba animadamente sobre diferentes temas.

—¿Qué sucede, Jiro? —preguntó su padre.

Jiro guardó silencio y aguardó a que Miyako actuase como debía. Ella se quitó el sombrero. Ante la sorpresa, indignación y furia de su padre se arrodilló suplicando perdón por haber obrado de un modo tan inadecuado.

Varios daimios le lanzaron miradas reprobatorias, otros contuvieron la risa y algún que otro se atrevió a criticar abiertamente su acción. Sin embargo, su padre no pronunció una sola palabra.

—Padre…

—Perdonad —dijo él, inclinándose ante el resto de los daimios—. Veo que no he sabido educar a mi hija convenientemente.

—Deberías evitar que leyera tantos libros extranjeros —dijo uno de ellos—. Siembran de ideas extrañas las mentes aún moldeables de los jóvenes. La mente de una mujer seguramente es más fácil de corromper.

—Tomaré medidas al respecto.

—Quizás debas buscarle un marido —dijo otro.

—Eso la ayudaría a centrarse en el deber que le corresponde —se aventuró a decir un daimio de rango superior a Kawaokura.

—Mi señor, su consejo es muy acertado. —Miró a Jiro y le ordenó —: Asegúrate de que vuelve al castillo.

Ella quiso hablar, defenderse y defender a su padre de todas esas corrosivas palabras, pero sabía que lo había humillado delante de esos hombres. Sintió que apenas podía respirar hasta que notó la presión de la mano de Jiro sobre su brazo.

EN SU CUARTO, Miyako paseaba de un lado a otro, recorriendo los veinte tatamis que constituían su habitación. A pesar del amplio espacio, ella tenía la sensación de estrechez, la misma que aprisionaba su corazón. Se giró deprisa cuando escuchó abrirse la puerta, un criado se retiró y en su lugar su padre se adentró en el cuarto. Su semblante estaba serio, y ella apenas se atrevía a mirarlo a la cara.

—Padre, lo siento tanto —dijo, lanzándose al suelo.

—Lo sé… —dijo él con la voz cansada.

—Quería demostrarte que…

Su padre se sentó frente a ella, le alzó el mentón y miró sus ojos.

—Miyako, debes actuar con más inteligencia. No puedes romper las normas de esta manera. Solo la educación cambiará este mundo. ¿Por qué crees que incumplo las normas del *bakufu* y te consigo esos libros extranjeros?

—Porque me agradan…

—No, hija, no es porque te agradan. Es para darte los medios de sobrevivir cuando el mundo que conocemos se desmorone. Entonces llegará el momento en que se necesite de tu valía. En ese instante, superarás el hecho de que seas mujer. Pero si insistes en saltarte las reglas que hoy lo dominan, solo puedo asegurarte que sufrirás por ello.

—No volverá a suceder.

—No estoy tan seguro de ello —dijo su padre con una sonrisa de reconciliación. Después añadió—: Había apostado por *Koe Nashi*.

14

EL FAVOR

dejima-Nagasaki (Japón), 9 de mayo de 1842
(Quinto mes del duodécimo año de la era Tenpō)

En la isla artificial en la bahía de Nagasaki los holandeses permanecían bajo la prohibición de pisar el sagrado suelo de Japón. Cada embarcación era obligada a plegar las velas y el cargamento se revisaba concienzudamente.

Ibuki observó el mar y los barcos extranjeros. A su lado, las barcas de velas blancas y cascos descoloridos por el sol, que pertenecían a los japoneses, se arremolinaban alrededor de la porción de tierra que ocupaban los *gaijin*. La bandera de su país ondeaba al viento y exhibía la autoridad de ese islote como un apéndice de un ente mayor.

Se colocó bien el *kasa* que tapaba su rostro y se sacudió con fuerza el polvo del camino. Durante esos cuatro años que habían pasado desde que huyó de *El dragón dorado* había tenido varios oficios, algunos más honrados que otros. Ahora, había oído que los holandeses contrataban espadas, sin importarles el apellido, condición u origen de quienes las portaban. Necesitaban mercenarios dispuestos a defender sus vidas y sus mercancías. Existía una corriente contraria a los occidentales que se extendía por el país y los *gaijin* temían por su seguridad.

En ese tiempo, el joven, que había salvado a una niña de un grupo de maleantes infantiles, se había convertido en un hombre muy diferente al que su familia hubiese deseado. Incluso había olvidado el *camino del bushido* que un día le enseñó su padre. Había comprendido que nada de eso lo ayudaría a recuperar su apellido ni a limpiar su nombre. Atravesó la ciudad portuaria entre trabajadores, comerciantes y criadas que se apresuraban a realizar sus labores. Las calles de Nagasaki mostraban un ajetreo propio de una ciudad comercial en la que el olor a salitre y a pescado se había adherido a todas partes. No sería difícil encontrar trabajo para un hombre como él. A pasos lentos, se encaminó al barrio del placer. Necesitaba un baño y, por qué no, las caricias de una mujer complaciente.

El *sentō*[41] en el que entró carecía de luz y se accedía por una puerta baja. Nada más pasar, apreció el vapor de los baños, el ambiente húmedo y una temperatura muy superior a la que existía en

el exterior. Un criado se inclinó ante él y alzó los brazos para que le diera sus espadas. Las normas no permitían portar armas en el interior. Le entregó su katana y su *wakizashi*[42], después lo siguió hasta los baños. Durante casi toda la mañana permaneció en el *sentō*, luego se dirigió a una posada, llenaría el estómago antes de entablar negocios. Escogió una posada sencilla cerca del puerto donde comer algo y beber *sake*, entre sus clientes advirtió varios pescadores. Dos mujeres cocinaban en una esquina los platos que servirían esa noche. Una mezcla de olores invadía la destartalada estancia, algunos más agradables que otros. La sala se había recubierto con esterillas que alguna vez estuvieron limpias. Sobre ellas había mesas bajas en las que los clientes comían o bebían en silencio. Se sentó en una desde donde vigilaba toda la sala. Enseguida, una muchacha con un delantal zurcido se acercó a la mesa, le dejó un cuenco y una tetera de té.

—¿Qué le sirvo?

—Lo que se coma aquí esta noche.

No tenía un estómago delicado, comía lo que podía y bebía *sake* cuando su bolsa se lo permitía.

—Muy bien, señor.

La chica se marchaba para cumplir con la orden cuando la detuvo con sus palabras.

—¿Sabes dónde puedo encontrar trabajo?

La muchacha lo miró de arriba abajo.

—Muchos son los hombres que pasan por Nagasaki, la mayoría muertos de hambre que quieren un trabajo, pero usted parece diferente al resto.

—Para ser una niña tienes el conocimiento de un viejo y la lengua demasiado franca.

La anciana que había escuchado la conversación se acercó a la mesa y se arrodilló en el suelo, obligando a su nieta a hacer lo mismo.

—Mi señor, perdone a mi joven nieta. A veces habla sin pensar.

Él miró el rostro ceniciento de la anciana. La mujer creía que desenvainaría la espada y las mataría a las dos. Algunos samuráis y también *rōnin* las asesinarían por menos.

—Nunca te disculpes por unas palabras ciertas —dijo a la muchacha y levantó su mentón con suavidad—. Tienes buen ojo, muchacha, mis espadas se venden a quien quiera comprarlas.

La chica esbozó una sonrisa antes de decir:

—Encuentre a un *gaijin* de pelo color oro y ojos como el jade. Comercia con sedas y contrata a japoneses.

—¡Kumiko! —exclamó la abuela.

—Gracias —dijo Ibuki y le entregó una moneda en pago por la información.

Después de comer un cuenco de arroz frío con unos trozos de

verdura frita y buen *sake* se dirigió al burdel más cercano. A la mañana siguiente buscaría al extranjero que le había descrito Kumiko.

El barrio del placer no era ni mejor ni peor que otros que había visitado durante esos años. En todos ellos había una puerta que impedía a las mujeres escapar de aquellas jaulas donde vendían sus cuerpos. Se adentró como muchos otros por el camino que llevaba a los locales más solicitados. Esa noche tenía ganas de disfrutar de la compañía de una bella cortesana.

El burdel que escogió era el *Loto Azul*. Creía que había sido cliente de una amplia gama de lotos de infinidad de colores. El vigilante de la puerta le exigió que le diera sus espadas. Obedeció, pero ocultó su *tantō* en el *kaku obi*.

—Bienvenido a mi hogar —dijo el ama de la casa con una reverencia.

Sin dejar de sonreír lo condujo a una habitación sencilla, pero dispuesta para *compartir la almohada*[43]. Un brasero calentaba la estancia y aumentaba la temperatura, con la intención de que los clientes se desnudaran con mayor rapidez. Un farolillo rojo iluminaba parcialmente el cuarto, dotando el ambiente de unas tonalidades rojizas que incrementarían la complicidad entre los dos amantes. El olor a incienso flotaba en el aire adormeciendo unos sentidos y despertando otros.

La puerta corredera se abrió y apareció una muchacha que solo era una *heyamochi*[44]. Ibuki podía distinguirlas con facilidad. No valía lo que le habían cobrado, sin embargo, su rostro le recordaba al de Ena y guardó sus protestas.

La muchacha se arrodilló a su lado y sirvió el *sake* que otra joven había llevado antes al cuarto. A pesar de no ser una mujer exquisita, poseía unos ojos grandes semejantes a los de una gacela. Su piel cetrina le hizo pensar que era fumadora de opio. Le disgustaban las mujeres que se entregaban al vicio chino. Anulaba la voluntad y aniquilaba la salud.

—¿Fumas la amapola china?

La *heyamochi* lo miró sorprendida, pero negó con la cabeza. Ibuki advirtió que decía la verdad. Entonces, supuso que era otra la causa. Solo le permitiría que lo tocase para no contagiarse con su enfermedad.

—¿Desea beber más?

Con una *heyamochi* no existían tantas formalidades como con una cortesana de mayor rango. Ella pagaba la habitación a la dueña y debía de realizar varios servicios durante la noche para que el negocio fuese rentable. Imaginó que la dueña no consideraba que él tuviese dinero suficiente para pagar los servicios de una prostituta de mayor categoría.

—Está bien.

La muchacha entendió que deseaba recibir nada más que lo que había pagado, así que se desató el *obi* que anudaba por delante y dejó que cayera a sus pies. El cuerpo que Ibuki vio era pálido y delgado, sus pechos aún se mantenían firmes y sus pezones sonrosados eran redondos y grandes. Al contemplarla, exhibió la necesidad de adentrarse entre sus piernas.

Ella se acercó a él y empezó a desnudarlo con lentitud. Primero le quitó el *haori*[45], luego desanudó la faja que sujetaba su *kosode*[46]. Los ojos de la muchacha se agrandaron al ver la quemadura que lo identificaba como a un ladrón. Al principio, la escondía, pero después comprendió que no había razón para ello. Cada uno portaba sus cicatrices y esa le recordaba que algún día se vengaría de aquellos que acusaron injustamente a su padre y destruyeron a su familia. Recuperada de la sorpresa, la joven quiso sentarse a horcajadas sobre él, pero Ibuki la rechazó.

—Solo tócame. No quiero que me contagies lo que sea que tengas. ¿Cómo te has librado de las revisiones del médico?

La chica no negó su enfermedad.

—¿Ha vivido entre prostitutas?

—Un tiempo.

—Lo he sobornado —confesó.

—Si algún cliente o la dueña del burdel llega a enterarse, lo pagarás con tu vida.

—Le aseguro que para cuando un cliente descubra que ha enfermado, yo estaré muerta.

Ibuki guardó silencio sin juzgarla. Entonces, la *heyamochi* se arrodilló, tomó su miembro entre las manos y lo acarició con suavidad.

La noche fue más placentera y fructífera de lo que hubiese imaginado. La *heyamochi* se acostaba con varios *gaijin* y le habló del comerciante de sedas, un tal Huud Vinke. El mismo hombre sobre el que le había hablado Kumiko. Un *gaijin* que había tomado a una mujer japonesa como amante. La información valía bien unas monedas extras y compró a la joven durante toda la noche.

—Debería verte un médico —le aconsejó con brusquedad cuando lo había satisfecho varias veces.

Ella no le contestó, en cambio, le sonrió con ternura y le sirvió más *sake*.

—Gracias por preocuparse por mi salud, ningún otro lo ha hecho hasta hoy, pero ya es demasiado tarde para mí.

Ibuki le abrió las piernas y acarició su sexo húmedo y caliente. Esta vez, él le daría placer.

A LA MAÑANA siguiente, Ibuki encontró al holandés en el almacén cercano al puerto, donde se concentraban los extranjeros. Se colocó bien las armas, entre ellas la espada de su padre, se aseguró de que su porte fuera digno y se dirigió a la entrada. Varios japoneses lo miraron con desconfianza nada más verlo aparecer por la puerta. En cambio, el holandés, que hablaba su lengua lo suficiente para no requerir un intérprete, lo observó con curiosidad cautelosa. Ambos se miraron, hasta que el *gaijin* puso las manos tras la espalda y se aproximó a él. Antes dio instrucciones a dos porteadores, que guardaban las telas en unas cajas de madera, que más tarde sellarían y embarcarían en los navíos con rumbo a la vieja Europa.

Ibuki realizó una reverencia respetuosa, y el *gaijin* procedió de igual manera. Era un hombre de tez sonrosada y cuerpo robusto. Vestía al modo occidental, con una casaca roja de botones dorados que ajustaba con un cinturón de piel y unos pantalones oscuros. Un sombrero negro cubría su cabeza.

—¿Qué desea? —preguntó el extranjero.

—Trabajo, Vinke-san.

—Veo que usted me conoce y estoy en desventaja.

—Lo siento —respondió y de nuevo se inclinó—. Yo soy Ibuki.

—Entiendo…

El comerciante no le preguntó su apellido, daba por hecho que carecía de él o lo había perdido por algún delito cometido por su familia, como era el caso.

—Me dijeron que usted contrata a hombres como yo.

—Es cierto que necesito mercenarios del tipo que parece que eres. Mi empresa precisa de guerreros capaces de proteger la mercancía a cualquier precio.

Ibuki asintió en silencio. Antes de visitar al *gaijin* había averiguado que negociaba con fusiles. Si el *bakufu* descubría lo que hacía, su vida no valdría mucho. Vendía fusiles mejores que esa chatarra napoleónica a los daimios que no comulgaban con la orden del sogún de no adquirir armamento. Por supuesto, ninguno de ellos sentía cargo de conciencia al vender esas armas. La mayoría de los extranjeros que se dedicaban a tan peligroso negocio creía que no los utilizarían contra el sogún, pero, más pronto que tarde, los emplearían contra los extranjeros que se los habían proporcionado.

Los gritos de uno de los porteadores llamaron la atención de los dos. Ibuki observó cómo un japonés golpeaba a otro con una vara. El hombre había dejado caer una de las telas de seda al suelo. Pese a que estaba envuelta, podía dañarse y no se vendería ni por la mitad de su precio. Nada más que la envoltura costaba lo que ganaría ese

miserable en diez años.

—¡Basta! Así jamás aprenderán —exclamó el *gaijin*.

El japonés miró a su jefe. Ibuki entendió bien su desconcierto. Había visto durante su paseo por la ciudad que los holandeses eran blandos con los trabajadores. Nunca se enfadaban por sus errores y pagaban tres veces más que cualquier japonés.

—Vinke-san… —intervino Ibuki, temeroso de que la distracción alejase al *gaijin* de contratarlo.

—Imagino que esas espadas no son simplemente un adorno.

—Si se refiere a si sé usarlas, le aseguro que con cierta habilidad.

—¿Fuiste samurái?

La pregunta lo disgustó, los extranjeros carecían de tacto. Sabía de la curiosidad de los *gaijin* y su necesidad de conocer la respuesta a todas las preguntas.

—Mi padre.

—Entiendo… —volvió a decir. Y añadió—: Tengo un trabajo, aunque antes debo saber si puedo confiar en ti.

—¿Cómo podría demostrarle mi lealtad?

—Matando a mi competidor.

Ibuki fijó la mirada en el extranjero disimulando la sorpresa que le habían provocado sus palabras. Su falsa amabilidad y cordial trato eran una máscara que ocultaba el verdadero rostro de un bastardo ambicioso y despiadado. Si fallaba, nadie lo relacionaría con un hombre como él. Era un desconocido y carecía de familiares y amistades en la ciudad.

—¿Quién es?

Ibuki tampoco era ya el muchacho que salvó de una paliza a una niña con los ojos de agua. Necesitaba esconderse de la ley. Y el mejor lugar para hacerlo era junto a quien pagaba a algunos de los miembros del *bakufu* para que mirasen a otro lado con sus actividades lucrativas e ilegales.

ESA MISMA NOCHE, trepó a uno de los tejados de una casa cercana al embarcadero. La oscuridad lo envolvía todo por completo. La luna había desaparecido tras una masa de nubes que lo ayudó a ocultarse aún más. Inmóvil, apreció cómo una ligera brisa traía el olor de los cerezos de los jardines colindantes. La casa pertenecía a otro holandés, que al igual que Vinke mantenía un doble negocio. Su futuro jefe no quería competidores. Descendió por los tejados como los ya extintos *ninjas*, se deslizó por el suelo y aguardó a que la guardia recorriese el patio para comprobar su seguridad. No había sido difícil eludir la vigilancia de los samuráis al servicio del *bakufu* que

custodiaban la entradas y salidas de la isla de Dejima. En realidad, más que la entrada su misión era que ningún extranjero sin el permiso oficial saliera de la isla con forma de luna creciente. Agazapado en la oscuridad, escuchó la risa de una mujer, la música de un *shamisen*[47] y las voces de los extranjeros que se filtraban por las paredes. Con pasos sigilosos se adentró por el pasillo y se cruzó con un criado al que dejó inconsciente para que no diera la voz de alarma. Continuó avanzando sin encontrar ningún obstáculo más y siguió el sonido de la fiesta. Con cuidado perforó uno de los paneles de la puerta corredera y observó el interior. El extranjero abrazaba a una cortesana mientras esta cabalgaba a horcajadas sobre las caderas del *gaijin*. Otro holandés miraba absorto el espectáculo lascivo del que intuyó era su jefe. Ibuiki descorrió la puerta con suma cautela. Solo le habían encargado matar al comerciante y, si era posible, no mataría a nadie más. El *gaijin* lo vio entrar y su semblante se tornó ceniciento. El otro holandés no se enteró de la huida ni de la cobardía de su compatriota, ya que seguía perdido en el placer que le proporcionaba la joven prostituta.

Ibuki se sentó con las piernas cruzadas, en la posición de los sacerdotes, y esperó a que terminase de disfrutar de la última mujer con la que yacería antes de morir. La muchacha no estaba tan concentrada como su cliente y se detuvo, muda y pálida.

—¡Maldita zorra! ¿Por qué te paras? ¡Aún no me has satisfecho!

La cortesana no dijo nada, pero el extranjero miró en la dirección en que lo hacía la joven. Arrojó a la chica al suelo e intentó defenderse con un puñal que extrajo de entre las ropas, pero Ibuki con una rapidez sorprendente le cortó la mano.

—¡Te mataré! ¡Ayuda!

Los gritos del comerciante atraerían a los mercenarios que había contratado para protegerlo, incluso a los samuráis que vigilaban la entrada de Dejima.

—Vete, tu cliente no necesitará más de tus servicios.

La cortesana tomó su kimono y medio desnuda abandonó el cuarto aterrorizada. Sin embargo, la muchacha no pudo evitar mirar una última vez al extranjero que intentaba detener la hemorragia.

A LA MAÑANA siguiente, la noticia de la muerte del comerciante holandés a manos de un *ninja* asesino se propagó por la ciudad como una mala enfermedad. Nadie entendía la razón del ataque a los holandeses por parte de un *shinobi*[48]. Pero los holandeses zanjaron el tema, ya que no les interesaba que el *bakufu* metiera las narices, aún más, en sus asuntos. Todos ellos eran conscientes del riesgo que corrían en esa tierra.

Mientras tanto, después de realizar su trabajo, Ibuki regresó a la posada. De nuevo con sus ropas de *rōnin* se sentó en la misma mesa y dejó que las horas pasaran bebiendo *sake*, hasta que al alba pidió un cuenco de fideos. Comía con ganas cuando un chico se aproximó a su mesa.

—Vinke-san quiere verle.

El muchacho se inclinó deprisa y salió de nuevo como si lo persiguieran cien soldados para darle muerte.

Ibuki terminó su comida, ya había demostrado al *gaijin* su valía. Ahora hablarían de cuánto le pagaría por contratar sus servicios.

Más tarde de lo esperado, Vinke-san se reunió con él. Lo convocó en su propio hogar, lejos de oídos indiscretos. Su casa era extrañamente japonesa para la tolerancia de los occidentales. Vinke-san lo recibió en una sala pequeña con un tatami que aún olía a hierba. Un adorno floral de un gusto exquisito decoraba la habitación. En la pared, la figura de un mapa, que por su extensión y forma debía pertenecer a Holanda, era lo único ajeno a la cultura japonesa. Era la segunda vez que lo veía, pero en esta ocasión vestía un *yukata*. El kimono le quedaba lo suficientemente corto para que se le vieran las pantorrillas, donde las venas se transparentaban como si fuesen ríos azules. Además sus tonalidades de vistosos colores eran los apropiados para una mujer.

—¿Era necesario tanto espectáculo? —preguntó Vinke-san y le sirvió un cuenco de *sake*.

Él alzó los hombros con inocencia y aguardó a que su anfitrión bebiera, después imitó su ejemplo. Le agradó que su futuro jefe le ofreciera un *sake* de categoría.

—Le mostré lo que va a comprar.

—¿A un exhibicionista?

—Alguien que no va a transportar telas.

Había recabado información en la ciudad sobre su futuro jefe y su negocio. Vinke-san requería de hombres de confianza, valientes y que pudieran visitar lugares lejanos de Nagasaki y no lo traicionaran quedándose con la mercancía.

—Bien, bien… Creo que haremos tratos.

Él asintió y, de nuevo, recordó a su padre. Supo que su progenitor se avergonzaría de su comportamiento, pero no se consideraba una mala persona, solo hacía cosas propias de rufianes para sobrevivir. Rezó una plegaria que le enseñó su madre para orar por ellos y pidió perdón por alejarse aún más del *camino del bushido* y de sus enseñanzas.

15

una mujer descarada

Madrid, 9 de enero de 1843

Fernando jamás habría imaginado dónde hallar a Luisa hasta que visitó la mansión de la condesa de Vilches. Un criado le informó de que en ese momento la señorita realizaba sus labores de caridad en el Colegio de las Jóvenes Desamparadas.

El sobrino de Narváez esbozó una ligera sonrisa al entender que ella no perdería el tiempo en temas livianos como ir al teatro o a pasear. Se dirigió al colegio sin saber muy bien cómo justificar la visita. Indeciso, atravesó el portalón que estaba abierto y daba a un gran patio interior, desde donde se escuchaban las voces de muchachas. Varias mujeres con delantales grises barrían y se ocupaban de arreglar las plantas.

Una mujer robusta se acercó a él, llevaba el pelo recogido en un moño y un manojo de llaves colgaba de una cadena que anudaba a su cintura. Por su aspecto, Fernando pensó que se trataba de la directora del centro.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó con la voz enronquecida.

—Busco a la señorita Navarrete.

—Ah, nuestra profesora…

—¿Es maestra?

El rostro de la mujer se suavizó al ver la sorpresa dibujada en el semblante del apuesto joven que preguntaba por Luisa.

—Enseña a leer y a escribir a nuestras muchachas. ¿Es por un asunto urgente?

—No, no la interrumpa. Esperaré aquí, si no es una molestia.

—Puede esperarla todo el tiempo que guste.

La mujer asintió con la cabeza y se fue por donde había venido, con ligereza.

Después de una media hora en la que Fernando se sintió ridículo y tentado a marcharse, vio aparecer a Luisa. Vestía de tonalidades grisáceas, sin embargo, su vestido acentuaba el contorno de su pecho y de su figura. Un turbante de color coral embellecía su piel aceitunada, otorgándole el aspecto de una odalisca.

Luisa disimuló su sorpresa al verle en el patio y esbozó una sonrisa.

—Me alegra encontrarla tan recuperada —dijo él, quitándose el

sombrero.

—Muchas gracias.

—Diego no me dijo que era profesora.

—No lo soy, simplemente ayudo a estas muchachas. La mayoría carecen de padres, tampoco tienen a nadie que las mantenga, menos aún, las contratan como sirvientas. Otras han cometido el pecado de enamorarse y engendrar un hijo. Al menos, la educación les dará otras oportunidades más allá que hilar o confeccionar cigarrillos. ¿Le he escandalizado? —preguntó Luisa, mirándolo directamente a los ojos.

—No lo ha hecho —mintió.

No solo lo había escandalizado, sino que no alcanzaba a entender cómo una mujer, por muy capacitada que estuviera, se involucraba en temas tan sórdidos. Por supuesto desterró enseguida de su mente ese pensamiento tan crítico, ya que parte de su encanto consistía en la rebeldía frente algunas de las normas establecidas. Una rebeldía que le gustaría domar en su lecho.

Luisa comenzó a pasear y se dirigió a la salida.

—¿Puedo acompañarla?

—Claro, pero no me ha dicho qué hace aquí.

—Despedirme de usted.

Luisa se giró con brusquedad ante sus palabras.

—Diego y yo partimos para Filipinas dentro de unos días.

—Lamento oír eso.

—Debería alegrarse por Diego, desea conocer esas tierras.

—Siempre fue un aventurero, ¿y usted?

—Le confieso que preferiría quedarme aquí, pero no tengo voz en este asunto.

—También yo me marcharé pronto de Madrid.

—Diego me dijo que viajaría a París.

Luisa sorteó un charco para evitar mojarse los botines y sin querer rozó el brazo de Fernando. Su perfume lo envolvió como un abrazo limpio, fresco, pero tan sensual que lo llenó de ensoñación.

—Así es, dentro de diez días regresaré a París.

—Puedo aventurarme a preguntar si aceptaría una invitación al teatro.

Luisa lo observó un instante. Fernando pudo leer en su semblante la duda sobre acceder o no a su invitación, pero se apresuró a ponerle remedio a su indecisión.

—Por supuesto nos acompañaría Diego.

Luisa asintió con la cabeza y continuaron caminando sin volver a pronunciar una palabra. No estaba acostumbrado a mujeres como ella, que atentaban contra lo establecido y lo conveniente. Por primera vez en su vida temía cometer un error y alejarla de su lado.

DIEGO SE ESTIRÓ de la chaqueta del frac, mientras contemplaba complacido cómo su amigo perdía la paciencia frente a su impasible tranquilidad.

—No irá a ningún lado —le aseguró.

—No quisiera llegar tarde. ¿Tienes las entradas?

—Sí, para la función de *Don Álvaro o la fuerza del sino* en el Teatro del Drama Lírico Español a las ocho de la tarde.

—¿Crees que será adecuada para una mujer como Luisa?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque es la historia desafortunada de dos amantes, quizás la considere superficial para su gusto.

Diego golpeó cariñosamente el hombro de su amigo para infundirle valor.

—No te preocupes, seguro que Luisa goza mucho de la representación y de tu compañía.

Fernando lo miró frunciendo el entrecejo con suspicacia.

—No estoy para bromas. Mejor te guardas para otro día este escaso momento en que pierdes tu acostumbrada seriedad.

En respuesta, Diego alzó los hombros con inocencia.

CUANDO TERMINÓ LA representación, Luisa comentó los detalles de la obra demostrando que había disfrutado del teatro y de la compañía de ambos amigos.

—¿Sería adecuado para una dama invitar a un par de caballeros a tomar un café?

Diego observó la sorpresa reflejada en el rostro de su amigo ante las descaradas palabras de Luisa.

—Deja de escandalizar a Fernando —le advirtió con afecto.

—No me ha…

—¿Ni un poquito? —preguntó ella con coquetería.

—Claro que no…

—Pues le aseguro que ha puesto el mismo gesto de extrañeza e incomprensión en su rostro que el que mostraba el día que me visitó en el colegio.

Fernando enrojeció abochornado, así que Diego salió en su ayuda llamando a un coche de caballos. El carruaje los condujo hasta el café más antiguo de Madrid. Algo alejada de la puerta, una muchacha descalza, vestida de riguroso luto, desgreñada y cubierta de suciedad extendía la mano pidiendo limosna. Tras el instante en que las dos mujeres cruzaron las miradas, la alegría que había invadido durante toda la velada a Luisa desapareció por completo.

—Disculpadme —dijo y atravesó la calle.

Ante el asombro de Fernando se deshizo de la lazada de la capa que rodeaba su cuello y le entregó la prenda de buen paño. Después se desató los zapatos y se los dio a la muchacha, de igual modo, registró su bolso y le ofreció todo el dinero que llevaba. Escribió con un carboncillo en un trozo de papel la dirección de la institución donde impartía clases para mujeres tan desvalidas como ella y se lo entregó a la chica, que lo tomó con agradecimiento.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Fernando, avergonzado, al ver cómo la gente observaba a las dos mujeres.

—Luisa no es como cualquier otra. No la juzgues, solo es pasión y corazón. Te aconsejo que la olvides si no eres capaz de respetar en lo que cree.

—No podría negar que su actitud me ha abrumado. Además, soy incapaz de comprender del todo su comportamiento. No parece una beata samaritana ni pretende impartir lecciones de moralidad a esas desgraciadas, aun así sus maneras son las de una santurrona que no estoy seguro de entender del todo.

—Luisa es una mujer diferente al resto —respondió Diego, encendiendo un cigarrillo.

Guardó silencio cuando su amiga regresó a su lado, descalza y sin capa que cubriera sus hombros. De aquella guisa y acompañada de dos hombres, más de uno creyó que se trataba de una mujer de las calles, pero eso no parecía importarle. Diego le ofreció su brazo. Al ver que Fernando dudaba qué hacer, ella elevó una ceja mostrando en el rostro un gesto de burla.

—Creo que he asustado al señor Narváez —dijo a Diego bromeando.

—Luisa, por una noche Fernando ha tenido bastante. No está acostumbrado a mujeres como tú.

—¿Por qué no, señor Narváez?

Se acomodaron en una pequeña sala dentro del local. Enseguida, el camarero se aproximó a servirles un café bien cargado. La estancia resultaba asfixiante por culpa del humo de los habanos y del aire rancio que la clientela había dejado a lo largo de la tarde. Diego observó a Fernando, que parecía que todo le desagradaba; en cambio, Luisa y él conversaron animadamente, mientras bromeaban sobre sus pies descalzos.

—No ha contestado a mi pregunta. Supongo que solo trata con muchachas bien educadas cuyo objetivo no es otro que complacer a su futuro marido.

Durante un instante, Fernando guardó silencio. Diego podía ver cómo su mente desconcertada intentaba responder a unas palabras tan provocadoras.

—Desde que la he conocido solo ha causado problemas a Diego —dijo, y él asintió a la vez que Luisa juntaba las manos en señal de perdón. A pesar de las bromas, Fernando continuó hablando con seriedad al decir—: Sus ideas sobre la igualdad de los hombres y las mujeres se acercan peligrosamente a la revolución; sin embargo, usted es para mí todo un enigma —admitió Fernando con admiración.

Luisa emitió unas carcajadas sinceras y alegres.

—No intentes comprenderla —dijo Diego. Y añadió—: Yo hace tiempo que renuncié a ello.

Varios cafés más tarde, los dos jóvenes la acompañaron a la casa de la condesa de Vilches.

—Luisa, te escribiré a París —prometió Diego.

—Eso espero. Arturo Segovia se enfadaría si no lo hicieras.

—¿Podría también cartearme con el tal Segovia? —preguntó Fernando.

—Sería un placer.

Diego tomó la mano de Luisa y la besó. Cuando llegó el turno de Fernando, este la retuvo más de lo que se consideraría conveniente, pero Luisa sonrió con complacencia. Diego carraspeó un par de veces para poner fin a la despedida.

—Os deseo la mejor suerte del mundo y rezaré por los dos todas las noches hasta que volvamos a juntarnos de nuevo.

Luego se dio la vuelta y subió la escalinata lentamente.

—Deja de mirarla —regañó Diego a Fernando.

—Te aseguro que he visto a una descalza gitana que bien hubiera podido inspirar a *mounsier* Hugo, en su obra Nuestra Señora de París.

—Nunca hubiera pensado que leyeras una obra tan singular.

—Tampoco que conocería a la verdadera Esmeralda.

Diego golpeó suavemente la espalda de su amigo para romper el hechizo con el que Luisa lo había embrujado esa noche.

16

EN MEDIO DE LA NADA

Madrid, 15 de enero de 1843

Tres días más tarde, los dos amigos se presentaban ante el general Mastrago. El asistente del general los hizo pasar a un despacho en el que había una enorme mesa repleta de papeles, un tintero y varios libros que apenas permitían ver un centímetro del escritorio.

—Disculpadme un momento. Podéis dejar de estar firmes, muchachos —dijo el general mientras firmaba papeles.

Diego y Fernando se relajaron y aguardaron a que terminase con su trabajo. Mastrago entregó a su asistente varios documentos, esperó a que se marchara y cuando cerró la puerta, posicionó las manos sobre el vientre y preguntó:

—¿Cuánto sabéis de las islas?

Fernando alzó los hombros en señal de desconocimiento total, en cambio, Diego se atrevió a decir:

—Mi general, el archipiélago filipino está compuesto por unas siete mil islas, gobernadas por reyezuelos musulmanes que nunca han visto con buenos ojos la presencia de los españoles ni de los portugueses.

—Quesada, nada de lo que hayas oído se asemeja a la realidad que os encontraréis en aquel infierno.

—¿A qué se refiere, señor?

—Nos enfrentamos continuamente a piratas deseosos de rajarnos el cuello por haber invadido sus tierras. También están esas malditas potencias extranjeras que quieren quitarnos lo poco que aún conservamos de nuestro gran imperio.

El rostro del general se tornó rojizo por la pasión con la que pronunció aquellas palabras. Se puso en pie, colocó las manos tras la espalda y se obligó a tranquilizarse antes de proseguir la conversación:

»Pocos conocen la rivalidad surgida entre el sultán de Brunéi y el de Joló por varios territorios que consideran de su propiedad. El sultán de Brunéi desea esos mismos territorios para entregárselos a los ingleses. Se cuenta que quieren establecer una base militar y, como excusa, argumentan que solo intentan erradicar la piratería. ¡A otro con ese cuento! —gritó el general malhumorado—. Brooke y Belcher, dos tipos ingleses muy listos, han conseguido un ventajoso tratado con el sultán.

—¿Qué tratado? —preguntó Diego con interés.

—La promesa de permitirles instalar la base militar que desean en Labuán.

—¿Dónde está eso? —preguntó esta vez Fernando.

El general se acercó a un mueble donde guardaba varias botellas, llenó tres copas con una de ellas y ofreció a los jóvenes un coñac.

—Es una pequeña isla en el Pacífico, apenas hay cuatro isleños y unas cabras, pero su posición estratégica la hace importante.

—El Mar de China…

Esas palabras le recordaron a Diego a la bella Maylin. Enseguida desterró de su pensamiento la imagen de la muchacha y se concentró en oír lo que decía el general.

—Así es, guardiamarina de primera Quesada —asintió el viejo general con un dedo. Ante el desconcertado rostro de Fernando, Mastrago lo sacó de su desconocimiento—. Con esa isla, Inglaterra controlaría el Mar de China.

—Sin ella no podría sostener su comercio con Hong Kong y Singapur —terminó por decir Fernando.

—Inglaterra es un monstruo ambicioso que siempre ha envidiado nuestras posesiones. No parará hasta echarnos de allí —aseguró el general.

—¿Y la vía diplomática? —preguntó Diego.

—Mi querido muchacho, a eso España ha llegado tarde, como a tantas cosas.

Tras la conversación con el general se dirigieron a Cádiz, desde donde embarcarían rumbo al Nuevo Mundo, aunque la época de huracanes los retuvo varios meses en Acapulco.

Filipinas, 1 de mayo de 1844

Lo primero que sintieron fue el clima cálido que pegaba los uniformes al cuerpo y apenas los dejaba respirar. El mes de mayo, el principio de las lluvias, era el mes más caluroso y ni Diego ni Fernando esperaban aquel clima que les impedía moverse sin agotarse. Muchos de sus compañeros, soldados que habían visitado la isla donde se hallaba el fuerte de Balanguingui, les aseguraron que pronto se acostumbrarían, pero lo peor eran los mosquitos chupasangres que restaban la fortaleza a hombres jóvenes dejándolos como si fueran ancianos.

Desde la distancia, Diego observó las elevadas mesetas que no eran otra cosa que los volcanes propios de esas tierras. Con frecuencia, los huracanes arrasaban las islas, los isleños los llamaban *baguios;* además,

se producían peligrosos temblores de tierra. Sin embargo, durante el viaje, el médico les había advertido que el principal peligro no estaba en los desastres naturales, sino en la disentería, las enfermedades inflamatorias, las erupciones y, sobre todo, la fiebre originada por los insectos que vivían en las zonas pantanosas. Esto había diezmado a veces los soldados que eran destinados en Filipinas sin haberse enfrentado ni una sola vez a los piratas malayos o joloanos. De todos esos males, les habían advertido que debían cuidarse de los piratas joloanos, gente cerrada, altiva y belicosa. Venderían a cualquiera siempre que consiguieran amplios beneficios en el negocio. Incapaces de mantener un pacto o tratado, capaces de firmar uno y romperlo por el mero hecho de que otro le ofreciera mejor acuerdo. A pesar de la situación, parecía que desde la última vez que los derrotaron en Balanguingui[49] la zona había recuperado un poco de paz. Todos en aquella isla sabían que tarde o temprano intentarían de nuevo recuperar el territorio perdido, sin embargo, por ahora, la balanza se encontraba a favor de los españoles.

Cuando pisaron la playa, a Fernando le costaba contener la ira que lo invadía por dentro. Desde que abandonó Madrid y, por qué negarlo, a Luisa, se había vuelto más enojadizo. Intentaba mantener la paciencia, pero a veces resultaba un poco difícil entenderse con él.

En formación, avanzaron más animados por pisar tierra, aunque esta fuese una isla pequeña, perdida en medio de la nada, cubierta de manglar y selva, tan solo defendida por los españoles a costa de demasiada sangre. El fuerte, al que llamaban Balanguingui, se había instalado sobre un precario banco de arena y construido de manera cuadrada. Estaba formado por tres órdenes de estacas para desbaratar el ataque enemigo y algunas llegaban a medir hasta más de veinte metros de altura, según Diego llegó a calcular. Además, contaba con catorce piezas de artillería a las que habían dado buen uso no hacía tanto.

Obtener ese fuerte no había sido fácil. Diego ignoraba cuánto hasta que esa noche, Fernando y él se reunieron en la improvisada cantina para beber.

Los soldados se sentaban ante varias mesas toscas de madera. Algunos fumaban y bebían, otros solo bebían, si bien la mayoría permanecían callados y escuchaban una canción que interpretaba un soldado a la guitarra y recordaba la vieja patria.

Fernando guardaba silencio como el resto, así que se sentaron en una mesa vacía. Un nativo con un delantal sucio se acercó y les sirvió aguardiente. Fernando quiso protestar, pero uno de los soldados acalló sus palabras.

—No hay nada más —dijo, acercándose a ellos y sentándose—. Me llamo Saturnino Baler, aquí todos me dicen Baler.

—Somos Fernando y Diego.

En la cantina todos eran iguales, nadie parecía prestar atención a sus rangos.

Fernando se mantuvo distraído, como si lo que dijera el tal Baler le importase un bledo. Diego prefirió olvidar a Fernando y concentrarse en la conversación que le daba el alférez.

—¿Cómo andan las cosas por España?

—Como siempre…

—Entonces no tienen idea de lo que sucede por aquí, ¿me equivoco?

—Si con eso quieres decir que aparecen noticias en los periódicos, pues no.

—Estamos dejándonos el pellejo en estas islas, perdidas de la mano de Dios, y los de la patria parecen más ocupados en pensar en acudir al corso a las cuatro de la tarde.

Diego guardó un prudencial silencio, aunque se moría de ganas de preguntar cómo fue la expedición de Balanguingui; pero Baler bebió dos copas más de aguardiente, barrió con la mirada el recinto y de nuevo comenzó a hablar:

—Aquí murieron muchos de nuestros compatriotas —afirmó con rabia.

—¿Cómo fue? —se atrevió a preguntar Diego.

—Los vapores Reina de Castilla y Elcano se mantuvieron alejados de la isla para no encallar en los arrecifes. El capitán general Narciso Clavería descendió del Reina de Castilla y subió a una falúa para acercarse a la playa, desde allí pronunció un discurso tan solemne que creo que ninguno de esos piratas logró entender una palabra. La misión era arrebatarles la isla de Balanguingui a los musulmanes de Joló.

»Entonces, el capitán general dijo: «La armada española alaba el valor y honor de la gente de Joló, pero muchas vidas se perderán si insisten en continuar un enfrentamiento, que de antemano el pueblo de Joló ha perdido, contra las armas y entrenamiento de los soldados de España».

»En respuesta, Clavería recibió una lluvia de flechas y gritos tan amenazadores que hubiésemos encomendado el alma a Dios, si no fuera porque todos sujetábamos nuestras armas.

»Viendo que esos piratas no se rendirían, decidimos atacar. La isla era tan plana y pantanosa que al subir la marea, todo se convirtió en un lodazal. El lodo convirtió el suelo en una trampa mortal. Entonces Clavería ordenó que las tropas descendieran cuando bajase la marea. La tensión se podía respirar y los gritos que se escuchaban desde el fuerte casi acabaron volviéndonos locos. Al fin, en la madrugada desembarcaron dos compañías más y unos doscientos hombres de

Zamboangan. Todas las tropas permanecían al mando de oficiales españoles. Ninguna de las unidades estaba completa, pero nos apañamos con lo que teníamos. En ese momento, los buques comenzaron el ataque al fuerte bombardeándolo sin descanso. Lo peor estaba aún por llegar. Cuando nos las vimos con los altos muros del fuerte, comprendimos que solo los escalaríamos con garfios.

—¿Qué pasó entonces?

Baler bebió otro trago y se limpió la boca con el reverso de la mano, después continuó con su historia.

—¡Dónde están los garfios! —grité—. ¡Ni el mismo Dios treparía por estas paredes sin ellos! Varios de los hombres regresaron a los navíos y nos los trajeron. Mientras tanto, resistíamos al ataque de los piratas que no solo se defendían con rifles y granadas, también atacaban con lanzas y piedras.

»Con los garfios escalamos las paredes del fuerte y, aunque hubo que lamentar pérdidas, conseguimos atravesarlas. No esperábamos lo que encontramos: cuatro empalizadas rellenas de piedras. Muchos de nosotros caímos en trampas mortales.

—¿Cómo eran las trampas?

—Pozos de lodo disimulados. Solo advertías que pisabas uno de ellos en el momento en el que te hundías en él. El enfrentamiento se saldó con varias decenas de piratas muertos. Muchos de ellos, en un acto de cobardía, se lanzaron al agua y perecieron ahogados o muertos por los cañonazos.

Baler tomó más aguardiente, como si intentase olvidar lo acontecido en esos días.

—Sé lo que es una guerra —afirmó Diego, recordando su aventura en Morella.

—No este tipo de guerra.

Baler volvió a revivir esos instantes y dijo:

—No era momento de saborear la victoria. Si no conquistábamos el siguiente fuerte, todo nuestro esfuerzo habría sido en vano. —El alférez bebió de su copa de aguardiente y otra vez se perdió en los recuerdos—. Avanzamos por el interior de la isla a través del canal, pero la profundidad del agua era escasa para que los navíos navegasen por él. El siguiente objetivo era Sipac. Clavería envió escuadras de reconocimiento y entendimos que no había manera de llegar hasta allí. Así que ordenó que desembarcásemos en pequeñas balsas para evitar los bancos de arrecifes. Los hombres que habían realizado la exploración nos condujeron a diferentes puntos donde debíamos aguardar la orden de luchar. Nunca había escuchado a la banda de música tocar con tantas ganas —dijo Baler, mientras Diego le servía más aguardiente.

—¿Por qué tocaron ese día?

—Esa fue la señal que Clavería había dispuesto para atacar el fuerte. Mientras tanto, los navíos desde sus posiciones lo bombardeaban, igual que habían hecho con Balanguingui, aunque esta vez, los hombres cargaron con garfios—. ¡Viva la reina! —grité—. Al final, pese al ataque de fuego por parte de los piratas, logramos entrar en el fuerte.

Baler apretó con fuerza el vaso y sus nudillos se volvieron blancos al recordar qué vieron sus ojos.

—Jamás olvidaré qué hallamos al atravesar sus muros.

Fernando pareció recuperar la atención en el alférez.

—¿Qué encontrasteis?

—Esos bastardos habían asesinado a sus propios hijos y mujeres.

—¿Por qué hicieron eso? —preguntó Fernando con inocencia.

—Por desesperación, amigo mío.

Fernando no había participado en ninguna guerra, pero Diego comprendió de inmediato el motivo que había conducido a los hombres de Joló a asesinar a sus propias familias. El miedo a que sufrieran un destino peor que la muerte les había llevado a comportarse de un modo tan horrible.

—Brindo porque las almas de todos esos inocentes encuentren la paz —dijo Diego.

Los tres hombres alzaron las copas y las bebieron de un sorbo.

—¿Cómo reaccionaron el resto de piratas de Joló? —preguntó Fernando.

Diego admiró la mente política de Fernando. A pesar de odiar a su tío, actuaba y pensaba como él.

—Mal, amigo mío. Tuvimos que enseñarles a esos bastardos qué había ocurrido en Balanguingui. Te aseguro que muy pronto nos darán un disgusto y, en esta ocasión, no nos guiará nuestro ilustre capitán general.

—¿Qué ha sucedido con él? —preguntó Fernando.

—Le han condecorado con la medalla de la Cruz de San Fernando, además de nombrarlo conde de Manila y vizconde de Clavería.

—Muchos títulos…

—Demasiados —dijo Baler, elevando los hombros con indiferencia. Y añadió—: ¡Muchachos, hablemos de temas más alegres!

Fernando y Diego lo complacieron contándole los rumores y amoríos de los que se hablaba en España en ese momento.

17

una tradición cumplida

Castillo de Kawaokura, Nagoya (Japón), 15 de mayo de 1844
(Quinto mes del primer año de la era Kōka)

El rostro del daimio de Kawaokura se notaba preocupado, pero guardaba silencio. Jiro abrió la puerta *shōji*, se inclinó de manera respetuosa y le entregó la nota que había arrancado de una de las puertas de entrada al castillo de Kawaokura. Tras leerlo, el daimio lanzó el papel al suelo.

—*Sonnō jōi*[50] —dijo el samurái en voz alta tras recogerlo.

—No son más leales que yo a mi sogún, pero esto… —dijo, arrebatándole de nuevo el papel de las manos a su vasallo—, solo nos traerá problemas y no pienso consentirlo. Nuestro mundo se acaba, querido amigo.

El daimio pareció tranquilizarse y se encaminó al jardín que rodeaba sus aposentos, seguido del padre de Iko. Una tenue lluvia caía sobre la fina hojarasca y el sonido amainó la tormenta en la que se habían convertido los pensamientos de Kawaokura.

—El feudo de Hizen ha actuado con inteligencia, mi señor.

—¿A qué te refieres?

—Tengo noticias de que muy pronto construirán un horno de reverbero[51].

—¿Los holandeses han accedido a enseñarles cómo hacerlo?

—No, mi señor. El daimio sigue las instrucciones de un libro en holandés.

—Ese es un hombre con una gran visión de futuro —afirmó el daimio—. Si somos capaces de crear cañones, nadie podrá imponerse sobre nosotros como pretenden esas naciones extranjeras y antes han hecho con China.

—Mi señor, deberíamos conseguir más armas —le propuso Jiro.

Era la mano derecha del daimio, curtido en el contrabando al que muchos feudos debían prestarse, dado que el *bakufu* no permitía la compra de armas por miedo a una rebelión de los clanes contra el sogunato. A pesar de las prohibiciones, los daimios nunca dejaron de adquirir armas, fusiles o cañones de procedencia europea. Kawaokura no era estúpido ni tampoco ninguno de los otros señores de la guerra. Sabían bien qué compraban. No eran armas nuevas ni las más

modernas, sino las usadas por el ejército napoleónico. Muchas de esas armas eran defectuosas, pero eran esas armas o ninguna. Kawaokura no llegaba al extremo del daimio de Mito, quien tenía un ejército a la europea, leía libros de estrategia extranjera y camuflaba sus juegos militares como jornadas de caza para sortear las estrictas normas del sogún. Kawaokura no criticaba que el señor Mito se preparase para una guerra. La guerra del Opio había demostrado qué les esperaba si caían bajo el control de esas naciones. Al contrario que muchos otros daimios, él no era partidario del aislamiento frente a otras naciones al que los sometía el sogún, pese a que siempre sería leal al sogunato. Por otro lado, no podía olvidar las amenazas que los *gaijin* lanzaban a su nación. Eran del todo inconscientes, ya que provocarían una reacción nacionalista, que hasta ahora no era hostil al *bakufu* y su política aislacionista. Tal y como lo veía Kawaokura, la presión ejercida por los extranjeros obligaría al *bakufu* a realizar una apertura, y eso, sin lugar a dudas, causaría que los patriotas se pusieran en contra del *bakufu* por alejarse de sus ideales. Muchos de esos nacionalistas desilusionados y que se sentían traicionados pondrían su mirada en el emperador. Muy pronto el lema se transformaría en «Reverenciemos al emperador y rechacemos a los bárbaros». Eso provocaría que el sogún perdiese el poder en favor del emperador. La casta guerrera dejaría de ostentar el dominio del país.

Kawaokura llegó a uno de los rincones más bellos del jardín de los cerezos, como se llamaba, allí su hija y su profesor de inglés conversaban. Despidió al samurái que lo acompañaba con un gesto de la mano y escuchó la conversación en inglés que su hija mantenía con su *sensei*. Una fina lluvia apareció de repente y trajo consigo un sentimiento de tristeza por la situación que dentro de poco viviría Miyako.

—Muy bien, señorita Kawaokura —concluyó el maestro.

Miyako advirtió entonces la presencia de su padre, se despidió de su maestro y se acercó a él.

—Padre, ¿algo os aflige o preocupa?

Su hija cubrió con su paraguas a ambos. La fina lluvia no había dejado de caer durante todo el día.

Kawaokura pensó que nunca perdonaría a su cuñada el daño que le causó a Miyako. Aún recordaba cómo la encontró cuando regresó de Edo: hambrienta y asustada. La muerte no era suficiente castigo para esa mujer que no creía fuese la hermana de Akane, su querida esposa. Así que la envió de regreso a su hogar sin darle un *koban*[52]. El daimio desterró en el fondo de su mente ese amargo recuerdo cuando vio sonreír a Miyako.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ignorando la preocupación que apareció de pronto en el rostro de la joven.

No se encontraba bien desde hacía unos días, pero intentaba ocultárselo, aunque cada día le costaba más engañarla.

—El *sensei* me ha explicado cómo se dicen en inglés los elementos de un jardín bajo la lluvia.

—Regresemos, parece que va a empeorar.

De vuelta a los aposentos del daimio, Kawaokura se sentía más relajado por la presencia reconfortante de su hija. Su carácter tenaz escondía una paciencia infinita. Una virtud encomiable si hubiese sido un varón.

—Tengo un regalo para ti —dijo él.

El rostro de la muchacha se iluminó con un indecible esplendor cuando le entregó el paquete. Con extrema delicadeza, lo abrió y sus ojos brillaron al acariciar la piel del hermoso libro, al que acompañaba otro más pequeño. Se trataba de una novela en un lenguaje extranjero y un diccionario de dicho idioma traducido al inglés. Esos regalos eran peligrosos. El sogún había prohibido los libros extranjeros y castigaba a quienes los adquiriesen, pero él se burlaba de tal prohibición con sobornos.

—¡No es inglés ni holandés!

Miyako recorrió con la yema de los dedos el grabado de color plateado de cada una de las letras.

—Es francés. Estoy seguro de que muy pronto lo aprenderás.

La naturaleza había dotado a su hija con la capacidad de hablar idiomas con facilidad.

—Pondré toda mi voluntad.

En ese instante una sirvienta entró en la habitación y dejó al lado de Miyako una bandeja con una tetera y dos cuencos. La joven sirvió el té en uno de los cuencos y se lo ofreció a su padre. Cuando Kawaokura lo bebió, miró a su hija con ternura.

—Debo hablar contigo de un asunto importante. —Miyako guardó silencio y escrutó el rostro de su anciano padre—. He concertado tu matrimonio. —La joven fijó la mirada asustada en él y, para tranquilizarla, continuó—: No será todavía.

—¿Quién es mi prometido? —preguntó ella con curiosidad.

—Otowara Hiroyoki.

Miyako asintió sin demostrar si la elección le agradaba o, por el contrario, la disgustaba. Por el momento Kawaokura prefirió no indagar en las emociones que, sin lugar a dudas, padecía su hija en ese instante. Aún era demasiado joven para entender los engranajes que movían al mundo. Si le fuese posible, la conservaría siempre a su lado; pero debía encontrarle un hogar antes de que los dioses acabasen con su vida. Carecía de un hijo varón que perpetuase su apellido, por el contrario, Otowara contaba con cinco. Hiroyoki era el quinto[53], tomaría su apellido y se convertiría a su muerte en el próximo daimio

de Kawaokura.

—Aún tengo otra sorpresa para ti —le anunció.

El daimio palmeó una vez y enseguida se abrió la puerta corredera. Al otro lado se hallaba un extranjero. Esta vez no era rubio ni alto como los holandeses, sino moreno, de tez olivácea y con una extensa barba. Las piernas algo arqueadas sostenían un torso redondo, esbozaba una sonrisa contagiosa y su mirada era serena.

—Querida hija, te presento al señor Villalba.

Miyako miró a uno y a otro sin entender, aunque el tal Villalba se quitó el sombrero e hizo una reverencia.

Gracias a los holandeses, el daimio se había informado sobre el profesor. Los informes que había recibido le permitieron saber que se trataba del hijo de un español que había decidido buscar fortuna en Manila. Lamentablemente, no lo consiguió. Toda su familia murió de fiebres, salvo José Villalba. El niño creció al cuidado de unas religiosas. A la edad adulta tuvo que abandonar el orfanato para realizar numerosos trabajos con los que sobrevivir, hasta que comprendió que lo suyo era la enseñanza. Le faltaban estudios que avalaran su dedicación entregada y ningún colegio de Manila quiso contratarlo.

El día en que el daimio le entrevistó para el puesto, Villalba le contó cómo se había decidido a escribirle tras ver su anuncio en el periódico, el Diario de Manila. Villalba leyó que un marqués japonés buscaba a un profesor de español para su hijo. Pero nadie en su sano juicio aceptaría aquella oferta. Japón asesinaba a cristianos y a todo extranjero que pisase sus tierras. Era un lugar inhóspito para un español, así que dobló el periódico y se olvidó del asunto hasta que ya no pudo resistir su trabajo como ayudante contable, en una de las empresas tabacaleras gobernadas por los españoles. Para animarse se encaminó a un antro situado en la zona de extramuros, después de comer *sinigang*[54] y beber unos vinos, para regresar más tarde a la habitación de la pensión que regían dos filipinos de ascendencia china. No era la mejor ni situada en un barrio elegante; sin embargo, era lo único que podía permitirse pagar.

Se sentó en la cama, colocó el periódico a su lado y miró cómo el atardecer invadía la habitación. Pronto la oscuridad y la humedad lo agobiaron tanto que las lágrimas surcaron sus mejillas. No tenía a nadie ni nada que perder y, al día siguiente, tendría que abandonar la pensión. Su situación era precaria y sin poder recurrir a ningún familiar sabía que se vería en la calle. Su orgullo le impidió aceptar una situación como esa y tomó el periódico, encendió la única vela con la que contaba y leyó de nuevo el anuncio con más interés. Después de leerlo, se dijo que escribiría al día siguiente ofreciendo sus servicios al marqués de Kawoakura. Ahora solo dependería de Dios y

de su misericordia que sobreviviese en aquella tierra.

Unas semanas más tarde se encontraba ante el marqués y su hija, en una sala amplia cubierta con unas alfombras que olían a hierba recién cortada y ante dos hombres que portaban dos espadas en la cintura.

—Señor Villalba, esta es mi hija Miyako.

Enseguida una sirvienta trajo un taburete, ya que el extranjero no aguantaría ni un minuto sentado al estilo japonés.

—Encantado de conocerla, señorita. Es usted…

El español quedó sin palabras cuando advirtió el color de los ojos de la joven.

—Es como ver el mismo océano en una mirada —dijo a modo galante.

Miyako no entendía una palabra, pero su padre asintió a aquello que hubiese dicho el *gaijin*. Después se dirigió a ella.

—El señor Villalba será tu profesor de español.

Miyako asintió a las palabras de su padre.

—Padre, el *bakufu*…

—No te preocupes, nuestro apellido aún tiene la suficiente importancia para conseguir el permiso del *bakufu* para que el señor Villalba se convierta en tu profesor.

Pese a separarlas casi ciento cincuenta años, Miyako había heredado el extraño color de ojos que, según su padre, la condesa española llamada Inés de Carrión y Guzmán había robado una vez al océano para sus descendientes femeninas. Al igual que ella, también la niña que naciese con esos ojos debía hablar español. Más que una tradición se había convertido en una imposición que ningún daimio del clan Kawaokura se había atrevido jamás a incumplir.

18

el comerciante de armas

Ciudad de Mito (Japón), 15 de mayo de 1844
(Quinto mes del primer año de la era Kōka)

Ibuki contempló los bancales de arroz nada más pisar la provincia de Hitachi. Cinco *rōnin* de confianza al servicio del holandés lo acompañaban, todos trabajaban para Vinke-san desde hacía un año. Cada uno de ellos tiraba de las bridas de otros tantos *taishū*[55] que cargaban las cajas de fusiles camuflados entre diferentes telas y adornos de seda. Sus patas cortas y su pequeño tamaño los hacían ideales para recorrer los estrechos y montañosos caminos.

Por fin, quince días más tarde de salir de Nagasaki, se hallaba ante el castillo del clan Mito. Sabía que el señor de Mito, pariente de los Tokugawa, era un hombre importante. Incluso se rumoreaba que su hijo, posiblemente, se convertiría en el sogún. Si bien hasta ahora el vínculo que lo unía a los Tokugawa era un antepasado de hacía más de dos siglos. Por supuesto, muchos parecían olvidar que la esposa del sogún era la tía materna de Yoshinobu, el hijo de Nariaki[56]. Según creía Ibuki, dicho parentesco podía significar el desplome o el triunfo del muchacho.

Los *rōnin* se detuvieron ante el castillo que se encontraba rodeado a su espalda por el río Naka y el lago Senba, que se utilizaba como foso, ya que era atravesado por un puente que lo enlazaba a tierra. Pensó que, aunque modesto, era un lugar difícil de conquistar, gracias a su posición.

La puerta de entrada estaba vigilada por seis samuráis, cada uno de ellos pertrechado correctamente para una batalla. Nada más verlos aparecer, uno de ellos les dio el alto. Él mostró el sello que le permitiría entrevistarse con el daimio Nariaki y no contestó a ninguna de sus preguntas sobre quiénes eran y qué querían. Su silencio resonó más que si hubiese dado una explicación hasta que uno de los samuráis le ordenó a su compañero que los dejara pasar. Dos hombres de Mito los condujeron hasta las cuadras, mientras que a él un sirviente le indicó que lo siguiera hasta el interior del castillo. Se trataba de una fortaleza sencilla, casi tosca. Los pasillos relucían, pero sin una decoración llamativa ni valiosa. El cuarto en el que lo acomodaron poseía tatamis limpios, pero no eran nuevos. Las puertas

correderas solo se cubrían con papel sin ningún adorno. Un futón enrollado con dos mantas, además de un brasero y un farol junto con algunas velas, eran lo único que había en la habitación.

—Lo esperaré fuera, cuando esté listo lo llevaré ante mi señor Nariaki.

El sirviente realizó una inclinación respetuosa y se marchó. Enseguida una muchacha menuda trajo una palancana con agua y varias toallas para que se asease. Ibuki hubiera preferido darse un baño, sin embargo, el daimio tenía prisa por saber qué le había traído desde Nagasaki.

A LA *HORA del caballo*[57], Ibuki se postraba ante el señor de Mito. El rostro del hombre era redondo, con unos ojos sagaces, que lo recorrieron de arriba abajo. Pese a hincar una rodilla en el suelo, carecía de sumisión al realizar la reverencia.

—Vinke-san le envía saludos y le desea una larga vida de prosperidad y salud.

Después, Ibuki alzó la cabeza y contempló la habitación. En esta ocasión la sala sí le sorprendió, jamás había visto una como esa. De las paredes colgaban elaborados mapas de Japón y también europeos. Varios fusiles y espadas se exhibían en un rincón como si fuese una especie de altar. El señor Nariaki se alzaba sobre una tarima igual que los viejos señores de la guerra de la época del sogún Ieayasu[58]. Vestía un kimono de color azul claro de seda de la mejor calidad que aumentaba su tamaño, debido a las enormes hombreras ahuecadas confeccionadas con bigotes de ballena. Una mesa baja en la que un sirviente había servido un té desprendía un olor dulzón que inundó sus fosas nasales. A la espalda del daimio, una ventana redondeada dejaba ver un patio de arena nívea y más allá podía contemplarse el río.

—Dejémonos de formalidades. Me repugna ese *mono blanco*.

Las palabras del daimio provocaron en él una leve sonrisa. Sin perder su profesionalidad, asintió con la cabeza.

—Ese *mono blanco* le ha enviado las mejores sedas de China.

El daimio alzó la ceja y lo observó como si fuese un objeto extraño que viese por primera vez.

—Estoy deseando verlas.

—Necesitaremos un lugar donde probarlas sin miradas curiosas.

—Eso no debe preocuparte —aseguró el daimio, que dio por terminada la reunión. Se puso en pie y dijo—: Espero que no me defraudes.

De nuevo Ibuki asintió, se inclinó de manera respetuosa y se

marchó a su habitación. En esta ocasión, tampoco pudo darse un baño.

TRAS TOMAR UN té y dos bolas de arroz, un criado informó a Ibuki de que debía llevar una muestra de la seda al señor Nariaki Mito. Un samurái aguardaba tras el sirviente para acompañarlo hasta el lugar donde lo esperaba el daimio.

Ibuki había ordenado que los baúles chinos con la seda fueran llevados a sus aposentos. Abrió uno de ellos y tomó una de las envolturas. En cada una de ellas se había guardado un fusil que imitaba a los que en el futuro serían los fusiles *Sharps*[59], un fusil que aún no se comercializaba, según le había dicho el *gaijin*. Había conseguido el libro del propio fabricante, tan solo un muchacho con una idea brillante, y ordenado a varios armeros construir los fusiles siguiendo sus indicaciones. En silencio Ibuki lo siguió hasta la parte trasera del castillo hasta alcanzar una puerta, vigilada por cinco hombres. Nadie le hizo preguntas ni detuvieron su avance. Uno de ellos sustituyó al sirviente y con un gesto de la mano le ordenó que lo acompañara por un camino hasta que divisaron un pequeño embarcadero. Subieron a una barca y remaron hasta la otra orilla en silencio. Cuando llegaron a su destino, sin bajarse de la barca, el samurái le dijo:

—Sigue ese sendero.

Señaló un camino sinuoso ascendente cubierto de hojas. Él aguardó alguna indicación más, pero el soldado no dijo una palabra, asió de nuevo los remos y regresó al castillo.

El bosque que rodeaba el recorrido que tenía que seguir mostraba los indicios de una adelantada primavera. El olor a hierba mojada se apreciaba por doquier. Ese día el sol brillaba sin que una nube lo cubriese, un hecho extraño aun en temporada de no floración. Continuó avanzando atento a cualquier ruido o sorpresa que pudiera aparecer, si bien nadie ni nada se interpuso en su ascenso. Un poco más adelante llegó al final del trayecto y encontró una choza miserable construida con piedras y troncos de árboles. De ella salió Nariaki. Su atuendo era el de un cazador. Nada en él demostraba que se tratase de un daimio. Varias dianas se habían dispuesto en la lejanía, así que se acercó a él y le tendió el bulto que portaba entre las manos. El daimio lo extendió sin cuidado rasgando la seda, pero al fin vio lo que con tanto peligro adquiría: un fusil moderno que le supondría una victoria en la batalla que muy pronto comenzaría en Japón.

—Es más ligero.

El peso era muy inferior al de otra arma de fuego que el daimio hubiese sostenido antes.

—No solo es más ligero, tiene más calibre.

El daimio lo cargó y disparó.

—El resultado es mejor de lo esperado —afirmó convencido—. Si un ejército se arma con estos fusiles, la victoria estará más cerca. ¿Cuántos podría venderme ese *mono blanco*?

—Cien, a lo sumo ciento veinte.

El rostro de Nariaki se cubrió de una oscuridad que no vaticinaba nada bueno para nadie que se encontrase a su lado. Ibuki posicionó la mano en la empuñadura de la katana.

El daimio apuntó a su corazón. Él no retrocedió un paso ni exhibió temor, en cambio, sus facciones se transformaron en la imagen de un guerrero capaz de matar a veinte hombres de una sola vez.

—Necesito más.

—*Mono blanco* no puede conseguirle más.

Ambos se miraron a los ojos. Ibuki permanecía atento a cualquier movimiento del daimio. Si disparaba el arma, le abriría el pecho; sin embargo, creía tener tiempo suficiente para cortarle la cabeza. Los dos morirían, eso es lo que vio Nariaki mientras bajaba el fusil.

—Entonces tendremos que fabricarlos —propuso Nariaki.

El momento de tensión había pasado. De nuevo, el daimio era el comprador que hacía negocios, aunque esta vez de distinta índole a los que habían llevado a Ibuki hasta las tierras de Mito.

—No creo que *mono blanco* le venda la manera de hacerlos.

—¿Y tú?

Él pensó en la propuesta. Nariaki le sugería hacerse con cualquier material y manuales que asegurase la fabricación de los fusiles. En las ocasiones en que Ibuki había visitado la casa de Vinke había visto varios libros abiertos en la mesa del holandés. Estaban escritos en lengua extranjera, había dibujos de fusiles y lo que parecían números y explicaciones asociados a ellos. Este los había cerrado deprisa ante su presencia y guardado en un armario, cuyas puertas cerraba con un candado.

—¿Cuánto pagaría por un libro?

—Depende del libro.

—Uno en el que se muestra el funcionamiento de estos fusiles.

Los ojos del daimio brillaron con más fuerza.

—¿Cuánto dinero quieres?

—No son *koban* lo que quiero.

—Por tu expresión deduzco que existe un asunto que te atormenta —dijo y preguntó con prudencia—: ¿Qué es lo que quieres?

—Venganza.

El daimio alzó la cabeza y contempló, a través del claro del bosque

en el que se encontraban, el cielo. Varias aves sobrevolaban en círculos en un cielo despejado de nubes. Entonces, un ave solitaria pasó por encima de ellos, planeando en busca de una presa. Era un halcón de considerable tamaño. El daimio apuntó y disparó, el ave de elegantes plumas claras cayó en picado al suelo.

—La venganza consume el corazón de la persona que la padece si no se lleva a cabo, pero no siempre se consigue.

—Las armas tampoco.

Nariaki asintió con aire de Buda y sonrisa glaciar. Necesitaba a Ibuki y ambos lo sabían.

—¿Cuál es tu precio?

—Destruir a la familia Kanada y al clan Kawaokura.

—Quieres que sufran, o hace tiempo que tú mismo habrías intentado matarlos.

En respuesta, Ibuki tomó el arma de las manos del daimio. Dos de los samuráis desenvainaron sus espadas y las colocaron en su pecho. El daimio alzó una mano y sus hombres guardaron las katanas. A continuación, animó a a Ibuki con un gesto de cabeza a que disparase a una de las aves más pequeña que sobrevolaba a una altura superior a la del halcón.

—Así es, muertos no me sirven para nada.

Casa del holandés, Dejima-Nagasaki (Japón), 2 de abril de 1845
(Cuarto mes del segundo año de la era Kōka)

Ese día se festejaba el *hanami*, los japoneses se reunían para ver florecer los cerezos y comían y bebían celebrando tal acontecimiento. A los extranjeros se les había prohibido asistir a dicha festividad, pero algunos, en su mayoría los que mantenían relaciones con japonesas, se congregaban en un jardín común de Dejima en el que había dos cerezos. Esa era la oportunidad que Ibuki había esperado durante todo el día. Aguardó paciente a que el extranjero asistiese a la celebración en compañía de su amante y varios amigos más. En la casa solo quedaban unos pocos vigilantes, ya que estos, al igual que el resto, se dirigieron a la ciudad.

En el tejado, una veleta que se asemejaba a una mariposa giró por la furia del viento, indicando que venía del Norte. Ibuki se mantenía agazapado, a la espera de poder deslizarse por la pared. Los trucos de *ninja* se los había enseñado un viejo *shinobi* a cambio de unas pocas monedas. Nunca imaginó que acabarían siendo una inversión tan útil. Emboscado en las sombras observó cómo los criados encendían los faroles de la puerta principal y se retiraban a dormir. Había espiado las costumbres de los *gaijin* y beberían hasta el alba. Con sigilo,

descendió por la pared como si fuera una lagartija. Sin hacer ruido, ya que vertió aceite en las guías de la puerta corredera, entró en el cuarto que hacía de despacho. La oscuridad era total, pero había memorizado la sala en la que trabajaba el holandés. Los libros los guardaba en un mueble chino lacado en rojo. Sin tropezar ni tocar nada de la habitación, llegó hasta el armario, forzó el candado y metió todos en un trozo de tela que sacó de entre sus ropas. No tenía tiempo y carecía de luz para adivinar cuál era el que necesitaba Nariaki. Se ató la tela a la cintura y salió por el mismo lugar por el que había penetrado a la habitación. Lamentaba traicionar al *gaijin*, había sido generoso con él, pero jamás podría darle lo que más deseaba en el mundo: vengarse del clan Kawaokura.

Esa noche cabalgó rumbo a la ciudad de Mito sin apenas detenerse en el camino, salvo para que el caballo descansase. Al cuarto día, se permitió ver qué había robado. Extendió a sus pies los libros y comprobó que uno de ellos contenía los dibujos de un fusil. Eso sería suficiente para requerir su pago.

Ciudad de Mito (Japón), 30 de abril de 1845
(Cuarto mes del segundo año de la era Kōka)

Ibuki descabalgó de un salto, desanudó la tela de la montura del caballo y se aproximó a los samuráis que vigilaban la entrada del castillo. Su aspecto era el de un *rōnin*, y los samuráis colocaron las manos en los puños de las espadas, envainadas en las cinturas.

—¡Alto! —gritó uno de los guerreros.

Miró al samurái con desprecio, pero avanzó un paso más hacia él.

—¡Perro, he dicho que te pares!

Obedeció y se limpió la cara con la manga del *haori* que había perdido el color original bajo una capa de polvo. Asumía que su aspecto era el de un vagabundo. Reconoció que él también detendría a cualquiera que se presentase de aquel modo, pero los modales de esos engreídos samuráis lo alteraban especialmente.

—Quiero ver al daimio Mito.

—Y yo al emperador —afirmó otro con burla.

No pelearía con ninguno de ellos, llegar hasta allí había sido una tarea ardua. Sabía cuándo podía librar una batalla y perderla y ese era uno de esos momentos.

—Decidle que el comerciante de seda ha venido a verlo. Solo vosotros seréis culpables de su furia si no le informáis de mi llegada.

Y, dicho esto, Ibuki se sentó en medio del puente sin importarle lo que le dijeran, se apoyó sobre el bulto de libros dispuesto a descansar un momento.

Los vigilantes de la puerta se miraron unos a otros desconcertados, preguntándose si ese vagabundo era quién decía ser. Ibuki sabía que el daimio no era un hombre comprensivo con los errores de los demás. Todos conocían cómo había adiestrado al pequeño Yoshinobu, su propio hijo, con mano dura y sin escuchar ninguna de sus quejas. Ninguno de ellos se arriesgaría a sufrir la ira de su señor.

—Entra, y di al asistente del daimio que el comerciante de telas está aquí —ordenó el de mayor rango a uno de los samuráis.

—¿Está seguro…?

El samurái observó con recelo al muchacho que parecía dormir.

—Su comportamiento extraño y pacífico puede significar exactamente lo contrario. Pero no seré yo quien decida si debe entrar o, por el contrario, echarlo a patadas —dijo el samurái.

Cuando el sol era más fuerte, el asistente del daimio, un hombre de edad madura, pelo cano y visiblemente alterado, se abrió paso entre los samuráis que custodiaban la puerta. Se aproximó a Ibuki y posó su mano con cuidado sobre el hombro del joven que dormía.

—Comerciante de seda…

Ibuki entreabrió los ojos y miró con inocencia al anciano. El sirviente ignoraba que su vida había peligrado por un instante por el simple hecho de tocarlo. En ese momento, su cuerpo se puso en alerta y de manera inconsciente su mano agarró el *tantō* que guardaba en la cintura.

—Llámame Ibuki.

Por la forma de vestir y de actuar imaginó que se trataba del sirviente de confianza del daimio.

—Ibuki, acompáñeme.

El sirviente lo condujo a un cuarto en el que solo había un tatami, nada más adornaba la estancia.

—¿Cuándo podré ver a tu señor?

En respuesta, el criado le lanzó una mirada fría y cáustica desde el otro extremo de la habitación.

—Será mejor que primero se dé un baño —dijo, aunque sus palabras escondían un tono autoritario.

Estiró de la tela de su kimono y se la acercó a la nariz. El viejo tenía razón. En verdad, el olor a tierra y sudor de sus ropas era repulsivo. Sin soltar la tela que contenía los libros, siguió al anciano hasta un edificio separado del resto. Suponía que carecía de la categoría suficiente para ser instalado en la casa principal. No se lo tomó a mal, pero se juró que algún día las cosas cambiarían.

Unas sirvientas que se movían con rapidez le prepararon el baño. Una de ellas hubiera sido una compañía de lo más agradable, pero no se atrevió a proponérselo. Solo había estado con mujeres que vendían sus cuerpos por unas monedas. Además, no quería ofender a su

anfitrión antes de hacer tratos. Se introdujo en la bañera, una cuba de madera. Fue reconfortante para sus músculos, cansados de cabalgar durante tantos días. El aroma a jabón de pino invadió la estancia y borró sus preocupaciones. Fijó la vista en las bocanadas de vaho y las piruetas que hacían mientras ascendían hasta el techo y desaparecían. Apoyó los brazos en el borde de la cuba de madera y echó la cabeza hacia atrás. No se rasuraba la frente como los samuráis. Su largo pelo mojado rozó el suelo como brea líquida. Ajeno a que atraía la atención de las criadas, respiró hondo y recordó las enseñanzas de su padre.

—Ibuki, has de sostener la espada con suavidad, pero con firmeza.

—Así lo haré, padre.

Habían entrenado durante toda la mañana. Se sentaron en el suelo y contemplaron en silencio el paisaje, un jardín repleto de flores blancas que su madre cuidaba con mimo.

—Nunca olvides que sirves únicamente a tu espada. Ella es tu señor y solo a ella le debes obediencia.

Él asintió sin decir una palabra, todavía era demasiado joven para comprender del todo el alcance de su significado. Un samurái debía someterse a la voluntad de su daimio, pero solo debía verdadera obediencia a la voz de su katana.

En ese instante notó cómo el agua caliente caía sobre su cabeza. Se sobresaltó por haber sido sorprendido de aquella manera. Se puso en pie, dispuesto a luchar contra su oponente, pero tan solo vio a varias sirvientas que se taparon la boca para contener la risa al ver al visitante exhibir sus atributos masculinos.

—¿Alguna quiere acompañarme? —preguntó algo más calmado con los brazos abiertos.

Las muchachas salieron del cuarto a toda prisa sin dejar de reír.

Un poco más tarde, vestido con ropas nuevas que parecían las de un noble se encaminó a la sala donde lo recibiría el daimio Nariaki. Pero no se hallaba solo, un joven de mirada orgullosa, indiscutiblemente hijo de una distinguida familia samurái, se encontraba a su lado.

—Querido muchacho, me alegra verte —dijo el daimio, dándole la bienvenida.

Los hombres ya bebían *sake* y el criado se apresuró a servirle un cuenco. Como ya habían bebido Ibuki no necesitó esperar a que lo hicieran, así que bebió el *sake* de un trago. Nunca un licor le había sabido tan bueno como ese.

—Lo conseguiste. —Él miró con desconfianza al joven que había en la habitación. Nariaki advirtió su recelo y dijo—: Puedes hablar.

—Aquí tiene.

Sacó de entre su kimono un libro, se lo entregó al daimio y regresó al lugar en el que se había sentado. Los dos hombres se abalanzaron

sobre él con avidez. En sus rostros se reflejaba la satisfacción por aquello que había impreso en sus hojas.

—¿Cómo va a complacerme a mí? —preguntó Ibuki.

—No lo haré yo, sino él —afirmó el daimio, mirando al joven que sostenía el libro.

—¿Quién es?

—El prometido de la hija del daimio Kawaokura —afirmó el joven samurái que acompañaba al daimio.

El semblante de Ibuki mostró cierta suspicacia e incomprensión, así que el daimio le aclaró las palabras del muchacho.

—Otowara Hiroyoki es un leal samurái. Odia a los *gaijin* y a todos aquellos que son partidarios de la apertura de nuestra nación a las potencias extranjeras.

—¿Y cómo piensa darme la venganza que me prometió?

—El daimio sufrirá el dolor a través de su hija. Es un traidor al *bakufu* —intervino Hiroyoki. Y añadió—: Cada vez que mire a su hija veré a esos extranjeros que intentan apoderarse de nuestro país —afirmó con convicción.

Ibuki lo observó de nuevo, en busca de alguna fisura que le desvelase la falsedad de sus palabras. No parecía un tipo demasiado inteligente. Creía que el daimio lo manejaba como si fuese un títere en sus manos.

—No es lo que pactamos —afirmó Ibuki reticente.

—Solo deja que el muchacho haga su trabajo. Mientras, únete a mí y sírveme.

Y, de repente, Ibuki se acordó del recuerdo que había tenido en el baño y dijo:

—Solo sirvo a mi espada.

—Admiro tu determinación y valentía. Hombres como tú son los que necesita mi ejército. Aunque no creo que todavía quieras unirte a nosotros en nuestra lucha —afirmó antes de beber. Luego dijo—: Entonces que tu espada me sirva durante el tiempo en que completas tu venganza.

Ibuki consideró que la propuesta del daimio era justa y aceptó la oferta con una inclinación de cabeza.

19

amigo o enemigo

Península de Zamboanga (Mindalao-Filipinas), 1 de septiembre de 1850
Cinco años más tarde de la llegada de Diego y Fernando a Filipinas

El rajá de Sarawak, nacido como James Brooke y al que llamaban el rajá Blanco, subió al barco que lo llevaría de nuevo a Siam. Se sentía satisfecho y pronto enviaría a Inglaterra excelentes noticias sobre Joló. Negociar con los piratas no había resultado fácil, pero al final creía haberlos convencido de que Inglaterra sería mejor aliada que España.

Su criado indio le sirvió una copa y Brooke observó la caída del sol, ignorante de que su futuro acuerdo llegaría a oídos de los españoles antes de hacerse efectivo.

En las islas españolas, la noticia alteró sobremanera al gobernador. Los ingleses aprovechaban cualquier oportunidad para granjearse la amistad de los piratas e intentaban que los sultanes rompieran los compromisos que mantenían con la corona española. Sus ansias expansionistas no tenían límite ni vergüenza.

—¡Ese maldito inglés! —gritó el gobernador de Zamboanga.

El gobernador Antonio de Urbiztondo y Eguía, un militar de brío, no permitiría tal afrenta contra España.

El resto de la sala, compuesto por varios mandos militares y religiosos, entre los que se encontraban Quesada y Narváez, miró a Urbiztondo con igual descontento y amor patrio. Todos eran conscientes de que las consecuencias de aquel inesperado tratado perjudicarían a España y la situación de los españoles en las islas.

—Yo mismo iré a hablar personalmente con el sultán de Joló.

Enseguida el mecanismo necesario se puso en marcha y entre los que acompañarían al gobernador se encontró Diego. Desde su llegada, Diego y Fernando habían entrenado a varios grupos de nativos, pero desde entonces los conflictos entre los joloanos y los militares españoles se habían recrudecido en las islas. Mientras que a Diego las ganas de aventura y de abandonar el fuerte le suponían una renovada energía y una misión gloriosa, a Fernando, en cambio, esa empresa le parecía una tarea desastrosa y molesta. De todos modos, ambos se vieron inmersos en ella.

Lo primero que vieron al llegar a las tierras de Joló fue multitud de

falúas en la playa, además del suave balanceo de las palmeras en la distancia. Un embarcadero de tablas de madera unía la orilla con el mar. La nave española lanzó varias barcas al agua y los soldados, junto con el gobernador, pisaron la tierra de los piratas.

El destacamento avanzó a través de manglares hasta la fortaleza de Joló. La empalizada estaba repleta de soldados armados que miraban con odio a los españoles. Diego observó con atención los sables y armas de fuego que cada uno de esos hombres empuñaba. Si en ese momento decidiesen atacar, los españoles serían fácilmente derrotados.

Urbiztondo vestía el traje blanco que usaban los marinos. Una marinera que se estrechaba ligeramente a la cintura, cuello alto y una hilera de botones con forma de ancla. En los costados tenía aberturas para disponer con facilidad del sable y el arma de fuego correspondientes colgados en el cinturón reglamentario. Los hombres lo siguieron hasta el centro de la fortaleza. Allí, un grupo de joloanos, entre los que se hallaba el sultán, les dio la bienvenida. Habían preparado unas butacas de vistosos colores. Un sirviente indicó con un gesto a Urbiztondo que se sentase en ella. Enfrente, el sultán sonreía enfundado en un *sawwal kuput*[60], con un abultado turbante y sostenía una vara de metal que denotaba su mando. Un chico sujetaba un enorme paraguas que evitaba que el sol abrasador cayera a plomo sobre el sultán. Por el contrario, el gobernador carecía de aquella sombra, como resultado sudaba lo suficiente para limpiarse la frente con un pañuelo. Aun así, mantuvo la compostura, sentándose tan rígido como una tabla y sin demostrar la necesidad de protegerse bajo una sombrilla.

—Sultán de Joló —comenzó diciendo el gobernador—, debo protestar enérgicamente por la noticia que ha llegado hasta mí sobre las conversaciones de vuestra excelencia y representantes ingleses.

Un joven moreno y de mirada avispada tradujo las palabras del español.

El sultán esbozó una ligera sonrisa y con la mano desmintió la acusación de Urbiztondo.

—Creo que todo esto es una pérdida de tiempo —susurró Fernando a Diego, a la par que le señalaba a los hombres que estaban apostados en una plataforma apuntándoles con fusiles.

—Estoy de acuerdo contigo, pero no hagas ninguna tontería —le advirtió Diego, conocedor del carácter impulsivo de su amigo.

La mayoría de los soldados españoles sudaban a causa del calor. El uniforme abrochado hasta el cuello y la sensación de que muy pronto entrarían en batalla no ayudaban a mejorar sus ganas de permanecer allí más tiempo.

—Entonces, si son falsas dichas noticias, le ruego arríe la bandera

inglesa, o España considerará su desleal proceder —dijo el gobernador.

El joven volvió a traducir las palabras de Urbiztondo y el rostro del sultán se oscureció. Su semblante, hasta ahora amable, se tornó hostil; incluso su voz sonó más grave y autoritaria.

—Mi señor sultán dice que vuestra petición no es posible cumplirla.

—Entiendo que ya no quiere mantener nuestra alianza.

Otra vez, tras la traducción del muchacho, el sultán negó con la mano las palabras del gobernador.

Entonces, un hombre, vestido con una túnica que cubría su cuerpo hasta los pies, se acercó profiriendo palabras incomprensibles para los españoles. De todos modos, el gobernador guardó silencio hasta que el joven traductor dijo:

—Mi sultán no puede quitar la bandera, como solicita, porque la han traído directamente de La Meca.

El rostro de Urbiztondo se tornó lívido de rabia. El gobernador parecía pensar, al igual que Diego, en la maniobra tan inteligente y sutil de ese bastardo inglés. Convencer a esos piratas de que la bandera venía de las propias manos de Alá era extraordinario.

Diego tenía ya la experiencia suficiente para saber que no sería posible persuadirles de lo contrario, también que muy pronto se verían enzarzados en una batalla por culpa de los ingleses y la ingenuidad de ese pueblo.

Urbiztondo mantuvo la compostura, admitió sus palabras sin ninguna convicción y el sultán procedió a servir las viandas que habían preparado para ese día. En un momento en el que el sultán se concentraba más en la comida que en la presencia del español, el gobernador le hizo una seña a Diego con la mano para que se aproximase a él.

—Quesada, haga un mapa de los alrededores y de este fuerte. Que lo acompañe Narváez.

Diego comprendió enseguida a qué se refería su superior y asintió a su petición.

—Fernando, vamos —pidió a su amigo.

Varios pares de ojos siguieron el movimiento de los españoles hasta el exterior de la fortaleza, sin embargo, cuando los vieron dirigirse a la playa perdieron el interés en ellos. En el instante en que Diego estuvo seguro de que nadie se fijaba en lo que hacían, dio un codazo a Fernando. Ambos se giraron con rapidez sobre sus pasos y se adentraron en los manglares.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Fernando molesto, a la vez que aplastaba en su cara dos mosquitos del tamaño de una nuez.

—El gobernador quiere un mapa de la zona.

—Supongo que las negociaciones con estos bastardos no van por buen camino.

—Creo que no pasará mucho tiempo sin que nos enfrentemos a ellos…

Diego calló de pronto cuando oyó los gritos de una mujer.

—¿Has oído eso? —preguntó Fernando, que también los había escuchado.

—Sí, vienen de allí.

Diego señaló hacia la derecha. Ambos jóvenes se abrieron camino con el machete hasta que llegaron a un claro. Atada a un árbol, una muchacha semidesnuda era azotada por un hombre.

Diego se adelantó un paso para intervenir, pero Fernando lo retuvo del brazo con una mano y con otra le hizo un gesto indicándole que guardara silencio. Diego observó en la dirección que le indicaba Fernando a cinco piratas tumbados sobre la hierba, algunos comían y otros conversaban con sus compañeros.

—No podemos dejarla así.

—Urbiztondo nos desollará vivos si estropeamos las negociaciones.

De nuevo, golpearon a la chica y la muchacha se revolvió sin fuerzas, pero con valentía y coraje.

—No pienso dejarla ahí —aseguró Diego—. Puedes venir conmigo o volver.

—Nos matarán…, pero tienes razón —dijo al ver que golpeaban otra vez a la joven.

Ambos se agacharon y bordearon el lugar. En silencio se situaron en una posición ventajosa y dispararon sus armas al unísono. De ese modo, los joloanos creyeron que se trataban de más hombres cuando dos de sus compañeros murieron. El desconcierto reinó un momento entre sus filas, hasta que pensaron que eran más importantes sus vidas que atormentar a una mujer. Los dos amigos volvieron a disparar, y los piratas huyeron con tanta prisa que olvidaron a la joven.

Fernando se aseguró de que nadie más los acechaba e hizo una señal a Diego. Este salió de su escondite, se acercó a la muchacha calmándola con sus palabras mientras la desataba y la cubría con su chaqueta. Le habló en varios idiomas, pero no respondió a ninguno de ellos. Ella se agarró a la manga de su camisa como si temiese que la abandonase o, peor aún, que la matase.

—¿Sabes quién es? —preguntó Fernando.

Narváez apuntó con su arma al manglar ante la posibilidad de que alguno de los piratas regresase en busca de su presa.

—No, y creo que no entiende nuestro idioma.

—¿Y ahora qué hacemos?

—No podemos dejarla aquí —dijo Diego.

—El gobernador será más comprensivo si nos presentamos con el

trabajo que nos ha encargado.

—Estoy de acuerdo.

Diego le entregó la cantimplora a la joven y esta bebió con ansiedad. Su pelo enmarañado, junto con la suciedad y los moratones que mostraba, impedían descifrar su edad y su procedencia.

PASADO LARGO RATO después de contar al comandante lo que habían hecho, aún escuchaban sus gritos. Gracias a Dios, parecía que solo se trataba de una esclava, alguna captura sin importancia que nadie echaría de menos. Tras convencerlo de que le encontrarían un lugar en el que vivir y que no sería una distracción para las tropas, permitió que el médico de la compañía la examinase. Cada vez que alguien se aproximaba, gritaba como si fuesen a matarla y enseñaba los dientes como un perro rabioso. En su afán de tranquilizarla, Diego le contó de sus vivencias en Jaén, de su amiga Luisa y de lo hermoso que era el mar. Si bien dudaba que lo entendiese, sus palabras parecieron calmarla lo suficiente para que el doctor comprobase que se trataba de una mujer de unos dieciocho años, que había sido vejada y maltratada. No era de origen Joló, sino más bien una mestiza, aunque ignoraba cuál era su raza.

—Tiene marcas de cadenas en las muñecas y en los tobillos —afirmó el médico y añadió—: Sus pechos aún tienen leche, así que le han debido arrebatar a su hijo de su lado no hace mucho.

Antes de dirigirse a Quesada, el doctor miró a la muchacha, vestida con una de las camisas de Diego, encogida sobre sus rodillas en un rincón de la cabaña de la que disponía como improvisado hospital.

—Capitán, este fortín no es sitio para ella.

Diego asintió, pero era incapaz de abandonarla a su suerte. Imaginó el rostro acusador de Luisa si llegaba a enterarse algún día de una acción tan deshonesta.

—¿Qué propone que haga con ella?

—Dentro de dos meses nos visitará el capellán militar de Manila. Esperemos que el padre sea tan caritativo como usted y se encargue de la chica. Mientras tanto, le daremos un buen baño y la vestiremos como es debido.

En ese instante entró Fernando. El médico, un hombre oriundo de Burgos, ordenó al joven madrileño:

—Usted, capitán Narváez, ayude al capitán Quesada en la tarea que le he encomendado.

Fernando fijó la mirada en Diego sin comprender hasta que este le dijo:

—Prepara dos cubos de agua y todo el jabón que puedas conseguir.

—¡Qué demonios!

Diego señaló a la chica, esta lo tomó de la mano y lo siguió con sumisión. Al pasar junto a Fernando, ella se escondió tras Diego.

—Parece que has perdido tu encanto —bromeó él.

—Ya te lo diré cuando convirtamos esta cosa en una damisela.

El trabajo de limpieza fue todo un espectáculo. Varios hombres se apostaron indolentes en el patio para ver la función. A la fuerza, metieron a la chica en una tina de madera sin quitarle la camisa. Diego se remangó las mangas de la suya y enjabonó su cabello, mientras que Fernando con un par de sábanas y unas cañas, improvisaba un cerco alrededor para proteger a la joven de la mirada de los hombres.

Fernando al ver a su amigo con jabón en la mejilla y el rostro enrojecido por el esfuerzo de restregar la espalda de la muchacha preguntó:

—¿Quieres mi ayuda?

—Trae dos cubos más, creo que los vamos a necesitar.

Fernando se encaminó a cumplir la orden, luego se encargó de conseguir unos pantalones, una camisa y una chaqueta entre los soldados más delgados y pequeños de estatura.

Al adentrarse de nuevo en el círculo protector de sábanas, se encontró una escena de lo más insólita.

—¿Pero qué ha pasado?

La mestiza se había escapado de la tina y se escondía tras ella, a la vez que Diego surgía del interior.

—¡No preguntes! —le advirtió con un dedo.

—No me digas que esa muchacha te ha derrotado.

—Te aseguro que es más fuerte que cualquiera de nosotros.

—¿Tú le has quitado la camisa? —preguntó Fernando al verla en el suelo.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Diego ofendido—. Solo he lavado su pelo, el resto lo ha hecho ella, pero no ha entendido que debía hacerlo con la ropa puesta.

Fernando se acercó a la joven con prudencia y, como haría con una niña, en una mano le ofreció la ropa y en la otra un trozo de chocolate. Sin pudor, y completamente desnuda, ella salió de su escondite. Su actitud sorprendió a los dos hombres. Se trataba de una mujer joven con formas atractivas. Después del baño su tez había pasado del marrón a un ligero color canela. Su melena enmarañada se veía brillante y caía sobre su torso, cubriendo apenas sus pechos.

Diego supuso que estaba acostumbrada a la mirada de los hombres, pero hacía tiempo que ni él ni Fernando contemplaban a una mujer, y menos aún, a una sin ropa. Sin poder evitarlo la excitación se apoderó de los dos, aunque Fernando se apresuró a darse la vuelta.

—Será mejor que le expliques cómo comportarse. Te recuerdo que el fortín está lleno de hombres. Ya te dije que no era una buena idea traerla aquí.

—Ni siquiera es consciente de lo que hace.

—Lo sé, pero ahí fuera solo hay lobos.

Fernando se dirigió a grandes zancadas a la salida, mientras que Diego le indicaba con gestos que se vistiese. La joven ignoró su sugerencia y continuó saboreando el chocolate.

CINCO DÍAS DESPUÉS de la visita al sultán de Joló, llegaron al fortín de los españoles cuatro joloanos. Uno de ellos era el muchacho que entendía su idioma y había servido de intérprete entre el gobernador y el sultán.

—¿Te has enterado? —preguntó Fernando a Diego.

Sentado bajo el alero del tejado de una cabaña, el andaluz enseñaba el castellano a la muchacha. Solo había conseguido un par de gruñidos a cambio de dos trozos de chocolate. Por supuesto, ella era más inteligente de lo que en realidad aparentaba, de eso estaba seguro, porque había evitado por sí sola que uno de los hombres del fuerte se le acercara, arrebatándole con rapidez el puñal que portaba en su cintura.

Diego recordó aquel suceso. Cómo Vázquez se aproximó a ellos. Un tipo desagradable, con la nariz chata y el rostro enrojecido.

—¿Cuánto quieres por ella?

—No está en venta.

No era el único que pretendía aprovecharse de la joven. Dos soldados más, compañeros del capitán Vázquez, parecían pensar igual que su superior.

—¡Vamos, hombre! No solo tú debes disfrutar de esta preciosidad —dijo, levantando uno de los mechones de cabello de la chica.

La muchacha, a la que Fernando había bautizado como Eva, se revolvió como si se tratase de una serpiente a la que hubiesen pisado. Enseñó los dientes y las uñas dispuesta a defenderse.

—He dicho que no está en venta…

Diego llevó la mano disimuladamente al arma de su cinturón. Sabía bien que si hería o mataba a uno de esos hombres, se arriesgaba a un consejo de guerra. Ostentaban el mismo rango militar, pero nadie comprendería que atentase contra sus propios compañeros y protegiese a una salvaje, como catalogarían a Eva.

Otro de los soldados la rodeó y Eva pegó la espalda aún más a la de Diego. La joven miró al español que intentaba abusar de ella, la sonrisa lasciva que le dirigió provocó que la muchacha le arrebatase a

Diego el puñal de su cintura y amenazase con él al soldado.

—Será mejor que la mantengas atada y en corto. Si uno de mis chicos intenta defenderse, no responderé de lo que le suceda.

—Si uno de tus muchachos le pone una mano encima, yo mismo le arrancaré la otra —se escuchó decir a Fernando acercándose a ellos.

—Ya es suficiente —acabó por decir Diego—. Capitán Vázquez, olvidemos lo que ha estado a punto de suceder aquí —dijo, tendiéndole la mano.

Durante un instante un silencio tenso se extendió entre todos ellos hasta que, al fin, Vázquez apretó su mano.

Cuando se marcharon, Fernando dijo:

—¿Te fías de ellos?

—Por supuesto que no. Haremos turnos esta noche y todas las restantes hasta que venga el padre de Manila.

No obstante, no tuvieron la ocasión, porque tres días más tarde, los hombres de Joló reclamaban la propiedad de la joven.

El gobernador de Zamboanga, que aún permanecía en el fortín, llamó a Diego a su presencia.

—Capitán Quesada, me veo en la obligación de entregar a esa muchacha a sus propietarios.

Diego miró sorprendido al gobernador.

—¡No podemos! —protestó.

—¡Capitán! —gritó el comandante, que también estaba en la cabaña de Urbiztondo.

Se trataba de Salinas, un valenciano de amplio mostacho, que gobernaba a todos con cierto aire paternal.

—Déjelo —intervino Urbiztondo—. Comprendo su disgusto. Le aseguro que nada me agrada menos que devolver a esa pobre mujer a esos salvajes, sin embargo, no puedo oponerme a los deseos del sultán. Nuestra situación pende de un hilo. Los ataques de esos bastardos no se harán esperar, pero no quiero darles un motivo que justifique su acción. No puedo permitírmelo ni usted tampoco.

—Señor, sacrificaremos una vida porque…

—Sacrificaríamos una y muchas más para salvar a todos estos hombres y el honor de la patria. No olvide capitán a quién le debe obediencia.

Diego asintió sin ninguna convicción. No podía desobedecer las órdenes del gobernador ni las de su comandante.

—¿Por qué la reclaman?

—No necesito saber cuál es el motivo ni usted tampoco.

—Creo que deberíamos averiguarlo.

—¡No sea insubordinado! —le regañó el comandante.

—Señor, ¿puedo hablar con libertad? —preguntó Diego a Urbiztondo ignorando a Salinas.

—Hágalo.

—Debe de ser alguien importante. No arriesgarían a su traductor ni enviarían a una embajada de cuatro hombres en busca de una esclava. Los piratas atacan todos los días tierras cristianas y secuestran y esclavizan a muchos de sus habitantes. Me pregunto qué tiene esta mujer de especial.

El gobernador guardó silencio y después dijo:

—Quizás no esté de más descubrir por qué quieren a la muchacha. —Miró a Salinas y le ordenó—: Comandante, dígale al traductor que deseo verlo.

El hombre realizó un saludo militar y se dirigió a la salida para cumplir con la orden dada.

—Espero que tenga razón o trataremos con un sultán muy enfadado.

De inmediato, los dos regresaron a la cabaña de Urbiztondo.

—Antes de entregarle a la joven, me gustaría saber por qué el sultán se interesa por ella.

El traductor no auguró una pregunta tan directa, menos aún, por una esclava. Fue visible para los tres españoles su nerviosismo.

—Es su mujer.

—Ya, ya… Es una de sus mujeres, pero ¿por qué preocuparse por esta en concreto?

—Es buena… —dijo y realizó un gesto obsceno que todos comprendieron.

Diego entendió que no conseguiría nada de esa manera, así que interrumpió al traductor para decir:

—Ha muerto.

La lividez en el rostro del joven fue tan evidente como su miedo.

—¡No! ¡El sultán me matará!

—¿Quién era? Ahora puede confesar su verdadera identidad —le alentó Diego, aprovechando el desconcierto que sufría el traductor.

—La hija del sultán de Brunéi[61].

El gobernador miró al comandante y este a él. Eso cambiaba la balanza en la que tan peligrosamente se sostenían en esas islas. Si podían entregar sana y salva a la hija del sultán, con seguridad, este agradecería tal hecho entablando una alianza de amistad en contra de los británicos, que ya habían intentado convencerlo de que se uniese a la corona inglesa. Sin querer, Diego de Quesada había contribuido a las negociaciones a favor de España con Brunéi.

20

el peligro blanco

Castillo de Otowara (Japón), 15 de septiembre de 1850
(Noveno mes del tercer año de la era Kaei)

El joven Otowara Hiroyoki atendía con atención al viejo maestro de la escuela Mito. No era la primera vez que lo oía pronunciar la palabra *hakka*[62], pero sí era la primera vez que entendía por completo su significado. Al igual que él, varios jóvenes más asentían en silencio a las explicaciones del *sensei*.

—Preferiría ir a una casa de té a escuchar a este vejestorio —dijo su amigo Haru.

Hiroyoki lo miró de manera reprobatoria haciendo que guardase silencio de inmediato. Su mirada directa y fiera provocaba, en quien la recibía, un sentimiento de inseguridad.

—Sabes bien que muy pronto tendremos que enfrentarnos a todos esos extranjeros.

—¿Crees que con palabras vamos a espantarlos? —preguntó Haru.

—Claro que no —afirmó Hiroyoki.

Ninguno de los dos podía olvidar que no hacía tanto, cuando aún eran unos niños, la guerra del Opio casi había destruido China. Tampoco que los rusos habían organizado incursiones contra los japoneses en Sakahalin y las Kuriles, aunque en aquella ocasión, los valientes guerreros japoneses hicieron prisioneros a esa escoria. Pero el tratado de Nankín, tras la sumisión de los chinos ante los ingleses, le había demostrado a Japón que el peligro acechaba sus puertas y que si no le ponían remedio, se verían en la obligación de abrirlas.

—Cada vez son más temerarios —aseguró Haru.

—Te refieres a esos malditos *clippers* que enarbolan la bandera de Estados Unidos. En breve el *bakufu* tendrá que tomar una decisión al respecto.

Haru asintió y continuaron escuchando al maestro.

Cuando terminó la lección, los dos jóvenes se encaminaron a la casa de té más cercana.

Se sentaron en una mesa, y una joven les sirvió *sake*. En el instante en que se retiraba, Haru dijo a Hiroyoki:

—Pronto te convertirás en el hijo de Kawaokura. ¿Crees que el daimio comparte nuestras ideas?

A Hiroyoki no le importaba cambiar de apellido ni contraer matrimonio con una joven que no había visto; lo que le disgustaba era pertenecer al clan Kawaokura. Hacía seis años que su matrimonio se había concertado, pero la enfermedad del daimio Kawaokura y la situación económica de su padre habían retrasado el enlace.

Además, el daimio era partidario de la apertura, de entablar amistad y relaciones con los extranjeros. Incluso había permitido a su hija que estudiase el idioma de esos bárbaros. Hiroyoki debía acatar las órdenes de su padre, aunque en su interior el odio hacia la familia Kawaokura se acrecentaba conforme oía más noticias del comportamiento de los *gaijin* concerniente a su patria.

—No me recuerdes que formaré parte de una familia como la del daimio Kawaokura, aunque prefiere que lo llamen *marqués* —afirmó, bebiendo de una sola vez el *sake*—. Simplemente llamarse de ese modo, como si fuese uno de esos extranjeros, me repugna. Además, su hija posee los ojos de los bárbaros. Apenas soportaré mirarla sin recordar a los holandeses de Nagasaki —dijo con desprecio.

—¿La conoces?

—No, pero en vez de casarme, quisiera entrar al servicio del daimio Mito Nariaki —afirmó recordando su última visita a la región de Mito.

—Mi padre ha seguido sus consejos —dijo Haru en voz baja.

El *bakufu* tenía oídos atentos en todos lados.

Ambos sabían a qué se refería: había aumentado su armamento y construido defensas exteriores.

—Hace bien, el mío ni siquiera me escucha.

Hiroyoki se consideraba un patriota, pero el gobierno había menguado los estipendios anuales que recibía su padre. Cada vez era más palpable el hecho de que la clase samurái desaparecería si no ponían remedio a un acontecimiento tan lamentable. Y sobre todo temía que la aparición de los bárbaros dividiese a su clase, conduciéndolos a un enfrentamiento donde solo vencerían los extranjeros.

Y así, perdido en sus pensamientos, no vio cómo una muchacha de los baños se había acercado a ellos. Haru la siguió para tener un momento feliz en el día.

A MEDIADOS DEL mes de la luna de cosecha[63], las hojas cubrían el suelo del camino que conducía a su hogar. Desde lejos, Hiroyoki contempló el castillo que antaño significó el poder sobre las tierras colindantes. El *bakufu* había ahogado a su padre con impuestos y menguado cada vez más sus derechos aristocráticos de samurái.

Hiroyoki apretó la empuñadura de su espada. Siempre le había interesado más la guerra que la paz. Creía que el hombre era un ser violento y el campo de batalla el único lugar en donde podía ser plenamente él mismo. Un honor que hasta ahora el *bakufu* le había robado. Desde niño había seguido el camino del *bushido*. Un camino que exigía lealtad y honor hasta el día de su muerte. Creía que al casarse con la hija de Kawaokura traicionaba ese camino.

Un ligero viento removió su *haori*[64] de colores sobrios, mientras que sus pensamientos se alejaban a la velocidad de las hojas que había arrastrado la brisa de otoño. Un criado, tan viejo como la historia del castillo, lo recibió con una inclinación respetuosa y una sonrisa. Su arrugado rostro apenas dejaba ver sus ojos.

Hiroyoki se dirigió al patio de entrenamiento, con seguridad, allí hallaría a sus hermanos mayores. En el corto recorrido observó cómo la ausencia de servidumbre se apreciaba en lo descuidado que se encontraban el jardín y algunas de las salas del castillo. Eso lastimó su orgullo, irritándolo aún más.

—¡Hermanito! —dijo Kimura.

El primogénito era de constitución robusta, bajo de estatura, pero de mirada astuta y sagaz. En ese momento, luchaba contra Kazuma, su segundo hermano, delgado igual que una brizna de hierba y tan ágil como un mono. El tercero y el cuarto habían emprendido caminos muy diferentes siguiendo las sendas del sintoísmo y del budismo. Al contrario que sus hermanos, Hiroyoki había heredado la apostura de los guerreros samuráis.

—¿Vienes de ver a ese maestro tuyo?

—El *sensei* Kiyoshi os enseñaría muchas cosas interesantes.

Hiroyoki no se molestó en discutir con ellos las ventajas de escuchar los consejos de Kiyoshi, prefirió pasar de largo y encerrarse en sus aposentos.

—No te escondas, hermanito —dijo Kazuma. Y añadió con una sonrisa enigmática—: ¿No lo sabes?

Kazuma solía hablar con preguntas que hacían a su interlocutor enojarse.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no se lo preguntas a padre?

—No estoy de humor, Kazuma, me lo dirás o no.

—¿Y perderme la diversión?

—Está bien —aceptó Hiroyoki.

Sabía que aquella conversación podía alargarse infinitamente, así que decidió ir en busca de su padre.

El daimio Otowara mantenía aún una postura recta a pesar de la edad. Sus dos espadas samuráis colgaban en la pared, junto con una armadura del siglo pasado que había pertenecido al abuelo de

Hiroyoki. Una máscara *sōmen* se añadía al conjunto y, durante un instante, pareció que lo miraba fijamente. Los colmillos de demonio y su mirada diabólica lo atraían hacia una oscura profundidad. La entrada de una criada con una bandeja y dos tazas de té rompió el hechizo con el que la máscara lo había dominado. Cuando se quedaron a solas, su padre le hizo un gesto para que se sentase frente a él.

—Supongo que Kazuma ha jugado contigo al gato y al ratón.

—Supone bien, padre.

—¿Te gustaría conocer a tu prometida? Hace seis años que se pactó tu matrimonio, creo que ya va siendo hora de que muestres más interés en ello.

Sus palabras sorprendieron a Hiroyoki, que intentó disimular su desconcierto, aunque no pudo evitar fruncir ligeramente el ceño.

Otowara bebió un sorbo de té amargo y, ante el silencio de Hiyoroki, continuó la conversación.

—El marqués nos visitará a finales de semana en compañía de su encantadora hija.

—Si no tiene nada más que decirme, me retiro.

—Hijo…

No eran muchas las ocasiones en que su padre lo llamaba de esa manera. Entendió que no estaba en manos de ninguno de los dos negarse a ese matrimonio.

—Padre, no deshonraré al apellido Otowara.

—Lo sé, hijo, lo sé —dijo el daimio resignado. Y añadió—: No es eso lo que me preocupa, sino el hecho de que el marqués de Kawaokura posee unas ideas políticas muy diferentes a las tuyas.

—Sabré limar nuestras diferencias.

—Hijo, a pesar de que pienses que estoy en contra de tus convicciones, debo decirte que entiendo al marqués. —Hiroyoki quiso defender su postura, pero su padre lo acalló con una mano y dijo—: Envidio tu osadía, aunque esté destinada al fracaso.

Después, el daimio suspiró una vez y se concentró en el té.

EL DÍA EN que Miyako y el daimio Kawaokura pisaron el castillo de Otowara, a Hiroyoki le avergonzó que advirtieran la situación económica de su padre. La mayoría de las salas necesitaba arreglos, ninguna presentaba una decoración esmerada y todas contaban con tatamis que requerían una limpieza más exhaustiva.

—Ahora debo reunirme con el daimio Kawaokura y el señor Nariaki, una visita inesperada —le informó su padre una vez que instalaron al resto de sus invitados en sus aposentos.

—¿Por qué está el señor Nariaki en el castillo?

—Me he visto en la obligación de recibirlo.

Hiroyoki supo que su padre no diría una palabra más y no insistió, pero se preocupó por el encuentro entre Kawaokura y el señor de Mito. No era un secreto que Nariaki, un miembro de la rama colateral del sogún Tokugawa, era partidario del movimiento *Joi*[65]. Imaginó que su visita allí solo se debía a una única premisa: convencer al daimio Kawaokura y a su padre de que no permitiesen la entrada de ningún extranjero a sus tierras.

—Quizás deberías aguardar la hora de la cena en compañía de tus hermanos —le sugirió su padre.

—Así lo haré.

Ambos salieron del cuarto y tomaron direcciones opuestas. Junto con sus hermanos, Hiroyoki se encaminó a visitar el lago de aguas oscuras, realmente era hermoso, y lamentó no llevar nada con lo que alimentar a las carpas. En el momento en el que pretendía regresar, escuchó los pasos de alguien acercarse al lago. De uno de los estrechos caminos apareció una joven, sin lugar a dudas, era su prometida. Uno de sus hermanos al reconocerla le dio un codazo en el pecho. Ninguno dudó sobre la identidad de Miyako. El color de sus ojos evidenciaba que era la hija del daimio Kawaokura. Llevaba puesto un kimono violeta con un *obi* en tonos turquesas que aumentaban el exotismo de su mirada.

Kazuma se adelantó a sus dos hermanos y alzó el rostro de la joven con uno de los dedos de la mano.

—Miyako, posees los ojos más impresionantes y extraños que he visto nunca —admitió el muchacho con asombro y cierto temor.

Miyako dio un paso atrás y agachó la cabeza, avergonzada.

—Kazuma, quita tus sucias manos de ella —dijo el primogénito—. Discúlpalo, querida hermana, pero es un poco impulsivo y carece de educación. Además de ser incapaz de mantener la boca cerrada.

—No tiene importancia —contestó Miyako y esbozó una leve sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Hiroyoki con soberbia.

—Deseaba ver el famoso lago de la familia Otowara.

—¿Por qué estás sola? Tu padre debería acompañarte.

—Mi padre se ha reunido con el tuyo y el señor Nariaki, del señorío de Mito —respondió tuteándolo.

Un brillo de satisfacción apareció en la mirada de Hiroyoki.

—Será mejor que vuelva —dijo Miyako—. Debo prepararme para la cena.

Los tres jóvenes la observaron marcharse, cada cual sumido en sus propios pensamientos.

A LA *HORA del perro*[66], Miyako apareció en la sala dispuesta para la ocasión. Llevaba puesto un kimono que resaltaba aún más el color de sus ojos. Hiroyoki comprendió que era su manera de rebelarse y de defender sus ideas. Una mujer no podía manifestar sus pensamientos políticos, y esa era su particular manera de mostrar su oposición a lo que postulaba Nariaki.

El daimio Kawaokura se había vestido con un *haori* oscuro que le otorgaba apostura y daba a entender que era un gran daimio. Miyako era la única mujer en aquella cena, aunque eso no parecía intimidarla.

Cuando el criado abrió las puertas correderas, el señor Nariaki contempló a la hija del daimio.

—Las leyendas son ciertas —dijo.

El marqués Kawaokura esbozó una sonrisa y realizó una leve inclinación de cabeza.

—Así es, señor Nariaki.

—¿Leyendas? —preguntó Kazuma.

—¿Me permite contarla? —respondió Nariaki, mirando directamente al marqués.

—Adelante.

—Según la leyenda de la familia Kawaokura, existió una condesa española llamada Inés de Carrión y Guzmán que se convirtió en la concubina del daimio Kawaokura Ryô. Tuvieron una hija y esta, a su vez, descendientes. Se dice que ella es la causante de que las mujeres de la familia Kawaokura tengan los ojos de agua. Las muchachas que nacen con esa particularidad arrastran la maldición de un amor imposible.

Miyako alzó el rostro y fijó la vista en el señor Nariaki. Al ver su mirada aún de niña, el hombre intentó tranquilizarla.

—Seguro que solo es una leyenda —afirmó—. Por supuesto, no es su caso, señorita Kawaokura. El joven Otowara Hiroyoki la hará una mujer felizmente casada.

—Brindo por ello —dijo el padre de Hiroyoki.

Miyako miró a su prometido. Él le respondió con una mirada belicosa que mostraba su deseo de escapar de aquella habitación.

Los presentes siguieron el ejemplo del daimio y alzaron los cuencos llenos de *sake*.

—Señor Nariaki —intervino Hiroyoki—. ¿Son ciertos los rumores sobre la adquisición de armas?

La pregunta sorprendió a todos. Además de inapropiada era demasiado directa. Su padre quiso terciar en la conversación, pero el señor Nariaki hizo un gesto con la mano al daimio para que no amonestase a su hijo.

—Muchacho, estamos aquí para festejar un matrimonio…

—Dudo que su presencia solo se deba a mi futuro casamiento —lo interrumpió Hiroyoki de malos modos.

El daimio de Otowara miró a su hijo con desaprobación, por supuesto, ignoraba que su hijo había visitado más de una vez al daimio Mito y que le había jurado lealtad en todo aquello que este le ordenara hacer.

—Es cierto, muchacho. Mi presencia se debe también a intereses políticos con los que no quiero aburrir a nuestra joven invitada.

—Señor Nariaki, supongo que intenta conseguir aliados para su oposición contra los extranjeros —intervino la hija de Kawaokura.

—¡Miyako! —exclamó su padre.

—No es un secreto, señorita Kawaokura —contestó el daimio de Mito.

—Tampoco lo es que nuestras posibilidades son muy inferiores a las de las potencias extranjeras. Nuestra desigualdad militar hace imposible proteger nuestras tierras y salir victoriosos de la contienda —añadió Miyako.

—¿Cómo osas decir algo tan deshonroso? —preguntó Hiroyoki con los ojos brillantes de rabia. Después, sin medir las consecuencias de sus palabras, añadió—: Avergüenzas a tu padre interviniendo en una conversación de hombres, y también a tu futura familia. Tu comportamiento es además antipatriótico al defender que los *gaijin* vencerán. ¿Acaso no consideras a los japoneses una nación superior a esos estados extranjeros?

—No soy antipatriota, solo realista, señor Otowara.

El daimio Kawaokura tomó del brazo a su hija para sacarla de la sala, antes de que ambos novios protagonizaran un desacuerdo mayor, y el joven Otowara rompiese su compromiso.

Hiroyoki miró al daimio Kawaokura, en su mirada advirtió que era de la misma opinión, pero no podía ser tan franco. También supo que si su hija hubiese sido un hombre, la habría apoyado en aquella sala.

—Una mujer solo debe tener hijos y guardar silencio. Nosotros somos samuráis, guerreros… —pronunció con furia Hiroyoki.

Si en alguna ocasión, desde que Mito le encargó que llevase a cabo la venganza del *rōnin* que parecía trabajar para él, había dudado en obedecer, en ese momento, supo que haría todo lo posible por cumplir con diligencia la petición del daimio Mito.

Ante esas palabras, el daimio soltó el brazo de su hija. Esa fue la señal que necesitó la joven para proseguir con su réplica.

—Si entramos en conflicto —le interrumpió ella con valentía— no será fácil derrotar a un enemigo como el de las potencias extranjeras. Poco podemos hacer.

—¿A qué se refiere? —preguntó el señor Nariaki.

—Podemos emplear todo el tiempo del mundo, pero al final los extranjeros vendrán con cientos de barcos y hombres y cercarán por completo nuestras islas. Eso solo puede significar una cosa: no podremos defender nuestras costas...

—Habla sin saber —la interrumpió Hiroyoki de nuevo mucho más molesto.

—Se equivoca —intervino esta vez el daimio Kawaokura. Y añadió —: Mi hija lee los periódicos extranjeros que consigue su profesor Villalba. Está más enterada que algunos miembros del *bakufu* de la situación que nos amenaza.

—Continúe —le alentó el señor Nariaki.

—Da igual cuantos barcos destruyamos, ellos traerán más embarcaciones. A pesar de que nuestras tropas estén cegadas por el honor y la patria al principio de la guerra, al cabo de los años, se cansarán. Para que no vuelvan a sus hogares y abandonen la lucha tendrán que compensarles. ¿Con qué lo harán?

Todos en la sala desviaron la mirada de la joven al señor Nariaki. Aguardaron silenciosos la respuesta del señor de Mito.

—Lástima que sea una mujer —dijo con admiración. Y añadió—: Siga con su análisis, deseo escucharlo.

—Nuestra historia nos enseña que nuestros guerreros, antiguos samuráis, se dejaban la vida en las batallas emprendidas por sus señores, pero a cambio de tan arriesgado sacrificio recibían un beneficio: tierras. Esta vez, ¿qué conseguirían por tanta sangre derramada? —preguntó Miyako mirando a cada uno de ellos.

—Honor —intervino Hiroyoki.

—¡No seas ingenuo! —le cortó Kazuma con brusquedad. Y terminó por decir—: Nadie come ni se viste con honor en estos tiempos.

Las palabras de su cuñado alentaron aún más la proclama de la joven.

—No podrán darles tierras, puesto que ya tienen dueños que no estarán dispuestos a repartirlas. ¿Entonces sería dinero? —preguntó con una nota de ironía que provocó un mohín cínico en el rostro del daimio de Mito—. Al principio, puede ser. Sin embargo, si la guerra se alarga, los gastos serán excesivos, lo que llevará a la miseria del pueblo. Y todo eso para que al final las potencias extranjeras obliguen al *bakufu* a un tratado en el que obtendrá unas demandas poco ventajosas para Japón.

Cuando terminó de hablar, todos en la sala quedaron en silencio. Miyako hizo una grácil reverencia y salió del cuarto.

EN LA SOLEDAD de su habitación, Hiroyoki pensaba en cómo su

prometida lo había humillado delante de su padre y del daimio de Mito. Asolado por la promesa hecha de contraer nupcias con una mujer tan desagradable se encaminó al lago con algo de comida para las carpas. La noche era fresca y sintió una ráfaga de viento gélido, más propio del invierno. Aceleraba sus pasos cuando una sombra salió de uno de los caminos y lo alertó de que lo observaban.

—¿Qué haces a estas horas aquí? —preguntó a Miyako, una vez la reconoció.

No olvidaba sus palabras en la cena. Si hubiese sido miembro de la familia Otowara, habría recibido un duro castigo por deshonrarlo de aquella manera.

—No podía dormir…

—Será mejor que regreses —le ordenó.

—Cuando haya dado de comer a las carpas.

—He dicho que vuelvas a tu habitación —insistió y dio un paso hacia adelante para intimidarla.

—¿En serio te comportarás como un niño?

Sus palabras encendieron la furia en su interior, que prendió como si fuese yesca. En respuesta, empujó a Miyako con tanta brusquedad que la muchacha perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—No volveré a repetirlo —pronunció Hiroyoki con un ligero tono de asco en la voz.

Con tranquilidad, su prometida se puso en pie, pese a que su rostro evidenciaba que el golpe le había dolido.

—Voy a dar de comer a las carpas.

El color de sus ojos brilló con una bravura que los convirtió en violetas. El cambio asustó a Hiroyoki, como había ocurrido hacía doscientos años cuando la condesa de Carrión se enfrentó a otros samuráis.

21

la ciudad de la luz

París, 15 de septiembre de 1850

Durante la noche, la niebla espesa lo envolvía todo y ascendía desde el Sena como si fuese las vestiduras que cubrían a las almas del infierno. Luisa sintió un escalofrío, pero anduvo deprisa hasta la casa de Flora. Había heredado la propiedad de su amiga en agradecimiento por cuidarla hasta el día de su muerte. Era una casa de dos plantas, situada a la ribera del río. Desde las ventanas podía ver las barcas amarradas a uno de tantos muelles que existían a lo largo de su recorrido. Abrió la puerta y la oscuridad se abalanzó sobre ella como un terrible enemigo. Con manos temblorosas encendió una vela. No era una mujer asustadiza, pero desde que llegó a París todo se había precipitado al caos.

Su lucha por la emancipación de la mujer se había detenido. Una ley electoral suprimía el sufragio universal masculino y retornaba al voto censitario, eliminando a más de tres millones de votantes, sobre todo, artesanos y obreros. Lo peor de aquella ley era que hacía el voto de la mujer una quimera aún más imposible de alcanzar.

Luisa se frotó las manos, en el interior de la casa hacía tanto frío como en el exterior. Miró a su alrededor, el pequeño comedor contaba con varios cuadros, aunque el más destacado era *Une matinée, la danse des nymphes*[67] de su amigo Jean-Baptiste[68]. Al menos, contemplarlo levantaba el ánimo. Se trataba de un grupo de ninfas que danzaban alegremente sobre la hierba bajo una puesta de sol. Después de admirar la pintura se notaba más reconfortada. Se sentó en uno de los sillones, miró la escasa luz de la vela y pensó en Diego y, por qué negarlo, también en Fernando. Recordando la última noche que pasaron en Madrid se quedó dormida.

A FINALES DE septiembre, Luisa acudió a la pequeña escuela de señoritas en la que daba clase. Una institución que se había enfrentado a numerosas oposiciones y críticas. Gracias a algunas damas influyentes se había permitido que continuase adelante, por supuesto, bajo un estricto control masculino. Las únicas que se libraban de tan exhaustiva intervención eran la ortografía y la lectura, además del

francés y el español, junto con algo de italiano y de alemán. Las asignaturas impartidas eran las propias y necesarias para que una chica se convirtiese en una buena esposa. Luisa había aceptado el puesto por insistencia de su amiga Flora. Le hizo ver que si conseguía implantar en la mente de esas jóvenes una semilla de libertad y disconformidad, quizás a su vez estas sembraran ese germen en sus hijas.

A las ocho de la mañana, aguardaba en el aula a la flor y nata de la sociedad parisina. A veces, sentía una gran impotencia al ver las banalidades que preocupaban a esas muchachas, cuando veía a muchas otras prostituirse en la ribera del río para llevarse un mendrugo de pan a la boca. Después de dar clases, paseaba por la ciudad hasta llegar a la majestuosa entrada de *La Sorbonne*. Ese día, varios jóvenes se hallaban en las puertas.

—¿Podría decirme qué es lo que ocurre? —preguntó a uno de ellos.

El chico la miró con superioridad, pero al final se dignó a contestarle.

—Es el último día de inscripción para asistir a las clases de derecho. Si me disculpa, debo entregar mi solicitud.

Luisa asintió a la par que una idea germinaba en su cabeza. Una idea que la llenó de ilusión, de esa ilusión que creía perdida. Se apresuró a ir a casa y, en el camino, tropezó con un caballero al que casi tiró al suelo. Se excusó en español y con rapidez cambió al francés. El anciano la observó con irritación, pero aceptó sus disculpas. Después de aquel encuentro, caminó con más cuidado mientras pensaba que Flora aún conservaba un baúl, que su amigo Jean-Baptiste había olvidado una vez que la visitó. Cuando llegó a casa, subió las escaleras hacia el desván de dos en dos. Entró en aquel lugar que nunca había visto y registró entre las cosas que su amiga había acumulado durante años. Tras mancharse el cabello con varias telarañas lo encontró. No tenía la llave, así que usó un martillo que había en una caja de herramientas, también olvidada en el país de las telarañas. Rompió el candado y halló lo que buscaba. Con el rostro serio escogió lo que se ajustaría a su cuerpo con mayor facilidad.

Cinco horas después, la señorita Luisa Navarrete se había convertido en Arturo Segovia, estudiante de derecho de la prestigiosa universidad *La Sorbonne*.

Durante los primeros días temió que la descubriesen, sin embargo, poco a poco el temor se desvaneció por el entusiasmo que sentía al acudir a las clases. En ellas entabló amistad con Alexandre Moreau, el hijo de un burgués de ideas progresistas. El joven le cayó simpático. De constitución atlética, practicaba el boxeo, actividad que a ella le disgustaba, pero que se vio en la obligación de al menos presenciar.

—Deberías aprender la *savate* —le propuso Alexandre, una tarde después de clase.

Luisa jamás había oído tal técnica de combate.

—¿Qué es eso?

—Mejor que explicártelo, presenciarás una de las clases que imparte *monsieur* Bernard.

El profesor era un antiguo marinero, más asiduo a burdeles que a salas de fiesta. Su estilo de lucha, según le contó Alexandre, estaba de moda entre sus amigos y caballeros aristócratas.

Alexandre la llevó a un viejo almacén, en una callejuela maloliente, oscura y estrecha que hizo que mirara tras su espalda más de una vez.

El joven le echó el brazo sobre sus hombros, en señal de camaradería, para infundirle valor. Esas muestras de afecto masculino eran una de las cosas a las que se había tenido que acostumbrar, sin que sus mejillas se enrojeciesen y delatasen su esencia femenina.

En el interior del almacén había una tarima, bordeada con cuatro cuerdas, sujetas a cuatro estacas de madera. Cada una colocada en una esquina del cuadrado que improvisaba un lugar donde dos hombres peleaban sin camisa.

—¡Mira! —exclamó Alexandre. Y añadió—: Es el mismo Bernard.

Los dos se acercaron y observaron al profesor, un hombre que le sacaba tres cabezas al resto de los presentes, derrotar a su alumno.

—Creo que me marcharé —dijo Luisa.

Desde el cuadrilátero, Bernard había visto a Moreau en compañía de un joven desconocido. Cuando terminó el espectáculo, se acercó a los dos amigos.

—*Monsieur* Moreau, ¿me presentáis a vuestro acompañante? —preguntó mientras se limpiaba el sudor con un trapo.

—Por supuesto, profesor Bernard, se trata de *monsieur* Segovia.

—Español…

Luisa procuró enronquecer la voz, pero la mirada inquisitiva del tal Bernard la desconcertó y la puso en alerta.

—*Monsieur* Segovia, ¿le interesaría recibir una clase de *savate*?

—Temo *monsieur* Bernard que esto no es para mí.

—Se necesita fortaleza, aunque mucha más determinación y destreza. Los españoles son un pueblo que presume de ambas cualidades.

—Juzga demasiado rápido a los hombres…

—¿De verdad cree eso?

—No lo conozco lo suficiente para responderle —confesó Luisa con interés.

—¡Vamos, Segovia! —le animó Alexandre—. ¡Que no se diga que los españoles son unos cobardes!

—*Monsieur* Segovia… —Bernard señaló el cuadrilátero.

Ante su indecisión, le extendió la mano. Luisa la apretó con fuerza, pero no podía ocultar la fragilidad de sus dedos y la suavidad de su piel a un hombre de mundo como el profesor. En su mirada leyó que había descubierto su impostura. Durante un instante la observó de arriba abajo, sin ningún disimulo, deteniéndose en las redondeces de las caderas y la estrechez de sus hombros y cintura.

—Será un placer… —respondió la española.

Luisa se vio en la obligación de participar en aquella exhibición que atrajo más miradas de las que habría deseado. Se quitó la chaqueta, se remangó la camisa y rogó al cielo para que ninguno de los hombres advirtiera la silueta de sus pechos vendados.

—Ahora, *monsieur* Segovia, le daré un par de instrucciones. La primera: están permitidos los puños y las patadas bajas.

El rostro de Luisa perdió el color al imaginar lo que debería soportar, en cambio, una ligera sonrisa se dibujó en el de Bernard. El profesor esperaba que de un momento a otro se espantara; pero ella continuaría a su pesar.

—La segunda: el que primero sangre es quien pierde. ¿Lo ha entendido? —preguntó.

Luisa comprendió que con sus palabras solo intentaba asustarla aún más para que se marchase.

—Sí, *monsieur* Bernard.

—Aún está a tiempo…

—¿De retirarme? —lo interrumpió ella con rabia. Y añadió—: Para mí ya es demasiado tarde y, ¿para usted?

—Está bien —aceptó el francés.

Varios hombres, entre ellos Alexandre, comenzaron a vitorearla.

Bernard giró un par de veces, y Luisa imitó su proceder. La primera patada la dejó sin respiración, aunque el francés solo la había rozado. Recuperó el resuello y se dijo que tenía que actuar con más agilidad. Evaluó sus ventajas y carecía de alguna que la ayudase a ganar. Además, desconocía la manera de pelear, pero no dejaría que ese hombre revelase quién era delante de los demás.

—¿Aún quiere más?

—Acabamos de empezar, ¿verdad? —dijo jadeando.

Bernard rodeó a la joven, golpeó su trasero y provocó las risas de los espectadores.

Luisa sabía que el único lugar en el que podía atacar y causar daño era la entrepierna de Bernard, claro está, que este protegía esa parte de su anatomía con uñas y dientes. Tras dos golpes más, el tercero la lanzó al suelo. La caída la hizo sangrar por la nariz. Luisa se limpió la sangre con el dorso de la mano y miró a Bernard con un brillo de determinación en los ojos. Imaginó que unas clases de esa lucha la

ayudarían a defenderse mucho mejor. Incluso pensó que debería ser de obligada enseñanza para las niñas.

—Creo que por hoy es más que suficiente.

—¡No! —gritó Luisa levantándose.

—¡Arturo! —exclamó Alexandre preocupado.

—*Monsieur* Segovia, yo soy el profesor y le aseguro que hoy ya es suficiente.

Alexandre subió al cuadrilátero y tomó de la cintura a quien creía Arturo. Luisa apenas se sostenía en pie.

Ese mismo día, a la hora del cierre, Arturo Segovia se presentaba con el cuerpo dolorido en el local de Bernard.

—¿Qué hace aquí?

—Usted y yo sabemos qué hago aquí. Le confieso que no me agrada la violencia, pero me agrada menos no saber pelear.

—No enseño a mujeres.

—¿Por qué? Ellas más que nadie deben aprender a defenderse.

—Porque no me agrada golpearlas —dijo, señalando su rostro y añadió—: Supongo que tiene más de un moratón en el cuerpo.

—No me importa sufrir dolor. Así que no sea condescendiente conmigo. ¿Cuánto?

—No es dinero, son principios.

—No me haga reír.

—La farsa ha llegado demasiado lejos. Será mejor que no vuelva más o me veré en la obligación de delatarla.

—*Monsieur* Bernard, quiero aprender a defenderme.

—¿Por qué?

—Porque el mundo es cruel para las mujeres como yo.

—Le dolerá mucho más que un par de moratones.

—Lo aguantaré. —Bernard la miró fijamente y asintió. Luego Luisa dijo—: No se arrepentirá.

—Solo le pido una condición.

—Usted dirá…

—Vestirá como una mujer.

—Pero…

—Esa es mi condición. Además, vendrá después de que todos se marchen.

Luisa agachó la cabeza en señal de aceptación. Debía visitar a su modista y pedirle que le confeccionara un vestido turco[69], de ese modo, no incumpliría su promesa.

22

el lago de las carpas doradas

Casa de Otowara (Japón), 30 de septiembre de 1850
(Noveno mes del tercer año de la era Kaei)

Una pareja de carpas doradas engullía sin descanso la comida que Miyako les lanzaba desde la orilla del lago. Ajena a todo aquello que la rodeaba, la joven permanecía concentrada en sus propios pensamientos. Mientras tanto, escondido entre las sombras, Ibuki observaba a la hija del daimio Kawaokura. Pensó que sería fácil acabar con su vida y, de ese modo, cumpliría su venganza; pero sabía que su padre lo maldeciría allí donde su espíritu se encontrase si veía que actuaba de manera tan cobarde. Los hijos no eran culpables de los actos de los padres, aunque ese precepto solo parecía posible en la clase samurái de alto rango. De nuevo concentró su atención en la muchacha. La luz de la luna iluminó su figura un instante y la dotó de un aura mágica. Ibuki se consideró un necio. Ella era la hija de un samurái y no se dignaría ni a mirarlo una sola vez, menos aún compartiría con él una taza de té o unas pocas palabras; además de ser la hija del hombre del que había jurado vengarse. Había esperado muchos años para cumplir su venganza y parecía, tal y como Hiroyoki la trataba, que no tardaría en llevarla a cabo. El daimio Mito no le había mentido: se vengaría a través de Hiroyoki. Un poco de dureza aplacaría la soberbia que seguro poseía esa muchacha, gracias a su encumbrado nacimiento.

No era su intención espiar a la pareja de futuros esposos en el lago de las carpas, pero unas horas antes el hermano mayor de Hiroyoki había hecho un comentario que había atraído su curiosidad, llevándolo al lago. Después de la cena, Kazuma le había pedido participar en una partida de cartas holandesas con algunos de sus amigos. Ibuki imaginó que tan noble invitación solo se debía a que pensaban desplumarlo y burlarse de la ignorancia de un vasallo de su categoría. Aceptó la propuesta y lo siguió hasta una sala, un criado abrió la puerta corredera y se inclinó hasta que su joven señor entró en la habitación. Tres hombres más permanecían sentados bebiendo *sake*. La noche era fresca y un ligero sonido de las ramas de los árboles se escuchaba en la habitación, gracias a que la puerta que daba al jardín estaba abierta. Varios faroles iluminaban la estancia y un

agradable olor a sándalo se notaba en el ambiente. Ibuki evaluó a cada uno de los jugadores y concluyó en que ninguno lo tomaba por un digno oponente, así que hizo creer a cada uno de ellos que no era un buen jugador, perdiendo las primeras manos. Esa vez ni siquiera haría trampas para ganar, ya que la suerte parecía su compañera esa noche. Por supuesto, dicha compañía disgustó a los jugadores.

—Tienes demasiada fortuna esta noche —lo acusó Kazuma.

Ibuki guardó entre sus ropas el dinero que había ganado sin decir una palabra. Su comportamiento no aplacó al hermano mayor de Hiroyoki, sino todo lo contrario.

—¿Me acusa de hacer trampas?

Durante un instante, el segundo hijo del clan Otowara mostró en su mirada el temor de enfrentarse a él. El rostro afable y casi femenino del *rōnin*, que pagaba el daimio de Mito, se había transformado en un rostro muy diferente en el que se había dibujado una malévola mueca.

—Solo digo que tienes demasiada suerte —dijo intentando salir del atolladero sin acabar herido o muerto.

Ibuki otra vez dejó ver el semblante atractivo que gustaba a las mujeres, aunque sus ojos aún exhibían el desprecio que le había provocado la cobardía de Otowara.

—¿Dónde puedo ir a gastar todo este dinero? —preguntó a otro de los jugadores.

—Varias casas de té y burdeles aceptan a cualquiera con dinero en los bolsillos.

Las palabras cargadas de menosprecio le resbalaron, sin hacerle mella. A lo largo de su vida había escuchado otras peores, soportado vejaciones más crueles que la pataleta de unos cuantos samuráis que desconocían qué era luchar para sobrevivir. Tras beber de un sorbo el *sake* que aún le quedaba en el cuenco, se limpió la boca con la manga del kimono y realizó una leve inclinación antes de marcharse. Cuando se giraba, escuchó a Kazuma decir a uno de sus amigos:

—Ninguno puede ir al lago de las carpas doradas esta noche, porque es el lugar preferido de la hija del daimio Kawaokura.

Para Ibuki escuchar el nombre de Kawaokura había supuesto un instante de duda, al tener tan cerca el medio con el que vengarse del hombre que más odiaba en ese mundo. Se dijo que sería fácil esconderse entre las sombras de la noche, seguir a la joven hasta su cuarto y matarla. Antes de tomar una decisión sobre cómo proceder, sus pies lo condujeron al lago de las carpas doradas.

Apenas escuchó la voz de la muchacha cuando Hiroyoki la empujó. Admiró que lejos de acobardarse, ella se enfrentara a él sin miedo. Desde la distancia a la que se encontraba no entendía sus palabras ni podía ver su rostro con claridad, tan solo su figura menuda, la blancura de su tez y el óvalo que formaba su rostro difuminado por las

sombras de la noche. Cuando Hiroyoki se marchó visiblemente enfadado, él permaneció oculto tras un árbol y observó cómo ella alimentaba a las carpas. Salió entonces de su escondite y el ruido de sus pasos sobresaltó a la hija del daimio, que se giró con rapidez.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con la voz temblorosa.

—No se asuste, solo soy el vasallo del daimio Mito.

La joven relajó su postura, pero siguió escudriñando las sombras con la mirada. Él se mantenía a una prudencial distancia de ella.

—No es muy educado permanecer oculto.

Ibuki esbozó una sonrisa antes de salir del lugar en el que permanecía.

—No soy un samurái, solo un vasallo. Lamento mi falta de modales.

—Tampoco es educado espiar a los demás —le recriminó ella.

—Supongo que no, pero un siervo no siempre se comporta con educación, señora —reconoció, aunque en su voz no existía arrepentimiento ni culpa.

Estaba seguro de que la hija del daimio no podía verle la cara, pero sí adivinaba que no se trataba de uno de los criados, aunque tampoco de un samurái.

—¿Ni siquiera tendrá la cortesía de salir de las sombras para que pueda ver su rostro?

—Le aseguro que es mejor que no lo vea.

Ibuki dudaba sobre qué haría la mano que empuñaba su espada cuando estuviese a escasa distancia de ella.

—Entonces, me retiro y lo dejo en compañía de su soledad.

Sus palabras fueron afiladas y dolorosas. Desde la muerte de sus padres, Ibuki sentía una soledad tan inmensa que a veces deseaba haber muerto como ellos.

La hija del daimio se marchaba cuando su mano la aferró de la muñeca. Tocarla ya habría sido motivo de castigo, pero hacerlo con aquella brusquedad, como si ella fuese su enemigo, no solo sorprendió a la muchacha, sino a él también. Ella se giró, dispuesta a ponerlo en su lugar, cuando sus miradas se encontraron. Entonces, ambos se reconocieron y se vieron de nuevo en aquel callejón del barrio del placer de Nagoya.

Ibuki exhibió una palidez tensa como si en su interior lucharan dos personas. En cambio, Miyako esbozó una tierna sonrisa, dos hoyuelos aparecieron en sus mejillas y sus ojos, tan claros como las aguas cristalinas de un lago, lo miraron con verdadera emoción.

—Fui a por ti —dijo Miyako.

Ibuki la soltó y se alejó un paso. No podía ser cierto. La muchacha que salvó de la furia de unos maleantes era en realidad la hija de su mayor enemigo.

—Mi padre quería recompensarte por ayudarme ese día. Cuando fuimos a buscarte, el dueño del burdel nos dijo que habías huido.

Ibuki recordó ese instante y lo acontecido después como si hubiese ocurrido el día anterior. Las emociones lo invadieron de nuevo con la misma furia salvaje de aquel día.

Burdel El dragón dorado (barrio del placer de Nagoya)

Doce años antes

Cuando los samuráis se marcharon en compañía de la niña con los ojos de agua, Ibuki se dispuso a retomar sus tareas; pero los gritos de Ena encendieron en su interior el odio y la rabia que había controlado hasta entonces con gran esfuerzo por su parte.

—¡Maldito holgazán! —gritó el dueño al ver que el muchacho se detenía y miraba al techo. Él también había oído los gritos—. ¡Haré que Toshio te enseñe modales y a trabajar duro! ¡Hijo de un ladrón!

El dueño del burdel lo golpeó dos veces con el palo que siempre llevaba consigo para convencer a las mujeres de que obedeciesen sus mandatos. La tercera vez, Ibuki se lo quitó de las manos y le dio con él en la cabeza. El hombre se desplomó sin emitir un solo quejido, pero viviría. Mariposa fue testigo del ataque, pero asintió en silencio y volvió al cuarto donde la esperaba un cliente. Mientras eso sucedía, los gritos de Ena eran cada vez más apagados. Ibuki subió y se dirigió a la habitación de Toshio. Abrió la puerta con brusquedad y el *rōnin* lo miró con cierta sorpresa al descubrir su mirada turbia.

—¿Qué sucede? —preguntó, sosteniendo del cuello a Ena.

A la chica le costaba respirar a causa de la enorme mano que apretaba sin piedad su frágil garganta. Toshio la había golpeado y su rostro se veía amoratado. Además, sus ropas rasgadas revelaban la delicadeza de su cuerpo, que las manos del *rōnin* habían tratado con vileza.

—Déjala.

—Nunca me has gustado y desde el primer día que pisaste el burdel supe que darías problemas. Aún posees la arrogancia de los samuráis, aunque ya no lo eres. Llevo mucho tiempo esperando que esa sangre sucia que corre por tus venas se rebele. Parece que ya ha llegado ese momento, hijo de un ladrón.

—Deja a la muchacha —repitió Ibuki con la voz acerada.

—Si la quieres para ti, no hay problema, ya he terminado —dijo, empujándola con brusquedad hacia él.

Ena no se movió de donde había caído, aunque la ligera subida y bajada de su pecho le demostró a Ibuki que aún respiraba.

—Eres un bastardo que no merece ni siquiera llamarse *rōnin*.

Toshio se sacudió las manos con tranquilidad.

—Es hora de que aprendas una buena lección.

El silencio fue la respuesta de Ibuki; sin embargo, nunca había luchado contra un hombre de la astucia, vileza y corpulencia de Toshio. De pronto el *rōnin* le lanzó la mesa ante la que estaba sentado. Ibuki no esperaba ese ataque y no fue capaz de evitarlo. Cuando advirtió qué sucedía ya era demasiado tarde y la madera se estrelló contra su cabeza, haciendo que se desplomara. Ese fue el momento que aprovechó Toshio para abalanzarse sobre él. Le propinó tantos golpes que Ibuki estuvo inconsciente dos días. Al tercero, notó cómo unas manos suaves y pequeñas acariciaban su cabeza. Entreabrió los ojos y vio que se trataba de Ena. La tristeza en la mirada de la muchacha le recordó qué había sucedido dos días antes.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella tan preocupada que Ibuki se obligó a sonreírle para que comprobara por sí misma que viviría.

En realidad, se encontraba como si diez caballos lo hubiesen pateado mil veces. Intentó incorporarse, pero la habitación se movía de un lado a otro como si hubiese bebido todo el *sake* del burdel. Volvió a tumbarse y dejó que Ena le pusiese un paño de agua fría en la frente, sus cuidados le aliviaron el dolor de cabeza.

—¿Y Toshio?

Solo pronunciar su nombre provocó que la joven se encogiera de miedo.

—No lo sé. Después de que me defendieras se marchó. Sé que regresará en unos días. Le ha pedido al amo que no te castigue, porque él quiere ocuparse de ti —dijo ella, bajando los ojos apesadumbrada.

Ella asumía que se encontraba así por su culpa, pero, en realidad, Ibuki veía que la causante no era otra que la niña de ojos de agua que le había hecho recordar las enseñanzas de su padre.

Ibuki asintió con un leve movimiento de cabeza y guardó silencio. Disponía aún de varios días para sanar, después ajustaría cuentas con ese demonio.

Cinco días más tarde Toshio regresó al burdel. De vez en cuando hacía algún trabajo que lo mantenía alejado del barrio del placer, algo que alegraba a las chicas y a los clientes por igual. El día de su regreso, Mariposa le pidió a Ibuki hablar con él alejada de miradas y oídos curiosos. Él desconfiaba de la prostituta, pero en su rostro vislumbró la gratitud.

—No tengo mucho tiempo —le dijo él.

—Toma, esto te ayudará —dijo la mujer, y le entregó un saco que,

por el peso y el olor que desprendía, contenía amapola china.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—No puedes ganar —afirmó, y ambos sabían a qué se refería.

—Eso ya lo veremos —contestó él con resquemor.

En el fondo sabía que la prostituta tenía razón. No había tenido tiempo de curarse de la paliza, y Toshio se había asegurado, rompiéndole uno de los dedos, de que no pudiera sujetar su espada por lo menos durante un par de meses. Si se enfrentaban, el *rōnin* terminaría matándolo.

—¡Te ciega tu orgullo! —le regañó Mariposa—. Haz lo que tienes que hacer, no tendrás otra oportunidad. He oído que terminará el trabajo que empezó contigo.

—¿Por qué haces esto?

Mariposa no contestó, se giró y, muy despacio, se bajó el kimono. Sus hombros quedaron al descubierto, también la cicatriz que Toshio le había hecho con un puñal. Era el nombre de Toshio escrito en su piel. Los caracteres eran toscos y resultaban repugnantes.

—¿Cómo el dueño permitió que estropeara su mercancía?

—No pertenezco al dueño, sino a Toshio, y quiero ser libre.

Ibuki apretó el saco de amapola china. Sabía cómo y dónde usarlo. Se escabulló esa madrugada y vertió todo su contenido en las jarras de *sake* que había en la habitación de Toshio.

El *rōnin* llegó de su viaje, subió a su cuarto y bebió hasta la última gota de *sake*. Mientras tanto, Ibuki aguardó a medianoche hasta que el viejo guerrero cayó dormido, entonces se deslizó como una sombra en su cuarto. Se apoderó de su puñal y de la katana de su padre que Toshio le había quitado cuando fue vendido por Kanada al burdel. La misma espada que había usado hasta aquel día. Después, desenvainó el puñal y le rebanó el pescuezo de un solo tajo. Extasiado ante el torrente de sangre que se vertió de la herida pensó en su comportamiento indigno. Aun así, carecía de remordimientos.

Ibuki regresó de sus recuerdos al escuchar las palabras de la hija del daimio.

—Mi padre envió a varios de sus hombres para buscarte, pero nunca trajeron noticias sobre ti.

La voz de la muchacha era muy diferente a la de la niña que él recordaba. Esta era más ronca y más evocadora, también su mirada era más directa y menos cobarde que la de la chiquilla.

Cuando se recuperó de la sorpresa, Ibuki exhibió la acostumbrada máscara de indiferencia que solía mostrar a los demás.

—Necesitaba conocer nuevas ciudades.

—Debe ser maravilloso ver y visitar nuevos lugares —dijo ella con una nota de inocencia que casi provocó en él la risa.

«¿Cómo puede ser tan ingenua para creer que abandoné Nagoya

por puro placer?», se preguntó Ibuki. De inmedieato, comprendió que el daimio la mantenía ajena a todos los males que sucedían en el exterior de su castillo.

—Has cambiado —le dijo él, sin adoptar el rígido lenguaje formal que su categoría le obligaba a usar con ella.

La mirada de Ibuki incomodó a Miyako un instante. Se trataba de la mirada con la que un hombre evaluaba la belleza de una mujer. Miyako no pudo sostenerla por más tiempo y bajó la suya, turbada por su intensidad. Eso agradó a Ibuki.

—Tú también.

—Ahora nadie controla mi vida.

—Entonces, tienes más suerte que yo.

—¿Te casarás con ese imbécil de Hiroyoki?

Sus palabras la sorprendieron. Ibuki sonrió, ya que mostraba a propósito el comportamiento embrutecido de un vasallo de la peor condición. Imaginaba que había conseguido, como pretendía, que ella lo juzgase de ese modo.

—Es lo que quiere mi padre.

—¿Siempre haces lo que te ordena tu padre?

Ibuki cruzó las manos delante del pecho y la miró fijamente, sin que ninguna otra palabra brotara de sus labios.

—Esa es la obligación de una hija.

El viento agitó uno de los adornos del cabello de Miyako y este se soltó de su agarre. Con la misma velocidad que se había desprendido, Ibuki lo atrapó en la palma de la mano. La joven creyó que se lo devolvería y extendió la suya, pero él lo mantuvo prisionero entre los dedos.

Miyako inclinó la cabeza a modo de despedida y se marchó dejando una absoluta confusión en los pensamientos de Ibuki. Abrió la mano y contempló la etérea y delicada belleza de una flor de plata. Sonrió y la guardó entre sus ropas.

23

sin correspondencia

Fortín de Balanguingui (Filipinas), 1 de febrero de 1851

Habían transcurrido tres meses desde que el gobernador Urbiztondo marchó a la isla de Brunéi. Su intención era comunicar al sultán la noticia de que habían rescatado a su hija de las manos del sultán de Joló; pero en medio del viaje unas fiebres le impidieron cumplir con su cometido. El mal tiempo y las correrías piratas del sultán retrasaron aún más el intercambio. Las negociaciones en las islas eran lentas y siempre requerían de un protocolo que colmaría la paciencia de cualquier otro que no fuera Urbiztondo. El gobernador usaría toda su destreza para convertir el rescate de Eva en una alianza, aunque solo fuera la hija de una de las concubinas del sultán.

El comandante Salinas le había asignado a Diego una cabaña para evitar conflictos con el resto de soldados. Una mujer entre tantos hombres solo podía traer problemas. Confiaba en él porque se decía, gracias a Fernando, que casi había tomado los hábitos. Así que su comandante pensaba que era el único varón en aquella isla que resistiría los encantos de una mujer.

Los días se sucedieron con una tensa tranquilidad hasta que una noche, mientras recordaba su añorada tierra tumbado en el suelo, ya que el jergón se lo había cedido a Eva, la joven se acercó sigilosa a él y colocó la mano sobre su boca. El gesto lo asombró, pero los ojos en alerta de Eva le advirtieron de que algo no iba bien.

—Están aquí —susurró ella.

Diego se apresuró a levantarse y con un gesto le indicó que se escondiese y no saliese de la cabaña. Se puso el cinturón reglamentario, abrió la puerta despacio y registró con la mirada los alrededores. En principio, nada le llamó la atención, hasta que los vio escondidos tras algunas de las chozas. Dos hombres hacían la guardia en las empalizadas, si los avisaba del peligro, muchos otros morirían. La mayoría de los soldados dormían, pero algunos aún jugaban a las cartas al lado de uno de los fuegos. Entre ellos divisó a Fernando. Como si fuera lo más normal del mundo, Diego se acercó al grupo silbando una coplilla y posó una mano sobre el hombro de su amigo.

—No hagáis movimientos bruscos —los avisó—. Los joloanos están entre nosotros. No sé cómo han superado la vigilancia de los

centinelas. Terminad con la partida —dijo con una sonrisa para que ningún pirata, si vigilaba la escena, desconfiase. A continuación, ordenó—: Baler, busca donde resguardaros y disparar. Varios de ellos se esconden tras la cantina.

Uno de los soldados, el más joven, que había llegado hacía una semana, quiso levantarse y huir. Si bien Baler, el alférez que había recibido a Diego y a Fernando a su llegada al fortín, lo tomó de los hombros y lo obligó a sentarse de nuevo.

—¡Catalán, que mal perder tienes! ¡Además, no sabes beber aguardiente! —dijo gritando para que los joloanos escuchasen bien sus palabras.

El muchacho lo miró con los ojos asustados, pero el alférez no le permitiría escapar. Baler lo mantuvo sujeto, explicándole cómo conquistar a las mujeres.

—Será mejor que lleve al chico a su cama o mañana no podrá caminar.

A la par que se ponía en pie, Baler observó el fortín por el lado derecho. Con una mirada advirtió a Diego dónde se encontraba otro de esos demonios. Quesada asintió y ocupó el lugar de Baler y el del catalán.

—Todavía podemos jugar una partida —dijo a Fernando.

Disimuladamente había llevado la mano al cinturón, donde guardaba la pistola. Había visto a tres más ocultos en las sombras e imaginaba que el resto se agazapaba tras los distintos escondrijos que la fortaleza les proporcionaba.

—Al cinquillo.

—Será mejor que al tute, a la de tres cartas.

Diego repartió una, dos y tres. En la tercera, ambos se lanzaron al suelo, desenfundaron sus armas y dispararon al lugar que Baler les había indicado. Sus disparos avisaron al resto de hombres.

El alférez se había posicionado tras los muros de una cabaña y disparaba. Cada una de sus descargas abría una brecha en el bando contrario que ahora se mostraba sin pudor.

Diego y Fernando se arrastraron por la tierra hasta llegar al muro de una de las cabañas para resguardarse. A esas alturas, los soldados habían salido de los barracones y disparaban a cualquiera que no vistiese uniforme. La oscuridad dificultaba la identificación. Diego recordó su aventura en Morella y el hecho de que muchos de sus camaradas murieron por las balas de su propio ejército. Rogó a los cielos para que esta vez Dios estuviese con ellos.

Las horas se sucedieron tensas y largas hasta que al alba, en medio de la destrucción y los cadáveres, algunos españoles, el sol les reveló que los piratas habían huido.

—¿Crees que volverán? —le preguntó Fernando, mientras se

sacudía la tierra de la camisa.

El pelirrojo mostraba una barba espesa que le otorgaba cierto aire fiero. Su amigo había perdido el aspecto de crápula que mantenía en Madrid. Ni siquiera él conservaba aquella imagen de ingenuidad y brillo en la mirada que tenía el último día que pisó suelo español. Sus experiencias y las muertes de las que habían sido testigos les habían concedido madurez, transformándolos en hombres fortalecidos.

—Hoy no, pero será mejor que Salinas tome medidas.

El comandante no solo tomó medidas, sino que llamó a Diego a su cabaña. De todas las existentes, era la única que conservaba el tejado de hoja de palmera y cuya puerta cerraba como era debido. El resto, en las que se cobijaban los soldados, era de techumbre baja y con goteras cuando llegaba la época de lluvias. Al menos, aún contaban con un mes de temporada seca, con temperaturas refrescantes y días soleados.

Diego volvió a concentrarse en las palabras de Salinas.

—Puede descansar —le dijo.

Abandonó la postura militar y aguardó a que el comandante le informase de por qué lo había requerido.

—Gracias a usted no ha habido más bajas.

—Fue Eva, ella me avisó del peligro.

El rostro de Salinas mostró la sorpresa. No era un secreto que no le agradaba la presencia de la muchacha en su fortín, pero no le quedaba más remedio que aceptarla.

—¿Cómo…?

—No sé qué le pasó en manos de los piratas, pero le aseguro que no duerme mucho. Todas las noches mira por la ventana de la cabaña como si esperase la visita de esos joloanos de un momento a otro.

—Pues parece que no se equivocaba.

Salinas se sentó en la silla que había detrás de una mesa basta que había vivido mejores tiempos. Se secó la frente con un pañuelo y bebió un largo sorbo de agua.

—¿Cree que volverán?

—No lo sé, comandante.

—¿La buscan a ella?

Pese al aspecto bonachón y a veces simple de Salinas, detrás se escondía un hombre analítico y más inteligente de lo que demostraban sus ojos.

—Le confieso que yo también he pensado lo mismo. Supongo que alguien ha debido contar al sultán de Joló que nuestra invitada sigue con vida.

—No me extrañaría que esos perros ingleses anden tras nuestra presa. La enfermedad de nuestro gobernador les ha concedido el tiempo suficiente para engañar a esos patanes.

Salinas había planteado una cuestión descabellada, pero que si se analizaba con la debida atención, podía ser muy cierta. Quizás los ingleses, viendo que sus negociaciones con Joló peligraban, habían decidido apostar por el sultán de Brunéi. A los de Joló sería fácil comprarlos con esclavos, ellos no se oponían a la esclavitud como sucedía con España, si bien no tenían nada con lo que negociar con el sultán de Brunéi, a menos que poseyeran a Eva.

—Sin embargo, no lo he hecho llamar para hablar de la hija del sultán. Lea esto —le dijo, entregándole una carta. Y añadió—: Llegó ayer.

En ella se informaba de que los piratas de Joló habían atacado el fuerte español de Isabela de Basilan. Ante tal afrenta y teniendo en cuenta el último ataque también al fortín debían tomar represalias y emprender acciones.

—Hoy descanse, permita que los hombres beban y disfruten de su triunfo, pero mañana usted y el capitán Soto marcharán con distintas tropas a tierras de Joló para enseñarle a ese pirata quiénes somos. Antes de partir, entrégueles el correo.

El capitán Soto era un filipino, hijo de un militar extremeño que murió en Filipinas. Nunca había visitado España, pese a que defendía ser español más que algunos de los soldados que servían bajo su mando.

—A sus órdenes, señor.

—El capitán Narváez será su segundo al mando.

—Solicito que el capitán Narváez no me acompañe y vele por la seguridad de Eva.

—No se preocupe por la joven, yo mismo me encargaré de su integridad. Es una baza demasiado importante para dejar que nadie ponga sus zarpas sobre ella.

A Diego no le gustó cómo consideraba a Eva, pero guardó silencio, asintió y se marchó de la cabaña. Sus pasos lo encaminaron a la cantina. Sentado en una mesa, Baler bebía aguardiente y se abanicaba con el sombrero. Ese día, el calor dentro de la cantina era bochornoso, la humedad pegaba las camisas de los hombres a sus espaldas, aun así, a la mayoría ya no le molestaba. Sentirse vivo era más que suficiente, después de la noche que habían pasado.

El capitán Soto se ocupó de los enterramientos tanto de piratas como de soldados. Se le veía cansado. Diego quiso acercarse a su mesa, donde bebía en soledad, pero no era muy sociable, así que sus pasos lo llevaron hasta la mesa de Baler. Fernando le sirvió un vaso de aguardiente que le quemó las entrañas, aunque por una vez le agradó notar la sensación de quemazón porque le demostraba que estaba vivo.

—¿Qué quería Salinas? —preguntó Fernando.

—Mañana partiremos a Basilan.

—Los hombres aún no se han recuperado —afirmó Baler.

—Eso no importa a los mandos —aseguró Fernando convencido de lo que decía.

—Las órdenes son para cumplirlas, no para discutirlas —zanjó la cuestión Diego. Y añadió—: Baler, encárgate de repartir el correo entre los hombres.

Cuando Baler se retiraba, Fernando le preguntó a Diego:

—¿Ninguna carta de nuestro señor Segovia?

—No, amigo mío.

Fernando guardó silencio, pero hacía un par de meses que no recibía una carta de Luisa. Diego creía adivinar qué pasaba por la mente de Fernando: imaginaba a Luisa metida en algún problema relacionado con la defensa de las mujeres. También y, eso le dolía más, en brazos de un francés.

—Será mejor que descansemos —terminó por decirle.

Al igual que Fernando, sentía inquietud por el bienestar de Luisa. No era normal que dejara de escribir. Pero ahora tenía preocupaciones más acuciantes que resolver, como hablar con Eva y explicarle que debía quedarse en el fortín bajo la protección del comandante Salinas, y no estaba seguro de cómo se lo tomaría.

ESA MISMA NOCHE, la joven de Brunéi lo contemplaba como si le hubiese dicho que viajaría a la luna de un momento a otro.

—¡No! —respondió con osadía y un brillo belicoso en la mirada.

—Son las órdenes —intentó convencerla.

Fernando los observaba de manera indolente, apoyado en la columna central que sujetaba aquella precaria construcción de cañas y hojas de palmera.

—¡No! —volvió a contestar.

—Eva…

—No la persuadirás de ningún modo —intervino Fernando.

—Así no ayudas.

—Es inútil, pero se conformará cuando vea que no puede ir contigo.

Fernando apagó con la bota el cigarrillo que fumaba hasta ese instante.

—Cocinaré y te cuidaré —insistió ella.

—Eva, no voy a realizar exploraciones por la selva cerca del fortín. Puedo morir y no permitiré que sufras daño, ¿me has entendido?

—Voy donde tú.

Diego se dio por vencido, tal vez como decía Fernando

comprendería al día siguiente que no podía ir con él.

—Será mejor que durmamos.

Eva se acurrucó en un rincón, lejos de los dos hombres.

—Voy a tomar un aguardiente, ¿me acompañas? —lo invitó Fernando.

—Esta vez no.

Diego no pasaría las últimas horas que quizás compartiese con Eva enfadados. A lo largo de la noche haría las paces con la muchacha. Sin embargo, Eva tenía unos planes muy diferentes. Durante la madrugada, ella se aseguró de que Diego dormía y se escabulló sin hacer ruido de la cabaña. Sigilosa, como solo ella sabía ser, se encaminó a la de Vázquez. El capitán se despertó sobresaltado cuando notó una mano taparle la boca. Abrió los ojos dispuesto a enfrentarse a cualquiera, pero Eva le hizo un gesto para que guardase silencio. Después, lo tomó de la mano y lo guio fuera del barracón.

Vázquez la siguió hasta la parte de atrás, cerca de la empalizada. Era un lugar discreto, en el que no había vigilancia, ya que la espesura del manglar impedía ningún ataque desde ese lado. Aparte de los sonidos de algún mono nocturno que cazaba en la selva, no se escuchaba nada más.

Vázquez se soltó con brusquedad, aunque su mirada mostraba que la deseaba, Eva también vio que no se fiaba de ella.

—¿Qué quieres? —preguntó sorprendido y excitado al mismo tiempo.

—Quiero ir con Quesada.

—No puedes —rio él, divertido por lo que creía la locura de esa salvaje.

—Tú puedes —respondió ella.

—No me arriesgaré a ser castigado.

Vázquez se giró para marcharse, pero ella lo retuvo de la manga de la camisa.

—¿Tú puedes?

—Sí, podría, pero qué recibiría yo a cambio.

Eva se retiró unos pasos y se desabrochó la camisa. La oscuridad impedía ver con nitidez su cuerpo, pero aun así, Vázquez percibió el contorno de sus caderas, la redondez de sus pechos y la estrechez de su cintura. El español la miró con lujuria, imaginando cada momento en que la tendría a su merced. Eva era consciente de que hacía meses que los hombres del fuerte no yacían con una mujer. De pronto, un evidente bulto creció en la entrepierna de Vázquez, presionando contra la tela del pantalón. Si no se daba alivio, los mancharía como un muchacho.

—Te llevaré —dijo él por fin sin poder aguantar más las ganas de poseerla.

Eva se tumbó en el suelo y abrió las piernas. Vázquez se arrodilló, situándose en medio de ella, y se bajó los pantalones, liberando la columna erecta de su miembro, que tembló un instante por el anhelo de introducirse en una hembra. El capitán miró a un lado y a otro antes de inclinarse para satisfacerse, pero Eva colocó un cuchillo en su garganta y lo detuvo en seco.

—Si no cumples, mataré —lo amenazó.

Vázquez no se amedrentó, comprendía que lo necesitaba con vida para acompañar a Quesada, también que se trataba de una amenaza vana.

—Cumpliré, cumpliré —aseguró él, adentrándose en su cálido interior.

El capitán volcó todo su peso en ella. Eva sentía en la garganta su respiración entrecortada con cada empuje que realizaba; también, notaba la presión que ejercía en sus caderas, un dolor que Eva aguantó sin emitir un quejido. El cuerpo del soldado se movía con bestialidad, a la par que sus manos manoseaban con celeridad sus pechos y arañaban su piel. Apenas dos movimientos más tarde, jadeante por el esfuerzo, exhaló un grito de satisfacción descargándose en sus entrañas. Eva había soportado mucho más que los abusos de un hombre. Esbozó una sonrisa porque acompañaría a Diego y miró la luna, que pronto se ocultaría para dar paso al amanecer, mientras Vázquez la giraba con violencia y presionaba su rostro contra la tierra. El soldado aferró sus caderas e inició de nuevo sus brutales embestidas.

24

el polizón

Fortín de Basilan (Filipinas), 17 de febrero de 1851

Al alba, con las primeras luces, las tropas formaron una fila ordenada. El silencio parecía dominar a todos los integrantes de su equipo. Algunos hombres fumaban y otros se mantenían inquietos y asustados. Conocían el peligro que les aguardaba en Basilan, sin embargo, ninguno mostraría abiertamente su temor. El médico también era parte de la comitiva. Diego miró una última vez a la cabaña en la que vivía con Eva. La joven no salió a despedirlo y sintió de veras marcharse de aquella manera. Los hombres habían empezado a hablar de ellos como si fuese su mujer, pero en realidad, la trataba con el cálido afecto que le dispensaría a una hermana.

—¡Adelante! —gritó Diego.

Los soldados avanzaron con dificultad por manglares hasta el muelle donde embarcarían. Cuando llegaron a la playa, el sol se había alzado en el horizonte. La hermosura del paisaje sobrecogió a Diego. Las palmeras se movían y emitían un sonido susurrante como si varios niños hablasen en voz baja.

Los soldados se apresuraron a subir a bordo y se colocaron donde pudieron. El trayecto no era demasiado largo, a lo sumo duraría unas diez horas. Algunos se tumbaron en el suelo, con los brazos se tapaban los ojos y se entregaban a la bondad de Morfeo. Otros, por el contrario, fumaban intranquilos un cigarrillo tras otro. Los menos formaron un corrillo y jugaban a las cartas. Fernando tenía una pierna sobre uno de los hierros de la baranda de protección y apoyaba el cuerpo en la balaustrada mirando las aguas azules, casi verdosas, que separaban la isla de Balanguingui de Basilan.

—¿En qué piensas? —le preguntó Diego, encendiendo un cigarrillo.

—En Luisa.

—Estará bien.

—Algo me dice aquí —dijo Fernando, señalándose el pecho— que tiene problemas.

—Luisa siempre está metida en problemas.

Diego golpeó afectuosamente la espalda de Fernando y continuó en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Entonces,

Vázquez se acercó a ellos.

—¿Un cigarrillo? —ofreció uno a Fernando.

El madrileño denegó la oferta con la cabeza. Vázquez pertenecía a la camarilla de Soto y era tan desagradable como el capitán. La expresión de su rostro exhibía una satisfacción que apenas podía disimular.

—Parece que te ha tocado el premio gordo por venir —dijo Diego, lanzando la colilla al agua.

—Si supierais… —dijo con una sonrisa, y ufano añadió—: Ha sido mejor que cualquier premio gordo —aseguró, tocándose con descaro la entrepierna.

Había envuelto con palabras extrañas un misterio del que no habían comprendido nada, pero que dejó en el ambiente un rastro de desconcierto y repulsa. Se dio la vuelta y se marchó mientras reía a carcajadas.

—¿Qué tramará? —preguntó Fernando.

Diego observó cómo hablaba con Soto y este reía con ganas, sin dejar de mirarlo con burla. Estaba acostumbrado a sus provocaciones, pero esta vez sintió que había ocurrido alguna cosa en la que sin saberlo estaba involucrado. Decidió ignorar a Soto y a sus amigos y pensar en algo más alegre mientras llegaban a su destino.

Doce horas más tarde, debido a las corrientes en contra, al fin, llegaron a Basilan. Para atravesar los manglares debían turnarse con el machete. Abrirse camino suponía un esfuerzo considerable. Antes, se habían reunido en la playa con varios cientos de hombres de diferentes aldeas, que hartos de los ataques piratas de Joló, querían luchar y echarlos definitivamente de sus tierras. Estos conocían senderos desconocidos para los españoles, aun así el avance resultó igual de tortuoso.

Los isleños armados con flechas y cuchillos deseaban entrar en combate. Acostumbrados al clima, avanzaban con más facilidad que los españoles, pese a que estos vestían un pantalón blanco más ligero que el uniforme tradicional.

Cuando llegaron a las cercanías del fuerte, los joloanos mostraron su resistencia y defendieron su posición sin importarles las pérdidas.

Soto se acercó hasta donde se encontraban Fernando y Diego. Se agachó para protegerse de las flechas y susurró:

—Deberíamos enviar a un grupo de hombres. Si son capaces de abrir la puerta…

—Arriesgarán sus vidas.

—Sin riesgo no hay honor.

—Siempre que sea el honor de los demás… —intervino Fernando.

Soto miró a Fernando Narváez con inquina, aunque guardó silencio. Sabía que era el sobrino de la mano derecha de la reina.

—Es buena idea —afirmó Diego ante la sorpresa de su amigo. Sin embargo, añadió—: Iré yo. No se necesita más que un hombre para poner una carga de pólvora.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Fernando.

—Míralos —dijo Diego—. Son solo muchachos asustados.

La mayoría de los soldados que Salinas había enviado a combatir eran el reemplazo que llegó hacía dos meses. Ni siquiera se habían acostumbrado al maldito clima de esas islas. Salvo Baler, Soto, Vázquez, Fernando, el doctor y él mismo, el resto eran chicos que solo habían visto una batalla en los periódicos. Muchos aún no habían digerido el ataque al fortín. Si podía ganar ese fuerte sin perder hombres, lo haría. El resto de tropas las formaban nativos indisciplinados, valientes pero incapaces de acatar una orden.

—No irás solo —aseguró Fernando.

—Amigo, ¿quién cuidaría de Luisa si algo me pasase?

—Con ese cuento a otro —afirmó Fernando.

Soto contemplaba a los dos sin comprender nada de la conversación.

—¡Vamos! No tenemos mucho tiempo, señores —los interrumpió.

En ese momento, Baler se acercó a ellos con la cara seria, y tirando de la camisa de un soldado que arrastraba contra su voluntad.

—Capitán Quesada —dijo, soltando a su presa con brusquedad—. Tenemos un problema.

Los tres hombres observaron desconcertados a Baler y luego sus miradas se desviaron al soldado que exhibía una larga melena negra.

—¡Eva! —gritó Diego tan enfadado con la joven que le costó controlar la cólera—. ¿Cómo has conseguido venir?

—Vázquez —contestó ella sin remordimientos.

Diego miró a Soto. El capitán retiró la mirada con rapidez. Ahora comprendía de qué hablaban en el barco. Eva debía haber conseguido un trato con ese bastardo de Vázquez.

—No sabía que ella estaba aquí —se defendió Soto de las miradas despreciativas de los dos hombres.

Diego apretó los puños. Más tarde ajustaría cuentas con Vázquez, pero ahora debía salvar a esos muchachos.

—Baler, no la pierdas de vista ni un minuto —le ordenó—. Debemos destrozar esa puerta.

El alférez asintió y tomó de nuevo a la chica de la camisa, quien se revolvió como una anguila.

—¡No! —gritó ella—. ¡Te matarán! ¡Hay otra manera!

Baler la soltó cuando Soto le dijo:

—Deja que la muchacha cuente qué sabe.

Diego quiso protestar, pero Fernando disintió con un gesto de la cabeza.

—Tienen otra entrada, cubierta de plantas, secreta —explicó Eva.

—¿Dónde? —la apremió Soto.

La joven señaló un manglar que rodeaba la fortaleza, pero era imposible detectar el punto exacto. Encontrar el lugar que ella indicaba sería tropezar con un milagro.

—¡No hará lo que pienso que crees! —exclamó Diego, dirigiéndose a Soto.

—Es la única manera. —Fernando miró a Diego con una súplica en los ojos.

Diego supo que Soto y Fernando tenían razón. Muchos hombres salvarían sus vidas, pero a cambio pondrían en peligro la de ellos tres.

—¡Te llevaré! —insistió la muchacha, tirando de su manga.

Eva se ensució la cara y la ropa con tierra. Diego comprendió que nada de lo que dijese la convencería de lo contrario y, al igual que Fernando, imitó su ejemplo. Arrastrándose, se abrieron paso por los manglares igual que lo harían las serpientes. Tal y como les dijo, existía una entrada que la maleza había ocultado. Eva se puso en pie y se adentró por el agujero, negro e invadido por insectos que recorrieron con rapidez sus espaldas. Diego y Fernando imitaron su proceder. El agua los cubrió hasta el pecho, pegándoles la ropa a la piel. Diego y Fernando alzaron los fusiles y la pólvora. Caminaban en la oscuridad, salvo sus respiraciones no se oía nada más e ignoraban qué pisaban en el fondo embarrado. Al fin, divisaron el final del túnel, que atravesaba los dos muros de barricadas, y conducía al interior del fuerte. Dos joloanos custodiaban la entrada, Diego le entregó las armas a Fernando y extrajo su puñal. En ese momento, Eva gritó unas palabras en su idioma, atrayendo la atención de los guardias que se giraron para ver quién era. Entonces, la joven lanzó el puñal, matando a uno de ellos. El otro joloano intentó avisar a sus compañeros, pero Diego le clavó el suyo en el pecho. Enseguida, los introdujeron en el interior del agujero y observaron con atención dónde y qué hacían el resto de sus compañeros. La mayoría defendía la empalizada y otros, los heridos, eran atendidos por varias mujeres.

Eva les hizo un ademán con la mano para que la siguiesen. Los joloanos estaban más preocupados en vigilar el exterior que un pasadizo cuya existencia creían secreta.

Se deslizaron con rapidez hasta la puerta, colocaron la pólvora y Diego, que contaba con mejor puntería que Fernando, disparó. El estallido sorprendió a los piratas, que gritaron y abrieron fuego contra los manglares al otro lado, pues ignoraban dónde se ocultaba el enemigo.

Fuera, el capitán Soto, seguido de Vázquez, ordenó atacar. Los soldados en unión con las tropas indígenas se enfrentaron a los joloanos. En medio de la batalla, Diego advirtió cómo un pirata

apuntaba a su pecho; también que no le daría tiempo a cargar el arma. Entonces, ante la certeza de que muy pronto rendiría cuentas a Dios, miró a Fernando en una muda despedida. Su amigo vio que el joloano dispararía mientras que a Diego no le daría tiempo a cargar su arma, sin pensarlo, se interpuso en la trayectoria de la bala. El disparo resonó como un trueno, Fernando retrocedió en el aire por la fuerza de la bala y cayó al suelo tan blanco como el mármol más níveo.

En ese momento, Eva se giró y vio a sus dos amigos y a un pirata, un joloano de cierta edad que por las cicatrices de su pecho y sus brazos había participado en cruentas batallas. El joloano desenvainó su puñal, dispuesto a rematar a Fernando, mientras que Diego intentaba arrebatar un arma a uno de los hombres heridos que había en el suelo para defender a su amigo. En ese instante, Eva gritó unas palabras, el joloano al escucharlas esbozó una sonrisa terrible y desdeñosa a la vez que avanzaba un paso más hacia los españoles. La muchacha lanzó su puñal que se clavó en la espalda del pirata. El hombre volvió la cabeza incapaz de creer que ella lo hubiese derrotado, así que se arrancó el puñal y se encaminó con pasos vacilantes hacia Fernando. Diego supo que lo mataría, y se abalanzó hacia él, apuñalándolo en el vientre antes de que asesinase a Fernando.

—¡Maldito imbécil! —gritó Diego a Fernando acercándose a él—. Si te matan, Luisa no me lo perdonaría nunca.

Aliviado al verlo respirar, tomó de la cintura al madrileño y lo ayudó a entrar en el agujero. Necesitó todas sus fuerzas para atravesarlo y llegar a la posición que ocupaban los españoles. Eva se encargaba de vigilar sus espaldas. Había cogido un par de cuchillos de varios muertos que lanzaba con precisión y acierto. Nadie se atrevió a seguirlos, una vez que se adentraron en el pasadizo que conducía al exterior de la fortaleza.

Ahora la batalla dependía del capitán Soto, ellos ya habían hecho más que suficiente.

—Nunca imaginé que tuvieses madera de héroe —dijo Diego a Fernando en tono burlón.

—Ni yo tampoco, querido amigo —respondió poco antes de perder la consciencia.

De nuevo, Diego sintió como la pequeña mano de Eva se sujetaba a la manga de su camisa. Su mirada suplicaba su perdón, y Diego le sonrió para tranquilizarla.

TRAS UNA DURA noche, el capitán Soto derrotó al sultán de Joló, obligándolo a someterse al protectorado español, e impuso que la

bandera de España ondease en el fuerte.

Diego permaneció junto a Fernando mientras el doctor le extraía la bala; pero en la selva y con el escaso instrumental con el que contaba, cualquier cosa podría sucederle. Era un hombre joven, si bien la infección podía extenderse con rapidez y matarlo en un par de días. Ante la sorpresa de Diego, Eva tomó la decisión de convertirse en su enfermera personal.

De pronto, Baler apareció en medio del improvisado hospital, una cabaña que había aguantado el ataque de la noche anterior.

—¿Qué ocurre ahora?

El rostro del alférez no disimulaba su contrariedad.

—No va a gustarle. Son el capitán Soto y Vázquez.

El alférez ante la presencia de los demás le hablaba de usted al capitán como requería su rango militar.

—¿Qué han hecho esta vez?

—Han mandado derribar las casas de los piratas, quemar sus cosechas y destruir todas sus propiedades.

—¡Por amor de Dios!

Diego se puso en pie y siguió a Baler hasta donde se encontraban Soto y Vázquez. Tan solo ver a esos bastardos que ensuciaban el uniforme de la marina provocó en él una reacción incontrolable. En dos zancadas alcanzó a los dos y sin mediar palabra propinó un puñetazo a Vázquez que lo tumbó al suelo.

—Esto es por Eva.

Vázquez se limpió la sangre de la nariz con el dorso de la mano. Miró alrededor buscando apoyo, pero lejos de encontrarlo tropezó con la mirada avergonzada de sus compañeros. Todos ellos sabían que ese día debían la vida a la joloana, también lo que le había hecho Vázquez.

—¡Capitán Soto, ordene ahora mismo que sus hombres se detengan! —gritó Diego, e ignoró a Vázquez, que intentaba incorporarse del suelo.

—Son órdenes del comandante y este las ha recibido del gobernador.

—Las mujeres, ancianos y niños joloanos morirán de hambre.

—Así aprenderán que no pueden enfrentarse a España.

—Informaré a mis superiores de su proceder.

Diego tomó de la solapa de la marinera a Soto, para detenerlo, pero el capitán se soltó de su agarre con brusquedad.

—Hágalo —lo retó Soto. Y añadió—: También yo les contaré que se ha opuesto a dichas órdenes.

Diego apretó los puños, poco podía hacer para detenerlo. Soto alzó la mano y varios soldados prendieron fuego a los cultivos. Durante un par de horas las llamas lo devoraron todo.

DESPUES DE VARIOS meses más tarde en los que Diego solo había perseguido a piratas, disponía de un momento de tranquilidad en la cantina para leer una carta de Fernando. La había enviado desde Manila, donde lo habían trasladado desde Cavité para que se recuperase de su herida. Parecía que la salud de su amigo no mejoraba y eso lo preocupaba.

—¿Cómo está el madrileño? —preguntó Baler, sirviéndole aguardiente.

—Mejor que un rey —aseguró Diego.

—¡Claro que sí! Yo lo estaría si tuviese como enfermera a la hija del sultán de Brunéi. —Diego frunció el ceño y el alférez esbozó una sonrisa antes de continuar—: ¡Vamos, Diego! Tú también tienes ojos en la cara —dijo tuteándolo como siempre hacía cuando estaban en la cantina.

Baler tenía razón, Eva era una hermosa criatura de ojos rasgados y temperamento salvaje. Sin embargo, él solo la veía como la muchacha asustada que rescató de unos piratas, además de ser su aplicada alumna de castellano. A pocos les importaba cómo Eva había llegado hasta allí ni cuánto había sufrido hasta ese día; tan solo que habían perdido la oportunidad de negociar con ella. Por supuesto, Salinas y el gobernador lo amonestaron con severidad al enterarse de que Eva viajaba en el barco que llevaba al capitán Narváez hasta Manila. De eso hacía ya diez meses, pero Diego recordó la conversación con tanta viveza que sintió de nuevo la saliva de Urbiztondo en el rostro.

—¡Cómo ha sido tan inconsciente! —gritó el gobernador.

Diego se mantenía firme con cierto esfuerzo. Había llegado esa misma mañana de Basilan y nada más había tenido tiempo de comer un trozo de cecina reseca y beber un sorbo de aguardiente. Estaba sudoroso, agradecido a Dios de sobrevivir y furioso con el capitán Vázquez. Lo peor de todo era que apenas podía contener su odio por Soto por destruir el alimento de cientos de almas inocentes. Su queja al respecto no sorprendió al gobernador, que ni siquiera hizo ademán de tomarla en consideración.

—Temía que los piratas reagrupasen sus fuerzas y nos atacasen —explicó Diego—. Consideré que lo más seguro para la hija del sultán era embarcarla con los heridos.

—¡Lo más seguro…! ¡Lo más seguro era traerla de vuelta! ¿Sabe lo que va a suceder? —Diego guardó silencio. Urbiztondo se sentó en una silla y miró directamente a los ojos del capitán—. Hemos perdido la oportunidad de vencer a los británicos.

—Ella puede regresar…

El gobernador hizo un gesto de disentimiento con la mano.

—Es solo la hija de una de sus mujeres, una esclava. La aprecia tanto como a un caballo o un arma de fuego, pero no romperá un tratado con los británicos si estos le ofrecen algo más que esa muchacha. El sultán se vio en la obligación de agradecerme que rescatásemos a su hija. Y si no la entrego en un par de semanas, pensará que fue un engaño y cualquier acuerdo pactado quedará roto.

—Señor, yo…

—Retírese, capitán Quesada. —Ante su preocupada mirada, el gobernador se apiadó de él y dijo—: No es culpa suya. Hizo lo más caballeroso y cristiano por esa muchacha. Lamentablemente no todos tienen su honorabilidad.

Diego supo a qué se refería. No sucedía nada en el fortín sin que Urbiztondo lo supiera. También que cada vez le enviaban más niños que hombres y Vázquez era un capitán sin motivos para regresar a España. No perderían a un hombre de su valía por una joloana.

Quesada asintió, pero en el fondo comprendía que había puesto en peligro la vida de muchos otros. De eso hacía un par de semanas en las que solo se había centrado en cumplir órdenes, aunque estas fueran de lo más peregrinas.

Baler continuó recitando halagos cada vez más soeces sobre Eva.

—No vayas por ese camino —le advirtió Diego con la voz ronca y la mirada turbia.

—Soto te la tiene jurada desde que presentaste el informe a Salinas de lo sucedido en Basilan. Tarde o temprano te lo hará pagar —dijo cambiando de tema.

De pronto, un soldado se plantó delante de ellos.

—El comandante Salinas desea verlo —dijo a Diego.

Diego se preguntó qué había hecho esta vez, pero asintió al chico que había llegado hacia un par de semanas y exhibía el rostro ceniciento, con seguridad sufría aún de fiebres. Quesada se bebió el aguardiente de una sola vez, apagó el cigarrillo y mató a dos mosquitos en su cuello. Luego siguió al soldado.

Diego saludó militarmente y se mantuvo firme hasta que Salinas le ordenó:

—Descanse.

—Gracias, señor.

El comandante tomó una carta y leyó su contenido.

—Nadie mejor que usted se merece esta condecoración por destruir la puerta del fuerte que permitió la entrada de los soldados, además de salvar la vida de un compañero. Ha llegado con meses de retraso, pero enhorabuena. Partirá para Cavité y de allí a Manila, donde dispondrá de seis meses de permiso.

25

una sorpresa inesperada

Castillo de Kawaokura (Nagoya-Japón), 29 de octubre de 1850
(Décimo mes del tercer año de la era Kaei)

El mes de octubre finalizaba, y dejaba en el ambiente la creencia de que era el momento en que los espíritus errantes visitaban el reino de los vivos para ver a sus familiares. El cielo nublado permitía al sol lucir con timidez. Miyako y Villalba paseaban por los jardines del castillo de Kawaokura. Ambos se aproximaron al olivo que la famosa condesa de Carrión había plantado hacía más de doscientos años. Sus ramas, cargadas de aceitunas, en breve sembrarían el suelo con una alfombra de redondos frutos de una fragancia peculiar.

—Bonito ejemplar —afirmó Villalba al ver el árbol.

Sus retorcidas raíces y ramas exhibían el paso de los años, que en vez de restarle belleza lo habían dotado de una sobriedad elegante.

—Es cierto, es un árbol magnífico.

—¿Sabéis qué significa el olivo en mi tierra?

—No, *sensei*.

Villalba envaró el cuerpo y empezó a contar la historia del Diluvio Universal, la paloma y su rama de olivo y como representa la paz en el mundo cristiano. Al principio, dichos conceptos fueron difíciles de comprender para Miyako, pero le parecía una historia muy hermosa.

Había pasado un mes desde que regresaran de la casa del clan Otowara, desde entonces se mantenía alerta y en tensión. Además, lamentaba que su *sensei* Moriyana dejara de darle clase, puesto que según él, ya dominaba el idioma y poco podía enseñarle. Echaría de menos sus conversaciones y proverbios.

Una criada se acercó a ellos con pasos cortos pero ligeros. La muchacha hizo una reverencia y, con la voz agitada, dijo:

—Señorita, el daimio desea verla.

Miyako sonrió a la sirvienta. De nuevo, la joven se inclinó antes de marcharse por donde había venido con la misma rapidez con la que había llegado.

—Será mejor que regresemos, *sensei*.

EN LA HABITACIÓN cubierta por solo cuatro tatamis, sin ningún

otro adorno, la aguardaba su padre. Era la sala donde el daimio recibía a las visitas menos importantes. Un brasero de hierro encendido culminaba la sobria decoración de la estancia. Una criada abrió la puerta corredera, se echó a un lado y la dejó pasar. Miyako esbozó una sonrisa que se congeló en su rostro al ver quién acompañaba a su padre que parecía más enfermo que el día anterior. La preocupación por su débil salud había hecho mella en ella y apenas dormía pensando en la manera de ayudarlo. Se acercó a su lado para servirle el té y su padre se lo agradeció con la cansada sonrisa de quien hace tiempo espera terminar su existencia.

—Hija, mira quién nos visita —dijo el daimio.

—Es un honor, señor Kawaokura.

—Me alegra verla —respondió su prometido Hiroyoki.

Miyako realizó una inclinación como correspondía a una dama de su posición, se sentó de rodillas, agachó la cabeza sumisa y colocó las manos en el regazo. A continuación, palmeó una vez. Enseguida la puerta corredera se abrió y una sirvienta trajo una bandeja que se había dispuesto para beber *sake*.

—Es todo un honor —respondió e intentó que su voz no sonara fría.

Durante esos cinco años apenas había visto a su prometido dos o tres veces, sin embargo, ahora mostraba un gesto tan serio que juzgó mejor no provocarlo de ninguna manera.

—¿Qué te ha traído por aquí? —preguntó el daimio.

—Deseo conocer mejor a mi prometida y aprender de usted como convertirme en un buen daimio, por ello pasaré unos meses en Nagoya.

Mientras Hiroyoki contestaba, Miyako le ofreció con las dos manos una taza de té y vislumbró un atisbo de mentira en la explicación que Otowara le daba a su padre. Se preguntó qué tramaría.

—Eso me complace, querido muchacho.

—Futuro padre, debo marcharme —dijo cuando terminó, postrándose en el suelo ante Kawaokura.

Miyako sintió que la sangre le subía a las sienes con rapidez. Sus palabras eran tan falsas como sus maneras.

El daimio asintió, sin cuestionar dicha decisión ni hacer más preguntas. Entonces, Miyako se vio en la obligación de realizar una inclinación mientras que su prometido la miraba con desprecio. Aprisa inventó una excusa con la que despedirse de su padre y salió del cuarto con la idea de seguir a Otowara. No podría abandonar el castillo sin un pretexto, así que le ordenó a su doncella que llamase al señor Villalba.

El profesor entró en su habitación sin resuello. Al verlo, Miyako imaginó que la señora Himura le había gritado palabras del todo

incomprensibles para su amable *sensei*.

—Señorita Kawaokura, disculpad mi atavío, pero su sirvienta parecía de lo más preocupada. ¿Se encuentra bien?

—No se preocupe por mí.

Villalba, sin su chaqueta y solo con los pantalones y una camisa, se asemejaba a un personaje cómico de alguno de los libros que había leído. Ante la sorpresa del español, la criada le instó a que se pusiera un kimono de hombre.

—Disculpad, pero el japonés es una lengua que todavía se resiste a mantenerse en mi memoria y, a veces, confundo expresiones o emociones. Pero, ¿la señora Himura quiere que me vista con ropas japonesas para…?

—No puedo contarle los motivos de mi extraño proceder, al menos, no todavía. Le suplico que me acompañe sin hacer preguntas.

El tiempo corría en su contra. Tenía que salir cuanto antes del castillo o perdería a Hiroyoki. Esperaba que su prometido se entretuviese pavoneándose delante de muchos otros guerreros con los que se encontraría en el camino de regreso a la ciudad.

—Señorita, me veo en la obligación de preguntarle si nuestra misión es peligrosa.

Los ojos de Miyako se fijaron en los cálidos de su *sensei*. Ignoraba si se embarcaba en una tarea arriesgada; pero si alguna vida peligraba al seguir a Hiroyoki, era la de su querido profesor.

—No lo sé —respondió con sinceridad.

Villalba asintió con fervor.

—De acuerdo. No la dejaré en manos de la fortuna sin mi protección. Soy y siempre seré un caballero español.

Miyako asintió agradecida y terminó de vestirse con un kimono sencillo. Su atuendo era el de una de las sirvientas del castillo, mientras que el del profesor parecía más el de un venerable anciano. La señora Himura le había dado un sombrero que tapaba sus facciones y su andar lento haría el resto.

—No debería hacer esto —dijo la señora Himura.

Miyako miró a la mujer con ternura, pero debía averiguar las intenciones de Hiroyoki.

—No se preocupe, yo la cuidaré, señora Himura —intervino el español con un tosco japonés.

La mujer puso los ojos en blanco al escuchar sus palabras. Al final, suspiró resignada y abrió la puerta. Cuando se aseguró de que ningún sirviente merodeaba por los alrededores les hizo una señal para que salieran de la habitación.

Tal como había imaginado Miyako, Hiroyoki se había detenido a hablar con un hombre en el camino que conducía a la ciudad. Al principio creyó que sus ojos se equivocaban, pero las ropas del

desconocido que hablaba con Otowara no eran sino las de un plebeyo. No portaba armas, pero sí un cesto en el que parecía que había herramientas de trabajo. Miyako se fijó más y entonces reconoció al hombre. Se trataba de un *nōkaji*. Era uno de los herreros agrícolas al servicio de su padre. Se preguntó por qué hablaba con un samurái como Hiroyoki.

—¿Aquel es vuestro prometido? —le susurró al oído Villalba.

Miyako asintió con la cabeza sin pronunciar una palabra, aunque empujó levemente a su *sensei* para evitar que ellos notasen que los vigilaban.

—Me pregunto qué trama —dijo más para sí que para Villalba, pero el español la escuchó.

—Nada bueno, señorita Kawaokura. Será mejor que regresemos.

Ignoró el consejo de su *sensei* y siguió a los dos hombres. Atravesaron la ciudad, alejándose de las zonas más concurridas hasta dirigirse a las afueras. Cuando se encaminaron a los límites exteriores de Nagoya y se adentraron en un sendero que llevaba a una zona deshabitada, la curiosidad de Miyako aumentó, también su aprensión ante lo que podía tramar y sus repercusiones para el clan Kawaokura. Se mantuvieron a una distancia prudencial y fuera del camino para que no los descubriesen.

—Señorita, esto no me parece que vaya a acabar bien —afirmó Villalba que no dejaba de mirar tras su espalda.

—Terminaremos pronto.

Al final del sendero, los dos hombres se detuvieron, aunque lo que llamó la atención de Villalba y Miyako fue la columna de humo que ascendía hacia el cielo. Provenía de la chimenea de una herrería, pero no tenía ningún sentido tener un negocio tan alejado del centro de la ciudad.

—¿Por qué hay una fundición en un lugar como este? —inquirió Villalba.

—Eso pretendo averiguar.

—¡No sea imprudente! —exclamó el español.

—Estas tierras son de mi padre. Y le aseguro que desconoce por completo que exista una herrería. Quédese aquí. Si tardo demasiado avise a la señora Himura que ordene a Iko que venga a este lugar —le pidió.

—Nada de lo que le diga la convencerá de lo contrario, ¿verdad? —le preguntó Villalba. Ella disintió, y su *sensei* le dijo—: Tenga cuidado. No creo que a vuestro prometido le agrade verla en este lugar.

Miyako omitió responder, pero estaba segura de que su futuro esposo la castigaría con dureza si la pillaba fisgoneando. Se dirigió a un costado de la herrería. El devenir de hombres mostraba que fuera

lo que hiciesen, dentro se trabajaba frenéticamente. Casi a rastras, para no ser vista por ninguno de los trabajadores, alcanzó la parte de atrás donde encontró una puerta *shōji* a la que le faltaban varios paneles de papel y, a través de uno de ellos, observó el interior. Varias mesas repletas de papeles y libros extranjeros atrajeron su atención. En una de ellas, su prometido discutía algún tema importante con quien parecía el encargado de la herrería. Esta vez era un *katanakaji*, un forjador de espadas artísticas. Miyako lo reconocía, también había servido a su padre y a sus samuráis en alguna ocasión. Hiroyoki asentía con seriedad y exhibía una postura autoritaria. Tras decir algo más, Miyako no escuchó debido al ruido que existía en los hornos y en el trabajo de los hombres al golpear los metales, vio cómo se alejaban en dirección a la puerta. En un impulso Miyako se adentró en la herrería. Aprisa se acercó a la mesa, sin que nadie reparase en su presencia. No se había equivocado en sus suposiciones, los libros reproducían el plano de un arma. Leyó que se trataba de un fusil de cerrojo llamado *Sharps*. Estaba escrito en inglés. Difícilmente alguno de ellos interpretaría aquel texto, salvo mirando los planos. Por supuesto, las explicaciones que había en los márgenes evitarían que muchos otros muriesen por un error de la fabricación. Cuando se marchaba, uno de los trabajadores la vio y dio la voz de alarma.

Quiso huir, pero notó una mano en su hombro que la lanzó al suelo con tanta brusquedad que creyó que no se levantaría de nuevo.

—¡Maldita sea! ¿Qué demonios haces aquí?

Hiroyoki mostraba su furia que apenas controlaba. Miyako comprendió que temía que le contase a su padre lo que hacían en la herrería. No se arriesgaría a que el marqués de Kawaokura detuviese su fundición. Miró a su alrededor, nadie la defendería del hijo de Otowara. Podría mentirle, pero no creería ninguna de sus palabras. Además, pensó que si la mataba, la haría desaparecer dentro de uno de esos hornos de fundición y nadie descubriría qué le había pasado, ni siquiera su padre.

—Te seguía.

El samurái frunció el entrecejo, incapaz de decidir qué hacer con ella. Su mano apretaba la empuñadura de su *shōtō*[70] y la desenfundó unos centímetros. El brillo del acero la alertó. Esta vez, la mataría si no lo convencía de que le era más útil viva que muerta.

—¿Por qué me seguías?

—Quería averiguar qué hacías. Sé que mentiste a mi padre esta mañana.

Hiroyoki extrajo un poco más la espada. Miyako comprendió que si no fuese ella la hija de Kawaokura, ya la habría asesinado; pero no se arriesgaría a comprobar si su rango finalmente lo disuadiría, así que se apresuró a decir:

—Hay una especificación necesaria para que los hombres no pierdan la vida si disparan esa arma.

Sabía que no era tan estúpido para rechazar una ayuda tan inestimable que acortaría el tiempo de producción; sin embargo, leyó en su mirada que no confiaba en ella. Hiroyoki miró la mesa donde se hallaban los libros.

—Hablo el idioma de los *gaijin* —le recordó. Luego se aventuró a preguntar—: ¿Es un encargo del señor de Mito? —Ante el silencio de Hiroyoki, añadió—: Supongo que las tierras de Mito Nairiki son vigiladas por el *bakufu,* mientras que las de mi padre, un hombre leal al sogunato, no incumpliría la orden de adquirir armas.

Hiroyoki sin terminar de sonreír, dibujó su satisfacción en la comisura de los labios.

—¿Cómo sé que no me traicionarás?

Hiroyoki desvió de nuevo la mano hacia la empuñadura de su katana.

—Porque esta vez no me perdonarías la vida.

Los dos sabían que había muchos intereses en juego en aquella fundición. Ninguno podría escapar a su destino, así que Hiroyoki asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Si cometes un error, tú y tu padre lo pagareis caro.

Miyako lo miró como si fuese una presa acorralada y, sin embargo, con valentía en su mirada.

—Si le haces daño a mi padre o alguno de los míos, no te lo perdonaría jamás —respondió con los dientes afilados.

—¡Qué miráis! ¡Volved al trabajo! —gritó Hiroyoki al comprobar que varios hombres escuchaban su conversación.

Después atrapó el brazo de Miyako, alzándola en el aire y la arrastró a una de las mesas.

—Nunca más te atrevas a avergonzarme delante de ninguno de mis hombres. —Sus ojos estaban inyectados en sangre y su agarre la aprisionaba con tanta fuerza que el dolor se reflejó en su rostro. Empujándola, le ordenó —: ¡Traduce ese maldito libro!

La madera golpeó la cadera de Miyako y su semblante se tornó pálido. No dijo una palabra y se concentró en la tarea de leer el libro norteamericano.

Dos horas más tarde, salía de la herrería junto a Hiroyoki, llevando uno de los libros extranjeros entre las manos. En la distancia, el profesor Villalba se moría de desesperación, pero le había prometido esperarla y cumpliría su palabra. Torpemente salió de su escondite y atrajo la atención de los dos jóvenes.

—¡Señorita Kawaokura! ¡Señorita Kawaokura!

—Vuelve al castillo con tu perro extranjero antes de que se haga daño.

La manera despectiva de Hiroyoki de tratar a todo el mundo, pero en especial a los extranjeros, enojaba a Miyako.

—*Sensei*, regresemos.

Justo cuando se marchaba, Hiroyoki la retuvo con sus palabras:

—No olvides nuestro pacto.

No contestó y avanzó, seguida por su profesor, que no dejaba de vigilar su espalda como si el samurái lo fuese a decapitar de un momento a otro.

Tras contarle a Villalba todo lo que había visto y sucedido en la herrería, la joven guardó un largo silencio.

—¿Qué piensa hacer? —le preguntó al fin el español con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—Contárselo ahora mismo a mi padre. Lo que hace Hiroyoki concierne a nuestra familia y es muy peligroso. El *bakufu* puede considerarlo responsable y obligarlo a cumplir una condena por ello.

—Su prometido…

—No me asustan las amenazas de ese necio —contestó, si bien notó un atisbo de miedo en su interior.

—Le aconsejo prudencia, querida niña.

Miyako asintió, pero no fue la prudencia lo que impidió que confesase a su padre lo que había descubierto, sino una noticia inesperada.

Se despidió de su maestro y se dirigió a sus habitaciones. La señora Himura la ayudó a desvestirse y, de nuevo, se adecentó con un kimono propio de una dama de la aristocracia samurái.

—¡Gracias a los dioses que está bien! —exclamó la mujer aliviada.

Miyako esbozó una sonrisa. Sus pensamientos estaban muy lejos de allí. Dispuesta a ver a su padre se encaminó a sus dependencias, cuando su sirviente le anunció que el doctor lo visitaba.

—Esta mañana no estaba enfermo…

—Lo sé, señorita, pero empezó a encontrarse mal y llamé al médico.

—Ha hecho lo correcto —respondió ella, agradeciendo su actuación con una inclinación respetuosa.

Se trataba de Ichiro, un hombre que había servido a su padre desde que ella tenía uso de razón. Miyako ya no entendía el funcionamiento del castillo Kawaokura sin la mano del señor Ichiro. Un hombre cuya edad era incierta, con una apariencia severa que escondía un noble corazón. Su aspecto de leal sirviente ocultaba una inteligencia y capacidad inestimable para la casa Kawaokura, quien confiaba sus asuntos plenamente en él desde hacía décadas.

Los dos aguardaron en silencio en la habitación contigua a los aposentos privados del daimio. Miyako se frotaba las manos sobre el regazo, con la actitud paciente y comedida que se suponía debía

poseer la hija de un daimio. Cuando al fin salió el médico, se puso en pie de un salto y se apresuró a preguntarle sobre el estado de su padre.

—Señorita Kawaokura, el daimio necesita descanso y no beber *sake* durante un largo tiempo.

—¿Mejorará?

—Si se cuida lo suficiente y no recibe sobresaltos de ningún tipo, seguro que volverá a ser el hombre de siempre.

—Muchas gracias, doctor. El señor Ichiro le ofrecerá un té y lo acompañará hasta la salida.

El tema económico también lo zanjaría el señor Ichiro, así que el doctor asintió y, tras una inclinación respetuosa, se marchó detrás del sirviente.

Miyako abrió la puerta corredera, vio a su padre tumbado en el futón y se arrodilló a su lado. Tomó un paño limpio, que había en una bandeja a sus pies, lo mojó en un cuenco con agua fría y se lo puso en la frente. Poco podía hacer para aliviar sus dolencias, pero permanecería junto a él hasta que se recuperase.

Cerca de la medianoche, el marqués despertó envuelto en sudor. La habitación en penumbras mostraba la belleza etérea de la mirada entristecida de Miyako.

—¡Padre! —gritó, y el daimio llevó la mano al rostro de su hija.

—No te preocupes, estoy bien —mintió.

El daimio acarició la cabeza de su hija para tranquilizarla.

—El médico dijo…

—Ese matasanos no sabe nada más que recetar hierbas y descanso. Quiero un *sake* para quitarme el mal gusto que me han dejado en la boca. —El marqués se incorporó, pero Miyako cruzó las manos sobre el pecho y su mirada evidenció que no ganaría aquella batalla. El daimio con una expresión desolada preguntó—: ¿Lo ha prohibido…?

—Ni una gota, padre.

—¿Por cuánto tiempo?

—Más del que desea. Y por si se salta las órdenes del médico, he ordenado al señor Ichiro que confisque todo el *sake* del castillo.

—Hija, es un duro castigo.

—Lo sé, padre —respondió con su mismo tono burlón.

—Cuéntame, ¿qué ha sucedido hoy?

Miyako quería revelarle a su padre lo que había descubierto, sin embargo, consideró la recomendación del médico y guardó silencio.

—Leí un libro en inglés.

—¿Era interesante?

—Lo era, padre.

—Cuando vaya de nuevo a Nagasaki, te compraré algunos ejemplares más.

Miyako asintió e intentó que su padre no viese su rostro. Jamás le había mentido, y al hacerlo sentía que traicionaba su confianza.

26

Onna-bugeisha

Castillo de Kawaokura (Nagoya-Japón), 5 de noviembre de 1850
(Undécimo mes del tercer año de la era Kaei)

Una semana más tarde, el daimio todavía continuaba convaleciente. La dolencia del corazón que padecía era más grave de lo que el médico creyó en un principio. A partir de ese momento, por voluntad del daimio se iniciaron los preparativos de la boda; aunque a Miyako nada relacionado con ese asunto le interesaba. La señora Himura le mostraba los kimonos y adornos enviados por la casa Otowara, sin conseguir ni siquiera atraer por un instante su atención. Su comportamiento indiferente desesperaba a la sirvienta, pero carecía de autoridad ni fuerzas para acometer una tarea tan dura mientras el estado de salud de su señor no parecía mejorar.

Los meses se sucedieron hasta que a mediados de enero del año siguiente, el prometido de Miyako se instaló en el castillo. Alegó para hacerlo que dada la salud de su suegro, sería mejor que él se ocupase de la organización de la ceremonia y de los invitados. La mañana en que Otowara Hiroyoki llegó a Kawaokura fue recibido por el daimio y por Miyako que paseaban por uno de los jardines preferidos de la joven.

Otowara se inclinó ante su futuro suegro, tras los saludos de rigor y explicar el motivo de su visita, el daimio dijo:

—Eres muy considerado —le agradeció el padre de Miyako.

—Es un placer ayudarle a descargar el peso de sus responsabilidades —dijo Hiroyoki, a la par que fijaba la vista en Miyako.

Otowara Hiroyoki se había presentado en el castillo de Nagoya sin que nadie hubiera requerido su presencia. Miyako sentía cómo la sangre le ardía de rabia, en cambio, debía actuar con la sumisión que se requería de una mujer de su clase. Estaba segura de que el comportamiento de Hiroyoki se debía a la fabricación de una nueva arma: el cañón rayado. La había obligado a traducir los planos de construcción y, otra vez, a escondidas de su padre. De todos modos, agradecía que Hiroyoki pasase más tiempo en la ciudad que en el castillo. Raras eran las ocasiones en que coincidían y esa era una de ellas.

El daimio detuvo su paso y decidió sentarse en uno de los bancos de piedra que había en el jardín para recuperarse del esfuerzo.

—Será mejor que descanse un momento.

Era un hermoso lugar desde donde contemplar los árboles que bordeaban el lago. La serenidad del paisaje siempre calmaba el espíritu de quien lo observaba. Aquel día, sin embargo, no tranquilizó a Miyako. Nada la tranquilizaría, mientras estuviese al lado de Hiroyoki.

—Padre, yo me quedaré contigo.

—No, acompaña a Hiroyoki. Tendréis muchas cosas de que hablar sobre vuestra boda.

Hiroyoki hizo una inclinación, y Miyako se vio en la obligación de aceptar la disposición de su padre. Se mantuvo un paso por detrás de su futuro esposo; pero él se giró, y ella se rebeló ante lo que leyó en su mirada colocándose a su lado como una igual.

Hiroyoki se detuvo en seco, se aseguró de que el daimio no los veía y se encaró con ella.

—Ocupa tu lugar —ordenó con la voz imperiosa.

Miyako retrocedió, sorprendida por su actitud, pero una vez se recuperó de la sorpresa avanzó de nuevo un paso.

—Aún no soy tu esposa, y tú solo eres un invitado de mi padre. No olvides que el clan Kawaokura es superior al clan Otowara.

Miyako leía en la mirada de Hiroyoki el esfuerzo que hacía por controlar la cólera. En silencio se acercó a ella, la agarró por los hombros y la sacudió con fuerza. El dolor la obligó a emitir un quejido que confundió a Hiroyoki, y la soltó con brusquedad.

—Cuando seas mi esposa, no estudiarás el lenguaje de los extranjeros, ni enseñarás a la servidumbre a leer ni a escribir en ningún idioma. Un sirviente jamás debe superar en nada a un samurái.

—¡No puedes prohibirme que…!

—Te prohibiré cualquier cosa y esa será una de tantas. No es bueno que una mujer, mi mujer, inunde su mente con ideas subversivas.

Miyako sabía que él tenía el derecho de prohibirle cualquier cosa, y ella el deber de obedecer sus órdenes; pero de todo cuanto podía hacerle, quitarle la lectura de esos libros resultaba ruin y cruel hasta para un hombre de estrechas miras como Hiroyoki.

—¿No dices nada?

Miyako controló su temperamento. Había comprendido que enfrentándose a él directamente no lograría nada. Ya idearía la forma de superar ese obstáculo.

—Será cómo digas.

Sus palabras y su sumisión asombraron a Hiroyoki, que apenas disimuló la satisfacción de verla humillarse ante él.

UN FRÍO HÚMEDO obligó a Miyako a suspender las clases que impartía a las niñas y mujeres al servicio del clan Kawaokura. Esas clases eran la manera que tenía de cumplir su promesa hecha al monje mendicante cuando le prestó su ropa para combatir en la competición de arco. Desde la marcha de Hiroyoki, hacía una semana, había preferido dejar en manos del señor Ichiro y la señora Himura los preparativos de la ceremonia matrimonial y concentrarse en tareas que le resultaban más placenteras, como enseñar a sus alumnas. Entre ellas destacaban algunas que tendrían un futuro muy prometedor como estudiantes si se permitiera a las mujeres aprender de igual manera que los hombres.

Muchas veces su frustración la enterraba bajo una capa de autocontrol que encontraba practicando con el arco, aunque también con la *naginata*. El arma se había cubierto con tela para que no hiriese a su profesor. El anciano samurái, de una familia de menor rango, servía al clan Kawaokura desde hacía años. Sus antepasados se remontaban al tiempo del daimio Kawaokura Ryô y la condesa de Carrión.

Miyako hizo una inclinación respetuosa a su maestro antes de iniciar el entrenamiento. En la sala, colgada en la pared, se hallaba la *naginata* de su madre, que heredaría como suya cuando contrajese matrimonio, hasta ese día entranaría con una de menor calidad.

Posicionó las piernas para iniciar el combate, alzó el arma y aguardó el ataque de su *sensei*. Avanzó unos pasos empuñándola, con precisión golpeó la de su maestro. Ambas armas parecían enredarse y liberarse con movimientos rápidos y fuertes. En medio de la práctica, que se realizaba en el patio, apareció Hiroyoki. Miyako no lo esperaba hasta dos semanas más tarde, se preguntó qué haría allí de nuevo. El viejo samurái detuvo su enseñanza y se inclinó ante el futuro señor de Kawaokura, aunque la atención de Hiroyoki se centró en Villalba, que chocó sin querer con él cuando se marchaba aprisa del patio. Eso lo enfadó considerablemente más y desenfundó su katana, ante la sorpresa del español, que lo contemplaba con los ojos aterrorizados.

—Lo siento, lo siento… —repetía sin entenderse lo que decía.

De pronto, una *naginata* entrechocó contra el acero de la katana de Hiroyoki.

—¡Cómo te atreves, viejo maestro! —exclamó encolerizado.

—Aún es mi *dōjō*[71] —afirmó ella.

No era el maestro quien se interponía, sino Miyako. Al advertir que era ella la que pretendía detenerlo, Hiroyoki arremetió para derribarla. Miyako jamás se había enfrentado en una contienda donde

las hojas pudiesen herir, menos aún, en una para salvar la vida; pero atisbó en los ojos de Hiroyoki que no estaba dispuesto a concederle la oportunidad de retirarse sin luchar.

—Creo que ha llegado el momento de enseñarte una lección.

Miyako pensó que no doblegaría su voluntad. Sin embargo, era más versado en batallas y peleas que ella. De todos modos, colocó la hoja de acero en dirección al suelo y aguardó a que su contrincante la atacase. Enfrente, Hiroyoki adelantó un pie y alzó la katana. Justo en el instante en que la bajaba, ella entrechocó su arma con la de él y detuvo su maniobra. Avanzaba y se retiraba con velocidad y precisión.

—Felicito a tu maestro por sus enseñanzas, pero no vas a vencerme.

—Tal vez…

Cuando ambos volvieron a sus posiciones opuestas a la espera de un nuevo enfrentamiento, Hiroyoki le dijo:

—Aún estás a tiempo de parar este juego antes de que te hagas daño.

El rostro de Miyako estaba invadido por el sudor, su melena se había desatado de su agarre y caía parcialmente sobre sus hombros. Le dolían las manos de sostener la *naginata* y, los golpes de Hiroyoki con la katana le dejarían entumecidos los brazos durante mucho tiempo.

—No me rendiré —aseguró.

Sus palabras acabaron por encender la ira de Hiroyoki, que creía que la mujer era un simple y mero elemento decorativo y un vientre para engendrar a sus hijos. Miyako advirtió que la mataría si tenía la oportunidad, así que con un golpe inesperado consiguió herir su mejilla. La sangre brotó de inmediato, sorprendiendo a ambos. La cicatriz sería un bochornoso recordatorio para el soberbio samurái.

—Te arrepentirás de tu osadía —masculló con la mente nublada por el odio.

Ella supo que luchaba por defender su vida, pero sus gritos de lucha se oían cada vez más débiles.

Mientras tanto, el profesor de *naginata* había enviado a un sirviente a informar al daimio de lo que sucedía.

Apoyándose en el señor Ichiro, el marqués apareció en el patio de entrenamiento. Los dos hombres miraron con asombro a la futura pareja de casados.

Sudorosa y con una herida en el brazo, que sangraba a través de la tela de su kimono, Miyako exhibía un rostro triunfante sobre Hiroyoki, a quien había desarmado y amenazaba a la altura del pecho con la hoja afilada de su *naginata*. Si hacía tan solo un leve movimiento, no vería un nuevo amanecer.

—¡Basta! —gritó el daimio, atrayendo la atención de los dos jóvenes—. Miyako, me avergüenzo de que seas mi hija. —Se dirigió

entonces a Hiroyoki, inclinándose ante su futuro yerno, dijo—: Mis más sinceras disculpas por la conducta inapropiada de mi hija. Será duramente castigada.

Miyako respiraba con dificultad, no solo por el esfuerzo de la pelea, sino por las injustas palabras de su padre.

—No se disculpe, querido padre —dijo Hiroyoki, poniéndose en pie cuando ella retiró el arma de su pecho—. Entiendo que sus numerosas preocupaciones y la falta de una madre han sembrado en la personalidad de mi prometida un germen rebelde que mi mano corregirá muy pronto.

—Miyako, ve a tu habitación. Más tarde hablaré contigo.

Ella lanzó al suelo la *naginata*. Ningún guerrero trataría sus armas de aquella manera, pero su padre la había herido profundamente en el corazón, humillándola como *onna-bugeisha* [72].

Kawaokura observó cómo Miyako se alejaba con los puños apretados. A pesar de su recriminación y la condena de su comportamiento, la mirada del daimio exhibía un orgullo infinito.

—Si las leyes del país fueran otras, más modernas y abiertas, mi hija habría sido un magnífico daimio —dijo a Hiroyoki.

27

los recuerdos del pasado

Castillo de Kawaokura (Nagoya-Japón), 22 de enero de 1851
(Primer mes del cuarto año de la era Kaei)

Hiroyoki no podía evitar comportarse así con una mujer que le recordaba tanto a los extranjeros que intentaban apoderarse de su nación. Jamás olvidaría cómo uno de ellos había acabado con la vida de su hermana. Pocos sabían que su padre había concebido una hija con una *geisha* de prestigiosa fama. Una niña que a la muerte de su madre fue llevada al castillo de Otowara.

—Ella es Ame —la presentó su padre. Y añadió—: Él es tu hermano mayor, se llama Hiroyoki.

La niña se inclinó con respeto, pero esbozó una ligera sonrisa. Nadie le había contado a Hiroyoki que tenía una hermana. Miró a sus dos hermanos. El primogénito parecía indiferente a la presencia de la niña, mientras que el segundo mantenía un gesto de burla en el rostro.

—Ame vivirá con nosotros a partir de ahora. Su madre ha muerto y su familia no puede hacerse cargo de ella.

Los tres asintieron a la voluntad de su padre, pero solo Hiroyoki permaneció en la sala, junto con Ame, cuando sus dos hermanos se marcharon.

—¿Sabes jugar al *hanetsuki*[73]? —le preguntó ella, entrelazando los dedos con nerviosismo.

—Claro, pero es un juego de niñas.

Ella alzó el rostro y lo miró desilusionada.

—Hoy es Año Nuevo, jugaba con mi madre, pero…

Hiroyoki sintió compasión por la pequeña huérfana y dijo:

—Está bien, pero deberás perdonar mi torpeza.

Ella sonrió y dejó ver una dentadura irregular, que le otorgó una belleza que deslumbró a Hiroyoki.

Conforme se sucedían los días, Ame intentaba por todos los medios complacer a sus hermanos, pero ellos la trataban como a una sirvienta más. Solo Hiroyoki encontró en la niña a una fiel amiga que al crecer le demostró que también era inteligente y capaz.

—¿Por qué debes seguir el camino del *bushido*? —le preguntó Ame un día.

—Es el camino que todo guerrero debe seguir.

—Estoy segura de que serás el mejor samurái al servicio de tu padre.

—No quiero ser un samurái de la casa Otowara —respondió él, enfundando su katana.

Había entrenado toda la mañana. Ame le tendió un paño limpio con el que refrescarse y una taza de té fría.

—¿Por qué?

—Mi padre solo quiere la paz.

—La paz es algo bueno para todo el mundo.

Él la miró con ternura, solo era una muchacha que no comprendía que los hombres eran y siempre serían guerreros.

—No para los samuráis.

—Muchos se han convertido en maestros de caligrafía, poesía…

—Todos ellos han olvidado su verdadero camino —la interrumpió, y dijo—: Combatir y morir.

—Espero que no tengas que hacer ni una cosa ni otra —dijo ella, posando su pequeña mano blanca sobre la suya.

Ambos se miraron a los ojos, Hiroyoki observó en su amiga una blancura lívida. Ignoraba entonces qué les deparaba la vida. Poco después, cuando su mal fue evidente, se apoderó de la alegría y salud de su hermana.

—Será mejor que regresemos —le dijo ella un día en que salieron a pasear por la ciudad.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó al ver el sudor en su rostro.

—No, solo cansada —le mintió, mientras se limpiaba la frente con un pañuelo—. No he comido nada desde ayer.

—Debería verte un médico.

—No te preocupes, Hiroyoki.

—Claro que me preocupo, hermanita.

—A veces solo me gustaría ser Ame —le confesó.

Hiroyoki asintió a sus palabras. Sabía bien que lo que sentía iba más allá de un amor fraternal.

—Será mejor que regresemos —terminó por decir.

Ame asintió mientras la tos le convulsionaba el pequeño cuerpo.

A partir de entonces, empezó a cansarse con facilidad y a toser continuamente. Hasta que, un día, su mirada asustada desveló a Hiroyoki el horror que le había causado descubrir sangre en su pañuelo. Varios médicos la habían visitado con anterioridad, pero ninguno había determinado su mal. Hiroyoki no descansaría hasta encontrar un remedio y buscó a un médico de otra provincia. Aguardó impaciente a que saliera de su cuarto para saber qué le sucedía.

—Lamento decirle que la enfermedad está muy avanzada —dijo.

—¿Entonces…?

—Morirá, solo podemos hacer que el tiempo que le quede lo pase

de la manera más confortable posible.

—¡No…! ¡No puede ser! ¡Llamaré a otro médico!

—Puede llamar a todos los médicos que quiera, pero el diagnóstico será el mismo: *kekkaku*[74].

El doctor inclinó la cabeza y abandonó la sala. Cuando informó de la situación de Ame a su padre y hermanos, estos la marginaron aún más encerrándola en los aposentos más alejados de las habitaciones familiares. En cuanto a él, su padre lo convocó en sus aposentos de inmediato.

—Padre, debemos buscar un mejor médico para Ame.

Hiroyoki se paseaba de un lado al otro en el cuarto. Su preocupación por su hermana lo había alterado tanto que apretaba la empuñadura de su katana con tanta fuerza que los nudillos los tenía blancos.

—El médico nos ha confirmado las peores noticias, pero debemos pensar en los demás habitantes del castillo.

—¿Qué sugieres? —preguntó alarmado, deteniéndose.

—Debemos mantener aislada a Ame en sus aposentos.

—Eso acabará con ella mucho antes.

—Lo siento, hijo, pero nadie la verá, ni siquiera tú. No me arriesgaré a que ningún miembro más de la familia Otowara contraiga esa terrible enfermedad.

Las palabras de su padre lo desolaron. Imaginó cómo se sentiría Ame, abandonada, y el miedo apoderándose de ella.

—Se lo suplico, padre…

—Te prohíbo verla, es por tu bien. Si desobedeces mi orden, te aguardará un duro castigo y a ella la llevaré al monasterio de las montañas.

—Haré lo que digas, padre.

Hiroyoki asintió apesadumbrado. Todos temían contraer dicha enfermedad, ya que ningún médico japonés poseía la cura del mal que asolaba Japón por doquier. De todos modos, se las ingenió para visitarla. No entraba en sus aposentos, pero hablaba con ella a través de las puertas *shōji*. Se sentaba en el suelo, apoyaba la espalda en una de las hojas y pasaba las horas leyéndole o contándole lo que había hecho ese día. A veces, los ataques de tos eran tan intensos que, en más de una ocasión, tuvo que frenar su impulso de entrar, por miedo a que su padre cumpliese su amenaza de desterrarla a las montañas.

—Tengo miedo —le confesó ella una tarde.

Hiroyoki no soportaba mantenerse al margen. Había oído en la ciudad que, en la isla de la media luna[75], los médicos extranjeros contaban con avances médicos que casi hacían milagros. A escondidas de su padre, una noche escaparon del castillo y llevó a Ame a Dejima. Durante el camino, rezó a todos los dioses para que soportase el viaje.

Los dioses parecieron escucharlo; aunque descubrió poco después que gozaban de un macabro sentido del humor. El viaje la había agotado, a pesar de ello, advirtió en sus ojos, antes de cerrarlos para dormir, la vaga esperanza de que él pudiera salvarla.

Por aquel entonces, era exaltado y se creía invencible cuando, en realidad, era un simple muchacho que no había tenido la oportunidad aún de probar su acero. Tampoco de ver con sus propios ojos cómo los extranjeros los consideraban seres inferiores y menospreciaban sus principios.

Hiroyoki encontró a un médico alemán dispuesto a tratar a su hermana. El hombre de pelo rubio y ojos claros miró a la pareja con desprecio.

—¡*Okane*! [76]

Hiroyoki entendió qué quería a pesar del acento marcado y casi incomprensible del extranjero. Sacó de entre sus ropas una bolsa de monedas de plata. Se las había robado a su padre antes de escapar. Más tarde, se enfrentaría a las consecuencias de dicho acto.

—Cúrela —pidió, inclinándose con respeto ante el extranjero.

Tras un rápido examen a la paciente, el alemán le hizo beber un vaso de agua con unos polvos blancos. Y esa misma noche, Ame murió en sus brazos.

Hiroyoki se sintió engañado. Había creído en la ciencia de los extranjeros de la que tanto hablaba el daimio Kawaokura, amigo de su padre. El marqués los visitaba con frecuencia siempre que debía viajar a Edo.

La noche la pasó sujetando la mano de Ame. A la mañana siguiente, enterró a su hermana a la vez que le hacía una promesa.

—Te vengaré, querida Ame.

Ese mismo día, cuando el sol se hundió en las oscuras aguas de la bahía de Edo, Hiroyoki se las ingenió para entrar en la isla de Dejima. Las casas de estilo occidental atrajeron su atención. Las voces de los extranjeros, lejanas, llegaban hasta a él en un pandemonio de diferentes lenguas. No disponía de mucho tiempo. Debía encontrar al alemán y matarlo. Cerca del alba, cumplió su promesa. Desenvainó la katana y le cortó el cuello de un solo tajo. Fue el primer hombre al que mató. Ver rodar su cabeza hasta sus pies le proporcionó la paz que la muerte de Ame le había arrebatado. Se limpió la sangre del rostro y abandonó Dejima con el corazón repleto de odio. Desde ese día juró que expulsaría a todos esos extranjeros de su país. Su ciencia le había arrebatado a su hermana, y él les arrebataría sus vidas.

A pesar de su dolor, no era tan ciego para no comprender que aún no había llegado el momento. Algún día los expulsaría de su tierra y la sangre de sus enemigos mancharía el acero de su espada. Por eso cada vez que miraba a Miyako volvían los recuerdos que intentaba olvidar

y la promesa que le hizo un día a Ame. Miyako no era responsable de lo ocurrido, aun así, el odio que anidaba en su corazón crecía cada día más al entender que los bárbaros acabarían con sus tradiciones y con la clase a la que pertenecía.

28

euforia

París, 2 de diciembre de 1851

Los meses se sucedieron con rapidez para Luisa en París. Tras las clases, acudía al entrenamiento con *monsieur* Bernard, hasta que el 2 de diciembre de 1851, los franceses despertaron con la noticia de que Luis Bonaparte había dado un golpe de Estado para ser reelegido presidente de la República. La euforia inundó las calles y las universidades, dotándolas de una frenética alegría.

—¡Abre, Arturo! —escuchó gritar a Alexandre en la puerta de su casa.

Aprisa tuvo que taparse con un batín de hombre que Jean-Baptiste también había abandonado en su baúl. Por fortuna, Luisa se había cortado el cabello, de lo contrario habría tenido un serio problema.

—¿Has oído la noticia? —preguntó Alexandre exaltado, adentrándose en la casa sin esperar a ser invitado.

—¿Noticia…?

—¡Arturo, a veces pareces de otro mundo!

Alexandre se sentó de manera indolente en uno de los sillones de Flora.

—Ilumíname —dijo resignada.

—Antes me gustaría tomar algo más fuerte que esa taza de té que sostienes entre las manos.

—Claro…

Luisa se apresuró a servirle un coñac. Su joven amigo se lo bebió de un trago y, algo más centrado, continuó con su discurso.

—Luis Bonaparte será el presidente de la República.

—¿Cómo?

—Un golpe de Estado, amigo mío. Algo necesario para restaurar el orden, el trabajo y el prestigio de la nación francesa.

Luisa guardó silencio. Entre esas consignas ninguna alegaba por mejorar la vida y las condiciones de empleo de las mujeres.

—¡Vístete! Vamos a celebrarlo.

—¿Ahora?

—Todos están en las calles para festejar el nombramiento de Bonaparte.

A LO LARGO de la tarde, Alexandre bebió mientras que Luisa con disimulo volcaba la bebida en el suelo. Visitaron antros que hubiesen asustado a Narváez. Pensar en la cara que pondría si supiese qué hacía en París hizo que dibujara una sonrisa de lo más enigmática.

—¡Quiero ir a un burdel! —gritó su compañero.

Luisa no pudo negarse, así que se dirigieron a la zona más sórdida de París. El frío los obligó a alzarse las solapas del abrigo. La noche era tan desapacible que ella hubiese deseado regresar a casa, sin embargo, llamó al portal de una *maisons de tolerance*[77]. Nadie imaginaría por el aspecto externo de la construcción que se trataba de uno de los burdeles más famosos de París. Tan solo una pequeña linterna roja en la puerta indicaba la naturaleza del mismo[78].

Un sirviente con levita abrió la puerta e indicó con un gesto que entrasen. En una sala, toda decorada con terciopelos rojos y hermosas lámparas de araña, varias muchachas, a cual más bella y con vistosos vestidos de gasa, conversaban con caballeros de distintas edades.

—Aguarden aquí —les pidió, y señaló un sillón donde Luisa sentó a Alexandre.

—¡Quiero a una mujer! —gritó ebrio su amigo.

Enseguida una joven con una larga melena de rizos cobrizos se acercó a él. Intercambiaron unas palabras y Alexandre la tomó por la cintura.

—Te dejo, amigo mío —dijo, y besó en los labios a la chica. Después, con la respiración entrecortada, añadió—: Cossette necesita cariño.

Luisa forzó una sonrisa entre avergonzada y molesta. Detestaba lugares como esos en los que se obligaba a las mujeres a ejercer la prostitución. Cuando estaba dispuesta a marcharse, una mujer de ojos negros y mirada altiva se aproximó a ella.

—No tengo el gusto de conocerlo.

—Soy Arturo Segovia.

—Encantado de que haya venido a mi casa, *monsieur* Segovia. Yo soy *madame* Ninon.

—Se llama igual que la cortesana de Lanclos.

—Pocos reconocerían ese hecho, *monsieur*.

—Ella desafió la subordinación de la mujer al hombre, algo que parece que usted no defiende.

—Al igual que ella defiendo esa idea, pero por ahora solo puedo aplicarla en el terreno carnal.

—Lanclos ayudó a practicar la lectura a un joven Voltaire. Dudo que usted sea partidaria de una actividad tan altruista.

Luisa no podía evitar su animadversión contra la *madame*.

Comprendía que un hombre esclavizase a las mujeres, pero le asqueaba que una mujer obligase a otras a prostituirse.

—Se sorprendería de lo que sucede en esta casa cuando las luces se apagan —dijo con una misteriosa sonrisa.

—Imagino que cuenta las ganancias obtenidas por sus pupilas.

La mujer dibujó una mueca en su bello rostro, pero mantuvo la compostura y contestó con educación.

—*Monsieur* Segovia, esas muchachas ejercerían un trabajo menos sano en las orillas del Sena. Solo las leyes pueden hacer que tengan una mejor vida, pero ninguno de los caballeros que nos visitan votará un cambio tan radical. Y ninguno de ellos piensa que merezca la pena que alguna de estas jóvenes, que complacen sus más oscuros secretos, sea merecedora de una vida mejor. Solo yo considero esa posibilidad.

Luisa miró a la *madame* desconcertada. Intentaba aleccionarla y lo había conseguido. Era cierto que esos caballeros no harían nada por las mujeres que compraban cada noche.

—Perdone si le han molestado mis palabras, me disculpo sinceramente —dijo Luisa, aceptando su derrota y su falta de educación.

—*Monsieur* Segovia, me gustaría invitarlo a una de nuestras reuniones.

—¿Reuniones? No será posible…

—De día no soy *madame* Ninon, solo una mujer con diferentes inquietudes que quizás compartamos.

—No creo que…

—Mañana a las doce del mediodía —la interrumpió, y añadió con una sonrisa misteriosa—: Le aseguro que quedará más que asombrado por los temas que tratamos.

Después se marchó a atender a sus clientes, mientras Luisa la observaba desde el otro extremo de la habitación.

AL DÍA SIGUIENTE, incapaz de resistirse a la invitación de la cortesana, Luisa acudió a la reunión. Jamás hubiese imaginado que en la planta superior del burdel, un grupo de mujeres construían un nuevo mundo. Entre ellas se encontraba una novelista con firmes ideas feministas. También estaba presente la hija de un médico que, pese a que las leyes prohibían que se convirtiese en una doctora, había tratado a algunas de las pupilas de *madame* Ninon en ciertos asuntos sumamente desagradables.

Un ligero rubor de vergüenza cubrió el rostro de Luisa. Había juzgado tan mal a la dueña del burdel que se sintió avergonzada.

—La del pelo rojo —señaló Ninon— es hija de un general. Y

aquella otra —volvió a indicar con la mano—, la esposa de un aristócrata.

—¿Por qué me ha invitado? Soy un hombre —dijo sin mucha convicción.

Ninon la miró con una sonrisa plácida.

—Porque *monsieur* Bernard me ha contado quién es usted.

La confesión sorprendió a Luisa, pero en su interior agradeció a *monsieur* Bernard que la hubiese introducido en aquel grupo. Al menos, sentía que no estaba sola en la lucha que había emprendido cuando escapó de Baeza, hacía ya tanto tiempo.

UN MES MÁS tarde, en una de las reuniones, Ninon parecía distraída y apenas participaba en la conversación. Su actitud atrajo la atención de Luisa cuando el resto de las mujeres se despidieron. Con varios pretextos retrasó su marcha para averiguar qué alteraba a la mujer, que ya consideraba como a una amiga. A pesar de su oficio intentaba, al igual que ella, mejorar en la medida de lo posible las condiciones de sus pupilas. Las mantenía saludables y les proporcionaba una educación. Si alguna quería abandonar ese mundo, le entregaba dinero y las ayudaba a establecerse en algún pueblo en el que ignoraran todo de ellas, sobre todo, su vida anterior.

—¿Qué te ocurre?

—Un cliente…

Ninon llenó un par de copas de coñac y le entregó una.

—¿Te da problemas?

—A una de mis chicas. Pero sabremos solucionarlo.

—¿Es peligroso?

Ninon alzó los hombros.

—Es el hijo de alguien importante.

Los gritos provenientes de la planta baja atrajeron la atención de las dos mujeres. Nadie debería estar a esa hora allí. Ninon se apresuró a ir al salón, y Luisa siguió sus pasos. Cuando llegaron a la sala en la que se atendía a los caballeros, un hombre sujetaba a una de las jóvenes. Mientras, su compañero golpeaba a otra muchacha que se había acurrucado en un rincón.

—¡Caballeros! ¿Qué sucede?

—¡Perra, cállate! —gritó uno de ellos, escupiendo las palabras visiblemente borracho.

—¿Ahora también tenéis chicos en el menú? —preguntó el otro, señalando a Luisa.

Ninon se interpuso en su camino. En respuesta, recibió una bofetada que la tumbó al suelo. Luisa apretó los puños, respiró hondo

y aplicó las enseñanzas de *monsieur* Bernard ante la sorpresa del bastardo que intentaba aprovecharse de las muchachas. Emitió un grito y alzó la pierna con todas sus fuerzas. El golpe fue directo a su entrepierna y el tipo se dobló en dos, aullando de dolor. El segundo hombre, con los ojos teñidos de rojo, se acercó a ella y le lanzó un puñetazo. Lo esquivó por muy poco, pero tropezó con las piernas de Ninon, que aún permanecía en el suelo, y cayó sobre el costado derecho. Quiso levantarse, pero uno de los hombres se abalanzó sobre ella y apretó su cuello con la intención de ahogarla. En su desesperación, se aferró a lo único que tenía a mano, una botella vacía y rota que había rodado hasta su cintura. Sin pensar en lo que hacía, solo en su afán por respirar, la clavó en el cuello de su agresor. De inmediato, sintió que volvía a recobrar el aliento.

Mientras tanto, su compañero se había recuperado y la miraba con deseos de matarla.

—¡Pagarás por esto! —le gritó, a la par que salía de allí a toda prisa.

Luisa contempló al hombre agonizar y sus manos manchadas de sangre. Estaba tan asustada que empezó a temblar. Su amiga la tomó de los hombros y la zarandeó con fuerza para que volviera en sí.

—¡Luisa!

—¿Qué he hecho? —repetía con los ojos agrandados por la impresión.

El alboroto había atraído a la sala a más mujeres, todas ellas continuaban inmóviles ante lo que veían.

—¡Annette! —gritó Ninon a una de las más jóvenes.

Una campesina de enormes pechos y corazón gentil.

—Sí, *madame* —dijo obediente.

—Busca a *monsieur* Bernard, dile que es urgente.

La chica se apresuró a cumplir la orden de su señora. Luego Ninon miró a otra de las jóvenes.

—Celine, cubre el cuerpo con una sábana.

La muchacha desapareció por las escaleras hacia los dormitorios, enseguida regresó e hizo lo que su señora le había mandado.

—Odette, prepara el baño con agua muy caliente.

La joven asintió y, junto con otra de sus compañeras, subió también las escaleras.

Ninon tomó del brazo a Luisa y la condujo hasta el baño. Una enorme bañera de hierro fundido ocupaba casi toda la habitación. La desnudó con suavidad y la ayudó a introducirse en el agua caliente que dos de las chicas se apresuraban a llenar con cubos. El agua tomó un ligero color sonrosado por la sangre. La cortesana le volcó uno de los cubos sobre la cabeza y ordenó a Odette:

—Dale un *brandy* y acuéstala.

—Ninon… ¿qué he hecho? —volvió a preguntar Luisa, confundida.

—Salvar tu vida y la de esas dos chicas.

En ese momento la puerta se abrió y una de sus pupilas dijo:

—Ha llegado *monsieur* Bernard.

—Vuelvo enseguida —le dijo, saliendo del cuarto.

Cuando Odette cerró la puerta, después de ayudarla a acostarse, Luisa se levantó y salió al pasillo, desde allí podía escuchar la conversación entre su maestro y su amiga.

—¿Qué ha sucedido? ¿Tú estás bien? —preguntó *monsieur* Bernard, preocupado al ver el cadáver—. Si ese cabrón no estuviese muerto, yo mismo lo habría matado —afirmó.

—Yo estoy bien, pero Luisa… Solo quiso defendernos, aunque nadie escuchará a un grupo de rameras.

—No me gusta que uses esas palabras para referirte a ti misma, pero tienes razón. Ningún juez os creerá. Además, pronto los aguaciles se presentarán en casa, aunque espero que el bastardo que acompañaba a esta escoria aún esté borracho. Eso nos daría algo más de tiempo —dijo, y preguntó—: ¿Dónde está Luisa?

—En uno de los cuartos.

—¿Quién es? —preguntó *monsieur* Bernard, señalando al cadáver.

—El hijo de *monsieur* Gaillard.

—¡La mano derecha de Bonaparte! —exclamó *monsieur* Bernard sorprendido—. Todo el mundo conoce al imbécil y crápula del hijo de Gaillard. Un muchacho belicoso y altanero, que utilizaba su apellido para aprovecharse de los demás, sobre todo, de mujeres como tus pupilas —después afirmó desolado—: La crucificarán.

—Ayúdala.

—Nadie puede ayudarla…

—Tú sí, Bernard.

—Arriesgas todo lo que has construido con tus propias manos y yo también. Si Gaillard se entera alguna vez de que hemos ayudado al asesino de su hijo a escapar, no tendrá piedad.

Luisa en el descansillo temblaba de desesperación. Saber a quién había matado lo convertía en mucho más real. Hasta ese instante solo era un cadáver sin identidad, ahora sabía que era el hijo de alguien, además de alguien que destruiría a quién la ayudase. No pondría en riesgo la vida de ninguno de sus amigos. Lo mejor que podía hacer era entregarse a las autoridades. Entró en el cuarto, abrió el armario y tomó uno de los vestidos de Ninon dispuesta a cumplir con su deber, pese a que este la llevase a la horca.

—¿Cómo estaba vestida Luisa? —escuchó preguntar a *monsieur* Bernard cuando bajaba las escaleras.

—Como un hombre.

—Entonces, será mejor que sea de nuevo una mujer.

—No es necesario que os involucréis en este asunto —dijo ella, haciendo que sus dos amigos se giraran para mirarla.

—Luisa, ¿qué pretendes hacer? —preguntó Ninon.

—Me entregaré a las autoridades.

—Luisa, escúchame —dijo Ninon, acercándose a ella y tomándola de las manos—. Debes huir de Francia ahora mismo.

—¿A dónde? —preguntó, recuperando un poco la consciencia de lo que había sucedido y lo que supondría para ella si se entregaba.

—No puedes volver a España, Gaillard te encontrará. Y te aseguro que no cejará en su empeño de castigarte.

—Ha sido en defensa propia…

Bernard miró a Ninon.

—Querida amiga —dijo Ninon—. A pesar de tus ideas y tu amistad con mujeres como yo, aún no conoces realmente la crueldad del mundo.

—Ningún juez se enfrentará a ese hombre —le aseguró *monsieur* Bernard—. Te ahorcarán.

El miedo se reflejó en su rostro, y Ninon apretó aún más sus manos para infundirle valor.

—Debes abandonar Francia.

—¿Tienes amigos o familiares fuera de Europa? —le preguntó *monsieur* Bernard.

—Mi antiguo prometido…

—¿Te recibiría en su hogar?

—Es militar, destinado en Filipinas.

Bernard y Ninon se miraron el uno al otro, pensando lo mismo, pero fue *monsieur* Bernard quien dijo:

—Ese lugar, en el fin del mundo, será el mejor escondite para que te ocultes de la justicia y, sobre todo, de Gaillard.

29

la amenaza

Burdel de madame Ninon (París), 28 de enero de 1852

Las chicas se preparaban ese día con antelación y sin su acostumbrado parloteo. Todas temían al cliente que acudiría esa noche al burdel.

Madame Ninon había enviado al campo por un tiempo a las muchachas que fueron testigos de la muerte del joven Gaillard. Las nuevas pupilas ignoraban lo que sucedió ese día y no podían contar lo que no sabían.

Esa noche era tan desapacible en París que nadie que poseyera un hogar y una familia abandonaría a ninguno de los dos.

La clientela había disminuido y solo un par de caballeros ocupaban la planta de arriba. El timbre sonó y el sirviente se apresuró a abrir la puerta. El rostro del hombre que encontró en la entrada lo intimidó tanto que tropezó en el descansillo y a punto estuvo de caer al suelo.

—Avise a *madame* Ninon de que *monsieur* Gaillard desea verla.

El sirviente asintió con la cabeza y la garganta seca. Se retiró a pasos ligeros y sin llamar entró en el despacho de Ninon.

—Ha venido —dijo sin necesidad de decir nada más.

—Hazlo pasar.

Ninon perdió un poco el color de las mejillas, aunque disimuló la inquietud con una sonrisa y las maneras propias de una cortesana.

—*Monsieur* Gaillard, es un placer que me visite una figura tan ilustre —dijo cuando atravesó la puerta de su despacho.

Ninon realizó una reverencia con la que mostró todos sus encantos. No era una jovencita, pero sus pechos aún se mantenían firmes para atraer las miradas de los hombres. Su vestido de seda roja y la pluma blanca que adornaba su cabello, enmarcado por unos atractivos tirabuzones, junto con un fino talle, todavía la hacían deseable.

Monsieur Gaillard esbozó una sonrisa de asco al ver sus intentos de distraerlo de lo que le había llevado hasta allí.

—Quiero hablar con usted en privado —dijo.

Era un hombre delgado, bajo de estatura, pero de mirada fría al que no se le alteraba el pulso cada vez que firmaba una sentencia de muerte.

—Hugo, puede retirarse —ordenó al sirviente.

Ninon temblaba por dentro, pero fingía entereza. Sentía que su cuello era rodeado por una fina cuerda que muy pronto podría ahogarla. Se sentó y le indicó a su visita que hiciese lo mismo frente a ella.

—¿Puedo ofrecerle un coñac…?

—¡No quiero nada de usted! —la interrumpió con una violencia contenida.

Ninon guardó silencio y escrutó el rostro de Gaillard.

—¿Quién de estas putas mató a mi hijo? —preguntó al fin, rompiendo el pesado silencio.

Los ojos de Ninon se agrandaron por la sorpresa. Estaba claro que Gaillard no se andaría por las ramas.

—*Monsieur* Gaillard, lamento profundamente la muerte de su hijo. Le aseguro que era muy querido para nosotras. Pero fue un cliente el que asesinó a su hijo. Era la primera vez que nos visitaba y huyó del local nada más cometer tal atrocidad.

Gaillard se puso en pie y con una mano lanzó al suelo el juego de tintero que había sobre la mesa.

—¡No me tome por estúpido! —gritó, con la saliva bajándole por la comisura de los labios, como un animal que enseñase los dientes.

Cuando terminó de hablar, a pesar de que los separaba la mesa, Gaillard la agarró de los hombros y la zarandeó con violencia.

—¡Le juro que es verdad!

Gaillard estrelló la cabeza de Ninon contra la mesa. Durante un instante, la vista se le nubló y sintió la sangre cálida de la nariz descender hasta su boca.

—¡No volveré a repetirlo! —exclamó, sujetándola del cabello.

—¡Escapó!

Esta vez, Gaillard tiró con tanta fuerza de ella que la arrastró sobre la mesa, y Ninon cayó a los pies de su agresor. El golpe le provocó un quejido, creía que se había roto una costilla.

Gaillard la obligó a echar la cabeza atrás en una agonía insufrible. Si estiraba un poco más, le rompería el cuello.

—¡Un maldito nombre, zorra!

—Segovia… —confesó.

Era consciente de que ese hombre la asesinaría esa noche si no obtenía un nombre. Además, un nombre que tuviera una identidad real. Arturo Segovia había estudiado derecho en *La Sorbonne* y tenía amigos que confirmarían su existencia y desaparición.

—¡Qué más! —gritó, dándole una patada que le cortó la respiración.

—Arturo…

—Si me has mentido, regresaré. Te aseguro que te mataré y le prenderé fuego a esta casa. No quedarán ni los cimientos.

Gaillard la arrastró por la fuerza al sillón que había en el despacho. Después de todo, estaba en un burdel.

DOS HORAS MÁS tarde, *monsieur* Bernard recibía en su gimnasio la visita de una de las chicas de Ninon. Los hombres empezaron a hablar y a distraerse por la presencia femenina.

—¿Una amiguita? —preguntó uno de ellos.

Un aristócrata que pagaba religiosamente, pero que jamás ganaría un combate.

—Así es, *monsieur*. Si me disculpan un momento.

Bernard tomó de la mano a la muchacha y la condujo al interior de un cuarto oscuro, sin ventanas y con un catre. A veces, cuando terminaba tarde se quedaba a dormir en ese lugar.

—¿Qué sucede?

—Es *madame* Ninon…

La cara de preocupación de la joven alertó a Bernard. Sin aguardar a saber qué le había ocurrido, y ante la sorpresa de sus alumnos, abandonó el almacén con toda la rapidez que Dios le había concedido en las piernas.

Al llegar al burdel, se encontró con una joven que llevaba un maletín de médico y salía de la habitación de Ninon.

—¿Está enferma?

—No, ahora será mejor que la deje descansar —le pidió al ver la desesperación en sus ojos.

—¿Pero qué le han hecho?

—Algo que a veces sufren las mujeres en este oficio. Es fuerte, se recuperará.

—¿Quién ha sido?

—Eso, *monsieur* Bernard, no puedo decírselo, porque ella no me lo ha contado.

—¡Protege a ese bastardo!

—No, sino a usted. —La muchacha se hizo a un lado y dijo—: Puede verla. Si la disgusta de algún modo, lo sacaré del cuarto a patadas.

La amenaza era ridícula viniendo de una chiquilla que le llegaba a la mitad del pecho y pesaría menos que un pájaro, pero en sus ojos vislumbró una determinación firme por proteger la salud de su paciente.

—No se preocupe —aceptó entre dientes—. No la molestaré.

La joven abrió la puerta y se retiró para dejarlo entrar. En el momento en que Bernard vio a Ninon, supo que ajustaría cuentas con el hombre que la había herido de aquella manera.

30

el vestido de novia

Casa del clan Kawaokura, 7 de septiembre de 1851
(Noveno mes del cuarto año de la era Kaei)

Miyako mantenía las manos elevadas mientras las doncellas le probaban el kimono que llevaría el día de su boda. Debido a la enfermiza salud de su padre y las secretas ocupaciones de su prometido, su matrimonio se había retrasado sin que nadie sospechase la alegría que eso le causaba. Miyako sabía que su padre deseaba celebrarlo en noviembre y elegir el día once para la ceremonia. La superstición hablaba de que cualquier enlace realizado ese día suponía beneficios y buena suerte para la pareja de recién casados. Hiroyoki no pensaba lo mismo de las viejas tradiciones y había ignorado la sugerencia del daimio.

—¡Está preciosa, señorita! —exclamó una de las sirvientas.

Miyako se miró en el espejo sin verse en realidad. Su reflejo le devolvió la imagen de una extraña. El *shiramuko*, el kimono de seda blanco, le otorgaba una apariencia frágil y etérea. El color de sus ojos creaba una presencia tan irreal que esbozó una sonrisa traviesa al imaginar que su prometido la viese más como un ser de otro mundo.

—Será la novia más bonita de estas tierras —dijo otra de las doncellas.

Las palabras de las criadas no eran ciertas, todas en aquella habitación sabían que el color de sus ojos la convertía en un ser extraño a los demás. Miyako sonrió, mientras que pensaba que le daba igual vestir de seda o de la basta tela que usaban las campesinas. Habría preferido mil veces casarse con un aldeano que con el joven que su padre había escogido para ella. Asintió con una sonrisa y aguardó a que la ayudasen a desvestirse. Con mucho cuidado colgaron el kimono en la pared bajo la atenta mirada de la señora Himura. La tela bordada con el emblema de la familia Kawaokura se convertiría en una tortura más que tendría que soportar, ya que debería verlo todos los días hasta el día en el que se convirtiera en la esposa de Otowara Hiroyoki. Hasta que eso sucediese, Miyako pensaría en las maneras en que emplearía su tiempo una vez casada, y en la forma más sutil y eficaz de oponerse a su esposo.

Aguardó a que la señora Himura y el resto de sirvientas se marchasen y abrió el armario donde guardaba la ropa de cama. Tras

uno de los cajones, en el fondo, había hecho un agujero en el que ocultaba los pequeños panfletos en blanco que se encargaba de escribir y la tinta que nadie podía rastrear. Se arriesgaba demasiado si alguien descubría lo que hacía, pero el pueblo debía conocer la verdad sobre lo que suponía negarse a tratar con las potencias extranjeras. Todavía podían presionar lo suficiente para conseguir beneficios más que aceptables para Japón, sin embargo, si se dejaban llevar por ideas anticuadas de batallas, samuráis y honor solo conseguirían una derrota y condiciones ínfimas y detestables.

Se arremangó su kimono y se ató la manga con una cinta al hombro. Después comenzó con su tarea de escribir los panfletos.

SEPTIEMBRE ERA EL mes en que crecían los crisantemos, el mes de las lluvias duraderas y el mes de las noches más largas. Pero septiembre era también un mes triste para Miyako: era el mes en que su madre falleció al darla a luz. Como todos los años, el día de su nacimiento dejaba un poso de alegría y tristeza en su padre y en ella.

—Debería prepararse —le sugirió la señora Himura.

—Claro…

Miyako miró el jardín plagado de crisantemos de diferentes colores, desprendían un olor profundo y térreo. Esa noche se vistió con el kimono de color gris y ningún adorno decoraba su cabello.

—Es la hora —dijo la señora Himura después de atarle el *obi* tras la espalda.

Ella asintió y se encaminó a pasos lentos y cortos hacia la habitación de su padre. Jiro, el samurái encargado de su seguridad, abrió la puerta. A su lado se encontraba su hijo Iko. El joven samurái la miró con compasión, sabía bien lo difícil que resultaba ese día para ella.

—Señorita Kawaokura, yo…

—¡Iko! —exclamó su padre silenciándolo.

—Gracias, Iko —respondió ella.

El simple hecho de que intentase ayudarla a pasar ese trance era merecedor de todo su agradecimiento.

—El daimio la espera —dijo Jiro.

—Adelante.

El samurái abrió la puerta corredera, y Miyako entró con la cabeza gacha. Su padre estaba arrodillado ante el altar en el que había varias ofrendas y estaba presidido por la pintura de su madre. Su juventud y belleza llenaban aún más de culpa el espíritu de Miyako.

—Era tan hermosa…

—Lo era —dijo su padre perdido en sus recuerdos.

Como cada año, después de sus plegarias lo acompañaba hasta el cementerio donde una nueva *sotaba*[79] se erguía ante la tumba de su madre.

Tras dejar a su padre de nuevo en sus aposentos, necesitaba librarse de la frustración y tristeza que la embargaba. Así que aguardó a que la señora Himura se durmiera, robó de nuevo un kimono de una de las criadas, se cubrió la cabeza con un *kasa* con velo y se encaminó a la salida. En esa ocasión, Iko la aguardaba en la puerta.

—¿Cómo lo has adivinado?

—No era muy difícil.

—Quiero estar sola.

—Si es lo que quiere, entonces avisaré a mi padre de que ha decidido abandonar el castillo sin la autorización del daimio y sin custodia —la amenazó.

—Eres un…

Iko cruzó los brazos sobre el pecho. El samurái había crecido más que ella, ahora tenía que alzar la cabeza para verle el rostro. Se peinaba al estilo clásico y su frente calva le otorgaba una apostura propia de los más aguerridos hombres que servían a su padre. De todos modos, su mirada limpia seguía siendo la del chico que la acompañó a buscar a Ibuki.

—Está bien —claudicó ella.

—¿Dónde quiere ir?

—Deseo ver una representación de teatro *Kabuki*.

—No es adecuado para una dama…

—Iko, ahora visto ropas de criada.

—No deberíamos ir.

—Por favor, hoy necesito divertirme.

Iko terminó aceptando y ambos se encaminaron al barrio del placer. Como siempre sus calles animadas y coloridas repletas de paseantes, porque aún hacía buen tiempo, llenó de júbilo el corazón de Miyako.

Compraron un pincho de tofu y algunos dulces, también un poco de *sake,* y se dirigieron a la calle de los teatros. Cuando llegaron ya había una multitud de espectadores que intentaban sentarse en grupos. La mayoría extendían un trapo en el suelo y colocaban sus viandas, otros simplemente las dejaron sobre su regazo. Iko y Miyako consiguieron un lugar desde donde podían ver la representación sin problemas, incluso al coro y a los músicos. El gentío era tal que apenas escuchaban sus palabras, sin embargo, todo el mundo guardó silencio cuando dos muchachos descorrieron unas enormes telas y aparecieron los músicos, arrodillados, formando dos filas. La música aplacó de inmediato las voces de los espectadores. Tras ellos unas maderas pintadas de vistosos y llamativos colores representaban el

monte sagrado, varios cerezos con ramas florecidas y un sol resplandeciente. El coro comenzó a cantar, voces graves, sobrias, que indicaron a Miyako que la tragedia se iniciaría de un momento a otro, creando la expectación necesaria para mantener a los asistentes con la mirada fija en el escenario. De pronto, cuatro actores aparecieron en escena, dos vestían como cortesanas de alto rango. Los otros dos representaban a un demonio y a un daimio. Una de las cortesanas, arrodillada, portaba una bandeja de té. Se levantó y balanceó las caderas con sensualidad. Entonces, los hombres del público gritaron y lanzaron comentarios soeces que avergonzaron a Iko.

—Le dije que no era buena idea venir.

—No soy una niña…

—Esto no es una de las obras de teatro que ha visto con su padre.

—Eso la hace más interesante. Ahora sírveme un poco de *sake*.

Iko la miró con los ojos inundados por la desaprobación, pero obedeció la orden. De nuevo ambos se concentraron en la representación donde el actor que hacía de daimio tomaba de la mano a la cortesana, mientras el actor que representaba a un demonio intentaba arrebatarle a una criatura tan bella que debía ser él quien la poseyera y no un mortal.

Tras la actuación, el público estalló en vítores y algunos se encaminaron a comprar estampas dibujadas de los actores que varios muchachos vendían a precios desorbitados.

—Deberíamos regresar.

—Aún no. Me gustaría tomar un té.

Se alejaron de la zona de los teatros y se encaminaron al barrio de las casas de té. Iko conocía cuáles de ellas eran burdeles y cuáles simplemente casas de té donde solo se servían comida y bebidas. Una de ellas la llevaba una viuda.

Cuando entraron, una mujer y dos muchachas se encargaban de atender a los clientes. Era un lugar sencillo, pero estaba limpio y olía a hierbas aromáticas.

—¿Qué desean, jóvenes señores? —preguntó una de las muchachas.

—Un té para la señorita y otro para mí.

La chica asintió y se retiró para cumplir el pedido.

—Has sido muy amable por acompañarme esta noche —le confesó Miyako.

—También lo he pasado bien —dijo Iko con una sonrisa.

La muchacha se acercó de nuevo a la mesa y guardaron silencio, cuando se retiró, ella dijo:

—Siento mucho que tu padre te castigase por mi culpa. No tuve la oportunidad de disculparme cuando te sometió a tan duro castigo.

—Me lo merecía.

—Nadie se merece lo que te hizo y, sin embargo, otra vez me cubres en mi escapada.

—Esta noche necesitaba a un amigo.

Miyako asintió, extendió la mano y apretó la de Iko, que la miró sorprendido y la retiró asustado. Ella había actuado como muchas de las protagonistas de las novelas extranjeras que leía sin tener en cuenta lo que podía significar para Iko.

—Lo siento, yo…

—Será mejor que regresemos —dijo él turbado y con la voz acerada.

—No pretendía ser irrespetuosa.

—Y no lo ha sido, pero no olvide que soy un hombre y usted mi señora.

31

un oscuro paraíso

Bahía de Manila (Filipinas), 28 de febrero de 1852

Un mes más tarde, Luisa bajó del barco que la había llevado desde Acapulco hasta la bahía de Manila, con la esperanza de escapar del pasado. No estaba segura de qué haría una vez encontrase a Diego, pero de eso se preocuparía más tarde. Lo primero que notó fue un bochorno tan intenso que la ropa se le pegó al cuerpo y sus mejillas se enrojecieron por el calor.

En el muelle, diferentes embarcaciones de multitud de naciones permanecían amarradas junto a los navíos de origen filipino. El ajetreo en el puerto era constante: pasajeros, comerciantes y trabajadores encargados de descargar las bodegas de los barcos constituían una marea humana difícil de atravesar. Se sintió desconcertada al hallarse en una ciudad bulliciosa y viva. Multitud de carruajes y carros con mercancías que se dirigían por las calles de intramuros en distintas direcciones se apresuraban sin importarles qué hubiera en su camino. A lo lejos, Luisa escuchó las campanas de una iglesia que, en cierta forma, la reconfortaron. Cuando pisó el suelo del muelle, un enjambre de *coolies*[80] se abalanzó sobre ella con todo tipo de propuestas.

Luisa sonrió sin saber qué contestar, hasta que un caballero con un acento isleño se interpuso entre ella y los chicos hablando en una jerga incomprensible, pero que los intimidó lo suficiente para marcharse de inmediato.

—Permítame presentarme —dijo, quitándose el sombrero.

Se trataba de un hombre aún joven, quizás de unos treinta años. Vestía un traje blanco y un sombrero de paja, plano y corto. Sostenía un bastón, que sin duda era más signo de estatus que de necesidad. Sus ojos oscuros brillaban con el conocimiento de que ella estaba desbordada por la situación. Un bigote bien recortado y apenas rizado en las puntas le concedía un falso aspecto ilustre.

—Claro…

—Soy el marqués Rosales Pinzón —se presentó como si fuese el mismo rey de España, tomando su mano para besarla.

—Marqués, le agradezco su intervención, pero…

—¿Es la primera vez que visita nuestra tierra? —preguntó,

ofreciéndole el brazo, a la par que ordenaba a uno de los muchachos que antes había despedido que tomase su equipaje.

—Así es —afirmó ella escuetamente.

Luisa dudó en aceptar su ofrecimiento, aunque ignoraba dónde encontrar a Diego. Tal vez el marqués conociese entre sus amistades a un militar dispuesto a decirle cómo ponerse en contacto con su amigo.

—Entonces, permítame que le muestre mi ciudad.

Luisa se vio en la obligación de aceptar su ayuda, pese a que todos sus sentidos la instaban a que se alejase de ese hombre de inmediato.

—No quisiera ser una molestia.

—No, querida, no lo será. Siempre es agradable hallar mujeres tan interesantes como usted.

Luisa no era tan estúpida como para no leer entre sus palabras que se refería también a mujeres sin acompañamiento masculino. Además, ninguna española había bajado del barco ese día ni desde hacía dos meses.

—Debo reunirme con unos amigos —dijo a modo de defensa.

—No parece que hayan venido a buscarla, señorita…

—Señorita Navarrete.

Nadie sabía su verdadera identidad en Filipinas, tampoco en París, ya que se hacía llamar Segovia cuando actuaba como Luisa o como Arturo. Sin embargo, consideró que había cometido un errror al dar su verdadera identidad, aunque ya era tarde para lamentarlo.

—¿Viene de España?

—Así es.

Luisa tomó su brazo y lo acompañó hasta su carruaje. Se abrieron paso entre la multitud que ocupaba el muelle y se dirigieron al centro de la ciudad.

—¿Conoce algo de nuestra Perla de Oriente[81]?

—Señor marqués, me temo que soy ignorante por completo.

—Detrás de las murallas —dijo, señalando una fortificación que se alzaba sobre los distintos edificios y que podía verse a la distancia a la que se encontraban— descubrirá la verdadera Manila. No hace tanto que se han abierto las puertas para comodidad de los comerciantes. Si bien sin el ingeniero Ynchausti no hubiéramos unido Arroceros[82] con el interior.

—No entiendo a qué…

—Lo entenderá muy pronto.

Tal y como vaticinó el marqués observó a lo lejos una construcción de metal tan grandiosa como nunca había visto. Se trataba de un puente colgante situado a orillas del río Pasig. La estructura de metal de alambre de acero unía ambos márgenes.

—Jamás imaginé que se produjera un desarrollo industrial tan avanzado en Filipinas.

—Le aseguro que es uno de los primeros en su diseño y todo gracias al gobernador, quien parece tener ideas revolucionarias, y esta es una de ellas.

—¿Qué más ha hecho el gobernador?

—Permitir que los filipinos adopten apellidos españoles —dijo con cierto tono de desdén que disimuló bajo una sonrisa. Y añadió—: Como le iba diciendo, el puente de Clavería, en honor de nuestro ilustre dirigente, ha facilitado a los comerciantes sus negocios.

Cuando se acercaron más al puente, Luisa advirtió que contaba con dos carriles para los vagones y un pasillo central elevado por donde la gente lo cruzaba a pie.

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó.

—No se preocupe. Nuestro gobernador es de ideas innovadoras, pero todo tiene un precio.

Más tarde comprendió a qué se refería. Existían cobradores que pedían un peaje por cada ciudadano o carruaje, aunque estos pagaban según el número de caballos y las ruedas de los carros. Una empresa lucrativa, dada la cantidad de viandantes, carruajes y carros que pasaban al día por el puente.

Después de atravesarlo y adentrarse en la zona intramuros, la ciudad se mostró muy diferente para Luisa. Observó que tenía un trazado cuadricular y grandes plazas. La muralla y la fortaleza con decenas de cañones la impresionaron. Escuchó con atención de la boca del marqués los motivos para proteger Manila de los ataques piratas y de los civilizados ingleses.

—¿Tiene dónde alojarse?

—Aceptaría su recomendación al respecto.

—Debería hospedarse en casa de la señora Soledad. Es una viuda respetable. Su esposo era sargento en el fuerte de Santiago.

—Muchas gracias por su amabilidad —respondió.

Luisa pensó que quizás la antigua esposa de un soldado contara con las amistades suficientes para conducirla hasta Diego.

El marqués asintió con una sonrisa lobuna, y Luisa se sintió como la caperucita del cuento que había caído en sus garras.

LA CASA DE la señora Soledad se encontraba en una calle aledaña a la catedral de Manila. Se trataba de una construcción de piedra de dos alturas con un patio delantero. Una fuente daba la bienvenida al visitante, además de numerosas plantas que convertían la entrada enrejada en una selva en miniatura.

Enseguida, una mujer regordeta, vestida de una manera extraña para Luisa, se acercó apresuradamente a ellos.

—Señor marqués, ¡qué honor que nos visite!

—Soledad, me gustaría que reciba en su casa a la señorita Navarrete, una compatriota suya que acaba de llegar.

El rostro de la dueña se alegró al saber el origen de la joven.

—¿De dónde es usted?

—Soy de Baeza.

—Yo de Cádiz.

Luisa devolvió la sonrisa a la mujer que vestía con una falda larga y sobre ella una sobrefalda, después Luisa las conocería como saya y tapis. De su vestuario, la joven envidió sobre todo la camisa amplia de mangas anchas que ajustaba al pecho con un pañuelo sujeto con un broche. Prescindir del corpiño que la aprisionaba y casi la asfixiaba debía de ser un verdadero placer. Sus ojos se desviaron a los zapatos de la viuda.

—Ya veo que le interesan mis chinelas.

—Disculpe mi grosería —dijo—. Mis botines son una auténtica tortura.

—Será mejor que se refresque. Además, olvídese de todas esas ropas, ya le buscaré algo más apropiado para nuestro clima.

Luisa agradeció a la viuda sus palabras con una inclinación de cabeza.

—¿Se encuentra bien? —preguntó con curiosidad Rosales al ver, durante un instante, en su mirada un atisbo de oscuridad.

—Sí, solo es el viaje… —mintió. Y se apresuró a decir—: Le agradezco su amabilidad. Sin usted no habría sabido qué hacer. ¿Cómo puedo pagarle tanta generosidad?

—Acepte una invitación a cenar dentro de dos semanas en mi hogar. —Al ver la sorpresa en su semblante que Luisa apenas pudo disimular, añadió—: Acudirá la flor y nata de la isla.

—Será un placer —afirmó, resignada.

El marqués tomó su mano y la besó, después se marchó sin decir nada más.

Luisa observó cómo se subía a su carruaje, luego siguió a la señora Soledad hasta el baño. El agua refrescante le permitió durante dos horas olvidar los acontecimientos que la habían obligado a huir de París, aunque no la culpa.

32

un nuevo sirviente

Casa del sogún Tokugawa Ieyoshi (Edo), 10 de septiembre de 1851
(Noveno mes del cuarto año de la era Kaei)

Itō Sōeki, médico personal del sogún Ieyoshi, cerró la caja de utensilios y miró a su paciente con una oculta alegría. El sogún mostraba un color ceniciento en el rostro y una delgadez que no presagiaba nada más que enfermedad y muerte.

La familia de Itō[83] pertenecía al clan Mito. Su labor en el palacio feudal no solo se limitaba a su trabajo como sanador, también se había convertido en un infiltrado. Toda la información que recababa la transmitía al daimio Nariaki a través de un joven samurái.

Realizó una inclinación respetuosa, se retiró caminando hacia atrás y abandonó los aposentos del sogún. La débil luz del cuarto aún le permitió ver cómo temblaba la mano del hombre más poderoso de Japón.

Tras acabar en el palacio, marchó a la consulta que poseía en el barrio de los samuráis. Allí recibía a nobles a los que trataba de numerosas dolencias. Entre ellos se encontraba su correo. Nadie sospecharía de su paciente, padecía una enfermedad que lo obligaba a visitar al médico con frecuencia.

—Señor Nakamada, tome asiento —le dijo, señalando al otro lado de la mesa baja donde tomaba nota de los malestares de sus pacientes —. ¿Cómo se encuentra?

—Las hierbas que me recetó me alivian la tos por la mañana, pero sigo sin dormir.

—Entiendo…

El médico dio una palmada. La puerta corredera se abrió y un sirviente entró y se postró ante su amo.

—Necesito las mismas hierbas que la semana pasada para el señor Nakamada, también pide al vendedor que añada un poco de dormidera.

El sirviente asintió y se retiró a realizar el recado.

—¿Le cuesta respirar, señor Nakamada?

—Por las noches…

En ese momento, Itō alzó la mano para indicarle que su criado ya se había marchado. Una de las maderas del suelo hacía un ruido

peculiar cuando se pisaba en ella al cerrar la puerta desde el exterior. Itō arriesgaba la vida y no confiaba en nadie dentro o fuera de su hogar.

El joven de piel cetrina, y verdaderamente enfermo, lo miró en silencio.

El médico se atusó la barba con cierta tranquilidad y ordenó en su cabeza los datos importantes que servirían al señor Nariaki.

—Nada en esta tierra curará al sogún.

Todos sabían qué significaban esas palabras para el clan Mito. El sucesor de Ieyoshi, su cuarto hijo al que llamaban Iesada, no era precisamente listo ni contaba con una salud envidiable. Si moría, el sogún se vería en la obligación de nombrar como hijo adoptivo a Yoshinobu, inteligente y sagaz, muy diferente a su vástago. Pese a ser un candidato tan válido, la suerte no estaba de su lado. El sogunato tenía animadversión por el joven Yoshinobu, ya que pertenecía al clan Mito. Tanto las damas como los samuráis de la corte preferirían a un muchacho moldeable, de salud débil y mente enferma, antes que a un sogún fuerte y con carácter.

MIENTRAS TANTO, EL otoño había dado paso a un invierno muy crudo en el que escaseaba el arroz. Hiroyoki aguardó durante semanas las noticias del señor de Mito, hasta que una mañana recibió una carta del daimio Nariaki. Uno de los hombres se la había hecho llegar a la herrería, donde el trabajo se había intensificado gracias a la ayuda de Miyako. Le costaba reconocer la valía de su prometida, y se permitió por un instante imaginar que ella fuese leal a su causa. Si así fuera, olvidaría incluso que por sus venas corría la sangre de una *gaijin*; aunque jamás mancharía el honor ni la sangre de su clan engendrando un hijo con la descendiente de una condesa extranjera. Prefería que su linaje muriese con él.

El carraspeo del hombre que aguardaba la respuesta para el daimio Mito lo devolvió a la realidad.

—Dile que en el mismo lugar que otras veces.

El mensajero asintió y partió veloz a entregar el recado del joven samurái a su señor.

A la hora señalada, Hiroyoki se encaminó a una posada, situada fuera de la ciudad, en la ruta que se dirigía a Edo. Allí se detenían muchos peregrinos, comerciantes y viajeros que, antes de enfrentarse a los peligros del camino que bordeaba las montañas, tomaban aliento con una jarra de *sake* y comida caliente. Ese año la nieve incluso había impedido que muchos de esos peregrinos continuasen el viaje.

Una muchacha menuda lo condujo al sitio que siempre le

reservaban. Se trataba de un rincón oscuro desde donde se divisaba toda la sala. De la cocina salía una agradable tibieza que le hizo entrar en calor. A esa hora la mayoría de los clientes habían reanudado la marcha por miedo a que se les echase la noche en medio de la montaña. El siguiente pueblo estaba tan solo a una jornada a pie. Además, hacer el trayecto en grupo reducía las posibilidades de ser asaltado por bandidos o *rōnin*. Sin embargo, aún había algún rezagado que pasaría la noche sentado en aquella mesa. El dueño los dejaba quedarse si durante esas horas consumían alimento y bebida.

La chica le llevó una jarra de *sake*, dos cuencos y unos pastelillos de arroz envueltos con varias tiras de anguila frita.

Hiroyoki no dejaba de vigilar la entrada, el señor Nariaki se retrasaba. El daimio Kawaokura lo aguardaba para cenar. Había faltado ya en muchas ocasiones por culpa de la fábrica, pero comprendía que hasta el más paciente de los hombres terminaría por enojarse si notaba que su futuro yerno no tenía ningún interés en su querida hija. Después de que transcurriera el tiempo que se tardaba en consumir dos varas de incienso, pensó que el señor Mito Nariaki ya no vendría; entonces, lo vio aparecer. Se había vestido con la ropa de un comerciante de telas. Sus vistosos colores llamaban la atención, pero a la vez, mostraba lo que los demás debían ver: un vendedor que negociaba con un samurái.

Nariaki se sentó frente a Hiroyoki y escrutó al resto de los clientes a la par que bebía el cuenco de *sake* caliente que el joven samurái le había llenado. Cuando comprobó que ninguno de los clientes en la posada presentaba un peligro para ellos, fijó la mirada en él.

Hiroyoki agachó la cabeza con respeto, a la espera de lo que tuviese que decirle el daimio Mito.

—Hoy he tenido conocimiento de una noticia que nos ayudará a conseguir nuestros objetivos.

Él alzó el rostro esperanzado. Todo lo que deseaba era que su nación resistiese y triunfase sobre las exigencias de los extranjeros.

—Mi señor, me alegra saber que la suerte nos beneficia.

—La suerte es de aquellos que la buscan —aseguró el daimio. El joven no entendía muy bien a qué se refería hasta que dijo—: Necesito un hombre como tú para una misión que requiere paciencia y sangre fría.

—Haré cualquier tarea que me encomiende.

—Lo sé, lo sé… —dijo, y esta vez fue el daimio quien le sirvió *sake*.

Hiroyoki lo miró con agradecimiento, ya que suponía un inmenso honor el acto que había realizado hacia a él.

—Serás el sirviente de Yoshinobu…

—El único descendiente posible si…

—Exacto, Yoshinobu es el único y posible candidato a sogún si

Ieyoshi y su hijo mueren. Uno tiene el pie en la tumba y el otro es tan enfermizo y estúpido que dudo que sobreviva sin la protección de su padre. Además, el trabajo es idóneo para ti.

—Nunca he servido a nadie… —confesó con humildad.

—Lo sé, querido muchacho, pero necesito a un hombre con tus cualidades.

—Mis armas están de vuestro lado.

—No esos méritos. Requiero de tu lealtad irreprochable y de tu valentía, aunque no hay por qué negarlo, sin muchas finezas sociales.

—No entiendo en qué podría ayudarle si no sé cómo hacerlo —reconoció avergonzado.

Moriría luchando y jamás traicionaría sus ideales, pero no había recibido una educación cortesana y temía cometer un error que lo llevase al desastre.

—Yoshinobu siempre ha sido un joven rebelde, demasiado inteligente y capaz de descubrir a un infiltrado con una sola mirada; pero le gusta mostrar sus capacidades ante los demás —dijo. Hiroyoki lo observó con extrañeza, ya que hablaba de su propio hijo—. Tú te convertirás en su alumno y eso forjará una confianza que nos conviene a ambos. Necesito que me cuentes todo lo que hace y quién lo visita.

Hiroyoki había escuchado que el sogún no permitía la visita del señor de Mito en el castillo de Edo. Suponía que de la noche a la mañana se había convertido en sus ojos y oídos.

A diferencia del resto de samuráis, Nariaki se había ocupado de la educación de su hijo Yoshinobu. Tras la muerte de sus otros vástagos y temiendo que la influencia de las damas lo convirtiese en un débil había tomado la decisión de enseñarle personalmente. Así que en vez de permitir que se criase en Edo se lo había llevado a la mansión familiar donde lo instruyó con el severo código de samurái. Además, creía que el hijo de un daimio debía superar a cualquier samurái, así que intensificó más el entrenamiento del niño hasta el punto de que muchas veces parecía desfallecer. Para ello había ideado una vida carente de comodidades: nada de ropas suaves para dormir o vestir, se levantaba al cantar el gallo y leía libros de confucionismo. Desayunaba con moderación, practicaba la caligrafía, asistía a la escuela y por la tarde se ejercitaba en las artes marciales. Después cenaba y leía todo aquello que no le había dado tiempo durante la mañana. Así un día tras otro hasta que fue enviado oficialmente a Edo.

Hiroyoki comprendió de inmediato qué supondría para él un cargo como ese. Si Yoshinobu llegaba algún día a ostentar el máximo poder de Japón como sogún, su situación, como su sirviente leal, conduciría de nuevo a la familia Otowara a una posición importante. De ese modo, devolvería el honor a su clan, pese a que ahora manchase su linaje al casarse con una Kawaokura. Si eso llegaba a suceder, acusaría

a Miyako de infertilidad y tomaría una concubina con la que engendrar un hijo.

—Partirás dentro de tres días.

—¿Debo anular mi boda?

—¡No, muchacho! Todo debe seguir igual.

—Tengo que comunicárselo al daimio Kawaokura.

Nariaki asintió con una sonrisa complacida. Hiroyoki imaginó que la partida acababa de comenzar, solo esperaba que el movimiento que había realizado el daimio diera el resultado adecuado.

EN EL CASTILLO, MIYAKO servía a su padre un cuenco de té cuando la puerta corredera se abrió. Hiroyoki se inclinó con respeto y se sentó frente a ella. Su mirada se mostraba más altiva y soberbia que otras veces.

—Lamento llegar tarde, pero debo comunicarle una noticia que espero llene de orgullo a mi futuro padre.

Kawaokura dejó el cuenco de té sobre la mesa baja en la que su hija le había colocado varios platos recomendados por el médico. Estuvo muy enfermo todo el invierno, lo que había retrasado aún más su boda, aunque ni Hiroyoki ni ella parecían tener prisa por cumplir con los deseos de sus familias de contraer matrimonio.

—¿Qué noticias son esas? —preguntó el daimio, y tosió secamente.

—Me han ofrecido entrar al servicio de Yoshinobu.

El daimio guardó silencio, aún no estaba tan senil ni tan enfermo como para no comprender el sentido de todo aquello.

—Entiendo…

—Querido padre, regresaré para celebrar mi matrimonio con Miyako y ser un Kawaokura como vuestro hijo adoptivo cuando vuestra salud así lo permita.

Hiroyoki fijó la mirada en su futura esposa, Miyako observaba a ambos con interés y sin intervenir. Aquel inesperado puesto solo podía significar una cosa: Otowara Hiroyoki se había convertido en espía, y todos en aquella sala lo sabían.

EL DÍA DE su partida, Miyako permaneció en el jardín donde se hallaba el olivo de la condesa de Carrión. Un ruido a su espalda la obligó a girarse con rapidez. La sorpresa se reflejó en sus ojos hasta el punto de que Hiroyoki creyó verlos cambiar de color. Su tonalidad pálida y cristalina se transformó en una mucho más oscura, como las aguas turbulentas del océano en un día de tormenta. Desde el día en que lo derrotó con la *naginata*, ninguno de los dos había cruzado una

palabra, salvo la correspondiente cortesía antes de la cena, y siempre delante de su padre.

—Creí que te habías marchado.

—No sin despedirme de mi querida prometida.

Sus palabras provocaron que Miyako esbozara una mueca de desdén.

—Guarda tus falsos cumplidos para la nobleza de Edo.

Hiroyoki realizó otra mucho más sardónica, pero en su mirada se reflejó por primera vez no el desprecio que sentía por ella, sino una admiración desconocida hasta ese momento.

—¿Por qué no me mataste?

La pregunta la sorprendió, sin embargo, una duda desde ese día no dejaba de darle vueltas en la cabeza.

—¿Tú lo habrías hecho?

—Sin dudarlo —respondió él.

Miyako asintió con una nota de resignación ante la certeza de que algún día uno de los dos acabaría con el otro.

—¿A qué has venido?

—A recordarte el pacto que tenemos y lo que significará para ti si lo rompes.

—No lo he olvidado.

—Eso espero, no me agradaría saber que mi familia adoptiva y mi futura esposa son unos traidores al sogún.

Miyako apretó los puños presa de la cólera.

—Mi padre jamás traicionará a su patria. Solo cree en una nación más libre y culta, una nación abierta a mejoras para todo tipo de hombres y mujeres. Mientras mi padre anhela una vida de paz y prosperidad, tú salvaguardas unos valores arcaicos que conducirán a nuestro pueblo a la destrucción y al hambre.

—Cómo te atreves a hablarme de esta manera. Ahora me muevo entre personas influyentes. En cambio, recuerda que la influencia de la familia Kawaokura en Edo está en entredicho. Las ideas de apertura al extranjero han llevado a tu padre al ostracismo y a una vigilancia por el *bakufu*.

—Supongo que no solo el *bakufu* nos vigila.

Hiroyoki la miró, sin acertar si ella había descubierto realmente al sirviente que había comprado por orden de Nariaki para informarles de todo lo que se hacía o decía dentro del castillo Kawaokura.

—Deberías ser más cuidadosa con tus palabras —la amenazó.

Ante la perplejidad de su prometido, Miyako se arrodilló a sus pies.

—Lamento mi comportamiento inapropiado en una mujer y, más aún, en una que formará parte del honorable clan Otowara. Espero que perdones mis errores y me guíes en el camino que ha de recorrer una buena esposa.

Hiroyoki imaginó que su actitud se debía más a su necesidad de proteger a su padre. No obstante, podía apreciar cómo en tanto pronunciaba las palabras, el rostro de Miyako se tornaba lívido de ira. A pesar de todas sus modernas y extranjeras ideas, ella no podía eludir su responsabilidad. Una mujer de su clase era entrenada para vivir a merced de la voluntad de su marido. Las hijas de daimios aprendían a disimular los celos, el dolor o la rabia. Sin embargo, parecía que su futura esposa no había aprovechado demasiado esas enseñanzas.

—Levántate —le pidió, aún sin comprender a qué jugaba.

Aquello no era propio de la mujer que lo había derrotado en un combate. Además, su humillación no le suponía una satisfacción, quería doblegarla. No la insultaría con palabras, eso se consideraba vulgar, aunque la dulzura con la que le dijo que se levantase escondía una brutalidad que Miyako debería soportar con una generosidad absoluta.

Ella continuó arrodillada, incluso se postró a sus pies en señal de sumisión. La sorpresa causada en un primer momento silenció a Hiroyoki, sin embargo, la necesidad de atormentarla era muy superior a su ofrenda de paz.

Una rabia mezclada con el deseo de venganza lo obligó a tomarla del brazo, atrayéndola a escasos centímetros de él. En su clara mirada había un resplandor de superioridad que sus buenos modales nunca ocultarían. Durante un instante, recordó al médico alemán y cómo trató a su hermana. El *gaijin* mostró abiertamente el desprecio que sentía por ellos y por todas las gentes de Japón. No podía evitar revivir todo aquello cuando estaba cerca de Miyako. Su presencia siempre acababa con su contención y control, atentando contra las enseñanzas samuráis.

—Solo cuando tus ojos de agua no vean la luz, olvidaré que me casé contigo.

Sus palabras eran tan terribles que el rostro de Miyako se tornó pálido. Hiroyoki observó su miedo, después la soltó con brusquedad y se marchó a toda prisa. En el fondo, sabía que actuaba bajo un impulso ciego y no como lo haría un verdadero seguidor del camino del *bushido*.

33

un inesperado encuentro

Manila (Filipinas), 2 de marzo de 1852

Luisa dejó la pluma sobre la mesa y sopló en la hoja para secar la tinta. Había terminado de escribir la carta que enviaría a Ninon. A pesar de la larga distancia que la separaba de París, aún no se sentía segura. Apenas dormía por miedo a soñar con lo sucedido en el burdel. No podía olvidar lo que había hecho y la culpa se enroscaba en su corazón como el pecado original que, en su caso, era mayor que el de otras mujeres.

—Señorita, ¿quiere que lleve su correo?

La muchacha que había llamado a su puerta era cubana. Trabajaba para la señora Soledad y parecía no tener familia, ya que vivía en la casa.

—Martina, iré yo misma. ¿Puede acompañarme?

—Se lo diré a la señora Soledad.

Por supuesto, no hacía nada sin la autorización de la viuda. En esos días había visto que la tal Soledad conducía su hogar con mano de hierro y era esquiva con las preguntas relacionadas con el marqués Rosales.

Mientras Luisa se ponía un mantón como el que usaban las mujeres en Filipinas, Martina apareció casi sin aliento.

—La señora Soledad me da permiso, señorita.

Las dos se encaminaron al centro de la ciudad y después se desviaron hacia el fuerte. Los militares se encargaban de la correspondencia, si bien la mayoría de las veces se repartía a caballo entre los distintos pueblos y aldeas de la isla; también una vez al mes salía el correo para la patria en alguno de los navíos de mercancías.

Luisa no solo quería enviar la carta a Ninon, necesitaba averiguar cómo ponerse en contacto con Diego. Había preguntado a la viuda, y esta le había sugerido que acudiese a la comandancia.

Un soldado hacía guardia en la puerta, silencioso y firme. Al verlas llegar, las contempló con interés y una sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—Quisiera entregar una carta y preguntar por el capitán Quesada.

—Deme a mí la carta. Nosotros tenemos orden de recogerlas.

—Es muy amable.

—Es mi trabajo, señorita.

El joven era casi un adolescente, aunque portaba un arma de fuego tras la espalda y, con seguridad, la usaría si fuera necesario.

—¿Con quién debo hablar sobre el capitán Quesada?

—Señora, ¿es su esposo?

Luisa estuvo tentada a decir que no, pero imaginó que si contestaba que era una antigua prometida, nadie se molestaría en darle información. Quizás la considerasen una mujer de moral dudosa por seguir a un hombre hasta Filipinas cuando ya no existía una relación entre ellos.

—Así es, soy la esposa del capitán Quesada.

—Aguarde un momento —dijo el muchacho.

Se adentró en el fuerte y habló con un cargo superior. El hombre miró hacia donde señalaba el soldado y asintió sin comentarios. Era un sargento que cojeaba a causa de una herida en la pierna por culpa de esos piratas de Joló.

—Señora, acompáñeme.

Las dos mujeres siguieron al sargento hasta el despacho del comandante.

—Esperen un momento.

—Muchas gracias, sargento.

—Veo que es esposa de un militar. Ninguna otra hubiera identificado mis galones.

Luisa le sonrió sin mucha convicción, pero no tuvo la necesidad de contestar porque se detuvo delante de una puerta y, tras golpearla dos veces, entró. Unos minutos más tarde, de nuevo apareció.

—Señora, el comandante la espera —dijo, apartándose un poco para dejarla entrar.

—Martina, espérame aquí —le pidió ella.

Después, se adentró en una habitación austera, de las paredes colgaban mapas de las islas. Una estantería contenía varios libros, entre ellos leyó *La Odisea* y *La Ilíada*. El comandante era un hombre aún joven, de mirada triste y con la piel morena. Luisa supuso que por el clima de la isla.

—Señora Quesada…

—Así es, comandante.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Necesito encontrar a mi esposo, el capitán Diego de Quesada.

—¿No sabe nada de él?

—No, desde hace un tiempo…

—El correo no se ha visto interrumpido. —Las mejillas de Luisa enrojecieron, y el comandante dijo—: Entiendo —después, añadió—: Señora, no es el primer español que se olvida de su esposa y familia en la patria por una bonita isleña.

—El capitán Quesada, mi esposo, no es de esa clase de hombres.

—Claro…

—Su último destino fue el fuerte de Balanguingui —dijo Luisa.

—Varios heridos llegaron hace un par de semanas.

Luisa lo miró con el rostro estremecido. Rogó a Dios para que Diego no se hallase entre ellos, ni tampoco Fernando.

—¡No, no! No se asuste. Los muchachos tienen heridas sin importancia. Un par de semanas de descanso y estarán como robles. No me consta que entre ellos se encuentre ningún Quesada, pero puede que se trate de algún error. Ordenaré a mi sargento que la acompañe al hospital, quizás alguno de esos soldados le dé más información sobre su esposo.

—No sé cómo agradecérselo —dijo Luisa con una sonrisa realmente sincera.

—Nada es suficiente para alegrar a estos valientes soldados —afirmó. Luego, gritó—: ¡Sargento!

El hombre entró y se plantó con un saludo militar.

—¡Sí, mi comandante!

—Conduzca a la señora Quesada al hospital.

—A la orden, señor.

Luisa asintió al comandante con una leve inclinación de cabeza, agradecida, antes de seguir el camino que emprendía el sargento.

El olor a desinfectante y los gemidos de los convalecientes helaron el corazón de Luisa. El temor a que Diego estuviese grave, o incluso muerto, le provocaba inquietud. Sin embargo, el miedo era aún mayor si imaginaba que el herido o el muerto era Narváez. Se dijo que actuaba como una estúpida, para él solo debió de ser una noche divertida con una mujer diferente a las que solía tratar.

—Señora, los hombres de Balanguingui están en la sala A.

—Gracias, sargento. No es necesario que me acompañe, ya le he hecho perder demasiado tiempo.

—Ha sido un placer. Espero que encuentre a su marido.

Luisa esbozó una sonrisa tímida y asintió calladamente. Después, preguntó a uno de los médicos de la sala si había tratado al capitán Diego de Quesada. El doctor negó conocerlo, pero le señaló una cama, un hombre dormía atendido por una muchacha. Por sus ropas, se diría que era una mujer de Joló. Durante su viaje había leído de las costumbres y maneras de los piratas de las islas. Esclavistas y sanguinarios, defendían su modo de vida con sangre y violencia.

Sus piernas se paralizaron al ver quién ocupaba la cama que le había indicado el médico. Fernando Narváez yacía en ella con el rostro ceniciento. Se notaba que tenía fiebre y la chica intentaba bajársela con paños húmedos. Su palidez fue visible para uno de los enfermeros y le preguntó:

—¿Es un familiar?

—Un amigo de mi esposo —consiguió pronunciar.

—Ha tenido suerte. Un poco más abajo y le habría atravesado el corazón.

—¿Se recuperará?

Luisa sabía lo que implicaba una herida de bala, la infección era lo más peligroso.

—Eso solo está en manos de Dios.

Luisa habría gritado con gusto su frustración, pero simplemente miró al enfermero con los ojos vacíos. El hombre se marchó a continuar con su trabajo, y Luisa se arrodilló ante la cama.

La joloana la miraba con cierta precaución. Igual que un animal dispuesto a luchar por uno de su manada.

—¿Quién eres?

La voz firme y autoritaria de la chica atrajo a Luisa de nuevo a la realidad.

—Una amiga.

—Yo amiga.

Luisa sonrió a la joven joloana, y ella se tranquilizó.

—¿Qué puedo hacer por él?

—Agua fría, no me escuchan —dijo con una mirada de odio que dirigió al médico.

Durante meses pareció que Fernando se recuperaría, al principio incluso Eva así lo creyó, pero tras la epidemia de cólera el estado de Fernando había empeorado y su herida, lejos de sanar, le impedía recuperarse por completo.

—Yo la buscaré.

Después de la respuesta que le había dado el enfermero, apostaba más por los cuidados de una isleña.

—Hojas de aloe vera.

Luisa asintió otra vez y se apresuró a cumplir con el encargo. Estaba segura de que Martina le diría dónde comprarlas.

Tras recorrer los puestos del mercado, encontraron en uno las hojas de esa planta. Regresaron aprisa y tropezó con el médico, que la detuvo un instante.

—¿Dónde va con eso?

—Después de haber encomendado la salud de mi amigo a Dios, no creo que esté de más que yo intente ayudarlo con algo más que rezos, ¿no cree?

—Soy el médico jefe de este hospital. No puede…

—Si ese hombre muere, me encargaré personalmente de que su tío, el mismo Ramón María Narváez y mano derecha de la reina, sepa que el médico jefe del hospital militar de Manila no hizo todo lo que estaba en su mano para salvar a su sobrino.

La amenaza surtió efecto, y el doctor la dejó pasar. Luisa se acercó

a la cama y tocó la frente de Fernando.

—Está ardiendo.

—Quítale vendas —le ordenó Eva.

Ella obedeció el mandato de la nativa. Con mucho cuidado, por miedo a dañarlo aún más, retiró las vendas. Un olor a podrido le hizo mirar a la joloana con temor.

—Todavía tiempo.

Sus palabras la tranquilizaron, así que observó lo que hacía, impresionada por su habilidad. Rajó las hojas y extendió la suave gelatina por la herida.

—Venda nueva.

Luisa obedeció de nuevo sus palabras sin cuestionarlas.

—¿Cuándo sabrás si ha funcionado?

—Mañana.

Luisa asintió mientras retiraba el cabello de la frente de Fernando. Les aguardaba una noche muy larga.

AL ALBA, FERNANDO entreabrió los ojos, aturdido. Vio a Eva a su lado, vigilándolo con sus inmensos ojos felinos.

—Curará —dijo a modo de sentencia.

—Agua… —pidió él.

La joloana se apresuró a darle de beber. Entonces, Fernando se fijó en la otra mujer que sujetaba su mano. Arrodillada a los pies de la cama, apoyaba los brazos en el jergón. Creyó que la fiebre le hacía alucinar hasta que la muchacha alzó el rostro y con una sonrisa dijo:

—Me ha tenido preocupada toda la noche.

—¡Luisa!

—La misma, señor Narváez.

34

unas palabras peligrosas

Casa del daimio Kawaokura (Nagoya), 2 de marzo de 1852
(Tercer mes del quinto año de la era Kaei)

La noche era territorio de los enemigos de la verdad, eso al menos era lo que pensaba Miyako cada vez que tenía que entregar un paquete de panfletos al burdel donde había conocido a Ibuki.

Cuando ideó la manera de revelar la situación real a la que muy pronto se enfrentarían si las ideas de hombres como Hiroyoki llegaban a germinar, encontró una serie de dificultades que tuvo que solventar: la primera, cómo expresar el peligro que afrontaban con sencillez; la segunda, cómo llevar los panfletos hasta las manos de la gente. La primera fue fácil, escribió un texto visual muy simple, pero a la vez manifiesto: *No importa cuánto discutamos para expulsar a los extranjeros de nuestro país, una espada no podrá nunca con un revólver.* Incluso los campesinos de aldeas más alejadas de la ciudad conocían cómo los *gaijin* armaban a sus compatriotas. La segunda había resultado algo más complicada y más peligrosa.

Miyako se vistió con las ropas de hombre que usaba para escapar del castillo. Hasta ahora había tenido suerte de que Iko o Jiro no la sorprendiesen. La señora Himura renegaba de lo que hacía y había intentado disuadirla de todas las formas posibles, sin embargo, cuando comprendió que estaba dispuesta a correr ese riesgo con o sin su ayuda, se puso de su parte. Su misión era convencer a todos de que la señorita Kawaokura dormía plácidamente en sus aposentos.

—¿Cuándo va a terminar con esta locura? —le preguntó con el rostro asustado.

—No se preocupe, señora Himura. Todo irá bien.

—Si la descubren, no solo usted perderá la cabeza —le dijo en un tono acerado.

—Lo sé, pero estoy segura de que mi padre haría lo mismo si su enfermedad no le mantuviese postrado en un futón.

Se inclinó con respeto ante su doncella, sabía bien lo que esa mujer arriesgaba por ella. Después, se adentró en las sombras del jardín de su cuarto. Trepó por un árbol que uno de los jardineros, por mandato de la señora Himura, había podado de manera que una de sus ramas sobresaliera por el muro, permitiendo a Miyako subir y bajar sin

necesidad de usar cuerdas ni ningún otro elemento que pudiera atraer la atención de los vigilantes. A continuación, accedió a una abertura y la atravesó. No cualquiera podría, era estrecha y demasiado pequeña para que un hombre cupiese. Miyako era delgada y lo cruzó sin ser vista, aunque contorsionándose para no quedar atrapada. Tras llegar hasta allí, anduvo por las calles de Nagoya en dirección al barrio del placer. No temía visitar esa parte de la ciudad, pero el dueño del burdel era un tipo tan desagradable como traicionero, según había escuchado decir a Iko. El samurái había visto cómo trataba a las mujeres que trabajaban para él, y sentía la necesidad de acabar con esa basura; sin embargo, estaba en su derecho, ya que eran de su propiedad.

Botan, que así se llamaba el dueño, la conocía como el muchacho, el recadero más bien, de un *rōnin* disconforme con la situación que vivía. Miyako se detuvo ante el callejón donde conoció a Ibuki. Sopló el silbato de porcelana de Arita, como correspondía a la contraseña dada, y aguardó hasta que al fin una de las mujeres le abrió y la condujo hasta un cuarto tomando su mano. Miyako no solo aparentaba ser un chico, sino un chico ciego, cubría sus ojos con un pañuelo. De ese modo evitaba que su mirada la delatase. Durante el rato que esperaba a que el dueño se presentase, mantenía los ojos cerrados, por miedo a que la espiasen tras las paredes de papel. Escuchó cómo la puerta se deslizaba por los rieles, de inmediato notó el aroma a sudor y alcohol del hombre con el que negociaría. Recordó sin querer la primera vez que se le ocurrió comerciar con él. Sabía que precisaba ayuda para repartir los panfletos por la ciudad, también que el mejor sitio para no ser descubierta sería las calles del barrio del placer. No obstante, desconocía quién realizaría tal menester, aunque alguien le vino a la mente: el propietario del prostíbulo *El dragón dorado*. El tal Botan había recibido a su padre el día que acudió en busca de Ibuki. Miyako pensó que sus ojos serían un obstáculo insalvable hasta que vio a un mendigo ciego pedir limosna. Eran muchos los ciegos que desarrollaban el trabajo de masajista, el único que no requería de la vista para ejercerlo. El día que acudió por primera vez al burdel sopló su silbato hasta que le abrieron la puerta.

—¡Qué quieres, muchacho! —preguntó una voz.

Miyako no la reconoció como la del dueño.

—Hablar con tu amo.

—¡Con esa rata de Botan! —exclamó. Y añadió—: Es tan tacaño que no pagaría tus servicios, sea lo que sea lo que ofreces.

Por su manera de expresarse. Miyako dedujo que era un *rōnin*. Olía a arenques y a *sake*, además de otro olor agrio que no supo identificar.

—Al mismo.

—¿Para qué?

—Mi señor desea hacer tratos con él.

—¿Quién es tu señor? —preguntó con desconfianza.

Miyako no había tenido en cuenta que en ese mundo nadie se fiaba de nadie, y menos aún, de alguien que aparecía en tu puerta encomendándote un negocio lucrativo, pero sumamente peligroso.

—Es un hombre importante y rico… —dijo ella, sacando de su bolsillo una moneda de plata.

No le veía la cara, aun así, sintió la avaricia cuando el hombre le arrebató la moneda de las manos.

—¿Para qué quieres verlo?

—Eso es un asunto entre mi amo y su…

—Jefe.

Suponía que tras el asesinato del anterior *rōnin* y la huida de Ibuki, el tal Botan había contratado a otro que se encargase de las chicas y de que ningún cliente se marchara sin pagar la cuenta.

—Es una cuestión de dinero.

El *rōnin* dudó un momento, pero después se hizo a un lado.

—Pasa, chico.

Miyako se vio en la obligación de entrar. Imaginó la posibilidad de que el *rōnin* la atacase, le robase y, de paso, si descubría su verdadera identidad, la forzara o vendiera a su jefe. Imaginar cualquiera de las posibilidades le alteraba los latidos del corazón. Mientras esperaba a que el tal Botan apareciese, escuchó las voces de las mujeres en las habitaciones contiguas, sus risas y gemidos. Un ligero olor a incienso se notaba en el cuarto y, a pesar de que se trataba de una fresca noche de marzo, en el interior el calor la hacía sudar. Cuando empezaba a impacientarse, la puerta corredera se abrió y oyó los pasos de alguien adentrarse en el cuarto.

—Mi hombre me ha dicho que quieres verme.

Miyako reconoció la voz de Botan, también que no se había sentado frente a ella. Así que con un gesto de la mano le indicó que lo hiciera.

—Discúlpeme si le pido que se siente, así me resulta más fácil mantener una conversación.

—Espero que sea interesante lo que tu amo tiene que proponerme —dijo con aspereza cumpliendo su petición—. Soy un hombre ocupado.

—Seré breve, pero le aseguro que le reportará beneficios.

—Antes, debo saber quién es tu señor.

—Un hombre con suficiente dinero que desea hacer nuevos amigos.

—Tú eres…

—Su masajista.

Botan chasqueó la lengua como si su ingenuidad lo ofendiese.

—Demasiado bello —afirmó, y Miyako notó sus ásperos y gruesos dedos alzarle el mentón—, para solo ser un masajista. Si alguna vez dejas a tu amo, aquí tendrías un lugar donde trabajar.

Miyako asintió con una sonrisa agradecida, aunque en el fondo sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Hablemos de lo que me ha traído hasta aquí —dijo ella. Y sacó de entre sus ropas el paquete de panfletos envueltos en una tela que deshizo con cuidado. Luego le entregó uno—: ¿Sabe leer?

—Claro que sí —dijo Botan. Y añadió después de tomar el papel—: Esto es…

—Son monedas de plata para usted. Solo debe encontrar a alguien que los reparta con discreción.

—¿Cuánto me ofrece tu amo?

—¿Cuánto quiere?

Sin necesidad de ver, supo que en los ojos de Botan brillaba la avaricia cuando su respiración se aceleró y guardó silencio durante un instante.

—Tendrá que ser lo bastante como para que arriesgue mi cuello. El *bakufu* cortará la cabeza del autor de estas palabras.

—Acepte y ganará mucho más que esto —dijo ella, lanzándole una bolsa de monedas que había sacado de entre sus ropas.

Miyako había vendido, gracias al buen hacer de la señora Himura, las joyas de su madre. Solo se había quedado con una, había sido incapaz de desprenderse de ella. A su padre le había contado que prefería guardarlas. En realidad, ya no poseía ninguna de ellas. Si su padre descubría su engaño, le dolería lo bastante para agravar su enfermedad. Confiaba en que si llegaba ese momento, entendiese que lo había hecho por el bienestar de su patria.

—De acuerdo, pero quiero el doble la próxima vez.

Miyako calculó sus bienes. No estaba segura de poder pagarlo, de todos modos, aceptó sin mostrar vacilación.

—Si traiciona a mi amo —le dijo con una clara amenaza en la voz —, será su cabeza la primera que el *bakufu* cortará.

—Sé cumplir mis tratos, solo espero que tu amo también lo haga.

AHORA QUE AGUARDABA en el cuarto, y los recuerdos se desvanecían ante la inminente tensión de la espera, Miyako supo que ya no volvería más al burdel *El dragón dorado*. Carecía del dinero suficiente para pagar su trabajo. Había recorrido la ciudad durante los días previos y había visto samuráis con sus panfletos en las manos, también cortesanas y criadas, e incluso tenderos y dueños de burdeles. Sus palabras pronto alcanzaron los oídos del *bakufu* y hubo

detenciones, interrogatorios y registros, sin hallar al autor de tan acaloradas palabras. Se tocó el pecho con tristeza. Esa sería la última vez que escribiría sus panfletos. Escuchó cómo la puerta se deslizaba, aunque esta vez no oyó los pasos pesados del dueño, tampoco el olor a *sake*.

—¿Quién está ahí? —preguntó con desconfianza y sujetando con fuerza el cayado.

Lo usaría como una *naginata* si fuera necesario, pero entonces apreció un ligero aroma a jabón de pino, el mismo que solía usar Iko. Entreabrió los ojos y lo miró sin comprender qué hacía allí.

—Deprisa —le susurró—: Sígame. Botan la ha vendido al *bakufu*.

—¡Esa rata traicionera!

—No tenemos tiempo para vengarnos. Hay un *machikata yoriki*[84] hablando con Botan.

Miyako no discutió su orden. Si el samurái la arrestaba, condenaría a su padre y a todos aquellos que le servían, incluido Iko.

—Póngase esto —dijo, entregándole un kimono de cortesana.

—Me reconocerán…

—No, si está trabajando.

Miyako enrojeció de vergüenza. Sin embargo no dijo nada cuando la puerta se abrió. Se trataba de Ena, la muchacha que le había servido *sake*.

—Entrad, rápido, ya vienen.

Iko se deshizo del kimono y se quedó con el *fundoshi*[85]. Luego se tumbó en el futón mientras que Ena cubría con sus ropas de cortesana el cuerpo de Miyako, ocultando así sus ropas de hombre. Con rapidez, soltó la coleta que sujetaba su cabello y el pelo tapó por completo su rostro. Justo cuando la muchacha salía por una de las puertas, se abrió otra.

—¡Qué ocurre! —preguntó Iko, apretando a Miyako contra su cuerpo.

—¡Ena! —gritó Botan, al reconocer el kimono de la joven.

—¡He pagado por ella!

—Claro, claro… —se disculpó el dueño. Y dijo a los samuráis del *bakufu*—: Señores, el chico ha debido de sospechar y ha huido.

—Si vuelve de nuevo, avísanos.

—Por supuesto, no quiero tener tratos con nadie de esa calaña.

—¡Cierren la puerta de una vez! —gritó Iko.

Abrazó a Miyako, y la mejilla de ella presionó su duro pecho, dejándola muy confundida. Sin embargo, Iko solo lo hizo para convencer a sus invitados indeseados de que requería los servicios de la prostituta. Cuando se marcharon, el samurái la apartó con dureza, y dijo:

—¡Vamos!

—Iko…

—No hay tiempo de hablar, debemos marcharnos ahora mismo.

Ena abrió la puerta y les hizo una seña con la mano para que la siguieran. Cuando llegaron a la salida del burdel que daba al callejón, la joven se detuvo, miró a Iko y después a ella. Miyako observó en su mirada una inmensa tristeza, pero sonrió con ternura a Iko. Entonces, su amigo dijo a la cortesana:

—Ena, te debo un favor. Siempre estaré en deuda contigo.

—No ha sido nada. ¿Volverá a visitarme? —preguntó.

Miyako advirtió en su semblante el anhelo y el miedo a su respuesta.

—Sería demasiado peligroso para cualquiera de nosotros.

—Por supuesto —respondió la joven con la cabeza gacha y las manos entrelazadas.

—Vamos —ordenó entonces Iko.

Miyako obedeció, pero antes de irse, miró atrás y vio cómo Ena lloraba.

SOLO PODÍAN ESTAR seguros de que nadie escucharía su conversación en el campo de entrenamiento de los samuráis. A esas horas, todos dormían, pasaban su tiempo libre en el barrio del placer o hacían la guardia. Iko guardaba silencio desde que abandonaron las calles de Nagoya. Ahora se había sentado en el suelo de arena fina, cruzaba las manos a la altura del pecho y la miraba como si fuese un animal peligroso. La luna iluminaba el centro del patio, además varias lámparas de aceite dibujaban sombras difuminadas en los rostros de ambos que les impedían verse con claridad y saber qué pensaba el otro.

—No encuentro palabras para expresar lo que ha hecho —le recriminó él con la voz seria, rompiendo el silencio.

—Agradezco tu ayuda, pero no me arrepiento. Volvería a escribir esos panfletos si pudiera.

—Lo único que ha hecho ha sido poner en peligro al clan Kawaokura.

—No, en realidad, estoy luchando por mi país.

—¡Estás loca, Miyako! —exclamó, esta vez tuteándola—. Si alguien descubre lo que has hecho, nos matarán a todos. No quedará nada ni nadie del clan Kawaokura.

Iko se puso en pie y le dio la espalda. Ella se levantó y se situó a escasa distancia de él. Comprendía su enfado, también que tenía razón; si bien debía hacerle entender que si actuar de esa forma era peligroso, no obrar era más arriesgado aún.

—Si hombres como Hiroyoki toman el poder, muchos otros morirán inútilmente.

—Los guerreros hemos nacido y entrenado para morir.

—No empieces con esas ideas tan anticuadas —le censuró ella esta vez.

Iko se giró y dijo:

—El problema es que no crees en el valor de nuestros hombres, en su fuerza y en su honor.

Sus palabras obligaron a Miyako a comportarse sin tanta delicadeza. Extrajo uno de los panfletos y se lo colocó delante de la cara.

—Cuando cientos de hombres armados con mejores fusiles que los nuestros desembarquen en nuestras costas, ¿crees que tu espada podrá con uno de ellos? De verdad, ¿piensas que ganarás?

—No, por supuesto que no —dijo resignado—. Sin embargo, moriré con honor.

—Yo no quiero que mueras, y el honor me importa poco si mata a un amigo.

Que se refiriera a él de ese modo provocó en Iko una sonrisa.

—Espero que sea la última vez que lo haga.

—Lo será, no tengo dinero para seguir. Por cierto, ¿cómo te enteraste?

—La señora Himura no soporta un interrogatorio. La he visto todos estos meses intranquila. Si oía un ruido tras su espalda, gritaba; si alguien se acercaba con sigilo, se giraba con el terror dibujado en la mirada.

Miyako sonrió y dijo:

—Hubiera sido mejor contar con tu ayuda.

Iko se puso serio y adoptó la postura de un samurái.

—Si vuelve a intentarlo de nuevo, yo mismo la delataré ante su padre.

Miyako asintió con tristeza al escuchar a su amigo hablarle como correspondía a su cargo. Había dejado de ser su compañero para convertirse en un samurái de la casa Kawaokura.

35

El combate

Casa de Bernard (Suburbios de París), 2 de marzo de 1852

Bernard llevaba semanas fingiendo delante de Ninon una tranquilidad que no sentía. Semanas en las que había intentado averiguar quién fue el malnacido que la había golpeado hasta casi matarla.

—Deberías dormir —le aconsejó ella, acariciando su mejilla.

Ninon se asemejaba más a una muchacha cuando dejaba de usar ropas de cortesana. Vestida con un sencillo traje, sin adornos ni volantes, se confundiría con la hija de un burgués. Bernard notó cómo su pecho se contraía por la rabia de no haber podido proteger a la mujer que amaba.

—Son los combates.

—¿Son necesarios?

No lo eran, pero era el medio que Bernard tenía para descargar la frustración que lo carcomía por dentro desde el día que entró en aquel cuarto y la vio en un estado tan lamentable que apenas pudo resistirlo. Sus alumnos habían empezado a temer enfrentarse a él en el cuadrilátero. No tenía compasión ni ningún tipo de remordimiento a la hora de golpearlos. En cada uno de ellos creía ver el rostro del atacante de Ninon.

—Ninon… —dijo, omitiendo su pregunta.

El rostro de la mujer se ensombreció al escuchar su nombre. No era necesario pronunciar ninguna palabra más. Tanto uno como otro sabían bien qué significaba aquella entonación.

—Bernard, creía que había quedado claro…

—¡Maldita sea, mujer! —gritó él, poniéndose en pie.

La mano de Ninon quedó inerte sobre su regazo. Aún le costaba levantarse del sofá sin ayuda, pero debía disimular su dolor. Debía impedir que Bernard cumpliese su deseo de venganza.

—Bernard, por favor.

—¡No pude protegerte! —exclamó, fijando la vista en ella.

—Nunca te pedí que realizases dicho trabajo. Bernard, eres un buen hombre, pero no estoy dispuesta a condenarte a las habladurías. Vives gracias a tus puños, pero cuando se sepa que soy la mujer del gran luchador de *savate*, el maestro de la clase aristocrática, todos tus

alumnos dejarán las clases, quieran o no, obligados por sus padres. Puedo ser tu amante, pero nunca seré tu esposa.

Bernard salió del cuarto dando un portazo. Ninon miró la puerta durante un instante, suspiró una vez y sus pensamientos volvieron a Luisa. Se preguntó qué habría sido de ella. Hacía semanas que no sabía nada de su querida amiga.

DOS MESES MÁS tarde, la sorpresa iluminó el rostro de Ninon cuando recibió una carta de la española. La joven le contaba que había conseguido llegar a Manila y reunirse con uno de sus amigos. La cortesana dejó la correspondencia en el cajón oculto bajo su escribanía. Esa noche tenía que recibir a varios clientes importantes y necesitaba estar bella y serena. Tomó un poco de láudano y se enrojeció las mejillas con unos pellizcos. Después, se dirigió al salón donde la aguardaban las chicas.

Un instante después, la puerta volvió a abrirse. La muchacha que entró en el cuarto se aseguró de que nadie la viera entrar y se dirigió al buró. Con dedos temblorosos buscó el lugar secreto donde la *madame* guardaba la correspondencia. No había sido fácil averiguarlo, pero la noche anterior vio cómo ocultaba unas cartas en el escritorio. Al final, después de palpar y mirar a su espalda por miedo a que la sorprendieran, encontró el pestillo que abría el cajón secreto. Cogió todas las cartas que había en el interior y se marchó aprisa del cuarto.

EL ALMACÉN DE *monsieur* Bernard se alzaba en medio de los suburbios de París. Después de los levantamientos muchos comerciantes empobrecidos se habían trasladado a esa zona, doblando la población. A esa hora las calles eran peligrosas para mujeres como ella, así que se apresuró a llegar sin tropezar con ningún indeseable. Aguardó a que el último alumno del luchador se marchase y salió del escondite en el que había estado un buen rato.

—¡*Monsieur* Bernard! —gritó.

Bernard la reconoció como a una de las muchachas que trabajaba para Ninon.

—¿Le ha sucedido algo a tu señora?

La muchacha, con el aliento entrecortado, denegó la pregunta.

—Entonces, ¿qué haces aquí? Estas calles son peligrosas para jóvenes como tú. Esto no es el burdel de Ninon.

—*Monsieur* Bernard, creo que el hombre que agredió a *madame* Ninon debe pagar por lo que le hizo.

Las leales palabras de la joven rebajaron el enfado de Bernard.

—Si supiera quién es… —dijo entre dientes.

—No sé quién es porque ese día no estaba en el local, pero creo que en algunas de estas cartas encontrará la respuesta.

La muchacha se sacó de entre las ropas las cartas.

—¿Las has leído?

—No sé leer, *monsieur* —dijo avergonzada.

Bernard se apresuró a abrirlas, lo que leyó le indicó por qué Ninon protegía la identidad de su agresor. También que al fin había descubierto la identidad del hombre que debía matar, gracias a una carta de Luisa.

—Regresa antes de que Ninon descubra que le has robado las cartas. Ponlas de nuevo en su lugar y no digas a ninguna de tus compañeras que has venido a verme.

Bernard buscó en sus bolsillos una moneda y se la ofreció a la joven, pero la rechazó.

—No lo hago por dinero, *monsieur*, sino porque estimo a *madame*. Ella me sacó de las calles y me ha alimentado y cuidado.

Bernard asintió y acompañó a la muchacha hasta un lugar seguro. Luego, agazapado en la oscuridad, mientras la veía alejarse, pensó que debía buscar la manera de vengarse de Gaillard.

Inesperadamente, el destino le brindó la oportunidad que tanto deseaba. A mediados de mayo, un lacayo de una casa importante se presentó en el almacén de Bernard. Al verlo, detuvo la pelea y salió del cuadrilátero. Se limpió con un paño el sudor del pecho y se encaminó directamente al sirviente.

—¿*Monsieur* Bernard?

—Yo mismo —contestó con voz ronca.

—*Monsieur* Gaillard desea que lea esta carta.

El nombre de ese bastardo provocó que la mirada del luchador intimidase tanto al criado que este retrocedió un paso por miedo a que lo golpease.

—Espera una respuesta —se atrevió a decir, al ver cómo Bernard solo apretaba la carta sin abrirla.

El carraspeo del sirviente lo sacó de sus pensamientos y lo centró en leer la carta. No podía creer que el destino, o el Dios en el que había dejado de creer, le brindara la manera de vengarse.

—Acepto.

DURANTE LA SEMANA, Bernard preparó cada detalle con tanto cuidado que parecía no haber dejado nada al azar. Sabía cómo, cuándo y dónde se vengaría de Gaillard. Antes debía asegurarse de que el espectáculo que había solicitado fuese el mejor de París. Para

ello había convocado a sus mejores alumnos, entre los que se encontraba el amigo de Arturo Segovia. El joven ignoraba el destino de su antiguo compañero de universidad, quien se había marchado de París sin ni siquiera despedirse. Tras escoger a sus mejores luchadores, solo quedaba aguardar el día de la fiesta en la que *monsieur* Gaillard había contratado una exhibición de *savate*.

Mientras tanto, en el burdel de Ninon una de las chicas había observado cada paso que daba la *madame*. La joven tenía dos bocas que alimentar y temía que si Ninon se enteraba, no quisiera tenerla en el burdel. Por eso el día que aquel hombre solicitó sus servicios, aceptó. Había aprendido que en la vida nadie ayuda a nadie, y creía que las buenas acciones de *madame* Ninon escondían turbias intenciones. Además, Margot comprendió que Gaillard no era un hombre al que se le pudiese negar una petición.

—¿Y bien? —preguntó uno de los hombres al servicio de Gaillard en la posada en la que había quedado con la joven.

Vestido como un trabajador más que se paseaba por las calles de París, quedaba con ella en una taberna en la que el vino le provocaba arcadas. Un olor a rancio y a orines invadía toda la sala, donde los hombres purgaban sus demonios con vino malo y maldiciones de todo tipo. Ni su propia madre hubiera conocido al lacayo de Gaillard, y la puta de Ninon jamás se atrevería a abrir la boca ni a relacionarlo con un hombre tan importante como su jefe. No era la primera furcia que aparecía flotando en el Sena y no sería la última. Ella lo sabía y guardaría silencio hasta la tumba.

—Escribe cartas a una tal Luisa.

El hombre de Gaillard imaginó que se trataba de la puta que había huido con el asesino del hijo de su patrón.

—¿De dónde vienen?

—De Manila.

—¿Manila?

Tomó las manos de la muchacha y las apretó con fuerza.

—¡Lo juro, *monsieur*!

Hugo, que así se llamaba, la soltó con violencia. Conocía el carácter de los hombres y también el de las mujeres, esa muchacha no le mentía. Cualquier otro habría pensado que poco podía hacer, pero no su patrón. Le lanzó un par de monedas sobre la mesa y se encaminó a otra parte de la ciudad. No era mejor que en la que había estado. Se abrió paso entre los mendigos, trabajadores que se apresuraban a ir a sus puestos de trabajo, mujeres que vendían no solo sus cuerpos, también su espíritu, y entró en una casa de dos plantas. En uno de los balcones habían tendido una camisa de hombre. Subió las oscuras escaleras hasta la planta de arriba. La puerta estaba entreabierta. El hombre que yacía en la cama empujó a la mujer que

en ese momento galopaba sobre sus caderas. Desnudo, sacó una pistola de debajo de la almohada y apuntó al hombre que había entrado en la habitación sin avisar. De inmediato bajó el arma al advertir de quién se trataba.

—¡Largo! —gritó a la mujer, quien a duras penas sostenía la ropa con la que cubría su desnudez.

El dueño de la habitación era un hombre joven, soldado de formación que había sido licenciado sin sueldo y de manera definitiva por un comportamiento deshonroso. De cabello oscuro y ojos vivos y muy negros, desnudaban el alma con la mirada.

—¿Qué quiere?

Sin molestarse en vestirse se sirvió una copa de brandy y le ofreció otra al hombre de confianza de Gaillard.

—Que encuentres a alguien.

Adrien, que así se llamaba, era el hijo de una familia de burgueses. Su padre había arruinado a la familia y con ello había dado lugar a que su descendencia fuera condenada al ostracismo social. El hermano de Adrien no había resistido y se suicidó hacía ya dos años; en cambio, el joven Adrien había considerado que su vida valía más que la posición de su familia y había decidido sacar provecho de su apellido y origen. Además, su juventud y atractivo le abría el corazón y el lecho de muchas mujeres. Eso suponía información que a veces utilizaba en su propio beneficio.

—¿A quién?

—A un hombre, aunque puede ser que le acompañe también una puta.

Adrien esbozó una sonrisa. Nunca pensó que Gaillard fuese hombre de lidiar con problemas femeninos.

—No es lo que crees —respondió.

—¿Por qué?

—Porque son los asesinos del hijo de Gaillard.

Eso llamó la atención de Adrien. Quería que cazase a esa pareja para después torturarla. Podía leer en los ojos del secuaz qué les haría Gaillard si caían en sus manos.

—No me interesa.

Hugo sacó de sus ropas una bolsa y se la lanzó. Adrien la cogió en el aire y notó su peso.

—Eso solo es el principio.

—Esto no es suficiente —replicó.

—Quizás la promesa de devolverte tus tierras sea suficiente.

Los ojos de Adrien brillaron durante un instante.

—¿Qué le haría tu amo si los encuentro?

El término disgustó sobremanera a Hugo. Arrugó la nariz y frunció el entrecejo. Eso le dio un aspecto de mono de feria. Adrien había

visto uno en un circo.

—Eso no te concierne. Tú solo debes traerlos de una pieza.

Adrien se plantó delante de Hugo, le sacaba dos cabezas de tamaño y su cuerpo musculoso por el trabajo físico, que debía realizar para subsistir, intimidaría a cualquier otro, pero no a ese malnacido.

—¿Dónde se ocultan?

—En Manila.

—Sus nombres.

—Ella quizás se llama Luisa, pero él se llama Arturo Segovia.

Adrien conocía la fama del hijo de Gaillard. Imaginó que esa joven solo se había defendido de ese pervertido y quizás su amante la había ayudado. Si bien no dejaría que eso se interpusiese en su camino para conseguir ocupar de nuevo el puesto en la sociedad que le pertenecía desde su nacimiento.

—De acuerdo. Dile a tu amo que acepto el trato.

Hugo asintió con una sonrisa maliciosa y salió del cuarto a paso rápido.

36

una cuestión de honor

Manila (Filipinas), 15 abril de 1852

Diego había llegado a Manila para recibir la condecoración por su hazaña en Joló. Desde aquella campaña había pasado más de un año, pero al fin disponía de un tiempo para descansar. Él no había considerado aquella misión ningún acto valeroso, además sin la intervención de Eva habrían sido hombres muertos. Sonrió, apretó las manos de cuantos se lo pedían y dejó que un fotógrafo lo inmortalizase con las personalidades importantes de Manila. Los tres primeros meses de su permiso se había dedicado a ver varias islas. Una epidemia de cólera había impedido hasta aquel momento pisar Manila y, después de tanto tiempo, lo que más deseaba era visitar a Fernando. Sabía por sus cartas que su tío había evitado que regresase a Balanguingui, además su recuperación era más lenta de lo que en principio creyeron y su amigo seguía convaleciente por la herida. Había intentado visitarlo, pero el sargento que le habían impuesto como acompañante tenía programadas todas las horas del día. En la relación de asuntos a los que debía asistir había incluido banquetes, celebraciones religiosas y meriendas en las que era el muchacho de provincias que todo el mundo debía conocer por su acción gloriosa. En verdad, Diego estaba harto de tanta actuación y lo que deseaba era visitar a Fernando.

Después de dos semanas, en una de esas reuniones coincidió con el comandante del fuerte Santiago.

—Capitán Quesada, le felicito por su condecoración —le dijo su superior.

—Muchas gracias, comandante —respondió Diego, cuadrándose en un saludo militar.

—Descanse, muchacho. Aquí sobran las formalidades. —Diego tomó una copa que un camarero le acercó en una bandeja cuando el comandante preguntó—: ¿Su esposa ha regresado a España?

—¿Mi esposa?

—Sí, vino a verme hace unas semanas.

Diego no tenía ni idea de qué le hablaba, pero prefirió aguardar un poco más antes de desvelarle al comandante que se equivocaba de hombre.

—¿Qué quería?

—Dar con usted, parecía que no sabía dónde encontrarlo.

—Entiendo…

—Creo que al final habló con uno de sus amigos, un tal capitán Narváez.

La mirada de Diego se sorprendió, pero ignoraba quién era la mujer que se hacía pasar por su esposa y sintió curiosidad por averiguar su identidad. Una sospecha repentina le invadió la mente, una sospecha que descartó como incierta; pero, durante un instante, se preguntó si esa mujer sería Luisa.

—Si me disculpa, quisiera visitar a mi amigo. Aún está convaleciente y todavía no he tenido tiempo de verle.

—Claro que sí, muchacho.

—¿Puedo pedirle un favor? —El comandante asintió, y Diego dijo —: Necesito una distracción.

Diego señaló al sargento, y el comandante entendió el problema del capitán.

—No se preocupe, mi esposa le dará esa distracción.

El comandante susurró unas palabras a su mujer, esta sonrió y reunió a varias invitadas que rodearon al sargento sin que tuviese la posibilidad de escapar.

Con rapidez, Diego se despidió de las personalidades importantes de la sala y se apresuró a marcharse, antes de que la esposa del gobernador lo volviese a acorralar con una interminable charla sobre el papel de los españoles en Manila.

Esa noche, el aire parecía más denso y una lluvia fina se había apoderado de la ciudad. Cuando llegó al fuerte, el soldado de la puerta se hizo a un lado y lo dejó pasar al verlo con el uniforme de gala de capitán. Diego se adentró por los pasillos de la fortaleza hasta el hospital. El olor a enfermedad fue lo primero que notó al llegar a la sala donde yacían los heridos. Preguntó por el capitán Narváez a uno de los enfermeros y este le señaló una de las camas. En un primer momento, la penumbra de la habitación le ocultó la identidad de la enfermera que remetía las sábanas de la cama de su amigo.

—Veo que no estás tan mal como me habían dicho —dijo Diego, ignorando a la muchacha, que se había detenido al escuchar su voz.

—¡Diego! —gritó Fernando.

El rostro de su amigo se veía delgado y blanquecino, pero parecía que saldría de esa.

Diego apretó la mano de Fernando. Este miró a Luisa, quien se había retirado un par de pasos sin que Diego hubiese advertido de quién se trataba.

—Ya veo que te cuidan muy bien…

Al mirar a la joven que creía una enfermera, su boca se abrió por

la sorpresa, acalló el resto de sus palabras y tan solo pudo decir:

—¡Luisa!

—Diego —sonrió ella.

—¡Qué haces aquí!

Diego se acercó a ella y la abrazó ante la sorpresa de todos los presentes.

—Ni yo mismo lo sé —intervino Fernando.

—¿Por qué estás en Manila? —le preguntó, apartándola de él para verle la cara.

—Solo quería visitar a mis amigos —mintió y evitó mirar los ojos de Diego, que la observaban inquisitivamente.

—¿Así que tú eras mi esposa?

Luisa asintió sin decir una palabra, y Diego volvió a abrazarla, con fuerza.

A MEDIADOS DE MAYO, Diego apareció en el cuarto de Fernando, en casa de la señora Soledad, con noticias sobre su nuevo destino.

—¿Cómo te sientes hoy?

—Como un inútil, además el dolor del hombro es una tortura cuando intento mover el brazo. —Luego advirtió el silencio de Diego y dijo—: ¿Por qué esa cara, amigo mío?

—Pronto debo regresar.

—Iría contigo, pero mi tío ha decidido que valgo lo bastante para volver a Madrid.

Diego lamentaba de veras que su amigo, y a quien consideraba un hermano, se marchase de Manila.

—¿Qué piensas hacer?

—Ya sabes lo convincente que es mi tío cuando quiere.

Fernando había recibido de Madrid dos cartas. La primera, una invitación a abandonar Filipinas, donde su tío le manifestaba su preocupación por su salud; la segunda iba dirigida al gobernador. Ignoraba exactamente qué le había escrito, pero fuera lo que fuese parecía que el ejército prescindía de sus servicios indefinidamente.

—Lamento de veras que te marches.

—Lo sé, amigo mío. Sé que te debo la vida…

Diego trataba de quitar importancia a ese hecho cuando la puerta se abrió. Luisa traía una bandeja seguida de Eva, la joloana se había convertido en su sombra. Luisa aún no le había contado por qué se hacía pasar por su esposa, pero a nadie le extrañaba que él durmiera en el cuartel. Dado que el lugar no era adecuado para mujeres, todos comprendían que los esposos vivieran separados por el momento.

—Siento interrumpiros, pero he recibido una invitación del

marqués.

—¡Otra vez! —exclamó Fernando molesto.

—No sé si es conveniente rechazarla de nuevo. Según he podido averiguar, es un hombre importante y susceptible.

—No me agrada —intervino Diego.

—Soy tu esposa, si declinas la invitación, todos creerán que es porque no quieres asistir. Esta vez, no va dirigida a mí, sino al capitán Quesada.

—El gobernador ha insistido también en que vayamos —dijo Fernando, mostrando su invitación.

—Asistiremos, pero seremos cuatro —dijo Diego.

—¡Eva! —exclamó Fernando.

—Es una provocación y lo sabes —dijo Luisa.

Los dos hombres vieron de nuevo el brillo en sus ojos y se alegraron de reconocer a su antigua amiga.

—Siempre te gustaron las provocaciones —le aseguró Diego.

Luisa realizó una graciosa inclinación, tomó del brazo a Eva y se marchó del cuarto. Tenía mucho trabajo que hacer con la joven.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Fernando.

—Porque necesita un motivo para vivir.

—¿Qué ha podido sucederle en París?

—No lo sé, pero no dejaré que la mujer que conocemos se pierda en la oscuridad que parece dominarla. No entiendo por qué se hace pasar por mi esposa, pero sé que oculta un misterio que aún no está dispuesta a confesar. Su vivacidad se ha apagado desde que llegó a Manila. Lo que haya ocurrido en París debe de ser tan doloroso que ha dejado una huella de tristeza que abandera como si se tratase de una medalla.

Fernando asintió a sus palabras con una inclinación de cabeza.

—Espero que obremos con acierto —afirmó Fernando.

Diego le había dado a Luisa un motivo para luchar. Una causa que defender. Eva era esa causa. La fama del marqués, un hacendado cubano, era tan turbia como se decía que eran sus negocios. Sentar en su mesa a una mujer como Eva causaría un revuelo que no estaba dispuesto a perderse por nada del mundo.

LA NOCHE DE la cena, Fernando y Diego alquilaron un carruaje que los llevó hasta la mansión que el marqués poseía en Manila. Se trataba de una casa de piedra donde un escudo coronaba la puerta principal. Contaba con dos alturas y los balcones estaban protegidos por toldos. Varios sirvientes aguardaban en la puerta y conducían a los invitados a una sala. Sus techos estaban adornados con cornisas de

madera, cuyas bellas filigranas daban la sensación de una enredadera. Una mesa larga, cubierta con un mantel de lino blanco, se había preparado para servir la cena. Cinco sirvientes aguardaban en un rincón, en posición de firme, a que los caballeros y las damas se sentasen en la mesa.

—Ni siquiera la reina poseería una vajilla como esta —dijo Fernando, acariciando con la yema de los dedos la porcelana china de la mejor calidad.

—Estoy segura de que no —respondió Luisa con una sonrisa.

Eva no se separaba de Diego, se sujetaba a la manga de su chaqueta como si temiese perderse. Luisa le había enseñado qué debía hacer, pero sobre todo, confiaba en la inteligencia de la joven. Su belleza era indiscutible y de todas las mujeres asistentes a esa cena, ella destacaba sobre las demás. Luisa se había vestido a la moda europea, pero Eva no había consentido vestirse de ese modo, así que llevaba la ropa típica de Joló. Una falda estrecha de seda brillante de un color verde esmeralda, un corpiño de color dorado que se ceñía a sus pechos y una especie de echarpe que dejaba caer graciosamente desde sus hombros hasta el suelo. Además, portaba varios brazaletes dorados que sonaban cada vez que ella se movía al caminar.

Los ojos de los hombres, incluidos los del marqués, se fijaron en la joloana. Las miradas de reprobación de las mujeres y las de envidia de los hombres hacia Diego, por poseer una esclava tan bella, mostraban que malinterpretaban la presencia de la muchacha en aquella cena. Aunque después de todo, él era el culpable de todo aquello.

—Empieza el espectáculo —susurró Luisa con una sonrisa a Diego, antes de separarse de él y acercarse a Rosales.

Fernando dirigió una torva mirada al marqués y dijo a su amigo antes de ocupar su asiento.

—Llevo el tiempo suficiente en Manila para haber oído todo tipo de rumores sobre él. Todos saben que es un hacendado con diversos intereses comerciales en Cuba, entre ellos la esclavitud. Posee grandes extensiones de tierras en las que los esclavos plantan azúcar y obtiene grandes beneficios que lo han convertido en un hombre muy rico y peligroso.

Diego miró a su amigo y advirtió en su mirada la cólera más terrible cuando vio cómo el marqués tomaba de la mano a Luisa y la besaba, reteniéndola más tiempo de lo que marcaba el decoro.

—Será mejor que los vigile de cerca —dijo Diego, temeroso de que Fernando se dejase llevar por su carácter.

Con disimulo se acercó hasta la pareja y escuchó decir al marqués:

—Es un placer volver a verla, señorita Navarrete, ¿o debería decir señora Quesada?

—Lamento haberle omitido mi apellido de casada.

—Entiendo… —dijo, ofreciéndole el brazo.

Luisa lo aceptó y él la condujo a su lugar en la mesa, justo a su lado.

El gong anunció que los invitados debían sentarse para cenar. Eva se negó a sentarse en ningún otro lugar que no fuese al lado de Diego, eso aumentó más los comentarios y las miradas acusadoras hacia él y de lástima hacia Luisa.

—Esa joven joloana parece muy posesiva —dijo una de las invitadas.

Se trataba de la mujer de uno de los hacendados invitados a la cena, una tal señora Santana. Luisa sonrió dispuesta para la batalla.

—Es una muchacha que mi marido rescató de la esclavitud.

—¡Oh! ¿Era una esclava? —preguntó la mujer escandalizada.

—Sí, del sultán de Joló. Pero Eva es mucho más. También es la hija del sultán de Brunei y, por lo tanto, una princesa.

—Le aseguro que mis esclavas, princesas o no, no son tan bellas como la suya. Es la única manera de evitar que nuestros esposos caigan en la tentación de…

—Supongo que el suyo es demasiado débil para evitarlo —respondió Luisa, llevándose a los labios la copa que le había servido el criado.

Desde su sitio, Fernando observaba con atención cómo los invitados apenas controlaban su enfado.

—¡Dios mío! —dijo la invitada sentada al lado de Fernando.

—Señora, le aseguro que la señora Quesada es capaz de iniciar una revolución si se lo propone.

Sus palabras escandalizaron más a la mujer, que se abanicó con insistencia.

—Reconozco que es una mujer bella y tentadora, pero usted es enigmática e igual de tentadora —intervino el marqués acallando a sus invitados. Luego, se acercó a ella y le susurró al oído para que nadie más lo escuchase, aunque Diego oyó sus palabras—: Si su marido está interesado en esa esclava, yo lo estoy en usted. Es un imbécil si prefiere a esa sangre negra en su cama a una belleza española.

Diego miró a Luisa, y esta disintió con la cabeza. Él sabía que ella contaba con los medios suficientes para evitar una situación comprometedora con el marqués, así que lo dejó pasar, aunque sus palabras habían sido claramente ofensivas. Cualquier esposo habría golpeado a ese bastardo con gusto, pero Diego vio cómo Luisa mantenía una fría sonrisa hasta que uno de los invitados habló de la situación política de Cuba y del mercado de esclavos.

—Será mejor que dejemos esta conversación para más tarde. Creo que aburre a las damas.

—A mí no, marqués —se apresuró a decir Luisa.

—¡Qué sabe una mujer de política!

—Luisa sería un mejor candidato para mi tío que yo mismo —intervino Narváez, y alzó su copa para animarla a continuar.

Diego contemplaba la escena a sabiendas de que Luisa estaba a punto de obrar un impacto impensable en los invitados del marqués con sus ideas feministas e igualitarias. Eso sería bastante para que ese bastardo se olvidase de una mujer como su amiga.

—Muy bien, señora Quesada, escuchamos su opinión —dijo uno de los hacendados con cierta mofa.

—Entiendo que se unan a Estados Unidos y, sobre todo, a los estados confederados. En España se ha iniciado una tendencia abolicionista, de hecho, se castiga el tráfico de esclavos en Cuba, pese a que algunos hacendados sigan beneficiándose de ello.

—Tenemos toda una libertadora —dijo con burla el esposo de la mujer que tenía enfrente.

—Señora Quesada, creo que no comprende que España nos ha ofrecido conservar la esclavitud si los negreros anexionistas no apoyamos ningún movimiento independentista sea cual sea su origen. Solo quieren que institucionalicemos la relación entre amo y esclavo —explicó el marqués con paciencia, como si ella fuera un niño de corto entendimiento.

El rostro de Luisa enrojeció de rabia y vergüenza. Todos en aquella habitación sabían que nada de eso sucedería y que la situación de los esclavos sería tan terrible como hasta entonces. Solo se trataba de tener una firma en un papel que acallara las conciencias de los españoles.

—Creo que ha llegado el momento de que nos retiremos a empolvarnos la nariz —dijo la señora Santana.

—No todas tenemos esa necesidad —contestó Luisa, secamente.

—Eso explica muchas cosas —aseguró la mujer, dirigiendo la mirada a Eva y a su supuesto esposo.

Las mujeres ignoraron a Luisa y se encaminaron a otro salón. Diego miró a Fernando, su amigo parecía disgustado porque las dos mujeres fuesen despreciadas por el resto de las invitadas.

—Capitán Quesada, capitán Narváez, no he tenido el placer de saludarlos como es debido. Serían tan amables de acompañarme a mi sala privada. Los demás caballeros jugarán una partida de billar —dijo el marqués, y ninguno de los invitados se opuso a su sugerencia. Luego, se dirigió a Luisa—: Señoras.

Las dos jóvenes tuvieron que seguir al resto de invitadas femeninas a la sala que el marqués había destinado para ello. Habían dispuesto varias mesas con diferentes licores y bandejas con dulces que harían la delicia de cualquier paladar.

Mientras tanto, en el despacho de Rosales, Fernando lo miraba con desconfianza.

—La hija del sultán es desconcertante —dijo el marqués una vez que bebió un trago de su copa.

—Le aseguro que en muchos sentidos —afirmó Diego, recordando cómo les había salvado la vida.

—Imagino que con unas costumbres muy diferentes a las de su esposa.

—¿A qué se refiere? —preguntó Fernando.

—Veo que es tan políticamente correcto como su tío.

—Le aseguro que mi tío habría sido menos correcto.

El marqués se carcajeó de las palabras de Fernando.

—Su esposa es una mujer extraordinaria —dijo a Diego, ignorando a su amigo.

—Además de poseer ideas propias.

—Nunca dejaría que una mujer tuviera sus propias ideas.

—Eso es porque no sabe los beneficios que puede generarle tal virtud. E intuyo, amigo mío, que nunca lo sabrá.

—Diría más que me causaría un dolor de cabeza. Yo prefiero poseerlas, no comprenderlas.

Diego tomó un trago de coñac que le quemó la garganta. No aceptó el puro que el marqués le ofreció. Rosales se sentó y lo estudió detenidamente. Diego casi podía ver sus pensamientos lujuriosos referentes a Luisa.

—Quiero comprar a Eva.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Diego, al creer que había oído mal.

—Quiero comprar a su esclava.

—Eva no está en venta.

—Ya veo… ¿La señora Quesada no tiene nada que decir?

Diego comprendió que respondía a su negativa haciendo uso de la defensa que había realizado de Luisa sobre la capacidad de tomar sus propias decisiones y defender sus ideas.

—Mi esposa sabe que no hay nada ominoso en la relación que mantengo con Eva.

—Ninguna mujer es tan comprensiva ni tan paciente, capitán Quesada. Algún día puede encontrar que el corazón de su esposa haya sido conquistado por otro hombre si la hace soportar ciertos acontecimientos desagradables.

—¿Usted sería ese hombre? —interrumpió Fernando.

El marqués se acercó al madrileño, sus rostros quedaron a escasos centímetros uno de otro y sus miradas parecieron medirse en un duelo silencioso hasta que Rosales contestó:

—Podría ser…, pero parece que no soy el único que aspira a tal honor.

—¡Basta! —exclamó Diego—. Hablan de mi esposa.

—¡Maldito bastardo! —gritó Fernando, abofeteando a Rosales—. ¡No se acerque a Luisa!

El marqués frunció el ceño.

—No esperaba que Narváez interviniese en la conversación, pero parece que muestra más interés en su esposa que usted —afirmó con sorna que Diego dejó pasar. Después con una frialdad que lo alertó, añadió—: Exijo resarcirme de sus palabras y actos.

—Caballeros —intervino Diego—, será mejor que actúen como personas civilizadas.

Diego sabía lo que supondría un duelo para su amigo si aceptaba batirse con el marqués. Cualquiera habría respondido al golpe con otro y el asunto habría quedado zanjado de aquel modo, si bien el marqués había contenido sus ganas de responder para conducir a Fernando a un duelo. Rosales no había perdido ninguno, era un duelista profesional que buscaba cualquier ocasión para alardear de ello. Diego temió que Fernando aceptase el reto. Aún no se había recuperado y solo podría batirse con pistola, o no tendría una oportunidad de sobrevivir.

—Lo siento, pero el capitán Narváez me ha ofendido con sus palabras.

—Acepto —dijo Fernando.

Diego emitió un suspiro de resignación, pero supo qué debía hacer.

—Marqués, le aseguro que el ofendido no es usted. —Rosales comprendió que no podía desmentir sus palabras. Al menos, Diego había conseguido la ventaja de convertirse en el ofendido—. Seré yo, el esposo de la mujer de la que se ha hablado tan libertinamente esta noche el que se bata en duelo con usted.

—No puedes…

Diego detuvo a su amigo con una mirada en la que le advirtió que no dijese una palabra más. Ambos ignoraban qué le había sucedido a Luisa en París, pero en Manila, a ojos de todos, era su esposa y solo él podía resarcir su honor perdido.

37

un momento de sinceridad

Casa del marqués de Rosales (Manila), 25 de mayo de 1852

En la sala donde las damas bebían oporto y chismorreaban sobre banalidades, Luisa apenas escuchaba el parloteo de las mujeres, preocupada por lo que sucedía en el despacho de Rosales. Eva permanecía a su lado, de pie, en tensión y alerta.

—Señora Quesada, ¿en España realizaba alguna obra de caridad? —preguntó la esposa de otro hacendado.

Luisa volvió el rostro hacia la mujer que le hablaba sin entender bien a qué se refería.

—¿Cómo dice…?

La invitada de Rosales no se molestó por la poca atención que prestaba a su conversación la esposa del apuesto capitán Quesada.

—Parece distraída —dijo otra de las invitadas, una mujer delgada que hablaba poco, una tal señora Castro.

—Pues es de lo más divertido observar su tribulación después de tener la osadía de sentar a la mesa del marqués a una nativa, por muy hija del sultán que fuese. Su voluptuosidad es un atentado contra la honestidad. Ninguna mujer decente se pondría unas ropas que apenas dejan nada a la imaginación masculina —dijo la señora Santana lo bastante alto para que Luisa la escuchase.

—¿Realizaba alguna obra de caridad? —repitió la señora Castro para evitar una discusión.

—Enseñaba a leer y a escribir a mujeres analfabetas.

—Una estimable labor —apuntilló otra. Y añadió—: Supongo que todas mujeres trabajadoras, buenas esposas y servidoras de Dios.

Luisa con el rabillo del ojo vigilaba la puerta y no midió demasiado bien su respuesta.

—No todas, señoras. Algunas eran prostitutas, mujeres a las que los hombres habían engañado y muchas otras a las que habían forzado. Habían perdido su trabajo y las habían echado de sus casas porque, en la mayoría de los casos, la consecuencia de la vileza de sus patrones nacería nueve meses más tarde.

En un primer momento, Luisa no advirtió el silencio que se extendió por la habitación, hasta que giró el rostro y comprobó que varias de las invitadas la miraban con el semblante cargado de

recriminación. Entonces, su mirada se dirigió a su interlocutora. La mujer exhibía un mohín disgustado, como si tuviese delante a una apestada, y Luisa se vio en la necesidad, casi en la obligación, de defender a todas esas mujeres con las que una vez compartió una celda.

—Esas mujeres son madres que sufren, hijas que lloran, esposas que saben lo que son los golpes y no alimentar a sus hijos…

—¡La mayoría son fulanas! —la interrumpió la señora Santana.

Parecía que sus pechos escaparían de un momento a otro del corsé. Su rostro redondo y grueso mostraba que comía en exceso.

—Señora Santana, le aseguro que usted también lo sería, si no tuviese un mendrugo de pan con el que alimentar a sus hijos.

—¡Cómo se atreve! —exclamó indignada.

Justo cuando Luisa iba a contestar, la puerta que tanto había mirado se abrió. Por ella entraron Diego y Fernando. No supo decir cuál de los dos exhibía un rostro más enfadado.

Luisa ignoró al resto de mujeres, se puso en pie y se dirigió a su supuesto esposo.

—¿Qué ocurre?

Diego tomó el brazo de su amiga, sin responder una palabra, seguido de Fernando y de Eva.

—Te lo explicaré en la casa de la señora Soledad.

—Diego, me preocupas.

—¡Ahora, no! ¡Por una vez guarda silencio, maldita sea!

Sus palabras hirieron el corazón de Luisa, pero lo más humillante fue ver las risitas que contenían las invitadas de Rosales al comprobar que pese a sus liberales y modernas ideas debía someterse, al fin y al cabo, a la voluntad de su esposo.

Durante el camino de regreso, los cuatro mantuvieron un silencio incómodo que ninguno se atrevió a romper. Cuando bajaron del carruaje, la lluvia los empapó de los pies a la cabeza. Mojados, disgustados y enfadados unos con otros fueron recibidos por Martina.

—Les serviré un chocolate caliente y les traeré toallas para que puedan secarse.

Nadie contestó ni agradeció el ofrecimiento de la joven. Diego asintió a sus palabras, y se esforzó por esconder la irritación que sentía contra Luisa y la cólera que amenazaba con estallar por la estupidez que había cometido Fernando esa noche. Cuando todos entraron en el cuarto de su amigo, Diego ya no pudo aguantar más.

—¡En qué demonios pensabas esta noche!

—No podía dejar que ese bastardo insultase a Luisa.

Diego paseaba a grandes zancadas por la habitación, mientras las dos mujeres eran testigos silenciosos de lo que sucedía.

—¡Eres tan estúpido… que ni siquiera advertiste que eso era lo que

quería el marqués!

Fernando se situó a escasos pasos de Diego.

—No te pedí que te batieses en duelo por mí…

—¿Un duelo? —interrumpió Luisa con el semblante pálido y los ojos enrojecidos.

—Nuestro querido amigo —dijo Diego con burla— ha aceptado enfrentarse al marqués para defender tu honor. Había que ser un auténtico estúpido para caer en su trampa. Hasta un niño hubiera visto su jugada.

—Nada de lo que dijera sobre mí merece la vida de ninguno de vosotros —respondió Luisa a punto de llorar.

Fernando miró el rostro de Luisa.

—La de este imbécil andaluz no, pero sí la mía. Eres el único ser en este mundo que hace que aún tenga esperanza en la bondad de la gente. Y ese bastardo te ha ofendido.

Diego esbozó una sonrisa y posó la mano en el hombro de Fernando. La tormenta había pasado.

—Siempre has sido un caballero —afirmó Diego. Y añadió—: Pero seré yo el que me enfrente al marqués.

—Si llegase a suceder que murieses por mi causa, jamás me lo perdonaría —aseguró Fernando.

—¿Crees que dejaría que te enfrentases a él en tu estado?

—¡Basta! —gritó enfurecida Luisa. Y añadió—: ¡Yo soy capaz de defenderme sola! ¡No necesito a dos Quijotes en mi vida! Uno loco —dijo señalando a Fernando, y después su mano se orientó hacia Diego —: y otro estúpido.

Tras decir esas palabras se marchó del cuarto cerrando la puerta de un golpe.

—Mejor entrar de noche y cortar cuello —dijo Eva antes de seguir a la española.

Los dos amigos se miraron uno al otro y terminaron riéndose. Diego se acercó a la mesa de licores y ofreció un coñac a Fernando.

—Tiene razón.

—Sería lo más fácil —aseguró Diego.

—No merece nada mejor.

—Es cierto, pero no somos piratas de Joló, sino militares españoles.

Durante un instante, Diego bebió en silencio mientras veía la lluvia caer sobre el empedrado del jardín que la señora Soledad cuidaba con esmero. A su espalda sentía cómo Fernando mascullaba en su mente las palabras que no se atrevía a pronunciar.

—Gracias.

—¿Por salvarte la vida o por defender el honor de Luisa?

—Por salvarme la vida.

Diego asintió y se bebió de un trago su copa.

—Ha sido una noche larga, necesito dormir —dijo. Esa noche se quedaría en la casa de la señora Soledad y no volvería al cuartel. Bebió otra copa y añadió—: Será mejor que hables con Luisa. Creo que la culpa por lo que hiciera en París la atormenta y nuestro duelo no la ayudará a olvidarlo.

FERNANDO DIO UNOS golpecitos en la puerta del cuarto de Luisa. Pasado un tiempo, asumió que nadie le abriría y se giró para marcharse, pero unos pasos más adelante, lo sorprendió el sonido de la puerta. Fernando se dio la vuelta y la vio inmóvil y lívida en el umbral, con una mirada triste y carente de vitalidad.

—¿Me permites pasar?

Luisa no contestó, simplemente se retiró en silencio y se sentó en el filo de la cama. Fernando se acercó a ella y se sentó a su lado.

—¿Qué te sucedió en París?

Ella escondió el rostro tras su melena rubia, que se había soltado del recogido que lucía esa noche, y continuó sin pronunciar una palabra.

—Luisa… —insistió. Y añadió—: Me mata no poder ayudarte… Si no sé qué te sucede, no puedo impedirlo o, al menos, llevar tu carga y que sea menos pesada para ti.

Luisa alzó el rostro y clavó sus ojos oscuros en los de él. Fernando jamás había visto en nadie tanta desesperación y dolor. Él acarició su mejilla con suavidad. Deseaba abrazarla para consolarla, quería acariciarla para que se entregara al placer y olvidase el dolor que la consumía por dentro. Sin embargo, solo se limitó a rozar de nuevo su mejilla. La suavidad de su piel aumentó el deseo por ella.

—No puedes llevar mi carga…

—Por favor, dímelo…

Luisa tomó las manos de Fernando entre las suyas y las apretó con firmeza.

Fernando leía en su mirada sus dudas sobre confesarle o no la verdad, hasta que su propia mirada sincera y sin subterfugios la instó a hacerlo de una vez por todas.

—Maté a un hombre.

Fernando comprendió que la culpa por su acto apenas la dejaba respirar. Entendió la causa por la que se entristecía su mirada y por qué parecía ausente. Luisa amaba la vida y quitársela a un ser, por muy despreciable que este fuese, debía de resultarle insoportable de sobrellevar.

—¿Lo merecía? —preguntó.

—Intentó matarme.

—Entonces, hiciste lo correcto.

Luisa asintió, pero las lágrimas descendieron por sus mejillas.

—Yo no siento que fuera lo correcto —dijo, golpeándose el pecho con el puño.

—Él te habría matado a ti también.

Cuando terminó de decir esas palabras, la abrazó y besó su frente.

—A veces creo que debería haber sucedido de ese modo. Ahora, Diego puede morir por mí. Si yo no hubiese huido de París…

Fernando la agarró con fuerza de los hombros, y la alejó un poco de él para mirarle el rostro antes de hablar:

—¡No digas algo así! Si hubieses muerto, yo…

—Fernando, no soy una buena mujer.

A pesar de la fortaleza que mostraba al mundo, Fernando supo que en su interior seguía siendo una muchacha ingenua e inocente que creía que podía cambiarlo.

—Eso deja que lo juzgue yo y no tú —dijo, y la besó en los labios.

Para Fernando aquel beso se convirtió en una herida que difícilmente alguien podría cerrar, salvo la propia Luisa.

Cuando se apartó de ella, la joven no mostraba ni rechazo ni aceptación, solo parecía sorprendida y confusa. En cambio, Fernando terminó por creer que había cometido un error terrible. Ella no estaba preparada para recibir su cariño y, menos aún, después de lo que le había confesado.

—Será mejor que me retire ahora —acabó por decir sin mirarla a los ojos.

Cuando se marchaba, Luisa lo agarró de la manga de la chaqueta para retenerlo, sin embargo, unos golpes en la puerta interrumpieron las palabras que pretendía decirle. Luisa lo soltó y abrió la puerta. Se trataba de Martina. La muchacha llevaba entre las manos varias toallas.

—Señora Quesada, el chocolate se lo traeré ahora mismo, antes deje que le quite esas ropas mojadas, o pillará un resfriado.

Si a la chica le extrañó que el capitán Narváez se encontrase a solas en la habitación con la esposa del capitán Quesada, se guardó mucho de demostrarlo. Aguardó a que el capitán saliera y entró en el cuarto a ayudar a la señora Quesada.

MIENTRAS TANTO, EN el cuarto de Diego, Eva lo observaba quitarse la chaqueta.

—Morirás.

—Eva, deja de decir tonterías.

—Los dioses me lo han dicho.

—Dudo que tus dioses dediquen un minuto de su tiempo a fijarse en mí. Ahora será mejor que te marches a tu cuarto, estoy cansado y quiero dormir.

—Veo sangre en tu pecho.

—Entonces, reza a tus dioses para que el día del duelo salven mi vida.

La joven asintió decidida. Eva aprendería a hablar castellano, era posible que incluso en breve supiera leer y escribir, además de vestir como una dama española, pero jamás abrazaría la fe de Cristo. A Diego le daba igual a quién rezase, pero sería mejor que lo hiciera lejos de la mirada de cualquier otro.

Diego se sentó en la butaca de mimbre y madera tropical de un color oscuro que rechinaba al mecerse. Frunció el ceño y se masajeó el puente de la nariz como si necesitase pensar en todo lo que había sucedido. Era consciente de que lo ocurrido esa noche era plenamente su culpa. Había llevado a un par de ciervos indefensos a la guarida de un tigre. Maldecía su estupidez por no haber previsto las consecuencias. Podía morir en el duelo, pero si por azares del destino sobrevivía ese día, la otra opción no era más halagüeña: si se llegaba a descubrir que se había batido en duelo, se enfrentaría a un pelotón de fusilamiento. Se desató el pañuelo que anudaba al cuello cuando escuchó llamar a la puerta.

—Adelante.

Martina entró con unas toallas y una bandeja en la que había depositado una carta.

—Capitán, durante la tarde llegó esta carta para la señora Quesada, pero está indispuesta y se la he traído a usted. Espero no haber cometido un error —dijo la chica con el semblante preocupado.

—Ha hecho bien, Martina.

—Gracias, señor.

—¿Ha dicho que la señora está indispuesta?

—Sí, parece que tiene fiebre.

Diego sabía que había tratado con demasiada brusquedad a Luisa. Eran amigos y, a pesar de que no le había contado qué le sucedía en realidad, él se sentía responsable de lo acontecido esa noche. Tomó la carta junto con una toalla.

—Yo mismo se la llevaré.

—Muy bien, señor. Si desea algo más…

—Nada, Martina, retírate a descansar.

La chica realizó una rápida reverencia y se perdió en medio de la oscuridad del pasillo.

Diego se secó la cabeza con la toalla y cuando terminó la lanzó a la cama. Después sacó la carta de sus pantalones y observó el matasellos,

provenía de Francia. Estuvo tentado de abrirla y leer el contenido, sin embargo, eso empeoraría la relación con Luisa y sería un acto de deslealtad. Fuera lo que fuese lo que la había llevado a mentir de aquel modo, posiblemente no lo descubriría en esa carta. Solo esperaba que algún día confiase en él lo suficiente para contarle la verdad. Encaminó sus pasos al cuarto de Luisa y llamó a la puerta. Su amiga abrió vestida tan solo con un camisón y, tal y como le había contado Martina, parecía enferma.

—Será mejor que te acuestes.

—Diego, te lo suplico, no cometas una locura —le imploró con un hilo de voz.

Él ignoró sus palabras y le mostró la carta.

—Esto ha llegado para ti.

Los ojos de Luisa brillaron al ver qué sujetaba la mano de Diego.

—Gracias, ahora me gustaría quedarme a solas.

—Entiendo.

Diego se giró por la falta de confianza que su amiga le mostraba. Su ingratitud le hizo volverse y decirle:

—No sé quién te la envía ni qué te dice en esa carta para preocuparte de este modo, pero siempre seré tu amigo.

Luisa esbozó una sonrisa triste.

—Eres más que un amigo, Diego. Eres un hermano y ya te he complicado la vida suficiente. Será mejor que no vuelva a involucrarte en la mía.

—¿Y cómo piensas hacer eso?

—Mañana me marcharé en el primer barco que parta de Manila.

—Solo hay uno y su destino es Cuba.

—Ningún otro sitio mejor que ese para una abolicionista.

Luisa se sentó en el filo de la cama.

—¿Pretendes saltar de una sartén caliente para meterte en otra con aceite hirviendo?

—Ya me conoces.

—Creía que sí, Luisa, pero has cambiado. Apenas te reconozco.

Luisa se giró y dio la espalda a Diego. Este no necesitó nada más para saber que su amiga lo despedía de la habitación. Molesto, salió del cuarto sin pronunciar ni una sola palabra más.

38

luna rota

El dragón dorado (Barrio del placer de Nagoya), 25 de mayo de 1852
(Quinto mes del quinto año de la era Kaei)

Miyako había recibido una carta de Hiroyoki en la cual se disculpaba por no visitarlos ese mes. Aunque apenas leía ya nada de lo que le escribía, la guardó en su *obi*.

—Padre, ¿cómo os encontráis hoy?

El médico lo había visto esa mañana. Sus palabras habían dejado un poso de amargura en el corazón de Miyako. Su padre languidecía, el doctor ignoraba cuánto tiempo le quedaba, pero su enfermedad avanzaba de manera inexorable.

—Hoy me encuentro bien, hija mía —dijo. Y preguntó—: ¿Ha escrito Hiroyoki?

—Sí, y me cuenta sus días en Edo.

—Ese muchacho llegará lejos.

—Supongo que sí.

Tras tomar un té, Miyako abandonó los aposentos del daimio para que pudiera descansar. A pasos rápidos se encaminó a sus habitaciones. Esa mañana haría de anfitriona para varias mujeres, hijas y esposas, de daimios importantes. Muchas de ellas se detenían en sus tierras de camino a Edo. Después regresaban a su hogar, ya que sus esposos debían cumplir con la permanencia obligatoria en Edo impuesta por los Tokugawa hacía ya más de dos siglos.

La señora Himura entró aprisa en el cuarto, su rostro exhibía un color rojizo por el esfuerzo de la carrera. Miyako la miró preocupada, no era propio de ella actuar de esa manera.

—¿Qué sucede, señora Himura?

—Es el profesor Villalba.

—¿Está enfermo?

—No, ni mucho menos —dijo con una nota de enfado en la voz.

Descolgó uno de sus kimonos, confeccionado con seda de China.

—Entonces… señora Himura —preguntó con cautela Miyako.

—Todas esas damas desean ver a un *gaijin* de cerca.

—El profesor se ha negado…

—Ese engreído, todo lo contrario. Se ha puesto sus mejores ropas y está dispuesto a entretener a todas las damas de la corte de Edo.

Miyako esbozó una sonrisa. El profesor Villalba actuaba como un verdadero don Juan Tenorio. Gracias a él, había tenido la oportunidad de leer esa novela.

—¿Por qué le molesta tanto?

La señora Himura la hizo girar para anudarle el *obi* de seda violeta. La mayoría de sus kimonos ensalzaban su mirada maldita. Había aprendido que siempre la temerían o la odiarían por ser diferente, así que lejos de ocultar su condición, la mostraba al mundo.

—Las aguas están muy alteradas —dijo con seriedad.

—¿A qué se refiere?

Miyako sabía muy bien que la señora Himura siempre se enteraba de todo lo acontecido dentro y fuera del castillo. Era una inmensa fuente de información que, salvo ella, nadie más parecía tener en cuenta.

—La gente rumorea…

Miyako tomó las manos de la mujer que la había criado y quería como si fuera una madre y la miró a los ojos.

—¿Qué…?

La señora Himura lanzó un suspiro y contó aquello que le quemaba la punta de la lengua.

—Se dice que el daimio Kawaokura es partidario de los *gaijin* y, posiblemente en una guerra, se pondría del lado de los extranjeros.

—¡Eso es absurdo! Mi padre es un hombre leal al *bakufu* y al sogún.

—Pero eso no es todo…

Miyako fijó la mirada asustada en la señora Himura.

—¿Qué más dicen?

—Que él ha escrito los panfletos que se repartieron por la ciudad.

El rostro de Miyako se puso lívido. Su acción tendría consecuencias insospechadas. Había medido el riesgo, aunque en realidad, solo había obviado lo evidente: si descubrían su identidad, acabaría con la vida de su padre. Tanto si era acusado injustamente como si ella confesaba ser la autora de tales palabras, su salud no aguantaría un revés como ese.

—Mi padre no debe enterarse.

—Creo que ya lo sabe.

Esta vez la frente de Miyako se cubrió de sudor. Solo Iko había podido traicionarla, y sintió cómo la rabia le nublaba la vista. Más tarde ajustaría cuentas con esa rata a la que alguna vez consideró un verdadero amigo; pero después de atender y despedir a las damas que la visitaban.

MIYAKO SE acercó al patio donde Iko luchaba con otro joven samurái. Observó cómo había mejorado con la espada, también que su cuerpo ya no era el de un muchacho imberbe, sino el de un guerrero. Cuando los dos combatientes la vieron, detuvieron su entrenamiento, se giraron hacia ella y se inclinaron de manera respetuosa.

—Señorita Kawaokura… —dijo Iko con una sonrisa que a Miyako le pareció falsa.

—Retírate —ordenó Miyako al otro luchador.

Su voz acerada sorprendió a ambos jóvenes. Normalmente, Miyako trataba con educación a todos aquellos que estaban por debajo de su condición, sin embargo, en esta ocasión, su tono autoritario no dejaba dudas sobre que actuaba como un miembro aristocrático de la casa Kawaokura.

—Sí, mi señora —dijo el compañero de Iko.

El samurái recogió su espada y el resto de su ropa, dobló el torso y se marchó por dónde había venido.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Iko, tuteándola.

En respuesta, Miyako se aproximó a él y lo abofeteó con fuerza. Sus ojos brillaban de furia, pero cuando intentó abofetearlo de nuevo, Iko sujetó su muñeca con violencia.

—Yo mismo me castigaré, y con mucha más dureza, si me cuentas qué he hecho para merecer esto.

—¿Cómo has podido? —preguntó, soltándose de su agarre.

Miyako le dio la espalda. No quería reconocer que ella, y solo ella, era la culpable de esa situación. El miedo a que todo terminase en un auténtico desastre solo era su responsabilidad.

—Me has traicionado.

Iko la rodeó, obligándola de ese modo a mirarlo.

—Yo… no sé de qué hablas.

—La señora Himura dice que existen habladurías sobre mi padre y los panfletos.

Iko miró a derecha y a izquierda para asegurarse de que nadie los escuchaba, después tomó del brazo a Miyako y la llevó al lugar más apartado del patio para evitar cualquier oído atento a sus palabras.

—No he sido yo.

—Entonces, cómo…

Miyako contempló el rostro iracundo y amenazante de Iko.

—Tengo una ligera sospecha.

—¿Sabes quién fue?

—Lo imagino.

—Debemos impedir que mi padre se entere.

—Tú no hagas nada, deja este asunto en mis manos.

—Son mi cabeza y la de mi padre las que están en juego.

—No solo las vuestras, Miyako —afirmó. Luego añadió—: Esta vez,

no te metas en medio.

Miyako asintió al apreciar la violencia que contenían esas palabras.

ENA SE ARREGLÓ con más esmero esa noche. Ya no era la chiquilla asustadiza de una aldea de las montañas. Ahora era la mejor cortesana de *El dragón dorado*. También el burdel había mejorado lo suficiente para atraer clientela más selecta. De sus antiguas compañeras, ella era la única que quedaba en aquella casa. Mariposa huyó una noche en medio de una tormenta y Cuello de Cisne sucumbió al opio. Antes de marcharse, Mariposa la instruyó en aquello que agradaba a los hombres. Algunos le sugerían cosas tan extrañas como dormir con la cabeza entre sus piernas; otros, por el contrario, le pedían que se desnudase para verla darse placer a sí misma. Muchas eran las peticiones que llevaba a cabo, sin embargo, solo deseaba complacer a un hombre. Iko, el samurái de la casa Kawaokura, la había solicitado en un par de ocasiones. Era gentil con ella, cuidadoso y un buen amante. Su juventud le hacía perdurar el placer y su cuerpo, entrenado en el arte de la espada, causaba en ella una lujuria que jamás había sentido con ninguno de los hombres con los que había *compartido la almohada*. Mientras se ponía uno de los adornos en el cabello recordó las palabras de Mariposa, una tarde en que unas lluvias torrenciales impidieron que los clientes visitaran *El dragón dorado*.

—Ten cuidado con Cuello de Cisne —la avisó Mariposa.

—¿Por qué? —preguntó a la par que el vapor de agua cubría a ambas en la tina en la que se bañaban.

Normalmente iban a una casa de baños, pero, dado el mal tiempo, a ninguna de las dos le apetecía caminar por las calles. Botan les dio permiso para usar la gran bañera. No esperaban visitas, aunque siempre podía haber alguna que se aventurase a ir hasta *El dragón dorado*. La fama de Ena empezaba a extenderse por las calles de Nagoya.

—Por tu cuello.

—¿Mi cuello?

—Hasta no hace mucho —confesó Mariposa—. Poseía el cuello más deseado por los clientes, pero alguien se fijó en el tuyo cuando paseabas por la calle. Te siguieron y hablaron con Botan. Ahora Cuello de Cisne recibe menos clientes que tú y está celosa.

—Yo no quiero más clientes, solo a uno —admitió Ena.

—No digas sandeces. Si Cuello de Cisne te escucha, o Botan, o incuso ese asqueroso *rōnin*, te castigarán con dureza.

—Siento que el corazón me va a estallar cada vez que lo veo —dijo

ella, tocándose con delicadeza el pecho.

Sus pezones se endurecieron al evocar cómo Iko los había acariciado. Jamás lo llamaba por su nombre, pero en su imaginación era Iko, el hombre al que amaba.

—¡Basta! —exclamó Mariposa al ver su rostro enrojecido, y no por la temperatura del agua—. Si quieres darte placer pensando en ese muchacho, no lo harás cuando yo esté dentro de esta bañera.

Ena notó cómo sus mejillas se enrojecían aún más, a la vez que un punzante y vibrante latido pulsaba su feminidad.

—Lo siento… —consiguió pronunciar.

Mariposa salió de la bañera y, andando desnuda por la habitación, se acercó hasta donde se encontraban las toallas. Ena siempre retiraba la vista de sus cicatrices.

—¿Por qué Toshio te hizo eso?

Mariposa no se giró, ambas sabían bien a qué se refería.

—Por amor.

—¿Qué sucedió?

—Me enamoré —dijo. Después se dio la vuelta y fijó la mirada directamente en ella—. Nunca ames a un hombre, solo sufrirás. Mi castigo fue leve, podría haber muerto. Toshio tenía todo el derecho a matarme.

—No digas algo así…

Mariposa se apoyó en el filo de madera de la tina y alzó el mentón de Ena.

—Olvídate de él, solo te hará daño.

—No puedo…

—Entonces, sufrirás. Él nunca amará a una mujer como tú. Ningún hombre de clase samurái tomaría como esposa, ni siquiera como concubina, a una mujer del barrio del placer.

—Algunas lo han conseguido.

—Durante un tiempo… después la realidad de lo que somos hizo que el amor que tanto deseaban se convirtiera en motivo de llanto.

—Seguro que mereció la pena…

—Si Botan se entera, trabajarás el doble con hombres que solo te usarán aún más —la interrumpió—. Así que hazme caso y sigue mi consejo: arráncalo del corazón.

Las lágrimas bordearon los ojos de Ena, pero sabía que en el fondo Mariposa tenía razón.

Entonces, volvió a ver su reflejo en el espejo al escuchar cómo se deslizaba la puerta corredera. Una de las criadas se inclinó y dejó pasar al hombre que era su cliente ese día.

Ena se había peinado y maquillado con esmero. Su kimono dejaba a la vista, con cada uno de sus movimientos, su grácil y admirado cuello. Su rostro quedó enmudecido cuando advirtió el talante en el

que se encontraba su amado Iko.

Ena dejó el espejo sobre el pequeño mueble lacado de la habitación y se aproximó al samurái. El joven se había arrodillado y él mismo se sirvió un poco de *sake*, sin decir una palabra.

—¿Qué le ocurre, mi señor? —preguntó ella con cautela.

—Me han traicionado.

Ena guardó silencio. Durante un instante el temor se reflejó en sus ojos. Un temor que Iko apreció sin ninguna dificultad. Sus sospechas eran ciertas, ahora había llegado el momento de hacer justicia. Podía matarla, llevaba dinero suficiente para afrontar los gastos que la muerte de Ena causaría a su dueño. Eso bastaría para acallar cualquier disgusto o justicia por la pérdida de la cortesana.

—Yo…

A pesar de su formación como prostituta, Ena era y siempre sería la hija de un agricultor que temía a la clase samurái. Se postró, tocando con la frente el suelo y dijo:

—Os amo.

—¿Esa es la manera de demostrarme tu amor? —preguntó él, alzándola con violencia.

—Vi cómo la miraba —respondió ella mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

—¿De qué hablas?

—La dama Kawaokura.

—No vuelvas a pronunciar su nombre —le dijo amenazante.

El dolor atravesó el corazón de Ena, también le dio fortaleza. Con furia se soltó de él.

—Vi cómo la miraba con deseo, cómo pronuncia su nombre incluso cuando *compartimos la almohada*.

—¡Cállate, maldita sea! ¿A quién se lo has contado? —preguntó él.

—No va a responderme —dijo ella con una sonrisa irónica—: Ya veo que es cierto —afirmó aún más dolida. Entonces, la ira nubló por completo sus sentidos y lo miró con odio antes de decir—: Al *bakufu*.

—Sabes que será su perdición y la mía.

—Aún podemos escapar —dijo, aferrándose a él.

—¡Te has vuelto loca!

—¡Loca de amor!

Iko se puso en pie dispuesto a marcharse, pero se sentía mareado. No había bebido tanto como para encontrarse en ese estado. Su atención se desvió a la bandeja con los cuencos de *sake*.

—Lo he envenenado y yo también moriré. Si no eres para mí, tampoco lo serás para ella —afirmó, sirviéndose sake y bebiéndolo de un trago.

Iko quiso alcanzarla, pero solo cayó al suelo desvanecido.

Horas más tarde, despertó en su habitación, confundido, aunque

consciente de que Ena solo lo había drogado. Miyako le limpiaba la frente con un paño.

Se incorporó deprisa, pensando en qué había sucedido con Ena, además su acusación ponía en peligro a todos ellos.

—¿Por qué estoy aquí?

—El dueño de la casa de té *El dragón dorado* te trajo. Me contó que una de sus compañeras advirtió las intenciones de Ena y cambió el veneno por dormidera.

—¿Y Ena? —preguntó alarmado.

—Al darse cuenta de que no habías muerto ni ella tampoco, escapó, antes dejó una carta en la que decía que había mentido al *bakufu* y que jamás te había traicionado.

—Todos están buscándola. Cuando la encuentren la torturarán para interrogarla —dijo una voz en el cuarto que pertenecía a Jiro.

—Padre, ella mintió al *bakufu* sobre la familia Kawaokura.

—Espero que eso sea cierto —afirmó Jiro y salió del sencillo cuarto de su hijo.

—¿Qué ocurrió en realidad? —preguntó Miyako a Iko.

En el cuarto solo se encontraba la señora Himura y ambos podían hablar con tranquilidad.

—Ella nos vendió.

—¿No hay nada más?

—No, nada más.

Miyako dudó un momento, luego dijo en un tono de voz más bajo:

—Creo que esa muchacha te amaba.

—Solo era una prostituta.

Sus palabras sorprendieron a Miyako y respondió:

—Sí, pero también una mujer.

Miyako se puso en pie y soltó el trapo que había usado para limpiarle la frente con violencia sobre su pecho. Después se retiró sin decir nada más, aunque sabía bien que su familia estaría en peligro si encontraban a esa joven.

39

duelo en filipinas

Manila (Filipinas), 28 de mayo de 1852

Durante varios días, Luisa no abandonó su habitación a modo de protesta contra la locura que iban a cometer sus amigos. Eva, junto con Martina, se encargaba de atenderla, pero la joven había comprendido que no podía abandonarlos, pero tampoco podía ver a ninguno de los dos.

La cuarta mañana en la que no se presentó en el comedor a desayunar, Diego perdió la paciencia.

—¡No soporto más este comportamiento infantil! —exclamó, poniéndose en pie con la intención de ir a buscarla.

Fernando se acarició el pecho. No se quejaba, pero Diego estaba seguro que se sentía como si los colmillos de un perro rabioso se adentrasen en su carne por causa de la herida.

—Será mejor que te sientes —le dijo Fernando con la voz ronca.

Diego lo miró sin comprender, hasta que el semblante de su amigo le confirmó sin palabras que Luisa se había confesado a él. Durante un instante sintió una punzada de celos al descubrir que ya no era el objeto de su confianza.

—¿Por qué? —preguntó y se volvió a sentar.

—No tengo el derecho a contártelo, pero si en algo valoras nuestra amistad, déjala en paz.

Sus miradas se cruzaron. En la suya, Diego observó que si insistía en hacerla entrar en razón, Fernando se convertiría en un oponente más fiero que el marqués. Resignado, se sentó de nuevo y tomó la taza de café de una sola vez, debía prepararse para el duelo. En breve recibiría una carta de Rosales, indicándole dónde y cuándo se verían para batirse. Hasta entonces, entrenaría día y noche.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó de pronto Fernando.

Diego miró a su amigo con la complicidad de los años antes de contestar:

—Soy mejor tirador y espadachín.

Fernando emitió una carcajada.

—Es cierto. Tienes una puntería certera y te convertiste en un artillero de primera. Incluso serías un francotirador fatal para cualquier enemigo y un contrincante peligroso a la hora de manejar

una espada. También sé que eres incapaz de matar a un hombre a sangre fría porque tienes más conciencia que yo.

Diego esbozó una leve sonrisa de amargura.

—No estás en condiciones, y lo sabes.

—Si descubren lo que pretendes, responderás ante un consejo de guerra.

—Ya es tarde para echarse atrás.

—Yo podría…

—Piensan que soy el esposo de Luisa y seré yo el que resarza su honor.

Fernando asintió ante una evidencia tan aplastante.

—Sé que tienes razón. Además, si alguien averigua que la causa es Luisa, las preguntas sobre los motivos que me obligaron a realizar dicho acto podrían atraer la atención de determinadas personas. Será mejor dejar las cosas como están, pero no me gusta. De todos modos exige que el duelo sea a primera sangre. —Diego desconocía las reglas de los duelos, jamás había participado en uno, pero Fernando había sido padrino de dos de sus camaradas de mesa de juegos en Madrid. Con voz fatigada añadió—: Eres el ofendido, puedes pedir la manera de saldar la ofensa.

—¿Crees que el marqués aceptará?

—Lo hará. Si te mata, me aseguraré de iniciar desde España una investigación sobre sus tierras, negocios y mercancías. El apellido Narváez todavía crea cierto temor en las provincias de ultramar.

—¿Cómo piensas disuadirlo?

—Con una visita de cortesía.

—Fernando, no creo que sea buena idea…

—Es lo único que puedo hacer para igualar esta locura de la que soy responsable.

Diego quiso convencerlo de que olvidase el asunto, pero su amigo ya había salido por la puerta sin escuchar ninguna de sus palabras. Fastidiado por su impulsividad, encendió un cigarrillo. Después, se marchó en busca del juego de pistolas que usaría en el duelo. Como ofendido tenía derecho a escoger el arma.

En el momento en el que el comedor quedó vacío, Luisa abandonó su escondite detrás de las cortinas, que impedían que el sol inundase la amplia habitación. La tela con la que las habían confeccionado era gruesa y larga, lo que le había permitido esconderse tras ellas sin ser descubierta por sus dos amigos. Había bajado a desayunar, deseaba hacer las paces con Diego, pero al llegar, había oído cómo Fernando se hacía responsable de la situación peligrosa en la que se hallaba Diego, sin embargo, no había escuchado la parte en la que se decía que no era un duelo a muerte. Como una chiquilla permaneció inmóvil y oculta tras las cortinas. El sentimiento de culpabilidad le pesaba tanto

que apenas podía dormir y, menos aún, respirar. Debía intentarlo aunque fracasara y convencer al marqués de que anulase el duelo. Subió a su cuarto y eligió el vestido más elegante y austero del que disponía. Esta vez no usó ningún adorno filipino, quería que el marqués Rosales viera a una señora de ilustre apellido.

Cuando terminaba de arreglarse, Eva entró por la ventana.

—¡Me has asustado! ¿Cuándo entrarás por la puerta?

Eva la observó con determinación, negó con la cabeza y Luisa se sintió más avergonzada.

—Mejor rajar cuello.

—No voy a asesinar a nadie, Eva.

—Él te… —La joven puso cara de concentración por no saber la palabra en español y al fin dijo—: usará.

—Nadie va a usarme.

—Más fuerte que tú, te desea.

—Debo evitar que mate a Diego.

El nombre del español hizo que el semblante de Eva se ensombreciera, y Luisa vio en ella a una amazona, a una mujer guerrera que defendería a los suyos hasta su último aliento.

—Yo puedo matar.

—¡No! ¡Prométeme que me dejarás intentarlo a mi manera!

Luisa sabía que su promesa no era veraz, lo leía en su mirada. A cambio, obtendría un poco más de tiempo para convencer a Rosales de que olvidase el duelo.

—Bien, un día. Después, Eva hará.

—Un día —dijo Luisa resignada.

La joven asintió con una sonrisa mientras que sus ojos brillaban deseosos de matar.

DE DÍA LA mansión del marqués era tan impresionante como la noche en la que se celebró la fiesta. Luisa rezó una plegaria a Dios con la única intención de que le concediese la gracia de salvar a su amigo, luego podía castigarla con el fuego del infierno por el pecado que había cometido y el que iba a cometer.

Un criado la condujo hasta el despacho en el que Diego y Fernando habían discutido con Rosales. Era amplio, ostentoso y olía a habano. Se sentó con la espalda tan recta que creía que rompería una de las varillas del corsé. Se restregó las manos en el regazo con nerviosismo una y otra vez. Además, estaba segura de que Rosales sería capaz de escuchar los latidos acelerados de su corazón. De pronto, la puerta se abrió y el marqués entró vestido con una chaqueta en color arena y unos pantalones con unas discretas rayas marrones. Exhalaba una

aureola de satisfacción por verla humillarse de aquella manera.

—Señora Quesada, es un placer verla de nuevo —dijo, tomando su mano y besándola.

Luisa asintió con gravedad, mientras sentía la humedad de sus labios en la piel y su lascivia la hacía estremecer de espanto. Notaba la garganta seca y tragó saliva a la vez que unas náuseas llegaron hasta su boca. Retiró con cierta brusquedad su mano de la de Rosales como respuesta a sus sensaciones.

—Déjese de formalidades, señor marqués. Usted sabe tan bien como yo para qué he venido.

Rosales encendió un habano, inhaló el humo y lo dejó escapar de la boca. Durante un instante los círculos que se dibujaron en el aire hipnotizaron a Luisa.

—No lo sé, querida mía.

Luisa volvió a la realidad en la que se encontraba al escuchar la voz aguda, un tanto repulsiva, que en un primer momento no había detectado en él.

—Le suplico, más aún, le imploro que olvide el incidente con mi marido. Sé que yo soy la causa, pero a mí me da igual lo que haya podido decir sobre mí. Además, lamento haberle inducido a pensar que yo… que yo…

—Que le agradaba mi compañía —intervino Rosales.

Luisa fijó la mirada en él y asintió, muy seria.

—Marqués, me disculpo por…

—Luisa, permítame que la llame así. —A la joven le desagradó su familiaridad, pero no quería enfadarlo y guardó silencio—. Me importan muy poco sus disculpas. Solo existe un modo de que su marido se salve y es admitiéndome en su cama —mintió. Y añadió—: Su esposo ha aceptado las condiciones del duelo, aunque no estoy seguro de si ha entendido las reglas.

La petición era tan grosera que otra se habría escandalizado. Si bien el marqués ignoraba que Luisa había tratado con prostitutas y mujeres engañadas por hombres como él. Al contrario que cualquier otra dama con la que el marqués hubiese tratado con anterioridad, ella sabía que sus promesas no valían nada.

—No sé muy bien a qué se refiere…

—Entonces será mejor que lo hable con su esposo.

Luisa bajó la vista avergonzada. Ignoraba a qué se referían las palabras del marqués, pero ella había ido allí solo para encontrar la manera de salvar a Diego.

—Quiero un documento que asegure que si accedo a su petición, no habrá duelo.

Esta vez el sorprendido fue el marqués. Conocía cómo negociar, incluso en asuntos ilegales, pero su petición le arrancó una sonrisa que

a ojos de Luisa lo convirtió en un astuto zorro al que traían sin cuidado sus súplicas.

—Mi querida señora, sé bien que jamás usaría ese documento contra mí. Si alguna vez lo hiciera público, su esposo pagaría las consecuencias. Y no me refiero a un simple tema de infidelidad, sino a un pelotón de fusilamiento.

Los nudillos de Luisa quedaron blancos al apretar el borde de madera de la silla en la que se había sentado.

—Se lo ruego… —dijo a punto de llorar de impotencia.

—Tiene hasta mañana para tomar una decisión.

Luisa vio en su mirada que nada de lo que dijese ablandaría el corazón del marqués.

FERNANDO SE QUITÓ la chaqueta nada más entrar en la casa de la señora Soledad. Había intentado ver al marqués, pero este se había negado a recibirlo. Al día siguiente lo visitaría de nuevo. Se remangó la camisa porque el calor insoportable de esa mañana le pegaba la ropa al cuerpo como una segunda piel. El silencio que había en la casa retumbaba en sus oídos de manera ensordecedora. Se encaminó al cuarto de Luisa con la intención de convencerla de que los acompañase ese día al almuerzo. Al llegar, encontró la puerta abierta y a Martina, que limpiaba la habitación.

—¿Dónde está la señora Quesada? —preguntó a la sirvienta.

La muchacha dibujó una sonrisa y realizó una reverencia antes de contestar:

—Ha salido, señor.

—¿Sabes a dónde?

La muchacha negó con la cabeza y aguardó a que Fernando le dijera algo más o le ordenase realizar algún recado o tarea. El español se giró con los puños apretados sin decir nada más. La sirvienta siguió en la habitación hasta que Eva salió de su escondite, debajo de la cama.

—¡No me mate! —rogó Martina de rodillas a la hija del sultán.

—No, pero él no debe saber, ¿entendido? —preguntó, amenazándola con el puñal que siempre portaba en la cintura.

—Mis labios están sellados, lo juro, señorita Eva.

La joloana asintió y esbozó una leve sonrisa. Ahora solo esperaba que la española la liberase de su promesa.

A ESAS HORAS, mientras Martina rezaba a todos los santos para que Eva no la matase, Luisa volvía de la casa del marqués. La puerta

de entrada de la casa de la señora Soledad estaba abierta. Imaginó que alguna de las criadas olvidó cerrarla y, por suerte, nadie advirtió su presencia. Atravesó el comedor y llegó hasta su cuarto sin cruzarse en el camino con ningún sirviente o huésped. Al cerrar la puerta, una sombra la avisó de que no estaba sola.

—¿Lo has conseguido? —preguntó Eva, tumbándose en la cama.

El semblante de Luisa mostró su respuesta sin necesidad de contestar con palabras.

—¿Me librarás de mi promesa?

La pregunta de Eva devolvió a la realidad a Luisa y lo que significaba su petición. Cargaba con la muerte de un hombre sobre su conciencia, dudaba que fuese capaz de soportar la de otro sin derrumbarse, por muy despiadado y despreciable que fuera.

—¡No! —dijo con la voz enronquecida.

Eva se echó hacia atrás, apoyando los codos sobre el colchón, y observó a la española con desdén. Luego se levantó y se aproximó a ella hasta quedar a escasos centímetros de su nariz.

—Una joloana no rompe un juramento, pero si él muere, tú pagarás su muerte —afirmó y escupió al suelo para asegurarse que entendía que jamás iba a olvidar su promesa.

—Me parece bien, Eva. Además, cuentas con mi perdón y mi permiso para matarnos a los dos.

Eva se marchaba cuando unos golpes en la puerta avisaron a las dos mujeres de que tenían visita. Luisa avanzó un paso y consiguió sentarse en el filo de la cama, en cambio, Eva abrió la puerta. En la entrada se encontraba Fernando. El hombre de pelo rojo miró a Eva y vislumbró en ella la determinación de un soldado. Se adentró en el cuarto y su mirada se desvió a Luisa. Su aspecto era el de una persona derrotada.

—¿Dónde has ido?

Ante el mutismo de su amiga, Fernando fijó la mirada en Eva. La mujer comprendió que había descubierto la verdad, así que asintió a su silenciosa pregunta.

—Estoy cansada, márchate, por favor —escuchó decir a Luisa.

Fernando obvió sus palabras y la contempló visiblemente enfadado.

—¿Has ido a verlo? —preguntó conteniendo la ira. Su mudez encendió una mecha que había intentado controlar hasta ese momento. Se acercó a ella en dos zancadas, la tomó de los hombros y la puso en pie con brusquedad. Entre ellos apenas existía distancia y sus cuerpos se rozaron aumentando la agonía de Fernando al decir—: Dime que no has cometido ninguna estupidez…

Las lágrimas silenciosas de Luisa crearon en la mente de Fernando la peor de las imágenes. Sus manos se aflojaron y sin medir el alcance

de sus palabras, dijo:

—Te has convertido en su puta…

Luisa escuchó aquellas palabras ofensivas que en el fondo contenían una gran dosis de verdad.

—Sí, me convertiría en la amante de Rosales si con ello salvo la vida de Diego —afirmó con valentía. Después con apenas un hilo de voz le pidió—: Márchate, Fernando.

Si seguían uno frente al otro, terminarían destrozándose.

La ira invadió el pecho de Fernando y, por un momento, pudo más que su voluntad y raciocinio. Imaginar que la mujer que amaba había estado en brazos de otro hombre era una tortura que jamás pensó que llegase a sufrir. El dolor lo impulsó a actuar como un imbécil. La tomó de nuevo de los hombros y la besó sin importarle que Eva se encontrase en la habitación. La besó con una iracunda violencia, aplastando su boca contra la de ella, castigándola con todas sus fuerzas. Después, la soltó con absoluto desprecio y salió de la habitación sin mirar ni una vez atrás.

—¿Por qué mientes? —preguntó Eva, cuando quedaron a solas, y añadió—: Has pisado su *puso*[86].

—Lo sé… —susurró las palabras.

Luisa no comprendió qué era *puso*, pero sí sabía que había destrozado el corazón de Fernando.

Sintió las entrañas encogidas por lo que había hecho, pero aún no había tomado una decisión y era la vida de su amigo, casi un hermano para ella, la que estaba en juego.

—Porque aún no lo he decidido.

—No hombre de palabra, te engañará.

—Quizás, pero si eso sucede, ya no te impediré que lo mates.

DIEGO HABÍA DISPARADO más de cincuenta veces su pistola. Había estudiado el arma, el peso, el calibre y la precisión, y creía que tenía una oportunidad. Solo quedaba formalizar los diferentes asuntos relacionados con el duelo. De eso debía encargarse Fernando, sin embargo, cuando llegó a la casa de la señora Soledad encontró a su amigo bebiendo y con el rostro ensombrecido con lo que parecían funestos presagios.

Diego dejó la caja en la que se guardaban las armas encima de una mesa y se acercó a la pequeña licorera. El coñac no era el mejor, pero de mayor calidad que la del aguardiente que ofrecían en el fuerte, así que se sirvió una copa y se sentó. Conocía a Fernando, era absurdo atosigarlo a preguntas. Hablaría en el momento en que terminase de beber o en el instante en que su sosiego lo alterase lo bastante como

para recriminárselo. Sabía que de una manera u otra conocería el motivo de su furibundo rostro.

—¡Se ha vuelto loca! —exclamó, lanzando la copa al suelo.

El gesto violento detuvo la mano de Diego, que este dirigía a su boca para beber de la copa de coñac.

—¿Quién? ¿Eva o Luisa?

—Luisa, ¡maldita sea!

—Cálmate y dime qué ha sucedido.

Diego advirtió en sus ojos el dolor más profundo.

—Ha visitado al marqués para solicitarle que renuncie al duelo, a cambio, ella…

No pudo continuar, ya que el dolor era demasiado para él. Diego fue consciente de ello al ver cómo sus manos se tornaban blancas por apretar los puños de la mecedora. A veces no alcanzaba a entender el comportamiento ilógico y casi destructivo de Luisa. Enfrentarse ella sola a un hombre como Rosales podía ser peligroso.

Con el semblante pálido se encaminó al cuarto de Luisa. No llamó a la puerta, sino que la abrió de golpe.

—¿Es cierto?

Luisa parecía demasiado infantil con la melena suelta y el camisón blanco abrochado hasta el cuello. Ambos entendían que esa imagen era engañosa. Luisa conocía las bajezas del mundo y la vileza con la que se comportaban algunos hombres. También sabía cómo las mujeres negociaban con sus cuerpos y qué podía conseguir con ello.

—Así es, he visitado a Rosales —contestó ella, recuperándose del sobresalto sin necesidad de que le explicase la pregunta.

—Quiero la verdad, Luisa. A mí no puedes mentirme. Mi amistad y cariño no se verán influenciados por los celos como ocurre con Fernando. Pero has dañado la hombría y el corazón de mi amigo. Sé que eres dueña de tus actos. No eres mi esposa ni tampoco mi hermana, pero siento el mismo cariño por ti como si fueras mi verdadera familia. Así que respóndeme con sinceridad, ¿te has ofrecido a él? —le preguntó sin tapujos.

A Luisa las manos le temblaban. Quiso disimularlo manteniéndolas ocupadas, así que aferró el cepillo con los dedos crispados y se peinó con una falsa tranquilidad los mechones rubios.

—¿Cómo…?

—¿Cómo lo he sabido? —preguntó Diego con sorna—. Solo he tenido que ver la cara de Fernando.

Luisa asintió muy seria, pero alzó la barbilla con determinación.

—Lo haría por salvarte la vida.

—Hombres como él no cumplen sus promesas. Al final, tu sacrificio sería en vano.

—Debo intentarlo.

—¿Y Fernando?

—Sabes bien que no podemos estar juntos. Él es un mujeriego y yo…

—¡Una cría ingenua que cree poder ayudar a todo el mundo!

Luisa se giró y miró con cariño el rostro de Diego.

—Me conformo con salvarte a ti.

Diego se enterneció con sus palabras. La conocía lo suficiente para asegurar que aún no había perpetrado tal error, pese a que Fernando creyese lo contrario. Se acercó a ella, la tomó de los hombros y la abrazó.

—¿No confías en mi pericia como soldado?

Diego la apartó un poco para ver sus ojos. El miedo y la vergüenza se entremezclaban en su mirada.

—No podría vivir si…

—¿Piensas que yo lo haría si te entregases a un hombre como Rosales para salvarme la vida?

—Sería una sola noche por una vida.

—Te quiero como si fueses mi hermana. Si cometes esa estupidez, te juro que el duelo será a muerte. Ahora he decidido hacerlo solo a primera sangre.

El rostro de Luisa se iluminó al comprender el significado de esas palabras.

—¿Es cierto?

—¿Acaso crees que tengo ganas de morir o enfrentarme a un consejo de guerra?

Luisa se abrazó a Diego y, esta vez, lloró lágrimas de alivio.

—No sé cómo vas a solucionar este asunto con Fernando.

—Espero que alguna vez me perdone el daño que le he hecho.

Diego la abrazó sin recriminarle nada más. Ahora dependía solo de sus dos amigos recuperar la amistad que habían perdido y, quizás, no perder mucho más.

40

la deuda

Manila (Filipinas), 15 de junio de 1852

Durante la noche anterior, el cielo había permanecido cubierto, y un par de horas antes del duelo cayó un fuerte chaparrón. Diego observaba desde la ventana de su cuarto la evolución de las nubes. El clima podía disminuir sus posibilidades en el combate contra Rosales. Gracias a Dios, solo fue un poco de agua que convirtió la mañana en un día gris y bochornoso.

—¿Estás preparado? —le preguntó Fernando.

Diego asintió con el rostro serio. Había dejado su uniforme colgado en el armario. Los accidentes en los duelos eran algo común. Si moría ese día, nadie debía pensar que había deshonrado al cuerpo naval español.

—Antes de salir, debes prometerme una cosa.

Fernando lo miró con desconcierto que desembocó en recelo.

—No lo hagas, Diego.

—Si algo me ocurriese, cuida de Luisa y de Eva —le pidió, ignorando sus palabras.

—No es un buen momento para llamar a la mala suerte.

—Tengo una petición más que hacerte —aseguró—. No quiero que tomes venganza si por mala fortuna muero hoy a manos del marqués.

—No es necesario que me pidas algo así —aseguró Fernando como si supiera el desenlace de la contienda—. Es a primera sangre.

Ambos sabían que no era el primer duelo a primera sangre que se torcía y terminaba con la vida de uno de los duelistas.

—No bromeo, Fernando. Nadie, absolutamente nadie, ha de oponerse a Rosales por mí. Júramelo.

No era buena idea alterar a un duelista antes de enfrentarse a la muerte y Fernando asintió de mala gana.

—Tienes mi promesa.

—Gracias, amigo mío —afirmó con un gesto de alivio. Y añadió—: Entonces, será mejor que nos vayamos antes de que alguna de ellas despierte.

En la planta de arriba, cuando las criadas empezaban a moverse por la casa con sus quehaceres diarios, las dos jóvenes bajaron al comedor. Luisa aún conservaba la esperanza de convencer a Diego de que renunciase a ese despropósito, pero al entrar en el salón lo

encontró vacío. El miedo porque se hubieran marchado sin despedirse demudó el rostro de Luisa. En cambio, Eva simplemente salió de la casa de la señora Soledad sin decir ni una palabra. Durante días había seguido a los españoles hasta un solar en medio del campo donde creía que se hallarían ahora. Un terreno desolado y al que ningún habitante de la ciudad se acercaba, porque, según se decía, las almas atormentadas de los muertos se aparecían a los vivos. Allí se agazapó tras un árbol seco y observó en la distancia a cuatro hombres. Dos de ellos eran los españoles, el otro era el marqués y al último no lo conocía.

Ignorantes del testigo que presenciaba su encuentro, los duelistas se dieron la mano para consolidar un lance honesto y honorable. Escucharon las palabras de Fernando uno frente a otro, en silencio e inmóviles. A Diego, el calor después de la lluvia, le había pegado la camisa a la espalda. Rezó una breve oración y encomendó su alma a Dios.

—Deben caminar diez pasos, luego girarse y a la de tres disparar sus armas. Les recuerdo que no es un duelo a muerte, por lo tanto, no acertarán en puntos vitales de su adversario. Mucha suerte a los dos.

Los dos padrinos comprobaron las pistolas. Cuando dieron el visto bueno se las entregaron a los duelistas. Ambos hombres se volvieron espalda contra espalda. En el desolado solar el viento seco agitaba las hojas de los árboles. Se notaba en el ambiente que de nuevo un chubasco caería sobre ellos. Diego volvió a concentrarse en contar los pasos. Se giró y vio a Rosales alzar el brazo y amenazarle con el arma. Él copió su proceder, absurdo y trágicamente inútil. Durante un instante, cuando Rosales le apuntaba, pensó en dejar que el destino actuase cómo le viniese en gana. Mientras el marqués aguardaba la señal de disparar, que daría Fernando, Diego disparó antes de escuchar el permiso para hacer fuego.

—¡Diego! —gritó su amigo, asombrado por su proceder deshonesto.

El tiro había errado a su oponente. Fernando miró a su compañero sin comprender. Entonces, sus ojos se desviaron a Rosales. El marqués exhibía en el rostro el malestar de un hecho tan canalla.

—Jamás hubiera creído que fuese un cobarde —afirmó.

—Marqués, puede disparar —intervino Fernando tan asombrado como Rosales. Y añadió—: Si el señor Quesada se mueve de su sitio, consideraremos, en caso de que no acierte, que es usted el ganador de este duelo.

Rosales era un duelista consumado. Apuntó con certeza al hombro de Diego y la sangre se extendió con rapidez sobre su pecho.

—¡Maldita sea! —gritó Fernando, agachándose a su lado e intentando contener la hemorragia—. ¡No entiendo qué has hecho!

—No es mortal —dijo Diego con el rostro pálido.

—Lo sé, pero si no la tratan a tiempo, puedes morir por una infección.

A la espalda de Rosales, la aparición de un hombre ensangrentado atrajo la atención de los tres, menos la de Diego. Sabía que tarde o temprano se esclarecerían los hechos. Si antes no había dicho nada, era porque no quería ser el responsable de la muerte de ese hombre a manos de Rosales. Pero su honor le impedía permitir que un hombre matase a otro por la espalda, por muy grandes que fuesen sus pecados.

—¿Quién diablo es? —preguntó Fernando, preocupado por que alguien contase que habían participado en un duelo.

El padrino del marqués lo atrapó y lo empujó sin ningún miramiento hasta el grupo.

—Creo que es suyo —dijo a Rosales.

—Así es —afirmó el marqués visiblemente alterado.

—Tenía este cuchillo, creo que no había desistido de la intención de matarle.

Cuando el marqués vio la herida de la mano del esclavo y el fusil en la de su padrino, entendió el proceder de Diego. Su mirada atravesó al esclavo, quien lo miró valerosamente, consciente de que ese día vería a sus antiguos ancestros.

—Haz que lo encadenen, más tarde me ocuparé personalmente de él —ordenó a su acompañante.

—Le he salvado la vida —intervino Diego con el rostro contraído por el dolor y sujetándose el brazo, porque era como si el mismo demonio lo azuzase con un hierro ardiendo—. Solo quiero que no acabe con la vida de este hombre. ¿Cuánto quiere por él?

—Esta escoria no está en venta.

Diego consiguió ponerse en pie y dijo:

—Entonces, ¿está dispuesto a batirse de nuevo conmigo en duelo por la vida de un esclavo? —preguntó con un marcado desprecio.

El marqués, al ver la sangre que manchaba sus dedos, dijo:

—No está en condiciones.

—No se preocupe por mí. Le aseguro que esta vez no fallaré. El premio es la libertad de este hombre.

—¡Estás loco! —exclamó Fernando—. Eres un buen tirador, pero no lo bastante para ganar con una herida en el hombro.

El marqués miró al viejo esclavo.

—Apenas sirve para nada, y no me gusta deberle favores a nadie. Y por lo visto le debo uno y tan grande como mi propia vida. Sin embargo, es consciente de que con esa herida, no podrá ganar de ninguna manera.

—Eso no debe preocuparle.

—Está bien, acepto —dijo, y le tendió la mano. El apretón selló el

pacto.

De nuevo, los padrinos comprobaron las armas, se aseguraron de martillarlas correctamente y se las entregaron a los duelistas.

La sangre se deslizaba por el brazo de Diego y caía al suelo manchando sus pies. Fernando se quitó la corbata y la ató a su brazo con un improvisado torniquete. Luego dio un paso atrás y dijo:

—Caballeros, prepárense.

Diego y Rosales volvieron a colocarse espalda contra espalda. Avanzaron los diez pasos y se giraron.

—Preparados. Cuando cuente tres.

Rosales advirtió que Diego apenas podía girarse y, menos aún, sostener el arma; pero no imaginó que al darse la vuelta le apuntase con la mano izquierda. Escuchó la voz del madrileño decir tres, luego la bala le rasgó la ropa, hiriéndole el antebrazo. Era su turno, pero la valentía y destreza del español se ganó su admiración. Aunque no fue él el que puso fin al duelo, sino la presencia inesperada de una muchacha que salió de entre la arboleda, amenazándoles con un puñal, dispuesta a lanzarlo si disparaba su arma.

—¡Eva! —gritó Diego.

Ella ignoró la voz de Diego y sus miradas reprobatorias, interponiéndose entre el marqués y su pistola. Rosales bajó el arma y contempló cómo la chica se rasgaba con violencia las enaguas y taponaba la herida de su adversario.

—No deberías estar aquí —consiguió decir Diego, apretando los dientes por el dolor.

—Silencio —respondió ella de forma autoritaria, mientras que la sangre de Diego no dejaba de brotar. Eva miró a Fernando y dijo—: No puedo curar.

Fernando asintió y tomó de la cintura a su amigo para llevarlo al carruaje que los había conducido hasta allí cuando Rosales se interpuso en su camino.

—¿Por qué lo ha hecho?

Diego intentó enderezarse y sintió que le abandonaban las fuerzas.

—Le felicito por su puntería.

—La suya también es magnífica —afirmó al ver la herida en la mano del esclavo y la suya.

Era un simple rasguño sin importancia que no necesitaría nada más que un par de vendas.

—No me gustan quienes matan por la espalda.

Rosales emitió una carcajada que apenas salía de su garganta y provocó el desconcierto de los presentes. Luego fijó su astuta mirada en Diego y asintió con la cabeza; aunque antes de irse, dijo:

—Es usted un hombre extraño. No entiendo su comportamiento, pero respeto su honorabilidad. Me disculpo sinceramente por haber

insultado a su esposa. Hoy mismo me marcharé de Manila por asuntos de negocios. Si alguna vez necesita mi ayuda, no dude en pedírmela.

Cuando vieron alejarse a Rosales en el coche de caballos de su padrino, Fernando se apresuró en llevar a Diego hasta el carruaje del marqués. El suyo había huido al ver que participaban en un segundo duelo.

—¡Rápido! A la casa de la señora Soledad —gritó al cochero. Luego, miró al esclavo que había seguido sus pasos—. ¿Qué hacemos con él?

—Es libre —dijo Diego.

EN LA CASA de la viuda, Luisa se paseaba de un lado a otro, retorciéndose las manos y pensando en si Diego vivía o por su inconsciente proceder había muerto. En el momento en que lo vio aparecer, se abalanzó hacia él y lo abrazó.

—¡Cuidado! —exclamó Diego con un hilo de voz.

—¡Estás vivo!

Luisa se apartó de él. Diego se dobló sobre sí mismo como si hubiese recibido un golpe.

—Eva no puede curarlo —dijo Fernando—. Y no podemos ir al hospital.

—Seguro que la señora Soledad conoce algún médico.

Luisa se giró con rapidez y se dirigió a la cocina, donde a esas horas, la señora Soledad ordenaba a las esclavas la comida que serviría a sus clientes.

Al verla, la mujer se limpió las manos en el delantal blanco y miró con extrañeza a la señora Quesada por su comportamiento tan azorado.

—Señora Soledad, le suplico su ayuda —dijo Luisa, tomando de la mano a la viuda y apartándola de las criadas.

—Señora Quesada, ¿se encuentra bien?

—Es mi marido…

Luisa guardó silencio un instante, pero la dueña de la pensión golpeó con suavidad su mano para que continuase.

—¿Qué ha hecho?

—Una tontería… —dijo.

Luisa no podía desvelar que Diego había participado en un duelo. Si las autoridades descubrían lo sucedido, tendría consecuencias nefastas.

—Los hombres siempre causan preocupaciones a las mujeres.

—Así es, señora Soledad. Le aseguro que el juego es una de las peores. —La mujer asintió y aguardó a que hablase de nuevo—. Un

caballero no ha soportado la derrota y ha disparado a mi marido.

—¡Por Dios!

—Necesito un médico, pero dada la situación…

—No diga más. Comprendo que la comandancia deba ignorar lo ocurrido a su marido esta noche. Hay un médico chino de extramuros. Será caro y entre sus pacientes hay más muertos que vivos, pero es el único al que puede acudir, aparte del médico militar.

—Me arriesgaré —afirmó Luisa.

—Entonces, regrese con su esposo, yo me encargaré del resto.

—¿Cómo podría pagárselo?

—La habitación segunda de la planta superior tiene goteras. Además, el chino no cobra barato.

Luisa asintió, sin decir palabra. El coste de ese tejado sería un precio ínfimo a pagar si le salvaba la vida a Diego.

ALGO MÁS TARDE, un anciano con una larga trenza y vestido con un *hanfu*[87] realizó una inclinación respetuosa y se acercó a la cama donde yacía Diego.

Eva lo miró con desconfianza y se limitó a vigilar cada acción del curandero. El hombre desenrolló una bolsa que llevaba atada a la cintura, de ella extrajo dos afilados cuchillos que parecían más unos palillos.

—*Gěi tā tuō yīfú*[88] —ordenó.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Fernando.

—Quitarle la ropa —afirmó Eva mientras obedecía al anciano.

—¿Entiendes chino? —preguntó Luisa.

—Un poco, suficiente.

Todos vieron el orificio que había hecho la bala en la carne de Diego cuando las dos mujeres le quitaron la ropa. El anciano le ofreció al herido un trozo de madera cuyo significado no requería traducción. Diego lo mordió con todas sus fuerzas en previsión de lo que vendría después. El médico le indicó a Fernando que sujetase el brazo de su paciente.

—De acuerdo… —dijo Fernando, y añadió—: Lo siento, Diego, creo que esto te va a doler como si el mismo diablo te golpease.

Diego asintió levemente aguantando el dolor. Después, el médico sacó de su bolsa dos ganzúas con forma de tenedores. Colocó una en el borde de la herida y estiró de ella, luego se la entregó a Eva. Mientras tanto, Diego se retorcía en el lecho y mordía aquella madera con desesperación. A continuación, el chino realizó lo mismo al otro lado. Esta vez, la afortunada fue Luisa. A esas alturas, Diego había perdido la consciencia, algo que facilitaría el trabajo al médico.

El anciano vio la bala. Su paciente había tenido suerte, no había roto el hueso, solo lo había astillado. Tomó los dos palillos de metal y consiguió atraparla y extraerla sin romper nada importante en el camino. Quitó de las manos de las mujeres las dos ganzúas y procedió a coser la herida. Al terminar, sacó de su bolsa un paquete envuelto del tamaño de una porción de té. Eva la olió y reconoció que se trataba de caléndula. No necesitaba explicaciones, sabía cómo usarla. Asintió agradecida.

—¿Estará en pie en una semana? —preguntó Fernando.

—No —contestó Eva.

—Pues debe estarlo.

—¿Has perdido el juicio? ¡Mira cómo está! —le recriminó Luisa.

Diego se veía pálido y enfermo.

—Da igual cómo esté. Si no se presenta en el barco que lleva al fuerte la semana que viene, será declarado un desertor.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Luisa, limpiándose las manos de sangre con un trapo.

—Mientras vosotras os encargáis de que se ponga en pie, yo ganaré tiempo.

—¿Cómo vas a hacerlo? —preguntó de nuevo Luisa.

—Convenceré a todo el mundo de que ha enfermado de malaria y de que eso lo mantiene en cama.

41

el sabor amargo de la partida

Manila (Filipinas), 30 de junio de 1852

En el puerto de Manila reinaba una cierta apatía a causa del calor y la humedad propios de la estación seca, que duraría hasta octubre. La mayoría de los barcos mantenían plegadas las velas y las pequeñas embarcaciones de los nativos se refugiaban bajo los cascos de los grandes navíos.

Fernando ayudó a Diego a bajar del coche de caballos que había alquilado. Su amigo se veía pálido, apenas se había recuperado y, pese a que intentaba disimular el dolor, este le impedía dormir. Por suerte, Eva había evitado que la herida se infectase, pero no bastaría una semana para que pudiera disparar un arma o empuñar una espada. De todos modos debía regresar al fortín o lo considerarían un desertor.

Durante esos días había rehusado hablar de un tema que dolía a ambos por igual. Fernando regresaría a España en un par de meses, y posiblemente no se verían en muchos años.

—Escríbeme y cuéntame cómo vuelves loco a tu tío cuando estés en Madrid —dijo Diego.

—No lo dudes, amigo mío, pero antes debes escribirme tú sobre cómo te va en el fortín —dijo, abrazándolo con fuerza, y añadió—: Ten mucho cuidado.

—Lo tendré. Te juro que no haré nada peligroso en tu ausencia.

Fernando esbozó una sonrisa burlona. Sabía bien que Diego y los líos siempre iban de la mano. Su honorabilidad y sentido de la justicia tropezaban en la mayoría de las ocasiones con gente que carecía de ellos. Asintió sin convicción y se volvió para enfrentarse a la mirada de Luisa.

Diego se apoyó en Eva y se retiraron un par de pasos para darle intimidad a la pareja. Ambos se habían perdonado, pero el perdón no sería suficiente para retomar lo que aún ni siquiera podía considerarse una relación. Después de lo sucedido, Fernando apenas podía sostenerle la mirada, y fingía que nada había ocurrido entre ellos.

—Quiero que me acompañes a España cuando me vaya —le propuso a Luisa.

Su apellido le permitiría protegerla, incluso sería capaz de aceptar cualquier orden de su tío sin protestar. Por el momento, era lo único

que podía ofrecerle, aunque se merecía mucho más.

Luisa lo miró con ternura, después su mirada se desvió hacia donde se encontraba Diego.

—Lo sé, Fernando —dijo, llamándolo por su nombre. Su familiaridad al tratarlo le devolvió un poco de esperanza. Luego, añadió—: Ahora me necesita más que tú. Debo acompañarlo al fuerte.

Sus palabras le dolieron, aunque tenía razón. En aquella confesión solo existía un amor filial.

—Entiendo… —dijo él, apesadumbrado.

—Pero volveré antes de que regreses a España.

Sus palabras iluminaron el rostro de Fernando, tomó sus manos y las sujetó con fuerza.

—Contaré los días y las horas antes de poder verte.

—Yo también… —respondió, y un ligero rubor avivó sus mejillas.

Fernando guardó esa imagen como un tesoro en su memoria. Jamás habría imaginado que la señorita Luisa Navarrete presentase una naturaleza tan femenina y delicada.

La sirena del barco sonó advirtiendo a los pasajeros que pronto zarparía. Fernando soltó las manos de Luisa, que no ofrecieron ninguna resistencia. La joven se giró y atravesó la pasarela del barco. Cuando el navío partió, Fernando se dijo que necesitaba una copa y no un té como servía a esas horas la señora Soledad. Él quería algo que le hiciese olvidar el dolor que la ausencia de Luisa había dejado en su corazón.

Subió al coche de caballos y ordenó al conductor que lo llevase hasta la avenida donde se hallaba el Oriente. Al descender del carruaje observó la fuente que había frente a la puerta principal del hotel. Un edificio de piedra de tres plantas, cuyas ventanas curvas se asemejaban a ojos que vigilaban a todos aquellos que paseaban cerca de sus puertas. Sorprendentemente, el hotel pertenecía a una mujer. Imaginó qué diría Luisa al respecto y esbozó una sonrisa.

Cuando se adentró en el *hall*, se dirigió a recepción. Fue la misma dueña, una viuda de un rico comerciante galés, quien lo saludó a su llegada.

—Buenos días —dijo en español.

Se trataba de una mujer aún joven, de cabello rojizo, ojos verdes y tez pálida. Era hermosa, ella lo sabía y se beneficiaba de ello.

—¿Cómo ha sabido que era español? —preguntó Fernando con curiosidad.

—Ningún otro me hubiese mirado como usted.

—Imagino que es un halago —respondió Fernando, por primera vez más animado desde la marcha de Luisa.

—Por supuesto, señor…

—Narváez.

—¿Quiere una habitación?

—Por ahora me conformo con su mejor *whisky*.

La viuda sonrió y le indicó con un gesto de la mano que entrase en el salón de caballeros.

—Se lo servirán en un instante.

—Gracias, señora…

—Señora Lewis.

A esa hora, el salón se hallaba vacío. En él se mezclaba el estilo oriental, con plantas exóticas y ventiladores en el techo, con la comodidad de lo occidental, gracias a los amplios sillones orejeros de piel que engullían a los clientes como la ballena a Jonás.

Enseguida un joven, vestido con levita, se acercó a él con una bandeja, en la que había una botella y un vaso.

—La señora dice que lo invita la casa.

—Agradezca a la dama su generosidad.

—Así lo haré, señor.

Fernando vertió el licor dorado en el vaso y lo bebió de un trago. Verdaderamente era bueno, tanto que notó el sabor de la madera de la barrica en la que fue elaborado. Con la segunda copa creyó relajarse y la tercera le ayudó a quitarse el desasosiego que había sentido desde que dejó el puerto. Cerró los ojos un instante, pero los abrió al escuchar los pasos de un nuevo cliente. Se trataba de un hombre de porte militar. Sospechó que en algún momento de su vida había servido en el ejército. Sus ropas no eran de la mejor calidad, aun así las portaba con cierta clase. Miró cada rincón de la sala como si alguien pretendiese robarle la cartera. El mismo muchacho que había llevado su bebida se aproximó al recién llegado.

—*Parlez-vous ma langue* [89]?

El empleado hizo una inclinación y se retiró para que en su lugar lo atendiera la propietaria.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó la señora Lewis.

La mujer, con su vestido gris, mostraba una profesionalidad que apenas ocultaba su belleza.

—*Parlez-vous ma langue?* —repitió.

—No hablo francés, pero sí español —respondió ella.

—Gracias al cielo, yo también hablo español —dijo con un marcado acento gabacho que causó en Fernando el impulso de mofarse—. Me gustaría beber lo que bebe el caballero —le pidió, señalándolo.

—Por supuesto.

La señora Lewis se giró para marcharse, cuando la mano del hombre la agarró de la muñeca. El gesto provocó que la dama se diera la vuelta. Sin perder la compostura, sus ojos iracundos eran suficiente advertencia para que el hombre la soltase.

—Discúlpeme, *madame* —dijo—. No era mi intención incomodarla, pero he viajado desde muy lejos para encontrar a alguien y no he conseguido ningún resultado hasta ahora.

Fernando imaginó el recorrido del francés, una larga travesía de treinta días con atraques en puertos cada vez más alejados de la civilización, como Alejandría, Puerto Said, Suez, Adén, Punta de Gales, Singapur y, por último, Manila.

—¿Es una mujer?

—No, pero puede que lo acompañe una —se apresuró a decir—: Es un viejo amigo.

—¿Cómo se llama? Quizás sea alguno de mis clientes.

—Supongo que la información no será gratis.

Sus palabras fueron groseras, pero la señora Lewis sonrió con calma.

—Ningún servicio en este hotel lo es, señor…

—Fontaine, pero puede llamarme Adrien.

—Señor Fontaine —dijo ella para que quedase claro que no existirían familiaridades entre ellos dos—, ¿cómo se llama su amigo?

—Es un español.

—Muchos son los españoles que vienen a mi hotel.

—Se llama Arturo Segovia.

Al escuchar el alias que usaba Luisa, a Fernando le temblaron las manos y derramó su copa. Un repentino ruido de cristales rotos atrajo la atención del francés y de la señora Lewis. Los dos miraron en su dirección. Él cerró los ojos, haciéndose el dormido.

—Veo que alguno de sus clientes es incapaz de soportar el alcohol.

—Eso parece —dijo la señora Lewis sin dejar de mirar a Fernando con suspicacia.

La dueña del hotel alzó el brazo para que un empleado limpiase el *whisky* derramado, después se acercó a Fernando. Mientras tanto, Adrien se bebió de un trago su copa y se marchó de la sala, era hora de empezar con el trabajo que lo había llevado hasta allí.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la señora Lewis a Fernando.

—Sí… claro.

—El señor Fontaine considera que los españoles no aguantan bien la bebida.

—¿También lo cree usted?

La señora Lewis esbozó una sonrisa antes de contestar:

—Ha permanecido atento a nuestra conversación, pero al oír el nombre de Arturo Segovia su expresión ha cambiado. Me pregunto cuál será el motivo del señor Fontaine para buscar al tal Segovia, ¿lo conoce usted?

Fernando fijó la mirada en el bello rostro de la galesa. Esa mujer era demasiado inteligente, una falsa respuesta le demostraría que

ocultaba mucho más en realidad.

—Sí, es un antiguo compañero de armas. Agradecería que si el señor Fontaine le pregunta de nuevo sobre él, omita que le he dicho que lo conozco.

—No se preocupe. Por supuesto no es asunto mío, tan solo dirijo un hotel.

Fernando extrajo de entre sus ropas la cartera y pagó generosamente su silencio, aunque usó las palabras que utilizaría un caballero.

—Es por las molestias ocasionadas por estropear su sillón.

—Le aseguro que un buen *whisky* nunca estropea ninguna cosa.

Fernando emitió una carcajada.

—¿Usted dirige el hotel sola?

—Soy viuda, señor Narváez.

—Lamento oír eso.

—No lo haga. Mi esposo solo me causaba…, como decirlo,… ganas de vomitar.

Tras esas palabras, la señora Lewis palideció, Fernando quiso decir algo más, pero la galesa se giró y a pasos decididos se marchó del salón.

42

la muerte de una golondrina

Nagoya (Japón), 30 de junio de 1852
(Sexto mes del quinto año de la era Kaei)

Iko había recibido una nota en la que le comunicaban que habían apresado a la cortesana huida de *El dragón dorado*. Gracias a su padre y a su apellido aún tenían informadores dentro del *bakufu*. Por supuesto, no había sido barato y si alguno de ellos los traicionaba creerían firmemente la acusación de la cortesana. Ahora solo era una muchacha que había escapado de un burdel y que por desamor había acusado a la hija del daimio Kawaokura. En las calles ya se empezaba a hablar sobre si existía una relación entre él y su señora.

—Sabes lo que tienes que hacer —dijo su padre, interrumpiendo sus pensamientos.

Iko permanecía arrodillado. Su espada la agarraba con la mano derecha, mientras su otra mano se apoyaba en su muslo izquierdo. Su posición parecía engañosamente tranquila, pero en realidad, ocultaba el miedo a que por el despecho de una mujer, el clan Kawaokura y, en especial, Miyako, sufrieran un terrible destino.

—Lo sé, padre.

La habitación solo estaba adornada por una armadura que pertenecía a su familia desde la época de la condesa extranjera. Todavía no había tenido la oportunidad de usarla, quizás jamás lo hiciera, pero haría todo lo posible por salvar su honor y el de su clan.

—Vamos.

Ambos se encaminaron a la zona administrativa de la ciudad. Al contrario que Edo, en Nagoya no se encontraba dentro de las murallas del castillo del sogún, en este caso del daimio, sino en un barrio cercano al mismo. Cerca del río había un edificio custodiado por los guardias al servicio del *bakufu* donde se arrestaba a los prisioneros, allí habían llevado a Ena.

Los dos hombres se habían vestido con un kimono oscuro, sencillo y propio de cualquier samurái de bajo nacimiento e incluso de un *rōnin*. Habían prescindido de insignia o elemento que los identificasen como samuráis al servicio de la casa Kawaokura. Además, la fina lluvia que después se convirtió en un auténtico aguacero los ayudó a no cruzarse con nadie en las calles, desiertas ante tal inesperada

tormenta. El agua del río tenía un oscuro color en el que juncos, ramas de bambúes y algunos animales ahogados eran arrastrados por la corriente que gracias a la tormenta había crecido esa noche.

A lo lejos, los dos hombres vieron a dos mujeres acuclilladas retiradas de la orilla. Una de ellas se puso en pie y se acercó a ellos con esterilla en mano.

—*Issho ni asobimasen ka*?[90] —dijo la mujer.

Iko observó a la que posiblemente era una *dyotaka.* Las prostitutas de bajo rango como esa abordaban a los clientes en la noche. En Edo las había visto en la zona que llamaban *Dyajotsukuni*, en un islote alejado de la ciudad. No era vieja, pero sus años de belleza ya la habían abandonado. Su delgadez extrema y su piel cuarteada demostraban que no solo trabajaba en la calle, también vivía en ella.

—¡Lárgate! —respondió su padre.

La mujer asintió en silencio y regresó junto a su compañera. Volvió a acuclillarse a su lado mientras el aguacero caía sobre las dos figuras inmóviles.

Al fin llegaron hasta las dependencias del *bakufu* sin pronunciar una palabra. Se sacudieron las ropas y aguardaron a que uno de los hombres que conocían le permitiese pasar. Hasta que apareció, padre e hijo esperaron bajo el alero del edificio que todos llamaban la prisión. Normalmente, solo encerraban a asesinos, ladrones o *rōnin* que peleaban con samuráis. Rara vez, una mujer era encarcelada en ese lugar.

Un servidor del *bakufu,* de rostro redondo y piernas flacas, los guio por varios pasadizos. Iko se giró hacia su padre, este le devolvió la mirada con frialdad, si bien no denotaba sospecha de amenaza ni desconfianza en el hombre que los guiaba. Un intenso olor a orines y a moho hizo que Iko se tapase la cara con el codo.

—Hoy es un buen día —dijo su guía, burlándose de él. Luego se detuvo ante una celda y dijo—: Tenéis poco tiempo.

—Sabremos aprovecharlo —dijo su padre, entregándole una bolsa de monedas.

—¿Ha hablado? —preguntó Iko.

—No, aunque no tardará en hacerlo.

—Será mejor que entres —le advirtió su padre.

Iko asintió, pero sintió en sus entrañas un terrible frío. Cuando sus ojos se adaptaron a la penumbra de la celda, contempló un bulto en una esquina. Si el olor en el exterior era pestilente, dentro de aquella celda era mucho peor. Un aroma agrio como a tierra podrida inundaba el aire.

—¿Ena…?

El bulto, que, en realidad, era una mujer que yacía sobre la paja húmeda, se giró con recelo.

—¿Iko…, eres tú?

—Soy yo, Ena.

La cortesana se puso en pie, apoyándose en la pared. La habían torturado. Sus manos ensangrentadas así lo demostraban, además, le habían cortado el cabello y apenas podía mantenerse en pie. Sus elegantes ropas se habían sustituido por un raído kimono cubierto de manchas de sangre y orines. Presentaba una delgadez que marcaba sus facciones, antiguamente de una exquisita perfección, ahora ajadas y grises. Unas ojeras bordeaban sus ojos como barcos de velas negras. Más que un ser humano, Iko creía estar ante la presencia de un cadáver. El *bakufu* no solía mostrar piedad, pero con mujeres como Ena su poca compasión era inexistente. Tarde o temprano le sacarían una confesión, y, por su estado, no aguantaría mucho tiempo más.

—Iko…

Ena llegó hasta a él cojeando y lo abrazó. Iko dejó que lo hiciera, aunque ya solo sentía lástima por ella.

—No he hablado…, jamás podría hacerte daño. Te amo y siempre te amaré. Perdóname —dijo ella, apartándose un poco de él para verle el rostro.

Iko asintió con una sonrisa, mientras extraía de su cinturón el puñal corto de los samuráis.

—Perdóname tú —dijo él, abrazándola con fuerza a la par que se lo clavaba en el costado.

—Iko… —pronunció a la vez que un borbotón de sangre salía de su boca.

—Lo siento, Ena —respondió, depositándola con cuidado en el suelo.

Iko jamás olvidaría su mirada fría y acusadora. En su rostro se reflejaba la sorpresa por su traición, el amor no correspondido, junto con un profundo dolor. Una mirada que le habría de perseguir hasta el fin de sus días.

AL DÍA SIGUIENTE, el *bakufu* apareció a las puertas del castillo Kawaokura. Los samuráis al servicio del clan aguardaban las órdenes de Jiro para actuar. Por lo pronto solo se mantenían alerta, a la espera de saber las intenciones de los servidores del sogunato. Una delegación encabezada por un viejo samurái que conocía bien al daimio Kawaokura pidió ser recibida.

El padre de Miyako no lo hizo esperar y lo condujeron hasta la sala donde se atendía a los invitados ilustres. Varios incensarios se habían encendido y la habitación se había ventilado convenientemente para la ocasión. Dos sirvientas se apresuraron a servir té al samurái Kora

Keiko.

—Me complace veros —dijo el daimio.

Iko permanecía junto a su padre en el cuarto, cada uno en una esquina de la habitación.

—A mí también, viejo amigo —dijo Kora. Y añadió—: Vuestra salud parece resentida.

—Así es, los años han doblado a este guerrero.

Kora carcajeó las palabras del daimio.

—Es cierto, ahora parece que ha transcurrido una eternidad desde el día en que nos conocimos.

Tras varias palabras de recuerdos pasados, amigos fallecidos y vivencias de juventud, el daimio le preguntó:

—¿Por qué el *bakufu* te ha enviado?

Kora asintió ante las palabras de su viejo compañero de armas.

—Sospechan que has escrito los panfletos que se repartieron por las calles de Nagoya.

—Nunca traicionaría a mi país ni a mi sogún.

—Tú no, pero alguien de tu casa…

—¿Qué intentas decir?

—No podemos asegurarlo porque nuestro principal testigo fue asesinado. Pero pudimos averiguar que tu hija podía ser la autora de esos panfletos.

—¡Miyako…! —exclamó el daimio, para un instante más tarde emitir una rotunda carcajada que incluso hizo que Iko girara el rostro hacia su padre.

Jamás había visto actuar de ese modo a su daimio. Su padre le recriminó su poca prudencia con una mirada lacerante e Iko volvió a su posición.

—Kawaokura…

—Mi hija está enfrascada en sus preparativos de boda. Es una muchacha impetuosa…

—Participó en una competición de arco —le recordó.

—Ya veo que habéis hecho vuestros deberes —le respondió el daimio con acidez.

Iko escuchaba la conversación y presionaba la empuñadura de su katana con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. Así que Ena había confesado después de todo.

—Siempre he sido un hombre concienzudo.

—Lo sé —afirmó el daimio fijando la vista en su antiguo amigo—. Por eso será mejor que interrogues a mi hija. Solo contarás con una oportunidad, después prométeme que la dejarás en paz.

—De acuerdo.

Iko volvió a mirar a su padre, y este ni siquiera se dignó a devolverle la mirada. El samurái temió que el temperamento de

Miyako la delatase, incluso que sus ideas la condujeran a ella y a todo su clan al desastre. Estudió detenidamente al samurái del *bakufu* y le dio la impresión de que era astuto. Mientras Iko estaba perdido en sus pensamientos, una de las doncellas buscó a Miyako. Ella la siguió hasta la sala de invitados.

—Os presento a mi hija.

Miyako hizo una inclinación respetuosa y se arrodilló al costado de su padre con la cabeza gacha y las manos sobre el regazo. Iko torció la comisura de los labios al verla actuar de manera obediente y sumisa, cuando Miyako era muchas cosas y ninguna de esas dos. Los ojos desorbitados de Iko intentaron advertirla, pero ella no alzó la cabeza.

—Señorita Kawaokura —dijo Kora.

—Sí… —respondió ella, fijando su mirada cristalina en el samurái.

—¡Por todos los dioses! Es cierto.

—Así es —afirmó el daimio.

—Sus ojos son como dos aguamarinas.

—No creo que hayas venido a elogiar la belleza de mi hija —atajó el daimio, que parecía querer acabar cuanto antes con aquella reunión.

—Así es… Señorita Kawaokura se la acusa de escribir estos panfletos. —dijo. Kora elevó la mano y uno de los hombres que lo acompañaban le acercó uno de los papeles. Después, añadió—: ¿Lo reconoce?

—No, jamás he escrito estas palabras. Tampoco las había leído.

Iko observó el rostro de Miyako. Si no la conociera, lo habría engañado con su falsa sinceridad.

—Una testigo asegura que se hacía pasar por un masajista ciego y visitaba el barrio del placer, concretamente, el burdel *El dragón dorado*.

—Eso es totalmente incierto. Nunca he pisado el barrio del placer —dijo, e Iko fue testigo del enrojecimiento de sus mejillas y de las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Señorita Kawaokura, no deseo incomodarla, pero debe contestar a mis preguntas.

—Señor Kora… —dijo, mirando directamente al samurái. Iko sabía que el color de sus ojos hipnotizaría por completo al viejo servidor del sogunato—, he cuidado a mi padre día y noche, velando por su salud. Mi querido prometido, el samurái Otowara Hiroyoki pronto se convertirá en mi esposo. Viajaré a Edo donde espero ser del agrado del sogún y apoyar a mi marido siendo una buena esposa. Jamás traicionaría a ninguno de los tres, ni a mi padre, ni a mi esposo ni a mi sogún.

Tras esa acalorada defensa, Miyako postró el cuerpo y tocó el suelo con la frente ante el señor Kora.

—Vamos, vamos…jovencita, levántese. —Miyako obedeció, pero sin dejar de llorar—. Hemos de ser exhaustivos en nuestras investigaciones.

—Lo entiendo, señor Kora —dijo ella—. Hubo un tiempo en que avergoncé a mi padre —después bajó la cabeza, e Iko vio de nuevo a uno de los actores del teatro *Kabuki*—, sin embargo, ahora quiero ser la buena hija que siempre ha merecido tener.

—Su gusto por lo extranjero ha creado ciertas suspicacias en el *bakufu*.

—Eso se ha terminado, señor Kora. He comprendido que las ideas de mi prometido son las correctas. Hasta hace muy poco mi mente, inmadura aún, fue contaminada por esos libros extranjeros que obligué a mi padre a comprarme. Él solo contentaba a una niña caprichosa. Ahora que soy adulta sé que mi comportamiento ha avergonzado y humillado al clan Kawaokura. Si con su gran sabiduría me indicara cómo proceder, estaría en deuda con usted.

Iko hubiera aplaudido con devoción la actuación de Miyako. Si no estuviera en el salón del daimio, creería que presenciaba cómo una *oiran* conquistaba a un cliente.

—Señorita Kawaokura, no soy yo el indicado para guiarla en tal menester.

—Si el sogunato ha confiado en usted para encontrar a los traidores, también yo lo haré para que se convierta en mi *sensei*.

—Quizás…, pero antes tengo una pregunta más.

—Usted dirá, *sensei*.

Kora carraspeó molesto, si bien Iko observó cómo ensanchaba el pecho de orgullo. Imaginó que pocas eran las mujeres de la edad de Miyako que se fijaban en un hombre de su edad, a pesar de su maldita mirada.

—¿Por qué una prostituta del burdel *El dragón dorado* la acusaría de traición y más tarde sería asesinada?

Miyako no tenía respuesta a esa pregunta. Durante un instante el silencio la señaló como culpable, sin embargo, cuando Kora quiso hablar de nuevo, Iko se arrodilló y dijo:

—Eso fue culpa mía, señor Kora.

Jiro, Miyako, el daimio y Kora lo miraron sorprendidos.

—Explíquese, joven.

—Ella me amaba…

—¿Y usted?

—Yo…

Iko no respondió, y su atención se dirigió a Miyako.

—Entiendo —dijo Kora.

—Señor Kora… —dijo a su vez Miyako.

—No se preocupe, señorita Kawaokura, solo ha sido el despecho de

un amor no correspondido. Investigaremos su asesinato, pero pudo ser cualquiera que visitase la prisión. Esas mujeres suelen ganarse enemigos. Conocen demasiados secretos que muchos de sus clientes no quieren que vean la luz. —Después se postró ante el daimio y dijo—: Daimio Kawaokura, me disculpo en nombre del *bakufu*.

—Y yo acepto sus disculpas. Espero que esta situación no vuelva a repetirse y comprendan mi total devoción por mi sogún.

El daimio alzó la mano, y Jiro se acercó a él para ayudarlo a levantarse. A continuación, el señor Kora se marchó, y lo mismo hicieron el daimio y el samurái, dejando solos a Iko, Miyako y a la señora Himura.

—Creía que nos atraparía —dijo la señora Himura, tomando de las manos a Miyako—. ¡Está fría!

—Tranquila, estoy bien, señora Himura —dijo con una sonrisa. Luego, se soltó de su agarre y le pidió—: ¿Puede dejarnos a solas?

—No sería correcto.

—Permanezca en las puertas, por favor.

Miyako continuaba arrodillada, su kimono de lirio de araña roja aumentaba la imagen de delicadeza que había pretendido imponer en la mente de Kora.

Cuando la puerta se cerró, Miyako colocó los puños en el suelo y se deslizó con ellos hasta quedar frente a Iko. Él no se había movido de donde había caído antes de confesar.

—La mataste tú.

Iko no se atrevía a mirarla, sin embargo, su silencio fue una confesión tan vívida como si lo hubiese admitido.

—Lo hice —terminó por decir.

—No era necesario…

—Lo era —dijo, alzando la cabeza y retándola con los ojos.

—¿Por qué?

—Porque debía protegerte a ti y al clan Kawaokura. Pero mi mano solo ejecutó la acción, tú la condenaste a muerte el día que fuiste a *El dragón dorado*.

Iko no se arrepentía de sus palabras. Ella había causado todo aquel lío que había acabado con la vida de Ena y convirtiéndolo a él en un asesino.

Esta vez las lágrimas de Miyako eran verdaderas, no había ni un ápice de falsedad en ellas.

43

el heraldo de la muerte

Casa de Bernard (suburbios de París), 25 de mayo de 1852

Bernard había repasado una y otra vez en su mente cómo y cuándo mataría a Gaillard. Dio las últimas instrucciones a sus mejores alumnos que aguardaban la hora de exhibir el arte del *savate* ante tan ilustres invitados.

En la casa de Gaillard se había colocado un cuadrilátero en uno de los jardines. También habían instalado sillas para las mujeres, por temor a que alguna se desmayase por la impresión. Bernard observó a las damas que miraban con ojos hambrientos los cuerpos musculosos de los luchadores. Comprendía su fascinación cuando a su lado tenían por esposos hombres que les doblaban la edad, incluso podrían haber sido sus padres. Los sirvientes, elegantemente vestidos, servían copas de champán en bandejas doradas que brillaban con la luz del atardecer.

La mirada de Bernard se dirigió hacia donde se encontraba Gaillard. Ese demonio conversaba con una dama que parecía muy interesada en aquello que le dijese.

—¿Empezamos ya? —le preguntó uno de sus alumnos.

—Claro —dijo sin interés, y sin perder de vista a Gaillard.

Entró en el cuadrilátero y se despojó de la camisa. Comenzarían con una exhibición de movimientos, después sucedería la verdadera acción. Envuelta en una de las toallas había escondido una pistola. Sabía que solo dispondría de una oportunidad y pensaba aprovecharla.

Los murmullos y aplausos de las damas con los que era recibida cualquier actuación de sus aprendices se mezclaban con los gritos de admiración de los caballeros. Bernard dejó a sus alumnos que continuasen y se encaminó al lugar en el que había ocultado el arma. Sacó la pistola, indiferente a nada que no fuese su objetivo, y avanzó en dirección al anfitrión. En medio de la emoción de venganza que lo embargaba, no advirtió que uno de los hombres al servicio de Gaillard se percataba de lo que pretendía llevar a cabo ante los invitados de su patrón. De pronto, sintió el dolor causado por la bala de otra arma y cómo su pistola se resbalaba entre sus dedos. Sus ojos se desviaron hacia donde creía que se había originado el disparo y supo que el hombre de Gaillard le dispararía de nuevo. Esta vez no fallaría. Debía

huir o moriría esa tarde. Gracias al miedo de las damas, que se asemejaban a gallinas perseguidas por un zorro, consiguió escapar de la fiesta. Sus alumnos también hicieron un frente común e impidieron que varios de los hombres de Gaillard consiguiesen atraparlo.

—¡Corra! —gritó Alexandre Moreau, el antiguo compañero de Luisa en *La Sorbonne*.

Bernard asintió y se abrió paso a la fuerza con sus puños entre la gente hasta que alcanzó la calle. Atravesó la ciudad, mientras los viandantes lo miraban aterrorizados. La visión de un hombre herido y medio desnudo alteraba a los paseantes de la zona más pudiente de París. Consiguió llegar a uno de los suburbios cerca del *Pont Neuf* del Sena. En ese peligroso y apestoso lugar no lo encontrarían, a menos que él quisiera que lo encontrasen. Se detuvo un instante para recuperar el aliento y comprobó que la bala no había atravesado la carne y seguía en su interior. Se lamentó de su estupidez, que había puesto en peligro aún mayor a Ninon.

Todavía conocía a gente que le debía favores, uno de ellos era un médico clandestino, cuyas prácticas se habían ganado el desprecio del resto de sus compañeros de profesión. Su pecado: ayudar a las jóvenes prostitutas a abortar sin que sufriesen una carnicería y muriesen desangradas.

Tomó un poco de aire y se apoyó en la pared mohosa y húmeda de uno de los edificios del callejón que conducía al Sena. Miró el río, el bulto que flotaba en las oscuras y grasientas aguas era un cadáver. Se dijo que debía huir de París cuanto antes si no quería terminar de aquella manera.

Robó una camisa de un tendedero y con mucho esfuerzo se la puso. Después, se dirigió a la casa del médico. Entró por la puerta de atrás. Jean Pierre, que así se llamaba, no se sorprendió al verlo, pero sí del estado en el que se presentaba. En ese momento, atendía a una asustada muchacha que abierta de piernas yacía sobre una destartalada mesa en la que el médico realizaba sus intervenciones.

—Tranquila —dijo el doctor a la chica.

Jean Pierre era un hombre de mediana edad, con una espesa barba blanca y de estatura pequeña. Sus manos, en cambio, eran grandes para su tamaño y parecía increíble que perteneciesen a un cirujano.

—Ahora puedes pagarme el favor que me debes —dijo Bernard, apretando los dientes por el dolor.

Jean Pierre asintió sin decir nada más, aunque antes finalizó el trabajo que el luchador había interrumpido. La muchacha no volvería y su preñez se notaría muy pronto. Una hora más tarde, Bernard se había tendido en el mismo lugar que la joven. En aquella ocasión, Jean Pierre utilizaría un cuchillo afilado para abrir la herida.

—Puedo dormirte —le propuso.

—No tengo tiempo de eso —afirmó el luchador.

—Está bien. —Le entregó una madera para que la mordiese. Y añadió—: Te dolerá.

—Y sé que vas a disfrutar con ello, *salaud*![91]

—No sabes cuánto, Bernard.

Algo más tarde, el médico servía una copa de coñac a su antiguo compañero de armas.

—No te preguntaré qué ha sucedido, pero si estás aquí, debe de ser grave.

—Quiero que llames a Ninon.

Jean Pierre conocía a la *madame*. Muchas de sus chicas necesitaban sus servicios, y pagaba generosamente por ellos.

—Puedo enviar a un muchacho.

—¡No! —exclamó Bernard, agarrándolo del brazo—. No me fío de nadie.

—Está bien —afirmó el médico.

Jean Pierre se puso su sombrero y se encaminó a la puerta. Antes de salir, Bernard dijo:

—Ahora estamos en paz.

El médico esbozó una triste sonrisa.

—Jamás estaremos en paz.

Bernard asintió como si se tratase de una partida en tablas. Era cierto, nunca estarían del todo en paz.

UNA HORA MÁS tarde, Jean Pierre era recibido en la casa de *madame* Ninon como si fuese el mismo Bonaparte en persona. La mayoría de las chicas lo conocían y, las que no habían tenido la suerte de hacerlo, sabían por sus compañeras la labor tan samaritana y caritativa que realizaba el buen doctor. Una de ellas se acercó al hombre y lo tomó del brazo.

—¿Cómo te encuentras, Anna?

—Como una rosa, doctor.

—Me alegra oírlo.

La joven era de origen ruso, había llegado a París huyendo del hambre. Su familia había muerto y Ninon la encontró tendida en la orilla del río. Si ese día no se hubiese cruzado con ella, ahora sería uno de tantos cadáveres que flotaban en el Sena. De todos modos, contaba con una salud quebradiza que a veces requería de sus servicios.

—¿A qué se debe su visita? —preguntó con aquel acento brusco, debido a su país de nacimiento.

—Necesito ver a *madame*.

Anna asintió y se retiró. Nadie hacía esperar al médico en casa de *madame*.

La muchacha golpeó con suavidad la puerta del despacho de Ninon.

—¿Qué ocurre, Anna? ¿Estás enferma?

—No, *madame*. El doctor desea verla.

Ninon cerró el libro de cuentas y miró sorprendida a la joven.

—Dile que pase.

Un instante más tarde, Jean Pierre tomaba asiento en un sillón de piel en aquella habitación de gusto refinado y repleto de estanterías de libros. Jean Pierre se preguntaba cuál era el origen de esa mujer. Cortesana, educada y de gran corazón. Abandonó los pensamientos sobre ella y dijo:

—Bernard desea verla.

—¿Por qué no ha venido él? —preguntó, temerosa de la contestación.

—Está herido… —La palidez de la *madame* le obligó a decir—: No es grave, un rasguño sin importancia —dijo para no preocuparla.

El color volvió al rostro de Ninon y se encaminó sin preguntar nada más al lugar donde colgaba su capa. Se la puso y siguió al doctor hasta su consulta. A esas horas, los borrachos se agolpaban en las aceras. También las mujeres que habían perdido la esperanza se ofrecían por unas monedas. El olor a orines, alcohol y vómitos se entremezclaba con el del pescado podrido que brotaba de las tripas y espinas de los peces que los comerciantes habían abandonado a su suerte cerca del mercado.

—¿Está bien?

—Sí, solo que me desagrada estar aquí. Este olor a depravación me trae a la memoria recuerdos que prefiero olvidar.

—Entiendo —dijo Jean Pierre.

No volvió a pronunciar una palabra hasta que llegaron a su casa. Entonces, abrió la puerta del callejón, se hizo a un lado y la dejó pasar. En el momento en que Ninon vio a Bernard, supo qué había sucedido. Sin mediar palabra se acercó a él y lo abofeteó con todas sus fuerzas.

—No pudiste renunciar. Te lo pedí.

Jean Pierre cerró la puerta sin que ninguno de los dos advirtiese que se retiraba del cuarto, aunque las paredes eran de papel y se escuchaba la conversación.

—No tiene importancia. No es nada que uno de mis alumnos no me pueda hacer en una de mis clases.

—No soy estúpida, Bernard —Jean Pierre observó a través de la ventana, a la que le faltaba uno de los cristales, que su amigo la había lastimado al mentirle de esa manera—: ¡Podrías haber muerto! Dudo

que Gaillard te perdone la vida una segunda vez.

Bernard observó a la mujer que amaba desde el día que la vio por primera vez.

—No lo hará —afirmó, y extendió la mano para acariciar la mejilla de Ninon—. Lo único que lamento es haber puesto tu vida en peligro. Si algo te sucediese por mi culpa, no me lo perdonaría jamás. La única solución es escapar cuanto antes de París. Alejarme lo suficiente de ti para que no te relacionen conmigo.

Ella tomó la palma de su mano entre la suya y la retuvo un instante. Los ecos de las voces de los vecinos eran lo único que se escuchaba en aquella habitación, en cuyo aire flotaba el olor dulzón y a hierro de la sangre. Jean Pierre, testigo silencioso de su dolor, encendió un cigarrillo y tragó el humo, al menos eso lo tranquilizó.

—Debes marcharte esta misma noche. ¿Sabes a dónde ir?

—Aún no lo sé.

—Debes ir junto a Luisa —afirmó—. En esas tierras no te buscará. Creo que Gaillard me vigila, incluso sospecho que una de mis pupilas lee las cartas que me envía Luisa. Jamás volveré a verte, pero es el precio que debo pagar por permitir que te involucraras en mi vida.

—Solucionaré esto —aseguró Bernard, abrazándola.

Ninon se apartó de él, y le dio la espalda.

—Si no apareces por mi casa, no tendré nada que temer.

—Vente conmigo —le pidió.

Jean Pierre sabía que rechazaría su propuesta y estaba seguro de que Bernard también lo sabía incluso antes de pronunciarla.

—No puedo ir contigo.

Él no insistió. Permaneció callado y la atrajo hacia él de nuevo. Ninon se apartó un poco con la mirada visiblemente emocionada.

—Prométeme que encontrarás a Arturo Segovia.

Cuando él asintió, Ninon lo besó con ternura.

Después, se giró y no miró una sola vez a su espalda. Jean Piarre observó en los ojos de ella, justo antes de que se marchara, cierta nostalgia sobre lo que pudo haber sido y nunca sería.

—*Madame,* la acompaño —se ofreció Jean Pierre cuando salió al callejón.

—Gracias, doctor, pero será mejor que esta noche vigile a Bernard.

—Claro… —Jean Pierre no pudo aguantar su curiosidad y le preguntó—: ¿Por qué no se queda esta noche con él?

—Porque si lo hago, sucumbiría a la petición del único hombre al que he entregado mi corazón. Y eso, querido doctor, no nos conviene a ninguno de los dos.

44

el hotel de oriente

Manila (Filipinas), 30 de julio de 1852

La travesía fue una tortura para Bernard. El dolor del brazo persistió durante todo el viaje al igual que la fiebre. Al fin, cuando pisó tierra firme, agradeció al dios en el que ya no creía haber llegado de una pieza a Manila. Lo primero que le sorprendió fue el calor, húmedo, pegajoso, que apenas le permitía andar sin sofocarse. No esperó a que ningún mozo descargase su equipaje, tan solo llevaba un pequeño baúl de piel en el que Ninon había guardado todo lo necesario. En su interior había metido una bolsa con monedas de plata, fáciles de usar en las islas. A Bernard le irritó aceptar su dinero. No era por la manera en que lo ganaba, sino porque provenía de una mujer.

Se abrió paso entre los filipinos, hombres vestidos con trajes blancos y sombrero de paja que parecían desempeñar cargos importantes en el muelle. De pronto, sintió como alguien le tiraba de la manga de la camisa. Bajó la cabeza y vio la sonrisa blanca y radiante de un niño.

—Yo guía —dijo en español.

Gracias a Luisa, que durante sus clases hablaba en español, el idioma que aprendió en su juventud había mejorado considerablemente. Así que dijo:

—Muy bien, quiero ir a la zona de la catedral.

El niño asintió y extendió la mano. Bernard colocó una moneda en su palma y el pequeño lo miró boquiabierto. El luchador no había olvidado qué era no tener nada y recibir un pago generoso. Revolvió el cabello negro y liso del chico y siguió a su *Cicerone* que se abría paso como Moisés en las aguas del mar Rojo. Se encaminaron a la dirección que Ninon le había escrito en un papel. Mirar su elegante letra le inundó el corazón de recuerdos amargos. El chico que lo conducía atravesó varias callejuelas hasta llegar a la zona más señorial de Manila, donde grandes casas de piedra se alzaban alrededor de plazas igual de hermosas. Sus gentes parecían moverse con un paso tranquilo y acompasado como si danzaran al son de una música que solo ellos eran capaces de escuchar. En el camino se cruzó con orientales, mestizos, cubanos y un sinfín de gentes de diferentes

colores de piel. Nunca había visto tanta mezcla de razas en un mismo lugar.

—Aquí es, señor —dijo el chico, y señaló una casa de piedra de dos plantas.

—Gracias, amigo.

El francés comprobó la dirección, era la adecuada. Abrió la reja que conducía a una pequeña selva y aguardó a ser recibido. Enseguida, una muchacha mestiza se aproximó a él con una sonrisa que dotaba su rostro de una exótica belleza.

—Señor, ¿qué desea?

Bernard no pudo contestar, porque de inmediato una señora se acercó a ellos, por la edad debía de ser la viuda de la que le había hablado su pequeño guía. Lo recibió con una amplia sonrisa de bienvenida hasta que Bernard dijo:

—Una habitación, *madame*.

Su acento francés, más brusco que franco, pareció disgustar a la viuda.

—No dispongo de ninguna —aseguró con tono molesto.

Martina miró a su ama, pero guardó silencio.

—Me conformo con un rincón donde dormir esta noche —afirmó Bernard con una sonrisa embaucadora.

—Lo siento —respondió en idéntico tono que el anterior—. Ni lo tendré hoy ni nunca.

—*Madame*, veo que no soy de su agrado, pero tengo medios para pagar mi hospedaje.

La señora Soledad fijó la mirada turbia en ese gabacho.

—No daré cobijo bajo mi techo a un francés —afirmó, y escupió en el suelo. Ante la sorpresa de Bernard, añadió—: Mi padre y toda mi familia murieron defendiendo España contra los gabachos.

Bernard entendió que nada de lo que dijese haría que la viuda olvidase el rencor que sentía hacia Francia y sus habitantes. Dicho eso, se dio la vuelta y lo dejó plantado en el jardín. Martina le hizo un gesto con la mano para que lo siguiera. Bernard acompañó a la muchacha hasta la calle.

—Existe un hotel, allí van muchos de nuestros clientes.

—Gracias —dijo Bernard. Y añadió—: Busco a una mujer española, se llama Luisa Navarrete.

—Señor, no conozco a ninguna Luisa Navarrete, pero sí a la señora Quesada y se llama como usted dice.

—¿Podrías decirme cómo es?

—Pelo rubio y ojos oscuros.

Bernard supuso que podía tratarse de su antigua alumna, aunque cabía la posibilidad de que fuese otra.

—¿Sabes dónde podría encontrarla?

—Marchó al fuerte de Balanguingui hace un par de semanas.

El rostro del francés reflejaba un profundo desconcierto. Martina se compadeció de él y le dijo:

—Uno de los amigos de la señora Quesada se hospeda en el Hotel de Oriente. Quizás él le haga llegar una carta a la señora donde le hable de usted. Se llama don Fernando Narváez.

El semblante de Bernard recuperó su estado inicial al escuchar las palabras de la joven.

—Muchas gracias. —Extrajo de su cartera una moneda con la que gratificó a la muchacha.

—No puedo aceptarla —dijo ella, horrorizada al ver el brillo de la plata.

—Insisto. Además, espero que compres tu libertad con ella.

Odiaba a los hombres o a las mujeres que poseían o traficaban con la vida de seres humanos. Esa muchacha debía de ser una esclava por la forma en que había mirado a la viuda. Sabía que en Manila aún persistía la esclavitud. Apenas soportaba el negocio de Ninon, pero ella trataba a las mujeres con toda la humanidad posible que su estilo de vida le permitía. A veces, como era el caso, arriesgando su propia vida.

—Yo… no…

Bernard tomó la mano de la muchacha entre las suyas y la obligó a aceptar el dinero. Luego se alejó por la calle en dirección al hotel, aunque se entretuvo esa noche en una de las posadas del puerto. Después de estar todo un mes encerrado en un barco no soportaría encerrarse en otra habitación. El francés jamás lo supo y, en verdad, no necesitaba saberlo. Pero esa misma noche, gracias a su generosidad, Martina, una esclava mestiza, embarcaba en un navío con destino a México.

Manila (Filipinas), 31 de julio de 1852

En el lado opuesto de la sala en El Hotel de Oriente, Fernando vigilaba cada movimiento del hombre que buscaba a Luisa desde hacía casi un mes. Fue entonces cuando decidió que no volvería a España. Fernando recordó el momento de la partida de Luisa con nitidez, sobre todo, el vacío que padecía desde ese instante. Le había enviado una carta, alertándola de que no volviera a Manila hasta que él le dijera que podía hacerlo. Justificó su decisión contándole que una epidemia de cólera se había apoderado de parte de la ciudad y ahora no era conveniente para nadie visitarla. Cuando se interesara en averiguar si sus palabras eran ciertas, habrían pasado varias semanas. Tiempo más

que suficiente para descubrir quién era el francés y cuáles eran sus intenciones.

El mismo muchacho que le había servido se inclinó de nuevo de manera respetuosa.

—¿Qué desea, señor?

—Quiero una habitación.

Desde entonces había permanecido en el hotel de la señora Lewis. La mayoría de las noches las pasaba en el salón de los caballeros vigilando la salida del hotel. La viuda no interrumpía sus pensamientos ni tampoco envió a ninguno de sus empleados para echarlo. Miró la botella de *whisky*, durante esa noche había bebido más de la mitad de su contenido. Ahora le dolía la cabeza, tenía embotada la mente, pero no la decisión que había tomado de averiguar quién era ese hombre y por qué buscaba a Luisa.

—Me temo que eso deberá hablarlo con la señora Lewis.

—Gracias, así lo haré.

Fernando miraba por el rabillo del ojo al francés. Todo indicaba que no se movería de allí por un tiempo, pero no quería perderlo de vista. Se dirigió al *hall* del hotel, donde encontró a la señora Lewis, que revisaba unos papeles.

—Señor Narváez, ¿en qué puedo ayudarlo? —preguntó, alzando una de las cejas.

—Creo que su hotel será más cómodo que la pensión de la señora Soledad.

La mujer esbozó una sonrisa pícara.

—Supongo que sí. Pensé que nunca probaría una de nuestras camas —dijo ella. Se giró y tomó una de las llaves que colgaban de un panel de madera—. La suya es la habitación 102.

—Señora Lewis, ¿qué habitación tiene el caballero francés?

—La 101 —respondió con un boceto de sonrisa apenas disimulado.

—Gracias —dijo Fernando. Extrajo su cartera y dejó una generosa propina—. Esto por las molestias.

—¿Desea algo más?

Fernando se arriesgaba a pedirle a la viuda Lewis que espiase al francés, pero no tenía otra opción. Durante el tiempo que llevaba haciéndolo, apenas había dormido una noche entera.

—Información.

—Eso no será barato —aseguró sonriendo.

—El precio es lo de menos.

Los ojos de la señora Lewis brillaron. A Fernando la avaricia de esa mujer le sería útil, aunque era difícil fiarse de alguien cuyos principios se basaban en el dinero.

—Entonces, señor Narváez, tenemos un trato —afirmó la viuda, extendiendo la mano.

El español la estrechó con la suya, y desde ese día lo mantendría informado de cada paso del huésped de la habitación 101.

DÍAS DESPUÉS, CUANDO vio cómo el tal Fontaine se marchaba, él se dispuso a seguirlo, pero la señora Lewis se interpuso en su camino.

—Venga conmigo —le ordenó en un susurro.

Ese día se había puesto un vestido verde que se ajustaba a la cintura y realzaba sus pechos. Era una mujer hermosa. Fernando estaba seguro de que no le faltaban pretendientes.

Atravesaron varios pasillos y llegaron hasta la puerta de una habitación. La viuda la abrió y entraron a un cuarto adornado al más puro estilo inglés. Fernando habría jurado que se encontraba en Inglaterra.

—Tome asiento —le pidió.

Obedeció impaciente por averiguar qué se traía entre manos. La viuda le sirvió una copa de brandy antes de hablar:

—Uno de mis trabajadores lo sigue, no se preocupe.

—¿Qué hacemos aquí?

La señora Lewis soltó una llave del manojo que llevaba atado a la cintura.

—Dejaré esta llave en la mesa. Durante media hora la perderé.

Ningún número indicaba que puerta abría, pero Fernando no dudó a cuál pertenecía esa llave.

—¿Por qué me ayuda?

Le había pagado generosamente, pero se arriesgaba demasiado. Si descubrían su proceder, la reputación del hotel se vería seriamente dañada.

—Ese hombre no me agrada. —Fernando advirtió que su rostro había cambiado de repente, perdiendo su valentía y determinación, como si su pasado la hubiera visitado para atormentarla—. No me gustan los hombres que usan la violencia contra las mujeres.

—Si alguna vez necesita mi ayuda —se ofreció el español—, puede contar con ella.

La viuda volvió a la realidad y asintió agradecida.

—Gracias —dijo—. El tiempo pasa.

Fernando se puso en pie y se dirigió a la habitación 101.

LOS DESAYUNOS EN el Hotel de Oriente eran occidentales: huevos fritos, una rebanada de beicon, judías pintas y un café cargado. Fernando observó cómo el francés endulzaba el café para poder tomárselo. Luego el gabacho miró a los otros dos clientes que a esa

hora ocupaban diferentes mesas. Una era la suya. Desde que se había mudado al hotel no recibía visitas. Distraído, bebía en silencio y parecía ajeno a todo lo que había a su alrededor. Sabía por la señora Lewis que ese francés también había comprado sus servicios, así que conocía su verdadera identidad; también que muy pronto partiría rumbo a España. Al otro cliente no lo había visto nunca. Sus maneras y ropas no eran las propias de un caballero, pero la señora Lewis no hacía distinciones entre sus huéspedes si estos pagaban el alojamiento o los servicios que ofrecía su hotel.

Al otro lado de la sala, Fernando vigilaba disimuladamente al francés. No había encontrado nada en su habitación. Tan solo una carta de presentación para el marqués de Rosales. No le extrañó que anduviese de tratos con ese esclavista. Además, la señora Lewis le había informado de la visita que Fontaine había hecho a la hacienda del marqués. Su secretario, quien se encargaba de sus propiedades en Manila, le informó de que el marqués tardaría un par de semanas en recibir la carta que le había entregado y unas cuantas más en darle respuesta. Parecía que recibía los honorarios a través del Banco Español Filipino y que no tenía ninguna prisa por cazar a su presa, mientras el dinero llegase a sus manos.

Fernando se fijó en el nuevo cliente de la señora Lewis. Al contrario que el francés, su aspecto era más el de un tipo de la clase trabajadora. Llevaba una chaqueta desgastada y no usaba sombrero, sino una gorra que se había metido en el bolsillo trasero del pantalón. Su rostro mostraba que había peleado más de una vez. Además, bajo la ropa barata se apreciaba su hercúlea musculatura.

—Deseo que el desayuno sea de su agrado —dijo la señora Lewis al nuevo cliente, acercándose a su mesa.

Esa mañana la viuda vestía un traje de cuadros escoceses rojos y verdes que resultaba tan llamativo como elegante. El nuevo cliente observó a la mujer y esbozó una sonrisa sincera.

—Le aseguro, *madame*, que es lo mejor que he comido en mucho tiempo. Su cama también es de lo más cómoda. Nunca he dormido tanto como en estos dos días.

—Gracias por el cumplido.

—*Madame*, si le preocupa el dinero… —dijo Bernard—, tengo suficiente.

—Espero que sí o tendríamos un problema.

Bernard miró hacia donde ella le indicaba, también Fernando. Dos hombres permanecían firmes e inmóviles en el *hall*. Si se prestaba atención a los detalles se apreciaba que serían unos adversarios terribles. Los dos portaban sables cortos que ocultaban bajo sus amplias chaquetas de estilo occidental.

—¿Quiénes son esos caballeros? —preguntó con curiosidad.

—El cuerpo de seguridad del hotel.

—¿De dónde son? ¿Chinos?

—Se ofenderían si supieran que los ha confundido de esa manera. —La señora Lewis dirigió su mirada hacia ellos y añadió—: Son japoneses: *Rōnin*.

—¿*Rōnin*?

—Señor…

—Llámeme Bernard.

—Bernard, son guerreros sin un amo y sin una patria.

—Entonces nos parecemos más de lo que creía.

La señora Lewis asintió sin hacer un comentario hasta que el silencio se volvió incómodo entre ambos.

—Le deseo que encuentre en Manila lo que ha perdido o lo que busca.

—Nunca encontraré lo que he perdido, pero quizás usted pueda ayudarme a buscar a un hombre.

La viuda se sentó en una de las sillas y mostró más interés en sus palabras.

—Usted dirá —dijo con la mano extendida hacia a él.

—No espero que sea gratis.

—Me gustan los caballeros que entienden que las mujeres tenemos necesidades.

Bernard emitió una carcajada que atrajo las miradas de Adrien y de Fernando por igual, aunque él no había dejado de escuchar sus palabras.

—Me recuerda a otra mujer, *madame*.

—Deseo que guarde de ella un buen recuerdo.

Fernando, al igual que la viuda, vislumbró en su semblante el dolor y la tristeza, aunque se recuperó rápido, incluso a mayor velocidad de lo que un rayo rasgaría la oscura noche.

—Quiero encontrar a un hombre.

—¿Cómo se llama?

—Narváez —dijo, acercándose mucho a ella para que nadie más la oyera.

Fernando observó cómo los ojos de la señora Lewis brillaron bajo la clara luminosidad de la luz que atravesaba los cristales de las ventanas del salón. Más tarde le preguntaría a quién buscaba ese hombre.

—Antes de informarle de dónde hallar a ese caballero, me gustaría saber cuáles son sus intenciones.

Bernard observó la mirada aparentemente serena de la mujer. Giró un par de veces su anillo de casada. Ese simple movimiento delató su preocupación.

—Puedo asegurarle que la vida de ese hombre no sufrirá ningún

peligro. ¿Eso la tranquiliza?

La señora Lewis asintió.

—Es el caballero del traje oscuro. —Fernando estuvo tentado a darse la vuelta, él también llevaba un traje oscuro como varios caballeros que habían entrado tras el nuevo cliente con el que hablaba la señora Lewis. Prefirió fiarse de su instinto y permanecer en su sitio. Luego el francés pagó a la señora Lewis y ella se retiró para atender a otros huéspedes. No obstante, antes se acercó a sus hombres.

Ajeno a que alguien lo vigilaba, Fernando terminó su café dispuesto a seguir al francés. Cuando se disponía a marcharse, el nuevo cliente de la señora Lewis se lo impidió. Se posicionó ante él con sus casi dos metros de altura y con cara de pocos amigos.

Su desfachatez lo sorprendió e intentó eludir el comportamiento inapropiado de ese hombre. No quería perder a Fontaine, pero aquel gabacho no lo dejaba salir.

—¿Qué desea? —preguntó Fernando a punto de largarse de allí, aunque tuviese que empujar a esa mole de músculos que se había plantado delante de él como un árbol centenario.

—Será mejor que se siente —le pidió. La petición sonaba más a una orden—. ¿Usted es Narváez?

—Así es, ¿y usted?

Fernando lo miró con recelo, así que a él era a quién buscaba.

—Mi nombre no importa. Necesito saber si conoce a alguien.

—Usted dirá —dijo Fernando, consciente de que no podría irse hasta que no respondiese a las preguntas del francés.

—Se llama Luisa Navarrete.

El rostro de Fernando se tornó lívido y, a la vez, su mano derecha se dirigió al pecho en busca del arma que ocultaba entre la ropa. Últimamente había demasiados franceses interesados en el paradero de la mujer que amaba.

45

gran fortuna

Nagoya (Japón), 20 de septiembre de 1852
(Noveno mes del quinto año de la era Kaei)

La familia Kawaokura despertó esa mañana con la noticia de que Hiroyoki se encontraba en la ciudad de Nagoya. Pero no fue esa noticia la que sobresaltó a Miyako, sino una humareda negra que se veía a lo lejos, en las tierras que ocupaban los campesinos al servicio del daimio.

—Señora Himura, ¿qué sucede? —preguntó Miyako, interrumpiendo a la mujer, que intentaba ponerle una peina en el cabello.

El olor a quemado que flotaba en el aire era inconfundible.

—No lo sé, pero será mejor que hoy no salga de su habitación. He visto a varios samuráis, al servicio de Yamanaka Jiro, dirigirse al lugar dónde varios campesinos han alzado la voz contra el daimio. Si no le he dicho nada es porque aún tengo miedo de los servidores del sogunato.

Miyako estudió el semblante serio y preocupado de la anciana. Luego, desobedeció su consejo, abrió la puerta corredera y se encaminó al lugar de donde provenían los gritos y lamentos. En la entrada principal del castillo vio cómo un grupo de hombres, mujeres e incluso niños eran custodiados por los samuráis de su padre. A muchos de los hombres les habían atado las manos a la espalda y obligado a arrodillarse; otros presentaban cortes y la mayoría llevaba el rostro, las manos y las ropas manchadas de hollín. Sobre una improvisada tarima, su padre, con el rostro ceniciento y cansado, permanecía sentado en una pequeña silleta y observaba a sus campesinos con gesto adusto.

Jiro se inclinó ante su señor antes de hablar:

—No volverán a rebelarse, mi señor.

El daimio miró de forma penetrante al samurái. Su padre había servido al suyo y así había sucedido durante generaciones, sin embargo, Miyako sabía por boca de su padre que le disgustaba su modo violento de proceder. No entendía que se encontraban en una era en la que los hombres estaban obligados a entenderse sin las armas. De todos modos, no podía desautorizar a su samurái al mando,

así que asintió de mala gana.

Jiro empujó con la vaina de su katana a uno de los hombres, quien parecía ser el cabecilla de aquel tumulto, para que hablara ante su señor.

El pobre hombre miró a su padre, atemorizado. El miedo se leía en su mirada, también la desesperación. Su aspecto famélico entristeció a Miyako. No comprendía cómo se encontraba en aquel estado. Su padre era uno de los daimios que menos impuestos requería a los campesinos, algo que había supuesto un detrimento de su posición, que ambos sacrificaban con gusto por el bienestar de su gente; si bien las personas que se presentaban ante ellos parecían hambrientas y enfermas.

Miyako sintió la respiración acelerada de la señora Himura tras su espalda. Sin girarse, dijo:

—Quiero saber la verdad.

Ambas sabían a qué se refería. Nada en las tierras del señor Kawaokura sucedía sin que la servidumbre y, en concreto, la señora Himura lo supiera.

—El señor Kanada cobra impuestos en nombre de su padre.

La acusación era tan grave que la mujer se jugaba el cuello si alguien descubría que había contado un hecho que todos sabían menos el daimio y Miyako.

—¿Desde cuándo?

—La última inundación. Nadie se atreve a decir nada, porque varios hombres que han alzado sus voces han desaparecido. Todos creen que Kanada los ha asesinado.

Miyako recordó cómo la lluvia había barrido por completo los campos. Su padre había comprado y repartido arroz entre sus campesinos para que sobreviviesen al invierno.

—¿El arroz llegó a manos de alguna de esas familias?

—No lo bastante. Muchos de esos hombres han visto cómo sus hijos morían de hambre.

—Entiendo.

El semblante de Miyako era una máscara de otro tiempo, surgida de la oscuridad de las luchas entre los cielos y los infiernos. Cualquiera que hubiese conocido a la condesa de Carrión habría advertido su semejanza. La cólera había oscurecido sus ojos hasta el punto de que un velo de dolor había caído sobre ellos.

—Pero…

Miyako se giró y fijó los ojos en la señora Himura. No le perdonaría la deslealtad que había cometido contra la casa Kawaokura si no decía todo lo que sabía.

—Os juro que lo he hecho por protegeros.

La anciana se arrodilló ante ella. Miyako la tomó de las manos y la

obligó a levantarse.

—Lo sé, señora Himura.

Sus lágrimas enternecieron a Miyako. La mujer se limpió los ojos con la manga de su kimono antes de hablar:

—Su prometido ha utilizado a los hombres, alejándolos de los campos. Las mujeres y los niños los han cultivado, pero sus manos son insuficientes para pagar los impuestos que reclama el señor Kanada en nombre de su padre.

La rabia de Miyako se destilaba en su mirada y la señora Himura, asustada, dio un paso atrás. Entonces, ella respiró un par de veces para tranquilizarse y su mirada de nuevo se volvió cristalina. Salió de su escondite y se acercó a su padre. Debía aplacar a los guerreros o en su propia casa habría un nuevo derramamiento de sangre inocente. Los hombres observaron a la extraña muchacha de aspecto mágico que silenció a los inesperados visitantes. Su kimono de tonalidades turquesas parecía reflejarse en sus ojos.

—Miyako, regresa a tu habitación —le pidió su padre cuando se puso a su lado.

—¿Confías en mí, padre? —le susurró al oído.

Kawaokura miró fijamente a su hija. Asintió con la cabeza y no dijo nada más.

—¿Quién hablará en nombre de todos vosotros? —preguntó Miyako en voz alta.

El hombre que había empujado el samurái no dijo una palabra, pero de entre los arrodillados surgió la voz de un joven. El muchacho tendría más o menos su misma edad. Se veía famélico y, posiblemente, en otro tiempo fue un hombre musculoso, pero el hambre le había robado la fortaleza.

—Yo lo haré.

Uno de los samuráis lo obligó a tocar el suelo con la frente ante su señora. El joven se revolvió como si le mordiera una serpiente, pero el samurái posicionó su katana en su cuello obligándolo a claudicar en su intento de rebeldía.

—¡Perro, muestra más respeto! —exclamó el samurái que lo amenazaba con su acero.

—¡Basta! —gritó Miyako, interrumpiendo a los dos. Y añadió—: Haced que todos salgan del patio.

El samurái enfundó su espada contrariado, pero obedeció la orden. Cuando se quedaron a solas, Miyako ordenó:

—¡Soltadlo! —Uno de los samuráis cortó sus cuerdas, pero el joven se mantuvo en la misma posición—. Ponte en pie —le pidió. Y añadió con amabilidad—: Habla, no temas represalias.

El campesino obedeció y miró directamente su rostro. Sus ojos le causaron una inquietud que no supo disimular. Miyako estaba

acostumbrada al rechazo y al asombro que el color de sus ojos producía en la gente y aguardó a que la joven hablara:

—Los impuestos, son excesivos. Apenas tenemos suficiente para alimentarnos. Ahora —dijo, mirando con odio a Jiro—, nuestras casas han sido destruidas.

Su padre se removió intranquilo en su asiento. No podía bajar más el cobro, pero el joven no mentía. El aspecto de sus vasallos corroboraba la escasez de alimento y algunos solamente eran pellejos. El sogún exigía su pago y ya lo había retrasado durante dos años. La próxima vez que no pagase, acabaría con los huesos en la cárcel.

—No son los impuestos que mi padre impuso cobrar.

—El señor Kanada…

—El señor Kanada ha ordenado unos impuestos que mi padre jamás ha requerido de vosotros.

El joven la miró con asombro sin saber qué había de verdad en sus palabras.

—¡Miyako! ¿Es cierto lo que dices? —preguntó su padre, levantándose con dificultad.

—Padre, me temo que es verdad.

Entonces el daimio gritó:

—¡Traedlo ante mí de inmediato!

—Es mejor que aún no —afirmó Miyako.

El daimio la observó un instante sin entender qué pretendía.

—¿Qué sugieres hacer?

—Visitar al señor Kanada.

—No es una labor para una mujer.

—Padre, no olvide que soy una *onna-bugeisha*.

Su padre esbozó una sonrisa, pero su salud no era lo bastante buena para soportar una traición como aquella y salir indemne. De pronto un dolor en el pecho le obligó a retirarse a descansar.

—Mi señora —dijo el joven al que todos parecían haber olvidado —, si es cierto lo que dice, nos disculpamos sinceramente ante nuestro señor.

—En nombre de mi padre y en el mío os prometo que os ayudaremos a construir de nuevo vuestras casas —luego dijo—: ¿Cómo te llamas?

—Siro, señora.

—Siro, agradezco tus palabras. Solo te encomiendo que tranquilices a la gente. Mañana regresa de nuevo con los hombres y no digas ni una palabra de lo que hemos hablado hoy aquí.

El joven asintió con la cabeza y se inclinó con respeto.

—Señora, Kanada es peligroso —le advirtió.

—Yo también, Siro.

De repente, sus ojos se oscurecieron. Siro asintió asustado y realizó

una reverencia antes de marcharse acompañado por uno de los samuráis.

En el patio, Miyako sabía que no todos estaban de su lado. Si no descubría la libreta de cuentas, en la que seguro, ese traidor registraba sus ganancias, no podría acusarlo ante el sogún. Este, aunque un vasallo menor, podía ensuciar el nombre de su padre acusándolo de que cumplía sus órdenes. Después de haberse librado de la acusación del *bakufu* de escribir los panfletos, no saldrían indemnes de una nueva denuncia. El retraso en el pago de los impuestos del sogún acrecentaría la sospecha de que sus palabras eran ciertas. No podía arriesgarse. Su padre no resistiría una acusación de ese tipo y, menos aún, un interrogatorio en Edo.

—Señora, ¿qué debemos hacer? —le preguntó Iko.

Delante de los demás la trataba como correspondía a su clase. Eran las primeras palabras que se dirigían después de la visita del señor Kora. Miyako vio en su mirada tan solo el deber de un guerrero.

—¿Creéis que Kanada sabe lo que ha pasado aquí?

—Seguro que tiene oídos y ojos en todos lados.

—Necesito que piense que no sospechamos de él, que no hemos creído una palabra de estos hombres y que confiamos plenamente en su lealtad. Para ello debo hacerle una visita.

—¿Cuántos hombres necesitará? —preguntó Jiro.

Miyako sonrió antes de contestar:

—Solo a su hijo y a la señora Himura.

El samurái la miró sorprendido. Conocía el ejército mercenario que Kanada había contratado. Su hijo con seguridad mataría a muchos de ellos antes de perecer, pero era una locura adentrarse en la guarida del enemigo con tan solo un hombre.

—No pretendo asaltar un castillo, solo engañar a una bestia —dijo para tranquilizar a ambos.

A LA *HORA del mono*[92], Miyako descendía de un palanquín escoltada por Iko. Se había vestido con uno de sus mejores kimonos y su belleza exhibía una inocencia propia de la juventud y la candidez infantil, a pesar de su especial mirada que asustaba a la mayoría de los hombres.

—¿Preparado? —preguntó Miyako a Iko, posando la mano en su brazo para desdender del oscuro y dorado interior del palanquín.

Iko asintió. Después los hombres que la transportaban se mantuvieron en posición firme hasta que un criado abrió la puerta y su señora entró en el interior de la casa de Kanada.

El sol de la tarde iluminó el patio de guijarros blancos, donde

varias criadas se inclinaron al ver quién era la ilustre visita.

—Mi señora, acompáñeme a la sala de té. Enseguida la recibirá mi señor —dijo el criado de mayor rango.

Ambos siguieron al sirviente y cuando entraron en el cuarto, ella hizo un gesto a Iko para que guardase silencio. Imaginaba que los escuchaban tras una de esas paredes de papel.

Miyako tomó asiento sobre un cojín de seda rojo, a la vez que Iko permanecía de pie aferrado a la empuñadura de la espada. También la señora Himura se mantenía tan firme como el samurái, pero miraba a todos lados como si temiera que en cualquier momento un ejército de mercenarios invadiese la habitación.

Enseguida, un par de criadas se apresuraron a servir un té a Miyako. Imaginó que Kanada se preguntaría el motivo de su visita sin alcanzar a descubrir cuál era. También cabía la posibilidad de que hubiese llegado a sus oídos lo ocurrido en el castillo. De lo que sí estaba segura era de que sabía que los samuráis de su padre habían aplacado una revuelta de la que él era el principal responsable.

Cuando las sirvientas se marcharon, Kanada entró en la sala y se inclinó ante ella. Su aspecto sano y fuerte encendió la cólera en Miyako, que intentó disimular con rapidez. Mientras que su gente se moría de hambre, el color sonrojado de su carne y la redondez de su cintura mostraban que el cobrador de impuestos de la casa Kawaokura comía con voracidad.

—Señorita Kawaokura, es un placer recibirla en mi hogar.

Durante la espera, Miyako había observado las riquezas que existían en aquella casa y tuvo que controlar la ira que amenazaba con estropear su plan. Los tatamis eran de la mejor calidad, los muebles chinos y lacados, además había una mesa de alcanfor; aunque lo que atrajo su atención fueron las dos pinturas de renombrados artistas que adornaban las paredes.

—Señor Kanada, se preguntará la razón de mi visita y no es otra que solicitar su ayuda. Mi padre confía plenamente en usted y han llegado hasta él ciertos rumores…

Miyako bajó la mirada y respiró profundamente para dar más veracidad a su actuación.

—¿Rumores?

—Así es, señor Kanada —dijo ella, fijando la mirada desesperada en él—. Por supuesto, mi padre no puede creerlos ni yo tampoco. Por eso sus samuráis han aplacado la revuelta de los campesinos. Ha sido horrible, señor Kanada. He tenido tanto miedo que aún me estremezco —mintió, asombrada de su capacidad para la actuación y la facilidad con que los embustes brotaban de sus labios, igual que lo hicieron ante el señor Kora—. Me disculpo en nombre de mi padre.

—No entiendo… —dijo Kanada azorado.

—Él habría venido, pero su salud le ha obligado a permanecer en cama.

El cobrador asintió con un gesto de incertidumbre grabado en su rostro. Se veía alterado, sin embargo, controlaba su inquietud bajo una capa de frialdad.

—No sé cómo podría ayudarla…

—Si pudiera ver el registro de los cobros de impuestos, ayudaría a mi padre a defender a su vasallo más leal de la acusación de corrupción.

El silencio se extendió en el cuarto. Kanada disimuló su turbación tosiendo un par de veces. A pesar de que la petición era inusual, no podía negarse. Ningún daimio se rebajaría a comprobar algo así por sí mismo, eso era contrario a su posición.

—Será un honor demostrarle que soy el más fiel de sus vasallos.

El hombre se puso en pie y le indicó con un gesto que lo siguiera hasta su despacho. Iko y la señora Himura la acompañaron pese al disgusto que se leía en el semblante de Kanada.

Cuando abrió la puerta corredera de paneles de arroz, bellamente decorados con una imagen campestre, entraron en una habitación repleta de estanterías donde los libros se amontonaban unos sobre otros. La desolación invadió a Miyako al ver que la tarea de descubrir lo que le interesaba sería de dificultad titánica. Sabía, gracias a su padre, que Kanada apuntaba todo. Nunca se había fiado de su memoria. El cobrador abrió uno de los muebles lacados y extrajo el conocido como *daifuku chō*. Varias libretas adornadas en la portada con unos caracteres de "gran fortuna" con los que intentaban expresar prosperidad. Otras libretas, las más importantes, se habían insertado en una cuerda, la explicación era fácil de entender. En caso de incendio, cosa que ocurría con frecuencia, podían cogerlos y transportarlos de una sola vez.

—Deseo que la lectura de los cuadernos de cuentas ayude a su padre a mejorar. Jamás me atrevería a engañar a mi señor —dijo con una falsa humildad.

—Mi padre así lo cree, pero…

En ese instante, Miyako actuó igual que las protagonistas de algunos de los libros occidentales. Damiselas incapaces de resistir un revés sin perder las fuerzas. Dejó la frase a medias y se apoyó en el señor Kanada como si su cuerpo no pudiese sostenerla. No era un secreto que al cobrador de impuestos le gustaban las mujeres. Visitaba con regularidad el barrio del placer, así que Miyako se había untado el cuerpo con sus mejores aceites perfumados. Además exhibía descaradamente a través del cuello del kimono la suavidad y blancura de su piel, alimentando la lujuria de esa rata traicionera.

—¿Qué le sucede, señorita Kawaokura?

—Ha sido horrible, horrible… Todos esos hombres en casa…

—Ahora está a salvo —le aseguró.

Mientras Kanada admiraba la singular belleza y juventud de la hija del daimio, la señora Himura gritaba para que asistieran a su señora. Entre la algarabía que la sirvienta formaba y la presión de la mano de la joven sobre su brazo, Kanada no veía a Iko: entre otras razones porque las dos mujeres le impedían hacerlo. El samurái se acercó disimuladamente al mueble en el que guardaba la prueba de su culpabilidad.

Kanada desconocía que antes de entrar en aquella casa, la señora Himura había pagado generosamente a la hermana de una de las sirvientas de la casa Kawaokura para que averiguase dónde ocultaba la libreta de registros.

—Yo sé cómo encontrar lo que desea —había confesado la señora Himura a Miyako.

Ella se volvió con los ojos llenos de esperanza. La anciana continuó embelleciendo su cabello.

—¿Cómo?

—Una de las sirvientas de cocina tiene una hermana al servicio de Kanada. —La anciana bajó la mirada avergonzada ante lo que debía decir—: Fuerza a la joven cuando se emborracha o cuando no tiene una *yūjo*[93] disponible.

—¿Crees que nos ayudará?

En aquellos momentos no podía sentir compasión por nadie. Muchos eran los que dependían de que encontrase esos libros de cuentas.

—Sí, si se le paga la suficiente cantidad para que escape de manos de Kanada.

Miyako se puso en pie, se dirigió al mueble lacado con hermosas libélulas doradas que decoraban sus diminutos cajones y abrió uno de ellos.

—¡No puede dárselo!

—Sabes que mi madre hubiese actuado de igual modo. Habría entregado esta joya para salvar la vida de la gente que le importaba.

—Es lo único que le queda de ella. Vendió… —susurró para que nadie la escuchase—, el resto de sus joyas para escribir… —dijo, pero no terminó la frase por temor a que hubiese oídos atentos a sus palabras. No hacía falta, ambas sabían bien a qué se refería.

La señora Himura asintió emocionada al recordar a su madre y antigua señora. Miyako observó por última vez la libélula de oro de delicadas alas, tan finas que a veces temía romperlas. El precio que esa chica conseguiría vendiéndolo en el mercado negro era lo bastante elevado como para llegar a China y vivir el resto de su vida sin trabajar.

—Dáselo.

La señora Himura asintió y la guardó entre sus ropas. Algo más tarde, en el camino que llevaba a la casa de Kanada el palanquín que la transportaba se detuvo. Miyako salió de él sin ayuda y observó que la señora Himura hablaba con una muchacha menuda de ojos llorosos.

Ambas se acercaron y se inclinaron con respeto ante Miyako.

La chica miró a Iko con desconfianza. Él comprendió que le temía y se retiró unos pasos, algo que la tranquilizó lo suficiente para hablar.

—¿Y bien? —preguntó la señora Himura.

No contaban con demasiado tiempo.

—Lo guarda en su despacho.

—¿Dónde? —preguntó Miyako desalentada.

—En un mueble lacado negro con muchos cajones.

—Niña, si intentas engañarnos… —interrumpió la anciana con la voz acerada.

—¡No! —exclamó la chica arrodillándose y temblando—. ¡Le juro que no sé nada más, pero no me haga volver!

Miyako la ayudó a incorporarse.

—Uno de esos hombres te conducirá hasta el camino que lleva a Kioto.

Iko señaló a uno de sus hombres, y la joven se dispuso a seguirlo con el semblante tan blanco como la niebla que rodeaba el monte sagrado. Justo cuando se marchaba, se dio la vuelta y dijo:

—Hay un cajón, el único que no pude abrir.

Miyako le sonrió y asintió agradecida.

Los gritos de la señora Himura la devolvieron al cuarto en el que tres pares de ojos la observaban con atención.

—¡Señorita Kawaokura, puedo llamar al galeno! —exclamó Kanada.

La señora Himura avanzó con Miyako, quien sin soltarse de la manga de Kanada obligaba al hombre a salir de la habitación. Durante un instante, el cobrador recuperó el interés en el samurái, pero cuando su atención se dirigió al guerrero, este permanecía en el mismo lugar y con la misma máscara de frialdad con la que lo había visto antes. En el momento en que Miyako miró a Iko y este asintió levemente, ella dijo:

—Agradecería, señor Kanada, un poco de aire fresco.

—Puedo llamar al médico… —insistió de nuevo.

—No será necesario, solo es la preocupación y el miedo. Ahora que estoy junto a un hombre tan valiente como usted, me siento más segura.

La señora Himura cerró las puertas correderas tras su espalda y dejó a Iko en el interior. Justo cuando abría las puertas que daban al

exterior, el señor Kanada se volvió para comprobar dónde se encontraba el samurái.

—¿Por qué ha tardado tanto en salir de la habitación?

Iko se inclinó de manera respetuosa y le enseñó lo que sujetaba en la mano. Era uno de los adornos del pelo de Miyako.

—Ha debido de perderlo cuando se ha aferrado a usted para no caer al suelo.

Iko entregó a Kanada las diminutas flores, perlas y demás piedras que componían el adorno del cabello. Su desconfianza se aplacó, pero no del todo.

—Ni siquiera me he dado cuenta —dijo Miyako con una débil voz. Y añadió—: Señor Kanada, es un recuerdo muy querido, perteneció a mi madre. Ha sido tan paciente conmigo que me gustaría invitarlo a tomar té en casa de mi padre para agradecerle su amabilidad.

—Será todo un honor.

Miyako miró a Iko, y este le devolvió una mirada cómplice. Solo esperaba que los cuadernos fueran los correctos o su padre se enfrentaría a una acusación que podría llevarlo a Edo, y en Edo las intrigas y las sospechas causaban fácilmente la muerte.

46

una mujer decidida

Nagoya (Japón), 22 de septiembre de 1852
(Noveno mes del quinto año de la era Kaei)

Durante dos días, Miyako leyó una y otra vez los registros de Kanada para asegurarse de que había falseado las cuentas y exonerar a su padre de cualquier acusación. En ese tiempo, Hiroyoki no se había presentado en el castillo nada más que una vez, pero gracias al delicado estado de salud de su padre no fue posible recibirlo, ahorrándole el amargo trance de ver a su prometido. De igual modo, la salud de su padre impidió adelantar los preparativos de la boda y Hiroyoki regresó a Edo.

Miyako anotaba con su delicada caligrafía un par de apuntes en su cuaderno cuando una criada tras la puerta corredera anunció:

—El profesor Villalba desea verla.

—Puede pasar.

La sirvienta abrió las puertas, se inclinó y volvió a cerrarlas. Otra sirvienta se apresuró a ponerle un pequeño taburete al occidental. Miyako sabía que Villalba admiraba la sencillez de sus aposentos. En un rincón, un jarrón de porcelana fina y negra se distinguía sobre el resto de los elementos de la habitación. Una rama retorcida y seca podría considerarse un adorno insuficiente, pero en aquel cuarto resultaba elegante y sobrio.

—Hoy no ha asistido a ninguna de mis clases. ¿Se encuentra bien? —preguntó, tomando asiento.

Miyako miró directamente a los ojos del español. Era un hombre de buen corazón, comprendería el dilema en el que se encontraba y haría todo lo posible por ayudarla.

—*Sensei*, necesito que me enseñe a cultivar caña de azúcar.

—No soy un experto —afirmó—: Podemos intentarlo en uno de los jardines de su padre. Aprenderemos algo de botánica, será interesante.

Miyako lo miró con una intensa determinación.

—*Sensei*, no serán un par de plantas.

—No es fácil, tendremos suerte si nacen algunas… —Villalba guardó silencio cuando la joven negó sin decir palabras. Luego, preguntó vacilante—: ¿Un jardín entero…?

—Una plantación.

El rostro de Villalba palideció por la propuesta de su pupila.

—Señorita Kawaokura, mis conocimientos son muy limitados.

—*Sensei*, mi padre, mi gente y su vida dependen de que cultivemos esas cañas de azúcar.

Villalba no era estúpido. Miyako no necesitaba explicarle que continuaba vivo gracias a la protección del daimio. En el instante en que perdiera su amparo sería un extranjero más en una tierra prohibida para los *gaijin* en un momento político delicado.

—Su padre…

—Debemos convencerlo.

Miyako no dijo nada más y se puso en pie, seguida por Villalba.

Se dirigieron a los aposentos del daimio. Al verlos llegar, Jiro se retiró y los anunció antes de abrir la puerta *shōji*. El padre de Iko custodiaba los aposentos y bloqueaba la entrada.

En la pared colgaban dos retratos de dos bellas mujeres. Una de ellas era su esposa y la otra, inconfundible debido a su ropa europea, la famosa condesa de Carrión. Sus hermosos ojos parecían penetrar a todo aquel que miraba el retrato.

Miyako se arrodilló junto a su padre, y Villalba se mantuvo a una distancia prudencial. El daimio le permitía permanecer de pie en su presencia. Comprendía la dificultad del español para permanecer mucho tiempo arrodillado.

—Querida hija, no te preocupes por mí. Incluso me apetece una partida de *go*[94] —aseguró el daimio, en la creencia de que su hija lo visitaba para saber sobre su salud.

—Padre, me alegra oír que está mejor.

A pesar de la contestación de uno y la respuesta de la otra, dichas palabras no engañaban a ninguno de los dos. Miyako esbozó una sonrisa que hizo creer a su padre que aceptaba como cierta su mejoría. A continuación, dio dos palmadas y una sirvienta entró con una bandeja de té, con tres tazas. Ella la despidió y preparó el té de jazmín, el preferido de su padre. Cuando las espirales de humo dejaron de ascender por la habitación, Miyako se atrevió a decir:

—Pretendo cultivar caña de azúcar.

Kawaokura miró sorprendido a su hija y después a Villalba. Miyako también observó a su *sensei*. El pobre hombre estaba pálido y alzó los hombros, como indicando que era la voluntad de su hija y no la suya.

—Eso no será posible.

Miyako contuvo su irritación y dijo:

—Sea sincero conmigo, padre. ¿Qué deuda existe sobre nuestro *han*[95]?

—Más de lo que me gustaría —reconoció el padre pensativo. Consciente de que Miyako no desistiría, dijo—: Durante estos dos años

nos hemos endeudado bastante para hacer frente a los impuestos del *bakufu*. Las permanencias alternas en Edo exigían fondos y al igual que otros he pedido esos fondos a los mercaderes de Osaka. Estos nos los adelantaban a cambio del arroz que los campesinos entregaban como parte del impuesto territorial. Tras las inundaciones, la cosecha ha sido pésima y no pude exigirles tal sacrificio. Considero un deshonor no hacer frente a los pagos, pero no puedo pagar al sogún con dinero ni tampoco pagar a los mercaderes con arroz.

—Debemos conseguir que esa deuda se convierta en un préstamo.

—Dudo que el sogún considere siquiera esa propuesta.

—Lo hará —afirmó Miyako convencida—. Es mejor conseguir algo en el futuro a perderlo todo.

Su padre esbozó una sonrisa.

—Hija, tienes razón. El *bakufu* jamás desperdiciaría la oportunidad de cobrar unas ganancias. ¿Pero los pagos…?

—Debemos lograr un préstamo a cien años y sin intereses[96].

El daimio emitió una carcajada que terminó con una terrible tos. Tras calmarse, y con la voz un poco ahogada, dijo:

—Ningún comerciante, por muy estúpido que fuese, haría un negocio de ese tipo. Lo único que puedo obtener, y con la ayuda de los dioses, es que se aplace la deuda y no nos impongan intereses. De todos modos, tendrá un alto precio para nuestra familia como aceptar todo lo que nos pida el sogún a partir de ahora.

—Lo sé, padre.

Miyako se puso en pie y paseó por la habitación. Su comportamiento era poco femenino, pero pensaba con una mentalidad práctica cuando su cuerpo se movía.

—Entregaremos parte de los beneficios de nuestra futura cosecha. El azúcar cubrirá con creces el plazo que nos concederán.

El daimio se recostó aún más en los cojines y miró a su hija con un profundo amor.

—Me duele romper tus ilusiones, pero nadie comprará esa cosecha. Si fuera arroz…

—Hay alguien que sí lo hará. —El daimio la observó con curiosidad hasta que dijo—: El Reino de Ryūkyū[97].

El daimio se incorporó y la contempló como nunca antes lo había hecho.

—¡Ni siquiera se consideran japoneses!

—Me da igual quiénes son y qué se consideran, padre. Comercian con China y el azúcar es cotizado en esas tierras. Y muy pronto también en las nuestras.

Su padre se apoyó sobre un codo y estudió con patente atención todo lo que le había expuesto.

—Si tu plan tiene éxito, salvaríamos a nuestra gente y pagaríamos

al sogún —afirmó casi para sí mismo. Después, miró al español y le dijo—: Señor Villalba, imagino que usted es nuestro experto plantador de caña de azúcar.

Villalba se enrojeció hasta el último cabello de la cabeza.

—Mi señor, no soy ningún entendido. Le he explicado a la señorita Kawaokura que en cierta ocasión coincidí con un hacendado cubano en Filipinas. Me contó parte del proceso, pero jamás me atrevería a llevarlo a cabo a gran escala. —La mirada desilusionada de Miyako envalentonó a Villalba—. En el fondo, siempre seré un caballero, y ahora la señorita Kawaokura es una dama en apuros. Puedo escribirle, pedirle que nos instruya y que Dios nos asista, mi señor.

El daimio asintió, suspirando, a la vez que veía en el rostro de Miyako su determinación.

—Necesitaremos no solo la ayuda del dios cristiano sino la de todos nuestros ancestros. Pero lo que más me preocupa de esta decisión es que disguste a un hombre como Otowara Hiroyoki.

A MEDIADOS DE octubre todos en el castillo de Kawaokura esperaban noticias del hacendado cubano. Lejos de amedrentarse, Miyako organizó a las partidas de campesinos para que limpiasen los campos destinados al cultivo. Debían darse prisa, la siembra de la caña de azúcar era recomendable en primavera y otoño. De todos modos, carecían de suficientes semillas. El profesor Villalba había solicitado a su amigo el hacendado que le enviase un cargamento. Su padre había pagado multitud de sobornos para que las semillas llegasen hasta Nagoya. Durante el tiempo que hubiera que esperar hasta obtenerlas, permanecería en Edo para conseguir el préstamo. Antes de partir, dijo a Miyako:

—No importa el resultado, me siento orgulloso de ti.

Miyako se inclinó con deferencia y permaneció de ese modo hasta que lo vio partir en el *norimon*[98], que portaban cuatro hombres y que lo llevaría a Edo junto con un grupo de samuráis que velarían por su seguridad hasta la ciudad del sogunato. Era un viaje largo y agotador para un hombre de su delicada salud, pero ambos sabían que no había otra manera de lograr que su clan y sus vasallos sobreviviesen al invierno.

Villalba observaba a la joven con una mirada triste y hablaba con al señora Himura, que se encontraba al lado de ella. Ambos creían que Miyako no escuchaba su conversación, pero se equivocaban.

—Lo conseguirá —decía la señora Himura.

—Temo que fracase por mi culpa, aún no he tenido noticias de mi amigo.

—Las recibirá.

Los dos se vieron sorprendidos por la intervención de Miyako:

—*Sensei*, tenemos mucho trabajo por hacer.

El hombre asintió y la siguió hasta el despacho de su padre. Ella se arrodilló ante una mesa baja y, como siempre, Villalba usó un taburete.

—Necesito conocer todo lo que recuerde.

—Intento acordarme de la conversación que mantuve con Domingo, pero hace más de dos años.

Miyako había extendido una hoja de papel y colocado un tintero en el que disolvió la tinta y aguardó paciente a que su profesor hablase.

—Primero hay que preparar la tierra.

—¿Cómo lo hacemos, *sensei*?

Villalba se retorció las manos, luego apretó las rodillas, buscando en el interior de su mente las palabras del cubano.

—Ese proceso es fundamental para el éxito de una cosecha. Si olvido cualquier detalle importante, podría malograrse.

El miedo al fracaso asomó a su mirada.

—*Sensei*, usted nunca será el causante de nuestro fracaso. Es una ayuda de los dioses que al menos tengamos una oportunidad y usted nos la conceda.

—Gracias, señorita Kawaokura.

—Concéntrese.

—Recuerdo que era un día lluvioso, tenía el traje mojado y los zapatos embarrados. En un café, cercano al puerto, me encontré con Domingo. Lo habían desplumado en una timba de cartas amañadas. La aventura le había divertido más que molestado. Desde el principio simpatizamos y me contó su vida en Cuba. Entonces, le pregunté «¿Cómo es una plantación de caña de azúcar?». Él me respondió «Maravillosa y cruel. Es mi amor más querido». Yo le dije que eran bellas palabras para dedicárselas a unas plantas. Él alzó su copa y se la bebió de un trago. En su mirada apareció una turbidez que no solo se debía al alcohol. Cuando llevábamos dos botellas de vino me confesó «No siempre tuve mis propias tierras. Antes las trabajé para otros». Entonces, me mostró las manos. Las yemas de sus dedos presentaban cicatrices. Después, tomó su vaso y bebió de nuevo. Luego continuó con su explicación «Lo peor es preparar los campos. Debemos hacer los surcos en los que después sembraremos la caña». ¡Debemos realizar surcos! —exclamó con una sonrisa Villalba al darse cuenta de que había recordado la manera de preparar las tierras.

—Bien, organizaremos a los trabajadores.

Dos semanas más tarde, Siro, Villalba, la señora Himura y hasta Iko araban los campos formando hileras paralelas unas a otras. La

señora Himura se limpió la frente con un pañuelo. En su rostro había algunas manchas negras de barro. A su lado, el profesor Villalba apoyaba las manos en la cintura, satisfecho por el resultado. Habían sido unas semanas duras, donde todos, incluido Iko, el samurái que jamás había sostenido en sus manos nada más que el acero de una katana, habían ayudado como iguales. Miyako recordó la confesión de Iko y lamentaba que se hubiese distanciado de su padre por su culpa. Él ignoraba que había escuchado sin querer la conversación entre padre e hijo.

Miyako había salido con la señora Himura para inspeccionar los campos y, al pasar por el patio de entrenamiento, escucharon unos gritos que las hicieron detenerse. Jiro dijo:

—Eres un samurái.

—Nuestra señora necesita de mi ayuda —contestó Iko.

—Otros pueden ayudarla.

Miyako no podía ver el rostro de los dos hombres, pero imaginó que el de Jiro sería inflexible, demostrándole a su hijo que no cambiaría de parecer. Lamentaba que no viera que los nuevos tiempos pronto le arrebatarían ese orgullo guerrero. Cuando había ido a Osaka había visto la riqueza de los comerciantes, mientras hombres como Jiro vestían ropas sencillas y algunos, incluso, no tenían el suficiente dinero para alimentar a sus familias.

—Lo siento, padre —dijo Iko.

Desde entonces se habían distanciado. Su padre recriminaba la osadía y la falta de decoro de la hija del daimio. Por supuesto, creía que su señor permitía dicho comportamiento porque estaba enfermo y senil, aunque jamás lo reconocería delante de nadie.

—Hoy no podemos hacer nada más —dijo Iko, y sus palabras la devolvieron al momento presente.

UNOS DÍAS MÁS tarde, mientras araban los campos, Villalba recibió respuesta de Domingo a la carta que el español le había enviado a su hacienda. El cubano le explicaba al detalle el proceso y terminaba la carta solicitando que, si su empresa tenía éxito, le permitiese participar en el negocio.

—¿Qué debo contestarle? —preguntó Villalba.

Miyako, vestida con un kimono de hombre, una cinta alrededor de la frente, el pelo recogido y unas sandalias de paja trenzada, se sacudió la tierra en su kimono antes de responder:

—Dígale que agradecemos su ayuda, también que será el único con el que me asociaré si nuestra empresa tiene éxito.

Ante sus ojos se extendía una porción de tierra considerable. Las

olas negras permanecían a la espera de abrazar la simiente que las convertiría en fértiles. Los campesinos se esforzaban día a día en el trabajo.

—Debería sentirse orgulloso, *sensei*.

—Es la primera vez que me siento orgulloso de mí mismo. Gracias por permitirme ayudarla en esta empresa.

Miyako asintió y volvió al trabajo.

Esa noche, mientras la señora Himura restregaba su piel con un jabón especial para suavizarla y mitigar el daño que el sol le causaba mientras araba los campos, Miyako pensaba en cómo se encontraría su padre. Aún no había regresado de Edo. Había recibido un par de cartas donde le decía que las negociaciones se veían complejas, junto con el cargamento de las semillas de caña de azúcar, pero ninguna información sobre su estado de salud.

—No es trabajo para una mujer —murmuró la señora Himura a la vez que lavaba el cabello de Miyako, salvándola de sus preocupantes pensamientos.

—¿Por qué no, señora Himura?

A Miyako la divertía poner en un aprieto a la mujer que la había criado como si fuese su hija.

—Es la descendiente de samuráis, de hombres importantes. Su sitio está al lado de un daimio de igual categoría que usted. No trabajando los campos como una vulgar campesina.

—Quizás los tiempos que se avecinan me impidan ocupar dicha posición.

—Mi daimio no lo permitirá.

Miyako pensó en su anciano padre. Nada podría hacer por impedir el progreso. Estaba segura de que en ese progreso nada sería como antes.

47

el encargo

Edo (Japón), 15 de octubre de 1852
(Décimo mes del quinto año de la era Kaei)

El *norimon* de gusto femenino atravesó las distintas puertas del castillo de Edo hasta la casa que ocupaba Yoshinobu. Hiroyoki fue avisado por los sirvientes de la llegada de tan inesperada visita.

La luna inmensa, fastuosamente brillante, iluminó el patio de arenilla blanca en el que se había depositado el ilustre palanquín. Los cuatro fornidos hombres que lo portaban permanecían firmes y, a escasa distancia, un grupo de soldados aguardaban con las manos posicionadas en la empuñadura de las espadas.

—¿Sabes quién es? —preguntó al criado que le había anunciado aquel extraño encuentro.

—Mi señor, me temo que nadie conoce su identidad.

Hiroyoki llevaba el tiempo suficiente en Edo para no fiarse de nadie, también para no irritar a nadie. Así que le dijo al sirviente:

—Despertad a nuestro señor.

El criado realizó una inclinación de cabeza y se perdió en la oscuridad del pasillo que conducía a los aposentos de Yoshinobu. El silencio que siguió a sus palabras fue tan grande que se escuchaba el ulular de un búho. Hiroyoki observaba a los samuráis que permanecían inmóviles en medio de la noche como estatuas de arcilla. De pronto, oyó los pasos de Yoshinobu acercarse al jardín. El joven vestía un kimono de tonalidades oscuras y discreto, como era su costumbre. Su rostro exhibía que había despertado de un profundo sueño.

—¿Sabes quién es? —le preguntó.

—No, mi señor. Parece que nadie está dispuesto a decírnoslo.

Un samurái se aproximó al *norimon*, abrió la puerta y extendió la mano. Todos esperaban ver a una mujer, así lo indicaba la escolta y el palanquín, pero en su lugar apareció un hombre. El asombro se dibujó en la cara de Hiroyoki, también en la de Yoshinobu, aunque supo disimularlo mejor.

—Al fin nos conocemos —dijo el daimio de Matsudaira.

El hombre de frente ancha, barbilla alargada y mirada exultante se sacudió las ropas con las manos.

—Señor Matsudaira, me sorprende verle aquí —dijo Yoshinobu.

—Muchacho, no podía aguardar tanto protocolo para verte.

Matsudaira Shungaku era un daimio poco común. Ninguno se habría saltado las normas que debían cumplir cuando un daimio visitaba a otro, menos aún, sin ser anunciado y viajando como una mujer. Pero Matsudaira había visto que su feudo necesitaba modernizarse mucho antes de la insistencia de las potencias extranjeras para que abrieran sus puertos al exterior. Había sustituido el cultivo de arroz y cereales por una mayor dedicación a la industria. También confiaba en la medicina occidental y había comprado vacunas de la viruela para sus vasallos. A pesar de parecer partidario de la apertura a los extranjeros, era todo lo contrario. Creía que Yoshinobu era la solución a los problemas de Japón y estaba dispuesto a conseguir que ese muchacho, lo quisiera o no, se convirtiese en sogún.

—Señor Matsudaira, pasemos.

Enseguida los dos daimios entraron en una sala. Dos criados se apresuraron a encender los faroles y una joven doncella trajo té y *sake*.

Hiroyoki observaba al daimio con disgusto. No era la manera en la que debía comportarse un señor de su categoría. Era el señor de Echizen, una de las ramas más importantes de la familia Tokugawa.

—Señor de Echizen —dijo Yoshinobu—, ¿a qué se debe su visita?

Matsudaira tomó de un sorbo el cuenco de *sake* antes de contestar:

—Hacemos todo lo posible para que te conviertas en sogún y aún no te conocía.

—Yo no soy digno de recibir tal honor ni tal cargo.

Echizen contempló fijamente el semblante del muchacho. Hiroyoki imaginó qué Matsudaira pensaría que eran ciertos los rumores sobre Yoshinobu: no poseía ambición. Eso daba lo mismo, era valiente. Otro no hubiese respondido tan directamente a sus palabras.

—No eres tú quién decide tu destino, sino tu pueblo.

Hiroyoki sabía, al igual que Yoshinobu, que no era el pueblo quien había tomado la decisión de que fuese sogún, sino la ambición del daimio de Mito y la exaltación patriótica de los seguidores del daimio. Sea como fuese, sería mejor que el verdadero hijo del anterior sogún, un imbécil incapaz de realizar nada sin el consentimiento de su madre.

Los dos hombres conversaron hasta el amanecer. Cuando el señor Echizen se marchaba, se dirigió a Hiroyoki:

—¿Su prometida es la hija del daimio Kawaokura?

—Así es, mi señor.

—Una joven extraña e inteligente.

Hiroyoki ignoraba por qué le decía unas palabras como aquellas. Al ver su mirada de desconcierto, el daimio añadió:

—Su padre ha logrado cambiar la deuda contraída con el sogún en un préstamo. No ha conseguido cien años, pero le han concedido cincuenta que es bastante ventajoso. Escuché que su hija intenta transformar unas tierras baldías en una plantación de caña de azúcar.

El hecho de que una mujer tomase la rienda del que muy pronto sería su clan hizo que apretase el puño de la katana.

—Me lo contó en una carta —mintió.

La mentira en su voz era tan evidente que no engañó al daimio.

—Si consigue una digna cosecha, le aseguro un futuro prodigioso. Además, ayudará a que sus vasallos no se mueran de hambre este invierno —dijo con admiración.

A él le importaban bien poco sus siervos. Miyako lo había convertido en el hazmerreír de todo Edo.

—Es una mujer de gran corazón —se obligó a decir.

—Pero una mujer, ¿verdad?

Echizen golpeó el hombro de Hiroyoki. Se montó en el *norimon* y se fue del mismo modo que había llegado un rato antes.

Con los primeros rayos de luz, Hiroyoki juró castigar la osadía de Miyako.

ESA MISMA NOCHE, Hiroyoki se dirigió al barrio flotante. Alrededor del puente de *Ryōgoku* se veían las barcas adornadas con linternas rojas, donde se ofrecían música, comida y placer a los clientes que las alquilaban. Hacía unas semanas que había empezado la temporada *kawabiraki*[99]. Ese año las temperaturas suaves habían permitido alargarla hasta octubre. La apertura del río permitía que el barrio del placer estuviese menos concurrido.

Hiroyoki cruzó el puente *Shian-bashi*, que se alzaba sobre una zona pantanosa. El puente en el que la gente pensaba si de verdad debía adentrarse en el barrio de las flores era el primero que hallaba el visitante. Después se llegaba al puente *Wazakure-bashi*, quien lo atravesaba ya no podía volverse atrás. Pasara lo que pasase, se encontraban en el barrio del placer. Hiroyoki no pensaba cuando recorría los puentes en nada de eso, sino en hablar con el *rōnin* que Mito le había obligado a llevar a Edo. A través de él le hacía llegar sin peligro las cartas donde le contaba cada paso que daba Yoshinobu y cualquier información que recababa de la familia del sogún. Ignoró la verdadera utilidad de ese holgazán hasta ese día. Tenía un trabajo para él y esperaba que lo realizase de inmediato. Sabía dónde estaría: en el local la Garza Blanca. Situado en la parte media de la colina en la que se construyó el barrio, pertenecía a una *oiran* que atendía a samuráis de bajo nivel y a hombres como ese *rōnin*.

La Garza Blanca era un edificio de dos plantas. En uno de los aleros del tejado había un penacho de color níveo en el que habían escrito el nombre del local con unos caracteres hermosos. Una luz roja indicaba que el establecimiento estaba abierto. El hombre que vigilaba que las chicas no escapasen y que los clientes pagasen sus servicios se puso en pie al verlo detenerse ante la puerta. Se inclinó respetuosamente y se hizo a un lado para dejarlo entrar.

Hiroyoki atravesó la entrada y escuchó los sonidos propios de un lupanar de segunda. La *yarite*[100], una mujer aún joven, se inclinó ante él.

—Bienvenido a mi casa, señor.

—Busco a Ibuki —dijo con la voz seca.

Su rostro evidenciaba que cualquier interferencia sería castigada con dureza, así que la mujer asintió sin decir nada más. Hizo una señal con la mano para que la siguiera y lo condujo a un cuarto. Abrió las puertas correderas de paneles de arroz y aguardó a que se adentrase en la habitación para retirarse. En el interior, Ibuki besaba los pechos de una muchacha, mientras otra le acariciaba el cuerpo. A pesar del placer y la distracción, empujó a la chica y desenfundó su *tantō* que mantenía en el suelo al alcance de su mano.

—Eres tú —dijo desilusionado.

—¡Fuera! —gritó Hiroyoki a las mujeres.

Las jóvenes se marcharon aprisa y dejaron a los dos hombres en la sala. El samurái olía en la habitación los perfumes de las prostitutas y el aroma del *sake*. El *rōnin* se tapó las vergüenzas y se puso en una postura más digna.

—Quiero que vayas a tierras de Kawaokura.

—¿Tú irás?

—No puedo abandonar Edo.

Ibuki bebió directamente de la botella de *sake* antes de contestar:

—El señor de Mito me ordenó que te acompañase allá donde fueras. Si tú no vas a Nagoya, yo tampoco.

—¡Tú harás lo que yo te diga! —gritó perdiendo el control.

La transformación que sufría el rostro de Ibuki cuando dejaba de ser el atractivo *rōnin* intimidó a Hiroyoki, y retrocedió un paso más calmado.

—Parece que no entiendes lo que te digo.

—Tengo un trabajo para ti, el señor de Mito no tiene por qué enterarse —dijo conciliador.

—Ya tengo un trabajo.

Hiroyoki extrajo dos bolsas de monedas de plata y se las lanzó. El *rōnin* las atrapó al vuelo y las sopesó.

—¿Cuál es el encargo?

Hiroyoki se sentó agradecido de que hubiese entrado en razón.

—Quiero que arrases los campos donde la familia Kawaokura ha plantado caña de azúcar.

—Esas tierras serán pronto tuyas y sus riquezas también.

—No es asunto tuyo lo que hago con mis tierras.

—Comprendo…

No se trataba de una venganza contra el daimio sino contra su hija.

—Ella no debe saberlo nunca.

Ibuki asintió sin decir ni una palabra. Hiroyoki consideró su silencio como una aceptación, pero leyó en su mirada que todavía no había decidido si haría el trabajo o lo rechazaría.

48

luna de fuego

Región de Mito (Japón), 20 de octubre de 1852
(Décimo mes del quinto año de la era Kaei)

Después de cinco días, Ibuki pisó por fin el castillo del señor de Mito. Pese al mandato de Hiroyoki, lo había contratado Mito Nariaki y no un orgulloso y engreído samurái. No cumpliría ninguna de sus órdenes sin consultárselo antes al daimio.

Tras bañarse y ponerse un *hakama*[101] y *haori*[102] limpios y de mejor calidad que cualquiera que hubiese vestido con anterioridad, lo condujeron a un patio cubierto de arenilla blanca donde un sirviente con un rastillo se encargaba de realizar el dibujo de una ola. Sus movimientos sinuosos eran hipnóticos y, durante un instante, Ibuki se concentró en los dibujos de una simpleza embriagadora.

El daimio parecía igualmente meditabundo hasta que uno de sus samuráis se acercó a él y le susurró unas palabras. Mito Nariaki se giró y su rostro contemplativo dio paso a una mirada fría y metálica, que de inmediato aplacó al ver de quién se trataba. Con un gesto de la mano le indicó que se aproximase. Ibuki obedeció, se posicionó ante el daimio y realizó una respetuosa inclinación.

—¿Algún problema? —preguntó tan directamente como solían hacer, sin ningún tipo de modales, los occidentales cuando trataban con los japoneses.

—Eso depende de lo que usted considere un problema.

—Habla —le pidió con impaciencia.

Ibuki conocía por los informadores, a los que pagaba una buena cantidad de monedas, que la situación de Yoshinobu, el hijo del daimio Mito, era precaria en Edo. No por culpa del hijo, sino más bien por los pecados de juventud del padre. Sobre todo, una de las damas de la corte no le perdonaba que hubiese abusado de ella por incauta. Ahora que en el castillo de Edo el poder de dicha dama había crecido, su venganza parecía no tener límite. La vengativa dama ayudaba a quienes querían que el hijo del sogún fuese su sucesor y criticaba abiertamente al del daimio Mito para evitar su posible nombramiento.

—Mi señor, Otowara Hiroyoki me ha pedido llevar a cabo un trabajo.

—Yo no he encargado ningún trabajo —afirmó molesto, a la vez

que detenía con la mano al sirviente que sostenía el rastrillo para dibujar las olas en la arena blanca—. No me gusta que mis hombres actúen por su cuenta y, menos aún, enterarme por alguien cómo tú. —Ibuki no se ofendió por las palabras del daimio. Aunque ante su silencio, el señor Mito preguntó—: ¿En qué consiste?

—Quiere que arrase los campos del daimio Kawaokura.

Mito dio la espalda a Ibuki. Su mirada se dirigió de nuevo al sirviente y le indicó que continuara con su trabajo de realizar un movimiento circular hasta concluir otra de las olas. Ibuki no se atrevió a interrumpir sus pensamientos. La tensión de sus hombros le demostraba que estaba alerta. Finalmente, se volvió y fijó la vista en él.

—¿Conoces el motivo?

—Usted lo sabe tan bien como yo.

Nariaki asintió pensativo.

Ibuki podía ver cómo su mente trabajaba tras sus palabras. El daimio de Kawaokura aún no se había convertido oficialmente en su enemigo. Era un hombre ilustrado que vería con claridad que su hijo Yoshinobu era mejor candidato que el imbécil del hijo del sogún. No, no podía consentir que el rencor infantil de Hiroyoki malograse una posible amistad. Una cosa era permitir que Hiroyoki humillase a la hija del daimio, ya que cuando se celebrase el matrimonio, ningún hombre, incluido su padre, se entrometería entre los esposos; y otra muy distinta era arrasar unas tierras que darían beneficios y aliviarían la precaria situación de la familia Kawaokura. Todavía no sabía si el daimio Kawaokura era un enemigo o un amigo, y hasta que lo averiguara no haría nada que pusiera en peligro la posible buena relación futura.

—Sé que para tomar una decisión no necesitabas mi permiso. Además, el encargo de Hiroyoki ayudaría a tu venganza.

Ibuki asintió sin ocultar la verdad de esas palabras. Era cierto, daba igual lo que dijera el daimio al respecto, pero dijo:

—Quiero vengarme del daimio y de sus descendientes, no matar de hambre a la gente que le sirve. —De todos modos, Ibuki ignoraba qué haría al llegar a las tierras de Kawaokura, sin embargo, afirmó—: Pero ha comprado mi espada y haré lo que me ordene.

El señor de Mito alzó su barbilla con un abanico de varillas metálicas, decorado con un sol rojo que iluminaba un campo de oro por un lado y una luna brillante sobre un cielo estrellado por el otro. El delicado abanico era capaz de destrozar la cara de un hombre con un leve movimiento.

—Aunque no tu voluntad.

—Esa pertenece a mi espada.

El daimio admiró su osadía y valentía.

—Hoy no castigaré tu soberbia, quizás algún día formes parte del ejército, mi ejército, que se encargará de expulsar a los bárbaros. Y quiero hombres como tú entre sus filas. —Ibuki le mantuvo la mirada. El daimio retiró el abanico de su barbilla y le dijo—: Supongo que harás lo correcto.

Ibuki volvió a inclinarse y se retiró del jardín sin contestar a sus palabras. Cuando se marchaba de las tierras del daimio observó cómo lo seguían. Imaginó que el señor de Mito había ordenado que lo matasen si intetaba quemar los campos del daimio Kawaokura.

Castillo de Kawaokura (Nagoya), 3 de noviembre de 1852
(Onceavo mes del quinto año de la era Kaei)

En la lejanía, en el borde que lindaba con los arrozales, Ibuki con un *kasa*[103] observaba al grupo que iba encabezado por la bruja de ojos de agua. Le desconcertó que una mujer como ella trabajase los campos tan duramente como el resto de sus vasallos. Se dijo que era una mujer extraña y quizás tuviese más sangre extranjera de lo que ella imaginaba.

Esa noche, en el pueblo, Ibuki se resguardó de la lluvia en una posada. Por lo general la lluvia era hermosa, al menos, para él; sin embargo, en esa noche todo le parecía desapacible. Incluso el cuenco de fideos que la posadera le había servido le supo insulso y frío. Bebió el *sake* y apenas prestó interés a los pocos clientes que se habían atrevido a salir o, al igual que él, carecían de un lugar al que regresar. Un grupo de ciudadanos hablaba de un juicio. Todos maldecían al acusado, un ladrón que había robado al pueblo en nombre de su señor.

Ibuki volvió a concentrarse en la bebida. No le interesaba nada de lo que decían, hasta que oyó el nombre de Kanada. Apretó las manos y a punto estuvo de romper el cuenco en el que bebía *sake*. Sin poder evitarlo, tensó los músculos y escuchó con más atención la conversación.

—Espero que el señor Kawaokura lo cuelgue como a un vulgar ladrón.

—Se merece ser hervido —dijo otro, golpeando la mesa y añadió —: Mis hijos casi mueren de hambre por esa serpiente malnacida.

—Cómo me gustaría ir al juicio —dijo otro.

—Es cierto, el señor Kawaokura ha ordenado que no asista público alguno.

Ibuki lanzó un par de *mon*[104] a la muchacha que servía las bebidas. Luego, se encaminó a paso decidido al castillo de Kawaokura. No le importó que la lluvia le resbalara por la cara y se le metiera por

dentro del *haori*. Solo tenía una idea en la cabeza: encontrar la manera de acudir a ese juicio.

Como una sombra más, Ibuki se adentró en el castillo de Kawaokura, llegó hasta los aposentos de Miyako. Había estudiado la distribución del castillo antes de adentrarse en él. No había sido difícil dar con un antiguo sirviente dispuesto a relatar con todo lujo de detalles, por un par de monedas, la ubicación de cada cuarto y, en especial, el de la señorita Kawaokura. Agazapado en el tejado, hizo un agujero con su puñal para ver a la hija del daimio. Una anciana, junto con un par de criadas, le había preparado el futón. La criada despidió a las sirvientas y solo quedaron ambas mujeres en la habitación.

—Que tenga un sueño plácido y feliz —le deseó a la hija del daimio.

Miyako asintió y se tumbó en el futón. Esa noche vestía un ligero kimono del color del acero.

—Agradezco sus buenos deseos, aunque no consigo dormir —confesó la hija del daimio.

—Lleva desde *el mes de las hojas*[105] así. Va a enfermar.

—Señora Himura, cada vez que cierro los ojos me asaltan pensamientos nefastos relacionados con la plantación. Veo las tumbas abiertas en la tierra ocupadas por mis vasallos. A veces las pesadillas son tan reales que grito, despertándome empapada en sudor.

—Mañana visitaremos al médico. Él podrá recetarle algún tónico o té para dormir.

—No se preocupe, señora Himura, será mejor que se retire a descansar.

La anciana asintió, pero antes de marcharse, apagó la lámpara. Ibuki parpadeó por la falta de luz, aunque el cielo se despejó y la luna apareció en el firmamento con un renovado brillo. Mientras la hija del daimio luchaba contra sus pesadillas, en el exterior, una sombra aguardó expectante a que los vigilantes hiciesen la ronda y se dejó caer, con suavidad. Agradeció que los suelos del pasillo que conducía a las estancias de las mujeres no produjesen el menor sonido. Aguzó el oído y no escuchó nada en el interior de la habitación de la hija del daimio. Imaginó que la bruja, después de todo, sí dormía. Vertió aceite en las guías de las puertas correderas y las deslizó sin hacer ruido. A pesar de la oscuridad, la luna iluminaba la habitación y vio a la muchacha yacer sobre el futón. El pelo, largo y lacio, le caía tras la espalda.

Ibuki no quería que la chica despertase y alertara a los habitantes del castillo de su presencia. Se aproximó a ella y extendió la mano para taparle la boca. Justo cuando sus dedos rozaban los suaves labios de Miyako, ella extrajo un *tantō*[106] de sus ropas y lo colocó en su garganta.

En ese instante, Ibuki vio a una auténtica *onna-bugeisha*, a una señora de la guerra y a un ser de otro mundo. Sus ojos tan claros como las aguas de un lago se volvieron oscuros y salvajes igual que la lava sólida, negra y espesa, del monte sagrado.

—¿Por qué no debería matarte? —le preguntó, presionando más su cuello con el puñal.

Ibuki era consciente del peligro, también de que podría desarmarla y obligarla a que *compartiese almohada* con él. Pero reconoció que por ahora la admiración había vencido a la lujuria.

—Podemos ayudarnos.

—Si grito, diez hombres armados acudirán en el tiempo que se tarda en encender una varilla de incienso.

—Si gritas, te aseguro que perderás mucho más que yo —dijo, sentándose en el suelo.

Miyako se incorporó un poco más y continuó oprimiendo el puñal contra su piel.

—Tú puedes perder la vida —lo amenazó, presionando más.

Ibuki alzó los hombros como si eso no le importase en demasía.

—A todos nos llega la hora de morir.

—¿Qué perdería yo?

—Tus tierras y el clan.

De nuevo los ojos de Miyako se tornaron de color turquesa, si bien un poco más oscuros que las aguas de un lago.

—¿Por qué debo creerte? Solo eres un ladrón que ha entrado en mi casa.

Ibuki alargó la mano y tomó un mechón de su cabello entre los dedos. La suavidad de su guedeja le resultó de lo más placentero. Miyako permaneció inmóvil, vigilante, aunque no se apartó ni le impidió mantener prisionero ese mechón.

—Otowara Hiroyoki.

La sola mención del nombre de su prometido provocó que el semblante de la muchacha se tensara. La comisura de sus bellos labios se torció en un gesto que parecía sonreír, pero que no tenía nada de divertido.

—¿Qué quieres a cambio?

—Primero, retira el puñal de mi garganta.

—Cuando sueltes mi cabello.

Ibuki obedeció, y Miyako siguió su ejemplo.

—Quiero acudir al juicio de Kanada.

—¿Por qué?

Ibuki nunca había contado a nadie su verdadera historia, pero sentía que por primera vez podía descargar el peso que soportaba desde el día en que murió toda su familia.

—Acusó injustamente a mi padre de robarle al tuyo —confesó. Con

rapidez se bajó la manga del *haori* y el resto de su ropa, se giró y mostró la marca que lo convertía en un condenado—. Quiero justicia.

La luz de la luna se reflejaba en el cuarto, y Miyako vio el castigo infligido al hijo de un ladrón. Por instinto, compasión o en recuerdo de aquel muchacho que un día la salvó de morir a manos de una panda de ladronzuelos, alargó el brazo y tocó su piel. Esa simple caricia selló el iracundo corazón de Ibuki, también su voluntad.

—Creo que es venganza —afirmó, y retiró la mano.

Miyako se puso en pie, le dio la espalda y aguardó a que se colocase sus ropas.

—A veces son lo mismo.

Ella miró la luna y se rodeó la cintura con sus propios brazos.

—Es cierto, la venganza requiere de justicia, pero la justicia no siempre satisface a la venganza —dijo, y después le prometió—: Asistirás al juicio.

—Tu prometido me ha ordenado quemar tus plantaciones.

Miyako permaneció con la mirada fija en el firmamento. Luego se volvió y clavó la vista clara, transparente y casi translúcida en el rostro del antiguo hijo de un samurái.

—¿Y qué vas a hacer?

Ibuki contempló la imagen mágica de la mujer que parecía una *karyōbinga*, aunque mucho más bella y más humana que esas criaturas fantásticas que decían hablar con la voz de Buda.

—Solo sirvo a mi espada.

Jamás había dudado sobre cómo proceder ni a quién debía lealtad, salvo ese día.

—Lo entiendo. No soy tu señora ni perteneces a este clan.

—Mi padre servía al clan Kawaokura. En su nombre siempre seré leal a este clan, aunque nunca serviré a ninguno de sus daimios.

—Un *rōnin* pronuncia esas palabras, pero en tu corazón sigues siendo el hijo de un samurái.

EL DÍA DEL JUICIO, el antiguo daimio Kawaokura permanecía sentado en una pequeña banqueta sobre una tarima de madera. Su posición, pese a su ancianidad y enfermedad, era de autoridad. A su izquierda, el padre de Iko mostraba un gesto fiero que intimidaba a todos los presentes, mientras que a su derecha se había colocado Miyako, que vestida con un kimono de color lavanda y un *obi* azul oscuro, exhibía una delicadeza que escondía su verdadera fortaleza.

Ibuki se ocultaba entre los presentes. Miyako le había entregado las ropas de uno de los sirvientes de un vasallo del daimio.

El murmullo de los asistentes se acalló cuando dos hombres

custodiaron al acusado hasta el patio donde todos aguardaban su llegada. Al viejo cobrador le habían atado las manos a la espalda; además, le habían arrebatado sus costosas vestiduras. Nada en él recordaba a Ibuki al hombre que asesinó a su padre y despojó a su familia de vivir con honor. Solo parecía un indefenso anciano, asustado ante una inminente muerte.

—Kanada Togu, se os acusa de ladrón y de falsear las cuentas de vuestro señor Kawaokura —dijo Ichiro, el hombre de confianza del daimio.

Kanada miró a todos con los ojos desorbitados por el miedo, sabía bien cuál era el castigo. Uno de los samuráis lo empujó para que se arrodillase. En el suelo, sus ojos aterrorizados miraban a todos lados.

—¡Jamás haría eso! ¡Todo es mentira! —acabó por decir.

—¡Guardad silencio! —gritó el daimio.

Miyako observaba a su padre con preocupación. Su semblante lívido parecía a punto de congestionar. Kanada calló de inmediato, incluso su boca se quedó abierta al oír la orden del daimio.

—No quiero más mentiras —dijo Kawaokura. Después, su mirada se dirigió a Miyako y asintió.

La joven se acercó al cobrador de impuestos y le enseñó un libro negro. El odio se reflejó en los ojos de ese bastardo.

—¡Clemencia! ¡Perdón! —gritó Kanada, inclinándose hasta tocar con la frente el suelo—. ¡Sed benevolente!

—¿Cómo lo fue usted con los campesinos y sus hijos?

De nuevo un leve murmullo se extendió entre los presentes al escuchar la pregunta. Ibuki admiró la osadía y valentía de una mujer de su clase. Si bien al mirar al samurái principal del daimio contempló que no todos estaban de acuerdo en que una mujer adquiriese el poder de la casa Kawaokura.

—Yo… yo…

Inmerso en la sinrazón, los ojos de Kanada se volvieron blancos y empezó a echar salivajos como si sufriera un ataque de locura. Necesitaron a cuatro hombres para impedir que se mordiera la lengua y acabase con su vida.

—Atendedlo, ya veremos qué hago con él —ordenó el daimio, visiblemente cansado.

Ibuki creía que todo era una actuación de ese malnacido. El recuerdo de su padre apareció ante él. El día de su acusación, el día de su muerte y el día en que un daimio lo desterró del único hogar que había conocido porque creyó las palabras de un hombre de la condición de Kanada. Sus ojos se desviaron a la dirección en la que se encontraba Miyako. La joven vislumbró el odio más profundo en la mirada del *rōnin*.

ESA NOCHE, EN el instante en que una mancha de nubes ocultaba la luna, Ibuki se vistió igual que un *ninja*. Creía que al hacerlo no ensuciaba su espada ni el honor samurái en la misión que se había impuesto. De nuevo, de la misma manera que la noche anterior, saltó los muros del castillo de Kawaokura. Esta vez no se dirigió a los aposentos de la bruja de los ojos de agua, sino a la prisión. Aguardó a que los vigilantes hiciesen su turno y trepó al tejado de una de las casas que ocupaban los samuráis al servicio del daimio. Desde esa altura divisó algunas más, cuyos moradores aún conversaban, cenaban o jugaban una partida de *go*. Como un gato silencioso avanzó de un tejado a otro hasta que llegó al lugar en el que habían encerrado al cobrador.

Ibuki comprobó que dos guardias permanecían en la entrada principal, ningún otro daba vueltas alrededor. Nadie se atrevería a ayudar a un perro como Kanada, después de lo que había hecho. Sacó un cuchillo de su cintura y lo clavó en el techo. La estructura en la que habían encarcelado al viejo era sencilla. Una construcción con una ventana con barrotes y una puerta vigilada por los guardias, aunque el tejado de hierba le facilitaría el trabajo. Sin apenas esfuerzo abrió una brecha y luego consiguió agrandarla lo suficiente como para adentrarse por ella. Primero echó un vistazo y solo vio un bulto acurrucado en un rincón. Imaginó que se trataba de Kanada.

Ibuki se deslizó como una araña por la pared. Aguzó el oído, nada se escuchaba en el interior, salvo la respiración lastimosa de su huésped. Ibuki se acercó al viejo, tiró del pelo del cobrador para hacerle levantar la cabeza y que lo mirase a los ojos. Al principio, el anciano no entendía qué sucedía, pero de pronto pareció reconocerlo.

—¿Quién eres? —preguntó temeroso de la respuesta.

—El hijo de Kawasida.

El anciano no dijo nada más porque le rebanó el cuello de izquierda a derecha hasta que notó cómo el puñal tocaba el hueso. Kanada emitió un gorjeo, ahogándose con su propia sangre. Ibuki lo lanzó al suelo y el cobrador intentó arrastrarse hasta la salida para pedir ayuda a los guardias. Ibuki se puso en cuclillas y observó su patético intento de sobrevivir. Cuando la muerte se apoderó de su cuerpo, le cortó las dos orejas, las guardó en un trozo de tela y salió por donde había entrado.

Unas horas más tarde, ante un altar improvisado en uno de los santuarios abandonados a las afueras de Nagoya, Ibuki rezaba a su familia y ofrecía sus ofrendas a su padre. Por fin se había hecho justicia. Desde ese día su familia alcanzaría, según su fe budista, el Nirvana.

Al anochecer, se dirigió al *mundo flotante*[107]. En esa ocasión, no anhelaba compañía femenina sino emborracharse. La noticia de la muerte de Kanada se había extendido con una increíble rapidez por todos los rincones de la ciudad. Ajeno a lo que no fuese su bebida, no se percató de la llegada de un nuevo cliente. No había escogido la mejor posada del barrio flotante, solo una en la zona menos noble de tan alegre parte de la ciudad. El recién llegado se acercó al joven que bebía en soledad.

—Kawasida —dijo.

Ibuki disimuló su turbación, hacía mucho que nadie lo llamaba por el nombre de su casa. Elevó la cabeza y reconoció al samurái que le había pateado el día que pidió clemencia para su padre. Había envejecido, si bien no lo bastante como para no empuñar con maestría una espada.

—Fukuda…

—¿Puedo? —preguntó, señalando el otro lado de la mesa.

Ibuki asintió de mala gana. El samurái se sentó y cruzó las piernas. Luego, hizo un gesto a la chica que servía las bebidas para que le trajese más *sake*. Kawasida continuó sin pronunciar una palabra, así que dijo:

—Te vi en el juicio.

Ibuki fijó los ojos en Fukuda y sonrió con maldad. El samurái vio con claridad el semblante que verían sus víctimas antes de morir.

—¿Por qué no me descubriste?

—Porque imaginé que tenías una cuenta pendiente con mi señor.

Ibuki bebió de un trago el cuenco de *sake*, apretó el puño y golpeó la mesa. El silencio se propagó por la sala, pero Fukuda era un hombre astuto y no se dejaría arrastrar por la ira. Conocía su venganza; también que él se lo debía a su padre, por eso no había revelado su identidad a los hombres de Kawaokura. Nada más que por ser un ladrón, asesino y prófugo de la justicia merecía la horca, sin embargo, no lo traicionaría.

—He vengado a mi padre. Tu amigo y casi tu hermano —le recriminó con tanto veneno como el que tendría una serpiente.

—Lo sé, muchacho —afirmó—. Esa es la razón por la que ahora mi espada no acaricia tu cuello. No sería un buen vasallo y, menos aún, un digno samurái, si no castigase con la muerte al hombre que ha matado a mi señor Kanada, aunque este fuera un *kusojāku*[108].

Después de esas palabras, Fukuda se puso en pie sin saber que había estado a punto de morir. Un leve movimiento e Ibuki le habría clavado el *kunai*[109] que ocultaba bajo el *haori*. El antiguo amigo de su padre se marchó de la posada, pero tanto uno como otro sabían que el día que se encontrasen de nuevo quizás la sangre manchase sus aceros.

49

el alma de dos mujeres

Fuerte español de Balanguingui (Filipinas), 3 de noviembre de 1852

No hacía falta ser un experimentado observador para advertir que Soto se la tenía jurada a Quesada. Baler vio pasear por la playa hasta el embarcadero al capitán y a su esposa. En el fuerte una mujer, y española, causaba envidia y algunos comentarios cizañeros. Del mismo modo, como un ángel custodio, Eva seguía los pasos de la pareja. Desde que llegaron de Manila, el alférez había notado que Quesada vigilaba cautelosamente todo lo que le rodeaba, temeroso de que de un momento a otro lo apuñalasen por la espalda.

Durante los meses en los que Quesada y Narváez permanecieron en Manila, el alférez no había perdido de vista a Soto. En ese tiempo, el capitán filipino convirtió el fortín en su reino. El comandante le dejaba hacer porque controlaba a los soldados, pero para algunos la vida en Balanguingui se había convertido en una estancia en el Purgatorio.

En la cantina, Baler volvió a rellenarse el vaso de aguardiente. Al beberlo notó las llamas del infierno apoderarse de su estómago. Miró al responsable, un filipino cuyo método para aniquilarlos consistía en darles ese matarratas en vez de clavarles una lanza en el corazón como harían sus amigos los joloanos.

—Veo que el aguardiente está igual de bueno —dijo una voz que reconoció enseguida.

Baler alzó el rostro y vio a Quesada. El jienense tenía aún el brazo vendado, según había informado al general, debido a una caída de un caballo. Pero Baler había visto cabalgar al andaluz y ponía en duda su historia, aunque Quesada no parecía dispuesto a confesarle la verdad.

—Capitán —dijo muy serio.

Desde que Quesada llegó al fuerte, Salinas se había encargado de mandarlos a distintas expediciones en las que no coincidían. Apenas había cruzado una palabra con el capitán, y las veces en las que se habían visto nunca habían podido hablar a solas porque lo acompañaban las dos mujeres. Pensaba que había que ser un hombre íntegro y de tendencia eclesiástica para convivir con Eva sin caer en la tentación. Fuera como fuese, Quesada era más sacerdote de lo que él creía que lo sería nunca. Vivía con dos mujeres cuyas almas eran tan

diferentes que amaban de distinta manera a Quesada. Baler se preguntó si el capitán era un hombre afortunado o todo lo contrario.

—Hombre, soy yo. No me toques las narices con formalidades.

—Después de recibir una medalla… —respondió el alférez con desconfianza.

—Si te preocupa saber si se me ha subido a la cabeza, la respuesta es no, pero si estamos en esas me llevaré mi coñac y mi medalla a otro lado.

El semblante de Baler cambió de repente al ver la botella que Quesada ponía en la mesa.

—Ya sabía yo que no te olvidarías de tus viejos camaradas.

Quesada golpeó el hombro del alférez, y esa fue la señal para que Baler se abalanzara sobre la botella.

—¿Qué ha sucedido con Soto mientras no estaba? —preguntó el jienense.

Tras un trago que le supo a gloria, Baler se inclinó más hacia Quesada y miró a todos lados para comprobar que nadie escuchaba su conversación.

—El comandante no hace nada sin consultárselo. Mantiene a los soldados entrenando día y noche, algunos han necesitado los servicios del médico. Si sigue así, no me extrañaría que uno le rebanase el pescuezo una de estas noches.

—Pero no es eso lo que te preocupa.

Baler de nuevo se sirvió otra copa, esta vez no la saboreó sino que se la bebió de un trago ante la mirada atenta de Quesada.

—No, capitán. —El alférez miró fijamente al capitán antes de decidirse a hablar—: Dice Soto que mientes.

—¿Sobre qué? —preguntó Quesada, más alterado de lo que quería admitir.

—Sobre tu herida.

Las palabras de Baler aliviaron su intranquilidad, pero no por ello dejaban de ser peligrosas.

—Soto tiene demasiada imaginación.

Baler fijó la mirada de nuevo en él y dijo con una seriedad que pocas veces exhibía:

—Cuídate las espaldas. No me fío de Soto ni de su amigo Vázquez. Ambos te la tienen jurada. No creas que Soto ha olvidado que lo acusaste ante el comandante de excederse en el ejercicio de sus órdenes y, menos aún, ese malnacido de Vázquez. Siempre jura que te devolverá el puñetazo donde más te duela. Los dos son perros viejos y las paredes de este fuerte, finas.

Quesada asintió de mala gana. Baler tenía razón. Era inútil negar que se tomaba en serio su advertencia.

DOS NOCHES MÁS tarde, el comandante Salinas invitó al matrimonio Quesada a una cena, aunque no eran los únicos invitados, Soto se encontraba también aquella noche. Vázquez se excusó de asistir diciendo que estaba indispuesto.

—Señora Quesada, debe disculpar nuestra sencillez —dijo el comandante, azorado por recibir a una dama.

Diego observó que Salinas se había esmerado en mejorar el estado de la cabaña. Uno de los soldados de menor rango hacía de camarero, exhibía el uniforme impoluto y lo habían obligado a ponerse guantes para la ocasión.

—Comandante, es un placer que nos haya recibido de esta manera. Lamento todos los inconvenientes que le he provocado por mi presencia en el fuerte.

Luisa no era estúpida, sabía que su permanencia en el fortín dependía de congraciarse con ese hombre.

—Siempre es agradable contar con la presencia de una dama como usted.

—Aunque no es el lugar más adecuado —intervino Soto, tomando la mano de Luisa para besarla.

El gesto galante no dejaba de ser intimidatorio por la mirada fría con la que lo acompañó.

—El deber de una esposa es estar junto a su marido y más cuando está enfermo o herido.

—No todas pueden hacer lo mismo —apuntilló Soto. Y añadió—: Pero el capitán Quesada es un hombre afortunado que parece tener amigos capaces de conseguir lo imposible.

Diego contemplaba al trío sin decir una palabra. Prefería que Luisa desplegase su encanto. No le cabía la menor duda de que se ganaría el favor de Salinas. Soto era otro cantar.

Luisa no respondió a la provocación del capitán y tomó del brazo a Salinas para que la condujese a la mesa. El comandante hinchó el pecho con orgullo. Hacía demasiado tiempo que no estaba tan cerca de una mujer.

En la mesa, enseguida la conversación se encaminó a las distintas provincias de España de los que eran oriundos.

—Pasé una larga temporada en Madrid —dijo el comandante.

—Yo también, y me hospedé con la condesa de Vilches —respondió Luisa.

Soto escuchaba cada una de las palabras que pronunciaba Luisa. Diego imaginó que, para la mentalidad de ese hombre, su amiga era una muchacha con ideas demasiado modernas, incluso afrancesadas, para lo que él consideraba que debía tener la mujer de un militar

español. Además, había cometido la osadía de seguir a su esposo al fortín. La explicación que había dado para justificar su presencia en el fuerte era ridícula. No dejaba de observarlos y temía que descubriese que no se comportaban como esposos, sino como hermanos o como amigos. Había visto que uno de los hombres de la camarilla de Soto los vigilaba.

—Señora Quesada, creo saber que la condesa de Vilches es una mujer de carácter bondadoso que sufraga varios actos de caridad.

Luisa esbozó una sonrisa antes de contestar:

—Así es, capitán Soto. Me sorprende que hasta aquí haya llegado la labor de la condesa.

—¡Oh! Intentamos estar informados de todo lo que sucede en la madre patria —dijo el comandante

—No digo que no estén informados de cuestiones políticas que son necesarias para la labor que desempeñan en este lugar, sino de los trabajos caritativos que realizan unas pobres mujeres como la condesa y yo misma —se disculpó Luisa con Salinas.

Diego observó a Soto preguntándose a dónde quería llegar con esas palabras. Parecía un tigre dispuesto a cazar una pieza antes de saborear su tierna carne.

—Señora Quesada, no tenemos espías en los hogares de damas de abolengo o de las esposas de nuestros militares —argumentó Soto. Después con una sonrisa burlona que se convirtió en una mueca feroz añadió—: Mi hermana es religiosa en Madrid y, como a usted, le gusta visitar Francia. Es una mujer recta, crítica con las ideas progresistas y casi paganas de los franceses.

—Comprendo —afirmó Luisa un poco alterada.

Diego fijó la vista en su amiga, imaginaba que recordaba a sor Águeda y su paso por la prisión. Además, no era el único que se había dado cuenta de su incomodidad al nombrar Francia. Soto contemplaba cada gesto de su rostro.

—Luisa, creo que es hora de retirarnos —le pidió Diego.

—Así es —respondió ella con el semblante visiblemente pálido—. Comandante, ha sido una cena maravillosa. Espero algún día corresponder de igual modo.

—El placer ha sido mío —contestó Salinas. Tomó la mano de Luisa y la besó.

El capitán Soto hizo lo mismo, pero la sostuvo un instante más. Antes de soltarla, dijo:

—Escribiré a mi hermana contándole que nos honra con su presencia. Seguro que tienen amistades comunes.

—Posiblemente…

—Si me disculpan —intervino Diego—. Mi esposa aún no se ha acostumbrado a este clima.

—La verdad es que estoy cansada —mintió Luisa.

—Comandante —dijo Quesada, luego se dirigió a Soto—. Capitán.

Cuando salieron de la cabaña de Salinas, Luisa se aferró con más fuerza el brazo de Diego.

—Sospecha —dijo Luisa.

—Lo sé. Madrid no es tan grande como para que no te conozcan como la invitada de la condesa y la mujer que Narváez liberó de una prisión. Tarde o temprano lo descubrirá. Eva permanece en el fuerte por ser la hija del sultán de Brunéi y porque se la considera una salvaje. Si alguno de estos hombres averigua que no eres mi esposa, me enfrentaré a una importante amonestación y, con seguridad, a ti te enviarán a España. He justificado tu presencia ante el comandante diciendo que no podía dejarte sola en Manila tras la partida de Fernando. Salinas ha aceptado mis palabras con reticencia. Gracias a que hay una epidemia de cólera en Manila te has podido quedar hasta ahora. El comandante solo espera que un barco con destino a Manila vuelva a Balanguingui para recoger a algunos soldados con permiso para visitar la isla; mientras tanto no puede hacer otra cosa que soportar tu presencia, aunque creo que te has ganado su admiración esta noche.

—No temo que descubra que he estado en prisión, sino lo que me sucedió en París —confesó en un susurro.

Diego no dijo nada, prefirió aparentar que no la había oído a que ella volviera a no tener la confianza necesaria para revelarle lo sucedido en Francia.

AL DÍA SIGUIENTE, Baler llamó a la puerta de la cabaña que Diego compartía con las dos mujeres.

—El comandante me ha entregado esto —dijo cuando Eva lo dejó pasar.

La hija del sultán lo estudió con recelo, pero se retiró a un rincón.

—Alférez Baler —saludó la esposa de Quesada.

—Señora —respondió él con una inclinación respetuosa de la cabeza.

Mientras tanto, Diego leía las nuevas órdenes.

—Partimos al alba.

—¿Te vas? —preguntó Luisa.

—Es una misión de reconocimiento.

—Aún no te has recuperado. Cuando regresaste de las anteriores expediciones volviste mucho peor de cómo te fuiste.

—Estoy bien, Luisa. No te preocupes. —Luego, su atención se dirigió a Baler y le ordenó—: Alférez, prepare a los hombres y los

pertrechos.

Unas horas más tarde, Diego se despedía de Luisa y le advertía que desconfiase de Soto, que a simple vista parecía un caballero, aunque era cruel.

—Sabré cuidarme.

Diego tomó la mano de Luisa y desvió la mirada hacia Eva, que permanecía inmóvil, observándolos con una expresión atenta.

—Ocúpate de ella. Sé que contigo no le sucederá nada.

—Eva se ocupará.

Después salió de la cabaña y las dos lo vieron marchar con sus tropas.

Durante semanas, Diego se enfrentó a los peligros de la selva, a los ataques de los piratas y a las enfermedades que padecieron varios de sus soldados. Todo ello retrasó su llegada al fuerte.

Una noche, mientras contemplaba la hoguera que habían encendido, Baler se sentó a su lado.

—Los muchachos sabrán comportarse.

—Al menos tienen algo más de experiencia que la última vez.

—Cada año los mandan más jóvenes —afirmó el alférez.

—Hombres como tú y como yo quedan pocos, amigo Baler.

—¿Tan estúpidos como para vivir en medio de esta selva? Seguro. —Diego esbozó una sonrisa, pero desapareció cuando Baler preguntó —: ¿Te preocupan las mujeres?

—Ellas no, pero Soto…

—Es un mal bicho, eso seguro.

50

una amarga invitación a cenar

Fuerte español de Balanguingui (Filipinas), 26 de noviembre de 1852

Luisa recibió la invitación del comandante para cenar. Habría rechazado asistir, sin embargo, no quería ofender a Salinas. Se vistió de manera sencilla, con el vestido gris que usaba cuando enseñaba a las alumnas en París. De nuevo, el comandante no se hallaba solo, eso habría sido indecoroso, así que Soto y Vázquez también se encontraban en aquella cena.

—Querida señora Quesada, está muy callada esta noche.

—Discúlpeme, comandante, pero soy la mujer de un militar. La misión de mi esposo es cumplir sus órdenes, y la mía la de preocuparme por él y rezar para que regrese de una pieza.

—Desde luego es una loable misión.

—Señora Quesada, espero noticias de mi hermana desde Madrid.

Luisa fijó la mirada en el capitán, y esbozó una sonrisa que no terminaba de florecer.

—Deseo que sean buenas nuevas.

—Lo serán.

—Nunca me dijo cómo se llamaba su hermana, quizás, como usted dijo, tengamos amistades comunes.

—Águeda, sor Águeda.

Aquellas dos palabras convirtieron el rostro de Luisa en un lienzo tan blanco que su piel parecía invisible.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, ¿puede darme un poco de agua?

Salinas se dio prisa en llenar su copa, y ella la bebió con ansia.

—¿Está mejor? —preguntó el comandante, solícito.

—Sí... Es por culpa del clima. Si no es molestia, me gustaría retirarme. Desde esta mañana no me encuentro bien.

—Su esposo no debió traerla. El fuerte no es sitio para mujeres —afirmó Vázquez, mirándola con malicia e intensidad.

Luisa se sintió asqueada por aquella caricia visual que dejó en ella una sensación de repulsión.

—La acompañaré —se apresuró a decir Soto.

Luisa no podía negarse, así que cuando el capitán le ofreció el brazo, ella no tuvo más remedio que tomarlo. El aire de la noche,

aunque cálido y húmedo, la ayudó a recobrar la valentía.

—Dentro de dos días vendrá el correo —insistió Soto—. ¿Usted espera noticias de España?

—No, no tengo a nadie en España, salvo la condesa de Vilches.

—Entiendo…

En el momento en que llegaron a la cabaña, Soto besó su mano y se marchó sin decir nada más. En ese instante, Eva salió a la puerta. Ambas mujeres observaron cómo se alejaba el capitán.

—Estás blanca —escuchó decir a Eva.

—Espera noticias de ese demonio —respondió, ignorando a la joloana.

—¿Quién?

—Es una larga historia.

—Toda noche para escuchar —aseguró Eva.

Luisa sabía que no podría disuadirla. Respiró hondo y se preparó para confesar a Eva su verdadera historia, esa que deseaba olvidar y que el destino insistía en que no fuera posible.

Durante los dos días siguientes, Soto se encargó de martirizarla. Aguardaba cada momento en que la veía para recordarle que recibiría la correspondencia. Hasta que al fin llegó la carta que Luisa tanto temía. Desconocía si se trataba de la misma monja, pero no era tan ingenua para creer que hubiese dos sor Águedas en Madrid.

Luisa permanecía en la cabaña, temerosa de que de un instante a otro, Salinas atravesara la puerta y la llevase en un barco con rumbo a España por descubrir quién era, según la hermana de Soto: una mujerzuela. Lo peor no era enfrentarse a ser considerada una cualquiera, sino una asesina. Temía cada segundo, desde que le dijo que recibiría correspondencia, que averiguase lo que había sucedido en París. Eva se mantenía a su lado y vigilaba por la ventana.

—Matar, sería lo más fácil.

—¡No digas eso! Júrame que no cometerás esa locura.

—Soto, problemas. No Soto, se acaba problemas —dijo, mostrando el cuchillo.

La lógica de Eva era sencilla y, al mismo tiempo, terrible y tentadora. De pronto, Eva se tensó al ver quién se acercaba a la cabaña.

—Capitán.

Luisa se envaró en la silla, cogió uno de los libros de Diego y cuando escucharon cómo golpeaban a la puerta, ella asintió y Eva abrió. Su mirada felina ensartaba a Soto, que le devolvió otra cargada de desprecio.

—He recibido una carta de mi hermana. Quería leerle un par de párrafos.

—¿Son buenas noticias? —preguntó Luisa con un hilo de voz.

—No estoy seguro, quizás usted pueda ayudarme a determinar si lo son.

—Por supuesto, siéntese.

Soto obedeció. Luisa notaba cómo el sudor le bajaba por la espalda, le faltaba el aire, y creyó que el capitán disfrutaba con atormentarla de aquel modo.

—«A la presente espero querido hermano que te encuentres bien de salud. Sobre el tema al que te referiste en tu anterior misiva, conozco a una muchacha, llamada Luisa Navarrete, una pecadora. Amiga de Narváez y de un tal Quesada. Cumplía condena en esta prisión por atentar contra Dios y el ángel del hogar. El poder de estos hombres la liberó. Supongo que vendió no solo su alma, sino también su cuerpo. En cuanto a París, requiero de más tiempo» —leyó Soto, después dijo—: Prefiero omitir el resto, es demasiado ofensivo.

—¿París…?

—Es verdad, ignora que he averiguado cierto asunto relacionado con usted —dijo y esbozó una sonrisa—. Debe ser más cuidadosa. En el fuerte siempre hay ladronzuelos.

—¿A qué se refiere? —preguntó Luisa, temerosa de saber la respuesta.

—Alguien me vendió un par de cartas, escritas en francés. Por suerte sé lo suficiente de ese idioma y, puedo asegurarle, que el ladronzuelo ni siquiera lee español.

—Es usted un…

Soto alzó la mano y la obligó a guardar silencio.

—Como le decía, la curiosidad me llevó a leerlas y descubrí que no es la señora Quesada. Además huyó apresuradamente de París por la muerte de un hombre. Mi hermana tarde o temprano averiguará todo el asunto y sabré qué sucedió en París.

—¿Qué quiere? —preguntó directamente Luisa, sabía que las súplicas no convencerían a ese hombre.

—Vengarme de Quesada.

Soto cerró la carta y la guardó en su chaqueta.

—Diego no tiene nada que ver con ese asunto. Además, es cosa del pasado —se defendió Luisa, intentando alejar del capitán cualquier palabra que se refiriese a París o a su amigo.

—¿Seguro? ¿Cómo cree que afectará al capitán Quesada que todos sepan que su esposa es una fulana que estuvo en la cárcel?

—¡No meta a Diego en esto, se lo suplico! —exclamó casi gritando.

—En eso se equivoca, estoy deseando meter a su querido esposo en esto —respondió con una mirada cargada de resentimiento—. Aunque quizás yo pueda convertirme también en tu amante —la tuteó.

—Fuera —dijo Luisa con toda la dignidad posible—. ¡Fuera! ¡Maldita sea, váyase!

Soto se puso en pie, antes de irse, se giró y dijo:

—Le entregaré esta carta al comandante Salinas.

—Matar si lo hace —le amenazó Eva.

El capitán contempló a la joloana con un gesto de dureza.

—Inténtalo, perra.

Eva dio un paso adelante, pero Luisa se interpuso entre ella y Soto.

—¡No!

La joloana obedeció por temor a que hiriesen a la española. Ella había prometido al capitán que la cuidaría y no rompería su palabra. No era el momento de vencer, pero la noche era larga y la oscuridad una aliada si la ponías de tu lado.

Soto le lanzó una mirada de triunfo y se marchó de la cabaña.

EVA AGUARDÓ A que Luisa se quedase dormida, salió de la cabaña y se dirigió a la de Soto. Portaba su puñal, sería sencillo. Entrar, degollar y huir. Penetró por la ventana con los pies descalzos para no hacer ruido. En el instante en que pisó el suelo notó que estaba mojado. Sin luz no sabía qué pisaba, hasta que tropezó con un bulto. Se arrodilló y palpó de qué se trataba: era un hombre muerto. Nadie, salvo Soto, vivía allí.

Eva se apresuró a abandonar la cabaña cuando dos soldados la vieron.

—¡Tú! ¡Detente! —le ordenó uno, apuntándola con un arma.

—No matar, no matar.

—Avisa al comandante y a la señora Quesada.

Una hora más tarde, Eva era encerrada en el calabozo, y Luisa intentaba por todos los medios salvarla.

—Comandante, le aseguro que Eva no miente. Si ella dice que no mató al capitán, no lo hizo.

Sentado ante la mesa de la pequeña sala de su despacho, Salinas miró a la señora Quesada.

—Entonces, ¿qué hacía en la cabaña del capitán Soto?

Luisa no podía justificar la presencia de Eva en la casa de Soto, pero mentiría si era necesario.

—Eva es una mujer atractiva, y el capitán un hombre joven… —dijo sin terminar la frase.

—Señora Quesada, conozco bien a mis soldados. Soto no se habría acercado a esa mujer, aunque fuese la última que existiese en la tierra. Lo lamento, señora Quesada, Eva será ajusticiada y condenada por el asesinato del capitán Soto. Esa muchacha no nos ha dado nada más que quebraderos de cabeza desde que su marido la trajo al fuerte.

La mención de la palabra «esposo» llenó de esperanza a Luisa. El

comandante aún ignoraba la verdad. Desconocía dónde había guardado Soto la carta, pero tenía que encontrarla.

Esa misma noche, Luisa buscaría el motivo de su desesperación en la cabaña del capitán. Alumbró con la escasa luz de su farol la negruzca y extensa mancha del suelo de la sangre de un hombre. La imagen le provocó un estremecimiento. Con rapidez registró las pocas pertenencias de Soto hasta que dio con ella. Supuso que ese malnacido pretendía atormentarla un poco más antes de entregarla a los leones. Buscó un cuenco, abrió el farol y aproximó la carta a la llama. Luego, fue un alivio ver cómo se consumía ante sus ojos.

DOS SEMANAS MÁS tarde, Diego regresó al fuerte y se tropezó con la mirada interrogativa de algunos y despreciativa de otros de sus compañeros.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el alférez a uno de los soldados que había bajado la cabeza avergonzado.

—Han matado al capitán Soto.

Baler miró a Diego, que tenía los ojos fijos en la cabaña que ocupaban las dos mujeres.

—¡Alférez! —gritó Quesada.

—¡Señor!

—Ocúpese de las tropas.

—A la orden, capitán —respondió Baler.

De todos modos, no fue ninguno de los hombres de Balanguingui quien les contó qué había sucedido. Luisa salió de la cabaña nada más verlos entrar al fuerte y se encaminó a ellos con pasos decididos. Cuando llegó hasta Diego, se abrazó a él. Diego la apartó un poco, sorprendido por su actuación.

—Eva…, la han acusado de asesinato.

—¡Debe tratarse de un error!

Luisa disintió de sus palabras con un movimiento leve de la cabeza. Y añadió:

—La culpan de matar al capitán Soto.

Diego guardó silencio y su vista se desvió a Baler. El alférez asintió confirmando la advertencia que le había hecho no hacía tanto en la cantina. Parecía que Soto, después de todo, se vengaría de él, a través de una de las mujeres que le importaban.

—¿Dónde está?

—En el calabozo.

—Hablaré con Salinas.

—Es inútil —afirmó ella, tomando su mano.

—¿Por qué ha matado a Soto?

—Ella solo pretendía ayudarme consiguiendo una carta que había recibido el capitán. —Ante el mutismo de Diego, dijo—: Salinas ha decidido que Eva es culpable sin concederle el beneficio de la duda.

—Ya veremos —aseguró él.

Diego jamás se había mostrado tan alterado ni tan intrépido, pero Eva ocupaba un lugar importante en su corazón.

—Puede pasar —escuchó decir a Salinas desde el interior.

Diego entró, se cuadró ante su superior y aguardó a que le diese permiso para hablar.

—Capitán, descanse.

—Gracias, comandante.

—Espero ver el informe de su misión en mi mesa en un par de días.

—Lo tendrá mañana.

Salinas asintió mientras movía la mano en el aire indicándole que podía retirarse. Al ver que no se marchaba, preguntó:

—¿Algo más?

—Quiero ver a Eva.

—Eso no será posible. Sé de su predilección por la joloana. No le resto su valentía ni la gran ayuda que nos prestó para recuperar de nuevo el fuerte de Basilan, pero todas las pruebas apuntan a que ha matado al capitán Soto a sangre fría y debe pagar por lo que ha hecho. —Salinas fijó la mirada beligerante en Diego y dijo—: Confío en que no se rebele a mi decisión, es un buen soldado que sabe respetar la cadena de mando. Espero que no pierda la cabeza por una mujer que solo le ha complicado hasta ahora la existencia.

—Ella no ha matado a Soto.

—¿Cómo está tan convencido de ello?

—Porque la conozco…

—No diga tonterías, hombre —lo interrumpió Salinas y, esta vez, no empleó su rango militar en sus palabras—. Es una salvaje, hija de un pirata joloano. Sabe bien cómo actúan estas gentes. Seguro que Eva aprendió a degollar antes que a andar.

—Encontraré las pruebas que demuestren su inocencia.

—No las hallará —aseguró Salinas.

—¿Puedo retirarme?

—Puede, capitán. —Antes de atravesar la puerta, el comandante lo detuvo con sus palabras—: Le aconsejo no como su comandante, sino como su amigo, que olvide este asunto. No mancharé la reputación de mis tropas de esta manera. —Diego se dio la vuelta y miró a los ojos de Salinas. Comprendió que no era tan ingenuo como ambos pensaban y se había dado cuenta de que Luisa se ocultaba allí por alguna razón —. Es mejor culpar a Eva del asesinato del capitán Soto. Todos podemos correr igual suerte de morir a manos de un joloano al venir a esta tierra —concluyó, apaciguador.

—¿Acusaría a una inocente de un crimen que no ha cometido?

Salinas se puso en pie y golpeó la mesa.

—¡Maldita sea! ¡Intento ayudarles!

—No sé a qué se refiere…

—Soto me dio esta carta —afirmó, enseñándole un sobre—. Me dijo que había información importante sobre su esposa en ella—. Al ver el rostro intranquilo de Diego, añadió—: No se preocupe, aún no la he leído. Pero lo haré si inculpa a uno de mis hombres del asesinato de Soto. Le juro que cuando Eva sea ajusticiada, se la entregaré. Sea cual sea el pecado de su mujer, solo Dios debe juzgarlo y a mí no me interesa saberlo. Es parte de su pasado. Si usted ha sido capaz de perdonarla, yo no soy quién para no hacerlo.

Diego apretó los puños de impotencia. Si ayudaba a Eva, podía condenar a Luisa a regresar a España. Fuera lo que fuera lo que hubiera hecho, prefería permanecer a su lado en aquel agujero en medio de la nada a volver. En cambio, si ayudaba a Luisa, sentenciaría a una inocente a la horca. Realizó un saludo militar y se retiró dispuesto a saber qué le había sucedido a Luisa en París y por qué temía tanto las noticias que pudieran llegar de España.

Al salir de la cabaña de Salinas, Vázquez se cruzó con él, andando en dirección contraria.

—Pronto ahorcarán a esa zorra —dijo con desprecio.

Diego lo miró con una expresión tan sombría que parecía otro hombre. Uno dispuesto a ajustar cuentas pendientes.

—Será mejor que no digas una palabra más —le advirtió Quesada.

—¿Por qué? ¿Piensas callarme? Deberías escuchar una historia sobre esa salvaje.

—¿De qué hablas, bastardo?

—La noche anterior a nuestra partida a Basilan…

—Cállate o te arrepentirás —lo amenazó Diego.

Vázquez lo miró con una sonrisa sincera.

—La seguí hasta la parte de atrás, cerca de la empalizada.

—No digas ni una palabra más.

Vázquez ignoró su advertencia, a esa altura se había formado un corrillo de hombres a su alrededor.

—Esa salvaje se desabrochó la camisa, entonces vi sus tetas y su coño. Hacía meses que no me follaba a una mujer.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó Diego, lanzándose sobre él.

Se necesitó la fuerza de dos hombres para separarlos, aun así, Vázquez todavía no había terminado de escupir sus palabras.

—Le prometí que la llevaría —dijo, limpiándose la sangre de la nariz. Diego le había dado un puñetazo que lo había hecho sangrar—. Esa sucia pirata se tumbó en el suelo y abrió las piernas. Me bajé los pantalones…después le di la vuelta y la puse a cuatro patas, mientras

presionaba su asquerosa cara de pirata contra la tierra se lo hice por detrás.

—No mereces llevar el uniforme que portas —dijo Diego, agradecido a Dios de que dos hombres lo sujetasen, o hubiese matado a ese cabrón ese día.

Todavía no había salido todo el veneno de la boca de Vázquez y con una sonrisa hiriente dijo:

—Quizás no, pero tú ni siquiera eres capaz de satisfacer a tu esposa —afirmó con tanta seguridad como si hubiera compartido la cabaña con ellos, sin embargo, aún no había terminado de hablar—: He pensado en hacerle compañía la próxima vez que salgas de maniobras.

Esas palabras eran más de lo que Diego podía soportar ese día. Se liberó de las manos de los soldados que lo sujetaban y golpeó con saña la cara de ese bastardo. Vázquez esperaba el ataque y respondió con vigor, haciendo que cayera de rodillas. Diego se incorporó con tranquilidad, tomándose su tiempo. Le dolía la barbilla, pero no se rendiría tan fácilmente. Cuando se disponía a atacar de nuevo, el comandante se plantó entre los dos. Había salido de su cabaña al escuchar el alboroto.

Vázquez se limpió la sangre con el dorso de la mano mientras le lanzaba una mirada oblicua, cargada de maldad.

—Si te acercas a alguna de ellas…

La amenaza quedó en el aire cuando Salinas gritó:

—¡Basta! Su comportamiento es inapropiado e indecoroso para hombres con su rango y formación. Capitán Quesada, regrese a su cabaña; Vázquez, a mi despacho.

Cuando llegó a la cabaña que compartía con las dos mujeres, encontró a Baler acompañando a su amiga. Los dos se pusieron en pie al verlo en aquel estado, aunque no dio opción a que ninguno de ellos le preguntara qué había sucedido.

—Déjanos solos —pidió con brusquedad a Baler.

Cuando el alférez cerró la puerta a su espalda, Diego golpeó la mesa.

Luisa se incorporó y miró a su amigo como si se tratase de un desconocido. La sangre manchaba su rostro y su mirada, apacible y cálida, se veía severa y rabiosa.

—¿Qué dice la maldita carta que posee Salinas?

Luisa se puso lívida al escuchar las palabras de Diego. Se sujetó a la silla de la que se había levantado y agachó la cabeza avergonzada e incapaz de enfrentarse a él.

—Creía que había quemado la única carta, pero pidió a su hermana que copiase la misma dos veces. Yo… no…

—¡Luisa! ¡Maldita sea! ¡Es la vida de una mujer la que está en juego!

Luisa se retorció las manos hasta que le dolieron. Después, se sentó en la silla bajo el peso del silencio que amenazaba con destruir su amistad.

—Te contaré lo que sucedió en París —dijo, y con el rostro compungido añadió—: Solo espero que no me juzgues con tanta severidad como lo hago yo.

51

la concubina

Ciudad de Edo (Japón), 3 de noviembre de 1852
(Onceavo mes del quinto año de la era Kaei)

En palacio todos trabajaban entusiasmados en la celebración del *Tsukimi*. El festival de la luna de otoño mantenía a todas las damas del castillo de Edo entretenidas en realizar las decoraciones y expectantes ante la llegada de la luna llena. Para la ocasión se adornaban barcas que navegaban por el río Sumida donde los asistentes, mientras leían poesía, esperaban ver en sus aguas el reflejo del mágico astro. Desde principios de otoño hasta que llegase el invierno se celebraba la festividad. A Hiroyoki le parecía un sinsentido cuando los extranjeros presionaban más al gobierno, las intrigas políticas amenazaban la estabilidad del país y el próximo sogún era un ser tan lerdo como un pescado.

Después de un mes, aún no sabía nada del *rōnin* ni tampoco nadie lo había consolado por la pérdida de las tierras de cultivo de caña de azúcar del señor Kawaokura. Creía que ese bastardo no había cumplido su orden y se preguntaba por qué. Odiaba a la familia Kawaokura tanto o más que él. A fin de cuentas, eran los responsables de la muerte de su padre y la destrucción de su familia. El señor de Mito le contó su historia, sin embargo, cada vez que nombraba a Miyako atisbaba en el fondo de su mirada una admiración mal disimulada por esa mujer. Hiroyoki esbozó una sonrisa. Siempre era ventajoso conocer los puntos débiles de tus posibles contrincantes. De pronto, escuchó tras su espalda cómo los pasos de uno de los criados se acercaban a él.

—Nuestro señor desea que vaya a sus aposentos.

Hiroyoki no se giró, pero asintió con la cabeza. Respiró hondo y se encaminó al cuarto de Yoshinobu. Varios criados le abrían y cerraban celosías, permitiéndole avanzar por varios pasillos de madera encerada. Una vez que llegó ante la puerta de los aposentos de su señor, un criado abrió la puerta y él se arrodilló en la entrada. En su interior, su señor permanecía con las manos en la espalda y contemplaba el jardín de arena blanca al que se accedía desde su habitación al descorrer una celosía. Las hojas rojas de los arces habían sembrado el suelo al caer de sus ramas y se asemejaban a las aguas de

un río de sangre.

—¿Te gusta el *momiji*[110]? —preguntó el joven sin darse la vuelta.

Hiroyoki observó el manto de hojas de diferentes tonalidades, que, con los cambios de luz, se mostraban desde el rojo intenso a un naranja similar al del hábito de los monjes budistas.

—Es hermoso —reconoció.

—Es más que hermoso, es un espectáculo.

Hiroyoki continuó arrodillado sin pronunciar una palabra.

Tras un instante de silencio en el que se escuchó el sonido del viento entre las ramas de los arces y el cantar de algún pájaro, Hiroyoki preguntó:

—Mi señor, me ha hecho llamar…

Yoshinobu pareció recordar el motivo por el cual había ordenado la presencia de su vasallo.

—Sí, creo que puedes ayudarme.

El samurái lo miró sin comprender. Yoshinobu era un joven inteligente. Solucionaría cualquier dificultad mucho antes que él, pero sintió curiosidad por saber a qué se refería.

—Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarle, mi señor.

—Lo sé… lo sé. —Yoshinobu se dio la vuelta antes de hablar—: Pronto me visitará mi concubina. Su nombre es Suka. Es la hija de un criado al servicio de mi padre.

Hiroyoki entendió que el muchacho no había escogido a la tal Suka. El señor de Mito, ante el hecho de que su hijo no fuera nombrado sogún, había tomado otro camino. Si Suka le daba un descendiente, este podía convertirse en el heredero al sogunato, ya que el descendiente del sogún no parecía dispuesto a engendrar uno.

Yoshinobu fijó sus ojos perspicaces en él.

—Otowara Hiroyoki, no sé cómo es una mujer.

El samurái dudaba que, entre sus enseñanzas, no hubiese sido instruido en dar placer al sexo femenino[111] . El muchacho leyó en el semblante de su vasallo su pregunta no dicha.

—Sé cómo darle placer, pero no he visto a ninguna sin ropa y, menos aún, la he tocado o yacido con alguna.

Hiroyoki alcanzó a ver el dilema de su señor. Yoshinobu era un joven al que le gustaba conocer con precisión aquello en lo que se embarcaba y para él el cuerpo de una mujer suponía un misterio. La idea de encontrarse cara a cara con su concubina y no dominar la situación lo angustiaba, y pese a que intentaba disimularlo, le asustaba fracasar.

—No sé bien cómo… —se atrevió a decir Hiroyoki.

—Frecuentas el barrio del placer, ¿verdad? —preguntó Yoshinobu, sentándose frente a él.

—A veces, mi señor.

Hiroyoki pensó que si a su señor se le había ocurrido visitar esa zona de la ciudad sería del todo imposible. No podía abandonar el castillo sin vigilancia. Además, una vez en el mundo flotante, ninguna cortesana se arriesgaría a yacer con el futuro sogún sin el consentimiento expreso de su padre. Todos sabían en Edo que Mito Nariaki controlaba la voluntad y la vida de su hijo. Por otro lado, ninguna mujer podría acceder a los aposentos del joven sin que la esposa del actual sogún tuviese conocimiento de ello. Algo que no interesaba a Nariaki ni a Yoshinobu.

—¿Es tal cómo dicen?

—No sé a qué se refiere, mi señor —dijo Hiroyoki.

—¿Es cierto que las calles están pavimentadas? ¿Qué las casas son mejores que las que se construyen fuera de sus muros? ¿Vendedores ambulantes ofrecen todo tipo de objetos y fruslerías para regalárselas a las mujeres?

—Sí… —se atrevió a contestar Hiroyoki.

Nunca se había fijado en nada de eso cuando visitaba el mundo flotante.

—Deseo verlo —afirmó el joven.

—Mi señor, no puede ausentarse del castillo.

Yoshinobu fijó la vista en la silueta de su vasallo, luego respondió:

—Yo no, pero tú sí. Vestiré tu ropa y enseñaré tu insignia, así…

—¡Eso es una locura, mi señor! —interrumpió Hiroyoki.

—Hace tanto tiempo que los guardias del castillo no ven mi rostro que no saben ni el aspecto que tengo. Además, dudo que se fijen en todos los samuráis que atraviesan sus puertas para divertirse un poco en el barrio del placer.

—Si algo le sucediese, yo…

—No te preocupes —afirmó el chico, ufano—. Nada me ocurrirá. Deprisa, desnúdate.

Hiroyoki obedeció el mandato. Jamás había entregado sus espadas a nadie, sin embargo, estaba allí, a los pies de un muchacho y traicionando el valor del acero.

YOSHINOBU ESCAPÓ DEL castillo tal y como había vaticinado a Hiroyoki. Después, el joven tomó un palanquín que lo condujo directamente al barrio del placer. Mientras tanto, en el castillo de Edo, Hiroyoki permanecía en los aposentos de Yoshinobu. Las horas transcurridas desde su marcha se habían hecho interminables. Esperaba que pronto amaneciese para que su señor estuviese de regreso. Sin embargo, la voz de uno de los miembros de la servidumbre lo alertó de que sus problemas acababan de comenzar.

—Mi señor, la dama Suka desea ser recibida.

Hiroyoki miró a la puerta como si tras ella se escondiese un ser monstruoso en vez de una muchacha. La dama Suka no debería visitarlo esa noche. Yoshinobu le había dicho que lo haría dentro de dos días. Si se negaba a verla, eso provocaría comentarios y, con seguridad, llegarían a oídos del señor de Mito. Si este descubría que su hijo lo había convencido para salir sin vigilancia del castillo, su cabeza no duraría mucho sobre sus hombros.

—Que pase —dijo, tosiendo para ocultar su verdadera voz.

Con rapidez apagó todos los faroles menos uno y se sentó en un rincón de la habitación. La penumbra del cuarto le impediría que viera su rostro.

El sirviente abrió la puerta. Al ver la oscuridad se dirigió a encender los faroles, pero Hiroyoki gritó:

—¡No!

El sirviente se detuvo de inmediato. Le extrañó el comportamiento de su señor, normalmente, era amable con la servidumbre. Inclinó el torso y se fue del cuarto.

La concubina permanecía inmóvil en el centro de la habitación. Vestía un kimono de flores verdes y hojas amarillas. Desde donde se escondía no distinguía bien sus facciones, pero su pequeño cuerpo daba entender que era una joven excepcionalmente bella.

Hiroyoki no estaba preparado para lo que ocurrió a continuación. La muchacha empezó a desanudarse el *obi* que había anudado por delante. Escuchó el sonido que producía el crujido de la seda al caer al suelo. El brasero encendido calentaba la estancia mientras que la luz de las ascuas iluminaba parcialmente el cuerpo de la joven. Después, sin pronunciar una palabra, ella mostró sus pechos. Muy despacio se tumbó sobre el futón que Hiroyoki había extendido en el cuarto para pasar la noche. El samurái admiró su belleza, pero la lealtad hacia su señor le impedía tocarla.

—Cierra los ojos —le pidió.

La muchacha obedeció. Hiroyoki tomó uno de los faroles y se acercó a ella. Una débil luz rojiza alumbró cada palmo de la piel de la concubina. Su cuello frágil y delgado; sus hombros de extrema palidez y tan exquisitos; sus pechos menudos y firmes; su cintura esbelta; su vientre liso que daba paso al vello delicado de su pubis. Todo en esa mujer era hermoso.

Hiroyoki sintió cómo la lujuria se apoderaba de él. Se debía a su señor, no podía traicionarlo de una manera tan vil y, menos aún, por una mujer.

Incapaz de controlar sus deseos si seguía ante ella, se retiró de nuevo al rincón y apagó el farol.

—Vístete —le ordenó con brusquedad.

Ella abrió los ojos y se incorporó.

—¿He hecho algo mal? —preguntó con voz infantil.

—No, pero esta noche no puedo amarte. Vuelve mañana. Te aseguro que compartiremos almohada.

AL ALBA, YOSHINOBU regresó al castillo para comprobar que su vasallo aún se hallaba en sus aposentos. Hiroyoki se encontraba arrodillado ante un futón que mantenía todavía la silueta de la persona que había yacido en él.

—Hiroyoki…

El samurái se giró al escuchar la voz de su señor, tocó con la frente el suelo y pareció despertar de una pesadilla.

—Mi señor.

—¿Por qué está extendido el futón?

—La dama Suka lo ha visitado esta noche.

Por un momento el semblante de Yoshinobu se oscureció transformándose en algo muy cercano a la ira, pero enseguida volvió a convertirse en un rostro amable.

—¿Qué quería?

—Yacer con usted.

—¿Qué sucedió? —preguntó sin mirar a su vasallo.

Hiroyoki no podía mentirle, así que contó todo lo que había ocurrido esa noche.

—Volverá hoy.

—Puedes retirarte —le ordenó sin dejar traslucir si sus palabras lo habían enfadado.

—Mi señor, yo… le juro que no la toqué…

—Lo sé.

Hiroyoki asintió, tocó con la frente el suelo y después abandonó el cuarto. En el momento en que cerraba las puertas *shōji* sintió por primera vez una punzada de envidia.

ESA MISMA NOCHE, la dama Suka se presentó ante los aposentos de su señor Yoshinobu. Hiroyoki era incapaz de mirarle la cara, temeroso de que lo reconociese. Al igual que la noche anterior, su belleza se apoderó de su corazón. Un vago remordimiento lo invadió por dentro al recordar a su hermana Ame, aunque lo desterró de inmediato al contemplar el rostro de la dama Suka. Inclinó el torso y aguardó en esa posición hasta que ella se adentró en el interior del cuarto. Entonces, abandonó el castillo de Edo y se dirigió a recorrer las calles de la ciudad. No era un lugar seguro para nadie, pero su

humor estaba tan encendido como las llamas de un buen fuego. Tampoco podía sospechar el hombre con el que se cruzó que esa noche no debería haber abandonado su lecho. Lo acompañaba una muchacha, quizás se trataba de su hija o de cualquier otro pariente. Hiroyoki no reparó en ella hasta que fue demasiado tarde. La chica se agarró a las ropas del samurái para no caer y sus ojos se agrandaron de terror al reconocer el rango del hombre con el que había tropezado.

Enseguida, se apartó de él y se arrodilló en el suelo. El anciano que la acompañaba también hizo lo mismo. Hiroyoki los miró con rabia.

—¿Cómo os atrevéis a tocarme? —preguntó con voz colérica.

—Perdonadnos, samurái-*sama* —rogó el anciano—. Mi nieta es una muchacha torpe e inocente que caminaba distraída. Os ruego que seáis benevolente y actuéis con indulgencia.

Las palabras del viejo resbalaron en la conciencia de Hiroyoki. Él solo veía a la dama Suka en brazos de su señor. Así que la joven que yacía a sus pies podía valer para aplacar la lujuria que no podía satisfacer esa noche. Tiró del kimono de la muchacha y la puso en pie. La alumbró con el farol que había caído al suelo y vio que se trataba de una joven de cara redonda y ojos pequeños. Su mirada aterrorizada no hizo mella en su colérico estado de ánimo. La arrastró hasta una de las casas y la apoyó contra la pared. La muchacha estaba inmóvil y no emitió una protesta por temor a morir. Todos conocían la ley y en ella los samuráis podían matar a cualquiera con rango inferior por el simple hecho de mirar sus sandalias, así que no emitió un grito cuando Hiroyoki se introdujo en su interior con violencia, rasgando su cuerpo joven y tierno. Apenas sin respiración, se retiró de ella vacilante cuando terminó. La joven cayó de rodillas con la mirada perdida, mientras la sangre manchaba sus muslos.

Hiroyoki se giró y cruzó la mirada con el anciano. El viejo lo miró con una expresión indescifrable, a medio camino entre la desesperación y la venganza. El samurái sacó su espada y cortó en dos el pecho del anciano. La ley lo amparaba al permitir que un samurái practicase el *kirisute-gomen*. El viejo lo había ofendido y él lo había castigado en el momento de la ofensa. La chica era el único testigo y no hablaría durante mucho tiempo. Se adentró en las calles de Edo pensando que su padre no se sentiría orgulloso de su comportamiento, ni Ame tampoco. Fue entonces cuando se dio cuenta de que su espada necesitaba sangre y un samurái también. El estado de paz en el que se encontraba Edo solo acrecentaba su inquietud. Él era un guerrero y necesitaba matar. Ya que el daimio de Mito no se enfrentaría pronto a los extranjeros, quizás era hora de hacerles una visita en Dejima.

52

días de ausencia

Hotel de Oriente (Manila), 31 de julio de 1852

Durante unos segundos, Fernando y Bernard se estudiaron en un silencio largo e incierto. Bernard vigilaba con cautela cada movimiento del español, mientras Fernando evaluaba las posibilidades de vencer en una contienda contra un gigante como aquel, que podía acabar con él en un par de movimientos. La mirada del francés le advirtió de que había adivinado qué ocultaba bajo su chaqueta, también que el gabacho no le concedería la oportunidad de matarlo. El francés dobló el cuello a la derecha y luego a la izquierda, después, en un gesto amenazador, crujió uno a uno los dedos de la mano.

—Será mejor que no haga ninguna tontería —le advirtió con un marcado acento franchute.

Por supuesto, Fernando no tuvo en cuenta sus palabras y con rapidez quiso extraer el arma, pero el francés alzó la pierna, golpeó su pecho y lo estrelló contra una de las mesas. El estruendo llamó la atención de la señora Lewis, haciendo que los *rōnin* que trabajaban para ella se posicionaran a su lado.

Fernando divisó desde el suelo cómo la viuda los observaba. Imaginó que se debatía entre la idea de detenerlos o dejarlos pelear en el interior de su hotel y destrozar el mobiliario; además de asustar a la clientela. Pero nada de eso le hizo tomar la decisión de impedir la pelea, sino ver cómo Fernando apuntaba con un arma al pecho del francés.

—Detenedlos —ordenó a sus hombres, mientras el personal del hotel desalojaba el salón.

—*Hai.*

Los *rōnin* desenvainaron las katanas. No hacía falta hablar la lengua de los habitantes de la isla de los dioses, como se conocía por esas tierras a Japón, para entender qué pretendían. Sus rostros mostraban la tensión previa al combate.

—¿Piensa dispararme por la espalda? —le preguntó el francés.

Fernando se puso en pie. El pecho le dolía como si lo hubiera coceado una mula. Su instinto le pedía salir de allí cuanto antes y seguir a Fontaine, aunque para ello tuviese que matar a esa torre humana, sin embargo, su conciencia no le permitía realizar un acto

tan detestable.

—Un militar español jamás cometería tal cobardía.

—Entonces, me arriesgaré. Después seguiremos con nuestros asuntos.

El francés se dio la vuelta, y Fernando se colocó a su lado.

—La señora Lewis no se pondrá muy contenta si dispara a uno de sus empleados.

Fernando tomó el arma y la lanzó lejos. Los *rōnin* aceptaron las reglas del combate y envainaron las katanas.

El francés se agachó un par de veces para calentar los músculos ante la mirada desconcertada de Fernando y divertida de los japoneses.

—¿Cree que podrá vencer a alguno de ellos? —le preguntó Fernando.

—Le aseguro que soy el mejor en *savate*.

Fernando puso los ojos en blanco. Ese gabacho no tenía ni idea de contra quién se enfrentaba. Había visto una vez una pelea entre chinos. Si esos tipos eran la mitad de buenos que sus vecinos, ninguno de ellos tendría una oportunidad de sobrevivir, menos aún de salir vencedores.

—Usted primero —le dijo Fernando.

El gabacho se dirigió a uno de los *rōnin*. El segundo realizó un gesto con la mano a Fernando para que se acercase. El japonés dobló las rodillas, estiró el brazo con la palma abierta y aguardó a que él, con los puños apretados como un púgil, lo atacase.

El francés había derribado a su adversario con un par de patadas. Sonrió ante su triunfo, que no duró demasiado. Con una rapidez asombrosa su contrincante lo tiró al suelo y después inmovilizó su brazo. El *rōnin,* con un ligero movimiento, le rompería la muñeca.

En el otro lado de la habitación, Fernando intentaba golpear el rostro de su oponente sin ningún resultado. Su actuación sorprendió en un primer momento al *rōnin*, hasta que escuchó cómo el japonés lanzaba un grito seco a la par que movía las piernas a gran velocidad, alzándose en el aire. Sin comprender cómo había sucedido, una patada en el pecho lo obligó a retroceder unos pasos con tan mala suerte que se estrelló contra una estantería. Entonces oyó cómo la delicada y frágil loza de China emitía un quejido lastimoso cuando se destrozó contra el suelo, en multitud de pequeños fragmentos. Fernando, apenas sin respiración, resbaló hasta sentarse en la tarima de madera de la habitación.

De pronto, el sonido del frufrú del vestido de la señora Lewis rozando todo ese desastre provocó que Fernando comprendiera que habían destrozado las sillas y las mesas, la fina porcelana y los cortinajes de suntuosas telas.

—Podéis retiraros —ordenó a sus hombres—. No creo que estos caballeros cometan la estupidez de matarse uno al otro.

Ambos se inclinaron respetuosamente ante ella y dijeron:

—*Hai*.

El francés consiguió incorporarse a pesar del fuerte dolor que le había dejado paralizado el brazo. En el otro extremo de la habitación, Fernando no se podía mover, menos aún, respirar sin notar que mil astillas se clavaban en su pecho.

—Ha sido una estupidez —dijo la señora Lewis.

—Es cierto… —contestó Fernando, jadeando con cada respiración —. La compensaré por las molestias y los desperfectos.

—Es lo menos que esperaba de usted —dijo ella, haciendo un gesto a la servidumbre para que comenzase a limpiar.

Luego, atravesó el cuarto y se dirigió al francés.

—En cuanto a usted —dijo, y vio en su semblante que la derrota a manos de sus *rōnin* había resultado más dolorosa para su orgullo que para su cuerpo—, me prometió que no haría daño al señor Narváez.

—Le aseguro, *madame*, que apenas lo he rozado. Y en mi defensa debo decir que me apuntaba con un arma. Pero sus hombres…

—Son excelentes luchadores.

—Lo son, *madame* —respondió, escupiendo un cuajarón de sangre de la boca—. ¿Sería mucho pedirle algo de *whisky*?

La señora Lewis miró al francés revaluándolo, como había hecho en alguna otra ocasión. Esbozó una sonrisa y asintió.

El francés consiguió incorporarse y, como pudo, se aproximó a Fernando. Le tendió la mano y él, tras observar el rostro del gabacho, la estrechó entre las suyas.

—¿Empezamos de nuevo? —preguntó.

—Será lo mejor —admitió Fernando.

—Me llamo Bernard —se presentó.

—Usted ya sabe mi nombre.

Bernard esbozó una sonrisa acompañada de un gesto de dolor. Levantó una de las sillas y se sentó en ella. Fernando imitó su proceder y se acomodó frente a él. Enseguida la señora Lewis se acercó a ellos con una botella de *whisky*.

—Caballeros, esto les aliviará el dolor y el orgullo.

—Señora Lewis, no sé cómo disculparme —insistió otra vez Fernando.

El salón había quedado destrozado y durante un tiempo ninguno de los huéspedes podría usarlo.

—Pagando una extensa factura, señor Narváez.

Puso la botella y los vasos en una de las sillas que habían sobrevivido al desastre y se retiró para que los dos hombres solventaran sus diferencias.

—Una mujer excepcional —afirmó Bernard.

—Eso parece. —Fernando se sirvió *whisky* y dejó la botella en su lugar. Hasta que no conociese bien las intenciones del francés, podía servirse él mismo—. Pero no estamos aquí por ella, sino por Luisa.

Bernard tomó la botella y llenó su vaso, movió su contenido y olió el aroma del licor. Después dio un sorbo que le escoció como si le vertiesen ácido por la garganta.

—Soy amigo de Luisa Segovia.

—¿Cómo sé que dice la verdad?

—Ella asistía a las reuniones de *madame* Ninon.

—Eso lo ha podido averiguar sin problemas.

Bernard dibujó una sonrisa amarga, respiró hondo y señaló su chaqueta.

—¿Puedo?

—¿No esconderá un arma? —preguntó Fernando, alzando una ceja.

—Le aseguro que no me gustan.

Fernando asintió, y Bernard extrajo un sobre que le enseñó. Era una de las cartas que Luisa le había enviado a Ninon.

—Es su letra… —afirmó Fernando.

—¿Comprende ahora?

—¿Por qué quiere verla?

—Está en peligro.

—Lo sé.

—¿Cómo?

—Otro compatriota suyo ha venido a Manila. Un tal Adrien Fontaine. ¿Lo conoce?

—Lo lamento, no sé quién es.

—Él ha preguntado por ella, pero su amistad con Rosales me hace desconfiar.

—¿Quién es Rosales?

Fernando bebió de nuevo un vaso de *whisky* antes de responder:

—Un marqués con el que mi amigo, el esposo de Luisa —dijo, prefería que pensara que Luisa tenía alguien más que la cuidaba—, tuvo que enfrentarse en un duelo.

Fernando observó el rostro del tal Bernard y no pareció sorprenderse ante el hecho de que Luisa se hubiese casado.

—¿El motivo fue ella? —le preguntó.

—Sí, Luisa es…

—… una mujer curiosa y valiente.

—¿Cómo la conoció?

—Asistió a mis clases de *savate*.

—¡Luisa!

—Así es, y debo reconocer que era una de mis mejores alumnos.

—De eso estoy seguro —dijo, elevando el vaso a modo de brindis.

A FINALES DE septiembre, Fernando se sentía desesperado. Debía aguardar en Manila hasta que el navío que llevaba el correo llegara al fuerte. Sin embargo, los ataques de los piratas y el mal tiempo a causa del monzón habían retrasado que partiera el barco con la correspondencia. En el puerto le habían dicho que debían esperar, pero Fernando apenas podía soportar tal espera.

Una tarde especialmente lluviosa, en la que solo ellos tres se encontraban en el salón del hotel, Fernando observaba, acompañado de Bernard, a Fontaine.

Durante esas semanas se habían turnado para vigilarlo. Fontaine no hacía nada especial, tan solo deambulaba por las calles como si fuera un visitante más de la ciudad. Al igual que otros extranjeros, visitaba lugares en los que era fácil reconocer a una mujer europea. Por ahora no había descubierto nada que lo llevase hasta ella ni tampoco se había dado cuenta de que lo acechaban, sin embargo, esa tarde, se aproximó a la mesa en la que Fernando y Bernard permanecían sentados.

—¿Puedo invitarles?

Fontaine les mostró una botella del mejor *whisky* de la señora Lewis. Ambos hombres desconfiaron de la invitación, pero no podían negarse sin provocar recelo en el francés.

—Será un placer —dijo Bernard en su idioma—. Nunca digo que no a un buen trago.

Fontaine sonrió al escuchar su lengua. El hombre enviado por Gaillard miró a Fernando. Él no le había dispensado una bienvenida tan amistosa como su compañero. Aguardó a que le diera su consentimiento con un leve movimiento de cabeza y se sentó en la mesa. Luego, sirvió un par de tragos y extrajo de su chaqueta una baraja francesa.

—¿Una partida, señores? —preguntó en español.

—Por supuesto, imagino que jugaremos al póquer —aceptó Bernard.

Fernando más precavido pensaba en por qué el francés se acercaba a ellos de aquel modo y solo existía una respuesta y era Luisa.

Fontaine barajó las cartas con habilidad de jugador profesional, las extendió sobre la mesa para que pudieran ver que no era un tramposo y después repartió cinco a cada uno.

—¿Qué apostamos? —preguntó Fernando.

Los dos franceses lo miraron a la vez. Fontaine esbozó una sonrisa y dijo:

—Quizás la atención de una mujer.

—Ahora mismo no conozco a ninguna —respondió Bernard. Y añadió—: Si dispusiera del interés de una, le aseguro que no sería motivo de apuesta.

El luchador colocó un puñado de monedas delante de las cartas, que ninguno de ellos había tocado aún.

—Yo busco a una —dijo Fontaine mientras ponía junto a sus cartas la misma cantidad de monedas.

Fernando extrajo de su chaqueta una bolsa y la lanzó a la mesa sin ni siquiera extraer las monedas, luego tomó sus cartas con más fuerza de la necesaria. Bebió de nuevo un trago de *whisky* y estudió su mano. La suerte no estaba de su lado, salvo dos picas y un corazón, nada le haría ganar la partida.

—Tal vez no quiere que la encuentre —se atrevió a decir Fernando.

Fontaine apostó varios pesos españoles filipinos, y el resto de los jugadores cubrieron su apuesta.

—Es posible, señor…

—Narváez.

—Pero lo haré —afirmó Fontaine y miró la mano de cartas. Con un entusiasmo fingido, dijo—: Jamás pierdo. La suerte me sonríe.

Fontaine duplicó la apuesta colocando varios pesos más, sin embargo, no descartó ninguna carta.

Bernard miró su mano y esbozó una ligera sonrisa. Después añadió varias monedas al montón y su atención se dirigió a Fernando, a la espera de saber qué iba a hacer.

Cuando llegó su turno, Fernando lanzó todas sus cartas a la mesa, luego volcó la bolsa de monedas y cubrió la apuesta con varios pesos. De inmediato, Fontaine repartió de nuevo las cartas que ambos hombres habían descartado.

Fontaine subió la apuesta y, pese a que Fernando no tenía ninguna jugada ganadora, también la cubrió, seguido de Bernard. Miró el rostro del francés y su expresión de superioridad encendió en Fernando las ganas de darle un par de puñetazos.

Después de las dos rondas de apuestas, se debía mostrar las cartas. Fernando no tenía nada, pero no le importaba perder dinero, solo se preguntaba el motivo por el que ese hombre se había acercado a ellos esa noche. En cambio, Bernard mostró las suyas con una cierta gracia desgarbada que perdió cuando Fontaine enseñó su mano: una escalera real.

—Ya les dije que esta noche la suerte era mi compañera.

—La suerte es caprichosa como las mujeres —afirmó Fernando.

—Es cierto —respondió Fontaine, mientras recogía sus ganancias y las guardaba entre sus ropas.

—Y ambas son también escurridizas —insistió de nuevo Fernando.

Fontaine esbozó una sonrisa y bebió su vaso de *whisky*.

—Ninguna mujer es lo suficientemente inteligente para escapar de mí.

—Parece muy seguro de sí mismo —respondió Fernando, bebiendo también de su vaso.

—No es seguridad, sino constancia. Tarde o temprano siempre consigo derribar su resistencia, sobre todo, cuando me proporcionan más ganancias que pérdidas.

Fernando apretó el vaso de cristal, sus nudillos se veían blancos y su mirada era hostil; aun así, controló la ira que le instaba a matar a ese bastardo.

—Entonces, ¿debo entender que el motivo de su visita a Filipinas es encontrar a una mujer? —preguntó Fernando sin ambages.

Fontaine exhibió un brillo de malicia en los ojos, otorgándole un aspecto duro y despiadado.

—Entiende bien, señor Narváez.

—Cuando la encuentre, ¿qué piensa hacer con ella? —preguntó Fernando, a punto de levantarse y emprenderla a golpes con ese malnacido.

—Eso no es de su incumbencia, ¿o sí lo es, señor Narváez?

Durante un par de segundos ambos hombres se midieron en un duelo silencioso, en los que una profunda animadversión hizo que se viciara el aire lo suficiente como si se avecinase una tormenta.

—Por supuesto que no —terminó por decir entre dientes.

—Me alegro de que sea así o, posiblemente, tendríamos que enfrentarnos y no sería solo en una partida de cartas.

—Le aseguro que estaría encantado de hacerlo.

Adrien fue el primero en retirar la mirada y volver a mostrar una máscara de indiferente inocencia. Luego se dispuso a jugar una nueva partida, pero Bernard le sujetó la muñeca cuando iba a coger de nuevo las cartas.

—Tenga cuidado, señor Fontaine. Algunas mujeres son peligrosas.

—No se preocupe —dijo Adrien, apartándose con brusquedad de su agarre—. Estoy seguro de que sabré cuidarme. —Se puso en pie y dijo—: Parece que el juego se ha acabado por esta noche. Ha sido un placer, ahora, si me disculpan, debo retirarme. Mañana me espera un largo viaje.

—¿Se marcha usted? —preguntó Fernando entre aliviado y preocupado.

—Debo encontrarme con un amigo.

—Entonces, le deseo buen viaje.

Fontaine asintió. En el momento en el que Bernard y Fernando se quedaron a solas, el francés dijo:

—Sabe que lo seguimos. Me pregunto a quién va a ir a ver.

—Apostaría la paga de dos meses a que ese amigo es el malnacido del marqués.

UN MONZÓN, DOS ataques de piratas joloanos, en el que toda una dotación de militares perdió la vida, una revuelta de *coolis*[112] y una epidemia de cólera impidieron la salida de cualquier barco del puerto de Manila desde finales de julio hasta principios de diciembre. Durante ese tiempo, la amistad entre Narváez y Bernard se afianzó aún más gracias a las anécdotas que el francés le contaba sobre Luisa.

El día en que la navegación se reanudó, Fernando ya no pertenecía a la marina española. Eso dificultó la posibilidad de conseguir un pasaje en uno de los navíos que partía con dirección al fortín. Tuvo que aguardar varios barcos hasta que uno le vendió dos pasajes.

—¿Malas noticias? —preguntó Bernard a Fernando al verlo cerrar el sobre que había llegado desde España.

El francés continuó comiendo con ganas, pero él apartó su plato con un empujón.

—Digamos que no son agradables.

Su tío no utilizaba un lenguaje amable ni comprensivo. Pedía o más bien exigía y ordenaba que regresase a España cuanto antes. Ignoraba el motivo de dicha urgencia, tampoco era que le importase demasiado, pero no abandonaría a Luisa. Después se enfrentaría a las consecuencias, hasta ese día solo intentaba obtener un peaje para Balanguingui.

La señora Lewis se acercó a ellos con una pequeña bandeja en la que había un sobre.

—*Madame*, buenos días —se apresuró a decir Bernard con una sonrisa.

La señora Lewis respondió de igual modo. Luego, se dirigió a Fernando.

—Esto lo han dejado para usted.

El rostro de Fernando exhibió una alegría que despertó la curiosidad de sus acompañantes.

—¡Por fin!

—¿Qué dice la nota? —le preguntó Bernard.

—Tenemos pasaje para el Reina Castilla. Partirá a finales de diciembre.

EL DÍA QUE llegaron al fuerte de Balanguingui, no fueron solo sus antiguos compañeros quienes les dieron la bienvenida. A pesar de que

era tiempo de sequía, la lluvia los empapó nada más pisar tierra firme, pero Fernando apenas sentía la incomodidad del tiempo, deseoso de ver a Luisa y protegerla del peligro que la acechaba. Antes de verla, tuvo que presentar sus respetos al comandante. Dos civiles no podían campar a sus anchas por el fortín sin consentimiento expreso de la comandancia.

—Narváez, ¡le hacía en España! —exclamó Salinas con suspicacia, conocedor de la autoridad que su tío ejercía sobre él.

—Necesitaba ver al capitán Quesada —aseguró Fernando, sin dar más explicaciones.

—No es buen momento. —Fernando miró al comandante sin comprender hasta que dijo—: Hace dos meses que Eva asesinó al capitán Soto.

—¡Eso no es posible!

—Narváez, esa mujer no ha traído nada más que problemas a este fortín.

—Eva no mataría…

—Eva ha matado al capitán Soto —afirmó y lo observó con cara de advertencia—: Espero que no haya venido para remover las aguas. Por el bien de la esposa del capitán Quesada y por el de su amigo, deje las cosas como están. Solo esperamos que el gobernador pueda visitarnos para hacer oficial la ejecución de la princesa.

Fernando prefirió guardar silencio. Luego presentó a Bernard al comandante como a un viejo amigo de la infancia con interés en emprender negocios con los hacendados del país. Si Salinas le creyó o no, no demostró interés en el francés. Sin hacer preguntas, consintió su presencia.

—Me gustaría ver al capitán Quesada.

—Por supuesto. —Justo cuando se marchaban, el comandante los detuvo a los dos al decir—: Recuerde mis palabras.

Fernando asintió y salió de la cabaña. A pasos rápidos se dirigió a la de Quesada. Ni siquiera llamó, su urgencia por ver a Luisa desterró sus modales.

—¡Fernando! —exclamó Diego al verlo entrar.

Luisa se giró y fijó la mirada en la del antiguo capitán. Sin poder evitar sus sentimientos, se lanzó a sus brazos. Baler abrió la boca, aunque un gesto de Quesada lo obligó a guardar silencio. Mientras tanto, Bernard se apresuraba a cerrar la puerta para que nadie en el exterior fuera testigo del encuentro de los dos amantes.

Fernando besó las mejillas de Luisa, después se apoderó de sus labios en un beso interminable al que puso fin el carraspeo de Quesada.

—Baler, más tarde te explicaré —dijo Diego al alférez que apenas creía lo que sus ojos veían.

Fernando apartó a Luisa un poco de él para contemplarla una vez más. Luego, la soltó y extendió la mano a Diego. El andaluz la apretó con fuerza y se alegró de verlo, pero le preocupaba qué le había llevado hasta allí.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó sin tapujos.

Fernando volvió a poner su atención en Luisa antes de hablar:

—¿Conoces a un tal Adrien Fontaine?

Luisa negó con la cabeza sin responder, porque su interés quedó fijado en la presencia de su maestro de *savate*.

—*Monsieur* Bernard —dijo Luisa con prudencia.

—*Madame* Segovia.

—¿Y Ninon…?

En el rostro de Luisa se reflejaba la angustia por el destino de su amiga. Así que Bernard no tuvo el valor de confesarle todo lo que había sucedido en París.

—Bien, *madame*.

—¿Qué hace aquí?

—Es una larga historia, y parece que no es el momento de contarla.

Luisa quiso interrogarle, pero Fernando interrumpió al decir:

—Es cierto, Luisa, después tendrás ocasión de hablar con Bernard. Ahora quiero saber por qué acusan a Eva de asesinato. Soto era un bastardo que merecía la muerte, pero Eva no haría algo así sin una provocación.

Luisa se retorció las manos ante la mirada de los tres hombres. Fernando la miró con ternura, sabía bien que Diego la quería como a una hermana, su amistad era inquebrantable e inmune a dudas o recriminaciones. Fernando la amaba con un amor absoluto e incondicional, un amor que ella parecía creer que no merecía. La mirada de Luisa se detuvo en *monsieur* Bernard, la culpa se hizo más insoportable. Su profesor y Ninon sufrían las consecuencias de su acto. Bernard había confesado a Fernando los motivos por los que había huido de París. *Madame* Ninon quería proteger a Luisa y Bernard había accedido a ello, era mucho lo que ambos habían perdido y mucho más lo que Luisa les debía. Nunca podría pagarles que le hubieran salvado la vida, pero Fernando haría todo lo posible para recompensarlos.

En ese momento, los golpes en la puerta alertaron a los cinco, pero Baler fue el único capaz de abrirla, ya que todos parecían inmersos en sus propios pensamientos. Un soldado se cuadró ante el alférez.

—Deseo ver al capitán Quesada.

Baler se hizo a un lado y dejó pasar al muchacho. El soldado volvió a cuadrarse, esta vez ante el capitán.

—¿Qué ocurre?

—El comandante Salinas le comunica que ha recibido carta del gobernador, quien regresará al fortín dentro de dos semanas. Ese día, la princesa será ahorcada como pena por su delito.

Luisa se sujetó a la silla para no caer al suelo. Fernando reprimió el impulso de sostenerla, por miedo a que el soldado que aguardaba en la puerta lo viese y diera lugar a comentarios indeseados. Así que fue Bernard quien se acercó a ella y la ayudó a sentarse.

—Diga al comandante que me ha informado convenientemente.

De nuevo, el joven se puso firme ante su superior, asintió con la cabeza y se marchó tal y como había llegado.

Cuando Baler cerró la puerta, Diego pateó la silla preso de la cólera. Era la primera vez que Fernando veía a su amigo perder los nervios.

—El comandante se ha dado prisa en actuar —afirmó Fernando—. Imagino que mi presencia le ha inducido a pensar que tenemos algún plan. Porque tenemos un plan, ¿verdad?

—Aún no, pero te aseguro que muy pronto lo tendremos —afirmó Diego.

53

plan de huida

Fuerte de Balanguingui (Filipinas), 16 de diciembre de 1852

El único que podía convencer a Eva de que siguiera el plan que habían elaborado para salvarla no era otro que Diego. Ese mismo día se presentó ante Salinas y requirió ver a la prisionera.

—Capitán, qué desea esta vez —dijo el comandante con voz cansada.

—Solicito su permiso para visitar a Eva.

Salinas lo miró con recelo y denegó su demanda, entornando sus ojos. Diego no tuvo más remedio que aceptar su derrota y abandonó la cabaña. Baler lo esperaba fuera.

—¿Y bien?

—Haz tu magia, amigo —le pidió.

Baler sonrió y se marchó en dirección a la prisión, seguido de Diego, que lo vigilaba en la distancia. Ambos habían decidido que aguardarían al turno del mediodía. A esa hora el calor se hacía menos llevadero que durante la noche y la mayoría de los hombres se retiraban a la cantina o a dormir. A la hora indicada, Baler entabló conversación con los dos hombres que custodiaban la prisión y les enseñó una de las botellas de coñac que Diego había traído de Manila.

—No podemos beber —dijo el más joven de los soldados.

—Eso dilo por ti —respondió el segundo. Un leonés que llevaba mal el calor de Filipinas—. Si el alférez me ofrece un trago de buen coñac, no seré yo quien le rechace la invitación.

Poco después del mediodía, Diego abandonó su puesto de vigilancia y se personó en la puerta de la choza que hacía de prisión.

—¡Capitán Quesada…! —exclamó el muchacho, cuadrándose ante su superior y avergonzado de que lo hubiesen pillado bebiendo licor.

—Ya veo cómo hacen la guardia.

—Señor, lo siento mucho, yo…

—Ahora necesito ver a la princesa.

—Me enseña la autorización del comandante.

—¿Desconfía acaso de mi palabra? —aseguró Diego. Ante las dudas del chico, dijo—: Creo que tendré que informar a su teniente de lo que su compañero y usted hacían en su turno de guardia.

—Señor, yo… —dijo el soldado, mirando a su compañero y a Baler

con cara de no saber qué responder.

—Capitán, pase a ver a la prisionera —se apresuró a decir el leonés —. No es necesario molestar al comandante con tonterías.

Todos ellos sabían cómo castigaba Salinas a los hombres que bebían en sus guardias. Al menos no recibirían correo en seis meses y, por supuesto, harían todas las guardias durante ese mismo tiempo.

Diego asintió y abrió la puerta, que cerró a su espalda. Disponían de escaso tiempo y necesitaba convencer a Eva de que siguiera su plan sin oposición. La encontró sentada en el suelo en una esquina de la cabaña. La penumbra apenas dejaba ver su rostro, pero al reconocerlo, se puso en pie con rapidez. Hacía semanas que no se veían. Salinas no ajusticiaría a Eva sin la presencia ni el consentimiento expreso del gobernador, por eso se había retrasado tanto su ejecución.

—Diego…

Pocas veces lo había llamado por su nombre. La situación debía de asustarla si le hablaba de aquella manera.

—Eva, tengo poco tiempo —dijo él, asegurándose de que ninguno de los hombres que vigilaban la puerta escuchaba sus palabras—. Esta noche te rescataremos.

—No maté a Soto —afirmó ella.

—Eso da igual. Salinas te colgará dentro de dos semanas y no voy a permitirlo.

—No maté a Soto —insistió.

—El comandante no te cree. He buscado al culpable, pero no lo he encontrado. Además, aunque lo hubiese hecho, te aseguro que prefiere condenarte a ti a uno de sus soldados.

—¿Pero tú creer?

En su mirada se reflejaba un miedo profundo a que no la creyese. Diego conocía el temperamento de Eva, su ferocidad, pero también su particular forma de actuar y su completa sinceridad. De ninguna manera había matado a Soto.

—Yo te creo, Eva.

—Entonces, quedar contigo.

Diego solo tenía unos minutos más para contarle lo que habían planeado. La tomó de los hombros con fuerza y la miró a los ojos. Con toda la dureza de la que fue capaz dijo:

—¡Dios santo! Has sido un auténtico dolor de cabeza desde que te salvé en aquella isla.

—¿No quieres que esté a tu lado? —preguntó ella, intuyendo la respuesta, pero esperando equivocarse.

—No, Eva. ¡Dios! ¿Cómo puedo hacerte comprender que debes marcharte o ni siquiera yo podré defenderte de la horca?

Sus palabras provocaron en la joven un intenso sufrimiento que Diego leyó con claridad en su mirada.

—*Nǐ shìgè piànzi*[113] —dijo, soltándose de su agarre con furia.

—Eva, no sé qué significan tus palabras, pero no tenemos tiempo para…

Ella lo interrumpió colocando las yemas de sus dedos en su boca.

—Eres un mentiroso, capitán Quesada —le dijo, más calmada, en español.

Su mirada era puro fuego, tan intensa que ablandó el corazón de Diego.

—Eva… quiero que te vayas —dijo con la voz ronca, pero en su mirada se leía la ternura que le dedicaría a una hermana.

Diego no podía negar la verdad, siempre le había costado mentir. Sus ojos evidenciaron su embuste. Temía dejarla a su suerte en un mundo que hasta ese día la había tratado con crueldad. Eva fingió creerlo y dijo:

—Haré lo que me pides.

—¿De verdad? —preguntó Diego con recelo, extrañado de lo fácil que había sido convencerla.

La joloana asintió con una repentina mansedumbre que entristeció a Diego. Había tomado una responsabilidad sobre ella el día que la liberó del sultán de Joló, y ahora la lanzaba a lo desconocido; pero diría o haría cualquier cosa, como mentirle de la forma en que lo hacía, antes que verla morir por un crimen que no había cometido.

MIENTRAS TANTO, EN la cabaña de Quesada, Luisa conversaba con Bernard sobre Ninon. Su silencio a determinadas preguntas suponía un interrogante que preocupaba aún más a la andaluza.

—Hace meses que no recibo noticias de Ninon —dijo Luisa.

—Es una mujer ocupada —mintió Bernard.

La situación parecía lo suficientemente complicada como para añadir más problemas a los que ya tenían.

—Profesor Bernard —dijo ella. Así lo llamaba durante sus clases—, no me mienta. Quiero que me diga la verdad, necesito saber que mi amiga está a salvo.

Bernard sonrió, desarmado por las palabras sinceras de Luisa. Primero se sirvió un vaso de agua y se aclaró la garganta, lo que tenía que contar le causaba un terrible dolor y frustración. Al acabar de confesar el ataque que sufrió Ninon, Luisa lo miró con los ojos llorosos y alargó hacia él una mano temblorosa que se aferró con fuerza a la suya.

—Lo siento... siento tanto que haya pasado por todo esto por mi culpa.

—Es una mujer valiente, se recuperará —dijo sin mirarla a la cara.

En el fondo la culpaba de lo sucedido. Sabía que era absurdo. La española solo había defendido a dos muchachas de ser maltratadas o, peor aún, de morir.

Luisa quiso decir algo más, pero la puerta se abrió sin que nadie llamara y aparecieron ante ella Fernando, Baler y Diego.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó ella con la voz más firme, mientras se limpiaba disimuladamente las lágrimas con el dorso de la mano.

Diego colocó las manos tras su espalda, sumido en la desesperación de sus pensamientos. Baler se quedó cerca de la puerta, la mantenía entreabierta para vigilar el exterior.

—No podemos esperar más —dijo Fernando, acercándose a ella y posando su mano en su hombro.

—Cuando Salinas se entere de que he desobedecido sus órdenes y he visitado a Eva, pondrá más vigilancia y será más difícil liberarla —intervino Diego.

—¿Nadie investiga la posibilidad de que lo asesinara alguno de sus soldados? —preguntó Bernard.

—Salinas ha dejado claro que no lo hará. Durante todas estas semanas he buscado cualquier indicio que demuestre la inocencia de Eva y no he encontrado nada. Quien matara a Soto, evitó dejar pruebas que lo inculparan —respondió Diego.

—Era un mal bicho —añadió Baler—. Los meses en que estuvieron de permiso en Manila, Soto hizo que la mayoría de los hombres bajo su mando lo odiaran como para matarlo. La mitad de la compañía se la tenía jurada y la otra mitad rezaba para que Dios se lo llevara con él cuanto antes.

—Entiendo… —dijo Bernard.

—El gobernador regresará antes de lo previsto —intervino Diego —. Nadie hablará. Muchos son los que piensan igual que Salinas. Mejor una joloana muerta que un soldado español. Debemos sacarla de la prisión esta misma noche.

CUANDO EL ATARDECER daba la bienvenida a las sombras, dos soldados sentados delante de una hoguera custodiaban a la prisionera. El ruido de la selva se escuchaba en el silencio de la noche, aumentando el miedo a lo desconocido. Varios hombres más vigilaban el exterior desde la empalizada. Hacía semanas que los joloanos no atacaban el fuerte, aunque Salinas prefería ser previsor. Las noticias de los ataques de los piratas a Manila lo mantenían en alerta.

Oculto tras una de las chozas, Baler realizó una señal a Bernard. El francés se había agazapado tras la pared trasera de la prisión. En el

momento en que el alférez vio al gabacho desaparecer, salió de su escondite y se aproximó a los dos vigilantes.

—¡Muchachos, una partida de cartas!

Los dos se cuadraron en un saludo y se miraron uno al otro sin saber muy bien qué hacer. Baler era su superior, pero debían vigilar a la prisionera.

—Alférez, no podemos… —aseguró uno de ellos.

—Vamos, hombre —le dijo, golpeando su hombro con más fuerza de la necesaria—, no desprecies mi ofrecimiento.

—Claro, alférez —acabó diciendo—: Entonces, juguemos esa partida.

Baler asintió con una sonrisa. Luego sacó una botella de coñac en la que había vertido opio. El dueño de la cantina no solo vendía aguardiente. Acercó la botella a la boca, aunque solo se mojó los labios.

—Hoy estoy generoso, ¿queréis un trago?

Ninguno de los dos soldados aceptó la invitación por mucho que Baler insistió en ello. Un contratiempo con el que no había contado, pero siempre existía una manera de hacer que un hombre bebiera por las buenas o por las malas. El soldado de mayor edad no resistió demasiado las continuas alabanzas de Baler sobre el coñac de Quesada. Al final, se rindió a sus ganas de probarlo y tras varios sorbos se apoyó en la pared y se quedó dormido. Su joven compañero intentó despertarlo sin ningún resultado.

—Déjalo, muchacho, creo que no despertará en un buen rato. Menos mal que tú estás de guardia.

Media hora y dos partidas de mus más tarde, Baler se levantó y dijo que se retiraba a dormir.

—Un apretón de manos, muchacho —dijo al que portaba las llaves —. Eres un gran jugador de mus.

El joven no sospechó, extendió el brazo y estrechó la mano del alférez.

—¡Serás un buen soldado, chico! —exclamó Baler, abrazándolo.

El joven no entendía el comportamiento del alférez, pero dejó que lo abrazara sin oponerse, mientras tanto Baler le robaba las llaves que colgaban de su cinto.

—Será mejor que eches un vistazo por la parte de atrás, creo haber oído un ruido —dijo, despidiéndose.

Sin decir nada más se alejó de ellos en dirección a la cantina, aunque cuando la oscuridad ocultó su figura se desvió con rapidez hasta la parte posterior de la prisión. En su recorrido se encontró con varios soldados que se iban a la cama, lo saludaron y correspondió sin apenas levantar la cabeza. Continuó con su camino después de comprobar que no había nadie a su alrededor, hasta hallar a Bernard

que, oculto entre las sombras no muy lejos del alférez, observaba su actuación.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso? —le preguntó el francés.

—En mi pueblo o robabas o te morías de hambre.

Baler le entregó las llaves y le dijo las órdenes que le había dado Diego.

—Intentaré entretenerlo todo lo que pueda.

Baler llevaba el tiempo suficiente en la selva para imitar todo tipo de sonidos, incluido el de las flechas de un joloano. Eso mantendría ocupado al chaval un buen rato.

—De acuerdo.

—Debes llevarla a la choza. ¿Has traído la ropa?

—Sí, la tengo.

—Haz que se vista, y cuidado —le advirtió—. Esa mujer siempre tiende a complicar las cosas.

Baler se marchó en busca de Quesada. Empezaba el verdadero espectáculo.

EN LA CHOZA del capitán Quesada, Luisa se frotaba las manos una contra otra como si quisiera quitarse una suciedad invisible.

—Tranquilízate —le aconsejó Diego.

—No puedo hacerlo. Si fracasamos, te enfrentarás a un consejo de guerra. También condenarán a Baler y, posiblemente, la comandancia se queje al tío de Fernando de su implicación. Además, ajusticiarán a Bernard, un francés del que nadie sabe nada, de ayudar a escapar a una condenada por asesinato.

Diego quiso consolarla, pero la puerta se abrió y los nefastos pensamientos de Luisa quedaron olvidados al ver a Baler. Diego y Luisa se miraron y asintieron.

—¿Preparada? —preguntó él.

—Sí —respondió ella.

Luisa se aferró al brazo de Diego y salieron de la choza. Durante esa tarde habían realizado el mismo camino. Pasearon cerca de la puerta de entrada y se adentraron en la selva hasta el embarcadero. Esa zona era vigilada por varios soldados, pero la oscuridad impedía ver con claridad los rostros de los paseantes. Luisa escondía la cara bajo una pañoleta y se encaminaron, a pasos lentos, donde los esperaban Bernard y Eva.

—Eva, quiero que tengas esto —le dijo Luisa, tomándola de las manos en medio de la penumbra.

La andaluza le entregó la cruz de oro que colgaba de su cuello. Era un regalo de su madre y lo único de valor que poseía. A Eva le atraía

su brillo y forma, aunque nunca creería en lo que significaba.

—Te deseo la mayor de las suertes —le dijo Luisa.

—Deprisa, no tenemos mucho tiempo —interrumpió Diego a las dos mujeres.

Baler le entregó a Luisa un pantalón, una chaqueta de soldado y un sombrero. Los hombres se dieron la vuelta mientras que Luisa se vestía de soldado y Eva lo hacía con las ropas de la española. La andaluza escondió su cabello bajo un sombrero, mientras que Eva lo hacía bajo la pañoleta que Luisa le colocó, después, besó sus mejillas. Entonces, aguardó en compañía de Baler a que la señora de Quesada y su esposo reanudaran su paseo. Si el plan del capitán no salía bien, todos ellos se verían en serios problemas.

Diego ofreció su brazo a Eva.

—¿Preparada?

La muchacha asintió y lo miró una vez más antes de bajar el rostro. Despacio, volvieron a encaminarse a la empalizada, allí uno de los soldados que vigilaba los vio llegar.

—Capitán Quesada, señora —dijo el muchacho.

—Cantillana, mi esposa no puede dormir.

—Lo siento mucho, señora.

Eva asintió cabizbaja sin decir una palabra.

—Un paseo la ayudará a despejarse. ¿Quiénes están de guardia en el camino al embarcadero? —preguntó Diego.

—El soldado Pérez, Rubio y Márquez.

—Entonces es seguro.

—Sí, señor. Además, le aseguro que no hemos visto a un joloano cerca desde hace una semana.

—Querida, caminaremos hasta allí.

Cantillana abrió la puerta. De pronto, Baler y otro soldado, que quedaba medio oculto tras la espalda del alférez, se aproximaron a la pareja y sorprendieron al vigía.

—Señor, los acompañaré para más seguridad —afirmó Baler.

—Eso estaría bien, alférez.

Cantillana los vio marchar y volvió a su puesto sin reparar en nada extraño. Tal y como le había dicho el soldado, se encontraron con los tres vigías, pero debían ir de un extremo a otro de la playa y controlar un extenso paraje. Ellos se desviaron un poco del camino principal, donde Fernando y Bernard los esperaban. Deprisa, el soldado que seguía a Baler se desprendió de sus ropas, bajo las que se ocultaba Luisa. Nadie repararía en un muchacho y si alguien insistía en ello, Baler juraría por la misma Biblia que había salido solo.

Mientras las muchachas se intercambiaban la ropa, Fernando evitó mirar a Luisa y se acercó a Eva.

—Siempre te gustó —le dijo, entregándole uno de sus pañuelos.

La joloana esbozó una sonrisa y asintió.

—El reloj es para ti —dijo Diego cuando fue su turno.

El día en que la rescató de los joloanos, Eva había admirado embelesada las manecillas del reloj de cadena de oro que guardaba entre sus ropas.

Eva negó con la cabeza y ante la sorpresa de todos, incluido Diego, se abalanzó sobre él y lo besó con fuerza.

—Volveremos a vernos —le prometió ella al retirarse.

—Seguro que sí, Eva —afirmó él, confundido por su comportamiento.

Diego jamás la amaría como a una mujer, pero no era el momento de lastimarla.

—¿Dónde irás? —preguntó Luisa, salvando a su amigo del trance.

—A los manglares —señaló ella—. Es mi tierra.

Diego iba a decir algo más cuando los gritos provenientes del fuerte los alertaron. Eva miró por última vez a quienes consideraba sus amigos antes de adentrarse en el manglar.

A LA MAÑANA siguiente, Salinas convocó a Diego ante su presencia. El hombre estudió cada uno de sus gestos con la intención de leer en su interior. En cambio, él se mantuvo impasible ante el escrutinio del comandante.

—Sé bien que de alguna manera usted ha intervenido en la liberación de Eva.

Diego guardó silencio. Un silencio que mostraba su culpabilidad. No negaría la verdad. Había aceptado el castigo que Salinas le impusiera desde que decidió ayudarla.

—Entiendo que comprende la situación —dijo el comandante.

—Así es, señor.

—Sería un desperdicio enviarlo a España para un juicio que seguro tardaría años en prosperar. —Salinas se sirvió una copa de coñac y contempló al capitán evaluando sus posibilidades—. La campaña de los piratas de Joló está por empezar. Necesito hombres como usted, que conozcan a esos bárbaros, y no los muchachos de teta que me mandan desde la península. —Diego siguió sin pronunciar una palabra, así que el comandante añadió—: No puedo demostrar su implicación en estos hechos tan lamentables, pero creo imprescindible un castigo. Embarcará en el Reina Castilla, un cañonero, cuyo destino es la isla de Dong-Dong. Vázquez también irá. Espero que sepan comportarse con honor —le advirtió.

—A sus órdenes, comandante.

Diego era consciente de que Salinas era indulgente. Si hubiese

denunciado a sus superiores sus sospechas, las consecuencias para él habrían sido mucho peores. De pronto, lo vio buscar un papel entre el montón que tenía sobre la mesa.

—Creo que su esposa se alegrará de que le entregue esta carta —dijo, ofreciéndosela.

Diego la tomó y leyó el remitente: doña Águeda Soto. Alzó la mirada y agradeció con una inclinación de la cabeza la bondad del comandante.

Cuando Diego entró en la choza donde se encontraban sus amigos, todos ellos contenían la respiración.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Fernando.

—Mejor de lo que imaginaba. Solo me han destinado al cañonero Reina Castilla.

—¿Y el destino, señor? —preguntó esta vez Baler.

—La isla de Dong-Dong.

El alférez sonrió complacido antes de decir:

—No está mal, solo debe enfrentarse a un puñado de joloanos cabreados en vez de a un consejo de guerra.

—Diego… —dijo Luisa, atrayendo la atención sobre ella. Con la voz entrecortada, dijo—: Agradezco a Dios que hayas conseguido un destino más benévolo, pero Salinas aún tiene la carta.

Diego se acercó a ella y extrajo de sus ropas un sobre.

—Ahora es tuya.

Luisa la tomó con las manos temblorosas, luego lo abrazó.

—Gracias…

Diego la apartó un poco de su lado y acunó su rostro entre sus ásperas manos, las manos de un hombre de armas, y la obligó a mirarlo.

—Debes marcharte con Fernando. Una vez que me vaya, será imposible que permanezcas en el fuerte.

Las lágrimas bordearon sus ojos. Ambos sabían que podía ser la última vez que se vieran. Cuando las emociones amenazaban con superarlos, Diego retiró los brazos de Luisa de su cuello y se separó de ella. Se dio la vuelta y se dirigió a su amigo.

—Fernando, te encomiendo la seguridad de Luisa.

—No te preocupes, amigo mío —respondió, y los dos se abrazaron.

Después, su interés se desvió a Bernard. Le tendió la mano que el francés estrechó con vigor.

—*Monsieur* Bernard, gracias por ayudarnos.

—Ha sido un placer salvar a una inocente de la horca.

Luego, Baler se plantó delante de él y se cuadró con la formalidad requerida ante un superior.

—Señor, solicito acompañarlo en su misión a la isla de Dong-Dong.

Diego sonrió y dijo:

—Serán meses de infierno.
—Lo sé, señor. Le juro que no deseo visitar otro lugar mejor.
—Si está seguro… Entonces, bienvenido al Reina Castilla.

54

la culpa

Manila (Filipinas), 22 de diciembre de 1852

Al pisar el puerto de Manila, la lluvia, la humedad y el calor les dieron la bienvenida. Luisa sentía cómo la cabeza estaba a punto de estallarle de dolor, como si los pensamientos que no podía olvidar tuvieran que hacerse un hueco entre el resto. El ajetreo del muelle no mejoraba su malestar, tampoco el ruido de una ciudad que vivía de los barcos y mercancías que llegaban de todas partes del mundo. De nuevo, como la primera vez que puso un pie en el puerto, un enjambre de *coolis* de voces desesperadas se abalanzó sobre ellos. Bernard los despidió con una sonrisa y unas cuantas monedas que arrojó al aire. Portaban poco equipaje y no requerían el servicio de ningún porteador. Fernando se abrió paso entre la muchedumbre sin soltarle la mano, tirando de ella hasta que llegaron a la zona de los carruajes.

—Al Hotel de Oriente —ordenó al cochero.

Atravesaron la ciudad hasta intramuros. Luisa guardaba silencio y Fernando la observaba preocupado, su palidez era evidente.

Un rato más tarde, el carruaje se detuvo ante la puerta del hotel, y Luisa sintió que le faltaba el aire. Fernando la ayudó a bajar del coche. Las enormes puertas del hotel atrajeron su atención. En la recepción, una mujer lucía un favorecedor vestido de color verde que hacía juego con sus ojos.

—*Madame* Lewis —la saludó su profesor en francés.

—Señor Bernard, señor Narváez. Veo que ambos han encontrado lo que buscaban.

Luisa miró fijamente a la mujer a los ojos. Por su acento imaginó que era inglesa. Era la primera vez que entraba en un hotel desde que abandonó Europa. Le agradó descubrir comodidades inexistentes en el fortín y que creía, equivocadamente, que no echaba de menos.

—Le presento a la señora Quesada —dijo Fernando.

Los tres habían acordado que sería más seguro para Luisa mantener la farsa de que era la esposa de Diego.

—Encantada, señora Quesada.

Luisa asintió con la cabeza a modo de saludo. Sin dejar de mirar a los dos hombres que vigilaban la puerta vestidos con ropas japonesas y con dos sables en la cintura, dijo:

—Tiene un hotel con una decoración muy interesante.

—Gracias, no todos los clientes son conscientes de ello. —La señora Lewis sonrió con sinceridad. Luego, su mirada se desvió a Fernando y añadió—: Entonces, ¿tres habitaciones?

—Por supuesto —contestó él.

—Fernando, necesito descansar —le pidió Luisa.

El dolor de cabeza persistía e iba en aumento.

—Claro, te acompañaré.

—No será necesario. Mejor tómate con *monsieur* Bernard el *whisky* que tanto habéis alabado desde que dejamos Balanguingui. —Luego, se dirigió a la dueña del hotel—. Señora Lewis, le agradecería que me indicase cuál es mi habitación.

—Claro, señora Quesada.

La viuda hizo una señal con la mano a una de sus empleadas y esta se acercó a ella.

—Acompaña a la señora Quesada hasta su habitación, prepárale un baño y asegúrate de que descanse.

—Sí, señora —dijo la chica haciendo una reverencia.

Cuando Luisa se giró para seguir a la doncella escuchó decir a Fernando:

—Sírvanos el mejor *whisky* que guarde en su almacén.

—Antes me gustaría entregarle esta carta.

Luisa se detuvo un instante en las escaleras y observó el rostro ensombrecido de Fernando.

—¿Malas noticias? —preguntó Bernard.

Fernando ni siquiera escuchó las palabras del profesor de *savate*.

—¿Cuándo se la dio? —preguntó Fernando a la dueña del hotel.

—Hace un par de días.

—¿De quién es? —inquirió Bernard con curiosidad.

—Del marqués de Rosales. —Luego, añadió—: El amigo de Fontaine.

—¿Qué quiere? —preguntó el francés al ver el rostro serio del español.

—Me pide que me reúna con él dentro de nueve días.

Luisa quiso intervenir, pero la mirada de Fernando se cruzó con la suya obligándola a no decir nada. Nadie la conocía en Manila con el apellido Segovia, siempre había sido la señorita Navarrete o la señora Quesada. En contra de su voluntad y de manera egoísta comprendió que el mejor lugar para que no la encontrasen era al lado de Fernando.

NADA MÁS PISAR la casa del marqués de Rosales, Fernando pensó

que aquello era una pésima idea y que podía acabar tal y como le había pronosticado Luisa esa mañana. Y recordó con nitidez el momento en el que sucedió dicha discusión.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó Fernando, poniéndose en pie al verla acercarse a la mesa en la que se había sentado para desayunar.

Luisa llevaba ocho días enferma con fuertes dolores de cabeza. La joven no contestó, en cambio, regaló a Fernando una mirada desaprobatoria.

—No creo que sea buena idea visitar a Rosales —dijo, mientras aceptaba una taza de café que le servía una de las doncellas del hotel.

En el momento en que la chica se retiró, aguardó la respuesta de Fernando.

—No puedo complacerte. Debo averiguar qué quiere.

—Por favor… —perseveró Luisa, y añadió—: Yo soy el único motivo por el que Rosales ha convocado esta reunión.

—No insistas —dijo Fernando, y se levantó de la silla—. Nos veremos a la hora del almuerzo.

La aparición de un esclavo negro, vestido con una levita de color amarillo, lo devolvió al instante en el que se encontraba. Siguió al sirviente hasta el despacho que ya conocía. Al atravesar la puerta, sintió una sensación de *déjà vu* de lo más irritante, acrecentada por la presencia del marqués.

—Señor Narváez —dijo Rosales, indicándole con una mano que se sentase en la silla que había frente a la suya.

El marqués vestía de blanco, como solía hacer, y fumaba un puro. El olor a tabaco impregnaba todo el ambiente, desde las cortinas a los muebles.

—¿Para qué quería verme? —preguntó sin ambages.

—Directo, como siempre —respondió el marqués y esbozó una sonrisa.

—No me haga perder mi tiempo ni tampoco el suyo.

Rosales bebió de su copa antes de hablar:

—Le ofrecería un trago, pero estoy seguro de que lo rechazaría.

—No se equivoca.

—Bien —dijo, alzando los hombros—. Le he llamado por culpa de un tal Fontaine.

Fernando apenas pudo disimular un gesto de inquietud que afloró a su semblante, que enseguida se apresuró a disimular.

—No sé qué tiene que ver ese hombre conmigo.

—Con usted no, pero sí con la señora Quesada, o mejor, con la señorita Luisa Segovia.

Fernando apenas controlaba su inquietud.

—¿Qué quiere?

—Pagar una deuda.

Fernando alzó una ceja sin comprender con claridad a qué se refería.

—Su amigo me salvó la vida, ahora se la salvaré a la muchacha por la que parece que ambos sienten tanto afecto. —Rosales extrajo de uno de los cajones de su mesa una carta y se la entregó—. Tengo negocios muy lucrativos con Gaillard, el jefe de Fontaine, pero le aseguro que tengo cuidado de a quién le concedo mi amistad. A pesar de lo que Gaillard me solicita en la carta y lo que usted pueda pensar de mí, jamás actuaría de una manera tan canalla contra una dama.

Fernando leyó la carta. Era, como preveía, terrible. Luisa corría un grave peligro si ese tipo llegaba a apresarla.

—¿Dónde está ahora? —preguntó, dudando de sus intenciones.

—¿Fontaine…? —preguntó Rosales. Enseguida contestó—: No se preocupe por él. Busca a su amiga por toda la isla, siguiendo mis indicaciones, pero le advierto que el engaño no durará mucho. Deben salir de Manila cuanto antes.

—Gracias —contestó de manera forzada.

—No me las dé a mí, sino al capitán Quesada. También dígale que estamos en paz. Si alguna vez la suerte o el destino cruzan nuestros caminos, terminaremos ese duelo.

Fernando asintió, convencido de que ese día no sería a primera sangre.

ESA MISMA NOCHE, mientras cenaban en el comedor del hotel, Luisa ya no podía aguantar más la incertidumbre.

—¿No piensas decirnos qué ha ocurrido en casa del marqués? —preguntó, dejando los cubiertos sobre la mesa.

Fernando no quería inquietarla, si bien se merecía una explicación.

—Adrien Fontaine te busca por orden de Gaillard. Te quiere por las buenas o por las malas —le dijo ante la lividez del rostro de Luisa.

Omitió revelar que Gaillard concedía a Fontaine carta blanca para que actuase con ella como le viniese en gana, siempre que la condujera a Francia con vida.

—*Ce bâtard!*[114] —pronunció Bernard, golpeando la mesa.

Fernando apreciaba al francés, pero su desazón por *madame* Ninon lo convertía cada día más en un hombre peligroso. Los *rōnin* de la señora Lewis miraron al trío. Al ver que solo hablaban, la galesa, con un gesto de la mano, les indicó que no interviniesen de ningún modo.

—Mañana por la noche saldremos de Manila. He conseguido tres pasajes para Europa —dijo Fernando.

—Yo no voy —afirmó el francés.

—*Monsieur* Bernard… —dijo Luisa con un tono de súplica.

—Luisa ha sido mi mejor alumna y una verdadera amiga para Ninon, pero debo ajustar cuentas con Gaillard. Si no puedo hacerlo con él, lo haré con cada hombre que envíe a estas tierras o a cualquier otra.

Luisa guardó silencio, y Fernando asintió. Comprendía bien cómo se sentía Bernard.

—Será mejor que descanses antes de partir —le sugirió Fernando.

—Claro —respondió resignada, poniéndose en pie. Los dos hombres también se levantaron para verla marchar. Sin embargo, Luisa preguntó—: *Monsieur* Bernard, ¿lo veré antes de partir?

—Mejor nos despedimos hoy —afirmó él.

Bernard le tendió la mano, y leyó en su mirada un adiós definitivo.

—Luisa, subiré en un momento a desearte buenas noches, antes me tomaré una copa con Bernard.

Ella asintió y se retiró mientras los dos hombres se dirigían al salón de fumadores, donde se sentaron en dos butacas de estilo inglés. Enseguida, la señora Lewis apareció en la sala.

—¿Tiene la información?—le preguntó Bernard, entregándole una pequeña bolsa que contenía pesos de plata filipinos.

—Así es —contestó ella, guardándosela en la cinturilla de su vestido—. Fontaine se oculta en la casa del marqués de Rosales, aunque visita un antro en la zona extramuros.

—Gracias, señora Lewis.

La galesa advirtió una mirada belicosa en el rostro siempre amable del francés.

—Mis *rōnin* pueden encargase si usted…

—¡No! —la interrumpió con brusquedad Bernard, luego volvió a su acostumbrada amabilidad—: Es una cuestión que solo yo debo resolver.

—Por supuesto —dijo ella, después inclinó la cabeza de bellos tirabuzones rojos como las lenguas de fuego de un volcán y se fue de la habitación.

—¿Qué piensa hacer cuando lo encuentre? —preguntó Fernando.

—No lo sé —contestó y bebió un trago de *whisky*.

Fernando sabía que mentía, no obstante, sus asuntos no eran de su incumbencia. De todos modos, le facilitaría las cosas.

—Tome, nunca se sabe los peligros con los que puede tropezar en esta ciudad —dijo Fernando a la vez que le entregaba su pistola.

—No es necesario. Le agradezco su intención, pero prefiero enfrentarme solo con mis manos.

Fernando no discutió su decisión. Sirvió más *whisky* y se bebieron la botella en silencio. Cada uno perdido en sus pensamientos, ajenos al resto de clientes que empezaban a llegar para beber una copa después

de la cena.

BERNARD SE AGAZAPÓ tras uno de los árboles que bordeaba el camino principal que conducía a la mansión de Rosales. Esa noche la luna llena iluminaba la tierra con un resplandor mortecino. Aguardó un rato hasta que vio salir a un hombre. Desde la distancia en la que se encontraba no estaba seguro de si se trataba de Fontaine, así que no actuaría hasta comprobar que era él. Debía esperar a que se alejase de la casa, no se arriesgaría a que llamase a la servidumbre y lo socorrieran.

Bernard observó como Adrien miraba tras su espalda, como si tuviera la impresión de que unos ojos lo miraban atentamente, pese a que la maleza y la arboleda le impedían ver nada del camino que llevaba a la ciudad. Le quedaba un buen trecho antes de llegar, si bien un ruido a su espalda le alertó de que su sospecha era cierta. Se trataba de Bernard, había abandonado el escondite que le concedía la arboleda. Se plantó delante de él. Fontaine lo reconoció de inmediato.

—*Monsieur,* ¿se ha perdido?

Él no contestó. Solo veía a un sicario enviado por Gaillard, el hombre que había maltratado a Ninon. La rabia ascendió por sus venas hasta su mente, ofuscando su entendimiento y comprensión. Se quitó la chaqueta y alzó los brazos con los puños apretados.

—Al menos, dígame por qué vamos a pelear —preguntó Adrien, aunque los dos sabían que la razón era la española—. Ignoro qué le une a Luisa Segovia, pero creo que pronto lo averiguaré.

—No lucho por Luisa, sino por Ninon.

—No conozco a esa mujer…

Bernard se acercó unos pasos más y obligó a Adrien a defenderse. Fontaine intentó extraer de su chaqueta un arma, sin embargo, él elevó la pierna a la altura de su cuello y golpeó su garganta, dejándolo sin respiración. Adrien aguantó el envite y tosió con fuerza.

—*Fils de pute!*[115] Sabe golpear.

Bernard advirtió que su golpe había lanzado lejos de Fontaine su arma; aunque aún contaba con un puñal. El hombre de Gaillard lo sacó de la cintura y lo empuñó amenazante contra él. Bernard giró en el aire para realizar otra patada alta con la que desarmarlo, pero esta vez, Fontaine se había preparado y consiguió herirle la pierna. Eso provocó que se viera en la necesidad de retroceder cojeando.

—No es el único que practica esta lucha —confesó Adrien con la voz ronca por el dolor.

—Quizás… —dijo entre dientes Bernard.

Uno de sus más cualificados alumnos había estudiado en Londres

con los más prestigiosos boxeadores de ese país. A su llegada a Francia le enseñó algunos trucos, también la idea de que la postura utilizada en esgrima mejoraría la extensión del golpe y el empuje del mismo, siempre que dispusiera de una espada o un bastón. Jamás había probado tal técnica, pero la herida en la pierna le dificultaría dar patadas altas. Miró a su alrededor y halló lo que buscaba: una rama lo suficientemente fuerte para usarla como bastón.

—No va a detenerme con ese palo —se burló Fontaine.

—Tal vez…

Bernard se abalanzó sobre él, mientras el sicario lo amenazaba con su puñal que se pasaba de una mano a otra para intimidarlo. De pronto, giró el palo sobre su cabeza y permitió a Adrien acercase a él con más facilidad. Cuando lo tuvo a la distancia que necesitaba, bajó con brío el palo y lo desarmó. En principio, Bernard pensó que lo había derrotado, sin embargo, unos rápidos y dolorosos golpes lo obligaron a retroceder.

En ese momento, unas espesas nubes ocultaron la luna que hasta ahora brillaba con intensidad. Los rostros de los hombres se volvieron más sombríos y tenebrosos.

Fontaine había conseguido alcanzar su pistola y lo amenazaba con ella.

—Aquí nos despedimos, *monsieur*.

Bernard esbozó una sonrisa que Adrien no logró ver. Con tranquilidad, sacó de su bota un puñal y lo lanzó directo al pecho de su oponente. La sorpresa invadió el semblante de Fontaine, incapaz de entender por qué caía de rodillas. Disparó una y otra vez sin acertar a Bernard, sus manos temblorosas le impedían dar a un blanco móvil. Cuando se quedó sin balas, Bernard se aproximó a él.

—*Monsieur* Fontaine, le deseo un buen viaje al infierno —dijo, luego añadió—: Pronto Gaillard lo acompañará.

Adrien se aferró de la manga de la camisa de Bernard y preguntó:

—¿Por qué es tan importante esa mujer?

—Eso es algo entre Gaillard y yo.

Bernard se soltó de su agarre con brusquedad y se marchó cojeando. Sabía que Fontaine moriría esa noche. La herida era mortal. Nada en la tierra lo salvaría de ver el rostro de Satanás.

Cerca del alba, Bernard se enrolaba en un velero inglés con destino a Calcuta y que más tarde lo llevaría a Hong Kong. El trabajo al que se dedicaba el navío era el transporte de opio. Bernard odiaba cómo ese veneno mataba a la gente, había sido testigo de ello en más de una ocasión, si bien había sido el único barco en el que no le hicieron preguntas a la hora de aceptarlo como parte de la tripulación.

El día de su partida miró por última vez el puerto de Manila. Recordó a sus nuevos amigos y a la mujer a la que amaba. Juró que,

sin importar lo que tuviera que hacer, algún día regresaría a su lado.

55

arena roja

Fuerte de Balanguingui (Filipinas), 22 de diciembre de 1852

El comandante Salinas firmó uno de los documentos que tenía en la mesa y después estudió al hombre que permanecía de pie ante él. Quesada lo desconcertaba y confundía. Era honorable, valiente y cumplía las órdenes, sin embargo, su concepto de justicia no siempre concurría con los intereses de los demás. Eso parecía no importarle, aunque esta vez reconocía que se alegraba de que hubiese desobedecido sus órdenes acercándose peligrosamente a la insubordinación. Después de todo, habían encontrado al verdadero asesino de Soto y no habían ejecutado a una inocente.

—Ya sabe que el alférez González apuñaló a su capitán. Confesó a nuestro capellán su pecado. Gracias a las palabras del padre que lo convenció para que se entregase, el caso se ha cerrado.

Lejos de pronunciar una réplica o alzarse sobre su superior diciendo que tenía razón, simplemente dijo:

—Eso es una buena noticia, señor.

—El alférez González se hartó de aguantar a Soto y a Vázquez. El muchacho no soportó más los malos tratos de ese bastardo. Vázquez se salvó porque se encontraba de vigilancia con su tropa.

Diego fijó la mirada en su superior por primera vez desde que entró a la cabaña.

—Sí, no me mire así. ¿Cree que no sabía cómo eran y actuaban con mis hombres?

—No, señor.

—Vamos, siéntese. Ambos necesitamos un trago —afirmó, abriendo un pequeño armario en el que guardaba una botella de coñac y unos vasos.

—González incluso confesó que acompañó a Vázquez a visitar a Eva en la prisión.

—¿Para qué…?

—Parece que la amenazó con que no solo ella acabaría en la horca, sino usted también. Imagino que eso la ayudó a decidirse a escapar. —El rostro de Quesada se ensombreció, y Salinas dijo—: Supongo, y siempre hablando de manera hipotética, que le ha sorprendido saber por qué esa muchacha aceptó su sugerencia de escapar sin oponerse.

—¿Puedo hablar sinceramente?

—Sí, Quesada, hable sin temor.

—Solo en un caso hipotético puedo decir que me hubiera extrañado su aceptación, y que sus palabras me ayudarían a comprenderlo.

Salinas esbozó una sonrisa y dijo:

—Me sorprende que aún existan hombres como usted, capitán.

—Comandante, debo decir que también como usted. —Ambos asintieron. Luego, Quesada dijo—: He coincidido con ese muchacho en la campaña en que hirieron al capitán Narváez. Se le veía nervioso, incapaz de soportar a alguien como Soto sin perder la cabeza y, menos aún, a un depravado como Vázquez.

—El médico dice que no está en sus cabales. Que la selva lo ha desquiciado.

—¿Y usted?

—Pienso que Soto era un malnacido capaz de hacer la vida imposible a cualquiera. Vázquez debió de disfrutar lo suyo maltratando al muchacho con el beneplácito de Soto. Creo que el chico llegó al límite de sus fuerzas y el demonio hizo el resto. Pero no lo he llamado para hablar de Soto ni de González.

Diego bebió un trago antes de que Salinas le dijese para qué lo había convocado ante su presencia. En breve, debía partir en Reina Castilla, al menos, eso era lo que pensaba hasta que Salinas dijo:

—Debo informarle de un cambio en sus órdenes, no partirá en Reina Castilla, sino en el vapor Elcano, junto con una cañonera y tres falúas cargadas con víveres para cuatro meses. Además, llevará un refuerzo de quince *barangayanes* [116] tripulados con hombres equipados para la batalla.

—Mi destino, señor.

—Debe ver al padre Ibáñez en Zamboanga.

—¿Por qué, mi comandante?

—El padre nos ha salido soldado —contestó Salinas, chasqueando la lengua—. Ha reunido en ocho días treinta *barangayanes* con sus remeros y casi un millar de voluntarios cebuanos y boholanos armados que se unirán a nuestras tropas dispuestos a cortar cabezas.

—Todos esos hombres son indisciplinados. Solo desean vengar los saqueos de sus aldeas y la muerte y secuestros de sus familiares. No será fácil controlarlos.

—Lo sé, Quesada —dijo resignado Salinas—. Pero están dispuestos a pelear y a morir por ello. Ahora mismo es lo único de lo que disponemos y espero que sepa usted utilizarlo con la necesaria prudencia. —Después, Salinas alzó su vaso a modo de brindis y añadió —: Mucha suerte, capitán Quesada.

Diego asintió, sabía bien que iba a necesitarla.

UNA SEMANA MÁS tarde, Diego, Baler, Vázquez y sus tropas desembarcaron en Siquijor, una isla situada entre Cebú y Bohol donde aguardaba el padre Ibáñez. Un sacerdote de mirada beligerante, tez quemada por el sol, de sotana negra hasta los tobillos y con una delgadez tan profunda que parecía todo pellejo. En cambio, sus andares eran los de un hombre más joven y mantenía la espalda recta como la de un soldado en formación.

—Bienvenidos a mi isla, capitán Quesada, capitán Vázquez —se presentó.

La voz autoritaria se elevó sobre el resto de la algarabía de los isleños, algunos vestían con camisa blanca, pantalón azul y banda roja. Varios soldados al mando de Ibáñez repartían la munición que había llegado en una goleta llamada Rosario.

—Gracias, padre —respondió escuetamente Diego.

Su experiencia en el colegio de Jaén no le traía buenos recuerdos sobre cómo actuaban los sacerdotes y creía que Ibáñez, tarde o temprano, supondría un estorbo más que una ayuda.

—Me alegra ver este momento de emoción y patriotismo. Espero que podamos acabar con esas alimañas.

—Delo por hecho, padre —aseguró Vázquez—. Le juro por la virgen que se convertirán al cristianismo o yo mismo los mandaré al infierno.

Las palabras del padre habían sido poco samaritanas, pero las de Vázquez eran peores, aunque compartidas con cada uno de los hombres de aquella expedición. Los piratas cada vez eran más atrevidos y habían llegado incluso a las mismas costas de Manila. Hacía tiempo que la milicia española no organizaba una misión de tal magnitud, solo esperaba estar a su altura. Diego observó cómo varias corbetas se mantenían lejos del improvisado muelle. También contempló en la distancia las chozas de tejados de hierba *cogon*[117], con las paredes de caña y *nipa*[118], convertidas en *palafitos*[119].

—Baler —dijo Diego.

—¡Sí, señor! —respondió, cuadrándose, el alférez.

—Ordena a los dos ingenieros que levanten el campamento, que monten camillas y traigan las escalas.

—¡A la orden, señor!

—La moral está alta, hijo mío —dijo el padre.

—Y las ganas de machacar a esos bastardos infieles —añadió Vázquez.

Diego no asintió ni disintió a sus palabras, simplemente se giró y rogó a Dios para que le ayudara a conservar las máximas vidas

posibles; y que el sanguinario de Vázquez no actuase como un demonio.

Al día siguiente, zarparon con rumbo a Pangasinán de Joló, pero la travesía se convirtió en una odisea debido a los vientos de proa y las corrientes contrarias, que se empeñaban en impedir que avanzaran a su destino. Al segundo día de viaje, Baler le comunicó a Quesada una mala noticia.

—Capitán, la corbeta Santiago ha encallado.

—¿Cómo ha sucedido?

—En las cartas náuticas no aparecía un bajo de coral.

—¿Es grave?

—Se le ha agrietado el casco.

Diego miró los manglares que se extendían ante su vista antes de tomar una decisión.

—Haz que la pongan a flote, que trabajen en las bombas de achique y después lo remolcaremos hasta Pangasinán de Joló.

Al rato, Vázquez se presentó ante Diego con un gesto hosco y malhumorado.

—Tus órdenes harán que los hombres se encuentren agotados para la batalla —dijo Vázquez.

—Eso no nos conviene —argumentó el sacerdote con preocupación.

—No abandonaré ninguno de mis barcos ni a ninguno de mis hombres —afirmó Diego con rotundidad.

Vázquez quiso protestar, pero él se giró y lo ignoró por completo. Su actitud desagradó al padre, y Diego imaginó que creía que no era un buen cristiano. A pesar del desastre y el cansancio, al alba consiguieron desembarcar. «Milagrosamente», pensó Diego.

—Haz que venga el padre —ordenó a Baler.

—¿Está seguro, capitán? Parece que Ibáñez ha hecho buenas migas con Vázquez.

—Haz lo que te digo.

Baler asintió y, un instante más tarde, Ibáñez aparecía ante él.

—¿Quería verme?

—Sí, padre. Deseo que controle a sus hombres.

—Será difícil —afirmó el sacerdote con una nota de triunfo en la mirada—. Saborean la hora de vengar las ofensas y escarmentar la arrogancia con la que el sultán promueve los saqueos y la esclavitud.

—Espero que sepa que esos hombres solo deben obedecer las órdenes de sus superiores, no las suyas. Tampoco permitiré que después de la victoria aprovechen la derrota de los joloanos para hacer barbaridades.

Ibáñez asintió, pero ninguno de ellos podía asegurar el comportamiento de los isleños, menos aún, cuando todos disponían de

un fusil de percusión modelo 1846 y los capitaneaba Vázquez.

—Lo intentaré, capitán —respondió Ibáñez. Luego, el padre preguntó—: ¿Cómo piensa sortear los cañones de esos infieles?

Diego también había pensado lo mismo. Después de cavilar durante toda la travesía sobre ello, había llegado a una única solución que arriesgase las menos vidas posibles.

—¡Baler! —gritó.

El alférez se situó rápidamente a su derecha y se cuadró con precisión.

—¡Sí, señor!

—Desde ahora actuará como mi teniente.

El médico de la expedición le había informado de que el teniente bajo su mando había enfermado con unas fiebres que le impedían mantenerse en pie.

—¡A la orden, señor!

—Haz que una parte de la escuadra navegue hasta punta Dinapit y la otra al sudeste, cerca de la punta de Matandá.

—¿Por qué envía a las tropas a los dos extremos de la bahía? —preguntó el sacerdote.

—Es la única manera de evitar estar a tiro de los cañones de los joloanos. —De nuevo, Diego se dirigió a Baler—: La corbeta Santiago debe quedar en reserva, permanecerá lejos del combate salvo que sea estrictamente necesaria, o correrá el riesgo de irse a pique.

—¡Así se hará, señor!

—Servirá como hospital. Instale a los heridos en ella.

Diego tomó un catalejo y observó a las fuerzas joloanas. Parecía que habían arrasado sus propias chozas para favorecer el tiro de su artillería. Desde el barco se veían muchos de los piratas en las playas, que esperaban al resto de sus compañeros que descendían desde las montañas para defender sus posiciones.

—Ordena a los hombres que descansen, será una noche larga.

Baler asintió, se puso firme y se retiró para cumplir sus órdenes.

Durante la noche, los joloanos, ocultos entre los manglares, disparaban a las embarcaciones con la intención de acertar a los vigilantes, e incluso se atrevieron a acercarse a los navíos con sus *lantacas*[120], sin ningún éxito, pero impidieron que los hombres durmieran, vigilantes ante un inminente ataque.

Al alba, Baler despertó a Diego, había dormido apoyando la espalda en un rollo de cuerda y con los brazos cruzados en el pecho.

—¿Qué sucede?

—Debería escuchar al padre Ibáñez.

Diego se levantó y se aproximó al sacerdote. No solo había dicho misa, también un discurso político para encender los ánimos de los hombres.

—¿Qué hace, padre? —interrumpió al sacerdote.

—Leo una carta que nos ha enviado nuestro capitán general don Antonio Urbiztondo.

Diego guardó silencio. Suponía que el padre tenía más influencia de la que había pensado. Además, Urbiztondo había elegido a un lector vivaz y encomendado a la tarea para su arenga. Las órdenes de avanzar por aquel infierno de dunas de arena provenían directamente del gobernador, gracias a que al final de la carta nombraba al padre Ibáñez comandante en jefe de las tropas.

—Continúe, padre —le pidió.

Tras varias palabras alabando la valentía de los soldados, donde exaltaba el valor y patriotismo de unos hombres que se alzarían con la victoria en una causa justa y honorable como la suya, las tropas lanzaron vítores de triunfo.

Esa misma mañana, Diego ordenó el desembarco, siguiendo las órdenes del padre. No estaba de acuerdo con ellas y emitió una protesta que el padre apenas escuchó, alentado por Vázquez.

—Le aseguro que envía a los hombres a una muerte segura —alegó, consciente del error de estrategia del cura.

—Dios ayudará a esos hombres, ¿o acaso lo duda?

Diego evitó pronunciar su opinión al respecto, pero ningún dios salvaría a esos jóvenes muchachos de una muerte atroz.

—¡No cumpliré sus órdenes! —exclamó, consciente de que se enfrentaría a un consejo de guerra.

—¡Capitán! —gritó a su vez el alférez, mientras Vázquez esbozaba una sonrisa de triunfo.

—¿Es su última palabra? —preguntó el sacerdote.

—Lo es, no conduciré a mis hombres a su muerte.

—Alférez, vigile al capitán y asegúrese de que no intenta nada.

—Padre, lo siento, pero estoy de acuerdo con el capitán.

—¡Por los clavos de Cristo! —dijo el padre, sudando como si se encontrara en el Purgatorio—. ¿Qué debo hacer para que entiendan que esta misión es para vanagloria de Dios?

—Ayudar a esos muchachos a sobrevivir a este infierno, padre —respondió Diego.

—Entonces, escribiré al gobernador.

Diego asintió y se retiró, sin embargo, las circunstancias no le permitieron ordenar a sus hombres marcharse de aquella posición que los colocaba en desventaja. Los joloanos habían dispuesto a sus guerreros y los habían cercado. Ahora, a pesar de su oposición no tuvieron más remedio que aceptar las órdenes del sacerdote. Envió a un grupo de hombres al mando de Baler a limpiar las playas de posibles enemigos, cuyas espaldas cubrirían los cañones de los navíos que se hallaban anclados cerca de la costa.

Diego estudió la marea, gracias a Dios, no daría problemas, pensó; pero el agua tranquila en la que transitaban las naves escondían corrientes traicioneras que, de pronto, provocaron que una de las balsas, mal equilibrada, naufragase. Todos los soldados que se encontraban en ella perecieron sin remedio.

Dos horas más tarde, las tropas y la artillería pisaban tierra. Mientras, los buques disparaban cañonazos al fuerte joloano para derribar sus muros y sus cañones. Diego alzó el brazo y una columna de veinte soldados lo siguió. Recorrieron la playa sin perder de vista el frondoso bosque de cocoteros en el que bien podía ocultarse un enemigo. Diego sintió que algo andaba mal desde el principio. Los joloanos no eran buenos estrategas, si bien el cocotal era un lugar idóneo en el que realizar una emboscada y defender su posición sin arriesgar apenas hombres. Situado a medio camino del siguiente fortín que los españoles debían conquistar, lo convertía en una primera barrera que dudaba que los piratas no hubiesen tenido en cuenta.

—Baler, ¿qué te parece?

—No me gusta, capitán.

—A mí tampoco. Avisa a los hombres de que se anden con ojo.

Nada más acabar de hablar, un grito alertó a los demás de que eran atacados.

—¡Nos atacan! —gritó también Baler mientras disparaba a una masa de vegetación tan tupida que era imposible ver a ningún joloano.

En la distancia, Diego apreció al padre Ibáñez con la sotana arremangada hasta las rodillas corriendo en su dirección, acompañado de otra columna de soldados. A pesar de que el padre podría ser un combatiente notable contra las artimañas de Satanás, no era diestro en el arte de la guerra. Su actuación además de precipitada era inconsciente.

—¡Maldita sea! —gritó—: ¡Vuelvan atrás!

Diego intentó por todos los medios evitar que avanzasen hasta ellos. No disponían de protección y eran un blanco fácil para los piratas. Los joloanos los habían cercado y, posiblemente, acabarían también con los soldados que se acercaban a socorrerlos. Ajeno al peligro que lo acechaba y confiado en que Dios caminaba a su lado, el padre alzó el brazo para dar ánimos a sus hombres, y una flecha atravesó el aire y se clavó en su pecho. En ese momento, uno de los joloanos salió de su escondite. Su intención era ganarse como trofeo la cabeza del padre. Baler le disparó, pero se dejó ver más de lo conveniente y una flecha emponzoñada de veneno lo hirió en el cuello.

Diego serpenteó hasta el alférez y lo arrastró hasta una de las dunas de arena que los protegía del ataque.

—Te pondrás bien —le prometió, rompiendo la flecha y taponando la herida con sus propias manos.

Borbotones de sangre salían de la boca del alférez, haciendo que se ahogara.

—Un trago de coñac, capitán… —pidió Baler, consciente de que había llegado su hora.

Diego asintió a sabiendas de que eso terminaría por matarlo. Extrajo de su chaqueta una petaca y levantó la cabeza de Baler. El alférez apenas se mojó los labios, luego expulsó un esputo de sangre y exhaló su último suspiro. Su rostro mostraba paz, pero las manos de Diego temblaban con violencia, como si tuviese fiebre. Soltó al alférez con cuidado en el suelo, mientras los gritos de los heridos y el retumbar de los cañonazos ensordecían sus sentidos. De pronto, uno de sus hombres tiró de la manga de su chaqueta. Era un muchacho tan joven que parecía un niño. Tenía una herida en la frente. Pese a la sangre, Diego pudo ver el miedo en sus ojos, al igual que el de algunos otros que estaban bajo su mando. Se juró que los sacaría de allí con vida, independientemente de que eso atentara contra las órdenes. Agarró al muchacho de los hombros con más fuerza de la que pretendía, pero no contaban con más tiempo si querían sobrevivir. Había visto por los fogonazos de las armas de los joloanos dónde se ocultaban los que poseían fusiles.

—¡Quieres vivir! —le gritó al chico. El muchacho asintió sin poder pronunciar una palabra—. Entonces, conduce a ese grupo de hombres un poco más adelante.

Diego se había quedado sin su teniente y nadie más en aquella columna llevaba tiempo suficiente en la isla para conocer cómo actuaban y peleaban los joloanos. Se aseguró de que el muchacho cumplía sus órdenes. Apostaría su vida a que allí solo permanecía una avanzadilla de piratas cuya misión era impedir que se acercasen al siguiente fortín, mientras el resto luchaba contra las tropas que habían desembarcado en la playa e intentaban conquistar el primero.

Diego contempló a sus muchachos tomar posiciones. Se arrastró por la arena hasta adentrarse en el bosque. Luego, haciendo gala de su gran pericia como francotirador, disparó uno a uno a los piratas hasta que mermó al grupo lo bastante para que sus hombres también consiguiesen resultados desde sus puestos. Cuando Diego acababa con el último de los joloanos, varias columnas de soldados se aproximaban a paso ligero por la playa.

—Capitán, soy el teniente Rodrigo. Nos dirigimos al otro fortín. ¿Todo despejado?

—Así es.

Rodrigo era uno de los cuatro tenientes que lo acompañaban en aquella misión. Era joven, pero competente.

Diego escrutó con atención su alrededor, solo tres hombres se habían salvado. Baler yacía inerte en medio de la arena aumentando su sensación de culpabilidad. A pesar de que se había limitado a obedecer órdenes, el peso de la culpa le oprimía el pecho.

—Capitán… —dijo el teniente al ver que parecía perdido en sus pensamientos.

—Sí, teniente.

—Le gustará saber que hemos vencido a los joloanos en el fortín y las cenizas de los piratas se alzan al cielo. No dejaremos a uno con vida.

Diego miró al teniente como si no se encontrase allí, como si este fuera invisible. Al ver su rostro manchado de pólvora y sus manos enrojecidas por la sangre de Baler, la culpa le revolvió el estómago y sintió unas terribles náuseas. Sin poder evitarlo, vomitó.

—¿Y Vázquez? —preguntó, limpiándose la bilis de la boca.

Rodrigo evitó mirarlo, su silencio acrecentó su temor a qué haría un hombre como Vázquez. Aprisa, Diego emprendió el camino que conducía al fortín. Al llegar allí, los lamentos y los gritos de los joloanos eran ensordecedores. Se abrió paso entre los heridos que yacían en el suelo hasta alcanzar el centro del fortín. Vázquez, junto con algunos soldados, había crucificado a varios piratas.

—¡Estás loco! —gritó Diego cuando fue consciente de lo que veían sus ojos.

Dos hombres le cortaron el paso, pero él se liberó de ellos con un par de puñetazos. Vázquez, con las mangas remangadas y los brazos ensangrentados, soltó el martillo con el que había clavado las manos de los joloanos en la cruz de madera.

—Les di una oportunidad de convertirse —dijo con los ojos inmersos en un halo de fervorosa demencia religiosa.

Diego supo que no lo convencería, que nada de lo que le dijera detendría aquella locura, así que se encaminó hacia él y se enfrentó a golpes contra un hombre que no entraría en razón. Poco recordaba de aquellos momentos, salvo que tras recibir varios puñetazos y él darlos, cayó de rodillas y su contrincante hizo lo mismo. Él pudo levantarse, pero Vázquez jamás volvió a hacerlo. Cuando comprendió que lo había matado con sus propias manos y había dejado marcado en su rostro el anillo de su padre con un árbol y un león, un estremecimiento le caló hasta el alma, una oscuridad y vacío recorrieron todo su ser al tiempo que pensaba que era la hora de volver a España[121] .

56

sake amargo

Ciudad de Edo (Japón), 5 de noviembre de 1852
(Onceavo mes del quinto año de la era Kaei)

Parecía que la herida de la mejilla nunca cicatrizaría. Cada vez que Hiroyoki se tocaba el rostro recordaba la vergonzosa derrota a manos de Miyako. Pensó en lo sucedido desde su partida de las tierras de Kawaokura. La maldita enfermedad del daimio había pospuesto de nuevo su matrimonio, sin embargo, esbozó una sonrisa al recordar cómo había aprovechado el tiempo: construyendo armas para el señor de Mito. Creía fervorosamente que, muy pronto, todas esas armas serían útiles para defender a Japón de los extranjeros; también de los miserables que consideraban la posibilidad de apertura como una opción válida.

Ese mismo día había recibido una carta de su padre insistiéndole en que celebrase su matrimonio con la dama Miyako. Cuando terminó de leerla, se sintió irritado. En ella su padre le decía que la hija del daimio Kawaokura era una buena muchacha y, aunque demasiado mayor para lo que se requería de una nuera, no podían romper la palabra dada al daimio. Hiroyoki pensó que en realidad le daba igual que fuera una anciana, lo que más le molestaba era que no sabía cuál era su lugar en el mundo que en suerte le había tocado vivir.

Tras comprobar que Yoshinobu se retiraba a dormir junto con la dama Suka, organizó la vigilancia y se dirigió al barrio del placer.

IBUKI VIGILABA A Hiroyoki en la distancia. El pomposo samurái no había escogido una casa demasiado elegante para beber.

Después de asesinar a Kanada, el vasallo al servicio del daimio Kawaokura que había acusado injustamente a su padre, Ibuki se marchó de Nagoya. Si veía una vez más a la hija del daimio, quizás no se comportase tan honorablemente como la última vez. Escudriñó de nuevo el exterior del establecimiento en el que había entrado Otowara. Se cubrió la cabeza con un *kasa*[122] y se adentró en la casa de té que parecía más una posada como las que había visto de camino a Tōkaidō[123]. Apartada de las bulliciosas calles, la frecuentaban samuráis de bajo nacimiento y algunos visitantes de pocos recursos. La

casa era en realidad una choza de cuatro postes y tejado de pizarra. En un rincón, dos mujeres sobre un fogón se afanaban en calentar la comida que ofrecerían ese día a sus clientes. Una de ellas era una anciana, la otra debía ser su nieta. Al lado de ambas, el dueño había amontonado varias jarras de *sake*. Sin perder de vista a sus clientes lo vertía en otras más pequeñas que una camarera se encargaba de servir. Un ligero olor a gambas fritas hizo que el estómago de Ibuki ronroneara como un gato. Ignoró su llamada y se concentró en el pomposo samurái. Se había sentado cerca de donde el dueño rellenaba las jarras de licor de arroz. Lo había seguido sin que este lo advirtiera y se había situado alejado de Otowara, aunque lo vigilaba tal y como le había ordenado Mito. No comprendía por qué había escogido un sitio como ese, en el que su ropa y sus espadas eran una provocación para los samuráis rurales que acudían a esa casa.

Ibuki tomó muy despacio un sorbo de su *sake* y estudió a la clientela. Un grupo bebía sin dejar de observar a Hiroyoki y de murmurar entre ellos. Había leído en sus miradas que pronto habría un enfrentamiento entre esos hombres y Otowara. Se puso en pie y con pasos lentos se dirigió hasta Hiroyoki. En un primer momento, el samurái alzó el rostro sin entender quién osaba sentarse a su mesa sin su permiso. Su cara exhibía la cicatriz que le había hecho la hija de Kawaokura y, lejos de dotarlo de ferocidad, causaba hilaridad.

—¿Cómo te atreves? —preguntó, escupiendo sus palabras. Ante la indiferencia de Ibuki, el samurái intentó golpearlo, pero el *rōnin* esquivó sus manos sin dificultad. Se miraron uno al otro, hasta que al final Hiroyoki dijo—: No quemaste la caña de azúcar. ¿Ella te hechizó y fornicaste con esa bruja?

Ibuki ignoró sus insultantes palabras, más tarde le haría tragar sus improperios. Ahora se serviría *sake* en el cuenco que llevaba consigo.

—¿Ves al grupo que hay tras mi espalda?

Hiroyoki había bebido bastante, pero no lo suficiente para no captar con claridad sus palabras y lo que suponían.

—Los veo.

—Te han vigilado desde que entraste, ¿los conoces?

Otowara volvió a examinar al grupo con más atención.

—A ninguno.

No pronunciaron una palabra más, ya que uno de los samuráis se acercó a la mesa y puso un pie sobre ella. El gesto habría supuesto la muerte de aquel imbécil en otras circunstancias, pero Ibuki quería ver la valentía del hijo de Otowara, así que cruzó los brazos ante el pecho y guardó silencio.

—¡Qué sorpresa! —exclamó el samurái—. Otowara Hiroyoki.

—¿Nos hemos visto antes?

—¿No me recuerdas?

El hombre mal disimuló el disgusto que le produjo que no se acordase de su nombre, y dos segundos más tarde la furia encendía sus ojos.

—No me mezclo con gente de tu calaña —aseguró Hiroyoki sin un ápice de cobardía.

—¡Soy el samurái que va a matarte esta noche! —exclamó en respuesta a sus insultantes palabras.

—Al menos, me gustaría saber por qué.

Ibuki tuvo que admirar la sangre fría de Hiroyoki. Reconoció que era valiente.

—Eres uno de esos locos que pretenden enfrentarse a los extranjeros.

—¿Acaso deseas que unos *gaijin* dominen estas tierras?

—Lo que quiero es libertad, maldito noble.

—Esos *monos blancos* te harán un esclavo.

—Esos *monos blancos* me concederán más oportunidades que vosotros y pagarán por mis espadas —dijo, vertiendo de una patada la jarra de *sake*.

El líquido se extendió con rapidez sobre la superficie de la mesa y manchó el *haori* de Hiroyoki.

—¡Soy el hijo del clan Otowara! ¡Puedo matarte solo por esto!

Las palabras de Hiroyoki avivaron en Ibuki la llama del rencor hacia la clase noble samurái. Durante un momento, su soberbia le hizo revivir un recuerdo junto a su padre que cambiaría su vida para siempre.

Ambos habían marchado a la ciudad y, antes de regresar, descansaron en una posada adecuada a su nacimiento. Pidieron una ración de arroz hervido, pescado a la salazón, *sake* y otro cuenco rebajado con agua para él.

—El señor Kanada estará contento con la venta del arroz.

—Eso espero, hijo —dijo su padre sin perder de vista al grupo de rufianes que los observaban desde hacía un buen rato.

Ibuki sonrió complacido y empezó a comer el arroz, que le supo delicioso. En ese instante, varios nobles, borrachos y con ganas de divertirse, entraron en la posada. Enseguida el dueño se postró a sus pies y les sirvió *sake*.

—¡Esto es bazofia! —gritó uno de ellos.

Se trataba de un joven algo mayor que Ibuki. Sus espadas costarían lo que ganaba su padre en cinco años y su ropa pagaría los impuestos de un año de diez hombres.

—¡Señor, es mi mejor *sake*! —afirmó el dueño temblando de miedo.

Mientras tanto, el grupo que había seguido a su padre desapareció del local. Un enfrentamiento con samuráis de esa clase solo podía

traer problemas o la muerte. En cualquier caso, la ley siempre protegería al noble. Tenían derecho a matar a quien se cruzase en su camino sin por ello pagar ninguna consecuencia. Sin embargo, un samurái digno de serlo era lo suficientemente justo para no abusar de su autoridad ni poder en beneficio propio. Pero no todos eran tan honorables como su padre.

El grupo de nobles reparó entonces en ellos. Comprendieron, nada más verlos, que se trataba de un samurái de bajo nacimiento y de su vástago. Ambos les proporcionarían un instante de diversión.

—¡Muchacho! ¡Ven aquí!

Su padre supo de inmediato que nada evitaría la contienda; también que, a pesar de sus modales, todos ellos habían sido adiestrados en la espada por buenos maestros. No sería fácil vencer y, menos aún, salir con vida de aquella posada.

—Ibuki, ve a ver qué quieren.

El chico se acercó a los samuráis, se inclinó con respeto y aguardó a que le dijeran qué querían de él.

Uno de ellos, el que había escupido el *sake*, lo observó con atención. Sus actos de sumisión se contradecían con la mirada orgullosa con la que lo contemplaba.

—¡Arrodíllate!

Él miró a su padre y este asintió con la cabeza.

Ibuki obedeció con los puños apretados. No entendía la diferencia de clases ni por qué las vidas de esos hombres eran más valiosas que la de su padre o la suya.

—¿Cómo te llamas?

—Ibuki.

—Ibuki, señor —añadió otro de los amigos del samurái propinándole una patada.

Él volvió a incorporarse y se postró otra vez. Su rostro exhibía la furia que controlaba con mucho esfuerzo.

—¿Quién es el viejo que te acompaña?

—Mi padre, señor.

El noble que había protestado por la calidad del *sake* dijo:

—¿Sabes manejar una espada?

—Mi padre me ha enseñado —respondió Ibuki, fijando la mirada en esa escoria.

—¡Quiero ver qué sabes hacer! —propuso otro de los nobles que había en el grupo. Y añadió—: Si me ganas, te pagaré el precio de tres sacos de arroz.

—¿Y si pierdo?

—No tendrás que preocuparte nunca más por un puñado de arroz, porque estarás muerto —dijo, y el resto de sus amigos rieron sus palabras.

Ibuki asintió sin que en su expresión se notase miedo, solo indiferencia.

—No tengo espada —dijo.

—Pídesela a tu padre —le ordenó uno de ellos.

Ibuki se puso en pie y se acercó a la mesa en la que permanecía su padre.

—Vámonos —dijo el samurái, aliviado de que esos nobles no hubiesen dañado a su hijo.

—No podemos.

—¿Qué quieren?

—Un combate.

El rostro de su progenitor se tornó lívido. Si ganaba y mataba a uno de ellos, lo acusarían de asesinar a un noble. Nadie lo defendería, alegando que solo se trataba de un duelo, incluso si había procedido en defensa propia. La otra situación era mucho peor: si perdía, la muerte sería su recompensa.

—Yo lucharé por ti.

—No lo aceptarán.

Su padre fijó la vista en quien parecía el líder del grupo. Este le devolvió la mirada con malevolencia. Sabía bien qué pensaba. Esperaba que huyeran para desenvainar la espada y asesinarlos sin piedad.

—Escúchame con atención, hijo. He observado que es diestro, aunque anda con la izquierda.

—Eso lo hace balancearse.

—Exacto, aprovecha ese momento para cortar su pierna derecha. Evita matarlo, pero no dejes que se ponga en pie o acabará contigo. Sé que puedes vencerlo.

Ibuki asintió, tomó la espada de su padre y salió al exterior seguido de su progenitor y del resto de amigos de su adversario. Los dos oponentes se sujetaron con una cinta la manga de su kimono para que no les estorbase a la hora de enfrentarse con la katana.

Ibuki se inclinó ante su contrincante, pero este obvió hacerlo ante él. El simple gesto era una provocación. Pese a que pertenecían a posiciones sociales muy diferentes, su comportamiento ofendía el arte de la espada.

El noble desenvainó su katana. La de ese samurái era mucho mejor que la de su padre; si bien Ibuki notó al aferrarse a la empuñadura cómo una energía proveniente del acero rozaba su piel, se abría paso a través de sus músculos, carne y sangre y llegaba hasta el mismo centro de su corazón. Una fuerza que por primera vez transformó su rostro en una máscara escalofriante, en la que sus facciones delicadas se habían perdido, y en su lugar su rival veía a un demonio.

Ibuki empujó la empuñadura de la katana con el dedo pulgar. El

sonido metálico anunciaba un desenlace mortal para uno de los jóvenes que chocarían sus armas. Ibuki agitó la espada de arriba abajo dos veces y giró hacia la derecha, obligando a su contrincante a realizar el giro con la pierna opuesta con la que acostumbraba a andar o a ejercitarse. La afilada hoja rasgó su muslo. El desconcierto se reflejó en la cara de su adversario.

—¡Maldita sanguijuela! ¡Te sacaré las tripas! —gritó enfadado.

Ibuki permaneció callado, aunque mantenía una actitud vigilante ante cualquier acto del samurái.

—¡No puedes dejar que un campesino te derrote! —gritó uno de sus amigos.

Sus palabras fueron la mecha que encendió la furia del noble. Emprendió un ataque con su espada una y otra vez, lo que hizo que Ibuki retrocediera un par de pasos. Solo podía evitar el ataque, pero notaba cómo las manos temblaban cuando los aceros colisionaban entre sí. Entonces, sentía la vibración del metal en sus huesos y un clamor silencioso que le instaba a luchar hasta el final, sin importarle las consecuencias que ello acarrearía a su familia.

Ante la sorpresa de su padre, su oponente y el resto de samuráis, Ibuki trepó a uno de los tejados y se acuclilló muy cerca del borde.

—¡Baja, bastardo cobarde! —gritó el samurái.

—¿Por qué he de hacerlo? —preguntó Ibuki con la voz tranquila.

De su rostro había desaparecido la máscara diabólica con la que había combatido, en su lugar, solo se veía el semblante imberbe de un joven.

—Abandonar una pelea es innoble y de cobardes.

—No he abandonado una pelea, he ganado.

Todos lo miraron sin comprender, incluido su padre. No entendía qué significaban las palabras de su hijo hasta que el samurái cayó de rodillas, empapado en sangre.

El noble se tocó el muslo. La herida que aparentemente era un rasguño, casi una acaricia se había agrandado con cada movimiento hasta desgarrar el músculo.

—Morirás, si no te ve un médico. Calculo que te queda el tiempo que tarda una varilla de incienso en quemarse.

—¿Cómo?

La sorpresa invadió los ojos de todos los presentes. El joven había ganado el combate desde el principio. Solo había realizado un juego de entretenimiento para conseguir que su adversario se debilitase cada vez más.

—Tu pierna, andas con la izquierda y eres diestro.

El samurái lo observó sin entender su explicación, aunque jamás olvidaría la enseñanza de esa escoria que lo dejó tullido de por vida. El samurái se llamaba Yazuki Kodo.

De nuevo, la mente de Ibuki regresó a la casa de té y guardó en un rincón oscuro los recuerdos de ese día. Su padre pagó cara la osadía de su victoria. Estaba seguro de que la acusación de robo y su posterior ejecución, al igual que su venta a un burdel, era la venganza de aquel noble. Aún no había podido demostrarlo, mas algún día lo haría.

El silencio resonó en sus oídos como un clamor y miró al samurái cuya mano apretaba la empuñadura de su espada presto a blandirla, pero Ibuki comprendió que debía detener la pelea antes de que fuera demasiado tarde. Desenvainó la katana con tanta rapidez que para Hiroyoki y el samurái solo supuso un brillo resplandeciente. Después en el cuello del hombre se dibujó un fino hilo de sangre mientras su mirada de pánico se tornaba de incomprensión por lo acontecido.

—¿Alguien más quiere plantear su opinión esta noche? —preguntó Ibuki.

Ante el silencio del resto, limpió la espada sacudiéndola dos veces, luego apoyó la hoja sobre el antebrazo y con un delicado movimiento volvió a envainarla.

Nadie se dignó a contestar, todos siguieron bebiendo, incluido Otowara.

Algo más tarde, Ibuki acompañaba a un ebrio Hiroyoki hasta su hogar. Durante el camino le habló de Miyako y de cómo la enseñaría a comportarse una vez fuese su esposa.

—¿Por qué la odias tanto?

Hiroyoki se tambaleó hacia la derecha. La pechera de su kimono estaba manchada de *sake*, el moño se había deshecho y la cicatriz de su rostro parecía más enrojecida que en la casa de té.

—No es sangre pura.

—Su madre y su padre son japoneses —afirmó Ibuki.

Hiroyoki se rascó con ardor la cicatriz inflamada.

—Es la descendiente de una *gaijin*.

—De eso hace más de doscientos años…

—Tú no lo entiendes porque eres un samurái de rango menor, pero mi sangre no se mezclará con la de una mestiza.

Sus palabras hirieron a Ibuki. Él no era inferior a ese bastardo engreído, aun más, Miyako valía cien veces más que Otowara, a pesar de ser la hija de su enemigo.

—Supongo que no —dijo, y le puso disimuladamente la zancadilla.

Hiroyoki cayó de bruces al suelo sin saber qué había ocurrido. Consiguió incorporarse, mientras la sangre brotaba de su frente, descendiendo por su mejilla.

—¡Ella tiene la culpa! ¡Es una maldita bruja! —Hiroyoki se aferró con fuerza al *haori* de Ibuki, que por primera vez vio un atisbo de temor en sus ojos—. Tiene el poder de una *Yuki-onna* [124].

Ibuki había conocido esa historia de niño. La historia de dos leñadores, uno joven y otro viejo, que viéndose sorprendidos por una gran nevada tuvieron que refugiarse en una choza cerca de un río. Durante la noche oyeron los extraños aullidos del viento, pero al final, rendidos de cansancio se durmieron. De pronto, el más joven sintió cómo los copos de nieve rozaban su cara. Entumecido por el frío, abrió los ojos y vio a una mujer, extremadamente bella, de tez tan pura como la misma nieve, de pelo largo y negro, vestida toda de blanco, que se inclinaba sobre su compañero y le soplaba en el rostro. Al verse observada, la mujer se giró de inmediato hacia él. El leñador ni siquiera pudo gritar al contemplar la expresión de sus ojos. El terror se apoderó de él por completo, sobre todo, cuando le dijo que pensaba matarlo como a su compañero, aunque su juventud la llenaba de piedad. De todos modos, lo amenazó con hacerlo si alguna vez contaba lo que había visto y sucedido esa noche en la choza.

El joven guardó silencio sobre lo ocurrido en la tormenta y durante un año continuó yendo al bosque, cortaba su leña y regresaba a su hogar para al día siguiente venderla. Así, día tras día, hasta que una noche se cruzó con una bella muchacha. Su hermosura lo conquistó, así que le preguntó su nombre. Se llamaba O-Yuki y se dirigía a Edo, debido a la muerte de toda su familia, para emplearse como criada. El leñador le preguntó si tenía algún hombre en su vida y sonriendo ella le respondió que nunca lo había tenido. La extranjera también se interesó por la situación del leñador y este le confesó que no estaba casado, sino que vivía con su madre. Cuando llegaron al pueblo del joven, este le sugirió que descansara en su cabaña. Allí conoció a su madre, a la que, al igual que al leñador, cautivó por sus maneras y gracia. La madre del joven le pidió que se quedase, ya tendría tiempo de ir a Edo otro día. La verdad era que la muchacha jamás fue a Edo y permaneció en el pueblo en calidad de honorable nuera. La extranjera dio a luz diez hijos, todos ellos fuertes, sanos y de una blancura deslumbradora. Mientras el resto de las mujeres de la aldea se marchitaban con el tiempo y los embarazos, ella se mantenía igual de joven y fresca como el primer día que llegó a la aldea.

Una noche, mientras su esposa cosía y la luz de una lámpara iluminaba su rostro, el leñador se fijó en el parecido que tenía con la mujer de las nieves que mató a su compañero. Ella advirtió que la observaba y le preguntó qué sucedía. Olvidando las advertencias de la dama de las nieves, le contó la experiencia que vivió aquella noche. Su joven esposa, tras escucharlo, entró en cólera y le dijo que agradeciera permanecer con vida a los niños que dormían en la habitación contigua, pero desapareció como una ráfaga de viento y nunca más se volvió a ver. Muchos decían que seguía matando a hombres con sus caricias en las noches de tormenta de nieve.

—Esa bruja tiene la misma blancura que una *Yuki-onna* —aseguró Hiroyoki, escupiendo de rabia en el suelo.

Ibuki recordó el semblante de la joven, el color de sus ojos, su mirada franca y valiente, y no creía que fuera una bruja, más bien una atractiva mujer a la que le hubiese gustado seducir. Si ella no fuese la hija de un noble a quien consideraba su enemigo, y él un *rōnin*, quizás, solo quizás, la haría suya.

57

los ojos de una bruja

Castillo de Kawaokura, 5 de diciembre de 1852
(Décimo mes del quinto año de la era Kaei)

Habían pasado varios meses desde la partida de Hiroyoki de la región de Nagoya. Durante ese tiempo Miyako había gozado de libertad y felicidad al contemplar el crecimiento de su plantación. A pesar de sus intentos de disimular su tristeza, todos en el castillo sabían que el motivo de su aflicción era que se casaría muy pronto. Habían recibido noticias de Edo. En ellas se anunciaba la llegada de su prometido y la petición de realizar la ceremonia de una vez por todas, porque la situación política en la que se encontraba su señor Yoshinobu, a quien el futuro daimio Kawaokura servía como vasallo, era cada vez más precaria. Todos, incluido el daimio, ignoraban si tras el matrimonio la pareja se trasladaría a Edo o, por el contrario, Miyako seguiría en las tierras de Kawaokura.

En el terreno donde se ejercitaba con su maestro, Miyako se sujetó al hombro la manga del kimono con una cinta para que no le impidiese mover el brazo a la hora de usar la katana. Había convencido a su padre y después a su maestro para que la instruyera en el arte de la espada. Su *sensei* jamás había entrenado a una mujer y no le agradaba hacerlo, pero su perseverancia, junto con una gran dosis de obstinación, hizo que cediera a su petición.

Desde entonces, Miyako poseía una katana del maestro *Shinto*, regalo de su padre y que había pertenecido a Kawaokura Ryô. La espada permanecía colgada en la pared del *dojo* al igual que la *naginata* de su madre.

El rostro de Miyako se mostraba enrojecido por el esfuerzo de mantener su posición y no retroceder. Su *sensei* la consideraba igual que a cualquiera de sus alumnos y la entrenaba con la misma dureza. El *bokken*[125] de su maestro golpeó su costado. Exhibió una mueca de dolor, pero no emitió queja alguna y continuó concentrada en el adiestramiento. La práctica debía equilibrar mente y cuerpo, ya que la lucha en el estilo *kenjutsu* suponía una disciplina mental, física y espiritual. A Miyako las manos le sudaban, pero agarró la empuñadura del *bokken* con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Su maestro avanzó unos pasos que la obligaron a retroceder. Si no

hubiese llevado protectores en los antebrazos, el golpe le habría roto algún hueso.

—Hoy es suficiente —dijo el *sensei*.

Miyako asintió y se inclinó de manera respetuosa. Descalza, solo con unos *tabis* blancos, llegó hasta el final de la plataforma de madera donde realizaban el entrenamiento. Se calzó unas *getas* y se encaminó a sus habitaciones.

Normalmente las lluvias lo retrasaban todo, aunque en esta ocasión anticiparon la venida de Hiroyoki. Un presentimiento funesto la alarmó al ver a una de sus doncellas aguardándola en la puerta de sus aposentos.

—Señorita, su padre desea verla enseguida.

—Debo asearme primero.

—Ya he preparado el baño —dijo con eficiencia en sustitución de la señora Himura.

Su sirvienta había padecido unas fiebres de las que aún no se había repuesto. Así que Miyako había ordenado que descansase hasta que estuviera recuperada para volver a organizar al servicio. Apenas tardó en enjabonarse el cuerpo y esta vez la urgencia le hizo prescindir de introducirse en el *ofuro*[126]. Se vistió con un sencillo kimono de flores azules y un *obi* dorado ajustaba su cintura. Varios adornos con forma de campanilla sujetaban su cabellera. Una criada abrió la puerta corredera de los aposentos del daimio y la sonrisa se congeló en sus labios al ver quién se encontraba junto a su padre.

—Señor Otowara —dijo Miyako.

Se arrodilló con la cabeza gacha y las manos sobre el regazo, tal y como se esperaba de una mujer modesta.

—Señorita Kawaokura —respondió él—. Me alegra ver que tanto su padre como usted están bien de salud.

Delante del daimio, Otowara era el hombre más educado y correcto que podía imaginarse. En cambio, cuando estaba a solas con ella su máscara desaparecía para mostrar su verdadero ser.

—Hija, nuestro querido muchacho debe marchar pronto a Edo y la boda debe celebrarse antes de su partida.

Miyako alzó el rostro y fijó la mirada en Hiroyoki. Controló su nerviosismo, mas él pudo leer en sus ojos un atisbo de inquietud.

—¿Cuándo? —se atrevió a pronunciar.

—El once de diciembre.

Miyako esbozó una forzada sonrisa y asintió lentamente sin pronunciar una palabra.

Tras el anuncio de la boda, guardó silencio durante toda la reunión. No era tan ingenua como para ignorar que todo se debía a la enfermedad del sogún y al posible nombramiento de Yoshinobu como su sucesor. Hiroyoki deseaba volver cuanto antes a Edo, al lado del

hombre que podía convertirlo en alguien importante por sus propios méritos y no gracias al matrimonio con la hija de un daimio.

ESA NOCHE NI siquiera las luciérnagas iluminaban el camino que conducía a uno de los lugares preferidos de Miyako. La joven tomó el farolillo que había usado para alumbrar el sendero que conducía al lago y al olivo que tanto tiempo atrás plantó su antepasada. Por un momento, se imaginó cómo habría vivido la condesa de Carrión en una sociedad como la suya, tan clasista y antigua.

Los pasos apresurados de una sirvienta a su espalda la alertaron de la hora que era, avisándola de que debía regresar para asistir a la cena. Se encaminó a la sala *zashiki* [127] donde su padre ya bebía en compañía de Hiroyoki alrededor del *hubachi*[128]. Sus caras serias y la falta de interés por parte de su prometido despertaron la curiosidad y la preocupación de Miyako.

Un sirviente colocó los diferentes platos delante de los dos samuráis sobre una *chabudai*[129], además de un descansabrazos portátil para la comodidad del daimio. Ninguno de los dos hombres probó bocado. Al final, ante la inmovilidad de los dos, Miyako se atrevió a preguntar:

—¿Se encuentra bien, padre?

Sus palabras parecieron atraer la atención de los dos hombres en ella, y se dieron cuenta de su presencia.

—Hija, no tengo hambre. Hoy hemos recibido una carta del daimio Satsuma.

El rostro de Miyako evidenció la sorpresa.

—¿Qué quiere de nosotros?

—Defender nuestras tierras de los extranjeros —intervino Hiroyoki con una mirada eufórica, casi fanática.

Miyako sabía bien que Satsuma pertenecía a la corriente política *Ishin-shishi*, fervientes defensores del emperador y opositores del sogún.

—No entiendo que…

—Las potencias extranjeras son cada vez más osadas y pronto no se conformarán con permanecer en la distancia. En breve, llamarán a nuestras puertas —aclaró el daimio, y añadió—: Nos piden que reforcemos nuestras costas. Nos conceden permiso para adquirir armamento de todo tipo. Léela tú misma —terminó por decir su padre, entregándole la carta.

Cuando Miyako terminó de leerla, comprendió qué significaban en realidad las palabras de Satsuma.

—Esto sería traicionar al sogún.

—Ambos desean lo mismo, hija mía, aunque con distintos fines.

—Tarde o temprano enviarán a un delegado para plantear sus imposiciones. Quizás no sea este año, pero será pronto —afirmó Miyako. Luego, añadió—: Si el *bakufu* no acepta las peticiones de los extranjeros, supondrá la guerra. Pero si actúa de ese modo, nos arrastrará al suicidio.

Hiroyoki bebió de un sorbo el *sake* y golpeó el cuenco vacío contra la mesa. El estruendo calló a la joven.

—¡Solo eres una mujer que no sabe de lo que habla!

El daimio contempló por primera vez a Hiroyoki con cierto grado de inquina y salió en defensa de su hija.

—Miyako es una mujer, pero sabe bien qué dice. Estoy de acuerdo con ella. El enfrentamiento con los occidentales será inevitable, pero lo único que nos permitirá obtener una mínima ventaja es el tiempo.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Hiroyoki, visiblemente excitado por los aires de guerra que se respiraban.

—Absurdo es enfrentarse a un monstruo superior con los ojos cerrados.

—El daimio de Mito cree que no se puede dar ninguna concesión a los extranjeros.

—Quizás el daimio de Mito sea un incauto —intervino Miyako.

—Entonces el resto de la corte imperial y los samuráis también lo son —dijo Hiroyoki con la mirada encendida de furia.

—Debemos tener calma… —afirmó el daimio al ver cómo la actitud de su futuro yerno era cada vez menos paciente con su hija.

—La boda se celebrará mañana —aseguró el muchacho.

—Es demasiado pronto… El once de diciembre los astros tienen la posición adecuada para bendecir vuestro matrimonio —alegó el daimio.

—Me importa bien poco lo que digan los astros. Debo volver junto con mi señor. Lo haré con el nombre de Otowara o con el de Kawaokura. Eso solo depende de usted —afirmó Hiroyoki y se marchó de la habitación.

Durante un buen rato, ni Miyako ni su padre pronunciaron una palabra, sumidos en sus propios pensamientos. Mientras asimilaba que posiblemente se convertiría al día siguiente en la esposa de Hiroyoki, su padre dijo:

—Querida hija, debo protegerte si se avecina una guerra. Yo ya soy anciano y si el sogún convoca a los hombres a luchar, como único representante de nuestro clan, tendría que acudir a la llamada. En cambio, si tomo como hijo adoptivo a Hiroyoki, este iría en mi lugar. Sé que mi enfermedad se agravará cada día más y deseo pasar más tiempo contigo. —El semblante de Miyako exhibió el miedo al cambio. Ella quiso intervenir, pero su padre la acalló alzando una mano—. La

decisión no la he tomado yo, sino las circunstancias —afirmó, apenas sin fuerzas. Luego tomó la mano de su hija y dijo—: Entiendo que Hiroyoki quiera regresar junto con su señor. He sido un samurái y no puedo criticar el comportamiento de ese muchacho. Solo quiere defender su país y a su señor, pese a que su valentía esté abocada a la derrota. Lo siento, hija, pero mañana se celebrará la boda —alcanzó a decir bajando la vista.

Miyako no dijo una palabra, asintió en silencio y abandonó el cuarto. Cuando lo hizo, las lágrimas brotaban de sus ojos.

AL DÍA SIGUIENTE, Miyako se vistió con el kimono de seda blanco y el tocado que la convertía en una novia a los ojos de quien la contemplaba. Ella, en realidad, se sentía una farsante.

—Lamento que no acudan más invitados —se disculpó su padre cuando la vio aparecer en la sala que los criados habían adornado para la ocasión.

Todos habían trabajado durante la noche y al alba habían levantado un *kamidana*[130]. Era sencillo, pero bastaría para la celebración. Se trataba de un pequeño armario donde se exhibían ofrendas. En el centro se encontraba el *taima*[131] que representaba a la deidad. A cada lado, la señora Himura había ordenado colgar amuletos de papel para venerar a los dioses locales y a los ancestros. La tradición establecía que la novia entrara del brazo de la madre y saliera del de su suegra. Al no vivir ninguna de las dos, se encargaría de aquella responsabilidad la doncella que había cuidado de Miyako desde su nacimiento, la señora Himura. No dejaría esa responsabilidad a nadie más, aunque la fiebre acabase con ella.

—Señorita… —dijo la mujer, visiblemente emocionada.

—Vamos, vamos… es una boda —respondió ella, conteniendo las lágrimas que amenazaban con provocar también las suyas.

Cuando llegaron al altar, Hiroyoki la esperaba con el gesto sobrio y el mejor *haori* de su padre. Ambos realizaron la purificación en pequeños cuencos de agua, después intercambiaron palabras de compromiso y ofrecieron ofrendas a los *kamis*[132]. Miyako no se atrevió a mirar a quien ya era su esposo hasta que se colocaron uno frente al otro. Cualquier boda requería el ritual de tomar tres cuencos de *sake*, ya que representaban el cielo, la tierra y el hombre. Hiroyoki bebió los tres cuencos y después le tocó el turno a ella. Al dejarlos en la bandeja que habían dispuesto para ello, Miyako lo miró. Hiroyoki le dirigió una mirada que le hizo sentir una punzada de temor.

TRAS EL BANQUETE en el que Hiroyoki bebió tanto *sake* que acabó borracho, Miyako se retiró a sus aposentos. Tenía que prepararse para compartir la almohada con su esposo. Escuchaba a su doncella aconsejarla sobre lo que deseaban los hombres, cómo debía comportarse, cómo actuar, qué no decir y qué hacer. A pesar de lo que pensaran, tenía más conocimientos del arte del amor de lo que ninguna de sus doncellas habría imaginado nunca. Había leído *El libro de la almohada*[133] y otros muchos donde se instruía entre líneas cómo debía comportarse una mujer en intimidad con un hombre.

Después de untarla con aceites perfumados y peinado su cabellera pulcramente hacia atrás, la habían vestido con un kimono ligero de seda con ideogramas que indicaban prosperidad para la nueva pareja.

Las risitas de las criadas exasperaban a Miyako. Ninguna veía más allá del rostro apuesto de su marido. La palabra se le atragantó al imaginar lo que significaba y lo que ocurriría esa noche.

—Muchas felicidades —pronunciaron al unísono y salieron del cuarto.

La única que permaneció un instante más fue la señora Himura, quien la miró con tristeza, asintió con la cabeza y salió sin pronunciar una palabra. Nada de lo que dijera aliviaría la desazón que consumía su alma esa noche.

Miyako vio con cierto temor el futón extendido en medio de la habitación. La luz de los farolillos le otorgaba a los aposentos una calidez que, por el contrario, enfriaba su corazón. Se había jurado no dejarse llevar por el miedo. Pasase lo que pasara después, esa noche construiría una armadura de protección alrededor de su mente y de su corazón. Hiroyoki solo poseería su cuerpo, no su razón ni su voluntad.

Los minutos se sucedían sin que su esposo acudiese a la estancia. Hasta que escuchó los pasos rudos de Hiroyoki aproximarse al cuarto. De pronto, él abrió la puerta corredera, desgarrando uno de los paneles de papel de arroz.

—¡Fuera! —gritó a una de las doncellas que hacía guardia en la puerta.

La muchacha miró a Miyako, y esta asintió con la cabeza.

—Cualquier hombre caería rendido a tus encantos de bruja, pero yo no soy cualquier hombre. Soy un samurái que sirve al futuro sogún. —Antes de acercarse a ella, perdió el equilibrio y dio un traspié. Luego le alzó la barbilla con brusquedad y le ordenó—: ¡Desnúdate!

Miyako comenzó a desanudarse el *obi* con los dedos temblorosos. Cuando el trozo de tela descendió a sus pies, el kimono se abrió hacia los costados dejando a la vista su sexo, y apenas disimuló el temblor de su cuerpo cuando la mano de Hiroyoki acarició uno de sus pechos.

—¡No me mires de ese modo! —gritó, abofeteándola, y la empujó con fuerza—. Tu mirada me recuerda la del médico extranjero que

mató a mi hermana.

Miyako ignoraba que Hiroyoki hubiera tenido una hermana, sin embargo, nada de él le interesaba. Había caído al suelo abatida por su propia rabia. Los ojos de Miyako brillaron en la penumbra con una tonalidad violeta, y Hiroyoki lo malentendió al pensar que se trataba de soberbia. Enfadado al creer ver en ella un halo de superioridad, se arrodilló a su lado y le rasgó el kimono hasta que quedó plenamente desnuda delante de él.

Miyako no se opondría a lo que le pidiese su esposo esa noche. Con la mirada inerte, perdida en el vacío, abrió las piernas y aguardó con el corazón latiéndole a toda velocidad a que la poseyera con rapidez y, cuando acabase, se marchase de su alcoba. El nuevo hijo del daimio Kawaokura comprendió, a pesar de todo el alcohol que había bebido, que podía destrozar su cuerpo, forzarla y someterla a cualquier vejación que se le ocurriese, sin embargo, ella no perdería su altivez. Estaba claro que en aquel momento parecía tan lejana y ajena a todo y a él como la luna.

—¡Mírame, bruja! —le exigió al ver que sus ojos se fijaban en una estantería.

En ella varios libros se almacenaban ordenadamente como si se tratasen de lingotes de oro.

—Es tu tesoro más querido, ¿verdad? —dijo y añadió—: Incluso has colocado en un lugar destacado del resto el que te regaló mi señor Yoshinobu.

Miyako no entendía por qué su esposo no la tocaba, ni siquiera parecía consciente de su presencia. En cambio, se había levantado y permanecía de pie, inmóvil, con la vista fija en su estantería de libros. Su cara de horror fue la señal que Hiroyoki necesitó para comenzar con la destrucción.

—¡No, te lo suplico! —gritó Miyako, cubriéndose con los trozos de tela del kimono.

Ninguna súplica detendría a Hiroyoki del fuego enloquecedor que lo dominaba. Miyako se interpuso en su camino y recibió un puñetazo en el estómago que le cortó la respiración. El samurái agarró sus libros y un farol de la habitación, la miró una vez más con el semblante triunfante y salió al jardín. Poseído por una fiebre casi infernal realizó un montón, luego regresó a por más y los amontonó con los anteriores, después les prendió fuego. Ante la mirada incrédula de la hija del daimio, las llamas se elevaron alegres hacia el cielo.

Miyako habría soportado cualquier daño esa noche, pero jamás le perdonaría que hubiese actuado con tanto odio y cobardía.

En el jardín, Hiroyoki contemplaba las lágrimas silenciosas de Miyako, también su manifiesta impotencia mientras, arrodillada, clavaba las uñas en el marco de la puerta *shōji*. Cuando se aseguró de

que no quedaba ningún otro libro por quemar, se dispuso a marcharse. Miyako continuaba sujetándose a la puerta hipnotizada por lo que aún no creían sus ojos.

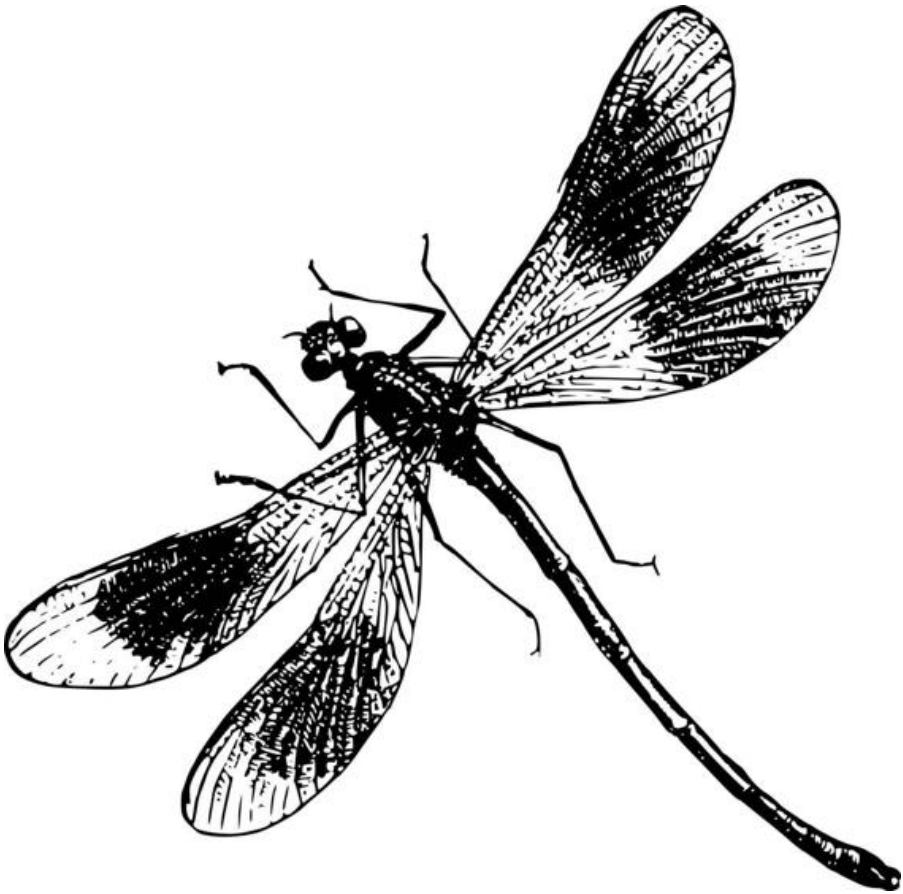
—Querida esposa, ha sido una noche de lo más satisfactoria. Ahora visitaré el barrio del placer, quiero poseer a una mujer japonesa y no a una descendiente de una *gaijin*.

—¡Te maldigo, Otowara Hiroyoki! —gritó Miyako con la mirada cargada de odio.

Al igual que la condesa de Carrión, su antepasada, a la joven le cambió el color de los ojos cuando la furia se apoderó de su alma. No era la primera vez que Hiroyoki era testigo de su extraña condición, pero sí la primera vez que pensó que las brujas del clan Kawaokura eran capaces de destrozar a un hombre con su mirada.

MIENTRAS TANTO, EN un rincón del jardín, Ibuki observaba el proceder bárbaro de Hiroyoki. Sentía que el corazón le dolía tanto como a la hija del daimio ante tal muestra de destrucción innecesaria. Tuvo que aguantar sus ganas de matar a ese bastardo, ya que eso era lo que le había prometido el señor de Mito: venganza a través de Hiroyoki; sin embargo, habría estrangulado al samurái con sus propias manos al ver cómo trataba a Miyako. Aguardó a que Hiroyoki regresase al cuarto y llegó hasta la hoguera. Sin importarle quemarse las manos, rescató todos los libros que pudo. Se los entregaría a la hija del daimio al día siguiente. Comprendía que después de aquello resultaría más doloroso para Miyako enfrentarse a su presencia y al hecho de saber que había sido testigo de su humillación. Los gritos habían atraído la atención de los habitantes del castillo, mas solo él había tenido la valentía de comprobar que la señorita Kawaokura aún estaba viva. Entonces, cayeron al suelo como una lluvia anaranjada gruesas gotas de lluvia que en realidad eran cenizas y briznas de papel encendidas, y también algo más, el oscuro velo que cubría el corazón de un *rōnin*.

segunda PARTE



58

barcos negros

Bahía de Edo (Japón), 6 de julio de 1853
(Séptimo mes del año sexto de la era Kaei)

Esa mañana, Renzo preparó sus aperos de pesca. Miró a su esposa y también a su hijo que permanecía acurrucado en el pecho de su mujer. El día amanecía claro y si la suerte y los dioses lo acompañaban, conseguiría buenas piezas de pescado que vendería para comprar un poco de arroz.

A paso rápido se dirigió a la playa. Al alba varios pescadores ya ocupaban sus barcas, pero esa mañana vio a un corrillo de hombres antes de llegar.

—¿Qué ocurre? —Detuvo a uno de ellos que caminaba para preguntar—: ¿Algún muerto?

No era la primera vez que el mar devolvía a un cadáver. Siempre había pescadores que nunca regresaban, otros volvían cuando las aguas se cansaban de mecerlos.

—¡No! Esos barcos extranjeros están ardiendo. Quizás haya un naufragio.

Renzo se dio prisa en desnudarse y se quedó solo con el *fundoshi*[134]. La ley del mar establecía que todo lo que apareciese en la orilla era de quien lo encontrase. Debía moverse con rapidez. Si los vasallos del daimio descubrían lo sucedido, se quedarían con todo lo que alcanzase la playa. Antes de lanzarse a lo desconocido, Renzo subió a un montículo de arena desde donde podía divisar el naufragio. A lo lejos, vio un espectáculo tan sorprendente que creyó que sus ojos lo engañaban. Cuatro barcos con velas y unas chimeneas humeantes se acercaban velozmente a la bahía. Desde su posición creía atisbar que cada una de esas naves portaba cañones. Renzo supo que los barcos no estaban en llamas ni en peligro, y se apresuró en volver a casa. Unos monstruos negros acechaban su tierra.

DOS DÍAS DESPUÉS, en uno de los barcos, el comandante estadounidense Matthew Perry, enviado por el presidente Fillmore de Estados Unidos, había entrado en la bahía de Edo, frente a Uraga. El lugar escogido por el comandante no se debía al azar. Se trataba de

una bahía estrecha en la que podía impedir el abastecimiento de mercancías de Japón por mar y por tierra. Además, habían desobedecido la orden del sogún de atracar en Nagasaki, el único puerto permitido para los extranjeros. Perry sabía bien qué suponía su decisión, también que los japoneses no contaban con embarcaciones como las suyas: modernas, superiores en armamento y con la capacidad de albergar a quinientos hombres en ellas dispuestos a luchar.

Desde proa, el comandante divisó las pequeñas naves amarradas en la bahía. No solo se trataba de entregar la carta del presidente al sogún, en la que requería al *bakufu* que abrieran los puertos a los extranjeros, también era la demostración de la supremacía de Occidente.

—Señor, todo está dispuesto —dijo un capitán de marina al comandante.

Era un muchacho de Filadelfia, con el pelo negro y los ojos verdes y vivaces.

Perry asintió con las manos tras la espalda. Vestido con la casaca azul oscura de galones dorados y con unos botones del mismo color, aumentaba la figura imponente del comandante. El marino se dijo que debía ser paciente con los japoneses, pero su paciencia tenía un límite. Había enviado a un par de hombres con la misión de solicitar al sogún una entrevista, sin embargo, en vez de una respuesta habían remitido con una flotilla de barcos para intimidarlos que parecían cáscaras de nueces, además de enviar numerosos guerreros a la playa. Reconoció que había formado un ejército considerable en dos días, el tiempo que llevaban en la bahía solicitando ser recibidos por el sogún.

—Han pedido que nos marchemos —dijo el capitán.

Perry no contestó, era de esperar la oposición de un pueblo que mantenía su empeño de no abrirse al exterior.

—Bien…

—Señor, ¿cuáles son las órdenes?

—Paciencia y orgullo.

El capitán asintió y regresó a su puesto. Mientras tanto, unos cinco mil samuráis se habían concentrado en la playa con el objetivo de defender sus costas de los extranjeros. Perry no discutiría la valentía de esos hombres, pero no tenían nada que hacer contra sus cañones cuando dicho ejército solo poseía cañones anticuados y de corto alcance.

De nuevo, otra flotilla se acercó al barco estadounidense. Un marino le brindó una escala con la que el embajador japonés subió a bordo.

El samurái hablaba inglés con dificultad, pero lo suficiente como para comprender sus palabras.

—Márchese de nuestras tierras.

Perry se mantuvo altivo. Con la mirada fija y caso omiso de las palabras del samurái, le dio la carta que debía entregar a su sogún.

—Espero respuesta. Dispone de un año para pensar qué van a hacer. Si no acepta las condiciones, volveré en primavera y esta vez no seré tan comprensivo.

Sus palabras encendieron la cólera del embajador, que asintió con los labios fruncidos, mientras apretaba la empuñadura de su katana.

—Márchese de nuestra tierra —insistió esta vez en francés.

Perry, igual que si le hablase a un niño, dijo:

—Señor embajador, lamento informarle de que Estados Unidos es una tierra muy superior a la suya. Poseemos influencia sobre el resto de las naciones y ustedes son una pequeña isla en un océano. Entienda que, en beneficio del comercio, es necesario que colaboren con nosotros.

El samurái dedujo por la mirada del *gaijin* que nada de lo que dijese lo convencería de marcharse de las costas de Japón. Con resignación asintió y descendió del navío.

Cuando la barca del embajador se perdió en la distancia, Perry llamó a su segundo:

—Organice a los hombres, que estén alerta y en sus puestos.

—¡Sí, señor!

Las órdenes se cumplieron con rapidez. El enjambre que formaban los marinos y soldados se alineó ante los cañones. Los hombres cargaron los fusiles y los cañones a la espera de recibir la orden de disparar.

El comandante miró la bahía, creía que el samurái que había hecho de embajador no entendía bien cuál era la situación en la que se encontraban. Comprendió que debía explicar a un mandatario qué sucedía en ese momento en la bahía de Edo.

—Prepare una barca, debo desembarcar.

—¡Señor, eso es muy peligroso!

—Segundo, es una orden.

El segundo dispuso todo lo necesario para que el comandante llegase a la playa. La tensión entre los hombres era palpable y cada uno de ellos apuntaba a la orilla preparado para disparar.

Perry pisó la arena en compañía de tres hombres. La valentía era una cualidad que los japoneses valoraban y nadie se atrevió a ponerle una mano encima. El daimio que gobernaba sobre un grupo de aguerridos samuráis, a causa de la muerte del sogún, dio un paso adelante y se plantó ante Perry.

El comandante se inclinó respetuosamente, como le habían indicado que debía saludar.

—Deben aceptar la propuesta por el bien de las relaciones

comerciales, sino me veré en la obligación de conquistar Japón por la fuerza. Entiendo que deban pensar qué hacer, así que regresaré en primavera por una respuesta.

Cuando uno de los samuráis que entendía su idioma tradujo sus palabras al daimio, el comandante volvió a la barca, se encaminó a su navío y, cuatro horas más tarde, la flota de Estados Unidos desaparecía de la bahía de Edo.

Desde la orilla, Hiroyoki, junto con el resto de samuráis, aguardaba las órdenes de cómo proceder, pero parecía que todo había concluido sin derramar una gota de sangre. Un sentimiento de frustración se apoderó de él y recordó cómo se había despedido de su señor Yoshinobu.

Unas semanas antes del desembarco de Perry en Edo, en el castillo del sogún se celebraba una cacería. Se trataba de uno de los acontecimientos más importantes de la corte. Al terminar, el sogún elegiría las mejores piezas y las enviaría al emperador en Kyoto.

—Mi señor, es una carta del sogún —dijo Hiroyoki, inclinándose con respeto y alargando las manos para que el joven tomara la misiva.

El muchacho abrió la carta y descubrió que era una invitación. Su rostro evidenció la sorpresa y alentó la preocupación de Hiroyoki.

—Mi señor, ¿qué sucede?

—Prepara lo necesario para participar en la cacería. Seré el acompañante del sogún.

Hiroyoki supo qué significaba esa invitación. Si bien no mostraría su complacencia, ya que también podía ser un simple capricho de Ieyoshi. Escoger a Yoshinobu en vez de a su heredero e hijo legítimo era toda una declaración de intenciones. Se aseguraría de doblar la vigilancia para que Yoshinobu no sufriera un atentado. Muchos consejeros del grupo de ancianos al servicio del sogún eran contrarios al clan Mito. Ninguno de ellos se alegraría demasiado al ver cómo el hijo de Nariaki se alzaba sobre Iesada, el hijo del sogún. Uno de sus informantes le había contado la reunión de la madre de Iesada con el consejero Abe Masahiro. Por supuesto, no era extraño dicho encuentro, la invitación del sogún a Yoshinobu fomentó toda clase de habladurías en la corte, sobre todo, en el palacio de las mujeres. La madre de Iesada, Honjuin, no estaba dispuesta a permitir tal afrenta y por ello había convocado al consejo.

Hiroyoki recordó con claridad las palabras del espía sobre esa reunión y qué vieron sus ojos.

Masahiro inclinó el torso en una reverencia. Era de voluminoso tamaño, y sus ojos pequeños y astutos se perdían en los mofletes de su cara sin dejar de exhibir la inteligencia por la que era conocido en la corte.

—Mi señora —dijo el consejero.

—Señor Masahiro, ¿es verdad el rumor que ha llegado hasta mis oídos? —preguntó, indicándole con una mano que se sentase frente a ella.

Masahiro se sentó en el suelo. Su obesidad y la poca largura de sus piernas le impidieron cruzarlas en la posición del loto. Honjuin se mantuvo impasible ante su incomodidad, pero él tampoco formuló una queja, y ella no le demostró compasión ofreciéndole otro asiento.

—Si se refier al hecho de que su esposo ha solicitado la compañía de Yoshinobu en vez de a su hijo en la cacería: es del todo cierto.

Honjuin frunció el ceño con disgusto.

—Creo que no entiende el alcance de la situación. —Ante el silencio del consejero, dijo—: ¿No piensa hacer nada al respecto?

La esposa del sogún se refrescaba con un ligero abanico de plumas. Los adornos de su cabello se movían con delicadeza y, en el silencio que siguió a sus palabras, ambos escucharon el repicar del oro de las menudas figuras entrechocando unas contra otras.

—Hablaré con mi señor Ieyoshi.

Honjuin asintió complacida, cerró el abanico con un golpe seco y se puso en pie, dando por concluida la reunión.

Antes de marcharse, seguida por dos damas de igual belleza que ella, Honjuin dirigió unas últimas palabras al consejero:

—No me falle.

Tras esas tres palabras se escondía una amenaza que Masahiro no podía olvidar. Sin embargo, el mecanismo de habladurías había alcanzado al mismo Mito Nariaki, el padre de Yoshinobu, gracias a las misivas que le enviaba Hiroyoki.

En una de las cartas del daimio, este había confesado a Hiroyoki que creía que al fin sus deseos se cumplirían: nombrarían sogún a su hijo Yoshinobu. Para su sorpresa, los cielos no pensaron de igual forma y, unos días más tarde, antes de celebrarse la cacería, el sogún Ieyoshi murió de un golpe de calor, sin dejar por escrito quién sería su heredero. A partir de entonces, la posición de Yoshinobu peligraba dentro de la corte. Como consecuencia de la situación, el muchacho se encerró en sus aposentos, rodeado de sus libros. Muchos creyeron que la frustración le impedía mostrarse a los demás, pero Hiroyoki sabía la verdad: estaba feliz. Nunca había querido ser sogún. La ambición no era parte de su carácter.

Después, todo se precipitó tras la llegada de los barcos negros a la bahía de Edo. Nadie se acordó más de Yoshinobu que no había sido sogún, sino de la guerra que se avecinaba. Durante un instante, recordó las palabras de Miyako. Esa bruja tenía razón. Los estadounidenses solo habían traído algunos de sus navíos y el resultado era aterrador. No era tan ingenuo para imaginar que todo terminaría de manera tan pacífica. Había comprendido nada más

verlos que jamás ganarían esa guerra, aun así, lucharía hasta el último aliento. No permitiría que esos *gaijin* invadiesen su tierra.

Las órdenes fueron retornar a Edo. Según lo habían informado, contaban con un año antes del regreso de los estadounidenses. Un año en el que podrían adiestrar a las tropas, si bien era absurdo engañarse: nadie vencería a potencias que disponían de aquel armamento. Sus katanas contenían el valor del camino del guerrero, pero no serían suficientes. Sin poder evitarlo, un sentimiento de derrota se extendió entre todos los hombres.

Hiroyoki, al igual que muchos de los samuráis, volvió al castillo de Edo. Nada se podía hacer por el momento. Allí, Yoshinobu persistía en continuar en sus aposentos y se negó a recibirlo. El samurái se sentó en el suelo, apoyó la espalda en la pared y colocó las espadas a su lado, presto a usarlas si era necesario. Permanecería toda la noche en aquel lugar, incluso días, hasta que su señor se dignase a dirigirle la palabra.

Dos días más tarde, al fin, Yoshinobu abandonó su encierro y se encaminó al jardín donde a veces había coincidido con Iesada. Hasta ahora no había podido rendir vasallaje a su nuevo sogún. Hiroyoki lo siguió en silencio. Ninguno de los dos había pronunciado una palabra desde que el samurái había llegado de la bahía de Edo.

En el jardín, Iesada empuñaba un rifle con bayoneta, regalo de un comerciante holandés, y perseguía a los sirvientes que o bien huían asustados, o bien se mantenían inmóviles, temerosos de ser atravesados por la bayoneta de su señor.

Tanto Hiroyoki como Yoshinobu posaron las rodillas en el suelo y aguardaron a que el sogún les prestase atención. El hombre más poderoso de Japón era un muchacho cojo, de cara triangular, tez pálida, sonrisa bobalicona y una mirada hueca.

Hiroyoki posicionó la mano en la empuñadura de su espada. Si el sogún intentaba herir a Yoshinobu, él lo mataría. Después podrían ejecutarlo, pero salvaría la vida de su señor.

—No lo hagas —le ordenó el muchacho, adivinando sus pensamientos.

—Mi señor, el sogún…

De pronto, Iesada se paró en seco delante de Yoshinobu y lo miró con cara de terror. Soltó el rifle y salió gritando del jardín como si hubiese visto a un demonio.

Yoshinobu se puso en pie y volvió a sus aposentos con el rostro serio y pensativo.

—Mi señor, me pregunto por qué el sogún ha actuado de esa manera.

Hiroyoki no esperaba una respuesta, pero, menos aún, la que recibió de boca de su señor.

—Mi querido vasallo, alguien ha dicho a nuestro sogún que soy un monstruo. —El samurái guardó silencio, y Yoshinobu añadió—: Lo están manipulando para que me odie. Solo las damas de la corte harían algo así.

—La dama Honjuin…

—Exacto —afirmó Yoshinobu—. Nadie es capaz de interpretar los deseos de Iesada, salvo su madre. Además, ella cree que comparto la ambición de mi padre por derrocar a los Tokugawa. Imagino que Honjuin hará todo lo inimaginable para mantenerme alejado de su hijo.

—No pueden tratarlo como si fuera un apestado.

—Pueden hacer lo que deseen. La mente de Iesada es voluble e inestable. Solo escucha a su madre y ella defenderá su posición y la de su hijo en la corte sin importarle el precio. —Yoshinobu se aseguró de que nadie los oyera y dijo—: Debes tener los ojos bien abiertos.

Hiroyoki no necesitó más explicaciones. Tarde o temprano los partidarios de Honjuin conspirarían para asesinar a su señor.

59

aires de guerra

Ciudad de Nagoya (Japón), 8 de julio de 1853
(Séptimo mes del año sexto de la era Kaei)

La lluvia siempre tranquilizaba el corazón de Miyako. Sentada sobre el tatami de su habitación, había abierto las puertas *shōji* que conducían al jardín en el que los arbustos, bambúes y helechos dominaban sobre el resto de plantas. Incapaz de recordar en qué momento todo se torció hasta un punto en que no era capaz de enumerar los errores que había cometido y que perjudicarían a todos los que se encontraban bajo su cargo, contempló el aguacero que descargaba cada vez con más fuerza.

De pronto, la señora Himura entró en el cuarto, y la sorprendió cómo miraba embelesada la lluvia. La mujer emitió un suspiro resignado al verla en aquel estado de ánimo tan contradictorio con su carácter.

Era la época del *tsuyu* o temporada de lluvias, que duraba hasta finales de julio; en al que se celebraba el *Tanabata*. Una fiesta basada en la conjunción de las estrellas envuelta en una bella leyenda. Dos estrellas, una tejedora, llamada Vega, y otra vaquera, a la que se conocía con el nombre de Altair, atravesaban el universo para renovar su antiguo voto de amor. A causa de la lluvia no podrían festejarlo, puesto que el cielo estaría nublado. Días antes se colgaban *tanzaku*[135] o poemas en las ramas de los bambúes. Ahora, los trozos de papel de diferentes colores se habían empapado y yacían diseminados por el jardín arrugados por el agua. En algunos se atisbaba la tinta corrida. Por culpa de esa lluvia los deseos escritos en los *tanzaku* jamás se cumplirían.

La señora Himura tomó un peine del mueble lacado con varios cajones y se arrodilló tras Miyako. Comenzó a cepillarle el cabello sin decir una palabra.

—Señora Himura, ¿cree que lo conseguiré? —preguntó, ocultando el miedo que la perseguía día y noche desde que habían recogido los cultivos.

La caña de azúcar permanecía almacenada y vigilada por Iko. El samurái se había entregado a su voluntad en cuerpo y alma, a pesar de las diferencias que eso le supuso con su padre.

—Lo hará, mi señora.

Miyako asintió con el rostro demudado mientras intentaba, sin éxito, convencerse de que la señora Himura tenía razón. Cuando la mujer acabó de peinarla y las doncellas prepararon su futón para que se acostara, ella se tumbó bocarriba, mirando el techo y escuchando la lluvia, a la vez que pensaba en el largo viaje que emprendería al día siguiente.

AL ALBA, IKO aguardaba en la entrada con varias carretas cargadas de caña de azúcar y protegidas contra la lluvia. Diez hombres lo acompañaban, además del profesor Villalba y la señora Himura, que se negó a permitir que viajase sola. Antes de partir, Miyako se despidió de su padre. Había empeorado, y rogaba a los dioses que no enfermase aún más durante su viaje.

El padre de Iko se retiró de la puerta y la abrió para concederle paso. La mirada que ambos cruzaron dejaba claro que el samurái censuraba su proceder y la acusaba de la deslealtad de su hijo.

Miyako entró en el cuarto, se acercó a su padre y se sentó a su lado. El anciano y antiguo daimio de Kawaokura quiso incorporarse, pero su hija se apresuró a impedírselo.

—Espero que consigas lo que pretendes. Rezaré a los dioses para que lo logres.

Desde el día de su boda, su padre se sentía culpable del castigo al que la había condenado. Ambos evitaban hablar de ello, pero ninguno de los dos podía olvidar qué sucedió al día siguiente de aquella terrible noche.

Miyako apenas recordaba cuanto tiempo permaneció en su cuarto, arrodillada y medio desnuda. Sus ojos no veían más allá de la estantería vacía. Nadie en el castillo supo nunca que Ibuki, cerca del alba y con los primeros rayos de la mañana, se adentró en su cuarto como una sombra.

El *rōnin* dejó con mucho cuidado los libros en el suelo, se aproximó a ella por la espalda y la cubrió con su *haori*. Con la luz del día, el paso de Hiroyoki se contemplaba con más nitidez, no solo en la hija de Kawaokura, sino también en la habitación. Sin decir una palabra, Ibuki recogió todo lo que pudo para que esa situación no la avergonzase aún más cuando las doncellas llegasen más tarde. De pronto, ella despertó de la ensoñación que la aprisionaba y fue consciente de que no estaba sola.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con la voz ronca.

A pesar de haberla cubierto con su ropa, aún se apreciaba su hermosa desnudez bajo ella. Miyako fijó su mirada en él, tan negra

como el ónice más oscuro.

—Salvé algunos de tus libros.

La mención de sus queridos libros trajo a su memoria lo ocurrido la noche anterior. Las mejillas se le enrojecieron de rabia. La blancura de su piel recuperó algo de color gracias a la ira que calentaba su sangre.

—¿Espiando de nuevo? —le preguntó para herirle.

La vergüenza la instaba a insultarlo, pero a pesar del odio con el que había pronunciado esas palabras, en su mirada se reflejó el agradecimiento porque Ibuki hubiera rescatado sus libros del fuego.

—Ya te dije en una ocasión que no era un samurái.

—Solo un *rōnin* sin modales.

Miyako se levantó, con los libros entre los brazos, sin advertir que su cuerpo apenas quedaba cubierto con su *haori*. La luz penetró en el interior del cuarto dotando a su imagen de una magia que encendió los sentidos de Ibuki. Miyako fue consciente de su admiración, pero la ignoró para acercarse a la estantería.

—Lo sé —aseguró ella.

Luego extendió el brazo y colocó con suavidad los lastimados volúmenes. El olor a quemado llenaba sus pulmones.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó ella, y al girarse vio cómo las manos del *rōnin* demostraban la osadía de haber peleado con el fuego.

—Porque soy un hombre —respondió, contestando a su pregunta.

—Y el vasallo del señor de Mito, además del hombre encargado de vigilar a mi esposo. —La palabra se le atragantó en la boca.

Por primera vez desde que había entrado en el cuarto, Miyako fue consciente de su estado y de cómo se exhibía a él. Se giró y se encaminó hacia la pared donde colgaba uno de sus kimonos. Ibuki no se comportaría como uno de los caballeros que aparecían en las historias occidentales, así que no le pidió que se volviese para vestirse. Se deshizo de su *haori* y de las tiras de tela que habían sido su antiguo kimono y se mostró ante él, sabiendo que la observaba con lujuria. Se vistió aprisa y se dio la vuelta para comprobar la admiración y el deseo en el rostro de un hombre que la valoraba más que su esposo. Por un momento, estuvo tentada a permitirle yacer con ella. Sería una venganza placentera, pero si Hiroyoki llegaba a descubrirlo, el *rōnin* moriría de la peor manera posible. La mujer del daimio de Kawaokura no podía cometer adulterio, aunque su marido fuese despreciable en todos los sentidos.

—¿Acaso importa eso?

—Importa, Ibuki —dijo llamándolo por su nombre—. Te agradezco tu gesto de amabilidad, ahora me gustaría estar sola.

El antiguo hijo de un samurái se acercó a ella, la tomó de los hombros con violencia y la besó en los labios. Miyako se dejó besar.

Entonces, se separó de ella y se marchó del cuarto, negándose a darse la vuelta para no ver en su mirada el odio o la ira. Desde entonces, el *rōnin* había desaparecido. Miyako suponía que se hallaba en Edo junto con su esposo.

La tos de su padre la devolvió al instante en el que se encontraba, un momento en el que la despedida podía significar para siempre. Tomó las manos de su padre y las notó frías y sin fuerzas.

—Debe cuidarse en mi ausencia.

—Lo prometo —dijo el anciano.

—Su bendición —le pidió ella.

El antiguo daimio pronunció un par de palabras. Miyako se retiró del cuarto sin darse la vuelta y postrada hasta que salió de la habitación. A pasos firmes se encaminó al lugar donde la esperaban sus hombres. Vestida con un *andon hakama*[136] sencillo que le posibilitaba cabalgar, llevaba un sombrero con velo que ocultaba su rostro de los curiosos. La señora Himura viajaba en un *kago*[137]. En un principio se había negado a desplazarse de aquella manera, que creía impropia de su condición de sirvienta, pero Miyako había insistido en que sería la única forma de hacerlo si quería acompañarla.

Iko se acercó a ella y le comunicó:

—Señora, solo aguardamos su orden de partir.

—Adelante.

Miyako se permitió ver una vez más el castillo de Kawaokura y lanzó un silencioso juramento: regresaría con el dinero suficiente para pagar las deudas que asolaban a su padre. Hiroyoki, lejos de contribuir a remediar el problema, había exigido dinero para vivir en Edo con más opulencia que hasta entonces. Su padre debía entregarle sus escasos medios al nuevo daimio, al que había jurado vasallaje, así que las arcas del castillo se habían endeudado aún más.

LAS PRIMERAS SEMANAS fueron las peores. Miyako no olvidaba el estado en el que había dejado a su padre, tampoco la visita que había recibido en Osaka de parte de su esposo.

Se habían detenido en una posada donde las comodidades eran escasas, pero disponían de un cuarto libre de viajeros que ocuparon las mujeres. Era de reducidas dimensiones, olía a moho y los tatamis necesitaban una buena limpieza, pensó la señora Himura cuando atravesó sus puertas, cuyos paneles *washi* se habían sustituido por trozos de madera. Un pequeño jardín, que en realidad era más el huerto de la casa, era la vista que ambas mujeres descubrieron al descorrer la puerta destartalada que dejaba entrar el frío en invierno y el calor en verano.

Miyako se sentó en el suelo. No olvidaba a su padre y se preguntaba si actuaba adecuadamente o era una loca presa de un sueño imposible.

Los hombres se habían instalado en el exterior, e Iko ordenó vigilar durante toda la noche los carros. Desde hacía meses su antiguo amigo solo se comportaba con ella con el respeto que se debía a la hija y ahora esposa del nuevo daimio de Kawaokura, al que había jurado lealtad.

—Señorita Kawaokura —preguntó su *sensei* Villalba, antes de pasar a su habitación.

—Pase, profesor —le pidió Miyako.

El hombre se notaba cansado. El viaje a caballo no era de su agrado. Sus posaderas le dolerían varias semanas, pero era un pequeño sacrificio que soportaba para ayudarla. Su padre le había dado un salvoconducto que le permitía viajar.

Miyako se había desprendido del sombrero y mostraba, al igual que el resto de los viajeros, la fatiga sufrida por el camino.

—Se ha puesto vigilantes a los carros, además Iko me ha confirmado que él mismo hará la guardia.

—*Sensei*, asegúrese de que descanse también.

—Lo haré.

Después se inclinó de manera respetuosa y se marchó. La señora Himura lo siguió algo más tarde para preparar el agua del baño. Miyako agradeció ese momento de soledad en el cuarto. Oyó las voces de los ocupantes de las habitaciones contiguas, incluso el llanto de algún niño de pecho. En el instante en que se desataba el *obi* advirtió que no estaba sola en la habitación. No eran el profesor ni la señora Himura, ninguno de los dos se movía tan sigiloso. Tan solo había escuchado un ligero frotamiento con el tatami y un tenue aroma a *sake*. Con disimulo continuó desnudándose hasta llegar al lugar en el que había colocado la katana, la tomó con rapidez y se enfrentó a su inesperado visitante. Bajó la espada al ver de quién se trataba.

—¿Cuándo te diste cuenta que había alguien?

—Cuando empecé a desnudarme —le aseguró Miyako, cubriéndose con su kimono.

—Una estupenda táctica, lo reconozco —afirmó Ibuki—. Lo suficiente para distraerme de lo que había venido a buscar.

No se habían visto desde la mañana siguiente a su noche de bodas. Sin embargo, Miyako lo obsequió con una mirada de una frialdad y lejanía inalcanzable.

—¿Por qué estás aquí?

Ibuki se sentó en el suelo y la observó como si se tratase de una extraña pieza de valor.

—Tu esposo desea que regreses a Nagoya.

Miyako lo contempló con mirada pensativa, y luego, se echó a reír.

—Ya me has dado su mensaje, así que puedes marcharte.

Sus modales contradecían sus palabras cargadas de desprecio.

—Miyako…

Los ojos de Miyako se tornaron oscuros y peligrosos. De nuevo tomó la katana y apuntó con ella el pecho del *rōnin*. Ibuki no hizo el más ligero movimiento.

—Podría derrotarte, pero no te humillaré de ese modo. —dijo Ibuki. Entonces se puso en pie de un salto. Su movimiento fue tan inesperado y ágil que la sorprendió. Con una velocidad inusitada desenvainó su katana y cortó un mechón de su cabello. La guedeja voló en el aire como si se tratase de una pluma y llegó a sus manos—. Vuelve a casa —le pidió de manera apaciguadora.

—No puedo hacerlo.

Ibuki fijó los ojos en ella.

—La próxima vez no serán solo libros. Tu esposo te hará pagar caro la osadía de desobedecerlo.

El brillo de la mirada de Miyako era hipnótica, pero a la vez terrible.

—Los dioses decidirán mi destino.

—¡Eres una insensata! Nadie se pondrá de tu lado. Tu marido puede maltratarte, despreciarte o matarte. Sabes bien que tiene todo el derecho a hacerlo.

—Dile al daimio de Kawaokura que su vasallo ha cumplido con su petición.

Miyako vislumbró en el semblante de Ibuki que esas palabras habían herido el orgullo y la dignidad del antiguo hijo de un samurái.

—Así lo haré, mi señora.

El tono con el que pronunció sus palabras caló profundamente en el corazón de Miyako. Pero Ibuki se inclinó con respeto y se marchó. Lo hizo por la puerta para que todos supieran que el daimio Kawaokura Hiroyoki había ordenado a su esposa regresar.

HABÍA VUELTO DEL reino de Ryūkyū después de tres meses de viaje y ni siquiera había visto a su padre a solas. El antiguo daimio la había convocado en la sala de reuniones. Sabía bien que muchos de sus antiguos vasallos no estaban de acuerdo con su viaje, con la plantación y, menos aún, con que hubiera negociado con el reino de Ryūkyū. Llegar a Naha fue una tarea ardua y peligrosa, debido a un clima húmedo que convirtió la travesía en un infierno. Además, las mortíferas serpientes *habu* mataron a dos de los bueyes que tiraban de los carros. Sin olvidar que pagaron un precio desorbitado al navío

chino que los llevó hasta las islas, dominadas por el clan Satsuma.

Tras conseguir desembarcar sin perder el cargamento, lo vendieron a un buen precio a uno de los *yukatchu*[138]. Miyako solo esperaba que la cantidad obtenida paliase las necesidades de sus vasallos.

En el momento en el que entró en la sala, los cuchicheos se acallaron. Se había vestido con un kimono que aumentaba su feminidad. Iko seguía sus pasos, mientras que cuatro hombres portaban dos cofres que debían de contener lingotes de plata, por el esfuerzo que tenían que hacer para no dejarlos caer. Consiguieron llevarlos hasta el centro de la sala, los depositaron allí y se marcharon tras postrarse ante su antiguo señor. El padre de Miyako hacía las labores de suplente del nuevo daimio Kawaokura en tanto se hallase alejado de las tierras de Nagoya.

Al principio, Miyako no advirtió que en la sala también se encontraba Ibuki. Sus miradas se cruzaron, en un silencioso saludo, después continuó unos pasos más antes de inclinarse ante su padre.

—Le entrego las ventas de nuestra plantación.

Su anciano padre la miró con orgullo, pero sus palabras fueron lacerantes cuando dijo:

—El vasallo de tu esposo, Kawasaida Ibuki, te conducirá al monasterio del templo Osu Kannon —pronunció el antiguo daimio con la voz cansada.

Miyako no rogaría, tampoco humillaría a su padre negándose a obedecer la orden de su esposo. Agachó la cabeza, se arrodilló ante su padre y tocó el suelo con la frente, mientras su rabia ascendía hasta su rostro.

—Siento haberme comportado como una mala hija.

Su anciano padre exhibió el rostro compungido, pero incapaz de hacer nada por ella, se retiró apoyado en Ichiro.

UN MES MÁS tarde, su padre la convocaba a asistir a una cena. El encierro al que la sometía su esposo solo había servido para aumentar su odio hacia él, pero se comportaría como una buena esposa y no avergonzaría al clan Kawaokura. De todos modos, la alegría de saber de su padre y de visitarlo la llenó de esperanza. Sus días de rezos y mantras los compaginaba con su adiestramiento en la katana y la *naginata*. Por las tardes, cuando terminaba las tareas encomendadas en el monasterio repasaba mentalmente conversaciones en inglés y en español, incluso en francés.

No se le concedió vestirse con sus antiguas ropas y asistió al castillo usando el hábito de novicia budista. Al menos, agradeció a las estrictas normas de la abadesa que no le raparan la cabeza, ya que al

estar casada no tomaría los votos de monja.

Cuando se presentó ante la señora Himura, la mujer no cabía de gozo al verla.

—¡Estaba tan preocupada!

—Me alegro de verla, señora Himura.

—Déjeme al menos que arregle su cabellera.

Miyako asintió. Su antigua doncella realizó con manos hábiles un moño que adornó con varias peinas de corales.

La cena se serviría en los aposentos privados de su padre. Allí lo esperaba sentado junto al brasero y cubierto con una manta. Había envejecido y su mirada acuosa parecía más grisácea que el día que se marchó del castillo.

—Padre —dijo visiblemente emocionada. Se agachó y ocupó su lugar.

—Hija, me alegro de verte, pero las circunstancias no son igual de afortunadas.

—¿Qué sucede?

—He recibido carta del *bakufu*, en concreto de Abe Masahiro. Es una traducción del mensaje del comodoro Perry. Lo ha enviado a los daimios exteriores no ligados a Tokugawa y a algunos intelectuales. Ya sabes cuál es la posición de tu esposo.

—No lo permita —le rogó Miyako.

—Es demasiado tarde para ello. Kawasida Ibuki está en el castillo y ha traído una carta de tu esposo. En ella nos insta a que nos pronunciemos en contra de las concesiones, como establece la corte.

Tras esas palabras ambos comieron en silencio. Cada cual sumido en sus pensamientos, conscientes de vivir un momento histórico y terrible.

60

la llamada del mar

Madrid, 8 de Julio de 1853

Luisa colocó los pies encima de la mesa y abrió el periódico, las noticias sobre Cuba eran desalentadoras. Al final se había demostrado que los hacendados cubanos habían contratado a los irlandeses y que junto con ellos habían preparado una revolución, posiblemente, ayudados por los americanos, que negaban tal acusación. La rebelión había sido aplacada, pero un terremoto y una epidemia de cólera habían conducido a los cubanos a la desgracia. Cuando terminaba de leer el artículo, la puerta se abrió y por ella entró Fernando.

—¿Por qué estás aquí tan temprano?

—Mi tío me ha soltado antes —dijo, acercándose a ella y besándola en los labios.

Fernando se apoyó en la mesa y la miró con ternura.

—¿Qué sucede?

—A mi tío le daría un colapso si te viera de esta guisa.

—A tu tío no le gusto de ninguna manera.

—Te aseguro que a mi tío no le agrada nadie —concluyó Fernando, besándola de nuevo.

Luisa bajó los pies y cerró el periódico. Pronto sería Navidad y hacía varios años que no veía a su familia. Sabía que la petición que le haría a Fernando le desagradaría. Desde que había entrado en su vida actuaba como un esposo demasiado protector y temeroso de que algún día un hombre enviado por Gaillard la descubriese. Por el contrario, Luisa creía que eso era del todo imposible. Según las cartas que recibía de Ninon, parecía que el francés se había rendido a la evidencia de que jamás cazaría al asesino de su hijo.

—Creo que ahora le gustaré un poquito más.

—¿Por qué?

—Dentro de un par de meses un nuevo Narváez será miembro de esta familia.

Fernando la tomó de los hombros y la obligó a levantarse. Su rostro evidenciaba la sorpresa y la alegría en partes iguales.

—¿Estás segura?

—Bueno, aún es pronto…

—¡Será un niño! —la interrumpió él.

—Quizás, pero…

—Si es una niña, seguro que mi tío comerá de su mano.

—Fernando, por favor, es pronto.

—De eso nada, mi amor. Debemos decírselo a Diego, en fin, tenemos que hacer muchas cosas.

—Fernando… —le dijo ella, acariciando sus mejillas—. Antes de todo eso, necesito pedirte un favor.

—Lo que desees —prometió, besándola con pasión.

—Quiero ver a mis padres.

—Ahora, ¿en tu estado?

—Tranquilízate, falta mucho para que sea peligroso viajar.

—Eso nos lo dirá un médico.

—Está bien, pero te aseguro que te contará lo mismo. Solo quiero ver a mi madre, ¿lo entiendes?

—Claro, puedo hacer que venga…

—¡No! —exclamó ella con rotundidad—. Los engañé y no saben nada de mí desde entonces. Es posible que crean que estoy muerta. Necesito ser yo la que les devuelva la vergüenza y el orgullo que perdieron cuando me escapé a París.

—¿Y cómo piensas lograrlo?

—Yo no, pero sí tu tío.

—¿Estás pensando en una entrada triunfal?

—Desde luego. Espero presumir de un esposo, que por casualidad es el sobrino de Narváez, la mano derecha de la reina.

—¿Y si ese tal sobrino no quiere complacerte?

—Dispongo de varias maneras de convencerlo —respondió ella, coqueta.

FERNANDO SE PREGUNTABA cómo le diría a su esposa que no la acompañaría a Baeza. Varios problemas en la corte no le permitirían viajar. Además, el juicio de Diego se había adelantado y debían prepararse para lo peor. A pesar del intento de Luisa de intervenir en el mismo, su condición de mujer le impedía participar en la defensa de su amigo.

—No me marcharé —sentenció cuando Fernando le contó que en una semana Diego se presentaría ante el consejo de guerra—. Apenas hemos tenido tiempo de elaborar una defensa.

Luisa trabajaba codo con codo con el abogado de Diego desde que su amigo llegó a España acusado de matar a Vázquez. Los testigos eran varios y la mayoría alegaban que, a pesar de la actuación desmedida con los piratas de Joló, Vázquez había procedido con honor y vencido en la batalla. Nadie quería escuchar que Vázquez se

había comportado como un loco, crucificando a los derrotados y haciendo gala de una crueldad impropia de un ejército de un país civilizado.

—Luisa, el señor Forquer ya ha sido convocado al juicio.

—No lo llames juicio —respondió indignada—. Forquer apenas sabe atarse los cordones de los zapatos. Te aseguro que no es uno de los abogados más competentes que he conocido.

—No seas injusta con él.

Durante un instante, su esposa se acarició el vientre, una señal que recordó a Fernando su estado. Era mejor no alterarla y, en el caso de que el veredicto fuera de culpabilidad, la pena sería la muerte. Por su bien y el de su hijo prefería que no estuviera presente en Madrid si el resultado era tan adverso.

—Lo sé, lo sé… —terminó por decir, sentándose.

Fernando se arrodilló a su lado y tomó sus manos, que besó con ternura.

—El médico ha dicho que puedes viajar sin problemas. Y lo he dispuesto todo para que partas mañana.

Luisa miró a su esposo con cierta inquina.

—Reconozco que quedarme en Madrid será una tortura difícil de soportar si no puedo intervenir ni presenciar el juicio de Diego. Sobre todo, si el castigo es… —dijo sin apenas voz.

Fernando apretó sus manos y sin soltarlas le dijo:

—Te juro que no dejaré que lo maten.

Fernando fijó la mirada en el rostro de su esposa. Procuraría por todos los medios seguir los dictados de su conciencia. Tras esas palabras, Luisa lo abrazó, intentando que no notase sus lágrimas.

LUISA BAJÓ DE un carruaje que la dejó delante del cuartel de San Francisco, un edificio de colosales dimensiones en el que residían casi tres mil soldados y que se utilizaba como prisión militar. Diego había tenido la suerte, gracias a las protestas ejercidas por Fernando, de ser recluido en una habitación oscura y húmeda, sin ventanas y maloliente. El resto de las celdas destinadas a los reclusos eran mucho peores. Solo disponía de una mesa, un jergón y una silla. Cuando la puerta se abrió, Luisa encontró a su amigo tumbado en la cama. Su aspecto era el de un hombre devastado.

Desde que había vuelto de Filipinas habían cruzado un par de palabras. La soledad parecía haberse cebado en el espíritu de Diego y eso atormentaba a Luisa. La muerte de sus hombres, concretamente la de Baler, fue un duro golpe del que se responsabilizaba. Eso lo superaría con el tiempo. Era militar y, a pesar de su oposición, se vio

en la obligación de cumplir unas órdenes terribles que provenían de su superior. Pero el asesinato de Vázquez jamás podría olvidarlo ni perdonárselo. Había perdido la cabeza y con ello todos sus principios. Había matado a un compañero con sus propias manos, por muy despreciable que este fuera. Eso era un hecho irrefutable que lo perseguiría día y noche. Luisa sabía mejor que nadie lo que era el peso de la culpa. Había reanudado la correspondencia con Ninon, ahora bajo el nombre de María Narváez para no levantar sospechas sobre su identidad. Intercambiaban largas cartas en las que siempre acababan recordando a *monsieur* Bernard, de cuyo paradero aún, después de tanto tiempo, no se tenía noticias.

—¡Luisa! —exclamó Diego, poniéndose en pie al verla pasar—. No deberías haber venido.

—No digas tonterías —le regañó ella como si se tratase de un niño. Después, extrajo de una cesta una botella de vino, queso y un trozo de pan cuyo aroma provocaría las delicias de cualquiera—. Come, sé cómo es la comida de un cuartel.

Diego esbozó una sonrisa, se acercó a la mesa, abrió la botella de vino y bebió directamente de ella. Su amiga se sentó en la única silla de la habitación y dijo:

—Tienes que contarle a tus padres tu situación. Pronto visitaré a mi familia, puedo llevarles una carta de tu parte.

Diego se puso rígido, pero guardó silencio.

—No quiero escribirles —dijo al fin.

Luisa imaginó que su amigo no podía enfrentarse a su madre, y menos aún, a su padre. Ella no vería nada más que al hijo que había sobrevivido convertido en un asesino; mientras que su padre leería en sus palabras la culpa y el deseo de abandonar el ejército. Una deshonra en ambos sentidos.

—Pronto les notificarán el resultado, si…

—Si me ejecutan —dijo él con una tranquilidad que heló la sangre de Luisa—. Llegado ese momento ya nada importará.

Luisa se puso en pie y apretó los puños.

—¡No te rindas, maldito estúpido!

Diego bebió de nuevo de la botella sin responder a sus palabras. Daba igual lo que dijese ese consejo de guerra, él ya se había condenado.

—Tú mataste a un hombre —dijo y acalló a Luisa. Ella tan solo pudo asentir—. Sentiste su último aliento, notaste cómo la vida se apagaba sin poder evitarlo y fueron tus manos las que lo hicieron. —Ella volvió a asentir, mientras las lágrimas silenciosas se deslizaban por sus mejillas—. Yo, además, noté cómo crujían los huesos de su nariz y, aún así, no pude detenerme. Una fuerza inexplicable me inducía a continuar destrozando su cara, hasta que ya no quedó nada

que recordase a un hombre. Cuando acabé tenía las manos cubiertas de sangre, carne y trozos de hueso y, aun así, no pude parar. Fueron mis hombres los que me detuvieron.

Luisa sintió cómo la bilis ascendía hasta su boca, pero evitó vomitar.

—No eras tú… la batalla, la muerte de tus hombres…

—¿De verdad crees que no era yo?

En la penumbra del cuarto, bajo la débil luz de las velas que iluminaban la habitación vio en los ojos de su amigo una mirada de acero.

—Diego…

—Será mejor que te vayas y no vuelvas más. Este sitio no es lugar para la esposa de Narváez.

Después, se tumbó en la cama sin soltar la botella y se cubrió con la otra mano los ojos. Luisa supo que no podía hacer nada más por el momento, así que, embargada por la tristeza, abandonó el cuartel de San Francisco.

FERNANDO ENTRÓ EN el despacho de su tío y cerró la puerta a su espalda. La claridad del día ya inundaba la habitación. Estaba seguro de que su tío había pasado toda la noche trabajando, vestía la misma ropa que el día anterior.

—He conseguido lo que querías —dijo Narváez.

—¿Cuánto me costará? —preguntó Fernando.

Su tío alzó el rostro y lo miró fijamente. Fernando imaginó que pensaba que al fin podría gobernar su vida y llevarlo por el camino que sus difuntos padres hubiesen querido. Ahora que pronto habría un nuevo miembro en la familia, debía actuar con más inteligencia.

—El dinero es lo de menos —afirmó.

—Tío, Diego es como un hermano.

Esta vez Narváez observó su rostro serio y angustiado.

—He pagado a todos aquellos que podía comprar para obtener un resultado más favorable para tu amigo.

—Entonces, ¿está hecho?

—Nunca se sabe —afirmó Narváez, más ducho en las traiciones políticas—. De todos modos, el castigo que reciba Quesada será ejemplar.

—Mientras no lo fusilen…

Narváez asintió con la cabeza, muy despacio.

Después, Fernando salió del despacho, en ese momento un criado le entregó una carta enviada desde el cuartel de San Francisco. Al leerla, la sorpresa se reflejó en su rostro y, aprisa, cogió su sombrero y

su capa.

—¡Pida un coche! —gritó a uno de los sirvientes.

El muchacho detuvo uno en la calle, y Fernando subió con ligereza. La carta no concedía mucho tiempo, ya que en ella se anunciaba que el consejo de guerra se realizaría al día siguiente.

—A casa del abogado Forquer —gritó al cochero.

Pocos eran los que no conocían el caso de Diego, a manos del abogado más prestigioso de Madrid. Fernando solo esperaba que se tratase de los recelos de Luisa y, realmente, fuera el mejor en su trabajo.

Durante toda la noche estudiaron la forma de presentar al tribunal militar una defensa plausible. El problema, según el abogado, era que había varios testigos que juraban haber visto a Quesada golpear hasta la muerte al capitán Vázquez.

—Señor Narváez, el caso es complicado —dijo, quitándose los anteojos.

—Vázquez era un malnacido que crucificó a veinte personas y mató a otras tantas a sangre fría. No procedió como un militar, sino como un asesino.

—Fernando —dijo esta vez el abogado, tuteándolo—, siento de veras que su amigo se encuentre en esta situación, pero debe prepararse para lo peor.

Fernando guardó silencio, embargado por un hondo pesar.

AL DÍA SIGUIENTE, solo le permitieron ver un instante al acusado en su cuarto. Los dos amigos se dieron un fuerte apretón de manos.

—¿Estás listo?

—Lo estoy —respondió Diego. Antes de salir de la celda, le dijo—: Envía esto a mi padre.

—No será necesario, tú mismo puedes…

—No, ya no soy digno de portar este anillo.

Fernando asintió y lo guardó en uno de sus bolsillos. Entonces fijó la mirada en la de Diego y vio un atisbo de conocimiento, como si ya hubiera perdido la partida. Después, Diego fue conducido hasta la sala, donde varios altos cargos militares se sentaban ante varias mesas y lo observaban con una actitud prepotente. Diego se colocó en el centro de la sala, donde habían puesto una silla, Fernando y su abogado a la derecha y el abogado del difunto capitán Vázquez a la izquierda. Al principio, todo avanzó con normalidad, se presentaron los hechos, tanto el abogado defensor como el de la acusación expusieron sus alegatos, hasta que al fin llegó el turno de Diego. Uno de los almirantes le preguntó:

—¿Por qué actuó de esa manera?

Diego miró a su superior, se puso en pie y contó lo que vio ese día. Ninguno de aquella sala podía aceptar una actuación como la de Vázquez, pero no se juzgaba a ese bastardo, sino a su asesino.

—Debía detenerle.

—¿Era necesario que lo golpease hasta matarlo? —preguntó otro de los miembros del consejo.

—No, pero lo hice —contestó Diego.

Después de esas escuetas palabras, volvió a sentarse.

—Su amigo lo ha puesto más difícil al no mostrar arrepentimiento —susurró el abogado a Fernando.

Tras varias deliberaciones que duraron toda la tarde, fueron convocados de nuevo a la sala. El almirante al mando del consejo entregó una nota a un portavoz. Y este leyó en voz alta la sentencia.

—Se condena al capitán Diego de Quesada a ser degradado y expulsado de la armada naval por desobedecer las órdenes militares en la batalla. En cuanto al cargo por asesinato del capitán Vázquez, ingresará en prisión de inmediato.

La sentencia fue demoledora para Fernando, que se sentó de golpe y maldijo a su amigo por no haber luchado más; en cambio, observó en el rostro de Diego cierta paz. Supuso que la culpa que sentía se hacía más ligera gracias al castigo ejemplar que recibiría. Dos hombres se posicionaron a su lado, uno le arrancó los galones de capitán, luego ataron sus manos a la espalda y lo condujeron a prisión. Fernando le había salvado la vida, aunque sabía que su amigo pagaría un precio elevadísimo por ello.

DIEGO SE HABÍA negado a ver a Luisa en la cárcel. Habían pasado seis meses desde el juicio y, durante ese tiempo, ella le había escrito varias veces sin obtener una respuesta. Siempre que intentaba visitarlo en compañía de Fernando, se negaba verlos a los dos.

—¿Por qué me hace esto? —preguntó Luisa una tarde que su esposo regresó de visitar a Diego.

—No quiere que vayas a un lugar como esa prisión.

—¿Cómo está? —Fernando evitó mirarla, así que ella insistió al decir—: Quiero la verdad.

El estado en el que se encontraba Luisa requería de tranquilidad y no debía preocuparla de ningún modo. Jamás le contaría que le habían dado una paliza cuyo resultado fueron dos costillas rotas. Oficialmente solo fue una caída, pero su amigo le había confesado que un par de prisioneros se divirtieron un buen rato golpeando a un capitán.

—Está bien…

—Eres un mentiroso y Diego un imbécil —afirmó exasperada y a punto de llorar.

—Luisa…

Su mujer se puso en pie, dejó caer al suelo el libro que leía, como protesta, y se retiró del cuarto. Fernando advirtió en su semblante la idea que rondaba su cabeza y que no se había atrevido a pronunciar: Diego la vería quisiera o no.

Fernando no se había equivocado al imaginar sus intenciones, pero nunca hubiera llegado a sospechar que se presentaría ante el director de la cárcel. El hombre no estaba acostumbrado a recibir visitas tan ilustres ni preñadas. La hizo tomar asiento y le ofreció un vaso de agua.

—Señora Narváez, ¿a qué se debe su visita?

—Señor Torres, quiero ver a Diego de Quesada —pidió sin ambages.

—El señor Quesada no desea recibir visitas.

—¡Me importan un bledo sus deseos! —exclamó con el rostro enrojecido por la furia y poniéndose en pie. Su barriga casi alcanzó al director antes que el resto de su cuerpo, haciendo que este se sintiera intimidado—. Supongo que esto le ayudará a tomar una decisión —dijo extendiendo el brazo y mostrándole un fajo de billetes.

—¡Señora! ¡Pero qué se ha creído!

—Si esto no es suficiente, le daré más —dijo Luisa, abriendo el bolso que llevaba consigo.

—¡Basta! ¿Su esposo sabe que está aquí?

—Por supuesto que no, señor Torres.

—Entiendo…

Viendo que el dinero no compraría al director de la cárcel, Luisa intentó otra manera de llegar a Diego.

—Señor Torres, el señor Quesada es como un hermano para mí. Pronto alumbraré a esta criatura —dijo, acariciándose el vientre—, pero tengo miedo de no sobrevivir al parto. Sabe bien que hay muchas mujeres que mueren… —continuó con su actuación hasta que el pobre hombre accedió, conmovido por sus palabras.

—Tan solo puedo concederle un par de minutos en el patio. Si Quesada pide volver a su celda, no haré nada más.

—De acuerdo, señor Torres. Espero que tome el dinero para mejorar la situación de los reclusos.

—Si es una donación —dijo con una sonrisa, mientras Luisa asentía con la cabeza—, la aceptaré encantado.

Un rato más tarde, Luisa aguardaba a Diego en el patio de la cárcel. Al verlo llegar, sintió una punzada de dolor en el corazón. Varios moratones cubrían su rostro y andaba con dificultad, como si le

costase permanecer erguido.

—¡Diego! ¡Dios santo!, ¿qué te han hecho?

Diego la observó con frialdad.

—No deberías haber venido.

En su mirada Luisa advirtió el dolor que sentía al verla allí. No hacía falta que le explicara qué le sucedía, podía leer en su rostro el infierno que debía soportar como castigo por su crimen. Los días en esa prisión habían mermado su salud y su espíritu como el agua erosionaba la piedra.

Luisa ignoró sus palabras, lo tomó del brazo y tiró de él para que caminasen juntos.

—Déjate de tonterías. ¿Crees que es la primera cárcel que visito? Te recuerdo que estuve en una.

—Pronto saldrás de cuentas.

—Aún quedan un par de meses.

Luisa se detuvo y miró fijamente a Diego, después lo abrazó. Ambos sabían que las palabras entre ellos eran innecesarias. Diego acarició su cabeza sin abandonar el comportamiento frío con el que la había tratado hasta ese momento. Apartándola de él suavemente, dijo:

—No vuelvas más.

—Diego…

Su amigo no contestó, se giró y llamó a uno de los guardias, quien lo condujo a su celda.

Luisa no podía creer del todo lo que había sucedido. No comprendía la actitud de Diego, su rechazo a verla. Cuando llegó a casa, dejó sus guantes, sombrero y capa en manos de un sirviente y se adentró en la biblioteca. A esa hora estaba segura de que su esposo leía el periódico y bebía una copa de coñac.

—¡Me ha echado! —exclamó nada más pasar por la puerta.

Fernando cerró el periódico y se acercó a ella. Con mucha paciencia escuchó sus quejas a la vez que desanudaba sus botines. Sabía bien que el embarazo hinchaba sus pies y que masajearlos la relajaba. Así que se sentó en un reposapiés y colocó las piernas de su esposa sobre sus muslos.

—Él piensa que se merece sufrir, que de esa manera cumple mejor su condena.

—¡Eso es absurdo! —protestó ella.

Luisa dejó caer la cabeza contra el respaldo del sillón en el que se había sentado, mientras el masaje que Fernando le proporcionaba iba disminuyendo su enfado y el dolor de pies.

—Quizás, pero debes respetar su decisión.

—¿Aunque sea injusta? —preguntó con un gemido de placer.

—Luisa, dale tiempo. Diego, tarde o temprano, entrará en razón.

—¿Y si no lo hace? —preguntó, clavando los ojos en el rostro de su

esposo.

En su mirada se podía ver el miedo a que Diego nunca entrase en razón.

—Estoy seguro de que tú hallarás una manera de convencerlo.

Luisa aceptó las palabras de Fernando, aunque ambos sabían que no había verdad en ellas. Nada haría cambiar de opinión a Diego. Parecía haberse rendido a la existencia infernal que sería permanecer de por vida en aquella cárcel.

Fernando asintió y siguió masajeando los pies de Luisa hasta que se quedó dormida.

HABÍA VISITADO A varios conocidos de su tío, había pedido favores que pagaría algún día y había jugado y perdido grandes cantidades de dinero por el simple hecho de congraciarse con quién debía. Fernando solo rezaba para que sus esfuerzos pronto fueran recompensados. Esa misma noche recibió una carta donde le pedían que asistiera al club de caballeros. Esperaba encontrarse con alguien que pudiese ayudarle, pero nunca imaginó que fuera el mismo Mastrago.

—General —dijo al verle.

—Muchacho, hace tiempo que usted y yo somos héroes retirados. Déjese de formalidades.

El general alzó la mano y un sirviente se acercó a ellos con una bandeja en la que había dos copas de coñac. Esa noche el salón estaba menos concurrido, salvo un anciano que dormitaba no había nadie más.

Fernando bebió de su coñac y miró fijamente al veterano militar.

—Se preguntará por qué lo he convocado esta noche. —Fernando continuó guardando silencio. El general chasqueó la lengua y de nuevo habló—: Es por su amigo Quesada.

—¿No han hecho lo suficiente para destrozarle la vida?

—Calma, querido muchacho —le pidió el general—. Se equivoca.

—¿A qué se refiere? —preguntó con suspicacia.

—Hay un grupo de hombres que piensa que el capitán podría ejercer una labor mucho más necesaria que permanecer encerrado en esa cárcel, cuando solo acabó con un demente que manchaba el uniforme que vestía.

—No entiendo… —dijo con desconfianza Fernando.

Mastrago se bebió de un trago su copa. Luego sacó de su chaqueta un habano cubano, mordió la punta y la escupió en el cenicero, después lo encendió y saboreó las hojas de tabaco como si fuera un caramelo.

—Le aseguro que no se trata de ningún favor. Posiblemente se juegue la vida, pero al menos vería el sol y sentiría el aire fresco.

—¿De qué habla?

—Un noble japonés, un antiguo daimio llamado Kawaokura, ha enviado una embajada a la isla de Cavite, a través de los comerciantes filipinos. Dicha embajada nos ha permitido reanudar las relaciones que tanto tiempo hacía habíamos perdido con Japón.

—¿Qué pinta Diego en todo esto?

—Imagino que sus conocimientos sobre política han mejorado.

—Supone bien —dijo malhumorado Fernando.

—Pues sabrá que el comodoro Perry ha obligado a los japoneses a abrir tres puertos. Los estadounidenses han golpeado con un palo el avispero, sin saber que unas avispas enfadadas son peligrosas. A pesar de lo que puedan pensar los estadounidenses de los japoneses, creo que son un pueblo paciente e inteligente. Han visto que con sus medios no derrotarán a la máquina militar estadounidense y han decidido solucionarlo.

—Sigue sin decirme qué tiene que ver en todo esto Diego —lo interrumpió, cada vez más impaciente.

—El tal Kawaokura ha pedido a un instructor naval.

—Intentan formar un ejército…

—Así es, querido muchacho, y nosotros le ayudaremos a hacerlo.

—Solo quieren una porción de tarta de ese pastel. Le importa bien poco el bienestar de Diego.

Mastrago clavó la mirada en Fernando. Por primera vez la cara bonachona del general dejó paso a un hombre de acero. Enviar a un militar a un país como Japón suponía un alto riesgo. Nada se sabía aún de esas tierras, salvo que no querían a los extranjeros. Además, la llegada de Perry había convertido a sus habitantes en hombres que verían en Diego a un enemigo más sin tener en cuenta su nacionalidad.

Ante las dudas que exhibía el rostro de Fernando, Mastrago dijo:

—La oferta seguirá en pie hasta el alba.

61

la flor de la amapola

Hong Kong, 11 de enero de 1854

El olor a opio enturbiaba otro olor más nauseabundo: el de la desesperación y futilidad humana. Bernard vio a través de la atmósfera velada varias plataformas de madera inclinadas, cada una con una almohadilla pequeña en la que los clientes del fumadero reclinaban la cabeza. Un muchacho chino se acercó a su lado, calentó la lámpara de aceite en la que se preparaba el opio y el resultado lo introdujo en la pipa que amablemente le entregó a cambio de más dinero. Cuando el francés dio la primera calada, sintió que todo el dolor desaparecía, sin embargo, sus efectos fueron efímeros. Después, la realidad lo golpeó con mucha más dureza. Al final había sucumbido al olvido que le proporcionaba el opio.

Algo más tarde, en compañía de algunos de los marineros ingleses del barco donde se había enrolado, Bernard entró en uno de tantos burdeles que inundaban el puerto de Hong Kong. A su pesar reconoció que las mujeres y sus vestimentas eran tan atrayentes como la miel para las abejas. Sus tradicionales *cheong-sam* de seda, con una abertura hasta la cintura por la que las chicas mostraban sus muslos sin ningún pudor, dotaban a la mujer de una belleza extraordinaria y a la vez tosca. No podía negar que las muchachas expuestas como flores exóticas complacerían los apetitos de cualquier hombre sin decepcionarlos. Entre ellas divisó a una que le recordó vagamente a Ninon. Cada vez se desvanecía más en sus recuerdos, aunque, por el contrario, se hacía más presente en sus sueños.

—Esa —dijo a la dueña del burdel.

—Xián, sirve al marinero.

La joven asintió con la cabeza sin pronunciar una palabra, después tomó la mano de Bernard.

Atravesaron varias cortinas y puertas correderas hasta que llegaron a una habitación cuyas paredes estaban cubiertas de adornos de color rojo. Bernard creía haber escuchado una vez que el rojo para los chinos indicaba prosperidad y buena suerte.

—*Luohan-chuang* —dijo ella.

La joven señaló una especie de diván rodeado por tres lados con un tablero que hacía de reposabrazos y respaldo.

—*Luohan-chuang* —repitió él.

La muchacha al escuchar su pronunciación emitió una risa que pareció a Bernard el sonido de unas campanillas. La joven asintió y con rapidez comenzó a desvestirlo. Luego, Xián se quitó su vestido y se quedó plenamente desnuda ante él. Su cuerpo menudo y su largo cabello, que caía con gracia tras su espalda, la transformaban en un ser fantástico. Bernard pensó que, muy pronto, esa frescura juvenil y esa belleza casi etérea se perderían para siempre, en un lugar como un burdel. Y él, al igual que muchos otros después, se aprovecharía de ella sin preocuparse de qué le sucediese más tarde.

La joven tomó su mano y lo condujo hasta el diván, lo obligó a tumbarse boca abajo y se subió a horcajadas sobre su espalda. Bernard notaba su sexualidad presionar su piel, mientras que sus hábiles dedos le daban un masaje a sus doloridos músculos. La sensación fue tan placentera que adormeció cualquier emoción o sentimiento ajeno a esa habitación y a la mujer que lo complacía.

La chica lo hizo girarse y en ese momento Bernard la penetró, sujetándola de las caderas a la vez que ella se movía sobre él apoyando sus pequeñas manos en su pecho. La melena negra acariciaba su rostro y le impedía ver el de la muchacha. Eso permitió a Bernard imaginar por una vez que Ninon era la mujer con la que se hallaba, y no una prostituta de Hong Kong. La joven movía las caderas dibujando círculos. Con aquel baile lujurioso, ella hacía que él se adentrara en su feminidad aún más y que tuviese que acompasarse a sus exóticos movimientos como una pareja de baile. Entonces, Bernard derramó su semilla en su interior. De nuevo, Ninon desapareció y volvió a encontrarse junto con una desconocida.

ZARPARÍAN EN TRES días, por lo que varios marineros habían buscado la forma de divertirse en esas horas de espera. Después de abandonar el burdel, varios de ellos, incluido Bernard, se encaminaron a uno de los antros diseminados por la zona menos recomendada de Hong Kong para los occidentales. De todos modos, la osadía y prepotencia de los ingleses avergonzaban a Bernard.

—Francés, tómate una copa —insistió uno de los marineros.

A Bernard le apodaban el francés y no le importaba. A pesar de que convivía con esos hombres desde hacía más de un año, a ninguno podía considerarlo remotamente un amigo.

—Claro —respondió sin ganas.

El capitán les había pedido mesura, pero la bebida y el opio eran una combinación demasiado peligrosa para no traer consecuencias. Bernard se mantuvo tranquilo y contemplaba su bebida sin participar

en la conversación hasta que escuchó a uno de los ingleses insultar a un muchacho mestizo.

—¡Bastardo! —gritó uno de los marinos.

Sus palabras atrajeron la atención de Bernard, pero guardó silencio.

El joven se acercó presuroso y se inclinó de manera respetuosa ante el inglés.

—Quiero más ron.

El chico asintió y se disponía a retirarse cuando el marino le puso la zancadilla y cayó al suelo. Eso causó la hilaridad entre el resto de compañeros.

—Supongo que este bastardo se parece a la zorra de su madre y no al inglés con el que fornicó.

El muchacho se levantó y le lanzó una mirada aviesa, pero se dispuso a marcharse. Bernard había visto en ella y en la de los demás parroquianos que bebían en silencio en aquel antro que el ambiente se había enrarecido. Recordó que, no hacía tanto tiempo, hubo un derramamiento de sangre por la que se consideraba la primera guerra del opio, y pensó que, a pesar de la capa de divertimento y paz que recorría la ciudad, pronto estallaría en una revuelta por culpa de comportamientos como los que protagonizaba ese imbécil.

—¡Sobrecargo! —dijo Bernard, poniéndose en pie—. Será mejor que deje al chico en paz.

Sus palabras escondían una advertencia que no podía obviarse, sobre todo, si provenían de un hombre de la constitución del antiguo luchador de *savate*.

De pronto, un grupo de holandeses entró en el local. Bernard supo que las cosas se complicarían aún más cuando uno de los *yankees*[139], como se les conocía despectivamente, golpeó a uno de los ingleses al abrir la puerta. Eso provocó que la calma tensa que se respiraba en la cantina terminase por explotar.

—¡Adelante, sobrecargo! —gritó uno de los marinos al ver que su superior había recibido un buen golpe.

El rostro del inglés se tornó iracundo cuando vio que el *yankee* hablaba holandés con el resto de sus compañeros y sonreía, señalándolo.

—¡Hijo de una perra holandesa!

Bernard no estaba seguro de que lo hubiese entendido, pero el holandés se subió las mangas de la camisa, después se abalanzó contra el inglés. Sin embargo, el sobrecargo era hombre de hacer trampas y sacó de su bota un puñal. Cuando el *yankee* se acercó de nuevo, lo apuñaló, y ese fue el momento en el que el resto de los hombres se enfrentaron unos contra otros con la mala fortuna de que, en medio de aquella pelea, alguien apuñaló de muerte al muchacho chino. Después

de aquel suceso, para Bernard solo existía oscuridad, hasta que al alba despertó dentro de una bodega de un barco con sus intestinos amenazando con salir por la boca.

El francés aguzó el oído y escuchó cómo las olas golpeaban el casco de un barco. Ignoraba si era el inglés o cualquier otro, la oscuridad en el interior de la bodega era total. Tampoco se acordaba de cómo había llegado hasta allí y, menos aún, de cómo concluyó la pelea. Se tocó la cabeza, le dolía como si mil demonios bailaran sobre ella. Se incorporó con la seguridad de que el navío no se encontraba en puerto, sino que navegaba mar adentro. A tientas consiguió alcanzar la escalinata que ascendía al *sollado*[140]. Abrió la compuerta y vio que las hamacas donde dormían los marinos estaban vacías. Eso le indicó que era de día y que estarían ocupados en sus tareas. Durante un instante intentó recordar qué había sucedido, tan solo se acordaba de un tipo, uno bajo y moreno que hablaba su idioma. Un presentimiento lo indujo a maldecirse y se preguntó si habría sido tan estúpido como para embarcar en la nave equivocada. Buscó con la mirada algún arma con la que defenderse. Algunos capitanes castigaban con dureza a los polizones. Cuando subía a cubierta, una voz a su espalda lo detuvo, sobresaltándolo:

—Amigo, veo que ya has despertado.

El marino moreno y bajo se deslizó de una de las hamacas.

—Sí —contestó Bernard con desconfianza—. ¿Cómo he terminado en este barco?

Al ver al francés ya no le cupo la menor duda de que aquel navío no era el suyo.

—Bueno —dijo el marino, rascándose la cabeza—. No dejaría a un compatriota en aquella situación.

—¿De qué situación hablas?

—Ganamos a esos bastardos, pero el chico murió y sus amigos no se lo tomaron bien. Apresaron a varios de los ingleses, creo que los odian más a ellos que a nosotros, y el resto te lo puedes imaginar. Quisiste ayudarlos, pero vi claro que tú también acabarías mal, así que tomé cartas en el asunto.

—¿Golpeándome la cabeza? —preguntó Bernard al comprender cómo se había hecho aquel chichón.

—No es fácil convencer a un tipo que mide casi el doble que uno. Lo siento, pero no tuve más remedio.

—Gracias —respondió Bernard sin creer que realmente debiera agradecérselo—. ¿Y qué opina tu capitán?

—Tranquilo. Le hemos explicado que eres francés y no podíamos abandonarte en Hong Kong en manos de unos salvajes como los chinos.

—Trabajaré para pagarme el sustento.

—Por las patadas y los golpes que diste, sabes pelear.

—Así es —reconoció Bernard—. En París era profesor de *savate*.

—Entonces, querido amigo, te has ganado al capitán.

Bernard comprendió a qué se refería su salvador cuando, algo más tarde, le presentó a su capitán.

Al salir a cubierta comprobó que se trataba de un barco comercial cuyo transporte consistía en unas ruinas arqueológicas con destino a Marsella. Para moverse por aquellas aguas sin problemas izaban bandera holandesa, en cambio, la mayoría de la tripulación era de origen marsellés.

El capitán Moreau era un hombre seco, de carácter rígido que contrastaba con su aspecto bonachón de un noble campesino de la campiña francesa. A pesar de su fisonomía, la violencia era parte de su naturaleza y lo demostró una vez que Calvin, el marinero que había librado a Bernard de la muerte, lo condujo ante él.

—*Monsieur* Bernard —dijo el capitán—, espero que entienda que no me gustan los invitados indeseados.

—*Monsieur*, le aseguro que nunca fue mi intención subir a su barco.

Moreau, con las manos tras la espalda, se giró y contempló las engañosas aguas calmas que se mostraban ante él.

—Calvin me ha dicho que usted es profesor de *savate*.

—Así es, *monsieur*. Lo era en París, pero trabajaré en cualquier puesto para pagarme el pasaje.

Durante un instante el silencio se hizo entre ellos, tan solo interrumpido por los gritos de los hombres que se afanaban en cumplir con las tareas encomendadas en cubierta. Los marineros se movían como un enjambre sin pausa y a un ritmo experto bajo las órdenes del contramaestre.

—No existe ningún oficio para usted en mi barco, *monsieur* Bernard, —Moreau se volvió y clavó la mirada en el francés antes de decir—: salvo el de luchador de *savate*.

—Capitán, preferiría no pelear.

Moreau lo miró de arriba abajo con una nota de desprecio.

—*Monsieur* Bernard, eso francamente no me importa. Si lo desea, puede nadar hasta Hong Kong —le indicó, señalando el océano.

Las palabras del capitán eran una amenaza que Bernard no podía obviar. Ese grupo de hombres lo obedecerían. Si les ordenaba lanzarlo por la borda, lo harían. Nadie se lo impediría ni se opondría a su decisión.

—¿Qué quiere que haga?

Moreau esbozó una leve sonrisa de triunfo que borró de su rostro la imagen de venerable anciano para dejar paso a la de un peligroso bastardo.

—¡M*onsieur* Calvin! —gritó.

El marino acudió raudo y sin aliento dijo:

—¡Capitán!

—Prepárelo todo para una exhibición —ordenó, camuflando la verdadera razón con palabras educadas.

—¡Sí, capitán!

En ese instante, Bernard fue consciente de por qué Calvin lo había ayudado, en realidad, solo lo había secuestrado. Suponía que vio cómo luchaba y decidió que sería de utilidad para el negocio que el capitán y él se llevaban entre manos.

Dos horas más tarde, Bernard se quitaba la camisa y se bajaba los tirantes de los pantalones, que colgaban a la altura de sus muslos. Los marinos se habían diseminado por toda la cubierta apostando sobre quién de los dos contrincantes sería el vencedor. Algunos incluso se encaramaban de las cuerdas de las velas para tener mejor visión del espectáculo.

El capitán se había sentado en una silla de tijera en la cubierta principal desde donde vería el combate. Alzó el brazo y su contendiente se abrió paso entre los hombres. Bernard observó al luchador con un semblante inexpresivo, pero minuciosamente preciso.

—¡Pueden empezar! —gritó Calvin.

Bernard dobló las piernas como si fuese un ejercicio más de calentamiento. Después, se mantuvieron a una corta distancia. Durante un par de minutos se dieron patadas altas y rápidas, mientras se cubrían el rostro con los puños. Bernard comprendió que su rival estudiaba su manera de pelear y él hacía lo mismo. Durante un rato ninguno dejó de moverse ni de golpear. Bernard reconoció que su contrario era bueno con el juego de piernas, pero le faltaba técnica, sangre fría y paciencia. Solo necesitaba embestirlo con fuerza una vez y lo desequilibraría lo suficiente para terminar aquella exhibición. Lo mantendría entretenido con golpes de piernas y brazos hasta que notara el cansancio en su oponente. Entonces podría derrotarlo. Tal y como había imaginado, llegó el momento que esperaba. El marino se tambaleó por culpa de una patada. Los gritos de sus partidarios enmudecieron cuando advirtieron que perdía el equilibrio y después se estrellaba contra las tablas del suelo de la cubierta. Bernard aprovechó la debilidad del marino para contraatacar con una patada que le impediría levantarse de nuevo.

Calvin se acercó a Bernard y le elevó el brazo como muestra de que había ganado el combate. El profesor cruzó la mirada con el capitán. Moreau esbozó una sonrisa terrible que acalló el clamor, los insultos y los juramentos de aquellos que habían apostado a favor de su compañero y ahora perdían su dinero. Todos guardaron un silencio terrible, que incluso provocó en el profesor un escalofrío que le

recorrió la espalda cuando vio cómo un grupo de hombres tomaba en brazos a su oponente y lo lanzaba por la borda.

—¡Se han vuelto locos! —gritó, intentando ayudarlo, pero varios de sus compañeros formaron un muro que de ningún modo atravesaría sin lamentar las consecuencias.

—¡*Monsieur* Bernard! —gritó el capitán desde la cubierta principal —. Enhorabuena, ya tiene trabajo en este barco.

—¡Es usted una mala bestia! —exclamó fuera de sí el francés.

Bernard no pudo decir nada más, porque un grupo de hombres lo rodearon y lo obligaron a regresar a la bodega.

Catedral de Notre Dame (París), 11 de enero de 1854

EN PARíS, NINON contempló desde la plaza la impresionante catedral de *Notre Dame*. No recordaba la última vez que había entrado en una iglesia, pero ahora sentía la necesidad de rogar a Dios para poder ver de nuevo a Bernard. Llevaba días sufriendo por él a causa de un presentimiento que la turbaba día y noche.

Varios carruajes recorrían la plaza y los viandantes se retiraron para no ser atropellados. Algunas damas abrieron sus paraguas para que el pálido sol del invierno no estropease su blanca piel. Ninon vestía de un color sobrio, esta vez se había decidido por un azul grisáceo que la dotaba de una seria madurez. Se detuvo ante la puerta de la catedral, suspiró un par de veces y se adentró en el edificio. Construido quinientos años antes, había subsistido en modestas condiciones hasta que Victor Hugo escribió su maravillosa obra *Nuestra Señora de París*. El interior tampoco era demasiado opulento, sin embargo, eso agradó a Ninon. La paz era total cuando se sentó en uno de los bancos. Observó la luz de colores que atravesaba el rosetón como si mirase a través de un caleidoscopio multicolor de haces de luz. Por otro lado, el aroma a incienso enturbiaba los sentidos, aumentando esa sensación de engañosa paz. Después de rezar las plegarias que su padre le enseñó de niña, Ninon salió del templo, debía visitar a un abogado y poner sus asuntos en orden.

NINON SE PREPARÓ esa noche para recibir a sus clientes, que cada vez eran menos, sin quitarse el malestar que sentía por no conocer el estado en que se encontraba Bernard. Una de las chicas la había informado de que eran pocos los clientes que habían acudido al local. No dudaba que el responsable de la disminución de asiduos a su casa no era otro que Gaillard. Unos golpes en la puerta la avisaron de que alguien quería verla y la distrajeron de sus preocupaciones.

—*Madame* —dijo una de sus pupilas.

La chica se parecía a Anna, pero la pequeña rusa que encontró en la orilla del Sena había muerto hacía dos meses.

—Sí, Margarite —respondió Ninon, mientras vertía un poco de láudano en una copa.

Cada vez necesitaba beber más ese bálsamo aditivo para mitigar el dolor. Jean Pierre le había advertido que no sobrepasase la dosis que le recetó, pero hacía varias semanas que tomaba más de cinco gotas.

—El doctor está aquí.

—¿Jean Pierre? —preguntó inquieta.

Ninon no pensó en absoluto que se encontrase allí por ella, sino por Bernard.

—Sí, señora —respondió la chica de unos veinte años.

—Hazlo pasar.

La cortesana escondió la botella de láudano que carecía de etiqueta y colocó sobre su tocador la que le había recetado Jean Pierre. En el mercado negro se podía conseguir sin ninguna dificultad. Estaba muy de moda entre los artistas, ya que creían que consumiéndola las musas eran más solícitas a visitarlos.

Un instante más tarde, el doctor se adentró en su habitación.

—Ninon —dijo muy serio.

—Jean Pierre, ¿tiene noticias de Bernard?

—No, lo siento. No sé nada de él —afirmó el médico. Enseguida añadió—: Pero no he venido por él, sino por usted.

—No sé por qué se ha molestado…

—¡Vamos, Ninon! —la interrumpió, tuteándola enfadado—. No me trates como si fuera uno de tus clientes. Soy médico y veo cada día cómo empeora tu salud. Tampoco soy un novato al que puedas engañar. Tu piel, tus ojos y tu ansiedad me demuestran que consumes más láudano.

Ella se puso en pie y se aproximó a la ventana. La avergonzaba reconocer la verdad.

—Es cierto.

—Quiero verte los ojos —le pidió él más amable.

—¿Por qué?

—Sé por las chicas que Margarite te lee tus cartas.

—Posee una voz agradable.

—No me mientas. Sé bien que la enfermedad de la sífilis causa ceguera.

Ninon agachó la cabeza y se sentó en una silla. Jean Pierre tomó una de las lámparas de aceite y se la acercó a los ojos.

—¿Desde cuándo no ves con claridad?

—Desde hace dos semanas —reconoció—. Ahora solo veo bultos grises y, a veces, ni siquiera eso.

—Ninon, lo siento tanto. El mal avanza y no hay manera de detenerlo. Quizás debas prepararte para algo peor aún.

—¿Qué quieres decir?

Por primera vez Ninon exhibió en su rostro, normalmente impasible, un atisbo de temor.

—Parálisis, e incluso te dañará el sistema nervioso.

—¿Cuánto tiempo me queda?

El médico colocó la lámpara en su sitio antes de hablar:

—Es difícil saberlo. No estoy seguro, pero parece que los síntomas en tu caso avanzan con rapidez.

Ninon asintió en silencio y tardó un breve lapso de tiempo en darse cuenta de lo que en verdad significaban las palabras del doctor. Un pensamiento se avivó con firmeza en su conciencia: compraría más láudano.

62

la boda de una emperatriz

Madrid, 5 de febrero de 1854

Desde el regreso de Luisa de Baeza, la situación política en Madrid se había complicado hasta el punto de que las revueltas en las calles eran más violentas. Narváez explicó a su sobrino que pronto la situación empeoraría, alentado el conflicto por el partido progresista, que intentaría controlar al gobierno destituyendo al moderado, devoto de la reina. Sea como fuere, las calles de Madrid eran más peligrosas, más aún para una mujer preñada.

Esa tarde de febrero, Fernando aguardaba preocupado el regreso de Luisa. Su esposa había asistido a una reunión de mujeres defensoras de unos mejores derechos laborales. Él no se oponía a sus obras de caridad, como las consideraba, sin embargo, parecía ignorar que llevaba a su hijo en el vientre. Miró de nuevo por la ventana y al ver el carruaje suspiró aliviado. Procuraba disimular su preocupación y su enfado, pero cada vez le resultaba más difícil evitar discutir con ella por sus ideas liberales y por su comportamiento.

Cuando entró en el salón, Luisa se mostró más seria de lo normal. Además, la vio inusualmente pálida.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, acercándose a ella y tomándola de las manos.

—Sí…, es solo que hoy he presenciado la brutalidad con la que el ejército desplegado por las calles ha actuado contra un grupo de trabajadores, que se manifestaban pacíficamente.

Fernando se quedó sin palabras, aunque la furia que contenía desde hacía días brotó sin poder detenerla.

—¿Te has vuelto loca? —le preguntó, y ante su mirada incomprensiva, añadió—: He permitido que vayas a una reunión, algo que ya es inadecuado dado tu estado, pero que te veas en medio de una revuelta aplacada por el ejército es inconcebible.

Luisa escuchó a su esposo y, después, con el rostro enrojecido por la rabia, se alejó de él unos pasos y con la voz calmada que, en realidad, escondía una ira estancada, replicó:

—Esa gente gritaba «¡Pan y trabajo!». Tienen hijos y lo que ganan en las fábricas no es suficiente.

—¡Maldita sea, Luisa! ¡No puedes arreglar el mundo! Si algo te

sucediese a ti o a nuestro hijo, yo…

Fernando se dijo que sí al menos Luisa comprendiera su temor claudicaría en su petición. Él se aproximó a ella y Luisa acarició su rostro, sin embargo, leyó en los ojos de su mujer que no se conformaría con ser testigo silencioso de lo que había visto.

—No te preocupes, tendré cuidado.

—Te prohíbo que vuelvas a salir.

Luisa volvió a apartarse de él, sus palabras habían creado un cisma entre los dos.

—¿Me prohíbes?

—Así es —afirmó Fernando, mirándola fijamente.

Ella guardó silencio, abandonó el cuarto sin pronunciar una palabra y cerró la puerta tras su espalda. Al quedarse a solas, Fernando se maldijo a sí mismo. Conocía a Luisa, su independencia, su manera de entender la vida y su formación como abogada. Todo ello era una mezcla peligrosa que había agitado igual que un necio un avispero con un palo. Ahora solo recibiría los picotazos de las avispas. Con seguridad, ella no renunciaría ni cedería en aquello en lo que se propusiese hacer, pero él tampoco se cruzaría de brazos: no estaba dispuesto a que le ocurriese nada malo, sobre todo, cuando su hijo estaba próximo a nacer.

LUISA NO BAJÓ a desayunar y puso como excusa que debía descansar. Fernando no era ningún estúpido y sabía muy bien el verdadero motivo, sin embargo, su tío le había convocado a su despacho en el Palacio Real y se fue sin despedirse de ella.

Desde la planta superior, Luisa vio por la ventana cómo su esposo se marchaba, entonces se vistió aprisa, aunque necesitó la ayuda de una criada. Su embarazo la había convertido en alguien incapaz de vestirse por sí misma.

—Señora, no creo que sea buena idea salir —dijo con la voz asustada la muchacha que la acompañaba a todos lados.

Se trataba de la hija de una de las mujeres que había conocido cuando estuvo brevemente en la Prisión de Eva. Su madre había muerto y ella se había hecho cargo de la jovencita.

—María, no te preocupes.

—Pero el señor ha ordenado que…

—Mi marido es un tonto pretencioso que no sabe que las mujeres podemos tomar nuestras propias decisiones.

—¡Señora! —exclamó avergonzada la muchacha.

—Vamos, no tengo mucho tiempo antes de que regrese.

—Señora, me da miedo ir a ese barrio.

—No hay nada que temer —le aseguró con una sonrisa.

Luisa se miró en el espejo. Parecía la mujer de un obrero con aquel vestido con remiendos, una toquilla raída que cubría su cabeza y unos zapatos cuyas suelas se veían desgastadas y que habían tenido varias propietarias. María también cambió su vestido de sirvienta por uno parecido al de Luisa.

Ambas salieron de la casa y se encaminaron a los suburbios de Madrid. Nada más abandonar las calles empedradas y más distinguidas de la ciudad se encontraron en los arrabales. En ellos los niños malnutridos jugaban y deambulaban por el barrio entretenidos en cualquier cosa que les hiciese olvidar el ruido de sus tripas. Su embarazo no llamaba la atención en un barrio donde las mujeres preñadas se multiplicaban más que en cualquier otro lugar de Madrid, aunque la mayoría parían niños muertos o enfermos. Raro era el día que unos padres no enterraban a un hijo.

Ríos de porquería se dejaban arrastrar por improvisadas zanjas de las que era mejor no saber qué se pudría en su interior. El olor provocó a Luisa un par de arcadas que mitigó gracias a la hierbabuena que había ocultado en su pecho. Se aseguró de que nadie la viera llegar a la puerta de la casa donde se reunían varios trabajadores de diferentes fábricas. Ninguno se sorprendió al verla, se pusieron en pie, se quitaron la gorra y le mostraron respeto. Todos y cada uno sabían quién era: la nuera de Narváez; aunque también una abogada de *La Sorbona* y una mujer que quería ayudar a los necesitados. Algunos habían sido reticentes a permitirle conocer sus planes, pero otros consideraban necesario contar con la ayuda de una mujer que sabía de leyes y se movía entre los patronos.

Uno de ellos le sirvió un vaso de agua que Luisa agradeció con una sonrisa.

—En Barcelona han matado al presidente de la organización patronal —dijo ella sin ambages. Un ligero murmullo se produjo entre los presentes. Luego, guardaron silencio y Luisa volvió a hablar—: Eso nos complicará las cosas.

—¿Qué les han hecho a los trabajadores? —preguntó uno de los hombres mientras hacía girar la gorra entre las manos.

—El ejército aún no ha dado con ellos, pero cuando lo hagan…

—Debemos ir con cautela —la interrumpió otro, un joven al que Luisa había enseñado a leer.

—Tomás, así debemos actuar. Primero veremos que ocurre en Barcelona, después…

—Usted puede tener tiempo, y estoy seguro de que su hijo tendrá pan y leche, pero ¿y los míos?

Luisa comprendía su situación. Todos la miraron, envaró el cuerpo y dijo con voz clara:

—Lo siento, solo puedo intentar traer más comida para los niños.

—No queremos su caridad, sino un trabajo digno con el que alimentar a nuestras familias —afirmó otro.

—¿Por qué hace esto? —preguntó una voz en el fondo del cuarto.

Ella jamás había visto a ese hombre. Su rostro delgado y sus ojos escrutadores hicieron que el resto guardase silencio.

—¿Usted es…?

—Importa acaso mi nombre —respondió con gallardía—. Conteste a mi pregunta.

—Porque deseo cambiar el mundo en el que vivirá mi hijo —dijo ella, acariciándose el vientre.

—Así que es una idealista.

Luisa lo miró con suspicacia. Sus palabras denotaban a alguien más instruido de lo que indicaban sus ropas.

—Llámelo como quiera, pero tampoco ha contestado a mi pregunta: ¿quién es usted?

Uno de los obreros dijo:

—Es Juan Díaz, trabaja en la fábrica de hilar y se ha llevado más de un mamporro del capataz por protestar por las condiciones en las que están las hilanderas.

Luisa esbozó una sonrisa. Aceptaría su brusquedad y desconfianza, ya que había ganado su simpatía por ser un defensor de las trabajadoras de las fábricas.

—Señor Díaz, le invito a que hablemos de los derechos de las mujeres cuando arreglemos el mundo para los hombres.

El obrero chasqueó la lengua y emitió una carcajada que suavizó la tensión creada en aquella habitación.

FERNANDO SE ENCAMINÓ a pasos rápidos a la entrada principal del palacio. Cuatro soldados la custodiaban, pero lo reconocieron y no le dieron el alto. El secretario de su tío lo recibió en la escalinata cuyos leones de mármol parecían a punto de devorar a cualquier visitante inconveniente. Con las manos tras la espalda esperó a que su tío lo recibiese.

—Señor Narváez, su tío lo aguarda en el despacho.

Caminaron por pasillos interminables, decorados con suntuosos papeles de gusto afrancesado, y llegaron ante una puerta con cortinas de terciopelo rojo que el secretario retiró con una mano.

—Adelante —dijo su tío.

Se trataba de una habitación de dimensiones reducidas en comparación con el resto de salas y cuartos del palacio. Tras la espalda de su tío había una chimenea de mármol negro y sobre ella un

espejo que duplicaba la estancia. Varios sillones de estilo francés de seda dorada daban luminosidad a un cuarto empapelado en tonalidades cobalto oscuro. La mesa de nogal resaltaba por su tamaño y remates en oro viejo.

Su tío firmó un documento, mientras le hacía un gesto para que se sentase frente a él.

—Te preguntarás por qué te he convocado aquí.

—Asuntos importantes, imagino.

—Toma —le dijo, entregándole un sobre sellado.

—¿Es una invitación a una boda?

—Exacto —respondió su tío, mirándolo fijamente—. Es una invitación para la boda de Eugenia de Montijo con Napoleón III[141].

—Aquí pone que se celebrará en Francia.

—Concretamente en París. Las revueltas en Barcelona y las posibles consecuencias de ello en Madrid me impiden asistir, pero tu esposa y tú podéis ir en mi nombre.

Fernando guardó silencio y su comportamiento alertó a su tío.

—Creí que te alegrarías de viajar a París.

—Así es, tío —se apresuró a decir Fernando—. Estoy seguro de que Luisa también se alegrará.

—Será después del nacimiento de vuestro hijo, sino no os lo habría propuesto.

—Por supuesto —dijo Fernando y se puso en pie—: Voy a darle la noticia de inmediato a Luisa. Ya sabe usted lo que esto conlleva. —Su tío alzó una ceja de incomprensión, a lo que su sobrino contestó—: Modistas.

—Es cierto —sonrió Narváez.

Fernando salió del despacho con la sensación de que asistir a esa boda no era una buena idea. Su tío ignoraba el pasado de Luisa. Volver a París suponía un riesgo que no correría. No creía que sus caminos se cruzasen con Gaillard, y si lo hacían, al menos, no reconocería en su esposa a la mujer que Fontaine tenía orden de apresar. No se había negado ante la petición de su tío para no levantar sus suspicacias, pero a última hora alegaría encontrarse muy enfermo y anularía el viaje. Ni siquiera Luisa conocería el verdadero motivo. Guardó la invitación entre sus ropas y se encaminó a su casa. Deseaba reconciliarse con ella esa tarde. Pero cuando llegó, la servidumbre le comunicó que la señora no estaba en su habitación y parecía que nadie sabía bien dónde se hallaba. Su doncella le dijo que en la modista, el ama de llaves en una reunión benéfica y el cochero que no había llevado a la señora a ningún lugar. Fernando volvió a la biblioteca, se sirvió una copa de *brandy* y bebió despacio mientras esperaba a Luisa. La tarde dio paso a la noche y su preocupación aumentó en la misma proporción que su enfado.

Cuando creía morirse de temor al pensar que le había podido suceder alguna desgracia, la puerta se abrió y Luisa se adentró en la biblioteca vestida con ropas más propias de una hilandera.

—¿Dónde has estado? —preguntó sin encender la lámpara de gas. Tan solo unas velas iluminaban la habitación y envolvían en sombras el rostro del hombre.

—¡Fernando! Me has asustado.

—Luisa, no has contestado a mi pregunta —insistió, mirando a su esposa.

—¿Debo contártelo? —respondió, apoyándose en un sillón—. Creo que lo has adivinado por tu cuenta.

—Te prohibí terminantemente que continuaras con tus actividades.

—Otra vez vamos a discutir sobre lo mismo —dijo, y añadió—: Estoy fatigada y me gustaría acostarme.

Se giró para retirarse, pero la mano de Fernando inmovilizó su brazo y la detuvo.

—Luisa, te lo suplico —rogó esta vez—. Los periódicos hablan de motines por subida de precios, por las malas cosechas o por los bajos salarios de los trabajadores.

—¿Y qué debo hacer? ¿Ocultarme? ¿Asistir a meriendas con las señoras y hablar de la moda de París? —preguntó ella, mostrando la desilusión y el dolor que le provocaban sus palabras.

—No quiero que te hagan daño —dijo Fernando en un tono reconciliador y acarició su mejilla—. ¡Estás ardiendo! —exclamó justo en el momento en que ella vomitaba. Luisa necesitó sujetarse a él para no caer. De inmediato, Fernando la tomó en brazos y gritó—: ¡Llamen a un médico!

Unas horas más tarde, Fernando recibía la noticia de que su esposa se había contagiado del cólera. Pensó que si no podía garantizar su seguridad en Madrid, quizás el viaje propuesto por su tío para acudir a la boda de la emperatriz fuera la excusa perfecta para alejarse de España y de esa temida enfermedad. París suponía una oportunidad, solo esperaba que no se volviese contra ellos.

—¿Se salvará? —preguntó Fernando al médico, sin apenas voz.

Las muertes por cólera sucedían por centenares en Madrid y en el resto de España. Ya se hablaba de una pandemia difícil de erradicar, aunque nunca imaginó que su familia padeciese tal enfermedad. Su tío había ordenado una serie de medidas sanitarias para evitar contraerla.

—Eso solo Dios lo sabe, pero podemos intentarlo —afirmó el médico con una leve sonrisa que llenó de ánimo a Fernando.

—¿Qué debemos hacer?

—Haga que beba líquidos, agua principalmente. Por mi experiencia puedo decirle que muchos enfermos mueren en una semana, así que procuremos que su esposa y su hijo superen dicho

tiempo. Debería averiguar cómo y dónde se contagió, eso nos ayudaría con el tratamiento y evitar el contagio de más enfermos. De todos modos, mañana los visitaré de nuevo.

El médico se bajó las mangas, se puso la chaqueta y cogió su maletín.

—Lo acompaño —dijo Fernando.

—No es necesario, será mejor que se mantenga junto a su esposa.

María no dejaba de llorar, pero a pesar del temor a contagiarse permanecía al lado de su señora.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó Fernando sin mirarla, mientras se sentaba en el filo de la cama y sujetaba la mano inerte de Luisa.

La notó helada, aun así el movimiento de su pecho le indicó que seguía respirando y eso le dio un poco de esperanza.

—Señor… —tartamudeó la chica—. Yo no quería, pero la señora… Llevaba unos días que no se encontraba del todo bien, aunque me dijo que nadie podía saberlo y menos aún usted.

—No tengas miedo, María. Sé que solo obedecías las órdenes de tu señora.

Tras un momento de silencio tenso, la muchacha confesó el lugar en el que se reunía con los líderes obreros.

—Señor, la señora…

—Se pondrá bien, María —dijo, poniéndose en pie—. Cuídala por mí. Debo salir.

Fernando se dirigió a su despacho, tomó de un armario una pistola y se la guardó en la chaqueta. Después abandonó la casa y se encaminó en busca de Juan Díaz.

SOLO ERA UNA casucha de tantas en las que vivían los obreros. Fernando llamó a la puerta. Un hombre le abrió de inmediato, en su rostro se dibujaba la esperanza que desterró sumergiéndose en una aterradora angustia.

—¿Qué quiere? —preguntó con rudeza al ver que sus ropas lo identificaban como a un caballero.

Las nubes negras que se habían apoderado del cielo de Madrid durante la tarde descargaban con rabia sobre los hombros de Fernando.

—Hablar con Juan Díaz.

—¿Quién es usted?

—Soy Narváez.

Díaz no necesitó presentaciones, se hizo a un lado y lo dejó pasar. Fernando esperaba oposición por su parte, pero al entrar el silencio

roto por varios quejidos lo hicieron dudar.

—Señor Narváez, no tengo mucho tiempo —dijo el obrero visiblemente cansado. Se sentó, se llevó la mano izquierda a la frente y apoyó el codo en la mesa.

En ese momento, Fernando vio a un hombre derrotado. Había esperado enfrentarse a un sindicalista, a un hombre que se oponía con valentía a los patrones, pero en su mirada solo se podía leer la desesperación absoluta.

—Quiero que impida a mi esposa venir aquí.

Díaz alzó el rostro extrañado y clavó la mirada directamente en él.

—¿Yo?

—Por su culpa y la de todos sus compañeros mi esposa está enferma.

Sus palabras encendieron la ira de un hombre que se encontraba al borde de un abismo. Se puso en pie, con violencia tiró del brazo de Fernando hasta un cuartucho anexo a la habitación principal. Descorrió unas cortinas para dar paso a la débil luz de la lámpara de gas que iluminaba el comedor.

Fernando miró la cama en la que una mujer de la edad de Luisa y una niña pequeña se debatían entre la vida y la muerte.

—¿Qué tienen?

—Imagino que el cólera, como su esposa. Llevo más de cinco horas esperando a que un médico venga, pero supongo que ninguno quiere mancharse los pies y venir a este lugar —dijo con tanta rabia que sus labios se contrajeron en una mueca dura y peligrosa.

En ese momento, los gritos de los habitantes del barrio provocaron que Fernando extrajese de su bolsillo el arma. Juan abrió la puerta y vio cómo un grupo de soldados entraban en las casas y sacaban a varios hombres a punta de fusil.

—¡Maldita sea! —gritó Díaz.

—¿Qué sucede?

—Los soldados buscan a los sindicalistas.

—¿Usted lo es?

—También su mujer —lo amenazó Díaz.

Fernando tomó de la solapa de la chaqueta al obrero y lo miró con desprecio. Si metía en ese asunto tan turbio a su mujer, los soldados serían el menor de sus problemas.

—No diga ni una palabra, yo solucionaré este asunto.

—No hace falta que se meta en mis asuntos.

—Parece que también son los de mi esposa, ¿verdad?

Díaz no pudo responder porque los soldados en ese momento entraron en la casa, al ver a Narváez dudaron un instante, pero Fernando dijo:

—Soy el señor Narváez, aquí tienen mi documentación.

—Señor, si me permite la indiscreción, ¿qué hace aquí? —preguntó el soldado.

—Averiguar por qué mi esposa, en un acto de caridad al venir aquí y entregar al señor Díaz comida para los niños del barrio, se ha contagiado del cólera. ¿Y ustedes?

—Buscamos a sindicalistas.

—El señor Díaz es un viejo conocido nuestro. Le aseguro que solo es un hombre dedicado a su familia y a su trabajo.

—Lo siento, pero son órdenes… —dijo el muchacho.

Luego entró en el cuarto donde la esposa y la hija de Díaz se encontraban. El miedo se apoderó de su rostro y se apresuró a preguntar:

—Señor, entonces, ¿usted responde por este hombre?

—Así es, soldado. El señor Díaz solo ayuda a mi esposa en su obra de caridad. No es ninguno de esos sindicalistas que busca.

El soldado asintió con un saludo militar y se marchó. Díaz se apresuró a mirar por la ventana y vio cómo se llevaban arrestados a algunos de sus compañeros. Quiso ayudarlos, pero Fernando se lo impidió.

—¿Su conciencia aguantaría que su esposa y su hija murieran solas?

—No… —respondió Díaz, sentándose de nuevo. Y preguntó—: ¿Por qué lo ha hecho?

—Porque necesito averiguar cómo Luisa se ha contagiado. Quizás disponga de una mayor posibilidad de curarse. ¿Comieron lo mismo?

Díaz lo miró sin saber por qué le hacía esa pregunta.

—No, ni siquiera se han visto.

—¿Bebieron agua?

—No… —dijo, pero de pronto exclamó—: ¡Agua!

—¿Del mismo lugar?

—Sí, Antonio la trae de un pozo…

—¿Dónde está ese muchacho?

—Le acompaño —se ofreció Díaz.

Anduvieron bajo la lluvia un par de casas hasta llegar a una que se mantenía en pie bajo el aguacero por simple capricho milagroso. Un río de lodo había embarrado sus pies cuando escucharon el aullido lastimero de un perro que parecía anunciar el fin del mundo.

Juan empujó la puerta sin importarle los modales. Fernando entró tras él. De un vistazo comprobó que el tal Antonio tampoco podría decirle nada de utilidad. El muchacho yacía en el suelo, desplomado. Juan quiso ayudarlo, pero Narváez lo detuvo al ordenarle:

—Será mejor que no lo toque. Por la rigidez de su cuerpo le aseguro que está muerto e imagino que por beber agua envenenada con el cólera. Diga a todo el mundo que el agua está contaminada.

Nadie debe beber del pozo.

Fernando se dio la vuelta y se marchó sin pronunciar otra palabra. Díaz lo vio alejarse hasta que se convirtió en una figura difuminada con las sombras. Tapó al chico con una manta y regresó a su casa. Nunca había sido un hombre creyente, pero esa noche rezó hora tras hora. Cerca del alba, de nuevo unos golpes en la puerta le hicieron abrirla.

—Soy el doctor Martín, me envía el señor Narváez.

63

la sangre de los inocentes

Shimoda (Japón), 2 de abril de 1854
(Cuarto mes del año séptimo de la era Kaei)

La primera imagen de Shimoda no impresionó demasiado a Diego. El antiguo capitán de marina, ahora convertido en instructor naval, se había visto en la obligación de aceptar el trabajo, y de nuevo sus galones de capitán, ante la posibilidad de morir en prisión. Aún podía recordar la última discusión que mantuvo con Fernando antes de embarcar a la fuerza en aquel navío que lo llevaba a la Tierra de los Dioses, como la denominaba el mismo pueblo japonés. Durante el viaje había leído acerca de esas islas todo lo que Luisa le había conseguido, tanto en inglés y francés como en español. Poco se sabía, salvo que era un pueblo belicoso y receloso con su cultura. Según se decía, eran muchos los peligros que sufriría al pisar tierras de Japón, pero a él le daba igual qué le sucediese, siempre que pudiese alejarse de cuanto conocía.

Diego se apoyó en la barandilla del barco y miró el paisaje que se extendía ante sus ojos. Un relieve escarpado rodeaba una pequeña bahía donde varios barcos fondeaban alrededor de uno más grande con bandera estadounidense. A través del catalejo observó multitud de casas con techo de paja, aunque había algunas con tejas. Por el número de construcciones imaginó que el puerto de Shimoda estaba más habitado de lo que un principio había supuesto. También divisó algunas playas de arena pálidas y cuyas aguas azules y cristalinas le otorgaban la categoría de un verdadero paraíso.

—Señor Quesada, prepárese para desembarcar —dijo la voz de un marino a su espalda.

—Gracias.

Diego se había puesto un traje que Luisa había encargado al mejor sastre de Madrid. Insistió en la necesidad de que el tal daimio comprendiera al verlo que se trataba de un caballero de igual dignidad y presencia que el japonés. Fernando y Diego la dejaron hacer, ambos sabían que era inútil oponerse a ella. Así que ahora vestía una levita de algodón inglés en azul oscuro con botones dorados, portaba un alfiler de corbata con un rubí, leontina[142] y un sombrero de copa. Se había negado a ponerse guantes, pero accedió al

uso del bastón, más como elemento defensivo que como ornamental. Además, Fernando le regaló un juego de pistolas que guardaba junto a su pecho y le devolvió el anillo de su padre. Su amigo jamás lo envió a Baeza. No se sentía digno de portarlo, por eso colgaba de una cadena de su cuello, oculto entre sus ropas.

Subió a la barca que lo condujo a Shimoda bajo un calor de justicia. Le sorprendió al llegar al puerto cómo los hombres trabajaban semidesnudos, tan solo con un taparrabos y una cinta que anudaban a su cabeza.

—Señor, no nos está permitido desembarcar —le aseguró el marino encargado de la barca que lo llevaba a puerto.

No era del todo cierto, pero el capitán del navío prefería no tentar a la suerte. Las noticias sobre cómo trataban los japoneses a los extranjeros habían creado miedo entre la tripulación y no perdería a ninguno de ellos.

—Marinero de primera, dé las gracias al capitán.

El muchacho asintió y aguardó a que Diego descendiera de la barca, al hacerlo se mojó los pantalones hasta las rodillas, provocando más de una risa entre los pescadores que miraron al extranjero caminar hasta la orilla. Él esbozó una leve sonrisa al pensar que a Luisa le daría un vahído si viera cómo el ilustre personaje en que había pretendido convertirlo se presentaba ante el daimio mojado y con los zapatos encharcados. Se quitó el sombrero y se dirigió hacia el muelle, allí el ajetreo de trabajadores era aún mayor. Los ciudadanos de Shimoda se apartaban de él para abrirle paso y lo contemplaban con extrañeza, hasta que la algarabía de unas voces, el ruido de unos cascos de caballo y el hecho de que la masa de trabajadores se arrodillase ante los hombres que venían, desconcertaron a Diego. Se mantuvo inmóvil, sin saber muy bien cómo proceder.

La comitiva se acercó hasta a él. Al frente de la misma iba un japonés de rostro severo y de mediana edad, que portaba dos espadas en la cintura. Diego había leído que se llamaban «katanas». Desmontó del caballo y se aproximó a él, hizo una ligera inclinación y Diego contestó de igual manera. Tras él había un grupo de diez guerreros, armados también con katanas, que permanecían erguidos en firme pose militar. Por la musculatura de sus brazos, se habían entrenado en el arte de la espada. Cerraba la comitiva un palanquín cargado por cuatro hombres cubiertos solo con un taparrabos y que corrían elevando los talones hasta los muslos. Diego reconoció en ellos cierta similitud con el trote de un caballo jerezano, pero al contrario de los equinos, los porteadores se golpeaban el trasero con los talones. Cuando detuvieron el palanquín, se sentaron exhaustos y sin guardar las formas ante los demás. Supuso que tenían permiso para actuar de aquella manera ante quienes evidentemente eran sus superiores. Del

palanquín salió un occidental que le tendió la mano.

—Capitán Quesada, soy el profesor Villalba —se presentó el hombre con un fuerte apretón de manos.

—Profesor, no sabe cuánto me alegra escuchar mi idioma.

—Entiendo bien sus palabras —dijo Villalba sonriendo. Después añadió—: Me gustaría mostrarle la belleza de este lugar, pero no disponemos de tiempo. El daimio Kawaokura ha solicitado su presencia de inmediato.

—Comprendo —aceptó Diego.

—Si prefiere caminar, no habrá problema —dijo el profesor al ver cómo miraba el palanquín.

—Si no le importa...

—Es cierto, sería demasiado incómodo para usted.

Diego esbozó una sonrisa de asentimiento. En el trayecto de regreso a Nagoya, Villalba lo puso al día. Le contó la situación política, militar y económica que sufrían las tierras del daimio. También le comentó que su alumna, la esposa del daimio, era una muchacha encantadora y culta, y lamentaba de veras que su esposo fuese un hombre de mente tan estrecha y sumamente violento. En el camino hasta el castillo de Nagoya, Diego comprobó que Villalba era un hombre de carácter alegre y hablador.

Durante el viaje se detuvieron en una posada. El lugar en el que pasarían la noche era sencillo, pero para la sorpresa de Diego mucho más limpio que algunas posadas españolas.

—Debe habituarse a esta manera de sentarse —le dijo Villalba.

Diego intentaba cruzar las piernas lo mejor que podía sin tirar la mesa baja en la que le habían servido un cuenco de sopa.

—No le prometo nada, profesor Villalba —afirmó—. No creo que estos muebles estén hechos para gente de mi medida.

Diego se frotó la frente con una mano y notó el chichón. Al entrar en la posada, se había golpeado la cabeza con una de las vigas que sujetaban el techo.

—Seguro que logra acostumbrarse.

En ese instante aparecieron Iko y su padre. El muchacho miró hacia donde ellos se encontraban e inclinó la cabeza a modo de saludo.

—¿Quiénes son? —preguntó Diego.

—Ambos son samuráis al servicio de la casa Kawaokura —dijo y preguntó—: ¿Sabe usted qué es un samurái?

—Sí, algo he leído al respecto.

—Bien, entonces no tengo que explicarle lo peligrosos que son —afirmó Villalba y continuó con la conversación—: El joven es Iko, es el hijo del jefe de los samuráis de la casa Kawaokura.

—Supongo que el jefe es el hombre con el que ha entrado.

—Sí, y le aconsejo que no se cruce en su camino. Odia a todos los extranjeros, aunque le aseguro que no es el único.

—Gracias por el consejo, lo tendré muy en cuenta —respondió Diego.

UNA SEMANA MÁS tarde, la comitiva llegaba al castillo de Nagoya. Diego jamás habría imaginado la belleza de una construcción como aquella. Parecía más propia de un cuento de hadas infantil, sin embargo, los hombres armados a lo largo de las murallas que protegían el castillo le demostraron que solo se trataba de un falso espejismo. Varios sirvientes lo condujeron hasta el baño, lo ayudaron a asearse y se llevaron su traje para limpiarlo. Entre su equipaje, Luisa había añadido una levita más discreta, un par de camisas y chalecos y dos mudas de pantalones. Con eso serviría por el momento, pensó Diego.

Por un instante examinó su cuarto. La austeridad se contrarrestaba con la delicadeza del lugar, la ausencia de mobiliario proporcionaba en cambio serenidad. Se preguntó dónde dormiría, pero al menos el suelo estaba cubierto con buenas esterillas que olían a hierba fresca. Abrió la puerta corredera y se encontró inmerso en un jardín de escasa vegetación, cuyos elementos se presentaban ordenadamente dispuestos. Cuando observaba su entorno, la puerta de su habitación se abrió a su espalda. Un grupo de sirvientas colocaron sus ropas recién lavadas en el suelo.

—Gracias, *arigatō*[143].

Las muchachas asintieron conteniendo la risa, pero se retiraron de la habitación inclinando el cuerpo una y otra vez, mientras Diego hacía lo mismo. Cuando se marcharon, Villalba entró en su lugar.

—Debe acostumbrase —le dijo con una sonrisa—. Para ellos somos como unas aves exóticas. —Luego recordó el motivo de su visita y dijo —: Celebrarán una cena en su honor. El señor Kawaokura y otros daimios asistirán a la misma.

—¿Alguna recomendación? —preguntó Diego.

—Solo dígales lo que quieren oír.

—¿Y si no puedo hacerlo?

—Le pido por su bien y por el mío que lo haga. Aquí es muy fácil perder la cabeza y lo digo literalmente —afirmó, llevándose la mano al cuello haciendo el gesto de cortarlo.

—Intentaré mantener la mía en su sitio —le prometió Diego.

A LA HORA prevista, Diego fue conducido a la sala donde se

celebraría la cena. Villalba lo acompañaba, pero ambos se detuvieron al encontrar al samurái jefe custodiando la puerta. Al verlos, gritó unas palabras y al recibir la respuesta del interior, se retiró y los dejó pasar.

Diego reconoció al daimio sin necesidad de presentaciones. Presidía la cena sobre una tarima superior, y al entrar el joven señor lo miró con desprecio. A su alrededor, en un nivel más bajo, un grupo de hombres permanecían sentados delante de una mesa baja en la que ya habían servido unos cuencos pequeños. El español se inclinó respetuosamente y aguardó que le dirigieran la palabra. Esperaba que alguien hiciese de traductor. Villalba le había asegurado que el padre de la esposa del daimio hablaba español.

Un criado le brindó a Villalba un taburete que colocó al fondo de la sala. Diego observó la mirada burlona del daimio cuando otra sirvienta le ofreció sentarse junto al profesor en otro taburete. El español negó el ofrecimiento y Kawaokura le señaló una mesa vacía. Diego no estaba seguro de cuánto duraría en aquella posición, posiblemente se le dormirían las piernas, aun así no demostraría debilidad.

En medio del silencio, la puerta se abrió y una muchacha con un kimono de color aguamarina y una flor en la cabeza entró y se arrodilló tras la espalda del daimio. Le susurró al oído unas palabras que parecieron disgustar al señor de esas tierras, de todos modos, asintió a aquello que le dijera. Diego la contempló con admiración, sobre todo, al escucharla hablar en su idioma:

—Capitán Quesada, soy la esposa del daimio. Mi padre no podrá hacer de intérprete esta noche. Le ruego no se ofenda si una mujer ocupa su lugar.

—Claro que no, señora Kawaokura.

Ella agachó la cabeza una vez y guardó silencio. Entonces su esposo pronunció un par de palabras que ella tradujo de inmediato.

—El daimio Kawaokura le agradece que esté aquí. También le pide que empiece la instrucción mañana.

—Agradezca a su esposo la confianza que ha depositado en mí. Pero aún no sé dónde realizaré el entrenamiento ni a cuántos hombres debo entrenar.

Tras la traducción de la esposa del daimio, Kawaokura asintió.

Todos en aquella sala empezaron a comentar, sin importarles que Diego estuviese presente, que el *O-yatoi Gaikokujin*[144] era muy diferente a su compatriota el profesor Villalba. Corpulento y de estatura tan alta como los holandeses, aunque al contrario de ellos su mirada penetrante no mostraba desafío ni orgullo; incluso su comportamiento sosegado era impropio de un *gaijin*.

Durante parte de la cena la señora Kawaokura tradujo las palabras

de Diego sobre cómo entrenaría a los hombres. Su adiestramiento convenció al daimio y al resto de sus vasallos. La impaciencia por formar un grupo de expertos marinos en el arte de la guerra llenaba de emoción y buen humor al daimio, que se emborrachó de manera bochornosa. Diego también tomó bastante *sake*, pero comparado con el matarratas que bebía en el fortín de Balanguingui solo le causó una ligera nostalgia que agrió su humor.

Muchos de los vasallos de Kawaokura se retiraron a dormir. El daimio concedió su permiso a cada uno de ellos, sin embargo, no se lo dio a él ni a su esposa. Diego apenas notaba las piernas y se las golpeó con los puños. Su atención se dirigió al profesor Villalba, en un rincón el hombre dormitaba apoyado sobre sus rodillas.

—Será mejor que lleve al profesor a su cuarto —dijo Diego a la señora Kawaokura, que aún permanecía tras el daimio.

A lo largo de la noche solo había escuchado su voz, ya que el cuerpo de su marido la ocultaba de la vista de los invitados.

El daimio pronunció unas palabras despectivas y después cayó al suelo sin sentido.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Diego.

—Preferiría no traducirlo —afirmó la mujer, saliendo de las sombras.

En ese momento, Diego cruzó la mirada con ella y la sorpresa se reflejó en la suya al ver el color de sus ojos. Él, un marino que había atravesado mares de aguas verdes repletas de profundos secretos, pensó que ella se había apoderado de la belleza del océano.

—¿Es acaso una sirena? —preguntó sin poder evitarlo.

La señora Kawaokura se tapó la boca con la mano para esconder su risa.

—Me han dicho muchas cosas, pero nunca si era una sirena.

—Señora, soy marino y le juro que sus ojos son tan hipnóticos como las aguas más hermosas del Caribe. —La vergüenza provocó en la mujer que agachase la cabeza. Diego se apresuró a decir—: Espero no haberla ofendido.

—No, capitán —afirmó ella y dijo—: Conozco por las lecturas de sus libros que no son palabras indecorosas, sino halagadoras palabras. —Su rostro se ensombreció de repente y poniéndose en pie ordenó—: Debemos retirarnos.

—Creo que eso no será posible en un rato —aseguró él.

Diego no podía levantarse, necesitaría un par de minutos para restaurar la circulación de la sangre.

—¿Se encuentra mal? —preguntó ella, acercándose.

Por primera vez desde que había entrado en aquella sala vio su rostro con claridad. La luz de las lámparas que iluminaban la habitación le mostró a una mujer de extraña y peligrosa belleza para

un extranjero en tierras salvajes.

Diego no contestó de inmediato, atraído por el óvalo perfecto de su cara, pero, sobre todo, por el cambio de color en sus ojos.

—Mis piernas —consiguió decir.

—No tendría que haberse sentado de esta manera —le regañó, arrodillándose a su lado—. ¿Puede estirarlas? —le preguntó cómo haría con un niño.

El marino lo intentó, aunque tardaría más de lo esperado.

—Déjeme —dijo la señora Kawaokura, y sus pequeñas manos masajearon una de sus piernas—. ¿Mejor? —preguntó cuando terminó.

De pronto la puerta se abrió, el padre de Iko al ver qué sucedía en el interior mal disimuló un gesto iracundo que no pasó inadvertido para ninguno de los dos.

—Dama Kawaokura, ¿qué hace? —le preguntó el samurái.

—Ayudar al instructor —respondió ella en japonés con la voz fría.

—No creo que vuestra ayuda sea del agrado de mi señor.

—Entonces será mejor que se guarde su opinión —contestó ella en japonés con un tono bronco que incluso Diego comprendió. Luego se retiró de su lado y le ordenó—: Envíe al masajista.

Después se giró hacia él y en castellano dijo:

—Es hora de retirarme, le deseo que pase una buena noche.

Diego asintió a sus palabras sin pronunciar ninguna más.

DURANTE VARIOS DÍAS, Diego no volvió a ver a la señora Kawaokura, en cambio, el daimio se presentaba en los entrenamientos lleno de curiosidad y vigilante. Le habían asignado a un grupo de treinta hombres, entre los que se encontraban algunos jóvenes hijos de los vasallos más cercanos del daimio. Muchos de los cadetes tenían una excelente preparación física, sin embargo, la mayoría no habían realizado ningún trabajo, por pequeño que fuera. Todos conocían el arte de la espada y peleaban con habilidad, pero en un barco moderno, como pretendía armar el daimio, lo de menos era el uso de la espada.

Diego ordenó llenar treinta sacos de arena, entregó a cada uno de sus hombres uno y los obligó a correr con ellos. La mayoría llegó sin aliento, el resto se mantuvo en pie con la mirada desafiante, sin embargo, todos y cada uno de ellos había terminado el entrenamiento sin abandonarlo.

Una semana más tarde, Diego fue invitado de nuevo ante la presencia del daimio y de varios de sus vasallos. Entró en la sala, junto con el profesor Villalba, y ambos se inclinaron de manera respetuosa.

Él se sentó de rodillas y a Villalba le colocaron un pequeño taburete a su lado. Diego había practicado y ya no se le dormían las piernas. No era la postura en la que más cómodo se encontraba, pero prefería no mostrar su debilidad ante el daimio.

Kawaokura pronunció un par de palabras que su esposa tradujo:

—Mi esposo pregunta cuando embarcará la tropa en el navío que ha comprado.

—El día en que esté lista —contestó.

El daimio volvió a hablar y la señora Kawaokura dijo:

—Debe ser pronto. El comodoro Perry ha abierto la posibilidad de que otras potencias extranjeras intenten conseguir acuerdos más beneficiosos para ellos y más dolorosos para Japón.

—¿Son sus palabras o las del daimio? —preguntó Diego.

—Son las mías, capitán Quesada.

El daimio pronunció otras que cesaron la conversación entre los dos, y las acompañó de una mirada lacerante a su esposa.

—Dígale que si quiere soldados que ganen una batalla, necesito tiempo para enseñarles. Solo me ha proporcionado a un grupo de niños que se creen soldados.

La señora Kawaokura disintió con la cabeza, pero Diego asintió alentándola con una sonrisa a que le contase a su marido sus palabras. Ella las tradujo, y el daimio miró con un infinito desprecio al instructor.

Durante un buen rato Kawaokura permaneció en silencio, entretanto un sirviente se arrodillaba a su lado y con mucho cuidado servía *sake* a su señor. Mientras eso sucedía, Diego observaba al daimio fijamente, consciente de que evaluaba su carácter. Pero no enviaría sin estar preparados a unos muchachos inmaduros e incapaces de pelear con un ejército naval de la categoría del estadounidense.

—Dile a este *gaijin* que si vuelve a insultar a mis hombres, recibirá un duro castigo.

—El instructor no pretende ofenderte, solo quiere que no mueran inútilmente —dijo Miyako, lo que supuso una nueva mirada desaprobatoria de su esposo.

—Dígale a su marido que requiero de cañones para entrenar a su tropa —intervino Diego, interrumpiendo a los dos.

La señora Kawaokura tradujo sus palabras y eso pareció tranquilizar a su esposo lo suficiente. Entonces un sirviente volcó una de las tazas y el *sake* se derramó con un brillo sedoso manchando la manga del *haori* de su señor. De inmediato el criado se postró en el suelo y Diego comprendió que suplicaba perdón. No entendía que un incidente tan insignificante supusiera una humillación tan innecesaria, y menos aún, que Kawaokura desenvainara la katana y decapitase al

sirviente sin mediar una palabra de protesta. La cabeza cortada rodó dos o tres vueltas sin detenerse hasta que llegó a él. La sangre había mancillado los inmaculados tatamis dejando un camino de color rojo oscuro a su paso. Diego observó el miembro cercenado del que hasta ese momento había sido el sirviente del daimio. En aquella cabeza de tez blanquecina, destacaban los ojos abiertos repletos de temor y sorpresa de un hombre que no merecía morir. Durante un instante, Diego la contempló hasta que alzó la mirada y la cruzó con el daimio. Kawaokura sacudió la sangre de la katana con un movimiento rápido en el aire y después, apoyándola en su antebrazo, la guardó en la vaina, mientras esbozaba una sonrisa de triunfo.

—No lo haga —le pidió Villalba al advertir cómo Diego apretaba los puños—. Si se enfrenta a él, será para morir. Es miedo lo que pretende causarnos. Nada da más miedo que mostrar que eres capaz de asesinar a sangre fría a tus propios súbditos. Porque la siguiente pregunta es qué no le harías a los demás.

Diego respiró hondo tras escuchar las palabras de Villalba e intentó serenarse. Miró a cada uno de los asistentes, fascinado y estremecido por unos hombres y una cultura por la que se sentía tan subyugado como abrumado por su violencia.

—Sorprendente —dijo Hiroyoki. Y añadió—: Pensé que vería en los ojos del *gaijin* el temor a morir, sin embargo, solo he visto temor a matar.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Diego a Villalba.

El profesor le tradujo sus palabras que evidenciaron en Diego no solo sorpresa, sino también desconcierto. Cuando se recuperó un poco de la impresión y advirtió que todos lo miraban, inclinó la cabeza con respeto y se marchó de la habitación. No había obtenido el permiso del daimio, pero el señor de esas tierras hizo un gesto con la mano a los hombres que vigilaban las puertas para que le permitiesen pasar. Enseguida varios sirvientes se apresuraron a limpiar la sangre de los tatamis y a recoger el cuerpo y la cabeza del muerto.

64

la sirena

Nagoya (Japón), 30 de abril de 1854
(Cuarto mes del año séptimo de la era Kaei)

Hiroyoki observó al *gaijin* mientras se preguntaba si era un cobarde. Había vigilado el entrenamiento de sus samuráis personalmente. Era un instructor paciente pero firme, concienzudo y cerril. En verdad no sabía muy bien qué pensar de un hombre como él.

—Esposo —oyó decir a Miyako—, me gustaría retirarme.

—Claro —respondió él, indiferente a su presencia.

Miyako se puso en pie y al hacerlo notó un dolor en las costillas que le provocó un inevitable gemido. Al mismo tiempo, Hiroyoki recordó lo sucedido la noche anterior, donde la oscuridad solo se vio iluminada por el aleteo de las luciérnagas, mientras que Miyako acompañaba a su padre en su alcoba. Desde que la había hecho volver del templo para servir de traductora podía atenderlo. A pesar de su dedicación y desvelos el médico les había dicho que debían prepararse para lo peor.

Esa noche había bebido *sake* y la esperaba en su cuarto con el gesto furibundo.

—Esposo —dijo ella cuando entró en sus aposentos.

Miyako se arrodilló con las manos en el regazo y aguardó a que le dijera qué quería de ella.

—¿Tu padre aún vive? —preguntó. Su falta de tacto no alteró el ánimo de Miyako, quien asintió con la cabeza—. Pronto volveré a Edo y tú regresarás al monasterio.

—Te lo ruego, déjame aquí, al cuidado de mi padre. No supondré una molestia para ti.

—¿Eso es lo que querrías…?

—Sí… —respondió ella.

Desde que mató al criado no había tenido la oportunidad de estar a solas con ella. Estaba convencido de que creía firmemente que la locura se había apoderado de su marido; también las ganas de hacer la guerra a las potencias extranjeras.

—Lo pensaré —afirmó.

Al ver su cuenco vacío, Miyako quiso llenárselo con tan mala

fortuna que derramó unas gotas del sagrado licor en sus ropas. La joven fijó la vista en él, mientras Hiroyoki la observaba con regocijo. Extrajo su cuchillo pequeño de la cintura y lo colocó en su cuello.

—¿También me matarás a mí? —preguntó ella.

—Podría… —dijo él, acariciando su piel.

—Hazlo —lo retó ella y acabó gritando—: ¡Termina de una vez con esta farsa!

Hiroyoki lanzó una risotada al ver cómo surgía de nuevo la verdadera naturaleza de Miyako. La había hostigado y vapuleado en multitud de ocasiones, esperando que estallase de un momento a otro, pero hasta ese día su autocontrol siempre había vencido a la tentación de responderle.

—Haré algo mejor —dijo y rajó su kimono—. Aún tenemos un asunto pendiente, querida esposa.

Ambos recordaron su noche de bodas y lo que sucedió ese día, pero Miyako se quedó plenamente desnuda ante él, como haría una prostituta del peor burdel del barrio del placer, aguardando sus órdenes.

Esta vez Hiroyoki no dijo nada, la echó al suelo con violencia y se abalanzó sobre ella. Se abrió con manos apresuradas su kimono y después se arrodilló entre sus piernas. Le subió las caderas, apretando su carne sin ninguna delicadeza y la penetró profundamente de una sola vez. Se detuvo cuando ya no pudo hundirse más. Miyako soportaba el dolor, la humillación y el desprecio que sentía por un hombre como su esposo, él podía verlo en su mirada. De pronto, clavó los ojos en él, tan vidriosos y negros que Hiroyoki alzó la mano y la golpeó con saña a la vez que descargaba su semilla en su interior.

El grito de los hombres entrenándose a su espalda lo devolvió a la realidad y observó a su mujer con ojos penetrantes mientras se dirigía a pasos rápidos al santuario.

EN LA DISTANCIA no se discernían con nitidez los rostros del daimio y de su esposa, aunque Diego miraba a la señora Kawaokura de soslayo intentando que nadie se diera cuenta. Su belleza le impresionó la noche en que la conoció, pero después de aquella cena no había tenido la oportunidad de verla a solas. Se concentró en sus hombres, en el adiestramiento y en pensar cómo evitar los problemas, sobre todo, si provenían de una mujer como la esposa del daimio. En ese instante, Villalba se aproximó a su lado y le entregó una nota de parte de la señora Kawaokura. El profesor hacía de intérprete con sus soldados y transmitía sus órdenes con claridad.

—Tenga cuidado —le advirtió el profesor—. Aquí todo se sabe y

siempre llega a oídos del daimio.

Diego esbozó una sonrisa, miró a la cima del montículo donde se encontraba la pareja y realizó una leve inclinación.

Al verla alejarse, Diego dio unas últimas instrucciones a sus hombres, que tradujo el profesor.

—Villalba, ¿sabe dónde está este templo? —le preguntó Diego, mostrándole la nota de su alumna.

Después de leerla, el profesor miró con preocupación a su joven compatriota.

—No debería ir, pero no escuchará mi consejo, ¿verdad?

Diego asintió sin pronunciar una palabra, así que Villalba le indicó que se trataba de un pequeño y sencillo templo, situado a las afueras de Nagoya.

—Aún puede evitar complicar las cosas —le advirtió antes de verlo marcharse.

—Gracias por su advertencia —respondió Diego, pero se encaminó a paso decidido hacia el templo sin dudarlo una sola vez.

Cuando llegó ante sus puertas se halló ante un edificio sin ornamentación ni ningún símbolo visible, tan solo había recortes de papel colgados sobre un bastón. En el centro de la sala, la señora Kawaokura permanecía de pie, con la cabeza gacha y las manos unidas a modo de plegaria. Se postraba a la vez que susurraba palabras que Diego supuso que eran alguna oración. Se mantuvo apartado, observándola hasta que ella terminó y le dijo:

—¿Conoce el significado de los *gohei*[145]?

—¿Los recortes de papel?

Por su gesto, Miyako entendió que ignoraba la razón por la que los mantenían colgados.

—Simbolizan las ofrendas de los creyentes.

—¿Cómo se llaman sus oraciones?

—*Norito*. —Ella se volvió a inclinar ante la nada y dijo—: Salgamos.

En el momento en que abandonaron el templo una fina lluvia, casi impalpable a través del sol, mojaba a cualquiera que estuviese bajo ella. La mujer abrió el paraguas, mientras Diego seguía a su lado.

—Se empapará…

—Un poco de agua no atemorizará a un marino, señora.

—Es cierto, olvido a veces que usted ha viajado por todos los océanos. ¿Cómo son?

Despacio, emprendieron el camino de vuelta a Nagoya.

—El océano es salvaje como la hiedra y cruel como un cuchillo bien afilado. Al mismo tiempo, tranquilo como una tumba y cautivador como una mujer hermosa. Capaz de dar vida como una madre y de arrebatarla como el peor de tus enemigos. Cálido como el

abrazo de una amante y gélido como la muerte. Todo eso es el océano y mucho más.

—Siento que lo echa de menos —dijo ella, fijando sus ojos en él.

—Así es, pero su mirada me lo recuerda constantemente.

Diego no era un hombre dado a los halagos, además sabía que cruzaba un mar demasiado peligroso, pero a pesar de todo, prefería naufragar sin remedio en sus aguas que no atravesarlas.

La señora Kawaokura retiró la mirada y continuó caminando.

—Algún día me gustaría visitar ese océano que ha descrito.

—A mí me encantaría enseñárselo.

Ella asintió en silencio, y durante un rato ninguno pronunció una palabra. Tan solo se escuchaba el sonido de la lluvia humedecer la tierra. Tras un instante, la señora Kawaokura dijo:

—Se preguntará por qué lo he citado aquí. Lejos del castillo.

—Estoy convencido de que pronto me lo dirá.

—Lamento de veras que presenciara el comportamiento de mi esposo. No espero que comprenda su manera de actuar. Entiendo incluso que la condene, pero en Japón la vida de un sirviente pertenece a su señor y él puede hacer según su criterio.

—No recibirá ningún castigo por ello.

—¿Castigo? ¿Un daimio? Eso nunca sucederá.

—Supongo que tampoco lo hará por cómo la trata.

La señora Kawaokura lo miró sorprendida.

—¿No entiendo?

De pronto, la mano de Diego agarró su muñeca y la elevó lo suficiente para dejar a la vista las muestras del maltrato de su esposo.

—No es la primera vez que veo unas marcas como estas en una mujer. Supongo que el resto lo oculta su ropa.

—Su comentario es del todo inapropiado —afirmó ella, soltándose de su agarre con brusquedad—. Los extranjeros no saben comportarse con la debida prudencia y, menos aún, sin humillar a aquellos con los que hablan. Comprenda que mi esposo es mi dueño y señor.

Diego apenas podía creer lo que escuchaba y la rabia y la impotencia se reflejaron en su mirada.

—¿Dueño para golpearla?

—Capitán Quesada, será mejor que entienda que en Japón cumplimos nuestra obligación con respecto a nuestra familia.

—¿Aunque eso signifique ser maltratada?

La señora Kawaokura asintió con una inclinación de cabeza y se marchó aprisa por el sendero que conducía a la ciudad. Él no la siguió.

AJENOS A QUE eran vigilados, Ibuki había observado al extranjero

y a Miyako. No le agradó ver cómo la tomaba de la muñeca, pero menos aún, ver las manchas violáceas en su piel. Tras asegurarse de que el *gaijin* no la seguía, deprisa tomó un camino diferente y le cortó el paso. Miyako se sobresaltó, y enseguida recuperó la compostura cuando vio de quién se trataba.

—¿Aún sigues espiando a escondidas?

—Tengo órdenes de tu esposo de no quitarte la vista de encima.

Miyako asintió y emprendió la marcha, pero Ibuki de nuevo se interpuso en su camino. Ella alzó la vista y aguardó a que le dijera qué sucedía.

—¿Tienes órdenes de llevarme al monasterio?

—Kawaokura no es estúpido, mientras le seas de utilidad te mantendrá a su lado —dijo y añadió—: Solo necesito que me lo pidas.

—¿Qué debo pedirte?

Ibuki golpeó suavemente sus costillas con el abanico que guardaba en la cintura, ella emitió un quejido y sus ojos se tornaron de un color oscuro.

—Pídemelo —insistió, consciente de que Miyako no incumpliría su deber familiar oponiéndose a su marido, pero él lo mataría con gusto.

—No tengo nada que pedirte —respondió ella con el rostro pálido. —Ya no soy la niña que defendiste en un callejón de Nagoya. Será mejor que cumplas las órdenes de mi esposo. —Sus ojos volvieron a su color original y con la voz cargada de ternura dijo—: Ibuki, no quiero que mueras.

Escuchar su nombre de su boca lo devolvió a la realidad: él era simplemente un vasallo menor, siempre sería un *rōnin*, y ella la dama Kawaokura.

DURANTE DOS meses Diego y la dama Kawaokura se reunieron en la sala ante la presencia del profesor Villalba y la señora Himura. El español practicó con dedicación el idioma japonés. En cambio, la esposa del daimio le preguntaba por aquellos lugares que había visitado.

—Es un excelente narrador, capaz de transportar a sus oyentes a tierras lejanas —le confesó un día el profesor.

Mientras tanto, la señora Himura miraba con gesto disgustado a la pareja y movía la cabeza con negación, pero se mantenía en silencio.

Los días de entrenamiento se sucedían agotadores tanto para Diego como para los hombres que enseñaba, pero había descubierto que, sin excepción, se trataban de soldados entregados, disciplinados y cumplidores con las normas. Formaría una tropa de la que sentirse orgulloso; aunque esperaba que ninguno de ellos tuviese que entrar en

batalla. Solo eran unos muchachos que creían en el honor y en que los dioses los ayudarían a vencer a soldados de la valía de los estadounidenses.

Uno de los días en que practicaban japonés, después de que Diego contase a su entregado público cómo eran las tierras de Filipinas, guardó silencio como si se perdiese en los recuerdos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la señora Kawaokura.

Ese día adornaba el cabello con una flor blanca, vestía un kimono de tonalidades oliváceas y un *obi* de color púrpura. Su aspecto sereno lo tranquilizó.

—Pensaba en el pasado —confesó, recordando a Baler.

—En Japón el pasado no existe, el futuro tampoco, solo el presente.

Su mirada aguamarina hipnotizó a Diego, mientras pensaba en sus palabras.

—Es una buena filosofía, pero, ¿qué ocurre con todos aquellos que conocimos en el pasado? ¿Debemos olvidarnos de ellos?

Ella esbozó una sonrisa que aumentó su exotismo a ojos de Diego.

—Los llevamos en el *kokoro*[146] —dijo, golpeándose el pecho justo en el corazón.

—¿Y los que podríamos conocer?

—Serán presente cuando lleguemos a ese momento.

—En esencia no tenemos que preocuparnos —sonrió él, sin dejar de mirarla.

Diego apoyó las palmas de las manos en el suelo a ambos lados de sus costados, dejó caer su peso en ellas a la vez que la observaba, intentando reprimir su admiración. La dama Kawaokura se tapaba la boca con una mano para no mostrarle su risa.

En un instante en que ambos se miraron, Diego dijo:

—Mi pasado era usted y no lo sabía. Será mi presente y, por supuesto, mi futuro.

Villalba carraspeó para interrumpir aquella conversación. Diego había ido demasiado lejos.

—Capitán Quesada, ahora comprendo por qué los autores occidentales escriben de una manera tan galante.

Diego se incorporó y tomó una de sus manos. La señora Himura se puso en pie y se aproximó a su señora, pero se contuvo cuando ella la detuvo con la mirada.

—Espero que esto le recuerde nuestras reuniones —dijo él, poniéndole en la mano un botón de ancla.

Ella asintió en silencio. Después se puso en pie, inclinó la cabeza una vez más y abandonó la sala.

Cuando estuvieron solos en el cuarto, Villalba se acercó a él muy enfadado.

—¡Está loco! ¿Acaso quiere que lo maten y de paso a ella?

—No entiendo qué…

—¡Escúcheme con atención! Usted seguramente sería devuelto a España, quizás le cortasen un brazo o le dieran una paliza alegando que tuvo un encuentro con unos salteadores. Necesitan que los instructores vengan, nadie lo haría si se supiese que los matan, pero ¿se imagina qué le sucedería a ella? —Villalba tomó aire antes de continuar—: La repudiarían en el mejor de los casos; en el peor: la venderían al barrio del placer o aparecería flotando en el río. ¿Es eso lo que quiere?

Diego miró la puerta por donde había salido la señora Kawaokura y negó con la cabeza las palabras del profesor.

—Ya le dije que aquí todo se sabe, tenga cuidado y no le complique la vida a la dama Kawaokura.

Diego asintió y se prometió desterrar de su corazón cualquier emoción que sintiera por ella.

—No se preocupe, profesor —sonrió con tristeza y dijo—: Hasta ahora pensé que mi condena era estar encerrado, pero por fin he descubierto el verdadero castigo que me deparaba Dios.

—No comprendo qué quiere decir, pero me basta con oír su promesa.

ESA MISMA NOCHE, Hiroyoki aguardaba a su esposa en su habitación. Le había pedido que trajera su *shamisen*[147]. El cuarto iluminado con varios faroles presentaba un aspecto teatral. Hiroyoki apoyaba los codos en un reposabrazos, sentándose en un cojín de seda rojo.

Un criado abrió la puerta y se postró ante su señor.

—La señora dice que no puede acudir a la cena.

Hiroyoki se incorporó y lanzó el cuenco de *sake* al criado, que se encogió, temeroso de perder la cabeza como el anterior.

—¿Por qué?

—Está cuidando a su anciano padre.

Hiroyoki se puso en pie, se colocó el kimono en su sitio y se encaminó a los aposentos del viejo daimio. En el camino los sirvientes le abrían las puertas mientras se postraban a su paso. Cuando llegó a la del padre de Miyako, no dejó que el sirviente que permanecía en ella lo anunciara. De un puntapié lo apartó de su sitio y abrió la puerta con brusquedad. La señora Himura derramó el cuenco del agua a causa del sobresalto, y Miyako lo miró con ira que supo controlar bajo una inclinación respetuosa de la cabeza.

—Mi señor, agradezco la visita a mi padre —dijo.

Con esas palabras intentaba aplacar sus ganas de usar la *naginata* con él. La cicatriz de su rostro se mostraba más rojiza esa noche y resaltaba en su cara, como un recordatorio perpetuo de sus diferencias.

—Tu padre no se despertará, ven a hacerme compañía —le ordenó cómo si fuera una de las *oiran* del barrio del placer.

—No quiero separarme de su lado. Está muy enfermo… —suplicó Miyako, tomando la mano de su anciano padre.

Hiroyoki había bebido demasiado *sake* esa noche. Se sentía como un espectador de sí mismo. Débil ante la mirada de reprobación de ella. Esa mirada de bruja que parecía conocer la respuesta para todo. Eso le daba más miedo. Cuando ella dejó de mirarlo, pensó que algún día le demostraría que era mucho mejor que cualquier miembro del clan Kawaokura. El día que batallase contra los extranjeros y le enseñase al señor de Mito que era uno de los más poderosos daimios. Muy pronto su barco de guerra y sus tropas defenderían sus tierras, convirtiéndolo en un señor de la guerra del que todo el mundo hablaría. Entonces, y solo entonces, podría superar a la hija del daimio Kawaokura.

—El deber de una esposa es obedecer a su marido —afirmó, tomándola del brazo y arrastrándola hasta su habitación.

Miyako no se resistió. Tropezaba a cada paso debido a la rapidez de su caminata y a su estrecho kimono que le impedía andar a su misma velocidad. Cuando llegó a su cuarto, abrió la puerta y la lanzó al suelo. Miyako quedó tendida sobre el tatami.

Su esposo se sentó de golpe sobre el suelo y se sirvió más *sake*.

—Baila —dijo, alzando el brazo para indicarle que empezase.

Miyako se puso en pie y con las lágrimas brotándole de los ojos, preocupada por la salud de su padre, comenzó una danza.

—¡Perra estúpida! ¡Ni siquiera sabes bailar! —gritó—: Suka se mueve como el agua de un lago, en cambio tú eres como la roca que se hunde en sus profundidades.

—¿Quién es Suka? —preguntó ella, deteniéndose.

—¡Jamás digas su nombre! —le ordenó. Luego bebió más *sake*—. Es la concubina de mi señor Yoshinobu —le confesó.

—¡Amas a la concubina de tu señor!

Aquellas pocas palabras encendieron la mecha de la ira de Hiroyoki.

—¿Cómo te atreves…?

Después propinó una brutal paliza a su mujer. Eso no fue suficiente para desterrar la ira que lo quemaba por dentro, pero fue suficiente para aplacar el infinito desprecio que sentía por ella.

A la mañana siguiente, Hiroyoki despertó con dolor de cabeza a causa de la resaca. Miyako permanecía encogida en un rincón del

cuarto, con la mirada perdida y el rostro amoratado. La voz de la señora Himura pidiendo ser recibida a esas horas tan tempranas sobresaltó a su esposa.

—Puede pasar —ordenó Hiroyoki a la criada.

La anciana se arrodilló en el suelo, miró a su señora y dijo:

—Lo siento…, su padre…

Miyako se levantó, hacerlo le resultó mucho más doloroso, pero no dejó que la señora Himura la ayudase cuando intentó acercarse a ella. Abrió las puertas *shōji* que daban al jardín, miró al astro sol, palmeó dos veces y recitó una oración.

—Debemos enterrar a mi padre —dijo casi en un susurro.

Ella no lo había mirado ni una sola vez, pero Hiroyoki sentía su odio por haberle impedido permanecer junto a su padre en su lecho de muerte.

AL DÍA SIGUIENTE, la señora Kawaokura vestía un kimono blanco y seguía el ataúd que portaba una carreta de bueyes, mientras la custodiaban varios monjes sintoístas. Cubrían su cabeza con capirotes curvos, después una multitud de monjes escoltaban al séquito, empuñando banderas y ramas de árboles. La procesión tenía decenas de asistentes, y la joven llevaba un día sin probar bocado, apenas se había sentado y su palidez era evidente para todos; también los golpes de su esposo. Durante la noche había llovido y había andado descalza sin notar la humedad de la tierra en su piel. Al amanecer se había vestido con un *wataboshi*[148] que le tapaba la cara, y sujetaba una vela que serviría de ofrenda. El cortejo llegó al lugar en el que se produciría la cremación, donde se había instalado un templo en honor de la diosa *Kannon*.

Diego presenciaba la ceremonia a una corta distancia. Tanto Villalba como él eran extranjeros y por cortesía asistían a la cremación, pero sin tomar parte del todo en ella. Diego observaba a la señora Kawaokura con atención. Permanecía erguida, sin mostrar el dolor o el sufrimiento que con seguridad padecía por la muerte de su padre. En sus largas conversaciones había comprobado el amor que le profesaba, así que admiró la entereza con la que participaba en una ceremonia tan dolorosa. Varios bonzos, le explicó Villalba que eran monjes, se situaron en orden, mientras el ataúd del antiguo daimio se colocaba sobre una enorme pila.

—Debemos volver a la casa de difuntos —le dijo Villalba.

—Pero no podemos abandonarla —susurró Diego.

—No sería muy apropiado, ¿no cree?

Diego terminó por asentir y se puso en camino. Cuando llegaron a

la casa de difuntos encontraron que la mayoría del séquito también se había dirigido allí. Varios monjes vertían sal sobre las cabezas de cada uno y, cuando llegó el turno de los extranjeros, procedieron de igual modo con ellos.

—Nos purifican —explicó Villalba.

El profesor siguió con sus explicaciones sobre la religión y las costumbres después de un funeral, pero Diego no escuchaba sus palabras. Solo pensaba en que le habría gustado brindar su apoyo a la dama Kawaokua en un momento tan triste.

Durante semanas nadie vio a la esposa del daimio. Diego había preguntado por ella al profesor Villalba, quien evitaba responder sobre el estado de la joven. Esos días supusieron para Diego una preocupación que parecía mitigar aumentando el entrenamiento de sus hombres.

—Diego, creo que debería calmarse —le aconsejó un día Villalba al ver cómo había regañado a uno de los muchachos.

—Nadie me dirá cómo entrenar a mis hombres.

—No es mi intención tal cosa, pero debe entender que con sus palabras ha avergonzado tanto a ese joven delante de sus compañeros que quizás realice un acto desesperado. En Japón no existe el individuo, sino la colectividad. Todo se hace por un bien mayor, no por el propio. Y si ese muchacho cree que no reúne las capacidades suficientes para estar a la altura que exige su *sensei*, puede evitar la vergüenza de su fracaso a su familia cometiendo *seppuku*[149]. Si sigue presionando a esos muchachos de esta manera, alguno cometerá una estupidez.

Diego se limpió el sudor de las manos en un trapo y miró con frialdad al profesor. Después lo soltó, un sirviente le ofreció su chaqueta y se la puso con brusquedad.

—Le aseguro que la guerra no tendrá piedad con ninguno de ellos.

—Lo sé…, pero usted no comprende a los japoneses.

—Explíquese —dijo Diego, recogiendo sus armas.

El profesor le explicó de la forma más sencilla posible la compleja mentalidad japonesa y sus relaciones con la familia y el honor. Cuando acabó, Villalba le dijo:

—No debe pagar su frustración con esos jóvenes.

Diego siempre había sido considerado con quienes se hallaban bajo su mando, ahora que el profesor le había revelado las consecuencias de su comportamiento procuraría tranquilizarse, pero el destino lo repartía el rey del infierno.

MIYAKO SE ENCAMINÓ al único lugar en el que encontraba la paz

de espíritu: el jardín donde hacía más de doscientos años una condesa española había plantado un olivo. Contempló el impresionante ejemplar y sonrió al pensar en la historia de amor de una mujer como Inés de Carrión y su antepasado Kawaokura Ryô. Cuando estaba perdida en sus ensoñaciones escuchó un ruido a su espalda. No se sobresaltó, sabía bien que Ibuki no se delataría de aquella manera, tampoco lo haría la señora Himura ni el profesor Villalba. Por el sonido de las pisadas, firmes y decididas, solo podía tratarse del instructor.

—*O-yatoi Gaikokujin*[150].

—Señora Kawaokura —respondió él, acercándose a ella. Al ver el olivo dijo—: Nunca hubiera imaginado encontrarme uno en estas tierras. En Jaén, el lugar de mi nacimiento, estos ejemplares son, incluso, más grandes y robustos.

—¿Hay muchos? —preguntó ella, fijando la mirada en él.

Ese día vestía un kimono de tonalidades grisáceas, que otorgaban a su piel una palidez extrema. Además, ningún adorno decoraba su pelo.

—Enormes extensiones de campo sembradas por olivos.

—Debe de ser hermoso contemplarlos.

—Lo es —respondió él, sin poder evitar tomarla de los hombros y girarla para mirarla de frente.

Diego era consciente del error que cometían, del peligro en el que se ponían ambos, sin embargo, vio cómo ella aceptaba con gusto su consuelo. Le alzó el mentón con una de las manos y la obligó a mantener fija la mirada en la suya. En ese momento sus pupilas aguamarinas se clavaron en las de él.

—El mar me ha conquistado por completo. Ese marino de Cádiz tenía razón. A lo largo de mi vida he sentido lujuria; también amor fraternal, incluso, amistad incondicional por una mujer, pero nunca he amado a nadie como te amo a ti —le confesó, tuteándola, y añadió—: Sé que se trata de un amor prohibido e imposible, pero puro y sincero. Un amor que se ha apoderado de mi corazón, aprisionándolo en una cárcel de soledad. Un amor tan sublime que me convierte en un títere sin cuerdas en una vida vacía.

Miyako advirtió en su mirada sus verdaderos sentimientos, y se vio en la obligación de retirarse cuanto antes.

—Los extranjeros no disimulan bien qué sienten ni qué piensan. Debes comprender que no puedes exhibir tus emociones de esta manera o ambos estaremos en peligro…

Un ruido a su espalda acalló su explicación. De inmediato supo que se trataba de un aviso, solo Ibuki vigilaba cada uno de sus movimientos.

Miyako se apartó aprisa de Diego.

—Siento haberte asustado con mis palabras —dijo él, desalentado

sin saber que el olivo no había sido el único testigo de su confesión.

65

farolillos rojos

Nagoya (Japón), 17 de julio de 1854
(Séptimo mes del año séptimo de la era Kaei)

La noticia de que en mayo se había firmado el tratado de Kawagawa enfureció a Hiroyoki. Comprendía por qué el *bakufu* cedía a las pretensiones del comodoro Perry de abrir los puertos de Shimoda y Hakodate al comercio de Estados Unidos; además de asegurar el bienestar de los náufragos estadounidenses y establecer un cónsul permanente. El temor a que los rusos le tomaran la delantera había hecho que el comandante estadounidense incumpliese el plazo concedido a Japón para que reabriera sus puertos. Eso dejaba al señor de Mito y a todos los partidarios de expulsar a los extranjeros con menos tiempo de prepararse para la guerra. Al menos habían logrado abrir dos puertos que los conectaban directamente con el centro de Japón, pero la llegada del cónsul estadounidense a Shimoda era un paso importante que daría lugar a otros muchos tratados.

Mientras sus pensamientos enlazaban diferentes perspectivas sobre cuestiones políticas, Hiroyoki observó al capitán Quesada entrenar a sus hombres. Creía que debía conocer cómo pensaban y se comportaban los extranjeros de una manera más cercana. Si no hacían nada para evitarlo, pronto los comerciantes occidentales se instalarían en los puertos abiertos y alterarían no solo la vida económica, sino también los derechos de los samuráis. Los extranjeros ofenderían las costumbres ancestrales de su tierra y eso no podía permitirse. El *bakufu* había exhibido un signo de debilidad y muchos samuráis, entre los que él se incluía, aprovecharían ese momento para impulsar el movimiento *Joi*[151] y restaurar al emperador. Añoraba nostálgicamente el poder que antaño habían desempeñado los samuráis.

ESA MISMA NOCHE, Villalba entró en el cuarto de Quesada. El capitán se había bañado y vestía una simple toalla alrededor de la cintura. Una vieja herida en el hombro, cerca del pecho, le mostró al profesor que el antiguo soldado se había enfrentado a la muerte en más de una ocasión.

—El daimio nos invita al barrio flotante —anunció con una sonrisa.

—¿El barrio flotante?

—En Japón hasta donde se paga por disfrutar de damiselas tiene un nombre embriagador.

—Entiendo —dijo Diego. Luego añadió—: Agradezca al daimio su invitación, pero no asistiré a tan distinguido lugar.

Villalba se asomó a la puerta, se aseguró de que no había ningún oído escuchando y le dijo, casi en un susurro:

—¿Quiere que ella sufra vuestro desplante?

—¿A qué se refiere? —preguntó alarmado.

—Ya le dije que el daimio tiene oídos atentos y ojos mucho más atentos. Su negativa dará pie a comentarios indeseados sobre por qué un hombre como usted, joven y gallardo, no quiere compañía femenina.

Diego se acercó al colgador en el que se encontraba su ropa.

—No es que no desee compañía femenina, solo que esta noche no deseo la compañía de esas mujeres.

—Si no quiere que alguien piense que prefiere una compañía menos apropiada, le aconsejo que acepte la invitación del daimio. Sus reuniones con la dama Kawaokura ya han dado más de un comentario que la señora Himura se ha visto en la obligación de acallar.

Quesada asintió, disgustado por verse obligado a cumplir la orden del daimio.

EL DISTRITO ROJO era un bullicioso centro de diversión que sorprendió a Diego. Atravesar la enorme puerta que amurallaba la Babilonia nipona fue una impresión e incluso un motivo de desconcierto, a pesar de ser un hombre que había pisado más de un burdel en distintas partes del mundo. La comitiva del daimio se detuvo delante de la puerta de entrada. Los hombres que la custodiaban tomaron las espadas de los samuráis, registraron el palanquín que los acompañaba y, después, se retiraron para dejarlos pasar.

—¿Quién va dentro? —preguntó Diego a Villalba.

—La dama Kawaokura.

Diego disimuló su asombro, pero no creía que fuese un lugar adecuado para que lo visitase una señora de la categoría de la esposa del daimio. Aun así, guardó silencio y también su opinión.

—En estas calles los japoneses pueden liberarse de las rígidas normas que regulan sus vidas —le explicó Villalba al apreciar los rostros felices y sonrientes de los paseantes.

Diego solo vio a una multitud de hombres acaudalados, posiblemente samuráis de rango superior, vestidos con kimonos sencillos que parecían relajados y alegres, junto a porteadores, empleados y mujeres, algunas cortesanas por su cuidado aspecto, y otras simplemente criadas que se apresuraban a realizar diferentes servicios o recados para sus amos. A Diego también le sorprendieron los empleados de los restaurantes. La mayoría portaban sobre la cabeza grandes bandejas en las que había cestos de mimbre con suculentos platos. La mezcla de olores supuso una brusca impresión para un recién llegado como Diego.

En ese instante el cortejo del daimio se detuvo ante un grupo de hombres que contemplaban embelesados cómo caminaba una mujer. Sus hipnóticos andares y la ceremonia con la que lo hacía llamaban la atención de todo el mundo.

—Es una de las cortesanas más bellas de Nagoya, y la más cara —dijo Villalba.

La mujer vestía un elaborado kimono con llamativos bordados de colores. Unos enormes zuecos negros le impedían andar sin tropezarse, por lo que se sujetaba en el hombro de uno de sus ayudantes. Durante un segundo, la mirada de ella se cruzó con la de Diego. Sus hermosos ojos destacaban sobre el resto de su pequeño y aniñado rostro cubierto de una tintura blanca que la dotaba de cierta etérea irrealidad engañosa. El sonido de unos tambores acompañaba a la muchacha, que creaba expectación y asombro en todos los espectadores. Cuando el cortejo de la cortesana se alejó por una de las calles más concurridas, el daimio Kawaokura inició de nuevo la marcha hacia un callejón abarrotado de gente.

Diego miró a su espalda y comprobó que Miyako aún no había bajado del palanquín. Continuaron avanzando por las diferentes calles hasta una casa de dos plantas, cuyos aleros estaban decorados con farolillos rojos encendidos, también banderines con delicados caracteres que, según Villalba, significaban el nombre con el que se conocía a la casa.

Un criado se postró con respeto ante el daimio y se hizo a un lado para que pasara. En el exterior se quedó el resto de su séquito, pero Kawaokura señaló a Villalba con su abanico y este le dijo a Diego:

—El daimio quiere que entremos.

—¿Y la señora Kawaokura? —preguntó, sin evitar mirar al palanquín.

—Le aconsejo que no cometa una estupidez —le dijo Villalba entre dientes y sin perder la sonrisa.

Diego observó al daimio y comprendió que no debía darle el más mínimo motivo para que maltratase aún más a su esposa. Asintió con la cabeza y se encaminó al interior de la casa de té. Diego había

estado en burdeles elegantes en Madrid, pero aquello no se asemejaba a ninguno de los que hubiese visto antes. Sus paredes carentes de adornos mostraban un sobrio y exquisito refinamiento que se mantenía gracias al cuidado de los sirvientes, sombras silenciosas que se movían al son de su propia música. Las paredes de papel de arroz apenas evitaban escuchar el sonido del cuarto contiguo, sin embargo eso parecía no molestar a ninguno de los clientes.

Diego se sentó en el suelo y permaneció inmóvil mirando directamente a los ojos del daimio, en un enfrentamiento mutuo.

De pronto, una criada abrió la puerta y entró una mujer cubierta con un velo. Se situó al lado del daimio y se arrodilló junto a él.

—Señora Kawaokura —dijo Diego cuando ella se quitó el velo.

—Capitán Quesada, mi esposo desea que sirva de intérprete.

Diego quiso contestar, pero la llegada de unas mujeres acalló su protesta. Se sentaron junto al daimio y procedieron de manera indecorosa a coquetear y a tocarlo delante de su esposa. Diego miró el rostro impasible de Miyako, cualquiera diría que no le importaba lo que veía, pero era una humillación innecesaria. Durante un rato la esposa del daimio tradujo las palabras de su marido, referentes a armas y estrategias de las potencias extranjeras, mientras varias criadas servían suculentos platillos y jarras de *sake*. Cuando las *oiran* aplaudieron en respuesta a unas palabras dichas por el daimio, este elevó la mano callando sus voces. Susurró otras al oído de su mujer y ella asintió.

—Mi esposo dice que si desea la compañía de una de estas mujeres, puede cederle la que sea de su gusto —tradujo ella, tan pronto calló Kawaokura.

Diego sabía cómo debía responder, así que dijo:

—Agradezca al daimio su generosidad. A pesar de la gracia y belleza de estas muchachas, no creo que deba someterlas al disgusto de satisfacer a un *gaijin*.

—Le sorprendería saber cuántas japonesas prefieren los gustos occidentales —aseguró el daimio, mirando a su esposa.

Miyako tradujo de nuevo con la cabeza gacha y ciertamente mortificada por dicha acusación.

—De igual modo muchas mujeres occidentales imitan la hermosura de las suyas —dijo Diego para limar la situación tensa que se había producido.

Sus palabras causaron la risa de Kawaokura, aunque ignoró su petición de tomar a una de las jóvenes. El daimio ordenó a otra de las chicas que le sirviera *sake*. Diego apenas podía apartar los ojos de Miyako, por lo que no fue consciente de que Garza, como se llamaba una de las cortesanas, metía la mano entre sus ropas y acariciaba su pecho, encontrando el anillo de su padre. Cuando advirtió lo que

sucedía, la chica se había encaramado sobre sus piernas como un mono y era incapaz de zafarse de su abrazo. En ese instante, el daimio gritó unas palabras y su esposa se apresuró a marcharse. Diego intentaba por todos los medios librarse de la chica que parecía sujetarse a él con la viscosidad húmeda de los tentáculos de un pulpo.

Al fin, Diego se soltó del agarre de la prostituta. Físicamente, se hallaba en ese cuarto: despeinado, con la ropa arrugada y con una mirada diferente a la que exhibía el día en que el daimio le cortó la cabeza a su sirviente; pero cualquiera menos inteligente que Kawaokura habría visto que su espíritu estaba muy lejos de aquella habitación, perdido en un mundo que lo atormentaba y al que no quería regresar.

Diego recordaba otro momento y otro lugar, el día que asesinó a Vázquez. El miedo de no poder controlar el impulso de matarlo, junto con el miedo a dejarse llevar hasta lo más profundo del infierno, donde ya había estado, y de donde, inexplicablemente, le costaba cada vez más el salir indemne.

En esta ocasión, fue Villalba el que se interpuso entre él y el daimio.

—Puede golpearle, pero no saldrá con vida de este lugar ni ella tampoco.

Sus palabras le devolvieron la razón y miró al samurái, quién lo contemplaba con regocijo y a la espera de que tomase una decisión: se retiraría como un cobarde o se enfrentaría a él.

Diego no temía a la muerte, si bien no soportaría que Miyako o el profesor Villalba sufrieran las consecuencias de sus actos. Así que tomó el *sake* y lo bebió de un trago mientras agarraba de la cintura a Garza. La joven no estaba acostumbrada a los clientes extranjeros ni a su manera brusca de comportarse. Así que cuando Diego la besó con furia, buscando la única distracción a la que podía optar si quería evitar matar con sus propias manos a otro hombre, la chica quedó sin aliento.

DOS DÍAS MÁS tarde, Hiroyoki recibió una misiva de su señor Yoshinobu. Se le requería acudir cuanto antes a Edo, aunque también le encomendaba la tarea de viajar a Shimoda. El sogún había convocado una reunión con el cónsul y su señor necesitaba tener oídos y ojos en la misma.

—Preparen todo lo necesario para viajar —ordenó a Jiro, el padre de Iko.

El samurái asintió disgustado. No estimaba en demasía al joven daimio, pero comprendía que era un hombre con principios. Al igual

que a él, no le agradaban los extranjeros. Pese a ello entendía que el español realizaba una labor admirable entrenando a sus samuráis.

—¿Qué sucederá con el entrenamiento? —preguntó Jiro.

—Tú tomarás el relevo del *gaijin*.

La responsabilidad le llenó de tribulación.

El samurái se arrodilló, agradeciendo la confianza que el daimio Kawaokura depositaba en él.

—Así lo haré, mi señor.

Durante varios días, Jiro se mantuvo pegado a Quesada observando su manera de preparar a los hombres. El marino tenía la paciencia suficiente para también enseñarle cómo debía instruirlos cuando él no estuviese al servicio de su señor. Aguardaban con impaciencia los navíos en los que acabar la formación, pero aún tardarían algunos meses.

—¿Cuándo debo marcharme de Japón? —le preguntó un día Quesada.

Su japonés había mejorado lo bastante como para mantener una conversación con palabras sencillas.

—Eso depende de mi señor —respondió Jiro.

—Su señor pronto se irá de Nagoya.

—Y usted lo acompañará.

—¿Yo? —preguntó desalentado Diego.

Al capitán le disgustó sus palabras, que mal disimuló como pudo. Jiro intentó explicarle la justificación de su marcha, pero fue incomprensible para el *gaijin*. Sin embargo, estaba seguro que el extranjero no era nuevo en cuestiones y manipulaciones políticas. Cuando escuchó el destino entendió la razón por la que el daimio requería su compañía. Quizás él podía concederles una visión más neutra de la reunión en la que participaría el cónsul estadounidense. El *bakufu* ya les había permitido a los barcos balleneros estadounidenses que recargasen provisiones, además se decía que daban buen trato a los tripulantes occidentales, pero la presencia del cónsul de forma definitiva en Japón cambiaba mucho las cosas.

MIYAKO PASEABA POR el jardín donde se apreciaba con mayor virulencia que la época de lluvias se había adelantado. Hacía semanas que no dejaba de llover. Las criadas se afanaban en limpiar con la intención de evitar que el moho se extendiese por las paredes. A Miyako la lluvia la reconfortaba, le proporcionaba sosiego en momentos en los que su corazón clamaba la cercanía del *gaijin*. Bajo el paraguas *janome*[152], u ojo de serpiente, como era también conocido, escuchaba el suave sonido de las gotas de agua estrellarse contra él.

Impregnado de aceite, impedía que la lluvia calase el delicado papel *washi* y mojase a su propietario. La tristeza invadió a Miyako al pensar que no volvería a ver al capitán Quesada.

—Miyako… —dijo una voz masculina tras su espalda.

Cuando se giró, el capitán permanecía bajo la lluvia sin ningún *janome* que lo protegiera, y también él parecía triste. La mirada penetrante de sus ojos, como los negros nubarrones que cubrían el cielo ese día, la observaba en silencio, fijamente, como si memorizase sus facciones.

—¿Qué haces aquí? —consiguió preguntar Miyako, temerosa de que alguien considerase la visita del instructor inadecuada.

—Tenía que despedirme de ti —dijo con la voz enronquecida.

—Eres muy amable.

—¿Puedo acompañarte al templo?

—¿Cómo sabes a dónde me dirijo? —preguntó intrigada.

—El profesor Villalba no es un hombre que guarde bien los secretos. —Diego le ofreció su brazo, pero ella rehusó la invitación—. No pretendía ofenderte —se apresuró a decir Diego, dando un paso atrás.

—No lo has hecho. Comprende que en Japón el contacto entre nosotros es escaso. He leído tus novelas y entiendo la necesidad de tu gente de besarse, abrazarse y tocarse por amor e incluso odio, sin embargo, nosotros no sentimos esa inquietud indefinible.

—Quizás porque nunca habéis probado el beneficio que ello supone para el espíritu —contestó Diego.

—¿Beneficio? —preguntó, deteniéndose.

—Te lo demostraré —se aventuró a decir él.

Extendió el brazo y tocó ligeramente sus labios con el pulgar. Miyako abrió los ojos sorprendida, pero a pesar de sus emociones, se retiró. Reconoció a su pesar que la caricia había sido agradable, sensual y placentera, aunque demasiado peligrosa para permitirle ir más lejos.

—Capitán, será mejor que nos despidamos aquí y ahora —afirmó ella con toda la fuerza de la que fue capaz.

Diego bajó la mano, buscó en el bolsillo de su chaqueta y le entregó una carta.

—Es para ti.

Miyako la tomó entre los dedos con una expresión indescifrable. Las palabras eran peligrosas si llegaban a quienes no debían. Memorizaría su contenido, pero después la quemaría para que no quedase ninguna huella de su existencia.

—En esta ocasión iré sola al templo.

Diego guardó silencio y asintió a su petición.

A LO LEJOS, ninguno de ellos advirtió la presencia de Ibuki. El *rōnin* siguió a la muchacha hasta el templo budista. En breve marcharía de Nagoya, y si eran ciertos los rumores que se contaban en las posadas y en las casas de té, la guerra sería inevitable entre los partidarios del movimiento *Joi* y el *bakufu.* Él optaría por aquellos que más beneficios le proporcionasen, y si ello conllevaba romper su relación con el señor de Mito, le era indiferente.

Cuando llegó a la altura del templo budista, la lluvia mojaba los *sotouba*[153]. Las tumbas japonesas con forma de tablillas, normalmente de una medida inferior a la de un hombre, se situaban unas cerca de otras formando un estrecho pasillo. Las frases budistas y el reconocimiento de los distintos elementos como el fuego, el agua, la tierra o el aire eran los caracteres con los que las habían decorado. En el suelo, los fieles habían puesto ofrendas consistentes en comida y bebida. Delante de una de ellas, Miyako se postraba y oraba. Ibuki imaginó que era la de su padre.

Había cerrado el paraguas y la lluvia caía sobre su rostro como si fuese de mármol. Ibuki se acercó a ella, alzó el brazo y la cubrió con la manga de su *haori*. Permaneció inmóvil, en silencio, como una estatua de sal.

—¿Otra vez espiando? —preguntó Miyako, sin ningún resentimiento en la voz.

—Es un *gaijin*.

—¿Acaso eso importa? —preguntó, fijando la vista en él.

Ibuki no contestó, pero habría vendido la espada de su padre solo para que ella hubiese pensado en él de aquella manera.

—Debemos regresar, tu esposo desea comunicarte una noticia importante.

—¿Sabes qué es?

—No, tan solo me ha ordenado que vayas ante él —respondió.

Sin decir nada más, se encaminó por el sendero que conducía de vuelta al castillo, furioso porque una mujer de la familia que había destrozado a la suya dominase no solo su corazón, sino también sus creencias y su honor. Ya ni siquiera podía considerarse un *rōnin*.

66

la riada

Nagoya (Japón), 22 de julio de 1854
(Séptimo mes del año séptimo de la era Kaei)

El viaje hasta Shimada, en la ruta de Tokaido, una de las cinco que comunicaban Kioto con Edo, era largo, sobre todo, si se viajaba con mujeres. Diego no esperaba que Miyako acompañase al daimio en ese viaje hasta tierras de Edo, así que a pesar de tenerla tan cerca, sentía que la distancia que los separaba era mucho mayor, incluso, que las palabras de despedida que ambos se habían dicho en el cementerio.

A unos metros de distancia, Diego fue testigo de que Miyako quiso cabalgar, pero el daimio le ordenó permanecer en el interior de un *norimon*. El palanquín, aunque amplio para su tamaño habitual, resultaría claustrofóbico. Diego pensó que sus pequeñas ventanas enrejadas y con unas cortinas de seda, que impedían ver el exterior además de la entrada del aire y la luz, debían suponer un suplicio mayor que el vaivén al que la sometían los porteadores. En aquella ocasión el daimio ni siquiera le había permitido la compañía de la señora Himura.

Las jornadas eran cortas, ya que un daimio debía llevar un séquito compuesto de decenas de sirvientes y samuráis que retrasaban el avance de la comitiva. Un hombre anunciaba la llegada del gran señor a las posadas o a los pueblos que componían ese camino de peregrinaje a distintos templos, los más importantes del país.

A Diego le admiraba la fortaleza de los viajeros que se encontraban a lo largo de la ruta de Tokaido. Caminaban sin prisa, cubiertos con una capa de paja para protegerse del frío o de la lluvia y un sombrero de ala ancha, que los convertía a todos en un mismo hombre, carentes de identidad, debido a que ocultaban su rostro de la vista de los demás. Algunos portaban campanillas en los tobillos, y otros simplemente un cayado en el que sujetarse. Había de todas las edades, jóvenes y viejos, todos ellos con el anhelo de que los dioses complacieran sus deseos: la curación de un familiar o un matrimonio afortunado.

Cuando llegaron cerca de Shimada, el río Oi había crecido lo suficiente como para ser un problema al que enfrentarse. La lluvia

había aumentado su caudal y las aguas descendían con una fuerza titánica.

—Avise al daimio de que no debe cruzar el río —pidió Diego a Villalba.

—No creo que…

—Hágame caso, sé de aguas bravas.

El profesor aceptó la experiencia del capitán y tradujo sus palabras a Iko. El joven samurái observó al *gaijin*, su rostro evidenciaba su preocupación. Asintió en la distancia y se dirigió al daimio, pero este miró a Diego como si su consejo fuera innecesario.

El joven samurái se acercó a él y pronunció unas palabras que entendió a la perfección.

—Cruzaremos.

—Su señor se equivoca, atravesar el río es peligroso. Además es de necios no escuchar la opinión de un hombre de mar.

Iko observó el río, era cierto que el caudal había crecido, también que el agua avanzaba intensa y rápida, pero varios hombres habían llegado hasta el centro y las aguas apenas cubrían sus cinturas.

Cuando Diego vio que la comitiva se disponía a cruzar quiso acercarse al daimio para impedir su imprudencia, pero Iko se interpuso en su camino.

—Es la orden de mi señor.

—Su señor comete una estupidez y pone en peligro la vida de sus hombres —aseguró Diego con su rudimentario japonés.

Entonces, al ver a los porteadores del palanquín cerca de la orilla, entendió que cruzarían con Miyako dentro y supo que no resistirían el envite de las aguas.

—¡Maldita sea! ¡Acaso quiere matarla! —gritó, sorprendiendo a Iko.

El samurái miró hacia donde lo hacía Diego. Uno de los porteadores resbaló haciendo que el *norimon* se moviera peligrosamente sujeto por los otros tres. De pronto, una rama golpeó el costado de uno de ellos y el porteador soltó un grito y trastabilló hundiéndose en las aguas para no volver a emerger. Ahora solo lo sostenían dos hombres y Diego vio que ella se hundiría sin remedio en el fondo de ese río. Desmontó de un salto, se deshizo con rapidez de su chaqueta y corrió hasta la orilla. Nadie lo detuvo cuando se lanzó al río, pero en el instante en que alcanzaba al palanquín, la corriente pareció cobrar más vigor y arrastró a los dos porteadores y al *norimon*. Iko también se había arrojado al río, y a pesar de estar más cerca que el *gaijin*, el extranjero aguantó el empellón del agua mientras el samurái era arrastrado río abajo, aunque a duras penas alcanzó de nuevo la orilla sin morir en el intento. Sin respiración miró una última vez al *gaijin* bracear con todas sus fuerzas tras el palanquín, después

un recodo del río le hizo perderlos de vista.

Diego apenas notaba las extremidades ni el dolor que le provocaban las ramas que chocaban contra su cuerpo. Su único pensamiento era nadar un poco más y llegar hasta ella. Durante un instante creyó que sucumbiría a la furia de las aguas, pero pensó que no había participado en dos guerras, matado a un hombre con sus propias manos y conocido a la mujer de su vida para perderla ahora. Dios no podía ser tan cruel. Juró que renunciaría a su amor si con ello le salvaba la vida, incluso ofreció la suya a cambio. Por fin alcanzó el palanquín, el río los mecía como si fueran una simple hoja seca. Diego dio dos puñetazos en la puerta, había visto que pronto se estrellarían contra unas rocas y serían destrozados por ellas. La maldita madera no se rompía, aunque al tercer golpe y con la mano ensangrentada, consiguió arrancarla. Dentro, Miyako yacía inconsciente, ignoraba si respiraba o, por el contrario, se había ahogado. La blancura de su rostro le resultó un mal presagio, pero no disponía de tiempo para comprobarlo. Tiró de ella y la sujetó entre sus brazos. Después se dejó llevar río abajo a favor de la corriente. Cuando consiguió alcanzar la orilla sentía tanto cansancio que ni siquiera pudo ponerse en pie, y a rastras salió del barro. Su sirena seguía sin despertar. Colocó la mano en su pecho y notó su ligera respiración.

—¡Gracias, Dios mío!

La lluvia se detuvo concediéndole una tregua. Diego desconocía dónde se hallaba, tampoco si la comitiva del daimio los buscaría o los daría por muertos. De todos modos, necesitaban secarse y descansar. Con sus últimas fuerzas tomó a Miyako en brazos y se encaminó al centro del bosque. A su izquierda reconoció un sendero y lo siguió un buen trecho, luego la oscuridad se cernió sobre ellos. Diego contempló el cielo. Había dejado de llover, pero la luna la cubrían densas nubes que no permitían iluminar ni siquiera levemente la tierra.

—Resiste, mi sirena —le dijo, acariciando su rostro.

Diego tiritaba de frío, pese a que era julio, la humedad se introducía en su cuerpo e imaginó que a Miyako le sucedía lo mismo a pesar del letargo que cerraba sus ojos. La desesperación crecía en su interior, si no encontraba pronto dónde resguardarse, sería el bosque el que acabaría con ellos esa noche. En el camino que parecía haber seguido descubrió un trozo de madera con unos ideogramas, eso renovó su esperanza. Alguien había clavado aquella señal, así que debía de guiar a algún lugar poblado. Continuó con su preciada carga con más rapidez hasta que tropezó con una cochambrosa cabaña. Entró pidiendo ayuda, sin recibir una respuesta. Con cuidado, la depositó en el suelo, y al hacerlo, la joven entreabrió los ojos.

—¿Dónde estamos? —preguntó con la voz débil pero firme.

—¡Dios! Creí que te perdía en ese río —afirmó Diego, abrazándola.

Apartándola un poco de él, dijo—: Tienes que entrar en calor.

—Ayúdame a levantarme —le pidió ella. Después dijo—: Estamos en una cabaña de leñadores. Durante el invierno la ocupan y trabajan sin descanso. Ahora, en la época de lluvias, regresan a sus hogares.

Diego la sujetó de la cintura y se dirigió a donde ella le señalaba: un agujero cubierto de troncos y ramitas que no había descubierto hasta entonces.

En un rincón, Miyako vio lo esencial y volvió a indicarle todo lo que necesitaba. Él la ayudó a sentarse y le dio la yesca y el aceite, enseguida prendieron fuego a los leños y una pequeña llama se encendió en el aire. En un rincón había un futón y unas mantas.

Tras un instante en que pareció que el fuego infundió algo de fortaleza a Miyako, se puso en pie, tomó el futón y lo extendió en el suelo.

—Necesito tu ayuda —dijo, dándole la espalda.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Diego a la vez que se vendaba con un trozo de su camisa la mano herida.

—Desanúdame el *obi* —le pidió, colocando sus manos en el fajín que ataba su kimono.

Diego sintió expectación y deseo, aunque sabía bien que solo se trataba de supervivencia. Debían quitarse esas ropas mojadas o la humedad podía acabar con ellos. Había desvestido a más de una mujer, pero con Miyako sería muy diferente. El crujir de la seda del *obi* acrecentó sus sentidos que hasta ese momento permanecían entumecidos por haber luchado contra el río. El fuego iluminaba la estancia y la madera seca de la anterior primavera de la que se alimentaba desprendía un aroma a pino y a fresas. Ella se dio la vuelta, se quitó el kimono empapado y la ropa interior, y quedó plenamente desnuda ante él. El cuerpo de Miyako presentaba heridas, algunas nuevas causadas por el río y otras viejas, provocadas por su esposo. Miyako observó su rostro.

—¿Los extranjeros nunca ocultáis vuestras emociones?

—¿Qué ves en mi rostro, Miyako?

—Admiración y deseo. Jamás he visto esa mirada en un hombre. En Ibuki he apreciado cierta lujuria y una lealtad ciega, pero aún me considera la responsable de su fracaso a la hora de vengar a su familia. Tarde o temprano elegirá entre su venganza y yo. A pesar de su lealtad y el sacrificio que me ha demostrado, no estoy segura de que llegado el día no opte por el honor. Es un samurái, pese a que se niegue a reconocerlo y se empeñe en mostrar al mundo su lado más oscuro. En cambio, Hiroyoki me trata con desprecio, ama a otra mujer cuyo amor es imposible y odia a los extranjeros. Mi presencia le recuerda constantemente a los *gaijin* y lo sucedido con su hermana. Solo soy un medio que le ha permitido ascender en Edo y del que muy

pronto se deshará si encuentra una candidata más válida. Iko, mi fiel amigo y samurái al servicio de la casa Kawakura, me mira como si fuera alguien inalcanzable, un ser por el que siente pena. Sin embargo, Diego de Quesada, el instructor naval, me mira como si fuese la única mujer en el mundo.

Miyako le quitó la chaqueta mojada y la camisa, entonces los tirantes de sus pantalones cayeron hasta sus muslos.

—Estuvo bastante cerca —dijo, rozando con la yema de los dedos la herida de su hombro—. ¿Por qué fue?

—Por el honor de una mujer.

Ella lo miró sorprendida y admirada.

—Las mujeres en Japón se dividen en dos: las que producen placer y las que sirven para dar hijos. Mi esposo no me considera ninguna de las dos y antes de morir anhelo conocer el placer. En el interior del *norimon*, sentí que mis días llegaban a su fin —dijo ella, y como si reviviese cada instante continuó hablando—: El agua se abría paso por mis pies y pronto me engulliría por completo. Intenté salir, pero fui incapaz, la puerta se había atascado. Recordé todas las enseñanzas de mi *sensei* sobre cómo la muerte siempre acecha a un guerrero. Soy una *onna-bugeisha*, una samurái e hija de samuráis, cerré los ojos y aguardé a la muerte con la máxima entereza posible. Hubiera preferido que fuese en una gesta más heroica y no encerrada en aquella caja —dijo, y esta vez sus manos cogieron el anillo que colgaba del cuello de Diego, sin mirarlo afirmó—: Lo único que lamentaba en ese momento era haberte rechazado.

Miyako continuó desnudándolo, mientras Diego se mantenía estático, sin creer del todo lo que sucedía esa noche ni sus palabras.

—¿Estás segura? —le preguntó.

Ambos habían visto la muerte de cerca y sus cuerpos vibraban al saber que vivirían. Una vitalidad extraña se apoderó de los dos al comprobar que el peligro ya había pasado.

—Nunca he estado tan segura en toda mi vida —respondió ella, acercándose aún más a él.

Diego la abrazó acunándola contra su pecho. No quería asustarla y se dijo que debía actuar con sutileza. Las marcas en el cuerpo de Miyako demostraban cómo la trataba su marido. Besó su cabeza, como a una niña, después acarició su espalda, sus caderas y su trasero. La apartó de su lado un momento y contempló sus ojos, claros como las aguas cristalinas y de una extraordinaria transparencia.

—¿Eres real?

Miyako esbozó una sonrisa ante las palabras de Diego. Lo tomó de la mano y lo condujo al futón, cerca del fuego. Ambos se tumbaron sin dejar de mirarse. Diego tocó sus labios con la yema de los dedos, luego siguió su camino por su cuello hasta descender a sus pechos. Las

leves caricias se imprimieron en la piel de Miyako como si fuesen tatuajes que nunca desaparecerían; jamás había sentido tanto anhelo ni deseo. Su interior palpitaba punzante ante la promesa de un fuego arrasador, un fuego que borrase las humillaciones infringidas por Hiroyoki.

Luego llegó el turno de Miyako. Sus manos recorrieron su torso, cubierto de un suave vello oscuro. Notó la musculatura de un hombre acostumbrado a ejercitarse. Con exquisita timidez descendió hasta su miembro erguido que apenas disimulaba la pasión que lo embargaba.

Diego no tenía ni idea de cómo se comportaban los amantes japoneses. Había oído que los besos occidentales se consideraban propios de prostitutas, aunque no quería perder la oportunidad de besarla.

—¿Confías en mí? —le preguntó, deteniendo su caricia.

Ella asintió trémula por el deseo y consciente de que un movimiento más y haría que Diego conociese el éxtasis de inmediato.

—Quiero mostrarte cómo son los besos de amantes.

Miyako agachó la cabeza y su sedosa cabellera negra ocultó su vergüenza. Diego apartó el cabello de su rostro y la obligó a mirarlo. El color de sus ojos se oscureció de pronto, mostrándole que la había lastimado con sus palabras.

—No es lo que crees —se apresuró a decir él—. Sé que piensas que son propios de prostitutas, sin embargo en mi país son la demostración de un amor incondicional. Cierra los ojos —le pidió.

Miyako obedeció su orden. El crujir del fuego era lo único que escuchaba a su alrededor. Luego, notó una de las manos de Diego rodear su cintura, apretándola contra él mientras su boca se apoderaba de la suya. Al principio Diego solo se permitió darle un beso temeroso. Miyako creía haber recibido una caricia tan leve como si la rozase un viento suave. Después, le dio un beso intenso, prolongado y fascinante. El corazón de Miyako latía igual que si se hubiera enfrentado con la *naginata* en un combate mortal. Escuchaba su respiración agitada y la de él, pero Diego aún no había terminado de enseñarle la verdadera magia de un beso de amantes. Entonces la besó de una manera más apremiante, húmeda y exigente, explorando su boca, devorándola como un hombre que sabe cómo dar placer a una mujer.

Cuando se apartó de ella, el cuerpo de Miyako temblaba impaciente. Sus ojos habían perdido el color, solo eran transparentes, casi translúcidos. Diego la ayudó a tumbarse, volvió a besarla y se introdujo en ella por completo, con tanta suavidad y delicadeza que supuso una batalla titánica contra su excitación. Su primera vez con él debía ser así, muy diferente a lo que había padecido a manos de su marido. Diego se movió en su interior, despacio, acallando su miedo,

obligándola a sentir el fuego de la lujuria.

—Deja que el mar se despierte y dé paso a las grandes olas que hunden barcos. No tengas miedo de mí —dijo con la voz entrecortada, que sonó a súplica.

Miyako acarició con ternura su mejilla. Le concedía el poder de decidir qué hacer con él. Nadie se lo había permitido jamás. Asintió con una sonrisa y cerró los ojos, perdida en la profundidad desconocida del océano.

67

enseñanzas peligrosas

Japón, 26 de julio de 1854
(Séptimo mes del año séptimo de la era Kaei)

La noche pasó, pero la lluvia seguía cayendo mansamente. El sonido de las gotas sobre el tejado de la cabaña provocaba una canción de amor que ninguno de los dos olvidaría nunca.

Sus ropas se habían secado frente al fuego. Miyako se puso el kimono y Diego la ayudó a anudarse el *obi*. Al terminar, la giró con suavidad, deslizó sus manos por su cintura, y Miyako escondió la cabeza en su hombro. Ella jugueteaba con el anillo.

—¿Por qué llevas colgado este anillo al cuello? —preguntó.

Miyako advirtió que Diego se tensaba, pero cuando quiso disculparse por entrometerse de esa manera, él dijo:

—Es el testigo de mi vergüenza como soldado.

Miyako se apartó y fijó su mirada en él.

—Dudo que el deshonor sea parte de tu naturaleza.

Diego esbozó una sonrisa, aunque Miyako leyó en su mirada una oscuridad peligrosa.

—Espero que nunca seas testigo de cómo es mi verdadera naturaleza —dijo, después la besó de nuevo para acallar sus preguntas. Cuando terminó de besarla fue él quien la apartó un poco y fijó la mirada en ella para preguntarle—: ¿Qué sucederá con nosotros?

—Sueño de Kyoto, sueño de Osaka. —Diego la miró sin comprender, y Miyako esbozó una sonrisa antes de explicarle el significado del proverbio—: Todo es pasajero, nada es eterno.

—Sé que lo que siento por ti no es pasajero.

Cuando Miyako intentó aclararle que sus sentimientos tampoco lo eran, escuchó el sonido de unas pisadas en el exterior.

—Alguien se acerca —dijo ella.

Diego se apartó de su lado. En el momento en que Ibuki, Iko y algún otro samurái pasaron a la cabaña, solo hallaron al capitán Quesada cerca del fuego y a la mujer del daimio al otro lado del mismo, con una manta sobre los hombros.

—¡Señora! —exclamó Iko, arrodillándose junto a ella—. ¡Está viva!

—Así es.

—Debemos regresar —anunció el *rōnin*, sin mirar a Miyako.

—¿Se encuentra bien para seguir el camino? —preguntó Iko, ofreciéndole una pequeña calabaza que contenía agua.

—Sí, aunque esta vez no lo haré en ningún palanquín.

—Hay un caballo fuera —anunció Ibuki.

Diego no había pronunciado una palabra, pero cuando Miyako salió de la cabaña, Ibuki se acercó a él.

—Gracias por salvar a la dama Kawaokura. Tu coraje honra a tu pueblo. Siempre estaré en deuda contigo.

Diego asintió de nuevo. Comprendió que aquellas palabras escondían un sentimiento mucho más profundo que las simples pronunciadas por un vasallo agradeciendo que hubiera salvado la vida de su señora.

El resto del viaje hasta Shimoda transcurrió sin ningún incidente. La reunión con el cónsul produjo que los daimios asistentes, entre ellos Kawaokura, sintieran aún más la necesidad de expulsar a los extranjeros de su país.

—No entiendo por qué los estadounidenses no son más cautos en sus palabras —afirmó el profesor Villalba cuando escuchó la arenga del cónsul.

El hombre enviado por los americanos parecía impaciente y deseoso de acabar con aquella farsa. Tanto un bando como otro sabían que se cumplirían las exigencias extranjeras; también que no les quedaría más remedio que firmar un acuerdo con los rusos y los ingleses.

—Son gente de pocas palabras.

Diego recordaba todos los intentos, no siempre honorables, que tanto ingleses como estadounidenses habían iniciado para arrebatar a los españoles el dominio de las Filipinas.

Después de la reunión, que tanto Villalba como Diego consideraron un fracaso, reanudaron la marcha por el Camino del Mar del Este, como se llamaba también a la ruta de Tokaido. Cincuenta y siete estaciones o paradas componían el camino, pero solo algunas requerían enseñar la documentación de procedencia de los viajeros y peregrinos. Se la conocía como el Paso de Hakone. Cuando el séquito del daimio llegó hasta allí, grupos de personas de distinta índole aguardaban en fila a que los soldados que custodiaban el paso les sellaran sus documentos. En un panel de madera se habían colgado los retratos de varios hombres: *rōnin* sanguinarios, asesinos o ladrones que la justicia andaba buscando. Entre la multitud que se agolpaba a sus puertas había mujeres y niños. Sin embargo, el séquito del daimio se abrió paso entre ellos como si se tratase del mismo Moisés en las aguas del mar Rojo. Muchos miraron a Villalba y a Diego con sorpresa, ya que la mayoría, campesinos que jamás habían abandonado sus pueblos y que se dirigían a algún templo sagrado de

los que había en el camino, nunca habían visto a un extranjero. Dos *gaijin*, tan diferentes y extraños entre sí, suponían una visión exótica y terrible. Pocos eran ya los que no sabían de las intenciones de los extranjeros, y algunos habían alimentado mucho más el odio hacia ellos. El salvoconducto del daimio permitió que ambos obtuvieran el sello de paso y prosiguiesen por la ruta sin problemas.

Durante el camino hasta Edo, Diego observó a Miyako. Cubierta con un velo y un sombrero amplio que ocultaba su rostro, cabalgaba con destreza. Cuando se detenían en las posadas, se retiraba con rapidez a sus aposentos. No habían cruzado una palabra ni una mirada desde el día en que ambos sobrevivieron al río.

El séquito avanzaba con lentitud, pero al fin llegaron al lago Ashi, desde allí se veía con precisión el monte sagrado. Para Diego el Fujiyama fue una visión impresionante que le causó tristeza. La cumbre nevada y cubierta con una nube que parecía proteger su pico resultaba inalcanzable. De igual manera, pensó en Miyako y en la imposibilidad de tenerla. A lo lejos, en una de las orillas había una construcción de madera de un llamativo color rojo.

—Es una puerta *Torii* —dijo una voz a su espalda.

El *rōnin* se había sentado en el suelo y encendido una pipa, y contemplaba la belleza del lugar.

—¿Qué es?

—Una entrada.

—¿A dónde?

Ibuki dio una calada de la pipa. Lo observó con atención.

—Es una frontera entre nosotros y los dioses.

—¿Qué significa *Torii*? —preguntó Diego, encendiendo un cigarrillo que había conseguido a través de los estadounidenses.

Ibuki pensó un instante en la pregunta. Intentar darle una explicación sencilla le llevó un rato, hasta que al final dijo:

—Es el lugar donde se posan los pájaros.

—Desde luego es un buen sitio para descansar.

Ibuki no siguió con sus enseñanzas, comprendió que ni el español hablaba el suficiente japonés ni él tenía la paciencia de un *sensei*. Cualquier otro habría entendido el verdadero significado de sus palabras: los pájaros eran los mensajeros de los *kami*[154].

LA COMITIVA DEJÓ Hakone y se encaminó a Edo. En su recorrido se detuvo en Hodogaya, un pequeño puente curvo separaba el camino del pueblo. Casas de techumbre de paja se apiñaban a un lado del río. Como sucedía en todos los pueblos en los que se detenían, el séquito de Kawaokura se abrió paso de nuevo entre la población que se

arrodillaba ante gente tan ilustre. El daimio desmontó y a pasos decididos entró en la posada, que como tantas otras, carecía de las comodidades a las que estaba acostumbrado, pero estaba limpia. Los dueños se postraron a sus pies. Luego ordenaron a dos criadas que atendieran al daimio y a su esposa. Las jóvenes asintieron y se apresuraron a preparar el baño, tras el cual, Hiroyoki se sentó en el cuarto, vestido con un *yukata* de color gris, y más sencillo que sus ropas de viaje. Las chicas le sirvieron una bandeja con varios platillos con comida, varios *makis*[155] de alga *nori* de arroz sazonado con vinagre, azúcar y sal, además del mejor *sake* que había en la posada. Ibuki permanecía en un rincón del cuarto, silencioso y pensativo.

—¿Qué te parece el instructor? —le preguntó Hiroyoki.

—No lo sé —respondió Ibuki con sinceridad. Y añadió—: No creo que sea un cobarde, tampoco que tenga miedo a empuñar un arma. Aún no logro entender la razón de su comportamiento —terminó por decir.

—¿Confías en él?

—Nunca confiaría en un *gaijin*.

—Pero lo admiras —afirmó el daimio, bebiendo *sake*.

—Es valiente.

—¿Lo dices por lo del río? Eso no fue valentía, sino estupidez.

—Quizás…

Ibuki prefirió no seguir hablando. Hiroyoki chasqueó la lengua y volvió a beber.

—Vigílalo —le ordenó. Luego dijo—: Tienes mi permiso para matarlo cuando haya entrenado a los hombres.

El *rōnin* no era el único que le informaba sobre Miyako, también existían un par de sirvientas que le habían contado que su esposa y el *gaijin* se veían a escondidas. Si era cierto, lo cortaría de raíz. Primero le arrebataría lo que amaba, después se separaría de ella y tomaría por esposa a una muchacha de sangre pura, dulce y adecuada.

Mientras Hiroyoki pensaba en cómo sería su vida a partir de ese momento, Ibuki apretó la empuñadura de su espada. Las palabras de Hiroyoki eran humillantes.

CUANDO DIEGO LLEGÓ al castillo de Edo, se sintió impresionado. Jamás hubiera podido ni soñar la grandeza de aquella construcción. De un vistazo comprendió la enormidad de la fortaleza, solo los fosos ya ocupaban una extensión considerable. Los gruesos muros de piedra serían difíciles de superar por cualquier ejército, por muy disciplinado e instruido que este estuviese. Diego entendió que se trataba de una ciudad dentro de otra amurallada.

—Es impresionante —afirmó Villalba.

—Por su tamaño debe albergar al menos unos cincuenta mil soldados.

A pesar de ser una fortaleza inexpugnable habían cuidado la belleza del lugar. Enormes jardines, innumerables lagos con delicados puentes de madera de color bermellón le concedían una falsa indefensión que ocultaba a un amenazante ejército.

El séquito de Kawaokura se dirigió al oeste, no era el único. En el camino también se cruzaron con otro daimio que viajaba a Edo.

—¿Por qué están aquí? —preguntó Diego a Villalba.

—Deben cumplir con el *sankin kōtai*.

Ambos desmontaron del caballo, tomaron las riendas de los animales y acompañaron a Kawaokura y a sus vasallos hasta una mansión de reducido tamaño, en comparación con las que la rodeaban.

—¿De qué se trata? —preguntó Diego con curiosidad.

—El sogún obliga a sus daimios a permanecer dos años en sus tierras y otro en Edo. El problema para ellos es que cuando regresan a sus dominios, su esposa y herederos se quedan en Edo.

—En España se llamaría secuestro.

—En España y en cualquier otro sitio. De todos modos, es un método sumamente eficiente para evitar que los daimios tomen partido contra el sogún.

Tras sus palabras fueron conducidos a un cuarto, donde las criadas prepararon sus baños, les ofrecieron ropa limpia y bandejas con comida. Diego no dejaba de pensar en Miyako, pero le era imposible comunicarse con ella. Las horas se sucedieron con irritante espera, hasta que Villalba apareció de nuevo.

—Capitán, debe ver al señor Abe Masahiro.

—¿Quién es ese hombre?

—La mano derecha del sogún. Este soldado le llevará hasta él.

Diego se preguntó por qué el interés de ese hombre en su persona, solo era un instructor contratado por Kawaokura. Asintió en silencio y siguió al soldado. Recorrieron calles con las que se cruzaron con vasallos, criados, samuráis y todo un elenco de personal administrativo. Después entraron en una zona del castillo principal. Si el exterior de la residencia del sogún era extraordinario, el interior era mucho más solemne y excepcional. Cruzó pasillos de madera tan brillante que podía reflejarse en ellos, atravesó puertas correderas cuyos paneles ofrecían exóticas y magníficas pinturas. Tras caminar durante un buen rato llegaron al fin hasta una puerta donde se detuvo el soldado. Otro samurái la abrió y se hizo a un lado para dejarle pasar. Diego se adentró en un cuarto de tamaño considerable, cuyas puertas laterales abiertas daban a un hermoso jardín. La luz entraba a

raudales iluminando por completo el interior. Un hombre de mediana edad, de rostro relleno y de mirada penetrante señaló un taburete. Abe Masahiro permanecía sobre una tarima, apoyando el antebrazo en un cojín que lo mantenía en una postura más cómoda.

Diego se inclinó con respeto, y se sentó a la manera japonesa. Eso provocó en Masahiro una sonrisa que se perdió en sus gruesos mofletes.

Diego comprobó que estaban solos en el cuarto. Hablaba suficiente japonés para entenderse, pero si aquella conversación con un hombre tan importante implicaba temas militares, prefería contar con un intérprete para que no hubiese malos entendidos. Salvo que el ministro hablase castellano, inglés o francés, no tenía ni idea de cómo iban a entenderse, hasta que una mujer entró por la puerta que conducía al jardín. La sorpresa dio paso a la alegría, y luego al alivio al verla allí. Durante días había temido que su esposo hubiese averiguado qué sucedió entre ellos y la castigase por su culpa.

Miyako advirtió en el rostro de Diego sus sentimientos. Poco podía hacer para evitar que Masahiro también se diera cuenta de que su corazón y el del *gaijin* estaban unidos. El ministro la miró y asintió en silencio. Miyako era consciente de que conocía a Hiroyoki. También su carácter impetuoso, incapaz de aceptar que la era de los grandes guerreros había pasado. El *bushido* nada importaba si numerosos barcos occidentales, equipados con cañones modernos y soldados con armas de potencia superior invadían sus costas. El ministro sabía tan bien como ella que necesitaban tiempo para formar un ejército, tiempo para lidiar con la presión que esas potencias ejercían cada día. Pocos comprendían el peligro que acechaba al país. Hombres como su esposo, manipulados por otros como el señor de Mito, causarían muchos más problemas que los propios extranjeros. El ministro debía de ser consciente de que los *tozama*[156], entre los que se encontraban Hiroyoki y Mito, lo obligarían a abdicar de su puesto, pero hasta que llegase ese momento intentaría mantener al *bakufu* de una forma u otra. Debía conseguir la supremacía militar del *bakufu* y para ello había negociado con los holandeses la construcción de varios barcos de guerra. Sin embargo, Miyako pensó que su intención no sería solo comprar armamento a los extranjeros, sino construirlos ellos mismos. Por eso habían obligado a Hiroyoki a que ella lo acompañase. Abe Masahiro necesitaba a una persona que dominase los idiomas extranjeros. El problema era que Hiroyoki se opondría a esa labor. La señora Himura había contado a Miyako qué se decía entre el servicio del ministro. Parecía que ambicionaba iniciar un departamento de traducción de libros occidentales en el *bakufu* que abarcaran todos los temas que llevasen a su país a la modernización: medicina, armas e industria.

Miyako había ayudado a Hiroyoki a construir armas, pero siempre en su beneficio. Ahora que el *bakufu* requería de su servicio y parecía alejarse cada vez más su posibilidad de convertirse en un hombre importante, dudaba que accediera de buena gana a las peticiones de Abe Masahiro.

—Dama Kawaokura, agradezco que haya acompañado a su esposo y desempeñe una labor tan encomiable como la de traductor —dijo el ministro.

Ambos sabían que solo se trataban de palabras corteses. Miyako jamás había tenido la opción de negarse a aceptar la petición del ministro de actuar como intérprete y, por ahora, su esposo tampoco.

—Capitán Quesada, el ministro desea hablar con usted.

Diego asintió, pero consciente de que la mano derecha del sogún no entendía el castellano se atrevió a decir:

—Me alegra ver que te encuentras bien. —Luego añadió—: Dile que es un gran honor ser recibido por el caballero más importante del sogunato.

El halago hizo que Masahiro moviera la mano en señal de humildad, pero asintió complacido.

—No me andaré con rodeos, capitán. Deseamos construir una escuela naval en Nagasaki. Queremos que usted sea uno de los *sensei* de la escuela militar al estilo occidental que pretendemos instalar en Edo.

—¿Cuándo podré verte a solas? —preguntó Diego, fijando la vista en Masahiro, aunque las palabras estaban dirigidas a Miyako. Enseguida añadió—: Es un mérito que no merezco.

—Los informes sobre usted son excepcionales, además parece que es un hombre honorable. Sé que salvó a la dama Kawaokura de morir ahogada.

—Es demasiado peligroso —respondió ella y continuó con la traducción.

—He atravesado mares más devastadores que el peligro que supone tu marido. —Diego intentó controlar el tono, pero no pasó inadvertido para Masahiro. Ante la mirada de sorpresa del ministro, Diego se apresuró a inclinar el torso y decir—: Será un honor formar a sus hombres y ser parte de la escuela militar de Japón.

Cuando Miyako tradujo las palabras, Masahiro asintió complacido. A pesar de su posición, que lo había convertido en una persona manipuladora, intrigante y desconfiada, Miyako comprendió por su mirada que había reconocido a dos amantes. Ambos cruzaron las miradas. Miyako leyó en la del ministro su beneplácito. Suponía que aún no podía enfrentarse abiertamente a Hiroyoki, si bien ganaría la simpatía de su esposa si fomentaba su aventura.

—Dama Kawaokura, debo retirarme. Léale las condiciones de su

trabajo al capitán Quesada.

Los ojos de Miyako se aclararon lo suficiente como para delatar la emoción que esas palabras habían provocado en ella. Una mujer japonesa no se conduciría de ese modo tan vergonzante, pero a diferencia de cualquier otra por sus venas corría la sangre de una *gaijin*.

Miyako se inclinó respetuosamente y permaneció arrodillada con la cabeza gacha y las manos sobre el regazo mientras el ministro se marchaba. Diego no había obtenido el permiso de hacerlo y se mantuvo en su sitio hasta que la puerta se cerró tras la espalda de Masahiro. Entonces, como impulsado por un resorte se acercó a ella y la abrazó sin tener en cuenta el castigo que recibirían si eran sorprendidos. Enredó los dedos en su cabello que olía a tinta fresca, imaginó que había estado escribiendo hasta que Masahiro la hizo llamar. Besó sus párpados cerrados mientras la atraía con más ímpetu hacia él. Su estrecha cintura se perdía entre sus manos, pero era el único lugar al que deseaba aferrarse. Después besó sus mejillas rosadas y descendió hasta su cuello mordisqueando su piel, saboreando su esencia, guardando en su memoria cada instante que temía no volviera a repetirse. Después, se apartó un poco y fijó la mirada en sus pupilas, sonrió al verlas de un color aguamarina. Ella no había pronunciado una palabra, pero se sujetaba a su chaqueta como si se tratase de un salvavidas.

—Temo por ti —dijo Miyako, acariciando su mejilla.

Notó la barba que empezaba a crecer y su aroma. Era muy distinto al de cualquier otro, Diego olía a mares distantes.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó.

—No, desde que me salvaste en el río no me ha tocado.

Sus palabras supusieron cierto alivio para Diego, pero le costaba mantenerse al margen. Recordó su duelo con Rosales, ahora comprendía a todos esos hombres que se batían por una mujer. Él lo habría hecho hasta con los ojos cerrados por Miyako, si con ello la liberaba de las garras de su esposo.

Diego no supo qué más decir. Le avergonzaba y atormentaba no poder ayudarla, solo podía darle el consuelo de su amor. Se apoderó de sus labios con ardor y una violencia contenida. Luego se apartó para retener en la memoria el rostro de la mujer que el destino le impedía tener.

Ambos sabían que debían detenerse, que si eran descubiertos recibirían un duro castigo. Sin embargo, sus sentimientos los condujeron a la sinrazón. Ignoraron cualquier sentido de alarma y se entregaron a la pasión. Diego desanudó aprisa el *obi* de Miyako. La tela cayó sobre el tatami dejando abierto el kimono de la muchacha. No disponían de tiempo, además esta vez el mar que atravesaban

juntos era impetuoso y Diego era incapaz de controlar su oleaje. Miyako desabrochó los botones de su pantalón, y Diego se apresuró a bajárselos. Luego, ella lo obligó a tumbarse y se sentó a horcajadas sobre sus piernas, mientras le susurraba las palabras de un poema antiguo.

Casi sin aliento, pero consciente de que esas palabras debían de ser importantes para ella, Diego preguntó:

—¿Qué significan?

—Un amor sin fronteras me guía mientras cruzo buscándole en la oscuridad. Nadie me hará preguntas camino de los sueños[157].

Él permanecía en su interior, notaba su calidez, la humedad de su entrega y el amor que controlaba e impedía mostrar por miedo a las consecuencias.

—¿Solo seré un sueño para ti?

Ella no respondió, inició de nuevo su cabalgadura, esta vez con la fuerza de una guerrera, ávida e impetuosa. Miyako tomó su mano y lo obligó a ponérsela en la boca para acallar sus gemidos. Nada había aparte de ellos dos en un mundo que solo podía existir en sus sueños. Diego necesitó todo su autocontrol para silenciar el tumulto de pensamientos, sentimientos y sensaciones que ella le provocaba con sus palabras y sus actos.

La luz que iluminaba la habitación se reflejó en la blancura de sus pechos, en sus pezones rosados que se transparentaban bajo la débil tela del kimono interior y que Diego acariciaba con la mirada. De pronto, ella se tensó. Próxima al éxtasis, el español quería ver su rostro. Diego se incorporó, tomó su cara entre sus ásperas manos de marino y miró fijamente sus ojos. Ella se retorcía sobre él, intentando consumir su deseo, pero Diego quería prolongarlo un poco más para demostrarle que la realidad era mucho mejor que los sueños.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Miyako.

—Las lágrimas de tristeza de las sirenas se transforman en perlas —dijo con la voz enronquecida.

Diego la miraba a los ojos a la vez que notaba cómo el deseo húmedo de Miyako se volvía cada vez más hambriento.

—No son lágrimas tristes, sino de felicidad. Nunca me habían amado de esta manera —dijo, recordando los versos que le había escrito en la carta que quemó en Nagoya.

Todos ellos contenían palabras de amor, palabras de reencuentro, palabras que jamás podrían hacerse realidad. Palabras que se habían grabado en su corazón con letras de fuego.

—Esto solo es el principio —aseguró él, permitiéndole culminar su goce.

El cuerpo de Miyako se estremeció de placer. Diego bebió su último gemido, besando sus labios cuando ella temblaba al mismo

tiempo que se cobijaba entre sus brazos.

En el exterior, Masahiro había imaginado qué sucedería y ordenó al guardia que vigilaba:

—Nadie debe atravesar estas puertas. Y tus oídos serán testigos sordos de lo que ocurra en el interior, ¿entendido?

—*Hai*, Masahiro-san.

68

una boda inesperada

Edo (Japón), 6 de agosto de 1854
(Octavo mes del año séptimo de la era Kaei)

Pasaba la *hora del dragón*[158] cuando Yoshinobu convocó a sus dependencias privadas a Hiroyoki. El daimio de Kawaokura aguardaba impaciente saber el motivo por el cual lo había requerido tan temprano.

Un sirviente abrió la puerta y lo dejó entrar. Yoshinobu permanecía con las manos tras la espalda, mirando el jardín con el que se comunicaba la sala en la que lo recibiría. Era de estilo sencillo, sin adornos, sin nada que impidiese a aquel que lo contemplase distraer su mente en banalidades.

El joven vestía un kimono de tonalidades oscuras de mangas amplias que sujetaba a su cintura con un *kaku obi* gris. Se giró cuando la puerta volvió a cerrarse.

—¿Cómo está la dama Kawaokura después de su accidente?

—Muy bien, mi señor —respondió Hiroyoki con sequedad.

Yoshinobu asintió, pero advirtió que su pregunta no había gustado a su vasallo. Dejó pasar las desavenencias entre esposos y dijo:

—Pronto el sogún se casará.

La noticia sorprendió a Hiroyoki. De todos era sabida la situación del sogún, así que difícilmente concebiría un hijo.

—¿Quién será la afortunada?

—Es la hija adoptiva de un consejero amigo de Masahiro.

—Comprendo —afirmó Hiroyoki.

El ministro había permitido la unión para poder controlar a Iesada. Suponía que la muchacha era más una espía con la intención de manipular a su esposo, el sogún. Lo que descubriese, después se lo contaría a su padre y este a Masahiro. Imaginó que la chica sería lo suficientemente inteligente y capaz para lidiar con la madre de Iesada. También que su matrimonio era un sacrificio que tendría que realizar por el bien de la nación.

—Hemos sido invitados. Prepara todo lo necesario para la ocasión.

—Así se hará, mi señor.

Hiroyoki abandonó la estancia y se encaminó a su hogar. Debía anunciar a Miyako la noticia. Si su señor había sido invitado, ellos

también acudirían como parte del séquito de Yoshinobu. La encontró en su cuarto, delante de la mesa de escritura. Se había recogido las mangas del kimono con una lazada para que no se manchasen a la hora de esgrimir el pincel. De un vistazo reconoció que la caligrafía de su esposa era excelente: trazos firmes, pero delicados.

Ella alzó el rostro del papel cuando la puerta se abrió, una criada se hizo a un lado y lo dejó pasar.

Miyako apoyó el pincel en el soporte, con cuidado de no ensuciar el resto de papel. Aguardó arrodillada, con la cabeza gacha, como correspondía a una esposa, a la espera de que le dijera el motivo de su visita. Desde que estuvo a punto de ahogarse en el río, apenas se habían dirigido unas palabras.

—Nuestro señor Yoshinobu ha sido invitado a la boda del sogún —le anunció—. Prepara todo lo necesario.

—Así lo haré —respondió ella, fijando la mirada en él.

—Los *gaijin* también asistirán.

Por una vez, Miyako no disimuló su turbación al escuchar que el instructor acudiría a la ceremonia. Ibuki no le había informado de los encuentros que la bruja mantenía con el extranjero, pero no era el único que espiaba a la pareja. Aún no había llegado el momento de la venganza. Cuando llegase el día en que demostrase su auténtico valor, se convertiría en alguien importante para su clan y no lo haría gracias a su matrimonio.

VESTIDO CON SUS ropas más elegantes, algo que debía agradecer a Luisa, Diego era testigo del matrimonio del sogún con una joven de deslumbrante belleza. El atolondrado novio, por el contrario, miraba a todos lados, sin saber muy bien qué hacía allí y qué significaba el *san-san ku-do*, aunque no era el único. Diego tampoco comprendía qué significaba hasta que Miyako le dijo:

—Tres, tres, nueve veces.

Ese día, la muchacha vestía un kimono de tonalidades amarillas pálidas, habían bordado en el bajo diminutas flores de color rosa que la envolvían a su vez con pequeñas hojas verdes. El *obi* que rodeaba su cintura era del color del marfil. Varias flores de una blancura excepcional adornaban su cabellera negra. Diego recordó con una nitidez vívida la suavidad de esas guedejas entre sus dedos. Sus hermosos ojos brillaban y lo miraban sin vacilación.

—El novio y la novia beben vino de arroz tres veces de tres copas de distintos tamaños, por eso nueve veces.

Tras la ceremonia y el cambio de vestuario de los novios, se dispuso el banquete y cuando la situación se volvió más distendida,

Diego advirtió cómo un muchacho se acercaba a ellos, lo acompañaba Miyako. Debido a su origen, los extranjeros habían sido colocados a una distancia muy alejada de los novios respecto a la que ostentaba el daimio Kawaokura.

—Mi señor Yoshinobu se ha interesado por la labor que usted realiza para mi esposo —dijo Miyako en inglés.

—Agradezca al daimio su interés —se apresuró a decir Diego.

—Me gustaría enseñarle algunos de mis libros y saber la opinión de un marino experto —dijo el muchacho en inglés. Y añadió—: ¿Habla el idioma de los ingleses?

—Así es, mi señor.

—Entonces, será mucho más fácil que entienda sus explicaciones. —Luego observó al resto de invitados y dijo—: Ahora nadie advertirá que nos marchamos. —Después miró a Miyako y le preguntó—: ¿Le gustaría acompañarnos?

—Será un honor —respondió ella, asintiendo con una leve inclinación de la cabeza.

EN LA HABITACIÓN, alguien más vio el encuentro de su señor con los extranjeros. A Hiroyoki no le agradó que el muchacho que estaba destinado a convertirse en sogún, a comandar los ejércitos que expulsarían a los *gaijin* de sus tierras y rompería esos tratados tan denigrantes para el pueblo elegido por los dioses sonriese de esa manera al instructor. Debía conseguir que esa imagen de complacencia fuera desterrada, debía crear una mucho más fuerte, una en la que Yoshinobu fuera el nuevo comandante general de todos los ejércitos a su mando, y él estaría a su lado, como el chambelán que manejaría los hilos del poder en las sombras. Antes de que todo se arruinase por culpa de su esposa y ese español, comunicaría al señor de Mito las preferencias de su hijo. Él sabría cómo hacer que el joven se comportara como se esperaba de él.

Mito Nariaki lo obligaba a apuntar detalladamente cada uno de los actos y movimientos que realizaba su hijo. Al principio, a Hiroyoki dicho encargo no le pareció desleal, todo lo contrario, pero con el tiempo había conocido al muchacho y sentía que lo traicionaba, aunque su amistad con los extranjeros debía ser erradicada de raíz. Tras la ceremonia de la boda del sogún, unos días más tarde, Hiroyoki procedió a escribir una misiva al señor de Mito, contándole sus preocupaciones, pero fue sorprendido por Yoshinobu. En ese momento, su señor leyó en su rostro la traición.

—Déjame verlo —le pidió, extendiendo la mano.

Hiroyoki le entregó el cuaderno en el que apuntaba lo que su señor

hacía cada hora del día. Cuando el joven leyó su contenido comprendió quién le había encargado que lo hiciera.

—Mi señor, yo solo actúo por orden de su padre, y él solo desea su bien.

Yoshinobu apretó las hojas con rabia, pero no descargó su furia sobre él. En cambio, Hiroyoki habría deseado sentir el mortal acero a sus duras palabras.

—Kawaokura Hiroyoki, te consideraba un leal súbdito, si bien tu actitud se acerca peligrosamente a la traición.

El samurái se lanzó al suelo y suplicó su perdón, sin embargo, su señor abandonó la sala sin mirar una vez atrás.

Una semana después de la boda del sogún, Yoshinobu escribió a su padre una carta en la que le decía que se negaba a ser nombrado sogún. Además, nunca había existido realmente esa posibilidad que tachaba de habladurías infundadas.

Cuando terminó, llamó a Hiroyoki. Desde el día en que lo sorprendió espiándolo para su padre, no confiaba en él.

—Mi señor —dijo, postrándose.

—Quiero que esta carta sea enviada a mi padre.

—Yo la llevaré.

—¡No! —exclamó el joven. Y añadió—: Prefiero que la entregue la dama Kawaokura.

Hiroyoki no pudo negarse a su petición. No le agradaba que su futuro se encontrase en manos de su esposa, si bien no le quedó más remedio que aceptar la petición de Yoshinobu.

TRAS LA MARCHA de Miyako, dos días más tarde, Diego regresó a estudiar el encargo solicitado por Masahiro. Durante la noche contaba las horas hasta el amanecer pensando en ella y en el día se concentraba en preparar el aprendizaje de sus futuros alumnos en la escuela militar. Seis días más tarde, Kawaokura lo llamó a su presencia. Ignoraba qué podía decirle, dado que el daimio no hablaba ningún idioma extranjero y él un precario japonés. Sin la presencia de un traductor, Villalba haría de intérprete. Llevaba más tiempo en Japón y hablaba el idioma lo suficientemente bien para traducir la conversación.

Las habitaciones del daimio estaban adornadas con armas de diferentes estilos y antigüedad. Incluso había una armadura completa que llamó la atención de Diego. Era magnífica, sobre todo, el casco.

El daimio le ofreció sentarse en un taburete y él volvió a denegar su ofrecimiento. Kawaokura esbozó una sonrisa que se asemejó más a una breve mueca, luego una criada se apresuró a servir té a sus

invitados. Entre ellos había una especie de cuadrícula que no creía fuera superior a veinte centímetros. Varias piedras blancas y negras brillantes formaban un ejército que a Diego le recordó al ajedrez.

Villalba miró al daimio, quien le pidió que explicase las reglas del juego al instructor, luego le animó con un gesto de la mano a jugar una partida.

—El juego se llama *go* —dijo el profesor—. El objetivo es conquistar los territorios del oponente. Para lograrlo debe rodearlo con sus piedras. Gana el jugador que consiga más territorio.

—Un juego de guerra, más complejo que el ajedrez, porque las posibilidades son casi infinitas —dijo Diego más para sí que para Villalba. Tras un momento mirando el tablero, asintió y dijo—: Dígale al daimio que estaré encantado de aprender a jugar con tan experto maestro.

Cuando Villalba tradujo sus palabras, Hiroyoki asintió complacido. Varias horas más tarde venció a Diego.

—Esta victoria me sabe amarga —dijo el daimio, cuyas palabras tradujo Villalba—. No ha sido fácil de derrotar, incluso hubo un instante en el que creí que perdería. Teniendo en cuenta que era su primera partida, reconozco su inteligencia —terminó por decir, concediéndole la valía al esfuerzo realizado por el *gaijin* en un juego que no conocía.

—Gracias, señor Kawaokura —respondió Diego—. Ha sido un gran maestro.

Villalba traducía las palabras de ambos sin creer del todo que la actitud de uno y de otro fueran tan civilizadas, hasta que el daimio dijo:

—Quisiera comprobar cómo sería una lucha entre espadas occidentales y las nuestras.

Villalba comprendió de inmediato qué pretendía el daimio, sin embargo, tradujo sus palabras, y añadió algunas más.

—No acceda a su provocación. Invente una excusa como que sus katanas son muy superiores a nuestras espadas.

Diego fijó la vista en Kawaokura. Recordó las marcas en la piel de Miyako y, aunque la prudencia lo instaba a negarse, el amor lo indujo a aceptar el combate.

—Villalba, dígale que de acuerdo. También que el acero castellano es mejor que el de sus espadas.

El profesor lo miró sorprendido.

—No puedo decirle esas palabras… Temo que desenfunde su espada y nos corte la cabeza a ambos.

—¡Hágalo! —exclamó Diego con la voz ronca.

Tras la traducción, Kawaokura lo observó con atención. Durante un instante, el silencio los envolvió. La rabia del daimio se destilaba

en su mirada, después emitió una risa corta y seca, tan fría como la expresión con la que contemplaba al español.

Sin esperar el permiso del daimio para retirarse, Diego se puso en pie y se marchó del cuarto, seguido por un asustado Villalba.

69

lucha de poder

Edo (Japón), 17 de agosto de 1854
(Octavo mes del año séptimo de la era Kaei)

Después del baño, Diego se encontró varias prendas japonesas pulcramente dobladas. Entre ellas creyó reconocer un *fudoshi*[159] y un *hakana*[160]. Por una vez, decidió vestirse de aquella manera para enfrentarse a Kawaokura. Un sirviente se aseguró de ayudarle a ponérselas correctamente. Cuando terminó, hizo una inclinación respetuosa y salió de la habitación. En ese instante, Villalba entró en el cuarto, apenas disimulaba su rostro preocupado y turbado por la angustia.

—¡Se ha vuelto loco! —exclamó el profesor mientras se frotaba las manos, lleno de confusión.

—Profesor, solo es una exhibición.

Villalba lo miró con los ojos muy abiertos, con enorme ansiedad.

—Kawaokura odia a todos los extranjeros. No creo que se trate solo de una exhibición. No soy el único que ha visto lo que siente por su esposa —afirmó—. Además ya vio cómo cortaba la cabeza a un hombre por un simple error.

Diego guardó silencio. No era tan ingenuo como para ignorar a quién se enfrentaba, pero cuando lo retó a ese combate, vio en sus ojos que quería castigarlo e imaginaba al igual que el profesor que el motivo era Miyako.

—Creo que pretende convencer a ese muchacho de Yoshinobu de que los occidentales no somos tan honorables ni valientes como los japoneses —mintió, para tranquilizar a Villalba—. Y para demostrar su postura debe derrotarme. Solo es un niño que desea ser el líder del grupo.

Villalba alzó las manos, clamando al cielo.

—El Señor es testigo de que lo he intentado.

Después de sus palabras, Villalba se dirigió al patio de entrenamiento donde se celebraría la exhibición. Diego iría un instante más tarde. Cuando entró en el patio observó que varios samuráis y algunos daimios, incluido Yoshinobu, presenciarían el combate. El sol descendía y sería más un inconveniente que un aliado para los dos contrincantes.

La altivez de Kawaokura era manifiesta no solo por su actitud, sino también porque vestía una capa sin mangas de gran tamaño[161], usada por la mayoría en ocasiones formales, y esa no debería serlo, ya que se trataba de una simple exhibición. Esperaba paciente, arrodillado en el suelo. Diego observó cómo el profesor Villalba ocupaba un lugar alejado de los japoneses y comenzaba a rezar.

El tamaño de Diego parecía haber aumentado a causa de sus vestimentas. Su corpulencia le otorgaría ventaja al daimio, más flexible y delgado. Si bien, hasta que los dos aceros chocaran entre sí, nadie podría prever qué sucedería en realidad. La espada de acero castellano, perteneciente a la familia Kawaokura, era pesada y antigua. Salvo dos pistolas, Diego no había llevado a Japón ninguna otra arma y se vio en la obligación de aceptar esa reliquia.

Diego miró al hombre que más autoridad representaba en aquel lugar, que no era otro que Yoshinobu, se inclinó y volvió a su sitio. El silencio se extendió entre el público cuando Kawaokura se postró ante él, a continuación Diego respondió de igual modo. Luego, el samurái extrajo la katana de su vaina y la sujetó con las dos manos, iniciando un balanceo hacia delante y hacia atrás. Mientras tanto, Diego giró de izquierda a derecha su espada. Eso provocó que el acero silbara con cada movimiento.

Kawaokura intentó un ataque que Diego repelió con rapidez. El daimio pretendió varias veces herir su costado, sin embargo, él detenía cada tentativa con una estocada larga que ponía en guardia al samurái.

Durante un rato parecieron dos bailarines, ejercitando un baile sin mucha coordinación, hasta que Diego avanzó un par de pasos y tocó con su espada el pecho del daimio. Se retiró despacio y se inclinó ante Yoshinobu en señal de que la exhibición había terminado; pero Kawaokura se sentía tan humillado que profirió unas palabras que Diego no comprendió hasta que Villalba, desde el fondo, gritó:

—¡Aún no hemos acabado!

—Para ser una exhibición es más que suficiente —afirmó Diego con una sonrisa.

La ira invadió al daimio mientras la vergüenza lo consumía. Diego entendió que Kawaokura no podía permitir que aquel enfrentamiento terminase de aquella manera, menos aún, cuando sospechaba que su mujer se había convertido en su amante. Lo embistió y, entonces, Diego se vio en la obligación de retroceder un par de pasos, perdió el equilibrio y cayó al suelo. La exhibición había pasado a ser un combate en el que se jugaba la vida, un inesperado duelo en el que podía obtener la libertad de Miyako. Con rapidez se puso en pie, y tomó una postura defensiva. En el primer envite, consiguió rozar el hombro del daimio, a cambio, recibió un corte en el brazo derecho. La

sangre brotó de ambas heridas, manchando sus ropas. Después amenazó con su espada el pecho de Kawaokura, deteniéndose en seco. Si avanzaba más, lo mataría. Durante un instante el rostro del daimio desapareció para mostrarle el de Vázquez, demudado, con un rictus de dolor mirando con sus ojos de muerto, apagados y acusadores, a Diego. Como fugaces haces de luz, los recuerdos se cruzaron en su mente, rápidos y violentos, haciendo que el miedo a dejarse llevar por sus ansias de matar lo ayudase más a caminar hacia el infierno de los remordimientos y la culpa. Ni siquiera un premio como obtener a Miyako le permitió conseguir la libertad para ambos si con ello debía matar de nuevo. Había creído que podría enfrentarse a esos demonios del pasado y hallar el camino de la redención, pero se equivocaba.

Incomprensiblemente para nadie en aquel patio de quienes contemplaban la lucha entre los dos hombres, Diego retiró la espada, momento que aprovechó Kawaokura para abalanzarse sobre él. El primer tajo solo rozó su clavícula, la sangre brotó de inmediato y Diego cayó arrodillado al suelo. El samurái levantó de nuevo la katana para propinar un segundo corte en el cuello que sería mortal. Varios samuráis se pusieron en pie, incluido Yoshinobu, quién gritó a su vasallo:

—¡Basta!

Kawaokura jadeaba por el esfuerzo, mientras Diego permanecía de rodillas, con la cabeza gacha, esperando la muerte. La voz de Yoshinobu traspasó la rabia que parecía dominar al daimio Kawaokura y detuvo su espada a tiempo. Miró a su señor sin entender por qué lo detenía, aun así, obedeció sus palabras.

—Daimio Kawaokura, hoy has demostrado que el acero japonés es muy superior al occidental. Pero será mejor que detengamos el combate, si no queremos quedarnos sin instructor.

Kawaokura aceptó la orden, inclinó la cabeza y realizó el *chiburi*[162] antes de guardar su espada en la vaina.

EN SU CUARTO, dentro del castillo de Edo, Diego fue atendido por un médico. Durante su curación Villalba no se retiraba de su lado ni de día ni de noche. No confiaba en que el daimio, viendo solo a su compatriota, terminase el trabajo que había impedido Yoshinobu. Al segundo día, el cansancio en Villalba era manifiesto, así que el sueño lo venció por completo. Inquieto y esperando en duermevela el amanecer, creyó ver una figura en la habitación. Casi se murió del susto, hasta que reconoció al samurái del que alguna vez le había hablado la señora Miyako. El joven que la salvó de un grupo de rufianes siendo niña. Durante un instante lo miró sin pronunciar una

palabra, luego en japonés le dijo:

—*Ibuki-sama*, ¿qué hace aquí?

El *rōnin* volvió a fumar de la pipa que llevaba, sin responder. Permanecía en el suelo, apoyaba la espalda en la pared y uno de sus brazos descansaba en una de sus rodillas. Se mantuvo en silencio hasta que Diego se despertó.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Villalba.

—Como si me hubieran despiezado miembro a miembro —consiguió decir mientras el profesor lo ayudaba a incorporarse.

Después le dio té, que Diego rechazó con disgusto.

—Gracias profesor, pero no necesito té, sino un buen brandy o coñac, algo que no encontraré en Edo.

Ibuki salió de la penumbra en la que se ocultaba. Diego supuso que el *rōnin* sabía bien qué era recibir un corte de una katana. El guerrero tomó una pequeña cantimplora de madera y se la ofreció sin decir nada más. Diego comprendió sin palabras que fuera lo que fuese, sería mejor brebaje que el té de Villalba y lo bebió de un trago.

—¡Es fuerte! —exclamó, ahogándose.

—*Sochu*[163].

—¡No debería beber alcohol! —le regañó Villalba.

—Querido profesor, ahora mismo es lo único que puedo tragar —aseguró Diego, bebiendo de nuevo.

Ibuki lo observó con más atención. Diego se tocó la cara, su barba había crecido, ahora llevaba el pelo algo más largo que el día en que lo conoció. También su robustez y corpulencia le hacían parecer un hombre capaz de resistir cualquier sufrimiento, sin embargo, retiró la mirada para que el *rōnin* no viera en sus ojos oscuros una sombra de culpa, de arrepentimiento y de vergüenza.

—Agradezco su visita —dijo Diego en japonés.

Ibuki ignoró las palabras de cortesía y mantuvo clavada la mirada en él, como si quisiera ver en su interior.

—¿Por qué perdió el combate?

Diego se removió incómodo y volvió a retirar su mirada del *rōnin* con rapidez.

—El daimio Kawaokura fue mejor con la espada.

Ibuki chasqueó la lengua y esbozó una sonrisa burlona.

—R*youyaku wa kuchi ni nigashi*[164] —afirmó. Diego miró a Villalba para que tradujera sus palabras, pero el profesor encogió los hombros en señal de incomprensión. El *rōnin,* al entender que ninguno de ellos había descifrado sus palabras, dijo—: Era mejor espadachín que Kawaokura. No conozco las reglas de la espada occidental, pero reconozco a un buen rival si lo veo. Movía su espada de manera que no heriría a Kawaokura. Usted es mejor espadachín —insistió el *rōnin*, y se puso en pie. A continuación, inclinó el torso y dijo—: Espero no

tener que enfrentarme a usted. La lucha que he visto solo era una pantomima. Estoy seguro que es un hombre difícil de derrotar con una espada. También sospecho que es un hombre que no teme a la muerte, pero teme matar —guardó silencio un instante y añadió—: Un camino extraño para un soldado.

Diego asintió con la cabeza. Reconoció a su pesar que el *rōnin* se había abierto paso en su interior casi más que él mismo.

MIYAKO DESMONTÓ DEL caballo y dio las riendas a Iko. Ambos observaron el *shiro*[165] del señor de Mito con la luz del atardecer. De inmediato entendieron por qué se decía que el señor de Mito había convertido su hogar en una fortaleza imposible de franquear que resultaba amenazante. Cuando atravesaron las puertas, los guardias se inclinaron con respeto en el momento en que Iko les enseñó el emblema de la casa Kawaokura y también el de la casa de Mito. Sin demora, Miyako fue conducida al *donjon*[166].

—No me gusta esta gente —dijo en un susurro la señora Himura a Miyako—. Algunos de estos ignorantes sirvientes con mirada aviesa creen que es una encarnación de una *yūrei*[167].

Miyako la miró con reprobación, pero con una sonrisa de aceptación. A ella tampoco le agradaba aquel lugar. En verdad, no solo el exterior mostraba un aspecto amenazante, el interior también parecía más propicio para su defensa que para vivir. Cuando dos sirvientas abrieron las puertas correderas, entraron a un cuarto de amplias dimensiones, el suelo estaba formado por seis tatamis[168] y en una esquina había un *oshüre*[169]. Las paredes se habían decorado con una simple pintura que representaba una batalla sangrienta entre diferentes clanes guerreros.

La señora Himura pasó el dedo por los tatamis.

—Al menos están limpios —dijo más tranquila.

Después se apresuró a pedir a las criadas que aguardaban en la puerta que preparasen el baño a su señora. Además, exigió que trajeran cuanto antes su equipaje. En el instante en que las criadas se dispusieron a cumplir la orden, un hombre, un *shobashu*[170], se presentó ante ellas. Su piel exhibía una blancura cadavérica que asustó a la señora Himura, quien se retiró unos pasos y se posicionó en el lugar que le correspondía a una sirvienta al servicio de la casa Kawaokura. En cambio, el hombre se inclinó ante Miyako con deferencia.

—Mi daimio espera que se encuentre cómoda en su hogar. Esta noche le gustaría que cenase con él, si no está demasiado cansada por el viaje.

Miyako sonrió conforme. Pretendía acabar lo antes posible con su misión y regresar a Edo.

—Dígale a su señor que estaré sumamente complacida de que dedique su tiempo a mi humilde persona.

—A mi señor le place su visita —dijo y añadió—: Comprendería que en *hazuki*[171] se reuniera con su familia para contemplar las hojas caer de los árboles.

Miyako agachó la cabeza con sumisión. El chambelán intentaba que le explicase los motivos de su visita, si bien solo se los daría en persona al daimio. No entregaría a nadie más la carta. Hiroyoki había sido muy claro al respecto. Ignoraba qué decía, pero la había escrito Yoshinobu y ella creía en la inteligencia e integridad del muchacho.

—El daimio lleva razón, pero pasaba por la región y deseaba ver al antiguo amigo de mi padre con el que una vez compartí unas palabras. Agradezca al daimio su generosidad.

Cuando el chambelán salió del cuarto, la señora Himura recuperó la respiración y dijo:

—Ese hombre me ha parecido un *kyonshii*[172].

A LA HORA de la cena, Miyako aguardaba en su cuarto a que le permitieran reunirse con el daimio. La señora Himura le había adornado el cabello con una peina de coral rojo, vestía un kimono de color celeste con flores blancas bordadas en el bajo. Un *obi* en una tonalidad marfil ajustaba el kimono de seda a su cuerpo. Era veraniego, pero aun así necesitó de su abanico para aplacar el calor.

—Tengo un mal presentimiento, mi señora —le dijo la señora Himura.

—No te preocupes, no voy a enfrentarme a un ejército.

La mujer miró a Miyako y se aproximó a ella para susurrarle:

—No puede ignorar la fama del señor de Mito.

Miyako asintió ante sus palabras. No olvidaba lo que se decía de él al respecto. Ella era una *onna-bugeisha*, así que esperaba que el señor de Mito se comportase con la debida deferencia, pero ante la posibilidad de que todos aquellos rumores fueran ciertos, se guardó un *tantō* en su *obi.* La había forjado un armador de espadas, siguiendo las instrucciones de su maestro de katana. Más corta que un *tantō* tradicional, tenía una empuñadura plana que apenas se percibía entre sus ropas.

—Recoge todas nuestras pertenencias y avisa a Iko por si viajamos esta noche —advirtió a la señora Himura.

La conversación se vio interrumpida por el chambelán, quien le pidió con una amabilidad fría que lo acompañase. Tras atravesar

pasillos estrechos que impedían a más de tres hombres cruzarlos sin tropezar y estancias cerradas, llegaron a los aposentos del daimio. Una habitación en la que solo había varias *kakejiku*[173] de un paisaje con una cascada, el resto eran caligrafías en las que se ensalzaba el código samurái.

Miyako se inclinó de manera respetuosa ante el daimio, quien le indicó con una mano que tomara asiento frente a él. A los dos los separaba una *kotatsu*[174] sobre la que se había dispuesto la cena. Varios platillos con arroz hervido, verduras, frituras de pescado, *makis* de atún rojo e incluso algunos pastelillos que se habían servido desprendían un olor delicioso.

—Espero que su esposo y mi hijo se encuentren bien de salud.

El daimio vestía un simple y*ukata*[175] de verano.

—Así es, mi señor —respondió con la voz neutra.

El daimio la había sorprendido al quedarse a solas con ella en la habitación. Ningún sirviente los atendería esa noche, así que Miyako recordó las palabras de la señora Himura.

—Mi hijo no debió molestarla de esta manera, aunque me alegra su presencia en mi hogar. Aún recuerdo aquella cena y sus palabras acaloradas. ¿Sigue pensando lo mismo o el matrimonio ha aplacado su espíritu?

Miyako clavó la mirada en el señor de Mito, salvo delante de Diego, nunca podía plantear sus ideas con profundidad.

—Pienso de igual manera—dijo y afirmó—: Iniciaremos una guerra en la que estamos destinados a perder.

—Conociendo a su esposo, supongo que sus palabras son motivo de discordia.

—No me atrevería a dar mi humilde opinión a mi esposo —se apresuró a decir. Y añadió—: Su hijo me pidió que le entregase esta carta en su nombre.

Miyako extrajo del *obi* la carta de Yoshinobu, luego permaneció con la cabeza gacha y las manos sobre su regazo en silencio, mientras el daimio leía la misiva. Durante un instante su rostro mostró la ira que le provocaban las palabras de su hijo, pero disimuló sus emociones bajo una sonrisa ladeada. Después arrugó la carta, la colocó en un cuenco vacío y volcó té, haciendo que la tinta se desdibujara y la caligrafía perfecta de Yoshinobu desapareciera por completo.

—Mi señor, me gustaría retirarme. El viaje ha sido agotador.

—Yo puedo quitarle el cansancio —dijo, y Miyako volvió a recordar la advertencia de la señora Himura.

—Será mejor que me marche.

—Es una noche tan bella y tan propicia para el amor.

Miyako fijó la mirada en Mito, sus ojos se habían oscurecido y exhibían su súbita furia. Aun así intentó apaciguar la lujuria del

daimio.

—Mi señor, una mujer casada siempre tiene noches propicias para el amor, pero solo con su esposo.

Mito emitió una carcajada, apartó la mesa y los platillos de comida cayeron sobre el tatami. En ese momento Miyako comprendió que los rumores eran ciertos. Cuando las manos del daimio rodearon su talle y su boca quiso apoderarse de la suya, Miyako sacó su *tantō* y presionó su garganta, deteniéndolo de inmediato.

—Me retiraré a descansar y olvidaremos lo sucedido esta noche.

—No puedo olvidar sus ojos apasionados —insistió el daimio, incapaz de creer que una muchacha como ella supiera manejar un arma como ese *tantō*. Y añadió—: Mejor guarde el puñal, puede hacerse daño.

Miyako presionó más la garganta del daimio y, esta vez, el padre de Yoshinobu comprendió que hablaba en serio. Su rostro evidenció primero la sorpresa, después la ira. No estaba acostumbrado a que una mujer lo amenazase de aquella manera. Intentó desarmarla, pero a esas alturas Miyako supo que debía ganar tiempo si quería salir de una pieza. No lograría nada por la fuerza. Él la superaría y, posiblemente, disfrutaría haciéndolo; tampoco nadie la ayudaría a escapar de ese hombre. Además, el señor de Mito sabía que no podía matarlo, eso desencadenaría la desgracia para su clan. Así que el padre de Yoshinobu exhibió una sonrisa de triunfo y le subió el kimono hasta las caderas, sin dejar de besar su cuello. El daimio creyó que había cedido a sus peticiones. Pero con el rabillo del ojo, Miyako había visto que una de las teteras no se había derramado cuando el daimio apartó la mesa que los separaba. Alargó el brazo, y el calor que aún conservaba la cerámica le quemó la palma de la mano, pero no le importó, casi se sintió orgullosa del dolor, ya que tenía un medio con el que defenderse. Volcó el té hirviendo en la entrepierna del daimio, quien la soltó de inmediato, retorciéndose de dolor.

—¡Maldita bruja! *¡Tasuke! ¡Tasuke!*[176]

Miyako se apresuró a abandonar el cuarto e ignoró las palabras del daimio. El temor a que la apresaran la indujo a correr con todas sus fuerzas. Algunos criados aparecieron por los pasillos y las estancias al oír los gritos de su señor, así que no se fijaron demasiado en ella, que se abría paso a empujones. Había memorizado el camino de regreso a sus aposentos, donde se encontraba la señora Himura, quien mucho más precavida que su señora había insistido a Iko en que preparase los caballos.

—Merece la muerte —afirmó Iko cuando vio su mano herida, sus ropas desordenadas y su rostro enrojecido.

El samurái apretó la empuñadura de la katana y se encaminó a enfrentarse al daimio.

—¡Iko, detente! —gritó Miyako.

El joven samurái se giró y la miró sin comprender.

—Te ha ofendido terriblemente —dijo tuteándola, olvidando la diferencia de clases que los separaba.

—Si mueres, siempre me sentiré culpable de tu muerte.

—Soy un samurái… debo defender tu honor.

—Soy tu señora, solo has de obedecer mis órdenes.

—No puedes… —dijo el muchacho apretando la boca.

—Puedo, Iko, y lo haré. Debemos partir cuanto antes.

El samurái asintió con una mirada fría y repleta de ira. El corazón de Miyako ardía de rabia. Ella misma hubiera degollado al daimio cuando tuvo la ocasión, pero no solo podía pensar en sí misma, sino también en su clan. Desconocía las consecuencias de su acto, pero el daimio no podía dar a conocer que había querido forzar a la mujer de su propio vasallo, quien le había llevado una misiva de parte de su hijo. Ahora necesitaba más que nunca la lealtad de los otros daimios. Una cosa era acosar a la servidumbre o a mujeres de baja cuna y otra a las hijas y esposas de daimios. Si trascendía la muerte de un vasallo del clan Kawaokura por defender el honor de su señora, todo saldría a la luz. Miyako no solo perdería a un querido amigo, también arruinarían el honor de la familia Mito. Era mejor que la dama en cuestión se marchase cuanto antes del castillo y ambos olvidasen tan desafortunado encuentro.

UN AJETREO INUSUAL despertó a Hiroyoki durante la noche. Escuchó la voz de los criados, pasos rápidos y el correr de la puerta de los aposentos de su esposa. Se puso en pie y se encaminó a sus estancias. No la esperaba hasta dentro de un par de días y no imaginó el motivo por el que había adelantado su llegada.

Las criadas se inclinaron respetuosamente y se retiraron del cuarto, incluso la señora Himura se marchó cuando vio entrar al daimio.

—¿Por qué has regresado tan pronto? —preguntó directamente Kawaokura.

Al mirar a Miyako vio en ella un sutil cambio en su expresión y en sus ojos. Aún vestía sus polvorientas ropas de viaje y parecía cansada, como si no hubiese dormido en días.

—El señor de Mito quiso forzarme —dijo sin más—. Los acontecimientos son demasiado graves para que nuestras diferencias se interpongan en el honor del clan Kawaokura.

Hiroyoki supuso que Miyako creía que mostraría un poco de comprensión por lo sucedido. En cambio, solo pudo mirarla con desprecio. Estaba seguro de que era la culpable de que un hombre

como el señor de Mito la hubiese atacado de aquella forma.

—¡No mientas! —exclamó sin poder creerla, aunque conocía bien la fama de su señor con respecto a las mujeres.

Cualquier samurái y esposo habría reclamado batirse con las espadas al hombre que hubiese atacado a su esposa. Su afrenta no atentaba solo contra la mujer, también contra su propiedad, además de ofender el honor de su clan. Iko, al ser un samurái, habría debido justificar su combate; en cambio, entre daimios, nadie pediría explicaciones sobre cuáles eran los motivos de su enemistad; pero Hiroyoki no podía oponerse al hombre que salvaría Japón de la invasión de los *monos blancos*.

Miyako lo miró con una gran tristeza, desolada y, a la vez, indignada porque no creyera sus palabras.

—Es cierto…

—Si el señor de Mito ha actuado de esta manera es porque lo habrás incitado a ello.

—Durante mucho tiempo he intentado cumplir tu voluntad, siendo una buena esposa del nuevo daimio Kawaokura, y me lo pagas de esa forma: convirtiéndome en una simple prostituta. Jamás te perdonaré tu traición.

Por una vez, Hiroyoki sintió vergüenza delante de ella. Sabía que procedía en contra de cualquier principio samurái, pero las vidas de ninguno de ellos era importante, solo y exclusivamente el futuro inmediato que pronto ambos verían y que amenazaba con destruirlos.

Ante su silencio, Miyako con voz fría y distante dijo:

—Me gustaría cambiarme.

Hiroyoki asintió y salió del cuarto.

MIYAKO SE CAMBIÓ deprisa y se puso un *dainashi*[177], tomó el emblema de la señora Himura y se encaminó a la puerta por la que salía la servidumbre de la fortaleza de Edo. Necesitaba escapar de aquel vacío en el que se había convertido su vida. Pensó en Diego, pero sabía que se encontraba en el castillo de Edo, donde algunos de los instructores vivían. Se cubrió el rostro con un sombrero ancho que le tapó la mitad de su cara.

—¿Dónde vas a estas horas? —le preguntó uno de los guardias—. Ya no se puede salir de la fortaleza.

Miyako no había contado con el cierre de las puertas hasta que a su espalda escuchó la voz de Iko.

—¿Qué sucede?

—Esta criada pide salir a estas horas.

—¿Por qué? —preguntó Iko.

Miyako se dio la vuelta y alzó el rostro. Ella le rogó con la mirada que no la detuviera e Iko asintió ante su petición.

—Mi señora Kawaokura desea que haga un recado.

Tan solo pronunciar su nombre hizo que los hombres se miraran unos a otros. A nadie le gustaba enfrentarse a una mujer de la que se decía que era una bruja.

—Déjala pasar —ordenó Iko.

—Gracias, señor —respondió Miyako.

En medio de la oscuridad, a cierta distancia de la puerta, Iko se acercó a ella y le susurró unas palabras al oído:

—Ten cuidado…

—Lo tendré.

—Podría acompañarte.

—No, Iko. No deseo la compañía de nadie.

—¿Ni siquiera la del *gaijin*? —se atrevió a decir.

—El capitán es mi amante —afirmó sin duda, remordimiento o vergüenza.

Iko asintió con la mirada fría y la dejó marchar.

Cuando apenas veía la torre de homenaje del castillo, Miyako sintió la presencia de alguien más seguir sus pasos. Iko no desobedecería sus órdenes, así que imaginó que se trataba de Ibuki. También había escuchado su conversación con Kawaokura. La respuesta de Hiroyoki era despreciable, pero entendía que no actuase contra el señor de Mito. Su ambición era muy superior a su honorabilidad. Era verdad que el tiempo de los samuráis había pasado, muy pronto solo serían un recuerdo en la memoria de las gentes.

Ibuki le permitió dar rienda suelta a su frustración recorriendo las calles de Edo. Esta vez no se interpuso en su camino, aunque ella era consciente de que la vigilaba de cerca. Siguió sus pasos hasta Yoshiwara. Miyako esbozó una sonrisa ladeada al pensar en él. Al contrario que en Nagoya, ahora no era una niña a la que el *rōnin* debía defender, sino una mujer furiosa.

70

la mujer pirata

Mares de Borneo (Indonesia), 22 de agosto de 1854

Casi dos años más tarde desde su huida del fortín de Balanguingui

Eva apoyó el cuerpo sobre la baranda del barco. El Mártires del Tonkín era una goleta de cuatro palos, tripulada por una treintena de filipinos, cuyo mando era ejercido por el capitán don Carlos, un español de ascendencia italiana.

El viento agitó el cabello oscuro de Eva, se lo retiró de los ojos y admiró una vez más la inmensidad de las aguas por las que navegaban. En esa ocasión habían liberado a diez esclavos de los piratas malayos sin derramar una gota de sangre, pero no siempre sería de ese modo. Sus desacuerdos con don Carlos quedaban en palabras; mientras fuese el capitán, acataría sus órdenes. Le debía la vida. Alzó los ojos y vio una gaviota sobrevolar la goleta. Entonces, la voz de uno de los marineros la distrajo de sus pensamientos.

—El capitán quiere verte.

Había trabajado muy duro para que los hombres la respetaran. Al principio, creyeron que era la querida del capitán, aunque nada más lejos de la realidad. Era cierto que don Carlos la encontró en un lupanar de una de las islas del mar de China. Su suerte había sido desgraciada desde que abandonó a Diego. Escapar del fuerte de Balanguingui no supuso un problema, pero cuando intentó llegar a su aldea, los piratas malayos la capturaron, y la embarcaron para venderla junto con otras mujeres. La mitad de ellas murieron, el resto sobrevivió en pésimas condiciones. En el puerto las condujeron al mercado de esclavos, donde había hombres de todas las islas que las contemplaban con lujuria y desprecio. Por su aspecto espigado, por su larga melena y su mirada fiera era la que más interés despertó entre los potenciales clientes.

—¡Esa! —gritó un hombre de baja estatura, cuya mirada dura había hecho que las otras retrocedieran asustadas.

Era el dueño de uno de los burdeles más grandes de la isla, también el que trataba a las mujeres con más crueldad.

Uno de los piratas le bajó la ropa y mostró sus pechos, después le abrió la boca para que enseñase los dientes.

—Es joven, fuerte y sana, pero cuidado con ella —dijo el malayo, empujándola.

El empellón la hizo trastabillar y cayó de rodillas a los pies de ese bastardo.

—¿Por qué? —preguntó el cliente.

El hombre de mirada de escarcha alzó la barbilla de Eva con la vaina de su puñal.

—Ha mordido a uno de mis hombres. Si no la hubiéramos separado de él, le habría arrancado el brazo —dijo a modo de explicación, cuando su cliente señaló el morado de su ojo.

—Una salvaje.

—Pero lo bastante guapa como para domarla.

El cliente asintió y se zanjó la compra. Fue cargada en un carro junto con otras dos mujeres y llevada a un burdel cerca del puerto. La primera semana la pasó encerrada en un cuarto a oscuras y apenas sin comida, tan solo le daban un poco de agua y un trozo de pan duro. Después, su dueño se acercó a ella y le lanzó un vestido.

—Puedes seguir aquí y morir, o salir fuera y vivir.

Eva permaneció sentada en las sombras y, durante un instante, no pronunció una palabra. Barajó la posibilidad de morir, pero pensó en Diego y en su promesa de volver a verlo. Tomó las ropas y se puso en pie.

—Buena chica.

En las siguientes semanas recibió a los clientes en un cuartucho que las chicas usaban por turnos. Había intentado huir en más de una ocasión y las consecuencias habían sido nefastas para ella, pero no se rendiría. El dueño también lo sabía y se aseguraba de vigilarla mientras trabajaba. Después, en las escasas horas de la mañana en que se cerraba el burdel, la ataba con una cadena a una estaca de madera para que no huyese.

El día en que conoció a don Carlos, ya había perdido toda esperanza de ser libre. Se acostaba con los hombres, sin distinguir sus rostros, su procedencia ni cuánto tiempo estaban con ella.

Don Carlos entró en el lupanar, porque uno de sus marineros le había hablado de una salvaje joloana a la que ataban con una cadena como si fuera un perro. El español tenía la cara curtida por el sol y una mirada compasiva. Eva dio un paso adelante y fijó la vista en él, advirtiendo por primera vez la presencia del marino.

—¿La habéis drogado? —preguntó al ver su vacía mirada.

—Es necesario —explicó el dueño. Y añadió—: Ha intentado escapar tres veces y casi mata a dos de nuestros clientes.

—¿Cuánto pides por ella?

—No está en venta —afirmó, aunque miró con ojos inquisitivos, evaluando cuánto podría sacar por esa salvaje a ese español.

Don Carlos extrajo de entre sus ropas una bolsa y se la lanzó al dueño del burdel. Este sopesó con una mano el peso y concluyó que la cantidad pagaba con creces el precio de esa zorra. Pronto no le serviría de nada.

—Es suya.

Don Carlos la agarró del brazo y la condujo con mansedumbre hasta su navío. Allí la encerró en un cuarto pequeño, con un ojo de buey. Sabía que debía sufrir los efectos que la abstinencia de la droga provocaría en ella. El marino había visto demasiados ciudadanos chinos aquejados de la locura del opio.

Desde el día en que don Carlos la compró, ella había viajado en su goleta. Cuando se recuperó lo suficiente realizó los mismos trabajos que cualquier otro de los marinos. Al principio desconfió del capitán. Quizás aquella amabilidad no era más que una estrategia para ganarse su confianza y usarla como habían hecho con ella en el burdel. Pero entonces, uno de los marinos quiso forzarla y don Carlos lo castigó con veinte azotes. Después nadie más se atrevió a desobedecer al capitán y su orden de respetarla, salvo el día en que Dailo, el segundo al mando de Don Carlos, casi la mató.

Eva se acarició la cicatriz de su cuello, que demostraba que era parte de la tripulación de esa nao con pleno derecho. Golpeó la puerta del camarote del capitán, desechando los recuerdos y concentrándose en saber qué quería don Carlos de ella.

—Eva, adelante.

Sentado ante el escritorio, que había sido atornillado al suelo, el viejo marino contemplaba un par de mapas. Al verla entrar, sonrió con satisfacción. No hacía mucho le había hecho una confesión sobre qué pensaba de ella. Eva aún recordaba sus palabras: «Eres una mujer decidida y valiente, capaz de conquistar un mundo si te lo propones. Tras haber pasado dos años desde que te encontré, apenas me has contado nada acontecido en tu vida anterior a ese día. De todos los miembros de mi tripulación eres la más competente, también la más sanguinaria».

Don Carlos tenía razón y se lo demostró el día que descubrieron en una de las islas malayas a un grupo de piratas. Habían atacado una aldea y esclavizado a una docena de mujeres y niños. Don Carlos intentó comprarlos, pero no cedieron. Tanto Dailo, su segundo al mando y un antiguo esclavo liberado, como el capitán comprendieron que sería tarea imposible convencerlos y, menos aún, enfrentarse a ellos. El jefe del grupo era un conocido pirata que sabía tratar con los occidentales. Quería más dinero y, en ese momento, el capitán carecía de él. En las negociaciones ella lo acompañaba. En la distancia observó a varios niños, tal vez de la edad que ahora podía tener su hijo. Pensaba poco en ello, pero ese día el odio por que se lo hubieran

arrebatado de su lado la hizo tomar una decisión que podría haber costado la vida a todos los miembros de la tripulación del Mártires del Tonkín.

Durante la noche, Eva bajó del barco y nadó a la orilla. Llevaba un par de puñales en la cintura. Se acercó al lugar donde los piratas habían instalado su campamento. Solo necesitaba matar a uno de ellos y todo acabaría. Sigilosa como un espectro se adentró en la tienda donde dormía el jefe de los piratas. A su lado, yacía una muchacha. La había forzado y gemía de miedo y dolor. Eva le indicó con un gesto de los dedos que guardara silencio y con la cabeza que abandonase la tienda. Después ella se aproximó al pirata, acercó su puñal a su cuello y lo rajó con un movimiento de izquierda a derecha. Durante un instante el malayo abrió los ojos, y un horror inhumano inundó su rostro, consciente de que esa noche visitaría el más allá. Eva le tapó la boca con la mano. Percibió el olor a sangre fresca, aún caliente.

Tras su ejecución o asesinato, en realidad, don Carlos no sabía bien cómo considerar su actuación, Eva volvió al barco. Al día siguiente, uno de los piratas solicitó hablar con el capitán. Habían cambiado de opinión y decidido, finalmente, venderles los esclavos. Al contrario que su capitán, que había muerto a manos de uno de sus hombres aunque se desconocía la identidad del asesino, aceptaba la cantidad ofrecida.

Lejos de negarlo, Eva dejó que don Carlos viera en su semblante el reconocimiento de lo que había hecho.

—Siéntate —le pidió don Carlos.

La joven permaneció de pie. El capitán no lo tomó como una sublevación, sino más bien como una muestra de su propia libertad.

—Por favor, Eva, me duele el cuello —dijo para convencerla.

Ella se sentó y sus miradas quedaron frente a frente.

—¿Por qué querías verme?

—Cuando lleguemos a Manila, debo marchar a Roma. Ya no tenemos dinero suficiente para liberar a más esclavos.

—Hay otras maneras.

Don Carlos la miró con dureza, le costaba tolerar su parte violenta. Estaba segura de que la comprendía e imaginaba todo lo que había sufrido, pero en la mentalidad de ese hombre blanco nada justificaba matar a otro si podía evitarse.

—Conseguiré el dinero ahora que tengo audiencia con el papa[178].

—¿Eso qué tiene que ver conmigo?

—En mi ausencia, tú serás la capitana del Mártires de Tonkín.

Eva no mostró un atisbo de sorpresa o interés, solo asintió con la cabeza a las palabras del capitán.

—Dailo no lo aceptará.

Don Carlos dio un par de caladas a su pipa antes de proseguir:

—Deberás ganarte su confianza o nunca serás una buena capitana.

Eva se rozó con la yema de los dedos la cicatriz que Dailo le hizo con un cuchillo. Ese día habían liberado a diez esclavos en una de las islas de Borneo. Don Carlos congregó en cubierta a la tripulación y a los esclavos. Rezaba al dios de los cristianos, mientras Dailo y ella observaban la escena en silencio, aunque sin participar en las plegarias del capitán.

—No vuelvas a darle órdenes a mis hombres —dijo a Eva, grosero.

Dailo era un filipino de tez oscura, esbelto, con una mirada penetrante y desconfiada.

—No son tus hombres, sino los de don Carlos.

Él se giró y se acercó a ella. Eva podía oler el *tuak*[179] que había bebido esa mañana y, por lo que notó, más de la cuenta.

—Pronto serán los míos y cuando llegue ese día, tú solo servirás para divertirme.

Eva arrugó la nariz y enseñó los dientes a la vez que la ira ascendía por su interior. Con una calma engañosa se sujetó la cabellera con una daga. Después, sin controlar sus impulsos, desenfundó su puñal y Dailo el suyo. El ruido que provocaron con su pelea alertó a don Carlos, que detuvo los rezos. En ese momento, la tripulación consideró que el espectáculo de Eva y Dailo era más entretenido que las oraciones del capitán y formaron un corrillo a su alrededor. Algunos jaleaban a Dailo, y otros a Eva. El capitán gritó que se detuviese la pelea, pero ninguno de los dos escuchó su orden.

Dailo empuñaba su arma y se defendía con el antebrazo. No era la primera pelea que ganaba y las cicatrices que señalaban su piel así lo demostraban. Eva sabía que el cuchillo era un arma traidora, lo mismo que avanzaba retrocedía y en el proceso los cortes eran inevitables. El filipino adelantó un paso e hirió su antebrazo, durante un instante Eva sintió el frío del acero como una extraña caricia que de inmediato la obligó a apretar los dientes por el dolor.

Eva leyó en la mirada de Dailo sus pensamientos. Imaginaba que ella era rápida y que no dudaría en matarlo. Él era mejor con el cuchillo; si bien ella tenía perseverancia y no sería fácil derrotarla. De nuevo, las cortantes hojas chocaron peligrosamente hasta que él la golpeó con tanta fuerza que la tiró al suelo, y Eva soltó el arma. Dailo se apresuró a darle una patada a su cuchillo y lo envió lejos de su alcance. A gatas, Eva intentó alcanzarlo, pero Dailo se abalanzó sobre ella y colocó su puñal en su cuello. Los dedos del filipino acariciaron la piel de sus mejillas y una sonrisa de triunfo se dibujó en su mirada. En cambio, los ojos de Eva eran dos ascuas vivas cuando le escupió en la cara.

Dailo se retiró con furia la saliva del rostro. Presionó aún más el cuchillo en su garganta y la sangre descendió hasta sus pechos. Eva la

notaba cálida y pegajosa. Miró una última vez el cielo y pensó en Diego. No rogaría a esa rata traicionera por su vida. El primer golpe en la cabeza la dejó aturdida, pero el segundo fue mucho más terrible y la dejó inconsciente. Entonces, don Carlos agarró por los hombros a Dailo y lo empujó contra el suelo. Tomó en brazos a Eva y la llevó a su camarote.

Durante varios días se debatió entre la inconsciencia y periodos de alucinaciones que la dejaron apenas sin fuerzas. Cuando despertó, don Carlos le aseguró que su curación se debía más a sus plegarias que a su fortaleza. Fuera como fuere, consiguió recuperarse y, desde entonces, Dailo se la tenía jurada. Aunque si la atacaba, su tripulación se pondría en su contra. Entre marinos existía cierta honorabilidad que no se podía romper. Además, don Carlos había dejado muy claro el afecto que sentía por ella. Algunos pensaban que la consideraba una hija, mientras que los mal intencionados, como era el caso de Dailo, que había engatusado al capitán como la fulana que era cuando la encontró en un burdel.

—Solo en ti puedo confiar —dijo el capitán, rescatándola de los recuerdos.

Eva asintió sin desvelar sus sentimientos. Le debía mucho al español, así que intentaría ser una buena capitana.

EL RÍO PÁSIG era la arteria de la ciudad de Manila y por él se veían multitud de embarcaciones en las que vivían familias enteras. Las más pequeñas se adentraban por los esteros. Una marea humana que vivía del río y en el río.

Don Carlos había partido esa misma mañana. Tras comunicar a sus hombres que Eva sería la capitana, hubo miradas reprobatorias y otras de aceptación. Dailo guardó silencio, pero Eva notaba su desprecio y su ira camuflados en un autocontrol que con seguridad muy pronto perdería.

Los hombres habían bajado a tierra para divertirse; también Eva, pero ella tenía recuerdos que quería evocar de nuevo. Calles por las que había paseado con Luisa, la casa de la señora Soledad y el Hotel Oriente, al que había ido una vez acompañando a Fernando y a Diego a beber el famoso alcohol de la señora Lewis. En cada uno de esos lugares, Eva recordaba a sus amigos. Cuando estuvo delante de la puerta del hotel, se sacudió la ropa y decidió entrar. Sabía bien que la propietaria trataba a todos por igual siempre que pagasen sus servicios. Al atravesar las puertas las miradas de otros clientes la recorrieron de arriba abajo. Llevaba un *barong mahaba*[180], se había vendado los pechos y ajustaba el *barong* a la cintura con un cinturón

en el que dos dagas de diferentes tamaños, cuyas vainas doradas llamaban la misma atención que la extraña mujer de pelo oscuro y mirada fiera que había entrado en el hotel.

La señora Lewis la reconoció enseguida. La galesa sonrió y Eva se acercó al mostrador.

—Nunca pensé volver a verla —dijo la propietaria.

—Yo tampoco —contestó Eva con sequedad.

Estaba segura que la mujer blanca nunca olvidaría a la joloana que el marqués de Rosales había querido comprar a Diego de Quesada. Nadie sabía, salvo esa mujer, que la antigua princesa de Brunei había acudido un par de noches más tarde al hotel. Su intención no había sido otra que asesinar al marqués de Rosales cuando tomaba café en el salón, para impedir que se batiera en duelo contra Quesada, pero los hombres de la mujer de cabello de fuego la sorprendieron y evitaron tal desenlace. Ninguno de sus clientes advirtió el incidente y tampoco avisó a Rosales de sus intenciones.

—¿Desea una habitación?

—Aún no lo sé, pero quiero comer y beber.

La señora Lewis asintió y la condujo hasta el comedor. A esa hora, muchos eran los clientes que se encontraban allí, y observaron con desconfianza a la mujer que acompañaba a la dueña del hotel.

—No tardarán mucho —dijo la señora Lewis.

Eva retuvo el brazo de la pelirroja. La galesa se giró sobresaltada, la mano que la sujetaba hundió los dedos profundamente en la carne.

—Quiero saber dónde está Diego.

La señora Lewis reconocía a una mujer enamorada solo con mirarla a los ojos y eso fue lo que vio en los de esa muchacha. Se soltó de su agarre, y Eva lo permitió sin oponerse. La joloana bajó el rostro a modo de disculpa y la galesa aceptó su arrepentimiento. Estaba segura de que más tarde aparecerían en su piel unas manchas violetas como los tatuajes que marcaban los brazos de los viejos marinos. Se sentó frente a la chica y dijo:

—No sé nada del capitán Diego de Quesada desde que el capitán Narváez se marchó.

—¿Podrías averiguar? —preguntó, rebuscando entre sus ropas. Luego sacó una bolsa que dejó en la mesa.

—No puedo prometerte que encuentre información sobre él, pero sí que lo intentaré —dijo la señora Lewis tuteándola también.

La muchacha sonrió. La galesa tomó la bolsa y se sorprendió al notar que pesaba bastante.

71

el valor de la amistad

Manila (Filipinas), 6 de septiembre de 1854

Debían esperar que pasara la época de tifones en un puerto seguro. Por lo que una semana más tarde, la señora Lewis envió un mensaje a la capitana del Mártires de Tonkín en el que le pedía verla. Eva tuvo que despistar a Dailo, era como un tigre persiguiendo a su presa. La seguía día y noche con ojos atentos. Tras bajar del barco, consiguió atravesar la muralla y, ya intramuros, adentrarse por las calles abigarradas repletas de filipinos y españoles sin que Dailo le siguiera los pasos. En las murallas los cañones se habían dispuesto para repeler el ataque de los piratas, ya fueran joloanos o ingleses. Cruzó la Puerta Parián, donde se concentraban los comerciantes chinos, y comprobó que había dado esquinazo a Dailo o a cualquiera a quien hubiese encargado la tarea de seguirla.

Desde allí se encaminó a la catedral y después al Hotel Oriente, adentrándose en el camino en una marea de gritos, conversaciones, cascos de caballos y vendedores de flores y vino de palmera.

La señora Lewis la esperaba en el comedor. A media mañana apenas había clientes, salvo algún extranjero que dormitaba tras comer demasiado, beber mucho más y no soportar la humedad de la Perla de Oriente.

Eva se sentó frente a ella y la miró esperanzada.

—El capitán Quesada viajó a España.

—Nunca dijo que regresaría…

—No fue su decisión —afirmó la galesa y le explicó—: Fue acusado de asesinar a un capitán, un tal Vázquez.

Eva apretó la empuñadura de su daga y su mirada asustó a la británica.

—¡Ese bastardo!

—¿Lo conocías?

—Lo bastante como para matarlo yo.

Eva recordó lo acontecido en el fuerte como si hubiera sucedido el día anterior. El carraspeo de la señora Lewis acabó con ese amargo recuerdo y la devolvió a la realidad.

—Comprendo —dijo la señora Lewis, sin decir nada más. Luego le contó lo que había descubierto—: Lo sometieron a un consejo de

guerra, ¿entiendes qué significa? —Eva asintió y la galesa continuó—: Posiblemente haya muerto en España, pero intentaré averiguar algo más.

Sin pronunciar una palabra, Eva se puso en pie y se acercó a la mesa de las bebidas. La joloana se apoderó de una botella de *whisky*. Un camarero quiso detenerla, pero la galesa movió la cabeza para que no interviniese y regresó a sus tareas.

EN EL SALÓN del hotel, Rosales no fue el único que vio cómo la capitana actuaba de una manera tan poco femenina. El cubano entró en el comedor y advirtió la presencia de la señora Lewis que hablaba con una nativa. Entonces vio su cara y la reconoció como la amante del capitán Quesada. La princesa de Brunei que un día quiso comprar. Los años la habían dotado de una belleza todavía más salvaje y misteriosa.

Cuando la joloana volvió a sentarse junto a la galesa, Rosales se aproximó a ellas.

—Me alegra ver a dos mujeres tan hermosas —dijo a modo de presentación, y se sentó sin que ninguna de las dos le hubiese dado permiso para hacerlo.

La señora Lewis esbozó una sonrisa forzada y asintió con la cabeza, mientras que Eva ni siquiera se dignó a mirarlo, solo parecía interesada en acabar la botella de *whisky*. Rosales había escuchado que la goleta Mártires de Tonkín era capitaneada por una mujer y, además, joloana. Cuando advirtió la presencia de Eva no tuvo dudas de que ella era esa mujer.

—Señora Lewis, ¿no tiene otros asuntos que tratar? —le preguntó con grosería.

La galesa miró a Eva y ella asintió, así que se puso en pie y se marchó. En el instante en que se quedaron a solas, Rosales dijo:

—Ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos. Parece que lo has aprovechado convirtiéndote en la capitana del Mártires de Tonkín. —Eva no contestó y Rosales continuó con la conversación—: Lástima que ninguno de tus amigos se encuentre en Manila para ver lo que has conseguido. Aunque sería posible contárselo… Es una noticia de sumo interés, sobre todo, para tu amiga Luisa.

El rostro de Eva se ensombreció como si se hubiera nublado. Detuvo en seco la mano con la que sostenía la botella y observó a Rosales con ojos que más que ojos eran una sentencia de muerte.

—¿Qué quieres? —preguntó Eva.

—Ahora que eres la capitana del Mártires de Tonkín, que abandones la idea de liberar esclavos, al menos, los míos.

—El barco es de don Carlos.

Rosales ladeó un poco su rostro como si fuera a sonreír antes de decir:

—Don Carlos no está, ahora tú decides, ¿verdad? El precio es la vida de tu amiga.

Tras dar un trago de la botella, Eva se levantó y dijo:

—Lo pensaré.

Rosales asintió, estaba seguro de que cedería. El marqués ignoraba que Eva no era Luisa. En realidad, no pensaba como ninguna de las mujeres que había conocido en su vida. Tampoco sabía que jamás traicionaría a don Carlos y a sus ideas, aunque no siempre compartiesen la manera de proceder. Eva se acercó de nuevo al carrito de las bebidas y tomó otra botella, luego salió del comedor.

LA SEÑORA LEWIS la esperaba en el exterior.

—Es la habitación número 115. Esta noche hay una partida de cartas y el marqués siempre se queda en el hotel cuando juega —le dijo y le entregó la llave.

Una de las sirvientas había oído la conversación entre los dos y después se lo había contado a su patrona.

—¿Por qué lo haces? Rosales es un hombre importante en la isla.

La señora Lewis se retiró un mechón rojo de su frente y la miró con una sonrisa antes de decir:

—Odio a los hombres que no dejan opciones a las mujeres.

Eva observó cómo daba vueltas a su anillo de casada con los dedos agarrotados y una mirada fría como la muerte.

—¿Lo mataste?

Sus palabras sorprendieron a la señora Lewis. No afirmó ni denegó nada, pero dijo:

—Solo espero que no halle la paz ni siquiera a la sombra del árbol de la casa familiar.

Eva cogió la llave, sin pronunciar una palabra más. Luego se perdió entre el gentío que desde primeras horas de la mañana bullía por las calles de Manila.

ESA NOCHE, LA antigua princesa de Brunei aguardó a que todos los huéspedes del hotel durmiesen y el empleado de la señora Lewis dormitase sobre el mostrador. Después, sigilosa como un felino, se encaminó a la habitación 115. La oscuridad del cuarto podía convertirse en una trampa y fijó la vista en la cama a la espera de que sus ojos se adaptasen a las formas que las sombras le impedían ver. De

pronto, advirtió que Rosales dormía plácidamente. Había participado en una partida de cartas hasta altas horas de la madrugada en el salón del hotel, y había decidido quedarse en una de las habitaciones en vez de dirigirse a su hogar, como le había dicho la señora Lewis que haría. Desenvainó la daga, avanzó unos pasos y subió a la cama, sentándose a horcajadas sobre él. Habría sido tan fácil matarlo que dudó si hacerlo, pero debía conseguir la información.

Rosales se sobresaltó al notar el frío acero de un puñal en el cuello, también la respiración y un suave cabello de mujer acariciar su rostro. Desconcertado al creer que su sueño no fuese tal, abrió los ojos y fijó la mirada en Eva. La tenía tan cerca que sentía su aliento en los labios.

—Habla o morirás.

Rosales intentó moverse y obtuvo un corte en la mejilla.

—La próxima vez cortaré cuello.

—¡Está bien! ¡Hablaré, hablaré! —suplicó.

El marqués leía en sus ojos sus ganas de matarlo.

—¿Qué le sucederá a Luisa?

—Gaillard me escribió una carta hace un par de meses. Me contaba que al fin había descubierto la identidad del asesino de su hijo, que no era otra que la de Luisa. Además, me decía que muy pronto cumpliría su venganza. También que la capturaría en la boda de la emperatriz. Dudo que sepas que Fernando y Luisa se han casado, pero es así.

La noticia suavizó los rasgos de Eva durante un instante.

—¿Cuándo?

—No sé cuándo será la boda, pero en la ceremonia estará al alcance de la mano de Gaillard. Te aseguro que no desaprovechará la oportunidad.

Eva ya sabía todo lo que necesitaba saber y se bajó de la cama, dejando libre a Rosales.

El marqués no estaba acostumbrado a que fulanas como esas, antiguas puercas esclavas, impusiesen su voluntad, y menos sobre un marqués de origen español. En el momento en que se dio la vuelta para marcharse, extrajo de debajo de la almohada un arma y apuntó a su espalda.

Eva escuchó el sonido de la pistola al disparar, que resonó en sus oídos, el olor a pólvora de la descarga y el persistente dolor de la bala que había dado en el hombro. Se giró con una rapidez sorprendente, a pesar del dolor, y lanzó su daga, que terminó clavada en la garganta de Rosales. El marqués era un buen espadachín, un gran duelista, pero no era tan diestro en el arte de las armas de fuego después de una noche bebiendo hasta la madrugada. El exceso de alcohol, la oscuridad y la ira habían ayudado a Eva a salir con vida de aquel cuarto. Además de la rapidez con la que se movía y la puntería a la hora de lanzar su puñal. Notaba la sangre bajarle por la espalda, aun

así, se aproximó a la cama donde Rosales se removía como si lo atacasen cientos de serpientes, ahogándose en su propia sangre. Las sábanas blancas mostraban la evidencia de que la vida del marqués terminaría muy pronto. Eva lo miraba como haría un animal salvaje ante la muerte inminente de su presa. Aguardaba paciente la agonía del hombre que casi mató a Diego. Sacó su daga de la garganta del marqués, y los ojos del moribundo parecieron suplicar una muerte más rápida. Eva le cortó el cuello de un solo tajo hasta la nuca. Limpió el puñal en las sábanas y salió del cuarto. Se aseguró de que no hubiese nadie en el pasillo y, sujetándose el brazo herido, se encaminó a los aposentos privados de la señora Lewis. Uno de sus *rōnin* la reconoció y golpeó la puerta a la espera de que su jefa le abriese. La señora Lewis no tardó en abrir y al verla en aquel estado, se apresuró a dejarla entrar antes de que nadie la descubriese. El ruido había atraído la atención de clientes que comenzaban a abrir las puertas de sus dormitorios, pero la señora Lewis ordenó a su *rōnin* que advirtiese al personal que debía aplacar las suspicacias.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la británica, ayudándola a sentarse.

La señora Lewis cogió de su armario sábanas blancas que rasgó con rapidez para convertirlas en vendas, luego enjuagó su brazo con alcohol. Un brandy de la mejor calidad que Eva hubiera preferido beber a verterlo sobre la herida. El dolor la obligó a tomar la vaina de su puñal y morderla para no gritar. Luego dijo:

—Ese bastardo quiso matarme, yo maté.

La joloana se puso en pie presionando su brazo con una de las vendas.

—Entiendo… Déjame ver esa herida de nuevo, creo que necesitas puntos.

Eva arrancó la manga de su *barong* de un tirón, lo que le provocó más sufrimiento que cuando la galesa le había vertido el brandy en el hombro. Se quitó el sudor de la frente con el dorso de la mano y el color macilento de su piel le mostró a la señora Lewis cuánto debía de dolerle.

—Por suerte la bala ha salido, pero tendré que coser. Debería llamar a un médico —dijo la señora Lewis obligándola a sentarse.

—¡No! ¡Hazlo tú!

—De acuerdo, esto te va a doler.

La señora Lewis buscó en su costurero una aguja que desinfectó con brandy y la llama de una de las velas, después empapó el hilo que usaría para coser.

—Reconozco que he bordado sábanas con más acierto, pero al menos no te parecerás al Moderno Prometeo. He leído la obra de Mary Shelley y quedé tan impresionada como fascinada por la imaginación

y la historia de una novelista tan prometedora. —Al ver que Eva la miraba sin comprender, dijo—: Será mejor que descanses. Avisaré a mis hombres para que se ocupen de Rosales.

—Problemas para ti.

—No te preocupes, las mujeres tenemos que ayudarnos. Seguro que algún día me cobraré el favor.

Eva asintió, mientras sus ojos se entrecerraban de cansancio y dolor. La señora Lewis la ayudó a acostarse y después despertó a sus hombres. Al día siguiente hallaron al marqués de Rosales en uno de los esteros del río Pásig.

UNOS DÍAS MÁS tarde Eva entreabrió los ojos. Apenas podía incorporarse y, durante un instante, no supo dónde estaba, hasta que una muchacha con una bandeja y el uniforme del Hotel Oriente le sonrió desde los pies de la cama.

—La señora Lewis me ha pedido que le sirva el desayuno.

Eva no contestó y la doncella le dejó la bandeja en la cama, realizó una leve inclinación y se marchó del cuarto. Enseguida, la galesa entró y al verla despierta, sonrió con satisfacción.

—¡Pensé que dormirías para siempre!

—Mi barco… —dijo preocupada de que Dailo hubiese partido sin ella.

—En puerto, tengo a mis *rōnin* vigilando a tu segundo al mando. Un tipo listo y peligroso.

—Cierto.

Eva tomó con las dos manos el tazón de leche y bebió de un sorbo su contenido, luego comió con desesperación. Con los dos carrillos llenos preguntó:

—¿Y Rosales?

—En la catedral, fue enterrado hace dos días. Era un pendenciero y mis muchachos se han encargado de extender el rumor de que se había batido en un combate a cuchillo.

—¿Se lo creerán?

—Nadie moverá un dedo por una sabandija como esa, pero tengo noticias más importantes y alegres de las que hablarte.

La señora Lewis se sentó en el filo de la cama. Su vestido de seda verde crujió, sus pechos se irguieron con suavidad y sus tirabuzones rojizos bordearon sus hombros, mecidos por la brisa que se colaba por la ventana.

—¿Qué noticias?

—He encontrado al capitán Diego de Quesada. —Sus palabras sobresaltaron a Eva, que mal disimuló el temblor de sus manos al

dejar en la bandeja el tazón de leche vacío—. Está vivo y trabaja como instructor en Japón.

—Debo ir allí.

—¿Te has vuelto loca? En Japón matan a todos los extranjeros, salvo a los que ellos protegen como ocurre con Diego.

—Es el único que puede avisar a Luisa del peligro. Rosales antes de morir contar que hombre que quiere matar a Luisa la ha encontrado, espera la oportunidad.

—Entiendo, pero arriesgarás tu vida.

Eva no escuchó las palabras de la señora Lewis, se encaminó al armario de la galesa y, sin pedir permiso, sacó un vestido sencillo de color gris. Prescindió del corsé y, se ajustó el corpiño con su cinturón de cuero, en el que guardó sus dagas. Después cortó el largo de la falda para evitar pisarla.

—Si alguna vez necesitar ayuda de mí, busca el Mártires de Tonkín.

—Gracias, así lo haré.

Eva asintió y salió del cuarto cerrando la puerta tras de sí.

Al día siguiente, el Mártires de Tonkín había abandonado Manila, la ruta que seguía la capitana era todo un misterio. Nunca nadie supo qué hablaron Dailo y ella en el camarote del capitán don Carlos, pero fuera lo que fuese, el filipino ayudó a la antigua princesa de Brunei a encontrar un barco ballenero estadounidense, cuyo destino era el puerto de Shimoda.

72

una débil luz en la distancia

Marsella (Francia), 30 de agosto de 1854

La fama del francés luchador de *savate* se había extendido por todos los puertos que visitaban, desde Hong Kong a Marsella. Al principio, Bernard creyó que en algún momento escaparía de las garras de Moreau, pero Calvin se había transformado en su carcelero. Organizaban combates cada vez que arribaban a un puerto en los que los perdedores, en la mayoría de las ocasiones, terminaban muertos, bien por sus propias manos a causa de los golpes, bien por la de los capitanes que apostaban. Cada vez se sentía menos humano y el recuerdo de Ninon era lo único que lo mantenía cuerdo en ese infierno que pensaba que no abandonaría jamás.

Después de una pelea lo encerraban en la bodega, donde pasaba las horas de descanso. El capitán Moreau se había convertido en su dueño y lo trataba igual que a un esclavo y, del mismo modo que a un gladiador victorioso, le permitía saborear las mieles del triunfo en forma de opio, comida y bebida y, a veces, incluso le proporcionaba una mujer.

Llevaban días atracados frente a las impresionantes costas marsellesas, plagadas de pequeñas islas y acantilados, con aguas tremendamente azules. Bernard supo sin lugar a dudas que sería su última oportunidad de huir de la nao. Debía idear un plan que lo ayudase a lograrlo, pero por ahora no lo había conseguido, al menos, ninguno con un mínimo de éxito.

En la bodega, Bernard notó la presencia de Calvin, que lo observaba con una mirada satisfecha que atrajo su atención.

—Hoy es un gran día —dijo, sonriendo.

—¿Por qué? —preguntó Bernard.

Calvin era el lacayo del capitán y sabía todo lo que sucedía en el barco como si ya hubiese ocurrido.

—Pelearás con cuchillo.

El rostro de Bernard se contrajo en un rictus sombrío. Una extraña luz se apoderó de la mirada del profesor, que disimuló con rapidez.

—¿Por qué ha cambiado las reglas Moreau?

—Hoy tenemos un espectador ilustre.

—¿Quién es ese hombre?

—Alguien muy interesado en ti —dijo, untándole de aceite los hombros. Después masajeó su carne para desentumecer los músculos.

Sabía cuándo Calvin no diría una palabra más, así que guardó silencio. Era consciente de que el capitán intentaba hacer un gran negocio a su costa. Comprendió que debía escapar esa noche o jamás volvería a ser libre.

EN EL EXTERIOR, se habían encendido lámparas y antorchas que iluminaban la cubierta con una luz dorada producida por el reflejo de la encerada y pulida madera del suelo. El sonido de las olas al estrellarse contra el casco acallaba cualquier otro que no fuera la voz del mar. Los hombres parecían más silenciosos que en otras ocasiones, como si supiesen que esa noche un acontecimiento importante sucedería en el barco. El agua salada sobrepasaba la barandilla y mojaba a los que en ella se encontraban, empapándolos y convirtiendo la cubierta en una tarima resbaladiza que provocaría que el combate fuese mucho más terrible.

Bernard observó en la lejanía la costa marsellesa, estaba tan cerca que veía la luz en las ventanas de algunas granjas.

De pronto, una barca atrajo la atención de la tripulación. Se mantenía con dificultad sobre las olas, que se empeñaban en impedirle llegar al barco, pero la pericia de sus tripulantes venció a la obstinación de las aguas. Cuatro hombres se apresuraron a ayudar al pasajero a subir a cubierta. En el instante en que Bernard vio el rostro del invitado sintió que el barco se abría a sus pies, hundiéndose en la profundidad del Mediterráneo.

—Capitán —dijo el hombre, apretando la mano de Moreau.

—Señor Gaillard, es un placer para mí recibirlo en mi navío.

Gaillard buscó con la mirada a Bernard. Cuando sus ojos se clavaron en los del luchador esbozó una sonrisa lobuna, digna de un depredador. Pero en esa sonrisa se ocultaban unas intenciones mucho más oscuras que verlo derrotado o muerto. Bernard supo, sin lugar a dudas, que pretendía destruirlo hasta convertirlo en nada.

Gaillard se sentó y bebió la copa de vino que el capitán le había servido. Enfundado en un gabán de amplias solapas de piel, con puños ribeteados de igual manera, miraba fijamente a Bernard.

Entonces, las voces de varios marinos atrajeron su atención. Hablaban sobre su contrincante y devolvieron al profesor a la realidad de defender su vida esa noche.

—¿Quién es? —preguntó Bernard a Calvin al ver el tamaño de su oponente.

—Un turco al que ese burgués ha entrenado personalmente.

Gaillard quería verlo sangrar, quizás no deseaba su muerte aún, pero estaba seguro de que si no escapaba de ese barco esa noche, su destino empeoraría mucho más.

Su oponente no sería fácil de derrotar. De estatura y corpulencia similares a las suyas, igualaba el combate. Solo la pericia que cada uno tuviese con el cuchillo truncaría la ventaja de uno sobre el otro.

El barco se balanceaba sensiblemente cada vez más por un oleaje más bravío. De pronto, la lluvia cayó sobre ellos, recia y torrencial, mientras las olas se alzaban aún más altas y caían a plomo en la tarima de cubierta. Mantener el equilibrio era imposible. Muchos de los marinos se sujetaron a todo aquello que podía sostenerlos en pie e impediría que rodaran como toneles vacíos.

Un relámpago, seguido de un trueno, iluminó la noche, mostrándole a Bernard las costas marsellesas con mayor nitidez.

Su oponente empuñó el cuchillo y consiguió herirlo en un brazo, la sangre causó que los espectadores gritaran entusiasmados. Bernard esquivó una patada que lo hubiera tumbado al suelo, después se concentró en la pelea, debía terminar rápido o el cansancio sentenciaría el combate. Peligrosamente se acercó a su contrincante, provocando que el corro de espectadores se moviera a un lado y dejase un pequeño pasadizo hacia la barandilla. Bernard encomendó su alma a cualquier dios que quisiese acogerla, lanzó el puñal al pecho del turco y, sin mirar si acertaba o no, se arrojó al oscuro mar.

Durante un instante los marinos enmudecieron, el capitán Moreau gritó fuera de sí, al haber perdido a su ganador; mientras que Gaillard permanecía imperturbable, sentado en la silla. Ante la sorpresa de todos rio con unas carcajadas que daban tanto pavor que incluso acallaron al capitán.

Durante un par de segundos, Bernard escuchó las voces de la tripulación, los gritos del capitán y la risa de Gaillard; pero se obligó a nadar. El oleaje lo sumergía hacia la profundidad de unas aguas oscuras y traicioneras, aunque el luchador continuó nadando vigorosamente sin tener ni idea de en qué dirección lo hacía. Varias veces perdió las fuerzas y se hundió en el mar revuelto, pero logró eludir el abrazo de la muerte.

En la distancia, una débil luz se convirtió en el faro que Bernard necesitaba para llegar hasta la costa. El rugido del mar era más violento y en un momento en que un relámpago iluminó las olas vio cómo rompían contra los acantilados. Bernard comprendió que ahora más que nunca debía conservar la calma y su fortaleza, si se dejaba llevar por el temor, se estrellaría contra las rocas. Así que se dejó mecer, a pesar del peligro que ello conllevaba, y no luchó contra la corriente que lo conducía al acantilado. Sabía que solo dispondría de una oportunidad. Pensó en Ninon: en su cálido cuerpo, en sus dulces

labios y en el amor que ambos se profesaban, luego se preparó para lo inevitable. Varias olas chocaron y se alzaron una decena de metros arrastrando a Bernard con ellas. El golpe fue tan fuerte que le dejó el brazo adormecido durante un instante, pero se sujetó a las rocas con todo su cuerpo, arañándose la piel en su intento de no ser arrastrado de nuevo al mar. Cuando las olas retrocedían para retomar su avance con más fuerza, adelantaba un paso. Empleó tanto tiempo que creyó que no lo conseguiría. Casi podía escuchar las voces de todos los marinos que habían muerto en aquellas costas gritarle que se rindiese. A punto de desfallecer, encontró una abertura que ni siquiera se podría considerar una cueva, aunque tenía espacio suficiente para él. Miró, agotado y sin apenas aliento, la distancia que había recorrido, sorprendido al comprobar que era más de lo que hubiese imaginado; también advirtió que la marea bajaba. Se introdujo en su interior, después cerró los ojos e incapaz de abrirlos se dejó llevar por la ilusión de que muy pronto vería a Ninon.

Al amanecer, el vuelo y los chillidos de las gaviotas lo despertaron. La marea subiría de un momento a otro; si bien la tormenta había pasado, no así el peligro. Ignoraba si Gaillard y Moreau lo daban por muerto o andaban tras sus pasos. Consiguió ponerse de rodillas, aunque sus piernas se negaban a cumplir el mandato de levantarse. En cambio, dudaba que sus brazos cansados lo ayudaran a trepar el resto del acantilado. La ira lo cegó al pensar que moriría en ese agujero. Emitió un grito desesperado y usando toda su voluntad en aquel ascenso alcanzó la cima. El precio que pagó fue perder varias uñas, el pecho ensangrentado a causa de los cortes de las afiladas rocas y llegar exhausto, pero satisfecho de haberlo logrado.

UNA SEMANA DESPUÉS, Bernard abrió los ojos sin saber si estaba vivo o muerto. Lo primero que sintió fue que respirar era una tortura, aunque también fue consciente de que aún no se hallaba ante las puertas del infierno, sino en una especie de cobertizo. Intentó incorporarse y maldijo su suerte al hacerlo. Fue como si le clavaran un puñal en la carne, se tocó y descubrió que alguien lo había vendado. De pronto, unas manos pequeñas que pertenecían a una niña tomaron la suya al ver que había despertado. Los ojos azules y vivos de la chiquilla lo miraron fijamente y esbozó una sonrisa amplia que contagió a Bernard.

—¿Y tus padres? —preguntó.

La niña no contestó, seguía sujeta a su mano y sonriendo.

—No puede hablar —dijo una mujer que había entrado en el cobertizo.

Un segundo vistazo hizo que Bernard viera la dimensión de la destartalada construcción, también los aperos de leña, las telarañas que colgaban de la pared y el heno que servía de alimento a los caballos.

—Lo siento —dijo Bernard.

La mujer era joven, poseía un cuerpo robusto y una mirada cansada y franca que parecía no juzgarlo. La campesina era una mujer sencilla, pero no por eso era estúpida. Un tipo como él solo podía venir de dos lugares: una prisión o un barco. Nadie había dado la alarma de que ningún preso se hubiera escapado, así que la única opción viable era que había caído de un barco.

—Lo encontré en la cima del acantilado —dijo sin que él le preguntara y continuó con su historia, mientras tomaba una horca y removía el heno que más tarde repartiría a los animales—. Imagino que Dios aún quiere que resuelva sus asuntos —afirmó, fijando la vista en él—. Le aseguro que estaba más muerto que vivo.

—Gracias…

—Déselas a Aurora —dijo ella con sinceridad.

—¿Así se llama su hija?

La niña seguía sujeta a su mano sin dejar de sonreír.

—No es mi hija, es mi hermana. Ella insistió en traerlo a casa, yo lo hubiera abandonado allí. Si algo he aprendido en esta vida es a no fiarme de hombres que aparecen medio muertos en un acantilado —dijo, apuntando con la horca a Bernard.

—No soy un asesino.

La mirada inquisitiva de la joven marsellesa era casi feroz, pero después reanudó su trabajo sin pronunciar una palabra más. Cuando concluyó con la tarea dijo:

—En el cubo hay ropa, puede cambiarse. Aurora le dará comida y espero que se marche mañana. Hay varios tipos que han preguntado por usted en el pueblo, parecen marinos.

—¿Por eso estoy en el cobertizo?

—Sí —respondió ella y añadió—. No quiero saber su historia, solo que se vaya cuanto antes de mi granja.

—No se preocupe, le agradezco lo que ha hecho. Me iré mañana, no deseo meterla en problemas.

La campesina asintió y se fue, dejando a Bernard en compañía de su hermana.

—*Mademoiselle* Aurora, algún día le pagaré su generosidad. Si desea encontrarme, solo tiene que ir a la casa de *madame* Ninon en París.

Al alba, Bernard se marchó de la granja con el sigilo de los perseguidos. Después anduvo varios días por la región hasta que subió a uno de los vagones de mercancías que llevaban a París. Hambriento

y sediento alcanzó la gran ciudad de París cuando las sombras invadían cada rincón de la metrópoli. Escapar de los vigilantes de la estación fue una odisea que casi le costó de nuevo la vida. Agotado físicamente se arrastró a gatas por las vías del tren amparado por la oscuridad de una noche sin luna. Extenuado, no pudo avanzar más y se quedó tumbado mirando el cielo con los brazos abiertos. «Si la Muerte quiere buscarme, este es el momento de hacerlo», pensó. Notó las primeras gotas de agua mojar su rostro, abrió la boca y bebió con desazón, cuando se sació por completo, un renovado ánimo pareció dominarlo. Se puso en pie y se encaminó tambaleándose hasta la casa de Ninon.

Pocos eran los viandantes que se atrevían esa noche de septiembre a caminar en medio de la lluvia. Empapado y aferrándose con los brazos los costados para entrar en calor llegó hasta la puerta del burdel de Ninon. Le sorprendió no ver encendido el farol de la calle, tampoco la luz tenue y cálida que surgía de los grandes ventanales cubiertos ahora con tablones. Se acercó a la puerta y golpeó con los puños una y otra vez, sin que nadie respondiese. Desesperado ante la posibilidad de que Ninon se hubiese marchado de París, acosada por Gaillard, pensó en que la única persona capaz de contarle qué había sucedido con ella no era otra que Jean Pierre.

En la consulta del médico todavía había luz. Bernard llamó un par de veces y aguardó a que su antiguo amigo abriese la puerta.

—¡Bernard! —exclamó alegre y confuso el médico. Lo abrazó y dijo—: Pasa, ¿dónde has estado todo este tiempo?

Jean Pierre lo obligó a quitarse la camisa mojada, comprobó que alguien le había vendado el pecho y le ordenó:

—Túmbate en la mesa.

Bernard obedeció a regañadientes y se acostó sobre la madera fría de la mesa donde su antiguo amigo operaba.

—¿Dónde está Ninon?

—Primero debo ver la herida de tu pecho y luego esas manos —afirmó—: Están sangrando.

Jean Pierre inspeccionó el pecho y después tomó una de las manos de Bernard.

—¿Dónde está? —preguntó Bernard, sin aguantar más, zafándose de su agarre.

Jean Pierre clavó la mirada en él, una mirada de lástima que a Bernard le partió el corazón. Antes de que su amigo le confesase qué había ocurrido con Ninon, él ya sabía que había muerto.

—¿Cuándo fue?

—En primavera.

—¿Sufrió?

—Apenas —confesó Jean Pierre—. Tenía sífilis y prefirió escoger

su propia muerte. Tomó láudano.

—Ni siquiera dejó que la muerte decidiera por ella —dijo Bernard con una triste sonrisa, recordando la tozudez de la única mujer que había amado—. ¿Dónde está enterrada?

—En el *Cimetière du Père-Lachaise*.

—Quiero verla.

—¿Ahora?

—Ahora.

Jean Pierre asintió con la cabeza. Daba igual lo que le dijera, Bernard visitaría la tumba de Ninon esa noche.

AL DÍA SIGUIENTE, Bernard regresó a su hogar. Un oscuro agujero en la parte más baja de la ciudad, donde solo había prostitutas, borrachos, mendigos y ladrones. Arrancó el tablón que Ninon había ordenado colocar para proteger la entrada. Al abrir la puerta, el silencio se convirtió en un sonido atronador, y el olor a moho en un aroma a podredumbre y mortaja. Entonces, la tristeza lo royó por dentro como una rata hambrienta.

Jean Pierre lo seguía a poca distancia. Habían pasado toda la noche bajo la lluvia ante la tumba de Ninon. Temía por la estabilidad mental de su amigo. Apenas había pronunciado una palabra desde entonces y ni siquiera había llorado o maldecido su suerte y la de la mujer que amaba.

—Vuelve a tu casa —dijo Bernard sin girarse.

—No creo que…

—No me mataré como Ninon —lo interrumpió—. Antes debo hacer algo más.

Bernard abrió la puerta del cuartucho que usaba para dormir. Miró las cuerdas que mantenían a los luchadores dentro del perímetro señalado para pelear y juró vengarse.

—¿En qué estás pensando?

—En nada —dijo, volviéndose.

Jean Pierre leyó en su mirada que mentía.

—Ninon querría que vivieses.

—Y lo haré, pero tengo asuntos que arreglar en París.

—¿Ese asunto es Gaillard? —Ante el silencio de Bernard, el médico lanzó un suspiro y extrajo de entre sus ropas una carta—. Ella me la dio para ti.

—¿Por qué has esperado tanto para dármela? —preguntó, arrebatándosela de las manos.

—Me pidió que solo te la entregase si regresabas con ánimo de venganza. Te conocía bien —dijo Jean Pierre, esbozando una mueca

de tristeza.

Vio cómo Bernard se sentaba en el catre que le servía de cama y apretaba la carta contra su pecho. Jean Pierre se marchó con la certeza de que su antiguo compañero de armas emprendería la senda de la venganza y que moriría en ella antes de rendirse. Muy pronto, Gaillard descubriría que había vuelto a París, también que esta vez Bernard no huiría de la lucha.

73

el reencuentro

París (Francia), 3 de septiembre de 1854

Desde el balcón, Luisa observó la impresionante vista de los jardines de las Tullerías y los dos pequeños estanques que Luis Napoleón había ordenado construir hacía un par de años. Desde esa habitación del hotel *Le Meurice* se apreciaba el latido del corazón de París. Los recuerdos amargos y felices se entrecruzaban como los hilos enredados de una madeja.

—¿No estás cansada? —preguntó Fernando, rodeando su cintura y besando su cuello.

—Nada que una siesta no remedie.

Luisa había complacido a Fernando, apartándose de sus labores samaritanas, como él las denominaba. Reconoció a su pesar que se lo debía. Sus desvelos en aquellos días en que se batió contra el cólera habían dejado un poso de remordimiento en su conciencia. El llanto de un niño la devolvió a la realidad y ahuyentó sus pensamientos.

—Señora, el señorito Diego tiene hambre —dijo la muchacha que había contratado en desacuerdo con Fernando.

Se llamaba Petra y era la mujer que una vez conoció delante de un café. Era viuda, había perdido a sus dos hijos y estaba tan desesperada que decidió ahorcarse. Varias mujeres lo impidieron, desmayada y apenas con un hilo de vida apretaba entre las manos el papel que Luisa le escribió. Una de las caritativas mujeres que la había salvado se lo arrebató y la llevó a la dirección indicada. Cuando se recuperó, Luisa consideró que sería una buena nodriza para su hijo y se negó a utilizar los servicios de un ama de cría. En contra de los convencionalismos y opinión del tío de su marido, e incluso de Fernando, tomó la decisión de que ella amamantaría a su hijo.

Luisa había dado a luz un niño robusto, tan pelirrojo como su padre y con los ojos tan negros como los suyos.

—Ahora mismo voy.

La muchacha hizo una leve inclinación de la cabeza y volvió al interior del cuarto.

—Lo he preparado todo para visitar a tu amiga —le dijo Fernando.

El rostro de Luisa reflejó un profundo agradecimiento. Esa misma tarde, Luisa colocaba flores ante la tumba de su amiga. No había sido

la única, había multitud de ramilletes de rosas a su alrededor. Estaban frescas, así que alguien se encargaba de limpiar la lápida.

—Siento que hayas tenido que pasar por esto —dijo Fernando, tomándola de la mano para consolarla.

—Me hubiera gustado presentártela. Era una mujer maravillosa.

—Tuvo que serlo para ayudarte y ganarse a un enemigo como Gaillard.

—Nunca lo dudó. Solo me tendió la mano que yo agarré sin tener en cuenta las consecuencias. Por mi culpa *monsieur* Bernard y Ninon se separaron.

—Ella pudo escoger acompañarlo.

—Jamás hubiera dejado a sus pupilas, ni París.

Mientras caminaban hacia la salida del cementerio, se levantó un cálido viento que transportó hasta Luisa el olor del jazmín, el perfume que usaba Ninon.

—¿Por qué sonríes?

—Recuerdos —respondió Luisa, y se giró para mirar la tumba de su amiga. En un susurro dijo—: Gracias, hermana.

PETRA VESTÍA A Luisa para la boda de la emperatriz. Fernando la contemplaba enfundada en unos pantalones largos adornados con encajes que constituían su ropa interior. Verla de ese modo siempre aumentaba su deseo por ella. La sirvienta apretó las cuerdas de su corsé, que elevaron sus pechos, ya hinchados por amamantar a su hijo. A pesar de su oposición, sabía que a Fernando le provocaba una enorme ternura ver cómo alimentaba al pequeño Diego.

—¿No tienes nada mejor que hacer que observarme? —le recriminó Luisa con una sonrisa.

—No, tú me proporcionas un espectáculo fascinante —contestó él, bebiendo una copa de brandy.

Luisa le lanzó un cojín que no acertó en la diana, pero que hizo que su esposo abandonara el cuarto. Fernando se había negado a asistir a esa celebración, sin embargo, su tío se mostró inflexible al respecto. La situación en España le impedía viajar y quería saber de primera mano cómo se comportaba la emperatriz. Además, aprovecharía el viaje para que se entrevistara con el embajador, el duque de Alba. Creía que muchas de las revueltas sindicalistas ocurridas en Cataluña eran sufragadas por trabajadores franceses y esperaba que el duque le informase, sobre todo, que facilitara a su sobrino los nombres de dónde y con quiénes se reunían esos agitadores tras la frontera.

Petra se subió a un taburete, ella alzó los brazos y dejó caer el

miriñaque. La jaula con aros disgustaba a Luisa, pero esta vez no avergonzaría a su esposo. Tampoco lo haría fracasar en la responsabilidad que su tío había depositado en él al enviarlo a representar a España en aquella boda.

Petra la ayudó a ponerse las distintas faldas de encaje y seda de un tono azul cobalto que destacaba sobre la piel blanca y el pelo rubio de Luisa. La sirvienta miró a su señora con admiración cuando le puso el cuerpo del vestido, de mangas abullonadas hasta el codo que mostraban sus hombros.

—Será mejor que cubra un poco más mis pechos o a Fernando le dará un soponcio —dijo, provocando la risa de ambas al mirarse en el espejo.

Petra le puso la *berta*[181], después la peinó y adornó su cabellera con varias flores de un tenue color rosa pálido.

—Está muy hermosa —dijo la muchacha.

—Gracias, Petra —respondió ella con una sonrisa y añadió—: Volveré en un par de horas para dar de comer a Diego.

La muchacha asintió, le acercó un abanico de encaje de bolillos y varillas de nácar y unos guantes.

La ceremonia se había retrasado por varios motivos, tanto políticos como personales, y nadie esperaba que al final esa boda se celebrase; pero, contra todo pronóstico, los novios se intercambiaron los votos en la catedral de *Notre Dame*.

Luisa observaba con atención a la mujer a la que el pueblo de Francia no quería. Por todo París se criticaba la elección de Napoleón, hasta que delante de todos los dignatarios importantes de la nación y del resto de Europa, la joven granadina de cabello rojizo y tristes ojos azules, vestida con un impresionante traje de seda blanco y una tiara de diamantes y zafiros que perteneció a Josefina Bonaparte, su antecesora, pronunció el sí quiero ante el arzobispo de París. En el momento en que la pareja se dirigía al atrio para salir de la catedral, la andaluza se soltó del brazo de su ya esposo ante la sorpresa de los españoles y la indignación de los franceses.

—¡Dios mío! —exclamó Fernando—: ¡Ha perdido la razón!

Luisa clavó las uñas en el brazo de su marido al comprender el incidente político y el coste que supondría para Eugenia y su matrimonio. Nadie, ni siquiera Fernando, estaba preparado para ser testigo de una muestra de humildad por parte de la emperatriz. La muchedumbre había enmudecido por la osadía de la española, mientras que la novia se giraba y se inclinaba en una reverencia ante el pueblo que jamás la aceptaría como a su verdadera soberana.

—Es una gran mujer —afirmó Fernando, más sosegado, cuando esa misma multitud estalló en aplausos. Y golpeó con suavidad la mano de Luisa, que aún se sujetaba a él, y dijo—: Necesito una copa.

—Yo también —contestó ella, y esbozó una sonrisa cómplice.

Después de la ceremonia religiosa se festejó el evento con un banquete en el que los comentarios a favor y en contra de la emperatriz, a la que despectivamente se llamaba «la española», enojaron a Luisa y a Fernando.

—Si esto no fuese una boda y tú el sobrino de Narváez acallaría un par de bocas —afirmó Luisa, apretando los puños.

—Cálmate —le sugirió su esposo, conduciéndola a la pista de baile —. Mi tío me pondría delante de un pelotón de fusilamiento si declaro la guerra a Francia —le susurró mientras besaba descaradamente el lóbulo de su oreja.

—¡Vamos! —exclamó Luisa, apartándose de él un poco y golpeando su pecho con el abanico—. Se merecen eso y mucho más.

—Por una vez estoy de acuerdo contigo, pero por lo que me han contado de la emperatriz, te aseguro que sabrá manejar a estos gabachos —susurró él para que nadie escuchase sus palabras.

Luisa observó a la pareja sentada en dos butacones de la época de María Antonieta. Los ojos azules y tranquilos de Eugenia contemplaban todo con curiosidad y atención. Durante un instante sus miradas se cruzaron. Eugenia realizó una leve inclinación de cabeza y Luisa respondió de igual modo. Cuando terminó de bailar, distinguió entre las invitadas a un par de sus antiguas alumnas y quiso hablar con ellas.

—Buscaré al duque de Alba mientras saludas a tus pupilas —dijo Fernando.

Sus alumnas se alegraron mucho de hallarla allí, también de ver al apuesto pelirrojo con el que se había casado. En un momento de la conversación, el carraspeo de un caballero interrumpió el parloteo de las muchachas. Luisa se giró con una sonrisa y se enfrentó a la mirada dura de un hombre que a pesar de sonreír apenas disimulaba su rencor hacia ella.

—Señora Narváez, permítame que me presente, soy *monsieur* Gaillard.

El rostro de Luisa se volvió lívido, oprimió tanto el abanico entre sus manos que sintió cómo partía una de las delicadas varillas.

—Señor Gaillard… —dijo ella con sequedad.

—¿Me concede este baile? —preguntó él.

Luisa se hubiese negado, si bien aceptó la invitación. Sabía que corría el riesgo de encontrárselo, pero jamás en la boda de la emperatriz.

—Por supuesto.

—Me alegra conocerla al fin —dijo Gaillard.

—¿Por qué motivo? —preguntó ella con aspereza.

—Deseaba enfrentarme cara a cara a la asesina de mi hijo.

Luisa abrió los ojos aún más e intentó mantener una expresión serena, sin embargo, dio un traspié y pisó a Gaillard.

—¿Cómo dice? Yo no he matado a nadie —mintió.

—Claro que no, fue Arturo Segovia.

—No sé quién es ese señor Segovia.

—No lo niegue, *madame* Narváez. Una de las chicas de esa perra de Ninon confesó la verdad. Después de averiguar que su otra identidad era Arturo Segovia, no fue difícil descubrir que era alumno de *La Sorbonne*, algunos de sus compañeros me facilitaron donde vivía, la antigua casa de Flora Tristán. Su amiga se la legó a una tal Luisa Navarrete, profesora de un instituto de enseñanza para señoritas en París. Entonces, la pista se volvió difusa, la felicito por ocultarse de mis hombres. Creí que Fontaine daría con usted, pero le engañó convirtiéndose en la esposa de un tal capitán Quesada. Más tarde, por casualidad, el marqués de Rosales me habló en sus cartas de una mujer, una tal Luisa Quesada, por la descripción solo podía ser usted. Así que me aventuré a investigarla más. Mi sorpresa fue saber que regresó a España siendo la esposa del capitán Narváez, sobrino de un político influyente. Dudé si un hombre como él se casaría con una mujerzuela que frecuentaba un burdel y se relacionaba con una cortesana, pero todo Madrid parece conocer a la esposa metomentodo, liberal y partidaria de los derechos de las mujeres trabajadoras que eligió el capitán. Durante un tiempo pensé que se había escapado de mi alcance y que jamás haría justicia a mi hijo. Entonces, esta boda me concedió la oportunidad de que pisase París de nuevo. He sufragado numerosos incidentes en Madrid, solo para conseguir que el tío de su esposo no pudiera venir a esta boda. Y aquí estamos, bailando.

El sudor frío descendía por la espalda de Luisa, con desesperación miró por el salón, buscando a Fernando.

»—No quiera la ayuda de su esposo o le aseguro que uno de mis hombres lo matará esta noche. No sería muy difícil.

—Lamento la muerte de su hijo, pero le juro que no lo conocía y, menos aún, lo he matado.

—¡Zorra estúpida! —le susurró entre dientes, apretando su cintura con tanta fuerza que Luisa apenas podía respirar. Alguien decidió interrumpir aquel baile tan inapropiado y se acercó a la pareja.

—Me disculpa… —dijo el prometido de una de sus alumnas, que había visto cómo su antigua maestra no disfrutaba en absoluto de su pareja de baile.

—Claro… —respondió Gaillard, pero antes de soltarla le dijo—: No hemos terminado.

—Hay hombres que no saben cómo tratar a una dama —dijo el caballero que la había rescatado.

Luisa sonrió sin contestar. Tras el baile, se despidió del francés y buscó a su esposo.

—Fernando, regresaré en un par de horas.

—¿Puedo acompañarte? Sin ti la fiesta es un aburrimiento.

—¡No! —casi gritó ella, alarmando a Fernando. Luisa se dio cuenta e intentó arreglarlo diciéndole—: Creo que el embajador quería hablar contigo. Es un buen momento.

—Como quieras —dijo sin convicción.

Luisa se marchaba cuando se dio la vuelta, miró a Fernando y le sonrió con ternura, mientras le susurraba, «te quiero». Después se perdió entre el resto de invitados. No contaba con demasiado tiempo. Sabía bien que Gaillard la vigilaba, debía actuar con prudencia y no dejarse llevar por el miedo. Fernando estaría a salvo, su apellido lo protegía, siempre que se mantuviese alejada de él.

EL CARRUAJE SE detuvo frente a la impresionante fachada de arcos de piedra del *Le Meurice*. Había visto que dos hombres la seguían, esta vez, Gaillard no se escondía ni disimulaba su persecución. Bajó sin esperar a que el cochero la ayudase, los segundos eran importantes para ella. Atravesó las enormes puertas del hotel sin aguardar a que el portero las abriese. El empleado guardó silencio, pero su rostro evidenció que la falta de modales de la dama española era notable.

Luisa avanzó por la recepción del hotel tan deprisa como le permitía su vestido, sin apreciar la belleza de las columnas y suelos de mármol pulido que parecían cristales tallados a sus pies. Tampoco admiró las lámparas doradas que se habían encendido ni los altos techos con hermosas molduras de escayola.

Cuando llegó al mostrador, su respiración agitada alertó al encargado de esa noche.

—*Madame*, ¿se encuentra bien? —preguntó mientras alzaba el brazo y un joven botones se acercaba a ella—. Traiga agua a la señora.

El chico asintió y se dispuso a realizar el recado, pero Luisa agarró su brazo y ambos hombres la miraron asombrados sin entender su comportamiento.

—No necesito agua, solo su ayuda —dijo ella.

De pronto, se desabrochó la pulsera de diamantes, que entregó al botones, y también el collar, que ofreció al recepcionista.

—¡Señora! No podemos aceptar…

—No puedo explicarles lo que sucede, pero les suplico que me ayuden a salvar a mi hijo —le interrumpió Luisa.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó el botones, acallando a su jefe.

—Unos hombres entrarán por esa puerta. ¿Hay manera de salir por detrás?

—Tendría que atravesar el comedor, y para hacerlo, debería pasar por aquí.

—Comprendo…

—Hay una enredadera, está sujeta a una reja de metal que baja hasta el jardín. Creo que aguantaría su peso y el de su hijo, aunque no con ese vestido —le confesó el recepcionista.

—Muchas gracias a los dos, espero algún día pagarles aún más su generosidad. Una cosa más, no cuenten a nadie lo que les he pedido esta noche.

—Por supuesto, *madame*. La pulsera será suficiente pago —dijo el recepcionista y el botones asintió a las palabras de su jefe.

Luisa tomó el collar, y lo guardó en su pecho. Quizás más tarde necesitase de él para sobrevivir. Se levantó el vestido y subió las escaleras de dos en dos. Con manos indecisas, abrió la puerta con picaporte de bronce dorado. Petra dormía junto a Diego con una luz encendida.

—¡Señora!

Nada más verla supo que algo no iba bien.

—No tengo tiempo —la interrumpió ella, mientras se arrancaba a estirones el miriñaque—. Ve a la habitación de los sirvientes, no te muevas de allí y si te preguntan tú solo di que eres mi doncella. Creo que eso te protegerá, al menos, hasta que regrese Fernando.

Luisa cogió en brazos a su hijo, después la toquilla que había usado Petra y metió al niño dentro y se la anudó al cuerpo. Cuando la muchacha la vio abrir el balcón y encaramarse a la enredadera emitió un grito ahogado.

—¡Corre, ya vienen! —exclamó Luisa.

Petra, con los ojos llorosos, asintió y escapó de la habitación, llevándose consigo el miriñaque.

Luisa descendió lentamente, arañándose las manos y clavándose las espinas del rosal que se había enredado en la celosía junto con la yedra; también había rasgado la delicada seda de su vestido. Mientras se colgaba a la altura del cuarto piso, miró hacia abajo, el vértigo casi la hizo caer. El miedo al vacío, a hundirse en la oscuridad que prometía la muerte, fue aterrador, y resbaló al descolgarse un poco más, perdiendo un zapato. Alzó la cabeza y escuchó cómo las voces masculinas de sus perseguidores despertaban a Petra. Después uno de ellos se asomó al balcón.

—Nadie en su sano juicio bajaría por ahí, menos aún con un niño —oyó decir.

Gracias a su vestido oscuro y a que Diego dormía con el sueño de los benditos, se agazapó dentro de la enredadera. El rosal arañó su

rostro, se enredó en su cabello y sus espinas se clavaron en sus brazos y pies. Rechinando los dientes, soportó el dolor. Cuando estuvo segura de que nadie permanecía en el balcón, volvió a descender. En el momento en que tocó el suelo recuperó la respiración que había retenido durante su descabellada y peligrosa huida.

Luisa corrió para perderse entre las calles de París, los suburbios que un día había recorrido de la mano de Ninon como Arturo Segovia. Solo esperaba que Jean Pierre, su médico, el hombre que realizaba abortos a muchachas desesperadas, esta vez, ayudase a una madre desesperada.

74

un ser endemoniado

Edo (Japón), 6 de septiembre de 1854
(Noveno mes del séptimo año de la era Kaei)

El acceso a Yoshiwara era vigilado por dos guardias, que no hacían preguntas a las mujeres hermosas ni a las criadas que atravesaban sus puertas para entrar en el barrio flotante, como se conocía también al centro de placer de Edo. Miyako contempló, nada más cruzarlas, un sauce llorón tan viejo que sus ramas acariciaban el suelo. El árbol de la melancolía se asociaba al agua, a la luna y a la fertilidad. En verdad, ella lo unía más a la nostalgia, pero ni siquiera ahora era capaz de evocar recuerdos agradables. La gente que pasaba a su alrededor apenas veía la magnificencia del árbol, solo se fijaban en la grandiosidad de las calles de Yoshiwara, amplias y pavimentadas, cuyas grandes casas eran mejores que las construidas en el exterior. En la mayoría se habían utilizado ladrillos y piedra, y eran adornadas con vistosos elementos que aumentaban su belleza y pomposidad como los balcones, las barandillas de elaboradas filigranas y un sinfín de ornamentos que ayudaba a erigir una imagen de fantasía y riqueza. En la superficie, todo era alegría y claridad; pero bajo esa fina capa de esmalte tan quebradiza que parecía imposible que aún no se hubiese roto el dinero era el dios al que profesaban su pleitesía los habitantes del lugar. Miyako avanzó entre las calles abarrotadas de hombres que se divertían y olvidaban sus problemas una vez se adentraban en el barrio. Se sometían a un hechizo mágico al que contribuían multitud de mujeres obligadas a permanecer por el resto de sus vidas en esa prisión de falso esplendor.

Varios charlatanes se interpusieron en su camino, vendían todo tipo de golosinas, abalorios y amuletos con los que agasajar a la afortunada mujer que el cliente escogiese esa noche para *compartir la almohada.*

Anduvo sin dirección hasta que se topó con el templo *Jōkan-ji*. En uno de los costados del santuario había una inscripción grabada toscamente que decía así: *Umarete wa kugai, shishite ha Jōkan-ji*[182]. Las palabras debían de ser ciertas, pensó Miyako cuando observó cómo dos hombres, seguramente *eta*[183], portaban una estera de heno sobre los hombros. En su interior se encontraba el cadáver de una de

tantas prostitutas de las que nadie recordaría su nombre ni su vida. Miyako juntó las palmas de las manos, se inclinó con respeto y pronunció una breve oración para que el espíritu de la mujer descansase en el más allá.

EN LA DISTANCIA, Ibuki había seguido sus pasos. Observó a Miyako con el orgullo de saber que la sangre samurái del clan Kawaokura todavía corría por sus venas. Nunca serviría a los Kawaokura, pero entregaría su espada y su vida a una mujer como Miyako.

La joven reanudó su marcha y se adentró en calles más concurridas por samuráis de bajo nacimiento, comerciantes y algunos campesinos que habían ahorrado durante un año para poder visitar aquel mundo de placer. Las casas eran cada vez menos elegantes, al igual que las mujeres que ofrecían sus servicios a través de las rejas a los hombres que se fijaban en ellas.

—¿Jugamos juntos? —preguntó a Ibuki una muchacha de piel cetrina y el kimono ajado.

—Otro día —respondió, y le lanzó un par de monedas que la chica agradeció con una inclinación respetuosa del torso.

Ibuki no perdía de vista a Miyako y la siguió hasta una *yadoya*[184] tan infame para la categoría de una *onna-bugeisha* que no pudo más que maldecir su estupidez. Cuando entró, el olor a fritura quemada y alcohol barato inundó por completo todos los sentidos de Ibuki. Una mujer se encargaba de la cocina, llevaba el pelo sujeto con un trapo y tenía el rostro enrojecido por mover el arroz de las ollas. Una chica se apresuraba a atender a los clientes.

Ibuki contempló cómo Miyako se sentaba en una de las esterillas libres. Delante de ella había una mesa baja con manchas oscuras, posiblemente, por culpa de algún cliente descuidado. Una sirvienta, apenas una niña, se acercó a él, postró el torso y le preguntó qué quería.

—Licor de arroz.

—Enseguida —contestó la chiquilla.

Ibuki había ocupado una mesa tras Miyako. La visión de su espalda recta y su delicada nuca suponía una hermosa imagen que captó la atención de todos los clientes de la *yadoya*. Dos samuráis, aunque de bajo rango, se fijaron en ella.

—¿Creeís que es un *ave nocturna*? —preguntó el más joven a su amigo.

Se trataba de un muchacho delgado, de ojos saltones, que no dejaba de mirar con lujuria la espalda de Miyako. Ibuki pensó que era

verdaderamente estúpido al creer que una belleza como Miyako fuera un *ave nocturna*, como llamaban a las prostitutas que no pertenecían a un burdel, bien por ser demasiado viejas para ejercer o porque habían cometido un delito y sus amos las habían echado a tierra de nadie. Ningún dueño sería tan necio como para quedarse sin una mujer como Miyako.

—¡No seas estúpido! —contestó su compañero.

Parecía más experimentado y quizás más listo. Era robusto y de mentón ancho.

—¿Por qué?

—¿Tú has visto alguna vez a una prostituta del río con ese cuello? Además está bastante lejos del distrito *dyajotsukuni*[185]. Seguro que es una criada que se gasta las monedas de su señora en *sake*.

—Quizás quiera divertirse o necesite dinero… —dijo el joven.

—¿Piensas ayudarla? —preguntó el otro con una sonrisa.

—Yo tengo varios *ryō*…[186]

—Inténtalo —le sugirió.

Ibuki apretó la empuñadura de su espada, pero se mantuvo a la espera de saber qué sucedería con el samurái.

El joven se sentó a la mesa de Miyako sin ser invitado. La muchacha alzó el rostro y clavó su mirada en él.

—¡Por todos los dioses! —exclamó asustado, y se apresuró a regresar a la mesa donde permanecía su amigo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó intrigado—. Solo se trata de una mujer, y por su aspecto, afable e inocente.

—Es una bruja…

—No deberías haber bebido tanto…

—Es cierto —aseguró el joven temblando.

Ibuki supo que los ojos de Miyako le causarían problemas cuando el de la cara redonda gritó:

—¡Mujer!

Ante el silencio de Miyako, se acercó a ella y colocó su mano sobre su hombro para obligarla a girarse. Ibuki se puso en pie de un salto dispuesto a quitar las zarpas de ese salvaje de ella; pero Miyako volvió el rostro y fijó su mirada, casi transparente, en el samurái. Sus ojos se fueron convirtiendo en piedras negras, volcánicas y llenas de ira.

—¡Quita tus sucias manos de mí!

El hombre obedeció su orden, retrocedió un paso y exclamó:

—¡Es una bruja…! ¡*Yama-uba*[187]!

El silencio se extendió por la posada, varios clientes la miraron horrorizados. El muchacho que pretendía conquistarla para compartir diversión y amor ahora quería asesinarla. Había desenvainado la katana para cortar la cabeza de una *Yama-uba*.

Miyako observó alrededor, alargó el brazo y se apoderó de la

katana del samurái que le había puesto la mano encima. Eso ya sería más que motivo suficiente para que ambos hombres la matasen; sin embargo, Ibuki comprobó que Miyako no solo era hábil en traducir libros extranjeros. La guerrera que mantenía oculta bajo la sumisión a su marido y a su clan era un espejismo que camuflaba su verdadera identidad: era una *onna-bugeisha*.

Ante la sorpresa de los samuráis, Miyako se puso en pie de un salto y amenazó al dueño de la espada:

—No soy una bruja, así que mejor dejadme beber u os demostraré que soy una *onna-bugeisha*.

—¿Tú? ¿Una sucia mujerzuela? —gritó un valiente que parecía más diestro que esos dos.

Ibuki lo estudió con detalle, sus cicatrices mostraban que no era el primer enfrentamiento en el que participaba, aunque, posiblemente, sí el primero contra una mujer. Además, portaba la katana en su cintura mirando a la derecha, lo que significaba que podía desenvainar con esa mano con rapidez. El *rōnin* sabía que si intervenía en ese instante, Miyako jamás se lo perdonaría; pero no permitiría que le cortasen ni un cabello.

—¿Quién eres? —preguntó Miyako.

—Un *rōnin*.

El dueño de la espada y su amigo se retiraron para dar más espacio a los dos combatientes.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó el joven samurái a su amigo.

—Se le conoce como el mercenario que ha matado a más de cien hombres.

—¿Y manchará su hoja con la sangre de una mujer?

El samurái se sentó en la mesa de otro cliente y le quitó el *sake* que bebía.

Ibuki evaluó que el escaso espacio igualaba las fuerzas de ambos, de todos modos, no era un buen sitio para pelear con una katana. Miyako era ágil, pequeña y rápida, pero su contrincante era experimentado y sus mandobles serían tan potentes que podría despojarla del arma.

El silencio se había extendido entre los presentes cuando Miyako emitió un grito de lucha y acometió a su oponente. El *rōnin* no había esperado un ataque tan decidido y retrocedió un paso, esquivándolo. De lo contraro, habría recibido un tajo en el brazo.

—¿Así que sabes empuñar una katana?

Miyako no contestó, el sudor le bajaba por la espalda y el kimono le impedía moverse con la agilidad a la que estaba acostumbrada en el *dōjō*[188]. Varios clientes se pusieron en pie y abandonaron la *yadoya* al ver que el combate duraría más de lo imaginado.

El *rōnin* se abalanzó hacia ella dando estocadas bruscas y

contundentes que Miyako se vio en la obligación de detener una y otra vez, hasta que el hombre consiguió doblegarla y ponerla de rodillas. Las mangas del kimono dejaron ver su piel blanca y el temblor de sus brazos ante el empuje que ejercía su adversario.

—Aún puedes rendirte y satisfacerme esta noche. Deseo a una mujer y tú pareces capaz de darme placer. ¿No prefieres que te acaricien mis manos a que lo hagan las de la Muerte?

Ibuki se adelantó un paso dispuesto a acallar la boca de ese bastardo, pero se detuvo cuando vio cómo Miyako se deshacía de la presión de la espada de su oponente, rodaba por el suelo y evitaba un golpe mortal. Con rapidez, se puso en pie y colocó el filo del acero en su cuello, deteniéndolo de inmediato.

—Ríndete… —le ordenó sin aliento.

—¡Jamás! —gritó el hombre.

El *rōnin* agarró la hoja cortante de la katana, la apartó de la garganta y se la arrebató a Miyako.

La sangre brotó del profundo corte, pero Ibuki advirtió en su mirada que mataría a Miyako. Había humillado a un guerrero y eso no podía permitírselo.

—Un *rōnin* contra una mujer —dijo, atrayendo la atención de todos —. No pensé que un antiguo samurái cayera tan bajo.

Miyako reconoció a Ibuki y lo miró con desaprobación. Esa noche su guardián y protector se abrió paso y desenfundó su katana.

—¿Por qué defendéis a una bruja?

—Me gusta más ella que tú.

El *rōnin* emitió una carcajada, contempló a Miyako y le dijo:

—No he acabado contigo. Después de terminar con este sucio bastardo, me ocuparé de ti como te mereces.

A continuación, se colocó en posición de lucha, alzó el brazo y aguardó la acometida de su nuevo rival.

Ibuki se lanzó en un ataque rápido, tan veloz que los demás clientes apenas vieron sus movimientos. Tan solo fueron conscientes del resultado cuando del pecho de su adversario brotó la sangre de dos enormes tajos que dibujaban la forma del hiragana *ku*[189]. El *rōnin* no comprendió lo acontecido hasta que la debilidad de sus piernas le impidió permanecer de pie, después cayó de rodillas y esperó el beso de la muerte.

Ibuki se giró de nuevo, elevó la espada y cortó limpiamente la cabeza de un hombre que nunca se había enfrentado a un oponente de su valía.

Los clientes se apresuraron a salir gritando y llamando a las autoridades. Ibuki sabía qué le ocurriría, pero también a Miyako. La tomó de la mano y aprisa la condujo por las calles en dirección al burdel de Mariposa. Allí nadie haría preguntas y su amiga les daría

cobijo hasta que encontrara la manera de sacarla del barrio del placer.

—¿Dónde vamos? —preguntó Miyako.

Su kimono le impedía seguir con facilidad la velocidad de Ibuki, además parecía adentrarse más aún en las calles de Yoshiwara.

—Al único lugar en el que no te buscarán. Ahora es imposible escapar de aquí, ya no eres una niña y tampoco cuentas con el apoyo de un daimio. No creo que a tu esposo le importe que termines en uno de estos prostíbulos.

Miyako guardó silencio. Era vergonzoso reconocer delante de Ibuki que tenía razón, pero aun así todavía era la hija de un samurái.

—No te preocupes, atravesaré las puertas por mi cuenta.

Esta vez, Ibuki perdió la paciencia, la cogió de los hombros y la sacudió con violencia.

—¡Si intentas salir a estas horas, te aseguro que te convertirás en una *oiran*, lo quieras o no!

—Eso no sucederá…

—En Yoshiwara todo puede suceder.

Sus palabras acallaron su protesta. En sus ojos advirtió que no mentía. Asintió sin decir nada más y lo siguió hasta una zona menos bulliciosa. Al final llegaron a una calle más alejada de las principales, pero desde donde se veía la bahía. Se detuvieron delante de un edificio pequeño, pero cuidado. Las chicas a esas horas ya no se encontraban tras las rejas y daban servicio a los clientes. Un hombre vigilaba la entrada del burdel con un *tanbo*[190]. Al reconocer a Ibuki sonrió y lo dejó pasar sin pedirle que dejase sus espadas, como era norma en cualquier burdel de Yoshiwara.

Se trataba de una casa de cimientos de piedra, mientras que su planta superior era de madera. Varios pasillos estrechos en los que se oían risas, gemidos y voces susurrantes evidenciaban que los clientes eran satisfechos por mujeres experimentadas en su oficio.

Ibuki ascendió al piso de arriba, abrió una puerta *shōji* sin aguardar permiso y se adentró en el cuarto. En él había una cortesana de piel pálida, cuyos rasgos parecían haber sido moldeados por capricho de los dioses. Vestía un kimono de color negro en el que habían bordado mariposas doradas en los bajos. El *obi* de tonalidades ocres se ajustaba a su cintura, esbelta y delicada. De mirada escrutadora, provocó que Miyako agachase la cabeza.

—Ibuki, ¡cuánto tiempo! —exclamó la mujer con el acento con el que toda *oiran* disimulaba su lugar de origen.

—Mariposa, esta es la dama Kawaokura…

—Una dama en mi hogar —le interrumpió ella.

—Mariposa…

Hacía meses que Ibuki había descubierto los sentimientos de la cortesana por él. Habían *compartido la almohada*, pero era lo único que

compartirían.

La mujer suspiró e indicó a Miyako con una mano que entrase y se sentase frente a ella.

Ibuki se hizo a un lado y la dejó pasar, cerró la puerta y se sentó en el pasillo. Apoyó la espalda contra la corredera, dobló una rodilla y colocó el brazo en ella, mientras que con la otra mano sujetaba su katana, que descansaba en el suelo, y escuchaba la conversación entre Miyako y Mariposa.

En el interior, las dos mujeres se estudiaron mutuamente hasta que Mariposa dijo:

—¿Le apetece un té?

—Sería agradable tomar uno.

Mariposa procedió a servirlo. Miyako comprobó que la *yarite*[191] lo hacía con corrección porque había aprendido la ceremonia del té.

—¿Cómo conoció a Ibuki?

—Me salvó de un grupo de rufianes cuando era una niña. Luego, nuestros caminos volvieron a cruzarse.

—Entiendo —dijo, ofreciéndole con las dos manos la taza de té, que Miyako tomó entre las suyas antes de realizar una inclinación respetuosa.

Observó disimuladamente el cuarto de la mujer. Una estancia de reducidas dimensiones, donde varios kimonos colgaban de la pared. Un mueble tallado de costoso esmalte contenía sus adornos y maquillajes. Un ligero aroma a incienso se apreciaba en el ambiente. Entre ellas no existía nada, salvo la tetera y las tazas.

—¿Y usted?

—En un burdel. —Miyako guardó silencio. Entonces Mariposa añadió—: No era mi cliente, sino un condenado. Además del hombre que logró que consiguiera esta casa de té.

Ibuki escuchaba en el exterior. Las palabras de Mariposa eran ciertas. Cuando mató a Toshio, Mariposa le robó todo su dinero. Después desapareció de Nagoya y más tarde la encontró en un burdel de Yoshiwara. Conociéndola no fue difícil imaginar cómo acabó siendo la dueña.

—Sé que ejecutaron a su padre como ladrón y él fue obligado a trabajar en un burdel —afirmó Miyako.

—No solo fue condenado a pagar la deuda, también le arrebataron su honor y la posibilidad de que sus descendientes fueran samuráis. Perdió a su familia y su vida.

—El hombre que acusó a su padre injustamente arde ahora en el infierno.

—No gracias a su padre, el daimio Kawaokura.

Miyako clavó la mirada en ella, y Mariposa contempló el cambio en sus ojos, como si un pequeño fuego brillara en su interior

modificando su color.

—Algún día recuperará su honor y volverá a ser un samurái —afirmó Miyako.

Mariposa chasqueó la lengua en un gesto que a Miyako le pareció vulgar.

—A donde nos lleva el *bakufu* poco importará el honor ni su clase, tan solo sobrevivir.

—Tiene razón —respondió sonrojada Miyako al recibir lecciones de una mujer como esa. Después dejó la taza en el suelo y dijo—: Espero algún día devolverle su generosidad por ayudarme hoy.

—No quiero nada para mí, sino para él —contestó Mariposa mirando hacia la puerta.

—No la comprendo.

La *yarite* sabía que Ibuki escuchaba la conversación, también que una mujer como ella carecía de dignidad y por eso podía hablar libremente.

—Libere a Ibuki de su servicio.

El *rōnin* apretó la empuñadura de la katana al oír las palabras de Mariposa. Temeroso de la respuesta de Miyako, aguantó la respiración.

—Nunca ha estado a mi servicio, siempre lo he considerado mi amigo.

Mariposa agachó la cabeza y las lágrimas brotaron de sus ojos, apenas perceptibles.

—Entonces es mucho peor. Sus palabras son grilletes que amarran el corazón de Ibuki con más fuerza que cualquier vasallaje.

ESA MISMA NOCHE, en el palacio de Edo, Abe Masahiro permanecía en sus aposentos casi vacíos. Eso permitía al ministro pensar con mayor claridad, odiaba los espacios abigarrados y tan solo poseía una pequeña mesa que hacía de escritorio. Miró el exterior, la luna llena iluminaba el jardín que contemplaba a través de una ventana redonda. Esa noche la belleza y simplicidad de las cosas no apaciguaron su agitación interior, ya que recordaba la discusión que había mantenido con sus consejeros.

En la sala de reuniones cinco hombres, todos partidarios de Iesada y su madre, no querían ver que la falta de descendencia del sogún se había convertido en un auténtico problema que tenía que resolverse cuanto antes.

—Tokugawa Yoshitomi es el candidato perfecto —sugirió uno de los cinco ancianos, llamado Akifudo.

Se decía que había amado a la madre del sogún en su juventud.

—¿Creéis que un niño de tan solo doce años dominará a más de trescientos daimios y a los extranjeros? —preguntó Masahiro.

Tres de los cinco se miraron a los ojos sin disimular su verdadera opinión, pero, bien por amenazas o intereses, sustentarían firmes la idea de que Yoshitomi fuese el sucesor del sogún.

—Aprenderá —afirmó Akifudo.

Abe Masahiro supo que nada de lo que dijese convencería a esos cuatro hombres de lo contrario. Sabía que la elección se debía más a la necesidad de controlar y manipular al sogún, como habían hecho con el anterior, que a contar con un poder fuerte que se opusiese a la situación política a la que se enfrentarían a partir de entonces.

Unos golpes en la puerta le avisaron de que había sucedido un acontecimiento inesperado.

—Adelante.

Uno de sus sirvientes se arrodilló y dijo:

—Le requieren con urgencia en los aposentos del señor Yoshinobu.

Abe Masahiro perdió el color del rostro al imaginar que los intentos de los partidarios de Yoshitomi hubiesen ido tan lejos. Había procurado por todos los medios limar las asperezas con la madre del sogún, quizás no había hecho lo suficiente para impedir que los seguidores de Iesada y del niño Yoshitomi actuaran por miedo a la ambición del señor de Mito. Un mal presentimiento se apoderó de sus entrañas. Aprisa se puso en pie y siguió a su vasallo hasta los aposentos de Yoshinobu.

En el interior, el joven aguardaba con el semblante imperturbable, aunque Abe Masahiro advirtió cómo la ira bullía en cada uno de sus movimientos. Vestía un *yukata* de tonalidad gris que acentuaba su juventud, si bien no suavizaba su mirada autoritaria.

—Mi señor, ¿qué ha sucedido?

Yoshinobu se paseaba por un cuarto donde las estanterías contra las paredes acumulaban libros de todo tipo, algunos eran *gaijin* y otros chinos. Después de un instante de silencio se detuvo y miró fijamente al ministro.

—Han pretendido asesinarme esta noche.

—¿Cómo…?

—Envenenando mi comida.

—Gracias a los dioses se encuentra bien —respondió agradecido Abe Masahiro.

—Yo sí, pero mi sirviente, el señor Kawaokura, está gravemente enfermo, dudo que supere esta noche. Venga conmigo.

En la habitación contigua, Hiroyoki se debatía entre la vida y la muerte. Cuando la puerta se abrió y Yoshinobu dio paso a Abe Masahiro, el ministro vio al samurái tumbado en un futón. El joven Kawaokura entreabrió los ojos un momento, y a pesar de su

sufrimiento, sonrió con ternura a la concubina de Yoshinobu, que se encontraba junto a él.

—Creo que vivirá —dijo Abe Masahiro—: Usted le ha dado un motivo.

—No sé a qué se refiere —dijo Yoshinobu, evitando su mirada inquisitiva antes de salir del cuarto.

AL ALBA, ABRIERON las puertas de Yoshiwara y Miyako e Ibuki se dirigieron a la salida como cualquier criada y uno de tantos hombres encargados de vigilar a las mujeres en los burdeles. Antes de marcharse, Miyako se despidió de Mariposa.

—Gracias —dijo, inclinándose respetuosamente ante la *yarite*.

—No ha sido nada —afirmó la cortesana. Y añadió—: Reconsidere mis palabras.

Miyako asintió, pero nada podía hacer por Mariposa. Ibuki jamás aceptaría sus órdenes. Si alguna vez se alejaba de su lado, lo haría por su voluntad, no por su mandato.

—Es la hora —interrumpió Ibuki.

Mariposa le había facilitado las identificaciones que los nombraban vigilante y criada de la Casa de las Libélulas, como se llamaba el burdel. Solo debían enseñarlas y ninguno de los guardias se opondría. Cuando se alejaron de Yoshiwara, se encaminaron al castillo de Edo. Miyako enseñó su identidad, que la convertía en la señora Himura, criada al servicio de la señora Kawaokura. Se giró para despedirse de Ibuki, pero este había desaparecido como el sol bajo una espesa nube.

—Gracias, amigo —dijo al aire, antes de aproximarse a la puerta que marcaba la muralla de entrada a la fortaleza de Edo.

Los guardias no hicieron preguntas, se retiraron y la dejaron pasar. Consiguió llegar a la casa de la familia Kawaokura, dentro de las murallas del castillo, sin que nadie la viera. Al entrar a sus aposentos, se encontró con las miradas preocupadas de Villalba y de la señora Himura. De un solo vistazo supo que algo malo había sucedido esa noche.

—¿Qué ocurre?

—Es su esposo —se apresuró a decir el profesor.

Miyako miró a la señora Himura. La mujer asintió con la cabeza y dijo:

—Lo han envenenado. La buscaron, pero mentí diciendo que estaba enferma. Ha de acudir cuanto antes a su presencia o se preguntarán si no es la causante de su envenenamiento.

—¡Señora Himura! —gritó Villalba.

—*Sensei*, una vieja sirvienta como yo todavía tiene oídos atentos.

Le aseguro que alguien pagará por el error de no haber matado a Yoshinobu y no quiero que sea mi señora.

Villalba acalló su protesta al comprender a dónde quería llegar. En Edo todo tenía una razón, también un culpable.

—Dese prisa… —la urgió a cambiarse la señora Himura.

Un rato después, se hallaba frente al futón donde Hiroyoki se debatía entre la vida y la muerte.

—¿Cómo está? —preguntó a Suka.

—El médico dice que este día es fundamental para su recuperación. —La joven se puso en pie y dijo—: Ahora que ya está a su lado, me retiraré.

—Muchas gracias por sus desvelos y cuidados.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo. El daimio Kawaokura es un hombre encantador.

Miyako no estaba segura de que hablase de su esposo, si bien suponía que el amor que Hiroyoki sentía por esa joven lo transformaba en alguien muy diferente al que se mostraba ante ella.

Miyako asintió al verla marchar. Luego estiró la tela del kimono bajo las rodillas y se sentó en el cojín de seda que la concubina había dejado libre. Observó a Hiroyoki, sus finos rasgos, la cicatriz que atravesaba su mejilla izquierda y que le recordaba uno de los tormentosos encuentros que habían protagonizado. En ese instante sería tan fácil acabar con su vida que sintió cómo la idea palpitaba en el interior de su mente con intensidad. Si Hiroyoki muriese, sería libre para tomar sus decisiones, para evitar el sufrimiento de su gente y para amar a Diego. La tentación era tan fuerte que su mano, de manera inconsciente, se deslizó hasta el *obi* donde ocultaba su *tantō*. Entonces, una idea se apoderó de ella al pensar en escapar o matar a su marido y poner fin a su violenta existencia. No fue ella la que tomó la decisión, sino las palabras pronunciadas por Hiroyoki.

—Suka…

—Sí, aquí estoy —respondió Miyako.

—Se extingue el día, pero no el canto de la alondra[192].

Las palabras escondían un significado más profundo que consiguió devolver a Miyako a la cordura y olvidar su idea de asesinar a un hombre indefenso como era ahora su esposo.

Inesperadamente, Hiroyoki abrió los ojos, y en su mirada se atisbó la confusión que reinaba en su mente a causa de la alta fiebre que dominaba su cuerpo.

—¡Suka…, te amo! ¡Miyako…, la bruja de ojos de agua! —exclamó agitado—. ¡No te rías de mí, no te burles de mis sentimientos! ¡Aléjate de mí! —gritó Hiroyoki, arrastrándose por la habitación para huir—. ¡Bruja! ¡Demonio del infierno!

Hiroyoki había conseguido llegar hasta el *kake*[193] donde se

encontraba su katana, arrojó la *shirasaya*[194] y se abalanzó hacia ella, dispuesto a matarla. Miyako advirtió la locura de la fiebre en sus ojos y comprendió que esta vez nada la salvaría.

Hiroyoki dibujó una demencial sonrisa. Su cabello caía sobre su rostro macilento convirtiéndolo en uno de los demonios que se representaban en *Kabuki*.

Miyako observó una vez más la mirada gélida y sanguinaria de su esposo. No podía huir, le daría alcance y la asesinaría por la espalda, así que aguardó a que la hoja de la espada acabase con su existencia. Cuando el sonido del acero silbó en el aire y Hiroyoki bajaba la katana para terminar con su vida, alzó el rostro para ver directamente a la Muerte, aunque en su lugar contempló el semblante de Ibuki. Leyó en sus ojos una inmensa felicidad por ser de nuevo quien la protegía de su terrible destino. No podía matar a Hiroyoki sin que la justicia condenase a muerte a su esposa. La familia Otowara haría todo lo posible para acusarla diciendo que ambos eran amantes o que lo había contratado como asesino. Su única posibilidad de impedir la muerte de Miyako era entregar su vida a cambio.

—¡No! —exclamó Miyako horrorizada al sentir el cuerpo desplomado de Ibuki sobre ella.

Furiosa con ambos hombres, Miyako aprovechó el desconcierto de Hiroyoki, que intentaba mantenerse en pie y se apoyaba en su katana. El esfuerzo junto con la fiebre lo habían mareado, refrenando su beligerancia. Mientras tanto, Miyako se deshizo del peso de Ibuki y extrajo de su vaina la espada corta que llevaba, con la empuñadura golpeó la cabeza de Hiroyoki, que se derrumbó en el suelo desfallecido. Con rapidez, se dirigió a Ibuki, el *rōnin* apenas respiraba y la desesperación se adueñó de Miyako, que procuraba detener la hemorragia a la vez que gritaba:

—*¡Tasuke!* [195]

75

la leyenda de sakura

Edo (Japón), 10 de septiembre de 1854
(Noveno mes del séptimo año de la era Kaei)

En *nagatsuki*, en el mes en que las noches se alargaban y las cosechas de arroz iniciaban la llegada del otoño, Hainju, la madre del actual sogún, se preguntó, mientras una de sus doncellas trenzaba su cabellera, por qué Yoshinobu seguía con vida.

—Deseo ver a Abe Masahiro —ordenó a una de sus sirvientas.

La muchacha se arrodilló ante su señora y dijo:

—El señor Masahiro está enfermo.

—¡Enfermo! —exclamó, alzando la mano para detener a la responsable de peinarla.

—Así es, mi señora. Pero no es el único.

—¿Qué quieres decir?

—Varios de sus vasallos han enfermado también.

—Debo ver de inmediato al médico del sogún —exigió, poniéndose en pie, preocupada por la salud de su hijo.

Sus doncellas asintieron guardando silencio. Terminaron de recogerle el cabello y la vistieron con un kimono de seda con flores bordadas y un *obi* de color bermellón, y adornaron su cabeza con unas peinas de oro que brillaban como el resplandor del sol; Hainju permanecía inmóvil, aunque sus pensamientos eran un mar de olas agitadas. La dolencia parecía haberse extendido entre la servidumbre de Abe Masahiro y había atacado hasta al mismo ministro. La situación la favorecía, si bien no olvidaba que el resto de daimios veían al serio hijo del señor de Mito como un futuro sogún. A pesar de no hacer ningún mérito para merecerlo, ni conocer a la mayoría de los daimios que lo apoyaban, lo consideraban un héroe capaz de salvar al país de las manos de los extranjeros. De todos modos, los dioses habían escuchado su plegaria. Si Abe Masahiro carecía de voluntad y aliados, el hijo de Nariaki no se haría con el título de sogún.

MIENTRAS TANTO, EN las habitaciones de la casa Kawaokura, Miyako aguardaba impaciente a que el médico le dijera cómo se encontraba Ibuki. Cuando salió de la estancia, Miyako se puso en pie y

se acercó al hombre. El esfuerzo se percibía en su rostro, y el olor a sangre que emanaba del cuarto no pronosticaba nada bueno para el *rōnin*.

—Es un hombre fuerte, pero la herida era profunda.

—¿Se recuperará? —preguntó Miyako.

—Creo que sí, aunque he tenido que amputarle hasta el codo.

Para un guerrero como Ibuki, perder el brazo con el que blandía la espada suponía una muerte peor que cualquier otra que recibiera a manos de un enemigo.

Miyako asintió desolada y entró en el cuarto en el que Ibuki yacía empapado en sudor. Ver su torso tullido la llenó de congoja. El muñón derecho estaba vendado. Ella tendría que ser la que yaciese en ese futón, y no él. No solo le debía la vida, también se había convertido en su responsabilidad. Se arrodilló a su lado, tomó un paño de lino, lo mojó en agua fría y lo colocó sobre su frente. En ese instante, Ibuki entreabrió los ojos y vio la mirada cristalina de la joven y su sonrisa de ternura, y pensó en que tendría que haber muerto.

—Quédate conmigo, Ibuki —le pidió, y acarició su mejilla.

De nuevo, el *rōnin* volvió a adentrarse en las pesadillas de la fiebre, donde tenía instantes de lucidez y terribles sueños. Los días se sucedieron para Miyako entre la preocupación de perderlo y la impotencia de la culpa hasta que la fortaleza de Ibuki venció a la muerte.

—Me alegra ver que ya no tienes fiebre —dijo, tocando su frente.

Ibuki miró el muñón.

—Noto aún como si tuviera el brazo —dijo.

—Siento tanto que por mi…

—No me arrepiento de haberte salvado, sino de no haber muerto. Un guerrero que no puede empuñar la espada no es tal.

—No digas esas cosas —le recriminó, si bien no podía sostener su mirada. Comprendía a qué se refería y lamentaba con todo su corazón que la familia Kawaokura fuera de nuevo la culpable de su desgracia. Haría lo imposible por ayudarlo, sin embargo, él no aceptaría sin más, así que dijo—: Debo traducir un par de libros, te visitaré esta tarde cuando regrese.

Ibuki asintió. Miyako, al verle sonreír, notó un escalofrío recorrerle la espalda. Ibuki se giró y observó el pequeño jardín en el que existía un único árbol que había sembrado el suelo con sus marchitas hojas. La joven entendía su tristeza, así que se puso en pie y se dispuso a marcharse. Cuando lo hizo, sintió que un mal presentimiento se apoderaba de ella. De todos modos, se encaminó a su cuarto y preparó la tinta que debía usar para la traducción. Contempló el jardín donde los lirios que se conocían como araña roja habían florecido. Durante un momento pensó en el intenso color rojo, que se asemejaba al de la

sangre derramada de Ibuki. Se preguntó por qué motivo había sonreído. Tomó el pincel y se enfrentó a la tarea de escribir, pero los trazos se volvieron indecisos. Un pensamiento la hizo titubear hasta que ensució con la tinta su kimono. Alarmada, reconoció la verdadera razón: era una despedida. Se levantó y volcó al suelo el resto de la tinta, los papeles y los libros. Luego se apresuró a volver a la estancia de Ibuki. Sin pedir permiso y, ante la sorpresa de la señora Himura y alguna que otra sirvienta que encontró a su paso, abrió la puerta corredera del cuarto del *rōnin*.

Miyako permaneció inmóvil, el terror se reflejó en sus ojos al encontrarlo arrodillado mirando al sol, que lucía pálido esa mañana de septiembre. Se había desnudado de cintura para arriba, y parte del kimono descansaba en sus caderas. El muñón vendado sangraba por el esfuerzo que había realizado y goteaba, manchando el tatami.

—¡Ibuki! —gritó Miyako, lanzándose sobre él. Con todas sus fuerzas sujetó el *wakizashi*[196] para evitar que lo clavase en el estómago—. Te lo suplico, vive por mí.

La mano de Miyako se aferraba a la de Ibuki, impidiendo que se hiriera con su *wakizashi*.

—Déjame que recorra el camino que cualquier guerrero debe emprender si ya no es un samurái ni un *rōnin*. Ni siquiera puedo escribirte un *jisei*[197].

—No quiero ningún *jisei*.

—Miyako, hace mucho que debí atravesar ese sendero, pero tenía que cumplir una venganza.

—Aún no te has vengado de mí —dijo ella para convencerlo.

Ibuki vio sus lágrimas bordear sus ojos, lágrimas que no merecía.

De pronto, la señora Himura abrió la puerta corredera y lanzó un grito al ver lo que sucedía en el interior, pero se apresuró a decir:

—El daimio viene hacia aquí.

Sus palabras alertaron a Ibuki y soltó la espada. Hiroyoki no le permitiría acabar su vida como un samurái y no quería morir como su padre. Con rapidez, Miyako lo ayudó a vestirse y lo cubrió con una manta. Para disimular las gotas de sangre, la señora Himura colocó un par de cojines.

—Hazte el dormido —le ordenó Miyako, mientras se limpiaba las lágrimas con la manga del kimono.

Cuando la puerta se abrió de nuevo, la señora Himura se inclinó respetuosamente, pero Miyako miró a su esposo con los ojos repletos de furia.

—¿Qué haces aquí?

—Comprobar qué hay de cierto en que mi esposa cuida personalmente del *rōnin* contratado por el señor Mito —afirmó.

Hasta que no la vio arrodillada ante el futón de Ibuki, no pudo

creer del todo los comentarios maliciosos que había escuchado de ella. La señora Himura le había contado a Miyako qué se decía por los pasillos de la fortaleza.

El rostro de Hiroyoki se veía pálido, agotado y más delgado. Todavía no se había recuperado de los efectos del envenenamiento lo bastante como para volver al servicio de su señor Yoshinobu.

—No debes preocuparte por los rumores. Ibuki no es tu vasallo, sino del señor Mito —respondió ella con desprecio, recordando el incidente con el daimio y la respuesta de Hiroyoki.

—No pensé que te preocupara tanto la vida de este *rōnin*.

—Él no me ha traicionado ni ha deshonrado el apellido Kawaokura.

Sus palabras provocaron que Hiroyoki la abofeteara. Ambos sabían que su comportamiento se alejaba del camino que debía seguir un samurái, pero ninguno de ellos importaba frente a la posibilidad de que pudieran expulsar a los extranjeros. Miyako leía en su mirada que no consentiría que lo avergonzase delante del *rōnin*.

Ibuki se incorporó de inmediato, aunque sus escasas fuerzas le hicieron tambalearse y caer en el futón. Ella lo ayudó antes de que se desplomase sobre el brazo herido.

Los dos hombres se estudiaron con aire de desafío. Miyako vio en la mirada de Ibuki que era consciente de que esta vez no podía ganar, mientras que en la de Hiroyoki advirtió que se preguntaba qué relación los unía en realidad.

—Si descargas otra vez tu furia conmigo, te juro que te mataré —lo amenazó Miyako.

Desde su regreso de la región del señor de Mito, Miyako había cambiado. Ahora no sería tan fácil de manejar por su marido. Hiroyoki se dio la vuelta y abandonó el cuarto con pasos lentos y extrañamente vacilantes.

Durante un instante el silencio lo invadió todo hasta que Ibuki, mirándola fijamente a los ojos, dijo:

—Eres una insensata. Tu padre debió educarte como una buena esposa mucho mejor.

—Es cierto, pero soy mejor *onna-bugeisha* que esposa.

Ibuki asintió, y añadió:

—Kawaokura se ha convertido en tu enemigo.

—Entonces deberé desenvainar mi espada.

—Supongo que ahora dejarás salir de tu interior a la guerrera que habita en ti y que, durante tanto tiempo, ha permanecido aletargada como una crisálida.

ESA MISMA TARDE, Diego se presentaba ante la casa de los Kawaokura. Su trabajo en la construcción de la escuela naval le ocupaba noche y día. Ni siquiera le había permitido ver a Miyako desde su viaje a las tierras del señor de Mito. Tenía noticias de ella gracias al profesor Villalba, si bien, en la mayoría de las ocasiones, era esquivo en sus respuestas. Había oído sobre el altercado en el que habían atentado contra la vida del joven Yoshinobu; también que Hiroyoki había sido envenenado y que su furia por poco había matado a Ibuki, el *rōnin* al servicio del señor de Mito. Muchas eran las suposiciones que se oían, a cuales más peregrinas. En verdad, a Diego no le interesaba ninguna de ellas, solo necesitaba averiguar si Miyako se encontraba bien.

—Si sigues así, pararemos las obras —le dijo un francés.

Diego se encargaba de determinados cálculos y parecía que sus pensamientos sobre Miyako y lo que le podía haber sucedido hacían que se equivocase continuamente.

—Será mejor que me tome un descanso.

—De acuerdo, *monsieur* Quesada. Solo espero que su distracción no sea a causa de una mujer.

Diego esbozó una sonrisa ajena que se asemejó más a una mueca y evitó mirar a los ojos del francés. Se lavó las manos, se colocó la chaqueta y se encaminó a la casa del daimio Kawaokura, dentro de la fortaleza de Edo. Inventó una excusa relacionada con el futuro entrenamiento de los reclutas de la casa Kawaokura que los criados dieron por cierta. Así que abrieron las puertas y se inclinaron con respeto, luego lo llevaron al *genkan*[198] donde Diego se quitó las botas. Después fue conducido a los aposentos de Hiroyoki, tal y como había requerido, aunque en realidad ansiaba ver a Miyako, sin embargo, debía ser cuidadoso. Albergaba la esperanza de que ella hiciese de traductora.

Lo condujeron a un cuarto de generosas proporciones. La casa Kawaokura había sufrido algunas ampliaciones desde que el nuevo daimio ostentaba el título. Mapas occidentales y japoneses adornaban las paredes. Un fusil y varias espadas, incluso una armadura, eran la única decoración de una estancia donde el daimio bebía té. Hiroyoki se sentaba con la espalda tan recta que Diego dudó de que lo hubiesen envenenado de verdad.

—Me alegra ver que los rumores eran falsos —dijo Diego.

—No del todo —respondió Hiroyoki.

El daimio lo miró directamente a los ojos con la mirada fría que solía intimidar a sus vasallos. Diego permaneció imperturbable y mantuvo la suya hasta que el daimio preguntó:

—¿Cómo va la construcción de la escuela, capitán?

El japonés de Diego había mejorado lo suficiente para mantener

una conversación con Hiroyoki sin necesidad de intérprete. Kawaokura también lo sabía y no solicitó la presencia de Miyako.

—Pronto se inaugurará.

Hiroyoki asintió complacido. Diego imaginó que el daimio soñaba con los soldados japoneses formando un ejército tan válido como el de cualquiera de las potencias extranjeras.

—Bien, entonces, pronto se convertirá en *sensei*.

—Será todo un honor instruir a los futuros soldados del imperio, mi señor Kawaokura.

En ese instante, un sirviente abrió la puerta, se acercó al daimio y le susurró unas palabras al oído.

—Debe disculparme, he de visitar a mi señor Yoshinobu.

—Por supuesto —afirmó Diego.

Luego se puso en pie y siguió a uno de los criados hasta la puerta. Ignoraba cómo podía ver a Miyako, pero solicitó ver a Ibuki. El criado asintió y dijo:

—Sígame.

El sirviente se adentró en un pasillo que conducía a los aposentos de los criados, donde Ibuki se hallaba. El *rōnin* se había sentado en un banco de piedra del pequeño jardín que daba a su habitación. Cuando Diego vio al hombre que había salvado la vida de Miyako sintió un inmenso agradecimiento. La manga del kimono caía lánguida y vacía. Había visto a muchos soldados en Filipinas perder miembros de esa manera.

—Espero que se encuentre con ganas de aguantar la conversación de un extranjero —dijo Diego. Metió la mano en uno de los bolsillos de la chaqueta y extrajo una petaca que contenía brandy. Lo había conseguido a través de los franceses—. Esta vez soy yo el que le ofrece algo más que té —le dijo.

Ibuki tomó la petaca, que Diego se apresuró a abrir, luego bebió un sorbo largo que transformó su rostro.

—Mejor que mi licor.

—Es cierto —aseguró Diego, sentándose a su lado.

El silencio se instaló entre los dos hombres, salvo el canto de algunos pájaros nada se escuchaba alrededor.

—¿Es verdad que intentó matarla?

—Así es.

—Nunca podré pagarle lo que hizo por ella y el coste que ha significado para usted. Si lo desea, tiene un puesto en la escuela naval.

—No quiero su compasión —afirmó Ibuki, exhibiendo la vergüenza de su incapacidad.

—No es compasión, es gratitud. Jamás le agradeceré lo suficiente que la protegiese.

—Usted habría hecho lo mismo.

Diego asintió, bebió de la petaca y se la ofreció de nuevo a Ibuki. Los dos hombres siguieron en silencio mucho tiempo, sumidos en sus pensamientos, hasta que la oscuridad se apoderó del cielo y las estrellas brillaron con intensidad. Ambos amaban a la misma mujer, los dos habrían entregado su vida por ella; pero Ibuki era consciente de que Miyako no lo había escogido. Reconocer su derrota era más doloroso que las punzadas vivaces que le provocaba a veces el muñón.

MIYAKO HABÍA PEDIDO a la señora Himura, después de saber que Hiroyoki se encontraba en el castillo visitando a Yoshinobu, que condujese a Diego a sus aposentos.

—¡No está bien! —exclamó la mujer.

—Por favor, señora Himura.

—Si alguien lo ve, será su perdición.

De todos modos, la señora Himura encargó a la servidumbre diferentes tareas que los alejarían de los aposentos de Miyako, mientras, Villalba aguardaba fuera a que Diego abandonara el cuarto de Ibuki. El capitán abrió la puerta, y tropezó con Villalba.

—Sígame —ordenó el profesor.

Tras atravesar un pequeño pasillo, abrió la puerta donde ella lo esperaba.

—¡Dios! —dijo abrazándola, luego la apartó un poco de él—. Creí que me volvía loco cuando me dijeron que Hiroyoki quiso matarte.

—No sucederá otra vez —le aseguró ella.

—No subestimes a tu esposo. Ven conmigo, huyamos de aquí. Conseguiré dos pasajes para un barco estadounidense o francés, algún ballenero cuyo destino sea Filipinas —dijo él, tomándola de los hombros y obligándola a mirarlo.

Miyako se retiró de él y salió al jardín. Tomó entre sus manos uno de los lirios de araña roja y lo cortó. Diego se mantenía a escasos centímetros de ella sin descifrar qué pensaba. Los débiles rayos de luna iluminaban apenas el jardín, no veía con claridad su rostro, pero sí su mirada oscura y triste.

—¿Conoces la leyenda del árbol del cerezo?

—Sabes bien que no —dijo él malhumorado.

—Hace mucho tiempo existía un bosque. Los árboles eran de copas grandes y magníficos troncos, lo que indicaba que ningún combate ocurría en ese bosque, aunque había uno al que nadie se acercaba por ser decrépito y seco.

»Un día una hechicera se compadeció de él y le concedió la posibilidad de poseer un corazón humano y sentir las suficientes

vivencias como para retoñar. Además, a lo largo de veinte años podría transformarse en hombre a su voluntad. Sin embargo, todo conjuro es a la vez terrible, y el pobre árbol terminaría muriendo si al cabo de esos veinte años no florecía.

Miyako arrancó otro lirio que juntó con el anterior, mientras Diego la escuchaba y retenía en su corazón la imagen de su propia hechicera.

»El cerezo aceptó y convivió entre los hombres, si bien solo halló guerra, traición, penurias y venganza. Ninguna emoción era lo bastante hermosa como para hacerlo brotar. Hasta que un día, cerca de un arroyo, encontró a una joven que fue amable con él. El árbol la ayudó a llevar el agua a su hogar y en el camino mantuvieron una larga conversación. La muchacha se llamaba Sakura. Cuando ella preguntó su nombre, el cerezo contestó que Yohiro[199]. El árbol la visitó durante días, semanas y meses naciendo entre ellos una fuerte amistad que al fin se convirtió en un gran amor.

»Yohiro decidió contarle lo que sentía, también que era un cerezo a punto de morir, puesto que pronto cumpliría el plazo que le había impuesto la bruja. Sakura enmudeció ante la confesión de Yohiro y el árbol desalentado volvió a su bosque para consumirse. Justo en el instante en que se convertía en cerezo de nuevo, Sakura llegó gritando que lo amaba y se abrazó al tronco. Al ver la hechicera el amor que la joven profesaba a Yohiro, le dio a elegir entre fundirse con el árbol o ser humana. Sakura aceptó unirse a Yohiro y desde entonces cuando florece el cerezo puede verse el amor que existe entre ambos.

—Miyako, es una bonita historia, pero debes tomar una decisión. No disponemos de mucho tiempo. Los franceses se marcharán pronto y los estadounidenses piensan regresar a su país dentro de poco.

Miyako miró a Diego. Jamás comprendería que se debía a su clan, que era la última descendiente de Kawaokura Ryô y de la condesa Inés de Carrión y Guzmán. No abandonaría a su gente, a sus tierras ni a Ibuki.

—Nunca actuaría como Sakura —confesó ella.

Diego asintió al entender qué significaban sus palabras. Apretó los puños, se dio la vuelta y salió del cuarto sin pronunciar una palabra más. Entonces, Miyako contempló la luna, como hacía de niña con su padre en la festividad del *Tsukimi.* Los recuerdos eran menos dolorosos que el presente.

76

la gran ola

Edo (Japón), 20 de septiembre de 1854
(Noveno mes del séptimo año de la era Kaei)

Apenas faltaban un par de semanas para que terminara el *kikusatsuki*, el mes en el que florecían los crisantemos. Miyako observó el jardín, los distintos pétalos de diferentes colores resistían la lluvia con estoicismo. Rememoró cómo bebía *kikuzake*[200] con su padre. Se decía que al hacerlo se obtenía una vida larga y próspera; además comían pastelillos *mochi* rellenos de castañas. Esos días que pasó con su padre permanecerían en su memoria para siempre. De igual modo, pensó en Diego, en todos los momentos compartidos, en la efímera felicidad que le había otorgado. Recordó un *haiku*[201] de Bashō. Los días en que los recuerdos la invadían de melancolía le gustaba practicar el *shodō*[202]. Arrodillada ante la pequeña mesa de escritura, se sujetó la manga derecha con la mano izquierda y preparó la tinta. Después tomó el pincel y trazó las delicadas letras que formaban las palabras del poeta: *Niebla matinal sobre una montaña sin nombre*.

Miyako sintió la misma inquietud que el escritor transmitía con sus palabras, al despertar en un lugar desconocido, al imaginar cómo actuaría Hiroyoki a partir de entonces. No era tan ciega para no ver que ante la carencia de un hombre como Abe Masahiro, debido a una enfermedad repentina que lo mantenía en su futón, hacía necesario convocar a un nuevo *tairō*[203]. El mejor candidato para el puesto era Ii Naosuke, a favor del primo de Iesada, el niño de doce años al que la corte podría manipular sin problemas. En las calles se quería a Yoshinobu, ya que lo consideraban un hombre sabio, pero su situación y, por ende, la de su esposo, se hacía más insostenible en el castillo de Edo al desaparecer Masahiro. Diego jamás comprendería el entramado familiar, político y social en el que el clan Kawaokura se movía. Tampoco que sus errores los pagarían sus vasallos. Habría deseado aceptar su propuesta, ver esas ciudades y sitios de los que le había hablado. Conversar en las lenguas que había estudiado y explorar los países que conocía solo a través de sus lecturas.

Una mancha de tinta emborronó las palabras del poeta y Miyako se quedó mirando el resultado. Después arrugó el papel con rabia, era absurdo aferrarse a lo que nunca podría ser, era mejor concentrar sus

pensamientos en sobrevivir en el mundo al que pertenecía. Ahora debía ocuparse de Ibuki, su intento de suicidio no debía repetirse. Se puso en pie y se acercó a su habitación. Por lo general, a esa hora del día, Ibuki permanecía contemplando el jardín, meditando sobre el extraño destino que les había conducido hasta allí. La señora Himura les traía un té y la anciana aguardaba en silencio mientras lo bebían. Un mal presentimiento se apoderó de ella cuando vio que no estaba Ibuki ni sus espadas. Se preguntó dónde había ido, pero fue la señora Himura la que contestó en su lugar.

—Me contó que este no era su sitio —dijo la mujer. Miyako se giró con la mirada oscura y triste. La señora Himura respondió a su pregunta no hecha—: Está en una casa de té en Yoshiwara.

—Debo impedir que cometa *seppuku*[204] —afirmó Miyako, y se apresuró a salir del cuarto.

—Jamás me he opuesto a sus deseos —dijo la señora Himura con la cabeza gacha—, pero en esta ocasión, debe ser consciente de que un hombre como ese muchacho solo puede tomar sus propias decisiones y nadie le haría cambiar de opinión. Si el daimio averiguara que su señora frecuenta Yoshiwara, además de pisar un burdel donde se verá con Ibuki, las consecuencias para usted serán, posiblemente, la muerte. Algo que su esposo ansía más que nada —terminó por decir la señora Himura.

Su doncella abrió los brazos y le impidió abandonar el cuarto. El haberla criado le concedía el valor para detenerla.

—Señora Himura…

—¡No irá a ningún sitio! ¿Ha perdido la razón?

—Morirá si no lo evito.

—Es un guerrero, un antiguo samurái. Solo tiene su orgullo y su dignidad. Si usted se lo arrebata, no le quedará nada.

Las palabras de la señora Himura detuvieron al instante a Miyako, vencida por una verdad que no podía discutir.

EN LA CASA de las Libélulas, Mariposa había servido *sake* a Ibuki, sin embargo, no pareció apreciarlo. El *rōnin* le dejó claro con su actitud que no la necesitaba esa noche. De todos modos, la cortesana se sentó frente a él, extendió las manos y las introdujo entre sus ropas. Sintió la musculatura de su pecho y el deseo floreció en ella.

Ibuki sujetó una de sus muñecas con la mano izquierda.

—No quiero tu compañía.

—A mí no me importa que no tengas brazo —respondió y quiso acariciar su muñón.

Ibuki la empujó y derramó el *sake* que le había servido. Mariposa

estaba acostumbrada a que los hombres actuasen con violencia con mujeres como ella, aunque en esta ocasión el dolor por su rechazo le resultó perturbador.

—Mi señora —dijo una voz fuera del cuarto.

Mariposa se levantó y se acercó a la puerta. Cuando la abrió, vio que se trataba de una de las sirvientas. La muchacha carecía de la belleza para convertirse ni siquiera en una *yajotsu*[205], pero era trabajadora y de maneras afectuosas.

—Una mujer desea verla. Dice que es la dama Kawaokura —susurró la chica en su oído.

Mariposa cerró la corredera tras su espalda y siguió a la criada hasta sus aposentos. Ibuki no había escuchado nada, y Mariposa agradeció que fuera así.

—Trae té —le ordenó a la chica.

Después abrió la puerta delantera del cuarto y se detuvo en el umbral al encontrarse con la dama Kawaokura. La joven volvía a vestir como una sirvienta. Le inquietaba que pidiera ver a Ibuki o que este averiguase que la mujer se hallaba allí.

—No esperaba que nos honrara con su visita de nuevo —dijo Mariposa.

—¿Cómo está Ibuki? —preguntó sin ambages.

—¿Por qué lo pregunta? —Unos golpes interrumpieron la conversación. En seguida Mariposa ordenó—: Adelante.

La joven colocó el servicio de té para dos personas delante de la *yarite*, se inclinó y se marchó en silencio.

—Su preocupación por un vasallo es encomiable —dijo con una voz dura.

—Ibuki no es mi vasallo. Creía que eso le quedó claro el día en que nos conocimos.

—Es cierto, son amigos. ¿De verdad puede existir amistad entre un hombre sin clan ni familia y una dama como usted?

La dama Kawaokura agachó la cabeza al recordarle su procedencia y su sitio. Todos en la vida ocupaban una posición inamovible. Un lugar que, se quisiera o no, se debía aceptar. Eso lo había aprendido Mariposa a muy corta edad y de una manera implacable.

La dama Kawaokura se puso en pie, pero antes de irse se giró, exhibía una mirada oscura y dijo con la voz ronca:

—Evite que muera. Lo ha intentado una vez.

—Lo haré —prometió Mariposa. Luego dijo—: No vuelva más por aquí. Nunca más será bien recibida.

La dama Kawaokura asintió sin pronunciar una palabra más. Las dos mujeres sabían que el motivo no era otro que Ibuki.

IGNORANTE DE LA conversación entre ambas, el *rōnin* pensaba en la propuesta del capitán Quesada. Miró de nuevo el *kawaraban*[206]. En el folleto se hablaba de que unos *rōnin*, si bien las autoridades sospechaban que quizás eran samuráis de baja cuna, habían asesinado a unos extranjeros y a los japoneses que trabajaban a su servicio al grito de: ¡Abajo el *bakufu*!

Ibuki creía que se trataba de aburridos hijos de samuráis de alto nivel que estaban creando el terror en la ciudad. Bebió directamente del recipiente de *sake*, y sin soltarlo observó el *kawaraban* arrugado en una esquina del cuarto. Su tiempo, al igual que el de los samuráis, se acababa. El mundo ya no tenía cabida para hombres como él: un *rōnin*, el hijo de un antiguo samurái. Incluso recordó unos versos que le hacían entender con mayor claridad que, en vez de morir, debía reinventarse:

Ya está deslustrada la espada
y quebrado el espíritu del guerrero[207].

Ahora era el momento de luchar. Al contrario que Hiroyoki no creía que vencieran a un enemigo como las potencias occidentales en igualdad de condiciones, si bien ayudaría a la gente de su clase a defenderse. Al final se convertiría en *sensei,* aunque no enseñaría a hombres deseosos de demostrar su valía con la espada. En ese instante, Mariposa regresó al cuarto y lo encontró con la mirada perdida, pero brillante.

—¿Sabes dónde se esconde Fukuda?

La cortesana lo miró con desconfianza. Conocía la historia de Ibuki con el antiguo vasallo de Kanada.

—Sabes que no —mintió.

Fukuda visitaba a veces la casa, y Mariposa ponía especial cuidado en escuchar su conversación. Si en algo inmiscuía a Ibuki, ella lo sabría. La suerte del viejo samurái había ido de mal en peor, y ahora ofrecía sus servicios también a los extranjeros.

Ibuki alzó su barbilla y la contempló con una sonrisa que hizo que volviera a concentrarse en sus palabras.

—No mientas, Mariposa. No pienso morir en un enfrentamiento suicida, solo pretendo montar un ejército.

—¿Un ejército?

—Es tiempo de que los guerreros como Fukuda y yo unamos nuestras espadas.

HIROYOKI SE SENTÓ delante de todo lo necesario para limpiar su

katana. Desenfundó la espada, después aplicó sobre el metal el polvo de *uchiko*[208], tomó una hoja de papel de arroz y frotó con ella el polvo. Una vez que hizo esto, mojó un trozo de trapo en aceite vegetal de *koji*[209] y untó el acero. Su katana relucía igual que la *saya*[210]. Recordó el buen uso que había hecho de ella hacía dos noches al derramar la sangre de los extranjeros y de todos esos perros que los servían. Había sido fácil, solo requirió de un par de hombres partidarios de acabar con el *bakufu*. Se trataban de antiguos samuráis, ahora *rōnin,* que eran defensores de que el emperador fuera el legítimo y auténtico soberano y no el sogún, quien era alguien al que se le había encargado que protegiese Japón. Sin embargo, el actual sogún se había rendido ante las potencias occidentales, así que carecía de valor un título de aquella índole, pues no había cumplido la petición del emperador.

Hiroyoki encendió aún más con sus palabras los ánimos de unos hombres dispuestos a matar por sus ideales. Así que la noche en la que se presentó la oportunidad de emplear sus armas no la desperdiciaron. Un grupo de *gaijin* había conseguido el permiso del *bakufu* para desembarcar en la bahía de Edo. Cuando Hiroyoki se enteró, se deshizo de sus ropas de samurái y se disfrazó de *rōnin*. Luego marchó al barrio de Yoshiwara, allí encontró a los hombres que a partir de ese momento lucharían contra el *bakufu* y los extranjeros.

Ahora el *bakufu* se enfrentaba a una comitiva estadounidense que protestaba por tal afrenta. Hiroyoki esbozó una sonrisa de satisfacción al pensar que pronto esos *monos blancos* pagarían la osadía de pisar sus tierras.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos.

—Adelante.

Un sirviente entró, se arrodilló ante él a la espera de que su señor le permitiese hablar. Hiroyoki asintió con la cabeza, y este dijo:

—El señor Yoshinobu reclama su presencia.

—Prepara lo necesario —ordenó, pero al ver que no se movía, preguntó—: ¿Qué sucede?

—El señor Yoshinobu también desea que le acompañe la dama Kawaokura.

La petición desagradó a Hiroyoki. Desde que cruzaron aquellas palabras delante del *rōnin*, no habían vuelto a verse. Evitaban coincidir y, si lo hacían, se observaban el uno al otro con miradas cargadas de significado que solo ellos eran capaces de descifrar. Pero aunque le disgustaba, no podía ignorarla.

—Avisa a la dama Kawaokura.

ESA TARDE hubo tormenta, y mientras Diego escuchaba los truenos terriblemente amenazantes en la lejanía, se acordó de las palabras de Miyako y de su rechazo. Cada vez que pensaba en ella sentía su ausencia con más intensidad. Varios de los instructores habían propuesto visitar Yoshiwara ese día. No se les permitía acceder a todos los locales y burdeles, pero en la Casa de las Libélulas eran bien recibidos.

Fueron conducidos a un cuarto donde tres muchachas, ataviadas con vistosos y coloridos kimonos servían *sake* a los franceses. Sus nuevos amigos intentaban tomar sus cinturas o besar sus labios. Uno de los extranjeros se acercó a Diego y le dijo:

—Español, ¿aún quieres esos dos pasajes para el ballenero estadounidense?

—Lamentablemente no —respondió sin más, bebiendo de una sola vez su cuenco de *sake*.

El francés quiso decir algo más, pero una de las chicas atrajo su atención cuando comenzó a bailar.

Mariposa observó la tristeza en el semblante del extranjero. Se aproximó a él y le sirvió más *sake*. Había aprendido un poco de inglés y le dijo:

—El amor no siempre es felicidad.

Diego miró a la mujer y asintió con una sonrisa ladeada. Sus palabras eran tan certeras como su puntería de francotirador.

—Una gran verdad.

—¿Cómo se llama?

—Diego de Quesada.

—Quesada-san, creo que tenemos un amigo en común.

La sorpresa hizo que Diego alzara una ceja.

—¿Un amigo?

—Ibuki.

—¿Cómo está?

—Bebiendo *sake* en soledad.

—¿Podría verlo?

—¿Prefiere la compañía de un hombre a las de mis pupilas?

—Son unas muchachas muy bellas, aunque en esta ocasión solo deseo a un compañero de *sake*.

—Acompáñeme —dijo ella con una sonrisa, poniéndose en pie.

Abandonó el cuarto y se adentró por un enrevesado pasillo estrecho hasta una pequeña habitación. Ibuki se volvió con la mirada atenta al escuchar los pasos de una mujer acompañada de alguien más. Se relajó en el momento en que advirtió que se trataba del *gaijin*.

—¿Puedo pasar? —preguntó Diego.

Ibuki asintió con la cabeza y le indicó con la mano que se sentase frente a él. Mariposa golpeó dos veces las palmas y apareció una

sirvienta.

—Trae *sake*.

Enseguida la joven regresó con el encargo de la *yarite*. Mariposa se puso en pie, se inclinó y se marchó en silencio, dejando a los dos hombres a solas en el cuarto.

—Una mujer interesante —dijo Diego.

—Y compasiva, algo que pocas veces se encuentra en un oficio como este.

Diego llenó el cuenco de *sake* de Ibuki. Su mirada se desvió a su muñón cuando el *rōnin* se lo tocó con la mano izquierda.

—¿Duele?

—Como si un forjador de espadas probase las katanas en él.

—Supongo que eso debe de ser mucho dolor.

Ibuki emitió una carcajada por las palabras del extranjero. Luego aceptó con una leve inclinación el cuenco de *sake* que Diego le ofrecía. Bebió de un trago, después lo dejó sobre la bandeja que le había llevado Mariposa. La posición de Ibuki era sentado al estilo *seiza*. Arrodillado en el tatami, descansaba las nalgas en los talones y los empeines en el suelo, permanecía con la espalda recta mientras su única mano se apoyaba en el muslo izquierdo.

Diego se removió inquieto, desde que había pisado el barrio de Yoshiwara había notado el aire enrarecido, no solo por la violencia contenida que vio en los hombres con los que se había cruzado en el camino; también por un ambiente extraño y pesado que parecía invadir la ciudad. Los instructores portaban una insignia en el brazo que los identificaba como *O-yatoi Gaikokujin*[211] para no ser atacados como los marineros estadounidenses. Pero un marino como él había apreciado algo más en aquella tarde tormentosa que no sabía explicar, aunque le provocaba una agitación creciente que apenas podía controlar.

—Debo decirle que rechazo su propuesta —dijo Ibuki, y Diego ahuyentó sus preocupaciones al volver a conversar.

—Lamento oír eso.

—Le aseguro que no sería un buen *sensei*.

—¿Qué piensa hacer?

—Luchar contra *gaijin* y samuráis que explotan y matan a gente como yo.

Diego fijó la mirada en la de Ibuki y contempló a un letal enemigo, a un soldado que cualquier ejército desearía tener entre sus filas.

—Será un combate interesante, amigo mío —afirmó, levantando su cuenco de *sake*.

De pronto, la tierra rugió y se movió con fuerza. Ibuki se apresuró a tomar su espada. Diego era consciente de que en esos momentos hombres valientes se paralizaban y los cobardes actuaban como nunca

habrían imaginado. Mariposa entró en el cuarto, mientras los gritos de las muchachas se sucedieron como una cadena sin fin.

—¡Debemos salir de aquí cuanto antes, el fuego se extenderá con rapidez por el barrio! —gritó la mujer, intentando mantener el equilibrio.

El temblor duró unos instantes que les parecieron una eternidad, durante los cuales ninguno de ellos sintió el suelo bajo los pies. Entonces, el clamor de la Tierra sobrecogió a los habitantes de Edo.

Diego, junto con Ibuki, consiguió abandonar la casa antes de que se derrumbase sobre sus cabezas y ambos vieron ante sus ojos el efecto destructor del gran terremoto. Muchas de las casas habían perdido la fachada, dejando a la vista las vigas y los diminutos rectángulos que constituían las habitaciones. Las lenguas de fuego pronto se propagarían a pesar de la lluvia que caía ahora con más fuerza. La muchedumbre aterrorizada y, sin saber muy bien cómo proceder, permanecía inmóvil en la calle. Entonces, se escuchó cómo una de las vigas que sujetaba el burdel se partía por la mitad y se sustentaba sobre una estructura endeble.

—¡Fuera todo el mundo! —gritó Diego.

—¡Tonta niña, no ha salido!—exclamó Mariposa, adentrándose en la casa justo cuando la viga se quebraba por completo.

Diego e Ibuki se apresuraron a socorrerla, ya que sus amigos los franceses huían despavoridos colina abajo como lo harían las ratas en un barco incendiado.

—Con cuidado —dijo Diego, colocando a Mariposa en un lugar más seguro.

Varias de las jóvenes se acercaron a ayudar a la *yarite*. Diego miró a su alrededor y contempló la devastación que los rodeaba. Numerosas casas habían sido derruidas hasta la bahía, algunas consumidas por el fuego que las velas o braseros habían provocado tras el temblor, y otras simplemente habían caído como las cartas de una baraja de naipes. Inmediatamente lo vio y comprendió la inquietud que había sentido esa tarde desde que pisó Yoshiwara.

—¡Hay que advertirles del peligro! —gritó.

Ibuki no entendió a qué se refería el marino hasta que este señaló la bahía. El agua había retrocedido unos metros, como si fuera absorbida por el fondo, y a lo lejos se oía un rugido ensordecedor como el clamor de mil ejércitos. Recordó un día en una posada, un viejo ainu, que mendigaba unas monedas, contó una vieja creencia de su pueblo sobre una gran ola, provocada por Amemasunu[212], la gran ballena. Tras haberse comido a un ciervo sin tragarlo, el animal lloró lágrimas tan puras que hizo un agujero en el estómago de la ballena, matándola y así pudo escapar. Un pájaro que pasaba por allí avisó a todos los aldeanos de que la ballena bloqueaba las aguas y que había

peligro de inundación. Nadie, salvo el pueblo Ainu, escuchó la advertencia y se pusieron a salvo, en cambio, el resto de pueblos se acercaron a la playa y devoraron a la ballena. Cuanta la leyenda, que una vez que se la comieron, las aguas se liberaron inundando a todos.

Ibuki jamás había creído en esas historias, tampoco había conocido a nadie que hubiera visto una gran ola. Pero el viejo parecía tan seguro como ahora estaba el español de que el peligro que los acechaba era muy real. Ibuki no se acordaba muy bien de las palabras del anciano, pero sí de que Amemasu castigaba a todos aquellos que cometían un delito contra los seres que vivían en las profundidades marinas.

—Envía a alguien a la fortaleza, deben ponerse a salvo. El mar se tragará a todo ese gentío, si no les avisamos de que se marchen —dijo Diego, señalando con la mano las casas más cercanas a la bahía—. No tenemos mucho tiempo.

En ese momento, Fukuda apareció acompañado de un grupo de guerreros.

—Ordena a uno de ellos —dijo Ibuki a Fukuda, apuntando con el dedo a uno de sus hombres— que informe al castillo del peligro y que intente conducir a toda la gente que puedan a la zona más elevada de Edo. Dale el brazalete del *gaijin* para que crean el mensaje.

—El castillo está en llamas, además el paso de Yoshiwara a Edo se ha derrumbado, la gente intenta atravesarlo de cualquier forma. Todo es un caos, así que estamos solos —afirmó Fukuda.

La situación resultaba confusa, aun así, mandaron a un hombre. Después de abrirse paso entre la multitud que huía, consiguió llegar a las murallas de la fortaleza. Entregó el aviso a uno de los guardias de la puerta, que se afanaba en apagar el fuego que se había extendido por el interior para impedir que alcanzase el corazón del castillo.

Mientras tanto en Yoshiwara, Diego, acompañado por los hombres de Fukuda, emprendió la marcha hacia la bahía pensando en Miyako. Solo esperaba que ella estuviese a salvo.

—¡Corred! —gritaban a todos aquellos que se encontraban a su paso—: ¡Huid!

Los hombres de Fukuda incluso desenvainaron las espadas para asustar a una población que yacía derrotada ante la destrucción que había causado el terremoto. Muchos de ellos habían perdido su hogar y sus negocios, otros incluso a familiares, pero entonces una enorme pared de agua se aproximó a la bahía con una rapidez sorprendente y tan alta que el ruido de los llantos y lamentos cesaron de repente. La gente la contemplaba sin comprender qué sucedería después, solo los hombres de Ibuki y Diego continuaron vociferando que se fueran. El silencio previo a la destrucción detuvo a todos aquellos que la observaban embelesados, como si no existiera nada más bello y

terrible en ese mundo.

—¡Agárrate a cualquier cosa firme! —gritó Diego a Ibuki antes de escuchar el aullido de la tierra al ser desolada por la gigantesca ola.

Diego consiguió abrazarse a uno de los cerezos que adornaban el camino que conducía a la bahía. De pronto, el agua arremetió contra él, intentando que se soltara de su sujeción para formar parte de aquella marea de lodo, tejados y cadáveres. Se afanaba en respirar, mientras la lengua marina lo cubría por completo. Trepó por el tronco y tomó aire, cuando un dolor insoportable le hizo exclamar una blasfemia. Una bocanada de agua entró en su garganta, ahogándolo. Era consciente de que debía ascender más, si no quería morir ese día. Subió lo suficiente para no sucumbir a la furia del mar. Se aferraba a las ramas del cerezo con todas sus fuerzas, pensando en la leyenda que un día le contó Miyako. Si volvía a verla, ¿trataría de convencerla de que lo acompañase o se marcharía sin mirar atrás?

77

una cuestión de honor

Edo (Japón), 21 de septiembre de 1854
(Noveno mes del séptimo año de la era Kaei)

Al anochecer, el espectáculo de destrucción se extendía como una terrible mancha de brea que había engullido todo a su paso. A veces, Diego oía algún lamento desconsolado, interrumpido por el sonido del agua al retroceder de nuevo a la bahía. La ola de arrastre era igual de peligrosa o más. Miró en torno a sí, al menos había dejado de llover y la luz de la luna iluminaba su alrededor mostrando el horror al que se habían enfrentado. Después observó los fuegos que ardían en el castillo de Edo. Desconocía si eran conatos de incendio o fogatas intencionadas para guiar a los habitantes a la fortaleza.

Las calles que configuraban Edo, se habían sembrado de cadáveres que flotaban boca abajo. Pronto las alimañas empezarían a devorarlos por el rostro, quedando tan desfigurados que serían difíciles de identificar. Algunos jamás serían encontrados y, entre ellos, para muchos el mar se convertiría en su infinito descanso.

Pasarían horas hasta que el nivel del agua descendiese lo suficiente para que pudiese bajar del árbol. No notaba la pierna derecha y a duras penas movía los brazos agarrotados y doloridos, pero no iba a rendirse. Aguantó en una duermevela que lo obligaba a mantenerse despierto cantando canciones que había aprendido de Baler. También hablaba a una Miyako que solo existía en su imaginación. Cerca del alba, divisó a lo lejos una diminuta luz que se acercaba con lentitud. Diego no soportaría ni un minuto más. Y, a decir verdad, se alegraba de terminar con aquella agonía. Poder escapar del cansancio y el sufrimiento que lo atormentaban era un alivio en el que abandonarse. Durante un instante la oscuridad se convirtió en luz, gracias al *andon*[213] que alguien sujetaba en una mano. Cuando la improvisada canoa de juncos se abrió camino entre escombros y muertos hasta llegar a él, creyó que se trataba de un espejismo. Entonces, escuchó la voz de Iko, uno de los hombres de la casa Kawaokura, gritar:

—¡Resista un poco más, *O-yatoi Gaikokujin-san*[214]*!*

Diego apenas oía las palabras, sentía que las tinieblas se apoderaban de él y soltó su agarre, hundiéndose en el amasijo de cascotes y lodo. En ese momento, varias manos lo cogieron de los

hombros y lo sacaron con brusquedad de la muerte segura que hallaría en ese mar de barro.

Junto con dos de sus hombres, Iko había rescatado al *gaijin* justo antes de perderlo del todo entre los restos de lo que había sido parte de la ciudad de Edo. Cuando lo pusieron en la barca comprobaron que tenía una fea brecha en la pierna.

—¿Vivirá? —le preguntó uno de los samuráis a Iko.

—Espero que los dioses se compadezcan del extranjero. Ha salvado nuestras vidas y las de muchos otros avisando al castillo del peligro que nos acechaba desde la bahía.

DURANTE DOS DÍAS, Diego permaneció inconsciente, mientras la fiebre le hacía delirar en un sueño inquieto en el que llamaba a gritos a sus antiguos compañeros de armas, algunos como Baler, caídos en el campo de batalla. En esas dos noches, Miyako no se apartó de su lado, salvo para comer o dormir un par de horas. En ese tiempo dejaba en manos de la señora Himura y del profesor Villalba el cuidado de Diego.

Al tercer día, el capitán entreabrió los ojos, cuando lo hizo el dolor fue insoportable, como si reviviese una pesadilla y se adentrase en otra peor que la anterior.

—¡Miyako…! —consiguió pronunciar su nombre.

—Diego, creí que no despertarías nunca más —dijo, tomando su mano entre las suyas, indiferente a que una de las criadas pudiera observar su gesto.

—¿Cuánto llevo aquí?

—Dos días.

—¿Ibuki…?

Miyako disintió con la cabeza. Muchos eran los que habían muerto y hasta ese momento nada sabía del *rōnin*.

—No lo sé —respondió con tristeza.

—Seguro que se encuentra bien —aseguró Diego sin convicción.

Miyako imaginó la dificultad y casi la imposibilidad de un tullido como Ibuki para aferrarse a un tronco o cualquier otra cosa. Aunque rezaba para que hubiera sobrevivido, en su corazón existía el temor de que no lo hubiese logrado.

—Ayúdame a incorporarme.

Miyako colocó su brazo tras sus hombros y elevó su torso para que Diego se sentase. El rostro de Diego exhibía unas ojeras negras y la mirada era la de un hombre que había visto a la muerte muy de cerca.

En ese instante, la señora Himura entró en el cuarto y ahuyentó a las sirvientas al ver cómo su señora sujetaba la mano del *gaijin*. Traía

unas gachas con las que alimentar al herido. Se arrodilló ante Miyako y dijo:

—Señora, su esposo desea verla de inmediato.

Hasta ese día Hiroyoki y ella se mantenían a una distancia prudencial. Además, lo habían convocado al castillo por el consejo de los cinco ancianos. Miyako solo se había volcado en cuidar a Diego, sin preguntarse por qué Hiroyoki había sido llamado por el máximo poder de Edo en unos tiempos tan aciagos para la ciudad.

MIENTRAS TANTO, EN las habitaciones contiguas, Hiroyoki pensaba en la reunión a la que había asistido. Todavía escuchaba sus palabras con nitidez en sus oídos. Como si no fuera suficiente humillación aceptar las pretensiones de los extranjeros, ahora debía conceder a uno de ellos un honor que no merecía ostentar ninguno de esos *gaijin*.

Recordó que cuando llegó a la sala que, milagrosamente, se había librado del fuego, se encontró con cinco hombres. Guardó silencio a la espera de que le comunicasen qué querían de él.

Los cinco se notaban cansados, e incluso Abe Masahiro se había envuelto en una manta. Su cara mostraba que aún no se había recuperado de su enfermedad. Fuese lo que fuera por lo que habían requerido su presencia era lo bastante importante para haberlo sacado del futón en aquel estado.

—Debemos compensar la acción del capitán Quesada —dijo Abe Masahiro.

Sus palabras sorprendieron a Hiroyoki, pero se mantuvo callado.

—Es cierto, su proceder ha salvado muchas vidas —añadió otro de ellos—. Se ha comportado como un auténtico guerrero samurái.

Hiroyoki desconocía la actuación del *gaijin* para recibir tales elogios.

—Señor Kawaokura, le agradecemos inmensamente que haya contratado a un instructor de la valía del capitán Quesada.

—Perdonen mi ignorancia —se atrevió a decir Hiroyoki—, ¿qué ha hecho para que el consejo se reúna en un momento tan incierto como por el que pasamos?

—¿No lo sabe? —preguntó extrañado Abe Masahiro. Al ver que Hiroyoki negaba con la cabeza, añadió—: Ha salvado a la ciudad de la gran ola. Nadie en Edo había visto nunca una ola de esa magnitud. Se tenía conocimiento de que el mar inundaba a veces ciudades costeras, pero en una bahía como la de Edo era un hecho improbable, que por desgracia ha sucedido. De todos modos, damos gracias a los dioses de que cientos de personas le deban la vida al extranjero al servicio de la

casa Kawaokura. Por ello lo consideramos valedor de un honor sin precedentes.

—¿Cuál, mi señor?

—Tenéis que designarlo samurái del clan Kawaokura. Sin conocer el camino del guerrero, el capitán Quesada ha cumplido todos y cada uno de los preceptos de un samurái ejemplar, así que se convertirá en uno.

La sorpresa dejó a Hiroyoki tan mudo y tan paralizado que apenas respiraba. Cuando se repuso de la impresión, asintió despacio, sin convicción respecto a la orden que Abe Masahiro y el resto de ancianos le habían dado. Mentalmente recordó el código que desde hacía un tiempo le costaba tanto ejecutar: *gi*[215], *yu*[216], *jin*[217], *rei*[218], *melyo*[219], *makoto*[220] y *chugi*[221].

La presencia de Miyako en su habitación le hizo olvidar la reunión, pero no el título que debía conceder a ese extranjero. Observó el rostro cansado de Miyako. Uno de sus criados, quien vigilaba a su esposa, le había contado que permanecía junto al lecho del *gaijin*, susurrando a su oído palabras de aliento.

—¿Cómo se encuentra el instructor? —preguntó Hiroyoki, indicándole con la mano que se sentase frente a él.

Miyako se arrodilló y dijo:

—Vivirá.

—Eso espero. Me han pedido que le otorguemos justo premio a su valentía.

Miyako lo miró sin comprender hasta que Hiroyoki con el ceño fruncido, como solía hacer si algo le disgustaba, dijo:

—Avísame cuando se ponga en pie. Entonces lo nombraremos samurái del clan Kawaokura. Es una petición del consejo de los cinco.

Ambos sabían que no se trataba de una opción, sino de una obligación indiscutible. Miyako fijó la mirada en la suya, aguardando ver algún indicio que delatara qué pretendía en realidad con una acción como aquella. Sin embargo, no advirtió nada fuera de lo común, salvo que lo irritaba confesarle la orden que le habían impuesto.

—¿Eso es todo? —preguntó sin demostrar asombro ni placer.

—Díselo tú.

—Debería ser su señor el que le diera las buenas nuevas.

Hiroyoki se inclinó hacia delante con los puños apretados sobre el tatami, tan cerca de Miyako que notaba su respiración agitada.

—Jamás seré el señor de ese *gaijin,* ni él mi vasallo. No lo olvides.

Miyako asintió sin pronunciar una palabra. Se puso en pie despacio, alisándose la falda del kimono, mientras Hiroyoki la contemplaba con frialdad.

UNOS DÍAS DESPUÉS, Diego recibió la visita de Iko y su padre en sus aposentos. Los dos vestían un *kamishimo*[222], las ropas que usaban los samuráis al servicio de la casa Kawaokura. También llevaban uno para él. Consistía en un *kataginu*[223] y un *hakama*[224] que le colocaron sobre un *kosode*[225]. Habían bordado el escudo de la familia Kawaokura en ambos lados del pecho, la espalda y en la *koshiita*[226].

El padre de Iko, un guerrero de firmes creencias en *el camino del bushido*[227], reconoció que el extranjero había actuado con la valentía y el honor necesario para ganarse el derecho a ser uno de ellos. Había salvado a cientos de vidas a costa de arriesgar la suya. Asintió complacido cuando lo vio vestido de aquella manera. Su corpulencia lo convertía en un digno oponente, mucho más que algunos hijos de samuráis que solo parecían más interesados en divertirse y escribir poemas que en practicar el arte de la espada.

—Nos esperan —dijo Iko.

Antes de marcharse, Diego se postró delante del joven samurái, sorprendiendo con su acción al padre y al hijo.

—No había tenido la oportunidad de agradecerte que me rescataras de una muerte segura —dijo Diego.

Luego buscó entre sus pertenencias y le entregó una de las pistolas que Fernando le había regalado.

—No puedo aceptarla —aseguró Iko, aunque apenas disimuló su entusiasmo al ver el arma.

—¿Por qué?

—Era mi deber…

—Me gustaría que se convirtiera en un recuerdo de mi agradecimiento y también de mi deseo de amistad.

—Lo siento, pero no puedo aceptarla.

—Insisto —afirmó Diego, conocedor del protocolo.[228]

—Gracias, sería un honor recibir su gratitud y amistad —terminó por decir Iko y la guardó en el *kaku obi*.

Después todos se encaminaron al castillo de Edo.

DURANTE EL CAMINO, Diego pudo ver los estragos que habían causado el fuego y el agua. A pesar de ello, parte del castillo se había mantenido a salvo y ninguna huella del desastre asolaba los jardines y edificios por los que pasaba y que constituían dicha fortaleza.

Diego mantuvo el paso de los dos hombres, si bien el dolor de su pierna le resultaba por momentos insoportable. Iko advirtió su gesto de aflicción y se lo dijo a su padre. Los dos anduvieron más despacio

para permitirle seguir su ritmo sin sufrir tanto. Al fin llegaron a la sala donde se hallaba el sogún Iesada. El joven jugueteaba con un abanico mientras su madre permanecía junto a él, ambos custodiados por cinco hombres armados con espadas y alguno incluso con una pistola holandesa. Se habían sentado sobre varios cojines de color rojo en una plataforma de madera que los situaba en un plano muy superior al de los demás asistentes. Bajo la tarima se encontraba Abe Masahiro, visiblemente enfermo aguantaba la compostura. A su derecha se congregaban los cuatro ancianos que formaban el consejo. En el lado izquierdo, el daimio Kawaokura continuaba arrodillado con el rostro demudado convertido en una máscara de rabia. Cualquiera podía ver que le disgustaba el papel que debía representar.

Cuando las puertas correderas se abrieron, Jiro indicó a Diego con un gesto que se adentrase en la sala. Al comprender ante quién se presentaba, dio unos pasos, se arrodilló con humildad ante el sogún y aguardó paciente, apretando los dientes por el dolor.

Miyako le había explicado el deseo del consejo de los ancianos de investirlo samurái. En un principio se negó a admitir tal consideración, pero Miyako insistió en que eso sería tal deshonor a su clan que provocaría más problemas que aceptar ser un miembro de la casa Kawaokura.

—Por su comportamiento encomiable —dijo Abe Masahiro con la voz temblorosa por la fiebre—, se le nombra samurái de la casa Kawaokura. Su daimio le entregará su katana. Recuerde que la espada es el alma de un guerrero.

—No merezco tal honor —respondió Diego, sin embargo, tomó la ofrenda con los brazos extendidos.

La katana de una sola hoja y acero templado era ligeramente curva. La dejó a su costado, en el suelo, aunque la sujetaba con una mano como hacía el resto de samuráis en la sala.

—Desde hoy ya no será el capitán Quesada, sino el samurái *Umi no otoko*[229] al servicio de la casa Kawaokura —habló Hiroyoki.

Diego asintió fijando la mirada en él. Su boca decía unas palabras, mientras que sus ojos eran los de un hombre que deseaba desenvainar esa misma katana que le había ofrecido y darle muerte con ella.

—Honraré a mi clan y a mi daimio —dijo, pensando que su condición de samurái lo obligaba a acatar las órdenes de Hiroyoki.

A partir de ese momento, su incierto futuro y el de Miyako se complicarían aún más.

El daimio se puso en pie y ese fue el momento en que el consejo de los cinco dio por terminado el asunto oficial que les había llevado hasta allí. Entonces, Iko se acercó a Diego y le dijo:

—Debería probar esa espada.

—Supongo que sí.

DE LA CASA de las Libélulas apenas quedaban los cimientos. Mariposa había logrado sobrevivir, si bien carecía de un lugar donde regresar. Lo había perdido todo, igual que muchos de los ciudadanos de Edo.

—Niña tonta, tendrías que dejar esta casa —le dijo a Momo, la chica todavía permanecía a su lado.

—Me salvó la vida, ¿cómo puedo abandonarla?

—Yo lo haría.

Mariposa se sentó en medio de un montón de escombros que había sido una casa de té próspera. No era la mejor de la ciudad, pero había conseguido un grupo de muchachas agradables y cada vez tenía más clientes, sobre todo, extranjeros a los que podía cobrar bastante más. Miró a su alrededor, la desolación le encogió el pecho. Se preguntó si Ibuki aún vivía, ya hacía dos semanas que no sabía nada de él.

—Solo he podido comprar unas pocas algas —dijo Momo, apesadumbrada, devolviéndola a la realidad.

Mariposa se secó las manos en su ajado kimono, ignoraba qué había sucedido con sus ropas, pero imaginaba que el agua las había arrastrado hasta el fondo del mar como había hecho con tantas otras cosas. Era absurdo llorar por lo perdido y removió con un palo el contenido de una olla en la que había agua hirviendo. Por suerte, el pozo había resistido y disponían de agua para beber.

—Échalas —ordenó a la chica.

Las dos mujeres contemplaban la olla y no advirtieron la entrada de alguien más en la habitación destartalada en la que ahora vivían.

—Deberías ponerle arroz —dijo una voz a sus espaldas que sobresaltó a ambas.

—¡Ibuki! ¡Maldito hijo de un ladrón! ¡Creía que esa endemoniada ola te había llevado con ella! —gritó Mariposa, y las lágrimas bordeaban sus párpados.

—La gente como tú y como yo no es tan fácil de matar.

—Es cierto —dijo ella, sentándose de nuevo.

Le costaba mantenerse en pie y respirar con normalidad.

—Ten —dijo Ibuki a la muchacha, entregándole una bolsa.

Cuando la abrió sus ojos resplandecieron de alegría.

—¡Es arroz! —exclamó la joven incrédula.

—¿De dónde demonios lo has sacado? —preguntó Mariposa suspicaz.

—Será mejor que no preguntes.

Las dos mujeres miraron a Ibuki mientras un atisbo de temor se

reflejaba en el rostro bobalicón de la chica al pensar en su procedencia.

—¡No seáis necias! Los muertos no necesitan comer, son los vivos los que debemos hacerlo.

Ambas entendieron de inmediato que Ibuki lo había robado de las ofrendas de un cementerio que había sobrevivido a la destrucción. Se decía que dos de ellos soportaron sin claudicar la fuerza de la ola, que apenas acarició sus puertas, como si los habitantes del más allá hubiesen hecho un frente común y defendido sus dominios del inframundo.

Cuando comieron, la chica se marchó y Mariposa miró a Ibuki y le preguntó:

—¿Cómo conseguiste sobrevivir?

—Tuve suerte y Fukuda me ayudó. Si no hubiese sido por él, ahora sería a mí a quién harías una ofrenda de arroz.

UNA SEMANA MÁS tarde, la noticia de la llegada de Perry exigiendo la presencia de un cónsul en Japón, provocó que el *bakufu* enviase una carta a todos los daimios comunicando dicha solicitud. La mayoría comprendió en esa segunda ocasión que tenían que claudicar ante la demanda, pero unos pocos entre, los que se encontraban el daimio Kawaokura y el señor de Mito, no aceptaron la propuesta.

Hiroyoki arrugó la carta y la lanzó a un extremo del cuarto. Pensó en la manera de reclutar más hombres y comprar más armas. Quizás debía esperar para deshacerse de Miyako. Había demostrado que con sus plantaciones de azúcar se obtenía dinero. Era el momento de dar un paso más allá. Había escuchado que algunos plantadores contaban con una refinería, eso abarataría los costes y se lograrían más beneficios.

—Haz que vengan el *sensei* Villalba y mi esposa —ordenó a uno de sus sirvientes.

El joven se apresuró a cumplir la petición de su señor y, poco después, tanto Miyako como Villalba se sentaban ante el daimio Kawaokura.

—¿Qué sabes de las refinerías de azúcar?

Los dos se sorprendieron por la pregunta del daimio, y Miyako dijo:

—Lo suficiente para entender que se requiere bastante dinero y un inmenso trabajo para ponerla en pie, además de mucho tiempo si queremos que dé beneficios.

—Deseo que construyáis una.

—¡Eso no es posible! —exclamó Miyako.

Hiroyoki golpeó con el puño la mesa baja en la que había un juego de té, la bebida se derramó y manchó el kimono del daimio.

—¡No quiero un no por respuesta! —gritó Hiroyoki, si bien intentó controlar su enfado, consciente de que requería los conocimientos de Miyako, diciendo—: Ahora más que nunca necesitamos dinero…

—Solo quieres más armas —lo interrumpió Miyako.

—Ya conoces qué ha solicitado Perry. ¿Qué será lo siguiente?

—No puedes ganar —respondió Miyako con la voz que usaría para convencer a un niño que se negara a admitir la verdad.

Hiroyoki fijó la vista en su esposa. Sabía que tenía razón, pero no renunciaría a la última esperanza de defender su tierra.

—Si no te encargas tú de la refinería, lo hará otro.

—¡No! —se apresuró a decir Miyako —. La construiré.

Hiroyoki asintió, se puso en pie y abandonó el cuarto. Cuando se quedaron a solas, Villalba se atrevió a hablar:

—¿Por qué ha aceptado una tarea imposible?

Miyako contempló con su mirada transparente al profesor antes de explicarle sus motivos:

—Conmigo mi clan no sufrirá tanto. La estancia en Edo ha disminuido nuestras arcas, si ahora Hiroyoki pretende armar a más hombres, solo mi gente pagará las consecuencias.

—¿Qué sucederá cuando comprenda que no le dará su refinería?

—*Sensei*, será demasiado tarde para uno de los dos.

Villalba quiso preguntar a qué se refería, pero Miyako se levantó y salió del cuarto. Su postura era la de una mujer que carecía de destino.

78

una mujer salvaje

Edo (Japón), 6 de octubre de 1854
(Décimo mes del séptimo año de la era Kaei)

Eva se había acostumbrado a llevar las ropas extranjeras que usaban los marinos estadounidenses. Dailo le había conseguido un puesto como pinche en un buque ballenero que haría escala en Shimoda. A cambio, le prometió que desaparecería de la vida de don Carlos y del Mártires de Tonkín.

No había resultado tan difícil convertirse en un mestizo chino para la tripulación del ballenero. Además, pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en la cocina del navío y, cuando salía, procuraba hacerlo al anochecer. A esa hora los marinos estaban demasiado cansados —y con bastante alcohol en las venas— para pensar con claridad.

Los días se sucedieron tranquilos y una mañana divisó la costa japonesa.

—¡Chico! ¡Las cebollas no se pelarán solas! —gritó el cocinero al verla distraída.

El señor William era un americano delgado que miraba todo con ojos escrutadores. Castigaba con dureza cualquier error que cometiese mientras el sonido silbante de su garrote caía, sin compasión, sobre sus hombros. En esta ocasión, Eva se giró despacio, sujetando el cuchillo de pelar patatas.

—¡Estás sordo! —gritó de nuevo William ante la pasividad de su ayudante.

Después cogió el garrote de madera con el que la agredía. Eva no respondió, pero arrojó el cuchillo a la pared que se encontraba tras la espalda de William, y rozó su oreja lo suficiente para que sangrara. Cuando el estadounidense recuperó el aliento y fue consciente de lo ocurrido, gritó:

—¡Te despellejaré vivo!

Eva había aguantado durante muchos días la tiranía de esa rata. Ahora que había llegado a su destino, aclararía una cuestión.

—Si vuelves a golpearme, no vivirás un día más —lo amenazó.

El cocinero advirtió en el muchacho un cambio que no comprendió, pero que le causó tanto temor que retrocedió un paso y

guardó silencio.

Eva volvió a girarse con una sonrisa dibujada en el rostro y contempló las costas japonesas. Se quitó el sucio delantal y lo lanzó al suelo. Subió a cubierta y miró el extraño país en el que se hallaba Diego.

EVA PENSÓ QUE le resultaría fácil dar con el capitán, pero cuando desembarcó en Shimoda descubrió que apenas tenían permitido alejarse del muelle. Varios guerreros armados con espadas y algunos hasta con arcabuces custodiaban la entrada a la ciudad. Disponía de poco tiempo, ya que partirían en dos días. Debía burlar la guardia, y una idea se le ocurrió al ver a los japoneses que subían víveres a la nave. Uno de esos hombres parecía tener su misma constitución, así que le ofreció uno de sus puñales con empuñadura de oro a cambio de su ropa. El japonés evaluó el precio y adivinó sus intenciones, asintió y con gestos le indicó que tenían que esperar un mejor momento. Ambos arriesgaban la vida si eran descubiertos por los guardias. Eva temía que se la jugase, aun así, no existía otra forma de escapar del muelle.

Al día siguiente, el hombre regresó con un tonel de víveres. William también estaba en la cocina, aunque no sería un problema. Eva lo golpeó por la espalda y cayó al suelo desplomado. En ese momento, el japonés abrió el barril. Entre las provisiones había escondido un par de prendas. Eva sonrió y este respondió de igual modo al descubrir que se trataba de una mujer. Se ató una cinta en la frente y se cubrió la boca con un trapo, como hacían algunos de los trabajadores del puerto. Lo siguió en silencio, inclinando el torso y con la cabeza gacha. Cargó sobre sus hombros un tonel vacío y pasó delante de los guerreros que vigilaban que ningún extranjero abandonase el muelle.

Su nuevo amigo la llevó a su hogar, una choza donde vivía con una muchacha y dos niños. Eva aguzó el oído y escuchó algunas palabras similares al chino. Eso la alegró. Si podía comunicarse, hallaría antes a Diego. Al final dedujo que los extranjeros permanecían en Edo.

Agradeció a la familia su amabilidad al darle ropas de peregrino con las que evitar atraer la atención. Además, no sería el primer viajero que no hablaba en su camino a Edo.

Según el japonés debía ir a Numazu y desde allí seguir por la ruta de Tokaido, una de las cinco que conducía a la gran ciudad. Eva ignoraba cuánto tiempo tardaría en llegar hasta la tal Edo, pero cada día que pasaba la vida de Luisa estaba más en peligro.

Con su disfraz, una túnica blanca como el resto de su ropa, un sombrero que se llamaba *kasa* y un bastón de madera en el que

apoyarse y con el que defenderse, que, según le habían dicho, se llamaba *kongo-zue*, emprendió el camino con la esperanza de conseguir su objetivo.

Durante los primeros días no tuvo ningún encuentro desagradable en el recorrido a Numazu. Solo se cruzó con varios peregrinos que la saludaron con una inclinación de cabeza y una sonrisa, luego continuaron su trayecto sin hacer preguntas.

Avanzaba deprisa y en una semana consiguió pisar Numazu. Las provisiones que había robado del barco hacía días que se habían acabado. No disponía de dinero y el hambre empezaba a marearla. El flujo de peregrinos había aumentado y siguió a esos hombres y mujeres que se encaminaban al templo situado en la ruta que seguía hasta Edo. Jamás había visto tanta gente adorar a los dioses. Además en sus puertas se agrupaban acróbatas, vendedores de amuletos y comida, mendigos y monjes. Todos ellos con la única intención de ganar unas pocas monedas para poder comer. También divisó a unos hombres armados con espadas. No vestían como los guerreros que custodiaban el muelle, pero sus armas eran similares.

El hambre le mordía las entrañas y decidió arriesgarse y coger el cuenco donde los fieles depositaban sus ofrendas. Pasó cerca de uno de los monjes que sostenía la escudilla con algunas monedas, Eva alargó la mano, se la quitó y corrió huyendo del lugar, mientras los gritos del monje atraían la atención de la gente. Creía que ya se había alejado lo suficiente para que no la capturaran, se sentó en medio del camino emboscado y pensó que compraría comida en la siguiente posada que encontrase. Apenas había recuperado el resuello cuando sintió un golpe en la punta de los dedos que hizo que las monedas cayeran a su regazo. Eva alzó el rostro sorprendida y, sobre todo, preparada para pelear. Tres hombres la estudiaban con el gesto enfadado y portaban espadas. A todos los había visto en la entrada del templo.

—A los ladrones se les cortan las manos —dijo el que parecía ser el jefe.

Eva no entendía sus palabras, si bien comprendió que no debían de ser amistosas.

—Tal vez sea un retrasado —argumentó otro.

—Lo dudo —aseguró el jefe—. Vigilaba al monje, aguardó su oportunidad y escapó sin problemas.

—¿Quién eres? —preguntó el tercero.

Eva guardó silencio. Los hombres se miraron unos a otros hasta que el más joven dijo:

—¿Quizás sea un *shinobi*[230]?

—Quizás —respondió el jefe. Y añadió—: Apresadlo.

Eva vio cómo los tres se posicionaban para luchar. Extrajo su puñal

de entre las ropas y se dispuso a defenderse. Durante un instante, barajó la posibilidad de huir, pero uno de ellos llevaba una pistola. No dudaba que le dispararía por la espalda.

—No compliques las cosas —le dijo el más joven y se acercó a ella.

Eva movió la cabeza igual que haría un animal salvaje antes de atacar a su presa.

—Sus movimientos son ágiles e incluso gráciles. Isho, ten cuidado —le advirtió cuando se aproximaba a ella.

El ladronzuelo le lanzó a Isho el cuchillo con tal velocidad y habilidad que borró de su rostro su confianza.

—Veremos si en verdad es un habitante de Iga —dijo uno de ellos.

—Se cree que todos han muerto, pero he oído rumores de que los Tokugawa los mantienen a su servicio como espías —dijo otro del grupo.

Ajena a su conversación, Eva se movió con una rapidez sorprendente, incluso para esos *rōnin* y atravesó el círculo que la rodeaba hasta recuperar el cuchillo. Luego, se dispuso a defenderse de cualquier otro ataque.

—¡Te juro que te cortaré la cabeza! —amenazó el compañero de Isho.

—¡No lo mates! —ordenó su jefe—. Quiero interrogarlo.

Eva estudió a los tres hombres con suma atención. Entonces, el que parecía el cabecilla desenvainó su espada. Ella arrojó su puñal de nuevo y con una maestría sorprendente el *rōnin* lo esquivó con la katana. Desarmada, combatiría a su adversario con los puños.

—¡Déjame a mí! Este excremento de rata va a recibir una buena lección —pidió Isho a su jefe, entregándole sus espadas.

Eva había aprendido la técnica Malaya de lucha. Cuando el *rōnin* se plantó ante ella, Eva dio un salto alzando la pierna con tanta fuerza que al estrellarse contra el costado de su oponente este se dobló por el dolor. Con agilidad, la mujer volvió a arremeter, esta vez con varios puñetazos que impidieron al guerrero contraatacar. Eva habría ganado sino hubiera sido porque el jefe de esos dos le golpeó la cabeza con la empuñadura de la katana. Enseguida, cayó al suelo sin sentido.

—¿Qué forma de pelear era esa? —preguntó Isho sin aliento.

—No lo sé, pero es un buen adversario. —Miró a su otro hombre y dijo—: Isho, ¿puedes ponerte en pie?

—Sí, solo necesitaré que me remienden un poco —contestó el joven con el rostro pálido por el dolor.

—Átalo —ordenó al *rōnin* que no estaba herido—. Quiero saber por qué un tipo que pelea de este modo roba un cuenco de monedas de un templo.

AL FINAL DEL día, Eva abrió los ojos; lo primero que vio fue una espada apuntando su pecho, luego a un grupo de hombres que no dejaban de observarla. Creía que se encontraba en una especie de choza de cañas.

—Desátalo —ordenó un joven al que le faltaba un brazo.

Eva fijó la mirada en el hombre que había hablado. Él la estudiaba con detalle y sus maneras delicadas escondían a un fiero guerrero. Eva había visto a muchos joloanos con ese mismo fuego en los ojos.

—¿Estás seguro de que no nos entiende? —preguntó Ibuki.

—No lo sé —respondió Fukuda—. Quizás es una treta.

—Pronto lo averiguaremos —afirmó Ibuki.

—*Wǒ yào zhǎo wàiguó rén*[231] .

—¿Es chino? —preguntó Fukuda.

—Eso parece.

—¿Eres chino? —insistió Fukuda en su idioma.

—No, joloano —contestó Eva, agradecida de que alguien la entendiese.

—¿Qué haces tan lejos de tu tierra?

—Busco a un extranjero.

—¿Por qué?

—Salvar a una mujer que es hermana para él.

—¿Cómo sé que dices la verdad? Peleas con la suficiente destreza como para ser un superviviente de Iga.

—No sé quiénes son los habitantes de Iga.

—¿Y bien? —preguntó Ibuki a Fukuda.

—Niega ser un espía de Tokugawa. Dice que es joloano.

—¿Un pirata de los mares de Filipinas?

—Eso asegura.

—¿Lo crees?

—No lo sé, pero un habitante de Iga no andaría robando y atrayendo la atención de ese modo. Además su forma de pelear no es la que acostumbran a utilizar los *shinobi*.

—Hay algo en él que… —De pronto Ibuki reconoció qué había visto en el ladrón, así que pidió a Fukuda—: Ordénale que se desnude.

—Dudo que tenga nada de valor —dijo, masticando una hebra de bambú.

—Hazlo —ordenó sin dejar de vigilarla.

Cuando Fukuda tradujo las palabras de Ibuki, una ligera sorpresa se divisó en los ojos de Eva. Sabía que el manco la había descubierto, también que si se negaba a obedecer su orden, sería peor.

Delante de los cuatro *rōnin*, Eva se quedó con un taparrabos y un trozo de tela que presionaba sus pechos. Sin la ropa fue fácil adivinar que no era ningún peregrino.

—¡Es una mujer! —gritó el *rōnin* que había luchado contra ella.

El lisiado se aproximó a Eva y tomó uno de sus mechones negros de cabello. Ella lo miró con los ojos cargados de ira y se fue hacia él lo más rápido que pudo sin importarle las consecuencias. A pesar de faltarle un brazo, el jefe de los *rōnin* se había criado en un mundo muy diferente al de sus compañeros. No dudaría en usar trucos sucios para derrotar a su oponente, así que rodó con ella por el suelo, mientras sus hombres se apartaban de él. Fukuda impidió con un grito que interviniesen.

El manco ciñó con sus piernas la cintura de Eva y la obligó a permanecer inmóvil. Ella se revolvía desesperada intentando morderlo. Le había arañado la cara, las marcas sangrantes tardarían en desaparecer de su rostro. El *rōnin*, indiferente a sus mordiscos, rodeó su cuello con su brazo izquierdo y apretó hasta casi ahogarla. Unos segundos más tarde, Eva yacía inerte como un cuerpo muerto.

—Es una mujer fuerte —afirmó Ibuki, jadeando por el esfuerzo, dejándola en el suelo.

Se despojó de su *haori*[232] y cubrió su desnudez para evitar las miradas de sus hombres. El tono bronceado de su piel se asemejaba al que tendría un níspero. Una vez revelada su identidad, su belleza exótica atraería la lujuria de casi todos ellos.

—Si alguien le pone un dedo encima, se verá conmigo —les advirtió.

—¿Qué piensas hacer con ella? —preguntó Fukuda.

—Averiguar quién es el extranjero al que busca.

—¿Y el templo?

—Terminad con lo que vinimos a hacer.

Un día más tarde, se propagó con rapidez la noticia de que el recaudador de los impuestos, al servicio del daimio de Numazu, había muerto a manos de una banda de ladrones. Algunos de sus vasallos se alegraron de la muerte de un hombre que los trataba con crueldad.

Un par de horas después, Eva abrió los ojos de nuevo. Esta vez solo se encontraba el manco y al que habían llamado Fukuda y hablaba chino.

—Agua —pidió.

Ibuki asintió, y Fukuda se acercó a ella y le puso un cuenco de agua en las manos. Se sorprendió de no estar atada, pero reconoció que el hambre y las peleas la habían cansado tanto que apenas se mantenía despierta. Se tocó el cuello, le costaba tragar y respirar, sin embargo, aceptaba una derrota con alguien que había luchado tan bien a pesar de faltarle un brazo.

El manco se había quitado la parte superior del kimono. Varios mordiscos violetas se mostraban con nitidez en su brazo izquierdo. El dolor se reflejaba en su rostro, aunque no era por las heridas infligidas por ella, sino por su muñón.

Desde donde se hallaba, Eva apreció que la infección se extendía por la carne mal curada. La zona se veía enrojecida y la cicatriz que habían realizado se abriría de un momento a otro. Pensó que el tal Ibuki soportaba un gran sufrimiento.

Fukuda le ofreció un cuenco de arroz que ella devoró con avidez. Luego se limpió con el canto de la mano la boca, sin importarle que el *haori* se deslizara y exhibiera su desnudez, e indiferente a que los ojos de los dos hombres la contemplaran.

—¿A quién buscas? —preguntó Fukuda en chino.

—A un *gaijin*.

—¿Holandés?

—No, español.

—Dice que es un extranjero español —tradujo Fukuda.

Ibuki palideció cuando se envolvió el muñón con una venda blanca.

—Su nombre.

Fukuda repitió sus palabras en chino.

—Diego de Quesada.

Ibuki emitió una carcajada que asombró tanto a Fukuda como a Eva. Los dos guardaron silencio cuando Ibuki dijo:

—El *ikisaki*[233] es caprichoso.

DOS DÍAS MÁS TARDE, todos ellos se pusieron en camino, aunque solo Ibuki acompañaría a la joloana hasta Edo. El *rōnin* creyó que jamás volvería a la ciudad. Se había propuesto vaciar la ruta de Tokaido de samuráis que, alejados de la capital y del *bakufu*, hacían su voluntad y oprimían a hombres de origen inferior.

—¿Crees que es una buena idea? —afirmó Fukuda al ver que viajaría con la joloana.

—Vosotros tenéis trabajo que hacer. Y yo se lo debo al *gaijin*. Si es cierto lo que dice esta mujer, salvaré a alguien que le importa. Y mi deuda con él se habrá saldado.

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

Ibuki se postró ante el antiguo samurái y emprendió la marcha junto con Eva. A la muchacha le habían dado de nuevo sus ropas e Ibuki optó por llevar otras iguales. Solo eran unos peregrinos que se dirigían a través del camino de Tokaido hasta Edo. Fukuda le había proporcionado un permiso de viaje falso que había robado a una pareja en una posada. Existían puestos de control que se conocían como *sekisho*. Destinados a revisar la circulación de mercancías[234] y viajeros, podían suponer un peligro para los dos.

Fukuda le había explicado a Eva que debía permanecer muda, era la esposa del tullido. No sería de extrañar que un hombre con esa desgracia no aspirase a una mujer mejor que alguien con otro defecto.

Cuando llegaron al primer paso fronterizo, Eva se colocó tras la espalda de su supuesto esposo y agarró la manga de su kimono. Ibuki la miró con una sonrisa para tranquilizarla y Eva respondió de igual modo. Aún se distinguían las marcas de sus uñas en su piel.

—Los papeles —dijeron los guardianes.

Habían hecho una cola de varias horas, ya que la aparición inesperada de un daimio y su séquito interrumpió el avance del resto de personas que aguardaban con paciencia su turno para atravesar el control de los samuráis.

Ibuki se inclinó una y otra vez antes de entregar el papel que atestiguaba que eran campesinos, que provenían de la ciudad de Kambara y que su destino era Edo.

—¿Por qué vais allí? —preguntó uno de los guardias a su mujer.

El silencio de Eva irritó al vigilante y la empujó sin contemplaciones.

—¡Es muda y sorda, mi señor! —afirmó Ibuki, postrándose ante el hombre, a la vez que obligaba a Eva a arrodillarse también.

La mirada de la muchacha mostraba un apasionamiento tan violento que se apresuró a decir:

—Vamos en peregrinación a Edo. En mi pueblo nadie da trabajo a un tullido y mi mujer espera un hijo.

El soldado escupió en el suelo y dijo a su compañero:

—He escuchado demasiadas veces esa cantinela, pero, en esta ocasión, creo que estos dos pobres desgraciados tendrán peor suerte que cualquiera de los anteriores campesinos que han pasado por aquí con la misma idea.

—¡Déjalos que pasen! ¡Quiero ir a beber antes de que sea de noche! —exclamó uno de sus compañeros al ver la cantidad de gente que aún aguardaba atravesar el paso.

—¡Rápido! —exigió el que se había compadecido de ellos, golpeando con la vaina de su katana la espalda de Ibuki.

Cuando se alejaron del control, consiguieron llegar hasta una *yadoya*[235] donde por fortuna obtuvieron una habitación. La mayoría de los peregrinos se habían quedado en las posadas cercanas al paso, ya que temían que se les echase encima la noche, si bien Ibuki prefirió perder de vista a los guardias.

El cuarto era pequeño y sofocante. Carecía de tatamis y, en su lugar, había unas esteras de esparto. Un farolillo de papel hacía de iluminación y no existía ningún futón, solo un par de mantas. Un olor rancio, mezcla de polvo y humedad, se filtraba a través de la destartalada puerta *shōji*.

—Algo de comida y un té —pidió al posadero.

El hombre extendió la mano para recibir el pago. No eran los primeros peregrinos que se escabullían sin pagar.

Un poco más tarde, una muchacha abrió la deteriorada puerta de paneles de papel y dejó una bandeja. En ella había una tetera, dos cuencos vacíos y varios platillos de comida. Eva no supo identificar qué eran, si bien su hambriento estómago no se cuestionó qué contenían. Después se hizo un ovillo en un rincón, se cubrió con una manta y se dispuso a dormir.

Ibuki observó el rostro de la joven. Se preguntó cómo una mujer joloana, estaba seguro que pirata por su manera de defenderse, conocía al *gaijin*. Había pedido *sake*, lo necesitaría para cambiarse la venda. Apretó los dientes y se deshizo de ella. Entonces, apreció un ligero olor a carne podrida, el mismo que había notado en algunos cadáveres. Sabía que su destino sería la muerte, y una terrible y dolorosa. Había visto a muchos hombres consumirse por dentro por una amputación como la suya. Por primera vez en su vida tenía miedo a morir y bebió más *sake* para infundirse valor. De pronto, advirtió que unos ojos negros y rasgados lo miraban en silencio.

—Será mejor que vuelvas a dormirte —le dijo, cubriéndose con rapidez el muñón.

Ibuki era consciente de que no lo entendía. Pensó que lo obedecería, pero la vio rebuscar entre sus cosas. Sacó un par de plantas y se las enseñó. En el camino se había detenido varias veces y cortado diferentes hierbajos y ramitas que guardaba en su bolsa.

La joloana se aproximó a él y quiso quitarle la venda, pero Ibuki le sujetó la mano con firmeza.

—Curar brazo —dijo ella en español.

Ibuki no comprendió sus palabras, sin embargo, su mirada no era salvaje ni violenta, sino más bien compasiva.

La joloana le enseñó sus plantas y le señaló su brazo. La joven cogió uno de los cuencos y las machacó con la empuñadura de su puñal. Luego le indicó con un gesto el muñón.

Ibuki creyó que pretendía curarle. Ya había acudido a un par de curanderos y todos le habían dicho que su suerte estaba en manos de los dioses.

Ella lo empujó con suavidad para que se tumbase, después le quitó la venda y acercó el farol. Estudió la mejor manera de sanar la herida y añadió un nuevo ingrediente. Tomó un paño limpio de los usados por Ibuki para vendarse, lo mojó en el cuenco de agua y lavó la herida. Eso fue suficiente para que la frente de Ibuki se cubriera de sudor.

—Supongo que esto no es venganza —le dijo él, obligándose a sonreír.

—Imagino que te preguntas si voy a envenenarte —respondió ella, con otra sonrisa.

Ninguno entendía las palabras del otro, pero Ibuki la dejó hacer sin oponerse.

Tras lavar su herida con agua, la joloana puso un trozo de rama seca en la boca de Ibuki para que la mordiese. El dolor fue tan vívido que le costaba no perder el sentido cuando volcó el resto de *sake* en la lesión. Las lágrimas bordearon los ojos de Ibuki, y la mujer salvaje sonrió como si le advirtiese que lo peor había pasado, aunque era mentira. Luego, sajó la herida, retiró toda la ponzoña y aplicó la cataplasma sobre la carne infectada. Pronunció unas palabras que Ibuki no entendió antes de vendarle con cuidado el muñón y, con delicadeza, retirarle el sudor de la frente.

Por primera vez, el *rōnin* observó en la mirada de la extranjera la de una mujer y no la de una guerrera.

79

desaparecida

París (Francia), 18 de septiembre de 1854

Jean Pierre había terminado de realizar un aborto en su destartalado consultorio. Su paciente era una trabajadora de una fábrica a la que su patrón había forzado. Cuando la chica le confesó el resultado de su acción, la despidió sin ningún remordimiento. Desesperada y embarazada del hombre que la había violado comprendió que tenía una única salida: visitar a Jean Pierre.

El doctor escuchó cómo llamaban a la puerta, mientras acababa con la muchacha después de la intervención.

—Será mejor que te escondas en la cocina —pidió a su joven paciente.

Sabía que varios de sus colegas habían alzado la voz y lo habían denunciado a la Iglesia. Por el momento, nadie se había metido con sus acciones que, por supuesto, solo eran conocidas por aquellas que ayudaban a otras mujeres. Pero creía que alguna de esas sabandijas que usaban agujas y destrozaban a las chicas había ido con el cuento a sus encopetados colegas.

Se limpió las manos y se bajó las mangas de la camisa. Luego, se dirigió a la puerta, que no dejaba de ser golpeada.

—¡Ya voy! ¡Ya voy!

No esperaba encontrarse con una mujer como aquella. Sostenía a un niño entre los brazos, pero no fue eso lo que llamó su atención, sino que de inmediato entendió que no se trataba de ninguna prostituta o criada necesitada de sus servicios.

—¿Qué desea?

Luisa, sin que la invitara a pasar, se adentró en la casa.

—Necesito su ayuda —dijo con la respiración acelerada y el miedo asomado a sus ojos.

—No creo que sean mis servicios los que precisa —afirmó el doctor.

Nada más verla supo que no buscaba un aborto, de todos modos, le indicó con un gesto de la mano que guardase silencio. Después entró en la cocina, dio un poco de dinero a la joven jornalera y le dijo que lo visitara en un par de días. La casa tenía una puerta que daba a un callejón y, desde allí, se accedía a cualquier suburbio de París. La

muchacha asintió agradecida y se marchó sin decir nada más. Cuando se quedaron a solas, Jean Pierre regresó a la entrada. Observó a una mujer vestida para una gran ocasión a pesar de tener las ropas desgarradas y sangre en los brazos y en el rostro.

—Venga, le curaré esas heridas.

Luisa dejó al pequeño Diego en el único sillón que había en el cuarto. Luego se sentó en una silla y el doctor trajo una maleta de piel desgastada por el uso.

—¿Qué ha sucedido?

—Cuanto menos sepa, mejor para usted. Solo necesito que me esconda un par de días. Sé por Ninon que puedo confiar en usted.

Jean Pierre miró a la mujer con atención. Dudaba que fuera una cortesana en apuros, mas si conocía de él a través de Ninon, debía ayudarla.

—Así es —respondió y procedió a quitar las espinas que se habían clavado en la delicada piel de la mujer—. Al menos, ¿puedo saber su nombre? —Jean Pierre leyó en sus ojos sus recelos y dijo—: Supongo que sabe más de mí que yo de usted.

—Ninon me contó la labor que ejercía y por qué motivo debía tanto a Bernard.

El silencio se hizo en la habitación, después el doctor dijo:

—Durante un tiempo el alcohol fue mi dueño y amo de mi voluntad. Por aquel entonces era compañero de armas de Bernard, y tenía una familia. Un día hubo un incendio, nadie supo las causas, pero como tantas noches estaba borracho. Solo gracias a que Bernard pasaba cerca de mi casa salvó a mi mujer, aunque para mis hijas ya fue demasiado tarde.

—Entiendo —dijo ella, apretando los dientes por el dolor.

Jean Pierre imaginó que Ninon había sido más explícita y le había revelado a esa joven que desde ese día la culpa lo había llevado a la desesperación. Incapaz de hacer frente al sufrimiento de su esposa, renunció a su brillante carrera en la milicia. Abandonó todo lo que conocía y se ocultó en los suburbios de París. Creía que la única forma de paliar su responsabilidad por la muerte de sus hijas era ayudando a todas esas jóvenes a sobrevivir en un mundo tan cruel como el suyo. Había visto a muchas morir atrozmente a manos de carniceros que les provocaban un aborto sin ninguna medida de seguridad. Bernard fue quien le dio a su primer cliente. Se trataba de una de las muchachas de Ninon. No se sentía orgulloso de lo que hacía, si bien aligeraba el peso de su culpa.

—Soy Luisa de Narváez —respondió al fin.

—¡La amiga de Ninon! —contestó Jean Pierre, disimulando su sorpresa.

Unos días antes de la muerte de Ninon, esta le contó lo sucedido

con Gaillard y el papel que la española había jugado en todo ello. De pronto, el llanto del niño interrumpió al médico. Luisa se acercó a su hijo y lo amamantó.

A Jean Pierre le extrañó que una dama de su categoría alimentase ella misma a su hijo, sin embargo, parecía que todo lo que le había contado Ninon sobre la española era cierto. Al verla de aquella manera, un sentimiento de ternura se apoderó de él al recordar una vida que jamás volvería a tener.

—¿De qué huye?

—De Gaillard.

—Ese hombre es peligroso.

—Desea mi muerte y creo que la de mi hijo.

—¿Y su esposo?

—No es tan estúpido como para matar a un Narváez.

—Comprendo…

—¿Me ayudará entonces?

Jean Pierre asintió, tranquilizando a Luisa. Su rostro se relajó lo suficiente para sentarse y sonreír al niño, que con los ojos cerrados mamaba con glotonería.

FERNANDO SE PRESENTÓ en la Dirección de Seguridad General[236] y exigió ser recibido por la máxima autoridad. Lo acompañaba el embajador español, el duque de Osuna. Ni siquiera había dormido un par de horas, cuando el sobrino de Narváez había llamado con urgencia a las puertas de la embajada y, ahora, se encontraba ante un funcionario de la Seguridad General.

—Está seguro de que su esposa…, en fin, cómo lo diría sin ofenderle… ¿No se ha tomado un descanso en su matrimonio?

Fernando miró con furia al director de la Seguridad General, un hombre de mofletes sonrosados en quien se notaba, por sus ojos adormilados, que lo habían despertado aprisa. Llevaba varios botones abrochados en los ojales equivocados y su escaso pelo se veía despeinado.

—Le aseguro que la señora Narváez no ha desaparecido para perderme de vista.

—*Monsieur* Narváez, no sería la primera mujer que huye de su esposo —afirmó con voz más seca el director.

Fernando se pasó las manos por la cabeza en un gesto desesperado. Hubiese gritado a ese gabacho incompetente que Luisa no huía nunca de los problemas, todo lo contrario, se enfrentaba a ellos sin ni siquiera dudarlo; pero perdería el tiempo. Controló la voz y su furia y dijo:

—Le repito que mi esposa no ha huido. Dos hombres intentaron atacarla. Temo que le haya sucedido alguna desgracia.

—¿Tenía enemigos?

Fernando pensó un momento en cómo contestar. Sabía que si revelaba que Gaillard la perseguía, y que posiblemente esos hombres habían sido enviados por él, la siguiente pregunta sería por qué. No estaba seguro de qué le había ocurrido, pero no podía desvelar que había matado a su hijo.

—No que yo sepa —respondió, acercándose engañosamente a la verdad.

—Bien, lamentando mucho la situación, debemos aguardar al menos un día antes de iniciar su búsqueda.

—¡Un día!

Fernando no aguantó más, golpeó con los puños la mesa y salió del despacho.

El director miró al embajador.

—Entiendo su desazón, sin embargo, París no es España. Las mujeres en Francia actúan con más libertad. A pesar de lo que me ha contado sobre su esposa, no es la primera mujer que abandona a su marido o se refugia en los brazos de otro hombre. —Al ver el estado en que Fernando se había marchado, le pidió al duque de Osuna—: *Monsieur* embajador, haga que *monsieur* Narváez no cometa una tontería.

—Así lo haré —respondió el duque.

Ambos asintieron con la cabeza. Después, Osuna salió del despacho y halló a su compatriota golpeando una pared.

—Lastimándose de este modo no ayudará a su esposa ni a su hijo —dijo el duque al ver su mano ensangrentada.

—Lo sé, pero no dejo de pensar que en la fiesta ella se despidió de mí.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea y eso me quema por dentro.

—Sería mejor que regresara a su hotel, descansase un poco y pregunte a sus sirvientes y al personal del *Le Meurice* si recuerdan algo más de lo que le han dicho hasta ahora. Por mi parte, intentaré mover algunos hilos más influyentes que harán que el director de la Dirección de Seguridad la busque con más rapidez.

—Muchas gracias, señor embajador.

Narváez detuvo a un carruaje que lo llevó al hotel. Tanto el botones como el recepcionista del turno de noche se incorporaban más tarde. En el cuarto, Petra no dejaba de llorar. Le había contado mil veces que esos dos hombres habían entrado en la habitación buscando a la señora. Luisa había escapado con Diego bajando por la enredadera. Solo le quedaba esperar que los empleados del hotel le

aportasen más información. Las horas se sucedieron eternas, pero al fin a media tarde unos golpes en la puerta le avisaron de que tenía visita. Se apresuró a abrir y se encontró con los dos empleados.

—Pasen, por favor —dijo, apesadumbrado.

La preocupación había hecho mella en él, su rostro se veía ceniciento y había bebido bastante. Fernando paseaba por el cuarto con pasos largos y con un vaso en la mano.

—*Monsieur* Narváez, el director me ha dicho que deseaba vernos —dijo el recepcionista parado como una estatua junto al dintel de la puerta de la salita de la *suite*.

—Ustedes fueron las últimas personas que vieron a mi esposa.

—Así es —contestó el francés.

—¿Les dijo alguna cosa?

—Nos pidió ayuda para huir —respondió el botones.

—¿De quién?

—De dos hombres. Eran franceses y bastante desagradables —respondió el recepcionista.

—¿Nada más?

—Así es, *monsieur* —contestó el botones.

—*Madame* Narváez nos ofreció en pago esta pulsera que, por supuesto, le devolvemos. No quisimos discutir con ella, parecía agitada y muy preocupada, como si temiese por… —el recepcionista guardó silencio, sin embargo, Fernando terminó la frase por él.

—… su vida.

—Lo lamento, *monsieur*. Pero la intimidad de nuestros clientes es fundamental. *Madame* nos pidió que no dijésemos nada a nadie.

—Gracias —respondió Fernando. Ahora más que nunca tenía la certeza de que su vida peligraba y le dolía infinitamente que no hubiese acudido a él—. Pueden quedarse con la pulsera.

—*Monsieur*, no podemos… —aseguró el recepcionista.

—Háganlo —lo interrumpió Fernando—. Salvaron la vida de mi mujer y la de mi hijo, poco es el pago.

Los dos franceses se miraron sin saber si aceptar o no la pulsera hasta que el botones volvió a tomarla entre las manos.

—Antes de que se vayan, ¿podrían hacerme un favor? —preguntó Fernando.

—Por supuesto, *monsieur* —respondió envarado el recepcionista.

—Necesito poner un anuncio en el periódico más importante de París. Quiero que salga en primera plana y a ser posible durante toda la semana, pero asegúrese de que mi nombre aparece bien escrito.

—Claro, Jules se ocupará de ello —dijo, señalando al botones.

Fernando se dirigió al escritorio, tomó pluma y papel y escribió unas palabras en francés y español que entregó a Jules.

—*Monsieur*, no entiendo, ¿cómo ayudará a *madame* un texto así? —

preguntó Jules, asombrado al leerlo.

—Ella lo entenderá —afirmó Fernando y se sentó en uno de los sillones. Después bebió de un trago el brandy directamente de la botella—. Si me disculpan, me gustaría estar solo.

El recepcionista y Jules salieron del cuarto y dejaron a solas al español.

JEAN PIERRE CAMINABA con varias barras de pan cuando vio a un grupo de gente rodear a un muchacho que no paraba de vocear:

—¡Misterioso mensaje en primera plana!

Sus palabras atrajeron su atención y compró uno de los periódicos. El extraño mensaje lo había escrito el esposo de Luisa, pensó en lo estúpida y a la vez inteligente manera de proteger a su familia.

Una vez llegó a casa, vio al hijo de Narváez dormido, mientras que Luisa ponía en orden la cocina. Sentirse ocupada la hacía olvidar la situación en la que se encontraba.

—Mire esto —le dijo nada más entrar.

Luisa tomó el periódico de las manos de Jean Pierre y sonrió al ver las letras impresas en el papel. Acarició esos trazos de tinta que parecían las palabras de un loco.

—¿Significan algo para usted?

—Sí, es su forma de decirme que se preocupa por mí.

—¿«Te encontraré, Arturo Segovia»? Gaillard también lo entenderá.

—Gaillard comprenderá que Fernando ignora dónde me encuentro y ruego a Dios que lo deje tranquilo.

—Debería decirle que su esposa está a salvo.

—La ignorancia evitará que se ponga en peligro.

—Los hombres de Gaillard lo vigilarán más estrechamente.

—Lo sé, pero su intención es convertirse en el cebo. Gaillard no matará al sobrino de un político importante. Fernando lo sabe y pretende atraer su atención sobre él, de esa manera nos protege.

GAILLARD LEYÓ EL misterioso mensaje escrito en castellano y francés que ocupaba la primera plana del periódico. Se había extendido como una enorme mancha de aceite por todo París. En los cafés se comentaba si se trataba de un mensaje político para avisar a algún espía infiltrado en Francia, aunque poner el nombre de quién lo enviaba era de estúpidos; otros, en cambio, hablaban de la posibilidad de un ajuste de cuentas, ya que los españoles eran muy propensos a solucionar de ese modo sus asuntos. No obstante, Gaillard sabía el

propósito de Narváez. El francés arrugó el periódico y pidió a sus hombres que estrechasen el círculo al marido de Luisa. Esperaba que tarde o temprano esa mujer solicitase ayuda a su esposo. Había recorrido las calles buscándola, sin embargo, era como si hubiera desaparecido completamente de París.

AL OTRO LADO de la ciudad, Bernard leyó las palabras del periódico sin dar crédito a lo que leía. Imaginó que Luisa se hallaba en la ciudad y en peligro. Ver el nombre de Fernando le hizo salir del agujero en el que permanecía desde que llegó a París.

Bernard atravesó el elegante *hall* de *Le Meurice*. Era el sexto hotel en el que preguntaba. El recepcionista lo miró con desagrado. Supuso que sus ropas no eran lo bastante distinguidas para el establecimiento.

—Debo anunciarle antes a *monsieur* Narváez —dijo y gritó—: ¡Jules!

El botones se aproximó con rapidez y observó entre admirado y asustado al fornido y casi gigantesco sujeto que se encontraba en recepción.

—Avise a *monsieur* Narváez que *monsieur*…

—Bernard.

—… desea verlo.

Jules asintió y se apresuró a cumplir con la orden. Un instante después, anunciaba:

—*Monsieur* Narváez dice que suba inmediatamente a verlo.

Fernando aguardaba a Bernard con la puerta abierta y los ojos húmedos, con una expresión infinitamente desolada. A pesar de ello, sonrió al ver a su antiguo amigo.

—Luisa se alegrará de saber… ¡Que estúpido! Luisa no puede alegrarse, porque no sé dónde está.

Bernard entró en el cuarto. Cerró la puerta y se adentró en la salita. Las botellas vacías demostraban que los días pasados habían sido un suplicio para el español.

—¿Por qué esa nota en el periódico? —preguntó sin más Bernard.

Fernando se sentó en un sillón y tomó de nuevo una de las botellas a medio beber.

—Gaillard la descubrió.

—*¡Putain de bâtard!* [237]

—Huyó con mi hijo —dijo, y bebió un trago de brandy antes de hablar—: No confió en mí.

—Luisa es una mujer inteligente. Sabía que te pondría en peligro. Sé de lo que es capaz Gaillard.

—¡Es mi esposa! ¡Maldita sea! —gritó, lanzando la botella contra la pared, después se llevó las manos a la cabeza y comenzó a sollozar.

Se recompuso y dijo—: Jamás me perdonaría que le sucediese alguna desgracia a ninguno de los dos.

Bernard posó una mano, grande y cálida, sobre el hombro de Fernando y afirmó:

—Eso no va a pasar. Te juro que daremos con ella antes que Gaillard.

—¿Cómo? —preguntó con los ojos repletos de esperanza.

—Buscando donde Gaillard nunca podría hacerlo.

Fernando no cuestionó lo que le decía Bernard, pero sus palabras fueron suficientes para entrar en el baño. Se echó un jarrón de agua fría y dejó que le corriera por la piel durante un rato, despejándolo. Luego, aprisa se cambió de ropa y se dispuso a acompañar a Bernard allí donde quisiera llevarlo.

—Si paso un minuto más en esta habitación, me volveré loco. Debemos despistar a Gaillard —afirmó Fernando al salir del baño, secándose el pelo con una toalla.

—De eso nada, amigo mío. Lo tendremos detrás de nosotros, pegado a nuestros talones como una sombra. —Ante la cara de incomprensión de Fernando, dijo—: Tú busca a Luisa por la zona que todo el mundo conoce de París, yo lo haré por aquella donde muy pocos se atreven a aventurarse, ni siquiera los hombres de Gaillard.

—Ellos me vigilan y, a estas horas, ya sabrán que estás aquí.

—Y no sabes cuánto tiempo he esperado esta ocasión. Sin embargo, conozco a esa escoria, mientras le seamos de utilidad no nos hará ningún daño.

—Quiere que encontremos a Luisa por él.

—Y lo haremos, pero cuando lo hagamos, yo lo mataré.

EN LOS SUBURBIOS de París, concretamente al lado de la orilla del Sena, Bernard aguardó a uno de los hombres de Gaillard. Cuando la oscuridad lo convirtió todo en sombras, el luchador de *savate* se caló la gorra hasta las cejas y se internó en las callejuelas malolientes de un submundo donde la luz nunca llegaba.

—¿Me buscabas a mí? —preguntó a su perseguidor tras apontocarlo contra la pared en una *rue* menos transitada.

—¡No…! —consiguió pronunciar el matón de Gaillard.

—Bien —afirmó Bernard, luego le rompió varias costillas.

Se aseguró de que al menos durante dos meses ese bastardo no pudiese levantarse de la cama. Después, se encaminó a casa de Jean Pierre, esperaba que a través de todas las mujeres que acudían a su consulta averiguara algo que le ayudase a dar con Luisa. Constituían una red de información que sería más útil que cualquiera de las

utilizadas por la Dirección de Seguridad.

Bernard llegó a la casa de su antiguo amigo y golpeó la puerta, aunque se cercioró primero de que nadie lo había seguido. Jean Pierre tardaba en abrir e imaginó que realizaba alguno de sus trabajos. Se dirigió al callejón, forzó la puerta de la cocina sin apenas esfuerzo y se adentró. La sorpresa lo enmudeció: una muchacha fregaba los platos, mientras un niño en un canasto pronunciaba un gorjeo y se chupaba el dedo.

La mujer se giró deprisa y lanzó una patada larga que dio de lleno en Bernard, que llevaba una gorra calada hasta las cejas. Amenazándolo con un cuchillo, emitió un grito y se abalanzó contra él una segunda vez.

Bernard comprendió que Luisa no lo había reconocido, también que si no esquivaba su ataque le clavaría el puñal en el pecho. Con rapidez, se quitó la gorra. Luisa, al ver de quién se trataba, dejó caer el cuchillo al suelo, mientras su cuerpo se agitaba en sollozos.

—¡*Monsieur* Bernard! —exclamó, lanzándose a sus brazos.

El luchador acarició su cabello como haría con una niña. Después de que ella se calmara y el llanto remitiese igual que la marea, la apartó un poco de él y le dijo:

—Ahora quiero que me cuentes qué haces aquí.

Luisa se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y tomó a su hijo, que había empezado a llorar.

—Este es el pequeño Diego.

—Un niño fuerte —afirmó Bernard cuando el chiquillo aprisionó su dedo índice con su puño—. ¿Por qué te escondes aquí?

—Ninon me dijo que si alguna vez tenía que ocultarme de Gaillard acudiera a Jean Pierre. Él me ayudaría.

Bernard sonrió al pequeño Diego y lo tomó en brazos.

—Será mejor que le diga a tu esposo dónde te encuentras.

—¡No! Fernando no debe saberlo. Sé que vendrá a buscarme y eso es lo que espera Gaillard.

—No, Luisa —afirmó, entretenido con la mano de Diego—. No será a Fernando a quien se enfrente Gaillard, sino a mí.

—Ven con nosotros a España —le pidió Luisa al ver la mirada oscura y funesta en los ojos de su amigo.

—No puedo —le dijo, entregándole al niño.

—Ella no querría esto.

—Nunca sabremos qué hubiera querido porque ese bastardo nos arrebató la oportunidad de saberlo.

Luisa guardó silencio y bajó la cabeza, mientras las lágrimas brotaban de nuevo.

—Soy consciente de que no solo ese hombre es el responsable. Yo y solo yo... fui la mano que puso en movimiento la rueda de vuestros

desgraciados destinos.

Bernard no pronunció una palabra. A veces, culpaba a Luisa, pero entonces veía el rostro de Ninon acusador con una mirada que le lastimaba el alma.

80

una verdad amarga

Edo (Japón), 30 de octubre de 1854
(Décimo mes del año séptimo de la era Kaei)

La visita del señor de Mito al castillo de Edo supuso un revuelo entre los habitantes de la casa de Yoshinobu. Debía cumplir con la obligación de residir durante un año en la ciudad como se imponía a todos los daimios.

Nada más llegar solicitó ver a Hiroyoki. El daimio del clan Kawaokura se presentó ante su señor, inclinó la rodilla en un saludo militar y aguardó a que el padre de Yoshinobu hablase:

—Espero que vuestra esposa se encuentre bien de salud.

Vestido con un kimono sencillo, bebía té y fumaba una pipa larga, muy similar a las usadas por las mujeres.

—Es joven y fuerte —respondió escuetamente Hiroyoki.

Su honor de samurái le exigía pedir cuentas a un hombre que había abusado de su confianza, sin embargo, se mantuvo en calma, sabedor de que aún no era el momento de mostrar sus cartas.

—Me alegra oír eso —afirmó el daimio. Después añadió—: ¿Cómo le ha ido con su instructor?

—Es un hombre capacitado.

—Entiendo…

—Mi señor, ¿cuándo emplearemos las armas contra el *bakufu*? —preguntó abiertamente.

El daimio lo miró con fijeza, luego esbozó una sonrisa antes de decir:

—Es un impetuoso guerrero, eso lo respeto. —Se inclinó hacia delante y con voz acerada dijo—: Pero no luchamos contra el *bakufu*, ¿no es cierto?

Hiroyoki asintió al comprender que si no acataba sus órdenes y dejaba de serle útil su vida se acabaría muy pronto. Pensó en lo ingenuo que había sido al creer que un miembro del clan Tokugawa, por muy alejado que este estuviese dentro de la rama familiar, se opondría al sogún mientras existiese una oportunidad de que su hijo Yoshinobu fuera el nuevo sogún.

Tras la reunión en la que pidió informes de todo lo sucedido en el castillo con respecto a su hijo, Hiroyoki regresó a sus aposentos.

Ordenó que le colocaran su mesa de caligrafía. Escribiría una carta al señor de Chōshū. Hiroyoki desconfiaba de Mito, también del muchacho a quién servía. Si bien su posición lo hacía un elemento esencial para informar al clan Chōshū de lo que hacían el *bakufu* y el sogún. Su carta recibió una respuesta afirmativa y se le convocó en una casa de té en la parte alta de Yoshiwara, donde la gran ola apenas había causado unos pocos daños.

Cuando llegó a la Casa de las Mil Flores, una mujer, que aún conservaba cierta juventud, lo condujo a una estancia que olía ligeramente a jazmines.

—Debe aguardar aquí.

Hiroyoki asintió y se sentó en la posición del loto. Le inquietaba no contar con más armas que el puñal que guardaba en su cintura, pero las normas de Yoshiwara eran estrictas con respecto al uso de las espadas en las casas de té o en los burdeles. Siempre debían dejarlas fuera hasta que el cliente la abandonara. Esa ley había evitado muchas muertes, si bien de todos era sabido que la mayoría de los samuráis escondían armas entre sus ropas.

Enseguida una muchacha pasó al cuarto, se arrodilló a su lado y le sirvió *sake* en unos cuencos de porcelana blanca. Cuando se marchó, Hiroyoki se aseguró de que su *tantō* estaba donde debía estar. Se jugaba el cuello y el de su clan, tanto de Otowara como el de Kawaokura, si alguien en el castillo de Edo descubría qué tramaba. Hiroyoki aguzó el oído y no escuchó nada en ninguno de los dos cuartos contiguos al suyo. Eso le extrañó y lo puso aún más en tensión hasta que la puerta volvió a abrirse de nuevo. En esta ocasión, en vez de una bella muchacha entró un samurái que cojeaba de la pierna izquierda. Con dificultad logró sentarse en el suelo y usó un par de cojines como apoyo. Luego, inclinó la cabeza a modo de saludo y dijo:

—Soy Yazuki Kodo.

Todos conocían la historia del hijo de los Yazuki. El joven tuvo un encuentro desagradable con el hijo de un samurái menor, que más tarde fue acusado de ladrón y finalmente ejecutado. Su herida habría sido motivo de orgullo si la hubiera recibido en el campo de batalla o a manos de un guerrero, pero se la causó un chico imberbe sin apellido ni honor del que había jurado vengarse si alguna vez daba con él.

—Soy Kawaokura Hiroyoki —dijo casi en un susurro.

—No se preocupe por los oídos atentos. Mis hombres se encargan de que eso no suceda.

—Entiendo —dijo Hiroyoki.

—El señor Chōshū agradece su misiva y su ofrecimiento de liberar nuestra tierra del poder corrupto del *bakufu*. Aunque se pregunta por qué traiciona la confianza del señor de Mito.

—De todos los clanes, el del señor de Chōshū es el que más odia al clan Tokugawa. Desde la batalla de Sekigahara, los Tokugawa redujeron las tierras del clan Chōshū y, por lo tanto, sus beneficios en el pago del arroz.

—Eso ocurrió hace demasiado tiempo —afirmó Yazuki, alzando una ceja.

—Es cierto, pero hay cosas que nunca se olvidan. Y sé bien que el señor de Chōshū es partidario de un cambio.

—Sus palabras son peligrosas —aseguró Yazuki, bebiendo de su cuenco de *sake*.

—No más que la nueva proclama que se escucha entre los vasallos del señor de Chōshū. Han pasado del grito de *sonnō jōi* [238] al de *kinnō tōbaku*[239].

—Debería tener cuidado con sus palabras. Si llegan a oídos poco comprensivos, podrían costarle demasiado caro —lo amenazó.

Hiroyoki había vivido lo suficiente en el castillo de Edo para saber que las palabras no siempre decían lo que significaban. Bebió de un sorbo su cuenco y se puso en pie ante la sorpresa del samurái.

—Dígale al señor de Chōshū que mi única voluntad es expulsar a los extranjeros, que el emperador recupere su poder y acabar con el *bakufu*.

Después salió del cuarto, enseguida se abrió la puerta contigua y entró un hombre de mediana edad, con frente ancha al igual que su cuello.

Yazuki se arrodilló ante su señor Chōshū y aguardó a que le diera permiso para hablar, cuando lo hizo, el samurái preguntó:

—¿Qué haremos, mi señor?

—Puede sernos útil.

Unos días más tarde, Hiroyoki recibía una misiva en la que de nuevo lo invitaban a disfrutar del té en la Casa de las Mil Flores.

En esta ocasión, Yazuki ya se encontraba en el cuarto. Le indicó con una mano que se sentase frente a él. Envolvió con un pequeño trozo de tela el *tejaku*[240] y llenó el *ochoko*[241]. Hiroyoki esperó a que su anfitrión copiase su proceder y después bebieron los dos mirándose a los ojos.

—El señor Chōshū le agradece su patriotismo.

—¿Qué desea el señor Chōshū de mí? —preguntó directamente Hiroyoki, incomodando a Yazuki.

—En su misiva se ofrecía a contarle lo acontecido en la corte, pero solo tiene acceso a un muchacho al que ni siquiera se le permite acercarse al sogún. El señor Chōshū cree que será de más utilidad realizando otra acción.

—Mi espada está a su servicio.

Yazumi asintió y continuó con sus palabras:

—Debemos atacar en la raíz. El *bakufu* ha contratado a varios *O-yatoi Gaikokujin*. Debemos matarlos y así evitar que formen tropas de hombres que empuñen armas contra nosotros.

—¿Quiénes son los elegidos? —preguntó Hiroyoki.

—Aquí tiene —dijo, y le entregó una hoja de papel en la que habían escrito los nombres de los afortunados. Luego añadió—: Mantenga con vida al capitán Quesada. No queremos que las sospechas recaigan sobre usted. Lástima que no pueda acompañar al resto de sus compañeros a la muerte. —Cambió su semblante al decir —: Si alguna vez encuentra a un hombre con la marca del ladrón en su espalda, avíseme.

Hiroyoki pensó en el bastardo de Ibuki, pero prefirió guardar silencio hasta saber por qué Yazuki se interesaba en un indeseable.

—¿Por qué busca a un ladrón?

—El me hizo esto —dijo, golpeándose la pierna tullida—. Y deseo devolverle el favor.

—Lo haré —mintió Hiroyoki.

No le importaban el destino ni la vida de ese *rōnin*; pero guardaría silencio hasta que estuviese seguro de que podía confiar en Yazuki Kodo.

ESA NOCHE, HIROYOKI prefirió no salir con el grupo de samuráis que habían acabado con algunos *gaijin*, marineros sin rango, hacía un par de semanas. Ahora debía asesinar a tres instructores y salvaguardar su identidad. Resguardado en la oscuridad de la noche, agazapado en las sombras, esperaba a que regresaran de Yoshiwara. Los instructores tenían salvoconductos para recorrer la ciudad de Edo, al contrario que cualquier otro extranjero, se les permitía visitar Yoshiwara. Los franceses vivían cerca de las murallas de Edo, en pequeñas casas en el barrio de los armeros. Algunos, como Quesada, vivían en la del daimio que lo había contratado, en cambio, a los que eran empleados por el *bakufu* se les proporcionaba vivienda en el exterior.

De pronto, un artesano salió de una de las casas con un *andon*[242] en las manos. Cuando la escasa luz iluminó la terrible figura del samurái, volvió a entrar en su hogar, temeroso de que aguardase el momento de hacer un *tsujigiri*[243].

Hiroyoki se concentró de nuevo en lo que lo había llevado hasta allí y vio a su objetivo. Lo acompañaban cuatro hombres, un inglés y tres japoneses. Ignoraba quiénes eran esas personas, pero eso era lo de menos. No dejaría a ningún testigo que pudiera delatarlo. Se cubrió el rostro cómo haría un *ninja* y se apareció en medio del camino

deteniendo sus risas. Se avergonzó del comportamiento de esos traidores que confraternizaban de ese modo con quienes deseaban apoderarse de su tierra.

—¡*Tenbatsu tenchū*[244]*!* —gritó Hiroyoki.

Los *gaijin* lo miraron desenvainar la espada, sin entender nada de sus palabras, pero los japoneses comprendieron qué significaba y quisieron huir.

Hiroyoki extrajo de su *kaku obi* un arma de fuego y mató a los traidores por la espalda. Los extranjeros intentaron desenfundar sus pistolas, sin embargo, Hiroyoki era un experto guerrero y abrió en dos el pecho del inglés. Al francés le temblaba tanto la mano que erró el disparo. Hiroyoki aprovechó su oportunidad, dio un giro en el aire y cortó la cabeza de uno de los hombres que el clan de Chōshū quería muerto. Luego la envolvió en una tela, se la enviaría al señor Chōshū. De esa forma demostraría su lealtad.

MARIPOSA EXAMINÓ CON tristeza la desvencijada choza en la que se había convertido su burdel. Durante diez días, y gracias a varios clientes que le debían uno que otro favor, había levantado un lugar donde vivir y trabajar. En ese tiempo había mejorado lo suficiente, aunque aún parecía un establo más que una próspera casa de té, pero había conseguido que regresaran sus clientes más fieles.

Esa noche la temperatura era lo bastante buena para permanecer en el exterior. A pesar de que todavía se veían muchas casas destruidas, la mayoría de los escombros se habían retirado de las calles. Algunos locales habían resistido la gran ola y encendido sus farolillos rojos indicando a los pocos clientes, que se aventuraban de nuevo por el barrio del placer, que podían visitar sus establecimientos. Por el camino que conducía a la destartalada Casa de las Libélulas, Mariposa vio ascender a pasos lentos a dos figuras. Al principio no supo quiénes eran hasta que la manga del kimono de una de ellas se balanceó vacía por culpa de la leve brisa de esa noche.

—¡Ibuki! —exclamó alegre Mariposa al reconocerlo en la distancia. Luego gritó a Momo—: Prepara arroz y ve a comprar *sake* de calidad y no esa bazofia que damos a nuestros clientes.

—Sí, ahora mismo —respondió la chica con una ligera inclinación, y se apresuró a realizar los recados de la *yarite*.

La luna iluminó las facciones de Ibuki, y Mariposa comprobó que algo había cambiado en él. En su rostro ya no se reflejaba el dolor que continuamente sentía desde que perdió el brazo. Después observó a la mujer que lo acompañaba, ambos vestían de peregrinos. Supuso que se trataba de un disfraz para evitar preguntas indeseadas de los

puestos de control que existían en el camino de Tokaido.

—Veo que no te ha ido tan mal desde la última vez que nos vimos —dijo a modo de saludo Ibuki cuando se plantó delante de ella.

Mariposa miró de arriba abajo a su compañera, chasqueó la lengua y dijo con su acostumbrado cinismo:

—Veo que a ti tampoco, ¿quién es?

Eva fijó la vista en la prostituta. Mariposa estudió con recelo la cara seductora de la extranjera, luego su atención se desvió a Ibuki.

—Si alguien descubre que es una *gaikokujin*[245] tendrás problemas. ¿Habla nuestro idioma?

—Aún no, pero aprende con rapidez.

Mariposa volvió a mirar el rostro del color del bronce dorado de la mujer de ojos oscuros, levemente rasgados, que la escudriñaba con ceñuda desconfianza.

—Pasad —dijo Mariposa.

—*¡Shuǐ!*[246] —pidió Eva.

Ibuki asintió ante las palabras de Eva.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Mariposa intrigada.

—Necesitamos agua y un sitio donde pueda curarme.

—¿Estás herido? —preguntó la cortesana con preocupación.

—Ella me ayuda con el brazo.

—¿Es curandera?

—Creo que en su tierra lo era.

Mariposa guardó silencio y los condujo al interior de la choza. Se acercó a una jarra de barro en la que había agua. Vio cómo Ibuki se sentaba en el suelo y se despojaba de sus ropas hasta la cintura. La extranjera sacó de una bolsa de tela varios manojos de plantas, los puso en un cuenco, vertió el agua y los machacó.

—Tumbar —dijo con un marcado acento extraño y atrayente.

Mariposa sabía qué agradaba a los hombres. Cuando la joven que acompañaba a Ibuki se quitó el *kasa*[247], comprendió que, a pesar del pelo corto, era una mujer de proporciones y belleza singulares.

Ibuki obedeció a la *gaijin*. Luego, ella deshizo las vendas y comenzó a limpiar la herida del *rōnin*.

—¿Los extranjeros siguen aquí? —preguntó Ibuki mientras Eva extendía con suma delicadeza sus cataplasmas en el muñón.

—El edificio de la escuela naval no sufrió ningún daño, así que han continuado los trabajos.

—¿El capitán Quesada está allí?

—Sí, es uno de los instructores. Lo sé, porque lo visité para agradecerle que me salvase la vida.

Momo le había contado que fue el español quién la encontró bajo los escombros.

—Eva, mañana buscaremos a Quesada —le dijo Ibuki.

Eva asintió, y después de terminar de vendar su brazo, se fue a un rincón y se acurrucó como haría una niña.

—¿Sabes de dónde viene? —le preguntó Mariposa mucho después, cuando Momo regresó con el *sake* y la chica también se había retirado a dormir.

—Es joloana.

—¿De Filipinas?

—Así es.

—Es hermosa.

—No sería una buena *oiran,* ni siquiera una *yayotsu*[248] .

—Pero sí una buena compañera para un *rōnin*.

Ibuki miró el bulto en el que se había convertido Eva y pensó en las palabras de Mariposa. Era cierto, podía ser una magnífica compañera de armas. Manejaba el cuchillo con gran habilidad, no temía la vida de penalidades y era capaz de sanar heridas con maestría. Sí, sería una valiosa compañía para un *rōnin*, si no fuera porque semejante ocurrencia nunca sería posible.

AL DÍA SIGUIENTE, Eva y él se dirigieron a la escuela naval. Aguardaron tras el cordón de vigilantes como tantos otros curiosos que contemplaban, entre maravillados y extrañados, la grandiosa obra de la escuela. Jamás se había construido ningún edificio de aquellas características en Edo, así que suponía un espectáculo al que muchos acudían. Eva e Ibuki se abrieron paso entre la multitud, hasta que Eva vio a Quesada y gritó su nombre. Sin embargo, la distancia y el ruido del gentío era tal que fue imposible que la escuchase.

Eva quiso pasar al otro lado de la barrera humana de seguridad que protegía a los extranjeros, pero Ibuki aferró su brazo con fuerza. Varios samuráis cortarían su cabeza sin preguntarle los motivos por los que deseaba ver a uno de esos instructores. Además, las últimas muertes de los franceses habían hecho que el *bakufu* aumentase la seguridad de los *gaijin* que aún seguían bajo su servicio.

—¡No! —exclamó Ibuki, sujetándola por el brazo.

Eva intentó soltarse de su agarre, pero vio en su mirada que moriría si no actuaba con tranquilidad.

Asintió con tristeza y se quedó observando a Diego hasta que Ibuki le dijo:

—Vamos.

Sortearon de nuevo el gentío y volvieron a casa de Mariposa. Durante el resto del día, Eva permaneció en silencio, ajena a lo que sucedía a su alrededor, parecía que tramase una travesura.

Al caer la noche, Ibuki le encargó a Mariposa que la vigilase.

—¿A dónde vas?

—A buscar a Quesada.

—No podrás… —Mariposa enmudeció y agachó la cabeza, consciente de que había humillado a Ibuki.

—Aún sé unos cuantos trucos de *shinobi*.

—Ten cuidado —le pidió, esbozando una apesadumbrada sonrisa.

Después lo vio ponerse en pie, abandonar la casa y perderse en la oscuridad de la noche.

DURANTE EL TIEMPO que sirvió al señor de Mito como vigilante de Hiroyoki, Ibuki había descubierto varios pasadizos que conducían desde el exterior de las murallas al interior del recinto fortificado. Tokugawa Ieyasu[249] los había mandado construir para contar con una vía de escape y a la vez tener una manera de salir y atacar a cualquier ejército por la espalda. Ahora servirían a Ibuki para llegar hasta el instructor. Se abrió camino entre la maleza que ocultaba una de las entradas. Iluminó con su *andon* el agujero oscuro que se alargaba infinitamente en un largo corredor negro. Nada más adentrarse, notó que el aire se sentía húmedo y con cada respiración su cuerpo absorbía el hedor a cloaca. Por culpa de las lluvias, el agua sucia se filtraba desde el techo y se había formado una balsa que cubría las rodillas. Avanzó con cuidado, temía resbalar y hundirse en el fango. El silencio lo rodeó en un abrazo siniestro y lo acompañaba como un fiel compañero. Al fin, alcanzó una de las puertas que daban paso a la muralla interior de la fortaleza. Ibuki maldijo su suerte cuando escuchó a dos vigías aproximarse. Dejó caer el *andon* para evita ser descubierto.

—¿No has oído un ruido? —preguntó uno de ellos.

—Será algún gato —respondió el otro.

—Mejor lo comprobamos.

El corazón de Ibuki se aceleró al imaginarse siendo sorprendido. Llevaba días entrenando con la mano izquierda, pero cualquier estudiante del arte de la espada lo vencería con facilidad, así que para dos samuráis al servicio del sogún matarlo sería una tarea sencilla. Los dos guardias se acercaron a la entrada y alumbraron con una antorcha el interior.

—¿Ves algo? —preguntó uno de ellos.

—¡Maldita sea! —gritó, atrayendo la atención de su compañero.

—¿Qué has visto?

—Una rata del tamaño de un perro.

—Ya te lo dije, vamos, debemos seguir con la guardia.

Al oírlos llegar, Ibuki se había tirado al suelo. Inspiró antes de

cubrirse por completo con el lodo y aguantó la respiración, permaneciendo en ese estado de ingravidez pestilente durante todo el tiempo que pudo. Ignoraba si al salir aún estarían allí; pero si no se movía, moriría de igual modo. Deprisa, emergió abriendo la boca para tomar una bocanada de aire. Aguardó un momento para recuperarse y, al verse solo, emprendió el camino al lugar donde se encontraba Quesada, en la casa de Kawaokura Hiroyoki.

DIEGO HABÍA OLVIDADO ya las muchas semanas que había pasado concentrado en su trabajo y en las que apenas había coincidido con Miyako. También ella dedicaba casi todas las horas del día a traducir los libros extranjeros. El profesor Villalba le había dicho que ella prefería quedarse en el castillo antes que regresar a la casa Kawaokura. Diego se preguntaba desde entonces si era para evitar verlo. Suponía que era la única forma que tenía de decirle que entre ellos todo había terminado.

Diego encendió uno de los cigarrillos que había conseguido del instructor inglés. Observó embelesado las volutas de humo que ascendían en el aire cuando notó un ligero hedor, aunque no tuvo tiempo de reaccionar porque de pronto una sombra cubierta de lodo apareció en su cuarto. Con rapidez, Diego extrajo de su cintura la pistola de Fernando y apuntó al intruso, dispuesto a matarlo, a punto estuvo de disparar hasta que advirtió que le faltaba un brazo y comprendió de quién se trataba.

—¡Ibuki! ¡Te creía muerto! Aunque ahora mismo pareces un desenterrado —dijo Diego mientras esbozaba una sonrisa.

—¿Vas a disparame?

—Perdona. —Diego guardó su arma en su cintura—. Casi me matas de un susto. —Luego, le tendió la mano y añadió—: Me alegro de verdad de que sobrevivieras. Miyako se alegrará también de saberlo.

—No he venido por ella —dijo.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Debes acompañarme a la Casa de las Libélulas.

—Creo que deberías darte un buen baño antes de visitar a una mujer. Te buscaré algo de ropa. —Diego le ofreció su petaca de brandy. Luego fue al arcón en el que guardaba algunos kimonos.

Ibuki bebió con agrado. El sabor del brandy arrastró el del lodo que hasta ese momento le provocaba la sensación de haber comido carne podrida.

—Eva…

Diego se giró como si le hubieran disparado en la espalda. Su

rostro evidenciaba la sorpresa y el temor.

—¿Dónde has escuchado ese nombre?

—Ella está en la casa de Mariposa.

—No es posible… —afirmó Diego un tanto desconcertado. Miró a Ibuki y le ordenó—: Llévame con ella.

—*Hai*.

Ibuki condujo a Diego por el mismo pasadizo por el que había entrado a la fortaleza. Después se adentraron en el barrio de Yoshiwara antes de que cerraran sus puertas. En el camino, Ibuki se deshizo de las ropas enlodadas, para ello golpeó a un hombre que estaba demasiado borracho para recordar al día siguiente cómo las había perdido. Además, si se acordaba, nadie lo creería cuando dijera que un monstruo cubierto de lodo lo había desnudado para quedarse con ellas. Diego extrajo un bulto de su pecho, era una camisa y un par de pantalones. Aprisa, se cambiaron las ropas embarradas y se encaminaron a paso ligero a la Casa de las Libélulas.

—MOMO, DEJA DE mirarla —la regañó Mariposa.

La muchacha observaba a la *gaijin* con verdadero terror.

—Es muy extraña —afirmó, sin perderla de vista.

—Solo aguarda la llegada de un hombre —respondió ella, consciente de que era la ansiedad de la espera.

Conocía lo suficiente a las mujeres para leer sus sentimientos y emociones y la extranjera no disimulaba ninguno de los dos.

Momo iba a decir unas palabras más cuando la puerta se abrió y aparecieron Ibuki y el instructor extranjero.

—¡Eva! —gritó Diego, abriendo los brazos.

La mujer salvaje se lanzó a ellos, y él besó su cabeza como haría con una hermana. Ibuki los miró sorprendidos, pero Mariposa entendió que Diego de Quesada no amaba a esa mujer de manera carnal.

Diego la apartó un poco de él y tomándola de los hombros le dijo:

—¡Te has vuelto loca! ¡Aquí matan a los extranjeros!

—Necesitaba verte, debes avisar a Luisa.

—¿Qué sucede con Luisa?

—Gaillard la matará.

Diego palideció al escuchar sus palabras.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó tan sorprendido como preocupado por Luisa.

—Rosales.

—Empieza desde el principio —le pidió.

En un rincón del cuarto, Ibuki, Mariposa y Momo permanecían en

silencio sin comprender la conversación que mantenían los dos extranjeros. Sin embargo, fuera lo que fuese lo que la mujer salvaje le hubiera dicho al español, era lo bastante importante para que el instructor no lo ignorara. Diego se atusó el cabello y, sin pronunciar una palabra, salió al exterior. Debía hallar la manera de salvar a Luisa, pero la imagen de Miyako era la que se aparecía una y otra vez en su mente. Si se marchaba de Japón, no podría regresar. Jamás la vería de nuevo.

—Diego… —oyó decir a sus espaldas.

—Eva, necesito un momento para pensar. —Diego no le mentiría. Después de lo que había hecho y el peligro al que se había expuesto hasta llegar a esas islas se merecía conocer la verdad—. Hay una mujer.

Diego no vio el rostro de Eva, ni el dolor de sus ojos ni tampoco el rencor. Eva era joloana, los hombres de su tribu poseían más de una esposa. Además, era pirata y una mujer que se enfrentaba a los problemas cara a cara.

—Tráela.

—Nunca abandonará Japón.

—¿Por qué?

—Está casada y ama esta tierra lo suficiente para sacrificarse por ella.

—Tierra no calienta en las noches. —Diego emitió una carcajada que provocó que ella esbozara una sonrisa. De pronto, su semblante serio se transformó en uno casi inexpresivo, aunque con un gesto feroz —: Mata marido, escapar con esposa.

Diego vio en su mirada una llama sanguinaria mucho más ardiente que cuando la encontró en medio de la selva. Eva, al igual que el resto de ellos, había cambiado.

81

una acusación fundamentada

Edo (Japón), 31 de octubre de 1854
(Décimo mes del año séptimo de la era Kaei)

En medio de la noche Hiroyoki regresó a la casa Kawaokura decidido a cambiar la historia. Ahora lo veía todo con mayor claridad. El *bakufu* se hundía en la destrucción y su señor Yoshinobu había perdido la ocasión de ser nombrado sogún, al menos, en varios años no se le presentaría otra oportunidad. Además, Abe Masahiro ya no poseía el poder que hasta entonces había ostentado sobre el *bakufu*. Ninguno de ellos libraría a su país de la tiranía de los extranjeros.

Un criado advirtió que su mano sujetaba una bolsa de tela que manchaba el suelo de sangre. Temblando, se postró y permaneció inmóvil hasta que el daimio ordenó:

—Prepárame el baño.

—Sí, mi señor.

Aprisa, el sirviente se retiró para cumplir el mandato. De inmediato, otro entró en su lugar y lo ayudó a desvestirse. La puerta se abrió y se arrodilló un nuevo criado.

—Un hombre desea verle, mi señor.

—¿Quién es? —preguntó intrigado Hiroyoki.

—No ha dicho su nombre —afirmó el sirviente. Luego, se atrevió a decir—: Parece un samurái, pero viste de forma extraña.

El rostro de Hiroyoki se tornó lívido al imaginar de quién podía tratarse.

—Hazlo pasar.

El sirviente asintió y se marchó deprisa del cuarto.

Unos minutos más tarde, volvía a abrirse la puerta, por ella entró el samurái que pertenecía al grupo de hombres que Hiroyoki había comandado para matar a varios extranjeros. Era el hijo de un samurái de alto rango. Vestía de manera estrafalaria, con vistosos colores, además las vainas de sus espadas eran demasiado llamativas para un guerrero. Este tipo de samuráis, en la mayoría jóvenes díscolos, se hacían llamar a sí mismos *Kabukimono*.

—Hinata, ¿a qué se debe tu grata visita? —mintió Hiroyoki.

—Desde nuestro último encuentro he tenido noticias de que prefieres otras compañías.

Hinata desbordaba soberbia, así que Hiroyoki procuró actuar con calma hasta que averiguase por qué motivo lo visitaba esa noche. Palmeó dos veces y un criado apareció con una bandeja con *sake*. Hiroyoki sirvió primero a su invitado como requería la buena educación.

—No abandono a mis amigos tan fácilmente —dijo, cuando los dos habían bebido.

—¿Seguro que no? —preguntó, desviando su atención al bulto que yacía en el rincón de la habitación.

Hiroyoki siguió el camino de su mirada y se sintió estúpido, pero ni el más precavido de los hombres hubiese previsto una visita tan inesperada.

EN ESE MISMO momento, Miyako regresaba del castillo de Edo. La señora Himura insistió en que debía asearse y cambiarse de ropas.

—¡Preparad el baño de la señora! —ordenó la señora Himura a las dos sirvientas que la atendían.

—No es necesario…

—Claro que sí —aseguró la mujer—. Lleva días traduciendo esos libros. Tiene el cabello enredado y, por supuesto, necesita dormir en su futón y no sobre una mesa.

Miyako sonrió a la señora Himura por su preocupación. Esa mujer exigente y mandona era lo más parecido a una madre que había tenido. La anciana la ayudó a desnudarse y luego la vistió con un kimono ligero. De camino al *ofuru*[250], Miyako pasó por delante del cuarto de Hiroyoki. Se extrañó de que aún estuviese despierto, aún más, que tuviese compañía a esas horas. La curiosidad la hizo detenerse.

—Señora, será mejor que su esposo no la descubra espiándolo —le susurró la señora Himura.

—¿Por qué no hay un sirviente en la puerta? —respondió ella de igual modo.

—Es verdad… Ninguno abandonaría su puesto sin la orden expresa del daimio.

—Márchate —le pidió.

Si Hiroyoki la sorprendía, no quería que la señora Himura pagase las consecuencias de su cólera.

—¡No! —bisbiseó enojada.

—¡Hazlo!

La mirada de Miyako no dejaba lugar a dudas de que debía cumplir su petición.

La señora Himura asintió con los labios fruncidos en un puchero

infantil, pero se marchó.

Miyako se arrodilló y pegó el oído a la puerta. Los paneles de papel le permitieron distinguir la voz de un hombre que no conocía. Su forma de hablar era señorial, así que supuso que se trataba de un samurái. ¿Qué podía tramar un samurái a esas horas con Hiroyoki?

—¿Ya no quieres divertirte con nosotros? —escuchó Miyako preguntar al visitante.

—Claro que sí, pero no todos están de acuerdo con eliminar a los extranjeros.

Miyako dio un respingo, y se tapó la boca con la mano para evitar que oyesen el gemido que había escapado de su garganta. Así que Hiroyoki pertenecía al grupo de asesinos que, según se decía por la ciudad, se dedicaban a matar a los extranjeros.

—Yo estoy contigo. Me gustaría servir al igual que tú al señor de Chōshū.

Miyako estrujó la tela del kimono con los puños. Si las palabras de ese hombre eran verdaderas, su esposo estaba traicionando al *bakufu* y a los Tokugawa. Su clan siempre había sido leal al sogunato y si alguien descubría la traición del daimio Kawaokura, su gente sufriría una muerte atroz.

—¡Corren tantos rumores, Hinata! —afirmó Hiroyoki, apenas disimulando su intranquilidad.

Miyako reconoció de inmediato el nombre del samurái y su clan. Podía adivinar que esa muestra de familiaridad con la que lo trataba su invitado, encendería la ira de Hiroyoki. El clan del samurái era muy superior al de Hiroyoki. A pesar de que el samurái le dirgía palabras educadas se apreciaba en su tono de voz cierta nota de desprecio por un hombre como su esposo y eso, pensó Miyako, debía herir el orgullo de Hiroyoki.

—No olvides quién es mi padre.

Era cierto, la familia de Hinata era afín a la casa de Chōshū. Quizás los secretos no eran tales cuando se trataba de afianzar alianzas. Era lo que parecía hacer el señor de Chōshū, aunque expusiera a algunos de los samuráis a su servicio. De todos modos, Miyako no creía que la información proviniese directamente del daimio.

—¿Cómo lo has sabido?

—Mi padre paga a uno de los sirvientes de Chōshū —afirmó, y añadió—: Es conveniente saber qué piensan aquellos que dan las órdenes, ¿no crees?

—Supongo que tienes razón —terminó por decir Hiroyoki. Después, tras beber de su cuenco, dijo—: ¿Qué quieres en realidad?

—Ayudarte a cortar las cabezas de los instructores.

Miyako pensó en Diego, en el peligro que lo acechaba y en la manera de detener aquella locura.

El silencio en el interior del cuarto indicó a Miyako que su esposo aceptaba el trato; también que tenía que retirarse antes de que la sorprendiesen o la cabeza que cortarían sería la suya.

LOS PRIMEROS RAYOS de luz de la mañana se filtraban en las habitaciones de Miyako, mientras el ruido que hacían los sirvientes, realizando sus tareas, empezaba a oírse por la casa. Miyako se disponía a acudir al encuentro de su esposo, cuando, sin avisar, la señora Himura entró en su cuarto junto con el profesor Villalba.

—Señorita Kawaokura, la señora Himura me ha explicado sus intenciones y al igual que ella creo que se arriesga innecesariamente. Deje que su esposo…

—Respeto la opinión de los dos —lo interrumpió con la voz dura —, pero en esta cuestión no olviden que soy hija de samurái y, además, una *onna-bugeisha*. No se trata solo de salvar a hombres inocentes, también de traición.

—Mi señora… —se arrodilló la señora Himura en una súplica—. Su esposo la matará.

Miyako se acercó a la señora Himura, la tomó de las manos y la ayudó a levantarse.

—Si ese es mi destino, pues que así sea. —Miró a los dos y ordenó —: Ni una palabra a nadie de lo que saben.

Tanto la señora Himura como el profesor asintieron. Miyako confiaba en que ninguno rompería su palabra.

ESA MAÑANA MIYAKO se había vestido con un kimono de tonalidades oscuras, un *obi* violeta lo ajustaba a su cintura.

Hiroyoki terminaba de tomar un cuenco de arroz y unas verduras cuando un criado interrumpió su desayuno.

—La dama Kawaokura desea verlo.

Hiroyoki se extrañó de la visita de su esposa, que habría evitado a toda costa, pero la curiosidad fue más fuerte.

—Hacedla pasar —ordenó.

Hiroyoki contempló el rostro de Miyako. Estaba tan blanco que desprendía un débil resplandor que aumentaba su belleza fría y sombría. Hiroyoki continuó comiendo, aunque con un gesto de la mano le indicó que se sentase.

—¿Qué sucede? —preguntó mientras se introducía los palillos en la boca con un trozo de pescado.

Miyako fijó la vista en él, y donde un momento antes Hiroyoki había apreciado el color aguamarina de sus pupilas, ahora veía una

penetrante y gélida mirada.

—¿Quién era el invitado que nos visitó ayer?

Hiroyoki golpeó con los palillos el cuenco de arroz. Todos conocían el significado de realizar el *tatakibashi*[251].

—Nadie me visitó ayer —afirmó él, clavando sus ojos en ella.

—Hiroyoki… te lo suplico —pidió, tocando con la frente el suelo.

Ambos sabían qué solicitaba sin necesidad de pronunciar una palabra. Hiroyoki observó a Miyako, y dijo:

—Llegarás tarde.

—¿Lo pensarás? —preguntó ella con la voz cargada de esperanza y desaliento.

Hiroyoki contempló el color aguamarina de nuevo en los ojos de su esposa. Sonrió por primera vez a esa mujer y ella respondió de igual manera. Hiroyoki se extrañó de cuánto había aprendido de los samuráis de alto nacimiento desde que había llegado al castillo de Edo.

—Lo haré —mintió, emulando a uno de esos engreídos cortesanos.

Miyako se retiró del cuarto, antes de salir, se inclinó ante Hiroyoki consciente de que su suerte estaba por cambiar. Había detectado la mentira en la voz de Hiroyoki, sin embargo, tenía que intentarlo. No solo era su vida la que peligraba por culpa de la locura de su esposo, también todo su clan y el honor de su familia. Miyako se detuvo en el pasillo, un temblor frío le recorrió la espalda, su instinto le pedía huir, escapar de la ira de Hiroyoki, salvarse a toda costa; pero su condición de *onna-bugeshia* le exigía comportarse con valentía y enfrentarse a la muerte sin deshonrar su apellido y demostrar que era digna de la sangre samurái que corría por sus venas. Ahora su suerte estaba en manos de los dioses y estos no solían ser benévolos con los humanos.

LA DAMA KAWAOKURA recibió un pedido importante. Debía traducir varios libros militares que formarían parte de la instrucción de los reclutas de la escuela naval. Acarició la tapa del libro y recordó las últimas palabras de Diego. Hacía semanas que no lo veía, aunque para ser sincera era ella la que evitaba verlo. Temía que si se lo pedía de nuevo, aceptaría su oferta de huir con él.

Colocó el libro en el atril, y entonces, la puerta se abrió. Sonrió al imaginar que se trataba de la señora Himura, pero en su lugar entraron dos samuráis y un hombre de rostro serio y que no portaba ninguna espada. Miyako comprendió que era el *rōya bugyō*[252] quien había venido a por ella; también que los dioses la habían abandonado.

LA NOTICIA DEL encarcelamiento de la dama Kawaokura por adulterio se extendió con rapidez desde las dependencias de la servidumbre hasta las salas de los daimios.

La señora Himura apenas podía respirar cuando se encaminó a pasos rápidos a los aposentos del profesor Villalba. Entró sin llamar y con las lágrimas resbalándole por las mejillas.

—*Sensei*, ¡es terrible! ¡Una desgracia! —exclamó con desesperación y cayó de rodillas al suelo—. ¡Han detenido a mi señora!

—Cálmese, señora Himura —intentó consolarla Villalba, pero su preocupación se leía en su mirada—. ¿Quién puede ayudar a la señorita?

La señora Himura miró al hombre como si viera a través de él.

—Nadie la ayudará —afirmó, sorprendiendo a Villalba.

—Su familia…

—Su propio esposo la ha denunciado como adúltera.

—Quizás solo la repudie…

—Aún no lo entiende, ¿verdad? —preguntó la sirvienta con una nota de amargura—. Es el modo que tiene el daimio de librarse de ella. En estas tierras el adulterio de una mujer de la categoría de mi señora se paga con la muerte.

—¡La muerte! —exclamó Villalba aterrado.

Después pensó en que el único que podría ayudarlos en esos momentos era el capitán Diego de Quesada. Quizás gracias a los trabajos que realizaba para el *bakufu* pudiera interceder por la dama Kawaokura.

—¿A dónde va? —le preguntó la señora Himura al ver que se disponía a marcharse.

—Debo hablar con el capitán Quesada —dijo sin más y abandonó el cuarto.

Villalba tomó un palanquín que lo llevó a través de las calles abarrotadas de gente que comentaban la suerte de la dama del clan samurái. Escuchó desde que era casi una cortesana a que tenía amoríos con un *rōnin* o con un samurái que conocía de la infancia. Por fin llegó a la escuela naval, la encontró bordeada por un cinturón de curiosos y otro de soldados que protegían a los extranjeros después de las últimas muertes. Se abrió paso a codazos hasta que alcanzó la primera fila.

—Quiero ver al instructor Diego de Quesada —dijo al samurái que custodiaba la entrada y salida de todos en aquel recinto.

—Espere aquí —le ordenó al ver que se trataba de un *gaijin*.

Villalba se retorcía las manos de ansiedad. El tiempo corría en su contra y temía que alguna desgracia le sucediese a Miyako. Entonces, vio al guardia, acompañado de uno de los ingleses. Un rubio de ojos azules, tan delgado como un hueso roído por un perro.

—*Mister* Quesada no ha venido a trabajar esta mañana. ¿Se encuentra enfermo? —preguntó el inglés.

—No, no, supongo que estará en otro lugar —se apresuró a decir Villalba.

—Quizás haya ido a la Casa de las Libélulas.

—Muchas gracias, *mister*…

—Taylor —respondió el hombre a un Villalba que de nuevo se abría paso entre los mirones.

Villalba prefirió dejar el palanquín en el último puente de acceso al barrio de Yoshiwara, enseñó la credencial que le permitía adentrarse en el recinto y avanzó, con el corazón agitado, hasta la Casa de las Libélulas.

Aquella choza le parecía más una casa de cucarachas que la de unos animales tan bellos y delicados como eran las libélulas, pero no había llegado hasta allí para apreciar la calidad de una construcción, sino para buscar a Diego. Nada más atravesar su entrada, lo vio inmóvil en medio de la sala. Su tamaño empequeñecía la única estancia que había sobrevivido al terremoto. También se hallaba Ibuki, una mujer que supuso sería la dueña del local y una muchacha de rasgos bastos y poco atractivos que vestía como una criada. No pudo pensar nada más, porque de pronto sintió el filo de una daga en el cuello.

—*Nǐ shì shuí?*[253] —preguntó Eva, al ver que no contestaba, dijo —: ¿Quién eres?

—¡Villalba! —exclamó Diego.

Eva se retiró al comprender que lo conocía y parecía alegrarse de verlo.

El profesor se alejó de la mujer que le había atacado, la miró con desconfianza y reconoció en ella a una joloana.

—¿Cómo ha entrado en Japón? —preguntó, señalándola con el dedo.

—Es una larga historia a la que intento encontrar un remedio —afirmó Diego en un tono desesperado.

—Pues tendrá que esperar —aseguró Villalba.

—¿Qué quiere decir?

—Han acusado a la dama Kawaokura de adulterio y estará encarcelada hasta el día de su juicio.

Ibuki ignoraba por qué motivo el *sensei* buscaba al instructor, pero el rostro del español se transformó sin darse cuenta en otro muy diferente donde el odio y el temor emergieron por igual.

—¿Qué sucede? —se atrevió a preguntar Ibuki.

—Han denunciado a Miyako de adúltera.

Si en el semblante de Diego se cruzaron todo tipo de emociones, en el de Ibuki había deseo de venganza y muerte.

—No sé qué leyes rigen el adulterio en este país —confesó Diego desalentado mirando a Ibuki.

—No existe ninguna ley, solo la muerte. En mi país los matrimonios se arreglan para establecer alianzas, se cuida mucho de quién ama a quién, por miedo a que se entablen acuerdos y uniones indeseables para el *bakufu*. Así que la solución a dichos problemas no es otra que aniquilar a uno de los miembros de la pareja, en este caso la mujer es el elemento más fácil de sustituir, y más, en la situación de Miyako: sin familia y sin hijos que abalen su valor.

—¡Maldita sea! —gritó Diego, golpeando con el puño la pared ante la sorpresa de Villalba.

—Diego… —dijo Villalba al ver su mano ensangrentada. Jamás había visto al capitán actuar de esa manera—. Vamos…

—Villalba, dos de las mujeres que más amo en mi vida están en peligro y no estoy seguro de poder salvar a ninguna.

Ibuki se sentó en el suelo, silencioso y meditativo.

—Luisa… —dijo Eva, recordándole por qué había ido a Japón.

—Capitán, la dama Miyako necesita nuestra ayuda —insistió Villalba.

Desconocía quién era esa tal Luisa, pero la dama Kawaokura no contaba con demasiado tiempo.

De pronto, el rostro de Diego se tornó oscuro, Villalba creía que al fin había tomado una decisión, rogó que fuera la adecuada.

—¿Qué piensa hacer, capitán? —preguntó el profesor ante su mutismo.

—Espero que Dios me perdone…, traiciono a una mujer que considero mi hermana, pero no puedo abandonar a Miyako a su suerte. Haz que uno de tus hombres acompañe a Eva hasta Nagasaki —dijo a Ibuki—: Después, consigue que embarque en un navío estadounidense. Alguno debe ir a Filipinas —afirmó, entregándole el reloj—. Esto será pago más que generoso. —Luego, se puso en pie y tomó las manos de Eva—: Tú avisarás a Luisa. Sabes bien que es una mujer capaz de librarse de Gaillard sin ayuda, lo ha hecho hasta ahora. Enviarás una carta desde el fortín de Filipinas. Solo ruego a Dios que nos conceda el tiempo suficiente para prevenirla del peligro o jamás me lo perdonaré. Eva, estaré en deuda contigo toda mi vida —dijo, y gritó en japonés—: ¡Papel y tinta!

Mariposa ordenó a Momo que comprase lo que había solicitado el *gaijin*. Apenas había entendido la conversación de todos ellos, pero la mirada del instructor denotaba una desesperación acuciante.

—¿Estás seguro? —preguntó Eva, dolida por su abandono.

—Ella me necesita más que ninguna de vosotras.

—Conozco bien qué es una guerra, también la derrota. Y en tu corazón ni Luisa ni yo tenemos ya cabida.

—No digas eso… —pronunció Diego, incapaz de enfrentarse a una verdad tan dolorosa para ella.

—Matar por espalda —le aconsejó Eva—. La ira hace perder.

Diego acarició el rostro de la muchacha.

—No actuaré de ese modo.

Eva asintió sin creer sus palabras. Había visto por primera vez en los ojos de Diego el deseo de matar.

IBUKI SALIÓ DE la Casa de las Libélulas con una idea en la mente: ayudaría al *gaijin* a que uno de los hombres de Fukuda acompañase a la mujer salvaje a Nagasaki; después liberaría a Miyako.

Cuando volvió a la Casa de las Libélulas para comunicarle la noticia encontró a Mariposa y a Momo dormidas. Diego y Villalba habían regresado a Edo. Ninguno de los dos volvería a la casa del daimio Kawaokura y habían decidido quedarse con los ingleses. Solo Eva permanecía despierta contemplando la luna en el exterior.

—¿No duermes? —le preguntó Ibuki.

—Te esperaba —afirmó ella, tomándolo de la mano.

Ibuki se sorprendió de la familiaridad de la mujer, pero dejó que lo llevase hasta una de las casas que habían resistido el terremoto; aunque no el miedo de sus habitantes a ocuparla otra vez.

—¿Qué hacemos aquí?

—Sola y duele —dijo ella, tocándose el pecho.

Ibuki retiró una lágrima de la mejilla de Eva, ella también se desconcertó al ver que lloraba.

—¿Qué quieres? —le preguntó él.

—Tú…

—No soy él.

—Lo sé, pero esta noche sí.

Ibuki asintió. Él necesitaba también a una mujer entre sus brazos. Encendió un fuego, aún se apreciaba el olor a quemado de la madera que había sido pasto de las llamas. Y extendió su *haori* a modo de futón en el suelo.

Ibuki se desprendió de sus armas, mientras que Eva lo hacía de las suyas. Él se aproximó a ella y acarició su rostro. En los ojos de esa mujer ardía algo parecido al deseo mezclado con un infinito sufrimiento.

—Aún podemos…

Eva se despojó de sus ropas a la luz de la fogata que con sus lenguas rojizas convirtió la piel de la joloana en una estatua de oro. Ibuki vio a una hermosa mujer de mirada indescifrable. Ajena a sus pensamientos, Eva apoyó las palmas de las manos en su pecho,

después las introdujo entre las ropas y recorrió el camino de su piel. Eran ásperas, las manos de una guerrera, endurecidas por los ejercicios con las armas. De pronto, ella emitió un leve grito que iniciaba una lucha que emergía de su interior; luego le clavó las uñas sin importarle causarle dolor. En respuesta, Ibuki atrapó su cabellera y la obligó a echar la cabeza atrás. Ninguno tendría piedad del otro en ese único encuentro. La furia y la frustración marcarían la pasión esa noche para los dos. Ibuki se apoderó de su boca robándole el aliento, y Eva mordió sus labios. Inmune al dolor, el *rōnin* se apartó bruscamente de la *gaijin* y observó su fiera mirada. Esbozó una sonrisa de triunfo, pegó su cuerpo al suyo y notó la firmeza de sus pechos y sus cálidas y anchas caderas a través de la tela de sus ropas. Sin soltarla, la forzó a arrodillarse, pero esta vez, Eva tomó la iniciativa, propinándole un manotazo para liberarse de su agarre, y se alejó de él, rehuyendo su contacto. Ibuki dudó sobre qué hacer hasta que la vio moverse con la agilidad de un felino antes de atacar a su presa. Intentaba percibir en la penumbra el rostro de la mujer salvaje, pero Eva se había sumido en un estado hipnótico del que solo escapó cuando se acercó a él de nuevo. Sin pronunciar una palabra, lo desvistió aprisa, lo empujó al improvisado futón y se sentó a horcajadas, enterrando su sexo en el suyo. Ibuki notó cómo su piel olía a tierra y a plantas, mientras que la mujer salvaje se comportaba con una voluptuosidad brutal. Entre sus pechos, de pezones oscuros, el sudor brillaba convirtiendo su cuerpo en una estatua de oro y bronce. Ibuki rodeó su cuello con la mano y apretó con fuerza, mientras ella cabalgaba con una mirada húmeda. En el instante en el que el placer alcanzó a los dos con la misma violencia que habían empleado en buscarlo, Eva se dejó caer sobre Ibuki como una marioneta a la que hubieran cortado las cuerdas. El *rōnin* acarició su espalda con suavidad y le susurró unas cuantas poesías al oído que Eva no entendió, aunque apaciguaron su espíritu.

—¿Es así como amáis en Joló? —preguntó Ibuki, arrancándole una sonrisa.

—Eva, así.

—¿Eva quiere conocer cómo amamos en mi país? —preguntó Ibuki con la expresión que siempre conquistaba los corazones femeninos.

Ella asintió en silencio. Hasta bien entrada el alba, el *rōnin* le mostró la delicadeza y trucos que había aprendido en un burdel de Nagoya.

Ambos sabían que jamás volverían a verse, pero por alguna razón, en el momento en que Eva emprendía el camino junto con uno de los hombres de Fukuda, ambos cruzaron sus miradas. El *rōnin* pensó que quizás, solo quizás, esa mujer hubiera sido una buena compañera para el hijo de un ladrón.

DOS DÍAS ERAN de lo único de lo que disponían para salvar a Miyako. Diego había hablado con todos aquellos que podían influir de alguna manera en el *bakufu*, incluso había solicitado audiencia con Abe Masahiro y con el daimio Yoshinobu, pero sin ningún resultado. Desalentado, volvió a la Casa de las Libélulas.

—¿Qué hace ahí sentado? —preguntó Diego a Mariposa cuando vio a Ibuki en un estado de meditación.

—Así lleva un día —afirmó la *yarite*.

—Ibuki… —dijo Diego con la voz ronca, repleta de furia ante su pasividad.

El tiempo se acababa para Miyako. Había pensado en abrirse paso y liberarla, pero no era tan lerdo para creer que lo lograría. Antes siquiera de poder traspasar una de las murallas que protegían el fortín sería abatido por el disparo de los arcabuceros o por la katana de un samurái. Daba lo mismo cuánto se devanara los sesos, todo lo que se le ocurría para ayudarla estaba abocado al desastre.

—Pienso —respondió Ibuki igual que si fuera un monje.

—¿Crees que es el momento de meditar?

—Cálmate, *gaijin*. Hasta el más estúpido de esos guardias puede leer en tu mirada que deseas atravesar esos muros y llegar a ella.

Diego guardó silencio un instante, luego se sentó en el suelo con la cabeza gacha.

—No dejaré que la maten…

—No lo harás —afirmó Ibuki, y añadió—: Solo tenemos una oportunidad.

—¿De qué hablas?

Ibuki había barajado la posibilidad de declararse amante de la dama Kawaokura, pero la falta de su brazo le impedía salir victorioso del lance.

—Si confiesas ser el amante de la dama Kawaokura…

—¡Eso le complicará más las cosas! —lo interrumpió Diego.

—Paciencia, instructor. La ley establece que si ambos admitís la infidelidad, el adúltero puede pedir que su esposo se enfrente a su amante.

—¡Un duelo!

—No es exactamente un duelo como los que hay en tu país —dijo Ibuki. Y aclaró sus palabras—: Si consigues matar a Hiroyoki, seríais liberados. Aunque la dama Kawaokura perderá a su familia y a su clan, al menos, conservará la vida.

—¿En caso contrario? —preguntó Diego.

—Moriréis y te aseguro que preferirás mil veces que Hiroyoki te hubiese dado muerte.

—Hazlo —afirmó Diego.

Ibuki asintió con la cabeza y Diego se levantó como si tuviera que ir a alguna parte.

—¿Cómo nos enfrentaremos? —preguntó.

—Con la espada.

—Entonces, quizás disponga de una oportunidad.

Esta vez Ibuki no asintió. Sabía que el instructor podía vencer a ese bastardo de Hiroyoki, pero debía matarlo y de eso no estaba tan seguro, así que actuaría como un *shinobi*. Cuando Diego se marchó de la Casa de las Libélulas, Mariposa se acercó a Ibuki, se arrodilló a su lado y le sirvió té.

—¿Vas a intentar matar a Hiroyoki?

—Si dejas de ser *yarite,* podrías convertirte en una adivina.

—No seas estúpido… No lo lograrás… —dijo ella con las lágrimas bordeando sus ojos.

—No merezco tus lágrimas —dijo él, alzando su mentón.

—Te ejecutarán.

—A nadie le importará mi muerte —aseguró él, poniéndose en pie.

Mariposa no contestó, pero mientras lo veía alejarse, pensó: «A mí, tonto *rōnin*».

82

el castigo de la vergüenza

Edo (Japón), 8 de noviembre de 1854
(*Undécimo mes del año primero de la era Ansei*[254])

El magistrado Aoki se lavó las manos antes de entrar en la sala de juicios. No le agradaba el trabajo que debía ejecutar esa mañana. Había sido amigo del antiguo daimio Kawaokura y recordaba a su hija como a una niña vivaz e inteligente. Un sirviente le ayudó a ponerse las vestiduras negras que lo identificaban como juez. En toda la ciudad se hablaba del *mikkai*[255] realizado por la dama Kawaokura. Se desconocía la identidad de su amante, pero salvo que compareciese, su condena a muerte sería inevitable.

MIYAKO AGUARDABA EL momento de ser juzgada en una sala contigua, pequeña, que olía a musgo y a sudor, sin un ventanuco para ver el exterior. La habían conducido en un palanquín desde la prisión de Edo hasta el barrio administrativo de los daimios, dentro de la fortaleza. Por deferencia a su nacimiento se había evitado la multitud de curiosos, familiares y demás acusados que ese día serían enjuiciados por Aoki. Así que la habían llevado a ese cuarto a la espera de conocer su destino. Ignoraba cuánto tiempo duraría su encierro, y esperó con paciencia hasta que la puerta se abrió y dos samuráis inclinaron la cabeza antes de que uno de ellos hablase:

—Es la hora.

Miyako se puso en pie, se colocó un mechón de cabello de donde se había soltado y se estiró la ropa para aparecer ante el magistrado lo más presentable posible.

El guardia se retiró, y ella pasó erguida, sin mostrar un ápice de debilidad a la sala. Miró a los asistentes en busca de una cara amiga. Entre el público distinguió el rostro enrojecido por el llanto de la señora Himura, también el preocupado del profesor Villalba. Enfrente de ella, el magistrado Aoki, un viejo conocido de su padre, presidiría su juicio. Sentado sobre una tarima de madera, se situaba en una posición superior, tanto de la del acusado como del resto de

participantes en aquella causa. A su espalda se encontraban dos secretarios: uno a la derecha y otro a la izquierda. La cara del magistrado se contrajo en un gesto disgustado antes de indicar al samurái, que sujetaba el brazo de la acusada, que la colocase en el *shirasu*. Se trataba de una porción de tierra blanca, de menor tamaño que un tatami, que representaba la arena de la verdad. En otras circunstancias y delitos atarían al reo para que no causara problemas, pero en esta ocasión, el amigo de su padre había ordenado evitarle tal vergüenza.

En el lado izquierdo de la sala, Hiroyoki presenciaba la escena como si no fuera con él. Había creído que le satisfaría ver su deshonra, si bien las habladurías sobre ella también habían manchado su nombre. Su rostro carecía de expresión, pero afianzaba un perfil afilado y violento.

El samurái obligó a Miyako a arrodillarse en el *shirasu*. Después se retiró a su puesto, cerca de la puerta.

El silencio se hizo en la sala cuando el magistrado alzó el brazo. En sus ojos Miyako leyó que intentaría acortar el proceso para ahorrarle una mayor humillación pública a la niña que recordaba. Si alguien osaba hablar lo expulsarían y, posiblemente, sería castigado con dureza por los dos samuráis que custodiaban la puerta.

—¿Qué tiene que decir en su defensa, dama Kawaokura? —preguntó Aoki. Miyako no respondió, así que pensó que no lo había escuchado y repitió la pregunta, sin resultado. Luego dijo—: Dama Kawaokura, debe contestar.

Un murmullo se extendió por la sala cuando la adúltera ignoró la orden del magistrado.

—¡Llévensela! —gritó Aoki a los samuráis.

Antes de marcharse, Hiroyoki apretó la empuñadura de su katana y miró fijamente a Miyako. Ella le devolvió la mirada con una firme resolución que no sería fácil de doblegar.

EN EL EXTERIOR, Villalba esperó a la señora Himura, la pobre mujer no dejaba de llorar.

—¿Por qué no se ha defendido? —preguntó Villalba a la señora Himura.

—Si lo hace, admitiría su culpabilidad. Solo gana tiempo.

—No entiendo…

—El magistrado no puede acusarla si no acepta haber cometido adulterio.

—Hiroyoki parece furioso —afirmó Villalba.

—Si creía ese hijo de rata que mi niña no pelearía, es que no la

conoce lo suficiente.

—Señora Himura, le pido que me explique de qué va todo esto.

—*Sensei*, el silencio es el arma de mi señora. Ruego a los dioses que no la obliguen a hablar.

—¿Cómo…? —Entonces Villalba comprendió a qué se refería la señora Himura y sus ojos se abrieron de par en par, asustado por sus pensamientos—. ¡La torturarían!

—Tarde o temprano lo harán.

DURANTE LA NOCHE, la tormenta atizó con fuerza la ciudad de Edo. El mal tiempo facilitó a Ibuki evitar la vigilancia. Disfrazado de *eta*[256]: con un kimono raído, unas sandalias de paja y una cinta sucia y deshilachada atada a la frente, acompañaba a los hombres que se encargaban de sacar a los reos muertos o demasiado enfermos para que sobrevivieran mucho más. Solo le había costado un *shunpon*[257]. La falta de su brazo no supuso un impedimento, todo lo contrario, era más impuro a los ojos de los centinelas e invisible a su vigilancia. Consiguió escabullirse de la guardia y se adentró por los pasillos húmedos y malolientes de la prisión hasta llegar a la celda de Miyako. Una reja de madera impedía que su ocupante escapase de ella. La dama Kawaokura permanecía sentada de cara a la pared, ajena a los gritos, súplicas y voces del resto de los prisioneros. Le habían entregado una esterilla y un par de mantas. Además de una mesa baja, una jarra de agua y un cubo en el que hacer sus necesidades.

—Miyako —susurró para no llamar la atención de ningún oído atento.

Miyako se volvió al reconocer la voz de Ibuki. El *rōnin* se arriesgaba a morir si lo descubrían en el interior de la prisión.

—¡Ibuki! ¡Debes irte ahora mismo!

—Siempre dando órdenes —dijo él sonriendo.

—Y tú siempre incumpliéndolas.

—Te sacaré de aquí —afirmó él con una rotundidad indiscutible.

Miyako sonrió con ternura, pero su rostro mostraba una convicción absoluta cuando dijo:

—Te lo prohíbo.

—¡Te condenarán a muerte!

—Si escapo, mis vasallos pagarán el precio de mi comportamiento deshonroso.

—¡Maldita sea! Deja de pensar en los demás y piensa en ti. El castigo será la muerte.

—¡Asqueroso *eta*! ¿Qué haces? —preguntó un centinela, que se acercó hasta Ibuki y golpeó sus costillas con una porra de madera.

—Limpiar —afirmó el *rōnin*, arrodillándose.

—Este hombre recogía mis excrementos. ¿Quieres ser tú quién lo haga? —preguntó Miyako.

El guardia la miró con desprecio.

—Ya se te quitarán los humos cuando te acusen de adúltera. Y te aseguro que seré el primero en presenciar cómo te arrancan las ropas. Quizás ayude incluso a ello.

El comentario era tan denigrante que el color del rostro de Miyako se tornó lívido. Sin embargo, el de Ibuki se había transformado en una máscara mortal. Su mano izquierda se dirigió al puñal que ocultaba entre las ropas, Miyako le suplicó con la mirada que no lo hiciera. Si lo capturaban, la pena sería severísima; pero no tanto como si lo acusaban de la muerte de uno de los carceleros.

—¡Coge ese cubo de mierda! —le ordenó, abriendo la celda.

Ibuki tomó de las manos de Miyako el cubo y al hacerlo acarició sus dedos para infundirle valor.

Antes de irse la miró una última vez, en su semblante Miyako advirtió que, lamentablemente, no acataría sus órdenes.

MIENTRAS TANTO, EN el castillo de Edo, Diego procuraba conseguir audiencia con el ministro Abe Masahiro sin ningún resultado, y lo mismo había sucedido con Yoshinobu. Parecía que todo el mundo daba la espalda a Miyako. Furioso y preocupado se encaminó a la prisión, sin embargo, allí tampoco le concedieron permiso para ver a la prisionera. Derrotado, sus pensamientos eran tan numerosos que no escuchó cómo la puerta se abría y el profesor Villalba entraba con lágrimas en los ojos.

—Capitán, la señorita Kawaokura es muy valiente.

Diego regresó de las tinieblas en las que se había convertido su mente y prestó atención al profesor.

—He intentado ayudarla de todas las maneras… —dijo Diego desalentado.

Villalba se acercó a él y palmeó su brazo para darle ánimo.

—Lo sé, muchacho, lo sé. —Después se sentó en una silla. El mobiliario en la casa de los ingleses era más de su gusto. Luego, dijo —: Ha guardado silencio en el juicio.

—¿Por qué?

—Como todo en Japón la ley es muy distinta a cualquier otro lugar. Si admite su culpa, se condena; por el contrario, si silencia sus palabras, ganará tiempo. El problema es que… —Villalba dejó de hablar, pero la mirada de Diego lo instó a continuar—: la obligarán.

—¿Cree que la torturarán?

—Eso dice la señora Himura.

La rabia cubrió el rostro de Diego y encendió la ira en sus ojos.

—¿Cuándo es el próximo juicio?

—Mañana. ¿Acudirá?

—No me lo perdería por nada de este mundo.

AL DÍA SIGUIENTE, el número de asistentes era mayor que el día anterior. Se había extendido por la fortaleza la noticia de la negativa a confesar de la dama Kawaokura. La expectación era máxima. En cualquier otro juicio por traición marital, ante la negativa de la acusada, se habrían empleado métodos lo suficientemente convincentes para que la rea hubiera admitido su culpabilidad; pero al tratarse de la hija de un distinguido samurái, el juez le concedió cierto tiempo antes de obligarla a que confesase su falta.

En el comedor, donde los ingleses se reunían para desayunar esa mañana, Villalba aguardaba a Diego.

—¿Té? —preguntó *mister* Taylor al español.

—¿No tiene algo más fuerte?

Taylor arqueó las cejas, pero un irlandés sabía bien que un buen trago aliviaba las penas o las agravaba. No estaba seguro de por qué el pequeño hombrecillo que siempre acompañaba a la dama Kawaokura se encontraba a esas horas en su casa, aunque parecía que su presencia tenía que ver con *mister* Quesada y esa mujer.

—Whisky.

—Gracias, *mister* Taylor —le dijo Villalba.

Tan solo había dado dos tragos cuando Diego apareció en el comedor sorprendiendo a sus ocupantes. Ataviado con la ropa samurái y con una de sus espadas a cada costado se asemejaba a un guerrero de tiempos antiguos. Su vestimenta otorgaba a su corpulencia una agresiva naturaleza. En su mirada, el irlandés apreció algo muy diferente. El hombre tranquilo y considerado había cedido el paso a un guerrero magnífico.

—¡*Mister* Quesada…! —exclamó Taylor.

—¡Diego! ¿Qué demonios va a hacer? —preguntó Villalba al comprender las intenciones de Quesada.

—Aclarar este asunto.

—*Mister* Taylor, llene mi vaso de nuevo, por favor —pidió Villalba a un inglés tan asombrado como él.

CUANDO DIEGO SE presentó en el juicio, la gente se hacía a un lado para dejarlo pasar. Ver a un *gaijin* samurái era un espectáculo

inusual. Conocían el gran servicio que había realizado a la ciudad, también que en premio a su valor se le había nombrado samurái de la casa Kawaokura, sin embargo, cada uno de ellos se preguntaba por qué estaba allí.

El juez Aoki entró en la sala, tomó asiento en la tribuna y miró, como todo el mundo, al *gaijin* vestido como un samurái. Debía de ser el extranjero del que todos habían hablado semanas antes. Alzó el brazo y los centinelas de la puerta la abrieron. Dos guardias arrastraron a Miyako hasta el centro de la sala. Despeinada y pálida, tenía un morado en el mentón, el kimono arrugado y mal puesto y su mirada era oscuramente insoldable.

Diego apretó la empuñadura de su espada al imaginar que la hubiesen torturado para hablar. Cuando sus miradas se cruzaron, Miyako sonrió y sus ojos se tornaron de un color aguamarina. Eso provocó en aquellos que observaban por primera vez ese hecho un murmullo asustado.

El juez indicó al centinela que colocaran a la prisionera de nuevo en el *shirasu*. Esta vez, el guardia la empujó sin ninguna delicadeza y Miyako cayó apoyando las rodillas y las manos en el suelo. Su cabello se deshizo de su agarre y cubrió su rostro por un instante. Tras un momento de pausa, Miyako se irguió y recuperó la compostura.

—Dama Kawaokura, ¿qué tiene que decir en su defensa?

De nuevo el mutismo de Miyako provocó un murmullo entre el público. Diego la miró con orgullo, pero no dejaría que la tocasen una vez más.

—Magistrado —dijo, poniéndose en pie.

La señora Himura dirigió la atención a Villalba y este alzó los hombros ante su silenciosa pregunta.

—¿Por qué interrumpe mi juicio? —lo interrogó Aoki con furia.

—Soy el amante de la dama Kawaokura.

El estupor se extendió por la sala para dar paso, como olas que acariciaran la playa, a un coro de voces cargadas de sorpresa.

—¿Quién es usted?

—Soy el samurái *Umi no otoko*[258] al servicio del clan Kawaokura.

—Daimio Kawaokura, ¿es uno de vuestros vasallos?

Los ojos de Hiroyoki se clavaron con odio en Diego, pero asintió a las palabras del juez. Aoki comprendió que además de una cuestión de adulterio se trataba de un asunto de engaño al daimio. Indiferentemente de que fuera un extranjero, el *gaijin* había jurado lealtad a su señor y lo había traicionado de la manera más vil. Si la dama Kawaokura negaba o callaba la acusación estarían igual que al principio.

—Dama Kawaokura, ¿son ciertas las palabras del samurái *Umi no otoko*?

Miyako miró a Diego, en su mirada había ternura y algo más profundo y de improbables consecuencias.

—Son falsas sus acusaciones.

—¡Miyako! —exclamó Diego, confundido por su rechazo.

—Señor Kawaokura, ahora es su turno de declarar contra la dama Kawaokura.

Hiroyoki sonrió a Diego, como alegrándose de verlo en la sala.

—Magistrado Aoki, la dama Kawaokura no solo ha cometido adulterio con mi vasallo el samurái *Umi no otoko*, también con mi señor el daimio Mito.

En esta ocasión, la sala estalló en una tremenda algarabía que Aoki tuvo que aplacar alzando las manos, aunque no dio resultado y los guardias se emplearon a fondo dando empellones y golpes con la vaina de su espada. Al fin se hizo el silencio y el magistrado dijo:

—Dama Kawaokura, ¿son verdaderas las palabras de vuestro esposo?

—No.

—¿Tiene pruebas, señor Kawaokura?

—Las tengo —afirmó Hiroyoki.

—¿Puede dármelas?

Uno de los secretarios se acercó a Hiroyoki y este le entregó un sobre que Miyako jamás había visto. Se trataba de una de las cartas del señor de Mito. No fue difícil encontrar a un falsificador y copiar la letra del señor Nariaki. La fama del padre de Yoshinobu con las mujeres haría que fuese del todo creíble.

—Entiendo —dijo el magistrado después de leerla. Luego miró a Miyako y añadió—: Dama Kawaokura, el señor de Mito admite que es vuestro amante y…

—¿Cuándo? —intervino Diego, acallando al juez.

—Samurái *Umi no otoko*, si vuelve a interrumpirme, lo expulsaré de mi juicio.

—Lo lamento, magistrado. Pero es de suma importancia que me diga la fecha de esa carta.

Aoki asintió con la cabeza a uno de sus secretarios, el hombre la leyó y bisbiseó unas palabras a su oído.

—El día 10 del noveno mes de la era *Kaei*.

—Es imposible que la dama Kawaokura se viera con el señor de Mito.

Diego miró a Hiroyoki con una clara superioridad que encendió el fuego de la venganza en el daimio. Quien comprendió el motivo de la alegría de ese bastardo extranjero, así que se apresuró a decir:

—La infidelidad sucedió mucho antes que el daimio Mito escribiera esa carta —afirmó Hiroyoki.

El magistrado, acostumbrado a los interrogatorios, observó en en el

daimio Kawokura la falsadad en sus palabras.

—Tal vez… pero creo recordar que el daimio Mito no tenía permitida la visita a Edo desde hace mucho tiempo —dijo el magistrado, después se volvió a Diego y preguntó—: ¿Acusa acaso al daimio Mito de incumplir con las órdenes dadas por el *bakufu*? Le advierto que esa acusación puede suponer serios problemas al clan Mito, pero también al clan Kawaokura.

—Yo no digo… —dudó Hiroyoki, consciente de que había cometido un tremendo error al involucrar de esa manera al señor de Mito.

—Entonces, ¿qué dice, señor Kawaokura? —Ante su silencio, el juez se dirigió a Diego y preguntó—: ¿Por qué niega que sea posible la afirmación del señor Kawaokura, samurái *Umi no otoko*?

—Porque la dama Kawaokura cuidaba al vasallo al servicio del daimio Kawaokura y a su esposo, ya que lo envenenaron al probar la comida de su señor Yoshinobu. Seguro que encuentra a más de un testigo que asegure este hecho, empezando por el médico que atendió a ambos enfermos.

El magistrado hizo una señal a su secretario, quien abandonó la sala para realizar el encargo. Tras un rato, que supuso una larga espera para todos, regresó y de nuevo susurró al oído de Aoki.

—Señor Kawaokura, me confirman la veracidad de las palabras del samurái *Umi no otoko*. Creo que alguien le ha engañado, pero en este caso no es la dama Kawaokura —afirmó el juez, aunque en su expresión había una advertencia que no pasó inadvertida para Hiroyoki.

—¡Eso no puede ser cierto!

—Señor Kawaokura, existe un testigo…

—¿Quién? —lo interrumpió Hiroyoki.

El magistrado Aoki miró al samurái con una autoridad impuesta no solo por su cargo sino por los años.

—Otro de sus servidores, el samurái Yamanaka Iko.

En el otro lado de la sala, Diego miraba a Miyako en una súplica silenciosa.

—Yo soy el amante de la dama Kawaokura y desafío al señor Kawaokura a solucionar esta cuestión con las espadas —volvió a decir.

Esta vez, Miyako miró al antiguo amigo de su padre y asintió.

El juez Aoki respiró aliviado, al menos, la hija de su amigo Nagahiro contaría con un defensor. El extranjero era un samurái de pleno derecho y, por lo tanto, podía batirse en igualdad de condiciones con el daimio Kawaokura.

Todos dirigieron su atención a Hiroyoki. Durante un instante, su silencio provocó en Diego un atisbo de temor por miedo a que rechazase el duelo, hasta que dijo:

—Defenderé el honor de mi clan y vengaré la traición de mi esposa y mi vasallo con la espada.

—El resultado será designado por los dioses y supondrá el castigo para la dama Kawaokura —concluyó Aoki.

ESA MISMA NOCHE, Mariposa atendía a un cliente en una de las habitaciones del burdel que habían permanecido en pie cuando Diego apareció en la Casa de las Libélulas. Esta vez, el *gaijin* vestía ropas de samurái. Momo, en el salón principal, no dejaba de mirarlo por lo extraño que le parecía, aunque daba más miedo que muchos de los samuráis que visitaban a su señora.

—¿Sabes dónde está Ibuki?

La chica negó y le sirvió té. Algo más tarde, el cliente de Mariposa salió de una de la habitación, colocándose aprisa las ropas. Al ver al extranjero su rostro evidenció la sorpresa, pero inclinó la cabeza de modo respetuoso y se largó con rapidez.

—¡Momo, agua! —gritó la cortesana desde el interior.

La muchacha se apresuró a llevarle un poco de agua y un trozo de tela. Un instante después, Mariposa salía del cuarto dispuesta para aceptar otro trabajo. Entonces, advirtió la presencia del *gaijin*.

—No es mi compañía la que busca esta noche —dijo con voz suave, arrodillándose a su lado.

Su rostro se mostraba más pálido de lo habitual. De un vistazo podía verse que las dos mujeres pasaban penalidades en aquella casa de té que la gran ola había destruido hacía un par de semanas.

—Es cierto, no es su compañía la que busco —dijo apesadumbrado —. Necesito ver a Ibuki.

—El muy estúpido hace días que no viene. No sé si está vivo o muerto.

Su semblante manifestó por un segundo su tristeza, luego se recompuso con rapidez y le sonrió.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Supongo que si aún vive, estará con Fukuda. No le aconsejo que vaya por esa zona de la ciudad, donde viven los *eta*. Los *rōnin* dominan las calles colindantes y algunos no ven con buenos ojos a los extranjeros, menos aún, lo harán con uno que ostenta un rango que ellos perdieron con deshonor o por cobardía.

—¿Quiénes son esos *eta*?

—Pobres diablos que reciben como herencia trabajos más indignos y sucios incluso que el mío. Momo es hija de uno de ellos. La muchacha lo desconoce y prefiero que siga siendo así. Tendría que haberla abandonado en aquel pozo de cieno en el que se ahogaba,

pero solo tenía tres o cuatro años. En fin, simplemente son gente a la que ningún samurái, extranjero o japonés, debe acercarse nunca.

—Mariposa, es usted una mujer de gran corazón —dijo, acariciando su mejilla.

—Hace mucho que dejé de tener *kokoro* —afirmó ella con la mirada un tanto herida.

—Tenga —le dijo Diego, entregándole una bolsa de monedas—. Espero que sea pago suficiente para compensar su tiempo y la información.

—Es demasiado… —aseguró ella al ver la cantidad, si bien el *gaijin* ignoró su débil protesta antes de marcharse.

Poco después, Diego avanzaba por las calles donde las construcciones cada vez eran, en general, más sencillas. Todas guardaban una similitud sorprendente y todas mostraban una pobreza más que evidente. A esa hora de la noche esas calles estaban tan vacías que ni siquiera los fantasmas se atreverían a caminar por ellas.

Quesada escuchó tras su espalda los pasos de alguien que lo seguía, llevaba rato haciéndolo. No había podido ver quién era, pero estaba seguro de que al menos eran dos hombres. Al fin halló a uno de los *etas* sentado en la puerta de su casa: un anciano calvo, con barba blanca y ojos asustados. Diego se acercó a él y le preguntó:

—¿Dónde puedo encontrar a Fukuda?

El anciano se apresuró a entrar en su casa mientras negaba con las manos la pregunta de Diego. Cuando pensaba que había perdido el tiempo, el filo de una daga acarició la nuez de su garganta. Quesada alzó los brazos en señal de paz.

—Solo busco a un amigo —dijo.

—Aquí ninguno es amigo de un *gaijin* como tú —contestó su atacante.

—¿Conoces a Ibuki?

—¿Para qué lo buscas?

—Eso solo nos concierne a él y a mí —respondió, consciente que se jugaba la vida en esas palabras.

—No le falta valor —dijo un hombre que salió de entre las sombras.

Diego lo reconoció enseguida, era Fukuda.

—*Umi no otoko*, sígame.

Diego se volvió y vio a un muchacho, apenas un crío, que lo observaba con verdadero odio. Olvidó al chico y siguió al antiguo samurái hasta una choza que no difería de las demás, salvo que en su interior una docena de hombres, armados hasta los dientes, lo miraron como si se tratase del mismo demonio. Algunos bebían té o *sake*, otros dormitaban sobre un jergón de paja y el resto entretenía la espera comiendo o jugando con un tablero de *go*.

—Capitán, ¿qué haces aquí? —preguntó Ibuki al verlo.

—Necesito tu ayuda.

—¿Para qué?

—¿No te has enterado? —Al ver el desconcierto en los ojos de Ibuki, Diego dijo—: He retado a muerte a Hiroyoki.

Ibuki sonrió y comprendió por qué el *gaijin* lo andaba buscando: necesitaba ganar un combate de katana. Era un buen espadachín, pero jamás se había enfrentado a muerte con una espada samurái.

—¿Quieres a un *sensei*?

—Así es, nadie mejor que tú para ello.

—En otro tiempo quizás, ahora… —dijo, señalando el muñón.

—Sé usar una espada, pero no la katana. Y esta vez, no se trata de una simple exhibición. Quiero ganar, quiero vivir y quiero que ella lo haga.

—Nunca quise ser *sensei*.

—Ni yo samurái al servicio de un hombre al que odio. Y aquí estamos los dos. ¿Qué me dices?

—Necesitas a un maestro de espada y Fukuda es el mejor.

El antiguo samurái asintió con una sonrisa complacida. Había guardado silencio mientras escuchaba a los dos muchachos hablar. Antes de aceptar el encargo de preparar a un hombre para un combate cuyo premio podía ser la muerte, debía asegurarse de que los aceros eran los adecuados.

—¿Puedo ver sus espadas? —le pidió.

Diego se las entregó, Fukuda comprobó su valía antes de emitir su juicio:

—No son buenas para vencer a la muerte, pero con algo de dinero podríamos solucionarlo.

Diego metió la mano entre sus ropas y extrajo la segunda pistola que aún conservaba del juego que le había regalado Fernando.

—¿Con esto bastará?

Fukuda tomó el arma entre las manos. La examinó con cuidado y ojo certero.

—Es mejor que cualquiera de las que he sujetado con anterioridad, pagará con creces un juego de espadas con la calidad suficiente para merecer venderlas. El resto, solo dependerá de *Umi no otoko*.

83

honor y sangre

Edo (Japón), 18 de noviembre de 1854
(Undécimo mes del año primero de la era Ansei)

Fukuda disponía de menos de una semana para convertir al extranjero en un auténtico samurái. Dominaba la esgrima, pero una katana requería una sabiduría muy diferente. Obtener unas espadas no resultó complicado, así que el día que se las mostró, Diego comprobó la ligereza de la afilada y curva hoja de la katana.

La casa en la que los hombres se encontraban tenía un destartalado terreno posterior en el que Fukuda entrenaría a Diego. Un cercó de malas hierbas servía de separación con la casa vecina. El suelo de tierra se había transformado en barro por las lluvias ocurridas la noche anterior.

—Estas son las mejores espadas que he podido conseguir —afirmó Fukuda, dándole la katana a Diego. El *gaijin* quiso desenvainarla, pero el *rōnin* lo detuvo al decir—: Una katana no es una de sus espadas. Primero debe quitar el *tsuba*[259] con el pulgar, de esa manera el *ha*[260] de la *nagasa*[261] no le cortará. Entonces saque la *saya*[262] de la espada, de esa forma tendrá un control absoluto sobre ella.

—Entiendo —afirmó Diego, obedeciendo las órdenes del *rōnin*.

—Ahora le enseñaré la posición de descanso —dijo, y procedió a desenfundar la suya. Luego la apoyó sobre su antebrazo estirado. Y añadió—: Después sujete el *tsuka*[263] con las dos manos. —Fukuda observó al extranjero antes de aconsejarle—: Le explicaré el *tsuki*.

—¿Qué significa?

—Es atacar con la espada hasta que su oponente sangre, pero necesitamos que corte la garganta de ese bastardo, así que no perderemos el tiempo con movimientos de exhibición, como seguro hará el presumido de Kawaokura. Jugaremos con la ventaja de que desea humillarlo, además de demostrar su valía sobre los extranjeros.

—¿No cree que pueda vencer?

—Solo los dioses deciden quién vivirá.

—Pues habrá que ayudarlos —afirmó Diego—: ¿Cómo es ese movimiento?

—Dé un paso adelante con la rodilla algo doblada. Retraiga los brazos hacia atrás, apoye la empuñadura en su estómago, y avance de

nuevo estirándolos con rapidez, apuntando y cortando la garganta de su adversario.

Diego obedeció, ejecutándolo varias veces, dando golpes en el aire hasta que Ibuki, testigo silencioso de ese instante, dijo:

—Su tamaño le da ventaja sobre Hiroyoki, así que ataque con violencia y rapidez.

Fukuda asintió a las sabias palabras del hijo de su antiguo amigo.

—Ahora debería practicar el *neko no kanae*. Necesitamos a un voluntario —dijo Fukuda y llamó a uno de sus hombres.

El *rōnin* desenvainó la espada y se posicionó delante de Diego. Su rostro iracundo no dio mucha confianza al español, pero atendió a las explicaciones de Fukuda. El nuevo paso de baile mortal que debía aprender era el salto del gato, la manera de esquivar frontalmente la afilada hoja de una katana. Se trataba de un pequeño brinco a la derecha o a la izquierda, dependiendo de dónde viniera el ataque.

Durante horas, Diego se entrenó sin descanso ante la atenta mirada de los hombres de Fukuda, del viejo samurái y de Ibuki.

—No le falta valor al extranjero —afirmó Fukuda, mientras bebía un poco de té, sentado en el porche de la casa, y contemplaba a Diego manejar la espada.

—No es valentía lo que le falta —admitió Ibuki, recordando lo que había visto en sus ojos tiempo atrás.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Fukuda—. No es el mejor samurái de Edo, pero tampoco el peor. Tiene una motivación y también mayor fuerza que Kawaokura. Además, quizás la suerte esté de su lado. ¿Temes que tenga miedo a la muerte?

—No, ha sido soldado…

—¿Entonces? —preguntó Fukuda, observando cómo Diego repetía el entrenamiento una y otra vez.

—Sé que no teme a la muerte —afirmó Ibuki y luego dijo—: Me preocupa más que tema matar. Esta vez no solo su vida está en juego.

Fukuda no entendía a qué se refería, pero guardó silencio cuando el *gaijin* derrotó a uno de los *rōnin*.

EL DÍA DEL encuentro entre los dos hombres el cielo amaneció nublado con nubes oscuras que parecían un manto de seda negra. No se había permitido la asistencia de más público, salvo el magistrado, sus secretarios, la acusada, varios miembros del *bakufu* y los dos samuráis que enfrentarían las espadas.

El juez tomó asiento con cara solemne bajo el porche de madera, mientras que sus secretarios permanecían a ambos lados en posición firme. El juez apoyaba los puños cerrados sobre los muslos. Los

samuráis se habían situado alrededor del cuadrilátero que formaba uno de los patios de entrenamiento dentro de la fortaleza de Edo, cercana al lugar en el que se celebraban los juicios. De arenilla blanca, sería un buen sitio para realizar el encuentro. A la derecha del juez, Miyako se hallaba arrodillada. Su rostro evidenciaba el cansancio, también su preocupación. Con la cabeza gacha, mantenía una postura estática que a Diego le pareció más una figura de mármol que la cálida mujer que había florecido entre sus brazos.

De pronto, Hiroyoki entró en el patio, se aproximó al lugar en el que se encontraba el juez, hizo una inclinación respetuosa y aguardó a que su contrincante apareciera. A su espalda, Diego siguió sus pasos y se postró de igual modo ante el juez.

—Confío en que combatan de manera honorable —dijo el magistrado, y gritó—: ¡Adelante!

Antes de iniciar la lucha, Diego miró a Miyako. La joven perseveraba en su postura inerte, con la mirada baja, como si orase, aunque, en realidad, solo intentaba ocultar la ira que bullía en su interior. Conocía la destreza de Hiroyoki con la katana, también que Diego era un buen guerrero, pero no estaba segura de que lo suficiente para ganar a un samurái adiestrado desde la niñez.

Tanto Hiroyoki como Diego sostenían la vaina de la espada con la mano izquierda. Se situaron uno frente al otro a cierta distancia, después los dos se volvieron y de nuevo se postraron ante el magistrado.

—Un perro extranjero jamás debería empuñar una katana, y menos aún ser nombrado samurái —dijo Hiroyoki al español con desprecio.

Diego advirtió que en sus ojos no había piedad alguna, además brillaban con una luz cruel. De todos modos, tomó como propio el consejo de Fukuda de no responder a sus provocaciones. Según el viejo samurái, las palabras mostraban menos que los silencios. Y el mutismo de Diego exhibía una amenaza de muerte que hasta el magistrado pudo advertir desde su posición.

El sonido seco y temible al quitar la *tsuba* provocó un escalofrío en Miyako, aun así, no levantó el rostro.

En el patio de arena, Hiroyoki zigzagueó, en cambio, Diego avanzó recto hacia él. La estrategia que debía seguir, según Ibuki y Fukuda, era la de golpear rápido y duro a su oponente, y lo que haría sin dudar.

Hiroyoki pensaba que el *gaijin* tenía que haber enloquecido para enfrentarse tan abiertamente a él. Alzó los brazos, dio un salto adelante y bajó la espada para cortar en dos a ese bárbaro; pero en el último momento el instructor brincó a la izquierda, esquivando la hoja de su katana. Mientras él se movía imitando la silueta de una media luna, el *gaijin* continuaba inmóvil, sin ni siquiera amenazarlo con la

espada, que sujetaba con indiferencia. De nuevo embistió contra él, y Diego evitó las estocadas moviéndose con rapidez. Kawaokura se acercó una vez más, pero cambió de táctica y en esta ocasión golpeó el estómago y la cara de Diego con el codo, haciendo que este trastabillara un par de pasos.

Diego notó el sabor metálico de la sangre en la boca. De pronto, entendió que debía atacar y se abalanzó contra Hiroyoki, arremetiendo con la espada con tanta fuerza que parecía que los aceros se romperían de un momento a otro. El trenzado de la empuñadura de su katana se le clavó en la piel como las espinas de una zarza. Durante un instante el ataque y la defensa de Hiroyoki lo mantuvieron en una posición ambigua, donde tanto uno como otro podían ser el vencedor o el derrotado.

Ambos se apartaron con las respiraciones entrecortadas por el esfuerzo. Hiroyoki comprendió que la fortaleza y corpulencia del *gaijin* eran muy superiores a las suyas, en cambio, Diego supo que no tendría muchas oportunidades contra un oponente de la preparación de Hiroyoki, que dominaba el arte de la katana con mayor maestría que él. Recordó cómo le ganó el día que combatió con la espada toledana, pero el sable japonés requería otra formación de la que no disponía. Si tan solo hubiese tenido aquella espada, estaba seguro de que hacía rato que lo habría vencido.

Hiroyoki era consciente de que no resistiría por mucho más tiempo los golpes de la espada del *gaijin*, así que se lanzó en un ataque suicida que Diego neutralizó esquivándolo y a la misma vez golpeando su pecho con una patada que lo tiró al suelo. Nunca le dijeron que no pudiese usar sus brazos y sus piernas en el combate, aunque hacerlo le supusiera un corte en el muslo. Su comportamiento era innoble, sin embargo, ganaría a toda costa esa batalla.

—¡Perro extranjero! —lo insultó Hiroyoki, tosiendo.

Diego se acercó a él, cojeando mientras la sangre se deslizaba pierna abajo hasta el tobillo. Ignoraba la gravedad de la herida, si bien solo contaría con una posibilidad y acometió contra Hiroyoki. El samurái intentó alzar su katana, pero Diego la arrojó con la suya lejos de su alcance. Desarmado y humillado, Hiroyoki vio cómo el instructor apuntaba directamente a su pecho sin vacilación.

—¡Hazlo! ¡Acaba de una vez! —gritó Hiroyoki.

El samurái había visto de nuevo la mirada que reconoció una vez en los ojos del *gaijin*. Una sonrisa burlona se dibujó en su boca al advertir las dudas en el semblante de Diego. Sin lugar a dudas, los dioses le enviaban su última esperanza, desenvainó la *wakizashi*[264] que guardaba en su cintura y la clavó en el cuerpo de Diego.

El español cayó de rodillas y miró asombrado el puñal. La sangre brotaba de su abdomen. Aturdido, desvió su atención a Miyako. Una

lividez mortecina se apoderó del rostro de la dama Kawaokura cuando Hiroyoki alzó la espada para matarlo.

—¡No! —gritó el magistrado.

Había recibido una misiva desde el palacio, en la que el señor Yoshinobu solicitaba que cualquiera que fuese el resultado del juicio procediera con cierta indulgencia, dado que los ojos de las potencias extranjeras estaban muy presentes en ellos en ese momento. Una chispa, por muy insignificante que esta fuera, podía inducir un fuego incapaz de apagarse.

Al magistrado le irritó la intervención de ese muchacho en sus asuntos, pero había sido testigo de la valentía de un hombre al que la ciudad de Edo debía mucho, en pago actuaría con más benevolencia. Según lo veía, la herida era tan grave que dudaba que sobreviviera un par de noches.

—Magistrado, tengo el derecho a…

—Yo decido quién tiene derecho a qué, cómo y cuándo. ¿Entendido, señor Kawaokura? —preguntó el magistrado, aunque resarciría al antiguo clan de su amigo. Lamentaba que fuera sacrificando la vida de Miyako—. Puede llevarse y castigar como desee a la dama Kawaokura.

Hiroyoki envainó la espada y se acercó a Miyako. Ella se dejó conducir con mansedumbre, mientras que su mirada contemplaba el cuerpo inerte de Diego sobre la arena blanca que poco a poco se había manchado con su sangre.

LA DERROTA DE *Umi no otoko* se extendió por la ciudad de Edo con la velocidad que lo hacía siempre una mala noticia. Fukuda e Ibuki aguardaban el desenlace en la Casa de las Libélulas. Uno de los hombres de Fukuda se aproximó a los dos, que en ese momento comían un platillo de arroz y unas verduras.

—¿Qué ocurre? —preguntó Fukuda al joven que se había arrodillado ante su jefe.

—El *Umi no otoko* ha perdido.

—Una lástima —dijo Fukuda, chasqueando la lengua—. Creí que tendría una oportunidad y…

El antiguo samurái guardó silencio cuando vio cómo Ibuki se ponía en pie.

—Debo marcharme —dijo.

—¿A dónde vas? —preguntó Fukuda.

—Nunca confié en la valía de un *gaijin* ni tampoco en la honorabilidad de un samurái.

—Tienes mucha razón —afirmó, sonriendo Fukuda. De un salto se

puso en pie y dijo—: Te acompaño.

—No es necesario.

—Lo será, si pretendes asaltar la casa de Kawaokura.

Ibuki asintió en silencio, agradecido por la oferta de su ayuda.

En el exterior de la fortaleza, los hombres de Fukuda hicieron guardia, vigilantes de los movimientos de los centinelas. Si los descubrían, deberían organizar una revuelta para atraer su atención. Mientras tanto, Fukuda e Ibuki se adentraron en el pasadizo que el último había usado anteriormente y llegaron al fin a la casa de la dama Kawaokura. Parecía que Hiroyoki había despedido a todos los criados. La oscuridad era absoluta en el interior de la casa. Con un gesto de la mano, Ibuki indicó a Fukuda que fuera por el otro lado, y el samurái procedió a obedecer.

Cuando Ibuki llegó a los aposentos de la dama Kawaokura, la voz de Miyako lo detuvo un instante.

—Concédeme la posibilidad de hacer *jigai*[265] —le pidió Miyako a su esposo.

La joven vestía la misma ropa que en prisión. Su cabello negro como la tinta se deslizaba a su espalda despeinado. Sus iris parecieron teñirse de una oscuridad profundamente azulada e impenetrable.

—Eso es un honor que no te mereces.

Miyako asintió derrotada. Ignoraba si Diego había muerto ya o aún agonizaba en la arena. Un dolor punzante atravesó su pecho. Dispuesta a acabar esa noche con su sufrimiento, se postró ante su esposo, deseosa de que le cortase la cabeza.

—Entonces, no esperes más.

Miyako escuchó al igual que Ibuki el sonido inconfundible del *tsuba*. El *rōnin* desenfundó su katana, derribó las puertas con su cuerpo y encontró a Miyako arrodillada y a Hiroyoki con la katana en alto, presto a decapitarla.

—¡Ibuki! ¡No! —gritó Miyako, pero Hiroyoki ya se había girado para enfrentarse al tullido.

—He vencido a un perro extranjero hoy, tú no serás ningún problema —le amenazó Hiroyoki saboreando el triunfo.

Ibuki sabía bien que no ganaría la contienda con Hiroyoki, también que nunca fue un samurái honorable como su padre. Soltó la katana y sacó dos *shuriken*[266] que lanzó con precisión a su objetivo.

Hiroyoki dejó caer la espada presa del dolor cuando la estrella se clavó en su pecho y en su brazo. Tiempo más que suficiente para que Ibuki se apoderara de la mano de Miyako y la sacase de allí. Fukuda lo aguardaba en la puerta y le dijo:

—Vete, yo me encargaré de este presumido.

—Gracias.

—Dale las gracias a tu padre, siempre tuve una deuda con él.

Ibuki tiraba de Miyako, que carecía de voluntad. Era como si le fuera indiferente vivir o morir. Tras recorrer el túnel secreto que los pondría a salvo, Ibuki supo que debía llevar a Miyako al único lugar en el que Hiroyoki no la hallaría: la Casa de las Libélulas.

Cuando apareció con ella, Mariposa comprendió la tristeza y desolación que invadía el corazón de la dama Kawaokura. Momo y ella se ocuparon de atenderla, la acostaron y la dejaron descansar.

En medio de la noche, Fukuda regresó a donde sus hombres se ocultaban. Había librado una lucha con Hiroyoki, pero debido a sus gritos varios samuráis de las casas vecinas habían acudido a auxiliarle. Fukuda se vio en la obligación de retirarse y la derrota le había ocasionado un sabor amargo en la boca.

—Dicen que el *gaijin* aún no ha muerto —le contó uno de sus hombres.

—Es fuerte, ese bárbaro.

—¿Dónde está Ibuki?

—Llevó a la dama Kawaokura a la Casa de las Libélulas.

Fukuda se levantó y se encaminó en medio de la oscuridad de la noche a casa de la antigua *oiran*. Encontró a Momo removiendo una olla en la que suponía que había arroz. Ibuki, sentado en una esterilla, fumaba una pipa, mientras Mariposa le servía un cuenco de té.

—Me alegro de que salieras vivo de allí —dijo Ibuki al ver al viejo amigo de su padre.

—Y yo, muchacho. ¿Dónde está la dama Kawaokura?

—En el cuarto, descansando —dijo Mariposa, sirviendo al samurái otro cuenco de té.

—Debe saber que el *gaijin* aún no ha muerto.

—Eso le devolverá sus ganas de…

—Nadie contará a Miyako que el *gaijin* vive —la interrumpió Ibuki.

Mariposa guardó silencio. El miedo y el dolor se habían apoderado de su corazón. Su mirada era una advertencia: la mataría si desobedecía su orden. Dadas las circunstancias y la pobreza en la que vivía le daba igual morir, si bien descubrir que la dama Kawaokura era tan importante para el *rōnin* fue mucho peor que su amenaza y su falta de vitalidad.

—Ibuki… —dijo Fukuda.

—No hagas que me arrepienta de haberte perdonado por no ayudar en su día a mi padre.

—Yo nunca lo he hecho, pero cometes un error. El día que ella se entere, te matará.

—Si llega ese día, moriré feliz.

Sus palabras acallaron al samurái, quien se puso en pie y se marchó en silencio. Le había herido como la mejor hoja de una katana.

En ese instante, Miyako salió del cuarto y sonrió a Ibuki. Mariposa la ayudó a sentarse. A pesar de ser quien dominaba el corazón del *rōnin*, lo odiaba en ese instante. Mentirle a una mujer sobre el hombre que amaba era una traición imperdonable. Algún día, Ibuki sufriría tanto como ella lo hacía en ese momento.

—Gracias, amigo mío —dijo Miyako, arrodillándose ante él.

—¡No, por favor! ¡Basta!

—Ibuki, ¿dónde han llevado el cuerpo de Diego?

—No lo sé, pero imagino que a Nagasaki para enterrarlo con los occidentales.

Mariposa clavó la mirada en el *rōnin* y se retiró con disimulo. Si mentía a la dama Kawaokura, lo haría solo. Mientras veía cómo la cortesana reprobaba sus palabras, Ibuki pensó que no se arrepentía de lo que hacía, jamás había jugado sus cartas sin hacer trampas.

LOS DÍAS SE SUCEDIERON para Miyako en una inquietante armonía. Las dos mujeres con las que vivía la cuidaban como si de una niña se tratara, hasta que un día logró vencer a la tristeza que parecía dominarla. Ignoraba que Ibuki había ordenado a Mariposa suministrarle opiáceos lo suficientemente fuertes para dejarla inconsciente un par de días. Necesitaba saber qué había ocurrido con Diego, el profesor Villalba e incluso la señora Himura. Después de sobornar a sirvientes y centinelas averiguó que habían trasladado casi moribundo a Diego a la casa de los ingleses, lo acompañaba Villalba. La señora Himura había regresado a Nagoya por mandato de Hiroyoki. Nadie de confianza de Miyako le diría jamás la verdad, si él podía impedirlo. Además, extendió un sinfín de rumores en los que se decía que *Umi no otoko* había muerto.

—¿Dónde está Ibuki? —preguntó Miyako a Mariposa.

Hacía días que la cortesana había desobedecido la orden de Ibuki de drogar a la dama Kawaokura.

—Hace mucho que no viene por aquí —contestó con una nota de amargura. Luego le ofreció una taza de té y dijo—: ¿Se encuentra mejor?

—Gracias a usted.

—Las mujeres debemos ayudarnos unas a otras —respondió Mariposa con una sonrisa.

—Me gustaría recompensarla por su ayuda y amistad.

—No es necesario —afirmó la cortesana, mirando las pupilas cristalinas de la dama Kawaokura.

—Puedo cocinar o limpiar…

—No… Momo se encarga de ello —Después aclaró la garganta y

siguió hablando—: Debe ver esto —dijo, enseñándole un panfleto con su rostro—. Momo lo ha cogido esta mañana en el mercado.

—¡Soy yo! —exclamó sorprendida Miyako.

—Su esposo la busca.

—Desea acabar lo que Ibuki interrumpió —dijo, poniéndose en pie —: Debo enfrentarme a él.

—No es una buena idea. Ahora no. Tiene a la mitad de sus samuráis buscándola y no descarte que también a la mayoría de los *rōnin* de esta ciudad, salvo a los hombres de Fukuda. ¿Me permite darle un consejo de *oiran*? —preguntó Mariposa con la cabeza gacha, consciente de la diferencia de clase entre las dos.

Miyako se arrodilló frente a la cortesana y tomó sus manos. Mariposa bajó la cabeza avergonzada, a pesar de haberle dicho que jamás regresara y engañarla sobre el hombre al que amaba, ella la miraba con gratitud. Durante un instante, se sintió miserable y odió a Ibuki por obligarla a traicionarla de aquella manera.

—Siempre aceptaré el consejo de una amiga. Dígame.

—La impaciencia solo es propia de grandes damas. La gente pobre aprende pronto a tener paciencia, y usted ha dejado de ser una gran dama.

Miyako soltó las manos de Mariposa y clavó su mirada aguamarina en el rostro de la cortesana. A continuación emitió una carcajada que sonó algo forzada entre alegría y decepción.

—Es cierto. Ahora tengo más que cuando era la dama Kawaokura —afirmó. Y añadió—: Soy libre.

Repudiada por su esposo, considerada una criminal por el *bakufu* y sin propiedades ni vasallos a los que rendir cuentas, por primera vez en su vida era verdaderamente libre de tomar sus propias decisiones.

—La libertad puede ser peligrosa —le advirtió la *oiran*.

—Debo encontrar a Ibuki y a los hombres de Fukuda.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Mariposa al ver que Miyako se encaminaba a la puerta.

—Sé algo sobre mi esposo que lo destruirá si llega a oídos del *bakufu*. Es un sucio traidor.

Mariposa se acercó a ella, y esta vez, tomó sus manos entre las suyas.

—Nadie creerá a una mujer adúltera.

Los ojos de Miyako se oscurecieron un instante para un segundo después aclararse con una luminosidad casi transparente.

—Entonces, seré yo quien haga justicia.

—¿Cómo lo hará?

—Me uniré al ejército que comanda Ibuki y nos enfrentaremos a Hiroyoki y a la gente de Chōshū.

—Debería olvidarse de todos ellos.

—Nunca podré olvidar que Hiroyoki mató a Diego.

Mariposa guardó silencio. La verdad le quemaba las entrañas, pero no podía traicionar al *rōnin*. Asintió con la cabeza, y dejó que la dama Kawaokura se marchase dispuesta a colaborar en el engaño.

84

amigo

París (Francia), 30 de septiembre de 1854

Varios días más tarde, Bernard apareció en casa de Jean Pierre con una sonrisa apenas esbozada y que Luisa no supo interpretar. No lo había visto desde que volvieron a encontrarse en casa del médico. Su semblante mostraba una determinación férrea, ajeno a la presencia de sus dos amigos.

—Bernard… ¿qué sucede? —preguntó Luisa, tuteándolo, con una nota de voz desesperada.

—Debemos hacerlo en esta semana. Gaillard viajará a Cuba muy pronto. Al menos, eso es lo que se dice por ahí.

—¿Entonces se marchará? —preguntó Luisa emocionada.

Los tres se hallaban en el pequeño comedor que olía a café recién hecho y al tabaco de pipa de Jean Pierre. Bernard observaba a su amigo acunando en sus brazos al hijo de Luisa. La joven se sentó en una silla, tomó su mano y la notó fría como la de una muerta.

—Él se irá, pero no dejará de buscarte. Pagará una gran suma a cualquiera que dé información sobre dónde os econdéis tú o tu hijo. Ni siquiera estoy seguro de que aquí no te encuentre.

—Bueno, pues pongamos en marcha nuestro plan —afirmó ella, mal disimulando su temor.

—He pensado mil formas de vencer a ese bastardo sin ponerte en peligro…

—No existe ninguna manera de que esté a salvo —aseguró, apretando un poco más su mano—. No importa. Deseo acabar con esta tortura cuanto antes.

—¿Estás segura? —le preguntó Bernard.

—Más que nunca. Solo necesito papel y tinta para escribirle una carta a mi esposo y otra a Diego. Júrame que se las entregarás cuando todo esto termine.

—Espero que se las des tú misma —dijo Bernard, consciente de lo que significaban en realidad sus palabras.

—Eso solo está en manos de Dios, querido amigo.

Después de escribir las cartas, que Bernard guardó entre sus ropas, el profesor de *savate* se dirigió al periódico en el que Fernando había publicado su mensaje, del que hablaba todo París. En esta ocasión la

contestación era: «Lo veré en la gruta de Luxemburgo a las seis de la tarde, el próximo domingo. Arturo Segovia».

Cuando, unos días después, Jean Pierre lanzó sobre la mesa del comedor el periódico, todos sabían que el plan se había puesto en marcha y que nadie podía predecir qué sucedería a partir de ese momento. Por supuesto, la expectación entre los ciudadanos parisinos era máxima, algo que beneficiaba a Luisa y a Bernard e iba en contra de Gaillard y de sus hombres. La afluencia de público les proporcionaría una inestable seguridad que los acercaría un poco más a su objetivo.

—Ahora debes impedir que Fernando acuda. Se pondría en peligro, porque mataría a Gaillard y acabaría en prisión o en la horca —aseguró Luisa a Bernard, retorciéndose las manos—. Sé que jamás me perdonará no haberle contado nuestras intenciones, pero tú y yo solucionaremos este asunto. Además, Diego no puede quedarse sin los dos.

—Te veré en el parque a las seis —dijo Bernard. Miró una última vez a Luisa y añadió—: Ten cuidado. Ninon estaría orgullosa de ti.

Luisa asintió con una sonrisa triste al recordar a su amiga. Después cerró la puerta y se encaminó al cuarto de Jean Pierre. El hombre dormía en el comedor desde que Luisa y su hijo se ocultaban en su hogar.

FERNANDO NO PODÍA creer que Luisa hubiera respondido a su mensaje. La alegría por ver a su hijo y a su mujer lo llenaba de júbilo, pero también de temor. No era tan estúpido para no saber que todo París sería testigo de dicho encuentro, junto con un hombre al que debía matar antes de que hiciera daño a las dos personas que más amaba en el mundo. Las consecuencias serían posiblemente la cárcel, pero eso no le importaba si salvaba a ambos. Había conseguido a través del embajador un carruaje y protección para su hijo y su mujer. Le había hecho prometer al duque de Osuna que los pondría a salvo, pese a cualquier incidente en el que se viese envuelto.

Fernando se guardó dos pistolas en los bolsillos interiores de la chaqueta. Eran réplicas idénticas de las que regaló a su amigo Diego. Hubiera dado su brazo derecho solo por contar con su ayuda. Estaba seguro de que entre los dos habrían derrotado fácilmente a ese bastardo.

Varios golpes en la puerta le avisaron de que tenía visita. Había despedido a su servidumbre y ordenado al personal del hotel que no lo importunasen de ninguna manera. Desenfundó una de las pistolas, se aproximó a la puerta y la abrió, encañonando a su visita.

—¿Así recibes a tus viejos amigos? —preguntó Bernard cuando el cañón de un arma apuntó a su pecho.

—No me fío de nadie, Bernard.

El luchador se quitó la gorra que llevaba calada hasta las cejas y entró en la habitación.

—Pronto esta pesadilla habrá terminado y te reunirás con Luisa y Diego.

—Eso espero —dijo, mientras guardaba otra vez el arma y después se colocaba bien la chaqueta—. Iré antes a reconocer el terreno.

—Yo he pensado lo mismo, por eso he venido a buscarte —mintió Bernard. Cuando Fernando se dirigía a la puerta, el profesor de *savate* golpeó la nuca del español. Fernando se giró con la mirada confundida por su traición, pero cayó al suelo desvanecido—. Lo siento, *ami*[267].

A rastras, lo llevó hasta el sofá y lo ató a él. Si en el transcurso de la tarde despertaba, no podría escapar. A pasos decididos, se encaminó a la recepción del hotel. El recepcionista que lo atendió la primera vez se hallaba tras el mostrador.

—*Monsieur* Bernard, ¿qué desea? —preguntó, recordando el nombre del profesor.

—Nadie ha de molestar a *monsieur* Narváez. —Bernard entregó varios billetes al empleado. Luego, el profesor dijo—: Mañana, envíe al botones y que lo desate.

El rostro del recepcionista no mostró ningún gesto de sorpresa, tan solo asintió de nuevo. Cuando Bernard se marchó, Jules, el botones, se aproximó a él.

—¿Qué quería *monsieur* Bernard?

—Evitar que *monsieur* Narváez cometa una estupidez.

—Pues si no fuera por mi trabajo, yo no me perdería un espectáculo como este —afirmó, señalando el periódico.

A LAS SEIS de la tarde, Luisa aguardaba a Gaillard, al igual que cientos de personas, junto a la gruta de Luxemburgo. Una gruta de piedra con dos caños de agua y la figura de una Venus de mármol blanco.

Todo el mundo deseaba saber quién era Arturo Segovia y con quién se encontraría. Muchos caballeros se preguntaban unos a otros si sería el famoso español. Luisa apretó el pequeño bolso en el que había guardado una navaja. La joven llamaba la atención sobre el resto de damas que visitaban la gruta ese día. Estaba sola y llevaba un vestido de color rojo, con un escote demasiado bajo, inadecuado para pasear por un jardín, y menos aún, para una dama. Jean Pierre no había podido conseguir ningún otro, así que se conformó con ese. De

todos modos, sus ropas eran su canto de sirena para atraer al marinero adecuado a la muerte, porque otro no sería el desenlace.

Durante más de media hora, Luisa esperó a que alguien le hablase, hasta que un hombre se detuvo junto a ella. Apoyado en uno de los árboles, Bernard observó al individuo. No parecía uno de los matones de Gaillard, si bien quizás un mensajero. Fuera lo que fuese que dijera a Luisa, la española lo abofeteó, atrayendo las miradas de muchos de los curiosos y paseantes. Bernard se dispuso a intervenir, pero Luisa negó con la cabeza cuando el tipo de bigote engominado se marchó, insultándola. Solo se trataba de un arrogante con ganas de divertirse.

Una hora más tarde, de nuevo un hombre se acercó a Luisa. Esta vez, la española lo acompañó y Bernard comprendió que se trataba de un matón de Gaillard. Se alejaron de los jardines, tomaron un carruaje y Bernard dio el alto a otro y le ordenó que lo siguiera. Tras recorrer varias calles llegaron a una que conocía muy bien. El carruaje de Luisa se detuvo frente a la antigua casa de Ninon. La española descendió del coche de caballos y se paró delante de la puerta. Luego se adentró en aquella casa que a Bernard le traía amargos recuerdos y otros muchos felices. Pocos sabían que Ninon contaba con una entrada más discreta para los clientes que solicitaban intimidad.

Atravesó las cocinas, después se ocultó tras la puerta que daba paso al salón. De un vistazo vio que todo seguía igual, era como si lo hubiesen preparado solo y exclusivamente para la ocasión. Incluso pensó que Ninon bajaría por las escaleras de un instante a otro. Sin poder evitarlo, una sonrisa se dibujó en el rostro de Bernard.

—Déjennos a solas —oyó decir a Gaillard e imaginó que las palabras se dirigían a los dos hombres que lo acompañaban. Los otros dos habían permanecían en el exterior.

Su voz devolvió a los fantasmas a su tumba y, de nuevo, Bernard prestó atención a lo que sucedía en el salón. Desde su escondite veía a Luisa, pero no podía hacer lo mismo con Gaillard. En medio de aquella sala de sillones rojos y dorados y lámparas de araña, Luisa casi parecía una doncella entregada en sacrificio.

—¿Le sorprende que haya conservado este lugar? —preguntó Gaillard.

—De usted no me sorprende nada.

Gaillard esbozó una sonrisa ladeada.

—De usted tampoco, *madame*.

—¿Qué es lo que quiere?

—¡Justicia! —gritó Gaillard fuera de sí. Luego, más calmado dijo —: ¿Tiene miedo?

No era posible que hubiera adivinado qué le pasaba por la mente. Bernard leyó en el rostro de su alumna el miedo, un miedo atroz a no volver a ver a su hijo ni a Fernando. Luisa retrocedió un paso,

asustada.

—Era inevitable que llegase este día —dijo, y omitió responder a su pregunta.

—Es cierto —afirmó Gaillard.

El francés se dirigió a una mesa de licores, tomó una botella y se vertió una generosa copa de un líquido ambarino. Bebió con tranquilidad, lo que alteró aún más los nervios de Luisa.

—No me ha contestado, ¿qué quiere de mí?

Ajeno a sus palabras, Gaillard miró fijamente el lugar donde su hijo dio su último aliento de vida.

—¿Fue aquí, verdad? —preguntó, señalándolo con la mano.

—No sé a qué…

Gaillard se giró con los ojos encendidos por la ira, se acercó a Luisa y la abofeteó. La española acabó estrellándose contra el piano, que emitió un quejido desafinado.

Bernard quiso salir, pero los dos hombres, al oír el sonido lastimoso del piano, entraron con pistolas. Si se descubría en ese momento, ninguno de los dos saldría con vida de allí.

—No sucede nada —dijo Gaillard, calmándolos. Estos, al ver cómo Luisa se apoyaba en el piano despeinada y con la mejilla enrojecida, salieron de nuevo—. No me tome por estúpido, *madame,* y conteste a mis preguntas. ¿Fue aquí? —Luisa entendió que ya era absurdo negar lo obvio y asintió. Gaillard preguntó esta vez—: ¿Sufrió?

—No, fue rápido. Él mató a una de las pupilas de Ninon y a otra la…

—¡Maldita perra! —gritó, lanzando el vaso al suelo—. No vuelvas a comparar a esas putas con mi hijo.

Luisa advirtió en la mirada de Gaillard una amenaza demasiado evidente y apretó el bolso donde escondía el puñal.

—Cuando acabe contigo desearás estar muerta. El siguiente será tu esposo, después le tocará a tu hijo. Me aseguraré de que el muchacho se crie en el peor orfanato de París, aunque quizás lo ahogue en el Sena o lo venda a un sodomita. Todas las opciones me parecen poco para compensar la muerte de mi hijo.

Luisa intentó escapar al escuchar lo que pretendía hacer con Diego. El temor a que lo dañaran la obligó a huir, pero Gaillard la atrapó justo antes de llegar a la puerta y la arrastró por el cabello hasta el salón. Bernard quiso ayudarla, y se dio cuenta de que no estaba solo. Un hombre avanzaba hacia él, habían encontrado la puerta trasera. Si dejaba que lo alcanzasen, la española carecería de una posibilidad de sobrevivir. Por ahora, debería resistir y defenderse de Gaillard. Confiaba en su preparación y esperaba por el bien de ambos que recordase todas sus enseñanzas.

Bernard tenía que desarmarlos. Se ocultó tras unas cajas de licores

y aguardó a que uno de ellos pasara a su lado. Entonces lo sujetó del cuello y lo ahogó sin que su adversario tuviese un mínimo de oportunidad. Después, el segundo hombre, al ver que su compañero no salía a informarle, entró en la casa. Recorrió el mismo camino que el anterior, pero esta vez, el sicario era más desconfiado y desenfundó su pistola.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

Bernard escuchaba los chillidos de Luisa y las maldiciones de Gaillard. No le había agradado que una mujer supiera pelear. De nuevo, se concentró en el tipo que se dirigía hacia el salón para ayudar al cobarde de su jefe. Si llegaba allí, Luisa moriría. Así que salió de su escondite y se abalanzó sobre él. La sorpresa se reflejó en el rostro del mercenario, aun así, disparó a Bernard. El luchador oyó el zumbido de la bala rozándole el brazo. Gritó con un bramido salvaje que atemorizó al sicario. Entonces, Bernard le dio una patada de *savate* que lo lanzó contra el suelo, del que no se levantó. En el momento en que Bernard se apoderaba de su pistola, oyó dos disparos.

85

fantasmas del pasado

Edo (Japón), 8 de noviembre de 1854
(Undécimo mes del primer año de la era Ansei)

El reloj de oro de Diego había comprado el pasaje de Eva en un ballenero, llamado Morgan. El capitán, un hombre con varias cicatrices en el rostro, ojos hundidos y escaso cabello, había omitido que durante seis meses no tomaría tierra en ningún otro puerto. Sin embargo, el reloj costaba el salario de un año y lo que sucediese a la mujer en su navío no alteraría sus planes de cazar ballenas.

Durante la primera semana, Eva contempló que los quehaceres de los hombres del ballenero eran muy diferentes a los de la tripulación del Mártires de Tonkín. Algunos la miraban con curiosidad y otros con lujuria, pero ninguno de ellos se atrevió a ponerle una mano encima. Al menos, hasta que el capitán lo permitiese. Eva desconfiaba de cada uno de ellos, y su recelo resultó certero cuando una noche uno de los marinos la visitó con ganas de divertirse. Al día siguiente, apareció atado a uno de los mástiles con el vientre abierto. El capitán convocó a la tripulación y a Eva. La mujer portaba en su cintura dos puñales que bien podían haber causado la muerte al señor Porter, uno de los arponeros.

—¡Dios juzgará al responsable en el cielo, pero primero yo lo castigaré en mi barco! —gritó el capitán—. Si ahora el culpable se entrega, la pena no será la muerte. Si soy yo quién lo descubre, entonces la muerte será el menor de sus problemas.

Los tripulantes se miraron unos a otros buscando al autor del crimen. John Porter, que así se llamaba el finado, no era amable, ni siquiera hablador o buen bebedor. No contaba con amigos, pero sí con una larga lista de enemigos deseosos de ajustar cuentas con él.

Dos días más tarde, tras haber escuchado el canto de las ballenas, parecía que todos, incluso el capitán, habían olvidado la búsqueda del asesino de John y su presencia en el barco. De pronto la inactividad que aletargaba a los balleneros se había transformado en una agitada vitalidad. A la tercera mañana uno de los hombres, subido en la arboladura[268] del barco, gritó:

—¡Ballena a la vista!

—¡En qué dirección! —gritó a su vez el capitán con las manos tras

la espalda.

—¡A babor, señor!

Enseguida el segundo oficial al mando entregó al capitán un catalejo, aunque Eva desde la cubierta divisó una ballena. Era la primera vez que veía una y el tamaño del animal la sobrecogió.

El contramaestre se acercó al capitán y dijo:

—Listos para bajar los botes, señor.

El capitán cerró el catalejo y ante la expectación de toda la tripulación respondió:

—Bájenlos.

Los hombres corrieron a por sus arpones. Eva también sentía la frenética necesidad de enfrentarse a una caza como aquella y cogió uno de ellos. Los marinos no se opusieron y el capitán tampoco, tras la muerte de John se requería una mano más y esa mujer había vivido con anterioridad en un barco.

Cuando echaron los botes al agua, arrojaron unas cuerdas por donde los balleneros se deslizaron hasta ocupar cada uno su asiento. Después tomaron los remos mientras que uno de ellos animaba al resto a remar con ahínco.

—¡Resoplan! —gritó el timonel de la barca en la que iba Eva— ¡Remen con ganas, muchachos! ¡No podemos echar a perder una fortuna!

El aceite que se conseguía de una ballena era en realidad una verdadera mina de oro[269]. Eva remó como los demás. El agua salpicaba sus mejillas, el viento agitaba su cabello, pero por primera vez desde que abandonó Japón sintió de nuevo lo que era ser libre.

Las lanchas rodearon al gigantesco animal, tan cerca que notaba en el rostro el vapor de agua que expulsaba de su lomo. Uno de los arpones de otro bote se atravesó en la trayectoria del lanzado por el arponero que acompañaba a Eva. Entonces, la ballena tiró con tanta violencia que la lancha parecía volar sobre la superficie del mar. De pronto, sin esperarlo, la cola de otra de las compañeras del cetáceo herido derribó uno de los botes tirando a todos los hombres al agua. Eva seguía remando, pero podía escuchar los latidos de su corazón. El arponero que se sentaba junto a ella dudó un instante en lanzar su arpón y Eva tomó la decisión por él, acertando de pleno en el lomo de una ballena algo más pequeña que la anterior. Esta vez, la lancha se balanceó peligrosamente, arrojando al mar a algunos de los marineros, Eva se sujetó con fuerza, pero también terminó engullida por las aguas. Intentó subir de nuevo, aferrándose con los dedos engarrotados al borde del bote. Otro de los marinos la cogió del brazo y la izó medio ahogada.

—¡Bien hecho, muchacha! —la felicitaron, a pesar de que su arpón se había soltado del animal, mientras Eva vomitaba agua de mar.

Al final después de tan duro trabajo solo habían capturado una ballena. Se apresuraron a rescatar al resto de hombres, pronto los tiburones aparecerían para darse un buen festín con la ballena muerta y los marineros serían un aperitivo apetecible.

Al pisar de nuevo el barco, Eva comprobó que había un ambiente festivo y de camaradería masculina a pesar de que habían estado a punto de morir. El capitán se acercó a Eva y le dijo:

—Muchacha, lo has hecho bien.

—Fallé, capitán. No maté al animal.

El capitán hablaba español, su madre era una californiana que se había casado con un gringo.

—Muchos ni siquiera se habrían atrevido a lanzar el arpón. ¿Te gustaría ser parte de mi tripulación?

Eva estudió el rostro del capitán. Leyó en su mirada cuál sería su trabajo si desaprovechaba la oportunidad que le brindaba.

—Sí, me gustará más que ser el juguete de sus hombres.

El capitán emitió una risotada. Estaba claro que había subestimado a la joloana.

—Entonces, bienvenida.

—Capitán, ¿cuándo llegaremos a Filipinas?

—Pronto, muchacha —respondió, pero Eva advirtió que mentía.

La necesidad de ayudar a su amiga se impuso con más fuerza al comprender que el capitán la había engañado. Así que asintió en silencio, aguardando el momento de escapar del ballenero para alcanzar su objetivo.

Los días se sucedieron sin que el Morgan pusiese rumbo a Filipinas. Una noche, Eva robó un bote. Durante semanas preparó su huida del ballenero. La ruta que seguía el capitán la alejaba cada vez más de su misión y la vida de Luisa dependía de esa carta. Por suerte, cinco días más tarde tropezó con un navío cuyo destino sí era Manila. Cuando pisó el muelle, sintió que los fantasmas del pasado caminaban junto a ella. Aprisa se dirigió al cuartel, pero le impidieron el paso.

—¡Largo de aquí! —le ordenó uno de los guardias, apuntándola con su arma.

Eva maldijo en su lengua, pero muerta no ayudaría a Luisa. La única solución que halló fue ir al Hotel Oriente. Esperaba que la señora Lewis pudiera entregar la carta de Diego.

Eva escaló la primera planta hasta el balcón de la habitación de la galesa. Abrió la puerta y se encontró con el cañón de una pistola apuntando su frente.

—Podría haberte matado —dijo la señora Lewis, bajando el arma. Luego, con una sonrisa añadió—: Me alegro de verte. ¿Qué haces aquí?

La galesa dejó la pistola sobre una mesa con manos temblorosas,

últimamente creía que la vigilaban, aunque no estaba segura. Si bien había recibido una carta de lo más inquietante desde Inglaterra.

—Quiero tu ayuda —dijo Eva—. No dinero, pero pagaré.

La mirada de la joloana advirtió a la galesa que no mentía.

—¿Qué clase de ayuda?

—Entregar carta al cuartel. A mí no me dejan entrar.

La señora Lewis imaginó que los guardias vieron a una muchacha salvaje. Donde hubiera estado hasta ese día había aumentado su apariencia incivilizada, sin embargo, sus ojos irradiaban más sabiduría y madurez.

—¿De quién es y para quién?

No se metería en ningún asunto sin antes saber el riesgo que corría.

—Es de Diego…

—¿El capitán? —la interrumpió, sorprendida de que lo hubiese encontrado.

Hasta que irrumpió en su cuarto había supuesto que la joloana había muerto en su loca aventura de localizar a ese hombre.

—Sí, y es para Luisa. Importante para salvarle la vida.

La señora Lewis comprendió la urgencia y se puso en pie.

—Vamos, no hay tiempo que perder.

Una hora más tarde, la galesa y Eva se sentaban frente al comandante en su despacho.

—Señoras —dijo, observando con suspicacia a Eva—. ¿En qué puedo ayudarlas?

—Mi amiga tiene una carta del capitán Quesada que ha de entregarse con máxima celeridad a la señora Narváez, esposa del capitán Fernando Narváez. Es de vida o muerte.

—Creía que el capitán Quesada se hallaba en Japón.

—Así es, comandante, pero Eva —dijo, señalando con la mano a la joloana— ha conseguido viajar a esas tierras y sobrevivir.

El comandante contempló con admiración a la joven. A pesar del aspecto bárbaro de la muchacha reconocía que la gesta que había emprendido y terminado con éxito era de una gran valentía que muchos de sus hombres jamás se habrían atrevido a llevar a cabo. También que si el capitán le había dado esa carta, debía de ser cierto que la vida de la señora Narváez estaba en peligro.

—Les prometo que se entregará con la mayor diligencia posible, pero tardará al menos tres meses en llegar a España.

La señora Lewis miró a Eva. La muchacha guardaba silencio, consciente de que Luisa no recibiría el aviso a tiempo.

—No debes culparte —dijo la galesa al ver la desolación en la mirada de la joloana—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—No lo sé.

—Quizás una buena comida te ayude a pensarlo —le sugirió.

Eva asintió y ambas se encaminaron al hotel. Al dar su sombrero a una de las doncellas en el *hall*, la señora Lewis estudió a dos hombres, ambos vestían con americana y sus chalecos de vistosos colores demostraban que no eran caballeros. Cuando entraba en el salón, acompañada de Eva, el recepcionista se acercó a ella.

—Señora Lewis, esos dos caballeros desean hablar con usted.

—¿Le han dicho sobre qué?

—No, señora, pero son británicos.

La señora Lewis asintió con la cabeza. Tenía un mal presentimiento.

—Eva, entra y pide lo que quieras, volveré pronto.

—¿Problemas? —preguntó, colocando una de sus manos en la empuñadura de su puñal y la otra en el brazo de la galesa.

—Aún no lo sé, querida.

Eva asintió y se encaminó al salón. Después la señora Lewis se dirigió a sus dos visitas.

—Caballeros, me han dicho que desean hablar conmigo, por favor, síganme a mi despacho.

Los dos hombres se quitaron sus sombreros y siguieron a la galesa hasta una habitación en la que destacaba una enorme mesa de madera oscura. La mujer señaló las dos sillas tapizadas en color verde para que sus invitados tomasen asiento. Unas cortinas de un tono más claro adornaban las dos ventanas situadas tras la butaca que ocupó la dueña del hotel.

—Señores, ustedes dirán…

—Permítame presentarme —dijo uno de ellos, entregándole una tarjeta. Se trataba de un hombre aún joven, su nariz algo torcida a la izquierda demostraba a cualquiera que había participado en más de una pelea—. Somos detectives de Scotland Yard.

—No sé en qué puedo ayudarles.

—¿Usted es la señora Moira Lewis?

Hacía tiempo que nadie pronunciaba su nombre y sintió que el pasado la había encontrado.

—Sí, lo soy, pero estoy segura de que eso ya lo saben.

Moira se puso en pie y se sirvió una copa, también para los detectives.

—Se preguntará qué hacemos aquí —dijo el de la nariz ladeada.

—Supongo que me lo contarán muy pronto.

—La muerte de su esposo dejó una duda en sus familiares.

—Murió de una apoplejía. El médico así lo certificó.

—Sí, pero nuevos datos revelan que fue envenenado.

—¿Envenenado?

Moira controló su nerviosismo, aun así notaba cómo apretaba el

vaso de cristal con demasiada fuerza. Despacio, se sentó de nuevo frente a los dos hombres.

—Su familia la acusa de asesinar a su esposo.

—¡Eso es falso e indignante!

—No lo dudo —afirmó el compañero del hombre de la nariz ladeada—. Sin embargo, nuestro trabajo es comprobar qué hay de cierto en ello.

—Entonces, han hecho el viaje en balde.

—No esté tan segura, señora Lewis.

—¿Qué pretenden de mí?

—Que nos acompañe a Londres.

—¿Y por qué debería hacer algo así?

—¿Y por qué no? —preguntó el que parecía el jefe.

—Porque no soy culpable de la muerte de mi esposo y tengo una vida y un negocio en este lugar.

—Me gustaría que pensase mis palabras, no tener que convencerla de que nos acompañe.

—¡Es una amenaza! —gritó Moira, levantándose de la butaca.

—Solo un consejo, Moira.

El que la tuteara fue más de lo que podía soportar, así que señaló la puerta y dijo:

—¡Váyanse, ahora mismo!

Los dos hombres se pusieron en pie, pero antes de salir del cuarto, el de la nariz ladeada dijo:

—Moira, reconozco a una asesina cuando la tengo delante.

Tras cerrar la puerta, Moira cayó derrumbada sobre la butaca. Creía que la pesadilla había terminado y, sin embargo, acababa de comenzar. Esos dos detectives habían revivido el temor que albergaba hacia su esposo. Las humillaciones que sufrió, además del desprecio y vejaciones que aguantó por culpa de ese malnacido. Con rabia, arrojó el vaso al suelo, haciéndolo añicos. Resignada, tomó aire y se encaminó a la ventana, recordando la última vez que lo vio.

—¡Moira, maldita mujer! ¿Dónde te has escondido? —gritó Charles.

Su marido nunca la amó, tan solo se casó para conseguir el dinero de su padre. Después de la boda reveló su verdadero rostro. Moira acarició su vientre, temía que Charles la golpeara y perdiera a su hijo. Por eso se ocultaba cada día que venía bebido, y esas ocasiones se repetían cada vez con más asiduidad. De pronto, la puerta del armario donde se refugiaba se abrió, las manos ásperas y rudas de su esposo la sacaron con brusquedad.

—¡No me pegues! ¡Tu hijo!

Charles no escuchó sus súplicas, a las pocas horas, Moira supo por la hemorragia que bajaba por sus piernas que había abortado. El dolor

por la pérdida se entremezclaba con las ganas de justicia. Ese día tomó una decisión de la que jamás se había arrepentido: matar a su esposo.

La repentina entrada de Eva en el despacho desterró sus pensamientos y retiró con rapidez la mano de su vientre, hasta ese momento no se había dado cuenta de qué hacía.

—¿Estás bien? Cara blanca.

Moira se sentó en la butaca como si hubiese caminado durante mucho tiempo. Se sentía agotada y esta vez creía que padecería el castigo que Dios deparaba a los pecadores como ella.

—Sí, solo estoy cansada —mintió.

—¿Quiénes eran?

—Unos guardias de Londres.

—¿Qué quieren de ti?

—Que los acompañe a Inglaterra, me acusan del asesinato de mi esposo.

—¿Es cierto?

Durante un instante estuvo tentada a mentir, pero la mirada de Eva le contó que no la juzgaría. La joloana conocía la maldad humana lo suficiente para saber que Moira no tuvo ninguna otra opción.

—Sí, lo hice, o él me habría matado.

—Ordena a tus *rōnin* que los maten.

Moira sonrió ante la sugerencia de Eva.

—Mis *rōnin* han regresado a Japón. Desean luchar contra su gobierno.

—Eva, ayudarte si quieres. Pagar deuda contigo por entregar la carta.

—Gracias, pero no será necesario. Te había prometido una buena comida y eso es lo que haremos —dijo, evitando su mirada.

—Como quieras —contestó Eva.

La joloana había visto en sus ojos el miedo que había contemplado en el rostro de muchos hombres a los que había matado. Durante la comida, Moira se mostró distraída, aunque cuando saboreaban el mejor *whisky* del hotel dijo:

—Tengo una grata noticia que darte. Mis informadores me han dicho que el Mártires de Tonkín está en el puerto.

—¿Qué hace aquí?

—Eso no lo sé.

Esa misma noche, Eva se dirigió al puerto y subió al galeón. Esperaba ver a Dailo, sin embargo, salvo un par de marinos nadie parecía hacerse cargo del mando del barco.

—¡Capitana! —exclamó un filipino, al que le faltaban la mayoría de los dientes, al reconocerla.

—¿Dónde está Dailo?

—Murió combatiendo a los malayos. Un mal negocio, capitana.

—¿Quién comanda el barco?

—Nadie, señora —dijo *el mellado*, que así lo llamaban.

—¿Por qué estáis en puerto?

—La batalla contra los malayos rompió el casco.

—¿Y el resto de los hombres?

—En el puerto, divirtiéndose.

—Reúnelos.

—¿Ahora?

—¡Es una orden! —gritó Eva, haciendo que el marino tropezase en cubierta.

Al fin había vuelto a su hogar. El Mártires de Tonkín volvía a tener una capitana y una misión por cumplir hasta que regresara don Carlos.

MOIRA CREÍA QUE los hombres de Scotland Yard no tardarían en apresarla. Sus informadores le habían dicho que ninguno de los tres barcos que partían de Manila esa semana le vendería un pasaje, ya que los policías de Scotland Yard habían sobornado a cada uno de ellos, así que se encontraba prisionera en la isla. Apreciaba a sus empleados y, ante la posibilidad de ser arrestada, decidió poner en orden los asuntos del hotel. Moira mojaba la pluma en el tintero cuando una de las sirvientas llamó a la puerta del despacho.

—Señora Lewis, una muchacha busca trabajo.

—Berta, dile que no contratamos a nadie más.

—Se lo he dicho, señora, pero insiste en hablar con usted.

—Bien, hágala pasar.

La chica era mestiza. Su padre debía de ser un español y su madre una filipina. Su mirada era dura, como si hubiera visto todo el sufrimiento del mundo en sus cortos años de vida. Su estatura y complexión eran similares a los de Moira. Se vio reflejada en ella cuando era más joven.

—Señorita… —dijo Moira y aguardó a que se presentara.

—Castillo.

—Señorita Castillo, lamento decirle que no contratamos a nadie más.

—Aceptaría cualquier trabajo —dijo, agachando la cabeza—. Carezco de familia y llevo dos noches en la calle —afirmó con el semblante compungido.

—Lo siento, señorita Castillo, soy una mujer de negocios, no una institución de caridad.

—No quiero su caridad, solo trabajo.

Moira admiró la persistencia de la joven, entendía bien lo que era estar sola y desesperada.

—¿Qué sabe hacer?

—Soy buena en la cocina…

Los gritos en el exterior del despacho acallaron las palabras de la muchacha.

—Espere aquí, comprobaré qué sucede.

Moira abrió la puerta, el humo de un voraz incendio la hizo toser y el miedo la invadió de los pies a la cabeza. El estrépito era cada vez más intenso y el pánico de clientes y servicio se entremezclaba en confusas voces lejanas.

—¡Señorita Castillo, salga de aquí! —le gritó Moira cuando vio cómo el fuego se propagaba por la escalera.

No comprendía qué había ocurrido, ni tampoco cómo las llamas se habían extendido tan deprisa. Sin embargo, si no salían pronto de allí, morirían ahogadas por el humo. Avanzó unos pasos tapándose la boca y la nariz con el brazo, las columnas de humo lo abarcaban todo, mientras las lenguas de fuego ascendían por las paredes. Miró tras su espalda y vio a la señorita Castillo petrificada, como si el tiempo se hubiese detenido. Le gritó con un chillido apenas audible que continuase al ver que el artesonado del techo amenazaba con venirse abajo. Moira quiso llegar hasta la muchacha, pero un ruido monstruoso también la paralizó. En ese momento, ambas miraron al techo, Moira alargó la mano para ayudarla, aunque ya nada podía hacer por ella. El techo se había derrumbado sobre su cabeza. Lentamente, bajó las escaleras que conducían a la parte trasera del edificio, a tientas recorrió la corta distancia hasta la pequeña puerta que usaba el servicio para entrar al hotel. En el exterior, Moira tomó una bocanada de aire fresco e intentó abrir los ojos, llorosos por culpa del humo. Mientras todo se hundía a su alrededor, los curiosos parecían hipnotizados por las llamas, así que se escabulló aprisa, como una voluta más de humo. Notaba el calor del fuego aún en la piel, se detuvo para recuperar el resuello y una idea, una loca y terrible idea se abrió paso en su mente. Corrió con todas sus fuerzas, alejándose cada vez más del hotel. Sus pulmones apenas le permitían respirar, pero prosiguió su marcha, dejando atrás el sueño de que el pasado no podía encontrarla. Esta vez, no cometería el mismo error, gracias a la señorita Castillo y a la lealtad de Berta, salvo ella, nadie sabía de la existencia de esa joven, todos creerían que Moira Lewis había muerto en ese incendio.

CUANDO CONSIGUIERON APLACAR las llamas, el hotel había sido por completo destruido. Los dos hombres de Scotland Yard hablaron con las autoridades, quienes les confirmaron que la señora Lewis había

muerto en el mismo.

—Nos gustaría ver el cadáver —pidió el de la nariz ladeada.

El comandante del fortín recordaba a la galesa. No le agradaba la soberbia de los ingleses, sin embargo, debía acceder a que vieran los restos.

—¡Sargento! —gritó. Cuando el soldado apareció por la puerta, le ordenó—: Acompañe a estos caballeros al hospital, dígale al doctor que les enseñe los restos de la señora Lewis.

—A la orden, señor.

El sargento los condujo a una sala fría y oscura, donde varios cadáveres que nadie había reclamado esperaban ser enterrados.

—Es este —dijo el médico, levantando la sábana que lo cubría.

Los hombres de Scotland Yard nunca habían visto un fallecido en aquel estado.

—Hay poco con lo que identificar a la señora Lewis —dijo el médico.

—¿Es el cadáver de una mujer?

—Sí, eso puedo asegurárselo.

—Lástima que no contemos con la opinión de un médico británico —dijo uno de ellos.

El doctor guardó silencio, pero sus palabras eran ofensivas a su persona y profesionalidad. En ese momento, el buen doctor decidió guardar silencio sobre el cadáver que le habían entregado. Había descubierto que aún conservaba su virginidad, dudaba que la señora Lewis, viuda y mujer de mundo, no hubiera yacido con un hombre. Sin embargo, nunca le gustó la soberbia británica y menos aún que pusieran en entre dicho su capacidad como médico.

Después de visitar la morgue, los agentes comprobaron que ningún empleado o cliente del hotel había perdido la vida. Parecía realmente que los restos de esa mujer pertenecían a Moira Lewis. Su trabajo había terminado.

Al día siguiente embarcaron en un navío con destino a España, de allí tomarían un barco a Inglaterra.

TAN PRONTO SE enteró del incendio que había arrasado el Hotel Oriente, Eva trató de encontrar a Moira entre los escombros. No podía creer que la mujer que hallaron fuera la galesa. Dos días más tarde, comprendió que nadie más había fallecido en ese incendio. Volvió a su barco y se concentró en la tarea de hacerlo navegar de nuevo. Cuando las aguas y los vientos fueran propicios abandonarían Manila y emprenderían la labor encomendada por don Carlos.

La mañana que tenían previsto partir, Eva recibió una visita

inesperada.

—Capitana, alguien desea verla —dijo su contramaestre, *el mellado*.

—¿Quién es?

—Una tal señorita Castillo.

Eva no conocía a nadie con ese apellido. De todos modos, su naturaleza curiosa la obligó a decir:

—Bien, la veré.

Un poco más tarde, una mujer que cubría su pelo con una capa y mantenía la cabeza gacha entró en el camarote de la capitana.

—¿Quién eres? —preguntó Eva con brusquedad y añadió—: ¿Qué quieres de mí?

La mujer se desprendió de la capa y alzó la cabeza. Eva esbozó una sonrisa y se acercó a Moira.

—Sabía que no habías muerto en ese incendio.

—¿Cómo estabas tan segura de ello?

—Mujeres como tú son difíciles de matar. ¿Por qué no viniste antes? ¿Quién era la muerta?

—Todo a su tiempo, amiga mía. Primero me gustaría que me ofrecieras algo de beber.

Eva se dio la vuelta y le sirvió en un vaso vino de palma. No era lo que hubiera preferido Moira, pero se lo tomó de un trago.

—¿Dónde te escondes?

—Tengo amigos.

—¿Te fías de ellos?

—Sí, como ves no me han traicionado. Pero quiero empezar una nueva vida, en otro lugar. ¿Me llevarías?

—¿Dónde?

—A Australia.

Eva abrió la carta de navegación que don Carlos le había enseñado a descifrar. Alzó la cabeza y fijó la vista en ella.

—No navego tan lejos. —Moira dibujó en su semblante una nota de decepción hasta que Eva dijo—: Quizás deba conocer otros mares.

86

una vieja leyenda

Edo (Japón), 30 de noviembre de 1854
(Undécimo mes del primer año de la era Ansei)

El estado de Diego inquietaba a Villalba más que nunca, desde que había perdido la consciencia. Ninguno de los médicos japoneses quería implicarse y el profesor solo había podido contener la hemorragia, pero si no lo trataban, no tardaría en morir.

Villalba, preocupado por el andaluz y enfadado por las circunstancias, se encaminó al barrio del placer. Tenía la esperanza de que Ibuki, el *rōnin* que la dama Kawaokura consideraba un amigo, encontrase la manera de ayudar al español. Nada se sabía de la señorita Miyako. La había buscado del alba al anochecer y se desconocía dónde se encontraba y si vivía aún. Muchos eran los comentarios que se decían desde que Hiroyoki ganó el combate contra Diego y el juez le permitió ajusticiar a su esposa. Algunos hablaban de que el daimio Kawaokura la había matado, otros de que había huido o trabajaba en un burdel de Yoshiwara. El profesor intentaba no dar crédito a ninguno de los rumores mientras procuraba bajar la fiebre de Diego y cambiaba sus vendas.

La herida del capitán era grave, tanto que parecía que solo estaba en manos de Dios su salvación; sin embargo, Villalba no se rendiría sin más. Cuando llegó a la Casa de las Libélulas, Mariposa lo reconoció enseguida, también entendió por qué la visitaba. Momo lo hizo pasar a una de las habitaciones. Villalba se paseó de una esquina a otra en el pequeño cuarto de dos tatamis y carente de adornos mientras escuchaba risas y música en el cuarto de al lado. La Casa de las Libélulas había prosperado desde la última vez que la visitó, pensó Villalba. Su nombre evocó una de las conversaciones que mantuvo con la señorita Miyako y recordó el cuento que le contó al respecto.

En uno de los paseos divisaron varios campos de arroz y sobre las plantas verdes y húmedas, una multitud de libélulas. Para el profesor eran simples insectos, muy similares a los mosquitos, pero cuando vio cómo su alumna esbozaba una amplia sonrisa se preguntó cuál era el motivo.

—¿Por qué sonríe?

—*Sensei*, existe una vieja leyenda sobre un emperador y estos

animales que tanto le molestan —dijo ella al ver cómo Villalba se quitaba en vano las libélulas que se empeñaban en revolotear a su alrededor.

—No la conozco, señorita Miyako, y me agradaría mucho que me la contase.

Ambos se sentaron en una piedra que había en una suave colina desde donde veían el paisaje.

—Igual que ahora hacemos nosotros, un día, el primer emperador de Japón, Jinmu Tennō, ascendió a una altísima colina de Yamato en la región de Nara. Bajo sus pies se extendían los campos de arroz, y numerosas libélulas volaban sobre ellos. El emperador dijo, según lo registraron los cronistas del momento: «La forma de mi país es como una pareja de *akitsu*[270].». Por ello se llama a Japón *Akitsushima*[271]

—Supongo que las libélulas toman ese aspecto al enlazarse —afirmó Villalba, y Miyako sonrió aceptando sus palabras.

—Es solo una vieja leyenda.

—Pero muy hermosa —respondió.

La puerta corredera se abrió y los pensamientos de Villalba regresaron al presente con la rapidez que lo haría el aleteo de uno de esos insectos tan venerados en Japón.

La dueña de la casa entró en el cuarto, vestida con un kimono de colores amarillos con flores rojas en los bajos. Resaltaba su belleza, aunque también la blancura lechosa de su piel. Usaba polvos blancos, y aun así, Villalba distinguió pese a la capa de maquillaje una lividez grisácea. La mujer se inclinó ante el profesor y dijo:

—*Sensei*, agradezco su visita, enseguida le atenderá una de mis pupilas.

Ibuki le había prestado dinero suficiente para contratar a un par de carpinteros y albañiles que arreglasen los desperfectos que produjo el terremoto, además de varias muchachas que habían perdido sus casas y a sus dueños.

—Le agradezco su ofrecimiento, señora Mariposa, pero no he venido a disfrutar de la compañía de sus pupilas —afirmó Villalba, restregándose las manos con nerviosismo.

Mariposa observó la preocupación en su rostro.

—Entonces, *sensei*, ¿a qué ha venido a mi casa?

—Deseo hablar con el señor Ibuki, sé por la señorita Miyako que es su amigo.

—Hace semanas que no lo veo —mintió. Al ver el horror en la cara del extranjero añadió—: ¿Para qué quiere verlo?

—La vida del capitán Quesada pende de un hilo y sospecho que el daimio Kawaokura ha amenazado con graves consecuencias al médico que lo trate —confesó.

—Dudo que Ibuki pueda ayudarlo…

—Morirá —la interrumpió abruptamente.

Mariposa miró al *gaijin* y recordó cómo *Umi no otoko* le había salvado la vida y a muchos otros. No quería enfadar a Ibuki, pero no obraría con egoísmo. No traicionaría al *rōnin,* aunque haría todo lo posible para ayudar al instructor.

—No morirá, si podemos evitarlo —aseguró con convicción.

Ante la sorpresa del profesor, Mariposa salió del cuarto y se encaminó a paso rápido por las calles de Yoshiwara. Villalba la seguía a una corta distancia, fuera lo que fuese que pensaba hacer, él no sería un estorbo. La vio detenerse frente a una casa en uno de los barrios más elegantes de Yoshiwara. Tenía dos plantas, con numerosos banderines en los aleros, samuráis de alto rango entraban en ella y un guardia ataviado con los colores de la casa recogía sus espadas. A cierta distancia, esperó impaciente un buen rato hasta que Mariposa salió, acompañada de un hombre.

—*Sensei*, llévenos ante *Umi no otoko-san*.

Villalba asintió y no preguntó nada más, le bastaba con saber que alguien intentaría salvar a Diego.

Itō Sōeki, el antiguo médico del sogún Ieyoshi y confidente del clan de Mito, se había visto en la obligación de aceptar la petición de esa *oiran* que conocía alguno de sus secretos, como que espiaba al anterior sogún. Durante un tiempo, Mariposa fue su amante y una mujer sumamente inteligente. Él ignoraba que hablaba en sueños, así que a la muchacha le bastó escuchar un par de ellos para comprender que su cliente no era un simple doctor. Nunca confesó que había descubierto su otra identidad, pero parecía que había llegado el momento de hacerlo. A pesar de su amenaza, de los años y la separación, Sōeki aún sentía cierta debilidad por ella. Prefería la juventud, aunque jamás encontró en ninguna otra la integridad moral de esa mujer pese a su oficio. Al revelarle sus intenciones, el terror se apoderó de él, sin embargo, Mariposa le rogó que curase a *Umi no otoko*. El médico pensó que era un extraño pago por su silencio. Ambos sabían que podría eliminarla, si quisiera, si bien creía que nunca lo traicionaría.

Cuando el doctor entró en casa de los ingleses, Taylor los recibió con el gesto sombrío.

—¿Qué sucede? —preguntó Villalba, temeroso de oír sus palabras.

—*Mister* Quesada arde en fiebre.

Itō Sōeki entendió perfectamente la preocupación de los dos extranjeros al ver a *Umi no otoko* consumirse en el futón. Mariposa también vio lo mismo, y agachó la cabeza por el remordimiento de impedir que la dama Kawaokura se despidiera de su amante.

—Debo preparar una medicina antes de examinarlo.

—¿Qué necesita? —preguntó Mariposa de inmediato.

Sōeki elaboraría *tsūsensan,* polvo narcótico. Lo había inventado un siglo antes otro médico japonés, siguiendo los principios de la medicina china. Consistía en una mezcla de diferentes hierbas que se molían hasta obtener una pasta que se disolvía en agua hirviendo y se daba de beber al paciente. Al cabo de las dos horas aproximadamente, el enfermo se volvía insensible al dolor y perdía el conocimiento. Debía ser muy cuidadoso con la dosis, dependiendo de ella podía dormir entre seis horas, todo un día o no despertar jamás.

—Quítenle las vendas y toda la ropa muy despacio, deben moverlo lo menos posible —ordenó a los dos *gaijin*. Luego, añadió—: Necesitaré más luz, además de hilo de seda, agujas y vendas limpias.

Poco más tarde, Mariposa regresaba en compañía de Momo, juntas habían terminado mucho antes. La muchacha había seguido a su señora, pese que esta le ordenó todo lo contrario.

—¿Ha hecho esto alguna vez? —le preguntó Mariposa al médico.

—No, y no estoy seguro de poder salvarlo —dijo cuando vio la herida, tras quitarle las vendas. Desprendía un olor nauseabundo y mostraba un color parduzco. Después miró a los extranjeros y en un inglés marcado dijo—: Recen a su dios.

Durante dos horas, Sōeki lavó, colocó compresas y suturó a Diego, nada más podía hacer por él. Esperaba que la juventud y la fortaleza del *Umi no otoko* hicieran el resto.

—Gracias —dijo Villalba, arrodillándose ante el médico.

Jamás Sōeki ni Mariposa habían visto a un occidental agradecer nada de aquel modo a un japonés. La cortesana sonrió al *sensei* y Sōeki asintió con la cabeza.

En los dos días siguientes, Mariposa no se separó del futón de Diego. El extranjero pronunciaba entre delirios el nombre de la dama Kawaokura, ignorando que ella hacía días que había abandonado Edo y acompañaba a los hombres de Fukuda e Ibuki por la ruta de Tokaido.

DOS DÍAS MÁS tarde recibieron una inesperada visita: un representante del *bakufu* junto con el daimio Kawaokura.

—Queremos ver a *Umi no otoko* —ordenó el miembro del *bakufu*.

Villalba no se dejaba engañar por la falsa expresión de tranquilidad que emanaba del rostro de Hiroyoki. Leyó en sus ojos las ganas de matar.

—Está muy enfermo —alegó *mister* Taylor.

El inglés impidió el paso de los dos samuráis. Villalba reconoció la valentía del constructor, también el perjuicio que eso le supondría a Quesada.

—Aún vive, si es eso lo que les preocupa —aseguró el profesor.

—Su traición al clan Kawaokura exige una compensación.

—Si se refiere a una ejecución, es posible que el *bakufu* disponga de ella mucho antes de lo que imagina —afirmó Villalba.

Hiroyoki jamás hubiera pensado que aquel pequeño *mono blanco* tuviera tanta osadía.

—Un nuevo juez ha aceptado la demanda del daimio Kawaokura —dijo el samurái del *bakufu*.

Taylor y Villalba cruzaron las miradas. Esas palabras cambiaban el destino de Diego.

—Como ciudadano español deben ser los tribunales del Reino de España y no los japoneses los que lo ajusticien —intervino Taylor.

—*Mister* Taylor —dijo el miembro del *bakufu*—, sus palabras serían ciertas si fuera un ciudadano inglés o norteamericano, y creo que no es el caso de *Umi no otoko*. Les recuerdo que no existe ningún tratado con España.

—Se arriesgarán a que toda la comunidad internacional lo considere un asesinato. Espero que hayan barajado la posibilidad de las consecuencias imprevisibles que su acto tendrá para Japón.

—¿Es una amenaza, *mister* Taylor? —preguntó el samurái del *bakufu*, apretando el puño de la espada.

—Solo una realidad —respondió el inglés—. Deles un motivo, y le aseguro que el asesinato de Diego de Quesada, un militar español, condecorado por salvar a lo que quedaba de su regimiento en Filipinas, será ese motivo.

Hiroyoki no era un hombre de estado, y las palabras del extranjero encendieron su ira, pero el samurái que lo acompañaba conocía bien las intrigas políticas y supo ver en las palabras de Taylor no una amenaza, sino una advertencia.

—De todos modos, me gustaría verlo —dijo, ante el desconcierto de Hiroyoki.

El daimio Kawaokura no entendía cómo el samurái dejaba pasar las palabras insultantes del *gaijin*.

Villalba abrió la puerta que había tras su espalda y se hizo a un lado para dejarlos pasar. En el interior, vieron a un moribundo. Diego de Quesada se moría y el samurái del *bakufu* prefirió que fueran los dioses y no los hombres los que determinasen el destino de *Umi no otoko*.

UN MES MÁS tarde las ramas de los árboles soportaban el peso de la nieve sin quebrarse. Desde que los visitó Hiroyoki y el samurái del *bakufu*, Diego había sufrido varios episodios en los que Taylor y

Villalba creyeron que lo perderían, pero la resistencia del español defendiéndose por sobrevivir sorprendió al mismo Sōeki. Cuando ninguno de ellos ya tenía esperanzas, Diego despertó, su cuerpo se había debilitado tanto que se le marcaban la mandíbula y las cuencas de los ojos. Mariposa había insistido en que debía beber una sopa de soja con *wasabi*[272] para recuperarse. Al principio, Diego vomitaba todo lo que ingería, apenas contenía un par de cucharadas. Con el paso de los días retuvo más alimento, hasta que al fin consiguió comer el cuenco completo.

—Muchas gracias por cuidarme —dijo con la voz cansada.

Al extranjero aún le costaba incorporarse, solo podía dar pequeños paseos por la habitación, sin embargo, Mariposa leyó en sus ojos que la vida se abría camino en su interior.

—Ahora estamos en paz, usted me salvó en el terremoto.

Diego asintió con una sonrisa que se perdió entre la barba.

—¿Ha recibido noticias de Ibuki o de Miyako?

Mariposa, ante la posibilidad de que muriera, le había confesado que Miyako acompañaba a Ibuki y a sus hombres en su afán de luchar contra la corrupción instalada en el *bakufu*.

—Aún no, pero si hubiera malas noticias seguro que ya las sabríamos.

—Es cierto, las malas noticias viajan con rapidez —dijo, sentándose con esfuerzo en un taburete.

El dolor atravesó su semblante y tardó un instante en recuperar la respiración. Diego de Quesada no solo se preocupaba por Miyako, de igual modo lo hacía por Luisa y Eva. Ignoraba el destino de las tres mujeres que formaban parte de su vida y cuánto tiempo pasaría hasta que pudiera averiguarlo.

—Debe descansar y no esforzarse tanto, el doctor ha dicho que no puede abrírsele la herida.

—Mariposa, sería una gran enfermera.

La cortesana sonrió de verdad, con los labios, con los ojos y con el corazón. En su oficio la falsedad cubría todas las emociones.

—No me convencerá con palabras halagadoras. Túmbese, *Umi no otoko-san*.

Mariposa lo ayudó a acostarse, lo tapó con un par de mantas y salió del cuarto. En el pasillo se encontró con el profesor.

—Debo regresar a la Casa de las Libélulas, mañana volveré.

—Es usted un ángel —respondió Villalba.

Desde que habían enviado a la señora Himura a Nagoya por orden del daimio Kawaokura, el profesor sentía que estaba solo. La presencia de Mariposa había sido un bálsamo para Diego, pero también para él.

HIROYOKI HABÍA ESPERADO un mes para ser recibido por el juez que ahora estudiaba su caso. La huida de su esposa había suscitado numerosos rumores a su espalda que habían llegado hasta sus oídos. Incluso Yoshinobu lo rehusaba, mirándolo con desprecio. Sabía bien que apreciaba a Miyako, aunque lo que más le dolía era la mirada de Suka, la concubina de su señor. En el corazón de Hiroyoki se instaló aún más la ira hacia Diego y Miyako. Desconocía dónde se ocultaba su esposa, pero si daba con ella, esta vez, la mataría, a pesar de cualquier ley terranal o divina.

—Adelante —dijo uno de los secretarios del nuevo juez.

Sus palabras hicieron que sus pensamientos desaparecieran para concentrarse en lo que le había llevado hasta allí.

Hiroyoki siguió al funcionario a través de varios pasillos en los que se cruzaron con distintos empleados. La mayoría acarreaban papeles en los brazos y caminaban con prisa como si temieran llegar tarde a algún lugar importante. Un poco después se detuvieron ante una puerta, el secretario la abrió y le indicó con un gesto de la mano que entrase.

En la habitación, el magistrado, un hombre íntegro y lo suficientemente inteligente para haber obtenido ese puesto por méritos propios y no por un matrimonio, miró de arriba abajo al daimio que le había dado tantos quebraderos de cabeza al *bakufu*.

Por su parte, Hiroyoki observó a un miembro del gobierno en su madurez, pequeñas arrugas se dibujaban en torno a los ojos y alrededor de la boca, imaginó que no solo por el paso del tiempo sino a causa del cansancio. En una mesa baja, una pila de documentos se amontonaba a la espera de que el magistrado les dedicase un momento de atención.

—Siéntese —le dijo, aunque sus palabras sonaron más a una orden.

Hiroyoki obedeció y aguardó a que le diera permiso para hablar.

—Sé por qué ha venido, también que está en su legítimo derecho.

El daimio esbozó una ligera sonrisa de agradecimiento.

—Al fin se hará justicia.

El magistrado negó con la cabeza las palabras del samurái, lamentaba romper sus esperanzas.

—Siento decirle que, a pesar de que la justicia abala su petición, es del todo imposible efectuarla.

—¿No entiendo…?

—Se lo explicaré con claridad: no podemos enfadar a las potencias extranjeras y lo haríamos si condenásemos a muerte a uno de sus hombres por un delito como el adulterio.

—No solo es adulterio, también es traición a su clan y a su señor. Creía que Japón no se humillaría de un modo tan denigrante.

Hiroyoki apretó la empuñadura de la katana, la ira avanzó

velozmente hasta su mente, invadiéndolo todo y nublando su vista. Sin embargo, controló su genio para convencer al juez de que debía imperar la justicia japonesa.

El magistrado comprendía las palabras del daimio, aunque parecía vivir ajeno a la realidad que atravesaba su país.

—Daimio Kawaokura, le aseguro que me gustaría concederle el derecho a ejecutar a ese *gaijin*, pero las órdenes del *bakufu* son claras —dijo el magistrado, si bien ante la mirada vengativa del daimio, añadió—: Le advierto que si *Umi no otoko* muere por su mano, usted morirá por la del *bakufu*.

Hiroyoki asintió con la cabeza y no dijo nada más. Al juez no le hacía falta que lo hiciera, en su semblante se leía que mataría al instructor.

ESA MISMA NOCHE, Hiroyoki se reunía con Hinata, afín a la casa de Chōshū. El samurái y compañero de armas de Hiroyoki había asesinado junto a él a varios extranjeros y funcionarios del *bakufu* a los que ambos consideraban traidores. Ahora había llegado el momento de luchar unidos de nuevo.

Se reunieron en una casa de té de Yoshiwara, era el lugar menos sospechoso donde dos samuráis podían conversar sin llamar la atención. Algunas jóvenes bailaban mientras ellos tomaban *sake* y hablaban de banalidades. Un poco más tarde, cuando escucharon las voces ebrias de los clientes que se hallaban en los cuartos de al lado, despidieron a las muchachas, que se retiraron con rapidez. Los músicos hicieron lo mismo, y quedaron los dos hombres solos en la habitación. El olor a incienso y el de los aceites y perfumes de las cortesanas se impusieron sobre el del tabaco de pipa que fumaba su compañero.

—¿Cuánto más he de esperar para que me cuentes qué deseas de mí? —preguntó Hinata.

Esa noche vestía un estrafalario kimono de multitud de tonalidades, un *obi* trenzado de color rojo y dorado lo ajustaba a la cintura, y un *haori* negro con bordados de flores en tonalidades marfil completaba su vestimenta. Lejos de crear hilaridad, Hinata causaba respeto a pesar de la falta de formalidad de sus ropas.

—Ha llegado el momento de actuar.

Los ojos de Hinata brillaron de emoción y su boca se ensanchó en una amplia sonrisa.

—No sabes cuánto he esperado este instante —dijo, sirviéndole *sake*.

—Yo también —afirmó Hiroyoki.

DIEGO DESPERTÓ BAÑADO en sudor. Intentó incorporarse, pero tuvo que aguardar unos minutos porque las piernas aún le flaqueaban y el dolor en el abdomen le cortaba la respiración. Vestido con un *yukata*, debía mostrar una extraña imagen, aunque esas ropas japonesas permitían a Villalba y a Mariposa cambiarle las vendas sin que al desvestirlo sintiese que era desgarrado de arriba abajo. Cuando pudo ponerse en pie, abrió la puerta corredera, la sensación de peligro lo invadió de inmediato, era la misma que había sentido cada vez que participó en alguna contienda en Filipinas. Notó el corazón acelerado y la garganta seca, aguzó el oído, si bien en el exterior el silencio solo era interrumpido por los ronquidos de Villalba y Taylor, junto con el ladrido de algún perro. Advirtió la figura que hacía guardia en el pasillo. Mariposa había insistido en contratar a un par de *rōnin* para que vigilasen por las noches. A los tres extranjeros les había parecido una acción innecesaria, pero ella ignoró sus protestas.

Ver a uno de los *rōnin* tranquilizó a Diego, y volvió a tumbarse en el futón. Fijó los ojos en el techo y pensó en Miyako. Entonces, escuchó los ladridos del perro más intensos y supo, sin lugar a dudas, que el peligro acechaba en el exterior. De nuevo salió del futón, esta vez, la rapidez con la que lo hizo le provocó un gemido y apretó los dientes para soportar el dolor. Soltó una maldición y se calzó las sandalias. Gracias a que confiaba en sus instintos, Diego se giró en busca de su arma, la pistola que sustituía a las que Fernando le había regalado antes de partir. La herida le hacía moverse con lentitud, aun así, consiguió cogerla del arcón donde la guardaba. Diego se apresuraba a cargarla cuando la puerta se abrió con brusquedad, y un hombre, vestido con un kimono de colores llamativos, entró empuñando una katana. Se asemejaba más a un actor de *Kabuki*[273] que a un guerrero, sin embargo, por la manera en que había derrotado al *rōnin* para acceder a su cuarto, debía de ser un samurái diestro con la espada.

El samurái se acercó a él y elevó la katana para darle muerte. Diego creyó que moriría ese día, y alzó los brazos para protegerse. Durante un instante el tiempo se detuvo y recordó sus días en Baeza, sus conversaciones con Luisa, su amistad incondicional con Fernando, la grata satisfacción de haber salvado a Eva de la esclavitud, pero sobre todo, pensó en Miyako. Ella sería su último pensamiento, solo esperaba encontrarla en la eternidad. Instintivamente retrocedió y se clavó en la pierna el saliente puntiagudo de la mesita de noche, eso le obligó a abrir los ojos y vio que su atacante se mantenía inmóvil, mientras lo miraba con el rostro mudado por la sorpresa y la ira, pero

a pesar de que dio un paso adelante, era como si lo sujetasen por detrás. Entonces, Diego miró su pecho, la espada de Taylor lo había atravesado. El samurái se derrumbó en el suelo, quedando arrodillado ante Diego. Taylor extrajo la espada y gritó:

—¡Mis hombres no resistirán mucho más!

Diego comprendió que Taylor no era tan ingenuo como pensaban, el inglés había visto cómo los ánimos se caldeaban día a día, sobre todo, desde que Diego llegó a la casa. Así que, conocedor de los tumultos que a veces asolaban la India, supo que debía tomar cartas en el asunto. Debió de contratar a varios sirvientes más que, en realidad, eran *rōnin* a su servicio. Diego supuso que el pago era lo suficientemente generoso para contar con su lealtad.

Asintió en silencio. Su rostro se veía lívido, pero se giró para cargar la pistola, la amartilló y guardó un par de balas entre sus ropas.

En el exterior, el ruido era ya ensordecedor. Ambos escucharon el sonido de la batalla, que estaba en su máximo apogeo: los gritos de los hombres enfrentándose contra samuráis que gritaban a su vez consignas de muerte a los extranjeros. Parecía que el edificio donde se resguardaban se vendría abajo de un momento a otro por el ataque de sus oponentes. El estrépito de la madera y de cristales rotos garantizaba que la batalla estaba muy lejos de terminar.

La oscuridad, solo rota por los destellos de los fogonazos de las armas y alguna lámpara que había sobrevivido a la contienda, les mostró a los dos hombres que los samuráis no tardarían en invadir la casa. Consiguieron entrar en el cuarto donde Villalba disparaba desde una ventana. El profesor cerraba los ojos cada vez que lo hacía por temor a ver el rostro de aquel a quien matase.

—¡Diego! ¡Gracias a Dios! Creí que lo habíamos perdido.

—Por muy poco, Villalba.

Diego examinó la situación. De todos ellos, él era el único que tenía preparación militar. Así que ordenó:

—Construyan barricadas en el pasillo y no disparen, salvo si están seguros de que van a acertar. Debemos racionar la munición. Villalba, déjeme ahí, usted haga recuento de las balas con las que contamos.

Villalba asintió agradecido. Matar jamás había estado en su naturaleza.

Fuera, la pelea se oía con mayor nitidez. Diego imaginó que los *rōnin* retrocedían posiciones, y lo confirmó cuando algunos de ellos se adentraron en el cuarto en el que Taylor, varios de los ingleses y Villalba se parapetaban.

El profesor rezó, mientras que Taylor dijo:

—Capitán Quesada, ha sido un placer trabajar con usted y lo será morir a su lado.

Quesada esbozó una sonrisa y asintió. Los ingleses siempre eran

tan civilizados, pese a que se encontrasen en un lance como ese. Su sangre española y su deber militar le impedían rendirse sin más, así que ante la sorpresa de sus compañeros se abrió paso hasta el pasillo.

Villalba observó que la herida le sangraba, pero parecía que en ese momento ni siquiera sentía el dolor. Diego alzó el brazo, empuñando el arma, tenía cinco balas, después de gastarlas el enemigo lo mataría. No le importaba, ya nada le importaba. El silencio se hizo al otro lado de la puerta, cuando los samuráis vieron a *Umi no otoko* avanzar hacia a ellos con pasos decididos y el costado empapado en sangre. Muchos le debían la vida, al igual que sus familias, durante un instante dudaron enfrentarse a él, incluso algunos envainaron sus espadas.

Al ver la cobardía de sus compañeros, Hiroyoki se abrió paso entre ellos y se quedó frente a frente ante el *gaijin*. La tenue luz que se filtraba por el pasillo iluminó el rostro de los dos combatientes. Diego exhibía el semblante pálido e indiferente a su suerte. En cambio, Hiroyoki mostraba el de un hombre consumido por el odio.

De pronto, Hiroyoki elevó su katana y se lanzó hacia el *gaijin* con un grito agudo, victorioso. El disparo de advertencia de Diego detuvo al samurái, quien esbozó una sonrisa de triunfo. Cuando vio cómo la pistola le temblaba en las manos, pensó que el *mono blanco* aún carecía de la valentía para matar a un hombre. De nuevo, alzó la espada y, esta vez, un segundo disparo le transformó la mueca de satisfacción en una de incredulidad. Notó el peso del acero, como si fuera irreal, mientras su mirada se apagaba, sus fuerzas menguaron y cayó arrodillado ante el *gaijin*. Sintió la calidez de la sangre descender lentamente por su entrecejo. El temor se apoderó de él, un temor inimaginable. Miró a Diego, quiso hablar, pero ya no recordaba las palabras, después se desplomó en el suelo, justo antes la Muerte le dio la bienvenida en el inframundo.

El corazón de Diego latía con tanta violencia que a pesar del clamor de la batalla que se producía a su alrededor, solo escuchaba sus latidos. Contempló a Hiroyoki, esta vez, no había visto el rostro de Vázquez, sino el de un hombre que lo mataría si él no se defendía. Había librado una encarnizada batalla en su interior mucho peor que la que se llevaba a cabo a las puertas de la casa de Taylor. Arrancó el anillo que colgaba de su cuello y se lo puso en el dedo esbozando una sonrisa. Amartilló otra vez su pistola y disparó, mientras los *rōnin* contratados por el inglés avanzaban a su lado.

87

LÁGRIMAS DE TINTA

París (Francia), 7 de octubre de 1854

El silencio podía ser algunas veces mucho más expresivo que las palabras. Bernard se aseguró de que el matón de Gaillard no despertaría en un buen rato y se encaminó al salón. Al entrar en el cuarto, se detuvo un instante al ver al francés en el suelo con un puñal clavado en el hombro, la sorpresa aún se leía en su rostro. Al advertir su presencia, Gaillard llamó a sus matones, que acudieron en su ayuda al escuchar sus voces. Bernard empuñó el arma que le había arrebatado a uno de ellos, mientras que Luisa blandía la de Gaillard; de reojo, la vio apoyarse en el piano, ella esbozó una sonrisa, y él se concentró de nuevo en la lucha. Los dos tipos de Gaillard que, hasta ese instante habían permanecido en el exterior, prefirieron largarse al descubrir a su jefe malherido y al profesor de *savate* como su adversario.

—¡Malditos cobardes! ¡Os encontraré! ¡Os juró que os arrepentiréis cada día! —gritaba Gaillard entre maldiciones e insultos.

Bernard se acercó a Luisa y le dio un leve puñetazo en el mentón, como hacía con sus alumnos cuando realizaban un buen trabajo.

—Lo has hecho bien, muchacha —la felicitó. Luisa se sentó en el taburete del piano y asintió con un movimiento de cabeza—. Primero voy a atar a esta sabandija, luego buscaremos a los guardias —dijo Bernard, arrancando las abrazaderas de las cortinas.

—¡Cómo te atreves, escoria! —le gritó el anciano.

—Si dices una palabra más, te cerraré la boca. Te juro que estoy deseando hacerlo.

Gaillard observó la mirada del luchador y guardó silencio, aunque sus ojos se desviaron a Luisa. Una sonrisa satisfecha hizo que Bernard se volviera hacia ella. Entonces, comprendió qué había provocado tanta felicidad en ese bastardo. Enfadado, le propinó un puñetazo y le partió el labio.

—¡Luisa! ¿Por qué no me lo has dicho?

La falda de la andaluza mostraba una mancha escarlata que se había extendido hasta sus pies. El profesor se apresuró a cortar con su puñal las cintas del corsé, se lo quitó y comprobó la gravedad de la herida. A lo largo de su vida había visto muchas como esa, nadie la

salvaría, ni siquiera Jean Pierre.

—Bernard… No… Lo sabes —dijo ella, sujetándolo de la muñeca, al ver que pretendía buscar ayuda—. No quiero morir sola.

El francés se arrodilló a sus pies y tomó su mano. La notó tan fría y sudorosa como el cebo de lombriz para pescar.

—Lo siento, muchacha —dijo Bernard, acariciando su mejilla, tan pálida que no ocultaba el azulado de sus venas.

Las lágrimas de Luisa mojaron sus negras pestañas.

—Prométeme que los protegerás —le pidió, apenas sin respiración.

Bernard tuvo que sujetarla por la cintura, o hubiera caído sobre el teclado del piano. La alzó en brazos y la tumbó con delicadeza en uno de los sillones.

—Tengo frío… y miedo…

—Preciosa, no tienes nada que temer, Ninon te ayudará a encontrar el camino.

—Fernando, cuida de nuestro hijo… —dijo, confundiendo a Bernard con su esposo.

—Lo haré, lo convertiré en un hombre del que te puedas sentir orgullosa —le dijo, dándole un beso en la frente.

Un amago de sonrisa se desdibujó en los labios descoloridos y agrietados de Luisa antes de exhalar su último aliento. Bernard contempló la mirada vidriosa de la muerte en sus ojos y le cerró los párpados.

—Descansa en paz, muchacha.

Bernard se giró muy despacio. El dolor se entremezclaba con la locura, y el odio con la venganza. Martilló la pistola y apuntó con ella a Gaillard. Los ojos del anciano se agrandaron, y la sonrisa desapareció de su rostro. En cambio, el miedo a morir y la certeza de que muy pronto visitaría el Infierno hizo que Gaillard temblara como un niño aterrado por culpa de una pesadilla. Abrió la boca para suplicar o maldecir, pero Bernard no le concedió la oportunidad de que pronunciase una palabra.

—Esto es por Ninon —dijo, disparándole en el corazón. Volvió a cargar la pistola y disparó diciendo—: Esto es por Luisa. ¡Espero que te pudras en el Infierno! —gritó, escupiendo en el suelo.

Después tomó de nuevo en brazos a Luisa, abandonó para siempre la casa de Ninon y la depositó en el interior del carruaje de Gaillard. Encañonó al cochero, que huyó igual que un conejo asustado, tomó las riendas y se dirigió al hotel *Le Meurice*.

EL *LE MEURICE* había recibido numerosos visitantes ilustres, celebrado fiestas memorables y realizado eventos que jamás ningún

asistente olvidaría. Tanto el recepcionista, *monsieur* Bastiane, como Jules, el botones, hubieran querido no presenciar la llegada de *monsieur* Bernard al hotel.

Cuando atravesó sus puertas, los pocos clientes que se hallaban en el recibidor miraron horrorizados la aparición de un hombre gigantesco, con el rostro abatido de tristeza, que sostenía el cadáver ensangrentado de una mujer rubia.

El primero que vio a la pareja fue Jules, el muchacho dejó caer la maleta que portaba y, a pesar de las quejas e insultos del cliente, se dirigió hacia Bernard, y *monsieur* Bastiane siguió su ejemplo.

—*Monsieur* Bernard… *madame* Narváez está…

—Sí, ha muerto.

Un caballero se acercó al recepcionista con el gesto descompuesto.

—¿Cómo dejan que escoria como esta entre en el hotel? —preguntó.

Monsieur Bastiane quiso contestar, pero Jules le propinó un puñetazo que lo lanzó al suelo.

—Nadie falta al respeto a una dama como *madame* Narváez.

—¡Denunciaré a *Le Meurice*! ¡Haré que lo despidan!

—Permítame un segundo, *monsieur* Bernard —le pidió Bastiane. Se giró hacia el cliente y dijo—: Estaré encantado de comunicarle a su esposa qué hace los jueves por la tarde en nuestro hotel.

El cliente enrojeció de rabia, se puso en pie y abandonó el recibidor.

—Jules, acompaña a *monsieur* Bernard. Llamaré a la embajada y a un médico para *monsieur* Narváez.

—Gracias, *ami*.

Jules guio a Bernard hasta la habitación de Narváez y abrió con la llave de recepción.

—¿Está seguro de que no quiere que entre?

—Ya has hecho bastante.

—Ella era una gran dama, *monsieur* Bernard.

—Lo era, *ami*.

EN EL BALCÓN, Fernando observaba las luces de París como manchas de acuarela. Antes de que Bernard entrase, él había notado la pérdida, aunque la esperanza se enredó en su corazón cuando escuchó cómo se abría la puerta. Se giró aprisa con el deseo de verla allí, sonriendo como siempre, desobedeciendo sus consejos, enarbolando una causa justa que lo llenaría de preocupación. Eso era lo que anhelaba más que nada en ese mundo, hasta que vio a Bernard y a su preciada carga. La mirada del francés era una confesión firme repleta

de culpabilidad.

—No… no es ella —dijo sin aceptar la realidad. No podía hacerlo.

—Fernando, lo siento.

El dolor se derramó en su interior y emitió un grito agónico, mientras caía de rodillas al suelo.

Los días se sucedieron en una neblina de alcohol, pesadillas y fiebre. Bernard, Basile y Jules, junto con Jean Pierre, hicieron turnos para evitar que en uno de esos ataques se quitase la vida. Se negó a ver a Diego, su hijo le recordaba demasiado a Luisa.

Una tarde, Jules pasó al cuarto de *monsieur* Narváez donde permanecía día y noche Bernard.

—La policía pregunta por usted.

—Era de esperar —afirmó—. Ahora dejo en tus manos y en las de *monsieur* Basile el cuidado de *monsieur* Narváez.

—¿Mató a Gaillard?

—Sí, fui yo —afirmó, sin negar la verdad.

—¿Desea entregarse? —le preguntó el muchacho con la mirada brillante, como si tuviera algo que decir y no se atreviese del todo a hacerlo.

—No, pero no hay otra solución.

—La hay —dijo. Y añadió—: *Monsieur* Basile me ha dado esto para usted. Me ha dicho que *madame* Narváez no querría que estuviese en otras manos.

Cuando Bernard abrió el paquete encontró la pulsera, costaba una fortuna.

—No puedo aceptarla…

—Con ella compraría una vida nueva, lejos de Francia.

—Podría…

Su destino sería la horca. Si podía ayudar a Fernando a lidiar con su pérdida y a protegerlos como había prometido a Luisa, su vida tendría un sentido.

—Entonces, tome esto —le dijo Jules, entregándole un uniforme de empleado del hotel—. Póngaselo, le quedará corto y estrecho, pero nadie se fija en los botones, se lo aseguro.

—Me gustaría despedirme de Fernando.

—Será mejor que no… aún no podemos fiarnos de él.

El muchacho tenía razón. Solo necesitaba llegar a Madrid para cumplir la promesa hecha a Luisa y, tarde o temprano, Fernando regresaría a su hogar. Siguió a Jules y se perdió entre la masa de servidumbre que constituían los empleados del *Le Meurice*.

EL DÍA DEL funeral de Luisa, en el Cementerio de San Isidro, el

cielo amaneció plomizo. Fernando, vestido de riguroso luto, escuchaba el sermón del sacerdote antes de dar el último adiós a su amada esposa. Alejados de la familia y de los ilustres visitantes, una multitud de mujeres, hombres y niños mostraban su respeto en sepulcral silencio.

—¿Quiénes son? —preguntó Narváez a su sobrino.

Fernando desconocía la identidad de todos ellos, pero suponía que se trataba de aquellos a los que Luisa había ayudado. Inclinó la cabeza a modo de saludo y agradecimiento e ignoró la pregunta de su tío.

Tras las palabras del cura se procedió al entierro, y Fernando habría querido ser sepultado junto a ella. Apenas soportaba el dolor, porque era tan intenso que había adormecido cualquier emoción que pudiera sentir. Cuando los sepultureros terminaron de colocar la lápida de mármol con las letras doradas en las que se leía su nombre, permaneció de pie hasta que todos se marcharon y se quedó solo. Ni siquiera notó cómo la lluvia caía a plomo sobre él. Entonces, Fernando lloró. Sus lágrimas por fin brotaban, y como ascuas encendidas quemaban su piel. En la distancia, alguien más fue testigo de su sufrimiento. Un hombre giraba la gorra entre las manos y aguardaba silencioso, mientras la lluvia, al igual que a Fernando, lo empapaba de los pies a la cabeza.

EL SILENCIO FUE lo primero que notó al entrar en su hogar, como le ocurría siempre. Después, se encaminó a pasos lentos al dormitorio conyugal que ya no ocupaba. Abrió la puerta despacio, con la esperanza inútil de sentir la presencia de Luisa en aquella habitación. En ese momento, Petra se deslizó como una sombra en el cuarto de Luisa, llevaba en brazos a Diego. Hacía semanas que ni siquiera preguntaba por él, semanas en que verlo acrecentaba su sufrimiento. La sirvienta se retiró aprisa por miedo a las consecuencias. Fernando la dejó marchar, no se sentía con fuerzas para enfrentarse a su hijo, al menos, no todavía. Acarició la colcha de la cama y casi pudo apreciar el calor del cuerpo de Luisa, incluso su perfume aún perduraba en aquellas ropas. Si bien todo era un engaño, lleno de rabia tiró de ellas y las lanzó al suelo. Jamás volvería, nunca más escucharía su risa ni su voz. Entonces el peso de la soledad más absoluta lo hizo caer de rodillas y maldijo a Dios y a los hombres, a la vida y a la muerte, y sobre todo a Luisa por no haber confiado en él, por no pedir su ayuda. El sentimiento de odio era tan lacerante como el de la pérdida.

Fuera de la habitación, Narváez había escuchado el ataque de locura de su sobrino. Cada día le preocupaba más su estado. Habían pasado meses desde la muerte de Luisa. Comprendía su aflicción, pero

parecía que jamás se recuperaría, y tenía un apellido y un hijo por los que responder. Varias veces había querido hablar con él, y en las que lo conseguía, Fernando le daba respuestas confusas que le habían conducido a pensar que debía ver a un médico.

Esa misma tarde, el doctor Gandía, un reputado y joven neurocirujano, lo reconocería. En esta ocasión, Fernando no se había negado a recibirlo, y tras la visita del doctor, Narváez prefirió hablar a solas con el médico en su despacho.

—¿Cómo lo encuentra, doctor? —preguntó Narváez.

—No creo que su sobrino haya perdido la razón.

—¿Entonces, por qué se comporta como un loco?

Gandía entendía perfectamente la pregunta de Narváez, pero sería muy difícil demostrarle que su sobrino no había enloquecido, solo se lamía las heridas por la pérdida de su mujer.

—El dolor le hace actuar de ese modo.

—¡No es el único hombre que ha enviudado!

—No, pero quizás si es uno de los que amaban con profundidad a su esposa.

Narváez prefirió ignorar las palabras del médico. Ambos sabían bien que la mayoría de los matrimonios entre gente de su clase no se celebraban por amor, sino por conveniencia de las familias.

—¿Cuánto tiempo permanecerá en este estado?

—No lo sé, un par de meses, un par de años…

—¡Años!

—La mente humana es demasiado compleja y frágil a la vez.

—¿Quizás sería adecuado su ingreso en una institución mental?

El doctor miró fijamente a Narváez, no era el primero que pretendía deshacerse de un familiar ingresándolo en un manicomio. Creía que su paciente solo requería tiempo, no un tratamiento que, con seguridad, empeoraría su estado.

—No lo creo conveniente, sino todo lo contrario.

—Comprendo —dijo Narváez sin convicción—. De todos modos, pediré una segunda opinión.

El doctor asintió, lamentando no poder hacer más por un hombre que a todas luces solo y llanamente sufría la pérdida de un gran amor.

—Por supuesto —dijo, y añadió—: Le deseo un buen día.

—Lo mismo digo.

Un sirviente acompañó a la puerta al doctor. Gandía se sacudió la chaqueta con rabia mientras pronunciaba palabras incomprensibles, hasta que en su camino se le cayó el maletín al tropezar con un hombre que, por sus ropas, parecía un trabajador de una fábrica.

—Lo siento —dijo el doctor, disculpándose—: Andaba distraído.

—No importa —respondió el desconocido, dándole el maletín.

—Gracias.

—¿Doctor, hay alguien malo en la casa? —Gandía lo miró con desconfianza, y el desconocido se apresuró a decir—: Su maletín...

—Sí, he visitado a un paciente.

—Espero que Fernando Narváez se encuentre mejor.

—¿Conocía a la señora Luisa Narváez? —preguntó el médico. Todo Madrid sabía de las inadecuadas amistades de la esposa de su paciente.

—Sí, era una mujer diferente al resto de señoras… y caritativa. Quería darle mis condolencias a su marido.

—Debía de serlo, Narváez aún no se ha recuperado de su pérdida.

—Entiendo bien por lo que pasa —confesó el trabajador, mirando hacia el suelo.

—¿El cólera?

Gandía supuso que esa maldita enfermedad que había aniquilado a familias enteras también había terminado con la del hombre de rasgos duros y ojos inteligentes que tenía delante de él.

—Así es, doctor.

—Lo siento mucho.

El trabajador asintió con la cabeza y después preguntó:

—¿El señor Narváez está malo?

—No me está permitido comentar el estado de salud de mis pacientes con extraños.

El trabajador se quitó la gorra y la cogió entre las manos antes de hablar:

—Una vez el señor Narváez ayudó a mi esposa y a mi hija. Envió a un médico cuando ningún otro hubiera visitado a mi familia. Si puedo hacer algo por él, no dude en decírmelo.

Gandía estudió el semblante del trabajador y vio que decía la verdad. Quizás, la presencia de ese desconocido evitase que Narváez fuera ingresado en un manicomio, aunque dudaba que lo dejasen atravesar las puertas de la casa del político más importante de Madrid. Había conocido a hombres cuerdos volverse locos en un manicomio, y dementes que nunca pisarían uno de ellos. En el rostro de Narváez había visto que metería a su sobrino en una institución que a todas luces acabaría con su cordura. Su conciencia no podía consentir una atrocidad tan execrable, así que dijo:

—Acompáñeme, no tenemos mucho tiempo. ¿Cómo se llama?

—Juan Díaz.

—Juan, debemos salvar a un hombre no solo de su dolor, sino de ingresar en un manicomio.

—Narváez no está loco… comprendo su situación —dijo más para sí que para el médico.

—Lo sé, pero su tío piensa lo contrario.

DOS DÍAS MÁS tarde, Juan aguardaba entre las lápidas del Cementerio de San Isidro a que llegase el carruaje de Fernando. El médico le había dicho que salía una vez al día y que visitaba la tumba de su esposa. Solo en ese momento su tío dejaba de vigilarlo. El hombre que divisó caminando entre las lápidas no se parecía en nada a quién se presentó en su casa una noche, reclamándole que impidiese a su mujer frecuentar el barrio en el que vivía. Numerosas canas cubrían su cabeza, una barba espesa escondía unas mejillas delgadas y hundidas. Su encorvada espalda y su lentos andares eran más los de un anciano que los de un hombre aún joven. Llevaba en la mano un ramo de rosas blancas, abrió la reja del mausoleo y entró.

Juan lo siguió y se adentró también en la sepultura. Dentro hacía tanto frío que sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo. El olor a flores marchitas se entremezclaba con el de la humedad, aumentando la sensación de encierro y ahogo. Aquel lugar no era para nadie con sangre caliente en las venas. Juan se quitó la gorra y la apretó con las manos.

Fernando no escuchó los pasos de Juan, ajeno a que alguien más se encontraba en el mausoleo, acarició la lápida de letras doradas y en relieve con la inscripción de «Amada y querida esposa».

—No puedo seguir sin ti —dijo Fernando.

—Debe hacerlo, aún tiene un hijo.

Fernando se giró con brusquedad, con los ojos encendidos por la ira, en su mirada Juan leyó que se preguntaba quién se atrevía a interrumpir su conversación con Luisa. Ni siquiera su tío le imponía un vigilante cuando visitaba el cementerio. Fernando no reconoció a quien había osado profanar un sitio tan sagrado para él.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? ¡Váyase!

—Soy Juan Díaz…

—¿Quién?

—Una vez usted me ayudó, ahora le devolveré el favor.

Fernando no supo a qué se refería ni tuvo ocasión de averiguarlo, ya que un puñetazo lo tiró al suelo. Los días de ayuno y de falta de sueño hicieron el resto, dejándolo inconsciente.

De pronto, un hombre entró también al mausoleo, se trataba del médico.

—¿Era necesario? —preguntó mientras tomaba las constantes vitales de su paciente.

—No habría venido conmigo. Ni siquiera me reconoció.

—Entiendo…, no tenemos mucho tiempo antes de que su tío envíe a alguien a buscarlo.

Juan se cargó a los hombros a Fernando y siguió al médico ante las

miradas sorprendidas de algunos familiares que a esa hora visitaban las tumbas de sus seres queridos. Lo metieron en un carruaje y el médico, desde la puerta, dijo:

—Ahora, solo depende de usted.

Juan Díaz asintió. Haría todo lo posible por que Fernando Narváez recordase que la vida aún merecía ser vivida.

88

TRAICIÓN

Edo (Japón), 3 de enero de 1855
(Primer mes del segundo año de la era Ansei)

El caos invadía a una población que ignoraba de dónde había salido y cuánto duraría. Fukuda y sus hombres, junto con Ibuki y Miyako, se prepararon para pelear. Algunos incluso desenvainaron las espadas al ver cómo la gente gritaba y corría, tropezándose unos con otros.

Fukuda apresó a uno de ellos y le preguntó:

—¿Por qué huyes? —El ciudadano lo miró con los ojos aterrorizados—: ¡Habla!

—¡Fuego!

—¿Dónde? —preguntó Ibuki.

—El daimio Kawaokura… —consiguió pronunciar, con los ojos desorbitados por el miedo.

—¡Maldito estúpido! —gritó Fukuda. Después soltó al hombre, que al verse libre huyó para salvarse. Se giró hacia sus compañeros y dijo —: Supongo que la refriega habrá provocado el fuego. La casa de los *gaijin* está cerca de Yoshiwara, si ha llegado allí, el fuego se extenderá por el barrio del placer.

Miyako comprendió también el enfado del samurái. Las calles de Yoshiwara, al igual que las del resto de Edo, eran estrechas y estaban llenas de construcciones de madera que harían que el fuego se expandiera sin control. Además, el viento que se había levantado desde bien entrada la mañana favorecería que se avivara y se extendiera a mayor velocidad. Dudaba que la brigada antiincendios tuviera la capacidad para enfrentarse a un conato de fuego que ya se veía desde donde se encontraban. Las columnas de humo se multiplicaban por doquier junto con la multitud que intentaba escapar de la ciudad. Todos habían oído viejas historias sobre el gran incendio, ocurrido dos siglos antes, que había arrasado por completo Edo. Las consecuencias fueron terribles y parecía que este nuevo incendio era similar a su predecesor.

—Debemos ayudar —propuso Miyako.

—Nosotros lo haremos, si alguien te reconoce, será tu perdición.

—No pienso quedarme de brazos cruzados. Hemos venido a poner

fin a los abusos de los daimios y creo que mi querido esposo será nuestro primer objetivo —afirmó al ver la destrucción a su alrededor.

Ibuki asintió. Era inútil discutir con ella, así que todos ellos se encaminaron al centro de la ciudad. Las llamas avanzaban mucho más rápido de lo que habían imaginado, la sequía de los dos últimos meses y el viento habían aumentado la virulencia de las llamas, que consumían todo a su paso.

—Será imposible avanzar más —afirmó Fukuda—. Si lo hacemos, temo que quedemos rodeados por el fuego.

Tanto Miyako como Ibuki asintieron, el samurái tenía razón. Así que se encaminaron a uno de los templos, desde donde se organizaba a la población para apagar el incendio. Durante horas todos ellos se afanaron en llenar cubos de agua e intentar salvar a las personas que huían de aquel infierno.

Al día siguiente, Ibuki encontró a Miyako con las piernas cruzadas en el suelo y la cara manchada de hollín. Del kimono de varón, que ahora vestía, apenas se sabía cuál era su color original. El *rōnin* se sentó a su lado y le ofreció una calabaza que contenía *sake*.

—Aún tenemos mucho que hacer —dijo ella, incorporándose.

—Debes descansar. Si caes rendida, en nada ayudarás a esta gente. Duerme un rato, te despertaré en un par de horas.

Miyako asintió, cerró los ojos y el sueño la venció con rapidez. Ibuki tomó su cabeza con delicadeza con su mano y la colocó sobre sus hombros. Durante un instante la sensación fue tan placentera que olvidó la realidad, mientras que la ceniza les caía como copos de nieve.

Seis días duró el incendio, los muertos se contaban a miles, la ciudad había sido destruida y, esta vez, al contrario que con la gran ola, el castillo de Edo había perdido una de las torres de homenaje, aunque había conseguido salvar el resto de la fortaleza.

El séptimo día, Miyako y los hombres de Fukuda cavaron fosas comunes cerca del río Sumida. Dos días más tarde, Miyako reconoció a Momo, la muchacha lloraba desconsolada ante una de las tumbas. Su largo cabello se había soltado de su agarre ocultando parte de su rostro.

—¿Momo? —preguntó Ibuki cuando se acercó a ella.

—¡Ibuki-*san*! —exclamó con los ojos enrojecidos por el llanto. Luego miró a Miyako y dijo—: Dama Kawaokura, me alegra ver que los dos se encuentran bien.

—¿Dónde está tu ama? —preguntó Miyako, temiéndose lo peor.

Momo comenzó a llorar de nuevo y su mano señaló la fosa. Ibuki se asomó y vio el cuerpo de la *oiran*. Varios de los *etas* echaron tierra para cubrir los cadáveres, mientras los monjes entonaban plegarias por las almas de los fallecidos.

—¡Parad, ahora mismo! ¡Se merece una tumba, una incineración y unas ofrendas que la ayuden en su camino al más allá! —gritó Ibuki, sorprendiendo incluso a Miyako.

Los *etas* miraron al tullido, su cara se había transformado en un grotesco semblante y algunos soltaron la pala, mientras que otros la empuñaron dispuestos a defenderse ante ese demonio.

—Ibuki… —dijo Miyako, colocando la mano sobre su hombro—. No hay nada que puedas hacer por ella.

El *rōnin* se giró con violencia. Por primera vez, Miyako veía el rostro que siempre le había ocultado y retrocedió un paso, asustada.

—No se merece acabar así. Avisa a los hombres de Fukuda.

Miyako asintió, también era la primera vez que le daba una orden con la voz acerada. Seguida de Momo, regresaron un rato más tarde.

—Sacadla —ordenó, y señaló a Mariposa.

Luego se dirigió a uno de los monjes, extrajo de sus ropas una bolsa de monedas que pagaría un entierro digno de un samurái y dijo:

—Quiero que le hagáis un funeral.

Ibuki siguió al monje y este a los dos *rōnin* que portaban a Mariposa. Algo más tarde, cuando las cenizas de la *oiran* fueron depositadas en uno de los cementerios que milagrosamente el fuego había respetado, Miyako apartó a Momo de la tumba para poder hablar.

—¿Cómo sucedió?

—La señora Mariposa intentó ayudar a la gente —dijo, sorbiéndose los mocos y limpiándose las lágrimas con la manga del kimono—. Muchas casas de té ardieron, las muchachas se lanzaban por los balcones, y otras no podían salir de las jaulas…

Miyako imaginó la desesperación de esas mujeres y tomó las manos de Momo.

—Todo ha terminado, ahora estás a salvo.

—Escuchamos sus gritos, y la señora me ordenó que esperase fuera. Una a una las niñas salieron, pero ella jamás lo hizo. —Momo agachó la cabeza. Luego añadió—: Varios hombres apagaron el incendio, y cuando entraron, mi señora aún vivía. Entonces…

—¿Qué pasó? —preguntó Miyako con curiosidad al ver el rostro preocupado de la joven.

—Me pidió algo… —dijo, evitando mirarla a los ojos—. Es sobre usted.

—¿Sobre mí? —preguntó Miyako sorprendida.

No llegaba a entender qué podía decirle Mariposa.

—Sí… *Umi no otako*.

El nombre samurái de Diego le hizo recordar el dolor que tanto le había costado ocultar durante esos días.

—¿Qué dijo Mariposa?

—Ibuki la engañó.

Esas tres palabras se asemejaban a pedazos de cristales que se removían en su interior clavándose en las entrañas. La esperanza se abrió paso al pensar que Mariposa solo se había referido a una cosa: ¡Él estaba vivo!

—¿Estás segura? —preguntó Miyako, agarrando con fuerza a la muchacha por los hombros.

—No sé nada más, dama Kawaokura —dijo asustada, al ver el cambio que se había producido en los ojos de la señora—. Solo dijo esas palabras.

Miyako la soltó, y su atención se desvió a Ibuki. Parecía recitar alguna plegaria. Si se enfrentaba ahora a él, ambos lo lamentarían, así que emprendió su camino a la ciudad con la intención de averiguar qué le había ocurrido a Diego.

MIYAKO NO SE cruzó con nadie, ni nada le impidió el paso en su camino a la casa de los ingleses. En el aire se apreciaba el olor de la madera carbonizada y la carne quemada de los fallecidos. Las cenizas aún caían del cielo como pequeños copos de nieve grisáceos y crearon un manto oscuro a sus pies.

La casa de los ingleses tampoco se había salvado del incendio. Atravesó sus puertas y gritó el nombre de Diego, pero nadie respondió a su llamada. El silencio fue la única respuesta que obtuvo a sus palabras. Abrió una de las puertas y encontró a varios hombres muertos, el olor a putrefacción la golpeó de pronto y se tapó la nariz con la manga del kimono. De un vistazo comprobó que no se trataba de ningún *gaijin*. Abandonó la casa sin saber si Diego aún vivía, estaba herido o muerto.

Miyako se reunió con Ibuki, que la esperaba impaciente en el exterior de la casa de los ingleses.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella sin disimular su rencor.

Creía que era su amigo, casi lo consideraba un hermano, no solo de armas, y la había traicionado de aquella manera tan vil que apenas soportaba tenerlo delante.

—Momo me ha contado…

—¿Por qué me mentiste? —preguntó Miyako con los ojos tan oscuros que su color se asemejaba a una de las maderas calcinadas por el fuego. Ante su mutismo, ella gritó—: ¡Contéstame! —Ibuki no dijo nada, aunque Miyako sí—: ¡No quiero volver a verte!

Miyako se giró para marcharse cuando el *rōnin* la detuvo con sus palabras:

—Lo encontrarás en la casa Kawaokura.

Miyako no se dio la vuelta. Siguió andando en dirección a la casa del clan Kawaokura.

A su espalda, el silencio era cortante. Ibuki la vio alejarse, mientras él permanecía impávido, incapaz de detenerla.

MIYAKO MIRÓ LA casa con añoranza. Recordó los días compartidos con su padre, pero sobre todo, la felicidad que jamás disfrutaría de nuevo.

Un extranjero que custodiaba la puerta le bloqueó el paso. Sus ropas la hacían parecer un muchacho, sin embargo, su voz al pronunciar la primera palabra reveló su identidad.

—Deseo ver al capitán Diego de Quesada —dijo ella en un perfecto inglés.

El occidental, uno de los compañeros de Taylor, la miró con desconfianza.

—¿Para qué quieres verlo, muchacha?

—Solo dígale que soy Kawaokura Miyako.

Su nombre provocó en el *gaijin* la sorpresa. Sus ojos se agrandaron y su boca se abrió de manera evidente. Asintió con la cabeza y entró en la casa.

En el interior, Diego de Quesada observaba fijamente y sin pestañear el cuarto que había pertenecido a Miyako. Si cerraba los ojos, la podía ver sentada ante la mesa baja, preparando la tinta y dispuesta a traducir esos libros que tanto le interesaban. Colocó la mano sobre su abdomen, parecía que el dolor jamás desaparecería. La contienda con los samuráis de Kawaokura le había provocado un retroceso en su curación. El médico le dijo que había tenido mucha suerte. Tras su encuentro con Hiroyoki y enfrentarse al resto de sus hombres, la herida se le había abierto y había perdido tanta sangre que durante un par de días permaneció inmóvil. El médico le había advertido que un solo movimiento rompería las suturas y, esta vez, se desangraría. Villalba se convirtió en su guardián, y Taylor en un amigo al que debía la vida. El inglés había conseguido ocultarlo en casa de Hiroyoki. Los samuráis eran mayoría y ellos pronto serían derrotados. A pesar de la muerte de Hiroyoki continuaron luchando, aunque gracias al incendio, que ignoraban cómo se produjo y se propagó con tanta rapidez, habían alejado a esos guerreros de su propósito de asesinarlos. Después, el fuego también se apoderó de la casa de los ingleses y se vieron en la obligación de buscar refugio. La ciudad era un caos y nadie se atrevería a tenderles una mano por miedo a las consecuencias. Villalba sugirió que la servidumbre de la casa Kawaokura huiría temerosa de morir por el incendio. El profesor

tenía razón, no encontraron a nadie en su interior. Tras enterarse de la muerte de su daimio, la servidumbre arrasó con todo lo que había de valor y huyeron. Gracias a un cambio en el viento, la antigua casa del clan Kawaokura se salvó de la destrucción.

—Capitán, una mujer desea verlo —dijo John, el ayudante de Taylor.

—¿Una mujer?

—Sí, dice llamarse Kawaokura.

Diego no daba crédito a las palabras de John. El joven casi terminó en el suelo cuando Quesada se abrió paso para llegar a la puerta.

En el exterior, Diego vio cómo Miyako miraba la entrada de la casa. Varios cerezos se habían desprendido de sus hojas, a pesar de la falta de ellas, aún resultaban soberbios. Diego se detuvo un segundo para tomar aliento, después de recorrer la corta distancia que separaba el cuarto de Miyako de la entrada. El solo esfuerzo de ponerse en pie suponía un hito en su sanación. Contempló a la mujer que decía ser Miyako, sus ropas de muchacho escondían su condición. En el momento en que la visitante se giró y fijó la mirada en él, ambos se reconocieron.

Diego quiso avanzar, para ello se sujetó al marco de la puerta. Miyako advirtió que estaba herido y se acercó deprisa a él.

—¿Eres tú? —preguntó Diego, alargando la mano para acariciar su rostro.

—Sí, soy yo.

La suavidad de su piel, ahora más oscura por su vida en el camino de Tokaido, provocaba en él una inmensa ternura.

—Será mejor que entremos —le pidió Miyako al ver la blancura de su rostro.

Diego se apoyó en sus hombros. El español se sintió a gusto al notar su cuerpo junto al suyo. Podía sentir el ligero aroma que impregnaba su piel. Sí, era ella y no un espejismo.

John abrió la puerta corredera y ayudó a Miyako a tumbar a Quesada en el futón. En ese instante, Villalba apareció por la puerta.

—¡Señorita Miyako! ¡Cuánto me alegra verla!

Miyako se giró y, aún arrodillada, asintió con una leve inclinación de cabeza.

—¿Dónde está la señora Himura?

—En Nagoya, su esposo… en fin… —se corrigió—, su difunto esposo ordenó enviarla allí.

—¿Hiroyoki ha muerto? —preguntó

—Lamento decirte —intervino Diego. Miyako volvió a concentrar su atención en él—: que soy el causante de su muerte. También que no me arrepiento de ello.

Ella asintió con la cabeza, mientras que Diego guardaba silencio,

ya habría tiempo de contarle lo ocurrido con Hiroyoki, ahora debía recuperarse. Diego leyó en la mirada de Miyako su preocupación al ver el sudor en su rostro.

—El médico ha ordenado que no haga excesos —le advirtió Villalba.

Un tenue rubor se apoderó del rostro de Miyako. Sabía bien qué escondían las palabras de su antiguo *sensei*.

—Cumplirá las órdenes del médico —afirmó.

Villalba asintió y los dejó solos.

Diego había escuchado la voz de Miyako y no quería abrir los ojos por miedo a que todo se tratase de un sueño. Si ese era su sueño, prefería no despertar nunca más. Sin embargo, el paño húmedo que limpiaba su frente era muy real. Entreabrió los ojos y los clavó en los de Miyako. De nuevo, alzó la mano y acarició sus mejillas, después con el pulgar rozó con lentitud sus labios. Diego recorrió con ternura el cuello de Miyako y regresó a la comisura de sus labios. Ella temblaba bajo sus manos, mientras que apenas disimulaba su respiración agitada.

—Quiero amarte —le pidió Diego.

—El médico ha dicho…

Diego acalló sus palabras silenciando su boca con el pulgar. Nada habría mejor que ella para curarse.

Miyako se levantó y se desprendió con parsimonia de sus ropas, consciente de que Diego la observaba, mirándola con pasión. Cuando estuvo desnuda, se quitó la peina que sujetaba su cabello y cayó sobre sus pechos como una manta de seda negra. De nuevo se arrodilló a su lado. Para Diego la imagen de Miyako era lo más sensual y exótico que vería jamás. Consiguió incorporarse, y tomó con una de sus manos la barbilla de ella, la alzó para contemplar su mirada, transparente y tan turquesa como las aguas del Caribe.

—Eres preciosa…

—En tu país debe de haber mujeres muy bellas.

—Ninguna como tú —dijo él, acariciando su cuello y descendiendo hasta sus pechos.

Diego utilizaba sus dedos con maestría, y serpenteó por el vientre de Miyako, arrancándole un gemido de placer. Ella quiso tocarlo, pero Diego lo impidió al decirle:

—Apoya las manos en el tatami y curva el cuerpo hacia atrás.

Miyako obedeció la orden consciente de lo que supondría cumplirla. Diego le acarició los muslos y con suavidad le abrió las piernas. La empujó levemente hasta que los hombros de Miyako quedaron paralelos al suelo. Veía por completo su feminidad, expuesta a él a la vez que el resto de su hermoso cuerpo se tensaba a la espera de que él lo recorriese.

Las manos de Diego se aventuraron de nuevo por cada pliegue de la piel de Miyako. Ella solo podía arquear la espalda y emitir pequeños gemidos, rendida a los dedos de Diego. Cuando el español consideró necesario navegar a otros mares se desplazó con voluptuosidad hasta el último lugar más recóndito de su piel. El jienense notó el dulce palpitar de Miyako en el interior de sus muslos. Un pulsar lento y tibio que pasó a ser febril y desbocado.

Miyako se estremecía con las caricias constantes de Diego. Sus dedos se hundían en su carne causando un deleite acendrado y delirante, para un instante más tarde, huir, abandonándola a merced de su voluntad. Para ella, sus embestidas manuales era cómo el sonido de los tambores *taiko*. Sus emociones habían sido suaves, casi imperceptibles, como si un letargo inexplicable dominase su ser, después todo su cuerpo claudicó a entregarse a esa sonora vibración que aumentaba de intensidad hasta olvidarse de ella misma. Entonces, como una explosión súbita, violenta y atroz, cayó al vacío, mientras las manos de Diego se apoderaban de todo su ser, consciente de que nada de lo que pidiese le sería negado.

Diego observó con placer su excitación. Miyako yacía en el suelo, lánguida, y lo miraba con los ojos oscuros, tormentosos y satisfechos. Su cabello cubría sus pechos, pero la blancura de su vientre y el sexo hinchado le demostraron a Diego que Miyako le había necesitado tanto como él a ella.

La joven se incorporó y volvió a arrodillarse. Su respiración pareció acomodarse a las circunstancias, pero el resto de su cuerpo exhibía otras señales a las que Diego apenas podía resistirse.

—El médico ha dicho… —insistió Miyako al fijar la vista en la entrepierna del español.

—Estoy seguro de que Sōeki me perdonará —afirmó él, y luego dijo—: Será mejor que lo deje todo en tus manos.

Miyako esbozó una sonrisa, después lo ayudó a desnudarse y decidió que lo sometería a un delicado tratamiento, aunque perdió la esperanza cuando Diego se adueñó de su boca.

UNA SEMANA MÁS tarde una nevada cubrió de un manto blanco la ciudad de Edo. Esa noche el frío era más intenso y Miyako se acurrucaba contra Diego. A pesar de compartir sus inquietudes, estaba seguro de que le ocultaba algo que la preocupaba.

—¿Cuándo confiarás en mí? —le preguntó.

Miyako se incorporó y clavó la mirada en él. Guardó silencio, y Diego acarició su mejilla. El fuego ardía en un brasero, varias mantas arropaban sus piernas y Miyako le había servido té, que según decía,

curaba cuerpo y espíritu. A él le daba igual qué brebaje le diera siempre que ella permaneciese a su lado.

—Confío en ti —mintió.

Miyako se puso en pie. Ya no vestía la ropa masculina, ahora llevaba un kimono de color gris claro, un *obi* de tonalidad bermellón lo ajustaba a su cintura y una flor adornaba su cabello. Con pequeños pasos llegó hasta la puerta corredera y la abrió bajo la atenta vigilancia de Diego.

—Será mejor que prepare la comida.

—Miyako, no huyas de mí.

La joven se dio la vuelta y agachó la cabeza. Aún no podía hablar de Ibuki. Le dolía demasiado aceptar que la había manipulado sin importarle el dolor que ello le había causado. Miyako sonrió y se marchó con los ojos húmedos a la cocina.

Un poco más tarde, Ibuki entraba a escondidas en el cuarto del *gaijin*. Pese a ser un tullido, aún conservaba la destreza que aprendió del viejo *shinobi*[274]. Todavía era capaz de esquivar a un par de extranjeros que parecían mujeres conversando en un mercado, aunque de pronto se vio sorprendido por el cañón de un arma.

—Amigo, podías haber muerto —afirmó Diego.

—Tú también —aseguró Ibuki, y el español supo a qué se refería cuando miró en la dirección que lo hacía el *rōnin*.

Un puñal apuntaba a su corazón, justo debajo de las costillas. Un ligero movimiento y pasaría al más allá sin ni siquiera saber qué había ocurrido.

—Me alegra verte —dijo Diego, retirando el arma de la sien de Ibuki.

Después se dirigió a un mueble sobre el que había una botella de licor y un par de vasos. Rellenó uno y se lo ofreció al *rōnin*.

—A mí también.

—Te esperaba —dijo Diego.

Fuera lo que fuera lo que había sucedido a Miyako, tenía que ver con Ibuki. Cada vez que nombraba al *rōnin*, su mirada se ensombrecía y la tristeza invadía su rostro.

—Lo sé, te debo una explicación.

—Mejor creo que se la debes a ella.

—No quiere verme y jamás me perdonará. Mi comportamiento ha sido imperdonable.

Diego bebió de su vaso y se sentó junto al fuego. Después le señaló el sitio que con anterioridad había ocupado Miyako.

—Algún día seguro que…

—Yo jamás lo haría —le interrumpió. Y añadió—: Le dije que habías muerto —confesó.

Ibuki observó cómo la mano de Diego apretaba el vaso con fuerza.

Si presionaba un poco más, lo rompería en pedazos.

—¿Por qué? —preguntó Diego con una falsa calma.

—Porque ella te ama.

Diego dejó el vaso a su lado, fijó la vista en los ojos de Ibuki y preguntó:

—¿Eso supone un problema para ti?

Durante un instante, la tensión se instaló entre ellos. Diego se había enfrentado a Hiroyoki y lo haría a Ibuki si se oponía a su relación con Miyako. Los pensamientos del *rōnin* eran un misterio para él.

—Lo superaré —terminó diciendo.

—Entonces, brindo por ello.

—¿Qué hubieras hecho si mis palabras fueran otras? —preguntó Ibuki intrigado.

—Eso es algo que nunca sabremos, ¿verdad?

En realidad, Ibuki sí supo qué haría el *gaijin*. Su mirada oscurecida y desafiante, tan fría como la escarcha, carecía de piedad. Esta vez, comprendió, sin dudar en equivocarse, que se enfrentaba a un samurái. *Umi no otoko* seguía el camino del *bushido*. De nuevo, Ibuki recordó las palabras de su padre: «La senda que debe recorrer un samurái es la de su propia muerte y la de sus enemigos».

89

el ocaso de las luciérnagas

Madrid (España), 3 de abril de 1855

Desde que Diego pisó España, notaba la ciudad de Madrid, que antaño le había parecido bulliciosa y luminosa, oscura y desértica. Dejó el periódico cuando Fernando entró en el cuarto. Su amigo había envejecido y creía que jamás superaría la muerte de Luisa.

—¿Has leído la noticia? —preguntó, acercándose a la ventana.

Vestía con una sobriedad que nunca hubiera imaginado en él. Numerosas canas salpicaban su cabellera pelirroja y sus ojos vivarachos y alegres solo mostraban tristeza. Pensar en Luisa siempre era doloroso para Diego.

—Sí, temo que la huelga se extienda hasta Madrid.

—Supongo que sí.

—¿Qué dice Juan?

A su llegada había oído hablar de Juan Díaz, un trabajador de profundas ideas sindicalistas, y aún no entendía la extraña amistad que unía a Fernando con ese hombre.

—Que serán derrotados sin remedio. No pueden impedir que se modernicen las fábricas hilanderas con maquinaria. Es una batalla que tarde o temprano debían perder.

Diego había intentado hablar con Fernando de la muerte de Luisa. Quería saber qué sucedió, pero siempre que abordaba el tema, su amigo huía y construía un inmenso muro que le prohibía escalar.

Fernando se giró y fijó la mirada en él.

—¿Has tenido noticias de ella?

Sus palabras destaparon una herida aún mayor en el corazón del andaluz y los recuerdos que tanto se afanaba en enterrar se abrieron paso hasta su mente.

Cuatro meses antes, una tormenta de nieve convirtió la ciudad de Edo en un lugar que solo recorrían los *yūrei*[275]. La luz blanquecina entró por la puerta *shōji* e iluminó la silueta de Miyako. Su cabellera negra se esparcía sobre el futón en guedejas que se asemejaban a los dedos extendidos de una mano. De medio lado, apoyaba su cuerpo en uno de sus brazos, mientras su rostro, dormido, exhibía una tranquilidad que produjo en Diego una sonrisa. La observaba en silencio, sentado en el otro extremo de la habitación. Había apoyado

la espalda en la pared y fumaba uno de los cigarrillos que Taylor le había regalado. Su recuperación desde que había llegado Miyako era considerada por el médico casi milagrosa. Diego aún creía que se abría en dos cada vez que se unía con pasión a ella, pero ignoraba el dolor para concentrarse solo en el placer que le provocaba tenerla entre sus brazos.

Su silueta se notaba bajo las mantas y él la acarició visualmente desde la punta de los pies hasta la frente. Como si la tocase, Miyako entreabrió los ojos y estiró los brazos desentumeciendo cada uno de los músculos. Se incorporó y lo buscó con la mirada. La manta resbaló por su cuerpo y le mostró a Diego la belleza de su piel desnuda iluminada por la mortecina luz de invierno. Miyako se puso en pie y se acercó a la puerta que daba al jardín. Sin molestarse en vestirse la abrió y contempló los copos de nieve. De pronto, el frío la hizo cerrar la puerta y cobijarse en sus brazos abiertos.

Entonces, el carraspeo de Fernando lo devolvió al presente.

—Diego, no me has contestado —dijo su amigo.

—Perdona —se disculpó sintiendo aún en la yema de los dedos la sedosa piel de Miyako—, no, aún no tengo noticias.

Fernando quiso decir algo más, pero la entrada de Petra, la mujer que cuidaba del pequeño Diego, acalló la conversación.

—Señor, el señorito ha comido y pensé que querría verlo antes de que duerma su siesta.

Fernando asintió y ella le enseñó al niño. El hijo de Luisa miró con desconcierto a los dos adultos hasta que su padre abrió los brazos. Diego emitió un gorjeo feliz al tirar de la barba de Fernando.

—Es su viva imagen —afirmó Diego.

—Petra, puede retirarse con el niño —dijo Fernando, tensándose al oír las palabras.

Al quedarse a solas le dio la espalda a Diego.

—Fernando, tarde o temprano tendrás que contarme qué pasó.

—¿Para qué despertar recuerdos amargos?

—Necesito saberlo —dijo Diego controlando su enfado. Se obligó a serenarse y añadió—: Para ti era tu esposa, pero ella era como mi propia hermana.

De nuevo los recuerdos fueron agujas que se clavaban en el pecho de Diego. Huir de Japón había sido lo más doloroso que había hecho nunca y cuando llegó a Manila, se sorprendió al oír que Rosales había muerto, que el Hotel Oriente se había destruido a causa de un terrible incendio y que su dueña, la señora Lewis, había perecido entre las llamas. Nada descubrió sobre Eva. El comandante del fortín le dijo que un barco había partido del muelle de Manila y se decía que lo capitaneaba una joloana. Diego no dudó que Eva era esa capitana. Se alegró por ella y le deseó allí donde se encontrase que hallase la

felicidad que a él se le había negado. Después, abandonó Manila y tomó un barco rumbo a España.

El día que descendió del carruaje delante de la nueva casa de sus dos amigos su corazón recuperó un poco de alegría. Estudió un instante el edificio, era mucho más sencillo que el del tío de Fernando, también más pequeño y situado en un barrio, aunque elegante, más burgués y menos aristocrático. Diego les había escrito una carta desde Manila contándoles que llegaría antes que él, puesto que su barco no partiría de Filipinas hasta un mes más tarde.

Diego se sacudió el polvo de los pantalones con el sombrero. Un ligero estremecimiento le agitó el cuerpo, avivando la sensación de incomodidad que últimamente notaba al vestir a la manera occidental. Ignoraba cuánto hasta que marchó de Japón. Ahora los cuellos almidonados de la camisa parecían grilletes que le presionaban la garganta. Llamó con la aldaba y enseguida un criado le abrió.

—Soy Diego de Quesada, los señores me esperan.

El sirviente guardó silencio, pero apenas disimuló la sorpresa que sus palabras le provocaron.

—Adelante, señor.

El criado se retiró de la puerta y lo dejó pasar. Diego lo siguió hasta el comedor, sobrio y poco colorido, muy distinto a lo que era Luisa. Imaginó que aún su mano no había iniciado las reformas.

—Aguarde aquí, avisaré al señor.

Diego se acercó a la ventana, a través de los cristales, observó el exterior. La calle era bulliciosa y la gente andaba de un lugar a otro con prisa. Los carruajes se cruzaron con un grupo de muchachas, supuso que costureras, que se vieron en la obligación de correr para no ser atropelladas. Cuando escuchó cómo la puerta se abría a su espalda, Diego se giró esbozando una enorme sonrisa que tropezó con la mirada ausente, triste y desesperada de Fernando. Diego se sujetó al marco de la ventana, culpable por no haber podido salvar a Luisa. Supo nada más verlo que su amiga había muerto.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Hace seis meses.

Diego se dio la vuelta con los puños apretados y miró el ir y venir de la gente. Hombres y mujeres que desconocían qué sucedía en el interior de aquella casa. Diego envidió su felicidad y su paz.

—¿Cómo fue?

—No quiero hablar de ello.

Diego se volvió con furia, aunque al ver los ojos de Fernando bordeados de lágrimas se sintió miserable.

—Necesito saberlo.

Su amigo le devolvió la mirada cargada de resentimiento y derrotado dijo:

—No pudimos salvarla…

Fernando agachó la cabeza. Durante un momento, Diego contempló cómo la culpa y la frustración se adueñaban de su alma, después salió del cuarto. Desde ese día aquella conversación había quedado pendiente y Diego no estaba dispuesto a que pasase un día más.

—Fernando, ninguno superará su muerte si no hablamos de ello.

—Nunca superaré su muerte.

—Fernando…

—Fue Gaillard, le disparó… Bernard no pudo ayudarla…, lo peor es que no confió en mí.

Sus palabras salieron con rapidez de su boca, enredándose unas con otras.

—¿A qué te refieres…?

—Cuando se sintió en peligro huyó de mí. Ni siquiera me concedió la posibilidad de ayudarla.

Diego maldijo a Luisa en silencio. Era muy propio de ella arreglárselas sola. Imaginaba el calvario por el que había pasado y seguía pasando Fernando.

—Lo siento, ella era…

—¡Era incapaz de amar! —gritó Fernando lleno de rabia—. Si me hubiera amado, no me habría abandonado de esta manera.

—Ella te amaba y lo sabes.

Diego comprendió la ira de Fernando, pero no era del todo justo con Luisa. Su amiga fue una mujer única con un corazón noble. Estaba seguro de que las palabras de Fernando eran producto del despecho.

—Lo sé —reconoció mientras dos lágrimas bajaban por sus mejillas. Se las limpió con el dorso de la mano y se encaminó a la mesa de bebidas. Sirvió dos vasos generosos de coñac y ofreció uno a Diego—. Amigo mío, ¿qué hemos hecho para que la vida nos desprecie tanto?

—No lo sé, quizás pagamos la culpa de nuestros errores.

Fernando esbozó una sonrisa.

—Todavía hablas como un cura.

Diego sonrió en respuesta, pero nunca había sentido la llamada de Dios, solo la de una mujer a la que había tenido que renunciar.

DOS DÍAS MÁS tarde, Juan Díaz apareció en casa de Fernando. El sindicalista traía noticias sobre las diferentes obras samaritanas que Luisa había iniciado y que ahora Fernando continuaba en su nombre.

El hombre se quitó la gorra y la tomó entre las dos manos mientras la giraba. Su mirada orgullosa y desconfiada se dirigió a Diego de

arriba abajo.

—Soy Diego de Quesada —se presentó el andaluz y le tendió la mano.

Juan la apretó y respondió:

—Soy Juan Díaz.

—Lo sé, Fernando me ha hablado mucho de usted.

Juan guardó silencio. Conocía sobre Diego por boca de Fernando. Un soldado honorable que había viajado a tierras *japonas*. Había buscado en un mapa Japón y la distancia desde España era inmensa.

—¿Sabe usted si Fernando tardará?

Diego negó con la cabeza. La informalidad en el trato le demostró a Diego que ambos hombres eran buenos amigos, pese a la diferencia social.

—¿Cómo lo conoció? —preguntó Diego con curiosidad.

Juan se removió incómodo, pero Diego le ofreció un vaso de coñac y el sindicalista lo tomó agradecido. Dio un trago antes de hablar:

—Por su esposa.

—Luisa, quién si no.

—Era una mujer excepcional —aseguró con admiración Juan.

—Y tozuda.

—Sí, lo era —afirmó el sindicalista—. Además de incapaz de mantener la boca cerrada.

Juan miró a Diego, sabía que su comentario era inapropiado, sin embargo, lejos de enfadar al soldado, este asintió con una carcajada.

—Ni se lo imagina. Siempre fue una metomentodo y, sobre todo, una gran mujer. Brindemos por ella —dijo, alzando su copa—: Por Luisa.

—Por Luisa —contestó al unísono Juan. Después la bebida le dio la osadía de preguntar—: En Japón, ¿cómo son las mujeres?

Esas palabras ensombrecieron el rostro de Diego. El sindicalista apreció cómo sus ojos se tornaban anhelantes al recordar aquel momento vivido en un cuarto en Edo.

El cálido cuerpo de Miyako despertó en Diego sus ganas de amarla de nuevo. Rodeó su estrecha cintura con una mano y con la otra le elevó el mentón. Su mirada acuosa era tan nívea como los copos de nieve que caían sobre Edo.

—Detendría el tiempo en este momento —dijo él con la voz pastosa por la emoción.

—Me encantaría que lo hicieras —respondió ella.

Diego no era consciente de lo que significaba su respuesta. La situación en Japón era cada vez más complicada. Pronto las distintas facciones de clanes se enfrentarían en una sangrienta guerra civil.

—Podemos hacerlo, si te…

Miyako acalló sus palabras con la yema de sus dedos.

—No dejaré que las pronuncies, cuando los hombres del clan Kawaokura son convocados para defender al *bakufu*. Mi decisión de tomar partido por la rama Tokugawa nos traerá graves consecuencias, pero la lealtad jurada de mi clan no puede romperse.

—No, por favor… —Diego la miró sin comprender, aunque sintió cómo el frío del exterior atravesaba la habitación y anidaba en su pecho—. Ahora eres libre.

Miyako se apartó de él y se cubrió con un kimono.

—Nunca he sido libre. Me debo a mi clan y a mi gente.

—¿Y yo?

—Diego… —dijo ella, arrodillándose a su lado—. Me has mostrado qué es la felicidad, el amor, la vida, y jamás podré agradecerte lo bastante que lo hicieras, sin embargo, soy una *onna-bugeisha*.

Diego la tomó de los hombros y la zarandeó con fuerza hasta que sus ojos oscuros y peligrosos se clavaron en los suyos.

Durante un instante, se mantuvieron en silencio, pero las posibles palabras que pudieran pronunciarse se vieron interrumpidas por la voz del profesor Villalba tras la puerta *shōji*.

—Señorita Kawaokura, una persona desea verla. Dice que es urgente.

Diego le suplicó con la mirada que no se marchara del cuarto, pero ella ignoró su ruego y dijo:

—Ahora voy.

Los ojos de Miyako reflejaban una despedida que Diego se negaba aceptar y, aún en el presente, Diego escuchaba esas palabras con una nitidez terriblemente dolorosa. Después, para Diego solo se produjo el caos.

—Capitán… —escuchó decir a Juan Díaz.

—Son hermosas y leales —respondió Diego regresando del pasado —. También letales, lucharán por su familia hasta las últimas consecuencias.

—¿Ellas van a la guerra? —preguntó el sindicalista con incredulidad.

—Algunas —contestó y pensó en Miyako.

Había leído la carta que el comandante de Manila le había enviado. Los periódicos no se harían eco de lo que sucediese en Japón, sin embargo, Filipinas se hallaba lo bastante cerca como para que las noticias llegasen con cierta facilidad hasta allí.

En ese momento, Fernando entró, tendió la mano a Juan y dijo:

—Debo acudir con Juan a una de sus charlas. Defiende los intereses de las hilanderas.

—Luisa estaría orgullosa de los dos.

—¿Vienes?

—Prefiero quedarme y leer el periódico.

—Está bien, entonces nos veremos esta noche en la cena.

Diego asintió y cuando se quedó solo en el cuarto extrajo de entre sus ropas la carta del comandante de Manila. La había leído un par de veces y cada vez sentía más temor por Miyako. Se preguntó qué haría, dónde estaría y si aún seguía con vida.

90

un nuevo daimio

Nagoya (Japón), 20 de abril de 1855
(Cuarto mes del segundo año de la era Ansei)

El día en que vio por última vez a Diego, Miyako siguió al profesor en silencio hasta el cuarto en el que su visita aguardaba. Cerrar la puerta de la habitación en la que se encontraba Diego había sido lo más difícil que nunca había hecho. Se obligó a no mirar atrás, sabía bien que su conducta lo había herido.

—¿Cómo te atreves a venir?

Miyako contuvo la ira al ver a Ibuki, quien se arrodilló y tocó el suelo con la frente, después se volvió hacia Villalba con la mirada enfurecida.

—Dijo que era de suma importancia —dijo el profesor a modo de disculpa.

—*Sensei*, déjenos solos —pidió Miyako. Cuando el profesor cerró la puerta, ella dijo—: Levántate, no es necesario.

Sabía bien lo difícil que debía de haber sido ese gesto para el *rōnin*. Él obedeció, se sentó sobre sus rodillas y aguardó a que ella le diera permiso para hablar.

—¿Qué ha sucedido para que vinieras aquí?

—Debes regresar a Nagoya. El clan Todoka intenta apoderarse de tus tierras y vasallos. Saben que el daimio Kawaokura ha muerto y que tú… usted —dijo hablándole con formalidad— ha desaparecido. Sin un heredero claro, no tardarán mucho en despedazar las tierras del clan Kawaokura.

Miyako le dio la espalda. Si había tenido alguna duda sobre cómo actuar, Ibuki las había disipado.

—Tenemos que marcharnos de inmediato —dijo ella.

—Fuera le espera su montura y todos mis hombres dispuestos a luchar.

—Necesito un momento para…

—Miyako —dijo, volviendo a ser el Ibuki de siempre—, si vuelves a verlo, carecerás del valor para hacer lo que debes.

El *rōnin* tenía razón y las maldiciones sobre el clan Kawaokura siempre terminaban cumpliéndose. Introdujo su mano en el *obi* y sacó el botón dorado que Diego le había regalado hacía tanto tiempo, lo

dejó en el suelo y salió de la habitación.

Cuando llegó a Nagoya, Miyako se encontró el descontrol más absoluto. Jiro, el samurái de confianza de su padre, Ibuki y los hombres de Fukuda vigilaban las zonas limítrofes repeliendo los ataques del clan Todoka. Mientras tanto, Iko procuraba organizar la defensa de la fortaleza. El problema era que había pocos hombres y a los campesinos les traía sin cuidado quién ostentaba el cargo de daimio. El señor Kawaokura fue un daimio comprensivo, pero a pesar de ello, durante años la mano corrupta de Kanada había empañado esa imagen haciendo que sufrieran sin que ni su padre ni ella fueran conscientes de la situación.

Los campos de caña de azúcar no habían sido preparados, así que el trabajo que realizaron antes de dejar Nagoya se perdió sin remedio. Las refinerías que Hiroyoki había insistido en construir solo eran un armazón vacío que, a pesar del esfuerzo invertido, nunca se terminaron.

—*Sensei*, tenemos mucho que hacer —dijo Miyako.

Villalba miró las tierras desoladas, los surcos embarrados y las cañas de azúcar podridas por no recogerlas antes de las lluvias.

—Así es, señorita Miyako.

—Lo hemos hecho una vez y lo haremos otra —dijo mirando el rostro de Villalba.

Como siempre que una dama requería de su ayuda, el profesor fue incapaz de responderle con una negativa, aunque sabía bien que se tardaría tiempo en que esos campos estuvieran listos para dar su fruto y, más aún, un beneficio.

—Claro que sí —afirmó sin convicción.

Después todo se precipitó aún más cuando Miyako descubrió que estaba encinta. Eso no le impidió seguir trabajando desde el alba hasta al anochecer. En su quinto mes de embarazo, Jiro envió una nota urgente demandando apoyo en la zona fronteriza del norte. El clan Todoka parecía dispuesto a romper su resistencia y, si no conseguían ayuda de inmediato, nada los detendría hasta llegar al mismo castillo de Nagoya.

—Mi señora, ¿qué deseáis hacer? —le preguntó Iko.

Su amigo de la niñez había solicitado su presencia. Ahora ambos se hallaban frente a frente en la sala donde su padre recibía a sus consejeros. Miyako permanecía arrodillada sobre los talones, su embarazo ya se notaba bajo el *obi*.

—Debemos ayudar al capitán Jiro.

—No contamos con muchos hombres —afirmó Iko y luego dijo—: Si acudo en su ayuda, el castillo quedará desprotegido.

—Lo sé, pero si no acudimos, tarde o temprano los Todoka llegarán a nuestras puertas. Prefiero arriesgarme y alejarlos de los campos.

Iko comprendió las razones de la dama Kawaokura. La caña de azúcar pronto sería recolectada, mejor apartar a los hombres de Todoka de los campos, o quemarían la cosecha.

—Si tuviéramos una docena de samuráis más… —dijo Iko más como un pensamiento que una queja.

Una idea germinó en la mente de Miyako. Era disparatada, pero merecía la pena intentarlo. La vida de todos ellos estaba en juego. Dudaba que el clan Todoka, con fama de sanguinario, respetase a sus campesinos.

—¿Cuánto tiempo crees que aguantaría tu padre?

—Por sus mensajes, no más de dos semanas.

—Entonces tenemos una para formar un ejército. —Iko la miró con asombro interrogativo hasta que dijo—: Trae a Siro.

El samurái entendió qué pretendía su señora. Los campesinos podían convertirse en *ashigaru*[276]. Hasta la subida al poder del clan Tokugawa, cada granjero era en potencia un soldado, hasta que el sogún les quitó la potestad de empuñar armas.

—Son solo campesinos…

—No estés tan seguro de ello —lo interrumpió ella, poniéndose en pie.

—¿Cómo piensas convencerlos?

Iko estudió el rostro decidido de la dama Kawaokura, su porte guerrero a pesar de su embarazo.

—No lo haré yo, sino Siro.

ALGO MÁS TARDE, el campesino que descubrió el deshonesto proceder de Kanada se postraba ante ella. Había engordado lo bastante para apreciar que se trataba de un hombre fuerte y musculoso, capaz de levantar una azada, pero también una espada.

—Mi señora —dijo Siro, arrodillándose con humildad.

—Levántate —le pidió ella.

Siro echó un vistazo a su alrededor, la habitación, aunque austera, era tan grande como toda su cabaña. Los tatamis olían a limpio y varias katanas colgaban de las paredes. La señora se había sentado a su mismo nivel, algo que lo incomodaba.

Siro obedeció su petición y permaneció sobre los talones. Ambos se miraron un instante, a Siro aún le producían una sensación de peligro los extraños ojos de la dama Kawaokura.

—Te preguntarás por qué te he llamado.

—Un siervo nunca se pregunta los motivos de su señor.

—Siro, necesito de tu ayuda y la del resto de tus amigos.

—Todos trabajamos con dureza en el campo —afirmó él,

controlando su furia por las injustas palabras de Miyako.

—Nadie puede trabajar más que vosotros, pero te pido otro tipo de ayuda.

—No la comprendo, señora.

—Quiero que tú y tus amigos defendáis la zona norte de la frontera al mando del capitán Jiro.

Durante un instante, el semblante de Siro se cubrió de sorpresa.

—Hace mucho que los campesinos fuimos despojados de nuestras armas para luchar. Podemos ser ultrajados o asesinados y ninguno de nosotros alzaría su voz contra un samurái. Ahora la dama Kawaokura solicita que derramemos nuestra sangre y empuñemos unas armas de las que carecemos. Mi señora, no estoy seguro de si se trata de un honor o de una terrible desgracia, sobre todo, porque no somos guerreros.

—En eso te equivocas. No hay más guerrero que aquel hombre que trabaja de sol a sol con sus propias manos para alimentar a su familia. No existe nadie más valiente que aquel, que sabiendo que la tierra le niega sus frutos o que el cielo ni siquiera le concede la caridad de regar las semillas que ha plantado con tanto esfuerzo, sigue intentándolo un día más. Te aseguro, Siro, que eso es la mayor de las valentías. No solicitaría tu ayuda ni la del resto si no fuera de suma importancia. El capitán Jiro no aguantará más en la frontera y pronto los samuráis de Todoka arrasarán nuestros hogares.

—Entiendo… Se dice que los samuráis del clan Todoka han asolado muchas tierras y no han respetado ni a mujeres, ni ancianos ni a niños —dijo, y bajó la cabeza.

—Así es —afirmó Miyako y añadió—: El sogún incluso ha tomado cartas en el asunto, pero sin conseguir un verdadero arrepentimiento ni una promesa de no volver a repetir dichos actos. El clan Todoka solo vive por y para la espada.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Una semana.

Hasta ese momento, Siro permanecía con la mirada baja, incapaz de mantener la vista clavada en el rostro de Miyako. Sin embargo, al escuchar sus palabras, alzó la cabeza y fijó la suya en la de la dama Kawaokura.

—¡Es imposible!

—No te pido que tus hombres empuñen una espada.

—Entonces…

—Deben utilizar sus herramientas. Un hacha de cortar madera es tan buena para ello como para abrir cabezas. Una azada, usada en las manos adecuadas, es tan certera como una *naginata*. Tu aldea cuenta con dos o tres expertos cazadores que estoy segura de que saben usar el arco con precisión.

Siro había captado el mensaje, asintió en silencio y se postró de nuevo. Esta vez era él el que había dado por terminada la reunión. No disponían de tiempo y ahora sabía bien qué era lo que se esperaba de él.

Una semana más tarde, los campesinos formaron una fila de hombres vestidos con capas de paja con las que se cubrían de la lluvia. Solo Iko y dos de sus samuráis montaban a caballo. El grupo de *ashigaru* empuñaba aperos de labranza. Cuando Miyako le contó quiénes los acompañarían, leyó en su semblante que pensaba que el embarazo la había perturbado. Sin embargo, ahora viendo esos rostros duros, capaces y con la mayor determinación de poner a salvo a sus familias, entendía que quizás su vieja amiga de la infancia había tomado una buena decisión.

De pronto, el silencio se hizo entre los hombres conforme un caballo caminaba entre ellos. Miyako no aguardaría en el castillo como una dama desvalida más propia de los libros occidentales que de las leyendas japonesas. Era una *onna-bugeisha* y actuaría como tal, su embarazo no supondría un impedimento.

—¡No podéis hacerlo! ¿Quiere acaso matar a su hijo? —preguntó la señora Himura a punto de perder la compostura.

—Si el clan Todoka entra en el castillo no perdonará la vida de ninguno de los dos —dijo ella, acariciando su vientre.

—Señorita Miyako…

—*Sensei*, cuidad de la señora Himura —le pidió con una sonrisa mientras terminaba de ceñirse las cintas que mantenían su peto protector sobre el pecho.

Esa noche había tenido que unir dos *kusazuri*, las placas que protegían su vientre. Después se puso las protecciones de los hombros y la de los pechos y por último las de los brazos y las piernas. La armadura había pertenecido a sus antepasados. Miró el retrato de la condesa de Carrión y de Ryô, esperaba que sus ancestros salvaguardaran la vida de su hijo. Oró una breve plegaria buscando su apoyo y tomó el *kabuko*, el casco con una media luna dorada. Además, se colocó el *mempo*, una máscara que impedía que la reconociesen. Su cuerpo podía ser el de un samurái con demasiada afición al *sake*.

A pesar de los lloros, consejos y amenazas de la señora Himura, Miyako lucharía al lado de esos hombres.

—¿Quién es? —preguntó uno de los samuráis a Iko.

—Es la dama Kawaokura —afirmó sin dudarlo.

Su compañero la observó sorprendido, al igual que el resto, ya fueran samuráis o *ashigaru,* cuando ella se quitó la máscara y dejó ver su rostro.

El murmullo que se había transformado en silencio dio paso a una horda de vítores. La dama Kawaokura era lo más parecido a un daimio

que tenían y todos y cada uno de ellos admiraban la valentía de la hija de su señor.

DOS DÍAS MÁS tarde alcanzaron la zona fronteriza entre las tierras de Todoka y las suyas. Desde que partieron de Nagoya no había dejado de llover. Los hombres, con los pies embarrados bajo sus capas de paja, andaban a paso ligero. Los samuráis tuvieron que descabalgar y, llegado el momento, abandonaron sus monturas. El bosque se hacía más profundo y debían avanzar despacio y en silencio, temerosos de una emboscada. El sol apenas se adentraba por culpa de la espesura de los árboles, causando que muchos de los *ashigaru*, supersticiosos de por sí, hablaran de los demonios que habitaban el bosque.

Miyako notaba a su hijo moverse en su vientre, creía que sentía que el peligro los acechaba. Iko alzó el brazo e hizo una señal para que todos se agachasen. El explorador que había enviado había regresado con la noticia de que unos soldados de Todoka habían roto la resistencia del capitán Jiro.

El samurái se acercó a Miyako, quien al igual que el resto, permanecía oculta tras el tronco de un árbol.

—¿Qué ha dicho el explorador?

—Un grupo de diez samuráis se encuentran a unos 200 *ken*[277]. Si avanzamos más, nos oirán. No podemos continuar sin tropezar con ellos.

—Nuestros hombres no son silenciosos.

Miyako sabía bien que, aunque valientes y fuertes, no se habían adiestrado en el arte de la guerra. Cualquier samurái hábil en las armas podía acabar con siete de ellos. Imaginaba que Iko escogería un claro, un valle o un lugar donde los campesinos contasen con mayores oportunidades de sobrevivir. Ella había instruido a los *ashigaru* diciéndoles que nunca se enfrentasen a un samurái. Debían rodearlo de cinco en cinco, como harían al cazar un jabalí, cansarlo de igual modo que a una presa, y después el más diestro debía asestarle el golpe fatal. Era una táctica deshonrosa, pero más tarde, cuando hubieran vencido, se ocuparía de sus escrúpulos.

—Entonces debemos hacerlo nosotros —dijo, señalando al grupo de seis samuráis compañeros de Iko. Y añadió—: La proporción es buena, siete samuráis del clan Kawaokura y diez del clan Todoka.

—No puedo permitir que…

—Soy una *onna-bugeisha*, ¿por qué todo el mundo parece olvidarlo? Derroté a mi esposo, y si mi padre no lo hubiera impedido, te aseguro que lo habría matado ese día.

Iko conocía la inteligencia de la dama Kawaokura, a pesar de su

condición femenina no hubiera deseado contar con ningún otro para establecer una estrategia que les ayudase a vencer al enemigo.

—¿Qué debemos hacer?

Miyako sabía que las fuerzas eran tan similares que, posiblemente, perecerían en el combate, salvo si las igualaba de alguna manera. Repasó en su mente las diferentes lecturas que había realizado sobre las batallas en las que habían participado dirigentes tan importantes como Toyotomi Hideyoshi[278] o Tokugawa Ieyasu. Hideyoshi siempre había usado la inteligencia, era astuto y paciente, en cambio, Ieyasu había sido impaciente y actuaba por impulso. Creía que las enseñanzas de Hideyoshi serían las convenientes.

—¡Un saco! ¡Necesito un saco! —pidió.

Cuando se lo entregaron, metió una piedra. Después, se quitó el casco y, ante la sorpresa de sus hombres, se soltó el cabello.

—Iko, córtalo.

—Mi señora…

—Hazlo, ahora mismo.

El samurái desenvainó su *shōtō*[279] y cortó los largos, negros y brillantes mechones del cabello de su señora. Después los metió en el saco.

—¿Qué pretende? —preguntó inquieto.

—Alguien quiso asesinar a Toyotomi Hideyoshi de esta manera.

—¿Y funcionó?

—No, pero quizás los dioses sí deseen concedernos la oportunidad que negaron al samurái que enviaron para matarlo.

—Es peligroso…, aunque…

—Iré yo y… —lo interrumpió Miyako.

—¡No! —exclamó Iko con osadía y la voz acerada. Al darse cuenta de su actitud, añadió—: Puede que disimule su figura bajo la armadura, y oculte su rostro con esa máscara, sin embargo, jamás engañará a nadie con su voz.

Miyako asintió a lo inevitable. Tenía razón, por mucho que enronqueciese su voz, descubrirían con rapidez que no era un varón y eso crearía sospechas en los hombres de Todoka.

—Está bien… —aceptó con resignación—. Intenta acercarte al jefe, di que es mi cabeza, muéstrale mis cabellos. Espero que eso le convenza. Después nuestro destino estará en manos de los dioses—. Suerte.

Iko asintió y sus hombres y Miyako lo siguieron a una corta distancia. Se desprendió de las insignias que lo identificaban como samurái de la casa Kawaokura. Después, pidieron a los *ashigaru* que avanzasen con un silencio sepulcral. En cambio, Iko se adentraba en el bosque haciendo el suficiente ruido para alertar a sus enemigos, era parte del plan. Uno de ellos le salió al paso y le apuntó con un arma.

Miró a su alrededor y aguzó el oído, al fin se tranquilizó al creer que Iko iba solo.

—¿Quién eres?

—Soy un samurái al servicio de la casa Otowara.

Todos conocían la historia del último daimio Kawaokura. Hijo de la familia Otowara, había muerto a manos del amante de su esposa, un extranjero que había sido nombrado samurái. El hombre de la casa Todoka escupió en el suelo al pensar en la deshonra que se había cometido contra el código *bushido*. De todos modos, apuntó con un fusil a Iko y lo obligó a que continuara andando con un gesto del arma.

De los nueve hombres, dos dormían, otros dos afilaban sus espadas, un quinto fumaba, apoyado en el tronco de un árbol. El sexto y el séptimo se encontraban a escasa distancia del octavo y el noveno, que protegían a su jefe: un guerrero de mirada desconfiada y con varias cicatrices que demostraban que había batallado en numerosas contiendas.

—Te has arriesgado demasiado —le dijo cuando vio cómo Iko se arrodillaba ante él—. El clan Otowara no es nuestro enemigo, pero tampoco es nuestro amigo.

—Creo, mi señor, que a partir de ahora cambiará de opinión.

—¿Por qué?

Iko abrió el saco y extrajo los cabellos de Miyako.

—¿De quién es esa cabeza?

—De la bruja Kawaokura —dijo Iko. Debía ser convincente, pero sabía que Miyako lo escuchaba y sintió vergüenza por sus palabras—. Le arranqué los ojos antes de matarla.

El samurái se acercó a él, alargó la mano y tocó los sedosos cabellos de una dama.

Iko supo que había llegado la hora de la verdad. No tendría otra oportunidad, así que volteó el saco y golpeó con fuerza el cráneo del hombre que quizás había matado a su padre. El samurái que lo apuntaba con el fusil disparó, aunque no logró alcanzarlo, porque una flecha se clavó en su pecho, errando su puntería. Iko se puso en pie mientras veía cómo el samurái que fumaba corría en su dirección con la espada en alto. En ese momento, sus hombres, capitaneados por la dama Miyako, salieron de su escondite, enfrentándose al resto. La dama Kawaokura empuñaba una *naginata* que manejaba con tanta maestría que impedía que cualquiera de ellos se aproximara sin perder un miembro o, incluso, la cabeza. Pese a que su embarazo le restaba rapidez, logró situarse delante del jefe del grupo. A esas alturas, se había puesto en pie, su ira era palpable y desenvainó la katana.

—No es propio de samuráis combatir de esta manera —dijo, ante el silencio de su oponente se fijó más en él, y añadió—: Se dice que la

bruja de ojos de agua está preñada de un *gaijin*.

Miyako movió de nuevo con habilidad su arma y acalló a ese charlatán, ya que la hoja de la *naginata* rozó su pecho y lo obligó a saltar hacia atrás como una rana asustada por un pez.

—¿Quién eres? —preguntó moviéndose a su alrededor.

Miyako pensó que su rival contaba con cierta ventaja sobre ella. El bosque no era lo mejor para usar una *naginata*, sin embargo, no le permitiría abandonar el lugar en el que habían encendido la fogata, libre de árboles que le impidiesen girar la afilada hoja.

—Soy la dama Kawaokura —dijo, quitándose el casco, dejando al descubierto su treta.

—No me agrada luchar con una mujer… y menos aún con una que se ha vendido a un *gaijin*.

Su cabello corto le confería la imagen de un muchacho. Sus delicadas facciones se habían redondeado debido al embarazo, pero los ojos de Miyako se veían oscuros, profundos y peligrosos. Sin embargo, eso no fue lo que hizo que el samurái retrocediese asustado, sino el cambio de color que demostró la veracidad de las viejas leyendas sobre las mujeres descendientes del clan Kawaokura.

—Ni a mí con el hijo de una *dyotaka*[280].

Miyako alzó la *naginata*, la volteó sobre su cabeza, dobló la rodilla y dio dos pasos a la espera de que el samurái la atacase de nuevo. Los aceros se tocaron y el samurái intentó avanzar por la fuerza, aunque Miyako plantó los pies en la tierra y se mantuvo firme. A continuación, movió la *naginata* arriba y abajo, impidiendo que la afilada hoja de la katana la alcanzase. Mientras lo hacía, el samurái del clan Todoka la insultaba para que perdiera el control. El sudor descendía entre sus pechos, pero se giró para sorprender a su oponente. En uno de los giros, acabó con una rodilla en el suelo, a la vez que la terrible hoja de su *naginata* rozaba la mejilla del samurái, haciéndolo sangrar.

—Es hábil —dijo casi con admiración.

—Usted también —le reconoció Miyako con la respiración agitada.

Alrededor, sus hombres combatían contra los del clan Todoka sin que ninguno fuese un ganador.

Miyako se puso en pie y los dos filos letales se acariciaron con suavidad hasta volver a alejarse. Durante un segundo la punta de la katana inmovilizó la de la *naginata*. Ambos se separaron y se retiraron para recuperar una postura que los habilitase para acometer con mayor precisión al otro. El samurái levantó la katana, la bajó una vez y después, con un grito de guerra, se lanzó hacia Miyako, que lo detuvo con el *eda*[281] y no con el *ha*[282]. Durante un rato realizaron los mismos movimientos, asediando y retrocediendo como si hubieran ensayado multitud de veces esos pasos mortales. Entonces, tanto

Miyako como el samurái comprendieron que pronto el combate terminaría con la derrota de uno de ellos.

Miyako sentía el temblor de las manos cada vez que el samurái golpeaba su *naginata*. Sus mandobles eran fuertes y certeros, y no aguantaría más.

—Es un contrincante peligroso —dijo él con la voz entrecortada—: No me ha abierto el vientre por muy poco.

—Usted pelea bien para ser una escoria del clan Todoka.

El hombre emitió una carcajada que no engañó a Miyako, sabía que si seguía luchando mucho más, el cansancio le daría la oportunidad a su oponente para que la matase. Solo rogó a los dioses que la armadura de Ryô fuera lo bastante buena para resistir. En uno de los giros dejó un instante su costado al descubierto, el samurái la embistió sin advertir que la *naginata* no se encontraba esta vez en la posición elevada sino a los pies de Miyako. Ella sintió el suave roce del acero, el picor de la herida en la piel y la sangre pegajosa adherirse a sus ropas, aunque esa leve herida le permitió disponer del tiempo necesario para alzar su arma. La hoja filosa cortó como si se tratase de tofu la armadura del samurái. En su avance destrozó el brazo del guerrero. No moriría, pero no volvería a usar una espada.

Miyako se apoyó en su *naginata*, al llevarse la mano a la cintura notó la sangre cálida en ella. Después miró al samurái, arrodillado a sus pies, el brazo inerte a su costado y la espada en el suelo. Su rostro era la imagen de la derrota.

—Es muy hábil, dama Kawaokura —dijo reconociendo la valía del vencedor.

—Usted también ha sido un digno oponente.

Entonces el samurái del clan Todoka se quitó el casco, señal de que se rendía ante el enemigo. El resto de sus samuráis detuvieron la lucha y lanzaron sus espadas. Ese día el clan Kawaokura, con la hija del daimio al mando, la bruja de los ojos de agua, ganó una batalla contra el clan Todoka.

—Dígale a su daimio que las tierras del clan Kawaokura de nuevo tienen un daimio—. El samurái la observó sorprendido—. Yo soy el daimio Kawaokura.

Ninguna mujer había osado asumir el título de daimio, pero ninguna otra lo habría defendido con más valentía que esa.

—¿Algún mensaje más, mi señora?

—Deseo la paz con el clan Todoka. Podemos beneficiarnos de la producción y venta de caña de azúcar, independientemente de nuestras lealtades.

El samurái sonrió ante la astucia de esa mujer. Conocía bien la fama del daimio Todoka. Siempre que hubiese dinero de por medio, la lealtad era un tema secundario.

—Eso agradará a mi señor —dijo antes de que la pérdida de sangre le hiciera desmayarse.

91

la purga

Nagoya (Japón), 2 de agosto de 1858
(Octavo mes del quinto año de la era Ansei)

Ibuki cabalgó toda la noche preocupado por el destino de Miyako y de su hija Umiko. Las noticias que había escuchado en una posada del camino de Tokaido eran sumamente alarmantes. Si alguna de ellas era cierta, debía llegar cuanto antes a Nagoya. La firma del tratado Harris entre Estados Unidos y Japón en Shimoda, un mes antes, significaría un verdadero problema para el clan Kawaokura. Miyako había pactado una alianza con el clan Todoka, aliado a su vez del clan Chōshū y Satsuma.

Al quinto día, Ibuki divisó el castillo de Nagoya y los campos de caña de azúcar. Los campesinos se afanaban en preparar la tierra para cultivar la siguiente cosecha. Incluso vio la columna de humo de la chimenea de la refinería que Miyako había conseguido poner en pie.

Cuando descabalgó, se sentía agotado, había días en los que el dolor lo obligaba a tomar la flor de la amapola china. Era un secreto que Miyako fingía ignorar, sin embargo, cada vez necesitaba más cantidad para mitigar el sufrimiento, ya no solo el dolor físico.

Varios criados se apresuraron a atenderlo, todos en el castillo de Nagoya lo conocían. Suponía que Miyako y Villalba andarían en los campos, pero la señora Himura y Umiko se hallarían en alguno de los jardines del castillo.

—Me gustaría ver a la señora Himura —dijo a uno de los sirvientes.

El criado asintió y lo condujo a uno de los jardines, era de dimensiones reducidas, para que una anciana vigilase a una niña de la edad de Umiko sin cansarse.

—Señora Himura —saludó Ibuki, inclinando la cabeza con respeto.

—Muchacho, me alegra verte.

—¿Dónde está la dama Kawaokura?

Ibuki jamás había vuelto a permitirse tutearla tras el día que le pidió que abandonara al capitán Quesada, y ella tampoco le había concedido la confianza para hacerlo.

—Está con el *sensei,* organizando a los hombres en los campos.

—¿Y Umiko?

—Allí —Señaló la anciana—, cazando libélulas.

Ibuki vio a una niña de pelo oscuro, tez blanca y ojos negros. Sus facciones eran claramente japonesas, herencia de Miyako, su cuerpo era espigado como un junco. A pesar de que su rostro contaba con una hermosa armonía, en su mirada no se reflejaba la rebeldía de su madre, sino la calma de su padre, el samurái *Umi no otoko*. Sería interesante ver cómo se convertiría en mujer, aunque él no fuera testigo de ello.

A su espalda, oyó unos pasos y el grito agudo y alegre de Umiko al descubrir que su madre había llegado. Miyako se arrodilló, la cogió en brazos y besó su frente. No era habitual ver a una madre japonesa mostrar tanto afecto, pero presenciarlo colmó de ternura el corazón de Ibuki.

—Señora Himura, lleve a Umiko a su habitación, debo hablar con el señor Ibuki. —La anciana asintió, y Miyako se dirigió a él, diciéndole—: Sígame.

Ibuki sentía que el brazo le ardía, había esperado contar con más tiempo antes de que lo recibiera Miyako. La siguió hasta la sala donde el antiguo daimio atendía a sus visitas. Las puertas que daban al jardín estaban abiertas, Miyako se sirvió un poco de agua y le ofreció a él. El *rōnin* tomó el tazón, que tembló en su mano, quiso disimularlo, pero fue consciente de que Miyako lo había advertido.

—¿Por qué ha venido? —le preguntó, y señaló el suelo para que se sentase.

Ibuki intentó por todos los medios evitar que su rostro evidenciara el dolor, pero su cuerpo parecía no obedecer sus órdenes.

—Debe ser cuidadosa, hay rumores…

—Siempre hay rumores —lo interrumpió.

—Esta vez, son ciertos, te aconsejo que vigiles tu espalda —la tuteó.

Ibuki notaba el cuerpo ardiendo y no podía pensar con claridad.

—¿Te encuentras bien? —lo tuteó a su vez Miyako.

Ibuki sonrió al escucharla, no estaba seguro de que sus palabras fueran producto de la fiebre.

—Sí… yo no soy importante —consiguió decir, si bien cada vez le costaba más hablar—. El sogún Iesada está muy enfermo, tanto que han nombrado *Tairō*[283] a Ii Naosuke.

—Ii Naosuke es partidario de la apertura a las naciones extranjeras, eso acrecentará las disputas con los daimios seguidores del movimiento *sonnō jōi* y el clan Chōshū, que se opone a los Tokugawa. Imagino que el señor Mito se opondría al nombramiento de Ii Nosuke, además, creo que el tratado con Estados Unidos habrá caldeado aún más los ánimos. ¿Cómo le han permitido firmar el acuerdo?

—Le han impedido presentarlo al emperador y con el apoyo del *bakufu* ha tomado la decisión de firmarlo.

—Es un hombre inteligente, creo que ha obrado de la mejor manera, aunque eso le creará problemas con los daimios *Tozama*[284].

—Debes intentar no tomar partido con ninguno de ellos.

—Eso me haría enfrentarme al clan Todoka.

—Es mejor luchar contra el clan Todoka que contra Ii Naosuke.

Ibuki tuvo que apoyar su mano en el tatami, sentía que de un instante a otro caería desvanecido. Se había visto en la necesidad de cortar el brazo hasta el hombro para evitar que la infección avanzase, pero el médico le había dicho que no siempre era un medio eficaz para prevenir la muerte.

—Ibuki…

—Solo necesito un poco de tiempo… —mintió.

Miyako se puso en pie y se giró para contemplar el jardín. A esas horas lo invadían los insectos que atraían los farolillos encendidos poco antes por los criados.

—Pronto, otras potencias exigirán las mismas condiciones. Serán tratados desiguales que restarán poder a la soberanía de Japón. Ii Naosuke está sentado sobre un polvorín.

—Eso no es todo…

Miyako se volvió y fijó la mirada en su antiguo amigo.

—Qué más debo saber…

—Ii Naosuke ha establecido que el nombramiento del sogún solo incumbe a la casa Tokugawa, ni los daimios ni el emperador tienen voz o voto en su elección.

—Eso deja a Yoshinobu de nuevo lejos de convertirse en sogún.

—¿A quién preferirías como sogún: a un niño de doce años o a un joven capaz de acabar con tu poder? —preguntó Ibuki.

Esta vez, Miyako se arrodilló a su lado y tocó su frente con delicadeza.

—Estás ardiendo…, más tarde seguiremos esta conversación. Llamaré al médico.

—Ninguno puede sanar mi herida —aseguró Ibuki.

—Solo la amapola china —respondió ella con tristeza.

—Así es —afirmó Ibuki avergonzado.

Miyako se levantó y salió del cuarto, Ibuki pensó que no soportaba su presencia y no la culpaba por ello. Cuando creía que el dolor asolaría su cordura, la puerta se abrió de nuevo, era Miyako. Traía con ella la bolsa de tela en la que Ibuki guardaba su pipa y el opio.

Miyako se marchó, e Ibuki le agradeció que lo hiciera, la vergüenza apenas le dejaba respirar.

En el exterior, Iko aguardaba a Miyako. El samurái había ocupado el puesto de su padre. El comandante Jiro había muerto defendiendo

la frontera norte de las tierras de Kawaokura. Esa noche, a pesar del calor sofocante, la luna llena iluminaba el camino por donde Miyako e Iko paseaban. En un momento que Miyako se detuvo, Iko dijo:

—Nunca me has contado por qué permites que un *rōnin* adicto al opio te visite y te trate con tanta familiaridad.

—Él me salvó la vida dos veces.

—También te traicionó —le recordó.

—Lo sé…

—¿Por qué ha venido?

—Porque trae noticias de Edo.

—Noticias…

—Iko, debemos tomar una decisión. Pronto estallará una guerra civil, estoy segura de ello.

—No sabía que las damas del clan Kawaokura poseyeran el don de la clarividencia.

—Sabes bien que no, pero ese será nuestro destino. Ahora tenemos que escoger en qué bando queremos luchar.

La seriedad cubrió el rostro del samurái, pero guardó silencio, mientras los ojos de Miyako se oscurecían de igual manera que sus pensamientos.

UNOS DÍAS MÁS tarde, el castillo de Nagoya despertó con el anuncio de que el sogún Tokugawa Iesada había muerto, además, sin un heredero. Enseguida el niño de doce años, primo de Yoshinobu, fue nombrado sucesor. Los rumores sobre qué harían los daimios no partidarios de dicho nombramiento eran numerosos y levantarían ampollas en el dirigente del *bakufu*. Unas semanas más tarde se firmarían nuevos tratados con otras potencias extranjeras, rompiendo así con más de doscientos años de aislamiento de Japón. Parecía que la premonición que una noche hizo Miyako ante Iko no tardaría en cumplirse, aunque, aun con todo, no esperaba la visita de un hombre como Mito Nariaki.

Miyako lo recibió en la sala de audiencias de su padre, vestida con un kimono sobrio y acompañada de Ibuki e Iko, ambos habían insistido en estar presentes. Ninguno de los tres se fiaba de Nariaki, pero todos ellos sentían curiosidad por saber qué lo había llevado hasta Nagoya.

El daimio Mito se inclinó de forma respetuosa ante la señora Kawaokura. Una criada se apresuró a dejar una bandeja con té para los dos, Iko e Ibuki permanecían a la espalda de Miyako con ojos vigilantes.

—Dama Kawaokura, ¿era necesario? —preguntó el señor de Mito

al ver el rostro poco amigable de los dos hombres.

—¿Supone un problema para usted?

—Ninguno, aunque creía que nuestras diferencias ya se habían olvidado.

Los ojos astutos del daimio, lejos de apaciguar esas discrepancias a las que hacía referencia, incrementaron su desconfianza.

—No creo que haya viajado tan larga distancia para hablar de un asunto que nunca ocurrió —dijo Miyako.

Mito bebió el té de jazmín y clavó su mirada en la oscura de ella, después asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Imagino que ya ha oído lo sucedido en Edo. —Miyako asintió a su vez, y el señor de Mito preguntó—: ¿Qué hará?

Miyako no esperaba una pregunta tan directa. Pensó que el daimio de Mito estaba desesperado por encontrar nuevos aliados y mantener a los antiguos amigos, que se verían como ella en la obligación de elegir un bando lo quisieran o no.

—Señor de Mito, esa es una decisión que haré saber en su momento al *bakufu*.

—Creo que no entiende la gravedad de su situación.

—Mi situación es como la del resto de daimios…

—Si piensa eso está muy equivocada —la interrumpió Mito, esbozando una sonrisa ladeada y añadió—: Ii Naosuke tiene planes para una mujer como usted, viuda y administradora de unas tierras que dan beneficios.

Miyako sintió cómo una mano invisible y helada presionaba su garganta, intentó no mostrar su temor antes de hablar:

—¿Planes?

—Hará todo lo posible por mantener al clan Kawaokura de su lado. Sabe bien que tuvo que realizar una alianza con el clan Todoka, pero también que su matrimonio…

—¿Mi qué…? —preguntó ella interrumpiéndolo.

Mito emitió una carcajada ante el rostro sorprendido de Miyako.

—No puede ser tan ingenua de creer que el *bakufu* la ha olvidado, solo ha esperado a encontrar al candidato adecuado para casarla de nuevo. Una mujer nunca será un daimio y una hija mestiza tampoco —dijo con desprecio.

Miyako apenas escuchó el resto de la conversación, sin embargo, el *bakufu* ignoraba que la había lanzado a unirse al clan Mito en aquello que hubiera decidido hacer.

—Daimio Mito —dijo antes de acabar con la reunión—, pronto le comunicaré mi decisión.

Sabía que aliarse con Mito implicaba abandonar el cultivo del azúcar y construir más herrerías donde fabricar fusiles. El día en que el *bakufu* descubriese que el clan Kawaokura se oponía a su política

sería un blanco más que aplastar.

El señor de Mito inclinó la cabeza de nuevo, en su mirada Miyako leyó que había adivinado qué haría. Cuando cerró la puerta tras su espalda, Iko se acercó a ella.

Miyako apretaba los puños y sus pensamientos estaban perdidos en algún lugar al que ninguno de los dos hombres que se hallaban en la sala podía llegar. Necesitaba un instante para serenarse, así que salió al jardín. El calor era abrasador, pero eso no pareció importarle.

—¡Miyako…! —exclamó Iko sin comprender qué hacía.

—Déjala —le ordenó Ibuki.

Iko se volvió con la mirada turbia, si bien se guardó mucho de responder cuando observó el rostro del *rōnin*. Unas enormes ojeras cubrían sus ojos y parecía más un fantasma que un vivo, sin embargo, su expresión le indicaba que si no obedecía su mandato, lo lamentaría.

—No eres nadie para darme órdenes —dijo Iko, recuperándose de la impresión de haber visto a un demonio.

—Lo sé, pero si estimas a Miyako, es mejor que la dejes tranquila.

—Debe tomar esa decisión cuanto antes.

—¿Crees acaso que no lo ha hecho ya? —preguntó Ibuki, chasqueando la lengua.

EN EL MES en que florecen los cerezos, Miyako recibió una carta del *Tairō,* instándola a visitar Edo lo antes posible. No establecía una fecha, pero sus palabras no eran una invitación, sino una orden. Miyako no podía desobedecer, aunque cuando avisó a Iko de sus intenciones, este le dijo:

—Es una trampa, incluso han detenido al señor de Mito.

—No puedo negarme, o lo considerarán una sublevación.

—La acompañaré.

—No, Iko, te necesito aquí —dijo ella, agarrando su brazo—. Debes proteger a Umiko y al resto. No confío en nadie más para hacerlo.

Iko agachó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Es un honor, pero si te ocurriese algo… —dijo tuteándola en nombre de su amistad.

—Nada me sucederá, solo se trata de una advertencia.

—Ten cuidado —dijo, fijando la vista en ella.

Miyako asintió y pidió que preparasen el viaje. Al día siguiente partió, escoltada por tres samuráis, escogidos personalmente por Iko, eran fieles y buenos guerreros. Cuando montó a caballo miró una última vez esas tierras que amaba con todo su ser.

—¡Adelante! —ordenó a su pequeña comitiva.

El día que entró en Edo, los recuerdos emergieron de nuevo con

tanta fuerza que apenas disimulaba su dolor delante de sus hombres.

—¿Se encuentra bien, dama Kawaokura? —le preguntó el más joven de ellos.

—Sí, solo es el cansancio del viaje. Será mejor que vayamos a una posada, debo asearme antes de presentarme ante el *bakufu.*

Edo no había cambiado y el bullicio de una ciudad gigantesca se movía al son de las modas y los peligros. Tras bañarse y ponerse un kimono de varón, se encaminaron a la fortaleza de Edo. Durante un instante, Miyako creyó ver entre la multitud un rostro conocido, el de Ibuki, sin embargo, pensó que se trataba de alguien similar al *rōnin*. Hacía semanas que no sabía nada de él y temía que hubiera muerto a consecuencia de la amapola china.

En una de las puertas de acceso de la fortaleza, uno de sus samuráis mostró la insignia de la casa Kawaokura, de inmediato la dejaron pasar. Uno de los samuráis que custodiaban la puerta la condujo por varias calles y jardines hasta llegar a la residencia de Ii Naosuke, el hombre más poderoso de Japón.

—Deben esperar aquí —dijo su guía.

Enseguida un sirviente se acercó al grupo y dijo:

—Dama Kawaokura, ahora será recibida, sígame, por favor.

—Esperad aquí —ordenó Miyako a sus hombres.

—Señora…

—Tranquilos… —dijo calmándolos, aunque ni ella misma estaba segura de lo que sucedería una vez se encontrase con el *Tairō*.

Al entrar en la sala en la que, hacía tanto tiempo, se había reunido con Abe Masahiro y donde había amado a Diego, fue como regresar al pasado. Su respiración se agitó por los recuerdos, aunque el *Tairō* creyó que se trataba de miedo.

—Dama Kawaokura… —dijo el *Tairō*.

El hombre más odiado de Japón poseía un rostro cuadrado, ojos pequeños y astutos, junto con una nariz afilada que le concedía el aspecto de un Buda.

Miyako se inclinó con respeto y dijo:

—Señor Ii Naosuke, es un honor ser recibida por un hombre de su importancia.

—Usted también es una mujer importante y ocupada—afirmó el *Tairō,* mientras le indicaba con una mano que tomara asiento frente a él.

Una mesa baja los separaba. Una criada colocó un servicio de té que sirvió a los dos, después de postrase ante su señor se retiró en silencio. Cuando la puerta se cerró y de nuevo quedaron a solas, Miyako se atrevió a responder:

—Mis campos de azúcar requieren mucho tiempo.

—¿Solo sus campos de azúcar?

—Y mi hija.

—¡Ah, sí! —exclamó con una nota de desprecio en la voz—. La hija de un occidental.

Miyako se había acostumbrado al rechazo de la gente y lamentaba que Umiko sufriera por ello, pero cada día le mostraba que debía sentirse orgullosa de su origen, aunque ella sabía bien qué era padecer la ignorancia de los demás. Olvidó sus preocupaciones de madre y se concentró en las palabras que decía el hombre que la había convocado en Edo.

—Ni usted ni yo disponemos de tiempo para perderlo, ¿no es cierto?

El *Tairō* la miró sorprendido, Miyako no se comportaba como una mujer y, menos aún, como una japonesa. Sin embargo, a ella le daba lo mismo y estaba segura de que a Ii Naosuke también. A ojos de ese hombre era poco más que una ramera que se había vendido a un *gaijin*. Su amistad con los extranjeros se debía a que conocía la verdadera situación de Japón, que sería derrotado y sometido si se oponía abiertamente a las potencias occidentales, pero al igual que el bando de daimios a los que intentaba aplacar para que no se enfrentasen al *bakufu* y sus tratados con los *gaijin*, Ii Naosuke odiaba profundamente a esas naciones y a sus ciudadanos.

—Así es, señora Kawaokura. Veo que no solo viste como varón, sino que habla como uno.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Miyako, desdeñando su insulto.

—Debe casarse cuanto antes.

—No deseo hacerlo.

La mirada del *Tairō* se volvió peligrosa, pero Miyako no cejaría en su empeño de defender su libertad, no solo la de sus tierras, sino también la propia. Miyako fijó sus ojos en los del hombre y este vio cómo se transformaban en dos piedras volcánicas, incluso creyó ver ciertos puntos rojizos como fuegos.

—Dama Kawaokura, no me andaré por las ramas con usted, veo que es una mujer con la que se puede ser franco.

—Agradecería su sinceridad.

—Sus amistades hacen que tome esta decisión.

—Mis amistades son impuestas por la necesidad, no por mis ideas.

—Ahora mismo eso me da igual, dama Kawaokura.

—No me casaré.

—Lamento decirle que si toma esa terrible decisión sus tierras serán ocupadas de inmediato por el *bakufu*. La ley es clara al respecto.

—¿La ley?

—Ninguna mujer puede ser el daimio de ninguna tierra bajo el poder del *bakufu*. Quizás los hermanos de su difunto marido sean los mejores candidatos para administrar ese lugar.

—¡No…!

—Dispone de una semana para comunicarme su decisión, después solo usted será responsable de lo que suceda.

Tras pronunciar esas palabras, el *Tairō* se puso en pie dispuesto a marcharse, pero cuando se acercaba a la puerta, Miyako lo detuvo al decir:

—¿Quién es el elegido?

92

Voces del pasado

Baeza (Jaén, España), 10 de diciembre de 1858

Diego cerraba la Biblia cuando uno de sus compañeros acudió al patio del Seminario de Baeza, donde había ingresado poco después de regresar de Japón. Nunca imaginó que al final cumpliría los deseos de su madre, muerta hacía un año; aunque su padre intentó persuadirlo de lo contrario, y Fernando casi le declaró una guerra por su decisión. Sin embargo, creía que era el único lugar en el que encontraría la paz que tanto anhelaba su espíritu. Se permitió durante un instante sentir la emoción que, por todos los medios, suprimía de su corazón, solo esperaba lograrlo a fuerza de rezos y obras caritativas. A veces, se admitía a sí mismo que era un farsante, si bien confiaba en que con el tiempo se convertiría en un verdadero sacerdote sin traicionar a Dios.

—Quesada, el padre Santiago, quiere verte.

Antonio Santiago era el director espiritual del seminario. Pensaba que Diego se hallaba entre dos mundos y se había tomado la misión de descubrir si su vocación era genuina, o una manera de aislarse de la realidad de la que huía. Sus conversaciones con él suponían una auténtica batalla campal dialéctica, pero lo ayudaba a afianzar la idea de que ese debía de ser el lugar al que pertenecía.

—Gracias, Andrés, voy enseguida —respondió Diego a su compañero, un muchacho de Linares, hijo de un antiguo capataz de minas.

—Esta vez no está solo —le advirtió.

—¿Quién está con él? —preguntó con curiosidad Diego.

El joven alzó los hombros en señal de ignorancia y volvió por donde había venido, dejando en Diego un poso de incertidumbre.

Diego se encaminó a la sala en la que lo había convocado el padre Santiago, antes atravesó unos pasillos infinitos, cuyas paredes estaban decoradas con imágenes de santos, vírgenes y cristos de distinta índole. El edificio había sufrido diferentes transformaciones a lo largo de los años, gracias a las aportaciones de fieles deseosos de conseguir una cantera de sacerdotes autóctonos.

Cuando llegó ante la puerta del despacho que ocupaba el padre Santiago, llamó dos veces, al escuchar que le daban permiso para entrar, abrió y se adentró en un cuarto sobrio. La habitación disponía

de una mesa de madera oscura, herencia de años mejores, un par de sillas, de enea, una enorme cruz en la pared central y dos cuadros de vírgenes a ambos lados.

—Diego, adelante —le pidió el padre Santiago, señalando una de las sillas, la otra ya la había ocupado el misterioso visitante.

De reojo, observó que se trataba de un obispo, el fajín púrpura que rodeaba su sotana así lo demostraba.

—Padres… —dijo Diego.

—El obispo Conrado nos ha concedido la gracia de visitarnos —dijo el director espiritual, después miró a Diego—. Desea saber de primera mano cómo es Japón, y en eso, no hay nadie mejor que tú.

Diego sintió que un escalofrío le invadía el cuerpo, lo que menos quería era recordar. Cada recuerdo reavivaba un sentimiento que destruía la muralla que con tanto esfuerzo construía alrededor de su corazón y de su mente.

—No soy el…

—No se comporte con tanta humildad —lo interrumpió el obispo y añadió—: Fernando Narváez ha dado su nombre y no creo que ese muchacho esté equivocado, ¿verdad, Quesada?

Diego pensó en Fernando, si lo tuviera delante le habría dispensado una calurosa bienvenida. Ese bastardo intentaba por todos los medios pisotear su voluntad, recordó la última carta que le envió. Una carta repleta de razones para dejar el sacerdocio, aun más, incluso se permitió enviarle unas fotografías de bellas mujeres orientales. Fernando conocía su debilidad, el secreto que ocultaba a todo el mundo y que pretendía enterrar, encerrado entre aquellas paredes, sin embargo, Diego se mantuvo imperturbable cuando el obispo carraspeó para llamar su atención y atraerlo del silencio que se había impuesto.

—Señor obispo, no sé si soy su hombre. El señor Narváez se caracteriza por su falta de juicio.

—Es cierto, pero pocos occidentales han sido nombrados samuráis en tierras japonesas. En realidad, he hecho algunas pesquisas y estoy convencido de que usted es el único.

En su interior, Diego maldijo a Fernando por haberle traicionado de esa manera, aunque sus intenciones eran buenas, cada día estaba más cansado de sus sucias tretas.

—¿Qué quiere saber? —preguntó Diego sin más excusas para atender al obispo.

—¿Cómo recuperar la fe de un pueblo que hace tiempo nos tendió la mano?

Diego pensó un momento la respuesta, estaba seguro de que sus palabras no gustarían al obispo y escandalizarían al padre Santiago, pero no podía dar otras, al menos, no todavía.

—Ese pueblo solo cree en las armas. Nacen, viven y mueren por sus clanes. Los vasallos se someten a los deseos de sus señores, mientras que sus señores o daimios jamás abandonarían sus tierras ni a su gente, además obedecen ciegamente a su sogún y al emperador. Creo que ese tren lo perdimos hace tiempo.

—¡Diego! —exclamó el padre Santiago.

—Está bien… —lo calmó el obispo, pero miró fijamente a Diego.

—Quesada, veo que el señor Narváez tenía razón.

—¿Sobre qué? —preguntó con desconfianza Diego.

—Sobre que siente un inmenso rencor por aquellas gentes y esas tierras.

Diego apretó los puños, algo de lo que el obispo y el director espiritual fueron testigos.

—¿Es todo, señor obispo? —preguntó Diego.

—Por ahora sí, Quesada, puede marcharse.

—Gracias —dijo, después Diego miró al padre Santiago y preguntó —: ¿Lo veré más tarde?

—Sí, dentro de una hora.

Cuando Diego se acercó a la puerta para retirarse, el obispo lo detuvo con sus palabras:

—No culpe a su amigo de esta prueba, él solo quiere su bien y cree que su bien no está entre nosotros.

Diego se giró despacio y clavó la mirada en la del hombre de pelo cano y ojos astutos:

—¿Y usted qué piensa?

—Aún es pronto, Quesada —dijo y con la mano le hizo un gesto de permiso para que se fuese.

Diego abandonó el cuarto, cerró la puerta y se quedó inmóvil un rato para oír qué habían planeado sobre él.

—Señor obispo, ese muchacho no… —empezó diciendo el padre Santiago.

—Me da lo mismo qué piensa, director, ni tampoco si Quesada cree en Dios o en Buda —dijo, y Diego podía imaginar el rostro sorprendido del padre Santiago—, pero necesitamos un hombre que conozca esas tierras. Los ingleses pronto pactarán con los japoneses, no deseo que unos herejes conviertan a esas pobres almas al protestantismo. Hace tiempo en aquellas tierras se propagaba la palabra de Dios, así que es hora de que camine de nuevo por esas islas.

—Señor obispo, Diego de Quesada huye del mundo, él no posee verdadera vocación, insisto en que no debe tomar los hábitos.

—Padre Santiago, no me obligue a replantearme su posición en este seminario, existe un puesto en Guinea que tiene que cubrirse.

Diego ya no pudo escuchar más, pero esbozó una ligera sonrisa.

Daba igual lo que intentara Fernando a partir de entonces, parecía que Dios, de una manera u otra, deseaba que estuviera a su servicio.

DIEGO BAJÓ DEL carruaje delante de la casa de Fernando, se sacudió la sotana para quitarse las arrugas y pagó al cochero. Después subió los peldaños que separaban la acera de la puerta y llamó con la aldaba. Enseguida, un criado abrió, sonrió con discreción al reconocerlo, inclinó la cabeza y se apartó a un lado para dejarle pasar.

—El señor lo espera en la biblioteca.

—Gracias, Manuel.

Diego se sopló las manos, aún sentía las extremidades agarrotadas por el duro camino que había recorrido desde Baeza a Madrid. Su padre había muerto esa primavera, mientras que su hermana se había casado con un inglés y celebrarían las navidades en Londres. Así que Diego aceptó la invitación de Fernando de pasar las fiestas en su hogar, sin embargo, cruzar Despeñaperros había sido una difícil prueba para caballos y hombres. Irguió la espalda y entró a la biblioteca de Fernando. Se trataba de un cuarto de tamaño mediano, no obstante, contaba con una chimenea que estaba encendida y dotaba de un cálido ambiente a la habitación, sobre ella, Fernando había ordenado colgar un cuadro de Luisa. Sus humanitarios ojos negros lo miraban con reprobación, Diego creía que aquella pintura era capaz de leer hasta su alma. Se obligó a retirar la vista de la imagen y fijó su atención en Fernando cuando este le dijo:

—Querido amigo, pareces un cuervo caído de un nido.

—Muy gracioso… una copa, sea lo que sea que bebas —dijo Diego, señalando su mano— me vendrá bien.

—No quisiera ser el causante de tentar a un miembro del clero...

—¿Cuándo podré ver a mi sobrino? —preguntó Diego, ignorando el comentario de Fernando. Consideraba al niño como si fuese de su familia.

—Petra lo ha llevado a casa de mi tío.

Diego observó el semblante de Fernando. No había perdonado a su tío, pero era consciente de la fragilidad de la existencia y temía que si algo le ocurriese, Diego se quedase solo y, lo que era peor, con alguien a quién no conocía. Mejor intentar que el niño entablase relación con el único miembro real de su familia que aún vivía.

—Entonces, amigo mío, tenemos todo el tiempo del mundo para nosotros.

Fernando le ofreció coñac, que a Diego le supo amargo, pero que calentó su cuerpo. Ambos hombres se sentaron uno frente al otro, Fernando de manera indolente, mientras que Diego era la misma

imagen de un sacerdote iluminado por la mano de Dios.

—Ella nos regañaría —acabó por decir Fernando, desviando su mirada al retrato de Luisa.

Diego sabía a qué se refería, pero no diría una palabra que delatase el disfraz con el que vivía desde que llegó de Japón.

—No sé por qué…

—¡Diego, por todos los Santos! —exclamó Fernando, inclinándose hacia delante—: Sabes muy bien de lo que hablo, al menos, no me tomes por un lerdo.

Fernando se puso en pie, se encaminó a la ventana y dio la espalda a su amigo.

—Esta es mi decisión.

—¡Es una locura! Tú nunca has tenido vocación de cura ni la tendrás. Luisa te hubiera sacado la verdad a golpes hasta que hubieras confesado que estoy en lo cierto.

—Luisa no está aquí —dijo Diego con crueldad.

—Lo sé, pero Miyako sigue en este mundo.

—No en mi mundo.

—Pero, puedes…

Diego se dio la vuelta, su mirada era tan dura como el acero y, esta vez, zanjaría esa cuestión de una vez por todas.

—Fernando, eres un hermano para mí. Daría la vida por ti y por tu hijo, sin dudarlo, aunque si insistes en interponerte en mi camino, te juro por ese mismo Dios que pronto tomaré como si fuera mi padre que no volverás a verme.

Diego dejó el vaso en la mesa y salió del cuarto, ambos requerían alejarse o dirían palabras de las que, estaban seguros, los dos se arrepentirían más tarde.

ESA MISMA NOCHE, Fernando se sentaba frente al general Mastrago. Su última visita parecía no haber hecho lo suficiente y necesitaba salvar a su amigo del error más grande que cometería en su vida, pese a que ello le supusiese ganarse su enemistad. Luisa le había dicho esa noche que debía impedir que Diego continuase con aquella locura del sacerdocio. La primera vez que la vio no pudo creerlo, en verdad, pensaba que había enloquecido, que su mente había sucumbido al dolor y que, como había intentado su tío, debía ingresar en un manicomio. Gracias a que conoció a Elisa, la hija del general Mastrago, una espiritista, seguidora de las hermanas Fox, él se comunicaba con Luisa. Por supuesto, eso era un secreto que se guardaba mucho de contar a Diego. Así que siguiendo la voluntad de Luisa, ayudaría a su amigo, lo quisiera este o no.

—Narváez, ¿cómo se encuentran las cosas? —preguntó Mastrago.

—General, creo que no muy bien. Diego se empeña en pertenecer al clero.

—Sabe que si llega a enterarse de lo que trama, perderá su amistad.

—Lo sé, y no me importa.

El general mordió un habano, arrojó la punta a un cenicero y después lo encendió. Con la primera calada afloró una voluta de humo con un extraño dibujo concéntrico.

—Entonces, solicitaré al obispo que adelante el nombramiento del capellán militar.

—¿Cree que funcionará?

—Espero que sí, nadie está dispuesto a visitar tierras tan lejanas. Pronto la delegación española viajará a Filipinas, y hay rumores de que su siguiente destino es Japón, aunque eso ya se verá. Siempre hemos sido hombres lentos a la hora de actuar, mientras que los ingleses nunca desaprovechan una oportunidad. Una lástima que muchachos como Diego de Quesada abandonen la senda de las armas.

—Diego de Quesada siempre será un marino, general.

—Espero que tenga razón, muchacho —respondió el general y volvió a dar una larga calada a su habano.

ESA NOCHE SE celebraba una fiesta en casa de Mastrago, Diego también estaba invitado. Encontrarse en aquel baile fue para Diego como retroceder en el tiempo, incluso creía que Luisa aparecería de un momento a otro, entonces él le presentaría a Fernando y ella se negaría a bailar. Sin embargo, esos días pasados jamás volverían, Fernando parecía haberlo aceptado y él haría lo mismo.

Cuando tomaba una copa de uno de los camareros, Fernando se acercó a él, acompañado de Mastrago. El general había engordado, había perdido el cabello, pero fumaba los habanos cubanos de antaño, y en su mirada Diego advirtió una determinación férrea.

—Por fin te encuentro —dijo Fernando.

—General Mastrago —saludó Diego.

—Muchacho, veo que el tiempo nos ha cambiado a todos.

—Así es, general.

—Espero que aún le interesen los asuntos políticos.

—Ahora prefiero solo los del alma.

—Una lástima…

—No le haga caso, general, todavía lee las noticias políticas.

—Entonces, habrá leído la firma del tratado Harris y sus consecuencias.

—Por supuesto… —respondió Diego, obligado a contestar.

De nuevo, Diego se hallaba en el mismo lugar y con el mismo hombre que lo envió a Filipinas. En esta ocasión los asuntos que le preocupaban eran el tratado Harris y los acuerdos comerciales con otras potencias distintas a España.

—General… —lo interrumpió Diego—, ya no es mi lucha.

—Es cierto, advierto que en sus ojos ya no brilla el deseo de aventura, sino el de una oscura tristeza que dudo que Dios pueda sanar.

Tras esas palabras, el general inclinó la cabeza y se retiró, dejando a los dos amigos sumidos cada uno en sus propios pensamientos.

—¡Maldita sea, Diego! —exclamó Fernando—. ¡No permitiré que tires tu vida por la borda!

Diego miró a su amigo con verdadero odio y lo tomó de la solapa de la chaqueta. Estaba cansado de enfrentarse a Fernando por su decisión, ahora comprendía que había sido un error ir a Madrid.

—¡Hazlo! ¡Pégame!

La violencia de la actuación de un hombre vestido con una sotana atrajo la atención de los invitados. Diego leyó en el rostro de Fernando que deseaba que lo golpeara, de esa manera, demostraría que tenía razón. Las miradas perplejas y condenatorias que cruzaban entre sí la mayoría de los asistentes consiguieron que Diego se contuviese, soltó a Fernando con brusquedad y se marchó de la fiesta.

Cuando salía por la puerta, el obispo que había visitado al director espiritual del seminario de Baeza le cortó el paso.

—Cálmese, Quesada. Hoy ya ha dado un buen espectáculo.

La respiración de Diego era agitada, pero no tuvo más remedio que obedecer a su superior. Su experiencia militar lo había preparado para recibir órdenes sin rechistar y el clero se asemejaba mucho a la milicia.

—Señor obispo…

—Venga conmigo —dijo, y se encaminó a una de las habitaciones que un criado abrió para concederles más intimidad.

Cuando entraron, el obispo se dirigió a la ventana y le dio la espalda, era la manera que tenía de darle un instante a Diego para que se calmase.

—No volverá a suceder, solo ha sido…

—De eso estoy seguro —afirmó el obispo, interrumpiéndolo—, pero no le he impedido que se marche solo para escuchar sus disculpas y arrepentimiento, sino para asegurarme de que las palabras del padre Santiago no son ciertas.

—Señor obispo, permanecer en la Iglesia es lo que más deseo.

—Eso ya lo veremos… —dijo el obispo, dándose la vuelta y fijando la mirada en él.

—¿Cómo podría demostrarle que mi voluntad es inquebrantable?

—Acompañando al capellán militar a Filipinas. Quizás se requiera a un hombre de sus conocimientos para guiar a la delegación española que en breve debe entablar relaciones con Japón.

—Yo…

—¿Algún problema, Quesada?

Diego advirtió en la mirada del obispo que si respondía con una negativa su propósito de continuar en el clero sería replanteado.

—Ninguno, señor obispo.

El hombre le tendió la mano, con ese gesto le indicaba que la reunión había terminado, Diego besó el anillo sagrado y salió del cuarto.

UNAS HORAS DESPUÉS, Fernando bebía un vaso de *whisky*, sentado en su biblioteca, mientras contemplaba la imagen de Luisa.

En el exterior, Diego abrió la puerta y observó a Fernando, su amigo parecía no haberse dado cuenta de su llegada.

—Creo que lo hemos logrado —dijo, alzando su vaso.

Diego quiso intervenir, sin embargo, comprendió que Fernando no hablaba consigo mismo, sino que mantenía una conversación con Luisa.

—Sé que nos odiará por mucho tiempo, pero he hecho lo que me has pedido, solo espero que tengas razón.

Fernando sonrió, como si hubiese oído unas palabras pronunciadas por el cuadro de Luisa.

Diego no aguantó más y carraspeó para anunciar su presencia.

—¡Diego…! ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente.

—Aún puedes terminar la pelea que comenzaste. Un golpe no me hará cambiar de opinión.

Diego miró a su amigo, lo compadecía, y aunque al principio quería partirle la cara, ahora sentía lástima por él. Su mundo era Luisa y al morir ella, también parecía que había perdido la cordura.

—Vengo a decirte que regreso a Baeza.

—Sé que no puedes perdonarme la traición, pero al menos toma una última copa conmigo.

Diego estuvo tentado a marcharse, sin embargo, al final aceptó su ofrenda de paz, además, qué sacerdote actuaría negándose a aceptar una tregua.

—Está bien.

Diego se sentó y ambos, durante un buen rato, permanecieron callados hasta que Fernando dijo:

—Pensarás que estoy loco.

Diego abrió los ojos, hasta ese momento los había mantenido cerrados, por alguna razón temía enfrentarse a la mirada inquisitoria del cuadro de Luisa.

—Siempre has sido un poco loco.

—Es cierto…, pero gracias a Juan y a Gandía, mi médico, evité convertirme en uno de ellos.

—Nunca me contaste qué te sucedió cuando desapareciste de Madrid.

Esta vez fue Fernando quien cerró los ojos recordando lo ocurrido en esos meses en que creyó enloquecer.

—Juan me secuestró con la ayuda de Gandía.

—¿Y tu tío?

—Era la única manera de impedir que mi tío me ingresara en un manicomio. Gandía aseguraba que solo era dolor y no una enfermedad mental, y vaya si tenía razón.

—¿Dónde estuviste?

—En los arrabales de Madrid.

Diego apenas disimuló su sorpresa, eso sí era algo inesperado viniendo de un hombre como Fernando.

—Más de un mes…

—Luisa me mostró el camino y Juan fue el guía.

Diego creía que Fernando había bebido demasiado o, en realidad, que el diagnóstico del médico no fue tan acertado. Era cierto que su amigo había cambiado, aunque siempre pensó que se debía al dolor y no a una imaginaria existencia que solo lo conduciría a un mundo fantasmal.

—Fernando, Luisa está muerta.

—Claro que está muerta, pero su obra no. Juan me obligó a acompañarlo día y noche a las fábricas de hilanderas, a varias fundiciones y dos fábricas de fósforos y cerillas. En todas ellas las condiciones de trabajo que denunciaba Luisa eran atroces. Yo vivía una pesadilla y a la vez quería trabajar como ellos, vivir como ellos, al menos, eso me evitaba sentir el vacío que Luisa dejó. Durante un mes eché carbón con una pala a los hornos diez horas diarias. No habría sentido más calor si hubiera estado en las calderas del Infierno. Aun así, prefería mil veces esa vida a la que me esperaba en el centro de Madrid.

—¿Y tu hijo?

—Juan me obligaba a verlo, oculto en la distancia, quisiera o no. También cómo mi tío organizaba su vida. Lejos de buscarme, parecía aliviado por mi pérdida. Ahora tenía un nuevo Narváez al que manipular y educar a su antojo. Lo peor es que me daba igual qué sucediese con él, solo quería regresar a esa fábrica, deslomarme nueve

horas y volver a la casa de Juan, tumbarme en el jergón y dormir sin que ella apareciese en mis sueños. También me di cuenta de que no podía abandonar la obra que había comenzado Luisa, debía conseguir mejoras para todos esos trabajadores, sobre todo, para las mujeres y los niños, si bien no me encontraba con fuerzas para renunciar a ese refugio al que Juan me había obligado a ir.

—¿Qué cambió entonces?

—La hija de Mastrago.

—¿Qué tiene que ver la hija de Mastrago en esta historia?

—Ahora lo entenderás… —dijo, y en ese momento Manuel abrió la puerta.

—La señorita Mastrago está en la sala.

Diego miró a Fernando sin comprender.

—Puedes marcharte o saciar tu curiosidad.

Fernando se puso en pie y salió del cuarto, dejando a Diego sumido en su indecisión.

—¡Maldita sea!

Cuando entró en la sala, varios extraños se habían sentado alrededor de una mesa. Diego se mantuvo de pie en la puerta sin saber muy bien qué hacer, hasta que la hija del general, a quien había conocido en la fiesta, le indicó con un gesto de la mano que tomase asiento frente a ella. Se trataba de una muchacha de mirada triste, pelo y ojos tan negros como la noche y de piel lechosa. Podría ser una belleza, pero a Diego le pareció más a un ser de ultratumba. Su extrema delgadez afianzaba esa imagen inhumana.

—Un sacerdote… esto es nuevo —dijo uno de los asistentes.

—Diego, te presento al abogado Ríos —dijo Fernando.

Después, Fernando le presentó a cinco personas más: un ingeniero, un ministro, una viuda de abolengo, un estudiante universitario y el director de un banco. Todos ellos formaban un raro grupo de personas vestidas de negro.

—Fernando… —dijo Diego.

Su amigo esbozó una sonrisa y le dijo:

—Diego, solo guarda silencio.

Siguiendo las indicaciones de la señorita Mastrago, todos ellos colocaron las manos sobre la mesa, rozándose los dedos unos con otros. Diego no estaba seguro de que la Iglesia perdonase a uno de sus miembros participar en una sesión de espiritismo, u ocultismo, como se conocía a esa moda en Europa. Ahora entendía por qué su amigo conversaba con Luisa como si ella estuviese a su lado. Esa señorita Mastrago, una farsante, sin lugar a dudas, le había llenado la cabeza de ideas disparatadas sobre espíritus y el más allá.

Tras unas palabras en las que la supuesta espiritista entablaba contacto con el mundo de los muertos y, en concreto, cuando lo hizo

con Luisa, Diego no soportó más aquella pantomima que lo único que hacía era crear ilusiones en unos corazones rotos por el dolor.

—Señorita Mastrago —dijo Diego, poniéndose en pie—, es una vergüenza que engañe de este modo a todas estas personas. —Luego, su atención se dirigió a Fernando, en su mirada solo había lástima al decir—: Fernando, Luisa ya no está aquí.

—Capitán Quesada, Luisa tiene un mensaje para usted —afirmó la espiritista.

Diego golpeó la mesa y gritó:

—¡Deje de actuar! ¡La denunciaré a quién sea menester si sigue estafando a mi amigo!

La señorita Mastrago no se dejó intimidar por su furia ni por sus palabras, en cambio, fijó la vista en él. Con una tranquilidad que sobrecogió a Diego empezó a temblar, sus espasmos eran cada vez más exagerados, tanto que su cabello se deshizo de su agarre. Cuando alzó la cabeza su melena negra cubría medio rostro, sin embargo, lo que atrajo el interés de Diego y de todos los presentes eran sus ojos, blancos como la misma nieve.

—Diego, soy Luisa y vas a escucharme lo quieras o no —comenzó a decir.

—¡Basta! ¡Pare de torturar a la gente que la amaba! —le recriminó Diego.

—Debo hablar con Fernando, no puedo abandonar el trabajo que hice con Juan Díaz, tampoco permitiré que Diego, mi querido hijo, sea criado por un hombre como el tío de Fernando.

Diego quiso marcharse, se giró para abrir la puerta y, en ese momento, las palabras de la espiritista lo detuvieron:

—No fue culpa tuya, ninguna carta me habría salvado.

—¡Cómo…! —exclamó Diego, girándose muy despacio.

—Tienes que volver a Japón, ella está en peligro.

Entonces, Diego se echó a reír, ante la mirada inexplicable del resto de los presentes.

—Fernando, creía que tus tretas se habían acabado, pero veo que eres capaz de mucho más por conseguir lo que quieres.

—Diego, no sé de qué hablas.

—Era necesario montar esta farsa para que renunciase al clero.

—Yo no…

—Vamos, ¿todos ellos son actores? —preguntó Diego cada vez más enfadado—. Muy buenos, por cierto, casi me lo he creído.

—¡Dios mío, no puedes ver que es verdad!

—¡Estás loco, Fernando! —exclamó Diego, golpeando la mesa de nuevo—. Entonces, si no sois actores, ¡todos estáis locos!

Diego se giró de nuevo para marcharse, cuando la voz de la señorita Mastrago lo detuvo y, esta vez, sintió un escalofrío en la

espalda.

—Maté a un hombre en Francia.

Ambos hombres se volvieron a la vez, Fernando con una sonrisa emocionada y Diego con el desconcierto dibujado en su rostro. Nadie salvo ellos sabía la verdad sobre lo acontecido en Francia, y ninguno de ellos revelaría jamás el crimen de Luisa.

—¡Luisa…! —exclamó Diego.

—Japón es tu destino.

Después, la señorita Mastrago se desmayó y tuvieron que darle sales para reanimarla. Todos en aquella habitación sentían que esa mujer no era un fraude, pero Diego pensaba en que ojalá lo hubiera sido. Sus palabras lo obligaban a volver a una tierra a la que había jurado no regresar.

93

la decisión

Edo (Japón), 10 de febrero de 1859
(Segundo mes del sexto año de la era Ansei)

La libertad de Miyako pronto se vería reducida a causa del matrimonio orquestado por el *bakufu*. Debido a varias revueltas, problemas y negociaciones con los extranjeros, Ii Naosuke parecía haberla olvidado, pero no era tan inocente para creer que hubiera sucedido algo así. El primer candidato, un anciano y poderoso daimio, había sucumbido a una apoplejía, así que Naosuke se vio en la obligación de buscar otro pretendiente. Su fama de bruja no le había ayudado en la tarea; tampoco el que se hubiera entregado a un extranjero. Sin embargo, Miyako sabía que tarde o temprano se casaría con alguien adecuado según la conveniencia del sogunato. Hasta entonces se juró disfrutar de su libertad, aunque esta se hubiera convertido en una quimera imposible. Su trabajo en los campos de caña de azúcar era agotador, se miró las manos, tenía ampollas y, a pesar de cubrirse el rostro, el sol había oscurecido su piel. Según la señora Himura un buen baño con aloe vera la blanquearía. A ella le daba igual qué hubiese en esa bañera, tan solo meterse en el agua caliente, después de una insufrible jornada, merecía la pena.

Miyako se quitó el kimono, que se deslizó sobre sus hombros y cayó con languidez al suelo. Había despedido a todas las criadas, necesitaba estar sola, solo en esos instantes se permitía recordar el tiempo compartido con Diego. El vapor había invadido por completo la habitación y un ligero olor a pino y a otras hierbas se apoderó de sus sentidos. Cuando notó el calor del agua, su cuerpo se relajó, se apoyó en el *ofuro* de madera y se soltó la melena, que se precipitó al suelo. El baño adormeció sus extremidades y, también su mente hasta que sintió la presencia de alguien más en la habitación. Sus instintos se crisparon, unas noches antes, Iko había descubierto a uno de los hombres del clan Todoka, enviado por el clan Chōshū, con la intención de asesinarla. Ahora que todo el mundo sabía que su matrimonio se había concertado con un miembro afín al clan Tokugawa y por ende al *bakufu*, era una pieza que se debía eliminar.

Con disimulo, Miyako introdujo la mano en el agua, por orden de Iko, en el fondo se ocultaba un puñal. Lo usaría cuando el intruso se

acercase lo bastante a ella. Quien pretendía sorprenderla no era demasiado cuidadoso, en el momento en que comprendió que ofrecía un blanco fácil, Miyako salió del *ofuro*, saltando sobre su visitante. Enseguida, los ojos oscuros de Miyako se aclararon y retiró el puñal del cuello del hombre.

—Pude matarte —le recriminó ella.

Al salir del *ofuro*, Miyako había saltado sobre su supuesto oponente, Ibuki no había ofrecido resistencia y terminó tumbado en el suelo con las piernas de Miyako inmovilizándolo y un puñal amenazando su cuello.

—Quizás… —dijo él, y su mirada se desvió a la pequeña estrella *shinobi* que acariciaba su pecho.

Miyako se levantó molesta, había leído en los ojos de Ibuki el deseo por ella. Se encaminó a donde estaba un kimono y se la puso para cubrir su desnudez.

—¿Qué haces aquí?

—Quería verte.

—¿Y tenías que entrar como un ladrón? ¿No podías hacerlo como un hombre decente?

—¿Y perderme el espectáculo?

Miyako lo observó con los ojos oscurecidos, sabía que Ibuki jamás la habría visitado solo para complacer su lujuria, aunque su enfermedad y la flor de la amapola lo hicieran comportarse con menos educación. Otro habría sufrido un castigo ejemplar por sus insultantes palabras, pero Miyako nunca castigaría a Ibuki de ningún modo. Su rostro mostraba que estaba enfermo, tan enfermo que veía a la Muerte tras su espalda.

—Las mujeres de Yoshiwara serían mucho más adecuadas —dijo ella, chasqueando la lengua, después dijo—: ¿Y tus espadas?

Ibuki bajó la cabeza, y miró al suelo, claramente avergonzado.

—Las vendí —confesó.

Miyako entendía lo difícil que habría sido deshacerse de las armas que habían pertenecido a su familia.

—Podías haber acudido a mí.

Ibuki alzó la cabeza y fijó la mirada en ella. Miyako creyó ver el rostro del joven que la salvó una vez de unos rufianes en el barrio de placer de Nagoya, la mirada bondadosa del hombre que se quemó las manos por rescatar unos libros del fuego, y su corazón olvidó el dolor de su ruin traición; en cambio, el amor fraternal que sentía por él afloró en su pecho.

—Es demasiado vergonzoso… Miyako.

—Quédate en Nagoya.

—No quiero tu compasión.

—Estás enfermo y sería un buen lugar para acabar tus días —le

sugirió ella.

Ambos eran conscientes de que se le acababa el tiempo.

—Es una oferta tentadora que no merezco. He venido a saldar mi deuda contigo —dijo Ibuki con una triste sonrisa—: Una delegación española ha llegado al puerto de Shimoda.

—¿Eso qué tiene que ver conmigo?

—*Umi no otoko* va con ellos.

Miyako tuvo que sujetarse al *ofuro* de madera, clavó las uñas persiguiendo unas emociones que amenazaban con ahogarla. La sorpresa al escuchar las palabras de Ibuki llenó su mente de imágenes muy vívidas y dolorosas. No podía creer que fueran ciertas, Diego de Quesada había vuelto a Japón.

El sonido de la lluvia golpeando el techo y el silbido del viento parecían envolverla en un abrazo axfixiante. Miyako abrió la puerta corredera que daba al exterior, creía que no podía respirar. El viento agitó con suavidad su melena negra, y la lluvia salpicó su rostro despertándola de la pesadilla en la que se había sumido durante un instante.

—No es posible…

Con dificultad, Ibuki se levantó del suelo y se aproximó a ella. Miyako agradeció que no pudiera verle la cara, pero sabía bien que el *rōnin* aún era capaz de percibir la tensión en sus hombros, que le demostraba que la noticia la había alterado, aunque intentara disimularlo.

—Miyako… debes contarle que tiene una hija —se atrevió a decir Ibuki.

Miyako se volvió furiosa, su rostro crispado exhibía un odio visceral.

—¿Por qué, Ibuki?

—Porque todo hombre tiene derecho a saber que es padre.

—Es cierto, pero saberlo le hará más daño, sobre todo, cuando le diga que en breve me casaré por orden del *bakufu,* y quizá peor aún será el daño que me hará a mí ver en su mirada que no me ha perdonado por abandonarle de aquella manera.

—Miyako… aún puedes…

—Me voy a dormir —dijo Miyako, acallando sus palabras, después añadió—: Te sugiero que hagas lo mismo.

Miyako se encaminó a la salida, erguida y sin mostrar un ápice de debilidad. Sin embargo, al cerrar la puerta del baño tras su espalda, se mordió la palma de la mano y lo hizo hasta que la vio sangrar. El dolor era profundo, su culpabilidad también.

EN EL INTERIOR, Ibuki, el antiguo hijo de un samurái, pensaba que antes de morir solucionaría el asunto que un día estropeó. Había leído en la mirada de Miyako una inmensa tristeza. Se sentó en el suelo, esa noche estaba demasiado cansado para llevar a cabo su plan, pero al día siguiente se sentiría mejor. No creía que hubiera alguien más necio que aquel que se engañaba a sí mismo, sin embargo, Ibuki necesitaba creerlo, también necesitaba tiempo, algo de lo que no estaba seguro de que dispusiera. Sacó de entre sus ropas, la bolsa donde guardaba la pipa y la flor de amapola. Escuchó el agua golpear los aleros del tejado, mientras preparaba el veneno que lo mantendría en pie un día más. Con la primera calada sintió que el dolor se desvanecía, su oído se agudizó y oyó con claridad cómo las gotas de agua caían sobre las hojas de los árboles del jardín de Miyako. El olor a humedad era más intenso, podía apreciar el aroma que desprendían las agujas de pino e incluso el perfume de Miyako. Recordó el instante en que lo había vencido, el momento en que la yema de sus dedos rozó su sedosa piel, cálida y tersa. Durante ese breve espacio de tiempo, Ibuki olvidaba su destino, aunque los dioses son crueles con los hombres. De pronto cayó, como de un precipicio, de la cima de la felicidad a una pesadumbre oscura y terrorífica. Notaba cómo el muñón casi cobraba vida y se burlaba de él. La habitación que hasta ese instante era acogedora, se había transformado en una sala lúgubre, fría y mohosa. El sonido de la lluvia se asemejaba a las voces de los muertos, que lo llamaban con intensidad, mientras que creía ver cómo las yemas de los dedos se desvanecían como volutas de humo. Las imágenes se confundían entre realidad y visiones monstruosas, amigos fallecidos y enemigos clamando venganza. Ibuki sintió mucho frío, tembló como si estuviese desnudo bajo una tormenta de nieve. Se retorcía en el suelo, sus pensamientos eran demasiado confusos y el miedo se apoderó de él, tanto que se abrazó a sí mismo. No supo si se trataba de un sueño, pero vio cómo Miyako se sentaba a su lado, lo cubría con una manta y colocaba sobre su frente un trapo húmedo a la vez que le hablaba con palabras alentadoras.

—Siempre estaré en deuda contigo —escuchó decir Ibuki a la aparición que a veces se desdibujaba.

Cuando su cálida mano tomó la suya, Ibuki perdió la consciencia, por una vez, se adentró en el mundo oscuro de los sueños con un sentimiento de felicidad.

Al día siguiente, Ibuki despertó con el regusto amargo que deja la vergüenza en la boca. La manta que lo tapaba le demostró que no había soñado. Miyako había sido testigo, una vez más, de su humillación. Sin despedirse de ella, abandonó el castillo con la idea de llegar a Shimoda lo antes posible.

DIEZ DÍAS MÁS tarde, Ibuki pisaba el puerto de Shimoda. Desde cualquier parte de la ciudad se podían ver las montañas Amagi, situadas al norte. En el puerto ya no había barcos extranjeros, con la apertura del de Yokohama al comercio exterior el de Shimoda se volvió a cerrar a los occidentales y el consulado estadounidense se trasladó a la ciudad de Zenpuku-ji en Edo. Ante dicha noticia, Ibuki emprendió la marcha hacia Yokohama. Siete días más tarde, entraba en la ciudad que había sufrido una inmensa mejora desde que se había abierto a los extranjeros. Aceras amplias y adoquinadas, edificios de dos plantas con techos de pizarra, algunos incluso se habían construido con piedra. En el muelle, numerosos navíos con diferentes banderas fondeaban al menos a setecientos *ken*[287] de la costa. Los trabajadores que descargaban las mercancías parecían un enjambre de hormigas realizando su trabajo ordenadamente. Se les veía satisfechos y alegres, gracias a lo que les pagaban los occidentales.

Ibuki se acercó a uno de los porteadores, su aspecto después de tantos días de viaje debía de causar repugnancia, pero no disponía de dinero ni de tiempo para presentarse de otra manera ante el español.

—Amigo, ¿sabes dónde están los *gaijin* españoles?

El porteador lo miró de arriba abajo sin pronunciar una palabra, aunque alzó los hombros en señal de desconocimiento. Ibuki pensaba que era una pérdida de tiempo cuando el siguiente en la fila lo llamó con un silbido. Se trataba de un hombrecillo de piernas arqueadas, pero capaz de sostener el doble de su peso sobre los hombros. De edad indeterminada, le contó que su hermano también era un tullido. Después de aguantar su conversación, ya que habían detenido el trabajo a causa de un problema con la pasarela que les permitía subir al barco, Ibuki le ofreció algo de tabaco, esperaba que fuera suficiente para ablandarle la lengua.

—Los encontrarás en la ciudad.

—¿Dónde?

—Creo que han alquilado una casa cerca del consulado estadounidense.

Ibuki agradeció al porteador sus palabras con una inclinación de cabeza y se marchó con la idea de que ese día vería a Diego de Quesada.

Cuando llegó a la casa que ocupaban los españoles, no pensó que hubieran contratado un ejército de *rōnin* para protegerse de posibles ataques de aquellos que se consideraban patriotas. Cada día había más manifestaciones y voces que se alzaban gritando en contra de los extranjeros y esos tratados desiguales que convertían a Japón en la puta de Occidente.

Ibuki irguió la espalda, colocó la mano en el *kaku obi* que sujetaba su kimono y se plantó delante del *rōnin* que custodiaba la puerta.

—Quiero ver al samurái *Umi no otoko*.

El *rōnin* lo miró como si fuera un insecto molesto al que tuviera que espantar de un manotazo antes de decir:

—Aquí no hay ningún samurái con ese nombre.

Otro de los hombres, uno con mirada turbia, se acercó a ellos y dijo:

—Si no quieres perder el brazo que te queda, lárgate ahora mismo.

Ibuki no se amedrentó y se mantuvo firme.

—Decidle al capitán Diego de Quesada que Ibuki desea verlo.

—¡Es que eres sordo! —gritó el *rōnin* de ojos siniestros.

—¿Y si el *gaijin* lo conoce? —preguntó su compañero.

—¿A esta mierda de caballo? No solo parece una, sino que huele igual. —El muchacho alzó los hombros, pero el que había hablado se lo pensó mejor y le ordenó—: Entra y di que un tal Ibuki desea ver a Diego de Quesada.

Un instante más tarde, el *rōnin* se aproximó a su compañero y le susurró unas palabras al oído. Ibuki se había sentado en el suelo, a pesar del dolor, mantenía toda su atención en el *rōnin* de mirada turbia, no estaba seguro de poder vencerle si se enfrentaban, aunque apretaba con disimulo una estrella de metal *shinobi*; todavía era capaz de lanzarla a su cuello y matarlo.

—Pasa —le ordenó.

A Ibuki le costó levantarse, pero al final lo consiguió, cansado y con fiebre disimuló su sufrimiento y caminó con cierto orgullo delante de esos hombres.

En el interior, acompañado de un sirviente, Ibuki atravesó un estrecho pasillo, a su alrededor numerosas puertas altas y de apariencia robusta permanecían cerradas. Ibuki vio cuadros colgados en las paredes y numerosos muebles de extraña apariencia cuando pasó a una habitación en la que se hallaba el samurái *Umi no otoko*.

Diego se puso en pie al verlo entrar y se acercó a él, tendiéndole la mano, después lo invitó a que tomara asiento junto al brasero. Él mismo le sirvió un té caliente que calmó un poco el rugido de su estómago, aunque no la fiebre.

—Me alegra verte, Ibuki —dijo Diego.

El *rōnin* asintió y al ver la sotana que llevaba puesta Diego respondió:

—No esperaba encontrarte convertido en un monje cristiano.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Es cierto, además de muchas cosas.

Ibuki apoyó la mano en el suelo un instante. El viaje había resultado agotador para un hombre enfermo y ahora pagaba las

consecuencias.

—Deberías visitar a un médico —le sugirió Diego.

—¡Por qué todos queréis que vea a uno de esos matasanos!

—¿Quiénes son todos?

—Sí, Miyako también.

Ibuki observó cómo el rostro del extranjero se contraía en un rictus serio. Al menos parecía que eso no había cambiado, y esbozó una sonrisa de triunfo.

—¿Cómo está? —le preguntó Diego.

Ibuki podía leer las emociones del *gaijin* con facilidad. Miyako tenía razón el día que le dijo que los occidentales no ocultaban sus sentimientos y que eso era una ventaja para los japoneses.

—A punto de casarse.

Sus palabras eran dardos envenenados que Ibuki lanzaba con una puntería certera.

—Entiendo…

—¡Oh, no! —respondió Ibuki.

—¿Qué quieres decir?

Ibuki sacó de entre sus ropas un paño limpio y lo colocó sobre las rodillas.

—Antes de contarte la razón que me ha traído hasta aquí, te agradecería me ofrecieras un cuenco de agua y un vaso de esa bebida que un día me diste a probar.

—¿Brandy?

—Eso es, antes de terminar mis días en este mundo deseo beberla de nuevo.

Diego se puso en pie, disimuladamente había observado cómo su enfermedad había mermado a un hombre de la valía de Ibuki. El *rōnin* se había bajado el kimono hasta la cintura y Diego fue testigo de cómo había adelgazado tanto que se le notaban las costillas, también de que se había cortado el brazo por completo.

Ibuki se deshizo de la venda, mientras que Diego había abierto la puerta y ordenaba a uno de los criados que trajese lo que había pedido el *rōnin*. Un ligero olor a carne podrida se extendió por la habitación. De pronto la mirada de Ibuki se cruzó con la de Diego.

—¿Cuánto te queda? —le pregunto el extranjero.

Ibuki esbozó una sonrisa, los *gaijin* y sus preguntas directas.

—Eso solo los dioses lo saben, pero por si han dispuesto que mi tiempo aquí sea más breve del que ha decidido esta podredumbre —dijo, señalando el hombro— debo solucionar un par de asuntos. Uno de ellos es Miyako.

—¿Qué le sucede? —preguntó alarmado Diego.

—No desea esa boda, solo debe obedecer porque se lo ha ordenado el *bakufu*.

—Miyako es leal a su clan. Hará lo que deba hacer —respondió Diego con una nota de reproche.

—Así es, pero en esta ocasión comete un error acatando las órdenes del *bakufu*.

—¿Por qué?

—Porque estoy seguro de que su futuro esposo, al contrario de Hiroyoki, ese muchacho ingenuo y manipulado por el clan de Mito, la matará. Ningún samurái quiere tener como esposa, y menos aún un daimio importante, a una mujer que fue la amante de un extranjero.

—Seguro que Miyako sabe lidiar con ese problema.

—Seguro que sí… pero si le ocurriera algo a su hija, entonces, te aseguro que Miyako enloquecería.

—¿Miyako tiene una hija?

Ibuki vio cómo había germinado en la mente del *gaijin* la duda de si esa hija era suya.

—Sí…

—¿Qué edad tiene?

—La suficiente para ser tuya, si es eso lo que intentas preguntarme.

—¿Lo es?

Ibuki asintió preocupado de la reacción de Diego. Con aquella sotana parecía un *yatagarasu*[288], sin embargo, su mirada rompía esa imagen de enviado del dios celestial.

Diego se alejó de Ibuki y le dio la espalda, aunque el *rōnin* observaba cómo apretaba los puños. Ante el mutismo del *gaijin*, Ibuki preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

Diego se giró despacio y clavó la vista en Ibuki antes de contestar:

—Ayudar a mi hija.

—¿Y Miyako?

—Ella eligió su vida hace mucho.

Ibuki asintió, quiso decir algo más, pero el *gaijin* se marchó de la habitación con los brazos inermes junto a los costados. Cuando atravesó la entrada, cerró la puerta cuidadosamente como si el hombre que un día conoció hubiera desaparecido por completo. Ibuki pudo ver antes de que fuera absorbido por la oscuridad del pasillo el brillo del odio en su mirada. Solo esperaba que, al encontrarse ambos, Miyako comprendiera que debía renunciar a su clan y el *gaijin* a su dios.

AL DÍA SIGUIENTE, Diego pidió una montura y ordenó a su vez que se le diera otra a Ibuki, sabía por su estado que la necesitaba, también que hacía tiempo que no disponía de una. En la entrada, la

niebla se había extendido proveniente del puerto. Las calles de Yokohama eran ruidosas, sin embargo, ese día parecían invadidas por un silencio sepulcral tan solo interrumpido por las voces lejanas de los hombres y mujeres que muy pronto ocuparían esas calles, que emergían como un sonido lastimero entre la niebla.

Partieron juntos y cuando se alejaron lo suficiente de Yokohama, Diego detuvo su montura, descabalgó y obligó a Ibuki a hacer lo mismo.

—¿Por qué te detienes? —le preguntó Ibuki.

Diego no respondió, pero sacó de sus alforjas un bulto envuelto que por su tamaño y forma solo podía tratarse de un juego de espadas.

—Sé que no pueden sustituir a las de tu familia.

Ibuki deshizo el envoltorio, mientras que Diego las sostenía en el aire.

—Te aseguro que son mejores que las de mi familia —afirmó.

Diego sabía que tenía razón, las había comprado de un maestro ilustre. Seguramente le habrían estafado con el precio, pero le daba lo mismo. Ibuki se merecía terminar sus días empuñando una espada. De todos los samuráis que había conocido desde que pisó suelo japonés, Ibuki era, sin lugar a dudas, el mejor de ellos. Era indiferente que sirviera o no a una casa, o si cumplía el código *Bushido*, para Diego era un hombre de armas, un compañero con el que se sentiría orgulloso de luchar en cualquier batalla.

—Entonces te pido que las aceptes.

Ibuki sabía que Diego conocía el protocolo para los regalos, esbozó una sonrisa y dijo:

—Te ahorraré la negación de aceptarlas.

—No esperaba menos de un *rōnin*.

Ibuki emitió una carcajada, después tomó una de las katanas y se la puso en el *kaku obi*, sujetó la más corta y la observó en alto.

—Buen acero, cortará vidas igual que segará almas.

Luego la envainó y la guardó al lado de la katana, tras un momento en el que bebieron y aliviaron sus necesidades físicas, volvieron al camino. Conforme se acercaban a Nagoya el tiempo parecía advertirles de que el peligro no andaba muy lejos.

Un par de días más tarde, tropezaron con unos campesinos que huían asustados de sus casas.

—¿De dónde sois? —les preguntó Ibuki, deteniéndolos.

Las mujeres ocultaron a los niños tras sus faldas, y los hombres se postraron suplicando clemencia. La imagen de un tullido con espadas de calidad y mirada inquisitiva, junto con un *gaijin* vestido de negro como los padres cristianos, que portaba armas de fuego y una katana, no debía de darles mucha confianza.

—Levantaos —ordenó Diego. Y añadió—: ¿Por qué huis de

vuestras tierras?

Los pocos bártulos que acarreaban hacían entender que no iban en peregrinación, sino que andaban por aquellos caminos por otra razón muy diferente.

El mayor de ellos, un anciano con la cabeza rala, se atrevió a ponerse en pie y a mirar directamente al *gaijin*:

—Somos de Nagoya, trabajamos al servicio de la dama Kawaokura.

Solo escuchar pronunciar su nombre provocó en Diego una desazón que causó que su voz sonara áspera y dura:

—¿Por qué dejáis sus tierras?

—Porque el clan Todoka las ha sitiado. El castillo pronto caerá en sus manos, y nuestra señora morirá junto con todos los que se encuentren en esas tierras. Siempre ha sido así, y siempre lo será —sentenció el anciano como si justificara su cobarde acción de abandonar a su señora con aquellas palabras.

—¿Cuándo sucedió? —preguntó Ibuki.

—Hace cinco noches.

—¿Cuánto aguantarán? —le preguntó Diego, ignorando a los campesinos.

—No mucho. Los hombres de Todoka son sanguinarios, buenos guerreros y seguro que piensan que Miyako guarda oro ganado con sus cultivos de caña de azúcar.

—¿Nadie puede ayudarla?

—Nadie se opondría a Todoka, al hacerlo se enfrentarían a Satsuma y a Chōshū.

—¿Y el *bakufu*?

—Esos inútiles tardarían meses en preparar un ejército y otros tantos en conseguir que llegara hasta aquí. No, Miyako está sola.

—En eso te equivocas, *rōnin* —dijo Diego y añadió—: Nos tiene a ti y a mí.

—¿A un tullido y a un padre cristiano? No parece una gran ayuda.

—Nunca se sabe los designios de Dios —respondió Diego, más como había oído multitud de ocasiones al padre Santiago, que por creerlo.

—Espero que tu dios quiera salvar a Miyako.

—Si no lo hace él, lo haré yo —afirmó con los ojos cargados de violencia.

Diego se desabrochó dos botones de la sotana y, ante la mirada sorprendida de los campesinos y de Ibuki, sacó de la cadena que colgaba de su cuello un anillo. Lo sostuvo un instante y lo contempló con ojos pensativos y un enorme respeto.

—¿Qué es? —preguntó Ibuki.

—El alma de un guerrero —aseguró Diego, poniéndoselo en el dedo de la mano derecha.

94

tierras de sangre

Nagoya (Japón), 20 de marzo de 1859
(Tercer mes del sexto año de la era Ansei)

Cuando pisaron tierras del clan Kawaokura, ambos hombres desmontaron, y Diego hizo una señal a Ibuki para que guardase silencio, creía haber escuchado a posibles rastreadores del clan Todoka. Avanzaron en cuclillas, sin hacer ruido, solo roto por el canto de los pájaros y el crujido de las hojas secas bajo sus pies. Al llegar a los cultivos de caña de azúcar, las altas plantas les proporcionaron un escondite seguro desde donde vigilar sin ser descubiertos.

El ejército de Todoka era numeroso, pero confiado. Lo formaban arcabuceros, lanceros y arqueros, además poseían dos cañones que ya habían destruido la muralla exterior que salvaguardaba el castillo. Una gran cantidad de estandartes de la casa Todoka se habían clavado en el suelo al igual que varias tiendas en las que descansaban los samuráis de alto rango. Pegados a la tierra, Diego sacó un catalejo y observó que una de ellas tenía una tela que le impedía ver qué había tras ella. Ibuki le había dicho que esa era la del general que comandaba las tropas. Le pasó el catalejo a Ibuki y este, tras echar un vistazo, se lo entregó de nuevo, su rostro parecía contrariado.

—¿Cómo entraremos en el castillo sin ser vistos? —preguntó Diego.

—Aún no lo sé, pero ya se nos ocurrirá alguna manera.

—Piensa rápido, Miyako no tiene mucho tiempo —dijo Diego, y le señaló a los hombres que preparaban los cañones.

—Debemos esperar a la noche, ella nos protegerá.

Diego asintió con la cabeza. Ibuki había aprendido las artes de los *shinobi*, como un día le contó Miyako. Esos guerreros de las sombras contaban con unos trucos que quizás ahora les ayudarían a atravesar las filas de soldados que amenazaban con aniquilar el castillo de Nagoya.

Durante toda la tarde, bombardearon las murallas, mientras que el ejército de Kawaokura se defendía con fusiles, Diego imaginaba que fabricados en la herrería que Hiroyoki había obligado a construir a Miyako en sus tierras.

Cuando llegó la noche, Diego agradeció a todos los dioses,

cristiano y japoneses, que unas densas nubes cubrieran la luna, impidiendo ver más allá de sus pies. Ibuki le untó la cara de barro, ya que su sotana era suficientemente oscura para ocultar su cuerpo. Los dos hombres avanzaron encorvados hasta donde se habían situado las tropas. Algunos soldados conversaban alrededor de una fogata, otros hacían guardia, pero dormitaban a ratos. Hasta ese momento no habían advertido que muchos de ellos eran *rōnin* pagados por el clan Chōshū. Parecían creer que los bombardeos, que habían destruido las murallas e incendiado la torre de homenaje del castillo, mantendrían lo bastante ocupado al clan Kawaokura como para no enfrentarse a ellos, al menos, hasta que llegara el alba.

Diego preguntó a Ibuki por qué no atacaban por la noche, y este le respondió que a los generales les gustaba la fanfarria, querían ver cómo el clan Kawaokura, y concretamente Miyako, pedía clemencia, entrando triunfante ante las tropas enemigas. De día todos los hombres del clan Todoka serían unos héroes, en cambio, si vencían de noche se considerarían más unos *shinobi*, unos guerreros sin honor. Incluso los *rōnin* actuarían de aquella manera, no se rebajarían aún más. Fuera como fuera, esas ideas proporcionaban a Ibuki y a Diego una oportunidad que ninguno de los dos pensaba desaprovechar. Si no se adentraban esa noche en el castillo, ya no lo harían jamás. El problema era que, cuando lo hicieran, los samuráis del clan Kawaokura podrían confundirlos con enemigos y matarlos.

—¿A qué aguardamos? —preguntó Diego a Ibuki.

El *rōnin* le hizo un gesto de silencio, después extrajo de entre sus ropas un *shuriken* que arrojó con acierto, el vigía que aún permanecía despierto, pero que apoyaba la espalda en un árbol, sucumbió a un sueño eterno sin emitir un gemido. Enseguida, Ibuki lanzó otra de sus estrellas mortales a varios soldados más, abriéndose paso entre los samuráis.

Ibuki avanzó hacia los cañones y se ocultó tras las ruedas, y Diego imitó su proceder. El *rōnin* conocía mejor el lugar y también la forma de pelear de esos hombres. Diego asomó la cabeza y los vio jugar y beber, mantuvo el dedo firme en el gatillo de la pistola, si alguno se interponía en su camino dispararía hasta la última bala de la Remington que hubiese en su cargador.

Diego observó el corto espacio que lo separaba de la abertura que los cañones habían creado en las murallas. Harto de la espera, se dispuso a entrar y que la suerte o el destino escogiese si moría o sobrevivía a esa aventura. Sin embargo, no fue ningún enemigo el que le impidió abandonar el escondite, sino Ibuki.

—¡Detente! —susurró, sujetando su brazo.

Diego lo miró casi con desprecio por retenerlo, entonces el *rōnin* le señaló a un grupo de soldados que se habían percatado de que sus

compañeros no se movían.

—¡Perezoso de mierda! —gritó el samurái al cargo de esos hombres a uno de ellos.

Cuando llegó a la altura del vigía, le dio una patada para que despertase, pero el muchacho cayó de costado al suelo. De pronto, el samurái advirtió la estrella *shinobi*, desenvainó la espada y se giró deprisa como si fuera a enfrentarse a todos los demonios del infierno. Después, gritó alertando al resto de hombres, que aprisa tomaron sus armas, sin saber contra quién luchaban. El desconcierto era tal que las voces de los soldados, que veían posibles enemigos entre las sombras, convirtió el campamento en un pandemonio hasta el punto de que muchos samuráis se enfrentaron a sus compañeros, ignorando que pertenecían al mismo ejército.

En su escondite, Ibuki gritó:

—¡Ahora!

Diego e Ibuki corrieron hasta la entrada de las murallas, en medio de su camino, un samurái se interpuso y alzó la espada. Diego disparó para abrirse paso. Apenas sin respiración, los dos llegaron a la segunda muralla y gritaron a los vigías que no eran enemigos.

Desde el castillo, Iko ordenó a los arcabuceros que disparasen al menor movimiento sospechoso.

—Soy el samurái *Umi no otoko* y me acompaña Ibuki.

—¿Cómo sé que dice la verdad? —preguntó Iko.

La oscuridad era tan espesa que desde el castillo apenas se veían con claridad las dos siluetas.

—¡Maldita sea! ¡Miyako te despellejará vivo si el *gaijin* muere a sus puertas! —gritó Ibuki.

—¡Dejadlos entrar! —escucharon Diego e Ibuki ordenar a Iko.

Cuando la puerta se abrió lo suficiente para que entrasen uno tras otro vieron dos fusiles apuntando a sus cabezas.

De pronto, los soldados que los miraban con desconfianza dejaron paso a su jefe, el general samurái Iko.

—No puedo creer que sea cierto —dijo tan sorprendido como el resto de sus hombres—. El samurái *Umi no otoko* y el *rōnin* Ibuki juntos.

—Los mismos —respondió Diego, a la vez que Iko hacía un gesto a los hombres para que bajaran las armas.

—¿Cuánto aguantaréis? —preguntó Ibuki.

—Ciertamente dudo que soportemos los primeros ataques al alba.

—¿Y Miyako? —preguntó Diego.

—No creo que su presencia en el castillo ayude demasiado a mi señora.

—Eso es algo que solo tu señora debe juzgar —aseguró Diego mientras se limpiaba el rostro con la manga de su sotana.

Iko asintió con una leve inclinación de cabeza y les indicó con un gesto de la mano que lo siguieran, sin embargo, cuando Diego pasó a su lado, le susurró:

—Una vez selló nuestra amistad con una hermosa pistola que aún conservo. —La mirada de Diego se dirigió al fajín del hombre, en ella se veía la culata del arma que él le entregó y que un día le regaló a su vez Fernando. Después, Iko, con la voz dura, dijo—: Si empeora las cosas de algún modo, le juro que lo mataré yo mismo con ella.

Diego miró fijamente los ojos del samurái y asintió.

SE DETUVIERON DELANTE de la puerta del salón donde el daimio convocaba a sus consejeros.

—Dama Kawaokura, deseo hablar con usted —solicitó Iko.

—Adelante.

Iko abrió la puerta y se hizo a un lado. Diego advirtió en su mirada una amenaza y un ruego.

En el interior, Miyako vestía con ropas de hombre, portaba sobre el pecho un peto protector que le concedía la imagen de una antigua guerrera. Aunque su rostro mostraba la sorpresa de descubrir quiénes acompañaban a Iko, sus ojos fueron los que demostraron a Diego que se alegraba de verlo.

—Diego…

—Miyako…

Diego creyó que su sotana la confundiría, quiso contarle la razón de su decisión, pero sobre todo, quería pedirle explicaciones de por qué le había ocultado que eran padres. Deseaba tener tiempo suficiente para entender y no disponían de él. Ambos lo sabían y dejaron pasar el momento de las explicaciones para concentrarse en el problema con el que debían enfrentarse.

—Miyako, ¿has pensado qué vas a hacer para repeler el ataque? —preguntó Ibuki, rompiendo el cruce de miradas entre ellos.

—Aún no sé cómo evitarlo… —dijo apenada.

—Tienen cañones y nos doblan en hombres —afirmó Iko.

—Batallas con menos soldados se han librado y se han ganado —aseguró Diego.

—¿Cómo vencemos al clan Todoka? —le preguntó Miyako a Diego, clavando sus ojos desesperados en él. Ante su mutismo, añadió—: Aunque ahora seas un padre cristiano, fuiste soldado y eso nos da cierta ventaja sobre el clan Todoka.

Diego ignoraba cómo realizar una estrategia en la que salieran vencedores, pero antes de lanzarse a contestar a Miyako se volvió hacia Iko y le ordenó:

—Haz recuento de armas y munición, busca entre los heridos a todos aquellos que puedan sostener un fusil o una espada todavía. Prepara barricadas ante las puertas, serán lo primero que destruyan mañana.

—*Hai!* —exclamó Iko.

—Te acompaño, necesito vendas limpias —afirmó Ibuki y siguió a Iko a la salida.

Cuando Diego y Miyako se quedaron a solas, el silencio invadió por completo la habitación. Un silencio en el que se podían escuchar los reproches de Diego y las justificaciones de Miyako.

—Veo que al final tu amigo Fernando tenía razón sobre que en el fondo tenías alma de sacerdote —dijo Miyako, acabando al fin con ese silencio incómodo y asfixiante.

—Dios nunca abandona a sus fieles.

Miyako esbozó una sonrisa, sus palabras la herían, pero no las negaría como verdaderas. Ella lo había abandonado y eso no podía justificarlo de ningún modo.

—¿Deseas conocerla? —preguntó Miyako.

Ambos sabían a quién se refería y él asintió con cierto temor y a la vez expectación de ver a su hija. Miyako descorrió una puerta. En la habitación que dejó a la vista había un futón en el que dormía una niña. Su pelo negro como el carbón encuadraba un rostro infantil, con los rasgos rellenos de la niñez, aunque se notaba en ellos la belleza exótica de la mezcla de dos mundos que florecería en la juventud.

—¿Sus ojos? —preguntó Diego.

—Son iguales a los tuyos. Y agradezco a los dioses que así sea, eso le causará menos problemas.

—¿Cómo se llama?

—Umiko.

—Niña del mar…

Diego miró a su hija y la ternura invadió su corazón, si antes había sentido deseos de salvar a Miyako, ahora protegería la vida de Umiko a cualquier costo y de cualquier manera. Se quitó la cruz de oro que portaba de su pecho y se la puso a la niña, que ni siquiera se despertó, profundamente dormida con el sueño de los inocentes.

Después, salieron de la sala, y Miyako cerró la puerta tras su espalda. De nuevo, el silencio se impuso a las palabras. Sin embargo, ambos sabían que al día siguiente podían estar muertos y necesitaban hablar.

—¿Cómo es?

—Le encanta el mar, y es temperamental y amable.

—¿Sabe que existo? —preguntó Diego, temeroso de la respuesta.

—Le he hablado de su padre, nacido en el país de los olivos. También qué hizo por Edo, cómo fue nombrado samurái, cómo salvó a

su madre de un hombre horrible y cómo tuve que abandonarlo porque un daimio jamás traiciona a su clan ni a su gente.

Miyako observó a Diego, su sotana negra le confería el aspecto de un monje budista, aunque con un color diferente, mientras que sus ojos expresaban una gran tristeza que apuñaló su corazón.

—Lo siento… —dijo Miyako.

—¿Por qué?

—Porque si mañana Umiko y tú morís, será culpa mía. Debí aceptar la oferta de matrimonio del *bakufu*, o entregar mis tierras al clan Todoka, pero sobre todo, haber huido contigo cuando me lo pediste —terminó de decir, fijando la vista en él.

Diego se acercó a su lado, alzó la mano y acarició su mejilla. Miyako inclinó la cabeza y se mantuvo así un instante, sintiendo la agradable sensación de su cálida mano en el rostro.

—No podemos cambiar el pasado… —dijo Diego para consolarla.

—Ni escribimos el futuro.

—Solo vivir el presente, eso es lo que una vez me enseñó una muchacha japonesa.

Miyako esbozó una sonrisa al recordar su conversación con él hacía tanto tiempo.

—Esa muchacha ya no existe.

—Yo creo que sí, pero la han enterrado las responsabilidades y el deber.

—Diego… —dijo ella, alzando la cara.

Los ojos de Miyako se aclararon con tanta rapidez que Diego comprendió que el amor que ambos habían sentido una vez el uno por el otro continuaba existiendo. Su respiración se agitó y sus manos se apoderaron del rostro de ella. Ahora era él quién se debatía entre su promesa de entregarse a Dios o besar a esa mujer que su cuerpo y, por qué negarlo, su alma anhelaban. Diego, sin dejar de sujetar el rostro de Miyako, lo acercó al suyo, sus labios se rozaron un instante, fue un leve roce, aunque suficiente para que los mundos que ambos habían intentado construir sin que el otro estuviera en él se destruyeran.

—Diego… no quiero ser…

—Calla…

Diego la abrazó con fuerza, y besó sus párpados, sus cejas, sus mejillas, y de nuevo volvió a adueñarse de su boca, fresca y húmeda, mientras que la urgencia de poseerla se imponía a cualquier otra cosa. Las manos de Miyako se aferraban a su cuello con desesperación, como si temiera que se desvaneciera de un momento a otro. A Diego le sucedía lo mismo, sabía que era solo una ilusión, al día siguiente, Miyako se entregaría al deber de su clan, al honor que a veces detestaba, pero del que no podía escapar.

Diego se apartó de ella, desazonado, a la par que lo invadía la

certeza de que jamás existirían un lugar ni un tiempo donde estar juntos. Lucharía hasta el último aliento para salvar a Umiko, después se marcharía, bien al Infierno, en el que creía le guardaban un sitio, o bien a España, si Dios le concedía la gracia de vivir.

—¿Es un sueño? —preguntó Miyako.

—Es una despedida.

Ella se alejó unos pasos de él, sus ojos se oscurecieron de repente, y su rostro exhibió una patente seriedad.

—Será mejor que te vayas, ambos debemos descansar esta noche.

Diego asintió y dejó el cuarto con prisa, si hubiera permanecido un momento más, no habría contado con la voluntad de hacerlo.

ALGUIEN MÁS VIO a Diego salir del cuarto, se trataba de Ibuki. El *rōnin* sujetaba un papel entre las manos, era su poema de muerte. La fiebre apenas le permitía mantenerse en pie, había tenido visiones horribles y sueños placenteros, si bien sabía que era cuestión de horas que acabase con ese sufrimiento. Antes de arrojarse a una muerte propia de un samurái, se despediría de Miyako. Aguardó a que se acostara, abrió la puerta y se arrodilló a su lado. La antigua sala donde el daimio convocaba a sus invitados se había convertido en un improvisado dormitorio, porque era el cuarto más protegido del castillo.

La cabellera de Miyako se extendía como tinta negra sobre el suelo y su respiración era agitada. Ibuki la observó un instante, después, se atrevió a acariciarle la frente. Miyako se removió en sueños, pero no se despertó.

—Adiós, niña de ojos de agua.

Ibuki dejó su poema de muerte al lado de Miyako y salió del cuarto. Entonces, Miyako abrió los ojos, debía permitirle marchar y morir como quisiera. Ni siquiera la amapola china aplacaba el dolor que Ibuki sentía cada segundo del día. Miyako se levantó y encendió una lámpara de aceite. Luego leyó el poema de muerte en voz alta:

Siempre mi amor en amistad,
en la muerte recordado.
Eterno en nuestro ser.

Las lágrimas asomaban a las pestañas de Miyako, jamás volvería a ver a Ibuki, el antiguo hijo de un samurái, el hombre al que debía la vida, su amigo.

IBUKI ATRAVESÓ LAS líneas enemigas vestido como un samurái. Durante la noche había vuelto a cruzar la muralla, un fuerte aguacero lo ayudó a confundirse con el resto de samuráis del clan Todoka. El campo en el que se encontraban se había convertido en un lodazal y se apresuraron a asegurar las tiendas de los samuráis de alto rango y la del general. Ibuki tenía un objetivo y se encaminó a él sin un ápice de temor ni de cordura. Si lo descubrían, lo matarían sin honor. Sin embargo, parecía que nadie se fijaba en el tullido que andaba erguido hacia una concreta dirección. Sorteaba al enemigo como si la falta de su brazo le otorgara invisibilidad. En la puerta, dos vigilantes custodiaban la seguridad del general. Ibuki lanzó dos estrellas *shinobi* que se clavaron en la garganta de uno de los hombres y en el corazón del otro. No llevaban petos protectores, porque eran pesados y creían que no entrarían en batalla hasta el alba.

Ibuki se adentró en la tienda y sorprendió al samurái dormido. No era honorable, pero no disponía de tiempo, así que extrajo su puñal corto y lo degolló. El general del clan Todoka abrió los ojos sumido en un inmenso estupor, pero solo pudo emitir un gorjeo incomprensible, ya que se estaba ahogando con su propia sangre. Tras la muerte del general, el caos se apoderó de todos en el campamento. Gracias a la magnanimidad de los dioses había dejado de llover, permitiendo a los hombres de Iko prender con sus flechas los cartuchos de pólvora que Ibuki había ocultado en el campamento. Antes de partir, había contado sus intenciones a Iko. Recordó la última conversación que mantuvo con él.

—Siempre fuiste un samurái al servicio de la casa Kawaokura —afirmó Iko, posando la mano en su hombro.

—En eso se equivoca, general —aseguró Ibuki—. Siempre fui leal a mi espada y mi espada es leal a Miyako, solo a ella.

—De todos modos, tu muerte será honrosa y propia de un samurái, porque desde este momento se te concede ese honor, Kawasida Ibuki —dijo Iko, devolviéndole su apellido y, por lo tanto, su condición de samurái.

Ibuki asintió, al fin su padre podía descansar en el más allá; cuando volvieran a verse, lo haría con orgullo.

—Será mejor que la lleves, amigo —le dijo Diego, entregándole la pistola Remington.

—No sabría cómo usarla, mi puntería solo es buena con las armas *shinobi,* pero sí te aceptaría un trago de *brandy*.

—Lo guardaba para una ocasión especial —respondió Diego—. Y no encuentro otra mejor que despedir a un amigo. Siempre estaré en deuda contigo, Kawasida Ibuki.

—Cuídalas —le pidió Ibuki, consciente de que jamás regresaría.

—Lo haré —prometió Diego y añadió—. Que Dios te bendiga y te

proteja.

Ibuki asintió, tomó la petaca del *gaijin* y le dio un buen trago, una hora antes se había tomado toda la amapola china que tenía y se sentía invencible.

Todos ellos habían pensado en un plan, necesitaban a un hombre que lo cumpliera y que supiera bien que moriría al ejecutarlo. Todos y cada uno de ellos se ofrecieron para esa misión suicida, incluido Diego, y todos alegaron un motivo razonable que les otorgaba la posibilidad de ser los elegidos; sin embargo, Ibuki no necesitó decir una palabra, tan solo se bajó el kimono y mostró su sufrimiento, cada uno de ellos inclinó la cabeza, todos convencidos de que ese honor correspondía a un hombre capaz de soportar tal padecimiento sin enloquecer. Cuando elaboraron el simple plan en el que el fracaso supondría la muerte de todos ellos, Ibuki sintió que por fin su vida tenía sentido.

Los samuráis lo despidieron como a uno más de ellos y regresaron a sus puestos, aunque Diego permaneció aún a su lado y le dijo:

—Gracias de nuevo por arriesgar tu vida por ella y por mi hija.

Ibuki sabía bien que el *gaijin* conocía sus sentimientos hacia Miyako, pero agradeció que no lo mencionara. Notaba cómo su corazón latía con rapidez y sus piernas eran más ágiles. Contaba con poco tiempo antes de que la amapola china lo adormilara o le provocara la muerte, lo había visto en otros; así que no podía perder tiempo, había llegado el momento de partir.

Ahora que se hallaba frente al general degollado, creía que su misión había concluido, ya solo dependía de Diego y de Iko cumplir con lo acordado. Había dejado cargas de pólvora por el campamento, que previamente había convenido con el general Kawaokura. Varios arqueros y arcabuceros con la mejor puntería los hicieron estallar con flechas de fuego. Por fin, pondría término a su sufrimiento.

Ibuki lanzó al suelo las ascuas del brasero que había en la tienda para que estas prendieran poco a poco y las llamas consumieran su cuerpo. No contaba con mucho tiempo, aunque esperaba que fuera el suficiente para realizar *seppuku.* Así que se arrodilló en el suelo, se desnudó hasta la cintura, extrajo su *wakizashi* y se lo clavó en el vientre. Con una mano era más difícil rajar sus entrañas, así que se dejó caer al suelo. Con dificultad, mientras que el sudor cubría su cuerpo por completo, se incorporó de nuevo, ayudándose con la mano. Entonces, vio cómo cientos de mariposas de fuego caían sobre él. Eran hermosas con sus alas incendiarias. En ese instante, su vida pasó ante sus ojos, esbozó una sonrisa y apretó la empuñadura del sable corto y tiró con todas sus fuerzas hacia la izquierda. Con sus últimas fuerzas, Ibuki sacó de su *kaku obi* el adorno del cabello que un día arrebató a Miyako. La pequeña flor de plata la apretó con fuerza, mientras

esbozaba una sonrisa. En ese momento, Ibuki notó la presencia de su padre a su lado y sintió cómo su progenitor tiraba de él a un mundo en el que el dolor ya no existía.

—He sido leal a mi espada, padre… —fueron sus últimas palabras.

MIENTRAS TANTO, EN las murallas, Miyako aguardaba expectante, en compañía de Diego e Iko, el resultado de la acción ejecutada por Ibuki. De pronto, el cielo se llenó de volutas de humo y varias explosiones acontecieron unas seguidas de otras, fue en ese instante en el que Iko dio la voz de ataque. Las posibilidades de vencer eran mínimas, ni siquiera contaban con hombres en abundancia, pero morirían defendiendo a sus hijos.

—¡Abrid las puertas! —ordenó Miyako.

La imagen de una mujer guerrera junto a un padre cristiano, armado con dos espadas y una pistola, era una visión difícil de olvidar. Diego se había remangado las mangas de la sotana y empuñaba su arma, abriendo paso a Miyako, quien manejaba la *naginata* con una maestría impresionante y brutal. Ambos formaban un equipo terrible que avanzaba dejando una estela de muertes. En medio de la batalla, Diego se alejó de Miyako obligado por un grupo de samuráis. No contaba con tiempo para cargar su pistola, se la guardó en el fajín y desenvainó la katana.

Por el rabillo del ojo, Diego advirtió a Miyako enfrentándose a varios hombres, movía su *naginata* de derecha a izquierda y en uno de sus movimientos cosechó la cabeza de dos de ellos. Diego se concentró de nuevo en combatir contra otro de los samuráis del clan Todoka. El *rōnin* se abalanzó hacia él con la furia de un titán. Diego lo esquivó un instante, aunque el guerrero era diestro en la espada y consiguió herirlo en el brazo. El dolor le hizo apretar los dientes, sin embargo, lo impulsó a pelear con más ganas. Gritó unas palabras que nadie más que él entendía y arremetió contra su enemigo, blandiendo la katana una y otra vez. El *rōnin* resistía los ataques, si bien cada vez con menos vigor, hasta que Diego lo pateó en la entrepierna, fue un golpe certero e innoble, pero le daba lo mismo cómo luchar, siempre que le permitiese obtener ventaja sobre su adversario. El samurái cayó de rodillas, y Diego alzó la katana, centelleando con la tenue luz del alba, y cortó la cabeza de su oponente, que rodó hasta sus pies. Apenas había bajado la espada cuando otro de los samuráis de Todoka fue a su encuentro. De un vistazo, Diego comprendió que perderían la contienda, salvo un milagro nada haría que igualasen las fuerzas.

Miyako evitaba que nadie se le acercara con la *naginata*, pero si conseguían alcanzarla, la batalla se decidiría al fin. Si mataban o

capturaban a la dama Kawaokura, el resto de su clan caería sin remedio. Diego se libró del samurái, y con toda la rapidez posible cargó su revólver. Alzó el brazo y apuntó a quienes se enfrentaban a ella, uno a uno los fue eliminando de un disparo, incapaz de ver que, al protegerla, era su propia vida la que ponía en peligro.

—¡Miyako! —gritó.

Diego supo que no podía fallar, un samurái amenazaba con un arco a Miyako, así que disparó su última bala, mientras desenvainaba la katana. Entonces, sintió a su espalda el cuerpo de un hombre, se giró con violencia, dispuesto a matarlo, pero se trataba de Iko. El general tenía el rostro y las ropas ensangrentadas; Diego también presentaba una imagen similar con la sotana teñida de color carmesí.

El olor de la carne quemada de aquellos que habían sucumbido al fuego se entremezclaba con el olor a sangre y a pólvora.

—¡Debemos cubrirla! —afirmó Iko, señalándole a un nuevo grupo de samuráis de Todoka.

Diego asintió y los dos hombres se abrieron paso hasta ella. Diego se situó en su flanco izquierdo e Iko en el derecho. Mataron y aguardaron su muerte hasta que escucharon vocear consignas del clan Kawaokura.

—¡Es Siro! —gritó Miyako.

Iko esbozó una sonrisa, el *ashigaru* había reunido a un grupo de campesinos que portaban sus útiles de trabajo como si fueran armas. Eso igualaría las fuerzas.

Los samuráis de Todoka habían perdido a su general, los dos cañones y a decenas de *rōnin* contratados al servicio del clan. Sin alguien al mando, serían derrotados, y muchos de ellos emprendieron la huida. No obstante, lucharon hasta que cayó la noche. Cuando los últimos conatos de la batalla se aplacaron, llegó la hora de hacer balance de los supervivientes.

Diego observó el campamento incendiado y repleto de cadáveres de uno y otro bando. Durante la refriega había perdido a Miyako, rogó a Dios que se encontrase a salvo. Se limpió el sudor de la frente con el brazo. Envainó su espada y cargó de nuevo la pistola. Vio a los samuráis del clan Kawaokura rematar a los heridos de Todoka. Saber que hubieran matado a Umiko hizo que no sintiera ninguna piedad por ellos.

Diego se abrió paso entre los muertos hasta Miyako. La dama Kawaokura se veía agotada, su rostro manchado de sangre y sus ojos tan oscuros como esa misma noche que habían dejado atrás.

—Diego…

—Miyako…

No necesitaban más palabras que aquellas para demostrar la alegría de ver al otro con vida, sin embargo, desde esa noche la

situación de Miyako había empeorado aún más.

—¿Qué ocurrirá a partir de hoy? —le preguntó Diego.

—Ahora he ofendido al *bakufu* por negarme a casarme y he roto mi amistad con el clan Todoka y, por lo tanto, con el clan Chōshū.

—Estás entre dos aguas.

—Como nosotros, ¿verdad?

Diego tenía razón. Ambos vivían en un mundo en el que al otro no le estaba permitido vivir.

Unos gritos de la señora Himura, que caminaban junto al profesor Villalba y el señor Ichiro hicieron que ambos se girasen y acallasen las palabras que debían haber pronunciado y que no dirían por miedo a escuchar una respuesta sincera.

—Debo ver a Iko —se excusó Diego, alejándose de ella.

Cuando llegaron a su lado la señora Himura, el señor Ichiro y su *sensei* Villalba guardaron silencio.

—Señor Ichiro, ¿todo bien en el castillo?

El hombre asintió con la cabeza. Después su *sensei* dijo:

—Señorita Kawaokura, ¡agradezco a Dios que esté a salvo!

Miyako esbozó una sonrisa, mientras que la señora Himura revoloteaba a su alrededor y se aseguraba de que no hubiera recibido una herida. Estaba magullada y tenía algunos cortes, pero ninguno de importancia, gracias a Iko y a Diego.

—Sí, *sensei* —respondió, sin dejar de seguir con la mirada a Diego.

—Todo sería más fácil si sus tierras fueran territorio neutral —afirmó Villalba, sin la menor convicción.

—¿Cómo ha dicho, *sensei*?

—Es absurdo, pero he pensado en qué le ocurriría después de ganar esta batalla. Solo es cuestión de tiempo que tropas más poderosas la atosiguen o que el *bakufu* le imponga con impuestos imposibles de pagar la obligación de casarse; sin embargo, si las tierras del clan Kawaokura fueran un territorio sin pretensiones, incapaz de reunir a otros daimios, eso aplacaría al *bakufu*.

—¿Y qué sucedería con el clan Todoka y Chōshū?

—Sobornos, eso reblandece el corazón más duro —dijo Villalba y continuó—: Necesitarán armas para enfrentarse al sogún, armas que cuestan dinero.

—¿Cómo propone que haga todo eso?

—Si se casa con él en el consulado estadounidense —dijo, señalando a Diego, que se había arrodillado ante un herido y parecía rezar una plegaria—, el *bakufu* no contaría con la autoridad suficiente para anular ese matrimonio ni consideraría a un *gaijin* un daimio, a pesar de que lo hubieran nombrado samurái. Sabe bien que cualquier clan evitará a toda costa relacionarse con un *gaijin* y, por ende, no supondrá un problema para el *bakufu*. Su matrimonio los convencería

de que jamás alzaría su mano contra ellos, mientras que esa misma unión aseguraría al señor de Mito que tampoco se convertiría en su enemigo. Por supuesto, debería usar la diplomacia, muchos sobornos y una gran dosis de inteligencia.

—Podría intentarse… —dijo más para sí Miyako, aunque enseguida añadió—: Es demasiado tarde.

—¿Lo dice porque es un sacerdote o porque cree que nunca la perdonará?

—Aún no lo sé, pero lo averiguaré.

Miyako asintió sin dejar de observar a Diego. Si hacía lo que le había sugerido Villalba, salvaría a su clan y a su gente; pero también devolvería su padre a su hija. La cobardía se fundía en el corazón de Miyako de igual modo que la esperanza de que la idea de Villalba resultara.

—Quizás si me convierto en sirena, rompa la maldición.

Villalba la miró sin comprender, mientras que Miyako, sin dejar de sujetar su *naginata*, se abrió paso entre la destrucción con una mirada decidida que ocultaba su miedo.

Epílogo

Madrid (España), 25 de diciembre de 1859

La navidad había caído como una losa sobre el ánimo de Fernando. Tan solo la visita de Diego había desterrado la tristeza que lo embargaba. Tenía mucho que contar a su viejo amigo, como que hacía un par de meses que Bernard había llegado a Madrid desde China. Fernando se sirvió un coñac y miró por la ventana, la oscuridad y la nieve que había cubierto la ciudad esa tarde la convertía en una estampa propia de un cuento de Dickens. El vaho de su respiración se reflejó en el cristal y recordó cómo su amigo francés llamó un día a su puerta, sujetando la mano de una niña que sonreía con simplicidad y que no pronunciaba una palabra.

—No sabía si me recibirías —dijo Bernard, mirándolo con culpabilidad.

—Luisa no me perdonaría dejarte en la calle, además con una niña.

—Siento presentarme así, pero hasta que busque un trabajo no tengo manera de…

—No te preocupes, hablaré con Juan, él te buscará un empleo. Por lo demás, puedes quedarte el tiempo que precises.

En ese momento, Petra entró con el pequeño Diego. Aurora, que así se llamaba la chiquilla que acompañaba a Bernard, se acercó a Diego. El niño agarró su mano y ella le sonrió. Desde entonces, ninguno de los dos había vuelto a separarse del otro.

—¿Quién es la niña? —preguntó Fernando a Bernard, cuando Petra se llevó a los niños a la cocina para darles de cenar.

Fernando le ofreció un vaso de brandy a Bernard y este se aproximó a la ventana y contó su historia.

—Aurora me salvó la vida, necesitaba pagar mi deuda, pero su hermana había muerto de unas fiebres, sospecho que de cólera o tifus, y la encontré sola en su granja, sin que nadie cuidase de ella. No podía abandonarla.

—Te esperaba mucho antes. *Monsieur* Bastiane y Jules me dijeron que vendrías a Madrid.

—Debía ocuparme de un asunto y no era Aurora.

Su mirada advirtió a Fernando que se trataba de una cuestión más peligrosa que el rescatar a una huérfana de su desgracia, pero guardó silencio. Cuando estuviera preparado para hablar ya se lo contaría, y así fue, una noche, tras una partida de cartas, Bernard le confesó:

—El día que llamé a tu puerta me preguntaste por qué no había venido antes. No huía de ti, ni siquiera de mí, perseguía a un monstruo del infierno. El hombre que me obligó a matar a muchos otros solo por avaricia.

—¿Lo encontraste? —se atrevió a preguntar Fernando.

—Sí, y te juro que tuvo un final digno de su vida.

Fernando guardó silencio y siguieron con su partida, estaba seguro de que Bernard había asesinado a ese hombre, también que ese capitán de navío se merecía la muerte.

Después de varias semanas, al final, Bernard se convirtió en su chófer, en su guardaespaldas y en quien se encargaba de que se cumplieran sus objetivos en las distintas obras caritativas que había emprendido Luisa; pero sobre todo, se convirtió en su amigo. Al igual que a Diego, a Bernard no le agradaban las sesiones que a veces los jueves sucedían en su casa, donde la señorita Mastrago se comunicaba con los seres del más allá. Fernando lo invitó a unirse a ellos, a contactar con Ninon, sin embargo, Bernard siempre se negaba, diciéndole:

—Ella me hablará cuando quiera, no cuando se lo ordene. En vida, Ninon fue una mujer con carácter y muerta no será menos.

El sonido de varios carruajes acercándose trajo de vuelta al presente a Fernando. Solo uno se detuvo, de él bajó un hombre muy semejante a Juan Díaz, el sindicalista al final había abandonado su empleo en la fábrica para asistir a la universidad. Fernando sufragaba sus gastos, quería a alguien como él abogando por los derechos de los trabajadores, un hombre que conociera desde abajo qué era sufrir jornadas inagotables por salarios míseros. Aún recordaba cómo ese cabezota se negó a aceptar su ayuda. Fernando esbozó una sonrisa al revivir ese instante.

—No quiero tu caridad.

—¡Eres un testarudo! ¡Caridad! No tienes ni idea de lo que significa estudiar, y menos aún, trabajar para mí. No dejaré que ninguna de las obras iniciadas por Luisa se derrumbe. Así que te ganarás cada moneda que invierta en ti, te lo aseguro.

Juan no había visto nunca a Fernando apoyar una causa con tanta pasión, así que asintió con la cabeza.

—¿Si fracaso?

—No lo harás, confío en ti, y Luisa también.

Después de esas palabras, Juan se entregó en cuerpo y alma a sus estudios, y ahora defendía a las hilanderas y a otros muchos trabajadores en un bufete instalado en uno de los barrios de los obreros.

Su tío había intentado hablar con Fernando en numerosas ocasiones, solicitándole cordura respecto dichos temas, pero él

siempre lo había despedido con aguas frías.

Esta vez, el carruaje que se detuvo ante su puerta sí era el de Diego, vestido de negro, parecía un pájaro de mal agüero. Odiaba ese color, símbolo de luto y de la Iglesia en la que había dejado de creer. Su atención se dirigió a la botella de *whisky* de cincuenta años de antigüedad que permanecía en el mueble bar a la espera de que su amigo llegase para abrirla.

Cuando sonó el timbre apenas podía creer que fuera él, Diego de Quesada había cambiado. Una barba espesa cubría su rostro y su mirada ahora era la de un hombre que había hecho las paces no solo con Dios, sino también consigo mismo.

Un criado abrió la puerta de la biblioteca en la que Fernando se encontraba y se hizo a un lado para que Diego entrase.

—¡Cuánto me alegro de verte! —exclamó Diego, acercándose a Fernando. Ambos se dieron un cálido abrazo. Después, dijo—: Abramos esa botella.

Fernando hizo lo que le pidió Diego y le sirvió un generoso vaso de alcohol. Los dos se sentaron en sendos sillones que había uno frente al otro, como hicieron hacía tanto tiempo. El cuadro de Luisa parecía mostrar una sonrisa satisfecha, en paz, al menos, eso fue lo que creyó ver Diego al mirarla. Ninguno de los dos inició una conversación, hasta que Diego alzó su brazo y dijo:

—Brindo por ella. —Fernando esbozó una triste sonrisa. Luego, Diego preguntó—: ¿Te veré en la misa del Gallo?

—Lo siento, Diego. Hace mucho que no visito una iglesia.

—Supongo que aún sigues contando con la compañía de la señorita Mastrago, ¿verdad?

—Así es.

Diego asintió con la cabeza resignado. Nada de lo que dijera a su amigo le haría cambiar de opinión sobre sus sesiones de ocultismo.

—Entonces, te veré en la fiesta del sobrino de la marquesa de Vilches.

—Allí nos veremos —dijo Fernando, y antes de que Diego se pusiese en pie añadió—: Ese muchacho sabe mantener vivo el espíritu de su difunta tía.

—Fernando… te pido que…

—Diego, prefiero que no insistas. Nuestra amistad puede aguantar cualquier contratiempo, pero no eso.

Ambos sabían a qué se refería, y Diego asintió con brusquedad con la cabeza dando por zanjada la conversación.

Algo más tarde, en la casa de la marquesa, Diego volvió a ver a Fernando, además de viejos conocidos, incluso al general Mastrago.

—Sigo diciendo que es un desperdicio que hombres como usted dejen el ejército —afirmó el general a Diego.

—Era necesario, mi general.

—Lo sé, muchacho, lo sé.

De pronto, el salón donde hasta entonces había reinado un ambiente animado y alegre se sumió en una multitud de voces apagadas, rotas por palabras de admiración. Varias de las invitadas recorrieron con la mirada de arriba abajo a la mujer que había entrado en la habitación, con una fascinación no exenta de envidia. En cambio, los hombres la miraban con una sinceridad rendida que descubría su lascivia.

Diego no necesitaba girarse para saber quién era la causante de esa repentina perturbación en el salón; sin embargo, se dio la vuelta para contemplar la belleza de una mujer diferente y valiente. Cuando llegó a su lado, la tomó de la mano y la miró con ternura. Con infinito orgullo dijo:

—Señores, les presento a mi esposa, la dama Kawaokura, la hija de un daimio y una *onna-bugeisha*.

sobre la novela

Cada vez que empiezo a planificar una novela me enfrento a numerosos retos que intento solucionar conforme avanzo en la escritura. Sin embargo, en esta ocasión, sin haber comenzado, supe que sería una tarea mucho más ardua que la necesaria en cualquier otro proyecto anterior. El principal motivo residía en la imposibilidad de confirmar con seguridad la información que iba encontrando. Para aquellos que no lo saben, debo aclarar que no soy historiadora, pero sí una apasionada de la Historia.

Como ocurre algunas veces, la suerte se apiada del escritor y tropecé con algunos datos mientras me documentaba para escribir La Ruta del Viento. Esa información hablaba de un hombre, José Luis Ceacero Inguanzo (1829-1901), un militar español, hijo de un noble carlista. Hasta aquí fue una nota más entre las tantas que reservaba para usar en mi novela, o en cualquier otra. Pero mi interés creció al descubrir que había nacido en Baeza. Eso aumentó mi curiosidad y me dediqué con más ahínco a profundizar en la vida de este oficial naval. Mi sorpresa creció al saber que fue embajador, que se casó con una noble nipona y que su esposa fue la primera mujer japonesa en visitar España y Jaén, además de residir durante un tiempo (algo que no he podido asegurar con certeza) en Linares (Jaén).

Con todas esas notas mi imaginación fue elaborando una idea, sin forma, sin conexión y sin poder materializarla de una manera concreta. Había demasiados espacios en blanco para escribir sobre el oficial naval, espacios que intenté por todos los medios rellenar. Desde aquí agradezco a María José Calvo Rentero, del Dpto. de Archivo y Biblioteca Excmo. Ayuntamiento de Baeza, el interés que mostró a la hora de ayudarme a buscar información sobre Ceacero, pese a que no pudimos encontrar ningún dato nuevo con el que continuar la investigación.

Durante un tiempo, olvidé mi búsqueda, había llegado a un callejón sin salida, pero el personaje seguía pareciéndome tan interesante que no podía ignorar su existencia. Incluso, escribí al Archivo General de la Marina Álvaro de Bazán, quienes remitieron mi petición al Archivo General de Simancas y al Histórico Militar; también al General de Madrid con el mismo resultado: ninguna información sobre el oficial naval José Luis Ceacero Inguanzo.

Por supuesto, con estos datos apenas podía esbozar una historia, no estaba segura de que mereciese la pena invertir tiempo y esfuerzo en ella, sin embargo, un nuevo dato me obligó a cambiar de opinión. El hecho de que el oficial naval fuera nombrado samurái por el señor de Chikuzen (asesor del Gobierno Meiji). Ceacero no fue el primer samurái extranjero, el honor lo ostentan un africano y un inglés, pero si el único español (al menos yo no he hallado a ningún otro). Esto ya hubiera sido más que suficiente para lanzarme de lleno a escribir, aunque aún tenía dudas hasta la aparición de un nuevo elemento: la esposa del oficial naval. Se trataba de Miyoko, hija del daimio de Fukuda, la primera mujer japonesa que visitó España. Una mujer digna de mención al enfrentarse por amor a unas tradiciones tan ancestrales y encorsetadas como las japonesas al casarse con un extranjero. Hecho que me ayudó a reafirmarme más en la idea de reflejar en mis personajes Diego de Quesada y Kawaokura Miyako su apasionado y complicado amor, dadas las ideas imperantes en la sociedad del siglo XIX en la que los dos vivirían a partir de su matrimonio.

Me hubiera gustado confirmar con documentos toda la información relacionada con ambos, pero ha sido imposible, al menos para mí. Solo he encontrado apuntes en varias fuentes (veraces o no) que me llevaron escribir La Tierra de las Libélulas, basándome en los pocos datos concernientes a José Luis Ceacero Inguanzo, cuya azarosa vida ya suponía una historia que contar por sí misma.

Espero haber hecho honor, aunque de manera ficticia, a este jienense olvidado por la historia, a través de mi personaje el capitán Diego de Quesada. Pero sobre todo, deseo haber conseguido plasmar un momento histórico convulso y tan desconocido para la mayoría de nosotros.

Notas

[1] Soberano feudal.

[2] Comandante en jefe de todos los ejércitos y el máximo poder en ese momento en Japón.

[3] Son paneles corredizos de papel usados como puertas con raíles de madera en el techo y en el suelo.

[4] Los tres vacíos o tres blancos del ojo. Mientras la mayoría de las personas tienen la esclerótica en la parte izquierda o derecha, estas personas pueden tenerla también en la parte superior o inferior. Si aparecía en la parte inferior, en Japón se creía que la persona tendría una muerte trágica y le sucederían acontecimientos de igual índole.

[5] Prenda que ajusta el kimono a la cintura.

[6] Hora cercana al ocaso.

[7] Dulce tradicional japonés que puede realizarse con harina de trigo o de arroz y suele rellenarse con batata, castaña o *anko* (pasta dulce de judías rojas).

[8] Significa literalmente «sable largo», es un arma de asta con una hoja curva de metal.

[9] Partidarios del reinado de Isabel II en España.

[10] Un cuerpo de seguridad.

[11] Bollo confeccionado con masa de aceite y pimentón molido, con un poco de tomate rallado o fiambre.

[12] Sombrero usado comúnmente por los japoneses con forma cónica.

[13] Camino del guerrero, ético y moral, que todo samurái debía seguir.

[14] Así se llamaban a los actores y actrices en el antiguo Japón.

[15] La posesión por zorros.

[16] En el folclore japonés son criaturas que tienen elementos comunes con los demonios y ogros occidentales.

[17] Unos monjes famosos por sus supersticiones y fanatismo. Esta secta budista era la que más resultados obtenía como exorcistas de zorros.

[18] Sigue la moda, también se refería a un dandy.

[19] Se trataba de un jardín sin agua, solo había roca, grava y arena.

[20] Es la manera de llamar a los extranjeros de forma despectiva.

[21] Este capítulo está basado en hechos reales. Un canadiense llamado McDonald conoció en su infancia en la Bahía de Hudson a un náufrago japonés, llamado Otokichi. Ambos entablaron amistad y en la mente infantil se sembró el anhelo de visitar Japón, prohibido para los extranjeros, salvo para los comerciantes holandeses. McDonald ideó la manera de hacerlo, saltándose la prohibición. Cuando fue descubierto, gracias a que ninguno de los holandeses parecía dominar su idioma le permitieron quedarse y enseñar el inglés a un grupo de samuráis, entre los que se encontraba Moriyana.

[22] Maestro.

[23] Gobierno del sogún al que debían someterse todos los daimios.

[24] Obi masculino consistente en una franja de cinco o seis centímetros de anchura y de colores más sobrios que los femeninos. Pueden usarse tanto de manera formal como informal, con yukata o kimono.

[25] Es un arma corta similar a un puñal con una longitud de hoja de 15cm a 30cm. En un principio puede confundirse con una pequeña katana, pero su diseño y utilidad es muy diferente.

[26] Piratas musulmanes del sur de las Filipinas.

[27] Estructura de madera con forma de mesa baja, cubierta con un futón o cobija y con un brasero debajo. En la época Edo se usaba un agujero en el que se prendía carbón vegetal, originariamente al vestir con kimono el aire caliente entraba por las piernas y salía por el cuello, haciendo que la persona se mantuviese en calor.

[28] Mesa baja.

[29] La diosa de la misericordia budista.

[30] Sable de madera usado como sustituto de un sable de verdad.

[31] Una especie de falda pantalón que se coloca sobre el kimono.

[32] Alfiler para el cabello.

[33] Kimono usado en ceremonias especiales.

[34] Una especie de prenda que se coloca sobre los hombros, semejante a un *rakusu* (se usa alrededor del cuello adoptado por los budistas zen).

[35] Sandalias de cuerda de paja que se anudaban a las pantorrillas. Eran el calzado usado por la gente común en Japón.

[36] Especie de guantes con la que cubrían sus manos y antebrazos.

[37] Sin voz.

[38] Unidad tradicional de longitud japonesa algo menor de 2 metros.

[39] Unidad de medida china usada en Japón. Hacia 1890 fue sustituido por la palabra *shaku.* Equivale a unos 33 centímetros.

[40] Blasones.

[41] Casa de baños.

[42] Es un sable que no sobrepasa los sesenta centímetros.

[43] Relaciones sexuales.

[44] Cortesana de más bajo nivel, propietaria de una habitación.

[45] Una chaqueta tradicional japonesa que cae a la altura de la cadera o los muslos. Se parece a un kimono abierto.

[46] Pieza básica de vestimenta, se pone sin más o puede usarse bajo otro tipo de prendas.

[47] Instrumento de tres cuerdas similar a una guitarra.

[48] Así también se conocen a los ninjas.

[49] La autora ha tomado la licencia de escribir una escaramuza entre españoles y joloanos inspirada en la campaña de Balanguingui sucedida cuatro años más tarde.

[50] «Expulsión de los bárbaros».

[51] Horno en el que se usa carbón de hulla y se usa desde el siglo XVI para fundir hierro (cañones).

[52] Moneda japonesa de la época Edo.

[53] La adopción de adultos en Japón es una costumbre arraigada por la que si una familia no tiene descendientes varones puede adoptar a un adulto, en este caso, se trata del futuro yerno.

[54] Plato típico filipino. Es una especie de sopa a la que se le añade carne y vegetales que se cuecen con lima o tamarindo.

[55] Raza de pequeños caballos originarios de Tsushima.

[56] El daimio de Mito, quien es partidario de la expulsión de los extranjeros.

[57] Entre las once de la mañana y la una del mediodía.

[58] Primer sogún de Japón.

[59] Estos fusiles se fabricaron a partir de 1848, ya que desde 1840 Sharps intentó

mejorar el mecanismo de Hall, obteniendo el mecanismo de bloque deslizante o descendente.

[60] Pantalón de seda muy ajustado, normalmente, de rayas.

[61] En un capítulo anterior el general Mastrago hace referencia a la enemistad existente entre el sultán de Joló con el de Brunéi por unas tierras que ambicionan tanto los ingleses como los españoles.

[62] El peligro blanco (se refería a los extranjeros).

[63] Así se conoce al mes de septiembre en Japón.

[64] Una especie de chaqueta larga.

[65] Fuera los extranjeros.

[66] De las siete a las nueve de la tarde.

[67] La danza de las ninfas.

[68] Nos referimos a Jean-Baptiste Camille Corot. Por supuesto, solo se trata de una licencia tomada por la autora.

[69] Una falda hasta la rodilla sobre pantalones bombachos, ceñidos en al tobillo.

[70] Espada pequeña que llevan los samuráis junto con la katana.

[71] Lugar donde se practica las artes marciales.

[72] Mujer samurái.

[73] Es un juego tradicional japonés parecido al bádminton.

[74] Tuberculosis.

[75] Así también se llamaba a la isla de Dejima.

[76] Dinero.

[77] Burdeles.

[78] Muchos prostíbulos se anunciaban colocando un farolillo rojo en sus puertas.

[79] Tablilla de madera en la que se inscribe los nombres de las personas fallecidas.

[80] Generalmente de origen chino, encargados de realizar recados.

[81] Así se conocía a Manila.

[82] Así se conocía vulgarmente la zona extramuros.

[83] La familia de Ito servía al clan del daimio Mito Nariaki, partidario de luchar contra los extranjeros.

[84] Samuráis de rango medio que asistían a los administradores oficiales del *bakufu.* Una de sus funciones era la de ser inspectores principales de policía.

[85] Una tela que se ataba al cuerpo y hacía de ropa interior.

[86] Corazón en el idioma tagalo, uno de los idiomas de Filipinas.

[87] Es la típica vestimenta tradicional china para hombres compuesta por un *yi*, una túnica estrecha cuya largura se extiende hasta las rodillas, y una *chang* o falda estrecha que cubre hasta los tobillos.

[88] Desnudadlo.

[89] ¿Habla mi idioma?

[90] *¿Jugamos juntos?* Era una frase utilizada por las prostitutas para atraer a sus clientes.

[91] Cabronazo en francés.

[92] Entre las 15h y las 17h de la tarde.

[93] Nombre con el que se conocían a las sirvientas de algunos templos que ejercían la prostitución.

[94] Juego de estrategia.

[95] Un territorio con un presupuesto agrícola de 10.000 koku o más.

[96] A veces se realizaban préstamos a tan largo plazo, ya que el shogunato consideraba la existencia de su dominio y autoridad de manera indefinida en el tiempo.

[97] Un grupo de islas japonesas independientes.

[98] Silla de manos.

[99] Durante esta temporada, denominada *kawabiraki*, los clientes podían alquilar una barca y realizar fiestas, recorriendo el río.

[100] Normalmente las encargadas de tranquilizar a sus pupilas y engañar con diferentes artimañas a los clientes.

[101] Un pantalón con pliegues cuyo propósito es proteger las piernas.

[102] Es una especie de chaqueta que cae a la altura de los muslos.

[103] Sombrero de paja que sirve para resguardarse del sol y de la lluvia.

[104] Moneda válida en Japón hasta 1870.

[105] Así se llamaba tradicionalmente al mes de agosto en Japón.

[106] Puñal corto japonés.

[107] También conocido barrio del placer.

[108] Maldito idiota.

[109] Arma arrojadiza parecida a un puñal.

[110] Enrojecimientos de las hojas de los árboles en otoño.

[111] A través de los libros eróticos conocidos como *shunpon*.

[112] Trabajadores de procedencia china.

[113] Eres un mentiroso (chino).

[114] ¡Qué bastardo!

[115] Hijo de puta en francés.

[116] Bote filipino de remos, grande, muy rápido y de poco calado.

[117] Hierba perenne propia de zonas asiáticas.

[118] Planta de la familia de las palmeras.

[119] Construcción que se alza en la orilla del mar, dentro de un lago o en terrenos anegables, sobre estacas o pies derechos.

[120] Especie de culebrina (pieza de artillería) de poco calibre, muy usada entre los malayos, joloanos y otros pueblos orientales.

[121] La campaña descrita está inspirada en un hecho real.

[122] Sombrero tradicional japonés que sirve para protegerse del sol y la lluvia.

[123] En la época Edo conectaba Tokio con Kioto.

[124] «La mujer de nieve» que suele manifestarse a los hombres con forma de una bella joven y cuyas caricias causan la muerte.

[125] Sable de madera imitación de una katana que se usa para el entrenamiento.

[126] Es un baño japonés de agua caliente. De forma redondeada, de madera y profundo.

[127] Sala de estar.

[128] Brasero de carbón.

[129] Mesa baja.

[130] Altar sintoísta.

[131] Un tablero con inscripciones del principal santuario sintoísta, que representa un kami universal o deidad o poder sagrado.

[132] Dioses sintoístas.

[133] Es un libro escrito en el siglo X por la dama de la corte Sei Shonagon, en el que se

habla de la vida en la corte.

[134] Ropa interior, especie de taparrabos.

[135] Cintas de papel en las que se escriben buenos deseos.

[136] Una especie de falda acampanada, utilizada por las Mikos (sacerdotisas japonesas)

[137] Una especie de litera usada como transporte.

[138] Funcionarios que se dedicaban a estudiar leyes y asuntos militares.

[139] Los holandeses en el siglo XVII eran llamados de este modo cuando llegaban al actual Nueva York, ya que el nombre *Yan Kaas* («Juan Queso») representaba al holandés tipo del momento.

[140] Cubierta inferior del barco.

[141] La boda se celebró en realidad el 30 de enero de 1853.

[142] Cadena para el reloj de bolsillo.

[143] Gracias en japonés.

[144] Asesor extranjero.

[145] Recortes de papel colgados.

[146] Corazón.

[147] Instrumento tradicional japonés de cuerdas.

[148] Gorro circular blanco.

[149] *Harakiri* (suicidio ritual). Aunque la palabra *harakiri* se traduce como «final feliz», el significado literal es menos poético, ya que se traduce como «cortarse el vientre». La palabra *harakiri* conocida en todo el mundo, en realidad se usa poco en Japón, ya que prefieren denominar este suicidio con la palabra de origen chino «*seppuku*», puesto que lo consideran más elegante.

[150] Asesor extranjero.

[151] Corriente política cuyo dogma era expulsar a los extranjeros.

[152] Nombre que reciben los paraguas y sombrillas de papel *washi* sobre armazón de bambú, debido a que una línea blanca sobre el fondo de una tonalidad violeta intensa le otorgaba semejanza con los ojos de las serpientes.

[153] Tumbas.

[154] Deidades poderosas de la naturaleza en la religión sintoísta.

[155] Tipos de sushi.

[156] Daimios considerados una amenaza al sogún.

[157] Traducción de un poema antiguo de Ono no Komachi.

[158] De las 8 a las 10 de la mañana.

[159] Prenda que cubre los genitales.

[160] Prenda de vestir tradicional parecido a un pantalón largo de pernera ancha con pliegues frontales.

[161] *Kataguinu*.

[162] Sacudir la sangre de la espada antes de guardarla en la vaina.

[163] Bebida alcohólica de aspecto casi idéntico al sake, pero que también puede sacarse del boniato o de la cebada.

[164] La verdad es amarga, y la mentira dulce.

[165] Castillo japonés.

[166] Nombre con el que se designa a la zona central del castillo, generalmente era donde los daimios tenían sus aposentos privados.

[167] Fantasma, normalmente a causa de una muerte violenta.

[168] Las habitaciones se medían según la cantidad de tatamis, teniendo en cuenta que

cada uno de ellos medía 90 cm por 180 cm.

[169] Armario usado para guardar el futón y las almohadas (*makura*) tras su uso.

[170] Chambelán.

[171] En el mes de las hojas.

[172] Un "no muerto". Especie de vampiro que se alimenta de las almas de los que asesina.

[173] Pinturas o caligrafías flexibles y enrollables para colgar en la pared como decoración.

[174] Mesa baja.

[175] Kimono de verano más ligero.

[176] ¡Ayuda!

[177] Kimono de tela azul marino con mangas estrechas que llegan un poco más abajo de la cintura. Se ajusta con un cinturón atado al frente. Era usado por los servidores.

[178] Carlos Cuarteroni era un marino de origen italiano y español que se dedicó a rescatar a esclavos cristianos de los piratas joloanos y malayos y devolverlos a sus lugares de origen. Gastó toda su fortuna en convertirse en un abolicionista, se presentó en Roma ante el papa Pío IX para fundar la primera congregación religiosa en Borneo destinada a poner fin a la esclavitud. El escritor Emilio Salgari se inspiró en él para crear su personaje Sandokán.

[179] Vino de palma.

[180] Una especie de camisa semitransparente que llegaba hasta los tobillos y se combinaba con pantalones rectos.

[181] Tipo de chal que se coloca por encima de los hombros y baja en punta por el cuerpo hasta la cintura.

[182] Al nacer, les espera una vida dura; al morir, el templo Jokanji.

[183] Una de las clases más bajas, se consideraban impuros, ya que se encargaban de tareas que suponían atentar contra los principios budistas y sintoístas, como tocar a los muertos.

[184] Posada.

[185] En la era Tokugawa, el distrito donde trabajaban las prostitutas de bajo rango, en la ciudad de Edo.

[186] Monedas en vigor hasta el periodo Meiji y su sustitución por el yen.

[187] Según la mitología japonesa es un espíritu que puede tomar la forma de una abuela o una mujer hermosa para capturar a sus víctimas.

[188] Espacio destinado a la práctica de un arte.

[189] En el silábico Hiragana, Ku se representa de la siguiente forma:

[190] Bastón corto de madera utilizado para la defensa personal.

[191] Intermediaria entre las cortesanas y sus clientes.

[192] Un haiku de Matsuo Bashō.

[193] Soporte de madera para katanas que puede tener hasta para cuatro espadas.

[194] Funda natural de madera para la katana.

[195] ¡Ayuda!

[196] Espada corta.

[197] Poema que los samuráis escribían antes de suicidarse. Por su condición de *rōnin*, a Ibuki no se le considera con el derecho de escribir uno.

[198] Recibidor donde se dejan los zapatos antes de entrar a la casa.

[199] Esperanza.

[200] Sake con pétalos de crisantemo.

[201] Poesía japonesa.

[202] El camino de la escritura.

[203] Gran Anciano.

[204] Harakiri.

[205] Una prostituta de bajo nivel.

[206] Folletos impresos que se vendían en las ciudades para conmemorar las noticias importantes.

[207] Versos de un samurái desconocido con los que transmite la situación en la que se encuentra su país y critica al capitalismo.

[208] Fino polvo de piedra caliza usado para limpiar las hojas de metal de las katanas.

[209] Es un hongo.

[210] Funda de una katana.

[211] Asesores extranjeros.

[212] Leyenda del pueblo Ainu sobre el origen de los maremotos. Al contrario de lo que se pueda creer, dichos fenómenos no eran tan comunes.

[213] Un farol de papel sujeto con un palo.

[214] Asesor extranjero.

[215] Honradez y justicia en la acción.

[216] Valor heroico y bravura en la acción.

[217] Compasión o amor universal.

[218] Cortesía.

[219] Honor.

[220] Sinceridad absoluta.

[221] Deber y lealtad.

[222] Kimono usado en ocasiones formales.

[223] Prenda corta sin mangas hecha de cáñamo.

[224] Falda plisada y gruesa cuya función es proteger del corte de la espada.

[225] Un kimono corto de mangas cortas.

[226] Un refuerzo posterior colocado en la espalda del *hakama*.

[227] El camino del guerrero.

[228] En Japón es costumbre que el receptor de un regalo se niegue hasta tres veces antes de aceptarlo.

[229] Hombre de mar.

[230] Los *shinobis*, también conocidos como ninjas, eran considerados espías y confidentes que trabajaban para algún daimio si eran requeridos para ese servicio.

[231] Busco a extranjeros.

[232] Especie de chaqueta que se coloca sobre el kimono.

[233] El destino.

[234] Sobre todo, estaban destinados al control de las mujeres de los daimios cuando debían regresar a sus hogares. Vigilaban que no usasen esos viajes para transportar armas de fuego que ayudasen a sus maridos en una posible rebelión contra el sogún.

[235] Posada.

[236] Durante los años 1853-1858 fue lo que se posteriormente sería la Dirección General de Policía.

[237] «¡Maldito cabrón!».

[238] «Reverenciar al emperador y expulsar a los bárbaros».

[239] «Legitimidad imperial y acabar con el *bakufu*».

[240] Recipiente de cerámica que contiene sake.

[241] Pequeña taza de cerámica en la que se sirve el sake.

[242] Farol de papel que termina en un palo y se lleva en las manos.

[243] Asesinato al borde del camino.

[244] Castigo celestial o ira celestial.

[245] Persona de un país extranjero.

[246] Agua en chino.

[247] Sombrero de forma cónica, sirve tanto para protegerse del sol como para protegerse de la lluvia.

[248] Prostituta de bajo nivel.

[249] Fue el fundador y primer shōgun del shogunato Tokugawa de Japón, quienes gobernaron desde la batalla de Sekigahara, en 1600, hasta la Restauración Meiji en 1868. Ieyasu gobernó desde 1600 hasta su renuncia en 1605, aunque se mantuvo en el poder hasta su muerte en 1616.

[250] Especie de bañera de madera, propia del baño japonés.

[251] Golpear o clavar los palillos en un cuenco de arroz. Es un acto de mala educación, ya que recuerda a extraer los huesos del difunto en una ceremonia funeraria, o también porque se cree que puede atraer a la mala suerte.

[252] Era quien se encargaba de la gestión de las prisiones, escuchaba a los testigos o asistía en los casos judiciales y en las audiencias.

[253] ¿Quién eres? (Chino).

[254] La era Ansei comienza el día 7 de noviembre de 1854.

[255] Adulterio, verse en secreto.

[256] Tradicionalmente eran considerados impuros por realizar determinados trabajos: eran carniceros, curtidores o verdugos, entre otros.

[257] Libro erótico.

[258] Hombre de mar.

[259] Guarda.

[260] Filo.

[261] Hoja de la katana.

[262] Vaina de la katana.

[263] Empuñadura de la katana.

[264] Espada corta.

[265] Suicidio femenino.

[266] Estrellas de metal usadas por los *ninjas*.

[267] Amigo en francés.

[268] Conjunto de palos y otras piezas que sostienen las velas de un barco.

[269] *Spermaceti* y *ambergris*: El *spermaceti* se usaba en lámparas, lubricantes y velas. El ámbar gris era sumamente valioso, ya que se localiza en los intestinos de los cachalotes y no siempre se encontraba, y se utilizaba en perfumes muy caros.

[270] Libélula.

[271] Isla de las Libélulas.

[272] Se extrae de la raíz de una planta con el mismo nombre. Condimento alimenticio.

[273] El *kabuki* es una forma de teatro japonés tradicional que se caracteriza por el uso

de maquillajes elaborados en los actores. En las obras se representan acontecimientos históricos y conflictos morales en las relaciones amorosas protagonizados por los actores.

[274] Ninja.

[275] Fantasma.

[276] Eran los soldados rasos, la mayoría de origen campesino. También se les conocía con el nombre de «Pies ligeros».

[277] Unidad de medida japonesa que equivale a unos 1,82 metros.

[278] Sogunes.

[279] Espada corta.

[280] Prostitutas de bajo rango que abordaban a los hombres en la calle durante la noche.

[281] El asta que sirve de empuñadura.

[282] Hoja afilada de metal.

[283] Gran Anciano.

[284] Daimios poco afines al sogún.

[287] Medida de longitud tradicional japonesa, representa aproximadamente 2 metros.

[288] Dios guía. En la mitología japonesa es representado como un cuervo de tres patas.

LA RUTA DEL VIENTO

En la España del siglo XVII, Inés de Carrión y Guzmán, hija de una noble familia sevillana venida a menos, es prometida en matrimonio en contra de su voluntad. Entonces, un inesperado acontecimiento le

concederá la posibilidad de escapar y embarcar en un galeón con rumbo a Nueva España.

En el otro extremo del mundo, el samurái Ryô presencia la ejecución de su madre y su hermano, acusados de traición contra su padre, jefe del clan Kawaokura, abocándolo a un camino que no ha elegido y a una senda de venganza que muy pronto deberá recorrer.

Desde el instante en que el azar une sus destinos en la tierra donde florecen los cerezos, se verán inmersos en un mundo de intrigas políticas por el control comercial y religioso en un país convulso, donde se enfrentarán a un pasado que nunca olvida y a un futuro que amenaza con destruirlos.

Enlace amazon

LA GUERRERA DE LAS SOMBRAS

Japón 1595. Bajo el férreo dominio de los señores de la guerra, donde las intrigas políticas terminan a menudo en asesinato, la muerte de

una monja budista lo cambiará todo en el castillo de Fushimi.

A Ishimada Yasu, samurái al servicio del Taikō Toyotomi Hideyoshi, se le ordena una tarea indigna de su rango, pero inevitable. Durante su cumplimiento descubrirá secretos, conspiraciones y enemistades, mientras nada es lo que parece.

En la región de Iga, Hanae, cuya familia es contraria a los intereses unificadores de Toyotomi, es testigo de un acontecimiento que le hará tomar el camino de las armas. Un camino oscuro que la llevará a permanecer en las sombras.

Enlace Amazon